SALVADOR NOVO

VIAJES Y ENSAYOS

I

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Viajes y ensayos
I

Salvador Novo



Primera edición, 1996
Primera edición electrónica, 2012

Agradecemos la ayuda prestada por el Estudio de Salvador Novo, A. C., para la realización de esta edición.

D. R. © 1996, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672
Fax (55) 5227-4649

ISBN 978-607-16-1276-2

Hecho en México - *Made in Mexico*

ÍNDICE

EN DEFENSA DE LO USADO

LAS LOCAS, EL SEXO, LOS BURDELES

Viajes

PRIMEROS VIAJES

RETURN TICKET

JALISCO-MICHOACÁN

Itinerario

Jueves 29

Viernes 30

Sábado 1º.

Domingo 2

Lunes 3

Martes 4

Miércoles 5

Jueves 6

Viernes 7

Sábado 8

Domingo 9

CONTINENTE VACÍO. VIAJE A SUDAMÉRICA

México

USNRA

Washington

Nueva york

“Northern Prince”

Canto a Teresa

Rio

Santos

Montevideo

Buenos Aires

ESTE Y OTROS VIAJES

Santiago Ixcuintla
Contrapunto
El escaparate

PRESENTACIÓN

SERGIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

El propio Salvador Novo, que nació en la ciudad de México el 30 de julio de 1904, sitúa su entrada en el periodismo profesional en el año de 1919. Si bien se inicia ahí como poeta, a partir de 1922 desplegará un talento extraordinario en el manejo de la prosa. Resultado de una intoxicación temprana, fructífera, de lecturas de clásicos españoles y escritores modernos franceses, ingleses y norteamericanos, hacia los 20 años de edad Novo está listo para oficiar como hombre de letras, difusor de otros usos culturales y terrorista de los viejos prestigios literarios. El joven Novo desdeñará la retórica ornamental, las pasiones bohemias de los "modernistas" —suerte de lastre decimonónico de lo que denomina la "generación anecdótica"—, y se deslindará también del humanismo de sus hermanos mayores, los ateneístas. Esta discordia se guió por varias brújulas: el entendimiento corporal como terreno de la literatura, el ritmo veloz de las imágenes cosmopolitas, el ingenio volátil, el don conversatorio, las afecciones de lo cotidiano, la exquisitez libresca, el ritual del dandi. Esos recursos entrañaban la búsqueda de una complicidad con el lector, la gracia narcisista.

En Salvador Novo, el eje creativo será la prosa del mundo —incluso su poesía se vuelve un juguete profano contra las sacralizaciones preciosistas o evanescentes de la literatura de sus antecesores—. En un país que vive bajo el peso del catecismo, los mitos rurales y las arengas nacionalistas, el temperamento moderno de Novo —que lo une en la juventud con sus compañeros generacionales del grupo Contemporáneos— trasluce un estilo renovador que también se manifiesta en la defensa de las provocaciones, las parodias, los juegos de suplantación, las ironías, los plagios creativos, las presunciones cosmopolitas y la filia homosexual. Con estas armas, adoptará una postura clara en la prensa —principal medio de comunicación en esa época— que perfila al menos dos valores supremos: la inteligencia ubicua y la calidad múltiple de sus escritos.

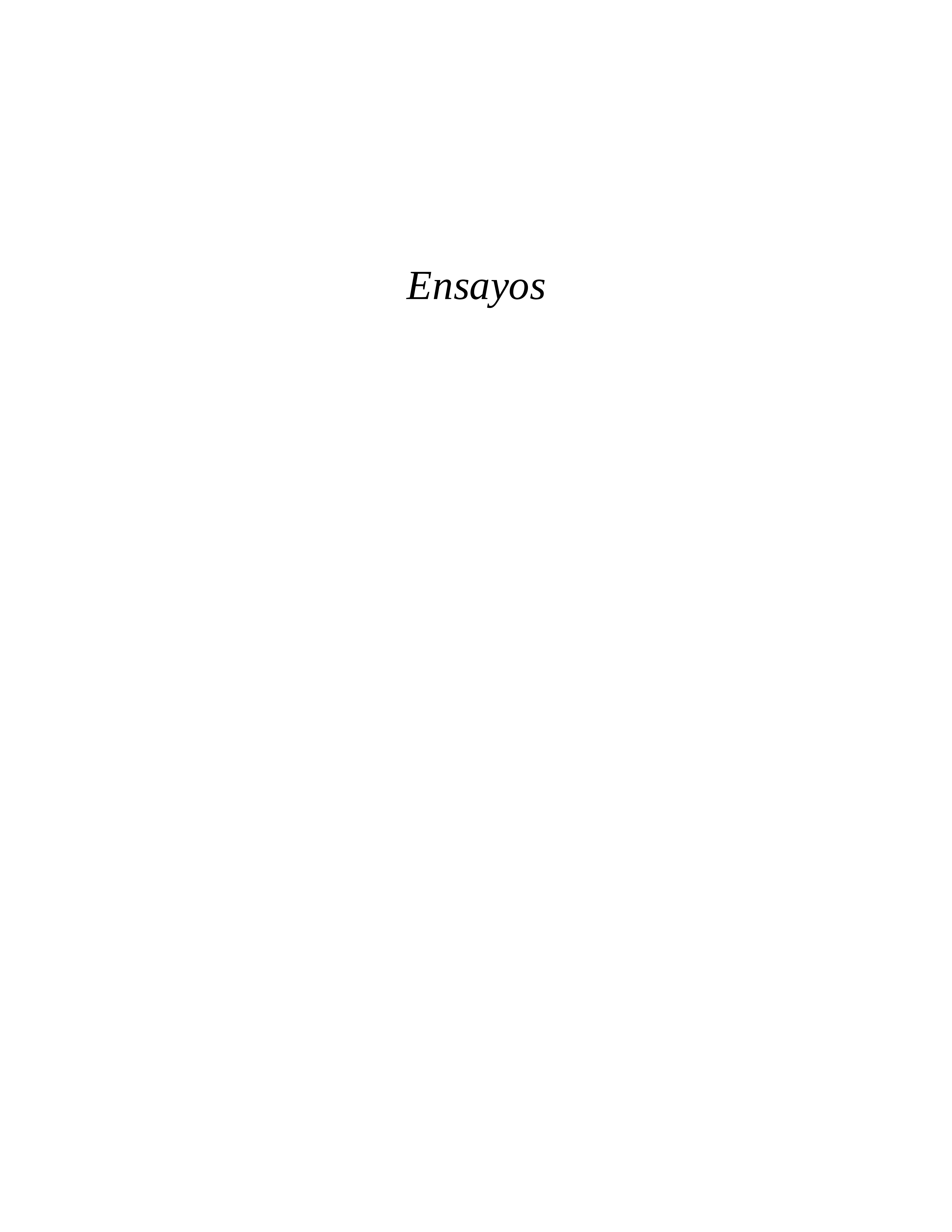
Salvador Novo construirá una personalidad pública hecha de palabras y de acciones opuestas. Esta empresa centrífuga contempla la amplitud divulgadora: son insólitas sus tareas como lector o como traductor pionero de obras y autores que en otras culturas apenas se conocían y de los cuales, por supuesto, nada se sabía en nuestro país. Durante los años veinte y treinta de este siglo, Novo aparecerá en los periódicos y revistas de mayor público en México *(El Universal Ilustrado, Revista de Revistas, Excélsior)* y colaborará en publicaciones de élite intelectual *(Ulises, Contemporáneos),* institucionales *(El Libro y el*

Pueblo) o semiclandestinas como *El Chafirete*, en que celebró al gremio de los choferes con sus versos fes tivos. Su obra principia y culmina en el periodismo (incluso en 1931 fundará y editará la efímera revista *Resumen);* sus primeros años en éste permiten fraguar las virtudes del cronista y del ensayista extraordinario que será en la madurez.

Viajes y ensayos reúne —en el primer tomo de esta edición— los textos ensayísticos que, al paso del tiempo, el escritor reconoció y compiló en libros, así como las crónicas que escribió durante sus frecuentes viajes. E incluye asimismo —en el segundo tomo— la prosa que Novo dispersó, entre 1922 y 1940, en artículos periodísticos. Este periodo refleja los años tempranos y el inicio de la madurez del prosista, a contrapelo de su crecimiento profesional en la publicidad, el cine y la radio. A partir de los años cuarenta se convertirá en una figura imprescindible de la vida política y cultural del despunte del México moderno: en 1946 gana el concurso Ciudad de México con su crónica-ensayo *Nueva grandeza mexicana;* poco después asume la Jefatura de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes, que le permitirá desarrollar sus dotes de autor, director y profesor de escena. La posición iconoclasta y provocadora del joven escritor se convertirá poco a poco en el pedestal —siempre activo en su leyenda— de un prestigio institucional en la edad adulta. En 1953 asciende a la Academia Mexicana de la Lengua y funda en Coyoacán, con el concurso de sus amigos, su foro teatral y gastronómico de La Capilla. Once años después aparecerá su libro *Toda la prosa*, “manada a lo largo de cuarenta años de ningún día sin línea”.

En 1965 se le nombra cronista de la ciudad de México y en 1967 recibe el Premio Nacional de Letras. Su venia al régimen autoritario durante los conflictos estudiantiles de 1968 lo enemista con las nuevas generaciones. Los últimos años de su vida los dedicará a compromisos de su cargo, a la poesía de efemérides, al gusto por el rescate histórico y documental, a las amistades de salón, a sus conversaciones en la pantalla televisiva y al empeñoso periodismo, del que extraerá en 1972 un libro de ensayos de vejez que recupera algunas pasiones antiguas, perdurables: *Las locas, el sexo, los burdeles*. El 13 de enero de 1974, Salvador Novo muere en su casa coyoacanense de la calle de Santa Rosalía, que desde 1967 llevaba su nombre.

En *Viajes y ensayos* el lector encontrará las notas introductorias de Sergio González Rodríguez, Antonio Saborit y Mary K. Long, una hemerografía (1923-1940) elaborada por Lligany Lomelí, y la cronología escrita por el propio Saborit, que en conjunto se proponen como una invitación a una lectura distintiva —al margen de la vertiente de interpretar con criterios grupales— de la obra de Salvador Novo, figura central de la literatura mexicana del siglo xx.



Ensayos

NOVO EN EL ENSAYO

SERGIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Más que como una consumación prosística, el primer Salvador Novo se imaginaba a sí mismo como una voz múltiple, viva en el asombro. En su "Radio conferencia sobre el radio" de 1925 elabora un autorretrato ante el fenómeno de la radiofonía: "No sabría explicar la emoción que se intercala en mi garganta al considerar que mi voz se escucha, débil como es, en el confín lejano, por magia de la ciencia". Estas palabras resumen al ensayista precoz y prefiguran al escritor final. Novo ficciona su voz, a la que califica desde la escasez de potencia, en el momento en que alcanza ámbitos distantes; una voz "débil", eléctrica, que recaerá en oídos anónimos, simultáneos. El tono de la voz aparece "intercalado" con un aliento emotivo que empuja la sorpresa.

La conciencia de los límites de la propia voz, que lleva consigo estados emotivos, sobrepuestos entre el ahogo, el temblor o el gesto admirativo de compartir una fuerza "mágica", se modula en el escritor al intuir que "a través de la tierra podemos escuchar la voz de nuestros semejantes como antes podíamos recibir su correspondencia o como más tarde pudimos telegrafiarles o hablarles por teléfono, siempre merced a la ciencia omnipotente y avasalladora". El peso de esta realidad supraindividual insertaría a las personas en un juego de interlocuciones mediante los aparatos, los objetos, las mercancías, los anuncios publicitarios que conforman la vida urbana.

A los 20 años de edad, Salvador Novo se funde con un presente en que lo simultáneo y lo ubicuo extienden lo moderno como fatalidad, desenlace del país en su despertar posrevolucionario. "Os habréis fijado —afirma luego en aquel escrito— en cómo las artes de hoy se mezclan con la ciencia y están en posibilidad de ser más actuales, más palpitantes y menos duraderas. Tenéis la prueba con el cine y la fotografía." El sentimiento de desgaste, de fugacidad, de la obligación del eterno retorno de la mercancía ubicarán a las personas en una perspectiva peculiar respecto del tiempo: "el arte de hoy se gasta con el uso porque tiene aplicaciones prácticas y ello produce la ventaja de su renovación constante, la abolición de los museos y de las investigaciones arqueológicas. Nos falta hoy tiempo. Nadie lo tiene para emprender pirámides en Egipto o en Teotihuacán".

Atento a su tiempo, el escritor guardará siempre referencias culturales para contrastar lo inmediato, que se resuelven a través de la ironía: "Y cuando salimos de la oficina nos viene el deseo de ver algo grandioso, entramos en el cine, y la linterna mágica nos presenta palmeras y

esfinges más razonables y en mejor estado que las genuinas. Allí, en el cine, se dan la mano el cooperativismo (los novios), el arte y la ciencia".

Semejante ingenio, producto de un afán de lector tan amplio, distintivo y plural en sus intereses como la realidad que percibe en los tiempos modernos, conduce a Salvador Novo al trazo de relaciones específicas con lo cotidiano, cuyo funcionamiento se explaya en medio de dos extremos: la utilidad y lo grato; o bien, en el caso adverso, lo inútil y lo desagradable. En un momento se pregunta: "¿Habré demostrado, con mis anteriores palabras, que el radio y el cine unen lo útil y lo agradable, como en el precepto de Horacio? Si no es así, que la nación me lo demande". En 1925, fecha en que publica este artículo en *El Universal Ilustrado* —luego incluido en su primer libro—, Novo define ya los rasgos de un empeño ensayístico —su amigo el poeta Xavier Villaurrutia evocaría el género del ensayo como una mixtura de periodismo y filosofía—. Dicho empeño estará vigente entre 1923, año en que se vuelve asiduo colaborador de varias publicaciones de la ciudad de México, y finales de los años treinta, cuando se incorpora al periodismo político y la crónica de actualidades. Esta primera década de Salvador Novo como escritor profesional podría considerarse como una etapa primera, que le lleva a consumar dos libros: *Ensayos* (Talleres Gráficos de la Nación) publicado en 1925, y *En defensa de lo usado*, de 1938.

Ensayos explora una sensibilidad y un temperamento novedosos. El ensayista protagoniza la vida ante la excepcionalidad de sus percepciones, de su mayor cultura, de su gusto preciso en el don de discernir lo que la homogeneidad de los estímulos modernos arroja. Y, en una respuesta que reafirma su distinción, culmina por representar el papel de testigo y actor de un drama cuya dinámica incluye las interlocuciones entre lo íntimo y lo público, lo doméstico y lo colectivo, lo personal y lo común. En *Ensayos* se trasluce el plagiario de las enciclopedias y el fanático de las revistas literarias en inglés y en francés; el lector de las ediciones de Cvltvra de Agustín y Rafael Loera y Chávez, y el "curioso impertinente" que frecuenta a Oscar Wilde, a Walter Pater, a Marcel Proust, a André Gide.

Los temas de *Ensayos* concurren con una heterogeneidad divertida: meditaciones breves, oblicuas sobre la moda, el boxeo, los anteojos, el baño, las camas, el pan; o bien, inciden en la muerte, las barbas, la leche, los criminales. Como una suerte de agregado, el libro añade a tal escenario de representaciones de lo íntimo una pieza breve o "drama ibseniano", titulado "Divorcio", parodia del mestizaje mexicano-norteamericano, y una serie de "Confesiones de pequeños filósofos", que recuerdan los retratos de Edgar Lee Masters tanto como las "vidas imaginarias" de Marcel Schwob; a través de éstos se escuchan las voces históricas de la Venus de Milo, Don Quijote, Cleopatra, Jeanne D'Arc, Cuauhtémoc, entre otros.

Novo se acerca también a las obras dispares de José Joaquín Fernández de Lizardi y Vachel Lindsay, o bien, traduce del inglés poemas chinos. La idea de la lectura crítica que emplea, entrecruza las descripciones didácticas, las obras y los autores conocidos o raros con los asertos ingeniosos que suenan a indiscreción, producto de imágenes cinemáticas o analogías contrapuestas que culminan los relatos informativos: "Si Wagner no podía musicar sin poesía, el perfecto wagneriano que es Lindsay no concibe tema alguno que no sea colorido o musical a la vez, que no se preste a complicadas orquestaciones y a dibujos muy bellos".

La voz del Novo de *Ensayos* surge con un vaivén que va de lo sentencioso a la ironía; de la provocación al énfasis didáctico, del chisme a la ocurrencia que busca resumir mediante

ideas aforísticas: “Los baños públicos son acaso la institución más desagradable de la edad moderna”; “el boxeo es el más completo de los espectáculos porque hace un actor de cada espectador”; “entre las cosas que sólo conozco de oídas está el mar”; “el ensayo, agudo y corto en la piocha de Montaigne, encaneció lánguidamente con Carlyle”; “el crítico y el coleccionista, dos peligros sencillos, son hombres nacidos con don científico que lo han aplicado al arte”.

Salvador Novo muestra su necesidad de conversar aquí y allá. Una conversación que se propone instruir, ilustrar, revelar. Su voz se difunde y confía en el oído cómplice de cualquier lector anónimo, que se verá reflejado en el espejo de la excepcionalidad del ensayista, porque —escribe Novo— “como todos los alimentos, el del espíritu no puede uniformarse para toda la gente. Hay que tomar en cuenta la edad, la ocupación y la fisiología. Hasta, como dicen nuestras abuelas, no confundir el gusto del paladar con el del estómago”. La voz de Novo se escucha discordante, volátil respecto del concierto de la época. Sus *Ensayos* se alejaban de las correcciones académicas y de la estolidez del periodismo literario al uso, que privilegiaba las divagaciones retóricas, sentimentales, lacrimógenas del modernismo de finales del siglo XIX, que los años de la guerra revolucionaria habían preservado en el clima cultural —aun a principios de los años veinte— como síntesis de norma poética.

Novo se esfuerza en conocerse a sí mismo y representarse para otros, a través de sus *Ensayos:* “Confesemos que todos somos, de 50 años a esta parte, no otra cosa que coleccionistas ‘en general’. Mejor dicho, traficantes en credos y tradiciones que irreverentemente resucitamos para volver a desechar, no creando nunca, repitiendo lo recién aprendido o descubierto, y originando así una dispersión, una confusión, una aceptación de todos los valores consagrados por su mayor edad, que no se nota nunca en las grandes épocas del arte”. A ojos del escritor, esto crea el riesgo de una circularidad “cursi” de lo antiguo. La salida de este callejón podría consistir en la amnesia ante el pasado, que permite “a los artistas desarrollar su propio concepto de la obra y dedicar a ella toda su virgen atención, sin resonancias interiores de otras dignas de imitación y seguimiento”. Para Novo, este desdén de las tradiciones era una forma de darle cuerpo a esta idea: el artista debía partir de cero. La rueda del tiempo se vuelve análoga a la rueda del mundo moderno: “los modernos, llenos de saber, lo encontramos todo explicable, todo natural, todo perdonable”. En estos términos, diferenciar, precisar, definir, será el camino de lo nuevo.

Cuando aparece *En defensa de lo usado y otros ensayos* (editorial Polis, 1938), Salvador Novo está a punto de abandonar el esquema literario del inicio de sus tareas periodísticas, bajo contenidos que abordan el asombro ante lo inmediato; propósitos que explotan el ingenio provocador; y alcances que si bien están dirigidos a lectores en general, se circunscriben a la sociedad literaria de la época. En adelante, procurará públicos más amplios y destinatarios más precisos; ante todo, las figuras de la esfera política.

En defensa de lo usado, que reúne también escritos publicados en la prensa, perfila un enfoque homogéneo, irónico y reticente ante los prestigios o los productos modernos, con mayor transparencia que su libro anterior. Al carecer de inserciones ajenas al género ensayístico, como en el caso de *Ensayos,* el escritor se concentrará en reflexionar sobre tres grandes aspectos: en primer lugar, sus obsesiones precoces, como lo fugaz, la radio, las máquinas, la técnica, la urbe; en segundo lugar, la crítica de la vida cotidiana, mediante la

observación de los mercados, la tarea de los policías, la intolerancia ante las moscas, o la gordura de las mujeres mexicanas; por último, sus ensayos se proponen testimoniar los gustos y las aversiones del intelectual y del literato.

El Novo de *En defensa de lo usado* resiente ya el paso de sus 34 años; su entusiasmo adolescente, confuso ante lo nuevo, se transfigura en una lucidez juiciosa que descree de la idolatría de la moda, del cambio mercantil. Lamenta que las "máquinas hayan destruido en el hombre el sentido de lo perdurable"; no obstante, evita las jeremiadas y acota: "lo cual, incidentalmente, ha venido a crear el secundario, pero primordial, problema de los objetos de segunda mano. Las divorciadas, los automóviles, los trajes y los zapatos quedan en tan buen estado de uso cuando los abandonamos por los del último modelo, que sería insensato destruirlos por el simple hecho de que a nosotros ya no nos sirven". Este vaivén entre la queja y el desvío irónico se mostrará en el resto de los ensayos.

El entendimiento de la paradoja se vuelve uno de los recursos predilectos de Novo. Confrontado a los peligros que representan las máquinas, encuentra en ellas lo contrario de lo que el miedo común indicaría: la muerte de la acción individual. Para Novo el "consumo no podrá ser sino individual", lo mismo que el uso de los artefactos: "'la era colectivista del maquinismo' resulta ser la que más amplios horizontes ofrece al individualismo, porque le ahorra al hombre, con la máquina, la necesidad de contacto con los otros hombres. Al dotarlo de instrumentos maravillosos, la civilización le permite, como nunca antes, la elección arbitraria y libre de sus actividades espirituales". Más próximo a Gustave Le Bon que a Aldous Huxley, el temperamento de Novo descreerá de los impulsos apocalípticos: la máquina habría depurado incluso al arte.

En Defensa de lo usado presenta una actitud irreverente que se opone a las ideas convencionales. Con todo, esto no significa que el Novo de la tardía juventud se entregue ya al elogio del progreso: se interesa en contradecir lo obvio desde las presunciones y los desplantes: "la decadencia de la conversación ha permitido el auge del *bridge*, por ejemplo, en sociedad". En el mismo rumbo, matiza sus admiraciones ante la radio, en cuanto reino pasivo del oyente, al que "podemos concebir como ciego y mudo". La palabra debe ceder entonces su lugar al "sonido puro", efímero y ajeno al anhelo literario de "eternizarse". De estas impresiones Novo deriva una certeza radiofónica: "debe cumplir su objeto —impresionar discretamente, por la amable puerta de los oídos del señor que le permite entrar hasta la intimidad de su alcoba, de su espíritu, y retirarse para no volver más en la misma forma". En esta idea ya se transparenta la influencia de su labor publicitaria: después de 10 años de ocupaciones burocráticas y editoriales, en 1934 Salvador Novo se incorpora a la publicidad —un ejemplo de esta labor serán sus notas publicitarias, bajo contenido cultural, en el *Boletín Mensual Carta Blanca*— y el cine. Sus "Meditaciones sobre el radio" ya exponen el punto de vista del difusor, del empresario: "El problema de una estación radiodifusora comercial estriba, pues, en despertar, mantener y gratificar, para el provecho de sus anunciantes y el suyo propio, la atención que tan múltiplemente le brindan los miles de personas que a todas las horas del día y de la noche cifran toda la esperanza de su diversión en el aparato que están pagando en abonos cómodos, consumen escuchándolo la dosis de cocaína, o de Beethoven, o de ensoñación mística que les granjea un perentorio Nirvana de individualismo y privacía en este mundo colectivista". El ensayista se profesionaliza.

La vida urbana de *En defensa de lo usado* se le presenta como un mundo electivo que permite ostentar sus afectos incondicionales: "pocos mortales habrá que amen a esta ciudad de México tan desinteresada, puramente como yo". ¿Cuál es tal ciudad? Novo trata de hallar los signos antiguos, la historia o la memoria que reconstruyan un prestigio; lo hace en particular mediante las referencias a los cronistas, desde los coloniales hasta los contemporáneos. A todos ellos les faltaría el "fuego ignorante, irracional" que a él lo domina ante una grandeza a primera vista inabarcable, luego plena de recintos del afecto entre el anhelo y la posibilidad, entre las diferencias sociales y su rango adyacente: "un determinado cine de un barrio, un jardín en una colonia, la fama —cría fama y échate a dormir de lado— en otro".

Si bien cuestiona el afrancesamiento citadino del viejo régimen porfiriano, notorio en la arquitectura heredada, celebra el auge de los mercados que se dispersan en la ciudad, ironiza sobre la moda en manos de las "criadas" y atestigua la paulatina extinción de los mercados "puros", que sólo "se ven ya en los pueblos de México". El observatorio urbano del escritor incluye el registro de las normas convivenciales en la figura de los policías, de sus uniformes, de su historia anecdótica, de sus innovaciones o nombres populares, en la lectura de novelas policiacas. El vicio de evitar lo unánime se muestra de varios modos: contra la lectura de Chesterton, Novo se burla: "Dios me libre de confesarme con el padre Brown"; contra la obligación gramatical: "de tiempo atrás vengo guardándole rencor a la letra H. Es la más antipática del alfabeto"; contra la manía de comprar libros: "¿Qué nos pueden decir los muertos, fuera de los mensajes espíritas que nos dirijan, que nos sirva para el futuro?"; contra los refraneros del falso folklorismo y los excesos nacionalistas de la época posrevolucionaria: "el pueblo parece demasiado seguro de su propia poesía y no solicita, ni admite, innovaciones en su esencia ni en su forma"; contra la enseñanza de las fábulas: "¡pero qué mañas nos enseñan! La hipocresía, la segunda intención, la lisonja"; contra el ideal estético de la esbeltez sajona: "las mujeres que en nuestra historia han registrado más numerosos éxitos amorosos no han pesado nunca menos de doscientas libras, cuando ha habido básculas en qué verificarlo". No obstante, estas agudezas se despliegan mejor cuando se reflejan en el ámbito literario.

En "Salvador estaba inmóvil" se leen sus preferencias por los cuadros de José T. de Cuéllar, en los que encuentra poder evocativo y vigencia, al mismo tiempo que contrapesos irónicos: "Facundo no logra evitar tal cual observación personal a lo que va pintando, un leve comentario, una exclamación, un paréntesis". Este método, cuya tradición obedece a los "cuadros de costumbres", se muestra como una imagen en el espejo de ciertas observaciones del Novo ensayista. Los ensayos de *En defensa de lo usado* reconocen más de una vez la importancia de las imágenes: ya sea a través del estudio de la fotografía (a la que le predestina uno de dos caminos: "la creación o la reproducción"), o de los libros ilustrados. El cariz que complementa lo anterior desafía las presunciones modernas, hasta el grado de refugiarse en el anacronismo de "los pájaros en la poesía": "las doncellas conversaban antaño con el papagayo; hablan ahora por teléfono con sus amigas". Novo se da incluso el lujo de las confesiones contradictorias, ambiguas: "yo pude ser útil, me digo con un poquito de amargura. En lugar de ello, sé muchos nombres y muchas fechas; vivo con los muertos. Sé declinar nombres y pronombres". Esta definición de un perfil individual elusivo, paradójico, pleno de acotaciones, de ritmo conversacional entre la broma y lo serio, de cláusulas irónicas o desvíos hacia la risa cotidiana que provocan la incredulidad, o el apego en el lector, se volverán en

adelante los giros gozosos, asiduos, en los ensayos de Salvador Novo.

En 1904 la ciudad de México tiene un poco más de medio millón de habitantes; en 1921 alcanza el millón y medio; a principios de los cuarenta tal población se habrá casi duplicado. A pesar de las destrucciones del antiguo aspecto colonial de la capital mexicana —que se manifestaron desde mediados del siglo XIX hasta el final del porfiriato en 1911—, la transformación radical se vivirá a partir de los años treinta, cuando la apertura de algunas calles céntricas como 20 de Noviembre y San Juan de Letrán termina por destruir la antigua entereza del centro urbano. México entra en una creciente modernización, apoyada en el auge industrial y en el modelo de una cultura cosmopolita, que significa reformar los ejes de la convivencia: se amplía el mercado y también el consumo, aparecen nuevas reglas del trato público y privado y, por último, se comienza a instaurar el esfuerzo individual como núcleo de la familia y el trabajo. Éste es el trasfondo de cultura y sociedad del libro *Nueva grandeza mexicana; ensayo sobre la ciudad de México y sus alrededores en 1946*, que Salvador Novo publica en Editorial Hermes ese mismo año, después de ganar el premio Ciudad de México convocado por el Departamento del Distrito Federal.

En *Nueva grandeza mexicana* se encuentran la figura del guía urbano y la del maestro de ceremonias de los prestigios institucionales. Novo establece una serie de resonancias en el tiempo en que el paseo por la ciudad adquiere una vocación doble: es una lectura del pasado y una escritura de sucesos recientes. El presente se desdobla, por este propósito trascendental, y accede a un plano superior respecto de la inmediatez cotidiana.

El libro consta de siete capítulos breves que corresponden a un paseo íntimo, amistoso, por diversas zonas de la ciudad, que a su vez resumen características de la historia, de los cambios de usos y costumbres y de las aportaciones contemporáneas: *1)* los automotores, el transporte, los choferes, la amplitud territorial; *2)* la comida, los restaurantes, el ocio cinematográfico, los teatros, el Palacio de Bellas Artes, los centros nocturnos, los prostíbulos; *3)* la Universidad antigua y la nueva, las librerías, las bibliotecas, los salones de belleza, los baños públicos, las dulcerías, las galerías de pintura, los anticuarios; *4)* los edificios históricos, las plazas, los monumentos, los rascacielos, los barrios; *5)* las sedes del gobierno, las obras edilicias, los festejos religiosos; *6)* las bondades del clima, los paseos, el bosque de Chapultepec, los alrededores, San Ángel, Coyoacán y la arquitectura colonial. Al final, el ensayo de Novo resume el paseo: “Habíamos visto una ciudad transformada, modernizada, en pleno crecimiento”.

Nueva grandeza mexicana refleja a un ensayista que se sabe observador privilegiado de los cambios urbanos y mensajero adventicio del progreso. El autor presenta una ciudad que abandona su escala peatonal y asume la automovilística, recorrible desde sus estratos y lugares más altos, hasta los bajos fondos de la noche; la ciudad se democratiza conforme se viaja a lo largo y a lo ancho de ella, de acuerdo con el bolsillo del ciudadano, o con las disponibilidades de su gusto.

El asombro fresco, fragmentario, vertiginoso, del Novo de 20 años atrás —como se confronta al leer su fragmento narrativo “El joven”, publicado por la Editorial Popular Mexicana en 1928— ha dado paso a la visión del Novo maduro, cuyos propósitos se sujetan a un orden preciso, profesional: presentar un entendimiento homogéneo de la ciudad en el que se entrecruzan los privilegios del diletante, del dandi, con la mirada atenta a la modernización, a

sus disparidades y sus contrastes. “Iglesias, palacios porfirianos, rascacielos. Esta trinidad esquemática y coexistente de nuestro yo urbano, que representa a nuestra historia arquitectónica, se halla tan viva en nuestra vida doméstica como presente en nuestras calles.” El realce de tal “trinidad” requería un manejo prosístico que estuviera a la altura. Novo se halla en la antesala de la Academia; su prosa purifica, brilla y da esplendor a la ciudad, mediante recursos ensayísticos que reiteran el ideal wildeano en que se formó: distinción, encanto, belleza y fuerza imaginativa.

Salvador Novo pertenece a una generación que funda la cultura urbana moderna en México. A lo largo de los años, este aliento institucional se bifurcará así: el escritor accede a un estrato superior en su calidad de intérprete de la nueva vida social y cultural; su escritura consigna, avala o se graba al pie de las fundaciones de la ley, del orden, del dinero. La obra literaria deberá expresarse en el reverso de semejante mandato; o bien, entretejida con éste. En 1953 Novo llega a la Academia Mexicana de la Lengua. Su discurso inaugural es una antigua obsesión que proviene, al menos, de 1935: *Las aves en la poesía castellana*.

Su libro de ornitología literaria consiste en un archivo de citas, glosas y comentarios amenos, opuestos a la rigidez profesoral de los filólogos; recoge ejemplos de la antigüedad grecolatina, de la poesía castellana desde el medievo hasta el Siglo de Oro y de la poesía mexicana contemporánea. Entre la erudición y el juego, declara sus propósitos, en los que reconoce una clara anacronía: “¡Las aves en la poesía castellana! El tema fue incubándose de un modo tan casual, tan botánico, como el Ibis concibe, ‘si tradición apócrifa no miente’. Sugiriómelo, por vuelos cada vez más altos, el canto, y meditar en él con qué reiterada frecuencia ocurren todavía en las canciones populares los pajarillos, y cómo, en cambio, han huido de la poesía moderna. Quiere dotársela ahora de un contenido social, por el que se entiende el dominio mecánico y brutal de la naturaleza”. Contra las disecaciones virtuales, producto del creciente “urbanismo”, Novo revalorará la memoria y los libros, y enriquecerá la lectura con las aportaciones cercanas del cancionero de la radio, en el giro de un gusto capaz de apreciar y fundir, mediante un acto pionero de voluntad creativa, manifestaciones y registros disímbolos de la cultura.

Más que un historiador, Salvador Novo será un anticuario, y más que un erudito literario será un coleccionista. Esto no implica que carezca de saberes históricos ni de erudiciones insólitas; sino que sus intenciones serán otras: crear espacios de placer compartido a través de las conversaciones y las lecturas. A él le interesa rescatar un conocimiento, una obra, una anécdota, una historia, y difundirla, recrearla, extenderla a sus lectores cotidianos, a sus amigos.

Al reunir en 1962, bajo el título de *Letras vencidas*, sus ensayos sobre literatura para la edición de la Universidad Veracruzana, resumía un tema permanente en su obra: la literatura del siglo XIX mexicano a través de Luis G. Inclán y de Manuel Gutiérrez Nájera. En Inclán descubría una “actualidad” necesaria de recuperar ante el “embate de todas las influencias”, por su “mensaje indirecto de llamado a la tierra; su credo de sencilla felicidad campirana; su condensación de la esencia de nuestras más auténticas virtudes; de las más dignas de salvar del naufragio”; en Gutiérrez Nájera apreció la perspectiva volátil y duradera del cronista-transeúnte, en que se veía reflejado: “alguna vez toma un tranvía, o un coche; y entonces, sus ojos observan y absorben; y su pluma nos deja descripciones vívidas, rápidas, firmes, de la

ciudad”.

En *Letras vencidas* se recogen también los ensayos de Novo sobre la sociedad literaria en que se formó, “El trato con escritores”, y sus reflexiones sobre el teatro, el drama alemán, los autores ingleses, la escena histórica mexicana, cuyo complemento será el “Prólogo” a *Reseña histórica del teatro en México, 1538-1911* de Enrique Olavarría y Ferrari, publicado por Editorial Porrúa en 1961. En unas líneas define su idea instructiva del teatro: “el teatro obra el milagro de partir en su espejo, de una imitación verosímil de la vida del público, a una superación ideal de sus problemas. El público lo abandona purgado, satisfecho, contento de haber presenciado la impartición de una justicia poética en que participó. Ha aprendido. Cuando se vea en un caso semejante, ya sabrá cómo obrar”. En su “Trato con escritores”, Salvador Novo convoca sus recuerdos y fija los trazos de un retrato de sí mismo, al confesar ser “un poco heterodoxo”: “no he pertenecido ni a este grupo ni al otro grupo, ni me ha gustado adherirme”. Como lo precisa en algún momento, prefería la satisfacción del “punto y coma”. Novo habría querido una forma de estilo —y de vida— abierta siempre al tiempo, a las palabras.

En 1972 apareció el libro *Las locas, el sexo, los burdeles (y otros ensayos),* en Editorial Novaro. Novo resonaba al joven de las aventuras noctámbulas, y lo convocaba a dialogar con el anticuario y el coleccionista. El libro entreteje la historia y lo cotidiano, y el cuerpo parece surgir como el tema de fondo en los ensayos sobre los “sodomitas”, la mesa y los antojos alimenticios, los pelos, la sexualidad maya, los burdeles, el psicoanálisis de Sor Juana, los huevos, el teatro infantil, la urbanidad que erradica los pleitos públicos, el histrionismo, la medicina ineficiente, la salud maltrecha. El libro parece adelantar un juguete epilogal. Salvador Novo establece al final de ese festejo ensayístico un juicio lapidario que lo pinta de cuerpo entero: cuando el capital de la juventud se agota, el kilo y medio de cerebro perdura y luce, bien administrado, en la vejez. Ésta fue su intención esencial y, para su fortuna, también un cumplimiento literario en los placeres múltiples.

PRÓLOGO

SALVADOR NOVO

Como otros tantos personajes en busca de su autor, se congregan en este grueso volumen todos mis libros de prosa.

Entre el primero —*Ensayos*, 1925— y el último —*Letras vencidas*, 1962— corren los 37 años durante los cuales nacieron sus hermanos. Unos a otros se llevan, pues, años de diferencia en las edades. Ahora llegan a esta reunión de familia con el aire que les impone un parecido, y con los rasgos propios de cada cual. Y me miro en ellos, más que como a un espejo apagado, como en los retratos que en un álbum conservaran, irónicos, un rostro que ha ido gradualmente endureciéndose.

Buenos, tiernos, dulces —o temibles— hijos, se proponen hablar por mí, y así acaso festejar el grave cumpleaños de su padre. Es suya una palabra que a tiempo les cedí, o me arrancaron. Pero antes que la tomen, quiero paternalmente presentarlos, uno por uno.

El primogénito es *Ensayos*. Si hubiera sido un hijo de carne y hueso sería ahora el más viejo y caduco de la familia. Pero se ha conservado joven, ágil, audaz, en sus músculos de papel, en el esqueleto de su asombro gozoso frente al mundo que sus 20 frescos, alegres años, descubrían, cantaban, se apresuraban a comunicar. Tenía prisa por plantarse en la vida; por acompañar de poemas su emancipación, su acto de presencia.

La huella de sus amistades es evidente en la conducta de este mimético muchacho. Frecuentaba a los autores ingleses y norteamericanos que, en aquellos años, pocos trataban ni conocían en México. Cuadraba a su temperamento: con él consonaba este desparpajo, esta adjetivación sorpresiva, este juego con las palabras y las imágenes, apto a romper los moldes secos y quebrantados del cascarón gramatical ortodoxo. Anunciaba el nacimiento o la forja de un estilo que, dentro del crisol de un castellano académico, infantilmente sorbido a los clásicos, vertía la ductilidad de otras lenguas y la frescura del habla popular, escuchada en las calles de su tiempo.

Esos apuntes rápidos: esas explosiones verbales reducidas a pocas páginas, le ganaron a aquel muchacho pronta fama de inteligente. Los críticos vieron en sus *Ensayos* el vaticinio de una brillante carrera en las letras. Don Eduardo Colín dijo del joven autor: “Es cual caja de sorpresas”. Con alentadoras palabras le saludaron Carlos González Peña, Enrique Fernández Ledesma, don Victoriano Salado Álvarez —éste desde su destierro de San Antonio Texas—.

Bastantes años más tarde (1938) nació un hermano anacrónicamente gemelo de los

Ensayos: el que *En defensa de lo usado* esgrime los más largos y ambiciosos reunidos, decantados, sedimentados, en esos años. Pero el segundo, en el tiempo, de mis hijos literarios: ahora resurrecto, o deshibernado, o recuperado en este volumen, es mi consentido, y un libro que siguió tan de cerca al primero, como 1928 queda de 1925: *Return Ticket*.

Mirar ahora juntos a todos mis libros, me permite apartarlos en dos grupos: los que tratan de viajes (y aun dentro de este renglón: *a],* al extranjero; *b],* por la República), y los que siguen, pero engruesan, la línea inicial de los *Ensayos: Las aves en la poesía castellana, Letras vencidas* —y el prólogo aquí reproducido de la *Reseña histórica del teatro en México, 1538-1911,* de Enrique de Olavarría y Ferrari.

Los de viaje, a partir de *Return Ticket* (1928), siguen este orden de aparición: *Jalisco-Michoacán,* 1933; *Continente vacío,* 1935; *Este y otros viajes,* 1951.

Si pretendo someter a disección este libro de *Return Ticket,* no lo consigo. Al contrario; es él quien, puesto nuevamente ante mis ojos, opera en mí una especie de mágica vivisección. Descubro ya en sus páginas: a los 23 años del viajero asombrado que narra su aventura, todo lo que después (cuando madure, si madura; cuando endurezca, si perdura) habrá de caracterizarle: un narcisismo autobiográfico no carente de desolación; una premiosa “voluntad de ruina” (“si yo hubiera tenido fuerzas a tiempo” —exclama el personaje cuando aún lo era de tenerlas—), una inclinación avestrúcica a cancelar al mundo hostil o difícil, por el medio expedito y elemental y pasivo de hundir el cráneo en la erudición o en su semblanza. En *Return Ticket,* esa tendencia se manifiesta en el capítulo consagrado a la lengua hawaiana.

Pero en 1927: a pesar de su quejas y sus desistimientos, el joven viajero dispuso de poco tiempo que rendir a la desolación estudiosa. Ya para 1933, en cambio, durante el viaje a Sudamérica, el mal había avanzado hasta provocar —sórdido paréntesis, laberíntico escape— ese “Canto a Teresa”, por el cual se sustrae a la aventura, y la trueca por el ejercicio de una agotadora trashumancia libresca.

En *Return Ticket,* mientras la playa entrega su abrazo a los muchachos desnudos, el autor abre el grifo de su baño caliente, remiso, solitario. En *Continente vacío,* con todo el mar enfrente; si bien le canta en un poema, prefiere husmearlo en la poesía de los demás. ¿Cobardía? ¿Complejo de culpa, o de inferioridad? De cualquier modo, una irresistible tendencia a transmutar en literatura —a trocarla por ella— la vida, y cuanto ella vanamente le brinda.

Cronológicamente, a *Return Ticket* siguió, en 1933, *Jalisco-Michoacán.* Reseñaba, en una especie de diario, el viaje emprendido por esos dos estados en el séquito de un ministro de Educación: Narciso Bassols. En su tierra, el mal viajero se siente más a gusto que en el extranjero. Llega aun a apasionarse por ella, a admirar sus bellezas, y contagiado por el espíritu mesiánico de aquel político, a estimar sus problemas educativos. A la distancia de todos estos años, los retratos de los personajes que discurren por sus páginas ofrecen —como los trazados en *Return Ticket*— los rasgos de tipos de la novela que el autor no llegó a escribir, pero que entonces parecía calificado para forjar.

El viaje a Sudamérica descrito en *Continente vacío* (1935) reitera y extiende, o agrava, los mecanismos que al estímulo del desplazamiento de su rutina dictan al autor las efímeras sorpresas del nuevo ambiente. Personajes otra vez novelescos le circundan; en las páginas de ese libro quedan las instantáneas de Alfonso Reyes, de un recuperado Henríquez Ureña, de un

amistoso Díez-Canedo, de un García Lorca en plena apoteosis bonaerense. Y la renuncia irrevocable a la vocación del viajero. De otros dos exilios —a Los Ángeles en 1940, a Europa en 1947— no sale ya ningún libro. Cartas a amigos —largas, quejumbrosas— serán todo el testimonio de su alergia a los viajes.

Nueva grandeza mexicana es en orden de fechas (1946) el siguiente libro. Concebido y escrito con rapidez al estímulo de un concurso oficial que premiaba la Crónica de la Ciudad de México, obtuvo el galardón, agotó dos ediciones —y fue más tarde reimpreso dos veces en la Colección Austral de Espasa Calpe y en los Populibros de *La Prensa*—. Es el hijo más gustosamente engendrado. Puse en él toda mi admiración, mi amor por la ciudad que —entonces— conocía bien, a fondo; y que hoy, acromegálica, excede a mi decadente capacidad de comprenderla.

Este y otros viajes (1951) recoge —mapa fragmentario— trozos de la República, visitados con brevedad y gusto en diversas ocasiones. Una recurrente añoranza de la vida provinciana frustradamente disfrutada en la niñez impregna estas imágenes, y a su tiempo, nutrió el fallido anhelo de instalarme, fugitivo, en la placidez de un pueblo a simplemente escribir y vivir. Llegué a pensar lo hermoso y lo útil que sería residir en cada pedazo de México el tiempo necesario para absorberlo y florecer su germinación en libros que fuesen integrando una geografía espiritual, emocional del país.

Las aves en la poesía castellana, que al fin vinieron a constituir mi discurso de recepción en la Academia Mexicana de la Lengua (1952), comenzaron por 1935 como la desmesurada ambición de hurgar a los pájaros en la poesía y en la leyenda de todo el mundo. Emprendí esta exploración libresca y escapista en momento de desconcierto: cuando acababa —en uno de aquellos renovadores, bruscos cambios de gobierno— de ser excluido de los empleos de que hasta entonces había dependido, y antes de hallar el modo libre de subsistir por el solo ejercicio de la pluma, como lo he felizmente logrado desde entonces. El proceso de elaboración de este estudio me exigió como primer paso el de la ornitología. Sólo en aptitud de reconocer científicamente a los pájaros, podría estimarlos en la poesía.

Una vez dueño de ese conocimiento científico, todo fue cuestión de paciencia, fichas e imaginación para rastrear a las aves literarias. Por supuesto, el abrumador plan original se fue reduciendo a la proporción de sólo la poesía castellana. Al verme honrado con la designación de Académico, aproveché redondeándolo, un material que me pareció propio como tema para el discurso ritual de ingreso en la, como la dicen, docta corporación.

No careció de emoción el verme invitado, admitido e instalado entre quienes por su edad y saber, y algunos por haberlo realmente sido, consideraba mis maestros: don Alejandro Quijano, don Genaro Fernández MacGregor, Carlos González Peña —quien contestó mi discurso—, Mediz Bolio, Vasconcelos, Jiménez Rueda, Núñez y Domínguez, don Alberto María Carreño, don Artemio de Valle-Arizpe, don Nemesio García Naranjo, don Agustín Aragón, Alfonso Reyes, Alfonso Cravioto, Castillo Nájera, Santamaría, Luis María Martínez, Alfonso Méndez Plancarte —para sólo mencionar, con respeto, a los 17 que, fallecidos desde entonces, han sido sustituidos por nuevos cuadros de vigilantes adalides de nuestra pureza idiomática. Junto a aquellos ausentes, me honró en 1952 la compañía y el aplauso de Francisco Monterde —actual director de la Academia—, Julio Torri, Martín Luis Guzmán, Alfonso Junco, Jesús Silva Herzog, Antonio Castro Leal, Jaime Torres Bodet, Isidro Fabela, el

Abate de Mendoza, Miguel Alemán, el padre Garibay, Agustín Yáñez y Carlos Pellicer. El más joven entonces de los académicos, hoy oscilo entre los que ingresan tiernos y los que se disponen, conmigo, a aumentar las codiciadas vacantes.

Letras vencidas es el volumen que en 1962 reunió conferencias y ensayos largos sobre diversos temas literarios —principalmente teatrales— producidos en distintas ocasiones. Cedo la palabra a quien en la solapa de la edición en los cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Veracruzana, presentó así este libro:

> *Letras vencidas* aspira a llenar, aunque sólo sea en parte, la necesidad de perpetuar en textos algunas muestras de la actividad de Salvador Novo. El presente volumen incluye conferencias y charlas que el autor ha ido dejando regadas en auditorios y conmemoraciones o que hallaron publicación en revistas que son ahora de muy difícil localización. Sin embargo —y ésta es también característica personal de Novo— lo incidental de la ocasión, la informalidad de sus intervenciones, nunca han menoscabado la agudeza de sus análisis, la profundidad de la investigación, la gracia y la pureza en la palabra y en el concepto.
>
> *Letras vencidas* es, también, un libro autobiográfico. No sólo por lo que el autor relata acerca de su trato con escritores, sino porque es también un testimonio de sus simpatías y diferencias, de sus hallazgos y encuentros siempre novedosos y plenos de vivencias, con los clásicos de la literatura de México y del mundo.

La *Nómina bibliográfica de Salvador Novo*, reunida por el acucioso David N. Arce y publicada por la Biblioteca Nacional de México en 1963 (con datos hasta 1962) registra 16 prólogos a diversas obras ajenas. Algunos de ellos se reproducen en este volumen, cuyo título —*Toda la prosa* de Salvador Novo— promete más, y menos, de lo que sus centenares de páginas alcanzan a abarcar.

Toda mi prosa: manada a lo largo de 40 años de ningún día sin línea, se ha mayormente evaporado en la arena de las publicaciones periódicas. Lo que aquí se rescata es la mayoría de mis libros en prosa, todos agotados. A la publicación de este volumen seguirá la de una antología de mis testimonios de 27 años de cronista extraoficial de la ciudad de México y de su vida artística, política, teatral, típica. A hurgar en la maleza que los contiene consagra ya su generoso talento el joven José Emilio Pacheco.

Sueltos y libres hasta ahora, estos mis hijos pródigos se congregan para tender su mano, por mí conmovidamente presentados, a la que el lector les conceda.

Ensayos

DE LAS VENTAJAS DE NO ESTAR A LA MODA

NUNCA se siente más el encanto de ignorar la actualidad palpitante que cuando se enferma uno o se va de la ciudad. Ambas situaciones alejan al sujeto de cines, periódicos y calles concurridas, en las que nunca falta un escaparate con libros y otros con trajes, tan diversos del que trae, que lo exhortan a tratar de obtenerlos. Las enfermeras y los campesinos no cambian de aspecto. Son un regreso a la química y a la botánica, aquel retorno a la naturaleza que recomiendan como cura prudente los sabios en épocas de complicados tintes. Se vuelve uno personaje de novela ejemplar. Las gentes que lo asisten llevan nombres que ya creíamos muertos, y los llevan con gallardía: Anarda, Clorila, Partenio, Filis. Se escucha en las tardes el dulce lamentar de dos pastores, se lee a Valle-Inclán y la murga toca cosas de Arditi. Aparece de repente la luna de todos los románticos en su cartón con goma y es completa la escena. Las lejanas estrellas no lanzan manifiesto alguno subversista y, cuando mucho, espolvorean su yeso azul sobre un paisaje que se ha quedado en Ramos Martínez sin alcanzar las exuberancias de Diego Rivera. Para que nada falte, suena la esquila…

Pero en la ciudad, ¿quién se atreve a esto? Sanción que no figura en el código es la sonrisa lateral de quienes os escuchan hablar de cosas atrasadas, o vestir un mal traje, o confesar que no entendéis el último “ismo”. A cualquier rama del árbol social a que os halléis prendido, si vivís en la ciudad, disfrutando de sus conocidas ventajas —los caminos, la luz eléctrica, el teléfono, las novelas francesas, el empleo público, el baño turco—, debéis pagar a la civilización el tributo de estar enterado de sus últimas manifestaciones y de saberlas discutir pulcramente. Si sois mujer, debéis vestir de organdí, raparos el cuello y masticar chicle, amén de otras obligaciones comunes a todo ser ciudadano, como asistir a los estrenos semanales del cine, ir de cuando en cuando a un concierto de música clásica, y enteraros de la prensa del día. Si sois un hombre de sociedad, sospecho que vuestras obligaciones diarias son siempre nuevas y complicadas. Consistirán, principalmente, en llevar impecables las puntas del traje y las del pelo, en que no os brille la nariz en los bailes, y en tomar el té sin azúcar, con limón, con crema, sin sándwiches, o como se use. Deberéis también enteraros con minuciosidad de la página social de los diarios, en la que se da cuenta de fallecimientos sensibles, felices nacimientos, elegantes matrimonios y distinguidos viajeros; para enteraros de todo lo cual necesitáis pulir vuestro talento, cepillar vuestro traje y escoger vuestra felicitación.

Supongamos que sois esa cosa que llaman diletante; que os da por todo; que vuestro mérito consiste en saber un poquito lo que es la música, otro poco lo que es la literatura, tantito lo que es la pintura y otro poco lo que es la escultura. Entonces, para quedar bien delante de los especialistas, tenéis que distinguir, con erudición, la música clásica de la romántica y de la

moderna, y confesar que os gustan los rusos por encima de los alemanes, que suelen ser sordos o dejarnos, y que Mussorgsky está por encima de Stravinsky, y naturalmente por debajo de Amani, cuya *Ave del paraíso sobre una cascada* os gusta tanto como el *Diálogo entre dos máquinas de escribir y un gato,* de Erik Satie; pero menos que *Fuegos artificiales en una taza verde* y *Fragmentos en forma de pera*, de no recordáis si Niemann, el alemán. Claro está que ya no se debe mencionar a Debussy.

Si la conversación se desvía por veredas literarias, Cocteau, Morand y Max Jacob "sientan" bien. Un poco Blas Cendrars, pero ni por equivocación ese mastodonte de Victor Hugo, pues entre Notre Dame y la torre Eiffel hay su diferencia. Luego hay que disertar, por supuesto, sobre Apollinaire, sobre el PEN Club y sobre el Museo de las Letras. Mas ya está mal hablar de Manuel José Othón, de Rubén Darío y de José Asunción Silva, y mucho más de los anteriores. Revelaría que andáis atrasado en noticias importantes.

Si se habla de pintura, es necesario decir que encontráis, en los cuadros nuevos, frente a los que os paráis en éxtasis, "muy bien resuelto" el trazo, "admirable" el colorido y "estupendo" el volumen…

Es, además, indispensable para todo hombre enterarse de y discutir todos los escándalos sociales recientes. Esto es más fácil porque se les encuentra en los periódicos.

En el campo no sucede todo esto. Tampoco en los sanatorios. Vestís el traje que mejor os plazca, habláis con quien os acomode mejor y no tratáis temas escabrosos. No os exponéis, además, a que vuestro interlocutor os lleve ventaja en las noticias del arte.

Claro está que a vuestro regreso a la civilización vais a encontrar las cosas muy cambiadas. Os habrán llegado 20 volúmenes que tenéis que leer. Los pintores habrán pintado más cuadros, cuyo sentido es necesario que os expliquen. Habrá debutado un pianista nuevo con música ultravioleta. Vuestro primer deber es mirar las notas de sociedad. Bajo la cabeza "restablecido" se encuentra vuestro nombre en un párrafo de bienvenida comprometedor. Os ha pescado de nuevo la moda. Tenéis que haceros ropa y erudición; empieza el martirio del diletante…

Si Manuel Acuña ha contradicho a Fray Luis (dos señores que ya no se citan) en la vida campestre, yo os aseguro que no tenéis otra escapatoria: el hospital o la casa de campo. Acaso queda también el suicidio; pero de éste habrían de hablar también las notas de sociedad.

ALGUNAS SUGESTIONES AL BOXEO

SUELE suceder que aquellas actividades que fueron un día parte de la vida y que la civilización ha borrado de su agenda, pasen, ornamentadas, al dominio del arte. Así el "noble arte del ataque y de la defensa" caballeresca, con lanza, ha sido relegada por arte de pistola y de máuser, a las fiestas patrias de México. Así también la horca, descartada por la prisión perpetua, por el fusilamiento y la silla eléctrica, se refugia, majestuosa y caduca, en las novelas.

Asimismo el toreo, pálida sombra de los circos antiguos y de luchas trogloditas, adorna sus figuras, luce capas costosas y se exhibe cada otoño. Cosa igual sucede con el boxeo, cuyos

orígenes son tan oscuros como los del hombre, que le ha acompañado siempre y que, reglamentado, cuesta cada ocho días dos pesos en ring general. Nada puedo decir de las peleas de gallos, porque los ovíparos, que yo sepa, no han evolucionado hasta aceptar códigos de honor. En algo, es claro, debían ser diferentes.

Imagino que el primer conflicto jurídico de intereses y voluntades dio lugar y origen no sólo al derecho, sino, también, al boxeo sin *rounds*. Pero el arte estaba en pañales. Cuando hubo otras maneras de aparecer legal —tribunales, Inquisición—, la diaria actividad devino cosa de los domingos, y pública. Detalle importantísimo, se inventaron los guantes. Los griegos los usaban ya, pero pesados y dañinos. Toca a los ingleses el haberlos inventado más razonables. Jack Broughton (1705-1789), padre del pugilismo inglés, al inventarlos, llegó a ser un famoso y querido profesor de la aristocracia de su tiempo y de su país.

Lo siguió John Jackson (1769-1845), llamado *Gentleman Jackson*, profesor de lord Byron y conocido de Tom Moore, el poeta, que se quejaba, como recientemente el canónigo Chase, de que aquel boxeador ganara tanto dinero. A Jackson se deben ciertas modificaciones de importancia, como el juego de piernas, la distancia adecuada, etc. Tan caballero era y tan buen profesor, que cuando a lord Byron le reprochaban su amistad con aquella clase de gente, éste alegaba que tenía más finos modales que muchos de sus amigos nobles. Lo cita en sus *Hints from Horace:*

And men unpractised in exchanging knocks,
Must go to Jackson ere they dare to box.

El *boxing* moderno data de 1866, al fundarse, a iniciativa de John G. Chambers (1843-1883), el Amateur Athletic Club. Chambers y el señor marqués de Queensberry redactaron juntos las reglas, que aún rigen en Inglaterra, de Queensberry, estableciendo *rounds*, y que rigieron en los Estados Unidos hasta la fundación del Amateur Athletic Club of America. En 1869 lord Queensberry reconoció los pesos diferentes que hoy rigen.

El *knock-out*, ambición moderna de todo boxeador, resultado del *time is money*, era despreciado por los antiguos, que se complacían en exhibir su fuerza y su agilidad el mayor tiempo posible. En Norteamérica el boxeo se empezó a popularizar a principios del siglo XIX. Fue el primer campeón nacional Tom Hyer (1841-1848) y le siguió James Ambrose, alias *Yankee Sullivan*. Vinieron luego Tom Allen, Jeem Mace, J. Kilrain, John L. Sullivan, John Morrisey que, después de boxeador famoso, fue electo diputado al Congreso de la Unión y se cuenta que sus votos tenían mucha fuerza. El encuentro de Jack Johnson, el negro, en 1910, con James J. Jefries, en que éste resultó vencido, marcó una fecha dolorosa para los americanos.

Los franceses, por su parte, han evolucionado también, aunque muy lentamente, en esta actividad natural. Su juego data, juego romántico, de 1830, y se acerca más al pugilismo griego, *pankratios*, que al box sajón. En la *boxe francaise* se ataca con los pies. El *chausson* o *Jeu Marseillais* fue, durante largo tiempo, diversión favorita de los soldados.

Como Byron en Inglaterra, el voluminoso Dumas padre fue para Francia el lado atlético de la literatura. Por él sabemos que Charles Lecour combinó el primero las patadas francesas y el boxeo inglés, y que abrió en París una academia de box en 1852, de regreso de Londres, adonde había ido a tomar lecciones de Adams y Smith. Lecour y un tal Vigneron dieron

exhibiciones públicas que la policía suspendió. Francia no es para eso. Ya veis cómo un portero de restaurante puso *knock-out* a Carpentier…

México, si no atletas propiamente dichos, produce quienes admiren su maestría. Nos han visitado Jack Johnson y Firpo. El box es punto implícito de reunión de México entero. Hace muy poco que los sabios consejos de amigos míos me decidieron a lo que a priori juzgaba fastidioso. Todo lo contrario, el boxeo es el más completo de los espectáculos descubiertos, porque hace un actor de cada espectador.

Todos nuestros músculos siguen el dinamismo de los contrincantes, nos sentimos capaces de aconsejarlos, de competir con ellos y, ebrios de fuerza, de retar al vencedor. No pueden leerse sentados estos pentateucos de *rounds*. Arrancan de la luneta como los libros esenciales, y he ahí lo auténtico de su calidad. Pienso que, de seguir asistiendo, seré pronto un atleta, tanta es la gimnasia sueca que se hace con los brazos, que "al imán de sus golpes atractivo sirven los pobres de obediente acero".

Me dicen que para un buen aficionado son igualmente excitantes los toros y las carreras de caballos. Pero dudo que un buen aficionado pueda con éxito hacer segunda a las embestidas del de Atenco, o prosperar en el galope. No hay ese obstáculo en el boxeo, en el cual se puede apostar a cualquiera de los contrincantes y seguir hipnóticamente sus gestos sin cambiar mucho de especie.

PROPOSICIONES HONESTAS

Objetivamente paréceme, sin embargo, después de tres visitas que he hecho al Frontón, que el arte del boxeo necesita aún de algunas ligeras adiciones para merecer esa categoría. Aplaudo sin reserva la abolición de las patadas francesas, porque no son nada elegantes o visibles, y además resultan ser coces contra el aguijón. Pero, con su juego de manos y sus brincos, presenta un aire de familia con el baile que se acentúa en los *clinchs*. En éstos la música se impone. ¿Cuándo nacerá el Wagner del box que escriba *La hora del ring?* Odiamos cordialmente al *referee* que se acerca, los separa y se va para verlos golpearse, inmutable, hasta que no se clinchan de nuevo o uno de ellos cae y, una vez que se puede extender el certificado médico, se une —¡traición!— al vencedor y se declara su aliado. En lugar de esto una orquesta oculta debería tocar un *tempo di valse* a cada *clinch*. La música, endulzando a los adversarios, los separaría después de la tercera figura, y luego callaría hasta que, caído en el suelo, el vencido fuera declarado *out* tras la décima campanada de, digamos, la danza de las horas.

El *referee* es figura odiosa. Con su traje blanco —como si fuera un día de campo—, se acaba de parecer a las naciones neutrales que dejan destrozarse a los otros, los separan en cuanto hay peligro de muerte mutua, y se unen al triunfo, como si les correspondiera, del que dio el bofetón mejor.

De unir el box con el toreo, el *referee* debería reducirse a plantar sendas banderillas en el costado de los contrincantes y retirarse a preparar los monosabios. Hay momentos en que un chorro de sangre sería mas alivio que el "chicle pa las biles" que grita un vendedor.

Desespera ver tan enteros y eludibles a los boxeadores. Lo más que les pasa es una hemorragia nasal, que muy bien puede ser de calor.

Los descansos me parecen muy cortos y más fatigosos que la lucha. ¡Cómo les hacen tanto aire cuando sudan en esa forma! ¡Cómo les rocían la espalda con agua fría como a la ropa de almidón! ¿No hay peligro bronquial? Debería concedérseles, cuando menos, el tiempo de fumar un cigarro y de estirar las piernas. Con estas ligeras adiciones que propongo a este oficio próspero de boxear, puede pasar a la categoría de arte, que ha ambicionado tanto.

MEDITACIÓN SOBRE LOS ANTEOJOS

CUANDO en la historia del mundo vemos descubiertos y adoptados los anteojos, comprendemos que la civilización ha nacido. Nerón con su piedra transparente anticipaba, pero no realizaba, los monóculos y los impertinentes. Para el vidrio cóncavo hubo que esperar la Edad Media. Egipcios y asirios, para examinar las estrellas, se metían en pozos (de allí acaso, lo de pozo de ciencia). Los astrólogos empezaron a construir pozos portátiles. La historia atribuye a Bacon, que murió en 1294, las siguientes palabras en su *Opus Majus*, edición de Jebbs, 1773:

> […] podemos hacer pasar toda figura por cuerpos transparentes y disponerlos de tal manera, con respecto al ojo y a los objetos, que se refracten los rayos y se desvíen hacia cualquier punto, de suerte que podamos alejar o acercar infinitamente las cosas. Y así de distancias increíbles podemos leer las letras más pequeñas y contar las más nimias partículas de arena y polvo, por razón de la amplitud del ángulo bajo el cual las vemos.

Giambattista della Porta, en su *Magia Naturalis,* impresa en 1558, declara lo siguiente: “Si se saben unir correctamente los objetos más lejanos y los cóncavos y el convexo, se verán los objetos más lejanos y los más vecinos, todos muy grandes y con todo perfectamente claros.”

Pero notad cómo Roger Bacon habla de las letras en relación con los anteojos. En efecto, la imprenta iba a contribuir a hacerlos necesarios. Para leer las cosas cercanas, libros o manuscritos de Fausto, y para leer las cosas lejanas, Vía Láctea, planetas habitables, eclipses por verificarse y cometas excursionistas. Más tarde la bacteriología iba a aprovecharse de los vidrios combinados para sus análisis, y para cosas nuevas —¡oh Santayana!— iban a usarse nombres antiguos: telescopio, microscopio, en honor a Demócrito, que anunció que la Vía Láctea está compuesta de vastas multitudes de estrellas, sin haberlo comprobado con lentes, y hasta a Séneca, que predijo, antes que Newton lo asegurara, que los cometas giran en órbitas periódicas.

Parece probable que los anteojos se hayan usado desde las agonías del activo siglo XIII. El diccionario italiano de la Academici della Crusca (1612) cita un sermón de Jordán de Rivalto, publicado en 1205, en el que se refiere al invento como reciente de 20 años, y en la tumba de un noble florentino muerto en 1317, una inscripción le atribuye el invento.

Desde entonces Europa usó los anteojos, con fines de ciencia. Eran indispensables en los sabios y sin embargo no se les consideraba sino como útiles; no habían llegado a considerarse

como parte del individuo y por eso en los retratos se excluyen siempre, excepto en los de propaganda, en los que se tiende a enfatizar el gesto científico. Los miopes Luises de Francia utilizaban sólo de vez en cuando las tijeras invertidas de sus impertinentes para examinar desde su dignidad al recién llegado. Fue el primer paso hacia el uso de los anteojos como disfraz; frágil barrera de vidrio, tan importante, sin embargo, que separa al siervo del rey. Los rostros blancos soportan, sin perder nada, anteojos o lentes.

Quevedos dignos de memoria, los que usó don Luis de Velasco. Ignorantes del vidrio, los indios no habían usado jamás anteojos. Acaso comprendieron que un rostro moreno se ve con ellos como una casa de adobes con cristales muy finos.

Débese a los norteamericanos el progreso de todos los lentes. La cámara oscura de los franceses, fija, movióse en California. Progresó la fotografía y, por fin, los anteojos fueron declarados parte integrante del individuo. La extrema claridad de las pestañas sajonas enfermaba a menudo su vista y hacía urgentes los anteojos, que se imponían libremente al contrario de Francia, donde las mujeres usaban sólo impertinentes o gemelos de teatro, temerosas de perder sus relativos encantos con aquel aparato. En la especialización de los estudios médicos, nació la optometría y el oculismo, como serias ramas de la ciencia.

Sin embargo, el problema de adoptar los anteojos es uno de los más serios para el ente humano. Los libros de higiene elemental recomiendan, a quienes vivan en la ciudad y quieran curarse en salud, el mirar con frecuencia hacia lo lejos para evitar la miopía.

El horizonte circunscrito de los pueblos modernos, las varias luces artificiales, los distintos y no siempre claros tipos de imprenta, acaban con la vista civil, que se ve en el caso de ocurrir al especialista. Nunca se le ocurre a nadie entrar en las tiendas de anteojos, por llamativas que sean, hasta que no empieza a notar que no ve claros los letreros de los trenes que espera, sin pensar que es posible que no estén limpios.

Se examina la vista gratis. Lo malo es que todos estamos enfermos de ella. Después de un cuidadoso y lento examen más emocionante que el de un dentista, puesto que no duermen los ojos del paciente, sino que los obligan a abrirse en gesto de asombro, se le coloca frente a letreros luminosos de diversos tamaños, hasta que no ve. Luego se le tiene en capilla algunas horas, hasta que no están sus anteojos, generalmente al otro día.

Pero entonces al ir a recogerlos, ¡qué emoción intensa os embarga! Por la primera vez vamos a ocultarnos detrás de grandes aros de carey con cristales mágicos, que acercarán las cosas lejanas y aclararán todas las borrosidades del presente. Nos las calamos; nos asombra la clara visión repentina. Y salimos a la calle como el sabio de la leyenda que podía ver las almas con sus anteojos, mirando a través de los nuestros las perfecciones y los defectos humanos. ¡Y luego es tan agradable leer los letreros más insignificantes sin esfuerzo alguno; practicar, en fin, la lectura en la calle, como cuando, niños, encantados de poder unir sílabas, íbamos deletreando todo letrero de carnicería!

RADIOCONFERENCIA SOBRE EL RADIO

SEÑORAS y señores que me escucháis:

No sabría explicar la emoción que se intercala en mi garganta al considerar que mi voz se escucha, débil como es, en el confín lejano, por magia de la ciencia. En verdad sólo de ella podemos esperar una unión definitiva y socialista, sin fronteras, a través del espacio. No ya desde el Bravo hasta el Suchiate, sino de un polo a otro, a través de toda la Tierra, podemos escuchar la voz de nuestros semejantes como antes podíamos recibir su correspondencia o como más tarde pudimos telegrafiarles o hablarles por teléfono, siempre merced a la ciencia omnipotente y avasalladora. Os habréis fijado en cómo las artes de hoy se mezclan con la ciencia y están en posibilidad de ser más actuales, más palpitantes y menos duraderas. Tenéis la prueba con el cine y la fotografía. ¡Cuánto mejor llenan estas actividades modernas el fin del arte, que no es otro que reproducir la naturaleza, cuánto mejor que una tardada escultura griega o egipcia o que un Giotto, un Piero della Francesca o una *Monna Lisa!* El arte de hoy se gasta con el uso porque tiene aplicaciones prácticas y ello produce la ventaja de su renovación constante, la abolición de los museos y de las investigaciones arqueológicas. Nos falta hoy tiempo. Nadie lo tiene para emprender pirámides en Egipto o en Teotihuacan. Y cuando al salir de la oficina nos viene el deseo de ver algo grandioso, entramos en el cine y la linterna mágica nos presenta palmeras y esfinges más razonables y en mejor estado que las genuinas. Allí, en el cine, se dan la mano el cooperativismo (los novios), el arte y la ciencia. Nuestro humilde peso, sumado al sendo de los miles de espectadores que aplauden y admiran aquel arte científico, producirá en la mente de Cecil B. deMille, el nuevo Miguel Ángel, al llenar sus bolsillos, nuevas ideas grandiosamente artísticas y científicas. También el del radio. Acabáis de escuchar el sexteto All Nuts Jazz Band y ahora oís mi palabra; dentro de 10 minutos oiréis *Il Bacio*, de Arditi, o *Guadalupe la Chinaca*, de Nervo, o *Manon*, de Massenet, y podéis estar en la postura que mejor os plazca, con el traje de acostaros, con pantuflas, cosa que no solía hacerse en la ópera, fumando vuestra segunda pipa o dormitando…

Pero noto que me desvío de mi tema, llevado del placer de que se me escuche. Triste pensamiento es considerar que no puedan entender mis palabras mis auditorios que no hablen español; no porque sean muy importantes, sino porque, si me entendieran, era que habría un idioma universal ya. La ciencia se encargará de prepararlo. En tanto lo hace, sigamos con el universal idioma de la música y de la ópera en el de Benito Mussolini. ¿Habré demostrado, con mis anteriores palabras, que el radio y el cine unen lo útil y lo agradable, como en el precepto de Horacio? Si no lo he hecho así, que la nación me lo demande.

El radio merece observaciones especiales. Es el sueño hecho realidad de videntes y soñadores, de todos los que desesperaron de poder hablar con sus ausentes. De hoy en adelante —¡oh Verne, oh Daniel Defoe, oh H. G. Wells, visionarios únicos!— los náufragos no estarán solos si pueden levantar una antena y colocarse unos audífonos. Se podrán dictar cartas a las taquígrafas, sin su proximidad y sin darles tiempo ni ocasión para que contesten. Hay que aceptar la muerte de las bibliotecas como fuente de conocimientos. Hoy corresponde al radio impartirlos por las dos orejas, simultáneamente, para que no entren sólo por una y tengan mutis por la restante. Los audífonos dan, a quien los sostiene, un aspecto quirúrgico y policiaco o de empleada obediente de teléfonos que nunca comunica; pero que tampoco se enoja por lo que escucha. ¡Da tanto carácter de prosperidad a una casa un aparato de radio en la sala! Es como una credencial de calidad exclusiva. Quienes lo poseen no tienen necesidad

de salir a gastar su dinero en los teatros. Pueden quedarse en casa, cenar y arrellanarse a instruir deleitando, digerir escuchando. El hecho de buscar la onda es gesto superior, olímpico, de marino que tantea la brújula entre el índice y el pulgar. Una vez hallada, uno puede ceder el concierto a su esposa y salir a dar una vuelta.

Ya no habrá por qué perder tiempo enseñando a hablar a los loros si se les construyen audífonos, ni a los niños, para quienes ya los hay. En la educación de nuestros hijos, el radio es parte más importante que el biberón y la nodriza, y de más higiénico manejo. Ciñe, conforma y dulcifica el vuelo de las orejas infantiles, y acostumbra a los hombres, desde pequeños, a no hacer caso de lo que se les dice.

Señoras y señores que me escucháis: el reloj, otra maravilla de la ciencia, me señala un límite. Debo concluir saludando a todos ustedes y dando las más expresivas gracias a los señores Galena y Bulbo, que se sirvieron invitarme a hablar en esta solemne ocasión, con la amabilidad que les es característica.

MOTIVOS DEL BAÑO

Es una molestia espiritual no conocer autor ninguno respetable que haya dicho una frase inmortal acerca del baño, porque los epígrafes dan fuerza y autoridad a los discursos como la cita oportuna de un artículo legal suele dar la libertad a los presos, si sus defensores la hacen con tino y los jurados los creen. Pienso lo bien que se verían estos mis motivos del baño, si los ornamentara la cúpula de una frase de, digamos, Shakespeare. Mas en su hermetismo literario acerca de la higiene, ingratitud, si bien lo miramos, hacia sí mismos, y en mi resolución de no apoyarme en artículos sanitarios, apenas si puedo citar los Motivos de Proteo, del maestro Rodó, en tratándose de baños de mar. Ni siquiera al minucioso Xavier de Maistre se le ocurrió, en su viaje inmóvil, abrir la puerta de su cuarto y mirar meditativamente hacia la tina de baño para decirnos su opinión.

Entre las cosas que sólo conozco de oídas está el mar. Pero es esto una prueba de que el baño no es sólo higiene, sino placer de la mirada y del músculo, exhibición de trajes untados de charol, en torsos ágiles, y de graciosos gorros para aviación sobre orejas de concha nácar; arena para echarse en su limpia humedad, bajo el hongo del quitasol, y aprender geografía y anatomía topográfica; crepúsculo, alba, *midi, roi des étés,* y Venus, que nace de la amarga espuma. Al besar la mano pequeña hallar que el meñique sabe a camarón, y correr a la regadera del agua dulce, so pena de quedarse en los pulpos de unas pestañas, para siempre amargo de océano.

El baño en el río no creo que exista mucho, fuera de la imaginación de los simbolistas. En nuestro maravilloso país cada pueblo de juguete tiene la dulce esposa de un claro río, y en él morenos brazos exprimen la neblina de ropa azul. Más lejos, los chicos, como anguilas, pescan sandías sangrientas y tiritan cerca del maizal. La tarde misma se despeina en los sauces y canta en las aguas.

El baño en la ciudad ha multiplicado sus aspectos y ha perdido carácter al tomar importancia. Por todas partes se ostentan letreros bisílabos, como los de aseo de calzado, y en

su interior hay hombres destinados a reblandecerse como las papas, al vapor y al aire caliente. Los baños públicos son acaso la institución más desagradable de la edad moderna. Desde que se les aborda se tiene la impresión de acercarse a un confesionario, quiérase o no, donde van a declararse las faltas irremediables del tiempo, y las menos visibles del espacio. Hay algo de jurado popular al entrar, revelada la identidad, en un cuarto acrobático en que se corre con jabones y con esponjas para los primeros auxilios en la plancha de los masajes. Para no aparecer tacaño ni anticuado, se sufren las palmadas del técnico, y que reme con nuestras extremidades craqueantes; en actitud heroica se pasa bajo el arco del triunfo de la regadera congelada, antes de llegar a enterarse de que, sin permiso alguno nuestro, se han ausentado nuestros zapatos.

El *hamam* del sultán Schahriar, según la fidedigna fuente de su esposa, era ha poco un puesto de refrescos de fresa, de uva, de aguas de colores virtuosos, y un placer para los cinco sentidos. En el harén de aquí lo más que pueden encargarse son tequilas o cervezas heladas. Se ha hablado también del baño de Petronio —una tina nos ve nacer y una tina lo vio morir— y de la trascendentalísima, científica tina de Arquímedes, el que con pies ligeros —acaso el agua estaba muy caliente— salió por la ciudad gritando cosas.

Pruebas, estas dos últimas, de que el baño privado es el más conveniente y el más completo. El baño es abstracción de la mente, actividad excluyente de toda otra, como no sea cantar, cosa que se les ocurre siempre a las mujeres cuando se lavan el pelo. Si vais a bañaros no podéis hablar por teléfono ni dejaros retratar en la tina, como esta chica del retrato, sin dejar de bañaros verdaderamente. Sólo nosotros —y acaso ni eso— sabemos la cara que ponemos con el agua fría, o cuando el jabón se mete a los ojos, y nos dice el instinto que no la debemos perpetuar. El baño privado es como un examen de conciencia bien hecho. Nos muestra nuestros defectos, nos arrepentimos de ellos, nos reconciliamos con nuestro yo verdadero y parece que acaban de bautizarnos. Hasta cuando encontramos a la gente y acabamos de bañarnos bien nuestro mismo pelo ligero y alborotado, sin el lustre de la brillantina, nos da un aspecto superior de San Juan Bautistas aureolados y amigos del agua.

No hablemos del baño por salud. No hay, para mí, cosa más repugnante de saludar que los atletas profesionales y vegetarianos que no usan sino agua fría en chorros imprudentes, a las cinco de la mañana, y luego corren —¿o corren antes?— hasta echar fuera la lengua, para conservarse como anuncios del Hierro Nuxado. Por encima de todos los baños creo que estaréis conmigo en preferir el de tina caliente. Ya por lo pronto la chica de la ilustración sigue mis consejos y me da las gracias por teléfono.[1]

DISCURSO SOBRE LAS CAMAS

DESDE hace mucho tiempo el mueble que admiro con más fervor es, entre todos, la cama. Paréceme injusto el desprecio a que le ha condenado la civilización moderna, haciendo de su uso cosa ocasional y secreta, y aun llegando al extremo de hacerla desaparecer durante el día. Las películas nos muestran, en California, *The Land of the Disappearing Bed*, lechos en forma diurna de roperos o de chimeneas, que a impulso de un botón eléctrico se esfuman en el

misterio de su disfraz. Más usuales aún son los sofás-cama, esos grandes sofás que ya vamos adoptando en nuestras salas, en vez del ajuar Luis XV, que guardan en su seno generoso el secreto de estirarse a voluntad, para que tomemos en ellos la horizontal postura de los que descansan en paz. Los *magazines* de decoración interior nos muestran muy en boga, también, las camas-nicho incrustadas en la pared, especie de camas de *pullman*. Recordamos al verlas, las grandes camas de nuestro pasado histórico. Las de Carlota y Maximiliano, aquella de latón en que murió Juárez, aun la suntuosa de Porfirio Díaz, ornadas de grandes cortinajes, y las de los pueblos mexicanos, cuyos amplios colchones hanse nutrido con la lana de ovejas conterráneas, y que las manos de hada de nuestras abuelas han cubierto de encajes.

En la literatura moderna hallamos las camas de hotel, impersonales, frías y sucias. No tienen nada de común con nuestro espíritu, y la única importante es aquella en que Henri Barbusse, trepado y crucificado, observa el mundo por una ranura de la pared. Antes, también en Francia, la observación de Xavier de Maistre: *un lit nous voit naître et nous voit mourir…* En inglés, Gilbert Keith Chesterton, en *Tremendous Trifles* en el ensayo "On Lying in Bed", divaga sobre el hecho de permanecer en la cama, de cara al techo, ese cielo más lejano que el otro, único sitio de toda la casa en el que se podría pintar, pues que las paredes han sido cubiertas con papel que ha sido cubierto con dibujos, odiosamente semejantes entre sí. Para él, Miguel Ángel concibió la Divina Tragedia de la Capilla Sixtina cuando descansaba acostado —con las botas puestas, junto a 20 ayudantes—. Floyd Dell tiene también un grandioso ensayo sobre las camas en *Looking at Life*. Y lo tiene Homero, por la primera vez en la literatura griega, al hablar del lecho de Ulises sagaz. Los egipcios usaban camas altas, a las que ascendían por escalones, y su almohada era semicilíndrica y dura, de metal o de piedra —los chinos la usaban de madera—. Los asirios, medos y persas, cuyas camas eran muy semejantes a las egipcias, las incrustaban con marfil, concha o metal; griegos y romanos son, en justicia, los creadores públicos de los reservados. Recordad cómo comían en divanes, transición del comedor a la recámara, desayuno moderno francés en la cama. Los lechos de *pullman* a que arriba aludí los encontramos ya en Pompeya, el *Atlantic City* de Roma. Encontramos en Roma también contradicho a Xavier de Maistre. No es el mismo el lecho que *nous voit naître* que el que *nous voit mourir*. El uno es el *lectus genialis* y el otro es el *lectus funebris,* en el que hay que permanecer durante siete días.

Con la Edad Media rodaron por el suelo los altos lechos de Heliogábalo y de Nerón, ornados de púrpura. (Aquí de Helio Adriano, de Teodosio Divino, de Silvio Peregrino, rodaron de marfil y oro las cunas.) Y rodaron, naturalmente, las gentes también. Los bárbaros y los antiguos germanos se acuestan en el suelo, sobre hojas, y se cubren con pieles. Detalle importantísimo para la historia y que ésta ha pasado por alto. Dormir desnudos, sobre hojas y bajo pieles ¿no es regresar al paraíso?, ¿no es haberse caído desde la torre de Babel?

La época carolingia duerme en lechos metálicos, mucho más altos de la cabecera que de los pies. En que el cerebro se va levantando. Esta forma continúa usándose en Francia hasta el siglo XIII. En el siglo XIV las camas, materialmente cerradas por cortinajes, llegan a ser un cuarto dentro de otro cuarto, con un pequeño espacio para recibir a los más íntimos, honor poco común. Luis XI, ese pariente de Tezozómoc, hizo de su trono un verdadero lecho, desde el cual despachaba sus asuntos de Estado. *El Rey Sol* tenía —más que el sol mismo— 413 camas donde pasar la noche, algunas de ellas ricamente talladas y bordadas con perlas y con

oro. Las había tallado Proux o Caffieri y las había dorado La Baronnière. La mayor, en Versalles, tenía cortinajes rojos de felpa con el *Triunfo de Venus* bordado en ellas. Tanto oro entró en el bordado que el terciopelo no podía apenas verse. De entonces acá no vuelve a haber camas dignas de mención especial. Las camas inglesas, amplias, severas, se han ido a los museos. Nadie produce ya camas artísticas y hemos de conformarnos con esconder, en nuestro cuarto más oculto, el mueble único que nos conoce a fondo. No hay para él secretos. Entre la pureza de su cálido abrazo nos sentimos capaces de vivir, de enfrentarnos con los problemas que, lejanos, nos parecen sencillos (de noche, cuando pongo mis sienes en la almohada… La almohada, mi consejera, dicen los personajes de novela romántica). Llegamos al lecho dispuestos a contarnos todo cuanto hemos visto durante el día y que, en la prisa, no hemos podido comentar. Grata es la paz con que, a la luz de la lámpara pequeña, nuestro lecho nos mira ir y venir por el cuarto, abrir y romper las cartas del día, hurgar en nuestros libros dilectos, encender el último cigarro. Y, finalmente, echarnos en sus brazos, de cualquier modo, seguros de no oír palabras necias ni reproches por la hora que es. Diez minutos más tarde, todo es paz y silencio.

ANTOLOGÍA DEL PAN

EL PAN, según la Biblia, resulta ser tan antiguo como el hombre mismo. Adán, vegetariano, al ser echado de su huerta, no sólo fue condenado a ganarlo con el sudor de su frente, sino que iba en lo sucesivo a alimentarse de carnes —caza y pesca— para tragar las cuales necesitaba acompañarse de pan, tal como nosotros. Las frutas y las legumbres pasan sin él. Mas para aquellas constantes excursiones de nuestros abuelos prehistóricos, como para las nuestras, era bueno llevar sándwiches. Toda pena es buena con pan. Y el que tiene hambre, piensa en él. Lo comen las personas que son como él de buenas. Calma el llanto. ¿A quién le dan pan que llore? Y las personas sinceras le llaman por su nombre, y al vino, vino.

El pan es sagrado. “¿Manha? ¿Qué es esto? Es el pan que se cuaja en torno a nosotros, mejor que en los trigales.” Antes, Lot (Génesis, III) hizo una fiesta “e hizo pan”. Y Abraham, cuando recibió a los ángeles, ordenó a la diligente Sara (Génesis, XVIII) que preparara panecillos.

Porque en la Edad de Piedra, aunque hacían panes, quedaban muy duros, y no eran de trigo, sino de bellotas, como los que se han encontrado en Wangen y en Robenhausen. Virgilio consigna el hecho de que los maridos molían el trigo mientras a las esposas, a cualquiera hora, se les podía encontrar con las manos en la masa (*Geórgicas*, I, 267). Se asombraba Herodoto de que los egipcios, que llevaron a grande perfección el arte de la panadería, amasaran la harina con los pies y el barro con las manos. En Egipto nace la distinción, que prevalece en México, de las clases sociales por las de pan que consumían. Los primeros pambazos los comieron los esclavos y el pan blanco los ricos, como hoy. También los cocoles nacieron allá. Nos lo dice la arquitectura y lo confirma el ajonjolí que los decora y sazona.

Pero panaderías públicas no las hubo sino hasta el año de 168 a. C. El pan traía en Roma el *fecit* de su autor. Mas las caprichosas romanas, y más que ellas las pompeyanas, preferían

seguirlo haciendo en su casa, acaso porque sabían que eran, hasta el tiempo de Constantino, los esclavos, y después los ladrones y los criminales, quienes lo hacían.

El pan no armoniza con ciertos guisos ni con determinados líquidos. Por eso a las personas inarmónicas se les llama "pan con atole" y es preferible comer tortillas con los frijoles y piloncillo con atole. Tal hacían los indios, y todavía no aceptan el pan. Es sagrado, he dicho, y es católico. Conformándolo en diversas maneras se celebran fechas notables: la rosca de reyes, el pan de muerto, y luego las torrijas y la capirotada y los chongos…

El pan es inseparable de la leche. Si incompatible con el atole, es indispensable con el chocolate o con el café con leche. Niños y viejos lo bendicen porque se reblandece mojándolo en "sopas". No es menor su interés literario. ¿En qué novela con calabozos no aparece, con un jarro de agua, un pan duro? ¿En qué novela con altruismo no se habla de los mendrugos o de las migajas y no se dice: "nos arrebatan el pan"? ¿Y el amargo pan del destierro?

En la Nueva España, por la ordenanza de tenderos dada por el señor virrey marqués de Guadalcázar en 17 de agosto de 1619, y ejecutoriada por la Real Audiencia en 13 de enero de 1621, se dispuso que "en las tiendas se pueden vender todo género de bastimentos, maíz, leña, carbón, jabón, pan, azúcar, miel, cacao, vino, vinagre, aceitunas, queso y todas legumbres, pescado, tocino, manteca, menudo, con posturas". En 1718 aprobó el marqués de Valero nuevas ordenanzas de la Fiel Executoria y mandaba en ellas "que los panaderos se matriculen dentro de tercero pena de cien pesos". "Que pongan marca en el pan, pena de diez pesos" (el *fecit* romano), y "que separadamente se amase el pan floreado y pambazo", "que todo pan tenga pintadera y separada la del pambazo, y no teniéndola se repute por pambazo". "Que el que amasare trigo pelón no amase candeal ni el bizcochero sea panadero"…

En la Ordenanza del Pan de 5 de febrero de 1580, dada por el virrey Henríquez, se manda que ninguno sea osado de vender pan en su casa ni pública ni secretamente, sino en las plazas y partes públicas donde se lleve luego que se saque del horno, pena de perdido el pan, y 10 pesos por cuartas partes, por la segunda doblada, por la tercera privación de trato y destierro de un año.

(Así las penas. Si español, multa. Si negro o indio, azotes y pública vergüenza.) De estas ordenanzas resultó: I. Que los españoles se hayan especializado en las panaderías, por privilegios legales y por gusto racial, y II. El refrán "se vende como pan caliente", ya que el pan se vendía caliente.

En nuestros pueblos, coloniales aún, el pan se vende en las plazas, en grandes canastos. Todavía las familias, en las "colonias", tienen su panadero predilecto, aquel que constituye el *flirt* de las criadas y el regocijo de los niños, *efrit* decorativo que llega a las cinco de la tarde, cuando ellos vuelven del colegio, con su gran bandeja de chilindrinas, hojaldras, violines, huesos, cocoles, monjas, empanadas, roscas de canela, cuernos, chamucos…

Las teleras —bolillos o virotes, según la región— que consumimos usualmente en la mesa, son adecuadamente grandes; parecen encerrar, además, en su forma de puño cerrado, una sorpresa. El pan rebanado, americano —el pan que usted comerá—, ya se sabe que nada encierra. (¡Oh razas blondas que procedéis por partes, por pisos, por años, por capítulos, por tajadas, por estados!) La telera y el bolillo son aristocráticos, totales e individualistas. Nadie que se respete se comerá delante de gente una sobra de bolillo como se come una rebanada de pan. Y decid, francamente, ¿no halláis preferible las tortas compuestas a los sándwiches, aun

los pambazos compuestos?

¡Oh terror de las huelgas de panaderos, terror de comer pan frío o de que les ocurra en casa hacer pan! Tal es el inconveniente de los días festivos. Andarán por las calles, confundibles con albañiles —la diferencia está en los huaraches y las alpargatas—, los panaderos, disfrutando su libertad. Los españoles, con sus blancas batas de médicos y sus gordas caras de ángeles barrocos se desesperarán de inacción. No se “hallan” sin la prisa de atender a los gritos corales de las criadas, de llenar, misión santa, su misión de llenar de pan las canastas raídas.

Mas ya aparecen casas americanas que reparten pan en automóvil: tostado y de pasas —¡poca imaginación nórdica!— para todos los usos. Aquellos grandes surtidos de bizcochos para la merienda van desapareciendo. En los cumpleaños ya se parten *birthday-cakes*. El té sustituye al chocolate y se toma con pan tostado o con pan de pasas. Los bolillos, grandes trigos, ceden su puesto a las monótonas rebanadas. México se desmexicaniza. Con su pan se lo coma.

DE LAS MUERTES DIVERSAS

EN NINGUNA ciudad del mundo, suelen decir los que las conocen, se exhiben, como sucede en ésta de México, los ataúdes a la vista del público. Ya muchas veces el Ayuntamiento ha pensado en hacer desaparecer esas tiendas lamentables que a todas horas del día y de la noche nos hacen recordar lo que sólo el miércoles de ceniza y la defunción de un pariente, o el entierro suntuoso de un personaje notable, tiene derecho de traer a nuestra memoria: que un día, tarde o temprano, la verdadera igualdad nos señalará un sitio estable al que no lleguen las remociones de empleo. Como en toda actividad especial, el arte de hacer féretros ha alcanzado gran adelanto. Los hay convenientes para el invierno, y ligeros y sin forro para el verano, pesados y gruesos para los diplomáticos extranjeros, blancos y finos, y en el manto apenas visibles, y con aire de azucenas, para las doncellas que murieron antes de tiempo. Pequeños para niños y gente baja, largos y escuetos, ayunos de aplicaciones y de ornatos, para Pepito Gómez, Adolfo Best, algún otro y yo. Para las personas hurañas, que no salieron nunca de su casa o de su biblioteca, cerrada, los hay olorosos a prematura polilla y con sólo una grande puerta sin cristales. Y las niñas amantes a salir al balcón no extrañarán su hábito si se les proporciona uno de esos grandiosos féretros, forrados de sedas pálidas como ellas y como sus labores manuales, con un cristalito en la tapa.

Consignan los periódicos el dato espantable de que se han dado casos frecuentes en que entierren a un cataléptico, tomado por muerto, y que el infeliz muera verdaderamente, en la certeza horrible de tenerlo que hacer, pues ya están hechos todos los gastos. Esto pone en ridículo a la ciencia médica, que no ha encontrado un medio de conocer la verdad, o que, inexplicablemente tímida, no se atreve a aplicar el descabello. Mas si el arte de Hipócrates no es lo suficientemente ingenioso, el de las agencias de inhumaciones debería ya de haber inventado un medio seguro de no cometer pequeños errores. Si por ejemplo se pusiera en cada ataúd un timbre, al alcance de la mano del muerto, y que sonara, como los ascensores, en las

orejas del velador con la especificación precisa del número que llamara, podría el presunto muerto, al darse cuenta de su situación, llamar para que se le reivindicara con urgencia. Resultaría con ello que el cadáver, sabedor ya de lo que eso es, no volvería a morirse en mucho tiempo, y por su parte, la agencia de inhumaciones no perdería nada, pues se le pagaría por adelantado y, en todo caso, los gastos ya quedarían hechos para cuando no fuese una broma: frecuentes Lázaros, al regresar a la morada que ya hubieran comprado, sentirían la dulzura de ir a habitar una casa propia y cuyas comodidades ya les constaran.

Poco puede decirse de la historia del ataúd, lo cual no deja de ser una vergüenza para la humanidad. Griegos y romanos incineraban los cadáveres, a quienes previamente sentaban en una caja triangular o en una urna. Hasta el cristianismo, que produjo los ataúdes de piedra, los romanos, que los adoptaron, siguieron quemando sus restos. Los romanos ricos se hacían construir féretros de una piedra caliza traída de Assos, en Troas, que tenían la propiedad de consumir y absorber la carne, por lo que se dio en llamarlos sarcófagos.

Los caldeos, como su nombre lo indica, encerraban a sus difuntos en grandes ollas con tapa. Los egipcios tenían los más surtidos. Afectaban algunos la forma del cuerpo que encerraban y, si de piedra, cubríanlos jeroglíficos con la historia del muerto, bellamente esculpidos; y si de *papier maché* (Cecil B. de Mille tiene razón: Egipto fue piedra y *papier maché)*, estaban decorados con fuertes colores. Los persas y los medos no se curaban de los idos, a quienes dejaban en el campo para que fuesen pasto de las bestias y de las aves.

De la forma más antigua de ataúdes de madera que se conocen, existe un ejemplar en el museo de Copenhague. Consiste en un tronco de árbol vaciado. La clase media, que no podía pagarlos de piedra, comenzó a usar ataúdes de madera, mientras los ricos se encerraban todavía en piedra y los pobres se cubrían de flores y de lágrimas. Hacia fines del siglo XVII la moda de los féretros fue aceptada por todo el mundo.

Los indios de América dejaban a sus muertos ir en canoas al viaje eterno, como desapareció Quetzalcóatl, el primer albino de América. Los mexicanos los quemaban. Nezahualcóyotl y los poetas jóvenes de entonces hablaban en sus cantos de flores y de cenizas. Personas semejantes a los egipcios, los liaban primero. Luego los cubrían de zempoalxóchitles, flores de color egipcio. En la actualidad, en la calle de Tabaqueros —y en los pueblos en toda carpintería—, hay en exhibición pequeñas cajas, y cajas grandes, pintadas de colores alegres, de simple madera corriente y barata. De las que hay mayor cantidad son pequeñas, porque los niños son quienes más mueren entre las clases pobres.

ALREDEDOR DE LAS BARBAS

LA DIFERENCIA que hoy día establecemos entre el bigote, las patillas, la piocha y la barba, era cosa inaudita entre nuestros antecesores, que designaban todo pelo en la cara con el nombre genérico de barba. Según los retratos que le han hecho todos los pintores, nuestro primer padre Adán lucía barba magnífica. Teníala también Zeus, que lleva la égida, y la despectiva expresión de “joven imberbe” denota a las claras que la gente grande, caracterizada por ellas, era, hasta el advenimiento de los jóvenes, adelanto reciente, la única que contaba.

Excepto en los casos de fuerza mayor —el paraíso y la isla desierta, Adán y Robinson Crusoe—, el hombre ha tenido siempre las barbas que ha querido tener y como le ha gustado. Si Robinson no usó sino patillas turcas, fue porque no le crecían más, como a las razas de climas cálidos, que son lampiñas. La tiranía se caracteriza por las barbas, y la actitud rebelde por reírse en ellas y hasta por arrancarlas, placer de Iván *el Terrible*. Las casas reales de Europa son barbadas en su mayor parte, desde el Emperador de la Barba Florida hasta los señores Hohenzollern, que popularizaron ciertos bigotes. Por desgracia, el mostacho y la barba imperial del Segundo Imperio han quedado relegados a los personajes franceses de la comedia inglesa. La moderna costumbre inglesa de rasurarse es rara en Francia, y todavía en 1907 muchos meseros de París se pronunciaron contra la regla que les prohibía dejarse crecer el bigote. Sólo los curas y los actores andaban sin pelo en la cara.

Muy pocos papas se han dejado la barba. Les huele a protestantismo, a sacerdotes griegos y ortodoxos. Ignoro lo que los cismáticos de México hayan decidido hacer con parte tan importante de sus personas veneradas. Los obispos misioneros cultívanla con cierto orgullo y, entre las órdenes religiosas, los dominicos se rasuran y los franciscanos no. La clerecía católica romana de Dalmacia, secular y regular, tiene permiso de usar bigotes sin patillas ni barba, como una concesión a los prejuicios nacionales.

La Chanson de Roland alude al orgullo de Francia designándolo como “esos bien barbados”. Púsose en boga en Francia jurar por las barbas, ya tomar ciudades, ya rendir doncellas. La Tragedia, barbada en Esquilo, en Eurípides, afinóse en Shakespeare. La ciencia enmarañóse en Darwin y se tornó en ínfulas blancas con Huxley. La crítica artística se iba por dos caminos en las barbas Ruskin. El ensayo, agudo y corto en la piocha de Montaigne, encaneció lánguidamente con Carlyle. Miguel Ángel, barbas como las de Moisés. Vinci, como las de Alejandro III el zar. Extraña cabeza la del múltiple William Morris, circundada de pelo abundoso, del cual sale tan sólo una mirada clara y fría.

A France la crecieron las barbas de Hugo. Son las mismas, como lo son las de Longfellow, níveas y sueltas en Walt Whitman.

ACERCA DE LOS BARBEROS. DIGRESIÓN

El hoy oficio de barbero alcanzó en tiempos no remotos el digno título de profesión y participaba de la cirugía su ejercicio. En Francia, los barberos-cirujanos eran diversos de los peluqueros y fueron incorporados a gremio diferente bajo Luis XIV. Enrique VIII de Inglaterra, que nunca los usaba mucho, pensó que se dedicaran a rasurar y a las nimias tareas de sacar dientes y hacer sangrías, prohibiendo a los cirujanos el ejercicio de la navaja de barba.

Las peluquerías, en que hoy se cortan pelo y barba indiferentemente y en que no se saca ya siempre sangre —cosa que, de pasar, se detiene con el París Cristal—, han sido siempre refugio de gente perezosa. Además del natural atractivo que ofrece con sus perfumes y del incentivo que es para visitarlas el enterarse a poco costo de toda novedad citadina mientras se libra uno de barbas, se acostumbraba antaño el tener una vihuela o una mandolina para que los pacientes lo fueran mientras les llegaba su turno. En nuestros pueblos, y aún en nuestros

barrios, puede observarlo cualquiera. No es raro hallar, junto al letrero Barbería, otro que diga Música para Bailes. El ukelele, novedad para los norteamericanos, no lo fue seguramente para nuestros barberos, hechos a “tañer la vihuela”, como a pelear gallos bien preparados por largos plazos en la puerta del establecimiento.

Achivarrarse y hacer el angelito son dos expresiones barberiles, que ya no se usan, pero que tuvieron grande importancia. Achivarrarse consiste en ponerse en cuchillas y a merced del experto. Y se hace el angelito introduciéndose una bola en la boca, por la mejilla, para abultarse y desencañonarla mejor.

Los presidentes de Francia, casi sin interrupción, han tenido bigotes. Así los de México, de los cuales los ha habido también con toda la barba. La de Maximiliano, bella y cuidada, ¿no habrá continuado en Carranza? Ambos tuvieron trágico fin, y todos recordamos el corrido que dice: “Si vas a Tlaxcalantongo, tienes que ponerte chango, porque allí a Barbastenango le sacaron el mondongo”.

Encuentro que la razón de que los reyes de la Europa antigua dejaran sus barbas mejor que hacerlas rasurar, era, aparte la dignidad de la apariencia bíblica, el miedo a la navaja por el cuello.

Gómez de la Serna lo nota: “No hay miedo comparable al de una navaja de rasurar”.

La aparición de la Gillete marca una etapa nueva en la humanidad. Si antaño los plebeyos eran lampiños y los eunucos eran rapados, hoy el ideal de todo ciudadano que sufre cada tercer día, o a diario, con la perspectiva matinal del jabón, del agua caliente y del alcohol criminal, es que en su piel no se produzcan las barbas, aunque parezca eunuco o se le tome por indígena.

Nos preocupan las barbas hoy más que nunca. Son —dice José Gorostiza en uno de sus poemas— un estado espiritual. Por nada del mundo nos atreveríamos a presentarnos ante ella sin rasurar, ni asistiríamos con la picazón a una fiesta o a un entierro, o a una entrega de diplomas. Y lo triste, lector, es que tú, y yo, y todos, tenemos barbas.

ENSAYO SOBRE LA LECHE

TANTO valiera —¡oh equívocos clásicos!— como llamar a este ensayo con el nombre largo que dabais a vuestras comedias.

“Lo que con los ojos veo con los dedos adivino.” (¿De Lope? No. ¿De Calderón?) Y por si acaso nos quedamos sin leche uno de estos días, por culpa del finado Pasteur, bueno será reseñar las que nos asistieron en tiempos idos para siempre, desde la Láctea Vía, desde la que, *sub lingua sua*, hallaba con miel de colmena Salomón, hijo de David.

Su uso, por supuesto, data de la antigüedad más remota. El antropófago Poifemo guarda en su escondite utensilios de lechería, en la *Odisea*. El de Góngora:

> Pastor soy; mas tan rico de ganados,
> que los valles impido más vacíos,
> los cerros desparezco desatados,

o derivados de los ojos míos,
leche corren y lágrimas…

En época de Teócrito, los pastores se alimentaban de leche de cabra y los griegos la usaban también como curativa, siguiendo las recetas de Hipócrates y de Dioscórides, mezclada con hierbas. Usábase en los sacrificios. Teócrito relata el de un pastor que le ofrece a las ninfas y al dios Pan. Recomendaban tomar la de yegua y hacer luego mucho ejercicio.

El dulce Virgilio debe su dulzura a que tomaba leche de cabra, que prefería a la de vaca. No escasea este lazarillo de Dante los consejos para conservarla y salarla, y en la *Eneida* el héroe y sus compañeros ofrecen en la tumba de Anquises libaciones de leche tanto como de vino y sangre. En Roma, la leche es buscada con ahínco por las damas marchitas, que en fuerza de cien raciones externas diarias querían reanudar sus encantos. Popea, la esposa de Nerón, llevaba, además de sus numerosas esclavas, 500 burras para sus diversos baños. En las fiestas de la Fortuna viril las romanas consumían leche a más no poder. Febo, Ceres y Palas recibíanla en homenaje, casi al pie de la vaca, tibia y espumosa. Además, los tísicos tomaban de nodriza para aliviarse. Se usaba, caliente, en gárgaras, para las anginas, y en fricciones para enfermedades de las encías.

Recomendábase dar a los perros de caza leche de cierva, de loba o de leona amansada. En memoria y con la experiencia de Rómulo y Remo.

En mi ensayo sobre el pan, que habréis leído ya, si vais leyendo todo el libro, se cita el relativo banquete en que Abraham, cuando recibió a los ángeles, ordena a la diligente Sara que haga pan. No lo dije entonces porque no había para qué, pero les ofreció también leche sin adulterio; y Jahel, cuando Sisara le pidió agua, le dio leche para ganar mejor su voluntad. Entre los dones que Dios promete a su pueblo se cuenta la leche de vacas y de cabras.

En la Edad Media se generaliza la creencia de que en ciertos días, las brujas se desvelan en impedir que las vacas produzcan, valiéndose de sortilegios rarísimos, y se tañen toda la noche las campanas para impedirlo.

En el Romance de la Rosa, en la Historia del Santo Grial, en otras narraciones de la Edad Media, se ofrece a los caballeros leche, miel e hipocrás.

No encuentro, pero debe de haberla, una relación entre las piedras y la leche. Los gastrónomos de Roma la hacían hervir con ellas, y los griegos creían haber hallado una especial que, machacada y con miel, comían las madres en funciones. Las mujeres alemanas de Lucraina tienen fe ciega en una cierta piedra de alumbre, con la que se golpean el pecho.

Fuera de esto, los fabulistas han usado mucho de la leche:

Llevaba en la cabeza
una lechera el cántaro al mercado…

También los pintores. En el Renacimiento, son pocos los que no han pintado una Virgen de la Leche, con su niño Dios, como los que existían en toda regular galería hasta que el celo beato retiró las imágenes fecundas de la vista devota. Fue en España, sobre todo, donde, de la observación de la naturaleza, los pintores se dieron a propagar la imagen de la Virgen amamantando a su Divino Hijo. Cualquiera historia del arte os lo demuestra, aun la de Elie

Faure.

Todo pintor exuberante se ha complacido en la exposición de pechos robustos y fecundos. (Rubens, Breughel. La Vía Láctea, un seno enorme en producción.) A propósito, los griegos le llamaron así tomando a las estrellas por gotas del seno de Juno. Y otras mil buenas pinturas.

Nuestro Diego —¡oh error!, iba a decir nuestro Rubens— simbolizó la caridad en el anfiteatro de la Preparatoria por una mujer desnuda y exangüe que exprime, para darlo todo, un seno ya vacío. Y en Chapingo la lluvia en una mujer con senos henchidos.

Folk-lore. —¡Qué leche tienes! Usted está creyendo que el agua es leche. La educación se mama. Lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama. El que no llora no mama.

En México. —Hay lugares tan dados a la leche como Toluca, de donde vienen (Nervo)

> la suave mantequilla,
> los grandes quesos frescales…

los asaderos para las quesadillas. Celaya, de donde nos llegan las cajetas de leche. Los jamoncillos, las jericallas, el jocoqui, el requesón (Darío)

> Que ha de pasarme por el gaznate
> con las tostadas y el chocolate.

Todas estas maravillas van a desaparecer. Se nos obligará a tomar leche de lata, de esa evaporada marca Pet’s o Carnation que venden en las grocerías, como ya se obliga a los niños de pecho —que ya sólo lo son nominalmente— al biberón y al Glaxo’s, a la harina lacteada y al Lactobebe, o a cualquiera de esas puerquezas.

Las lecherías, con sus óleos, con su vaquita pintada en la muestra que ya cita Fidel, con sus grandes botes y su olor peculiar, desaparecerán. Ya no más sonoros y alegres carritos matinales que una mula nerviosa y pequeña arrastra repiqueteando por las calles frescas. Ahora llegará en automóvil un médico a dejarnos, para un desayuno medicinal, una botellita que diga, abajo de una calavera: “Agítese antes de usarse”.

LOS CRIMINALES Y LA PENA DE MUERTE

> Que muero porque no muero.
> SANTA TERESA

CONOCIDA es la historia. Los hombres sufren agobiados por la necesidad, hasta que se ven obligados a cometer un crimen. Entonces la remedian. Los hombres necesitados son siempre anónimos. Los criminales alcanzan fama rápida y la atención de sus semejantes detiénese en ellos de dos modos: se les odia; se les compadece. Se les prende, juzga y condena o perdona, o se les deja escapar, dando origen al folletín de episodios.

En todo caso, la actitud del sujeto delincuente se considera impropia. Viejo es ya el

comentario de los que opinan que no es el crimen lo que la sociedad no perdona, sino lo mal hecho que estuvo desde el momento en que fue descubierto por la policía. Fue el caso de Wilde, declara Andre Gide: la sociedad lo sorprendió en situación inadecuada y no se lo pudo perdonar. Y él mismo comenta: *"and yet each man kills what he loves / by all let this be heard / the coward does it with a kiss / the brave man with a sword."* Cuando el crimen lleva en sí su objeto, generalmente no interviene la justicia, aun cuando se pongan en juego los tribunales, porque ya intervino. Caín se da cuenta de que, de permitir que Abel siga viviendo y siendo superior a su propia torpeza, su vida no será sino un eterno cavar la tierra y ofrecer a Jehová sacrificios insignificantes. Por eso mata a su hermano, injustamente superior a él, aplicando su idea de la justicia. Pero Jehová lo perseguirá con la placa implacable de su ojo triangular, como la policía moderna, y los familiares del desaparecido maldecirán de haber permitido en su seno al asesino de su propio hermano.

Suponed, sin embargo, que Caín hubiera sido inteligente. Sin duda habría meditado su homicidio y lo hubiera planeado en forma que nadie lo hubiese descubierto. Para Jehová hubiera sido lo mismo que Abel muriera en una de sus excursiones, y sus padres, que tenían orden expresa de multiplicarse, habrían redoblado su actividad en vista de la pérdida de uno de sus productos. Nadie habría culpado sino a la casualidad, que no puede castigarse, y, restablecidos a su vida ordinaria, Caín hubiera sido el niño mimado de la familia, removido el obstáculo, aquel con quien siempre se le ponía en parangón de ridículo delante de la gente.

Después de los siglos transcurridos, sigue dándose el mismo problema. La gente inferior o inédita envidia a sus hermanos prominentes. Y si logra borrarlos en el campo lícito de los negocios o de eso que llaman política, no hay quien le encarcele por ese asesinato civil. Como en el boxeo, se aplaude al que triunfa en cualquier forma, aunque sea por *foul*, siempre que no se note. Lógrase así la subjetiva equidad de quien no mira como justas las producciones desequilibradas de la naturaleza.

DEL CRIMEN ACCESORIO

¡Pero cuántas veces sucede que un hombre en pobreza, de los que arriba cité, se ve de pronto envuelto en la inmerecida notoriedad de las rotativas! No era, seguramente, ése su propósito. Cuando pidió limosna y quiso dar explicaciones, clamó su voz en el desierto de las calles bien asfaltadas. Nadie reparó en su miseria ni hubo voz alguna que le dijera, como dijo el poeta:

toma mi mano y toma mi escarcela.

Las escarcelas de chaquira se retiraban de su roce antihigiénico y los caballeros pasaban de largo, cerrando los oídos de piedra. Fue entonces cuando pensó que sería mejor abordar a las personas en su casa. ¡La gente importante es tan difícil! Apenas si saluda en la calle; en sus despachos sólo reciben a los que usan tarjetas y traen negocios. En cambio, en su casa, quizás la idea del hogar, y principalmente en las calladas horas de la noche, enternezca sus corazones. Se presenta, pues, el antiguo y hoy en descrédito amigo del hombre eminente en su

residencia. El frío lo obliga a usar, a falta de bufanda, un paliacate en el rostro. Y como ahora no es prudente ir por la colonia Roma sin armas, en la noche, lleva la suya. La verja está cerrada. Hay que saltar una ventana que, cerrada también, hay que forzar. Pero el desleal amigo de antaño, advertido por una fiera ladradora que alimenta muy bien, se ha levantado en rica bata drapeada y, sin dar más tiempo de explicaciones que el que diera en el día cuando pasó de largo ante el mendigo, se prepara a matarlo en su propia casa, con gesto absolutamente descortés. La indignación de aquel a quien no se ha dejado explicarse culmina, se echa sobre el dueño de la casa, como antaño los inquilinos, y lo ahoga. Luego se lleva algunos objetos, que es lo único que pretendía.

SOBRE LAS PENAS

Como dije ya, esta clase casual de crímenes se descubren siempre y se castigan la mayor parte de las veces. Cuando la víctima insiste en vivir, el asesino se ve obligado a corroborar las puñaladas a los balazos, y hechos tales, que la prensa habrá de calificar como "lujo de crueldad", pueden granjearle no sólo una prisión más o menos prolongada, sino aun la pena de muerte.

La lectura frugal de las novelas del siglo XIX, cuya única razón de ser es el cadalso, ha despertado en todo el mundo una reacción contra la última pena. Julio Torri encuentra imperfectos los fusilamientos. La guillotina es demasiado cinematográfica y las cabezas, como en *Las mil y una noches*, suelen seguir gesticulando. La silla eléctrica dicen no siempre logra más que aletargar. No recuerdo, aparte la horca, más muertes legales.

El profesor don David N. Boder, sincero admirador y conterráneo de Mme. Pavlova, es uno de los más fervorosos creyentes de que los criminales tienen remedio. Es decir, de que algún día no se cometerán crímenes aun cuando no se extermine a los propensos a ejecutarlos. Esperamos que se realice su sueño recomendable. No que no se asesine a nadie, ni que no se robe —¿qué sería de nosotros?— sino que todo camine tan bien y los hombres sean tan perfectos que, en tratándose de crímenes *per se*, nadie los descubra. Bien mirado, un cadáver más es cosa ordinaria si se ignora el modo como lo llegó a ser (el fin sigue justificando los medios). Y que, siendo el caso de un crimen accesorio, nadie tenga necesidad de cometerlo, ya porque el socialismo perfecto se realice, ya porque las víctimas tengan el talento de conversar con el desconocido, evitándose un choque molesto.

DIVORCIO
DRAMA IBSENIANO EN CINCO ACTOS

MIS RAZONES PRIVADAS

ARRIESGO, con esta abertura, que mi drama carezca hasta del interés anecdótico. Me es tan indispensable explayarla, sin embargo, como a cualquier partido político. Ante todo, lo llamo ibseniano porque el título no me permite otra cosa, así como porque la acción lleva a cabo lo que el título promete. Sigo así las huellas de quien ya es un clásico de la clase media, y en el año 2000 será canonizado. Asustan cinco actos, es cierto. Mas adviértase que no son en verso ni tienen ya nada que ver con Suddermann, con Hauptmann, mucho menos con Goethe, Shakespeare, Molière, Eurípides, Sófocles ni Aristófanes. Mi devoción por Shaw me ha hecho ignorar, irrevocablemente, al falso autor de las comedias sociales, al verdadero actor de la balada de la cárcel de Reading. Confieso, además, que no siento hacia los Estados Unidos ninguna mala voluntad. Si no fuese por ellos, habríamos tardado bastantes años más en saber que en Italia existe un Luigi Pirandello, que en Checoslovaquia los hermanos Capek, durante el año pasado, surtieron a los teatros de Nueva York, que se habían cansado ya de Rusia, con dos extrañas y trascendentes obras de teatro, *Los robots* y *La vida de los insectos;* que el húngaro Ferenc Molnar, tras muchas comedias de 10 minutos, admirables de análisis y de finura, ha escrito *Lilliom,* éxito soberbio; que Jean Cocteau —el enredador de Alfonso Reyes—, nunca semejante a sí mismo, ha representado con fonógrafos *Les mariés de la Tour Eiffel;* que Eugenio O'Neill hace teatro nacional, y que el Shaw de *Heartbreack House* y de *Back to Methuselah* lo han seguido, estimulados, Granville Barker, el propio distinguido helenista Gilbet Murray, John Masefield, Laurence Housman, Arnold Bennet, John Galsworthy, John Drinkwater. Seguiríamos —como por otra parte seguimos— aplaudiendo *Malvaloca, Tierra baja, El gran galeoto, Los intereses creados. Un marido ideal* en el teatro ídem, el preferido por las familias, como gran novedad. O la compañía de Jacinto Benavente, instigada por él mismo… Sólo una vez vino el casanóvico autor de las cuatro sonatas, el muy ilustre Valle-Inclán, único que en España ha escrito esperpentos que vayan de acuerdo con el siglo. Para halagarlo se puso en escena *La marquesa Rosalinda.*

¿Que los Estados Unidos no han hecho sino traducir? No les quitemos el mérito real de haber construido los teléfonos, de popularizar el radio, de conservar los discos de Caruso, con máquinas. Día llegará en que las máquinas, de útiles, pasen a ser bellas, como columnas griegas. Como he tratado más a las americanas que a los americanos, una de ellas resalta en mi drama. Ellas son las únicas personas que me han pedido autógrafos, que han tomado en los veranos *kodaks* míos, y que me han hallado *interesting.* Vaya, pues, este mi drama dedicado a miss Edith R. Chase, gran lectora de *Plays*, matemática, doctora en filosofía, admiradora de los cigarros mexicanos y amiga mía muy estimada.

Por si nadie lo advierte, haré notar que no aparece criado alguno en mis escenas. Son indiscretos, antipáticos, murmuradores. Llegan hasta a apresurar o embrollar el desenlace aunque, como en Wilde, confiesen no creerse con el derecho de escuchar lo que dicen los personajes.

Es también un problema su *mise en scène* y lo seguirá siendo hasta tanto no se haya decretado un uniforme sindicalista para criados. Nadie come en escena por un elemental respeto hacia el público que no haya merendado, y sólo una vez se alude a los cigarrillos, a pesar de las súplicas impresas de la empresa de hacerlo durante los entreactos.

ACTO I

Una sala, amueblada según las circunstancias de la compañía. De cualquier modo debe haber un piano a la izquierda del espectador, aunque no suene. Es un piano de dos pedales. Rosenkranz, con un Czerny abierto en cualquier página. En la tapa tiene un pequeño florero —Puebla legítimo— y un busto de don Miguel Hidalgo y Costilla al tamaño, recortado. El banquillo del piano, si girara, chirriaría. Hay apagada una lámpara de pie, manufactura de la joven que está sentada, echándose la baraja, en una chaiselongue *que estorba el paso. Junto a ella, una mesita en la que el espectador de galería puede ver, con gemelos, un cenicero, diez cigarrillos, algunos cerillos. La joven se levanta, suspira, guarda la baraja y va a verse en un espejo, que reitera sus seguridades junto a la puerta. Por su aspecto, el ciudadano con experiencia de la vida puede diagnosticar que la joven va mucho al cine. Un reloj de muchas campanas denuncia las 5 pm.*

LA JOVEN.—*(Sonriendo a una pareja siglo* XIX*, aspecto inconfundible de dueños de todo aquello que hay en la sala, que entran calzándose los guantes.)* ¿Ya?
LA SEÑORA.—(*Nerviosamente.)* Ya.
EL SEÑOR.—*(Como un eco con personalidad.)* Ya. Al fin.

(Salen. La joven vuelve a mirarse en el espejo y se asoma a un balcón. Cuando lo cierra, un dolicocéfalo rubio la aguarda en su pecho. Se sientan. Hablan. Ella hace mohínes. Él la abraza.)

ELLA.—¿Como cuánto quieres, Ray?
RAY.—De New York a Buenos Aires, a pie, viaje redondo, Elena.
ELENA.—Ha de ser mucho, ¿verdad? ¡Oh, Ray!
RAY.—*I should say so, oh Hell…! (Salen. Salida completamente cinematográfica. Silencio culpable. Inquietud en el ambiente.)*

Entran el señor y la señora que ya conocemos, pero con un aire de terrible amargura. Los ojos fijos, muda la lengua. Cuando salieron tan contentos, como por un trofeo, iban por su hijo a la estación. Benito estudiaba inglés y métodos comerciales en Texas. ¡Y ahora! Del tren bajó ¡ay! no solo. Sino con esa flaca, descarada mujer que ahora examina cada cosa sin quitarse el sombrero. Su corazón se lo notificó: su esposa. Benito, un joven chocante en Palm-beach *y zapatos de dos matices, ha encendido una pipa. Su mujer se ha parado frente a don Miguel Hidalgo y Costilla.*

ELLA.—*(Con la boca en O.) Jjjust llook! Ain't it wonderful? Why, your never told me you knew Shakespeare down here!*
BENITO.—*(Secamente.)* No es Shakespeare, querida. Además, no debes hablar inglés delante de la gente. Practica tu español. Sé bien educada o te odiarán.

ELLA.—*(Decepcionada.)* So no es Shakespeare, eh? Bueno, tiene un aire de familia. Hablaré español. ¿Por qué no tienen un *player piano?* ¿Son éstos los famosos cigarros mexicanos? *(Enciende uno y va al espejo. Los padres de Benito desfallecen.)* ¡Oh, aparezco terrible! Quiero dormir. Buenas noches, todos, *happy dreams.*

ELENA.—*(Entrando serenamente.)* ¡Benito! *(Se abrazan.)*

BENITO.—*(Todo cortado.)* Elena, te presento a mi esposa, la señora Gutenberg.

MRS. GUT.—Alegre de conocerla. Me iba a dormir. *(Sale, sin más ni más.)*

Silencio. El padre va a estallar. La madre estalla en sollozos y pide un vaso de agua y un abanico. Enarbola un pañizuelo y llora. Desahógase en silencio. Elena hace ademán de irse. Detiénela el padre. Se sienta. El hijo se entibia las manos en la chimenea, porque hay una chimenea, encendida. El padre va a hablar. El telón cae sobre su patético discurso.

ACTO II

El día siguiente. Nadie ha podido dormir. Si hubiéramos penetrado en sus mentes, habríamos encontrado que todos tenían razón en desvelarse. Benito se arrepiente de todo corazón. La señora Gutenberg no encuentra de su agrado la cama. Los dos viejos piensan en ella. Elena piensa en Raimundo y un poco en Benito. Raimundo ha tenido toda la noche un horrible dolor de muela. Han cambiado las flores del florero. En la sala, la misma, está Elena, en su chaise longue *predilecto. Ha leído* El Universal *de mala gana, y lo ha dejado resbalar, como su pensamiento.*

MRS. GUT.—*(Entrando intempestivamente, toda de blanco hasta los pies vestida.)* Buenos días, querida. ¿Ya se desayunó? ¿También a usted le gusta el chocolate? ¡Oh, este periódico tiene una *English page!* ¡Qué terrible experiencia tuvimos en el camino! Hay demasiados cactus. Yo soñaba de los villistas, y al despertar veía pasar por las ventanillas estos cactus… ¡Oh, fue terrible!

ELENA.—*(Aburridamente.)* Sí ¿eh?

MRS. GUT.—*(Meditativamente.) Now I remember, darling.* Usted es la novia de Benito, ¿no es esto? Él me habló de su caso. Pero a usted no le importa que yo me haya casado, ¿verdad? No es la primera vez que lo hago. Mi primer marido tenía costumbres e ideas. Iba en los veranos a la tumba del rey Tut. Me divorcié. Estaba en Yucatán, donde hay ruinas y socialismo. Ahora yo quería visitar México, Benito venía acá por sus vacaciones y me casé con él. Yo soy profesora de español, doctora en filosofía, ¿quiere usted que vayamos a Chapultepec? He oído decir que tiene un baño de Moctezuma y uno de Carlota. Superior a Versalles, ¿no es esto?

ELENA.—*(Levantándose.)* Vamos. (Van.)

ACTO III

Las 11 de la mañana, el mismo día. La misma sala. En la chaise longue *un gato ha empastelado las hojas de* El Universal. *La mamá de Benito, dentro de un instante, entra dentro de una amplia bata, con un pañuelo húmedo de llanto en la mano, y va a apoyarse en un sillón. El gato, al verla, enarbola el pompón de su cola elegante y va a restregarse contra ella. Tal muestra de lealtad mueve las más sensitivas fibras de su alma y se ve orillada a usar de nuevo el húmedo pañuelo de encajes. Sus sollozos, resignados y todo, se escuchan. Acude su esposo, no muy sereno tampoco, y va a consolarla.*

ÉL.—*(Paternalmente.)* Calma, calma ya. Si así estaba escrito en los libros de la Divina Providencia. Yo, contador, no supe prever que mi hijo diera tal pago a mis desvelos. Para él, con la esperanza de hacerle un castillo, compré las ruinas de San Ángel. Para él los santos estofados de Guatemala y los muebles coloniales. En previsión de sus estados civiles me hice cargo de Elena desde su infancia…

ELLA.—Yo le enseñé las artes domésticas de mis mayores. Con dos agujas sabe tejer. De encaje de bolillo es este pañuelo, y son sus donas, hechas con premeditación y ventaja, por nuestras cuatro amantes manos… Las sábanas preciosamente bordadas, con entrelazadas marcas rojas… *(Rompe a sollozar.)*

ÉL.—*(Rápido, levantándose, con una grave determinación en el ceño.)* Sí, lo haré. Luché anoche conmigo mismo, porque respeto el libre albedrío. Pero mi hijo no será de una americana. ¿Te fijaste qué pies?

ELLA.—*(Bernhárdicamente.)* ¿Y cómo destruirás el diamantino vínculo?

ÉL.—He examinado los certificados de aptitud dados a Benito en los Estados Unidos, en ocasión de su contrato matrimonial. Relativamente a nuestras leyes pueden anularse. Con mayor razón relativamente a aquéllas. ¿Sabes lo que significa la palabra divorcio? *(Satánicamente)* ¿Di-vor-cio?

ELLA.—*(Con mucha filosofía.)* Esa nueva sección en la página de Sociales y Personales. Se casa una con. Se divorcia de. Mero accidente, aunque gramatical, de consecuencias inmediatas. En nuestro tiempo era mal visto, horriblemente visto en sociedad, y muy grave. Hoy los tiempos cambian, Hernán, hoy los tiempos cambian…

HERNÁN.—*(Conquistadoramente.)* Nunca acepté la intromisión de los juzgados en mis asuntos familiares. Fui uno de los pocos diputados que se opusieron a la Constitución de 1917. Mas hoy… Costará dinero. Tendré que viajar, y no por Europa, como pensábamos hacerlo. *(Mueve la cabeza, señal evidente de sus estados de alma. El gato, un tanto preocupado, abandona la estancia, sin ruido.)* Catalina…

CATALINA.—¿Decías?

HERNÁN.—*(Con patria potestad.)* ¡Pobre hija mía! Los baños de Tehuacán no te harán esta vez provecho alguno. Dime: *(confidencial)* si fueras joven ¿te casarías con un americano?

CATALINA.—*(Con asco.)* ¡En mi vida, jamás, les odio! ¿Y tú?

MRS. GUT.—*(Irrumpiendo tempestuosamente.) ¡Hello!* Aquí estamos ya. Hemos ido al *museum (granjeando una respuesta.)* ¿Usted puede leer el almanaque azteca? Es vergüenza, porque es usted nativo. No querían venderme uno de estos grandes peines de tortuga en el *museum.* ¡Había tales aretes grandes y pesados! ¿Por qué tantas iglesias ricas, suntuosas y gente miserable, perdiendo el tiempo y enseñando llagas? Los señores traen bastón. ¡Cómo van

despacio! ¿No es chistoso el carro de Maximiliano? Luego fuimos en Aztec Land y he comprado genuinos sarapes y petates con colores, jarros, bateas, marca Michoacán, con flores y pájaros. *¡Oh, they're awfully cute!* ¿Dónde está Benito?

CATALINA.—*(Agresivamente, levantándose.)* Duerme. ¡Y ojalá fuese eterno su sueño! *(Sale, llena de majestad.)*

MRS. GUT.—*(Indignada.) Lounge Lizard! Cake eater! Jelly bean!* ¿Quiere decir que se ha desayunado sin bañarse?

DON HERNÁN.—*(Lleno de dignidad.)* Benito está en su casa.

MRS. GUT.—No me besará en tres días a contar de la fecha.

(Sale.)

DON HERNÁN.—*(A Elena, que arregla las flores sobre el piano, naturalmente.)* ¡Hija mía! *(La atrae a sus brazos. Besa su frente. Una lágrima, que no se sabe si es de él o de ella, se disuelve en la mórbida pechera de su camisa, mientras se desarrolla el telón.)*

ACTO IV

La misma tarde, en la propia sala, Raimundo Searching aguarda, sentado pacientemente, las órdenes de don Hernán, cuyo secretario es. Entra Mrs. Gutenberg, con un montón de cartas en la mano.

MRS. GUT.—¿Ray?

RAY.—*(Asombrado.)* ¡Bessie! *(Ambos permanecen absortos, culpables, a tres pasos de distancia.)*

MRS. GUT.—*Well!*

RAY.—*Well! er-er-Vine…*

MRS. GUT.—¿A buscar arqueología?

RAY.—A ver a don Hernán. Soy su secretario. Puse mi dinero en Henequén y me arruiné.

MRS. GUT.—Yo vivo mi propia vida. Tengo un derecho a la felicidad. Me he casado con un mexicano. Pero sus padres me enferman.

RAY.—Hay una cierta Elena, frecuentadora de cines, que me cree un *film-hero*. No puedo soportarla más.

MRS. GUT.—¿Si nos casáramos de nuevo? Mi tía me ha mencionado en su testamento.

RAY.—¡Qué gran idea! Después de todo yo te amo, Bessie. Acostumbraba odiarte porque no gustabas de viajar, de ver el mundo. Pero ahora me he cansado de ver el mundo. Prefiero el cine. Y no hay lugar como el hogar.

MRS. GUT.—Puedo ver las banderas en las comidas. Italia: ensalada de lechuga y tomate. *Corn beef hash: Star Spangled banner*. Argentina: un huevo frito en un plato azul. Allá tenemos *player pianos*. ¿Quién tiene tiempo de estudiar los teclados? Subir al Woolworth es mejor y más fácil que ver desde la torre de Catedral el Popocatépetl.

ACTO V

Algunos meses más tarde, la misma sala. Es de noche y se aprecia la perfección de la lámpara de pie. Benito y Elena están sentados juntos y hojean con interés un libro bien empastado, de más de 300 páginas, en octavo. Ella usa traje rosa pálido de seda, dos colores, mexicanizando su aspecto. Debo decir en su defensa, que no se ha silvetizado, sin embargo. Su traje podía ser de High Life, *pero esto no impide que lo hayan confeccionado anónimos espadachines vernáculos de la aguja.*

BENITO.—*(Sonriente.)* ¿Me perdonarás algún día haberte pospuesto el derecho de pernada?

ELENA.—¡Pst! Yo estuve a punto de cometer tu error. Aquel Raimundo. Empeñado en que yo supiera los jeroglíficos mayaquichés… ¿pero verdad que se parecía a… a…?

BENITO.—A cualquiera estrella, querida. Todos son iguales, procedimientos Griffith. Mrs. Gutenberg se parecía extraordinariamente a Gloria Swanson.

ELENA.—*(Distraídamente.)* ¿Y cómo se llama su libro?

BENITO.—*(Leyendo.) The truth about Mexico.*

CONFESIONES DE PEQUEÑOS FILÓSOFOS

MEDEA

Nací en Colcos, recordaréis. En unos cursos de verano vine a dar con Jasón. ¡Oh, sus grandes ojos expresivos, como sólo se ven en la historia! Caséme apresuradamente con él. Pero tenía unas costumbres como sólo se ven en la zoología. A los cuantos años teníamos que tener nodriza y pedagogo. ¡Qué hombre más falto de imaginación! Nunca me han seducido los niños. A él proyectarlos le extasiaba y diferimos, enfriándose nuestras relaciones. Empezó a visitar a la hija de Creonte, chica insulsa que leía el Génesis y que, vistiendo mal, admiraba mis trajes. Una noche el juez, su padre, ordena para mí el artículo 33. Ya iban varias noches que Jasón pasaba ausente. No protesté. Empaqué mi ropa más *vamp* y la di al chofer. Mis hijos, nacidos allí, por ese solo hecho no eran paisanos míos. ¿no come elotes el agricultor? Era más práctico matarlos. En cuanto a mi rival, enviarle un *evening dress*, con polvo de picapica. Todavía alcancé a decirle a Jasón más de cuatro frescas por teléfono.

LA VENUS DE MILO

¿Que cómo, en fin, tenía yo los brazos? Verá usted; yo vivía en una casa de dos piezas. En una

me vestía y en la otra me desnudaba. Y siempre ha habido curiosos que se interesen en ver y en suponer. Ahora me querían ver los brazos. Entonces ellos querían verme lo que usted ve. Y yo, en ese momento, trataba de cerrar la ventana.

DON QUIJOTE

En el donoso escrutinio que hicieron en mi librería barbero y cura, no lograron dar con la clave y secreto de mis dislates. Llámase el tal *Santa* y se les pareció sin discusión; es libro escrito por un indiano y culpable de mis hazañas prodoncellez. Antes de hojearlo, cierto que me placía jugar a los caballitos, con dolor de mi madre viuda y peligro bronquial de mi esbeltez. No había conocido más mujer que María virgen, madre de Dios, y ya veis en qué condiciones. Creía que los niños nacen siempre entre paja; al saber lo de Santa hice mis salidas con la mejor intención.

Sólo que al regresar a casa morí de pena. Todo estaba ya claro para mí, aun mi propia vida. El correo me había traído grueso libro de un alemán. Llámese éste Foroed o Freud, si hase de escribir a la alemana usanza. ¿Por qué me engañaste, madre viuda, si un indiano y un alemán desencantan siempre?

CLEOPATRA

Sabéis que me bañaba en leche de burra, con jabón de tortuga y un ala de pelícano por esponja. Cosas nuestras, un poco raras; pero indispensables para los retratos en los *magazines*. Desde la prohibición empezaron a chocarme los *States*. Cuando antes filmaba, solía disolver perlas en vino ácido. Ahora tendría que beber Welch’s. ¡Triste papel para una reina escénica! Además, Marco Antonio empezó a preferir a sus mansas compatriotas y, con la competencia de vampiresas, mis contratos ya eran indignos. Wally y yo empezamos juntos. Sólo que él prefería la nieve. Se nos pasó la mano un día; pero no comprendo cómo esos reporteros, o historiadores, o lo que sean, confunden los áspides con las jeringas hipodérmicas.

JEANNE D’ARC

La Sociedad Mutualista y Ejército de Defensa de las Once Mil Vírgenes y Una Virgen —no aún vestidas por ningún Doctor Mardrus y de las que fui la 11 001— vio mal mi nombramiento de Santa. ¡Esta soldadera! —decían—. Y alguien cuya súbita muerte se había verificado en México explicó lo que fueran los juanes.

¡Rica nueva, *parvenue*, arrivista!, murmuraban Beatriz y Cecilia, inventoras de la melopea, entre *Vita Nova* y *Serenata* de Schubert. Hasta Teresa, porfiada en que entre los

pucheros anda el señor y directora de la escuela hogar, y Luis de León, que saluda siempre: como decíamos ayer…

NOÉ

Hijo desnaturalizado que reías viendo a tu autor en apurado trance, sabe que no eran uvas la causa de mi malestar.

¿Parécente pocos los días aciagos que pasé en aquel flotante Soviet, entre tanto recién casado de todas las esferas? Días que no conté porque Jehová sólo se refirió a los animales y no mencionó los almanaques ni, imprevisor de mi débil cabeza, los limones para el mareo. ¡Y luego compadecen a Cristóbal por su tripulación! Siquiera él traía tres barcos para sus semejantes…

SALOMÉ

Judith, Dalila y yo. Pero las aficiones de Dalila eran tan tristemente figáricas que aceptaba propinas. Yo quise la cabeza de Juan porque estaba llena de bellas ideas y porque sus abundantes rizos eran del color de mis escasos *Kissme-quicks*. Podía retratarme con ella sobre un libro, ya monda, para los anuncios de mi Hamlet. Por otro lado, si usted come rábanos ya sabrá que no hay para qué tomarlos por las hojas.

CUAUHTÉMOC

Con los fríos que pasa uno en Klondike. Se hielan los pies… Gracias a Cortés que me enseñó esto de los calentadores.

Y el pobre no pudo dar con mi tesoro. ¿De qué sirven los cheques, los giros, pues? Mi dinero llegó antes que yo acá, donde hay tanto que nadie por él sospecha mi rango. Dicen los periódicos que me yergo altivo en el Paseo de la Reforma y en Río de Janeiro. ¡Qué herencia del Santo Tribunal de la Inquisición! ¿Acaso estoy en un lecho de rosas?

LE PENSEUR

Yo que estoy la barba en la mano… meditabundo… Todos ustedes son también un poco pensadores… A cierta hora del día… o de la noche… todos ustedes toman mi postura…

FAUSTO

Ni el primero ni el último. Se ha vuelto el mío nombre de restaurante. ¡Mefistófeles, Margarita! Recuerdo haberlos tratado cuando me fiaba de la alquimia. Ha progresado la química en mi país. ¿De veras creisteis que al tratar de volver a las andadas soñé en la monogamia? No recuerdo. La cosa es de las glándulas para acá, mi rublo vale muchos marcos.

JOB

Thousands without Job.
The Times

Y tornó Job a tomar su parábola y dijo:

¿Se secará el viento o se mojará? ¿Y en la boca del insensato molares no faltarán?

Porque naciéronme en la tierra siete hijas y siete hijos. Y fui poseedor de quinientas asnas y de tres mil camellos, y taquígrafas y taquígrafos: y fui jefe de departamento.

Y un día vinieron los hijos de Dios delante del ministro. Y entre ellos vino Satanás.

Y dijo a Jehová Satanás: quítale a Job el empleo. Porque en pobreza aun el recto se torcerá, y el perfecto te hará política.

Y mis asnas y mis camellos abandonáronme. Y el pelo crecía sobre mis orejas. Y yo vagaba por los parques y esperaba en las antesalas.

EL MAL DE SABER

COMO todos los alimentos, el del espíritu no puede uniformarse para toda la gente. Hay que tomar en cuenta la edad, la ocupación y la fisiología. Hasta, como dicen nuestras abuelas, no confundir el gusto del paladar con el del estómago. No a todos nos sientan los mismos platillos: quién tiene mal comer y cuál otro grande apetito, quién prefiere el té con tostadas, quién chocolate espeso. Por desgracia, quienes han comparado el pan del cuerpo con el del espíritu han olvidado el paralelo y no han profundizado en las detalladas semejanzas que quiero apuntar.

Como de pan, todo hombre necesita su dosis cotidiana de ciencia. Mas si se toma en cuenta la ocupación y la fisiología, aconsejamos sobria dieta a los cantantes, hartazgo al obrero, nada de azúcar al diabético y ninguna mostaza al niño de pecho. Teniendo en cuenta de la propia manera fisiología y actividades, los filósofos y los profesores pueden seguir comiendo del otro pan sin miedo a congestiones. Acaso el apetito de los políticos se templara un tanto al probarlo y el comerciante haría muy bien si, de cuando en cuando, cambiara su menú. Pero hay una casta de hombres que por ningún motivo deben abusar de los condimentados guisos científicos, cuya agilidad espiritual se entorpece y muere en aras de la

sabiduría, y éstos son los artistas.

El crítico y el coleccionista, dos peligros sencillos, son hombres nacidos con don científico que lo han aplicado al arte.

Sin embargo, el crítico, tan longevo y tan odiado —¡los críticos explican! ¿Qué explican?, vociferaba Tolstoi— ha evolucionado, para mal nuestro; adora lo actual y encuentra reprobable lo antiguo cuando hace algún tiempo se dedicaba precisamente a lo contrario. En ambas intentonas de servir lo ha hecho deplorablemente. Coleccionista y crítico, por natural pereza y por antonomasia, parten de un tipo dado de perfección considerado así por largo tiempo y encuentran mal lo que no entra en su programa. Cosa igual pasaría con ellos si, yendo de paseo, siendo científico, el uno no aceptara un coleóptero porque no lo consignara su catálogo y el otro dudara de la autenticidad de un ahuehuete porque viera cinco pericos dormidos en sus ramas.

Dentro del tipo clásicamente llamado clásico de belleza, que saben crítico y coleccionador, la creación, nunca analizable, no puede caber. Debe tratarse de una repetición para poderle poner el visto bueno si lo merece, o desecharla hasta tanto no crezca. Conozco una persona que adquirió recientemente un San Sebastián —entre Nijinsky y el discóbolo—, con bastantes flechas en el blanco y una sonrisa de satisfacción, pero con las piernas un tanto dislocadas y en posición gloriosamente absurda. Y he aquí que el coleccionista va a hacer repintar las piernas de su cuadro porque, por más que lo ha ensayado, no logra adoptar la incómoda postura. Luego no es real, luego no es bella…

¿Qué pretende coleccionar este señor, cabe preguntarse: cartas anatómicas o cuadros? Mas el coleccionista ha visto retratos de la Venus de Milo y su familia, del Moisés, de Vinci, della Robbias, con los mofletes naturalmente gordos, y algunos Cabreras y Rodríguez Juárez que pareciéndole “buenas caras” y manos, le han dado la clave. Sabe, no siente. Y sabe también quiénes construyen, para vendérselos, sillones coloniales, camas Imperio y sillas Chippendale, que adora porque son de muy buena época.

Confesemos que todos somos, de 50 años a esta parte, no otra cosa que coleccionistas “en general”. Mejor dicho, traficantes en credos y tradiciones que irreverentemente resucitamos para volver a desechar, no creando nunca, repitiendo siempre lo recién aprendido o descubierto, y originando así una dispersión, una confusión, una aceptación de todos los valores consagrados por su mayor edad, que no se nota nunca en las grandes épocas del arte. Y naturalmente, un constante cambio de lo novedosamente, pintorescamente antiguo, a lo cursi. Las tiendas de lujo se encargan de propagar por 5 o 10 pesos, veladoras egipcias con dos focos, que llenan toda casa decente en plazos perentorios. La Sonora News Company, el Aztec Land y Mexican Curious producen arte popular mexicano y tapetes morisco-texcocanos. Pero más que los Estados Unidos, Alemania tiene la culpa de esta noticia de todas las convenciones, tan perjudicial al artista creador, tan divertida al crítico y al público. Son incontables las monografías de todas las artes y de todos los tiempos que se publican llenas de fechas y de notas en la lengua de Hindenburg, y las exposiciones de artes muestran la capacidad imitadora sajona y su absoluta falta de original creación.

Por desgracia, no sólo a ellos podemos atribuirles esta insaciable curiosidad científica por el arte, que caracteriza a nuestra época. Si ellos la originaron, nosotros no hemos sabido contrarrestarla. En unos cuantos años hemos pasado del prerrafaelismo al impresionismo, al

art nouveau, al futurismo, al postimpresionismo, al cubismo… Los egipcios, los pobres, habrían necesitado de varios miles de años para pasar por tan variado surtido de credos, tan diversos como poco durables. Lo cual nos da la exacta medida de sus posibilidades de valor. Podemos argüir que los egipcios no conocían el radio. Tanto peor para nosotros. En cambio, conocían las estrellas desde sus observatorios solemnes y se hundían en la muerte, final de toda ciencia, principio de toda religión, elemento supremo de arte inmortal.

El artista está obligado a ignorar el pasado. Un escultor del siglo XVI sabía preciosamente poco acerca de los griegos, y si algo conocía de los escultores godos, lo desdeñaba resueltamente como bárbaro. El escultor del Renacimiento ignoraba lo que pudiera suceder fuera de su país y de su tiempo. Y esta saludable ignorancia, y esta hostilidad de extranjeros, permitía a los artistas desarrollar su propio concepto de la obra y dedicar a ella toda su virgen atención, sin resonancias interiores de otras dignas de imitación y seguimiento. Así fue dable que, con las mismas unidades clásicas, generaciones sucesivas en evolución natural produjesen obras absolutamente originales, importantes y diversas. Se explican así Alberti, Brunelleschi, Miguel Ángel, Bernini, Pietro da Cortona, Christopher Wren, Adam, Nash.

El arte no es como el saber. Sus perfecciones respectivas son diferentes en cuanto que la científica puede empezarla un hombre y tomarla uno nuevo donde su antecesor la dejó. El artista debe empezar por el principio. Triste ejemplo el de Uccello que, para perfeccionar a Giotto, estudió anatomía. Mas siquiera él y Andrea del Castagno tenían el valor de pretender, de imponer. Su credo propio, por erróneo que fuese, es lo importante. Los modernos, llenos de saber, lo encontramos todo explicable, todo natural, todo perdonable. Faltos de una definición atrevida y precisa, la cómoda y elástica que blandimos, el decirnos que “obra de arte son formas significativas”, nos lleva a hallar significados artísticos superiores en todas las épocas y en todos los países. Y este fenómeno, plausible si se trata del científico y aun del público, porque favorece sus estudios —le da a probar al político, al diletante y al filósofo de todos los platillos—, es deplorabilísimo para el artista, porque lo difunde, lo desmenuza en malos intentos, o bien lo adapta al gusto caleidoscópico de su tiempo, cohibiéndole, en provecho de lo novedoso, lo original, lo fuerte, lo definitivo que en otras condiciones fuera capaz de producir.

EL PENSADOR MEXICANO

LA USUAL cortedad nominal de los ensayos modernos titula éste simplemente “El Pensador Mexicano”. De haberlo escrito él, le hubiera llamado, por ejemplo, “Se habla de algo que es mejor, no sólo del Pensador”, o bien, “Muerte, fin y sepultura de nuestra literatura”, o todavía, “Si te examinas a fondo, de que vales yo respondo”. Y andaría por ahí, leído por todo el mundo, impreso con o sin superior permiso, en la oficina del finado Ontiveros o en la de don Alejandro Valdés, o en el cuatro de la Palma, en la cerca de Santo Domingo y Tacuba, mientras llegaba a Guadalajara o a Puebla, para su segunda edición. Dilatárase, como éste lo hace, en consideraciones imprecisas sobre cosas muy manoseadas y sabidas de todos, mas que no por ello es del todo inútil repasarlas a veces, siquiera como un ejercicio de cenestesia. Y

ante el peligro, que ya palpo, de lizardizar, debo dar fin a vuestros temores y principio a mi tema.

Dice su biógrafo más asiduo (don Luis González Obregón) que magüer no haberse hallado la fe de bautismo ni el acta de nacimiento de don José Joaquín Fernández de Lizardi, se puede afirmar que nació, por su dicho, en esta ciudad de México y el año 1773-1774 y fue bautizado en la parroquia de la Santa Cruz. Su padre, médico de oficio, carente de clientela, pronto se desterró a Tepotzotlán, para servir en el colegio jesuita, y en cuanto pudo, envió a su hijo, que ya asomaba agudo talento, al Real Colegio de San Ildefonso, en el cual estudió, con éxito, filosofía y letras, obteniendo su grado de bachiller.

Sus retratos lo muestran delgado y malicioso, mirada siempre oblicua y brillante; dicen sus cronistas que era de débil constitución enfermiza. Muerto su padre, trunca su carrera, se halló con una cultura inferior a su inteligencia, en un medio ya ebullente por terrales de libertad. Desde muy joven —lo era todavía— había escrito morales en verso, con gran facilidad.

Las imprentas se habían sembrado ya en América. La primera, como todos sabéis, vino a México con don Antonio de Mendoza a dar a luz la *Escala espiritual* de San Juan Clímaco. Estableciose la segunda en Lima, la tercera en Massachusetts y la cuarta en Puebla. Contamos así con dos de las primeras en la Nueva España. Pero toda impresión debía de pasar por la censura del virreinato; en cuanto a los periódicos, tan sólo cada vez que llegaban a Veracruz o Acapulco naos españolas cargadas de mercaderías se publicaban las llamadas gacetas, establecidas en el siglo XVII, único medio de comunicación espiritual que tenían a mano los súbditos de la Nueva España. Flotaba ya en el aire la necesidad de esa conversación general que son los periódicos: y en 1805 el doctor don Jacobo de Villaurrutia y el licenciado don Carlos María Bustamante fundaron, por fin, el *Diario de México,* el primero en la Nueva España. Aunque no ha podido reconocerse entre la multitud de firmas, seudónimos y anagramas que pueblan el *Diario* ninguna que denuncie a Lizardi, es muy posible que en esta publicación, que empolló a tantos escritores del siglo XIX, haya hecho también él sus primeras armas.

Lanzado el grito de independencia, nacieron los folletos de propaganda revolucionaria, de escándalo y de controversia que iban a dar más tarde ocupación especial al *Pensador*. Fundáronse también efímeras publicaciones periódicas (recuérdense *El Despertador Americano* de don Francisco Severo Maldonado; *El Ilustrador Nacional,* de Cos; *El Ilustrador Americano* y el *Semanario Patriótico,* de don Andrés Quintana Roo), y dos años más tarde, a raíz de promulgarse en la Península la libertad de imprenta, inserta en la Constitución de Cádiz, el mismo año de 1812, el 5 de octubre, fue publicado en México el decreto.

Fernández de Lizardi, que se nos había perdido, aparece tres días después en su semanario *El Pensador Mexicano,* alentado por la Constitución de Cádiz, con fino tacto irónico contra el gobierno virreinal primero, más tarde con valiente arrojo. En el *México viejo,* de González Obregón, lo hallamos frecuentando la casa de doña Josefa Ortiz de Domínguez para conspirar en las tertulias nocturnas, que disfrazaban Allende, Hidalgo una que otra vez, Aldama, con el pretexto de leer libros y de tomar chocolate. Hombre débil, prefirió la pluma combativa a la espada rudimentaria y a poco de iniciado su periódico, tuvo que suspenderlo, mandado encarcelar por el virrey Venegas, al que había ofendido gravemente en la lisonja de una

pública felicitación con motivo de su día de días. Cuenta sus penas en la cárcel en sus cartas al Papista.

Empieza entonces su vida agitada de escritor. No da tregua a la pluma y funda *El Conductor Eléctrico,* para dar en 1814 su *Alacena de frioleras* y constantemente folletos, hojas sueltas, apólogos. Perseguido, acorralado, se disfraza en personajes respetables que hace dialogar con las palabras con que se habla todos los días… Y esta cualidad indiscutible de quien como él, no trata sino de que lo entienda el vulgo, de llegar hasta él —lográndolo siempre—, le iba a ser criticada duramente en su tiempo y en el nuestro, tomada por defecto, iba a echarle encima el desprecio aplastante de nuestros críticos "en frío".

¿Es posible en nuestro tiempo, en México, vivir de escribir? Cuando se logra, se vive mal, y pronto las filigranas del estilo se van por tierra para descubrir la natural actitud diaria del espíritu. Entonces cae sobre el escritor que se ha vulgarizado, algún nombre despectivo. No se le citará más en los libros; pero él habrá logrado, por una parte, ser leído por todo el mundo, y por otra vivir, en un país en que se queda el libro y se agotan los periódicos. *El Pensador* —¡oh, cruel Alfonso Reyes!—, si no precisamente pensaba, sí quería; quería el bien de su pueblo, anhelaba para sus prójimos la cultura que a él le había sido imposible alcanzar, y por ello estableció, con fracaso, una sociedad pública de lectura, y escribió, con éxito, *El Periquillo Sarniento, La quijotita y su prima, Don Catrín de la Fachenda, Las noches tristes y el día alegre* y piezas teatrales. Don Nicolás Rangel ha encontrado recientes pruebas de que en su miserable vejez Lizardi trató de obtener permiso para representar escenas de títeres por las calles, permiso que le fue negado.

En medio del absurdo, como novela real, de la narración del *Pensador*, le hallo a ratos el trágico, el histérico gesto de un gran guiñol. Baste de muestra la agonía del Periquillo don Pedro, que en su lecho de muerte, llevado del afán didáctico, explica a los concurrentes cómo no deben ofrecerle caldo alguno, porque tenemos dos conductos, que uno es la laringe y el otro el esófago y van por éste los alimentos y por el otro el aire mientras la sagaz campanilla impide, dando saltos del uno al otro, que los bolos o los líquidos den en el galillo y produzcan tos, con minuciosa calma pedante de maestro normalista en clase de higiene respiratoria. Y cuando muere, finalmente, en su perfecto juicio, quienes lo acompañan a su última morada no olvidan redactar con carbón en su losa, labrada especialmente, "un verso" cada uno, y *el Pensador* un soneto con las consonantes forzadas…

Si otros no ven en escenas tales sino defectos y motivos de sonrisa, yo hallo, en nombre de Freud, al maniático, para quien la vida está mal y cuya gloria estaría en alcanzarla en la tierra por medio de la buena conducta, del buen vivir católico y de las lecturas saludables de Horacio, a quien cuida de citar y trata de traducir muy frecuentemente, seducido por el *utile dulci…*

De vivir hoy, un ministro inteligente lo hubiera ya nombrado director de la Campaña contra el Analfabetismo y sería redactor de *Excélsior.* Hace un siglo apenas se le concedió el sueldo de capitán retirado, en premio a sus dudables servicios en Cuautla, durante el sitio de Morelos, y se le hizo redactor de la *Gazeta.* Y el hecho de que existen, aun hoy, aquel departamento y este periódico, prueba que todavía necesitamos de algunos pensadores mexicanos que olviden las cuestiones estéticas y amen a su país en las minucias espirituales que lo constituyen por idiosincrasia y que, dejando a un lado la obreritis internacional y el

iberoamericanismo, apliquen la actualidad social y literaria extranjera a este su país y de él extraigan Lazarillos, Guzmanes de Alfarache, Quijotitas, Negros Sensibles, o, con la prerrogativa que les conceden cien años más de vida y mil más facilidades de estudio y de perspectiva pacífica y no aguijoneada por el hambre, Mónicas Lerbier o Jean Christophers.

EL BUEN TÉ Y LA POESÍA DE VACHEL LINDSAY

PARA Vachel Lindsay son muchos, pero simples, los elementos del buen té. Una copia invisible de una gramática jeroglífica, un ejemplar en dos volúmenes invisibles de Bryce, un alba, un crepúsculo, un salto de agua, un álamo, una hoja de jeroglíficos, una invisible de esenciales de Bryce, una pira, una tetera, un saco de azúcar y otro de té, la montaña más empinada posible, dos tazas de estaño y un corazón sagaz, paciente y amoroso. Hay que distinguir, además, el lado estadounidense de la línea, que apenas participa de estos elementos, y el lado canadiense, al que pertenecen casi por entero. Del lado canadiense se prohíbe el café y se recomienda el té. Del lado norteamericano el té se prohíbe y se fomenta el café. ¡Suceso simbólico! Casi al cruzar esta frontera, a Vachel Lindsay y a Stephen Graham se les acabó el café. Viajaban juntos, en viaje de recreo para trepar montañas "las más empinadas posibles" con la mira de escalar la que llaman Yendo al Sol, Fujiyama americano que justifica su nombre. Cuando se supo en la literatura americana este mutuo secuestro, y que de él habrían de resultar libros, fue motivo de regocijo para quienes conocen al incansable explorador de pueblos y tierras que es Graham y el grande poeta y artista, cuyas opiniones sientan siempre jurisprudencia en arte, que es Vachel Lindsay. Resultaron libros, en efecto, de la excursión. Desde Londres, el exquisito Vernon Hill ilustró el de Graham y lo selló con los elementos del buen café, en los que faltaba precisamente la montaña esencial (llámase el libro *Tramping with a Poet in the Rockies)*. Inmediatamente Vachel Lindsay redactó su réplica, enconada, hacia Vernon Hill, que no estuvo con ellos en la expedición, que sólo la vivió por correo y que, por lo tanto, omitió en sus dibujos cosas tan importantes como el Bryce —*American Commonwealth*—, ¡dos volúmenes en rústica, de mil páginas cada uno! —que Lindsay leyó completos en hoteles locales y en trenes incómodos, y que constituía muy a menudo el principal ingrediente en el té de los dos ilustres viajeros—. Por supuesto que Vachel Lindsay tuvo cuidado en ocultar a Graham las fuentes de su propia y particular erudición. Por eso son invisibles, en las ilustraciones, las hojas de Bryce.

Otro de los ingredientes del buen té es, desde luego, una plática sobre los jeroglíficos egipcios. Lindsay destilaba una hoja de ellos cada jarra de té y Stephen Graham los bebía sin sospecharlo. Por ello ilustra su ilustre libro *Yendo al Sol* con jeroglíficos egipcios que rubrican cada dibujo, y que, según su adecuada expresión, tienen tanto que ver con Egipto como los cigarrillos egipcios. El jeroglífico que aparece al pie de la primera ilustración dice más o menos así:

"El corazón latente de la catarata de la doble verdad vista por un escriba, siervo de Toth-Toth, que es dios de los dibujos literarios, las películas y los jeroglíficos, e intenso admirador de las cataratas".

Porque este libro de dibujos y de versos que ha publicado Vachel Lindsay (Appleton and Co., MCMXXIII) es más de dibujos que de versos y, por lo tanto, es más una réplica a Hill, el artista, que a Graham, el poeta. Los versos están tan sólo para aclarar los dibujos simultáneos, que han dado esta vez el raro caso de la fusión perfecta de dos artes, como en el caso de Rosseti, de Blake, de Morris. Ya se nota en todos sus versos anteriores esta sinfonía de temas sensuales que, aparte del exquisito don —que pocas lenguas permiten ejercitar como el inglés — de elástica sugerencia onomatopéyica, lo hace anotar en itálicas los instrumentos con que se deban recitar los versos a medida que se avanza en su lectura. En ningún poema acaso tanto como en "El Congo", estudio de la raza negra, del que arranco estos versos:

The I saw the Congo creeping through the black
Cutting through the jungle with a golden track
Walk with care, walk with care
Or Mumbo-Jumbo god of the Congo
And all the other
Gods of the Congo
Mumbo-Jumbo will hoo-doo you
Beware, beware, walk with care
Boomlay, boomlay, boomlay, boom.
…
Boomlay, boomlay, boomlay
Boom.

que deben recitarse, según la nota al margen *with a touch of negro dialect and as rapidly as possible toward the end.*

Si Wagner no podía musicar sin poesía, el perfecto wagneriano que es Lindsay no concibe tema alguno que no sea colorido y musical a la vez, que no se preste a complicadas orquestaciones y a dibujos muy bellos.

Todos saben que el afán filibustero y colonizador —en el buen sentido de la palabra— ha sido provechoso ejercicio en la literatura de lengua inglesa, desde Fitzgerald y tal vez desde la traducción de la Biblia del rey Jaime. Nadie ignora la decisiva y formidable influencia de talentos como el de Allen Upward, Ezra Pound, que pusieron Grecia al día y en lengua inglesa. De universitarios como Arthur Waley, Amy Lowell y Witter Bynner que, desde 1917, buscaron en los tesoros poéticos de China la visión directa y sintética, el rasgo esencial que caracteriza hoy a los poetas americanos. De las traducciones de Persia, de la India, de Grecia y de Roma, y de mil y una literaturas exóticas que aparecen traducidas en *Poetry,* la importante revista, y que se deben a H. D., a Richard Aldington, a F. S. Flint, como las de Rusia y los países eslávicos a Deutsch-Yarmolinsky y a P. Selver. En 1912 fundóse en Chicago la revista *Poetry,* que dio un órgano a los poetas del siglo. En enero de 1913 aparecen en ella por primera vez las producciones del independiente Vachel Lindsay que se han seguido publicando allí. Su

primer libro, *Rhymes to be Traded for Bread*, había sido privadamente impreso en Springfield, Ill., un año antes, así como *The Village Magazine,* libro suyo del propio año. Han seguido cinco volúmenes más, ya todos edición de Macmillan, excepto *Going to the Sun*, cuyos dibujos rehusó imprimir esta casa exclusivista. De sus libros anteriores, merecen citarse con énfasis *The Congo and Other Poems* (Macmillan, 1915), rara y profunda visión de la raza negra. Poemas de este libro, largos y fuertes, dúctiles, sonoros y llenos de color y de vida, tienen al margen las anotaciones a que nos hemos referido ya: “Con pausa filosófica”, “Como el viento en la chimenea”, “Bajo profundo…” *El ruiseñor chino*, otro de sus libros (Macmillan, 1917), contiene raudos cantos en tapicería china.

Para terminar esta larga nota bibliográfica, diré que Vachel Lindsay es un consagrado y no un joven. Quienes lo han visto conocen su orgullosa figura, su larga melena rebelde y anacrónica. Es —esto es ya raro y merece apuntarse— un poeta en verso. Réstame decir, en mi defensa, que la razón que me ha decidido a traducir sus versos libre y literalmente es la que tuvo Machado para traducir en prosa y literalmente a Verlaine: un respeto católico a las imágenes y a las esencias y la conciencia de que las cámaras fotográficas, al traducir, no traicionan.

EL COMETA DE YENDO AL SOL

En el pico de la montaña llamada Yendo-al-Sol
se detuvo un cometa a beber de una fresca fuente,
y como una arpa con alma comenzó a cantar
para nosotros, y huyó a alcanzar el sol.
Le llamamos Alma de Homero y Ala de Milton.
El sonido del arpa permaneció, vibrando alto y bajo
y fue un trueno cuando el cometa se había ido.
Y era sin embargo como una suave voz del mar

y todas las raíces murmuradoras y todas las hojas de grama
y todos los árboles
del mundo entero, y trajo pensamientos de antiguos cantos
que hombres ciegos cantaron hace diez mil años
y que conocen todos los corazones primaverales del mundo entero.

EL CIRCO DEL HADA

Una hada tuvo un circo

con un pichón inflado y orgulloso,
una humilde rana
y una nube un tanto sólida.

Ella usaba ropa interior,
los otros usaban lo que tenían,
la rana usaba un saco azul
como lo usara su papá.

El pichón usaba sus plumas
y se extendía,
la nube, usaba luz del sol
que por los cielos recogía.

EL CABALLO TERRESTRE Y EL CABALLO MARINO

El caballo terrestre
que todo el mundo monta
hasta enturbiar sus ojos.

¡El caballo marino!
Cabalga toda ola
y nadie
puede montar en él.

ACERCA DEL RATÓN CON DOS COLAS

El gato estaba atónito
viendo al ratón parado
y moviendo dos colas
con aire confiado.

SALIMOS HACIA LAS CATARATAS DEL OESTE

Engañándonos, haciendo presa de nuestros corazones,
los sueños de los sueños, con libros de los sueños
asaltan los hogares de la ciudad hoy día;
las visiones de ríos con rimas de las cataratas
asaltan hoy los prados de la ciudad;
las hadas de las hadas, con las flores de las hadas,
asaltan las fábricas de la ciudad hoy día
y les arrojamos besos, y huyen volando a lo lejos.
Engañándonos, haciendo presa de nuestros corazones,
ángeles de los ángeles, con banderas de ángeles
asaltan hoy las nubes por sobre la ciudad
y les arrojamos besos, y huyen volando a lo lejos
y nos llaman hacia el Oeste, a las montañas glaciales,
a las minas que son libros, a las fuentes naturales.

EL FAISÁN HABLA DE LOS CUMPLEAÑOS

Cuesta arriba de Yendo-al-Sol
vi volar el faisán-del-amanecer.
Joyas en sus plumas, mezcladas con rocío,
rocío y joyas hacían su ojo enjoyado.
Detúvose a hacer un soneto que cantó
aunque en ninguna otra parte hay faisanes soneteros.
Enfatizó saltando e invadiendo
con guiños y miradas intoxicadas.
Y cómo tremaban los arbustos mientras gorjeaba:
“Cada mañana es otro cumpleaños, amigo,
¡y yo he vivido tantos felices cumpleaños!
Hay obsequios con todos los soles que
ascienden aquí.
Cada arbusto, lo ves, tiene una vela inextinguible
y escarcha, y hielo, y flores de dulce
y este largo sarmiento que trepa de la tierra al cielo
me da pensamientos y fuerzas errantes.
Como sus escarlatas cerezas y su escarcha.

Si así lo quiero, es mi diario regalo.
Puedo entonces volar directamente hasta el cielo
siguiendo la línea verde en todo mi camino.
”Vuélcome entonces como una hoja blanda
a aquel mi nido y cúmplese otro año
u otros mil años, ¿qué importa esto
en la montaña llamada Yendo-al-Sol?”

GLOBOS

Crecen globos en árboles
en árboles de goma.
Como semilla plántanse viejos chanclos de goma.
Crecen globos en árboles.
Si se les quiere rojos
se echa tinta roja en los chanclos
al seno de los globos.
Y tinta azul si se les quiere azules,
pero si se les quiere verdes
se dejan así:
para igualar la grama verdes se tornarán.
Crecen globos en árboles
y si no se les riega pronto
con regaderas de eléboro
no se obtendrá
ni un solo globo maduro;
los mosquitos los picarán de noche
los reventarán como un trueno
y darán un susto a la ciudad.
Crecen globos en árboles.
Si crecen demasiado aprisa
y no se les cosecha cada día,
los niños se detienen azorados
al verlos romper por las raíces
los árboles en que crecieron

y esparcir cieno en el camino frontero
y desaparecer de la vista
hacia el azul.

TRADUCCIONES DEL CHINO

CHRISTOPHER MORLEY es un periodista norteamericano. A pesar de todo ello, desde 1918, época en que llenaba una columna en el *Evening Ledger*, de Filadelfia, empezó a escribir lo que él llamaba "Poemas sintéticos". Era —¡oh, Whitman!— el tiempo epidémico del verso libre, entonces usado sólo como vehículo de un impresionismo convencional o como mera excentricidad; resultaba medio excelente para brevedades de humor y de ironía, y entretejió algunos poemas sintéticos en *The Rocking Horse*, libro en que nadie notó la innovación.

Por el mismo tiempo surgió un acceso de interés por las formas poéticas orientales.[2] Arthur Waley traducía deliciosos poemas chinos en Londres. Amy Lowell se ocupaba en Tu Fu, Li-Tai, Po y Cía., y formulaba *Fir Flower Tables*[3] que invadían los mapas. Christopher Morley llamó a sus poemas, para estar a la moda, *Traducciones del chino* y, por razones privadas, las imprimió con la firma John Cavendish. Para su sorpresa y su embarazo empezaron a llover cartas. ¿Quién era aquel John Cavendish? ¿Qué eran aquellas traducciones? ¿Dónde podía aprenderse algo más de poesía china? Nuevo testimonio de la preciosa cualidad humana de tomar en serio todo lo que esté impreso. El supuesto John Cavendish publica un libro con traducciones chinas, lo llama *Hide and Seek* e incluye una serie de biografías de cada autor hechas de tal modo, que ni el orientalista más grave hubiera podido anular a los espurios poetas.

Pero ahí empezó para Morley lo que no había previsto. Los graves mandarines que en su cerebro dictaban cosas puras, lejanas y amargas, se adentraron en su corazón y empezaron a grabar en él, como en un marfil sagrado, signos, signos. En adelante Christopher Morley, el periodista, miraría el periódico con ojos de mandarín. O mejor, iría siempre acompañado por aquel hombre sabio y sereno que dejaba apenas salir un comentario en 17 signos, un jaicai a cada formidable industria. Un hombre más que logró ser fantasma en fuerza de jugar con ellos.

Por esto llama Christopher Morley a su último libro *Traducciones del chino*. "Hay en el corazón de cada hombre —dice en su primer poema— un secreto escrito / lengua críptica / ideografía extraña del espíritu… / nadie puede descifrar fácilmente este cordiscrito / el estudio de este lenguaje oculto / es lo que yo llamo traducciones del chino."

El libro va dedicado al ilustre Logan Pearsall Smith en un amable prólogo; y a su través sentimos la amarga certidumbre de la vida irremediablemente igual, a través del espacio. El tema simple de los anuncios de un cine, el *subway*, la ecuación $a + b$, todo da al noble mandarín ilusorio pretexto para murmurar sus poemas ingenuos, irregulares, que suman 65. Una nota final de exquisito humor: el colofón: "aquí acaba este libro de traducciones del chino, escrupulosamente descifradas del cordiscrito original por Christopher Morley y publicadas por George H. Duran en el mes de marzo de 1922. Y ambos, editor y autor, invocan

generosas bendiciones sobre todo aquel que lo compre".

CONSEJO A LOS QUE ALQUILAN MANDARINES JÓVENES

Cuando era yo consejero privado
de Su Serenidad Celestial la Emperatriz,
era mi deber
entrevistar a los mandarines jóvenes
que solicitaban puestos importantes.
Escogí siempre los que eran discretos
porque la discreción en un joven
es recomendable.
Es signo de que comprende
que éste es un mundo asombroso
y no está bien descubrir
su alma dorada
a los que no sabrían comprenderla.

INSCRIPCIONES PARA UN CASILLERO EN BROOKLYN

A veces
al devanar las hojas de un libro
el ojo ase una frase luminosa
que una búsqueda metódica a través del volumen
no logra re-descubrir.
Así también, cada día,
hay momentos de brillante atonismo
que mi sobria retrospección
no puede nunca definir.

EL VIEJO MANDARÍN EN SUS VIAJES

Cuando visitaba América
vi dos cosas que me sorprendieron por extraordinarias:

gente empacada en el *subway*
balanceándose incómodamente en sus corvas
estudiando sin fin los periódicos
y gente empacada en los cines
mirando sin fin las películas.
Me dije:
si el pueblo americano va a desarrollar su mente
hay dos grandes industrias
que se arruinarán.

UN MÍSTICO AMERICANO

Pero usted no entiende el *subway*
dijo un místico americano
sentado junto a mí en el Rotary Club;
es una ermita viajera,
un monasterio en vuelo,
un convento que viaja a cincuenta millas por hora.
A sus ruidosos carros
descienden alegremente hombres y mujeres
sensatos.
Saben que allí,
único lugar en la ciudad entera,
nadie perturbará su meditación.

GUSTA DE EXPONER LOS DOS ASPECTOS DEL ASUNTO

Y en cuanto a los periódicos
(dijo otro)
olvida usted que son el último amigo
que resta a muchos pobres diablos.
Vaya usted a Battery Park
y vea a los chicos que yacen en el pasto.
Sus sábanas, sus almohadas,

sus sombrillas, son periódicos,
periódicos sus biblias.
Cuando todo lo demás se ha ido
un pobre diablo se agarrará a su periódico
como a su último lazo con la vida.

EL VIEJO MANDARÍN SE APESADUMBRA

Cuando estuve en New York
estudié las caras de los que leían periódicos
en el *subway*
y vi que los periódicos más leídos
eran sensacionales, sórdicos, lúbricos,
y en mi mente compuse un pequeño mensaje
para los editores de esos periódicos.
"Vuestros lectores necesitaban verdad simple y nutritiva, dije,
y les disteis este esenciado compuesto
especiado y dulce de vainilla y algalia.
Pedían pan
y les disteis
un bombón de chocolate."

SE RECONFORTA

Cuando visité América
(habla el viejo y tedioso mandarín)
estaba ansioso de conocer las mansiones
de Emily Dickinson y Louise Imogen Guiney
y encontré que este pueblo
había descuidado tanto a dos de sus mayores poetas
que apenas si conocían sus nombres.
Pero no me extrañé ni me enfadé por ello:
me dije:
la humanidad es dondequiera semejante.

Yo mismo apenas soy conocido en China.

SU EXPERIENCIA CON LOS PERIÓDICOS

Cuando el barco arribó al puerto
los reporteros de New York
se apresuraron a asaltarme con preguntas.
Por alguna razón curiosa
querían indagar mis puntos de vista
sobre la Cuarta Dimensión,
que era entonces
(según supe después)
asunto de discusión violenta
en las Secciones Dominicales Ilustradas.
Más bien complacido por su interés en cuestiones tales
dije, de toda buena fe:
“La Cuarta Dimensión es Supra Espacial:
guarda la misma relación al Espacio
que el Espacio a un Plano.
Puede llamársele Continuidad
o, hablando poéticamente,
es la Sombra
que el Tiempo arroja sobre la Eternidad”.
Pero los bien humorados Editores de la Ciudad
encontrando estos modestos pensamientos míos
insuficientemente ligeros
inventaron otros.
Esa tarde, con grandes cabezas, salieron:
Anciano mandarín dice que las faldas cortas
lo hacen sentirse joven nuevamente.

AJUSTE

En vuestra gran ciudad

veo, en las vitrinas de los joyeros,
cronómetros que dicen la Hora Exacta garantizada;
y frente a esos cronómetros la gente se detiene siempre
para ajustar sus relojes.
Supongamos que hubiera desplegado en la calle
algún gran poema
que dijese la Verdad o la Belleza perfectas.
¿Cuántos pasajeros
se detendrían para ajustar sus inteligencias?

ONEIROMANCIA

Nunca debes contar tus sueños
si quieres que se realicen,
solía decir mi querida tía abuela.
Y ahora
desde que Freud logró la segunda edición
veo que ella se adelantó a su tiempo.

ESTIMACIÓN MUTUA

Ni Dios mismo
(ha apuntado un agudo francés)
era un creador original,
porque Él hizo al hombre
a Su propia imagen.
Es por esto que el hombre
escribe Él con mayúscula.

¡YA VIENE PANCHO PISTOLAS!

Pancho Villa se rindió
en la ciudad de Torreón;
ya se cansó de pelear,

se va a sembrar algodón.

Así comienza un reciente corrido, que cantan no aquí, no en otras ciudades con barrios influidos de lo que ya se clasifica como literatura popular; no aquí, donde cantar es el modo de la vida de los rapsodas bebedores de pulque, sino en el genérico "Norte". Si preguntáis a un coahuilense, a un hijo de Chihuahua, hasta a uno de Monterrey que ande de paso por acá, que de dónde es, os responderá bruscamente que "de ahá del Noorte". Porque la misma vida sana y robusta hincha las venas de estas ciudades laguneras que no conocen historia ni están orgullosas de la arquitectura colonial, y que sólo comprenden, en su intuición sencilla, que la felicidad está en el pan y que el pan sale de la tierra. Imaginad que no hace ni 40 años el tren de la frontera no se detenía en la estacioncita que, por tener uno, se llamaba Torreón! Paredón, picardías, vegetaciones que nacieron al calor del ferrocarril y para surtir de agua a las máquinas. Nuestros abuelos nunca pensaron en vivir tan lejos. Vivir sobre agua y en chinampas, ¿no es más razonable que atravesar pequeños Saharas, sufrir calores rabiosos y fríos lentos, y tolvaneras que no tienen —como se dice que tienen las nuestras— una razón gubernamental?

Pero se descubre el algodón. Se sabe que el Nazas, río de prestigio egipcio y de mal humor, hace un don de níveo oro de la estacioncita de Torreón y allá es el éxodo. Progresan las industrias. Del algodón se sacan aceites, se hacen jabones. Además tejidos e hilados que las niñas deshilarán. Y en unos cuantos años aquella región se puebla maravillosamente. Llegan los españoles, llegan los chinos. Los chinos abren una lavandería y restaurantes; los españoles hoteles y tiendas de "comestibles", donde irán a surtirse cada domingo los hombres de los ranchos algodoneros. Y nace una calma laboriosa.

De pronto estalla la Revolución. Tiemblan los que tienen dinero, lo entierran y huyen. Los que no lo tienen lo desentierran y los persiguen. Huyen de los "pelones" y todo el pueblo, que es diferente a éste de la altiplanicie, se une a los rebeldes y entra a saco por las ciudades para proseguir su cabalgata. Empiezan a sonar entonces nombres de leyenda que no son los Pérez a que estamos acostumbrados. Orozco, Natera; la familia Madero era muy conocida en Coahuila antes de la Revolución. Y el nombre terrible, aquel que las madres balbucían con pánico y que se oía en las noches tenebrosas repercutir en el silencio: Pancho Villa. ¡Viva Pancho Villa! Y luego un grito, un alarido en que vibraba el corazón norteño.

Torreón siempre tuvo fama de ciudad alegre y confiada. No hay más que una iglesia. La ciudad fue creciendo centrífugamente, y una prueba palpable nos la dan los tranvías eléctricos. La primera línea que se estableció, la llamada número 1, daba la vuelta a todo lo que entonces era ciudad y abarcaba no más de 15 cuadras de largo y seis de ancho. Luego hubo que poner la "dos", que alargó la ciudad, y luego la "tres", que llega hasta la lejana alameda, y la "cuatro", que se desprende hacia la Compañía Metalúrgica. No más. La Revolución, al detener la afluencia de gente, circuncidó la ciudad.

Por sus ganancias pingües y por carácter, los laguneros son alegres, amigos de música y de llevar orquestas a la acera de la novia. Hay en las calles músicos y cantantes familiares a todo el mundo, autores de su repertorio y que cantan, de la Revolución para acá, hechos bélicos. Se dice que el corrido es oriundo del sur de la República: si lo es, al llegar al norte —los hay al sur de los Estados Unidos— ha conservado su forma, pero el fondo ha cambiado totalmente.

El corrido del Bajío tiene siempre un doble sentido de que se ha logrado salvar el corrido norteño revolucionario. Éste es la expresión pura de sentimientos primitivos de patriotismo o de amor filial o de ausencia, pero siempre de fuerza y de esperanza y de creencias firmes y convictas; de sentimientos claros; oíd:

¿Quién no se siente dichoso
cuando comienza a llover?

Corrían sobre el pueblo rumores de presagio. Que ya se van éstos, que ya viene Villa, que ya están en Cuencamé las avanzadas. Y el terror de los ojos se dirigía hacia las montañas áridas de cal tras las que se insinuaban las polvaredas delatoras del avance. ¡A proveerse! Corrían las mujeres a las tiendas. ¡Velas, azúcar, harina, maíz, piloncillo! ¡Dios sabe cuánto durará el sitio! Y se angustian los corazones femeninos, y se esconden entre roperos los hacendados, y se emparedan las niñas en capacidad. ¡Y el terror de la espera! Se decretaba la pomposamente llamada Ley Marcial. Nadie en la calle a las ocho de la noche. Y el corazón en suspenso escuchaba el toque de queda en un absoluto silencio, mientras en la casa "atrancada" se rezaba en voz baja y se guardaban los billetes bajo los ladrillos. Sueño de sobresalto. En la cocina amasaban panochas. Y a la mañana siguiente asomar las narices por las rendijas y saber que ya las fuerzas habían evacuado y que ya tenía la plaza Pancho Villa. Hombres tremendos a caballo, vaciando con júbilo *húnico* sus graves pistolas y aullando a manera norteña. Y las noticias cantadas por el viento. ¡Ya están matando chinos! ¡Van a expulsar a los gachupines! ¡Van a quemar la Metalúrgica! ¡Ya empezó el saqueo!

Y el descorazonamiento de ver que las criadas, nuestras *honradas* servidoras, se habían traído dos sombreros y tres zapatos de la casa de las señoritas Eppen.

Pancho Villa, has muerto. Yo ignoro las fechas de tus fechos; quede hacer tu historia a los que no sintieron tus soberbios anacronismos. Yo tuve, como dice la Educación, el honor de conocerte. Supe que te casaste, por lo civil y por la Iglesia, con todas las muchachas que te gustaban. Que, como lo manda la Salve, a los ricos los dejaste sin cosa alguna. Que sin saberlo, iniciaste un fecundo rapto de las Sabinas en aquella Laguna de destierro en que se mama leche de sol árido. Sé que escribirán crónicas, libros sobre tu vida y anécdotas para los yanquis y los niños. Que los hombres de la Laguna aprendan tu lección de valor y que en las calles de tu amado Torreón, donde fundaste, sin saberlo, un mercado socialista, los ciegos homéricos, tocando la vihuela que te placía, canten en tu memoria el corrido definitivo, norteño, sano y rebelde en que aparezcas con tus cananas entrando en Estados Unidos para comentario de escándalo, o en la toma de Zacatecas, o, por fin, dedicado a tu hijo, a tus muchachos y a tu pedazo de tierra fértil, hosca y leal como tu corazón.

---

[1] La chica de la ilustración era, en el número de *El Universal Ilustrado* en que apareció este artículo por primera vez, Bárbara La Marr dentro de una tina de baño

[2] Es de notar cómo nuestro Tablada coincide un poco en sus arranques ideográficos y sintéticos con los americanos. Véanse las fechas de Li-Po y de Un día. Lo que significa, únicamente, que Tablada, caso de ser éstas enfermedades, sabe

enfermarse a tiempo.

[3] En el último número de *México Moderno* (núm. 4, época II), doy una nota y publico una traducción de este libro de Amy Lowell, en el Repertorio

En defensa de lo usado

EN DEFENSA DE LO USADO

UNA de las más deplorables características de nuestra época es la de no permitirnos gozar íntegramente de ninguna cosa, persona ni situación. Apenas adquirida, un nuevo modelo con mayores ventajas viene a tentar nuestra mutable ambición y nos incita a abandonar el no agotado placer de un idilio, de un coche, de una corbata, de una casa, trocándolos por aquel que ostenta la novedad de convertirse en cama mediante un *click* artrítico de su asiento trasero; por aquella dotada de clima artificial, o riel de seda, o líneas mejores. La producción en serie nos arrebata bruscamente un afecto que apenas empezaba a fructificar en el ajuste tibio de nuestra persona, nos quita de las manos el juguete y nos deja ante el enigma de uno nuevo, frío, cuyas luces no sabemos bien cómo se encienden, cuyo *clutch* no obedece a nuestra anterior coordinación motriz —y vuelta a adaptarnos, para que unos meses después el fenómeno se repita.

En este sentido, la época de la propiedad privada fue más dichosa que la nuestra. Las gentes tenían su piano, sus muebles, su mujer, su caballo —y les duraban todo el tiempo que sus nimios cuidados se encargaban de prolongar—. En una verdadera "calidad" (que la publicidad moderna ha despojado de todo sentido como palabra) ponían nuestros antepasados un empeño inicial al elegir aquellos objetos de uso diario y moderado de que rodeaban su pacífica vida. No había el riesgo de que un cambio de líneas en la corriente de unas modas lenta, orgánicamente evolucionadas y circunscritas a la ropa, les dejara súbitamente anticuada a su señora, ni a la cama en que dormían con su señora. Bastaba que vajilla, *buggy,* residencia, seres y enseres, fueran buenos, resistentes y decorosamente presentables.

Pero ahí tiene usted nada más que se inventan las máquinas. El líder o el libro más a mano le pueden explicar a usted todas las terribles implicaciones de la Revolución industrial para una clase productora que bajo el feudalismo mantuvo el privilegio de su tallercillo privado, en el que hacía a mano las cosas, las hacía bonitas y buenas, lograba desarrollar un valioso amor por su oficio, era llamado "maestro" y no había caído, sino hasta que aparecieron las máquinas, bajo la férula del "maestro" de un taller colectivo y ajeno al que ya no la vocación, sino el hambre, lo forzaba a ingresar. Pero libros y líderes, preocupados por salvar a la humanidad, parten, en sus explicaciones del caos, de un principio compasivo hacia las masas explotadas que, al crecer en vehemencia, cierra los ojos a la realidad de su sentimentalismo, cree prescindir de él por completo, y cifra la felicidad de todos los hombres en que todos los hombres coman dietas racionales, científicas y suficientes; vistan trajes revolucionarios, prácticos y uniformes; habiten moradas estándar y practiquen formas monótonas de satisfacción de todos sus instintos.

Ni libros ni líderes, por iluminados que parezcan, toman en cuenta otro anhelo de nuestra época que no sea el de invertir el esquema de su distribución de la riqueza. Lo que les irrita de las máquina no es que existan, sino que permanezcan en manos de sus dueños; que sean unos cuantos los que vean sus arcas repletas del oro sudado por miles de camaradas al pie de las máquinas; colmados sus clósets con los trajes de lana artificial tejida por obreros que visten mezclilla; apoltronada su obesidad en ocho cilindros armados por atléticos compañeros asalariados que llegan a la fábrica en desvencijados camiones. Y, miradas atentamente las cosas, esto que les irrita no es lo más irritante de las máquinas.

A mitad del camino que va de la estructura a la superestructura; entre lo que es desnudamente hambre y lo que es elevación espiritual, las máquinas han venido a tender el puente inexorable de sus abrumadores productos, y el resultado es que hemos todos de atravesarlo, sin que esté ya nadie en libertad de quedarse en una u otra orilla, o de salvar a nado la distancia entre sus deseos de escuchar música y su placer de ejecutarla en un piano que la moda y el híbrido deseo de oír Londres, Shanghai y Australia, han sustituido por un Philco de 12 bulbos.

Mientras la biología nos manda trabajar en el puro sentido de emplear nuestras energías transformándolas en placer último e individual, útil por ello sólo, lo *útil* económico-social —este absurdo de la lógica materialista— es el monstruoso engendro industrial de una doctrina civilizadora que aspira a olvidar que en el universo la identidad de A con A es una abstracción desmentida a cada paso por los hechos, los objetos y los fenómenos; que el trabajo no biológico, no vocacional, a que se fuerza a los individuos en nuestra sociedad mecanizada, le es a cada uno de ellos tan ingrato y repulsivo como le es innecesaria y ficticia la felicidad y el placer colectivos que libros y líderes pugnan por garantizarle con la conquista de una semana de 20 horas de trabajo, salarios elevados, vacaciones, congresos sindicales —y la obligación de consumir trajes, automóviles, radios, películas y conferencias colectivas—.

Lo irritante de las máquinas no es la forma como estén administradas las fábricas que integran. Bajo la mano despiadada de una corporación capitalista, como cooperativa, o como parte del revolucionario engranaje de un Gosplan que predetermine su rendimiento (y fusile *por trotskistas* a quienes, destinados biológicamente a desarrollar un trabajo de jardineros eficaces, sean puestos a trabajar en una máquina despepitadora que “sabotean” al descomponerla), lo lamentable es que pretendan igualarnos en una felicidad utilitaria con sus productos; que cada vez elaboren objetos más perfectos, más desvinculados de nosotros, más “en lugar nuestro”. Porque aparte de limitar cada vez más nuestra actividad, impidiéndole a un organismo hecho para adaptarse al frío, al viento, al sol, hacerlo directa y gloriosamente; y otorgándole en cambio, por módico precio, rayos ultravioletas en la alcoba, masajes técnicos y calcetines de lana, las cosas nuevas y excelentes han llevado su daño hasta el espíritu, engendrando en él una verdadera psicosis insensata de posesión y persecución de lo superfluo-individual que pasa por ser lo útil-colectivo. Y cualquiera que sea el resultado final de la lucha de clases, tanto quienes ahora las poseen como quienes las manejan ahora; quienes mañana las administren y las hagan funcionar, tendrán la culpa de que las máquinas hayan destruido en el hombre el sentido de lo perdurable.

Lo cual, incidentalmente, ha venido a crear el secundario pero primordial, problema de los objetos de segunda mano. Las divorciadas, los automóviles, los trajes y los zapatos quedan en

tan buen estado de uso cuando los abandonamos por los del último modelo, que sería insensato destruirlos por el simple hecho de que a nosotros ya no nos sirven. Hubo siempre quien se resignara a lo *second best*, pero esta apreciable porción de la humanidad que se da a sí misma razones muy convincentes para colgar en su sala un sarape de Saltillo en vez de un tapiz persa, nunca tuvo, como hoy, mayores oportunidades de satisfacción. Sus oportunidades nacen de las que los más ricos, o más ingenuos, desperdician, víctimas premiosas de una psicosis de inauguración, al prescindir de la nuez apenas desflorada su cáscara.

Coleccionistas y anticuarios escapan a este amplio grupo de compradores de cosas de segunda mano, porque lo que ellos buscan son libros, cuadros, objetos de arte: es decir, cosas que no sirven para nada. Los liga sin embargo con él, sin que lo perciban unos ni otros, un hecho inherente a todos lo objetos de segunda mano, ya sean útiles como un incunable o un Goya o serviciales como un Chevrolet 1934 o unos Florsheim adquiridos en La Lagunilla: el calor humano de los anteriores propietarios, manifiesto en las huellas digitales que ostentan sus hojas, en el cómodo hundimiento de los cojines anteriores, en lo amoldado que está el calzado o el traje a las peculiaridades de una anatomía de pobre a quien cualquiera le sienta bien. Sin saberlo, sin advertirlo, anticuarios y compradores de objetos de segunda mano se la estrechan en la búsqueda de una huella humana que está ausente de los productos mecánicos nuevos, pero presente ya, tibia, familiar y satisfactoria, en los usados. Cuando el artesano creaba a mano sus obras, trabajaba por ello en el mejor sentido biológico y vocacional de su aptitud, se expresaba al hacerlo y comunicaba a su creación un anhelo de inmortalidad que la hacía perdurable, grata, bella, inmediata e imprescindiblemente útil para aquel espíritu afín al suyo que al adquirirla la comprendía y la atesoraba, orgulloso de poseerla permanentemente e incapaz de desprenderse de ella por otra más nueva. Todo lo contrario ocurre ahora que las cosas las hacen no los hombres, sino las máquinas. Puestos a ver quién gana, con un impulso uniformemente acelerado, hombres y máquinas compiten en superar, éstas, su producción de novedades superfluas; aquéllos, su capacidad de consumirlas conforme aparecen en el mercado.

Y lo malo es que los accidentes en las carreteras, los disparos y otros varios recursos de que dispone la técnica moderna para absorber la sobreproducción de cónyuges y coches, ven frustrada su eficacia por un correlativo progreso en la construcción de los caminos, la adopción de frenos en las cuatro ruedas y la cirugía de urgencia. La justicia inmanente conspira contra el afán destructor de los estrenadores, y se muestra fiel aliada de los amantes de lo usado. Son éstos —sensatos, conservadores— quienes desdeñan la efímera flor y aguardan el sazonado fruto. Bien saben ellos que un coche de segunda mano puede ya salir a todas las carreteras, desarrollar toda la velocidad que alcance a imprimírsele; que se le puede cerrar la *esprea* para que no gaste tanta gasolina, y que no importa una abolladura más en sus ya varias veces martilleadas salpicaderas. Y consideraciones —y tácticas— muy semejantes valen para cualquier otro objeto de medio uso.

En conclusión, sigue riendo mejor aquella parte de la humanidad que lo hace al último; la que lleva en los hombros un traje originalmente ajeno, en el cerebro una doctrina de segunda mano; la que habita una casa cuya ya desaparecida humedad confirió su reumatismo al ansioso que la estrenó, y escucha en ella un radio 1933 tan bueno, pero mucho más barato, que el 1938 que el vecino está pagando en angustiosos abonos: porque, al fin y al cabo, él y su vecino van

a oír exactamente las mismas tonterías.

Y esta sensata parte de la humanidad que disfruta los objetos usados, y a quien mira con tan injustificado desdén aquella otra que le monda la fruta, no está necesariamente compuesta por entes incapaces de estrenar, sino por individuos que ejercitan su voluntad, miden su conveniencia, aguardan su oportunidad, aprovechan la experiencia ajena. Y suelen integrarla personas muy distinguidas. El rey Eduardo VIII, por ejemplo…

SOLEDAD Y MATRIMONIO

LLEGA un momento —¡preocupa tanto la ajena felicidad!— en que las gentes empiezan a preguntarse: “¿Cuándo se casará?”. “Yo, a sus años —comenta otra persona, como si se supiera nunca cuántos tiene uno—, ya tenía tres hijos.”

Como la sal para la sopa, el hombre está hecho para la mujer o viceversa, si os empeñáis. No sabemos bien a dónde iría a parar el futuro Estado colectivista si de buenas a primeras se suspendieran las peticiones de mano. Pues por adelantada que esté la ciencia soviética, la técnica de la producción ciudadana sigue siendo rabiosamente individualista y tan anticuada y antieconómica como el trueque. El proceso histórico de las Dionne, insólito ejemplo de la producción en serie, no ha prosperado bajo el capitalismo. Es cierto que tanto el fascismo cuanto el comunismo fomentan por igual la más antigua de las pequeñas industrias domésticas, pero con hasta ahora pocas esperanzas de desarrollarla en una industria de Estado. Rebelde a toda planeación que rebase el conocido, aristotélico término medio —de 7 a 9 meses— a que una naturaleza terca y reaccionaria somete por igual la elaboración de un Marx, de un Rockefeller y de un Clark Gable, es triste, pero forzoso, admitir que esa plusvalía del amor que venimos resultando nosotros, los gratuitos creadores de la plusvalía, no haya medio dialéctico materialista de que prescinda de su necesario antecedente, que es el matrimonio.

Puestos ya en el mundo para engrosar las brigadas de choque, las nóminas oficiales o el círculo de los 300, cada oveja busca, a su tiempo, su pareja; y ya, como en los campos deportivos del nazismo por cuyo medio procura Hitler, a largo plazo, el envío de voluntarios a España, se cumple el matrimonio sin previo aviso; ya, como en la URSS, el hecho se pone en conocimiento de las autoridades con fines meramente estadísticos; ya, como en Mussitalia, el Chianti pone las manos a la obra, o ya finalmente las ceremonias religiosa y civil se ven precedidas del visto bueno de dos pares de suegros, si viven —que es lo ordinario en los países en que todavía florece la democracia—.

La forma, pues, es lo de menos. La esencia del matrimonio es la colaboración que supone en una empresa con dividendos negativos, bancarrotas ocasionales y vueltas a la prosperidad. En una palabra, la compañía. El depositante que abre una cuenta corriente con su mujer se asegura en un 95% contra los riesgos de un incendio que extermine su apellido, contra el robo, contra los *cracks*. Si de vez en cuando acude a un amigo para que lo refaccione, queda siempre la posibilidad de pagarle con la misma moneda. Y si a su vez deposita sus ahorros en otro banco, lleva en el pecado la penitencia de hallarse un buen día con que su cuenta ha sido transferida a otro depositante, y de descubrir que ha girado en descubierto. Por cualquier

ángulo que lo examinemos, el matrimonio funciona de un modo irremisiblemente burgués. No basta a modernizarlo la posibilidad cada vez mayor de su anulamiento por virtud del divorcio, ni el hecho de que pueda despojársele de toda o casi toda formalidad. El Estado perfecto tendrá que resolver, para erigirse como tal, la incógnita de esta primordial producción humana por medios revolucionarios, eficaces y planeables en grande.

Pero en tanto lo logra, es verdaderamente irritante la soledad a que se ven condenados millones de seres a quienes se llama, con cierta subconsciente y envidiosa conmiseración, solteros. Cuando el problema de las incubadoras humanas, asequibles en abonos fáciles o distribuidas gratuitamente por el Estado, o manejadas por él, se halle resuelto, aquellos hijos suyos que no hayan conocido más madre que el primer comisario ya nacerán —cualquiera que sea el modo que se elija para su debut— habituados a la soledad, o aptos para procurarse —o para aceptar la que el Estado les otorgue— la compañía que mejor convenga a los intereses de clase de una sociedad sin clases. El amor, la sorpresa, la búsqueda de la "otra mitad" habrán desaparecido entre los hombres íntegros y mecánicos. La sangre humana recibirá de las hormonas del Estado los imperativos de su fluxión, y no habrá tristeza ni insomnio en los lechos lamentables de los solteros.

Lo triste es haber nacido en una época de transición. Tener un pie en la tesis matrimonial del pasado y el otro en la antítesis de la promesa comunista de la felicidad, sin que nos queden otros dos que afirmar en la síntesis dialéctica de una realidad placentera. Lo triste es así. La táctica de lucha no nos deja abierta más posibilidad que la de pasarlo lo menos mal posible, y legar a nuestros hijos —es decir, a los hijos de los demás—, la promesa de una soltería menos solitaria que la nuestra.

Copiosa como es ya la literatura relativa a la felicidad en, sin, a través de, o alrededor del matrimonio, que incluye a claros cerebros como el de Bertrand Russell, al doctor Lindsey, cuya *Rebelión de la juventud* deben leer cuantos hayan pasado ya de los 30, o al enfurecido doctor Wilhelm Reich, a quien ni en la URSS toleraron, su lectura nos deja el desabor de un aperitivo gustado a la hora de los licores, en lo personal, o de un *cointreau* en ayunas —*there's a family in every drop*— en lo colectivo. Prescriben remedios que no está en nuestras manos aplicar a males que no dependió de nosotros contraer. Llegan demasiado tarde a nuestra noticia, o demasiado temprano para nuestra experiencia.

Las futuras y felices generaciones se olvidarán, ebrias de dicha, de agradecernos el que nos hayamos rehusado a aumentarlas al modo antiguo. Algún Wells minucioso e imaginativo les dirá algún día que aun en la Era Preincubadoras hubo una raza de precursores que al presentir el mañana luminoso que será su hoy, contribuyó a su advenimiento con una prudente abstinencia. Los solteros de hoy tendremos asegurada así una limpia, fácil y sencilla inmortalidad.

Y no me olvido de las solteras, nuestras incógnitas, sufridas, solitarias coheroínas de un ayer capitalista y retrógrado. Ellas también serán objeto de veneración por sus descendientes de mañana. El Día laico de la Madre les será consagrado cuando las madres sean tan poco maternales como ahora lo son las solteras. Pero pues ya estamos aquí, ellas y nosotros, me parece que bien podríamos sindicalizarnos, organizarnos en una cooperativa, si no de producción —lo cual haría, a los ojos miopes de los críticos prevenidos, muy semejante nuestra idea a la matrimonial de que huimos— sí de consumo.

La necesidad de una organización semejante se prueba por el éxito que ha alcanzado en Nueva York la empresa de Ted Peckman, joven soltero de 23 años que con cierto imperdonable cinismo en un hombre de negocios se llama a sí mismo *rey de los gigolós*. Por cuotas fijas, la Guides and Escorts que ha organizado proporciona a las solteras una compañía masculina que responda a las especificaciones de su gusto, durante unas horas: jóvenes rubios, morenos, altos, bajos, capaces de hablar de arte, de jugar *bridge* o de tolerar la ópera, acompañan a quien los ha solicitado por teléfono. Habrá que meditar y desarrollar hasta sus máximas posibilidades la brillante idea de esta corporación. Limpiarla de las limitaciones que impiden a sus miembros permanecer en una habitación con las señoras si no hay tres personas más; encontrar en ella el verdadero sentido prerrevolucionario que tiene eludir la soledad de dos en compañía, que es la soledad de los matrimonios, sustituyéndola por la compañía de dos en soledad.

Declaro abierto, solteras y solteros, el registro de candidatos a miembros del Sindicato Único de S. y S. cuyo estatuto establece únicamente el siguiente principio: luchar contra la soledad de las clases oprimidas por los privilegiados matrimonios, sin incurrir en la aberración de repetir sus errores de táctica.

MEDITACIONES SOBRE EL RADIO

OJOS Y OÍDOS

DE LOS sentidos humanos, la vista y el oído son sin duda los que el hombre ha aprovechado mejor y los que más han servido a la civilización. Embriológica, anatómica, fisiológica, neurológica y psicológicamente, el ojo y el oído son los órganos más completos. Ni siquiera se ha agotado su estudio —el de sus tejidos y secreciones—. Parejamente a como se ve y se oye con el cerebro, una lesión en los ojos o en los oídos es siempre una lesión cerebral que acarrea fundamentales alteraciones de la personalidad. El sordo, el ciego, ya lo sean por nacimiento o por accidente, caen inevitablemente en la paranoia y la esquizofrenia más o menos acusadas porque la deformación de las imágenes que perciben los lleva a interpretaciones delirantes de los hechos exteriores.

Toda máquina es la multiplicación de una potencia inicialmente humana, como la rueda es la multiplicación de la pierna para trasladarse más rápida y fácilmente, como el martillo es la multiplicación de la mano. Pero aquellas máquinas que mejor han servido a la civilización —el telescopio y el microscopio, el teléfono y el telégrafo, el gramófono y el radio— son las inapreciables hijas del deseo de acrecentar y multiplicar estas dos fundamentales potencias: la vista y el oído.

Han marchado a través de los siglos tan de la mano, que si en el principio, como en la Biblia, era el Verbo, la representación gráfica del verbo no tardó en seguir a su locución para fijarla. Lo que se había escuchado pudo así verse. Lo escrito —visual— y lo hablado —auditivo— siguieron desde entonces en íntimo consorcio, que parecía indisoluble. Y más

perdurable que la vida individual, de que había tomado su sustancia, la literatura usurpó una preponderancia ilegítima por incompleta. Platón nos guardó las palabras de Sócrates, pero desconoceremos siempre el timbre de su voz, y admiraciones, comas y paréntesis representan muy precariamente las modulaciones y el calor de sus interlocutores. De igual suerte los gritos de la multitud, las lamentaciones del coro, el énfasis de los protagonistas que sólo nos es dable leer, que en todas las universidades del mundo ha venido cometiéndose el error de considerar al teatro como una parte de la literatura, estudiándolo —leyéndolo— dentro de sus programas, sin advertir que el teatro es un arte aparte, visual desde muy otro aspecto que el de la lectura, y fundamentalmente auditivo.

La palabra fue creada para expresar ideas, imágenes, sensaciones. Pero como instrumento de comunicación su valor se limita a un país lingüístico, transitoriamente, mientras se habla y se oye; y su validez permanente prescinde de su valor actual, auditivo, y se refugia en la escritura para perdurar merced a la vista. Primero e importante divorcio de los sentidos que nos ocupan.

Cuando se habla del "lenguaje universal de la música" se implica que, por encima de las fronteras lingüísticas, el hombre —esquimal, andorrano o nazi— está en aptitud de responder emocionalmente a estímulos auditivos abstractos, la riqueza de cuyas gamas armoniosas suscitarán en él reacciones de alegría, de dolor, de *einfühlung* superiores, o simplemente diversas, de las que en él provocan las palabras que nombran o describen ceñida y concretamente cosas. El *allegro* de la Séptima Sinfonía de Beethoven hará pensar a un habitante de Cocula que aquello se parece extraordinariamente a sus habituales y queridos mariachis; un melómano de Berlín dará al mismo trozo musical otro muy distinto sentido; pero ambos serán presas, al escucharlo, de una alegría muy semejante, cuyos matices dependen en último término de su individual "cultura" (no me refiero, claro, a su erudición musical), pero que en ambos casos revela que en todas partes del planeta la alusión musical halla en el espíritu de los hombres, a través de su oído, un eco indestructible y primitivo, universal, invariable e independiente, y más antiguo, que el que halla el lenguaje articulado.

CONSCIENTE Y SUBCONSCIENTE

Quiere decir que el hombre, originalmente, escuchó y emitió ruidos (y ¿qué otra cosa es la música?); que por su medio percibió el mundo y se comunicó con él. Que inventó después, para su comodidad, las palabras; pero que conserva el primitivo tesoro, intacto, de una aptitud de reacción ante ya no la palabra, sino la voz. Para hablar como los freudianos, diríamos que su consciente está lleno de palabras —su yo—; mientras que su *ello*, su subconsciente, está simplemente lleno de ruidos que saben burlar la censura del consciente en instantes de grave emoción (la gramática se ha esforzado vanamente por capturar esta clase de expresiones del subconsciente, que llama "interjecciones"), y lleno también de ecos, de respuestas a su propio y peculiar lenguaje de ruidos. Puede hablarse del lenguaje del subconsciente, independiente de las palabras, y que si bien se habla particularmente con los ojos —la "simpatía" y la "antipatía" que provoca, "a primera vista", una persona determinada— acompaña, sin que ella

se dé cuenta, a la palabra hablada en el tono de la voz, que suele negar o contrariar lo que afirma la palabra, y que sirve infinitamente mejor que ella los fines del subconsciente. Una persona grata a nuestros ojos puede sernos odiosa en cuanto hable, por seductoras que sean sus palabras. Y por duras y hostiles que sean las palabras de una persona fea, el tesoro de un subconsciente afín al nuestro puede ganarnos desde su voz.

La utilidad del "tono" por encima de la palabra (del lenguaje del subconsciente por encima del consciente) se prueba en mil ejemplos del pasado. Elijamos la oratoria, este arte deplorable, y el teatro romántico, esta institución discutible. Cicerón y Mussolini arengan a las multitudes, son aclamados y las multitudes hacen cuanto les sugieren. ¿Han dicho grandes verdades, revelaron sus palabras bellezas sublimes, elevación de propósitos? Leídos en frío, sus discursos no resisten el análisis más benévolo. Pero todos los ingredientes del entusiasmo, analizados por Le Bon, fermentaron ante el estímulo auditivo de una voz eléctrica, que logra su objeto. En el teatro se repite el fenómeno. Si la élite del siglo de Luis XIV se había sumido en un callado éxtasis al escuchar los versos de un Racine que no decía nada nuevo ni lo pretendía, una multitud ignorante y "abigarrada" (perdóneseme la horrible palabra), que se había reblandecido en el cieno de la Revolución francesa, iba a llorar y a gritar rabiosamente ante el estímulo barato de un dolor físico que los personajes de Dumas padre ofrecían en los dramas truculentos de este rey de la *platitude*. El sombrío duque estrujaba la muñeca de la delicada víctima: *Vous me faites mal, vous me faites horriblement mal!*, exclamaba ella desgarradoramente. El lector de 1938 no puede reprimir la risa. El *auditor* de 1827 no podía reprimir las lágrimas. Y si bien en 1938 existen todavía lectores con alma de auditores de 1827, el hecho de que ya no se represente (sino en el teatro Hidalgo de México, y uno que otro domingo) esta clase de teatro, ni se escriba, es prueba suficiente de que ya quedan pocos, y de que son una especie llamada a desaparecer… como la oratoria.

MÁQUINAS, ¿*VS.* INDIVIDUALISMO?

Se habla de que el individualismo ha muerto para siempre. Se piensa que el maquinismo, al comunicar estrechamente a todos los hombres a quienes hace salir de su casa, de quienes exige una continua y urgente colaboración, producirá cada vez más acusadamente una vida en común que excluye toda posibilidad de "privacía". El "colectivismo" bajo cuyo plan se elaboran en la URSS los del trabajo comunista, se piensa que envolverá, de igual modo que las de sus brazos, todas la demás actividades del hombre, incluso las espirituales.

Un examen imparcial de los hechos espirituales registrados en esta época de "maquinismo" nos convence de lo contrario. Si la producción puede en efecto verificarse con ventaja colectivamente, y bajo un *plan* racional (que, entre paréntesis, es muy discutible que haya faltado en el pasado), el consumo no podrá ser nunca sino individual. Mi soledad y la eficacia de mis negocios está mejor garantizada si poseo un automóvil en qué escaparme a Tingüindín cuando deseo huir de mis amigos, o venir a la Editorial Polis, que si no se hubiera inventado esta máquina y tuviera yo que incorporarme a una excursión dominical o abordar un tranvía, o venir a caballo hasta Bolívar 24. Mi teléfono me permite cancelar el *bridge party*

con aquella señora que confunde el *bridge* con el *poker,* sin necesidad de ver la mala cara que pone al saber que tendrá que buscarse otra víctima. Mi Gillete me salva cotidianamente de la halitosis de los barberos, y los muebles de mi baño ya sabemos los infinitos servicios que prestan a mí y a nuestra privacía. Los autodidactas, en su casa o en la biblioteca pública (sitio en que la creciente ignorancia les garantiza una cómoda soledad) saben muy bien que esta máquina que es el libro los salva del profesor y de los compañeros de clase. Las invenciones, pues, debidas cada una a un hombre que al realizarla multiplicó sus personales sentidos, son por virtud del maquinismo patrimonio de todo el mundo. Pero en siéndolo, su disfrute es individual, y el microscopio de la casa Zeiss aumenta en mi laboratorio el poder de mis ojos. Si con él trabajo para el bien de la humanidad o para mi propio y egoísta recreo, es cosa que, otra vez, *yo solo,* tengo que decidir.

Examinada así la “era colectivista del maquinismo”, resulta ser la que más amplios horizontes ofrece al individualismo, porque le ahorra al hombre, con la máquina, la necesidad del contacto con los otros hombres. Al dotarlo de instrumentos maravillosos, la civilización le permite, como nunca antes, la elección arbitraria y libre de sus actividades espirituales. La “psicología de las masas” se ve minada por su base en cuanto las masas se dispersan, y es evidente que, por lo visto, dada la prisa que han tenido en acumular en su casa los instrumentos de su independencia, les urge mucho dispersarse. Adán salió de su cueva porque en ella le hacían falta muchísimas cosas. Anduvo por el mundo recogiéndolas, inventándolas, construyéndolas —pero para llevárselas a su cueva—. Y su cueva, al regreso, era ya, pongamos por caso, tan confortable como cualquiera de las casas que un día integrarán la Colonia de los Intelectuales.

JUEGO Y TRABAJO

DE UN trabajo colectivo realizado en las máquinas de que es esclavo durante su jornada, vuelve pues el hombre a su hogar, a disfrutar de un descanso cuya perfección le garantizan otras máquinas de que es el amo. Su juego y su trabajo giran alrededor de las máquinas, en ciclos bien diferenciados, y sucesivos. Sus sentidos corporales están gastados sobre unas máquinas. El ojo humano, que se contentaba con una bujía temblorosa, en la Edad Media, a cuya luz escribían sus enormes infolios los escolásticos, exige ahora 100, 1000 bujías en una lámpara eléctrica. De Palestrina a Stravinsky hay igual evolución en el oído. Pero otras máquinas compensan largamente su desgaste. La más perfecta y complicada escenografía teatral es incapaz de representar la multiplicidad de sitios y escenas, países lejanos, elucubraciones fantásticas con que el cine gratifica, por cómodo precio, la curiosidad de sus espectadores. Por bella que haya sido Marie Dorval, un *close-up* de la Garbo le revela al último espectador de galería lo que el dueño de los mejores gemelos de nácar no logró apreciar en las facciones de aquella romántica belleza profesional. El cine sonoro no expone la exclamación de terror de la heroína a que un súbito ataque de laringitis la haga ridícula. Y el patrimonio auditivo de la “primera” fila se ha comunizado al mecanizarse, y se ha extendido al universo la posibilidad de su disfrute.

LA "DECADENCIA DEL ARTE"

Es insensato e injusto hablar de decadencia del arte en nuestra época. Definir el arte nos llevaría a disquisiciones todavía más largas para demostrar que, pues tan bello es un vaso de la época Ming como una escultura azteca, un fresco del Giotto como un rascacielos, el arte —creación— sólo decae cuando decae el espíritu; y si algo prueba la formidable actividad de nuestra edad es que el espíritu está más vivo que nunca. Pero hay mucha gente que habla, sin embargo, de decadencia del arte, y que culpa al maquinismo de esta decadencia que cree ver. Es la gente que habla del "parecido" en la pintura y que explica que "no entiende" la música moderna, como si se tratara de una lección de geografía. Para esta gente, la belleza del arte sólo existe cuando éste reproduce la famosa "Madre Naturaleza". Olvida que el hombre no está en la tierra para imitar a la Naturaleza, sino para dominarla y superarla —olvida que esa máquina que maldice reproduce mejor que ningún pincel, cuando se llama Kodak, su añorado paisaje bovino—. Y que si el hombre no se ha conformado con sus sentidos "al tamaño natural", sino que los ha multiplicado, como vengo repitiendo, es justamente porque su mayor anhelo es dominar, superar a la Naturaleza. No sólo de pan vive el hombre. Pero al otorgárselo más descansada y próvidamente, la máquina le permite también alimentar a su espíritu con mayor holgura.

¿Era otra cosa que una máquina el pincel del primer hombre que decoró su caverna? ¿Y el aparato con que los actores griegos aumentaban el volumen de su voz a través de su máscara trágica? Tenemos que volver por un momento a considerar aquellas dos habitaciones de nuestro espíritu: el consciente y el subconsciente. Ambos forman una sola unidad, interdependiente, de cuyo equilibrio mutuo depende la felicidad y la integridad del ser, de la raza y del siglo. En la una se registra todo eso que se llama "progreso": la ciencia, la comunicación con los semejantes. En la otra permanecemos salvaje y gloriosamente primitivos, puros, llenos de instintos que hay que satisfacer inaplazablemente. El razonable consciente debe alimentar a la fiera subconsciente, o sucumbir a su presión. Y si la humanidad ha sobrevivido, es porque el consciente ha sabido más o menos inteligentemente tener a raya, durante la vigilia al menos, a la fiera que lleva dentro. Para lograrlo, se ha ingeniado por desarrollar *técnicas* satisfactorias desde un punto de vista social. El subconsciente le ha ayudado con la iluminación de su genio; pero no puede ni debe hacer más. En cambio, ha sabido conformarse con lo que el consciente ha construido para él. Pero el subconsciente no "progresa" ni decae. De igual modo, el arte no decae ni progresa: es o nos es: conmueve o no. No puede ser más simple su fórmula, más elemental su apetito.

Lejos, pues, de contribuir a una imposible decadencia del arte, la máquina ha hecho posible su depuración. Los críticos de un filme son los millones de gentes que han pagado por verlo sus 10 centavos cada uno. Nadie conocía, sino sus familiares, la voz desagradable de John Gilbert, que en paz descanse; y todas las chicas adoraban su figura. Pero una máquina, el vitáfono, lo arrumbó cruelmente en el olvido. Las máquinas no toleran imperfecciones. Frías y despiadadas, acercan los hechos humanos al ideal jurídico de la sanción automática de las leyes naturales.

LA TÉCNICA

La máquina ha elaborado una técnica que aspira, ante todo, a la precisión, a la *straight-forwardness* que no admite compromisos, que no hace concesiones a un pasado que justamente se propone superar. Sus realizaciones artísticas deben ser, en consecuencia, distintas con cada nuevo instrumento, pero no pueden ser inferiores sino en el caso en que se obligue al nuevo instrumento a cumplir un objeto para el que no fue imaginado, o se le niegue la técnica, necesariamente nueva, peculiar y precisa, que le es adecuada. El fracaso será automático e inmediato. Chaplin sabe muy bien que no volverán a hacerse películas mudas.

BIOGRAFÍA DEL RADIO

El radio aparece como la culminación de una serie de intentos científicos para transmitir el sonido a distancia que van desde el telégrafo y el teléfono hasta el gramófono con sus sucesivas superaciones: los tubos, los discos, la "ortofónica". Chico precoz como todos los de "hoy en día", en sus poco más de 10 años de vida ha prescindido de la *galena* por los bulbos, se acomoda en un bolsillo, se instala solemne en la sala de la casa o arrulla nuestra siesta sobre la mesilla de noche; va con nosotros en el coche, le permite al ministro, desde su despacho, escuchar los denuestos que le lanzan en la Cámara los diputados, y nos desespera en el restaurante. Finalmente, y por una inexplicable —para mí, naturalmente—, paradoja de nomenclatura, ostenta una "onda corta" que permite cubrir auditativamente la más larga distancia y una onda larga que permite escuchar las estaciones más cercanas. Y aun anuncia enriquecerse con la televisión. Ya ninguna sorpresa puede asombrarnos. Desde el siglo XIX venimos viviendo en el milagro.

RADIO Y SOLEDAD

Estamos, pues, frente a una máquina que por su baratura es patrimonio colectivo. ¿Pero esta máquina invita a disfrutarla colectivamente? Las familias suelen escucharla reunidas: pero las familias generalmente no tienen de qué conversar. La decadencia de la conversación ha permitido el auge del *bridge,* por ejemplo, en sociedad. O bien el radio transmite en ese momento un partido de *foot-ball,* o una corrida de toros, o una sesión del Congreso: entonces es posible escuchar el radio "colectivamente", como se va a esas partes si se tiene afición. Pero fuera de estos casos excepcionales, en los que, sin embargo, es de ver la cara compungida del más joven de la casa, que preferiría escuchar a Riestra desde el Club Deportivo Chapultepec, el radio es fundamentalmente un aparato a disfrutar en absoluta privacía y soledad. Es la escala intangible de Jacob por la que el enfermo o el neurasténico, o la recamarera, se fugan de su realidad inmediata —sin salir de su casa, "en pantuflas", como dije (helas, ya hace 10 años) por el primer micrófono que hubo en México—. En cuanto

disponemos de una compañía humana, por elección o por fuerza, de un ser que se entra hasta nuestro cerebro por todos los sentidos, la magia reposada del radio se convierte en un estímulo intolerable.

Esta compañía humana puede ser —y lo es con excesiva frecuencia— el anunciador de la estación. Si uno se va a su casa y enciende el radio para no hablar con sus amigos, para dar a su espíritu un confortante relajamiento, para escaparse de la realidad en vez de ir a escuchar a un merolico o a un orador, no hay razón del mundo por la cual haya de soportar el discurso ni la pedantería de un señor que le recomienda comprarse un sombrero nuevo e ir en ese mismo instante hasta la esquina de tales calles. Su subconsciente se rebela y, en la imposibilidad de torcerle el cuello, busca uno otra difusora, en la que, por supuesto, sufrirá igual irritación.

EL RADIOESCUCHA, CIEGO VOLUNTARIO

El radioescucha es un espectador auditivo a quien, en el acto de encender y escuchar su radio, podemos concebir como ciego y mudo. No puede entablar diálogos con el anunciador. Tampoco está dispuesto a escuchar monólogos, ni discursos. Puede seguir con atención un diálogo inteligente en el radio, o se pone a entablarlo, tan inteligente como pueda, con un interlocutor de carne y hueso, pero en ese caso prescinde de escuchar el radio. Sólo la música es capaz de retener su atención por mayor tiempo y sin irritarlo. Y ya hemos dicho que la música son ruidos.

Fuera de las que le proporciona, muy limitadamente, el tacto y de cuya consideración prescindiremos en éstas, un ciego sólo tiene del mundo las imágenes que le confiere su oído. Y en ellas la palabra, hecha para describir lo visible, tiene mucho menor importancia que el simple sonido, que la voz o que el ruido, que la música. Si frente a él se pronuncia la palabra “iglesia”, el ciego no puede identificarla por sus torres ni por sus altares. Las notas de un órgano, el tañido dulce de unas campanas, servirán mejor a la evocación, en su espíritu, de lo que quiere describírsele. El ciego se halla en un estado de aguzada percepción auditiva, lista a vibrar ante el menor estímulo sin necesidad de palabras. Y el radioescucha es un ciego voluntario.

EL LENGUAJE DE LOS SONIDOS

Porque el radio es una máquina nueva y peculiar, deberá desarrollar una nueva y peculiar técnica en que la palabra ceda cada vez más su puesto al sonido puro, y en que en todas aquellas veces en que sea imprescindible, recuerde que va a ser oída y no vista, ni leída. Por su esencia misma, residente del aire, la palabra dicha en el radio no puede aspirar a eternizarse —aspiración literaria—. Debe cumplir su objeto, impresionar discretamente, por la amable puerta de los oídos del señor que le permite entrar hasta la intimidad de su alcoba, su espíritu, y retirarse para no volver más en la misma forma.

LA ATENCIÓN

En un espíritu receptivamente dispuesto, pero tan apto a la divagación como es el del radioescucha, la dispersión de la atención es fácil y perjudicial a los intereses de la emisora. Y en la actualidad, las emisoras parecen precisamente consagradas con todo ahínco a dispersar y destrozar la atención del radioescucha (no me refiero sólo a las de México). Se desperdicia cada cinco minutos la valiosa oportunidad que a los intereses comerciales de lo que tan negativamente se anuncia ofrece el bien dispuesto espíritu del radioescucha. Entre una y otra pieza de música, entre uno y otro programa, el anunciador irrumpe con su verbosidad provocando la misma reacción que los que llegan tarde a un concierto y hacen chirriar sus asientos. Existe un absoluto divorcio entre una y otra partes —anunciador y música— de los programas. Y de cinco a 12 segundos transcurren, entre un acto y otro del radio, en un silencio absurdo, suficiente por sí solo a desmayar y predisponer la más benévola atención, en contra.

"MIKE"

El micrófono es impasible, frío y cruelmente impersonal. No es de asombrar que los novicios tiemblen en su presencia. Más despiadado que Zeuz, este moderno dios de los dioses del aire transmite con igual indiferencia un cuarteto de cuerda de Mozart que la imperdonable "gafe" de un mal anunciador, o de un conferenciante distraído. Como buena máquina, no admite imperfecciones: hace justicia cumplida a lo bueno y a lo malo que se le confía. La sanción la da ese ciego descontentadizo, exigente o incógnito que es el radioescucha. Y la da con igual crueldad, incorporándose para cambiar, ya para siempre, los "kilociclos" de su predilección.

El problema de una estación radiodifusora comercial estriba, pues, en despertar, mantener y gratificar, para el provecho de sus anunciantes y el suyo propio, la atención que tan múltiplemente le brindan los miles de personas que a todas las horas del día y de la noche cifran toda la esperanza de su diversión en el aparato que están pagando en abonos cómodos, consumen escuchándolo la dosis de cocaína, o de Beethoven, o de ensoñación mística que les granjea un perentorio Nirvana de individualismo y privacía en este mundo colectivista. Ciegos, el director de la estación sabrá abordarlos por los oídos, delicadamente, como a transitorios desequilibrados que son.

El ojo puede leer en diagonal toda una página y retener lo que le interesa; el oído tiene que tolerar todo cuanto le digan; pero no lo hace dos veces, si está en su mano.

NUESTRA CIUDAD MÍA

¡Su ciudad, su ciudad! Estrechábala contra su corazón, sonreía a sus cúpulas y prestaba atención a todo.

SALVADOR NOVO, *El joven*, 1923

POCOS mortales habrá que amen a esta ciudad de México tan desinteresada, tan puramente como yo. Sus cronistas, que tan bien resume Artemio de Valle-Arizpe en su *Muy noble* y *muy leal ciudad de México según relatos de antaño y de hogaño* (dos ediciones); que el marqués de San Francisco enumera y clasifica en su *Bibliografía de cronistas de la ciudad de México*, de las Monografías Bibliográficas de Relaciones Exteriores; que Alfonso Reyes en su *Visión de Anáhuac* poetiza tan encantadoramente y que ha ocupado plumas tan diversas en la intención (y las citaré en este desorden para hacerlo más evidente) como las de Cervantes de Salazar, Marroqui, Sedano, González Obregón y Pereyra, no ponen en amarla el fuego ignorante e irracional, todo presente, que me anima al hacerlo. Y no es cosa de ahora. Cuando reviso mis obras, inéditas en su mayor y mejor parte, me afirmo en esta convicción. Tengo, por ejemplo, un poema escrito en Torreón en 1915 que comienza diciendo:

México, capital, la populosa
ciudad donde orgullosa
ostenta Flora su vergel más lindo.
No os extrañe si yo por ella brindo
que es mi ciudad natal, donde he nacido,
donde la luz del sol he conocido.

¿Queréis que siga? Pues ahí va:

Es mi ciudad natal un gran museo:
por dondequiera veo
automóviles, coches, carretelas,
casas particulares, mil escuelas
do mis colegas, jóvenes y niños,
van de la ciencia a recibir cariños.

Cuando dos años más tarde regresaba yo a mi “ciudad natal”, las carretelas de mi hermoso poema comenzaban a no ser tantas como en él. Flora seguía, sin embargo, ostentando en ella su más lindo vergel, pero como yo ya tenía 12 años, me aficioné por extremo a conocerla más íntima y menos literariamente, con resultados deplorables para mi carrera de médico cirujano.

Quiero decir que en las “pintas” más o menos colectivas del primer año de preparatoria conocí instituciones tan importantes como el Museo Nacional, el milenario Bosque de Chapultepec con su lago y sus barcas, y otros de que no quiero acordarme. Todo, en fin, cuanto un turista infantil (¿y tienen nunca otro carácter los turistas?) puede, en un breve tiempo, disfrutar.

Este peligroso carácter de las grandes ciudades que ha sido tema para tantas novelas, tangos y películas es, en cierto modo, verosímil aun en la nuestra, pero no depende de las ciudades. Es que el turista, confiado en que no le conoce nadie, se entrega a excesos reprobables que no acometería de ninguna manera en su casa. ¿O creéis que esos señores neoyorkinos que suelen visitarnos se ponen en su tierra pantalón corto? Tampoco, sin peligro, hubiera yo usado en Torreón el chaleco cruzado que aquí me impuse en 1917.

Cuando llegué, me aseguraban que nunca conocería la ciudad entera. Aquel pronóstico me hace sonreír, y aun cuando ignore los nombres de las calles, que suelen cambiar con discutible frecuencia, el puro ambiente me guiaría para saber si me encontraba en una u otra de estas que tan significativamente llamamos "colonias" de la ciudad.

Vosotros me daréis la razón, habitantes observadores de México. Observadores solamente, no sabios. Es muy diferente conocer la ciudad de acuerdo con el *Terry's Guide* o con la *Guía Roji*. Eso no tiene alma, y ver un plano o consultar un mapa son actos humillantes y bochornosos. Para la cartografía, todas las manzanas, mayores, menores, vienen a ser lo mismo. ¡Pero todo lo que influye un determinado cine en un barrio, un jardín en una colonia, la fama —cría fama y échatelas de lado— en otro, las facilidades de pago (no pague más renta) acullá! Uno vive donde puede y le gusta, y anhela vivir en donde le gustaría y no puede. Es sencillo. Pero a igualdad de gustos y posibilidades, es decir, de residencia, contribuye en enorme parte esa indefinible particularidad, viva y real, sin embargo, del espíritu de la gente de la capital, en la que hay castas a pesar de todo, si no superpuestas, adyacentes por lo menos, y que hacen que la gente que vive en Santa María la Ribera haya sido toda ella educada en el Colegio Francés, y la de San Rafael no se cambie nunca de ahí a otra colonia por ninguna razón y que en el centro, es decir, en el México viejo de las grandes vecindades, vivan o duerman jóvenes muy elegantes que, o César o Nada, prefieran estarse ahí hasta que no se puedan trasladar al Hipódromo, por algún buen golpe de fortuna —un rapto de que hablarían los periódicos, el premio gordo de la Lotería Nacional o un préstamo a 10 años de plazo de la Dirección de Pensiones Civiles—.

No lo sé, pero creo que en ninguna otra ciudad del mundo se palpan, como en ésta, las almas de las gentes que la habitan por las fachadas de las casas, por la decoración de las paredes, por la disposición de las ventanas y puertas, y por el aspecto, en fin, que no es sólo físico, de los barrios. Por eso parece natural la desorientación arquitectónica, porque es una desorientación espiritual. Desorientación de que tiene la culpa el porfirismo. Datan de entonces estas casas con *rez-de-chaussée*, sala, recámaras en fila que no permiten privacía, comedor al frente y ¡ah!, cuarto de baño. Estas decoraciones de yeso, este *art nouveau*, que invade los grandes cristales de la sala y que infecta, como en mi casa, la pared exterior. Hasta entonces, según el testimonio de los más antiguos cronistas, dos ciudades solas, la lacustre del gran Moctezuma y la conventual de oidores y encomenderos. Pero nos da por importar ideas: positivismo y arquitectura. Nos afrancesamos, y como esto no es totalmente posible, unas gentes se van a San Rafael o a Santa María y otras se quedan en La Perpetua. Nos lo está diciendo a gritos la nomenclatura de las calles: Francisco Díaz Covarrubias, Gabino Barreda, Icazbalceta, Francisco Pimentel, Rosas Moreno. El fervor que hoy se pone en denominar "Belisario Domínguez" a una calle, se consagraba entonces a todo este homogéneo grupo de conservadores, y es de lo más acertado haber puesto el nombre, recientemente, de Miguel E. Schultz a la calle que lo lleva, junto a estos personajes llenos de un carácter muy siglo XIX.

En tanto las gentes más ricas y los diplomáticos extranjeros pueblan las colonias Juárez y Roma. Y como unos y otros han ido a Europa numerosas veces, viven en México, pero en Versalles, en Varsovia, en Liverpool, en París, en Madrid, en Roma… Una súbita racha de nacionalismo exterior bautiza las calles de la colonia Roma: Mérida, San Luis Potosí, Aguascalientes, Puebla, Veracruz. Habita ahí gente más moderna, más evolutiva. Entonces,

triunfante la Revolución, empieza a poblarse la colonia Cuauhtémoc. Hallamos aquí ríos. Ya se mezclan el Nazas y el Rhin. Y entre esta heterogénea colonia de casas simples, de múltiples estilos, pero llenas de inquietud, y la muerta San Rafael, se tiende la estación del ferrocarril, por donde llegó, al día siguiente de un furioso temblor de tierra, don Francisco I. Madero.

LOS MERCADOS

A Elías Nandino

"CUANDO viajo —dice André Gide—, cuatro cosas, sobre todo, me atraen en una ciudad: el jardín público, el mercado, el cementerio y el Palacio de Justicia." Recuerdo estas frases con que principian los *Souvenirs de la Cour D'Assises*, ahora que un futuro Palacio de Justicia acaba de dispersar en rápida fuga ese peculiarísimo "paraíso colonial", que fuera El Volador, en rápida fuga que ha anticuado súbitamente, al propio tiempo que la hace clásica, la más reciente y psicológica descripción que del dicho mercado hallamos en el *Pero Galín* de Genaro Estrada.

Tianguis perpetuo, El Volador nos ofrecía la más deliciosa tradición provincial mexicana en la posibilidad de regatear y de hallar en él desde hojas de naranjo hasta sombreros de copa. Su peculiar locación, y esto que se llama progreso, hizo que, aun mucho antes del éxodo, los productos antes exclusivos del Volador surgieran por generación espontánea en otros varios sitios más accesibles, no por ello menos constantemente aglomerados. Así nacieron a la vida voladorística los mercados de La Lagunilla y de Mixcalco, al propio tiempo que todos los demás, desde Martínez de la Torre hasta el mercado Juárez, desde el de San Cosme hasta el 2 de Abril y el de San Juan, admitían en su seno o en su coseno productos hasta entonces no registrados en su habitual comercio. Y al lado de las legumbres —verduras—, de los puestos de huevo fresco y alumbrado, crema de Toluca y mantequilla en hoja, de la fruta (¡ay, ya californiana como las películas!), en cajas que omiten las dulces y antiguas manzanitas panocheras, las peras de San Juan, los capulines, los tecojotes y la jícama fresca, el mango de Córdoba, el plátano Tabasco, los aguacates, el chile cuaresmeño, las granadas, los membrillos y el zapote prieto y chico; junto a todo esto y mucho más, junto al pescado fresco, las gallinas en perpetuo clavado, la masa y las tortillas, las herbolarias y los muchachos que llevan las cestas o esas "redes que se usaban antaño para ir a la plaza", la colonia siriolibanesa, que tiene un gran sentido del color, comenzó a instalarse en puestos de telas y de ropa hecha.

Y como las telas no se descomponen, su invasión fue incontenible. Lo que antaño constituía un mercado normal fue cediendo su —precisamente— puesto al dulce estilo nuevo, e instalándose, en retirada, en otros sitios menos confusos: se abrieron "recauderías", "hueverías", etc. El Departamento de Salubridad, celoso de su misión, olvidaba en sus disposiciones electropuras la poética consideración del folklore y retiró e higienizó las tortillerías y las carnicerías, salvando los despreciables estómagos individuales a costa de las tradicionales bellezas colectivas, y aun diríamos nacionales.

La boga de las latas, heraldo de la civilización de hoja de lata, facilitó enormemente —

¡ay!, ¡con cuántas desventajas artísticas!— la labor de las cocineras. Ahora se compra salsa de tomate, *pickles* y "Tabasco" en unas tiendas que se llaman *Piggly Wiggly* y hasta le llevan a uno a su casa lo que pide por teléfono. Las labores manuales están en una decadencia verdaderamente de Occidente.

Tomemos, si no, las criadas. Y no nos ocupemos de su quehacer dentro de la casa, para la ejecución del cual, en vez de la escoba de popotes con que escarbaban tan bien los rincones, usan ahora cepillos de encerar y aun *vacuum cleaners* eléctricos; ni de las planchas eléctricas que han proscrito aquellas deliciosas lumbradas en los anafres, y la colección de planchas de hierro al probar las cuales el dedo, mojado en saliva, de la recamarera, producía un *ch* indescriptible; ni del café Fortaleza o Teka que ha proscrito, igualmente, el tueste en casa y la caja de música del molino, ni del chocolate de metate que ya no se pondrían a moler. Examinemos, en vez de esto, su vida privada, hasta donde nos es posible, y veremos hasta qué punto la ha afectado la transformación de los mercados.

Sabemos, por el testimonio solemne de la historia, cómo los indios, en su gusto por las chucherías, facilitaron la fuga del oro azteca a cambio de "cuentas de vidrio de Castilla". La costumbre no ha variado mucho, y aunque el oro mejor que nos queda sea el de nuestras costumbres, aun éste se fuga, a trueque, como antaño, de cuentas de vidrio a las que ahora suelen llamar chaquiras.

Antes las criadas se hacían sus vestidos. De anchísimas y plegadas enaguas, con algún holán, blusa ajustada con entredós y encaje, de ese rosa fuerte que tan maravillosamente sienta al moreno-jarro de sus brazos. Usaban collares de papelillo, y unos auténticos aretes de oro forjado por muy cumplidos artífices. Sobre el pecho traían, como un distintivo, el retrato en botón del que, tarde o temprano, había de robárselas. Y todo ello cubierto por un rebozo pesado y grácil sobre el que hacían descansar, como dos interjecciones, sus negras trenzas medievales.

Nada de esto va quedándonos ya. En el mercado hay vestidos hechos colgados como espectros, y en ellos caben muy bien las criadas. Los hay de percal para el diario: pero no son de enaguas anchas y largas, sino de irregulares picos, con encajes absurdos y holanes discontinuos. Para los días de fiesta, los hay de seda azul con bordados de chaquira blanca, anaranjados con aplicaciones negras, o completa e inexorablemente rojos. Y en ellas surge la Malinche, echa sus cuentas y se compra un vestido. Se compra también medias color de carne (¿de carne de qué color?) y una bolsa. En la bolsa trae un foto-espejo del que tarde o temprano se la ha de robar. Ya no le falta más que cortarse el pelo, y ha de hacerlo.

Los mercados antiguos, puros, sólo se ven ya en los pueblos de México. En nuestra ciudad se han vuelto especialistas, y las señoras encuentran su deleite mejor en adquirir las telas de su ropa en La Lagunilla, sus flores en San Juan, su provisión de alacena y su fruta en la Merced. Este último mercado tiene todo el aspecto brutal de un furgón de ferrocarril. Se hacen en él operaciones al "mayoreo". La Lagunilla tiene, en cambio, un aspecto afable de zoco que se explaya y aumenta los domingos con la venta en las calles adyacentes de toda clase de objetos viejos: lámparas, sillas, libros.

El mercado de San Juan es también un mercado especialista. Cuando el antiguo de la Flores fue expulsado del Zócalo se logró el beneficio de la separación de las flores para los vivos y las flores para los muertos. Estas últimas fueron a situarse frente a la Alameda, cerca

de esas horribles agencias que exhiben todo el día siete velorios en busca de muerto. Las otras dieron en el mercado de San Juan. Están ahí, tratando de contrarrestar con su aroma el muy fuerte que exhalan las ostionerías, mezcladas con fonógrafos y radiolas, rojas, amarillas, azules, frescas, último grito de la vida ingenua y dulce, frente a la música de latas de los fonógrafos, y contra las flores en caja de las casas elegantes que "lo dicen con flores" por telégrafo.

ACERCA DE LOS POLICÍAS

INGRESA uno al cuerpo de la policía cuando tiene necesidad de un trabajo cualquiera y no sirve para otro o cuando descubre, tras ponderada introspección, inequívocas dotes para el cargo. Es más común la primera de estas razones. La segunda, insegura y compleja, suele conducir al individuo a la policía secreta, al detectivismo; raras veces al uniforme. La sociedad, al civilizarse, ha ido creándose necesidades ambivalentes y la penuria personal de los ladrones vulgares halla su respuesta en la seguridad colectiva que garantiza el gendarme, como en la inextricable red de los intereses humanos el agente de tránsito frustra la cita urgente de aquel a quien en ella le va la vida, salvando, con su autoritario silbato, la de quien cruzaba distraídamente la calle.

El policía secreto es ente misterioso y extraño a quien no se conoce ocupación regular. La diversidad de su aspecto en cada caso, de su indumentaria, de su sonrisa o de su ceño, favorecen la esencia de su misión. Se ha esforzado con éxito porque no se conozca su oficio, y el triste resultado es que sólo él sabe que es policía. Tan secreto lo tiene que, sin duda alguna, se olvida a ratos de que lo es y entonces desaparece por completo una calidad que, como sólo reside en su conciencia, el mundo exterior no puede reintegrarle durante sus momentos de distracción.

Pero el detectivismo es vocacional como el canto, como la poesía. Tal chico vuestro que va a contaros en voz baja las malas costumbres de su hermano, compensa y justifica, al hacerlo, el haber participado en ellas, y no debéis preocuparos más por su futuro; será un inmejorable detective. Y como no os podéis subir por el chico malcriado al árbol en que fue a guarecerse a raíz de la denuncia, enviáis por él no a quien la hizo, sino al pacífico y discreto hermano mayor, que va contra su gusto, os aporta el reo y ha de sufrir en adelante sus coces. Este hijo mayor vuestro, si alguna vez carece de empleo, irá a buscarlo, y lo obtendrá, como policía uniformado.

Al emprender el estudio de la policía uniformada precisa hacer la aclaración de que esta entidad presenta dos épocas bien distintas: la antigua, la que podía cómodamente llamarse *del gendarme,* gente de arma, gendarme, feo vocablo, depresivo; por las zarzuelas españolas y por uno que otro testigo presencial sabemos que en Madrid los guardias guardaban las llaves del barrio y abrían su puerta a los señoritos trasnochadores. Misión servil y paternal que desempeña más adecuadamente un anciano que un joven. Un anciano tan conocido en el barrio por su honradez, por sus buenas costumbres domésticas, que la gente, que acaricia a sus hijos y que saluda a su regordeta mujer, experimenta cierta dulzura agradecida al llamarle "vecino".

Durante esta dichosa edad del gendarme certificábase la seguridad de bienes y haciendas con la inmovilidad geográfica de un buen guardia que, al conocer a toda la familia de un joven de perversos instintos, remediara en agraz sus hurtos proyectados con una oportuna reconvención, y la impidiera en definitiva —cancerbero único de toda la calle—, al conducir casi hasta el lecho a cada vecino él sabía donde, como un cartero antiguo os lleva las revistas a Rosas Moreno 102, aunque vengan dirigidas a Díaz Covarrubias 4, A, porque él sabe mejor, y su conciencia descansa, y abrís la carta ansiosamente esperada como el distraído transeúnte, guiado por el vecino que mejor sabe, entra en su casa y en su cama y no en aquella otra que la oscuridad y las copas le indujeron a empujar. Cumplida su misión, revisadas las puertas de su punto, el gendarme de la edad antigua dedicábase a disfrutar de las buenas noches que en copiosa suma le habían deseado sus conocidos del barrio. Acaso no sea ajena a su permanencia en el frío y en la soledad la denominación de "sereno" que solía dársele. Su débil linterna no podía tener otro uso que el de orientar hacia su persona. Los acontecimientos, si tales eran, iban a él, sin que él tuviera nunca necesidad de perseguirlos con ella. Suponer que la linterna tenía otro objeto equivale a pensar que los gatos cogen ratones con castañuelas. Por eso en cuanto Febo asomaba —en esa época le decían Febo al sol— el vecino se iba a dormir, porque su luminosa orientación no era ya indispensable, y porque al agrillado canto de su pito que fuera transmitiendo las 10, las 12, la una, de rumbo en rumbo, había sucedido el equivalente canto del gallo, mariscal diurno, y seguirían los alegres carros de leche y las campanas escandalosas y enérgicas de la parroquia. Era desusado e inútil encontrarse con un gendarme durante el día; tan extraño como encontrar a la hora del cisne un búho sapiente; de donde dio también en llamárseles *tecolotes*.

Mas nuestra complicada edad moderna reclama, para el éxito en las empresas, dotes físicas, más que merecimientos espirituales. El respeto a las canas, que solía producir la paz, parece no haber logrado sino reprimir un impulso que sólo el *jiu-jitsu* y el box son capaces de aniquilar por completo. Viose bien pronto que los báculos, los bastones, lejos de constituir un arma ofensiva apreciable, sólo servían para apoyar en la tierra aquellos cuerpos débiles que los esgrimían. Y aunque reducidos al *weapon*, produjeron en los criminales la inhibición y los chichones que las palmetas pedagógicas infligían a los educandos, se pensó con buen tino que lograrían mejores efectos las pistolas reglamentarias 45 (¿45 qué? Nunca he sabido), que penden hoy del ancho y negro cinto de todo policía uniformado. Nació así la segunda de las épocas policiacas, en que los jóvenes toman parte importante y desaparecen los gendarmes, como los cocheros, sustituidos por ágil gente de ánimo resuelto y audaz. Una apariencia de dignidad profesional que encubría un profundo egoísmo cortó de pronto todo saludo y comunicación entre el policía y los habitantes del trozo de ciudad a su cargo por tantas horas. Ahora los *vecinos* serían únicamente quienes residieran en la vecindad. Él no, porque cumplido su turno, no volvería por ahí en mucho tiempo, para no criar el moho afectivo que contraen las piedras estacionarias. El respeto invirtió los términos de su producción; se respetó más a quien se conocía menos, y a la disuasión del consejo gendarmeril sucedió la persuasión del cañonazo policiaco. Cada uno de estos objetos de empadronamiento que somos las personas ignoró en adelante en cuyas manos dejaba su reposo y la integridad de sus ahorros. De suerte que el nuevo, joven y numeroso cuerpo de la policía, que explayaba sus miembros por todas las más insospechables esquinas, pareció, por extraña paradoja, al

ocuparse de manera exclusiva en los ladrones, ignorar absolutamente a los ciudadanos honestos.

Con el criterio filosófico de la nueva edad policiaca cambió, y aumentó, la actividad espiritual del agente del orden, en la proporción en que cambia la angustia de quien cuenta percibir su salario un día determinado y seguro, y quien puede alguna vez sacarse la lotería. El gendarme, cerrada la última puerta, había cumplido su tarea, y aun antes de hacerlo debe haber estado perfectamente seguro de que, tarde o temprano, esa misma noche habría de cerrarla o de verla cerrar. Casi no habría vecino que no fuera a dormir a su casa, y esta certeza es suficiente a tranquilizar un alma gendarmeril, o asalariada. Pero quien se desentiende de la puntualidad de los vecinos y endereza su espíritu a aguardar lo eventual y lo indeseable, la concurrencia de ladrones, el premio gordo, no merece ya el nombre de sereno, y sí, por todos conceptos, el respeto y la admiración de todos aquellos a quienes no se digna desear, pero a quienes procura, las buenas noches.

Vinieron a llamarse policías *técnicos*. El término *técnico* resume las actitudes teórica y práctica y presupone concomitantemente un sistema bien definido de acción organizada y conjunta. Y así como los ku-klux-klanes y los motoristas hacen residir en la cobertura de sus cuerpos el símbolo de su colaboración en un fin y en una obra, los miembros de la policía técnica lucen una apariencia general uniforme que se diversifica, por pequeños detalles, en jerarquías, clases, batallones, cuarteles. Nada evidencia mejor su adaptación a una época industrial que el hecho de hallarse numerados, como las ediciones de lujo, o como los teléfonos. Como en éstos, a cada número de los que ostentan en su argentina placa corresponde un nombre de pila, y al de la gorra un batallón o una compañía. Previsión que facilita tanto el que pasen lista como el pedir comunicación de larga distancia por número. Se sabe, de todas maneras, que si no contesta es que está ocupado o descompuesto, enfermo o comisionado.

Asimilada la ideología policiaca de nuestra era, es cuestión sencilla el habituarse a los detalles externos de la profesión. Una provisión de camisas blancas, cuellos Duncan y calzado y corbata negros será todo el gasto que haya de hacerse. Hay en el almacén gorras de todos los tamaños, y han de daros la vuestra, y el traje. No usaréis chaleco, pero cuidad de abrocharos siempre el chaquetín, de guardar en sus bolsillos la libreta de remisiones, la credencial para el cobro de las quintas y de ostentar sobre el corazón vuestra placa, una vez colocada la bandolera, el cinto y la pistola. Poco habréis de usar la linterna. Cuando os toque velada, apartaos a buena distancia de su luz. Algún asaltante anticuado podría pensar que estabais a su vera y daros un susto, que es mejor que él se lleve. Conservad el silbato tan a mano como la pistola. Si habéis menester de auxilio, soplad en él y han de socorreros todos los jugadores de *basketball* de las cercanías.

APOSTILLAS POLICIACAS

SHERLOCK HOLMES, enemigo de Prometeo, causa ya verdadera lástima; no dispone de una *flashlight;* cuando va a aguardar a los criminales en un sótano —“La Liga de los Pelirrojos”— enciende una lamparita y la cubre para que no se vea su luz mientras llegan. Es

verdaderamente penoso. Además, ha llegado, con el doctor Watson, en *hansom*. Y antes ha ido a escuchar música alemana.

He leído pocas novelas policiacas francesas, pero presumo que todas ellas apelan más a la conmiseración por las víctimas que a la admiración por los criminales. Viciosa práctica de novela del siglo XIX. Ya el lector, desde el principio, se une a la investigación y comparte la indignada actitud de la policía y de la sociedad. Cuando aprehenden al culpable, el lector apaga la luz y se duerme, sin temor ni remordimiento.

Yo he prolongado la vida de una sufrida esposa a quien su marido trataba de asesinar indirecta, inteligentemente. Tres veces interrumpieron mi lectura. Mientras tanto, su propio hermano había dado oportuno aviso a la policía y todo estaba listo para hacer fracasar los siniestros planes del marido. La descarga eléctrica se produjo en seco; los policías cayeron sobre el culpable. Cuando fueron por la señora, ésta se había tomado un veneno. *The Tragedy at Brookbend Cottage*.

Es una lástima que Clive Brook y William Powell se hayan puesto a filmar novelas policiacas. La profesión detectivesca es intransmisible. Si vuelven a hacer películas de otro género nada nos quitará la idea de que su amor es completamente falso, y de que sólo están besando a aquella muchacha mientras llega a llevársela la policía.

Al verdadero detective no debe interesarle la captura del criminal. Cuando uno resuelve un solitario complicado, ¿se pondría a reconstruirlo hacia atrás?

Un robo es siempre una cosa justa y muchas veces una cosa piadosa. Una señora ha heredado un collar de perlas, pero ignora que es falso; su doncella se lo hurta y lo descubre. ¿Preferiría la señora, al dulce y doloroso recuerdo de haber sido despojada de una valiosa joya, el amargo desengaño de la posesión de unas bolas de pasta?

“La existencia de los ladrones es una legítima necesidad biológica contra la acumulación estéril de la riqueza. Quien asalta un banco, restituye al dinero su verdadero valor de signo de transacción, de intercambio de artículos necesarios.” Esto va entre comillas.

Nunca he leído que un detective y un policía se pongan de acuerdo con el procedimiento: aquél pretende descifrar, éste capturar, como el ladrón pretende robar y la gente no ser robada. La gente y la policía son los despreciables profesionales del encierro, los detectives y los ladrones son los únicos cómplices posibles, verdaderos líricos del silencio, hermanos en ideales.

No me gusta que los criminales se ensañen con seres inferiores como ancianos, mujeres y niños. Ya casi no lo hacen sino en esa literatura rutinaria de la vida. En las novelas, es siempre más interesante que se pongan con uno de su tamaño.

Nada me disgustaría más que averiguar, antes que el detective, quién es el culpable. Y sería también un sacrilegio ver la última página.

Dios me libre de confesarme con el padre Brown.

Un amigo mío escribe una tesis médica sobre el robo y querría ejemplos distinguidos. ¿Pero exactamente qué clase de robos interesan a la medicina? De seguro que no el caso de Prometeo; más bien ha de ser la cleptomanía, el plagio literario, el robo por primera necesidad: por un trastorno de la voluntad, por un trastorno de la autocrítica o por simple, prosaica hambre. Y éstos, ¿pueden curarse?

SOBRE EL PLACER INFINITO DE MATAR MUCHAS MOSCAS

DURANTE muchos años acaricié el proyecto de hacer algo contra las moscas. No una cruzada ni una propaganda que me relacionara con las demás personas. Mi pensamiento se refería tan sólo a las moscas que me molestaban en lo personal. A aquella antiliteraria y nocturna que no me dejaba entender un discurso de don Marcelino, furiosa contra la idea de desvelarse por mi causa; cuando, ya en el colmo de la desesperación, yo le lanzaba el libro contra la pared en que parecía haberse detenido finalmente, perdía yo la página y estropeaba la lámpara, mientras mi enemiga reaparecía manejando los cubiertos de sus frágiles patas delanteras, con toda calma, sobre mi rodilla contraída. Me proponía no hacerle caso. Seguía leyendo. Ella se golpeaba contra el techo. Pero al cabo de unos minutos, suplicante o desesperada, venía a posarse llena de ruido sobre mis anteojos. A pesar suyo, seguía yo tomando apuntes. Y he aquí que la mosca antiliteraria y nocturna, súbitamente, me escribía un punto final donde yo no quería ponerlo.

En proporción con nuestro tamaño, ¡qué enormes vuelos con aterrizajes y elevaciones emprenden las moscas odiosas! Pensaba yo en esos grabados de los libros de zoología y de Maeterlinck en que un ojo de mosca, aumentado en miles de veces, parece una piedra tallada. Por todas esas partes de sus enormes ojos ven cuando uno prepara el golpe de sus manos para matarlas, y huyen sin prisa, exactamente a tiempo que nos golpeamos con furia un brazo en que estaban paradas. Pensaba también: sus vidas son efímeras. No duran más que un día. Pero eso no es cierto, aunque lo digan los sabios. No creo que nadie se haya encontrado nunca el cadáver de una mosca fallecida de muerte natural. La verdad es que son eternas e inmortales, a menos que uno las mate. Pensaba yo también en ese otro problema científico que nunca supe resolver: si una mosca va en un vehículo en movimiento, ¿por qué no se queda atrás? Aunque creo que eso tiene relación con la astronomía y la atracción universal, campos que me parecían y siguen pareciéndome demasiado abstractos para mi particular meditación. Lo deseable sería que se quedaran atrás. Si yo fuera mosca no querría andar en las habitaciones: tendría el espacio para mis ejercicios. “Una tela de araña para pescar las moscas de las horas.” Repetía yo esos versos míos, en la admiración y el cariño que tengo para las arañas, *mains crispées de tragedienne*, porque las creo de buena suerte, porque escuchan la música, porque se parecen a mí cuando era flaco y porque en sus telas perfectas aprisionan a las moscas imprudentes y las ahorcan luego. Recordaba cómo me había conmovido en mi infancia la historia de un príncipe fugitivo que se refugió en una cueva. Durante la noche, una araña tejió su tela a la entrada. Y cuando a la mañana siguiente los perseguidores del príncipe pasaron por su escondite, no creyeron necesario entrar a buscarlo ahí, porque la tela de araña les parecía señal de que nadie hubiera entrado en la cueva tan recientemente. En mi infancia también, a pesar de la intención del fabulista, admiré y prefería a la araña que hace una frágil tela brillante que basta a sus propósitos, que le sirve a ella sola y que no dura, y no al laborioso y servil gusano de seda, aunque “así salga ella”. ¡Oh odiosos fabulistas estúpidos, mercachifles, llenos de sentido común! ¿Cómo pudisteis comparar a la araña equilibrista y leve, que baila en su propia invisible cuerda floja y se lanza desde el techo sin lastimarse y

vuelve a él sin que os deis cuenta de cómo lo hizo, miopes, con el horrible gusano de seda del cual sale la cegatona y cursi mariposa, y que se queda hueco, como el vendaje de un dedo podrido? Algunos niños sucios hacían jaulas con popotes y guardaban moscas en ellas, o bien les arrancaban las alas, o las dejaban volar, con un papelito metido en el cuerpo. Yo no soportaba su contacto. Nunca me arrepentiré bastante de haber hecho tragar una vez, a un mozo de mi casa, una mosca, por no sé qué oscuro instinto de crueldad que me hizo atormentar a una persona cuando seguramente lo único que yo pretendía era matar una mosca.

Después, he probado todos los medios para extinguirlas. Hace algunos años —¿recuerda usted?— eran muy usuales aquellos papeles Tanglefoot en los que las moscas venían a perecer prisioneras por las patas, como en el panal de rica miel al que acudieron en número de 2 000. Pero aparte la natural repugnancia que producía su vista, presuponían un candor o una voluntad de suicidio en las moscas cada vez más raro, y exponían a los niños y a las visitas, en las casas en que se usaban, a lamentables equivocaciones que las películas cómicas aprovecharon con frecuencia. A semejanza de estos papeles, existen y se usan en algunas cocinas, tiendas y casas de pueblo, unas anchas serpentinas engomadas que se suspenden del techo y en que las moscas, que tienen una reconocida tendencia a pasar la noche en los alambres de las lámparas, vienen a hallar una muerte cierta. Estos dos procedimientos son colectivos e inseguros; hechos para un lugar en que, existiendo una superabundancia de moscas, se pretende disminuir la población sin suprimirla. Pero el caso que me interesa es otro. Es el de suprimir una o dos moscas únicas. No puedo usar tampoco esas pequeñas cajas de hojalata que tienen unas margaritas pintadas, cuyo centro, impregnado de veneno, da a las moscas la muerte a cambio de un beso. Un método sencillo y útil es el de perseguirlas con la edición dominical de un periódico. Tienden a refugiarse en las ventanas porque creen que pueden atravesar los vidrios, y ahí se las aplasta, si se dejan. Con este procedimiento, además, se practica el tenis.

Pero otra cosa hay, un producto, con el cual he alcanzado la felicidad infinita de matar muchas moscas. No voy a mencionar su nombre. Podría creerse que la casa productora me ha pagado el *réclame*. Desde que lo uso, las moscas me han dejado descansar. En cuanto veo una, en el día, que sé muy bien que intenta exasperarme durante la noche, prohibirme la lectura excesiva como un médico, nadar en mi leche o inspeccionar mi pan, corro por el aparato; lo oprimo con todo el odio acumulado en tantos años de impotencia, y a los cuantos segundos la miro caer, con los estertores de la agonía, rebelde aún y zumbadora. Me gozo en su tortura un instante y luego, con toda la fuerza de mi pie, la aniquilo por completo. Queda en el aire un leve olor a laboratorio y el silencio de una batalla concluida. Queda satisfecho mi instinto de matar, de aniquilar, de aplastar lo que me molesta.

USTED NO NECESITA MORIRSE PARA GANAR

NINGUNA entre todas las instituciones humanas es más conmovedora que las compañías de seguros sobre la vida. Si no tenéis aún idea de lo que son, esperad a crecer un poco, a engordar, a ganar un sueldo notorio. Uno de esos días ha de visitaros un caballero de aspecto

probo que viene a concederos una audiencia para asuntos particulares que no le interesan en lo personal, sino a vos, porque el caballero es humanitario. Se asegura de que os llamáis como dice la gente y os hecha una ojeada. Para su regocijo interno, sacáis un cigarrillo y se lo ofrecéis; os dais cuenta entonces de que no fuma y de que su satisfecha sonrisa proviene de que habéis de morir antes que él, puesto que sois la víctima del tabaquismo. Produce entonces de un insospechado bolsillo nutrida documentación que tiende a demostrar que tenemos esta vida prestada. Que un camión, un bombero, una noticia desagradable, un vaso de leche pasteurizada, pueden arrebatárnosla en un momento dado y que entonces aquellos seres queridos que cifraban sus esperanzas en nosotros, y a cuyo soportamiento contribuía el dinero que nuestro talento obtenía de los pagadores, de los enfermos o de los amigos, van a verse súbitamente burlados, decepción a que no nos autoriza ética alguna, siquiera sea la de Lombardo Toledano. No es una perspectiva alegre, pero sí es una previsión noble, altruista, humanitaria. Suponed que durante 35 años, en vez de dejarlos con Porrúa Hermanos, dais 100 pesos mensuales a este caballero de aspecto probo que viene a visitaros. Al cabo de ese tiempo, morís. Y he aquí que vuestra esposa se convierte en la viuda alegre, que vuestros hijos hablan de su padre llenos de gratitud, joyas y trajes. ¿No tibiará vuestras entrañas tal espectáculo? Casi estáis decidido, con las lágrimas en los ojos, a soltar el primer abono. Y luego, dice el caballero, ¿quién le dice a usted que no puede no morirse? En ese caso, usted vivirá para aprovechar el fruto de su cordura. Se han dado innumerables casos de ancianos que, privándose de todo en la juventud, de cigarrillos, de vitáfono, de *dancing* y sus consecuencias inmediatas, depositaban íntegro su sueldo en una compañía de seguros. Y a los 80 dulces años de edad, plenos aún de vigor, han retirado de nuestros bancos una suma considerable, que les ha permitido adquirir un campo de golf para su uso particular, fundar un asilo y disfrutar de un entierro suntuoso. “Es decir, termina el caballero, que la compañía hace una apuesta con usted. Ella apuesta que usted se muere y usted que no. Veremos quién gana.” Y al decir esto, el caballero probo extiende ante vos un largo esqueleto que firmáis mecánicamente. Empezáis a pagar las primas, como ellos dicen tan irreverentemente, desde luego. Os priváis de todo y llenáis por sustitución las necesidades imprescindibles. Lo cual os conduce al sepulcro, si bien, de paso, a la santificación familiar, en un breve plazo.

“CALVICIE”

POR si esto sigue, como parece, quiero dejar escrito lo que pienso sobre los calvos ahora que todavía disfruto de pelo. Se me perdonará, una vez más, que discuta mi propia persona y que, para ello, manifieste ciertas intimidades sólo a primera vista impertinentes; como sujeto, mis conclusiones pueden, y poder es querer, generalizarse, como adelante veremos.

Desde pequeño tuve mucho pelo. Nunca se lo he preguntado, pero es muy posible que mi mamá conserve algún rizo mío —que no me hizo ninguna falta—. Lo que me consta es que en los frecuentísimos retratos en que se me hacía comparecer —de un año, de cuatro, de ocho, de primera comunión— mi cara, ésta misma, menos los anteojos, desaparece bajo bucles, primero, y luego tras un chino atravesado que mi mamá me confeccionaba aplanándome la

frente con la palma de la mano. En cuanto a mis brazos, tienen todavía pelos a la mar.

Este chino frontal me "calzó" la frente en opinión de mis tíos, que eran de México —yo estaba en Torreón— y me ordenaron fricciones en ella con ceniza y jitomate por las noches, y además, desde el 20 de marzo de 1916 —¡10 años ha! ¡Ah!—, que me peinara para atrás. Todo lo cual limpió mi frente y entrenó a mi pelo para el arribo a México. En donde aquél, ebrio de lociones, brillantinas, peines finos y atenciones con que tropezó, sin haberlas conocido antes en las peluquerías sintéticas de Torreón, dio en adoptar siluetas elegantes. Pasada la crisis del peinado "para atrás", mi cabeza no volvió a admitir raya de ningún lado. La moda "a la *brush"*, a la que pocos habitantes resistieron, pasó sin dejarle huella. Y mi pelo cabalgó la preparatoria (1917-1920) con una ondulación que adoptó, creyéndola seguramente del mejor tono. Sólo que a mí no me gustaba el pelo chino. Le cultivaba un odio secreto, pero inmortal, desde que me los guisaban en casa para lanzarme, muerto de vergüenza, a pasear los domingos. ¡Y ahora, ya corto y perteneciente a mí por entero, se rizaba mi pelo! Sobre todo el año de 1921 se me onduló por completo.

¡Con qué envidia miraba yo las cabezas de los literatos jóvenes, que apenas me empezaban a hacer un lugar, cabezas disciplinadas, con grasa de buen olor que solía invadir el sombrero! ¿Por qué debía yo, yo sólo, andar siempre con el pelo alborotado? Empecé a usar lociones y brillantina. También a usar un gorro para en las mañanas, después de peinarme, como tanta gente lo hace, con una media.

El año pasado me descubrieron la primera cana. Pero éstas no me inquietan. Las he deseado mucho tiempo (sal de la vida, hebras de plata, nieve de la edad) y me gustaría tener un buen surtido de ellas, sólo que no me han salido más. En cambio he venido notando que se me cae el pelo. Ya no es la frente "calzada" quien se desprende de sus vellos por virtud del jitomate con ceniza nocturno. Es que hace tiempo con gusto, y ahora con inquietud, veo cada mañana que el peine que pasa lista a mis cabellos se los lleva en grandes madejas, y recuerdo aquel viejo anuncio, ¡se va-se va-se fue!, tan aterrador que uno no se fijó en el antídoto que pregona.

Pensé domesticar mi cabello y conservar tan sólo el necesario —¡y ahora me abandona por completo!— Se va poco a poco. Alguien me explica que me volverá a salir, porque todos pelechamos, como los zenzontles domésticos y los pericos. Pero yo lo dudo. ¿Quien te fizo pobre, María? Perdiendo poco a poco lo poco que tenía. ¿Cómo te feciste calvo? Pelo a pelillo el pelo llevando…! No falta quien me aconseje raparme. Pero yo sé que, si lo hago, no me volverá a salir el pelo, porque así le ha pasado, entre otros casos, a Carlos Pellicer. Los periódicos están llenos de anuncios sugestivos: "¡qué simpático, decían unas muchachas. Mas cuando se quitó el sombrero para saludarlas, vieron que estaba calvo porque no usó la Danderina!" Pero por otra parte, los anuncios de grandes empresas, como el Kardex, el doctor Raschbaum y el Berreteaga, pintan un sabio —o un hombre de negocios— calvo siempre, y esto, en el fondo, cautiva más a las muchachas. Además, en México casi todos los genios son calvos, o van para allá que vuelan. Horta, Carlos González y Parada León se peinan nada más que por costumbre. Diego Rivera, que lo suele explicar todo, dice que el pelo es una porquería que las razas superiores nunca han admitido. En efecto, Buda es pelón, Sócrates *l'était*. Platón *aussi*. No fue Cristo, que poseía buenos rizos, sino sus apóstoles posteriores, sus "curas", quienes establecieron la tonsura. Mal huele esto. Como mero símbolo, no se

explica. Se trata, sin ninguna duda, de algún calvo muy presumido que, justificándose, inventó una moda tan útil como los ojos de esmalte.

¿Cómo se sentirá ser calvo? Con el inevitable litoral mermado de pelo encanecido alrededor del cráneo y todo el resto liso como un foco de nitro, ruborizable al oír ciertas expresiones, y sin que el jabón hierva nunca cuando mis dedos resbalen sobre ella, mi calva será toda irregular, sin esa perfecta redondez que algunas personas alcanzan en tan beatífico estado. Acaso, al tocarla, mi mano tropiece con tres pelos supervivientes que, muy unidos, sean como una última comunicación con el mundo en el cual se perdieron todos sus hermanos. Y cuando ya pueda palparla toda monda, mi cabeza pensará de sí misma: *That scull had a tongue in it, and could sing once… I knew him, Horatio; a fellow of infinite jest, of most excellent fancy.*

SOBRE LA “H”

DE TIEMPO atrás vengo guardándole rencor a la letra H. Es la más antipática del alfabeto. Mayúscula, recuerda las máquinas, los puentes, los ladrillos, los trapecios, algo industrial y odioso que no tienen las demás. Manuscrita y mayúscula puede ser de dos clases. O el que escribe traza una J y una I (modo antiguo) o una raya vertical primero y luego otra paralela, de arriba abajo, al terminar la cual, en un gesto de quien teje con dos agujas, ensarta con una C la primera raya vertical, unida entonces a la segunda por la cola de la segunda (modo americano). O bien la tal letra es minúscula, e impresa. Entonces parecerá una mínima silla, y observada con mayor atención, un señor flaco, sin brazos y derrengado, que no puede juntar la pierna izquierda, arqueada, con la otra rígida y paralítica. Luego minúscula y manuscrita ni es *l* ni es *b*. Iba a ser *l*, y por economía, por avaricia, se detuvo antes de la grácil curva. No se decidió tampoco por ser una *o*, que completaría la *b*, pegada a la *l*. Y se quedó así, sietemesina, como si en remedo ridículo de la *n* le creciera extraordinariamente ese brazo con que se apoya en su predecesora, sin pretender superarla, y diera con él un golpe vacío en el aire.

¡Y es finalmente tan inútil, sobre tan fea! No se pronuncia nunca —*¡avis woríssima!*—. Desempeña entre las demás el triste papel de un mudo que fuera diputado, durante las sesiones más animadas, en que se oyen todos los sonidos, de un paralítico en la Olimpiada, de un pelo en la sopa. Cierto que a veces adquiere sonido; pero sólo cuando otra letra con personalidad bien desarrollada, como la *c*, se lo presta. Y el resultado es casi siempre una mala palabra. Esta combinación forma siempre los vocablos más reprobables. Medítelo bien el lector y no la use nunca. Por regla general evitadla, sola o acompañada, en cuanto escribáis, jóvenes amigos. Es una letra despreciable. No se necesita de ella para nada. Ya veis, en todas estas cosas que llevo escritas, no está en palabra alguna.

Buscadla y os convenceréis.

DE LA UTILIZACIÓN DE LOS LIBROS

LA VIDA es, además de todo cuanto dicen quienes suelen sentenciar lo que es, una infinita cadena de adquisiciones en que de manera muy principal entran unos objetos que llaman libros, visiblemente diferentes de trajes y muebles, y que no guardan sino una pretendida relación espiritual con los alimentos de que usualmente se nutre nuestro estómago —caramelos interminables que no se desdeñan de chupar, al mismo tiempo o sucesivamente, los cerebros de las personas—. En tanto no triunfe la Escuela de la Acción (aprender haciendo: que los chicos aprendan la ley de gravedad arrojándose desde un cuarto piso), todas las criaturas seguirán preparándose para los años venideros inclinadas sobre esos bonitos instrumentos que no parecen decir nada, a quienes se da la mano izquierda y cuyas hojas vuelve uno con aquel dedo que utilizan los jueces para señalar al culpable. Se ha propagado tanto la idea de que los libros *sirven*, que su producción y su comercio ocupa a más gente de la que pudiera pensarse a primera vista. Y es verdaderamente asombroso, pero sucede, que gente que ha alcanzado ya la mayor edad, que ha obtenido un título y que tiene medios de honesta vida, conserve la infantil costumbre de dejar su dinero en tiendas en que no huele a nada y en que no hay sino cosas de esas sobre las cuales perdió la vista y la niñez. No podréis negarme que quien tal hace da evidentes señales de no estar en su entero juicio. Contrariamente a lo que ocurre en las sombrererías, en que cada pieza se parece a la otra y no hay ninguna pasada de moda, ni sucia, en las librerías los ejemplares no son casi nunca del mismo tamaño. Junto a las *Poetisas mexicanas* de don José María Vigil, que miden casi un metro, he visto las *Cien mejores poesías (líricas) mexicanas*, que caben en cualquier bolsillo, y aun la *Antología de jovénes poetas mexicanos* de José D. Frías que puede uno, si es cleptómano, ocultar en el puño. Junto a unos gordos libros, *Lope de Vega, Obras*, una menor *Historia de los heterodoxos*, seguidos de unas *Ideas estéticas en España*, de la tercera parte de altura de Lope. Junto al *Quijote* de Cortejón, en seis tomos de un tamaño muy respetable, un cuadernito con *Un aspecto en la elaboración del Quijote* por Menéndez Pidal. Todo ello, en fin, presentado con una irritante falta de proporción que debe de dificultar enormemente las decoración en casa de quienes —porque los hay— prefieren adornar sus paredes ¡con *libros!*, cuando hay cromos tan lindos y marcos tallados para las amplificaciones de la familia, y lunas venecianas con dragones chinos, sarapes de Saltillo, mantones, objetos verdaderamente elegantes y persuasivos, desde el primer momento, de la refinada cultura de su usufructuario. Esta difundida manía de comprar libros pasa por alto, como todos los vicios, las sucias y onerosas implicaciones de su ejercicio. No hay comerciante decente de otro género que no lave de cuando en cuando sus frascos; en las librerías se acumula el polvo sobre el canto sin que el dueño lo extrañe ni lo remedie, y cuando por casualidad pide uno un libro, soplan sobre él como quien extingue un cerillo y cobran, lo cual es simplemente el colmo, mucho más dinero mientras más viejo es lo que uno pretende llevarse. Esto no ocurriría si en vez de incunables expendieran galletas. Vale mucho más caro por ejemplo un tomo de poesías de Sor Juana del año vergonzoso de 1689 que una fresca y no abierta edición del *Cántaro fresco* de Juana de Ibarbourou, que es más moderna que Sor Juana y también poetisa. Y el *Viaje a los Estados Unidos* de Fidel cuesta lo menos ocho pesos, mientras que los *Viajes a Europa* de don Pedro Laguna, si a viajes vamos,

puede uno leerlos gratis, si pertenece al amplio círculo de sus amistades. No niego que de vez en cuando, unas dos o tres veces por año, cuando tiene uno gripa y no puede ir al cine, tenga que leer un libro, ya que los periódicos traen tan pocas páginas y que su sostenimiento en la cama requiere las dos manos, como las riendas de un caballo; pero tan sólo por la comodidad de estarse deteniendo el termómetro con la derecha a tiempo que se entera, de paso, de algunos de los muchos tomos de versos con que un antiguo amigo, cuyo desequilibrio no advertimos nunca en la escuela, nos ha sorprendido por correo.

¿Qué nos pueden decir los muertos, fuera de los mensajes espíritas que nos dirijan, que nos sirva para el futuro? La manía de los libros antiguos sólo se explica, complementaria, en quienes comen queso añejo. Y sin embargo, reconozcámoslo compasivamente, existen seres tan extraños que prefieren las líneas mohosas de un Aldo Manuzio, que no lleva a ninguna parte, a las elegantes líneas de un Chrysler Six —el rey del camino—. La antigua gente tocada del mal bibliofílico (el primer Shylock de la pasta española) propagó, porque así convenía a sus intereses personales, la pérfida y hoy aceptada especie de que los libros antiguos encierran mayor mérito e implican un costo mayor, por tanto, que los modernos. Inventáronse las palabras “raro” y “agotado” para aplicarlas a aquellos libros que fueron tan malos en su tiempo que la gente no quiso leerlos y encendió con ellos el baño, o tan poco decorativos que no tenían remedio, o de papel tan bueno para envolver que cumplieron su lógico destino. Pero no es que valgan por otra razón —porque sean de buenos autores, verbigracia; los buenos autores nunca están agotados ni son raros—. En cualquier momento puede uno comprar Sue, Isaacs, France, Peza, Núñez de Arce, Gamboa, Goethe, Zola, Gabriela Mistral, Byron, Blasco Ibáñez y Eurípides. Sus instructivas obras no tienen nada de raras; y son, por ello mismo, joyas de la literatura universal con que todo el mundo puede, si insiste en ello, adornar su sala.

Pero la Muerte, lo sabéis ya por Holbein, por Icaza y por Jorge Manrique, no distingue papas, emperadores ni prelados, a quienes trata, comunista, como a los pobres pastores de ganados; mal podía pararse en minucias de cotización libresca. Visita pues y se lleva consigo al feliz poseedor de una biblioteca de primeras ediciones, de numerados con autógrafos, de incunables, de raros, de agotados, de grandes papeles. Este señor había adquirido verdaderas gangas porque siempre leía en los diarios las esquelas fúnebres y ocurría a saquear por unos cuantos pesos a las inocentes viudas de los bibliófilos. Él, por su parte, no pensaba morirse; y su viuda personal, que detestaba aquellos librotes que abrían sus fauces ante las indiferentes de su marido, se deshace de ellos exactamente por la misma cantidad, ahora en junto, que había ido pagando obra por obra el desaparecido; ella ignoraba que entre todo aquello fueran tres ejemplares de la *Escala espiritual* de San Juan Clímaco por los que recibió dos pesos, por los que su marido había pagado dos pesos a una viuda previa de quien, como él mismo y como el nuevo afortunado mortal, estimaba en miles de pesos aquellos vejestorios. Y la historia ha de repetirse infinitamente; y libreros, bibliografías y catálogos alimentarán la heroica y lamentable ilusión del coleccionista, atribuyendo a sus adquisiciones un valor cada vez más extremado. Pero la muerte justiciera, por medio de las viudas, ha de fijar el verdadero valor —dos pesos— de los incunables.

Es ya tiempo de dar alguna aplicación a la enorme cantidad de libros que, por una débil razón —recuerdos de familia—, guarda la humanidad en el terreno baldío de las bibliotecas públicas y en el antiestético adorno de las privadas. Todo lo otro se pierde, no vuelve a usarlo

nadie, se transforma, desaparece. Así el abrigo de papá, de que salen los de los chicos y con cuyos despojos se pulirán años más tarde los pisos; así la lata de sardinas en que la cocinera ha de guarecer las especias; así las cortezas de pan que nos serán devueltas en croquetas. ¿Por qué ha de ser el libro el último enser inalterable? Francia —no podía ser de otra manera— nos ofrece una solución. En el *Chien qui Saute*, 15, Avenida de la Ópera, París, se expenden libros cuyos conceptos han sido reemplazados por bombones. Es muy sencillo implantar esta industria, que ofrece insospechadas posibilidades al contrabando, de una parte, y a la broma cordial de las sorpresas, de otra. Consiste en horadar los libros arrancándoles precisamente aquello que, por estar impreso, no presta utilidad. Se dejan unas 20 páginas al principio de la obra; se cala el resto con una sierra hasta la guarda posterior, en que se pega la última página, y se une interiormente el marco que deja los márgenes. La ilusión de que el libro está intacto es completa; quien lo reciba seguirá creyéndolo hasta la página 20, al volver la cual encuentra, lleno de regocijo por la ingeniosa forma en que lo habéis sorprendido, los dulces, los cigarrillos o el perfume con que le obsequiáis. No encontrará palabras con qué agradecer bastante vuestro talento, él que temía que aquello fuese un libro de veras. Y podrá seguir utilizando la caja para hacer llegar una lima a algún pariente suyo que se halle en la cárcel, un poco de *whiskey* a un amigo norteamericano, o bien para ocultar sus joyas; pues ningún carcelero, empleado de aduanas o ladrón será tan anticuado que se interese por hojearlo.

LITERATURA DEL PUEBLO

CAUSA extrañeza no encontrar, en las escasas historias de la literatura mexicana, capítulo alguno que se consagre a estudiar la producción popular nuestra, siquiera con aquel tibio empeño que se pone en dotarnos de un pasado brillante, en los otros aspectos de nuestra literatura. Ni aquel Ticknor-Amador-de-los-Ríos doméstico que nos fue don Francisco Pimentel en su gruesa y gorda *Historia crítica de la poesía en México,* ni don José María Vigil, en los fragmentos de la suya, que la muerte le sorprendió en trance de imprimir y que dejó, para siempre, en capillas que se acumulan y empolvan en la Biblioteca Nacional; ni Julio Jiménez Rueda, en su esforzado compendio; ni Carlos González Peña en su más nutrido volumen; ni un doctor don Miguel Galindo, que echó también su cuarto a espadas en resumir a Pimentel con una *Historia de la literatura mexicana;* ninguno de ellos ha concedido siquiera la importancia de una leve mención a los “corridos” que el pueblo canta y lee. Quizá es el Doctor Atl quien primero les concede importancia al dedicarles un apresurado capítulo en el tomo segundo de sus *Artes populares en México*, 1922; hace en él apreciaciones generales y entusiastas, los sitúa en una rama genealógica de la literatura popular, árbol de que son las demás hojas, las mañanitas, los despedimientos y los ejemplos, y, tras de poner algunas muestras no nada probatorias ni ejemplares, ocúpase en reproducir sus grabados y en loar a las casas editoras de Vanegas Arroyo y Guerrero, que las emiten.

Acaso no se ha advertido muy claramente que el entronque tradicional español que tienen los corridos es garantía de la pureza de su expresión y, consecuentemente, de su importancia; del interés de su estudio, si equivalen a los romances españoles, para encontrar en ellos, como

en aquéllos guárdase intacta, la esencia del alma popular, su *pathos*, su *ethos*, mejor que en producción culta alguna. Alberto M. Espinosa, desde California, estudia y compila un *Romancero nuevomexicano* (1915), como J. Vicuña Cifuentes recoge, de la tradición oral chilena, *Romances populares y vulgares* (1912); en la Argentina, Ciro Bayo publica un *Romancerillo del Plata* (Madrid, 1913) y estudia antes (1906) los *Cantos populares americanos;* J. M. Chacón y Calvo y Carlos A. Castellanos estudian los *Romances tradicionales* en Cuba y el *Tema de Delgadina* en el folklore de Santiago de Cuba, y Pedro Henríquez Ureña señala algunos en *Cuba Contemporánea* (1913), y otros, de Puerto Rico, en el *Journal of American Folklore* (1920). En todas partes, como se ve, de América los estudiosos se han sentido atraídos por seguir, siquiera, el rastro de los romances populares en su forma actual, hasta hallarles la fuente de tradición original española. En México, que yo sepa, no se han dado sino dos casos: Antonio Castro Leal, probablemente a sugestión de Pedro Henríquez Ureña, publicó en 1914 un artículo intitulado "Dos romances tradicionales" en *Cuba Contemporánea* (noviembre) y en él recoge versiones mexicanas de algunos españoles. Y don Victoriano Salado Álvarez habla "Sobre la poesía popular americana" en *La Unión Hispanoamericana* de Madrid, enero de 1920.

En el tomo segundo del *Homenaje a Menéndez Pidal* (1925), publica P. Henríquez Ureña hasta 16 romances tradicionales que han dejado en México vigorosa descendencia. Una vez adoptada la grácil forma del octosílabo castellano para la expresión popular, los "corridos" se multiplicaron de tal suerte, que hoy sería casi imposible agotar su estudio. Pero si la forma del romance se alteró levemente, acaso porque fatigaba el sutil oído mexicano la invariable asonante del romance español, que prefirió fragmentar en cuartetas, realizando así un feliz matrimonio con redondillas y coplas, la esencia de la actitud espiritual no ha sufrido alteración alguna en su pureza. Sigue el pueblo de México ensalzando a sus héroes actuales, conmoviéndose con los crímenes extraordinarios, admirando milagros, celebrando triunfos, riendo acaecimientos, deplorando tragedias, loando virtudes. Y porque en la narración de hechos ajenos pone el poeta primitivo todo su lirismo, que no lo es dado rendir subjetivamente sino en estados ulteriores y posteriores de cultura, puédese hallar en estos corridos nuestros el carácter mexicano, y el alma nuestra, y todo aquello que se ha buscado inútilmente, por otros rumbos, y en ellos hállase también el alimento espiritual de nuestro pueblo, el único de que puede gustar, porque es él mismo. Bien lo sabía Guillermo Prieto, que intentó, y lo logró pasajeramente, devenir el poeta del pueblo al narrarle, en romances, nuestras luchas de Independencia y de Reforma. Quizá lo presintieron también quienes reunieron, en 1910, romances falsamente populares que don Victoriano Agüeros metió en dos apretados tomos de sus horrendas y erratabundas ediciones. Es reciente la moda, entre algunos escritores que pretenden llegar al pueblo, dirigirlo, influir en él, de usar del papel de colores y de las cuartetas para expresar, en forma sedicente popular, revolucinaria, su programa y su credo. Pero ni el pueblo recuerda ya los romances de Guillermo Prieto ni acoge como suya poesía cuyo diáfano engaño percibe su aguzada intuición. El pueblo parece demasiado seguro de su propia poesía y no solicita, ni admite innovaciones en su esencia ni en su forma. Lo que haya, lo que vaya habiendo de nuevo, de mexicano, de intrínseco y de puramente popular en los nuevos corridos, ya se produzcan ante nuevos fenómenos, ya sean transformaciones o evoluciones de los temas tradicionales —ellos también puros—, que España nos envió en los

labios de aquellos hijos suyos que se unieron a los de nuestras mujeres en el beso fecundo de nuestra nueva raza, para el juego de nuestros niños, para la velada de nuestros ancianos, para el descanso de nuestros pastores y campesinos, eso nuevo, el nuevo matiz de nuestra verdadera nacionalidad, de nuestra ética y de nuestro sentimiento, lo irá poniendo el pueblo mismo, sin que nadie se lo indique, en los corridos que escucha extasiado.

Baste en comprobación, examinar cualquiera de los múltiples corridos que comentan las hazañas revolucionarias de Benito Canales, de Francisco Villa, de Emiliano Zapata. El pueblo no concibe en su héroe más finalidades intrínsecas que las que a él mismo le llevarían, llegando el caso, a repetir sus empeños; ni, llegada la hora de la muerte, otros pensamientos que los que en trance igual ocuparían su mente. Zapata piensa, al morir, en las torres de Morelos, en las de Tlanepantla, en Jojutla y sus arrozales "donde no tiré una bala". Dice adiós a su señora madre, a "todos" sus chamacos, a todos sus amigos, a quienes encarga sus muchachos y les dice:

Saquen todo mi dinero
que dejé bien enterrado;
búsquenlo cerro por cerro,
no se lo lleve un malvado.
Tenía casa de moneda
en una cueva allá arriba.
Y allí dejé mucha plata
para mi madre querida.

La madre, los hijos: el bienestar doméstico, base de todos los demás, y la declaración de guerra:

Pero llevo un orgullito:
que yo a nadie respeté,
sólo a mi Dios infinito,
a ese nunca le falté.

O bien examinemos un corrido, el de doña Elena, que tiene un arranque tradicional, por más que Henríquez Ureña lo considere (H., II, p. 375), "enteramente mexicano". Declaración extraña si se tiene en cuenta que el romance de Blanca Niña (M. P., Ant. VIII, p. 252), ofrece el mismo fondo, y que no es otro que el romance de la amiga de Bernal Francés, que Menéndez Pidal incluye, en seguida del de la linda Alba (Blanca Niña), en su *Flor nueva de romances viejos* (p. 151: romances de venganza). En el romance, Catalina aguarda, en ausencia de su marido, a su amante Bernal Francés. Llaman a su puerta; el marido se finge el amante; viene de matar al *Francés,* y al convencerse de la infidelidad de su esposa le da muerte. En el corrido, doña Elena es seducida, casi a la fuerza, por don Fernando *el Francés,* que ha venido a combatir a los chinacos.

Doña Elena se hizo fuerte,
pero al fin correspondió

porque era un hombre temible
don Fernando, y se perdió.

Benito, el marido, toma la venganza del romance tradicional, sustituyendo al *Francés*, fingiendo su voz. Pero la construcción, el ambiente, los personajes, son puramente mexicanos ya. Aparecen los hijos: no es el honor mancillado, es el hogar destruido, tragedia aún más honda:

Toma, criada, estas criaturas;
se las llevas a mis padres,
y si preguntan de Elena
les dices que nada sabes.

CONTRA LAS FÁBULAS LITERARIAS

¿QUIÉN de los que pasamos ya de los 20 no aprendió en sus años mozos, de memoria, la "moral", la "prudencia" y las "buenas costumbres" en las fábulas de don Tomás de Iriarte y de don Félix María Samaniego? Si andáis de recuerdos, os vendrá en seguida a la mente su pegajosa musiquilla octosilábica y veréis desfilar a la zorra y las altas uvas inaccesibles, el cuervo que soltó su queso, a la raposa, el perro de las dos tortas, el ratón de los campos y el de la ciudad, la mona que abandona su empresa, la tela de araña y la oruga, la cigarra y la hormiga, la lechera ambiciosa, el mutuo convite de la cigüeña y de la zorra y aun las dos mil —exactamente— moscas que acuden a un panal de riquísima miel. El triste acaecimiento de un chico que recibe, por un "karma" inmediato y en forma de coces, el elaborado castigo a su travesura de molestar a un gato que cabalga a la mula (la Carambola),[1] os hará recordar que debéis temer un mal siempre que hagáis otro. Y el burro flautista os enseñará a desconfiar de las casualidades felices.

Nuestros padres estaban firmemente convencidos de la excelencia de las doctrinas morales que predican las fábulas, y además las hallaban perfectas como obras literarias. Venían de Europa, alta señal de su calidad, y no sólo de Europa, sino de Francia. Allá las había escrito un señor La Fontaine, que debía de ser un genio y saber griego, pues se inspiraba en Esopo, y en España lo imitaban y lo traducían los más distinguidos literatos… Pero nuestros padres se hallaban asimismo convencidos de lo bueno de muchas cosas que hoy hemos decidido combatir por malas. ¿Serán las "fábulas" literarias una de estas cosas cuya calidad ha cambiado con el tiempo en la opinión humana? Examinémoslas brevemente.

El apólogo nace en la India. El credo de la transfiguración y de la reencarnación explica suficientemente la atribución de cualidades humanas a los animales, y el apólogo "habla por parábolas". El Panchatantra, la colección más antigua de ellos, pasa a Europa, aumentado y vertido a lenguas diversas y sucesivas en la Edad Media. El sabio Alfonso X hace traducir al español el *Calila y Dimna* en 1251 y se deleita con los "Isopetes" (Esopos), historiados que recorren triunfalmente la sombría Europa medieval. El paso está dado. La novelística oriental,

con su forma peculiar de narrar muchos "ejemplos" que son historias aisladas a las que une una débil relación dentro de una historia mayor *(Las mil noches y una noche* son la muestra más conocida, aunque no la más antigua), triunfará por el resto del Medievo, como *fabliau* en Francia, como enxiemplo en España, y aun perdurará entre los precursores del Renacimiento, como en Boccaccio. El Renacimiento la abandona y el Siglo de Oro español la ignora. Maduro ya para subsistir por sí solo y emplearse en más altos objetos, el lenguaje, que se había ejercitado inseguro en obras útiles sin belleza, abandona en la literatura el giro didáctico y canta, ebrio del placer mismo de su canto sin objeto. Ya no enseña nada la poesía: conmueve, sin tratar de convencer, tarea que le abandona a la ciencia. Si es alguna vez didáctico el teatro de Lope o el de Calderón, es cuando enseña a rebelarse contra las tiranías *(Fuente Ovejuna, El alcalde de Zalamea).*

Pero llega el siglo XVIII y con él la decadencia del arte. Domina Francia; impone sus modas, sus costumbres y su literatura. Tiene y aplica sus pesas y sus medidas a toda obra. Identifica la belleza con la verdad y, por lo tanto, el ideal humano con la buena digestión.

Se regresa a la fábula, mas no ya por necesidad artística, sino con la mira de lograr, por su influjo, la estricta nivelación burguesa de las costumbres. Se siguen tomando a Fedro y a Esopo los ejemplos: ¡pero qué torcida y diferente interpretación se les da! Veamos un ejemplo cualquiera conocido: la lechera. Según la conocemos "lleva en la cabeza un cántaro al mercado con aquel desenfado, aquel aire sencillo, aquel agrado que va diciendo a todo el que lo advierte: ¡yo sí que estoy contenta con mi suerte!" Pero de pronto se pone a soñar y se le rompe el cántaro, base de sus lucubraciones financieras. Este mismo ejemplo lo hallamos en muchos libros anteriores. Lope de Rueda escribe con él el regocijante paso de las Aceitunas. Los padres de una inocente chica la zurran porque no da traza de saber vender bien unas aceitunas que acaban de sembrar,[2] en el *Conde Lucanor* se llama doña Truhana (siglo XIV), y la fantasía especulativa pertenece al sexo feo en *Las mil y una noches* (el alfarero ambicioso que rompe su única loza de un puntapié que, distraído, cree dar a un mendigo), y en el *Calila y Dimna*. Esta primera versión es la que nos interesa comparar con la lechera. Se llama "El religioso que vertió la miel y la manteca sobre su cabeza". Un monje, en vez de comerse la limosna que le dan, la guarda en un cántaro que cuelga sobre su lecho. Un día, en su avaricia, empieza a hacer cuentas y proyectos. El último es alzar arrogantemente la cabeza, como lo hace con lo consiguiente al romper la arcilla en que todo lo guardaba.

En el fondo, como se ve, es la misma ficción. Pero mientras en las versiones anteriores a La Fontaine y a Iriarte y Samaniego la enseñanza en último análisis es el combatir la avaricia (en el monje), nos da pena la pobre lechera de los poetas del XVIII, y encontramos injusto el castigo a su inocente fantasía. La interpretación, al variar la situación psicológica de los personajes, se ha vuelto de una moralidad hosca y mezquina. No odiamos a la lechera como al monje, sino al destino, aunque el fabulista pretenda lo contrario. ¿Puede darse historias de venganza más ruin que la del mutuo convite de la zorra y de la cigüeña en que aquélla le ofrece "jigote claro sobre chata frente" y este "jigote" es una jarra larga en que ella sola podía meter el pico? ¿Puede esto enseñar a los niños a otra cosa que a ser vengativos, astutos y perversos?

El *mot d'ordre* de los fabulistas parece ser el "más vale maña que fuerza". ¡Pero qué mañas nos enseñan! La hipocresía, la segunda intención oculta, la lisonja… y todo ello a costa de los pobres animales, ensenándonos a odiar a la zorra, a admirar a la hormiga, a burlarnos

del burro, a despreciar a la cigarra, soprano sin contrata…

¿Y el genio? ¿Las abejas y las hormigas serán nuestros eternos modelos? ¿Por qué no ha de tocar la flauta el burro una que otra vez? Más de un santo y más de un grande artista no han hecho otra cosa. ¿Por qué no ha de soltar un miserable queso el cuervo, si en vez de comer quiere cantar? Yo aseguro que no le ha importado la pérdida, y en vez de celebrar con el fabulista la hazaña de la zorra, siento por ella un infinito desprecio.

En cuanto a pedir a las fábulas la creación o el fomento de un impulso de libertad en los niños, no hay esperanza. Baste citar el ejemplo del cascabel y el gato, odiosa muestra de cobardía. Los ladrones han decidido librarse del tirano atándole un cascabel al cuello para percatarse de su proximidad. Pero, llegado el momento, ninguno se atreve a la hazaña y la tiranía se eterniza. Es por demás insistir en el carácter imperialista y conservador que alienta en esta fábula y que tan mal se compadece con nuestras modernas ideas. Citaré un último ejemplo, al cual anima el mismo espíritu conservador muy propio del siglo en que se le tomó del Arcipreste: las ranas pidiendo rey. No les gusta la débil mano del primero que las gobierna (una viga de lagar en el Arcipreste), pero cuando una cigüeña se las come una a una, como cualquier dictador, ya no se atreven a intentar otro gobierno.

SALVADOR ESTABA INMÓVIL

MUCHAS circunstancias nos han hecho olvidar hasta el punto de la ignorancia a *Facundo*. Crónicas ocasionadas y pintorescas dan a nuestra generación noticia de que José T. de Cuéllar escribió una serie de novelas que en vez de *Á la Recherche du Temps Perdu* se llaman *La linterna mágica,* y aprendemos en las historias de la literatura mexicana que “se caracteriza su autor por una vívida y exacta pintura de tipos y caracteres nacionales”. Los pollos, los mariditos, las jamonas… ¿Un Balzac mexicano? Mejor sería un Proust de 1871, dotado del mismo excelente sentido de la observación a quien faltaran tiempo y recursos para cultivarse debidamente, hombre de letras mexicano —si semejante animal ha existido nunca en el verdadero sentido de la palabra— que, como todos los demás, robara a las múltiples actividades de sus sucesivos y obligados oficios de fotógrafo, de actor en pequeño, de empleado público, de miembro activo de La Causa o de lo que por ella se entiende, un tiempo que su vocación y sus naturales aptitudes habrían demandado urgentemente que se dedicara íntegro a escribir y a pulirse. Un Proust cuyos *affaires Dreyfus* hubieran sido la invasión del 47 que le encuentra en el Colegio Militar, entre los Niños Héroes, o las acusaciones a don Benito Juárez, y que si bien no conoció a princesa alguna, asistía en cambio a las comidas de los Verdurin, escudriñaba en sus almas, gustó de sus platillos, nos describe minuciosamente sus trajes, sus bailes, su muebles.

No pretendo insistir en la comprobación de este forzado paralelo entre Cuéllar y Proust. Digo tan sólo que ningún otro libro, si no son estos olvidados de Facundo, que los coleccionistas adquieren para no leerlos, me ha producido el extraordinario fenómeno de evocar en mi espíritu tipos y situaciones que no conocí, pero cuya continuidad, evolución y permanencia en nuestra vida nacional me ha hecho advertir su lectura con mayor precisión que

los burdos cuadros de Prieto, que los llorones cromos de Ángel de Campo o que los soporíferos productos del desvelado *Pensador Mexicano*. Un prejuicio apenas disimulado, político, en Fidel, de casa de cuna en Micrós, de conmovedora pobreza intelectual y material en Lizardi, condenaron sus obras a un éxito inmediato, pero fijo en el tiempo, y para comprender el cual nos sería precisa la imposible aventura de volver a nacer en el suyo. El "plan que ellos peleaban" —y he aquí el premio y el castigo de pelear por plan alguno en literatura—, ha obtenido el triunfo, si bien no se les debe, y en virtud de que los franceses no nos invaden ya, de un cuerpo competente y numeroso de policías diseminados por la ciudad, del bajo precio del jabón, del auge de la Cafiaspirina, la obra de Lizardi, Fidel y Micrós ha perdido inmediatamente aquella grande parte de su mérito que su imprevisión hizo residir en la pintura y discusión de exterioridades.

Facundo no logra evitar tal cual observación personal a lo que va pintando, un leve comentario, una exclamación, un paréntesis. Fiel a la tradición complaciente con los "señores escritores" que adquirían los pliegos sueltos de Cumplido, con sus amables capitulares góticas, con sus láminas sueltas de Villasana, con su pauta para la colocación de las estampas, suele llevar con extremada frecuencia a sus personajes hacia un desenlace que no siempre aprueba nuestro gusto, y que casi nunca ratifica nuestra experiencia. Bien pueden pasarse por alto, como de hecho se olvidan pronto, sus finales, en gracia de las perdurables figuras de su *Linterna…* cuyos trajes y paramentos no ahogan ni marchitan una personalidad que hoy mismo no hace sino ataviarse de manera correspondiente, sin dejar de ser por ello las mismas gentes, de obrar de idéntica manera, de llevar adelante los mismos móviles y de observar en todo prácticas iguales.

Oigamos a Sánchez. Sánchez, personaje principal en *Las jamonas*, político, liberal, empleado influyente en el gobierno, ha sido invitado por unos ricos, Carlos y Chona, a una cena en la cual los anfitriones piensan ganar su apoyo para un negocio que les importa.

> Sánchez ansiaba porque llegara la hora de los brindis porque en esta materia se creía fuerte, supuesto que en el Tívoli había hecho tan repetidos ensayos que, por otra parte, le habían valido la reputación de exaltado patriota… Reinó el silencio… Señores, dijo: he tenido el honor de ser invitado a esta distinguida fiesta de familia en la que me ha parecido que es de mi deber manifestar a las personas de distinción que me escuchan, que los deseos más ardientes de mi corazón… (Sánchez, que había tropezado en este momento con la mirada de un señor, sintió que se le había ido la idea, se le olvidó completamente lo que iba a decir, pero continuó:) Porque, señores, el engrandecimiento de la sociedad depende… esencialmente de… la unión sincera sin distinción… de colores políticos y sin pasión, sin prevención y del respeto debido a la opinión… (Sánchez notó que el consonante "on" le había hecho un flaco servicio a su literatura, y doblemente mortificado continuó:) Porque yo respeto, señores, las creencias y no exijo que todos los hombres piensen de la misma manera: los destinos de la nación están marcados en el cuadrante del destino… (Esto del cuadrante del destino lo había aprendido Sánchez de un diputado.) Porque repito, señores, que no riñe la cortesía y la buena sociedad con la idea política ni con la cosa pública ¡y así! (exclamó más recio creyendo haber hallado un eslabón para preparar el final)… Y así repito, señores, que estando unidos los mexicanos sin la pasión y sin las distinciones odiosas… ¡Para la prosperidad y engrandecimiento de la patria! (dijo de repente, con el acento propio de una de esas conclusiones lógicas y contundentes, y apuró la copa).

Sigamos a Amalia, *la Chata* y Ricardo, que abordan un coche y salen de la ciudad, lejos, al Tívoli del Elíseo. Van a comer y Ricardo ordena al criado que les traiga: huevos a la polaca, pollo a la Marengo, mondongo a la leonesa, *petit poison (sic)* a la *crème*, jamón York, Luzañas al Málaga y Sauterne, *haut Sauterne*. Amalia tenía descubierto un pedacito de garganta. Hemos aprendido antes que, cuando Amalia bailaba danzas, asomaban sus pies,

calzados por Grau, como dos pichoncitos que picotearan las flores de la alfombra. Usa “esos cinco centímetros sobre los cuales las mujeres andan hoy tratando de que las admire la gente”, y es ducha como nadie en inclinarse para dar aire al *puff*. Amalia, jamona, comparte con Aristeo, con Felipita, con su amiga *la Chata*, la vida de relativa opulencia y de admiración hacia las dotes políticas de Sánchez que éste les ofrece en una de sus dos casas, porque en la otra guarda al demonio verde de una extranjera, cuyo usufructo le significa la erogación de 300 pesos mensuales. Amalia tiene pájaros, pescados y macetas y además un perrito blanco como una greña de algodón; es un perrito “monísimo”. Pero Sánchez olvida a Amalia, que a su vez huye a Tacubaya en un tren con Ricardo. En tanto, Chona es culpable de adulterio. Chona es la esposa de Carlos, el rico español, y Carlos tiene un amigo apuesto que ha vivido en París y que se llama Salvador; éste es el Salvador con quien Chona se pierde, el Salvador que estaba inmóvil en la lámina de las jamonas, y cuya contemplación me ha inducido a trazar estas líneas para invitar al lector a un regreso a Facundo. Si a la observación desapasionada, “sin la pasión y sin las distinciones odiosas”, como aconseja Sánchez, de la gente que nos rodea, sigue en las noches la lectura de *La linterna mágica*, puedo asegurar a quien emprenda ambas cosas un goce auténtico en la comparación.

EL ARTE DE LA FOTOGRAFÍA

SEÑORAS, señores:

Para presentar a ustedes la exposición de fotografías que hoy inauguramos, no creo precisamente indispensable relataros la historia de la cámara oscura. Por inveterada costumbre me es imposible, sin embargo, ante ningún fenómeno humano, prescindir de pensar en sus orígenes primeros. Me parece siempre necesario, al encontrar a una persona, examinar, conocer, si es posible, sus antecedentes, a fin de que afiancemos una amistad cuyas futuras posibilidades negativas o fructuosas residen ya un poco en estos antecedentes. Pero es el caso, en el de la fotografía, que yo he olvidado, si lo supe bien nunca, todo el largo proceso técnico que va, supongo, desde el daguerrotipo hasta las películas que hablan solas. Comprendo, empero, que tanto aquella perpetuación amable de nuestros mejores parientes con su traje nuevo, en el álbum que hay en la sala de toda familia que se estime, como la voz y la figura magníficas de Greta Garbo, llegan a nosotros, a través del tiempo y de la distancia, en virtud de una serie de engaños de que nos hacen víctimas, primero, los hombres de ciencia, y en seguida, los técnicos. Nosotros, simplemente, nos admiramos de los resultados y llevamos una altanería discutiblemente legítima hasta exigir cada vez más enérgicamente la perfección a trueque de la credulidad. Se me ha escapado, os aseguro que inconscientemente, la palabra perfección. ¿Sería exagerado comentar, ya que de eso se trata, que la máquina en que escribo estas líneas le ha tomado una instantánea a mi subconsciente? Una instantánea que revela —y he aquí otra perfecta voz del dominio de la fotografía— que tengo prisa por llegar a deciros que en la perfección de su fidelísima reproducción de cuanto enfoca reside el desprecio en que los críticos de arte tienen como instrumento artístico a la cámara oscura, y como arte al de la fotografía.

En el Renacimiento clásico, lo sabéis todos, el arte se hallaba condicionado por la demanda absolutamente comercial de sus patrones. Más que un renacimiento, esta resurrección de un credo ya bien muerto, y sobre cuyo marmóreo sepulcro se había plantado una cruz que nada tenía que ver con el difunto, volvió sus ojos a la reproducción fiel y halagüeña del diario espectáculo de la naturaleza, en cuanto el arte podía llevar adelante el yugo de estimular las emociones de esta vida perecedera; la emoción estética era un asunto secundario. Si hemos de entender la increíble popularidad de las mujeres del Tiziano y del Veronés, tomemos nota de lo agradable que sería darles un beso y de lo dispuestas que parecen estar a recibirlo y devolverlo con rédito. Se ensalzaban los sentidos humanos. El paisaje mismo parecía inconcebible sin figuras. Un cuadro del Renacimiento tenía por fin decir precisamente aquellas cosas que el comprador, el mecenas o el *pagano,* y esta vez sí está bien empleada la gráfica palabra, gustaría de escuchar. Claro que cuanto tuvieran que decir los pintores italianos del Renacimiento, lo dirían en la gran manera que les es peculiar, como le es peculiar a la época misma. Hagamos, parecen haberse dicho, que todas las figuras sugieran la emoción apropiada por medio del gesto adecuado, por medio del gesto consagrado por la gran tradición. Miembros extendidos; miradas de amor, de odio, de envidia, de miedo y de horror, ojos bajos o en éxtasis, manos extendidas en desesperación. Y cuando pintemos para los negociantes-poetas, prestemos a la naturaleza humanidad suficiente para hacerla interesante. ¿Mi señor es lascivo? Correggio le dará un fondo satisfactorio. ¿Mi señor es majestuoso? Miguel Ángel ha de decirle que el hombre es, en verdad, un noble animal cuyos músculos funcionan heroicamente como la cuerda de un reloj.

De suerte que el embellecido retrato del señor y de la señora y del niño, modelos y mecenas, gente, sin embargo, perecedera en la realidad de su existencia, proporcionaron, con una belleza que hoy llamaríamos fotogénica, rumbos al arte de la pintura. Retornados al polvo original, nuestros ojos no tienen el compromiso económico de admirarlos, y como la vida no nos deja tiempo para la biografía, no advertimos que tal virgen, que tal Moisés, que tal otro arcángel fueron otras tantas personas cuyas facciones favoreció un tanto el retratista. Guardamos en el espíritu, de todos aquéllos, los cuadros que nos han procurado el éxtasis, la emoción estética que no puede referirse al tiempo. La copia, la reproducción, fueron de todos modos auxiliar poderosísimo en los principios de la creación artística, que ya es otra cosa, pero que es involuntaria porque es creación. Por mucho tiempo después, y siempre en vista de los buenos modelos renacentistas, la pintura no hizo otra cosa que reproducirlos.

Si hubiéramos de definir a un naturalista, ¿qué epitafio le cuadraría mejor que el decir de él que es un hombre con vocación científica que se dedica al arte? Los primeros fotógrafos, como los primeros pintores, pero más fácil, más avisada, más científicamente dueños de una máquina que el progreso puso en sus manos como un progreso relativamente igual dio al pintor pinceles superiores a la piedra con que el hombre de las cavernas dejara en ellas huella gráfica de su paso y de su horror por los bisontes, que es tan antiguo, persiguió el viejo objetivo del arte: reproducir y embellecer la naturaleza. Su máquina y la democracia, circunstancias complementarias, le permitieron ofrecer simultáneamente a toda la población sendos comprobantes de su existencia y de su belleza, por medias docenas. El primer traje de pantalón largo, el matrimonio, la primera comunión, el día de campo y otros sucesos dignos de recordación, alcanzaron, por virtud del fotógrafo, la vida perdurable. Y como la pintura, la

fotografía brindaba el excelente recurso del retoque para achicar la boca y para agrandar los ojos o enderezarlos, si tal era el caso. Y los paisajes con sol sobre el agua, y los árboles sobre las casas ¿no se aprecian, no se reconocen mejor en una fotografía que en una pintura?

He aquí el arte —el mal arte— vencido por la ciencia: vencido porque se le ha quitado la máscara. Pero el arte medita en su derrota y toma otros rumbos, los que no debió abandonar nunca. Se vuelve a los primitivos, y puesto que ese humilde oficio de la fotografía va a encargarse, desde hoy, con mayor perfección y menor esfuerzo, de lo que antes constituía la dedicación especial del arte, éste se vuelve hacia la creación. Un hábito de siglos no se arranca tan fácilmente del cerebro de las personas. La gente se asusta con Cézanne, y a pesar de las cucharadas de azúcar y agua de Melisa, no logra todavía reponerse. ¿Y cómo va a hacerlo, cómo ha de reconciliarse con unos artistas que ya no le recuerdan nada?, ¿con gente que inventa, según la feliz vulgar expresión, que crea, si la naturaleza es inimitable y perfecta? La gente gestiona y obtiene su divorcio del arte nuevo, del arte eterno. Se queda con la fotografía y con la pintura fotográfica. Y si le hablamos de cubismo, nos contestará una inconsecuencia.

He aquí a nuestra pobre fotografía relegada al último rincón del valor artístico. Como un traje sucio, recoge humildemente la misión que ha dejado la pintura, y se la viste. Pero, criatura nueva, se marcha alegremente por los caminos, va a las excursiones, se ejercita, curiosea. Es la hija pródiga del arte; ha nacido y se ha desarrollado, máquina ella misma, en la edad de los instrumentos mecánicos. Pero, exiliada y todo, sigue con sus propios recursos los pasos que ahora da su madre cruel. Y si la pintura ha dejado de copiar, ¿no podrá la fotografía intentar la creación por su cuenta?, ¿no podrá llegar a producir un conjunto de líneas, de formas significativas relacionadas de un modo tal que al propio tiempo que no nos recuerden nada visto nos susciten, sin embargo, la emoción estética? Y en cuanto al cubismo, si éste sueña con plasmar el movimiento, todos los instantes posibles de una escena o de un personaje, y lo intenta por medio de un estéril y oscuro artificio, ¿no podrá la hija realizar este ensueño de la madre, con el cinematógrafo?

No veo que sea razón muy sólida para desterrar a la fotografía de la infinita república del arte, el que se logre con una máquina que ahorra esfuerzo, como si el trabajo material, teoría de las activas y monótonas abejas, fuera el único pasaporte del gusto. Parece olvidarse que si no hay, como pensaba un lamentable inglés, una oposición absoluta entre lo artístico y lo útil, sí se encuentra en la infancia de todo arte, etapa última de sublimación del instinto, el primario y universal instinto de la conservación, que entre sus más sofisticados aspectos ofrece el de lograr, por medio de un esfuerzo intelectual máximo, un posterior mínimo esfuerzo material, que brinda todas las demás posibilidades al éxtasis. Tal es el caso, entre mil, de los rascacielos.

Pienso que es tan legítimo el suscitar una emoción estética por medio de los pinceles como de la Kodak, porque esta emoción depende, no de los materiales, sino del gusto. Y este gusto, en el que se rompen géneros, toda clase de géneros y de especies, no quiere ni ha querido nunca sujetarse a recetas de cocina. Lo mismo se complace ante una porcelana china que ante un ídolo mexicano; igual ante el escriba sentado que bajo la música inefable y callada de las guitarras de Picasso. Y aun, ocasionalmente, suele todavía extasiarse ante la naturaleza.

Todo oficio tiene inherentes, como lo quiere el Código del Trabajo, sus riesgos

profesionales. La fotografía corre los suyos, pero no son mayores ni diferentes de aquellos a que se halla sujeta la pintura, y aun parece que sabe sortearlos mejor, o que la catástrofe que ocasionen no pase de una placa más que haya que hacer añicos: me refiero a lo que podríamos llamar "la emoción indirecta" que el arte ha estado casi siempre tan dispuesto a excitar: ejemplo literario: Victor Hugo; otro: Zola; ejemplo pictórico: *El doctor*, ese cuadro que todos conocéis, de un pintor de cuyo nombre no puedo acordarme. Ya entendéis lo que quiero significar con el término emoción indirecta. El romanticismo, el naturalismo, le deben sus mayores laureles, laureles comestibles. La exposición descarnada del dolor físico es una cosa emocionante, sin género de duda. Si vemos a una débil mujer sujeta a martirio, a un anciano que sufre o un médico sin esperanza ante el cuerpo exánime de una señora sin vestido, nuestros impulsos serán llamar a la policía, darle una limosna o, cuando menos, conmovernos, quizá hasta las lágrimas. Tal emoción gratificará balsámicamente lo que hemos convenido en llamar, para precisamente estos casos en que se ofrece llamarle de alguna manera, las fibras más delicadas de nuestro corazón. ¿Pero se tratará de una emoción estética pura, es decir, desinteresada y ultrahumana? Seguramente que no. Tales tristes ejemplos los encontramos, con solo quererlo, en la calle; son mucho más desgarradores y, por lo tanto, más perfectos, en la realidad. Parece que el arte pierde lamentablemente su tiempo tratando de imitar una cosa que ya, en su género, no tiene enmienda ni superación posible. Que cuando el arte nos devuelve a la realidad nos ha jugado una mala partida, porque lo que queríamos era precisamente escapar de ella por la puerta encantada del arte. Y que no se lo perdonamos porque además nos parece mucho más fácil, con esos recursos negados a la naturaleza y de que aquél dispone a su antojo, producir otra cosa. He dicho al principio que estamos dispuestos al engaño; a que la realidad se tergiverse en provecho de nuestros más altos sentidos; digámoslo ya: queremos que el artista ilustre la frase de Goethe: que *use lo contrario de la realidad para dar el colmo de la verdad*.

Llegada a su madurez técnica, la fotografía tiene ante sí los dos caminos: la creación o la reproducción; la emoción indirecta o la emoción estética. Entre los más inquietos parisienses de hoy, Man Ray, que no lo es, ilustra las doctrinas del surrealismo sin otra cosa que su genial cámara fotográfica. En manos de millones de jóvenes, la humilde Kodak es deporte y expresión. Junto a miles de retratos de familia —ya ellos mismos más involuntarios, más instantáneos, sin retoque ni pose ni prueba—, ¡cuántos pequeños trozos de arte puro! Puro porque constituye la expresión plástica de quienes, seres humanos todos ellos, no dispusieron de otro medio de sublimación, y fijaron, para sí y sus afines, el instante más selecto de su visión.

Os doy las gracias.

LUJO Y MISERIA DE LA ILUSTRACIÓN[3]

TRES caminos se ofrecen a quien intente en un breve monólogo sobre el libro ilustrado (ilustración él mismo a una inauguración): o procura presentar brevemente la historia de la ilustración desde sus orígenes más remotos, o ciñéndose a lo actual, y en vista de que quien

ahora expone sus dibujos en esta sala es una distinguida ilustradora de libros, ciñe sus palabras a enumerar lo que se ha realizado en Europa en este asunto, de la guerra para acá, o bien, despojado de todo dato que no sea el de su gusto personal, medita un poco sobre el tema abstracto del libro ilustrado. Pues que parten del mismo, no nos asombre que estos tres caminos vuelvan a su punto inicial y que no sea posible ni conveniente recorrerlos en 15 minutos. Básteme desde mí mismo asomarme, todo lo que mi muy menguada vista me lo permita, a ellos, sin decidirme al fin por ninguno, del propio modo que nadie sabe todavía si debemos seguir permitiendo que todos los libros se ilustren.

La ilustración es lujo y miseria. Los manuscritos medievales, ya se trate de libros de coro o de las *Cantigas de Santa María,* del rey Alfonso *el Sabio,* son flor ya lograda y lujosa de un sentido plástico más decorativo que ilustrativo, que en el siglo III de nuestra era toca por igual, en la *Iliada* que se custodia en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, el gusto romano en derrota y un todavía nebuloso arte bizantino. Bien pronto quedaría establecida claramente la diferencia entre miniatura e iluminación que correspondería, una vez inventada la imprenta, a ilustración y tipografía.

Cuando la imprenta nace, y con ella el libro, la ilustración tiene por fuerza que abandonar durante largo tiempo el lujoso ropaje y los colores que le vestía en los manuscritos la miniatura que desciende (¿o es que se purifica?) al grabado en madera. Lo escrito se encuentra desde entonces ante un dilema o, si queréis, en una posibilidad ambivalente: lo numeroso, si no es el dinero, no atrae a los ricos. La imprenta puede hacer, al mismo tiempo que libros en que ofrezca, merced al súbito desarrollo del grabado en metal, una oportunidad más al ejercicio de las facultades de los pintores del Renacimiento, ya sean ellos mismos o terceras personas quienes traduzcan los dibujos de Pollajuolo, Mantegna, Miguel Ángel y Tiziano (sabéis muy bien que Botticelli, ¡sarcasmo horrendo!, ilustró *La divina comedia),* tiradas de pliegos sueltos con narraciones fantásticas y heroicas en verso y en prosa para el deleite popular; y es aquí, prendida a esta rama genuina de la vulgarización por la imprenta, de la producción de mucho para los muchos, en donde encuentro que la ilustración no es ya lujo, sino miseria, en el sentido en que es necesaria para explicar, para aclarar, para atraer. Por ambas rutas, el libro de lujo que ilustran grandes artistas, el pliego o el folleto popular con toscos grabados, corre la ilustración, desde el punto de vista de lo que adorna o de lo que aclara, el gravísimo riesgo de ser más importante que ello.

Alegremente va a cumplir la ilustración su malévolo papel junto a los textos a partir del siglo XVI. En proporción a la salud y al vigor de la producción artística de otro género, florecerá en varias épocas y no habrá resurgimiento pictórico ni grande escuela, durante los últimos cuatro siglos, que no imprima su sello a la ilustración de su periodo convirtiéndola en un medio de verdadera expresión artística. Así los aguafuertistas de los Países Bajos durante el siglo XVII, con Rembrandt a la cabeza, fueron en más de un sentido ilustradores en su selección de asuntos; en Francia, el periodo de Watteau y de Fragonard, dio origen a una escuela de ilustraciones delicadamente grata, exquisita en detalle; en Inglaterra, Hogarth vino a ser el fundador de nuevas modalidades, tanto en pintura como en ilustración, y fue seguido por artistas de genio tan diverso como Reynolds por un lado y Bewick por el otro. El nombre de Bewick, artista y grabador, se asocia en nuestra mente al de su casi contemporáneo William Blake, caso perfecto de gran escritor que, además de las ilustraciones al libro de Job, realiza

las de sus propias profecías.

El siglo XIX nos ofrece la mayor variedad de tendencias, de escuelas y de tentativas en lo que se refiere al libro ilustrado. No parece extraño, ni pensamos en Wagner o en los prerrafaelistas, que a falta de cultivar bien un solo arte se pretenda unirlos a todos como para que se ayuden en una burguesa actitud de hoy por ti y mañana por mí, actitud que florece en la posibilidad de hablar, como lo hace Cocteau en su reciente *Crítica indirecta,* de poetas pintores literarios, literatos pictóricos o pintorescos, pintura pictórica, música musical, música literaria, etc., etc. En este siglo cumple la ilustración, simultáneamente, su misión miserable y su misión lujosa. Cuando no se le necesita, es un lujo en sí misma; cuando parece indispensable, constituye la miseria del escritor.

Parece innecesario aclarar que todos estos conceptos se refieren al libro literario, y que la angustia que la ilustración experimenta en el siglo XIX es, como dicen los freudianos, "una angustia neurótica" de que no podrán librarse sino hasta después de la guerra de 1914. Porque todos los tanteos del oficio de la ilustración fueron excelentes para los otros libros, para los libros de ciencia o de enseñanza infantil. La litografía permitió la edición de no superadas obras de botánica, por ejemplo, que expresan en sus láminas, en lenguaje más claro, la propia verdad científica que el texto que ilustran. El problema se refiere exclusivamente, he de repetirlo, a los libros que no dicen verdades universales o que dejan a cada lector la libertad de verificar su expresión dentro de sí mismo.

Al siglo XIX le debemos muchos recursos materiales y no es el menor la producción de papeles baratos y suficientes a crear rápidamente un extendido público lector que exigiera la reproducción de obras importantes con sus ilustraciones clásicas o con otras nuevas y que planteara otra vez, en forma más apremiante, el dilema del libro selecto o el libro popular que por primera vez se presentó al inventarse la imprenta, pero que ahora se resolvió con la artificial creación de sociedades de bibliófilos egoístas que para su doméstico deleite se mandaban hacer 20 ejemplares de un libro con ilustraciones cuyas piedras se rompían después de la tirada, en tanto que surgía la necesidad de ilustrar breve, rápida, fácilmente, las grandes ediciones populares.

El libro a la rústica es a la encuadernación como el grabado en madera es a la miniatura. Quiero decir que las carátulas ofrecieron, con sus vivos colores y sus figuras exaltadas, el estímulo a la adquisición y el placer de la posesión que provocaban en los bibliófilos refinados las encuadernaciones de cueros, terciopelos y hierros de lustros antes.

Con el libro a la rústica vuelve la ilustración, en carátula y en adornos, a desempeñar su elemental y legítimo papel de anzuelo del gusto. Los vivos *jackets* norteamericanos son, como el papel *glassine* de los franceses, síntomas del espíritu en dos pueblos que tan diversamente entienden la vida y el arte, éste como periodismo sensacional, aquél como depurada finura. Cuando cesó la guerra europea y dio principio la furiosa boga del libro de lujo como valor bursátil permanente, cuando las sociedades de bibliófilos hubieron de cerrarse todavía más a tiempo que nuevos y numerosos editores ofrecían en cada nuevo libro una oportunidad al mismo tiempo restringida en el número y amplia en el comprador con la nueva forma de edición que consiste en tirar sobre diferentes papeles un número creciente de ejemplares a diversos precios, los ilustradores de libros hubieron de plegarse inconscientemente a la exigencia de una edición total que tendría que gustar por igual a quien poseyera el ejemplar

número uno de la edición en papel Imperial del Japón, que a aquel que sólo pudiera adquirir el de Alpha de 15 francos, y el privilegio del bibliófilo caro se limitó al mayor lucimiento que prestaban a las ilustraciones las planchas más cuidadosamente tiradas en su ejemplar, pero las mismas en línea, en forma, que manejaba el lector de la tirada de 10 000 ejemplares.

El ilustrador ya no va a ser el comentador benévolo del libro, porque ahora se le pide la impresión, la sensación viva, rápida, clara y precisa. La ilustración intelectual ha nacido y su personalidad se afirma cada vez más al lado de la del autor, pero independientemente de ella. Recordamos las ilustraciones de antes de la guerra: "Una diligencia aparecería en el horizonte" y vemos el horizonte y la diligencia que aparece; "El cuervo tiene un queso en el pico", y está un cuervo con un queso en el pico. El ilustrador moderno, del mismo modo que el escritor moderno, a partir de Proust en la literatura, a partir de Van Dongen en la pintura, va a tratar de dejar que el lector les dé cuerpo, vestidos, concreción (como si dijéramos casa, comida y ropa limpia), a aquellos personajes de que no tiene obligación de perfilar sino lo invisible, lo impalpable, lo psicológico. Autor e ilustrador habrán de reducirse a proporcionarle al lector el ingrediente y el estímulo de que integre su goce y desde un punto de vista objetivo ya será posible hermanar cosas que parecían tan irreconciliables como la ilustración y el texto, que se sorbían una a la otra en un maligno juego de rivalidades que no hacían sino poner en claro, con su interdependencia fluctuante, su respectiva inferioridad. Al decir esto, pienso en todas las gentes que ya no conciben a *Don Quijote* sino conforme a las láminas de Gustavo Doré, a *Pantagruel* sino conforme lo infantilizó Robida. Por contraste, pienso en la invertebrada ilustración de María Laurencín, cuyas aguafuertes en las *Cartas españolas* de Lacretelle se han evadido completamente del texto; y en Chagall, que nos lleva todavía más adentro de la incoherencia con sus colores suntuosos que evocan las influencias asiáticas y en donde ha sido completamente desterrado lo natural; en la ilustración geométrica de Galanis, Simeón, Laboureur y Gromaire.

Pero he aquí que si volvemos la vista hacia el futuro hallamos que para prepararlo, naciones como la Rusia soviética se han servido de la ilustración desde los carteles incendiarios anteriores al Plan Quinquenal hasta hoy, que con el admirable libro de lectura de Ilin adquiere una función pujante de argumento de tanta o mayor fuerza que el texto mismo. Por este camino la ilustración vuelve a ser la iluminación, pero ya no en el pergamino, sino en el lector y en el hecho a que su atención se dirige. Recuerdo aquel impresionante libro alemán, prohibido en Alemania, que se llama *Guerra a la guerra* y que consiste en una serie de trágicas fotografías contrastadas con el menor texto posible. Ya en él encuentro que para fines de propaganda lo plástico es más directamente, más fuertemente expresivo que lo escrito, como para nuestra edad es menos valioso un discurso que la presencia descarnada de un hecho. El artista ilustrador, el cartelista del libro para el pueblo, hallará su universalidad y la eternidad de su arte en la identificación que logre con el escritor por el arraigo que las ideas que ambos expresan por medios complementarios, de valores iguales y simplemente de técnicas distintas, hallen en el público de transición a que se dirigen.

Trasciende los límites de esta breve, heterogénea plática, otra cosa que señalar a los ilustradores modernos mexicanos, sin dejarnos llevar por la tentación de averiguar el mecanismo de la ilustración de los "corridos", tan moderna por esquizofrénica, tan interesante por su utilización inconsciente de cualquier grabado, venga o no al caso. Todos nuestros

grandes pintores han ilustrado libros sin hacer de ello una dedicación especial. Montenegro publicó en Europa un *Álbum de Nijinski* un tanto beardsleiano y sus ilustraciones al *Aladino*, decorativas y hermosas, repercuten más tarde en las *Lecturas clásicas infantiles* publicadas por Educación e ilustradas por él y por Gabriel Fernández Ledesma. Diego Rivera prodiga sus fáciles líneas en el *Cuauhtémoc* de Méndez Rivas, *El soldado desconocido* de Salomón de la Selva, *Fermín*, libro de lectura de Velázquez Andrade; *Mexican Maze*, de Carleton Beals y numerosas portadas a la Convención de Campesinos, a los *Versos* de Gutiérrez Cruz, etc. José Clemente Orozco ilustró la traducción inglesa de *Los de abajo* de Azuela; Julio Castellanos, *Made in Mexico* de Susana Smith; Agustín Lazo, *La torre de Babel* de Cardoza.

Un hombre excelente, talento discreto y grande, Valerio Prieto, dio durante muchos años su mejor trabajo ilustrando las Ediciones de la Secretaría de Educación, e ilustró *Historia gráfica de la Nueva España*, publicada por la Cámara Española de Comercio en México. El bizarro Doctor Atl, inventor del esténcil y de varias poetisas, ilustró sus *Artes populares en México*, *Las iglesias de México* de la Secretaría de Hacienda, y los de Nahui Olin. Se han dado también entre nosotros casos de escritores que se ilustran a sí mismos, como ilustró Xavier Villaurrutia su *Dama de corazones* y *El nuevo paraíso* de Celestino Gorostiza. Pero quien entre nosotros ha hecho de la ilustración de libros oficio predilecto y bien dominado desde sus varias técnicas es Francisco Díaz de León, que ha ilustrado *Oaxaca* de Manuel Toussaint, *Campanitas de plata* de Mariano Silva, *Viajes al siglo* XIX de Enrique Fernández Ledesma. A su lado Gabriel Fernández Ledesma, que tiene de las artes populares un sentido menos volcánico que el Doctor Atl, ha realizado valiosas ilustraciones.

No es oportuno pensar si deben ilustrarse las obras literarias ni si admitiéndolo deben someterse al texto o escapar de él. El primero es un hecho eterno y es la segunda una duda contemporánea. Pensemos solamente, para concluir, en el primer libro ilustrado que llega a nuestras manos infantiles: el libro de lectura. En él y en el de cuentos aprendemos palabras y las relacionamos con ilustraciones cuyo valor no podemos discernir sino mucho más tarde, que han sido unas muletas, y que cuando años después las examinamos, encontramos viejas, causas de asociaciones afectivas localizadas concretamente en el tiempo y en el ambiente en que las conocimos, pero de las que la palabra que nos enseñaron ha escapado por completo. Quizá tengamos que concluir que la ilustración de todo libro no ha sido nunca sino un documento de interpretación contemporánea. He ahí el lujo y la miseria de la ilustración. ¡Ay del libro que no sobrevive a sus ilustraciones, porque sólo la palabra es eterna!

OFICIO Y BENEFICIO[4]

ANTE todo, debo consignar una errata de imprenta que he notado en las invitaciones a esta clausura de cursos. Se anteponen en ellas a mi nombre los términos solemnes *discurso por*. Más exacto habría sido escribir palabras, ya que la facilidad de discurrir parece haberme sido vedada por la naturaleza y que, aunque en este propio edificio, tres veces por semana, enseño gramática, no sé a cuál conjugación pertenezca el verbo discursear. Para discurrir es menester trascendencia definitiva en el juicio, razonamiento lógico, reflexión silogística de que por

completo carezco; para discursear, ha de echarse mano de la mitología, como he visto hacer, y me parece que aquí mismo, no ha mucho tiempo. Y yo creo que definitivamente los dioses griegos, que fueron siempre tan útiles para estas cosas, han pasado de moda para nosotros. Ni “doña Venus” ni “don Júpiter”, como se les decía tan graciosamente en la Edad Media, son ya capaces de inspirarnos, aquélla amor, éste temeroso respeto. Ya quisiera yo ver a don Vulcano en el taller de fundición de este instituto, y estoy completamente seguro de que el joven Mercurio no sabría llevar los libros del almacén de ventas Etic. Si antes de ponerse las fatales alas de cera, Ícaro hubiese estudiado en una escuela técnica la resistencia de los materiales, no se habría decidido a la ridícula aventura.

De aquella griega personificación de las ideas, ¡cuán largos son los siglos de evolución que nos separan! ¡Qué profundo significado tiene y qué alto habla de nosotros el paso que va del centauro al caballero y que llega al hombre que maneja un automóvil! ¡Cuánto más noble que el elegido de los dioses que cabalga una nube es el hombre que arranca de esta tierra suya el hierro indomable y hace añicos el cielo con su aeroplano!

Poco a poco todos los dioses han recogido su *atrezzo* y se han ido a recorrer la legua, quién sabe a qué rincones de ignorancia en que todavía les gusta la ópera. Nos han dejado sus retratos en unas casas lóbregas que se llaman museos de arte. Pero tampoco sus retratos nos satisfacen ya. Se nos parecen demasiado, y no nos gusta vernos en esos trajes tan incómodos.

Os preguntaréis si proscribo el arte de nuestra vida moderna, de máquinas y de contratos. No tal. El arte es condición de la vida, pero, por supuesto, la sigue y a ella pliega sus modos de manifestarse. No proscribo tampoco a Grecia. Nosotros somos griegos a nuestra manera. El arte es divertimiento, ocio, momento en el día, juego, dice Schiller, en el trabajo. Pero para no serlo de pega, ha de ser tan natural y espontáneo, que refleje la vida actual, que sea el momento, pero en el día, el juego, pero en el trabajo. Así fue en los griegos. Huelga citar ejemplos de obras máximas del arte que no son sino reflejos de actividades de orden no artístico, sino perfectamente utilitario, en todos los tiempos. Si la investigación va descorriendo velos y presentando realidades a nuestra fantasía, no hay por qué indignarse, como Keats, al desvanecerse en un simple espectro solar el arco iris. Al contrario, cedamos gustosos a la ciencia lo que por error ignorante hacíamos pertenecer a la maravilla, y que nuestros ideales, nuestras cosas sagradas, nuestros respetos, nuestras admiraciones, sean cada vez más altos y más puros.

Pero creo que estoy hablando demasiado de ciencia. Podría pensarse, al escucharme, que hablo en un laboratorio de química, de biología de todas esas cosas tan difíciles, en que Fausto hinche retortas con sales de esperanza. Y no es así. Nos encontramos en una escuela industrial que no tiene laboratorios, sino talleres. En sus salones, amplios y cordiales, no se exprime el cerebro de los jóvenes. En armoniosa labor ejercitan sus manos en la divina labor de crear materialmente, miran un horizonte que no es el circunscrito de la ciudad, e imitan con sus ágiles brincos a los chapulines que viven, boquiabiertos y alegres, en los terrenos todavía un poco salvajes de este establecimiento.

Yo he estado con ellos durante un año. Y su compañía, breve, esporádica y todo, ha sido para mí, al propio tiempo que una provechosa lección de energía, y un estímulo, algo así como el asomarme a rumbos de vida nunca antes sospechados ni entrevistos. He pensado frente a estos muchachos: yo pude ser uno de ellos. Ser fuerte, ser alegre, saber construir una mesa,

echar a andar un automóvil, ajustar un reloj, captar las ondas de un lejano mensaje, o forjar una llave milagrosa. Estas manos mías pudieron encallecer en la creación de un útil. Mi obra les serviría a mis semejantes: silla, yo habría aliviado una fatiga o albergado el ocio fecundo del sabio. Mesa, se partiría sobre mi obra la dávida cordial del pan, o se escribiría sobre ella un gran poema que dijese la verdad o la belleza perfectas. Chasís, balatas, acelerador —¡ni siquiera sé qué son estas cosas!—, yo le habría dado al hombre el dominio del Tiempo y del Espacio. ¡Quién sabe si además no me fuera dado el privilegio de inventar un procedimiento para descomponer sin remedio todas las armas de fuego! Una vida así vale vivirla. Sin que él la busque, la inmortalidad, que consiste en el mudo recuerdo grato, seguirá al hombre que haya creado, que haya fabricado, construido, engendrado.

Ya debemos ir transformando aquella triple fórmula de la vida perfecta: un hijo, un libro, un árbol. Un hijo por supuesto, todos los que se puedan mantener; pero en cuanto a los árboles, ellos solos se encargan de plantarse, y en cuanto a los libros, no dan la verdadera inmortalidad, que es la persistencia entre los hombres. Los libros, cuando son inmortales, lo son para otros libros, nunca para la humanidad en su total. Tomemos por ejemplo *La cárcel de amor*. Para los eruditos, este libro es inmortal. Encuentran que influye en todas las ficciones contemporáneas o inmediatamente posteriores a su aparición, en esta forma y en la otra, y escriben otros libros en que inmortalizan a su autor. Fuera de ellos, nadie se divierte con esa novela, ni la conoce, ni le hace falta, y mientras el bachiller Diego de San Pedro sigue viviendo en la estrecha cárcel de unos cuantos estantes y de unos cuantos cerebros, el hombre anónimo de las cavernas que inventó la primera escudilla en que beber agua, la primera manera de encender lumbre, la primera arma de defensa o de abrigo, carece de estatuas y no se le cita en los libros, pero tiene un altar de mudo agradecimiento en el corazón de todos los hombres.

Yo pude ser útil, me digo con un poquito de amargura. En lugar de ello, sé muchos nombres y muchas fechas; vivo con los muertos. Sé declinar nombres y pronombres. Conozco las conjugaciones de la Real Academia Española y de don Andrés Bello, que difieren sin que a nadie le importe. De vez en cuando escribo lo que ya antes de mí han escrito otras mil personas, cosas de la luna, del viento y de las rosas. Y en tanto, las victrolas ortofónicas resultan de mejor sonido que las anteriores, sin que los eruditos se expliquen el motivo…

Y es que soy el último superviviente de la edad de oro del profesionismo. En mi tiempo, no había más remedio que ser licenciado, ingeniero o doctor. Cuando iba yo ya, mal de mi grado, a la mitad de uno de estos tres solemnes caminos, la Revolución abrió otros muchos; eran las escuelas industriales, rutas amplias, claras y no trilladas, en que el fruto se alcanzaba rápidamente. Y aunque me aparté de la turba que se apeñuscaba hacia el título, no era ya tiempo de volver atrás y me he quedado por ahí sentado en una piedra un tanto filosofal, mientras llega la noche que da el descanso. A todo el que miro venir, le advierto a gritos que se vaya por esas otras rutas pequeñas. Algunos me hacen caso, otros interponen amparos o disecan muertos. Pero los mejores toman esas pequeñas rutas. Yo, entonces, desde mi distancia, les corrijo la ortografía. Pero sé bien que van a la felicidad, fin superior de la vida, y me digo que nada importa que sea la suya, y la del mundo futuro, una felicidad escrita con *s*.

Para terminar, debo repetir que, como ya se habrá notado, no es éste un discurso. No traté de explicar al ciudadano secretario, que nos honra con su presencia, el adelanto de este

instituto, ni lo conveniente que sería terminar su construcción. De una y otra cosa le ha convencido ya, estoy seguro, la visita que hizo a sus talleres y dependencias. Os anuncié solamente palabras. Me parece que ya he dicho bastantes.

ANIMALES EN NOSOTROS

NO HACE mucho que estuvo en boga extirparse el apéndice por la buena razón de haberse descubierto que no servía para nada —como si en este planeta en que tan pocas gentes utilizan instrumento tan peculiar de su equipo como el cerebro, y lo hacen tan para mal cuando suelen, tuviera uno la obligación de emplear con fruto tangible cuanto lleva encima—. A continuación se descubrió la trigeminoterapia, por cuya singular virtud un pinchazo infligido con buena puntería en la nariz conduce, por modo telegráfico, el mensaje de la salud a los miembros remotos que haya paralizado cierto padecimiento. Y últimamente se ha puesto en moda extraerse los dientes y las muelas, no cuando duelen, sino cuando duele un pie, atacado de gota. Lo cual hace pensar que, sin duda, si hay justicia en la Tierra, a los cojos no habrán de dolerles nunca las muelas del juicio.

Pero estas tres prósperas técnicas de la medicina pertenecen a la cirugía. Y la medicina, ciencia universal, no sólo se sustenta del bisturí. Su mundo es todo el mundo, con sus tres reinos, y pide a la botánica yerbabuena para la mala digestión, aceite de ricino y de higuerilla para expulsar esos parásitos que usurpan el romántico nombre de solitarias, valeriana para el insomnio; toma de la mineralogía las sales que la química ofrece con infinitas patentes para nuestros males infinitos. Y su más reciente conquista ha consistido en la de acudir al reino animal para tomar en él, efectuándola, no sólo la primera experiencia biológica que más tarde ha de transportar al hombre (como es el caso en los millones de inocentes conejos y cuyes que toman anticipadamente nuestro sitio en las manos expertas de los laboratoristas y de los biólogos, muriendo a diario por la ciencia), sino sus propias, esenciales sustancias.

Darwin y Pasteur, casi simultáneamente, realizan la incorporación de los animales en el hombre. El uno en la idea, atribuyéndonos ancestros peludos y dotados de cola, el otro en la práctica, tomando de las vacas el suero salvador que ha de inmunizarnos contra la viruela. Henos aquí, en el siglo de Marx, reintegrados a la armonía dialéctica de la naturaleza, despojados de nuestro importante papel de Reyes de la Creación, y pidiendo a los animales no sólo su carne para asarla y condimentarla como en la Biblia, sino su colaboración directa en nuestra química orgánica —en nuestra *economía,* como hoy se dice—. Si bien conservamos el privilegio de hallarnos sujetos a padecimientos privativos del hombre, que no pueden cebarse en los animales —la epilepsia, por ejemplo, sólo ataca, además del hombre, a las codornices, como lo nota ya Plinio—, poco a poco se ha descubierto que, en cambio, casi no hay mal humano que no pueda remediarse con el sacrificio, o la colaboración, de un animal determinado. En tanto que las ratas, el piojo, los perros rabiosos y los mosquitos nos comunican la peste bubónica, el tifo, la rabia y el paludismo (conducta que se ve reflejada, superada en una humanidad que se destruye sin objeto, como las ratas, y que como ellas extermina a sus propias razas a través de la historia; en la “guerra química” y en otros

numerosos adelantos modernos que lisian y torturan científica y muy eficazmente), hay otros muchos que, a su lado, brindan a la recién descubierta endocrinología sus glándulas y sus hormonas para beneficio del hombre. El camino que va de Darwin a Voronoff no sólo es paradójico por cuanto describe una curva de retroceso en la especie, sino porque realiza una proyección encomiable hacia el futuro que se apoya en el más firme pasado de la humanidad. Y junto a los monos, los chivos resucitan materialmente la hermosa leyenda griega de la fertilidad de los faunos —origen de *toda* tragedia— dándonos en comprimidos y en inyecciones sus más valiosas glándulas, que las nuestras acogen con beneplácito y acumulan con provecho. Y no para ahí la cosa. Tifo y paludismo, que son en sí males temibles, resultan excelentes remedios desesperados para afecciones más graves que los médicos designan en su criptografía con las diáfanas iniciales PGP. Y hemos por tanto de borrar de la lista de los animales dañinos a mosquitos y piojos, de incorporarlos al cuadro de honor en que ya hemos puesto a monos y a chivos, y de cultivarlos con satisfecha predilección, dejándolos comer cuanto quieran, abriendo nuestro pecho agradecido a su melodioso piquete.

Los especialistas me objetarán que el mosquito transmite asimismo la onchocercosis, por medio de la filaria que introduce en sus víctimas. Pero yo les rogaré que recuerden que la onchocercosis sólo florece en cierta región de la República; y que no tenemos derecho de juzgar con dureza la técnica de que se vale la naturaleza para privar de la vista, y deformar engordándoles el rostro, a los miserables indios de Oaxaca que de otro modo no engordarían nunca ni siquiera parcialmente, y cuyo horizonte visual resulta sin duda infinitamente menos valioso que el espectáculo de su introspección a que les fuerza la ceguera.

Sigamos pues, vencida esta objeción, enumerando a los animales susceptibles de incorporación directa en nosotros, o que nos prestan su auxilio desinteresado. Ya poca gente ignora (y esta disminución de la ignorancia de la gente es muy encomiable) que existen unos seres llamados vegetarianos cuya particularidad radica en que prefieren, a un *T bone steak*, con patatas y cebollas, unas cebollas con patatas y sin *T bone steak*. Alegan que así se miran libres del ácido úrico que la carne infiltra y acumula en el organismo y que suele estallar en lumbagos, ciáticas y otras variadas actitudes coreográficas. La teoría del “temperamento artrítico”, como todas las teorías temperamentales, ha venido fluctuando en la estimación de los médicos con tendencia, como el dólar, a la baja. La teoría de que el reumatismo debe explicarse en función del pH del paciente es, por más compleja, más elegante y en boga. Por un momento, pareció comprobado que los ataques reumáticos obedecieran a ciertos virus filtrables que, por la nariz, ingresaran al organismo y se depositaran colonizándola en la región lumbar. No podríamos, ni es nuestro objeto, explayar ni discutir teorías que la ciencia moderna ha llevado a un punto tan elevado de sobreproducción acelerada, que quizá en el instante mismo en que aparezca este libro estén ya descartadas y sustituidas por una flamante explicación del lumbago. Como, “ultimadamente”, al enfermo no le interesa que le expliquen, sino que lo curen, nos apresuramos a decirle, si nos perdona la digresión anterior (lo mismo que si no nos la perdona), que puede comer toda la carne que quiera y que debe sin temor a que el salicilato resulte tan ineficaz frente a su lumbago como la marihuana en *friegas* con alcohol. Por lo que atañe al reumatismo, y cualquiera que sea la teoría de que se eche mano para dilucidar su nebuloso origen, la ciencia médica ha abandonado ya el reino mineral —yoduros y salicilatos— o químico, y el vegetal, de que echó mano en los remedios caseros que

distrajeron de su función habitual a la marihuana y al alcohol (que son para fumarse y beberse) mezclándolos en lociones de muy dudoso éxito, y se ha echado por fin en manos del único que puede salvarla: en brazos del reino animal.

Permítaseme una nueva meditación preliminar y digresiva. Zeus gustaba de incorporarse a aquella parte de la humanidad que son las mujeres que le llenaban el ojo conviertiéndose en animal ya romántico y laresco como el cisne, ya bruto-con-poder como el toro. Los resultados de aquella conjunción no pudieron ser más felices. Conforme a la metempsicosis pitagórica, reencarnamos eternamente en animales como el gallo en que el propio filósofo aleteó, como el asno de oro de Apuleyo. De éste a las *Metamorfosis* de Ovidio, recorren nuestra memoria numerosos casos concretos de aquella inclinación antecristiana de dejar la toga del filósofo y el coturno del dios por la mansedumbre peluda de cualquier animal. Jesucristo, que nos acompañe, vino a desterrar del mundo semejante indigna posibilidad de transmutación. Pero cabe preguntarle a nuestra diaria experiencia si no se invirtieron los términos del paganismo y si no, por ende, los animales han recibido el don —y aprovechádolo copiosamente— de vestirse la toga del filósofo y el tacón de goma del funcionario público. Con lo cual las cosas vinieron a quedar, si no peor, iguales. Y dejando a éstos, sigamos con los animales útiles.

Me dirijo a los lectores reumáticos —y nadie está exento de la posibilidad de ser mi lector ni de volverse reumático—. De mí sé decirles que hallarán inmediato alivio a sus males… en el veneno de las abejas. Desde que han dado en construir las ciudades lejos del campo, ya resulta difícil tropezar con una abeja dispuesta a prestarnos el servicio de punzarnos. Nos traen su miel a la puerta, la vierten sobre nuestros *hot cakes* en los *quick lunches,* pero ellas labran su panal en la soledad de sus campos y apenas las vemos nunca. Son, como es bien sabido, animales sociales, por mucho que cultiven una sociedad reaccionaria, con *clases,* que no es por la que estamos luchando, que no puede servir de modelo a la nueva humanidad que nuestro Lombardo Toledano está forjando desde hace exactamente 15 días. Tienen reina, y aunque carecen de líderes, alimentan zánganos. Todas las demás trabajan —y nunca saben para quién—. No son, pues, animales políticos. El único animal político de la creación es el hombre. Si Aristóteles no nos lo hubiera dicho, nuestra diaria experiencia nos lo habría demostrado ya arrolladoramente. Pero así como a las vacas no sólo les pedimos leche —políticos o no—, sino linfa para vacunarnos y queso para suicidarnos, a las abejas ya no sólo les tomamos una miel que preparan con gusto, sino el veneno que no nos destinaban ni inconscientemente. Pero como, decíamos, no es fácil encontrarlas, la sagaz medicina ha aislado su veneno y lo inyecta en los reumáticos con un éxito desconcertante. Ya es, pues, cuestión de gustos, en los que se rompen géneros —y aun especies— la de ofrendar la rabadilla (porque la medicina se aplica *loco dolenti)* a un colmenar previamente provocado, o a un médico, cirujano y partero de la Facultad de México que ("Le picó, sacó miel, fuese volando") le alce a usted unas artificiales ampollas. El médico en cuestión, sobre la facilidad de su acceso, tiene la ventaja de que su profesión consiste en intervenir deliberadamente; en tanto que a las abejas —cada abeja con su pareja— puede no agradarles la, digamos, flor de la edad del paciente, y dispensarse de beneficiarlo con su lanceta hipodérmica.

No diré más, porque la casa que prepara el veneno no me paga esta publicidad. Empero, como todo buen marxista, me siento obligado a desempeñar el deber social de comunicar mi

descubrimiento —o mis experiencias—. No queda ya espacio para reivindicar a las moscas, cuyas larvas son tan eficaces en la osteomielitis, y he de concluir, no sin agregar que si el veneno de abejas falla en el tratamiento del reumatismo, queda el recurso de otro veneno: el de cobra. Si —lo que no deseo— se ve usted orillado a aplicárselo, no se olvide, incidentalmente, de llevar consigo un buen surtido de flautas hindúes para dárselas a sus amigos. Que ellos las toquen para encantarlo. Y con esto, las cobras le den piquetes —y a mí no olviden—.

LOS MEXICANOS LAS PREFIEREN GORDAS

EN POCOS países asume la lucha femenina contra la obesidad caracteres más angustiosos, ni tan estériles, como en México. De pocos años a esta parte el cine americano, con su avasalladora fuerza, ha imbuido a un público que rumia al contemplarlo cacahuates salados, de una idea de la belleza que consiste en que sus perfumadas encarnaciones se desencarnen hasta pesar los menos kilos posibles. A la prueba objetiva del cine viene a sumarse, ocasionalmente, la lectura de algún artículo o folleto de ciencia popular que demuestre las ventajas saludables de la esbeltez, y los libros no técnicos del doctor Marañón —este doctor Cabanes del mañana—, tal *Gordos y Flacos,* han acabado por preocupar a nuestras caras mitades lanzándolas a la conquista de una figura ideal que las convierta en nuestras caras terceras partes.

Pero dejemos para más adelante discutir si este ideal es legítimo entre nosotros y si realiza sus fines ulteriores de provocar admiración. ¿Lo logran? Ayunos, masajes, caminatas, sentadillas y grageas de tiroidina; abstinencia total de dulces en vez de lo cual se fuman un Lucky; la menos agua posible, la comida sin sal —todo este calvario no conduce sino a una perentoria convalecencia—. Alcanzada la meta que registra la báscula, el espíritu se relaja, las *enchiladas suizas* —llamadas así por más que en Suiza no las conozcan, en virtud de la crema que las decora— están riquísimas y los oleajes adiposos reanudan su pleamar. O bien la paciente era soltera: y el matrimonio empieza a desbordar, con su dicha, su caderas y su papada. Aldous Huxley, hermano al fin de biólogo, percibe finamente la trayectoria de la belleza mexicana.

> Ella —dice— estaba dolorosamente a la moda. Se había celebrado un concurso de belleza, y el resultado de este concurso se hallaba sentado junto a sus madres, cerca del presidente municipal. Parecían seis toros premiados en un concurso ganadero. Pero toda juventud posee cierto encanto. ¡Lo que horrorizaba era advertir en sus madres el futuro de aquellas carnes!

No puede, por supuesto, esperarse que un extranjero diga la verdad sobre ningún país. Yo no cito al Huxley porque comparta ésta ni ninguna de las muy ofensivas descripciones que hace del bello sexo mexicano; sino precisamente, niñas, para demostraros hasta qué punto es inadecuado combatir una idiosincrasia latina por adquirir una sajona. Las institutrices inglesas de todas la novelas eran tan flacas como debe de haber sido seca la que a Huxley no le permitía comer dulces de color sospechoso; y dice Freud que, aparte nuestra mamá, nuestra nodriza es nuestro amor ideal, el que conforma, ya para siempre, nuestros gustos e

inclinaciones. Las puritanas de la Nueva Inglaterra resucitan, en el siglo XIX, en las sufragistas americanas. Son, como ellas y como las institutrices inglesas, verdaderas momias con anteojos y convicciones. Derrotadas de nuevo, verifican su resurrección de los huesos en el siglo XX valiéndose, arma pérfida, del cinematógrafo para su propaganda. Ellas sabrán lo que hacen y por qué, cuántos Huxleys prefieren, al abrazar a sus amadas, cumplir el simulacro crujiente de una pugna de sillas viejas. La Historia Patria, apoyada en el materialismo histórico y en la realidad mexicana, nos enseña que, en cambio, si queremos ser genuinos, hemos de conducirnos en nuestros gustos femeninos como nuestros ancestros, por una parte, y por otra más importante como las "masas" o los "conglomerados sociales" de nuestro dizque socialista país. Y es notorio que, si a las odiosas élites del pensamiento, nacidas entre las estrecheces mentales de un *corset,* les gustan hoy las flacas, campesinos, obreros y soldados —como quien dice, el nervio de nuestra nacionalidad— son los abanderados de una tradición impoluta que los impulsa, con decidida predilección, a enamorarse de las camaradas más rollizas y muelles.

Puedo aducir en pro de mi tesis más pruebas de las que cabrían en un ensayo. Las mujeres que en nuestra historia han registrado más numerosos éxitos amorosos no han pesado nunca menos de 200 libras, cuando ha habido básculas en qué verificarlo. Al fuego juvenil y adiposo de la Tetrazzini opone nuestro recuerdo el de Ángela Peralta, el ruiseñor mexicano con hábitos de gallina y voz de soprano absoluta, que se casó tres veces —lo cual ya es mucho entre nosotros—. Una de las razones por las cuales Carlota no cayó bien en la sociedad mexicana era su esbeltez, y el hecho de que, a diferencia de las damas aristocráticas de su tiempo, tomaba solamente té, cuando ellas ponían grandes tazas de chocolate, que engorda tanto, entre el aprieto de su *corset*. Y, ya lo vimos, su esbeltez la condujo a desastrado fin. Maximiliano se mexicanizó en tal forma que se enamoró de una rolliza campesina; a tal grado se mexicanizó que lo mataron los mexicanos. Y Carlota adelgazó tanto que, ya lo vimos, se volvió loca.

Puesto que el arte precortesiano en México tiene la desgracia de ser tan futurista que desdeña, por regla general, pintar la figura humana, no podemos probar por su medio lo gordas que deben de haber sido las huríes con sandalias de Moctezuma. Podemos, no obstante, deducir su peso por el de sus tataratataranietas morenas y que aún usan huaraches.

La Malinche fue la Eva de este paraíso mexicano —y el robusto Cortés desempeñó el alegre papel de un Adán blanco y profusamente barbado—. Y pues se enamoró de ella, debe haber ofrecido a su vista una personalidad exuberante. Él venía —y había durado mucho su viaje— desde un país en que el gótico no había triunfado tanto como el barroco: un país en el cual Jimena, la honorable esposa del Cid, y aquella temprana Julieta llamada Melibea, "de dulce carne acompañada", plantan firmemente en la tierra un pie sólido de matronas; un país que el rey Rodrigo perdió a manos de los árabes por la única razón del gordo par de piernas que sorprendió a la Cava en el acto de mostrarles a sus amigas en el jardín de su palacio. Un país en que los huesudos ángeles del Greco tienen en Velázquez una vigorosa respuesta carnal que puede aun llegar, en la Menina que está junto al perro o, mejor aún, en la Niña Monstruosa de Carreño (Museo del Prado), a presentar caracteres mixedematosos.

Y Cortés traía consigo una tradición plástica latina que no viene a ser otra cosa que la cristalización de un gusto racial. Pensemos por un momento en el arte renacentista. Liquidado el gótico, se vuelve en la arquitectura a las líneas pesadas, que se adornan con figuras humanas ya recuperadas del ayuno medieval, bien musculadas y nutridas. Los Adanes y Evas que nos

muestran en adelante todos los pintores a partir del bajorrelieve de Jacopo della Quercia; el Sodoma, Tiziano, el propio Van Eyck (en quien, si bien Eva es más esbelta, conserva un abdomen necesitado de masaje) son, como si quisieran ponernos el ejemplo completo, bien gorditos. Despojadas de los trajes que nos engañan, podemos sorprender a las mujeres en el baño, con la identidad revelada por completo, y cerciorarnos, con los dedos de la vista, de sus adiposidades. La Ninfa y el Pastor, o Diana y Acteón, del Tiziano, al abrirle a Rubens la puerta de su ventruda Bacanal, le preparan el baño a la Susana de Tintoretto, y le despejan el horizonte curvilíneo de su Vía Láctea. Las alegorías del Veronés no serán menos gruesas, ni la idea que, sucesivamente, tendrán Jordaens y Proudhon de la fecundidad y de la abundancia. Las bañistas de Boucher, de Daumier, de Courbet, de Millet y de Renoir, que se complace en acariciarlas con el pincel mientras se peinan o se maquillan, todos estos ilustres ejemplos nos están gritando elocuentemente que lo legítimo es que los latinos prefiramos a las gordas. En las amplias mujeres de Picasso, en su *Repos des Moissoneurs*, hay que ver, mejor que otra cosa, la persistencia de un gusto racial que en los españoles se manifiesta de modo preeminente.

No ocurre lo mismo, naturalmente, en el arte sajón. Para no ir más lejos, si en Hogarth o en Reynolds mujeres y niños son saludables y de buena apariencia, su robustez es fofa y provisional como la de una manzana —artificial y debida a dietas y al deporte; nunca sensual ni golosa—. El *Portrait of Mrs. Mordey and Her Children* de Gainsborough es el más cumplido ejemplo de una flaca belleza aristocrática, vaporosa e intelectual, que nada dice a los sentidos, y que si al flaco Mr. Huxley le extraña en México, habría decidido a Cortés a regresar a España más que de prisa si se la hubiera encontrado en vez de topar con la Malinche. ¿Y en dónde estaríamos ahora?

El tipo de las mujeres ha respondido siempre al de la arquitectura y las industrias de su época (la arquitectura, esta industria de ayer; la industria, esta arquitectura de hoy). No hace mucho que advertí una curiosa coincidencia entre las salpicaderas de los coches y las faldas (las salpicaderas, estas faldas de los coches; las faldas, estas salpicaderas de las mujeres). En los modelos anteriores a, digamos, 1931, salpicaderas y faldas eran altas, dejaban las ruedas al descubierto. De entonces acá, cada vez más, las cubren; más mientras más caro es el coche, o más formal el vestido. Así con el peso. Esas viejas y amplias casas de piedra que las esbeltas turistas americanas gustan de visitar en el encantador México Viejo, eran ocupadas por matronas perezosas y robustas. Una de ellas, Josefa Ortiz de Domínguez, que usaba mantilla española y papada, ayudó a Hidalgo a obtener para nosotros la independencia de España en 1810. Ahora viven allí, en esos delgados departamentos que son nuestra idea de los rascacielos, flacas muchachas que guardan un irremisible aire de familia con estas *Machines a vivre* que son las casas modernas, altas y de líneas escuetas. Nos dejamos arrastrar sin reparo por una corriente industrial y extranjerizante. Mr. Stuart Chase, a quien le encantaría que permaneciéramos primitivos y auténticos, va a sufrir una gran decepción. Detengámonos, pues, a meditar.

Un filósofo mexicano afirmó hace poco que el complejo nacional, y sus múltiples expresiones de bravuconería y asesinatos, es ese manoseado complejo de inferioridad. Yo lamento no compartir su opinión; pero mis observaciones me llevan a concluir que, si padecemos algún complejo nacional, alguna enfermedad que nos identifique como raza, éste es

el complejo de Edipo. El Día de la Madre, recientemente importado entre nosotros, desde un país en que los hijos sólo la recuerdan ese preciso día, resulta inadecuado en el nuestro, en que todo el mundo vive con su madre hasta que se muere y ella sigue viviendo. Todas las personas que tropezamos en la calle nos hacen pensar, a todas horas, en sus madres. No decimos *Fatherland*, sino *Motherland*. Y todo esto no querría decir sino que somos, y es de aplaudirse, muy buenos hijos. Pero lo patológico empieza cuando empezamos a divertirnos. Al cine vamos, claro está, porque es un lugar oscuro —y ahí vemos incidentalmente bellezas americanas que pesan 40 libras—. Las vemos indiferentes, la mano en la húmeda mano que le deja libre a nuestra novia la importante ocupación de consumir con la otra una torta compuesta. Pero preferimos el teatro. Y como no hay teatros en México, vamos a las carpas. Las carpas son unas barracas adorablemente repletas de toda clase de proletarios. Se invita cordialmente a los turistas a admirar estos pintorescos y salados teatritos. Tan semejantes a los del tiempo de Shakespeare. Allí vemos en realidad cuán inteligentes son los mexicanos, y cómo la Revolución mexicana ha producido una mezcolanza comunista de los regocijos y los sudores de las clases trabajadoras. Pero para nuestro objeto vemos más. Una jovencita esbelta y sin voz aparece en el escenario (porque algunas veces producimos este tipo, pero siempre lo exportamos apresuradamente, como lo prueban concluyentemente Lupe Vélez y Dolores del Río). Sabe bailar y cantar, pero nadie la aplaude. Sigue luego la aparición de una sirena cuarentona, verdadera ballena de gelatina. El auditorio enloquece. Su canto es una canción de cuna morbosa para todos. Los jovencitos piensan en su mamá, los políticos prósperos la miran como la cima de sus abundantes aspiraciones. Y de sus alaridos podemos concluir que mediante anticipaciones indefinibles, pero no irrazonables, los mexicanos las prefieren gordas.

LOS PÁJAROS Y LA POESÍA

ES EVIDENTE la desaparición cada vez mayor de los pájaros en la poesía moderna. Consagrada, cómo se la quiere, a ponerse al servicio de los anhelos de redención del proletariado, a que todo esfuerzo humano debe tender, ya no se habla en ella de ruiseñores, zenzontles ni alondras, sino de símbolos menos liberales, más útiles, más, digamos, dentro de la “ideología”. A este dato consciente hay que agregar, para explicarse una migración que parece definitiva, el hecho de que por lo general la expresión poética responde de un modo inmediato a la experiencia. Y la ornitológica nuestra, como en lo común la zoológica, es cada vez más reducida. Para ver otros pájaros que no sean los de cuenta que a diario tropezamos, precisa ir al museo en que están todos ellos muertos, secos, clasificados y privados del canto. “La jaula con el pájaro que trina” en que el optimista Díaz Mirón miraba la sencilla felicidad del proletario ha sido, en su mansión que es ahora un “apartamento”, sustituida por un flamante radio de toda onda que le permite controlar limpiamente su trino, sin las desventajas del diario aseo.

De antiguo se había refugiado en las canciones de que se resisten a salir aún hoy; pero la poesía castellana las contiene más noblemente. No ignoro, ya lo supondréis, que los mejores

poetas de todas las lenguas han alabado con las suyas, en todos los tiempos pasados, la privilegiada garganta de esos seres minúsculos, alados y de pintorescas costumbres; que los hay mudos, tenores y aun profesores de idiomas; que unos pueden guisarse y otros no; resignarse al cautiverio o morir en él; que los augures griegos y romanos consultaban su vuelo y sus entrañas, o simplemente sus movimientos; que esmaltan la mitología, que pueblan las fábulas, que intervienen en la filosofía, y que sus nombres ilustres se hallan ligados a Júpiter tonante ya en el águila que lo simboliza, ya en el cisne en que se transforma; a Esopo y a Fedro, a Pitágoras y a Platón, a Esquilo y a Aristófanes, a Aristóteles y a Plinio; pero del cielo pagano me importa verlas emigrar hacia una Edad Media en que, si su número disminuye, se fortalece en cambio un simbólico sentido que les presta la íntima convivencia con los caballeros, las damas y los clérigos de que pronto se nutrirá el Renacimiento. Con la paloma del Espíritu Santo y con el águila del Apocalipsis, el cristianismo está a punto de cristalizar una nueva ornitosofía que permite una nueva clasificación de las aves. Yo la he intentado, agrupándolas en: aves de epopeya; aves de romancero; aves de cancionero; aves renacentistas, y en esta rama, cuelgo los diferentes nidos de las aves de égloga, aves de canción, de soneto… Aplicar a una poesía dada el reactivo químico de un dato específico y buscar en ella ya el mar como hice en el “Canto a Teresa”, ya ahora las aves concretamente a la poesía castellana, es un juego grato y fructuoso. Pero hay que emprenderlo con ojos limpios, si quiere disfrutarse plenamente; quiero decir que hay que prescindir, al hacerlo, de un espíritu crítico que, al recordarnos a Ovidio, a Virgilio, a Anacreonte o a Horacio, nos frustre el goce de una inédita cacería por las selvas castellanas. Si hacemos cuenta de que vamos a hallarlas por la primera vez, las aves nos darán gozosas el premio de cantar con más limpias voces para nosotros, y descubriremos más fácilmente las preferencias de Lope, de Góngora, las limitaciones, y los ojos de pintor, de Quevedo.

Descubriremos asimismo muchas otras cosas; si por ejemplo los poetas de América hubieran nutrido su expresión en su experiencia, podría fijarse el coeficiente de su americanismo en función de las aves americanas que mencionaran; pero bien sabemos que, fuera de esa ave oratoria que es el cóndor, y de algún ocasional colibrí, de un zenzontle que se parece demasiado a un ruiseñor, y de los pericos a quienes se desdeña sin la menor razón (y que además ya hablaban en Europa antes del descubrimiento de América), los cisnes americanos alimentaron siempre sus pájaros en las alas cerradas de los libros que de allá recibían.

¿Qué hará el nuevo marxismo con las aves? Desde luego, supongo que las desterrará de las fábulas que enseña a los chicos, si alguna les enseña; las cigüeñas, por ejemplo, solían traer hermanitos por la chimenea; la realidad del materialismo histórico enseña otros medios, y las nuevas generaciones deben fortalecerse en la verdad; esos mismos misteriosos animales nutren y cuidan a sus padres ancianos: se explicará, pues, a los niños, que lo hacen porque son animales y no puede enseñárseles que el que no trabaja debe eliminarse, sea quien sea.

Supongo, además, que implumes y sandwichificadas se las comerá el marxismo al salir de la fábrica. Su dieta sobria hará imposible que se repita el banquete de Clodius Aesopus, que hizo comprar muchedumbre de aves canoras a 6 000 sextercios cada una y se sirvió un platillo de 100 000 sextercios de valor; o el esnobismo de Apicius, que comía lenguas de fenicóptero; ni siquiera la hazaña del orador Hortensio, primero entre los romanos que se engulló un pavo

real, tan raros entonces. Pero en cambio —y ya lo estamos viendo— los escritores nuevos, que ya sólo celebran en sus versos a ese pájaro sin sucesión ni antecedentes, sin huevos y sin plumas que es el trimotor, se reunirán a leerse sus obras frente a un nutritivo y bien condimentado mole de guajolote que, sin el mole, Francisco I fue el primero en atreverse a masticar con sus reales muelas.

Como ellas en invierno, volemos de esta estepa helada del presente hacia un pasado en que alientan, vivas y nobles, en la imperecedera poesía. En el puño fuerte de los caballeros iba el azor; ahora se mira un reloj pulsera. En las alcándaras mudaban las plumas; ahora, en los garajes, renuevan el modelo de su Chevrolet; las doncellas conversaban antaño con el papagayo; hablan ahora por teléfono con sus amigas. Y, renunciando a la condición de paloma que la poesía les confiriera, se empeñan hoy, por todos los medios, en asumir la del negro tordo.

---

[1] Campoamor.

[2] No puedo resistir a la tentación de traer a la memoria del lector la versión mexicana de este tema: los padres proyectan comprar una vaca. Cuando tenga un becerrito, lo cuidarán mucho. El niño dice que lo montará y los padres le pegan, porque puede hacerlo jorobado, tan tierno está.

[3] Conferencia pronunciada en la Sala de Arte de la Secretaría de Educación el día 18 de agosto de 1932.

[4] Discurso pronunciado en el festival de clausura de cursos del Instituto Técnico Industrial, el 30 de noviembre de 1926.

Nueva grandeza mexicana

Es tiempo ya, Zamora, de que llevemos a pasear por México, cual nuevo Ulises, a nuestro amigo Alfaro, que tanto lo desea, para que admire la grandeza de tan insigne ciudad. De este modo, mientras le vamos enseñando lo más notable, él nos dirá algo que no sepamos o nos confirmará lo que ya sabemos.

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR

Caballos, calles, trato, cumplimiento,
regalos, ocasiones de contento,
letras, virtudes, variedad de oficios,
origen y grandeza de edificios,
gobierno ilustre, religión, estado,
primavera inmortal y sus indicios,
todo en este discurso está cifrado.

BERNARDO DE BALBUENA

1. "CABALLOS, CALLES, TRATO, CUMPLIMIENTO…"

"IREMOS en camión —propuso mi amigo—. Tú dirás cuál nos conviene tomar." Yo iba a disfrutar, durante una semana, el privilegio de servir a mi amigo como guía de turistas; de llevarlo por la ciudad, mostrársela, exhibir mi pericia y mi conocimiento de todos sus secretos frente al asombro de un provinciano que por primera vez la visitaba. Y al propio tiempo, iba yo mismo a paladear la añoranza de la ciudad que recordaba desde hacía muchos años, con el fervor inédito con que mi amigo descubriría —muchas veces al unísono conmigo— su desarrollo, su transformación, su crecimiento. En contraste con el que mi amigo experimentaba, mi placer andariego por una ciudad de la que uno llega, si vive en ella muchos años, a no ejercer más que unos cuantos sitios; y aun de ellos, a no percibir una evolución cuya novedad amengua y disipa la costumbre de verlos a diario (como no siente uno crecer a sus hijos, ni envejecer a sus padres, ni advierte la progresiva madurez de un botón que amanece rosa, y que acaba por transmutarse en fruto y en semilla), era un placer doble cuya sorpresa se nutría en mis recuerdos, y su contento en la comprobación de su prosperidad —como cuando uno ha dejado de ver a una persona querida, pero sabe que vive, y un día la encuentra hermosa, rica, feliz—.

¿Tendríamos tiempo para recorrer, para admirar, para vivir toda la ciudad? Mi amigo no disponía sino de una semana para nuestras vacaciones. Era preciso organizarnos; abarcar cuanto se pudiera de diversiones, de paseos, y de Historia; de cuanto integra y determina las palpitaciones de una ciudad, de cuanto forja el ritmo de ese corazón invisible y férvido que mi amigo ansiaba auscultar y al que yo, gustoso, deseaba acercarlo. Dentro del nuestro, tendríamos que administrar el tiempo lo más lucrativamente posible. Y el tiempo en las ciudades, aun cuando transcurre con mayor celeridad que en el campo, sigue fiel a un ritmo inmutable que depara mañanas, tardes, sombras, a los hombres que —igual en ellas que en el campo— permanecen sujetos a impulsos, necesidades, apetitos que realizar a horas más o menos fijas, y en sitios y por medios más o menos adecuados. "De eso, tiempo y espacio —concluí en voz alta, para el explicable desconcierto de mi amigo— se compone nuestra vida y la de las ciudades."

El camión se detuvo, montamos. Tras de nosotros, una elástica puerta lateral, al cerrarse, aseguró contra todo riesgo de repentina proyección contra el asfalto a los pasajeros que ya no encontraran asiento y que viajaran —como se ha dicho siempre en los camiones— "parados". El cobrador nos dio sendos boletos. Mi amigo, deslumbrado, no apartaba los ojos de la ventanilla.

De pronto, como en una disolvencia cinematográfica, la pantalla de mis evocaciones esfumó la realidad inmediata de aquel vehículo. Mi más vívido recuerdo reconstruyó la infancia de estos transportes —su infancia sencilla, ingenua, elemental, acorde con la primera adolescencia de una ciudad en que jugaban a correr un poco, que iban sin saberlo extendiendo en un desarrollo armonioso; en que eran al par un juguete y un juego—.

La ciudad porfiriana era inerte. Sus pobres, que han sido siempre más que los ricos, se transportaban en tranvías, de que aún sobrevivían los de mulas, agitando las campanillas que resuenan apagadas en las crónicas de Micrós. Sus ricos, la semblanza de cuyo lujo corrió por la cuenta —digamos, tan Núñez-y-Domínguez— del Duque Job, se compraban *buggies*, *faetones* y otros 12 cilindros de la época en que los únicos cilindros vigentes eran los que untaban sus melancólicas danzas por las esquinas nocturnas de los barrios, afuera de las pulquerías. Por las tardes, iban los ricos, precedidos por sus caballos, al elegante paseo de coches de la Reforma. No faltó, por supuesto, familia adinerada que importase sus caballos en las píldoras de un Renault o de un Protos. El de las Juánez, por ejemplo, que salió tan durable, que todavía circulaba —cierto que ya muy abochornado por su acromegalia— por 1924.

Pero las familias nada más *decentes*, las que no tenían carruaje propio, ni se resignaban a *revolverse* con los pelados del tranvía, contaban para su ocasional transporte y para su paseo, con las carretelas. Las había de diversos precios, revelados en el simbólico color de sus distintas banderas —azul, colorada, amarilla— que al montar el pasajero, el auriga (y Dios guarde la hora en que el cochero se oyese llamar así) doblaba, en señal —por si no se advirtiera con su presencia— de que el coche ya iba ocupado. No podría jurarlo. Mis recuerdos son inciertos en ese aspecto; pero sospecho que a causa de una involuntaria especialización en que incurrieron las carretelas de bandera roja, las señoras decentes se abstenían de montar en ellas, por temor de ser confundidas con las que —en esa época hogareña, que asignaba a la mujer su sitio en la clausura de su casa— eran, sea dicho con perdón, *de la calle*, y por ella exhibían un descocado, provocativo maquillaje de albayalde y

fuchina roja, mientras instalaban su exuberancia sobre los luidos cojines negros de las carretelas coloradas.

Toda conmoción, al sacudir, acelera el ritmo de la vida. El hombre aspira a ganar tiempo, a abolir el espacio. Lo hemos visto en la última guerra, que desarrolló velocidades increíbles para el ataque: en los aviones, en los *jeeps*, en los tanques anfibios. Lo vimos en la anterior. Retrospectivamente, no es pues sino natural que la Revolución, ese sacudimiento de nuestra inercia porfiriana, anterior a las guerras mundiales y a la Revolución rusa, coincidiera en la ciudad de México con una aceleración de los transportes que deparó a los generales el privilegio de su iniciación, cuando fueron los generales los primeros en circular por nuestras calles en grandes automóviles de marcas hoy extintas o transformadas —el Hudson Super Six, por ejemplo—. Se creaba en ellos el tipo de un chofer temerario, cuya importancia sociológica, filosófica, diagnosticaría el conde de Keyserling, y que ya era distinto del *chauffeur* morandiano de 1900 con sus gafas, su gorra y su guardapolvo ostentados como uniforme solemne desde el trono eminente de los discriminatorios coches europeos. Los choferes de los generales, bien remunerados, jóvenes, hábiles; primeros hijos de la Revolución, sobrevivirían a la fugaz prosperidad derrochadora de sus patrones. Exiliados por *chaqueteo*, arruinados por la política o —lo que era ciertamente menos frecuente— muertos gloriosamente en campaña, los generales se extinguían, y sus choferes, dueños a la vez de una técnica y de unos ahorros, se compraban un coche propio, un enemigo de las carretelas de bandera, que les permitiera alquilarlo y dispensar la apetecida velocidad del desplazamiento popular al mayor número posible de ciudadanos y a un precio módico. Había tal coche. La "ingenuidad", como ellos dicen por ingenio, de los norteamericanos, lo había producido: era el Ford en 1917, Año de la Constitución. Costaba 1 500 pesos. Era el Ford, origen último, causa primera del ruleteo, y joven abuelo de los camiones.

Al principio, los fordcitos (solíamos darles este diminutivo, menos infamante que el cubano "fotingos" que más tarde incorporamos a nuestro lenguaje) sirvieron colectivamente tal como estaban. Como en Buenos Aires en cierta época los "colectivos", los fordcitos de ruta fija abrían sus puertas en cada esquina, hasta llenarse, a una clientela que los prefería a los tranvías solemnes, monocordes y lentos. Iban de Guerrero al Zócalo, por Tacuba, para regresar por el 5 de Mayo. Pero algún genio anónimo discurrió —dialécticamente— analizarlos para volver a sintetizarlos: conservar su chasís, su motor y sus ruedas, pero erigir sobre aquél una estructura, obra tentativa de la mejor carpintería, que incorporara a la libertad de movimientos del automovilismo, la capacidad de los tranvías. Así dispuestos, los fordcitos pudieron sentar a cuatro pasajeros frente a otros cuatro, que admitían por detrás, más a otros dos junto al chofer, que accedían a sus emanaciones personales por delante. Se creó así, en los camiones que de la operación resultaron, el nuevo oficio del cobrador, cuya ubicación no importaba. Secretario ejecutivo del chofer, trotaba en pie sobre el estribo trasero cuando no voceaba que había lugar "para dos", o pedía "diez y uno" en la gasolinera, o pregonaba la letanía híbrida, heterodoxa, de rutas celestiales y terrenales que el nuevo y próspero medio de transporte iba conquistando: Santa María, San Rafael-Zócalo, Guerrero-San Lázaro, Santa Julia… Guayaba.

Mucho debe nuestro folklore expresivo al ingenio verbal de aquella nueva casta de choferes y cobradores, y es muy de desear que algún académico alerta rastree hasta su origen

gasolinero tantos dichos nuestros, tantos vívidos verbos de que se ha ido perdiendo. Hoy la palabra “lambiscón” describe a cualquiera que lo sea; pero en sus orígenes se aplicó a definir, por extraño que suene esta exégesis autorizada, a los cobradores jovenzuelos de los camiones, con la naturalidad con que hasta hoy seguimos conociendo por “chícharos” a los ayudantes ejecutivos de los peluqueros. “Ruletear”, verbo excelente que implica el *peddling,* la oferta trashumante de los servicios, conserva una clara raíz dentro de su hoy más amplia connotación de actividades; y en igual diáfano caso filológico se encuentra la expresión “hacer coche” —o “hacer Tacuba”—. Pero es muy justo acreditar al gremio la invención de la palabra “mordida”, hoy de tan general vigencia, cuando el gremio dio el nombre de “mordelones” a los primeros agentes de tránsito que la proliferación de vehículos, extintos ya los coches de caballos, indujo a las autoridades a crear, como reguladores oportunos de una circulación que empezaba a hacerse densa.

Una singular fantasía diseñó la primera indumentaria de aquellos nuevos agentes del orden. Alternativamente, parecieron domadores de circo y cazadores rooseveltianos de leones, bajo el sarakof, instalados bajo un paraguas, sobre un banquillo tancrediano, dando vuelta a la manivela que regía con letreros —Alto, Adelante, Peatones— las pulsaciones intermitentes del tránsito. No tardó un competente cuerpo de motociclistas en auxiliar sus tareas represivas, aun cuando, también, los primeros motociclistas entendieron un poco cirquerilmente una misión que de preferencia ejercitaban ejecutando en espectáculos asombrosos el salto de la muerte y otros números aplaudidos. La similitud de sus funciones con las desempeñadas por una policía que por 1921 se volvió “técnica” a causa de que cambió de uniforme, hizo por mucho tiempo oscilar en la indecisión la indumentaria de unos agentes de tránsito que la han lucido azul, gris rata, otra vez azul —y por fin, parece que ya definitivamente, de una elegante combinación de paños beige y café—.[1]

No sólo, al parecer, los hombres que las siguen, sino también las profesiones, alcanzan una madurez, llegan a instalarse en una austeridad que por la ley natural del crecimiento, de la *ciudadanía de la ciudad,* hoy caracteriza a unos agentes y motociclistas de tránsito que han abandonado el circo y que cuentan en la domesticación ya casi totalmente lograda de automovilistas y choferes frente a los auxiliares mecánicos de la regulación del tránsito que son los semáforos eléctricos, con la mejor colaboración para el logro del orden que tienen por misión conservar.

“Todos tan vanos y tan ricos —asaltó repentinamente mi soliloquio evocativo el recuerdo de aquella frase—, que más de la mitad tenían coche, de suerte que se creía por muy cierto que había en este tiempo en la ciudad más de quince mil coches.”

La observación, si mi memoria era fiel, la había hecho fray Tomás Gage, y formaba parte de su descripción de esta ciudad de México a principios del siglo XVII. Mujeres, vestidos, caballos y calles eran entonces asombro y hermosura de la capital de Nueva España. La quinta maravilla residía en los “trenes de la nobleza”, “mucho más espléndidos y costosos que los de la corte de Madrid y de todos los otros reinos de Europa, porque no se perdonaban para enriquecerlos ni el oro, ni la plata, ni las piedras preciosas, ni el brocado de oro, ni las exquisitas sedas de China”. Ahora, tres siglos y cuarto después, siguen abundando los coches; floreciendo en su número proporcionalmente mayor, y en la tendencia a enjaezar su automatismo con toda suerte de espejitos, amuletos, bocinas sinfónicas y faros adicionales,

vestiduras de raso y otros decorativos excesos, el barroquismo esencial y perdurable del gusto mexicano por la ostentación y el disfrute extravertido de la riqueza. Un poco antes que fray Tomás Gage, Bernardo de Balbuena dio por tema al capítulo III de su *Grandeza mexicana* el elogio de los "Caballos, calles, trato, cumplimiento", y advirtió:

> Los caballos lozanos, bravos, fieros;
> soberbias casas, calles suntuosas;
> jinetes mil en mano y pies ligeros.
> Ricos jaeces de libreas costosas
> de aljófar, perlas, oro y pedrería,
> son en sus plazas ordinarias cosas.

No menos bravos, lozanos, fieros ni ornamentados son hoy los coches que manejan "choferes mil en mano y pies ligeros"; con lo que parece suficientemente demostrado que (los sabios diagnosticarán si ello obedece a que la altura tiende a fatigarnos con facilidad) a caminar, los mexicanos preferimos ser arrastrados. Inclinación que ya se percibe en el primero de los *Diálogos latinos* de aquel pre Artemio, Cronista de la Ciudad, don Francisco Cervantes de Salazar, cuando en 1554 hace a Alfaro elegir entre los medios de transporte propuestos por Zamora para recorrer la ciudad, y aquél resuelve que "mejor es a caballo, para que vayamos en conversación y sin cansarnos".

A todo esto, nuestro camión ya había recorrido muchas calles. Toda la vieja calzada de Tlacopan, eslabonada de la Tlaxpana a San Cosme, el puente de Alvarado, la avenida Hidalgo, Tacuba, Guatemala —y amenazaba conducirnos hasta Aviación—. Me angustiaba pensar que la fugacidad de este caleidoscopio impidiera a mi amigo solazarse en la contemplación detallada de todos aquellos edificios; del ritmo a que la vida se renueva en la decadencia noble de algunos para nutrir el fresco nacimiento de los que han de seguirles en la pétrea reencarnación del espíritu de la ciudad perdurable. Pero no tendríamos tiempo para tanto. Tomé nota mental de mi propósito de obsequiar a mi amigo, para que lo saborease de vuelta en su provincia, con un pequeño lote de libros que suplieran las faltas de nuestra superficial excursión. El primero sería *Por la vieja calzada de Tlacopan.*

Y le invité a descender, cuando ya avistábamos el aeropuerto, culminación moderna de nuestros transportes, instalado allá, cerca de un histórico Peñón de los Baños mágicos y saludables, sobre la tierra de un desecado lago de Texcoco que otrora rozaba el "puerto" de San Lázaro con sus aguas a veces agitadas, sobre las cuales mi imaginación vio flotar, desvanecida en el recuerdo, la opulenta canoa en que Cecilia, la guapa verdulera de *Los bandidos de río Frío*, solía retirarse a descansar en Chalco del asedio del licenciado Lamparilla y de las maquinaciones nefandas de Evaristo.

Los camiones (que a diferencia de otras ciudades en que una rica S. A. fundara sus líneas, son en México el fruto a 30 años de trabajo de la iniciativa privada de choferes anónimos y emprendedores) acabaron por conducir a la ciudad, a sus hombres, hasta el vuelo; como antes los caballos hasta la navegación, dejándolos en aquel punto mismo en que Martín Garatuza solía, en sus aventuras, mudar de vehículo.

2. “REGALOS, OCASIONES DE CONTENTO…”

LA PRIMERA de las cosas por que el hombre trabaja (sentenció el Arcipreste con erudita mención de Aristóteles) es “aver mantenencia”. Así también, naturalmente, las ciudades. La nuestra nos brindaba tal variedad y copia de lugares en qué comer, que ya en su multitud evidenciaba mucho de su grandeza. No era empero ocasión de escatimar a mi amigo el disfrute de lo mejor que pudiéramos paladear; del sitio más en moda, elegante y caro. Ya tendríamos la de probar otros, la de asomarnos a la surtida gastronomía de una ciudad golosa. Entrar ahora en Ambassadeurs nos deparaba la oportunidad de “revolvernos” con los “apretados”, como el folklore siempre renovado de la ciudad llama ahora a la “crema” rancia, a la “élite” de un porfirismo que tuvo sus comederos franceses en Plateros. Si yo fuera miembro, habría llevado a mi amigo al Club de Banqueros. Allí habríamos compartido con éstos el neurótico privilegio de sentirnos, desde la terraza que mira a la Alameda, los amos de México y los autores de su desarrollo, después de haber sorbido *high-balls* frente a las pinturas de Ángel Zárraga. Y quizá yo hubiera extremado mi indiscreción hasta informar a mi deslumbrado amigo de que allí, en el callejón de la Condesa, cabe el cual se yergue orgulloso y opulento el edificio que corona el Club de Banqueros, hubo hace cosa de un siglo una sucia tortillería, y corría un caño, y pululaban los perros, y se crió, recogido por una anciana pobre y caritativa el héroe romántico de Payno. Y le habría dicho que ese Sanborns frontero, en que podíamos haber comido, o comprado un dentífrico, o un traje, o plata, o baratijas, o pinturas, o dulces, o purgantes, o admirado un fresco de Orozco, es el Palacio de los Azulejos, cuya historia puntual escribió el señor marqués de San Francisco, y antes de ser lo que es, alojó a un Jockey Club de los “apretados” científicos que era el punto final del “flaneo” elegante de un Duque Job que lucía su flor y su puro “desde las puertas de La Sorpresa, hasta la esquina del Jockey Club”.

Nos habríamos quedado, entonces, en el Centro a comer. Y a falta del club de los inaccesibles banqueros; y de mesa en Sanborns; y de resignación por el menú de Lady Baltimore, y de juventud para anacronizarnos en Kiko’s; habríamos podido elegir entre las cuotas modestas de un Lido en que sobrevive la orquesta mientras uno mastica, o de La Blanca, o de cualquiera de los otros restaurantes de un San Juan de Letrán ampliado y tendido hasta el Salto del Agua y más allá, y las más conservadoras perspectivas gastronómicas de un Papillón que combate con espejos la oscuridad de su clausura, de una Cucaracha de filetes descomunales y piano discreto, de un Prendes vertiginoso y atestado o (si cancelábamos, alérgicos al aceite y al ajo, la invocación vigorosamente olfativa del Centro Vasco en el Pasaje América, o del Círculo Vasco alojado en un ex Sylvain de larga memoria, o de la balconera Peña Montañesa, o del caracoleado Centro Asturiano, o del inadmisible Principal de sombría clientela, o del Centro Gallego de sus altos, para sólo mencionar unos cuantos de los hartazgos españoles a mano por el Centro) de un Manolo peligrosamente al corriente del pasado de todos sus amigos y clientes, efusivo y alerta a las transformaciones decorativas que un México cosmopolita y adiestrado en el ejemplo suntuoso de los cines, con espejos, rasos y rococó, va exigiendo de sus anfitriones profesionales.

De comer por ahí (sobre todo, si lo hubiéramos hecho en el Acapulco de Cándido Madrid,

en la calle de López, que tan completamente fosforiza a su clientela) habríamos fortalecido el proceso de nuestra digestión con un café sorbido en uno de tantos de esos colmenares humanos del ocio europeo que los refugiados españoles han llevado a un inédito florecimiento que se inició en el Tupinamba (como *Serenade,* esa novela mexicana de James M. Cain que pocos conocen en México), entre novilleros y cómicas, mientras el café París pugnaba —y en buena medida lo logró— por gestar una bohemia literaria un poco tardía. Frente al Principal, o en el Fornos, o en el Express, o en la calle de López, yo siempre habría dispuesto del recurso de consagrarme a las Chufas (inauguradas por unas actrices españolas retiradas por Salamanca) mientras mi amigo despachara su café espeso. Ya por la tarde, si seguíamos sintiéndonos peninsulares, iríamos a tomar un café con leche, o un chocolate con molletes, a aquella Flor de México llena de pasteles antiguos, de clientes viejos, de mesas conmovedoras de mármol, de botellones con agua tibia.

Pero yo elegí seguir la corriente de la ciudad, que se encamina hacia el poniente, y llevé a mi amigo al Ambassadeurs. El rumbo, por otra parte, nos tentaba con múltiples ofertas. No por nada, allí donde acaban de demoler el edificio construido no hace tanto sobre la demolición del café Colón, estuvo, muchísimos años, un café Colón de vívida historia, adonde iba uno de chico con su papá por los pasteles del domingo; adonde el inevitable Duque Job saboreaba su rubia cerveza y abría los ojos asombrados ante el formidable crecimiento de una ciudad que ya llegaba hasta por allá. El rumbo es cada vez más bueno, y de acuerdo con nuestra preferencia, pudimos, sin abandonarlo, entrar a gustar de la soledad y de la carne asada a la tampiqueña que el Tampico Club estableció como nutrición obligada de sus empistolados clientes, en un Morocco en que la sirven lo mismo que en el Lincoln, a un paso de la Inspección de Policía y frente a unos Norteños en que hay siempre cabrito y tortillas de harina. O pudimos, si disponíamos del tiempo y la paciencia, el dinero y la *gourmandise* necesario, instalarnos en La Vie Parisienne a aguardar la sopa de cebollas y el *canard á l'orange* o el *coq au vin.*[2] O allí, enfrente, optar entre el sándwich caliente de la farmacia, el *lunch* farmacéutico del restaurante del hotel, o el atraco de un Ciro's[3] en que podríamos hacer cuenta de que la que cubríamos al final, incluía el precio de la contemplación privilegiada del cuadro en que Diego Rivera embelleció a una señorita yacente entre botellas de champaña y orquídeas depositadas en sus personales bisagras.

O bien, con sólo cruzar el Paseo de la Reforma, reincidir en la paella de las hermanas Blanch, mientras el fonógrafo repite y repasa los álbumes de Chopin, y María Conesa conversa con las dueñas; o desplazarnos un poco, por Insurgentes, y aterrizar en la comida vienesa del Bellinghausen, o en los *cocktails* de camarones echados a perder con perejil picado, de un 1-2-3 que es a mediodía territorio ocupado por las tropas civiles de la embajada norteamericana vecina, porque su hora es la noche, cuando se llena de aristócratas amigos de los Algaras, y van y vienen hasta las mesas bajas las carnes asadas y los taquitos quebradizos.

O habríamos podido llegar hasta Chapultepec, para que yo evocara el antiguo restaurante de cristales, mientras el Tío Hupfer salía a saludarnos con su enorme gorro, y pedíamos un Wiener Schnitzel o unas salchichas y un pastel de queso. O, frente al bosque, gustar de una comida española en el Cisne.

Por ese camino poniente-sur, podríamos quizá haber elegido alguno entre muchos restaurantes europeos —"vieneses", de los que han surgido a nutrir a una población

heterogénea en torno al Hipódromo, por más que son, principalmente, lugares de noche, con orquesta, a que bailan los jóvenes, como en Zandam—, o en que meriendan las familias, como en la sucursal del Teka que hay en la avenida Sonora. Para otra vez, cuando llevara a mi amigo a conocer los alrededores en una especie de día de campo, reservaba yo la compra de pollos asados "a la vista" al paso de Insurgentes, o al Club France donde encalló como *maître* y ya en los últimos años de su vida, uno que de acuerdo con mis informes más autorizados fue en México una institución: José Mazaguer, el catalán distinto de Pepe *el Catalán,* y aquel que desde los reservados del viejo Restaurante de Chapultepec hizo mucho por la buena educación de nuestros generales revolucionarios, a quienes enseñó a paladear la langosta a la americana que preparaba, a pedir canapés de caviar y a acompañar unas carnes con cerveza oscura y otras con cerveza clara. Para otra vez, en que de lo que se tratara fuese la merienda y no la comida, le llevaría, pensé, a ese Globo tradicional, conservador, porfiriano, que resurgió de sus cenizas a la vuelta del Balmori, o la limpidez académica de los "antojos" refinados (pastel Gacela, pastel Moctezuma, pambacitos) que sirve la Gacela frente a una American School que ya cede el terreno a una sucursal gigantesca de Sears Roebuck. O, si como merienda apetecía unas "tostadas ilusión" y regionalismos michoacanos, en Eréndira; o oaxaqueños a Donají, ambas delicias vespertinas en Álvaro Obregón.

Pero se trataba de comer, y si yo hubiera adivinado en mi amigo inclinaciones nacionalistas, habríamos desandado el corto camino que hay de Ambassadeurs a la Fonda Santa Anita, para saborear en su ambiente estilizadamente típico los "guisos caseros" que hicieron famoso a un Oriental frecuentado por Vasconcelos y el Doctor Atl, por allá junto al templo de Santo Domingo, cuando su dueño bigotudo servía personalmente los chongos del postre y vigilaba la distribución de los peneques. Por ese rumbo ha permanecido, fiel a su ambiente inalterado, la buena cocina mexicana que triunfó hace 20 años en las verdaderas, auténticas, enormes cazuelas de arroz, chiles rellenos, moles, frijoles y tortillas calientes, cuando ni Las Cazuelas ostentaban rótulo, ni había Taquito más vigente que los celestiales de Beatricita; ni otro restaurante que aquel Mitla (pesadilla de aventadores, jícaras, huipiles y canastas) que sustituía la excelencia de sus platillos nacionales por la fantasía de sus decoraciones folklóricas.

Claro es que aún cerca de donde nos hallábamos, nuestras posibles tendencias vernáculas habrían podido atreverse a Los Charros. Lo que allí hubieran tropezado, sin embargo, se habría teñido de aún mayor adulteración pro turismo que los productos de otros rumbos. Habría equivalido al *mexican dinner* de cualquier deplorable comedero *spanish* de Los Ángeles, al consistir en un *lunch* o carne asada Cantinflas con taco y enchilada *(tah-co, en-chee-lahda)* marchitos, inaceptables, náufragos en *catsup* —y sonorizados por mariachis—.

Por ventura, conocía demasiado bien a mi amigo para inducirle a probar otros exotismos culinarios. Para llevarlo, digamos, hasta el pasaje Yucatán a comer *kippe,* o como se escriba, o estómagos de borrego rellenos de arroz y trigo nacido, y jocoque, y café turco, con los siriolibaneses; o chop suey con los chinos del callejón de Dolores. Pero al pasar una rápida revista mental por todas estas potencialidades gastronómicas especializadas de nuestra ciudad, me aparecía, de pronto, patente su importancia, su magnitud, su universalidad —y la bendición que representa, a pesar de todos nuestros retobos contra el gobierno—, el hecho de que habitemos un punto singular y privilegiado del planeta en que el chino, y el árabe, y el

español, y el polaco, y el rumano, y el francés, y el yanqui, coman todos a su placer, y a nadie le falte, ni muera nadie de hambre; y en donde, si alimentarse en lugares caros es concomitantemente oneroso, es también cumplidamente posible hacerlo en restaurantes y fondas modestas en que sigue sirviéndose la “comida corrida” con sopa aguada y sopa seca, huevo al gusto, guisado, calabacitas, frijoles, ensalada, postre y café y palillos: si ya no por 40 ni por 60 centavos, sí todavía por $ 1.25 o por $ 1.75. Allá comen los pobres, que siguen siendo más que los ricos. Y los chinos, que hacen pan delicioso para la merienda modesta de los obreros y de los pequeños empleados, sirven a mediodía esas baratas comidas en sus fondas. Un poco más arriba, los *quick-lunches* que hace unos 20 años un negro que había trabajado en el pullman fomentó con su repentinamente próspero y repentinamente arruinado Butch’s Manhattan, nutren a otra especie amplia de clientela. Un poco más abajo Los Agachados son una tradición perdurable. En otro punto estratégico de la refacción calorífera ocasional, las torterías herederas del afamado Armando se dan la mano del tentempié con las salchichonerías que venden mediasnoches a los empleados de las horas corridas.

Pero en fin, nos hallábamos ya instalados en el bar del Ambassadeurs. Porque la tradición establece que antes de comer, importa excitar el apetito con un sorbo de alcohol, y los *restaurateurs*, modernos y sagaces han satisfecho de un solo golpe estratégico, con la oferta escalonada de un bar y un comedor contiguo, la doble demanda del aperitivo y la nutrición que antes —cuando El Moro, cuando La Ópera, cuando el Salón Bach, cuando La Fama Italiana— eran capítulos aparte, y solían retener a sus parroquianos más allá de la posibilidad física de trasladarse a los restaurantes vecinos. Otra notoria ventaja de los bares anexos a los restaurantes estriba en el fomento de la sociabilidad bisexual que propician al admitir en ellos a las señoras. Ya no recuerdo si esta emancipación feminista de la abstención alcohólica en público arranca de aquella Cigale con que el emprendedor Manolo del Valle inició sus éxitos, o si empezó, también por su cuenta, en el primitivo Papillón. El hecho, lo importante desde el punto de vista de la realidad establecida de la ciudad, es que ya son tan numerosas las cantinas a que asisten señoras, como las señoras que concurren a las cantinas; a unas, sólo a beber, como en el Ritz; a otras, a beber y comer, como en Manolo, Papillón, o este Ambassadeurs. Mi amigo, que —ya parece tiempo de decirlo— es de Monterrey, no se asombró mucho al ver que junto a nosotros instaló su opulencia anatómica una Fernanda Montell escoltada por la opulencia simplemente económica de don Pedro Corcuera. Me confió, en voz baja, que también en su tierra hay bares a que asisten las turistas norteamericanas.

¿Podemos, sin embargo, los patriotas de la ciudad, admitir sin reparo que el fenómeno de las libaciones conjuntas de damas y caballeros sea una importación más entre todas las que —en apariencia— tienden a desnaturalizarnos como mexicanos mientras aspiran a naturalizarnos como cosmopolitas? Siento que no, y así traté de explicárselo a mi amigo. Mis recuerdos, mis constancias personales, aunque objetivas, prueban que hasta la época —1925— en que el estricto jefe de Salubridad que fue el doctor Gastélum instauró en las pulquerías, mientras las privaba de decoraciones murales, la discriminación sexual y envió a las borrachas por su curado a un torno o taquilla exterior a la acogedora privacía del recinto, caballeros y damas compartieron en su interior el social y legítimo privilegio de charlar y beber, del cual si por alguna inalcanzable y dispareja razón se ha privado a las damas proletarias asiduas de las pulquerías, disfrutan sin ambages, en cambio (y ello demuestra que la justicia y las

compensaciones inmanentes se ejercen por los vasos comunicantes del equilibrio social por encima de las restricciones arbitrarias) las borrachas elegantes que pueden con toda libertad empulcarse con *old fashioneds* y *whiskey sours* mientras se codean y se rodillean con sus contlapaches aristocráticos en estas modernas y refinadísimas pulquerías. Con lo que es posible concluir (y en la opción reside la esencia de una libertad de criterio por la que tanto hemos luchado), o que el pueblo bajo ha ascendido sus costumbres hasta la aristocracia, o que la aristocracia ha precipitado sus hábitos hasta aquellos que el pueblo bajo ya abandonó, de que el pueblo bajo ya se emancipó.

Mi amigo observaba, atento; me interrogaba, curioso. Aquellos caballeros adosados a la barra eran periodistas famosos y prósperos. El pequeño privilegio de no pagar por sus copas era apenas el menor de los tributos rendidos a su talento, a su importancia, a la gracia de una mención del sitio expelida por su ingenio acreditado. Si ahora se mostraban ruidosamente alegres; si empezaban a tambalearse un poco, nadie podría adivinarlo cuando mañana sus columnas tronaran, modelos de austeridad, contra la corrupción administrativa y contra la miseria en que la ineptitud de las autoridades revolucionarias tienen sumido a un pueblo que no come porque todo cuesta un sentido y ha habido que importar maíz, y el comunismo, por otra parte, nos amenaza.

Pero ya el *maître,* amortajado en su *jacquet,* venía a tomar la orden de nuestra comida. A la práctica, regiomontana perspicacia de mi amigo no escapó la diafanidad de un mecanismo administrativo que vigilaría la renovación de las mesas del comedor para acarrear hasta ellas a los ocupantes de las mesas del bar, logrando así que ni éstas permanecieran demasiado tiempo ocupadas por la misma parroquia, ni aquéllas mantuvieran ociosos sus grandes platos de plata y sus dotaciones de pan, tan envuelto en la servilleta, que uno se olvida de comérselo.

"Ahora —dijo mi amigo, una vez que el mesero retiró los restos casi invisibles de nuestro helado con cajeta— me gustaría conocer los cines de la ciudad."

De nuevo como en el caso de los transportes y de los restaurantes, mi memoria incurrió en aquello que en jerga cinematográfica llaman un *flashback.* Su deseo, que no se expresaba como el de ver una determinada película, sino como el de conocer los locales en que se exhiben aquellas mismas que él ya pudo haber visto, o ir a ver pronto en su tierra, me indicaba sin proponérselo que estos lugares de vasta y pública concurrencia son fundamentales e importantes en la vida de una ciudad, la expresan, la contienen, la manifiestan, la condicionan a tiempo que se subordinan a ella. Son, en más de un sentido, y sin que expresarlo así implique la menor irreverencia, templos modernos, a que acude la gente para entregarse a una silenciosa, oscura catarsis, a una liberación módica de sus inhibiciones cotidianas y miserables; a proyectarse en héroes y heroínas; a sustituir su fealdad y su mediocridad personales por la excepción eminente; a reiterar su fe en que el malo recibe un castigo, y un premio el bueno; a mejorar sus hábitos frente al ejemplo de modales y modas; a emulsionar sus diferencias sociales, culturales, económicas, puesto que es cuestión de un poco de tiempo, nada más, para que la historia que costó cuatro pesos admirar desde los mullidos asientos del Alameda o del Metropolitan, desfile idéntica y por pocos centavos por la pantalla del Máximo, del Briseño, del Goya, o del Modelo o del Odeón.

Con todo, los cines como oferta material y espiritual han visto su evolución vinculada orgánicamente al desarrollo mismo de la ciudad de México. Puedo invocar el rectificable

testimonio de mis recuerdos personales para atrever que uno de los primeros fue, antes de la Revolución, el cine Friné, que en las calles de Guerrero exhibía las cintas Pathé y sonorizaba desde detrás de la pantalla el trote de los caballos. Puedo acudir al autorizado recuerdo de amigos un poco mayores que yo para situar en los orígenes del cine como local cierto Jockey Club instalado en 5 de Mayo con graciosa decoración floral y olor a violetas en que una orquesta persistía en ejecutar el famoso "Poeta y campesino"; y otros, el Parisiana, de la hoy envejecida colonia de San Rafael, al que concurrían las muchachas del barrio a masticar los chocolates de Larín con que las obsequiaban sus novios, los estudiantes de Agricultura. Lo que después haya ocurrido en este capítulo, ni lo sé ni me consta sino hasta un año de 1917 en que a mi reingreso en esta ciudad, la dual y compartida admiración por las películas italianas —¡oh, Pina Menichelli; oh, Francesca Bertini; oh, Gustavo Serena; oh, Tullio Carminati; oh, Febo Mari; oh, Maciste!— y por las yanquis de episodios —¡oh, espeluznantes *Misterios de Nueva York*, *Misterios de Myra*, *Teléfono de la muerte*, *Moneda rota!*— crearon, con sus funciones, los órganos adecuados en qué dar sus funciones, y así fueron prosperando el cine Casino y el Briseño (que se reventaba tan *chéveres* danzones) por Guerrero; el San Hipólito —hoy Monumental—, el Venecia, con sus afamadas marimbas. Y en el Centro, por supuesto, aquel paraíso celestial que era el Salón Rojo, con sus dos salones aparte, y en medio sus escaleras eléctricas, sus espejos deformadores para reventar uno de risa, y poco más tarde sus orquestas de jazz llenas de banjos, hasta para bailar. Allí, en el Salón Rojo, se realizó el primer intento precursor de adecuar toda una larga partitura de música expresiva a toda una larga película de Mary Pickford, *la Novia de América.* Allí también, el cine nacional nació en los pañales de aquella película de escenas como al horno que se llamó *La luz*, se parecía al *Fuego* de la Menichelli y reveló la asombrosa belleza de aquella María Félix de por 1918 que era Emma Padilla.

Otras fechas cruciales en la historia de nuestra civilización cinematográfica coincidieron con el afianzamiento del prestigio de cines que aún hoy perduran, si bien transformados: como el Palacio, que fue UFA a causa de que en su previo jacalón se estrenó la *Madame Du Barry* alemana de Pola Negri; como el Olimpia, la primera piedra de cuya primera transformación colocó nada menos que Caruso, y en que años después, concretamente en 1929, se exhibieron dos películas, las primeras habladas, una larga y otra corta, de negros: el *Sonny Boy* cantada por Al Jolson, y un *Speech* del todavía no entonces ex canciller Padilla.

Ya para los veintes, y en coincidencia con la implantación regular de líneas de camiones que extendían la elasticidad en que la ciudad se desperezaba y crecía, los barrios populosos empezaron a verse dotados de cines amplios. El Mundial fue uno de los primeros, si no el primero, en su género, y en recoger en su vasto recinto, con salón de *dancing*, a una población que ya no cabía materialmente en el viejo América. A éste siguió el Odeón, y a su auge, la ampliación de las pinzas estratégicas con que los Cavas y los Granats respondían a la demanda de cines grandes construidos con lo ganado en sus Luxes pequeños. Máximos, Colosos, Goyas, seguían en su magnitud esta línea, esta tendencia colectivista y proletaria, que en vano el Regis, "la bombonera de la avenida Juárez"; y más tarde el primitivo Rex, anterior a sus estatuotas de yeso, trataban de contradecir, de contrarrestar, de dialécticamente antitetizar con su pequeñez exclusiva, sin entender que el cine es un espectáculo popular, y por ende de grandes locales. Y el cine fue ganando terreno al teatro; donde estuvo el María

Guerrero, surgió el Máximo; donde el Colón, el Imperial; donde el Principal se incendió, reduciendo a pavesas todas sus tradiciones tandófilas, el del mismo nombre; y el Iris mismo, de que a su tiempo se hablará, suele aún hoy alternar temporadas de teatro con periodos de cine.

Tesis: Mundial; antítesis: Regis o Rex; síntesis: Alameda y hoy Metropolitan y Chapultepec. Quien sí entendió que la conciliación entre la amplitud y el confort plasmaría la fórmula perfecta del cine, fue aquel emprendedor paisano de mi amigo que es Emilio Azcárraga. Hace ya 10 años (porque el tiempo vuela), construyó e inauguró el cine-teatro-Alameda. Los asiduos de El Patio (de que a su tiempo se hablará) hallaron familiar desde sus lunetas el espectáculo de las nubes de mentira en el techo, la barroquería de las casitas coloniales-californianas, de las rejas, las torres, que circundaban con sus fachadas la sala. Todavía no estaba muy lejos la boga a que las aficiones coloniales de don Luis Montes de Oca habían llevado a Tasco. Desde Tasco, reflorecía un apagado neocolonialismo que, si tenemos tiempo y ocasión, habré de discutir con mi amigo, para contrastarlo con aquella primera resurrección colonialista de 1921 que reinstaló el tezontle en muchas fachadas, en tanto que el nuevo de 1936 apenas si logró "standardizarse" en Polanco. Y este colonialismo funcional, para emplear una expresión inexpresiva, pero tan grata a los arquitectos modernos, floreció muy a gusto en el teatro Alameda, para exagerarse en el Colonial, y para inspirar las decoraciones de un Palacio Chino que, a pesar del orientalismo, se parecía más al Alameda que al Grauman's de Hollywood.

Cuando, por último, el Cinelandia, con sus números cortos, inició la costumbre de empezar las funciones por la mañana que hoy siguen otros cines, como el Aladino, pareció comprobado que ya flotaba en México una población turística o desocupada capaz de concurrirlos, y de demostrar, adicionalmente, la mayoría de edad de la capital cosmopolita.

¿Tendríamos tiempo, mi amigo y yo, para recorrer en esta semana los estudios en que se producen las cintas nacionales? ¿O apenas podría yo referirle que los primeros funcionaron en Chapultepec, para profesionalizarse un tanto más en el lote vacío que hubo frente al Regis, donde Mimí Derba y María Caballé fundaron una Azteca Films inolvidable, y el cine nacional se atrevió a los episodios de *El automóvil gris;* y la época sonora debutó en los Estudios México de Jorge Stahl, en la calle de Montes de Oca, para asumir una más elevada categoría en la CLASA hace unos 11 años; para fundar los Azteca de Coyoacán, y para —muertos en agraz los Empire, al norte de las Lomas— alcanzar su culminación hollywoodesca y perfeccionada en los que ahora se construyen en Churubusco y en Tepeyac? De cualquier modo, aun cuando ni a él el tiempo ni a mí el espacio nos alcanzara para tanto, no podía yo dejar de señalar a su información cívica el hecho de que el auge innegable del cine nacional, del cine en castellano, se encuentra vinculado, tan orgánicamente como el de los locales en que el cine se exhibe, al desarrollo de la vieja Tenochtitlan en que la producción se ha establecido y se beneficia de las propicias condiciones de clima y de luz que la adornan.

Mi amigo es un comilón de primera. Después de nuestro recorrido por los cines, y antes de visitar los teatros que seguirían en nuestra agenda, propuso que merendáramos. Y si para el acto de comer yo había padecido, entre tantos lugares posibles, *l'embarras du choix,* como dicen que decían los franceses, escoger entre merenderos multiplicaba el embarazo de la elección. Porque aunque es cierto que los mexicanos no cenamos fuerte y seguimos haciendo

la principal comida a mediodía, no lo es menos que la ocasión de la merienda es un viejo y dulcísimo rito en que se entablan las más gratas, apacibles conversaciones del día; en que amigos, novios, matrimonios, conciertan lo que harán durante el resto de su noche; y que por ser así de importante, se cumple en miles de lugares que salen al paso por doquiera; en los cafés de chinos, en los *quick-lunches* hispanificados tipo La Blanca o El Vaso de Leche. A esa hora, el viejo, mexicanísimo gusto por los "antojitos", que perpetúan a través de los años aquellas "quesadilleras" que surgen con las sombras del atardecer, no se sabe de dónde, a instalar en las esquinas de los barrios su anafre, su comal, su masa y sus ingredientes, se cultiva con comodidad en un antiguo café Tacuba, ya dotado de *sucursal en Hamburgo,* y en que pueden comerse, un poco *streamlined,* algunos trasuntos de aquellas tostadas, sopes, pollos fritos, pambacitos compuestos, chalupas, que hace años atraían nuestra gula juvenil y bohemia hasta aquellos Monotes a que daban nombre y fama los pintados para su hermano el dueño por el genio José Clemente Orozco, cerca del Lírico.

Merendamos, pues. Y la infatigable avidez de mi amigo apeteció ir al teatro. Era éste un capítulo de la vida citadina en que, ciertamente, yo no podía ofrecerle mucho. No había sino optar entre la comedia y la revista: esto es, entre el Fábregas o La Casa de la Risa, y el Lírico, el Arbeu o el Follies —o el Colonial—, porque en aquella precisa noche, el Palacio de Bellas Artes no ofrecía más espectáculo que una conferencia y una exposición de fotografías.

Pero ni ha sido siempre así, ni todas las noches actuales son tan desafortunadas como aquella en que mi amigo quería que fuésemos al teatro. Para documentarlo sobre su historia, pensé añadir a mi proyectado obsequio de libros, si lograba encontrarla, la del *Teatro en México* por Enrique Olavarría y Ferrari; la que Rodolfo Usigli (ese espíritu de contradicción) tituló *México en el teatro;* la del señor Mañón sobre el Principal y —cuando llegare a ver la luz, si llega a verla— la que la muerte sorprendió a José F. Elizondo, impenitente tandófilo, en trance de componer con sus recuerdos de muchos años de autor y de noctámbulo cronista. Retroceder hasta los *Autos sacramentales* de Eslava, o a recordar cómo se representaron en la Colonia *Los empeños de una casa* o el *Divino Narciso,* era mucho, y nos alejaría del ensayo a la erudición, de la diversión a la profesión. De suerte que me pareció preferible comunicar a mi amigo, mientras aguardábamos a que saliera la gente de la función anterior (larga espera que tiene buena parte de culpa en la decadencia de la afición por el teatro), en el desorden en que acudieran a mi recuerdo, mis impresiones personales y más o menos recientes, y en todo legas, del teatro en la ciudad que recorríamos.

Mis impresiones (privadas de la experiencia que atesoran quienes evocan las tandas del Principal en que por $ 0.25 les divertía Paco Gavilanes con *Chin Chun Chan, La cuarta plana* o la *Gran Vía,* hasta que llegó La Argentina por primera vez a asombrarlos con sus castañuelas) databan de muy cerca de 30 años atrás, que ya es algo. Se iniciaban con el recuerdo de que, aún no surgido el cine en toda su arrolladora fuerza, el teatro seguía en México los dos cauces que le son propios desde los tiempos bien remotos de los griegos, que tan competentemente lo cultivaron. Esto es, que Aristófanes caricaturizaba en ellos, reencarnado en los autores locales, la actualidad política y social, mientras los grandes trágicos tomaban muy en serio sus problemas. Quiero decir que prosperaban los teatros de revistas folklóricas y medio léperas con Lupe Rivas Cacho *la Pingüica,* y Leopoldo Beristáin; más fuertemente políticas con *la Gatita Blanca. El país de los cartones,* que retobaba su

emisión monetaria; *El país de la metralla,* alternaban con *Las musas latinas,* saltaban del María Guerrero y el Lírico al Principal y al Colón, encumbraban a María Caballé y a Columba Gasca, degeneraban en procaces caricaturas en un Apolo que era tabú para los menores. Acababa de triunfar la Revolución —una revolución campesina, y el teatro de revista se solazaba en ridiculizar al payo, al ranchero ventrudo y ladino, o tonto, que *el Cuatezón* Beristáin personificaba en la escena—. Funcionaba en ella un humorismo elemental de retruécanos a costa de la gruesa tontería (trasunto del *bobo,* del *simple,* del primitivo teatro español) del ranchero considerado como el prototipo popular de la época zapatista. Así Beristáin era, todavía, *he who gets slapped* —el que recibe las bofetadas de sus tanteadores, y suele devolverlas, para que el público riera, satisfecho de su personal, evidente superioridad —. Roberto Soto, que más tarde polarizaría en su barriga toda una época de la Revolución, de la capital y del humorismo correspondiente a ambas, andaba entonces todavía haciendo otros tipos, españoles, en obras como *El gato montés* de un maestro Penella que al fin volvería a morir en México. Pronto, empero, llegó su turno, su ocasión: cuando el callismo entronizó a un Morones obeso como Soto, y Soto dio con el próspero modo de ofrecer en su Lírico a la represión ciudadana, la válvula tumultuosa de escape de ridiculizar a los líderes gordos y a los diputados con pistola.

Pero su ocaso advino al modificarse la técnica de una política que nutría, con sus errores, los aciertos de Soto. Amaneció una época verbalista, confusa, oratoria, prometedora sin compromiso, que los periódicos sesudos llamarían *demagógica.* La antena sensible que recogió la nueva vibración; que dio en el clavo del humorismo en que la nueva época descargara sus represiones, se llamaría *Cantinflas,* y sería, una vez más, el fruto oportuno y maduro de esta ciudad. Si fuera de ella, y hasta medidas universales gracias al cine, la dislogia y la dislalia en que por la boca de *Cantinflas* disparata nuestra época, ha alcanzado éxitos y consagración, es porque ocurre y da la casualidad de que también fuera de México los hombres respiren desde hace algunos años el clima asfixiante de la verborrea, el confusionismo, las promesas sin compromiso, la oratoria, la palabrería inteligible, malabarística y vana. ¿No han dicho campanudos discursos a su turno Hitler, Churchill, Molotov, Eden, Goebbels, Roosevelt, Stalin, De Gaulle, Franco, Perón, Lombardo Toledano? ¿No se han reunido a discursear las Naciones Unidas? ¿No siguen haciéndolo? Y —a lo macho, mano— ¿se les entiende más que a *Cantinflas?* En condensarlos, en entregar a la saludable carcajada del pueblo la esencia demagógica de su vacuo confusionismo, estriba el mérito y se asegura la gloria de este hijo cazurro de la ciudad ladina y burlona de México que es *Cantinflas.* Y porque su vinculación orgánica con su ambiente, y su valor catártico, son tan legítimos, no es probable que le destronen del favor popular esos dioses menores de otros más limitados cauces del humorismo que son *Tin Tan* (válido empero como protesta subconsciente contra el pochismo), *Palillo, Resortes* o *Donato.*

Mucho debió el teatro de revista a la visita, por ahí de los veintes, de cierta parisiense madame Rasimi, que nos trajo su *Ba-ta-clán.* El debut de tan formidable compañía de revistas rápidas, de cuadros plásticos con señoritas sin *brassiere,* y la instalación deslumbradora de la pasarela por la que andaban a cimbrear sus carnes rubias aquellas pizpiretas señoras de ¡oh, la la!, sólo fue posible gracias a que la ciudad ya contaba entonces con un teatro lujoso de primera categoría, que no fuera el envejecido Principal ni el vetusto Arbeu. Esperanza Iris, de

quien todo el mundo recordaba que había empezado en una compañía infantil, regresó Reina de la Opereta y esposa de Juan Palmer a construir con sus prudentes, caudalosos ahorros, un teatro que luciera y perpetuara su bello, poético nombre. Su inauguración la conmovió, sensible como es, hasta las lágrimas, y refirió numerosos cuentos a su siempre querido público. Y puesto a funcionar, el Iris albergó excelentes espectáculos. No sólo el *Ba-ta-clán*, inmediata y prolongadamente imitado por Soto con su *Ra-ta-plán,* sino también a una divina Ana Pavlova que en una visita anterior bailó en el Arbeu en que había trabajado María Guerrero; pero que en el Iris estilizó el jarabe tapatío danzándolo en puntas y dentro del estrecho espacio vital del ala de un sombrero charro —tal como a partir de entonces, y hasta la fecha, suele trepidarlo la tenaz corpulencia de Eva Beltri—, y la compañía de ballet de Pavley-Oukrainsky, y a la ópera. Porque a raíz de la primera paz mundial, como Europa salió de la primera Guerra Mundial tan proporcionalmente frita como de la que reincidió en emprender hace cinco años, estábamos aquí en México muy bien de dinero, circulaba el oro y monumentos tales como Caruso, Tita Ruffo, la Besanzoni (cuyo nombre, en su honor, adoptó una céntrica pulquería), Rosa Raisa y la Pavlova, se dignaron brindarnos su arte excelso, y condescendieron a extender su disfrute al pueblo, a cómodo precio en el sitio más capaz de que disponía una ciudad que aún no soñaba poseer la plaza México, ni tampoco el estadio: en una plaza de toros El Toreo, en que un poco más tarde, el 12 de abril de 1925, Rodolfo Gaona se tonsuraría la coleta.

Quizás al mismo fenómeno migratorio de la primera Guerra debimos igualmente la visita de otras compañías extranjeras, de operetas vienesas una, que puso en el Principal, con música de Schubert, *La casa de las tres niñas;* otra de comedia francesa que actuó en el Arbeu, o la de Camila Quiroga, que ingresó al tango en nuestra afición musical intermitente. Cada una de ellas, en su género, dejó útiles enseñanzas. Los mexicanos poseemos un especial talento mimético, que florece y se evidencia en el buen oído que tenemos para la música. Pero creo que la que ejerció mayor y más perdurable influjo fue la del *Ba-ta-clán.* La palabra misma se quedó entre nosotros como sinónimo de su esencia aplicable a otros espectáculos; y el hecho de que exhibiera por primera vez muchachas sanas, bonitas, desnudas, ágiles, cuya voz fuera lo de menos (porque las *chanteuses* francesas o las *torch singers* norteamericanas, mientras más roncas mejor, circunstancia que explica a Elvira Ríos), permitió el luminoso descubrimiento, detrás del mostrador de un Almacén Fal que quedaba en la esquina de Gante y Madero que hoy ocupa una compañía de aviación, de aquella agresiva y linda, resuelta chica que enloquecía hasta el aullido a los adictos del Lírico cuando berreaba *Barba Azul* y se instalaba en la pasarela, de espaldas al público, a imprimir a su región glútea un increíblemente acelerado, vertiginoso movimiento de rotación, que era su personal interpretación del hula-hula hawaiano. Luego, el cine de Hollywood la admitió, la llamó *The Mexican Spitfire;* paseó en triunfo su mexicanísimo talento para remedar a la gente, vino a filmar *La zandunga* y *Naná* —e hizo apenas un año en diciembre que se arrancó la vida—. Se llamaba Lupe Vélez. Contemporáneo con su éxito, la ciudad patrocinó el efímero de una Chela Padilla, que introdujo el despampanante charlestón enseñada a bailarlo por Al Mol, vibrante su hermoso cuerpo de grande muñeca enjoyada sobre la pasarela lujosa del Principal. Era, digámoslo de paso, hermana menor y consentida de aquella Emma ya mentada a propósito de los pañales del cine mexicano. El más virtuoso hogar la rescató de las tablas.

Del Lírico, pues, engendrado al alimón por Soto y por el *Ba-ta-clán,* brotó un buen surtido de talento teatral a diversas y más prósperas especializaciones. No fue Juan Arvizu el único disparado hacia la radio cuando nació la radio. A cierta pareja Tapia-Rubio, de cancioneros, debe acreditarse el estereotipo de vestir las cancioneras faldas estilizadas de chinas poblanas con las caderas respingadas, y el de mantener los brazos en jarras sobre las caderas respingadas de sus faldas de china poblana estilizada, y ser muy monas con los ojos mientras cantan, mientras son muy malas cuando cantan. Así, a imitación suya, lo hizo el trío Garnica-Ascencio, que emitía lágrimas al gemir *¿Dónde estás, corazón?* Y a imitación del cual fueron y aún son incontables los duetos, las hermanas, los tríos. El señor Rubio, a su vez, impuso entre los cancioneros el uniforme más o menos variado que hoy lucen en sus trajes, más de chinos poblanos que de charros, todos los tríos, duetos, hermanos, cuates y demás versiones de Tariácuris, Murciélagos, Calaveras… *et al*.

He mencionado a la radio, y en esta rápida ojeada sobre la historia reciente del teatro en la ciudad de México debo reconocer que ha desempeñado un papel difusor y estimulante de importancia. Muchos de sus valores, de sus recursos, proceden del teatro; muchos de sus valores y recursos han fortalecido al teatro. Desde luego, el mecánico de amplificar el sonido por medio de megáfonos y micrófonos. Así ya no es preciso saber cantar, ni poseer más voz que la íntima, insinuante, casi inexistente, de un Agustín Lara que inició su dominio, su imperio perdurable, en una temporada del vasto, reciente Politeama en que se reveló Toña *la Negra* —toda pudibunda en la pasarela—, surgió Pedro Vargas —sin saber dónde y cómo poner los brazos— y prendió la nueva música acubanada, simultáneamente con la realización plena de la radio, de 1929 a 1933. El teatro, costoso de sostener, escaso de locales, no bastaba sin embargo a surtir los pedidos de talento que la radio empezaría a formularle para aprovisionar de números musicales una atareada agenda cotidiana de 16 horas continuas de vigencia en el aire. Surgieron a auxiliarlo las *carpas* —esta sencilla delicia del barrio capitalino en que el circo se hacía más íntimo y se purgaba de zoología; esta cuna humilde, cesta de Moisés, de muchos valores del teatro frívolo, de los cabarets, de la radio y del cine—, cuando también el cine emprendiera la cruzada folklórica de propagar las fabricaciones sentimentales —tan clase-media-romántica— de Lara y sus discípulos; y los huapangos y los mariachazos estilizados de Barcelata y de los suyos. Así, por las leyes intangibles y hegelianas, tardianas o marxistas, dialécticas de la imitación y del mutuo influjo, la ciudad se fecunda de la carpa al teatro, de ambos a la radio, de la radio al cine y la carpa, el teatro, el cabaret; y de todas partes, rinde su fruto a los hogares a que se irradia la canción que polariza la preferencia unificada de la ciudad; y de ella, a la nación, de que la ciudad es el corazón y el cerebro.

Era ciertamente una lástima no poder llevar a mi amigo esa noche al Palacio de Bellas Artes. Mole imponente, los años de la Revolución vieron hundirse poco a poco, en su pesadez paquidérmica e inconclusa, los sueños porfirianos de lujo exclusivista de que era la tardíamente emprendida expresión. Recibía esporádicos tratamientos glandulares e intravenosos de cemento; se pensaba en adaptarlo a fines prácticos; veía a sus pegasos trotar trashumantes hasta el Zócalo, y regresar. Por fin, en 1934, se inauguró, ampliado por dentro. Alfredo Gómez de la Vega exhumó en su escenario, para honrarlo, al mexicano Ruiz de Alarcón, con su leída *Verdad sospechosa.* A partir de entonces, ya no podría alegarse que careciésemos de uno de los mejores teatros del mundo, con telón singular de cristales cuya

iluminación se anuncia como un número especial en ciertos programas. Y ópera, ballet, solistas y sinfónicas contaron en lo sucesivo con un alojamiento digno de su alcurnia, muy propio para los grandes espectáculos, poco adecuado para la intimidad de la comedia.

Y así, Bellas Artes, con sus galerías de pintura más a mano que hasta San Carlos; con sus exposiciones en el vestíbulo, y su sala de conferencias; céntrico, cómodo, limpio, sirve con eficacia a la cultura —extraescolar y estética, como dicen tan feo— de la ciudad. Sus tres pisos, que sientan a 2 200 espectadores, permiten el popular disfrute de los buenos espectáculos que ofrece, y la Sinfónica de México (obra tenaz de un Carlos Chávez que la inició en 1928 con escándalos modernistas, dominicales, matutinos, en el Iris, y que para algunas temporadas tuvo aun que refugiarse en un teatro Hidalgo desterrado y sólo famoso por sus Tenorios) ha encontrado por fin en Bellas Artes el asiento indicado para su cada vez más firme tarea de educación y rescate del gusto musical de la ciudad. Allí Stravinsky, Beecham, Monteux, Ansermet, Mitropoulos, Stokowsky —y este año, XIX de la OSM[4] Hindemith y Milhaud— se han sentido tan honrados en dirigir, como nosotros orgullosos de que dirijan.

De suerte que el teatro de comedia sigue siendo la desdeñada, la desheredada Cenicienta de una ciudad en que prosperan todos los otros aspectos del arte teatral. Lo cual no es razón de desesperar, ni ha desanimado, a lo largo de todos estos años, a los grupos de aficionados y de autores que ya en el esfuerzo nacionalista de Los Pirandellos; ya en el Teatro de Ulises, o en el Orientación; ya en el Teatro de México —o ya en el Del Pueblo, sobre el mercado Abelardo L. Rodríguez—; o en los más jóvenes empeños del Proa, grupo de teatro de los electricistas, o del Politécnico, se resisten plausiblemente a abdicar del derecho a dotar a la ciudad de México de ese ingrediente complementario de la cultura que es un teatro de comedia superior a los que reinciden en Muñoz Seca.[5]

¿Podría yo concluir estos latos, superficiales, inconsultos informes del teatro en México sin mencionar a aquella admirable mujer que aun pasados los 70 años sigue ejerciéndolo? ¿A la dura *Bernarda Alba* que antes fue *La enemiga* y *La mujer X* para nuestros rendidos padres? ¿A la que ha dado al teatro ya tres generaciones de actores? ¿A aquella cuyo nombre, pero ya no su propiedad, se conserva sobre el pórtico del teatro que luce su amplio busto en bronce —Virginia Fábregas—?[6] ¿Y a María Tereza Montoya? Otros actores —los numerosísimos Soler, Orellana, Sara García— se han fugado hacia la prosperidad fácil del cine. María Tereza no. Andrea Palma, descubierta por Gómez de la Vega, también. Clementina Otero hacia el matrimonio, pero, por dicha, también hacia la continuidad de un teatro infantil apto a cultivar desde pequeños en los nuevos ciudadanos el gusto por el teatro.

Del teatro salimos, para mi infatigable amigo, muy a tiempo de visitar algún cabaret; de asomarnos a la vida nocturna, palpitante, rica, desconocida, remisa, dispersa, de la ciudad. Los supervivientes de la edad de oro porfiriana pasaban muchas noches pecaminosas en concurrir después del teatro a una vieja Academia Metropolitana que se recataba en el jardín de Santos Degollado; en que un afamado Babuco proclamaba a gritos la dedicatoria de sus danzones a los clientes insignes, y junto a la cual danzaba en penumbra, forrada por mallas, una apetitosa y escultural Lydia de Rostov. Pero eso parece haber sido todo. Ahora, en cambio, se nos presentaban muchas alternativas: ¿iríamos, como buenos, ordinarios turistas de recursos modestos y gustos sencillos, a un Patio supuestamente sevillano para ver bailar al Trío Mixteco? ¿Descenderíamos los peldaños del Rossignol? ¿Estaríamos dispuestos a

afrontar las erogaciones, y la compañía, de los prósperos financieros y de los desterrados de lujo en aquel Ciro's que Goggi hizo igualito al de Hollywood para que viniera a quedar en las hábiles manos de Blummy; en donde brota la música de Everett Hoagland alternada con la de Riestra, y que tiene un Champagne Room todavía más caro y boudoiresco? ¿Apetecíamos la relativa soledad del Minuit?[7] ¿El profesado refinamiento de un Casanova ungido para siempre con el recuerdo de que ahí se sentaban Carol y la Lupescu? ¿Nos sentíamos con ganas de aplaudir las variedades cubanas del Sans Souci?[8]

Junto a estas perspectivas onerosas del *upper crust*, era múltiple el llamado de los clubes nocturnos más al alcance de cualquiera. Por allá, cerca de El Toreo, donde con el nombre primitivo de El Retiro y la suculencia de sus carnes asadas con enchilada y refritos don Vicente Miranda cimentó la prosperidad de su Patio llevado al centro, abren todas las noches sus puertas otros centros que pugnan por capitalizar el antiguo prestigio de un Retiro que cambian de nombre, y actúan los Caporales del autor de *Guadalajara, Guadalajara, Guadalajara*, en el Río Rosa. Pero desde los buenos tiempos de un Escargot que Manolo del Valle acabó por resignarse a que fuera hotel, ni las renovadas seducciones de que dotó a su frontero Grillon han sido capaces de volver a descentrar la vida nocturna de este radio por-la-Reforma que tiene por polos al relajiento Waikikí[9] y al apretado Casanova. La vida nocturna, por supuesto, elegante: la que supuse que mi amigo querría conocer; la que tuvo su primera satisfacción, la que dispuso de su primer club de cena con baile en un Abel ubicado frente a Bellas Artes, donde ahora suelen los militares jóvenes hacer sus banquetes en los altos de La Concordia. Un Abel del que la murmuración anunció que Caín lo mataría cuando Caín apareció en la forma de un segundo cabaret, Don Quijote, en los bajos del Regis. La mecha estaba prendida. El Globo, aquel antiguo restaurante porfiriano en la esquina de Madero y Bolívar, en que era tan elegante pararse a contemplar el paseo de la tarde; tan elegante casi como hacerlo a la puerta de Sanborns, se transmutó en el Cabaret Orangerie por gracia de una bizarra decoración de naranjeros de cartón, y tuvo su momento.

Mientras los ricos (y es triste ley que uno empiece a ser rico cuando también empieza a ser viejo, y esto tiene menos remedio que lo otro) se consolaban de su riqueza en nuevos cabarets elegantes, y bailaban un poco, los jóvenes empezaban a bailar mucho, y a su demanda, surgió la múltiple oferta de *dancings* que gestaría la ulterior proliferación de los cabarets baratos. Hubo, en la calle de Tacuba, un Dreamland en que llegaron a celebrarse bailes de resistencia de no sé cuántas horas continuas. Hubo un Parisién en el 16 de Septiembre; Antonieta Rivas Mercado abrió el Pirata por San Miguel; surgieron otros vastos salones de baile por Santa María la Redonda, en torno a —y menos abrumadoramente vastos que— un Salón México que se especializaba en danzones y empleaba a dos o más orquestas.

Se llenaban los domingos, los sábados por la tarde, los jueves. En estos enormes salones de baile transpiraban su salud los muchachos obreros, las *fabriqueñas*, una que otra *daifa tusona*. Pero el ejercicio resultaba más deportivo que pecaminoso, porque sólo la impotencia es pecaminosa, y aquella nueva, redimida, numerosa juventud proletaria de la ciudad creciente, se trenzaba en el jazz con el mismo espíritu fogoso y puro con que jugaría *foot-ball*. Había sido ya rescatada del pulque a la cerveza, de la servidumbre al oficio, del huarache al calzado, del calzón blanco, porfiriano, al universal *overall;* y en días de presumir, a los pantalones *balloon* y la camisa *sport* para revestir sucesivamente la salud del *fifí*, el *tarzán* y

el *pachuco.* Si los ricos rumiaban, ahogaban su vejez en los cabarets de lujo, ¿por qué los jóvenes no habrían de disfrutar su inalienable riqueza en sus *dancings* y en sus cabarets de barrio? Ciertamente, podría ocurrir que estos cabarets solieran degenerar en antros, que en ellos sucedieran excesos y crímenes. Pero constituirían la excepción, y es posible pensar que si en los cabarets elegantes no se registran crímenes, ni nadie mata a nadie, sea porque —como ya lo descubrió Wilde en un doloroso "De profundis" desde su cárcel de Reading— *"The coward does it with a kiss. The brave man with a sword".* Y a los de barrio, sólo concurren los valientes.

Desde hace algún tiempo, quizás desde que los turistas introdujeron la costumbre de ir *slumming,* o sea de parranda por los barrios bajos supuestamente peligrosos (como dicen que hacían en París, para asustarse con los apaches), se han puesto en moda dos lugares ya internacionalmente rivales en fama del Ciro's: un tequilero Tenampa, que es taberna con mariachis, próximo al ex Garibaldi que es hoy el Follies y vecino de los cabarets Agua Azul y Guadalajara de Noche, y un Leda[10] de por el rumbo de los Doctores, a que concurren, para vivir la sencilla ilusión de que en haciéndolo son muy refinados y decadentes, muestrarios surtidos de la literatura, la pintura y el diletantismo capitalinos. Beben cubas libres, se desvelan, bailan, creen divertirse con los *pelados* que, en realidad, son quienes se divierten con verlos (como no sabe uno bien a bien quién disfruta más de las entrevistas dominicales en la isla de los Monos de Chapultepec: si los visitantes, o los monos). Si mi amigo lo apetecía, yo estaba dispuesto a hacer el pequeño sacrificio personal de llevarlo a Leda.

¿Otras formas de capitalizar la noche, más privadas, paradisiacas? Mi amigo —y mis lectores— tendrán que dispensarme de sugerirlas. Si yo redactara una historia o crónica minuciosa de la ciudad, no podría soslayar el discreto detalle de su vida galante nocturna, y tendría que reseñar toda la evolución en cotizaciones, parafernalia y trashumancia que va (para cifrarla en nombres claves de sus más eminentes representantes) de, digamos, *la Francis,* o *la Metates,* a *la Bandida;* evocar rumbos tales como Cuauhtemotzín o el callejón del Ave María número 2 —ejemplo sublime del servicio personal al mayoreo— y llegar hasta la actual oferta explayada por el Paseo de la Reforma, cabe las sombras venerables, augustas y olvidadas de aquellas estatuas cuya biografía conoció y sepultó en un libro el puntual y morigerado don Francisco Sosa. A eminentes corresponsales debo el dato de que la dispersa vida nocturna de nuestros días tuvo sus matriarcas en cierta *Miss Pencil,* que congregaba lo más distinguido de la oferta en carretela azul y racionaba el amor al para entonces fabuloso precio de $ 10.00, mientras por Cuauhtemotzín *Manolo Bicicleto* hacía fortuna de dos en dos pesos con sus pupilas democráticas; por Guerrero, en la calle de la Estrella, reinaba *Marina,* y al rumbo de la Libertad se acogía *Juanita Panadés,* amiga de un compositor todavía no famoso a quien los habituales escuchaban con agrado sin sospechar entonces su brillante futuro.

Pero no era, ni es, ese el caso. Ya para esa hora estábamos rendidos. Y un poco porque asumí que mi comilón amigo lo apetecería; y otro poco por mostrarle la tipicidad en que suele culminar toda trasnochada capitalina que se respete, le llevé a que gustáramos, antes de retirarnos a dormir, los afamados caldos de la Indianilla.

Ya por las esquinas, empezaban a instalar sus vitrinas ambulantes, tenuemente irisadas mitad por el alba friolenta, mitad por un farolillo portátil, los jaletineros.

3. "LETRAS, VIRTUDES, VARIEDAD DE OFICIOS…"

"HOY —advertí a mi amigo mientras desayunábamos— nada de cantinas, restaurantes, teatros ni cabarets. Hoy, pura cultura." "Alta cultura —aclaré, temeroso de una réplica que hubiera tendido a convencerme de que también lo es la civilización que rinde el confort y que depara las 'ocasiones de contento'—. Tenemos mucho que ver, y poco tiempo."

Comenzaríamos, como es justo, por asomarnos a la Universidad. Hacerlo así era seguir el alto ejemplo del Mesa que lleva Gutiérrez a admirar la Pontificia en el primer Diálogo de Cervantes de Salazar. Pero no con la misma facilidad. La que aquéllos miraron en 1554, casi acabada de fundar, daba sus cursos en la casa situada en la esquina de las calles del Arzobispado y el Seminario; y aunque luego, hacia 1561, se trasladó a la hoy primera de Guatemala, y en 1589, después de tropiezos y vicisitudes, al solar de El Volador, no es la misma ni en cuerpo ni en espíritu, ni en facilidad de recorrido, que ésta que íbamos en lo posible a visitar. Para que (si lo apetecía) mi amigo se documentara ampliamente sobre la Pontificia, pensé aumentar mi proyectado obsequio de libros con los dos tomos en que Nica Rangel metió, y vieron la luz de 1931, la *Crónica de la Real y Pontificia Universidad de México, escrita en el siglo* XVII *por el bachiller Cristóbal Bernardo de la Plaza y Jaén.* De sus peripecias ulteriores yo podía informarlo con repetir que durante el siglo XIX ellas empezaron porque don Valentín Gómez Farías la suprimiera en 1833, Santa Anna la reinstalara al año siguiente, agonizara ya cuando Comonfort la extinguió en 1857, no lograra del todo resucitar cuando en 1858 don Félix Zuloaga lo intentó, y el rubio emperador le asestara la puntilla definitiva en 1865.

Ésta es otra, nacida al calor de las fiestas del Centenario por ley constitutiva que firmaron don Porfirio y don Justo ("Libertad y Constitución") el 26 de mayo de 1910, y que se inauguró solemnemente el 22 de septiembre del mismo año. Sus infortunios no acabaron entonces. La Revolución no dejaba tiempo para ocuparse en una obra que había sido, señaladamente, de los *científicos;* y sólo pudo resucitar bien a bien cuando, por 1920, Vasconcelos las podía con Obregón, y fue su rector activísimo, y el restaurador, a la vez, de la Secretaría de Educación Pública. Faltaba aún la autonomía que la nueva Universidad arrancaría tumultuosamente del gobierno en 1929, confirmaría pacíficamente en 1933 —y en que viviría, más o menos, los ulteriores sacudimientos de su natural ensanchamiento—.

Se halla dispersa la Universidad. Cuenta, por mayor edificio, con el viejo Colegio de San Ildefonso, que aloja a su preparatoria. Cuando al fin se construya la Ciudad Universitaria,[11] concluirán automáticamente las algaradas estudiantiles, hijas naturales de la aglomeración inadecuada en que se sofocan los estudiantes, tan en el centro. Mientras esto ocurre, la historia particular de las facultades que la componen ha repetido, ontogénicamente, el calvario trashumante de su antecesora la Universidad Pontificia. Baste a probarlo la muestra —muestra médica— de la Escuela de Medicina, que en 1833 organizó don Casimiro Liceaga en el ex convento de Betlemitas; pasó de ahí al ex convento del Espíritu Santo; de ahí a San Ildefonso en 1838; de ahí, en 1847, a San Juan de Letrán; y todavía en 1851 a San Hipólito, en donde el director y los profesores lograron organizar las clases y establecer gabinetes, laboratorios y anfiteatro. Pero exigiéndoles, a poco, la desocupación del edificio para destinarlo a cuartel, se

produjo la huelga de los estudiantes, y los profesores decidieron dar clases particulares en sus casas, hasta que haciendo un último esfuerzo, compraron el edificio de la ex Inquisición en la suma de $50000.00 y establecieron definitivamente su escuela ahí donde la ves.

La dispersión en que se encuentran los edificios de la Universidad me hacía difícil llevar a todos ellos a mi amigo, a tiempo que me permitía descubrir que en ella perdura la que caracterizó a los Seis Establecimientos de Instrucción creados para el Distrito Federal por bando de 26 de octubre de 1833 que insertaba el decreto del 23. El de Estudios Preparatorios se situaría "provisionalmente" en el Hospital de Jesús; el de Estudios Ideológicos y de Humanidades, en el convento de San Camilo; el de Ciencias Físicas y Matemáticas —el menos trashumante de todos—, en Minería; el de Ciencias Médicas en el convento de Belén; el de Jurisprudencia, en el colegio de San Ildefonso, y el de Ciencias Eclesiásticas, en el colegio de Letrán. Más o menos como ahora se encuentran dispersas las facultades, con todo y que a la fecha la Universidad haya heredado o adquirido locales nuevos para sus nuevas especialidades, como Ciencias Químicas en Tacuba, como un restaurado Mascarones para su Filosofía y Letras y su Escuela de Verano para Extranjeros, mientras conserva otros antiguos como el Instituto Geológico, que levanta su mole clásica frente a la alameda de Santa María, y los dibujos de cuyas plantas tropicales, en la decoración o en las colecciones del Instituto, son obra de José María Velasco.

Pero los chicos son cada vez más, y el trilema (si existe esta palabra) porfiriano de médico, abogado o ingeniero, insuficiente como profesiones de la vida moderna, e injusto como molde para tan proliferados tipos de inteligencia. En 1926, las secundarias atajaron el paso hacia la preparatoria y mostraron a los muchachos otros muchos caminos vocacionales aptos y prósperos del servicio social. Con ello, y con la creación de las escuelas técnicas que hoy conjunta y armoniza el Politécnico, la retacada Universidad respiró un poco; y la ciudad se sirvió a sí misma y a la República al multiplicar las posibilidades de más rápido aprovechamiento del seso juvenil en nuevas profesiones y carreras útiles.

Ya no estamos, ni mi amigo ni yo, en edad de reingresar en la universidad. Al visitarla ahora; al volver a asomarme a sus amplios corredores; al recorrer su gastada escalinata; al volver a ver lo que en ella queda de los frescos de Orozco; al contemplar de nuevo la decoración simbolista que inició los trabajos murales de Diego en 1921 en el anfiteatro Bolívar, discurríamos entre cientos de muchachos alegres y atléticos que charlaban con chicas estudiosas, y yo evocaba con dulzura mis épocas de deudas con *Garambullo*, de pleitos con un Trini ha poco jubilado, pero que en mis tiempos servía a las órdenes de un don Panchito lleno de dolientes juanetes, a quien ya pocos supervivientes de la edad de oro han de recordar.

Siempre está uno, sin embargo (y es un consuelo), en edad de reanudar su contacto con la cultura —a través de los libros—. Y ahí, atalaya firme, avanzada de la preparatoria, sigue como en mis tiempos y como antes la antigua librería de Porrúa Hermanos, cuya callada contribución a la cultura mexicana ha justipreciado tan bien en su *Monografía de 1915* Manuel Gómez Morín. Entremos en ella. Saludaremos a Panchito y a José Antonio, los jóvenes patrones, herederos celosos de los viejos Porrúas que ya descansan. Respiremos el aire venerable de sus altos estantes que han acariciado las manos golosas de los coleccionistas; escuchemos el apagado eco de una discusión entre las sombras, de Genaro Estrada y de Joaquín Ramírez Cabañas. Y veamos cómo entran y salen los jóvenes estudiantes que vienen a

buscar un libro de texto, o a informarse de si ya llegaron más ejemplares de la traducción del *Ulises* al español.

Pasemos, con mi corazón sacudido por el jugo violento de la nostalgia, frente a la Antigua Librería de Robredo. Nos falta la figura señorial de don Pedro, en charla con don Carlos González Peña; nos falta don Artemio, de palique con aquel viejecito dulce y mínimo que sabía tantísimo de todas las cosas, y de las calles de México, y que tenía tan insuperable biblioteca en la amplia, oscura casa a que don Artemio le acompañaba por las noches, y que hoy lleva su nombre, de Luis González Obregón. Porque el tiempo pasa y vamos quedando pocos al margen de su inexorable torbellino, y es una dicha que don Pedro, que nos falta de su librería, se encuentre atareado en su Imprenta Aldina, dando a la estampa, con el auxilio del rubicundo Perico, tantos y tan excelentísimos libros de la historia de México; y que sea por muchos años.

"Si pasará el tiempo —pensé súbitamente en voz alta, mientras mi amigo husmeaba en los escaparates—, que en los míos, los libros viejos no sólo se compraban en Porrúa y en Robredo; ni sólo en un Volador cuyo pintoresco carácter de paraíso colonial describió en su *Pero Galín* don Genaro Estrada, que tan a menudo lo visitaba; sino aquí, afuera del Sagrario, en el suelo, sobre simples tarimas, donde los vendía el señor Ramírez (papá de los hoy prósperos abogados Ramírez Vázquez), gordo y enlevitado con su bombín. Años después, ya por los veintes, un fenómeno inexplicable desparramó por los zaguanes más insospechados un copioso acervo de libros generalmente malos —del XVIII y del XIX—. Un fenómeno que si no enriquecía fundamentalmente las pequeñas bibliotecas privadas que fundaba, sí fomentaba un gusto por la adquisición de los libros que permitiría, ya poco después, la propagación de sus expendios menos austeros por toda la ciudad; que la primera Feria del Libro celebrada en Minería capitalizara, y que hoy, amigo mío, recibe año con año el estímulo popular de las ferias realizadas cabe el Monumento de la Revolución,[12] y ejerce un ya orgánico gusto por la lectura desde la oferta fácil de, por ejemplo, la Librería de Cristal, en plena Alameda."

"Mi biblioteca —solía jactarse Pedro Henríquez Ureña— es la Biblioteca." Y en realidad, hay libros que uno no puede darse el lujo de comprar, por más que lo quisiera. De suerte que la cultura, autodidacta o no, puede también forjarse o redondearse en las bibliotecas públicas. No podría yo llevar a mi amigo, con tan escaso tiempo disponible, a muchas; a ninguna de las pequeñas y populares que Educación ofrece por los barrios, y empieza plausiblemente a construir en los jardines, de acuerdo con el gobierno del Distrito. Pero sí, desde luego, a la Nacional, e informarle, mientras le anunciaba que tendríamos el privilegio de saludar a Vasconcelos, de que fue don Benito Juárez quien el 30 de noviembre de 1867 decretó que "La Biblioteca Nacional, creada por decretos de 26 de octubre de 1833, 30 de noviembre de 1846 y 12 de septiembre de 1857, se establecerá en la antigua iglesia de San Agustín".

Y ahí ha quedado, presidida por aquel Cronos equilibrista, con su apacible silencio de iglesia en que flota el espíritu quieto y laborioso de un José María Vigil que no llegó a concluir su *Historia de la literatura mexicana,* aunque sí compiló, para solaz y cultivo poético de las señoras porfirianas, una formidable *Antología de poetisas* —de cuyo vasto cuerpo sobrevive Virginia Fábregas—, y otra *de poetas,* que dividió en "muertos" y "vivos" y de los cuales, hoy (porque de aquí a 100 años, todos calvos) todos son muertos.

Es curioso, y desafortunado a la vez, que muchas iglesias hayan hecho de tripas corazón

para transmutarse en bibliotecas —o que muchas bibliotecas hayan hecho de tripas corazón para instalarse en el inadecuado local de las oscuras iglesias—. Peor, sin embargo, hay que reconocerlo, habría sido, como diría *el Canillitas*, "chile y l'agua lejos". Pero, como la Universidad su Ciudad, la Biblioteca Nacional, y las otras que están en su caso de refugiadas en iglesias (como la del Congreso), necesitan de locales específicos, nuevos, propios, en que ya se piensa y el primer modelo de los cuales fue por 1921 la entonces muy moderna, limpia e iluminada biblioteca Cervantes, que fundó el actual director de la Nacional.

¿Qué visitaríamos ahora, más o menos por el rumbo en que andábamos y de la especie cultural por mí decretada para las excursiones del día? ¿El admirable Salón de Monolitos del Museo Nacional, de este museo recientemente ramificado hasta Chapultepec y cuya historia detallada podría leer mi amigo en el folleto ahí mismo impreso y redactado por don Luis Castillo Ledón; un museo cuya fundación se formalizó mediante el decreto del 18 de marzo (fecha expropiatoria) de 1825 expedido por don Guadalupe Victoria; fervorosamente patrocinado por don Lucas Alamán, y por fin inaugurado cuando "Hoy, 6 de julio de 1866, el emperador Maximiliano, acompañado de los miembros de la Academia de Ciencias y Literatura, ha inaugurado este Museo Nacional, y lo dedica a los sabios que honran a la patria"?

Si por tal optábamos, mi amigo habría de abrir la boca frente al reproducido y famoso Calendario Azteca; frente a la discutida Piedra de los Sacrificios; frente a la dramaticidad sublime y feroz del Coatlicue; frente a la gracia del Xochipilli. Ya otro día, si había tiempo, iríamos hasta el nuevo Museo de Chapultepec, donde lucen tan bellamente las galas venerables de nuestra historia. Ahora, antes de irnos a comer —porque, después de todo, habría que hacerlo—, le llevaría a asomarse a la Academia de San Carlos, para explicarle que las mejores pinturas de su colección se miran más a mano del público en la Galería de Bellas Artes, del Palacio que anoche vimos por fuera; pero que San Carlos, desde fines del siglo XVIII, ha sido almácigo del arte mexicano, y los auspicios con que inauguraron sus cursos de pintura don Rafael Jimeno, de escultura don Manuel de Tolsá, y de grabado don Jerónimo Antonio Gil, no pudieron ser más fecundos; y que Clavé —iniciador de las exposiciones anuales en 1848—, Rebull (pensionado por la de 1852), Salomé Pina, don Bernardo Couto —Dialogador de la Pintura—, Fabrés, Mateo Herrera; para mezclar nombres y fechas en un caleidoscopio, digamos, impresionista, rindieron a su exaltación los frutos de su celo, y en ella se incubaron —así renieguen de ello ahora— nuestros modernos y antiacadémicos Diegos y Clementes.

Tomé una nota mental más: obsequiar a mi amigo con el folleto sobre *Las galerías de pintura de la Academia de San Carlos*, por Abelardo Carrillo y Gariel, que tan amenamente narra su origen y su historia, y que no hace mucho publicó el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad.

"A tus chicos, cuando los traigas a México, quien los pasee habrá de llevarlos a sitios de cultura a que no consideré indispensables conducirte —como el Museo de Historia Natural de la calle de Chopo, en que hay grandes esqueletos empolvados; como el Zoológico de Chapultepec, que tanto simiesco impulso debió a la perentoria acción del presidente Ortiz Rubio; o como (y son especializaciones contiguas) el de la Fauna y la Flora de ahí mismo, con sus grandes invernaderos y sus hermosas cactáceas—. Comprenderás —proseguí mientras

comíamos— que nosotros no tenemos tiempo para tanto. Y que por lo que en este capítulo de la cultura atañe a otros seres que nosotros los señores de edad, en caso de haber traído a tu señora (como deberías), a ella habríamos tenido que llevarla a esos establecimientos de la ‘cultura estética’ que son los salones de belleza, y cuyo número y categoría constituyen otra de las prendas que adornan a nuestra ciudad.”

En efecto, el viejo Godefroy era antes el único. Vendía postizos para los grandes chongos porfirianos, bisoñés para los calvos no resignados, crema Simón. Cuando, en 1925, las pelonas irrumpieron su moda y los cultos periodistas hicieron chistes consabidos sobre los “cabellos largos e ideas cortas” que habían leído en las ediciones Maucci de Schopenhauer (perdón; eran Sampere), la ciudad no estaba preparada para servir en sus peluquerías masculinas a las señoras que las invadieron. Pero bien pronto ya hubo salones de belleza para ellas solas, que ahora los llenan y hacen cola para ocuparlos y salir de ellos transformadas, metamorfoseadas; ya desde el de Esperanza, a que acude toda la aristocracia, ya desde el de cualquier barrio, que emperifolla a toda la vecindad. Por cuanto a las equivalencias embellecedoras permisibles a los varones, no van más allá de la introducción del *manicure* en las peluquerías, y se ciñen principalmente a los baños turcos, que ya son otros y más que el solo y viejo Harem, en el Regis, exudado por los políticos; en el San Agustín, medio misterioso; en el de Las Artes, tan limpio y cómodo; o en el flamante San Antonio, que es de los “apretados”. ¿La vieja alberca Pane? ¿Has oído hablar de ella? Bueno, pues ahora ahí está el Servicio Cornejo.

El momento del postre provocó en mi amigo curiosidades golosínicas que hube de satisfacer como mejor pude. Que México fue siempre ciudad dulcera parecen demostrarlo, desde la Colonia, no solamente las interminables listas de delicias azucaradas con que don Artemio suele hacernos agua la boca, sino el episodio escandaloso de las damas chocolateras que lo bebían hasta en la iglesia, y que este mismo donoso cronista nos narra al fabricar la historia del chocolate. Pirulíes, bolitas, trompadas, charamuscas, azucarillos, coronitas y varitas de azúcar, alegrías, pepitorias, muéganos, cocadas, calabazates, camotes, mostachones, son gratas imágenes de mi infancia sobre las elementales bandejas de sus pregoneros, o en las esquinas. Y cuando la Salubridad nos hundió el folklore, se recluyeron en la Dulcería de Celaya, del 5 de Mayo, o en La Flor de Tabasco, de Tacuba, o en Bolívar, casi frente a los diputados. Porque con la Salubridad prosperaron las fábricas higiénicas, enriqueció Larín, dejó a su viuda todavía más rica, y no volvió a ocurrir más aventura popular de éxito dulcero y efímero que las paletas, ¡oh, qué bueno! —de Zahler’s—, por 1920 o antes.

A muy semejante, lamentable mexicanización, se ha visto sometido aquel gusto mexicano por las nieves y los helados que hoy se resigna a los *ice creams;* pero que no hace mucho, se solazaba en las delicias torneadas a mano de La Flor de Guerrero —por la siempre ilustre calle de Tacuba— y de El Negrito —que sentaba a uno de yeso a su puerta de la calle de Chile —. Gusto que aún hoy busca las incomparables nieves de frutas de Coyoacán, junto al cine Centenario, o del París, que aglomeró coches en su puesto de la esquina de Artes y París hasta que la ampliación de Ramón Guzmán —o Insurgentes Norte— la desterró a un local vecino en que ha empezado apenas a reanudar su negocio. Y gusto que añora al barquillero de los de limón, y al que entraba a pregonar los *amantecados* que extraía de pequeños tubos, como codicilos, en las vecindades.

Y ese inexorable proceso de mecanización, que empezó para las nieves cuando empezaron a fabricarse paletas heladas (como las que podemos arrojar a los lomos de los villanos en las luchas libres, o lamer con la novia en la oscuridad propicia del cine), ha alcanzado a las aguas frescas, hoy embotelladas y estándar, por más que sobrevivan un poco en las barricas de vidrio con icebergs interiores que instalan sus alegres banderas de líquidos colores, por ejemplo, en un puesto famoso de San Juan de Letrán, junto a Los Tranvías, y aun dentro de aquel túnel mínimo que fue la ingenua contribución de los tempranos treintas al descongestionamiento del tránsito urbano.

Ahora visitaríamos algunas galerías de pintura. Además de los frescos (que otro día admiraríamos), el monstruoso Diego Rivera se ha dado tiempo para pintar cuadros de caballete, que nutrieron y fundaron la primera galería moderna de pintura a la venta en la Central de Publicaciones de Misrachi, en el piso bajo del primer rascacielos de la ciudad, frente a Bellas Artes. De ahí, la colección de Diegos, adicionada con las obras de otros pintores modernos, se ramificó a Abraham González primero y luego a Milán 18 para ser la Galería de Arte Mexicano que cuida Inés Amor, y que es la agencia más eficaz de ventas norteamericanas de los ya caros pintores nuevos de México. En ella vería mi amigo, con la natural extrañeza intrigada de un provinciano que no acaba de convencerse de eso del arte moderno, Tamayos, Anguianos, Lazos, Izquierdos, Chávez Morados, Sorianos, Siqueiros. Luego iríamos a visitar la Gama, donde esa pre-Montell loca y entusiasta que es María Asúnsolo suele esforzarse por reunir, por hacer caber en *cocktail parties* dentro de su estrecho apartamiento de la Reforma, a todos los pintores que la han retratado, y cuyas obras exhibe. Y al paso, nos asomaríamos al local elegante de la Sociedad de Arte Moderno, que nos ha dejado ver en su propio jugo a genios tan considerables como Picasso y Álvarez Bravo.

Porque México —¿necesito decirlo?— ha alcanzado una categoría de metrópoli artística que debe en mucho a sus excelentes pintores; que deriva de su escultura azteca, nutre en sus retablos religiosos, fortaleció en sus pulquerías, popularizó con la letra en su Posada, cultivó en sus Escuelas de Pintura al Aire Libre, y fomenta con sus exposiciones frecuentes, privadas y colectivas como la del 20 de Noviembre.

También, claro, si mi amigo lo apetecía, podría llevarlo a buscar antigüedades: a las Galerías Ordaz, o a La Granja, a las otras de Bolívar, si quería gastar mucho; o a las modestas, escondidas, atestadas, polvorientas, del Factor o de Mixcalco. Donde veríamos que, pasada la moda, o agotadas las reservas, de lo colonial, ahora los coleccionistas buscan muebles, cuadros, negrillones, porcelanas y objetos afrancesados del XIX. O podía llevarlo a las tiendas (tan a mano de su clientela tejana) de curiosidades mexicanas: sarapes, petates, vidrio, loza, que debutadas hace un cuarto de siglo en el Aztec Land, de Madero, hoy Artes de México, culmina y aplica a la decoración moderna de las casas y a su servicio con charolas de hojalata, entre otros muchos establecimientos semejantes. O si quería llevarle a su esposa un recuerdo valioso de su visita, compraríamos plata fina en Ortega o en Sanborns o en la mera mata de Sadi Carnot, con Maciel, o a la modernosa de Spratling, en Calpini, con partes de palo de rosa.

Como tampoco pertenezco (el tampoco lo digo por el Club de Banqueros y por la YMCA) al Club de Leones, al Rotario ni al PEN, no pude asomar a mi amigo a las actividades de estas otras agencias alternas de la cultura. Pude sólo informarle, de más o menos segunda mano, que

los primeros tienen su cueva en algún sitio desde el cual rugen ocasionales beneficios urbanos o públicos; que los rotarios son hombres de negocios muy atareados que los martes devoran juntos un *lunch* no muy pesado, que ameniza la ilustrativa y obligadamente breve charla de algún especialista que, como ellos, ha de levantarse de la mesa a las tres en punto; y que el PEN Club, fundado hará 25 años por Genaro Estrada con comidas en El Globo, ha resucitado recientemente a reunir a muchos escritores que suelen comer juntos en el restaurante del Palacio de Bellas Artes, y a veces se leen mutuamente sus cosas. Pero si, en cambio, tenía ganas de instruirse un poco dentro de mis medios, revisaríamos el periódico para saber qué conferencias había esa noche en El Colegio Nacional, o de la Sociedad de Geografía y Estadística, o de la Alzate, o del Instituto Francés de América Latina, o en Bellas Artes, o en El Colegio de México, o en la biblioteca Benjamín Franklin.

"Y no creas (advertí a mi amigo, que se mostraba ya bastante más fatigado por un día de alta cultura que por el gastronómico y parrandero de la víspera) que la intervención del bello sexo en la civilización capitalina se reduce a los ejemplos de que son espejo María Asúnsolo o Inés Amor, o Susana Gamboa, o la Licha Lacy —o, por su escénica parte, las ya mencionadas actrices de comedia o de cine—. A veces —como la indispensable Sor Juana— nacidas fuera de la capital, en ella se asentaron, nutrieron su cultura y empezaron a emanarla irradiándola, ya por sí, ya por la interpósita persona moral de sociedades femeninas como la UFIA, abnegadamente consagradas a más altas tareas que las consideradas antaño 'propias de su sexo'. El tipo de la Culta Dama no es ciertamente la invención arbitraria, enteléquica, de un escritor capitalino burlón quizá, pero sin duda verídico. Ese tipo define y conjuga a las ilustres señoras que patrocinan (como lo hizo Antonieta Rivas con el Teatro de Ulises y con la Sinfónica) a un arte o al otro. Te diré unos cuantos nombres, ante los cuales me descubro, y que incluyen el de Ana Guido de Icaza —Luis de Baviera de los Wagners a mano—; el de Amalia G. C. de Castillo Ledón[13] por el feminismo menos extremado que el de Esther Chapa; el de Margarita Urueta de Villaseñor por el teatro; el de Rosa de Castaño en la novela; el de catalina D'Erzell en la lágrima redentora; el de Adela Formoso de Obregón Santacilia por la cultura en general, y en particular contra la ceguera y en pro de una Universidad Femenina con profesorado autodidacta de *Excélsior*. Otros nombres ilustres de mujeres que comunican a la capital el brillo de sus capacidades son los de Helia Bravo, que sabe de cactáceas; de Elodia Terrés y de Rita López de Llergo, geógrafas. En Palma Guillén, ¿no ha expedido el servicio diplomático mexicano a su primera Kollontai? Y para concluir —a sabiendas de que el tema, para verse por completo agotado, pediría mayor tiempo y mayor espacio—, ¿no está furiosa María Izquierdo porque no la dejan pintar como ella sola sabe las paredes del Palacio del Gobierno del Distrito? ¿No fue Esperanza Velázquez Bringas directora de la Biblioteca Nacional antes que Vasconcelos y después que Vigil? ¿Y no evidencia doña Elena Iturbe de Amor la generosidad, que es cultura del alma, al presidir las actividades de la sociedad Protectora de Animales?"

4. "ORIGEN Y GRANDEZA DE EDIFICIOS…"

“A TODO señor, todo honor.” Iniciaríamos en el Zócalo nuestro recorrido de grandes edificios, nuestro itinerario un poco undívago, libérrimo, del día. Es una hermosa plaza, modelo suntuoso —con su catedral a un lado, sus portales a otro frente al Palacio del Gobierno— de las lindas plazas de todas las antiguas ciudades mexicanas. Pero aquí las cosas se hicieron a lo grande, y a todo lo largo de su costado oriente se explaya este Palacio Nacional cuya “estatura de niño y de dedal” dejó de ser el calificativo justo que era cuando se lo aplicó en su *Suave patria* un López Velarde que moriría —tan joven, tan rubicundo en su *jacquet*— en vísperas de que ese niño creciera un piso y recuperara su tezontle para vestir de gala en cuanto, pasadas las Fiestas del Centenario de la Consumación de la Independencia, en 1921, el reformador, comodino Pani, le puso la mano encima y lo hermoseó entre 1923 y 1926.

“Estamos ya en la plaza. Examina bien si has visto otra que la iguale en grandeza y majestad.” Y mis palabras, que repetían las de Zuazo a Alfaro en el Diálogo Segundo de Cervantes de Salazar, tuvieron por respuesta la misma que en 1554 emitió aquel maravillado visitante: “Ciertamente que no recuerdo ninguna, ni creo que en ambos mundos pueda encontrarse igual. ¡Dios mío! ¡Cuán plana y extensa! ¡Qué alegre! ¡Qué adornada de altos y soberbios edificios! ¡Qué regularidad! ¡Qué belleza! ¡Qué disposición y asiento! ¡En verdad que si se quitasen aquellos portales de enfrente, podría caber en ella un ejército entero!”

El sensato deseo de Alfaro se ha visto satisfecho. Junto a las viejas casas de Cabildo, el antiquísimo portal de las Flores,[14] amplió el pasaje de la Diputación para abrir, con la magnífica avenida 20 de Noviembre, la perspectiva señorial que merece la más hermosa, la singular, la única plaza de armas de todo el Nuevo Mundo. Allí donde El Volador asombró a los conquistadores, yérguese ahora, por obra de gobiernos juiciosos, un moderno y austero Palacio de Temis. Allá donde La Colmena tantos años decayó su pesada grandeza mercantil, herencia de los tiempos en que todo comercio cumplíase en la Plaza Mayor, se acaba a toda prisa el edificio que armonizará con el noble asiento de un gobierno del Distrito que hereda el señorío del Ayuntamiento. Y al lado poniente, desde el Refugio hasta el Arquillo, desde el 16 de Septiembre hasta el 5 de Mayo, dicen que ya se piensa en enaltecer la arquitectura de los edificios que ahí desentonan con la cabal belleza de los otros tres lados de tan magnífica plaza. ¿Su historia? No seré yo, pobre de mí, quien aspire a la jactancia de referírtela. Sólo he de decirte que es la suya la historia toda de México: la de nuestra fe, divina y humana, desde que en esa plaza se erguían vecinos el Gran Teocalli y la residencia de los reyes aztecas; desde que empezó la fábrica laboriosa, lenta labor de siglos, de su catedral incomparable, y la más premiosa, cauta y defendida de su palacio virreinal; desde que —¿en 1804?— presidió su noble amplitud ese cornúpeta cabalgante que ahora se mira reducido a su nombre descriptivo de *Caballito,* y aun de *Caballito de Troya,* en el cruce de Bucareli, la Reforma, Ejido y Rosales, abochornado entre automóviles, apenas esporádicamente dueño de la malpuesta reverencia que suelen rendirle los inditos que se persignan ante él, tomando a Carlos IV por el Señor Santiago; desde que aquel primitivo columnista periodístico que era *el Pensador Mexicano* ponía en la boca imaginaria del eficaz Bucareli su protesta contra la suciedad de una plaza en la que había que andarse con tiento “para no pisar en blandito”; desde que su Palacio (y para deleitarte con el detalle de su historia léela escrita por don Artemio) miró al pueblo en el Zócalo amotinarse o exaltarse, manifestar su vida, protestar o aplaudir, reunirse jubiloso o aguardar entre vendimias y llovizna el Grito de la noche patriótica del 15, y el

alborear lleno de cohetes del Año Nuevo. Las horas de México —trágicas, dichosas, intensas— siguen sonando, aun ya sin que se les escuche (como un discreto corazón) desde el reloj y desde la desterrada campana del Palacio; y lucen áureas y fervientes desde la catedral. Tianguis, plaza; audiencia, excomunión, gobierno; ajetreo de caballos y coches antes, hoy de mercaderías y automóviles; colmenar siempre, en el Zócalo se labra y acendra y destila la miel de México.

¿Por dónde empezar, una vez aspirado el aire vastísimo de la Plaza Mayor, nuestra visita de los edificios que la circundan? El asiento de un Volador que conocí aún mercado de viejo y de nuevo, y que hace apenas un lustro se transmutó por fin en el Palacio de la Suprema Corte, me indujo a mostrar a mi amigo la belleza agresiva, dramática, patética, de los frescos con que lo ha decorado José Clemente Orozco, este agrio genio. Luego entramos en el Palacio Nacional —yo con el susto que me mete siempre en el cuerpo verme a tiro de los soldados que guardan su puerta principal—, y tuvimos la suerte de sorprender a Diego Rivera mientras pintaba los frescos apacibles y bellos de un corredor, la parte más nueva de una obra gigantesca y equilibrada de decoración mural en que va exponiendo, a partir de la monumental escalera que la resume toda, y en que podemos reconocer a tantos personajes, la historia de México. Ahora le ocupa la descripción pictórica de los oficios y las artes de los mexicanos. Mi amigo se paró, extasiado (convencido por fin de que el arte moderno puede ser bueno si quienes lo practican saben su oficio, y deforman la figura porque así se los pide la expresión, mas no porque así se los imponga la incapacidad), frente a aquellas naturalezas muertas, perfectas, del tianguis. Hube de repetirle (pues el tiempo apremiaba y no lo teníamos para entablar con Diego una charla que nos habría cautivado por horas y horas de fábula fabulosa) que en el libro de don Artemio sobre el Palacio Nacional podría más tarde y más en paz completar su conocimiento de todos sus rincones, ahora invadidos por premiosos empleados, solicitantes y soldados, funcionarios e investigadores; porque ahí, dentro de ese Palacio "que más parece una ciudad", despacha el Presidente de la República y sus secretarios de Hacienda y de la Defensa, y hay multitud de otras oficinas y dependencias importantes del gobierno.

Cruzamos (con peligro de nuestras vidas) hasta la catedral. El Sagrario nos mostró su encaje de piedra, hermoso anuncio y anticipación de los múltiples tesoros del Museo de Arte Religioso que se aloja por la calle de Guatemala, en lo que fue capilla de las Ánimas. Entramos luego en la nave solemne del Templo Mayor —recorrimos con veneración y recogimiento sus altares, admiramos la sillería del coro, y noté yo las felicísimas obras de restauración tan celosamente llevadas al cabo por este activísimo arzobispo indígena y aerodinámico que es Su Ilustrísima Luis María Martínez—.[15] Gracias a él, que no repara en modernizar su apostolado y su actuación, pronto podremos atesorar en una obra insuperablemente compuesta e impresa, la larga, fecunda, honrosa historia de la catedral de México. ¡Y qué tentado estuve de inducir a mi amigo a trepar la estrecha escalera que conduce a las torres eminentes de catedral! ¡De ver desde su altura, como en las "pintas" de mis tiempos de escolapio, el apacible panorama de azoteas del México viejo, a que atreven ya su simplicidad de concreto los rectángulos de la arquitectura moderna; en que naufragan como enormes, irisadas boyas, las cúpulas ahogadas de conventos e iglesias; en que aún abren los patios solariegos la respiración enclaustrada de sus arquerías, desahogadas en las tardes de lluvia repentina por las canales labradas que vierten chorros límpidos y cantarines hacia los

patios enlosados!

Luego que mi amigo recorrió los frescos de Diego en Educación; que reconoció el rumbo que ayer anduvimos; que le mostré la Aduana, la ex Inquisición, Santo Domingo; que vio a los mecanográficos herederos de los *evangelistas* del Portal, volvimos a ese punto incomparable de referencia y partida que es el Zócalo, para orientar el resto de nuestro itinerario del día. Con fina gracia, la ciudad se cierra, se ataja, las avenidas, con un edificio que lo vale. Así, desde San Francisco (Madero) se puede avizorar el bello oasis del Palacio Nacional; o desde el 20 de Noviembre, la catedral; o desde el 5 de Mayo, el Palacio de Bellas Artes; o desde la Juárez, el Monumento de la Revolución. No nos gusta, como a los yanquis, la monotonía en serie de una avenida, de una calle, sin principio ni fin, de un *Main Street*. Las rematamos con un broche de oro, y sin duda por eso hubo en la Colonia tantas calles cerradas de esto y de lo otro de las que muchas sobreviven. Una comunicación larga, o las que sean indispensables para vincular armoniosamente a la ciudad, sí, por supuesto. Las hubo siempre: cuando los aztecas disponían de dos principales —la de Ixtapalapa y la de Tlacopan—, su convergencia determinó por lógica geométrica el *centro* de Tenochtitlan. Ahora las hay, en los mismos cruzados sentidos cardinales, en un Paseo de la Reforma que extiende la ciudad hasta la carretera de Toluca, más allá de las Lomas, y en un Insurgentes que se trueca en la doble y expedita comunicación con Acapulco, al sur, y con Laredo, hacia el norte.

Yo me había propuesto mostrar a mi amigo "origen y grandeza de edificios", y así, a fin de liquidar en lo posible lo antiguo, visitamos el noble Palacio de Minería, obra que ocupó a Tolsá de 1799 a 1813, y cuya historia relata puntualmente, citando a Manuel Francisco Álvarez, el mismo marqués de San Francisco a cuyos empeños debe Tolsá que no sigamos llamándole *Tolsa:* arquitecto "más feliz con el compás que en la cimentación", como lo prueban Minería, o el Loreto de su discípulo Castera; o ya menos aquellas casas de Pinillos o del marqués del Apartado que, ya muy reformadas, alojan a la Lotería Nacional (después que a la Tabacalera) y a la Secretaría de Economía, mientras le terminan a aquélla su chupado rascacielos equilibrista. Frente a la pureza de Minería —pureza neoclásica—, el italianizante Palacio de Comunicaciones no pareció a mi amigo tan bello, ni el vecino Correo. Dio a ambas de obras bárbaras de un porfirismo ciego ante la validez de la tradición arquitectónica mexicana, hija renacentista, pero directa (y por ende rica y fecundamente mestiza) (¿y el Renacimiento no es feliz mestizaje?), de la española, y no necesitada, para evolucionar biológicamente, de los injertos anafilácticos, postizos y por ello rápidamente desechados y sin arraigo, de los estilos europeos que propagó un siglo XIX culminado —¡horror de horrores!— en la torre Eiffel, y culpable de que se fabricaran en México casas con *mansarde* y techos inclinados de lámina repujada para recibir la nunca advenida decoración de la nieve…

Como no llevara a mi amigo a Chapultepec (adonde iríamos otro día), poco sobrevivía en el Centro que enseñarle de edificios antiguos. Echamos a andar por Madero, para ver el Palacio de Iturbide, el de los Azulejos, el mascarón que indica en Motolinia (antes Espíritu Santo) el dudoso nivel a que llegó el agua durante la inundación del "aguacero de San Mateo" en septiembre de 1629, que además no fue el único a punto de ahogarnos (1550, 1580, 1602, 1691, 1692, 1707, 1714, 1747, 1763, 1764, 1792, 1795, 1806, 1819, 1856, 1895, son otras tantas fechas de inundaciones más o menos graves de una ciudad salvada de las aguas). Y como otro día veríamos especialmente las iglesias, de que en Madero quedan San Francisco y

La Profesa, volvimos a la esquina de San Juan de Letrán y contemplamos, al sur, la flamante y ancha avenida de San Juan de Letrán perderse hasta el Niño Perdido, y restaurar, poco a poco, la comunicación antigua por aquella Garita con San Ángel, hasta cuya hacienda de El Altillo en Chimalistac (¿fue allí donde el famoso *Relumbrón* contrajo el vicio nefando del juego?) creo que se piensa abrir al tránsito diagonal y directo.

Al poniente, se ofrecía a nuestros ojos el espectáculo bullicioso de la avenida Juárez. La recorrimos, sin hallar, fuera de un Corpus Christi de olvidado callejón, perentoriamente cismático con aquel padre Pérez, edificio antiguo superviviente ni digno de atención.[16] Nuestra Gran Vía Blanca se adorna con rascacielos, desde que levantó el primero en La Nacional (que hoy Seguros de México mira tan por encima del hombro). Con ellos parece ir vengando a las ocho capillas eslabonadas para el ejercicio del Vía Crucis; al Hospicio de Pobres; a la Acordada, que un siglo que amaneció rectificador para acabar porfirista, había ya empezado a derribar por 1825, para sustituirlas más tarde por mansiones afrancesadas que hoy, reivindicadores y prácticos, sustituimos por muestras rápidas y airosas de la nueva arquitectura. Las antiguas calles del Calvario, la Alameda y Corpus Christi, que hoy uniforma el nombre del Benemérito que las preside sentado en mármoles, han tenido mejor fortuna en modernizarse que su paralela norteña, la avenida Hidalgo. Conserva aquélla su San Hipólito (ex tianguis tan “fuera de la traza”), su San Juan de Dios y su Santa Veracruz, y con estas iglesias, un aire desolado, conventual y tristón, renuente al progreso, remiso a la iluminación, al tránsito, al comercio: un aire fúnebre, que no logra conjurar el nutrido culto de los martes al milagroso San Antonio de San Juan de Dios, y que puede deberse a que entre ese templo y el de la Santa Veracruz las coronas luctuosas nos hablan de una muerte que pasos adelante se vuelve real, espantosa y organizada, en las agencias de inhumaciones que nos recuerdan lo que no gustamos de recordar.

Seguimos, pues, por la avenida Juárez, hasta el *Caballito*. Nos salió al paso la arrogancia —restañadas las heridas del temblor que lo desafió— del rascacielos del muy verde Pedro Corcuera. Al fondo de la calle del Ejido, feliz asiento de las animadas Ferias del Libro, vimos el monumento con que la Revolución resolvió el problema de un Palacio Legislativo washingtonto que el maderismo dejó en los puros huesos. Y a nuestra derecha, el rascacielos de la Lotería Nacional, ya mero a punto de casi ir a estar casi por completo terminado.[17] Ahí estaba —yo lo vi— el palacio afrancesado del afamado don Ignacio de la Torre. Y ahí estuvo —eso yo no lo vi— la plaza de Toros del Paseo; porque el de Bucareli, donde rugen hoy los periódicos, era un paseo, y otro, el Nuevo, que le dio nombre la actual calle de Rosales. Toros, lotería —como hoy—. Las Piedras —las primeras piedras— rodando los siglos se encuentran.

Ahora transitábamos por pequeñas, estrechas calles todas nuevas, bordeadas por provisionales casas de “apartamientos”. Algún árbol superviviente, respetado, caduco, aislado, nos indicaba que todo aquello —hasta hace tan poco como lo evidenciaba la edad visible de las casas— había sido un jardín, el de la Tabacalera, y un Tívoli, el famoso de San Cosme, del Elíseo, la evocación de cuyas maravillas gastronómicas podría mi amigo leer en los recuerdos de García Cubas, o en aquel *Pacotillas* del doctor Parra que allá lleva a hartarse a sus lisonjeros personajes. ¡Oh, *kermesses* del Tívoli! ¡Oh, último y desaparecido asiento campestre de la gula política o enamorada! Unos años después, cuando el Parque de la

Bombilla de San Ángel, que reunía las condiciones vegetales y culinarias del Tívoli, quiso emularlo, ya sabemos lo que ocurrió el 17 de julio de 1928 entre un falso dibujante y un auténtico candidato reelecto, durante una comilona. Y ya vemos que, como el Tívoli, la Bombilla cedió su puesto a la urbanización, sólo que allá monumental y expedita, y en el Tívoli, de "apartamientos" y de "auteles" para refugiados españoles y turistas modestos.

Dejado atrás el sencillo Monumento de la Revolución, un abanico de "colonias" desafiaba nuestra perentoria capacidad de recorrerlas. El insoluble problema de la nomenclatura de las calles de la ciudad tiene seguramente su origen en el modo acromegálico e imprevisible con que ella se ha desparramado al crecer. Cuando "la traza" contenía a los españoles, era fácil que un convento, o que un incidente recordado, o aun que un objeto (como el Relox), dieran sencillo nombre a una calle; o un oficio —tabaqueros, plateros—. Pero más tarde, al desbordarse la "traza", empezaron las dificultades y el viacrucis, quizás precisamente con el Calvario. La historia porfiriana, híbridamente positivista, mocha, científica, europeizante, patronímica, romántica, expresaba sus estados anímicos al bautizar las nuevas calles de las nuevas *colonias*. La fe en la medicina propiciaba la de los Doctores; Soto, Zarco, Guerrero, Mina, se miraban perfumados por Tulipanes, Magnolias, Mosquetas, decorados por Estrellas y Lunas; la botánica forestal alternaba en Santa María la Ribera con la floricultura —Chopos, Cedros, Naranjos, Pinos, Nogales—; San Rafael honraba con la inmortalidad de sus calles a los románticos y a los positivistas —Guillermo Prieto, Rosas Moreno, Manuel María Contreras, Icazbalceta, Altamirano, Gabino Barreda, Alfonso Herrera—. Los que habían ido a las Europas, lo subrayaban con vivir en la flamante colonia Juárez, llena de Hamburgos, Vienas, Liverpooles, Londres y Nápoles; y sólo una tardía ola de compensador nacionalismo geográfico dio a una colonia Roma (pero *Roma)* nombres de ciudades mexicanas para sus Pueblas, Chihuahuas, Zacatecas, Guanajuatos, Tabascos.

Así, por grupos de conocimientos, no les era a los padrinos de calles tan difícil seguir, como sí era imposible que uno, pobre de uno, siguiera pudiendo, a la vez que ser un sabio en todas ciencias y artes, recordar o adivinar dónde les había ocurrido a esos sabios en todas ciencias y artes ubicar y entrelazar a poetas y dicotiledones, o cruzar a Guanajuato con Jalapa. Nadie, empero, reparó a tiempo en el problema, que se dejó engordar, cuando al triunfo de la Revolución las colonias se extendieron y proliferaron, y la flamante Cuauhtémoc (de que fueron simultáneos exploradores el olvidado Paulino Fontes —Pánuco y Neva— y el inolvidable Palavicini —Rhin y Lerma—) mezcló las caudalosas aguas del Amazonas con las del Pánuco y el Nazas, las del Rhin con las del Lerma, para ulterior asfixia de los inexpertos en nataciones callejeras tan contradictorias. Y ahora que Cuauhtémoc ha derramado sus caudales fluvios hasta la antigua calzada de la Teja y de la Verónica; que se da la mano enguantada de rascacielos con Anzures y los Morales; y éstos con Polanco, y Polanco con las Lomas, en un hermoso, impresionante desarrollo urbano que sigue al Sol, el catálogo de los ríos amenaza agotarse, y las tribulaciones mnemotécnicas de los transeúntes acabarles la vida, cuando tratan de pronunciar con ortodoxia los hombres ilustres (y de llegar a las calles amplias y bien trazadas) de Leibnitz y de Chateaubriand, de Masaryk y de Tennyson. Y el problema no es menor, sino apenas menos frecuentemente advertido o señalado, en aquellas colonias con que la ciudad, hacia el sur, se ha unido a Tacubaya, Mixcoac y San Ángel por el eslabón antiario del Hipódromo, o hacia el norte más allá del moderno puente de Insurgentes,

desde el que se mira palpitar, a lo largo de Nonoalco, de Tacuba a la vieja calzada de Guadalupe, la vida fabril, industrial de la ciudad, a mano de sus transportes ferrocarrileros centralizados en Buenavista desde que el progreso urbano los expulsó de una estación Colonia que hoy miramos, mi amigo y yo, sustituida por un limpio, ancho, hermoso, asoleado parque.

Pero el "problema" de la nomenclatura, para volver a él: ¿es realmente un problema —y no una muy especial solución— de la ciudad? ¿Urge tan perentoriamente resolverlo con, por ejemplo, numerar las calles y cruzarlas con avenidas también numeradas? ¿No es esta confusión, este romántico *fausticismo*, una de las formas cautivadoras y legítimas en que la ciudad escatima su rendición a los extraños, y sólo al precio de conquistarla poco a poco, de cortejarla, de amarla mucho, entrega al fin su rico secreto —recatado y difícil— a quienes la adoramos tal como es?

5. "GOBIERNO ILUSTRE, RELIGIÓN, ESTADO…"

"RELIGIÓN y Estado —admonicé a mi amigo a manera de prólogo o advertencia antes de consagrar el día a mostrarle los asientos más notables de una y de otro— hace tiempo que en México, como recuerdas, dejaron de hablarse. En realidad, no se llevaron nunca muy bien. Sus dimes y diretes coloniales sirvieron a Riva Palacio para urdir en la trama de sus novelas los motineros episodios con pleitos de arzobispos y virreyes que deleitaba a Garatuza enredar, y que hacían de conventos e iglesias los *sagrados* a que solían acogerse los perseguidos por la justicia de los hombres. Ni aun entonces, lo sabes bien, eran una sola entidad religión y gobierno. Pero a partir de Juárez, su divorcio fue definitivo. Pienso que esta bifurcación de funciones incompatibles ha sido en todas partes hija natural del progreso y forma lógica de una especialización cada vez más detallada de oficios, negocios y labores. El gobierno mismo (para dejar aparte la majestad conservadora de una Iglesia cuyo reino es inalterable, como su ceremonial, porque es aquél otro cuyas complicaciones no conocemos) ha tenido que irse adaptando a una creciente complejidad de las actividades públicas que reclaman su intervención —o que la padecen—. Y así nuestro sistema político de tres poderes, cuya residencia es la capital de la República, si ha mantenido al Legislativo sin más alteración que la reciente que amplió (¿o que redujo? No estoy enteramente seguro, pero creo que no importa mucho) el número de sus representantes, y al Judicial más o menos en *statu quo*, se ha visto en cambio en la progresiva necesidad de aumentar el número y la importancia de sus agencias ejecutivas, de cada una de las cuales —y aquí termina el prólogo— he de hablarte con brevedad conforme las visitemos."

Ya no volvimos a Palacio. Simplemente recordé a mi amigo que allí funcionan, además de las oficinas de un Presidente que ha solido despachar en un alcázar de Chapultepec en que también solió residir, que ha sido Colegio Militar y que ha venido a quedar en adecuado museo, las secretarías de Hacienda y de la Defensa. El secretario de Hacienda se ocupa en las finanzas y maquina las leyes y las disposiciones que permiten el funcionamiento de los muchísimos bancos de que es central el de México, impresor de nuestra moneda, que en los tiempos antiguos acuñaba una casa de noble historia que hoy no sabría decirte en qué se ocupe.

La prosperidad a que Hacienda ha llevado al país se advierte, por ejemplo, en la existencia del Club de Banqueros y en la circulación de billetes de la alta denominación de 10 000 pesos, que condescienden a coexistir con los de un peso, mosca.

Por cuanto a la Secretaría de la Defensa, funciona allí, en Palacio, con frente a la calle de la Moneda, pero ya ha de ser por poco tiempo. La idea —creo que originalmente del general Amaro, que tanto hizo por la dignificación del ejército revolucionario— de una Ciudad Militar fundada por las Lomas, al sureste de la capital, es ya una completa realización. La estatua de un soldado más o menos desconocido marca su entrada, y el Hospital Militar, y los cuarteles en que los conscriptos se refrenan hasta el sábado, sus primeras y hermosas obras concluidas, cerca de las habitaciones para familias de oficiales y del nuevo edificio en construcción de la Secretaría de la Defensa, que así quedará próxima a la de Marina, porque también hay por allá marineros de tierra que la indican o representan. Supongo que el Colegio Militar, que ha permanecido en San Jacinto desde que el general Amaro lo instaló ahí; pero que, como la antigua Escuela Nacional de Agricultura emigrada a Chapingo a causa del creciente urbanismo, sufre sus embestidas, también acabará por irse a la Ciudad Militar, y que le acompañará la Escuela Superior de Guerra hoy desterrada hasta Contreras.

Fuera, pero cerca de Palacio, quedan por la antigua calle del Reloj, hoy Argentina, las secretarías de Economía (ya mencionada en la página 206 a propósito de las obras de Tolsá), que al madurar ha producido otras especializaciones, como la del Trabajo, que antes (Industria, Comercio y Trabajo) abarcaba; como Conciliación, o como la Dirección General de Estadística y la de Educación, que ayer visitamos, y que maneja y rige a multitud de escuelas de todos los tipos —primarias, secundarias, normales, técnicas—, bibliotecas, salas de conferencias.

También vimos ayer —¿lo recordaba mi amigo?— las fronteras secretarías de Agricultura y de Comunicaciones. Muchas dependencias autónomas son hijas naturales de la primera por el progreso de que hablábamos: el Departamento Agrario, la Dirección de Irrigación, los bancos Agrícola y Ejidal. Pero Agricultura se mantiene educativa y útil, con su hermosa Escuela de Chapingo; sus viveros de Coyoacán surten de árboles y sus estudios fitopatológicos son inapreciables, como son hermosas las ferias y exposiciones de la flor que anualmente organiza y que coinciden con las alegres caninas; y muy interesantes y demostrativas las ganaderas y agrícolas que ya el invierno pasado no pudieron hacerse en San Jacinto y que lucieron poco en Monterrey. Si todo marcha bien, ojalá Agricultura se instale —a ejemplo cuerdo de la Ciudad Militar— por sus viveros, con todo lo necesario.

Por cuanto a Comunicaciones, instalada en su ostentoso palacio que ayer también miramos,[18] ha complicado sus tareas desde que los hombres han multiplicado sus comunicaciones y vínculos: correos, telégrafos, radio, carreteras, aviones y (para que nada falte a fatigarle, y a todo el mundo) no uno, sino dos teléfonos, rasgo que nos confiere una estimable singularidad universal. La historia de nuestras comunicaciones es muy interesante, y digna de emprenderse su amena exploración: desde el tameme hasta el aeroplano. Y ya hay algo explorado. Si no recuerdo mal, un señor Ortiz Vidales hurgó la historia de la arriería en México.

Pasamos de prisa frente a una Secretaría del Trabajo que por reciente, como su sencillo edificio, carece de leyenda.[19] Pasamos, con idéntica celeridad, frente al palacio porfiriano de Bucareli en que se aloja la Secretaría de Gobernación, atareada en asuntos tan misteriosos

y complejos como la migración, los gobernadores, el espionaje y las elecciones.

Tampoco nos llevó mucho tiempo ver desde afuera la flamante Secretaría de Marina, con sus guardias vestidos de niño chiquito a la puerta, en la estrecha y nueva calle de José Azueta que sale a Juárez y que haría, imagino, la espalda del Hospicio de Pobres colonial. Ni, a decir verdad, la Secretaría de Relaciones, a quien un Pani, tan empeñado en hacer crecer a los edificios públicos un piso (Palacio Nacional) que no paró hasta no darle muchísimos a su privado y público hotel Reforma, añadió un piso para que en él bailaran, bebieran y comieran los reumáticos y dispépticos diplomáticos. En realidad, no es muy de lamentar que la magna continuación proyectada por el plano regulador, del Paseo de la Reforma, vaya a llevarse de corbata a la Secretaría de Relaciones.[20]

Otra vez por el Monumento de la Revolución señalé a la atención de mi amigo dos nuevos edificios oficiales: la Dirección de Pensiones Civiles de Retiro y la Procuraduría del Distrito (porque la otra, la General de la República, ocupa el del Arzobispado en la avenida Brasil, y acaso a ello se daba el aspecto abacial y beatífico del procurador Aguilar y Maya). Por ese rumbo más o menos, a espaldas, digamos, del *Caballito,* el Seguro Social se ejerce desde un modesto edificio moderno.[21]

Nos faltaba ver Salubridad y Asistencia, secretaría que si es nueva como tal, no lo es porque hasta su erección fusional haya coincidido con la del hermoso, funcional edificio que ocupa frente a Chapultepec. En realidad, este edificio cumplió el deseo del emprendedor doctor Gastélum, desde los veintes, aunque no le cumpliera, por azares de la política, el de inaugurarlo, y data de entonces su construcción. Antes, la Beneficencia residía en un restaurado local (de locas, La Canoa) frente al teatro Iris, y Salubridad en una casa derribada con otras para erigir frente a la estatua de un Colón rodeado de padres, el colmenar de la Casa Latinoamericana. En bien documentadas y amenas monografías (que apunté en mi lista de obsequios de consulta para mi amigo), Rómulo Velasco Ceballos ha publicado la historia de la Lotería que nutre a la Asistencia, y la de los hospitales de la ciudad, que son tradicional preocupación de todos sus gobernantes en todas las épocas. Allí, y en otras fuentes, mi amigo podría asomarse al pasado de los hospicios, de los hospitales, los manicomios, los asilos, que hoy la Secretaría de Asistencia y Salubridad atiende y administra, y de que los hay tan venerables como el Hospital de Jesús, tan flamantes y únicos como el del Niño, tan singulares como el Instituto de Cardiología.

También Salubridad, como la Universidad o como la Defensa, quiere —y merece— su propio, especializado espacio vital, y poco a poco, para irradiar de ahí a sus dispensarios dispersos en todos los barrios, y a los hospitales diseminados en toda la República, la competencia bien templada de sus técnicos, va conjuntando en torno al Hospital ejemplar del Niño su Centro Médico. Mientras tanto, cirujanos mexicanos famosos —Baz, Castro Villagrana— en cuya destreza parece perdurar la de los desolladores sacerdotes aztecas, remiendan huesos y entresijos en el Juárez, atienden en el General, cobran lo suyo en el Francés, el Inglés, el Español; reparan instrumentos de trabajo en el Morelos; y otros discípulos de Galeno y Terrés estudian las enfermedades tropicales en su Instituto, alquimizan la comida en el de Nutriología, o combaten la tuberculosis en su nuevo hospital. Y la Asistencia no se detiene en esto, sino que afronta el triple problema urbano de la desnutrición, el desamparo y las distancias sociales, al propiciar en los hogares sustitutos, para los

huérfanos, una vida menos novela-siglo-XIX, y un aire más familiar, cordial y fecundo, que el respirado en los viejos hospicios.

El Poder Legislativo, por su parte, se ciñe a menor ubicuidad. Primitivamente albergado en San Pedro y San Pablo (1824, 24 de febrero, aniversario del Plan de Iguala), viejo templo que Vasconcelos intentó en 1921 volver Sala de Discusiones Libres, con un vitral y un fresco mujeriego de Montenegro, se refugió más tarde (1829) en el Palacio Nacional, de que le echó un incendio en 1872 hasta un teatro de Iturbide en que hasta la fecha —adaptado el local, dotado de imprenta en el sótano para recoger su oratoria en el *Diario de los Debates*— da sus funciones, a su alcance los senadores entre el Fábregas y el Telégrafo. Cabe añadir que el bibliófilo y dolicocéfalo Gamoneda convenció a los diputados, hace unos 10 o 12 años, de la conveniencia de disponer de una Biblioteca del Congreso, que empezaron a formar en Santa Clara, frente a la antojadiza suculencia del café de Tacuba.

El Judicial se ejerce al menudeo de sus juzgados y tribunales en recintos menos modernos que su culminación augusta, la Suprema Corte. El “palacio de Cordobanes”, que uno oye tanto mencionar a los periódicos en relación con “el palacio negro de Lecumberri”, es su más conocido asiento. Como tantos otros edificios hoy laicos, usurpa el antiguo sitio de un viejo convento: el de la Enseñanza, de que no queda más que el templo.

Pero la ciudad, honra, prez y espejo de la República, cuenta otro gobierno propio y atareadísimo, en que caben y se resumen las funciones legislativas, ejecutivas y judiciales de nuestra más amplia arquitectura política. Es el gobierno del Distrito Federal, cuyas funciones e incumbencias alcanzan un radio cada vez necesariamente más ancho y complejo; tanto, en verdad, que se justifica la riqueza de su poder y de su autoridad, y se explica que a desempeñar sus cometidos, no haya bastado ya la forma de Ayuntamiento que conservó por luengos siglos, hasta que en 1929 (cuando ya pedía orden a gritos la cancelada desvinculación de las villas absorbidas por la ciudad creciente, y el único año del provisional Portes Gil, amaneció aceptando la realidad de que el Distrito era ya una sola y grande ciudad, y que necesitaba de un gobierno central, inteligente, previsor y expedito), se creó el Departamento del Distrito Federal.

Al cual, nada humano le es ajeno, ni le son extrañas ningunas de las preocupaciones hacendarias, económicas, educativas, de trabajo, de comunicaciones, aun agrícolas, asistenciales y salubres, del Ejecutivo Federal; ni las represivas del Poder Judicial; ni las reglamentarias y legales del Legislativo. Las lleva encima todas, y muchas otras. Recauda contribuciones prediales y comerciales; sostiene escuelas; ventila conflictos de trabajo; se ocupa en el tránsito; mantiene en buen estado calles; atiende a los jardines públicos, a cárceles y delegaciones; despacha raudos a los bomberos; uniforma y adiestra a la policía; cuida de la vigencia de los reglamentos, hasta en los panteones; y su Dirección de Acción Cívica organiza festivales y ferias, y aun convoca a concursos como el que tuvo la inesperada virtud de incitarme a escribir para él este ensayo.

Las incumbencias más visibles del gobierno del Distrito son las que atañen a la vida doméstica, privada, de las familias: los mercados, las calles… el agua. Ya no podía yo señalar a mi amigo la supervivencia de los mercados que hallaron los conquistadores en Tlatelolco (que les maravilló, entre otras cosas, porque las transacciones se efectuaban —como ahora mismo— sin moneda metálica) y trasladaron a Tecpa (las Vizcaínas); ni el de San Hipólito (el

tianguis evocado por Riva Palacio), que estuvo entre los conventos de San Hipólito y San Diego; ni el de el Volador, estrenado en 1792. Pero sí podía asomarlo, desde luego, al vastísimo de la Merced, que prosigue su monopolio de legumbres y semillas, aunque ya no le lleguen por el canal de la Viga que gestó su ubicación; al de La Lagunilla, heredero textil y libanés de las tiendas de mercaderes que en los portales de Tejada coloniales vendían "efectos" de Europa y de China; al de San Juan, tan bien surtido; al de Martínez de la Torre; al de San Cosme, tan modernizado y crecido; y —puesto que en ellos no es fácil caminar de prisa y no disponíamos de mucho tiempo— a los modernos con que el gobierno del Distrito pugna por recoger de las aceras la inveterada y pintoresca tendencia mexicana a explayar en *tianguis* aquella variedad infinita de mercaderías que sólo la pluma incomparable de Bernal pudo enumerar y que aún hoy regateamos para adquirir.[22] Si hubiéramos tenido tiempo, habría llevado yo a mi amigo a aquella delegación en que ese día —habría sido fácil averiguarlo— hubiera el *tianguis* semanal. A Coyoacán, por ejemplo, el viernes, o a Xochimilco el sábado, o a Tacubaya el lunes, o el miércoles a Mixcoac o a la colonia Del Valle. Allí habríamos podido comprar cualquier cosa de las que hubo en Tlatelolco, o de las que hay en cualquier tienda: yerbas medicinales, equipales, o camisas. Y si hubiera sido domingo, le habría dado a mi amigo un quemón de La Lagunilla penetrada en punta de lanza por toda la calle del Estanco, hasta Brasil, con sus cuadros, muebles, cortinas, libros, ropa, clavos, *objetos varios* e infinitos. (Hay que ir temprano. Si no, los avisados turistas se llevan lo mejor de las gangas. Hay mucho *chueco;* pero ¿qué le aunque, si es barato? "Llévelo, marchantito. Le pierdo… *ai* será otra vez…")

Por lo que hace al capítulo del agua, su cabal abastecimiento para una población urbana que, sobre crecer a lo Malthus, se ha vuelto tan censurablemente bañadora, constituye el favorito dolor de cabeza del gobierno del Distrito. Antes nos bastaba el agua de Xochimilco. Más antes, nos surtió capazmente la de Chapultepec. Los causantes —precisamente los causantes— reniegan por la falta de agua; se olvidan de que no se ganó Zamora en una hora; de que cada niño que nace, si es verdad que trae su pan, no lo es menos que se olvida de acarrear su cubeta; y aguardan biliosos a que el caudal del Lerma, que ya viene por Dos Ríos, corone los ciclópeos esfuerzos, los callados empeños, del gobernador Rojo Gómez por resolver un problema que han eludido, desde los virreyes, todos los gobernantes: el doble problema del agua hacia adentro, y hacia afuera de la ciudad.

Luego llevé a mi amigo a visitar dos o tres ejemplares, de los parques deportivos con que el gobierno del Distrito atiende a la sana diversión y al cultivo físico de los jóvenes proletarios. Vimos primero el que fue primero entre todos, el parque Venustiano Carranza, en Balbuena. Los árboles han crecido desde que lo vi proyectar, construir, inaugurar, en 1929, o 30. Nuevas generaciones ágiles, seguras de sí mismas, morenas y limpias, libres de todo complejo de inferioridad, juegan en sus canchas, perforan el cristal de sus albercas, gritan y aplauden en su gimnasio una buena "canasta" o una llave inesperada en el cuadrilátero de la lucha libre que templa sus músculos. Y el mismo estimulante espectáculo vimos en otros parques deportivos —el Plan Sexenal, por Tacuba; el 18 de Marzo, por la Villa— en que las muchachas, redimidas de la servidumbre por la fábrica, disfrutan y comparten su alegría con sus compañeros de clase y de trabajo, Evas y Adanes nuevos de un nuevo y autónomo destino.

Cuando en todo esto vimos la acción fecunda de un Estado que se ocupa en las cosas

terrenales, me costó trabajo reintegrar a mi amigo al estado de ánimo, al *mood* austero, introvertido, contemplativo, propicio a la vista de los templos en que la Iglesia ha congelado la suya. Le hablé, sin embargo, de la perduración del espíritu religioso de la ciudad, arrolladoramente obvio en las recientes fiestas guadalupanas; de la Semana Santa, que aún culmina públicamente en la quema de judas de Tacuba; de las concertadoras misas en la Sagrada Familia; de los templos modernos y escuetos que las nuevas colonias se han dado en La Coronación, en Villalongín, en las Lomas. Y esta esquemática conversación religiosa (que reservaba a la documentación libresca y ulterior de mi amigo su conocimiento histórico y detallado de las iglesias viejas de la ciudad, y a sus actividades detectivescas la búsqueda de lo que aún quede de los 39 conventos que constituían a la hora de la exclaustración la riqueza arquitectónica de la ciudad —objeto sucesivo de la saña juarista, de la jactancia porfiriana y de la ignorancia revolucionaria que se encargarían de reducirlos a escombros—), desembocó inesperadamente en un tema en que toda cosa y todo ser desembocan por triste designio inevitable, y en que Iglesia y Estado vuelven a coincidir: en el tema de la muerte en la ciudad. Velorios y entierros, con café, coronas, dolientes, a diario ocurren, por supuesto, aunque ya no circulen las carrozas con troncos enjaezados, ni se exhiban los estuches a la medida en los escaparates céntricos. (El próspero giro de las agencias de inhumaciones fue fundado en México por el señor Gayosso en 1872.) Pero la muerte tiene su día de gloria en la ciudad, cuando el 2 de noviembre se conjugan en nosotros Coatlicue y el asceta español, comemos calaveras de azúcar, vamos al *Tenorio,* y los panteones se pueblan con la ofrenda gárrula y pagana de la cazuela, el jarro y el zempoalxóchitl.

6. “PRIMAVERA INMORTAL Y SUS INDICIOS…”

LA MAÑANA era una de esas límpidas, luminosas, gloriosas, que han maravillado a cuantos extraños nos visitan —y se quedan a disfrutarlas por siempre—. La primavera, la primavera indiana, se anunciaba premiosa en el cielo de azul intenso; ponía brillos de cálices sobre las piedras y las cosas, sonrisas en los rostros. Nubes aisladas, rubensianas, morosas, daban profundidad al espacio. Los volcanes eternos lucían la albura serena y eminente de su custodia.

Ahora llevaría yo a mi amigo a gozar los indicios de nuestra primavera inmortal, a tantos sitios como nos alcanzaran las fuerzas. Pero con método. Estos pasados días, en que vine ejerciendo una inédita profesión de guía, me habían hecho reflexionar en la cartesiana necesidad de un orden para nuestras visitas que, con todo, no iba resultando tan mal; pero que en el estrecho espacio que nos quedaba para dar por concluida nuestra deliciosa vacación, importaba sistematizar.

Iríamos pues —*Cogito, ergo sum*— del Centro a la periferia. Por teorizar un poco, como es mi inclinación, expliqué a mi amigo que el temor de los indios debió de haber inducido a los españoles a exterminar, con la vieja Tenochtitlan, su aspecto de encantado, enorme jardín; a cultivar los cautelosos suyos dentro de los conventos y palacios, y a no contar sino hasta que comenzó (bien pronto, con don Luis de Velasco) la moda perdurable de pasear tan fuera

entonces de la “traza” como en la Alameda, con este público remanso. Más tarde, la mutilación de conventos y atrios produciría jardines, o los pondría al alcance lego. Por lo que ya hemos dicho (porque la ciudad se estiró prolífica en el desprevenido XIX), se olvidó o descuidó un poco prever jardines públicos como ahora se prevén y estipulan para las nuevas colonias; y a la fecha, en el Centro, así de buenas a primeras sólo recuerdo los ya muy deteriorados del Carmen, de Loreto; el tristón de Santiago Tlatelolco; los de la Corregidora y Santo Domingo; el brevísimo del Colegio de Niñas de Bolívar en que los limpiabotas cuidan de que la rana de su fuente se mantenga pintada de aceite; el pequeño de la Concepción, el de San Fernando, el de Degollado, la Alameda de Santa María, ya fuera del Centro; y luego, claro, la plaza Orizaba, o el Hipódromo, o el parque España, que son ya cosa moderna. Las serenatas con música en el kiosco —esa dulce costumbre mexicana que aún perdura en la provincia— se ha extinguido en la capital, y se cultivó, preferentemente, por las mañanas en la Alameda prerrevolucionaria, en Santa María y (todavía) en Chapultepec. En realidad, entre la Alameda y Chapultepec contó la ciudad siempre con los dos parque públicos (urbanos; si quería más paisaje, la emprendía hasta Xochimilco, o a las Fuentes Brotantes de Tlalpan) suficientes para atraerla; a la primera, mientras Chapultepec quedó lejos; a Chapultepec, desde que es tan fácil la comunicación.

Entre una y otro se tiende este largo, hermoso jardín que es el Paseo y que fue la calzada de la Reforma, por que tanto hizo Maximiliano. “Mira —dije a mi amigo— sus modestas estatuas laterales (bastante más morigeradas que las veintiuñas aventadas en cueros en la Alameda) asegurarse la espada, el quepis, la muleta, ahora que no te lo estorban las muchachas que por la noche aguardan a sus pies una dejada. Mira las estatuas de sus glorietas —el *Caballito,* vaciado de una pieza por Tolsá, Colón, Cuauhtémoc, la dorada Independencia con su vela perpetua— y la apetecible, flamante, ‘glamorosa’ Diana cuyos flechazos mal apuntados, que por las noches se iluminan con aguas de colores, parecen no temer los leones pacíficos que custodian la entrada principal del (pronunciemos, qué caray, sin miedo, el sobadísimo adjetivo) milenario bosque. Mira todas esas estatuas, porque cada una de ellas tiene una historia y guarda un recuerdo que hoy no te puedo detallar, pero que condensa un momento de México.”

Respirábamos ya el aire, la primavera inmortal, del Bosque de Chapultepec. Aquí los reyes aztecas, finos y civilizados, vivieron, se bañaron; aquí los adustos virreyes meditaron la conveniencia de transportar la ciudad a la firmeza seca de las Lomas; aquí “murieron los héroes niños bajo las balas del invasor”; aquí Carlota escandalizó a las damas gordas de su corte de honor al madrugar para —¡Jesús mil veces, Carlotita!— montar a caballo; aquí Elihu Root, aquí don Porfirio, aquí don Pancho, aquí Obregón, aquí Calles (cuando Anzures: “aquí vive el Presidente; y el que gobierna, allí enfrente”), aquí Portes y Abelardo… Fue don Lázaro quien primero se abstuvo, se desterró (cultivaba una inclinación por desterrar a los gargantones) a los vecinos Pinos. Y ahora, por fin, aquí un museo en que lucen como lo merecen las galas y reliquias de nuestra historia.

“Puedes para mayor información —insinué— leer la elemental monografía sobre Chapultepec que hizo Rubén M. Campos. Aunque es mejor que busques el artículo que acerca de su historia publicó el Calendario de Galván de 1838, que menciona Icazbalceta en sus *Diálogos sobre la ciudad de México*, y que reproduce el Diccionario de Geografía, Historia y

Biografía Mexicanos, de fácil acceso. Así podrás comparar…”

Pero mi amigo no me escuchaba. Callaba, extasiado al contemplar desde aquella terraza, ya no “las risueñas haciendas de la Condesa, los Morales, la Teja, el Cebollón y otras varias; las frondosas huertas y brillantes hortalizas de la Ribera de San Cosme”, como en 1838; sino las copas de los finos ahuehuetes, cedros, eucaliptos, fresnos; el horizonte punteado de torres y rascacielos; el hormigueo metódico y charolado de los automóviles, los volcanes remotos. Descendimos. Me interesaba hacerle conocer las calzadas de los Poetas y de los Filósofos —parte aparte del Zoológico, y parte despoblada—; el lago ingenuo y artificial, la tierna convivencia de los *pic-nic* familiares con los estudiantes tardíos, los enfermos, las Penélopes solteras, las abuelitas, las niñeras, las desafiantes chicas ciclistas, los *niños bien* que no caben de vanidad en su coupé convertible, los *braceros* desconcertados, los soldados *francos;* los fotógrafos ambulantes de cubeta, los puestos de refrescos… Y que recorriéramos, a no más de 30 kilómetros por hora (el bosque es un paseo, no una pista), sus calzadas a que los domingos concurren charros ya falsificados, para salir al Molino del Rey, o directamente a las Lomas, bordeando la ampliación del bosque que aloja al polístico Casino Militar.[23]

Ahí, en las Lomas, la primavera sonreía, mimada, florecida en los jardines particulares que fueron condición de esta sensata y nueva forma de colonización, propagada en cierta medida a Polanco y la nueva Anzures. Y el bosque se reanudaba en las ampliaciones insospechadas de la Lomas, por Virreyes, por Barrilaco, por las barrancas desde las cuales se avizora la erecta Ciudad Militar, y el Hipódromo.

Regresamos a Chapultepec. Ahora, metódicamente llevaría yo a mi amigo a conocer, aunque sólo fuese a ojo de pájaro, aquellas 13 municipalidades en que la Ley de Organización Política y Municipal de 1903 erigió, vinculándolas, a las poblaciones del Distrito Federal (descontemos hoy a México, Milpa Alta y Coajimalpa) que hoy gobierna una sola y mejor autoridad, ya sin los estorbos que la dualidad incompatible de un gobierno del Distrito con ayuntamientos al lado permitió aquella ley.

Comenzamos por Azcapotzalco. Dicen que dice Ixtlixóchitl que su más remoto fundador se llamaba Ixpuzatl, y que de ahí, por corrupción, el nombre. Otros dicen que Azcapotzalco significa hormiguero, y que por eso, en el primer cuerpo de su vieja iglesia aparece una hormiga simbólica y estilizada. Mi amigo recordó, de sus clases elementales de historia de México, que un cierto Tezozomoc reinó en Azcapotzalco hasta que ya no se tenía, ni su decrepitud se calentaba más que entre algodones.

En el atrio de su iglesia, de principios del XVII, una lápida conmemorativa informa de que se libró el último combate de la guerra de Independencia, y la iglesia misma, dueña de las pocas bardas de atrio en arcos invertidos que quedan, y de viejas tumbas en el atrio, es digna de una larga visita que nos permitiría admirar en la entrada del claustro restos de frescos del XVII; en el claustro bajo, techo de artesones, y en el superior pinturas antiguas como una experta “anunciación a Santa Ana”. La iglesia primitiva, ahora capilla, es del XVI y su ábside, como lo ha señalado el abate De Mendoza, “pone una sorprendente silueta moruna en estas alturas mexicanas”. En la iglesia grande hay algunos altares barrocos. La *predella* de uno de ellos muestra escenas en que aparece el diablo maltrecho por las uñas vengadoras de las devotas. Se ven buenas pinturas de la época virreinal: Correa, Rodríguez Juárez, etc., y en fin, la capilla del sagrario posee altares floridos de oro y estatuillas policromas, retablos

divertidos y un Cristo de bulto con calzones de terciopelo rojo.

Al cruzar por la que fue colonia del Imparcial, y ver que no es ni sombra de lo que fue, pues la Revolución acabó con el periódico y el periódico al morir acabó quizá con la colonia, recordé la nostalgia con que Marte R. Gómez evoca de ella el recuerdo de sus años estudiantiles. En sus tiempos, los alumnos de San Jacinto peregrinaban por aquellos rumbos dando serenatas, y había muchachas muy guapas que lo merecían; tanto que para darles gusto no titubeaban en afrontar el arresto dominical (como siguen haciéndolo los cadetes) y salían de noche descolgándose por cables y haciendo balancear al extremo de una cuerda el pesado tololoche que daba concierto y ponía en susto desde el momento de salir.

Luego enfilamos hacia Tacuba —“lugar de jarillas”—. Escuelas e institutos —Ciencias Químicas, el Colegio Militar, el Instituto de Higiene— vitalizan a este pueblo (que, como todos, tiene su jardín central) hasta el que ha llegado ya el beneficio de la replanificación. Más o menos a la altura del Árbol de la Noche Triste, parte una comunicación, mejorada en la directa que desde el jardín de Tacuba nos puso, en un santiamén, por Melchor Ocampo, por Mariano Escobedo, hasta una rica opción entre Insurgentes o Tacubaya, en la avenida Sonora.

Elegimos a Tacubaya, ya tan transformada, ejidizada, desde que los ricos la escogían por sitio de apacible descanso; dueña aún de sus impalpables tradiciones —el Plan, los Mártires, el Tigre—, derruido ya su enorme jardín privado y central de los Mier y Pesado, el de los Escandón, asiento del Observatorio Astronómico, cruzada ya en todos sentidos por anchas, fáciles, vitales comunicaciones que la vinculan con la ciudad y con las otras delegaciones. Habríamos podido tomar por la ancha Martí, y hallarnos en un minuto sobre el puente de Insurgentes. Pero preferí la vieja calzada, a fin de que mi amigo se detuviera un poco en la también remozada Mixcoac, y por ella llegáramos a San Ángel. Mixcoac, dicen, significa “culebra (lagarto) de nubes”. Su templo data de 1648. En su manicomio de la Castañeda, que ya para 1908 costaba tres millones de pesos de aquéllos, y aún no se concluía, inventa teorías su director y huésped, el doctor Salazar Viniegra.

Pero ya estábamos en San Ángel, que por nada de estas siete cosas muda su nombre por el de Villa Obregón. En San Ángel, el fresco y apacible vecino del Ajusco; el de las huertas de Evaristo; el del Mendigo; el de las Momias; el del magnífico y airoso convento del Carmen; el de una hacienda de Goicochea que el *bon viveur* Maximiliano solía disfrutar, por más que un inexplicable masoquismo le indujera a hacerse acompañar por un cierto lector de cámara llamado Zorrilla, hasta el hoy San Ángel Inn de los añejos banquetes. En el San Ángel cuyo templo data de 1620; el que habitan Diego Rivera, en una desafiante y colorada máquina de vivir perpetrada por el sanangelino O’Gorman, cercado por órganos y acompañado de monos de cola prensil; Isidro Fabela, en una vieja casa en cuyo patio hay toda una pared decorada con platos chinos antiguos finísimos sobre los que ejercitó su puntería algún general que alguna vez la habitó; el misterioso millonario Alberto Avramow, en un restaurado palacio doble, con piscina, dos cantinas y una pagoda; y frente a él, por fin, un Luis Montes de Oca que cela como un moro la pureza de San Ángel, desde una mansión abrumadoramente grande para él solo, y es solo.

De San Ángel, ya francamente fuera de la ciudad —¿seguiríamos en persecución de la primavera hacia el Desierto de los Leones, a que también se accede por Dolores—; o —antes de seguir nuestro recorrido de las antiguas municipalidades— tomaríamos hacia San Jerónimo

(Lídice) y Contreras? Esto hicimos. De ir por Insurgentes, podíamos (por la nueva carretera que acerca a Tlalpan para salir hacia Cuernavaca y Acapulco) haber torcido a la derecha y tomado la pequeña carretera directa que recorre el Pedregal, pasa frente a la enlutada Quinta Margarita, y acorta la opción entre San Jerónimo y Contreras. Pero preferimos el antiguo y más poblado camino que amenizan los puentes de Tizapán (donde vive Miguel Covarrubias), para subir a San Jerónimo, asiento dulce de Flora y Pomona (usted ha de dispensar), sabia residencia de médicos que allí han construido sus quintas de recreo saludable, y a un paso del Contreras en que podíamos visitar los invernaderos, comprar cactáceas premiadas de Antonio y bugambilias de doña Ángela, y ver la pequeña carretera del Pedregal, y avistarnos las nuevas y amplias quintas bardeadas de piedra, y el sitio en que ha de levantarse la Ciudad Universitaria.

Y ahora, que en nombre de la primavera me perdone Xochimilco; pero al entrar en Coyoacán, llegábamos a la incomparable residencia del papá de la primavera. No por nada, digo yo, María Candelaria vivía en Xochimilco; pero su protagonista prefirió residir en Coyoacán. No por nada Cortés, que se las traía para bien tratarse, fabricó aquí su casa, fundó los ayuntamientos, prepioletizó (según dicen las malas lenguas) a la posiblemente trotskista doña Catalina Xuárez Marcayda, y testó (y no le han hecho caso) que aquí descansaran sus huesos. Cada viejito alaba su bordoncito. Yo confieso —*cuije* del Pedregal— que vivo, y a muchísima honra, en Coyoacán, “lugar de coyotes”.

No entremos por la puerta de su historia. Prefirámosla viva, actual, superviviente; no su tiempo, sino el espacio que lo atesora. Pero antes, en sus márgenes, miremos desde el monumento a Obregón cómo Insurgentes, que prosigue hacia el sur la amplitud de su carretera, tiende una nueva y ancha rama en esta Tasqueña a que dan un hermoso fondo los volcanes; que bordea el Pedregal, y que nos llevaría a la carretera vieja de Tlalpan en un instante, y pronto, a conectar con la de Puebla.

Estamos en Chimalistac —el de *Santa*—, del que aún quedan estas grandes mansiones enclaustradas que rechazan nuestra visita; pero que, ya partido en dos por la Tasqueña, apenas guarda el nombre en el letrero afuera de la Escuela Textil, en el “cambio” de este pequeño tranvía que va, lleno de criadas, de Coyoacán a Obregón.[24] Su límite es Panzacola, con su arcaico puente de que existen litografías y pinturas, porque de un lado lo guarda la pequeña capilla del siglo XVII, fruto de una “manda”, la capillita de San Antonio, a quien llega cada año su fiestecita florecida, cohetera, arqueada —y al otro, la hacienda del Altillo, ya mutilada por la Taxqueña, pero que aún habita, más que centenaria, su dueña la señora Piña—.

Entremos en este enorme parque que tiene por límites la avenida Juárez y la Tasqueña, Panzacola y la calle de Santa Rosalía. Es el parque *Arboretum* del ingeniero don Miguel Ángel de Quevedo, apóstol del árbol. Allí vivía él, octogenario, agradecido por su longevidad al aire forestal y purísimo que respiró siempre en este Coyoacán que hizo el centro de sus fecundos, próvidos, ejemplares años. Hace tres años que publicó sus memorias, por desgracia escritas cuando ya era flaca la suya y menguadas sus fuerzas. Pero todos sabemos que este Pedregal le debe su transformación en un parque en que existen árboles únicos, traídos, y aclimatados, de todas las partes del mundo; y que —sobre cuanto en otros trabajos de reforestación le debe el país— el Distrito le debe la cesión generosa de los enormes terrenos en que ahora se cultiva el fecundo vivero que en justicia lleva su nombre, y que se extiende a

todo el norte de Coyoacán.

Detengámonos en esta esquina de la avenida Juárez y Santa Rosalía. Esa grande dice ser la Casa Alvarado. La fallecida historiadora británica Zelia Nutall la compró, la arregló y habitó, dejó prosperar la leyenda de que ésa había sido la residencia del conquistador Alvarado. Jorge Enciso (que debe saberlo, pues por algo es el director de Monumentos), dice que no; que el Alvarado de esa casa era un comerciante del XVIII. De todos modos, es una hermosa casa. Su dueño actual, un comerciante norteamericano en automóviles, deja a su vez perdurar su leyenda y compra en el rumbo cuantas gangas puede para anticuarlas y darles nombres que se le antojan coloniales, como la Casa Alvaradito, la Casa del Sol o la del León Rojo.

Esa de enfrente, con su enorme fresno afuera, bardeada de piedra, apenas acaba de crear su leyenda. La habitó el rey Carol con su Lupescu, sus perros y su chambelán. Sus actuales dueños han considerado oportuno, en consecuencia, llamarla Casa Real. Luego siguen grandes casas de yanquis. Apenas hay dos mexicanos de alguna nota, entre ellos, Dolores del Río y Salvador Novo, dueños de grandes jardines por esa calle de Santa Rosalía.

Seguimos por la avenida Juárez. Junto a la Casa Real, la que fue de los Zinser y luego de Cedillo cae junto a la enorme que habita la señora Schmidt, y que antes fue de una hija del mariscal Bazaine. Luego tropezamos con otra grande: la que se arregló Toto Espinoza de los Monteros, nuestro actual embajador en Washington, frente a la placita de Santa Catarina a que daba la Escuela Forestal. Por la misma avenida, grandes casas viejas, como la Villa des Glycines, de franceses, nos llevan por fin hasta la Casa de Ordaz, reconstruida y vuelta museo por don Antonio Romero, y que se instala en la esquina frente al jardín que fue el atrio del bellísimo templo y convento franciscano de Coyoacán. Los padres franciscanos lo han reparado, y ahora los altares y el techo de nuestro templo lucen oro y pinturas flamantes.

Allá enfrente, vuelta oficinas del gobierno, restaurada, queda la Casa de Cortés. Pero asomémonos a esta plaza de la Conchita, tan hermosa con su mínima capilla y con su jardín siempre florido (porque los jardineros de Coyoacán tienen a orgullo ancestral mantener siempre renovados y lindos los prados de nuestros jardines públicos —y privados—), con la derruida Casa de la Malinche enfrente, y al sur, la Casa de los Camilos.

Por el otro rumbo, por el Carmen, hacia el oriente, Coyoacán se extiende hasta Churubusco. No es muy bonito por allá. Se acuerda uno de Trotsky, pobre señor, a quien allí torcieron tan de a feo.

Nos detuvimos un poco en Churubusco, y dije a mi amigo que allí Huitzilopochtli tuvo su culto, y se vio rodeado por más de 50 000 casas. Hoy, de notable conserva el museo en su convento —de que hay una monografía— y el recuerdo de sus patrióticas hazañas.

Ahora, pasamos por Tlalpan (“sobre la tierra”) y su vieja, caduca grandeza. Vimos su templo, fundado en 1647; las largas bardas de sus enormes casas antiguas en olvido y decadencia al margen del pavimento; respiramos el aire de un San Agustín de las Cuevas que fue, en sus tiempos, predilecto remanso de los ricos. Luego, desde el ancho crucero de Tlalpan, veíamos tenderse la invitación al viaje de una carretera umbrosa, eminente, sinuosa, que podía conducirnos a Tepoztlán, a Cuernavaca, a Tasco, a Acapulco… Pero cuidado. Nuestro itinerario era urbano; y si ahora andábamos más o menos por sus “afueras”, es porque la inmortal primavera que perseguíamos por remate y coronación de esa visita, reside húmeda, indígena, apacible, tristona, en este Xochimilco que pugna por seguir recordando que el

Anáhuac que deslumbró a los conquistadores, y que les hizo evocar a Venecia, se asentaba, como Xochimilco, sobre agua.

Si mi amigo quería, claro es que podíamos incurrir en el rito turístico de abordar una enflorada canoa, bogar por los canales, comer a bordo antojos, oír las guitarras, retratarnos. Pero yo prefería revelarle otra imagen menos obvia, más recatada, de Xochimilco. Que viera, claro, para su colección de estampas visuales, su iglesia de 1788; pero que luego me acompañara a saludar a don Miguel en su invernadero, y que fuéramos con él a las chinampas escondidas en que se cultivan, en miles de pequeños adobes de buena tierra negra podrida en los canales con chichicastle, las petunias, los pensamientos, los perritos, las mercadelas, las violetas, las glorias, los geranios, las begonias, los pinceles, las espuelas, las azaleas, los claveles, los rosales, los alhelíes, las cortinas, que de aquí brotan a diario a surtir y aprovisionar los jardines particulares de México, desde los mercados a que los llevan las inditas —y que de este jardín incomparable salen en ramos policromos a esmaltar la fatiga y el trotecito dulce de las vendedoras de flores por las calles, pregonadas con sus voces de pájaros—.

Porque éste es más que el otro un Xochimilco que se ha conservado, entre todas las delegaciones, el más indígena, puro y remiso al mestizaje y a la adulteración.

Sus hijos salen de ahí a la ciencia a veces, como el famoso cirujano Aurelio Urrutia, pero es raro que un extranjero logre incrustarse en la repudiación alerta de los celosos xochimilcas.

Ya no me quedaba (descontadas Milpa Alta, Ixtacalco, cuyo rumbo, característica y nuevas comunicaciones de asfalto le señalé) por mostrar a mi amigo en los alrededores de México sitio de mayor nota que la Villa de Guadalupe. Desde donde andábamos, tuvimos que seguir toda la muy modernizada calzada vieja de Tlalpan, ver a un lado los Estudios Clasa, al otro el Club de Golf de Churubusco y los estudios de ese nombre, en medio el arrogante general Anaya; llegar al congestionado Centro hasta el Zócalo, y emprender lentamente la salida al norte, por Argentina, hasta la vieja —y también remozada y ancha— calzada de la Villa. De haberlo querido, pudimos tomar otro quizá más rápido camino; por todo Insurgentes, desde Tlalpan, salir al puente de los ferrocarriles y llegar a la Basílica directamente, después de ver la entrada a la ciudad por la carretera de Laredo, que custodian los desplazados Indios Verdes; el Monumento a la Raza, la colonia Pro-Hogar y la Tepeyac Insurgentes, nuevas. Pero quise enseñar a mi amigo el camino viejo y convencerlo de que (como convienen los historiadores) fue el milagro de hallarse rosas el 12 de diciembre de 1531, y no los atractivos más comúnmente primaverales de la seca región, lo que determinó, con la erección de la Basílica (“aproximadamente en el mismo sitio en que existió un templo azteca, elevado en honor en Tonantzin, la madre de los dioses”); iniciada por una ermita vuelta sacristía en 1575; bendecida en 1662; recomenzada en 1695 y concluida en 1709 (siempre de limosna hasta su costo calculado entre $442 000.00 y $ 800 000.00), la fundación y el auge de su Villa, por tal declarada en cédulas reales de 1733 y 1748, y ciudad (con apellido de Hidalgo por razones independientes) en febrero de 1828. Allí firmamos, el 2 de febrero de 1848, la paz con los aún no buenos vecinos; desde allí sitió a México don Porfirio en 1897; allí, el año pasado, el cardenal Villeneuve presidió fiestas que fueron el despiporre. Y allí, en la plaza y en el atrio, todos los 12 de diciembre llega a manifestarse en danzas y homenajes paganos una peregrina devoción indígena que conjuga el culto a Tonantzin con el fervor católico por aquella Virgen

Morena que Hidalgo puso en su estandarte. Allí, por último, la primavera entrega la efímera, perfumada, materia prima de sus flores policromas al fino, laborioso, barroco gusto indígena que con ellas, trenza tapetes y erige arcos, como labraba mantos con las plumas del colibrí. “Hubieras visto —dije a mi amigo— las ofrendas que el año pasado hicieron los inditos de Xochimilco y de Ixtacalco a la Patrona que sostiene su mixta fe: alfombras admirables hechas con flores, y arcos diseñados con legumbres en que alcachofas, betabeles, zanahorias, nabos, lechugas, rábanos, traducían gloriosamente, expresaban, nuestro intrínseco desdén por comernos lo que puede darnos un mayor goce estético con su contemplación; nuestro sentido artístico, innato en los indios, que coinciden sin saberlo con las más modernas teorías y escuelas, al intuir que la belleza es forma y color expresivos, y que para crearla, no hay material indigno, ni inútil.”

Lamenté ya no poder enseñar a mi amigo un Viernes de Dolores con amapolas en el canal de la Viga, culminación antigua de la primavera mexicana que al cegarse el canal y restringirse el cultivo de la opiómana amapola, se ha pretendido transformar en la ceremonia oficial de La Flor más Bella del Ejido.

Lamenté, un poco menos, no poder sino describirle los “combates de flores” del porfirismo, desde las carretelas enfloradas y un tanto cursis. Y sentí, por último, que no fuera ocasión de llevarlo a presenciar una de estas interesantes ferias y exposiciones de la flor que ya llevan algunos buenos años de celebrarse, cada vez mejores, con concurrencia de floricultores de toda la República, y pintores, y poetas.

Y entre la lista de regalos que mentalmente iba formulando para mi amigo, apunté conseguir una reproducción del Xochipilli.

7. “TODO EN ESTE DISCURSO ESTÁ CIFRADO”

ANTES de su ya inminente regreso a la provincia, quise que mi amigo redondease el disfrute sintético de la ciudad que le mostraba con asomarse a la intimidad de sus hogares. Tendría así nuestra imagen completa: lo que somos todos juntos, en público, y cómo vivimos en la privacía de nuestras familias: en el hogar (residencia, casa sola, apartamiento o vivienda) de que todos los días salimos a fundirnos en calles, plazas, restaurantes, iglesias, deportes, oficinas, camiones, escuelas, mercados, tiendas, para en él, por la noche, recoger nuestro descanso y depurar nuestra individualidad.

Habíamos visto una ciudad transformada, modernizada, en pleno crecimiento: tan febril en verdad como en el año de su atareada reconstrucción que el condolido padre Motolinia llama “séptima plaga”, y en la cual refiere que

> los primeros años andaba más gente que en la edificación del templo de Jerusalén, porque era tanta la gente que andaba en las obras, que apenas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son muy anchas; y en las obras, a unos tomaban las vigas, otros caían de alto, a otros tomaban debajo de los edificios que deshacían en una parte para hacer en otra

tal como ahora, aunque ya sin catástrofes ni vigas. La Dirección de Pensiones Civiles de

Retiro, hace más de 20 años, al facilitar la primera a los empleados el medio de hacerse su casa y pagarla "como con la renta"; después, los bancos hipotecarios; un aumento notorio de la natalidad; el centripetismo demográfico nacional; la inmigración de prolíficos refugiados —polacos en 1925, españoles en 1937-1938—; el turismo favorecido por el cambio, y por último, la inflación, que según los sesudos economistas tiende a guarecer el dinero en la tangibilidad de los bienes raíces: todos estos factores juntos, explicaban la fiebre de construcciones que presenciábamos desbordar por doquiera a la ciudad, crecer hacia arriba en módicos rascacielos, faltarle lógicamente el agua, abrirse paso con los codos su tránsito por la fuerza de nuevas, arrolladoras arterias por qué impulsar su sangre nueva. Nos faltaba apreciar en qué medida esta transformación externa, visible, de la ciudad, había repercutido en la vida interna, privada, de sus hogares; y valorizarlo.

Iglesias, palacios porfirianos, rascacielos. Esta trinidad esquemática y coexistente de nuestro yo urbano, que representa a nuestra historia arquitectónica, se halla tan viva en nuestra vida doméstica como presente en nuestras calles. Esto es: convivimos hoy en México gentes que añoran la Colonia, que suspiran por don Porfirio y que se enorgullecen de alojarse en un rascacielos. Cada uno de estos tipos aduce y fundamenta las muy buenas razones de una preferencia personal que, en cuanto puede, se da el gran gusto de satisfacerse. ¿Quién le quita, digamos, a don Artemio, el de habitar una casona con azulejos, cornisas labradas, chimenea con leyenda (mientras en mi casa me estoy, rey me soy), rejas primorosas, terciopelos, galones, sillones frailunos —pero con baño como Dios manda—, y manuable máquina de escribir en que sólo hipotéticamente *moja su pluma?* Cuando este auténtico —pero limpio— colonialista resuelve transferir a siglos pretéritos el aparato de su habitación, logra una obra de arte, y es como si escribiera —en su máquina— otra *Leonor de Cáceres y Acevedo,* y *Cosas Tenedes*. Cuando son de otra clase los espíritus que deciden resucitar una arquitectura colonial a la medida de su cultura y a la desmedida de su dinerote, lo que resulta, lo que engendran, es una casa estilo Polanco —colonia que, por otra parte, no puede jactarse de haber sido *mano* en exhumar el Churriguera—. Ya por 1921 otra sacudida o estertor colonialista, aquella vez no aún californiano, restauró efímeramente el tezontle y las rejas en la construcción de algunas casas (Rhin y Reforma) o lo puso al descubierto en algunos edificios públicos (Palacio, el Monte de Piedad). Ahora bien, que la ciudad se hubiera conservado, o restaurado, colonial (o porfiriana; para el caso es lo mismo), habría seguramente colmado el sueño engreído y neurótico de muchos arcaizantes, o de quienes profesaran que la nacionalidad, la autenticidad de un país o de una ciudad, estriban en que no se altere la residencia de su espíritu que ellos decretan por legítima; habría halagado y satisfecho a quienes claman contra "la obra demoledora de la piqueta" y se lamentan y añoran a la Ciudad de los Palacios, ciegos y renuentes a advertir, a examinar lo que pueda ofrecer de bueno, de normal, de evidencia de que sigue su vida, la ciudad sin palacios.

Porque a poco que se medite, descúbrense muchas y válidas razones para que las ciudades, como los hombres que las forman y habitan, se enfrenten por inescapable determinismo a un incómodo dilema: o la cripta honorable, o la vida imprevisible: o la momia, o el hombre: o el museo, o la urbe; razones que se van ejerciendo en el curso del tiempo y del espacio para alejar al hombre, y a las ciudades, de la muerte, a costa de irlos despojando de cuanto pueda congelarlos con su hálito, y al precio de irles imprimiendo los moldes de una adaptación

imprescindible a su supervivencia, y por ella condicionada. Desde Tenochtitlan —y a diferencia de Mitla, de Chichén, de Teotihuacan, *conservadas* en el frigorífico de los siglos—, ha sido el destino de México sobrevivir a costa de transformarse. El empeño, por lo visto, vale la pena.

Para alcanzar en la conversación con mi amigo los contornos de alguna teoría sobre la modernización de la ciudad que nos ayudara a entenderla y valorizarla, me pareció oportuno, pues, asomarlo a la vida de sus hogares. Por tradición asumimos en México la coexistencia de tres capas sociales que llamamos la baja, la media y la alta. Baja y alta parecen susceptibles de mayores subdivisiones: *a)* los desheredados absolutos y *b)* los proletarios harían las dos ramas principales de la clase "baja"; la "alta" ofrece aún mayor diversidad, si en ella reconocemos *c)* a la vieja aristocracia, *d)* a los nuevos ricos y *e)* a los extranjeros avecindados entre nosotros, transitoria o definitivamente. En medio, neutra en apariencia: disputada por los extremos, *f)* la "sufrida clase media" cumple su vida.

Miremos cómo viven, y dónde: los desheredados absolutos, en plena calle, en los quicios de las puertas, o en los dormitorios de una Asistencia que los recoge como puede. Los proletarios, en las viejas *viviendas* de las vecindades supervivientes (que Buenos Aires aún llama *conventillos*, y que representan en México, con sus enormes patios y sus celdas sombrías, la transformación de los conventos en habitaciones) y en *departamentos* baratos, construidos a toda mecha por los dueños alertas de las viejas vecindades para sacarles más renta por metro cuadrado. El problema de la habitación (que es mundialmente el resultado de la cohabitación, y que en Estados Unidos asume el pavoroso perfil de una escasez de 4 600 000 alojamientos en la actualidad) afecta en México, por supuesto, más a los pobres que a los ricos, y ha preocupado en diversas épocas a las autoridades. Los pobres viven, generalmente, cerca de su trabajo. Lo malo —parte de lo malo— de la pobreza es que obliga a trabajar muchas veces lejos de donde uno vive, con lo que no es fácil prever dónde sea preferible vivir cuando uno es pobre. Por conciencia de la especie, o por solidaridad de clase, o por baratura de alquiler, los pobres han tendido a aglutinarse, sin embargo, cerca de su trabajo, sobre todo mientras las comunicaciones no fueron baratas ni fáciles, y así se explican Peralvillo, la colonia de la Bolsa, Balbuena, Nonoalco, la Merced. Donde ha parecido prudente, el gobierno ha solido, desde Calles, erigir *colonias proletarias* con casas de bajo costo y simple estructura que ceder a sus inquilinos a cambio de módicos abonos en renta. Los proletarios —mexicanos al fin, y por ventura— no han tardado en barroquizar el corbusierismo escueto de esas casas con macetas, jaulas, cretonas. Ahora parece que el gobierno del Distrito proyecta resolver el problema de la habitación proletaria con mayor decisión y mejores recursos. Al anunciarse ello así, no ha tardado en manifestarse, muy curiosamente, un rasgo de paradójico reaccionarismo en aquellos aludidos proletarios en quienes parecería legítimo suponer una clara conciencia revolucionaria extensiva a la forma en que apetecen vivir: han expresado que preferirían *casas solas* —cuya sensatez y cuya posibilidad, aun para los ricos, discutiremos adelante—.

Los ricos, claro, viven más como quieren que como pueden (aunque no del todo) que los pobres de la ciudad. Si son los enmohecidos supervivientes del porfirismo, en casas (aún las hay) a lo Villar Lledías, aunque si además son inteligentes, como los Bernal, se mudan a modernos apartamientos, como los Elízaga. Pueblan las Lomas, o San Ángel, reciben bien, y

en la decoración de sus casas y en su tren de vida y costumbres, conservan y resguardan el tesoro de la buena tradición mexicana, hecha de un en considerable medida recio siglo XIX. Si son *nuevos*, lo gritará su residencia ostentosa, colonial californiana o *funcional*, y su incapacidad de valerse sin el auxilio oneroso y uniformador del Raro Pani o de Roberto Block para rodear su impersonalidad de cortinas, muros de espejos, sillas de alambrón retorcidas por Garagarza, alfombras de Plan Castellanos o de Re-be-ka, chimeneas con aplicaciones de bronce, y negrillones. Si sobre ricos nuevos son extranjeros, lo pregonará por encima de su alternativa afición a decorar sus residencias con antigüedades coloniales y con curiosidades indígenas, el privilegio, ya sólo a ellos reservado, de contar con aquel auxilio que antes era tan fácil procurarse para sobrellevar las familias el peso de una casa, y que son los criados.

En efecto, en cuantas casas llevé a mi amigo a visitar, la señora acabó por quejarse amargamente de que le faltaba servicio: la cocinera o el mesero, o el jardinero, o la recamarera, o el mozo. Y era, después de todo, natural y comprensible que la señora viera en ello una calamidad característica de los *nuevos tiempos*, y renegara de que ya sólo los condenados extranjeros consiguen criadas y las han echado a perder, y las retienen, con esos sueldos imposibles a que las han acostumbrado, claro, como ellos tienen dólares.

> Figúrese usted, antes, en mis tiempos, tenía una siempre buenas criadas por ocho pesos al mes, y luego por quince y por veinte, y con eso del salario mínimo, empezaron a pedir las perlas de la virgen, y baño, y a ganar cuarenta y sesenta, y ahora quieren ochenta y cien y hasta más, qué barbaridad. Ya no es vida, y ni a ese precio se consiguen. Y no diga usted mozos. Ni para remedio. Se han ido de *braceros,* o andan de albañiles, o qué sé yo, y uno imposible que pueda con el quehacer. No, si ya no es vida materialmente, le digo a usted.

Pero este síntoma francamente social que la buena señora sentenciaba tan negativo, ¿no tendría un reverso positivo, favorable y (para los fines prácticos de entender la supervivencia transformada de la ciudad) un sentido de agencia lateral e importante sobre la forma como la ciudad evoluciona en lo público y en lo privado, digno de algún análisis?

Un criado fue, hasta el siglo XIX, la versión liberal de un esclavo. En el XX equivale a un especialista que ejerce un servicio, sencillo aunque sea, y susceptible de ser desempeñado por su amo o de ser prescindido y suplido por otro agente privado (una lavadora mecánica, una aspiradora eléctrica) o público (un restaurante). La máquina —calamidad o bendición, como usted prefiera— ha convocado, sin discriminaciones, a todos los hombres a multiplicar en y por ella su personal rendimiento de bienes. La culpa es difícilmente de los esclavos liberales del siglo XIX si ellos han acudido al llamado de la máquina al abandonar los quehaceres domésticos por la redención de la fábrica, mientras los amos del siglo XIX se resisten aún en el XX a seguir proporcionalmente su lúcido ejemplo, y a servirse de la máquina para redimirse (simplificándolos, deshumanizándolos y haciéndolos baratos y perfectos) de los quehaceres domésticos que se empeñan en conservar abrumadores porque se aferran al anacronismo insostenible de aspirar a seguir viviendo en el siglo XX como se vegetaba en el XIX. La culpa no es de los criados, vueltos obreros, si las señoras se rehúsan a entender que lo que pierden en un Gabino que abandonó la manguera por la fábrica, en una Petra que trocó la cocina por el laboratorio, lo ganan por los insospechados canales en que se vierte hacia el progreso general de la ciudad, hacia la mayor producción de bienes, concomitante con la mayor dignificación de los proletarios, en los bienes de uso y de consumo que Petra y Gabino contribuyen a

multiplicar. El sencillo secreto de la supervivencia (lo ha demostrado la ciudad y, antes que ella, así lo ha establecido la naturaleza) estriba en adaptarse a un medio que no se puede estatizar, ni retroceder, sin contagiarnos de la muerte que así le alcanzaría.

¿Podría esgrimirse alguna excepcional razón por la cual la, digamos, *arquitectura de la vida doméstica* debiera sustraerse a la lógica de una transformación que la adapte al medio urbano y social, mutable y constantemente renovado, en que se ejerce? Vivir conforme a la tradición, respetarla, es continuar la gran tradición de nuestros antepasados, que vivieron plenamente su tiempo: que no necesitaron caballerizas, sino canoas, en Tenochtitlan; ni canoas, sino cocheras, en el XIX; es abandonar los velones por los quinqués, y a su tiempo, los quinqués por los focos incandescentes, y la crinolina cuando ya no se puede meter en los aviones, y las mesas *de estorbo* llenas de bibelots, y los *aparadores* colmados de loza en el comedor, y los cientos de macetas y jaulas, cuando ya no hay quien las limpie y sacuda, y riegue, y alimente, y lave, y enseñe a cantar, todos los días; y las colchas tejidas a mano, cuando las muchachas ya no se quedan en casa a languidecer su soltería, sino que ganan buenos sueldos en la oficina; y la sala llena de ajuares de medallón, cuando las amistades en realidad prefieren que nos reunamos en el bar para ir al cine y a cenar por el Centro; y el jardín privado que cuesta tantísimo trabajo mantener verde con esto de que no hay jardineros ni bastante agua, cuando realmente Chapultepec es más bonito, y nada cuesta…

Las *casas solas* aspiraban, y en ocasiones lo lograron, a mantener satisfecha la cohesión exclusivista de la familia liberal. Dentro de ellas, se procuró que todo lo hubiera —autarquía doméstica; sustento y diversión, privacía y sociabilidad—. Pero convenida por los hombres la entrega de su comunidad urbana a un gobierno y a una concurrencia industrial y comercial ejercida fecundamente fuera de los hogares, todas las funciones *sociales* de los ciudadanos empezaron a cumplirse mejor, también, fuera de los hogares, y éstos a depurarse de la necesidad, o a abdicar de ella, o a verse impedidos de la posibilidad de competir en hacerlo con ellos, de ofrecer a aquellas funciones una menguada, esforzada equivalencia. Ninguna biblioteca privada podría competir con las públicas; ninguna cocina con un buen restaurante; ningún salón con un teatro, ninguna colección de macetas con el jardín público, ningún patio con la Ciudad de los Deportes.

“Todo lo cual —dije a mi amigo— no entraña ni acarrea, a mi juicio, el derrumbe ni el desmembramiento de los hogares mexicanos, de la vida privada de la ciudad, ni su adulteración siquiera.” Lo que le indica es justamente el rumbo nuevo y depurado de su supervivencia; su oportunidad de rehacerse sobre los medios nuevos al alcance de su inmutable misión de asiento y núcleo de la esencia coherente de la familia: la necesidad de que reconozca que así como por todos los sitios públicos recorridos en este ensayo el ciudadano y la familia aprovechan el fruto público de la cooperación y del progreso, así también pueden simplificar y hacer muy grata su vida doméstica si conciertan su privacía con el disfrute compartido de los bienes aptos a compartirse: una sola fuente de gas, un garaje común, un asoleadero para todos los niños; con una forma, en fin, de fecunda y armónica convivencia que las viejas vecindades —núcleo de la ciudad— propiciaron; que en vano combatió la *casa sola*, inepta, y que los modernos *apartamientos* restauran cuando surgen a ofrecer a los habitantes de la ciudad el modo, no postizo ni extranjerizante, sino *tradicional* y moderno, vivo y legítimo por ello, de vivir al ritmo de su ciudad.

Es eso, a mi juicio, lo que la nueva *arquitectura de la ciudad* indica a su vida privada. Y por dialéctica, las nuevas formas lógicas de la vida privada, cada vez más aceptadas, ofrecen al mundo la prueba complementaria de que México ha alcanzado ya una mayoría de edad urbana que le depara sitio honorable entre las capitales cosmopolitas. Cuando vemos que en ella conviven mexicanos de toda la República y extranjeros de todos los países; cuando coexisten Xochimilco, la catedral, las vecindades, el Reforma, los palacios porfirianos y los *apartamientos* disparados hacia arriba por Mario Pani: el callejón de la Condesa y la calzada Mariano Escobedo, o la diagonal San Antonio: Tepito y las Lomas, Anzures y Narvarte, los *ejercicios* de Cuaresma y un partidazo de *foot-ball* en el Asturias: la india que pregona sus flores y las orquídeas en caja de plástico, sentimos la fecunda, gloriosa riqueza de una ciudad imán que hace ya muchos siglos atrajo hasta el misterio inédito de su valle encantado la peregrinación del Hombre de las Manos Grandes que se aplicarían a modelarla sobre el barro y la piedra, desde el reptil hasta el vuelo; y que desde entonces no ha cesado de recibir el tributo de todas las sangres, ambiciones, oraciones y sueños de los hombres que de todos los rumbos llegan a disfrutar el privilegio de su aire claro, de su sol luminoso, de su límpido cielo, de su primavera inmortal. Del sueño y del trabajo de todos esos hombres, ejercido en el valle más hermoso del mundo, está labrada la grandeza de la ciudad de México.

Nos quedaba un día, ya nada más, para que mi amigo acabara de impregnarse, en lo posible, en la vida de la ciudad. Por dicha era un domingo, y nos dispusimos a aprovecharlo en ver cómo disfrutan los mexicanos su día de descanso. Salimos temprano. Por Insurgentes encontramos muchos coches llenos de pintorescos excursionistas. Las chicas con *slacks*, los señores con sacos *sport* y gafas oscuras, indicaban muy claramente que esas familias se dirigían a Cuernavaca, a pasar un cómodo y moderno día de campo a la medida de su solvencia. Otros coches conducían a señores maduros y solitarios a sus clubes de golf. Iban unos a Churubusco, donde verían a los políticos que han emprendido ese ambulante sistema de charlar mientras sudan, y otros al Club de Chapultepec, más allá de la Ciudad Militar, ya dentro de los límites del vecino Estado de México, donde los socios son casi todos extranjeros.

Otros automóviles, materialmente rellenos de chicos, simplemente vagaban, conducidos con notoria torpeza por el cauteloso, feliz papá. Llegarían probablemente hasta Tlalpan o hasta Xochimilco. De regreso, comprarían barbacoa en la calzada, para amenizar una copiosa comida, antesala del cine abarrotado. Todavía otros, iban simplemente a Chapultepec. Los jóvenes que los manejaban: que con ellos *castigarían* a las muchachas del paseo: que aguardarían por las calzadas laterales a que fuera hora de integrar la lenta caravana del paseo por la principal, ¿sabían que en haciéndolo mantenían una tradición dominical mexicana que empezó con los coches de caballos, y que aún por los veintes congregaba a *todo México* a cazar, entre el “packareo” de los estorbosos autos de entonces, la contemplación de las aves del paraíso implantadas sobre las bellezas profesionales de la época?

Allá, en Chapultepec, el domingo se animaría por instantes. Mientras los charros ya un poco *demodés* se instalaran a revisar el paseo, próximos al puente, se llenarían las barcas con muchachos alegres, los papás llevarían a sus niños a ver los animales o a viajar en el pequeño ferrocarril, o a montar ponis y retratarse; y las familias más humildes buscarían la sombra de un fresno para instalar el soñado banquete al aire libre de sus tortas compuestas.

Otras personas se levantarían tarde, se acicalarían con esmero, irían a misa. San Francisco, La Sagrada Familia, La Coronación, recogerían sus rezos para verlas a la salida cultivar o entablar el noviazgo que algún día conducirá a la feliz pareja hasta el altar iluminado, entre las lágrimas tiernas de las mamás y las notas marciales de la *Marcha nupcial*, para que la vida continúe, se reanude, se repita y renueve.

Otras llenarían los campos deportivos. De todos los barrios: limpios, alegres, los muchachos salían a reunirse en grupos, vestidos como podían, a jugar *base-ball* o *foot-ball* en los llanos, en los parques: a excursionar, a recibir en su carne morena y dura el aire y el sol, a poblarlos con sus risas blancas. ¿En dónde está el filósofo que diagnosticó en los mexicanos un *complejo de inferioridad?* Esa forma aberrante, decadente, del pudor, que se expresa en la reverencia al tabú social: que se avergüenza de la indumentaria heterodoxa: que se inhibe ante el símbolo del poder superior, y que así estatiza y congela todo proceso democrático de fecundo mestizaje racial, y de armoniosa, orgánica supresión progresiva de las clases, si una vez existió, puede ya dichosamente decirse que ha sido superada y vencida. En el deporte, que es juego y limpia y alegre competencia de fuerzas gratuitas: y que por juego es símbolo y esencia del trabajo, aquel *complejo de inferioridad* ha acabado por naufragar, extinguirse, sublimarse. Los muchachos (que son quienes cuentan para el futuro de la ciudad —y del país —) no lo sufren cuando discurren en “fachas” deportivas por las calles; cuando comparten su transporte con los “apretados”; cuando extienden y fortalecen los lazos de su vigencia activa y de su amistad en las tribunas o en los campos de sus juegos, mientras la raza en ellos se vigoriza y depura.

Pude todavía decir a mi amigo que otras familias, de gustos un poco extranjeros, se transportan la mañana de su domingo a un Hipódromo de las Américas que tuvo su elegante abuelo, hace muchos años, en el de Peralvillo, y su pariente en el que aún da su nombre a cierta colonia. Después, como era justo, le acompañé a los toros: ese predilecto, colectivo, grandioso juego de azar donde el azar consiste en que los toros y los toreros se concierten: esa conocida válvula de escape de una ciudad que en la plaza desfoga su humorismo. A esa hora, por más que pareciera que todo México se había citado en la plaza México, mucha gente llenaba la arena Coliseo, la México, las pequeñas del box y de la lucha libre. Y mucha más, por supuesto, los cines y los teatros. Todavía alcanzamos a asomarnos al Frontón —vibrante, eléctrico, preciso—.

Luego recorrimos, sin rumbo fijo, por una última vez, la ciudad, que empezaba a dormirse. La pulsación del tránsito iba amenguando. Los semáforos habían cerrado sus ojos alertas. Las ventanas altas, pequeñas, cuadradas, extinguían poco a poco sus luces. Se establecía la tregua del silencio y la sombra; del sueño y el descanso.

Desde las Lomas, la ciudad se veía flotar en un halo tenue que recortaba sus perfiles: volcaba sobre el Valle, tendida entre los siglos, viva y eterna. Ya recogía, como una madre gigantesca y celosa, el retorno fatigado de sus hijos. Bajo los techos de aquella ciudad; en el llanto del recién nacido, en el beso del joven, en el sueño del hombre, en el vientre de la mujer; en la ambición del mercader, en la gratitud del exiliado; en el lujo y en la miseria; en la jactancia del banquero, en el músculo del trabajador; en las piedras que labraron los aztecas; en las iglesias que elevaron los conquistadores; en los palacios ingenuos de nuestro siglo XIX; en las escuelas, los hospitales y los parques de la Revolución, dormía ahora, se perpetuaba, se

gestaba, sobrevivía, la grandeza de México.

APÉNDICE
EL JOVEN

Ensayo previo sobre la ciudad escrito en 1928

LEVANTÓSE temprano, alegre. Sentía al respirar, su corazón. Desde el alba, en vez de los gallos higiénicos que hubiera amado oír, había sentido la voz de los autos y el trote mañanero de los carros de leche. Aquel día, el doctor había autorizado su primera salida a la calle. Y él esperó, fijos los ojos en el cielo raso, todas las horas, mientras las gentes de fuera proyectaban un rasguño de sombra de él, inversamente, filtrada en las maderas de la ventana por la que espiaba una amplia primavera. Odiaba las rígidas cucharas. ¡Tantos frascos negros, con anárquico símbolo, habían amargado su boca! Recordaba de memoria su cuarto, con sus dos roperos gemidores en los que sonaban las llaves al cambiar la ropa de su cama en ropa limpia ¡y tan fría!; las cadenas aquellas floreales en que descubría caras y gestos, y que había contado, encogiendo los dedos al numerar. Y la pared que, de volverse, contemplaba, y en la que le parecía ver tantas cosas.

En fin, estaba ya en la calle. A tales horas no es probable sufrir calor ni ver gente. Abrían las tiendas; de las panaderías flotaba un santo olor y había quien ya volviese de misa y quien fuera, temerosa de atravesar las bocacalles, bajo sus años y sus chales oscuros, a la última llamada de la de siete.

Pasaba uno que otro camión. De los pueblos venía gente de cuadros a establecer repollos y pollos. Cacareaban, atropellándose en la calle recién mojada que subrayaba, aceitosa, la pauta de acero de los rieles. Ya el sol brillaba para los malos, y naturalmente para los buenos también, como un reflector, apenas, antes de conquistar definitivamente el azul aún frío y pegado a las cosas. Sintióse ya bien, en efecto. Sólo aquel corazón que se aceleraba y le latía en las sienes, a ratos. Detuvo un camión. Reconoció al cobrador, que imperturbablemente gritaba, greñudo, desde tan temprano y sin cambio siempre. El ruido de la calle era para él armonía sabida. Los trenes urbanos, como personas decentes, con un poco de todo, zafando el trole en las esquinas mientras los rápidos atropellaban los minutos, como nuevos ricos. ¡Todo, todo igual! Algunos carteles recientes. Se prohíbe fijar anuncios. Y los gendarmes de tráfico que instalan su oficina pública, ya al Centro. Bajóse.

En los almacenes alzaban las cortinas de acero, y desde el fondo, saludaban avalanchas de zapatos. Se instalaban los sitios de autos. Olvidados de la noche anterior, los choferes enjuagaban el coche afanosos, en mangas de camisa, y medían el aire de las llantas. Luego sentábanse, restregando con estopa sus manos, y decían: "¡Listo!" Hubo de retroceder, cauteloso. Pasó, homérico, un camión con una casa adentro. En jaulas, iban loros. Se adivinaban mesas, camas, acaso un piano de cola…

Siguió caminando. Todo lo conocía. Sólo que su ciudad le era un libro abierto por segunda vez, en el que reparaba hoy más, en el que no se había fijado mucho antes.

Leía con avidez cuanto encontraba. ¡Su ciudad! Estrechábala contra su corazón. Sonreía a sus cúpulas y prestaba atención a todo.

Man Spricht Deutsch. Florsheim. Empuje usted. Menú: sopa moscovita. *Shampoo*. "Ya llegó el Taíta del Arrabal", ejecute con los pies a los maestros, *Au Bon Marché,* Facultad de México, vías urinarias, extracciones sin dolor, se hace *trou-trou*, examine su vista gratis, diga *son-med*, *Mme*. acaba de llegar, estamos tirando todo, hoy, la reina de los caribes. *The Leading Hatters*, quien los prueba los recomienda, pronto aparecerá, ambos teléfonos, consígase la novia. Agencia de inhumaciones Eveready. ¿Tiene usted callos? Tome Tanlac. Sin duda, a pasos lentos, pero su ciudad se clasificaba. Para cada actividad señalada, remedios o gentes especiales. Ya los helados no son solamente de limón, de chocolate, de fresa o de *amantecado* como solían. En aquel Lady Baltimore las listas eran largas e incomprensibles. ¿Quien no sepa pronunciar osará comerse un *marshmallow puff?* Y los *ice cream* sodas, vasos llenos de espumarajos y con dos popotes, como los acusaba un su amigo provinciano —¡eran de mocha! ¡Y de maple!…—

Los últimos, caprichos del destino y deber del joven de la fuente de sodas, saben a *life-savers*. Los *life-savers* tienen el sabor que deja una extracción de muelas. Los dentistas. Estos hombres son especialistas. También lo son aquellas matronas de que hablaba Sócrates y que colaboran en nuestra edición. Los que sólo exploran cataratas, los que curan nariz, oído y garganta; otros aún, cuyo posterior examen a sus clientes no debe de ser muy divertido. Ya los ungüentos no gozan del prestigio que hurtaban a los cirujanos. La extirpación sin operación es ya un hecho… Nuestros antepasados morían de un acervo bien pobre de enfermedades; a veces morían del dolor de no haber padecido mal alguno. Y, además, sus pocos disturbios físicos eran curados casi siempre por el doctor Sangredo o por el médico Purgante. Más antes el físico, que curaba todo, o el brujo, que sabía disecar cuerpos, sabían también griego y hebreo y astrología. Hoy hemos descubierto un repertorio brillantísimo de muertes, sin contar las que ocurren por accidentes en la calle, o la fulminación. La soltería, el cinematógrafo, el vegetarianismo, el teléfono y las novelas francesas tienen grande culpa del grupo de las enfermedades mentales. Antaño sólo en las novelas o en el teatro moría de amor alguna desdichada; hoy el profesor Freud nos las muestra en la vida cometiendo olvidos, torpezas, equivocaciones, errores, supersticiones… Toda la psicopatología de la vida diaria y de la lucha por los maridos.

Y tanto mal ha producido el individualismo en las mujeres. Cada una se ha descubierto. Es muy interesante, tiene matices espirituales nunca vistos y usa el sombrero como nadie. Sus ojos son de gata. Una vez leyó un verso que hablaba de los ojos de gata de algunas mujeres. Sobresalen las literatas, cronistas o recitadoras.

¡Treinta años! quién me diría
Y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor…

Otra se dedica a la Teosofía. Ésta a seguir los consejos de don Carlos González Peña. Aquélla hace un ensayo inglés a propósito de todo. ¡Es tan finamente sutil, irónica y altiva! Ha leído France, Lorraine y Willy… en traducciones de Luis Ruiz Contreras.

¡Cosa admirable, por inconsciente, esta especialización de labores! Ella ayuda a la sustitución inevitable de unos tipos por otros, a la creación de nuevos géneros de hombres, y contrarresta un poco, en la tierra de don Juan de Dios Peza, los propósitos de José Vasconcelos.

Hay dos grandes muestras de la fuerza que crea dividiendo en nuestra moderna sociedad. El aviso oportuno, en lo moral, y la casta de los choferes, en lo material.

Nadie que use planillas ignora estos dos hechos. Anteriormente a la Revolución, podía leerse entero el periódico, y se podían atravesar las calles. Hoy los diarios dan demasiado papel y los hijos de Ford existen demasiado. Hay solicitudes, ofertas, enseñanzas, y aquella fecunda sección de “Diversos” en *El País*, se ha ramificado clasificando sus 100 pies. ¡Si antes no se ofrecían tantas cosas o no se buscaban en la prensa! Realmente hay poco pundonor en párrafos como éste: “Señora atractiva con capital solicita relaciones con joven fuerte y sin capital. Entrega inmediata. *Altisidora”*. O bien: “Modelo masculino buenas formas, envía retrato a quien desee ocuparlo. *Fedro de Rubempré”*. Y más abajo: “Adorada: Te espero donde ya sabes. Lleva un pañuelo. Tu mocoso”.

¡Esto ya no lo pueden leer las familias! Tampoco debería saberse si Fulano mató a su amante. ¿Qué tiene que saber mi esposa que puede matar a su amante? Y luego los niños que aprenden historia, y en los diarios leen, de reojo, que en la cárcel… heroína… drogas… Si no fuera por el suplemento de los domingos, tan instructivo, las gentes que usan planillas no comprarían el periódico entre semana.

Tampoco existía antes de 1900 ese tipo ágil que constituyen los choferes. Más lejos, en las diligencias y en los coches genéricamente de caballos, los aurigas eran serios, un poco viejos, o gordos o secos, pero siempre con algo de daguerrotipo y de incómoda silla real. Deben de haber olido a la paja que estornudaban sus caballos; eran respetuosos y leales. Sus esposas y sus hijos eran amantes con ellos. Pero las máquinas, este argumento de los socialistas, han relegado a deplorable lugar la domesticidad de los que conducen nuestras almas como si las llevara el diablo. Deben de haber sido los jóvenes, los más perversos del lugar, los que se aventuraran a trepar a una locomotora y aparecieran luego, como el propio enemigo malo, tiznada la cara entre las llamas bramadoras. Y poco a poco fuese creando el tipo de los ferrocarrileros de modo tal que hoy cualquiera los reconoce; de anchas espaldas, con zapatos de tropezón, pantalones anchos y sacos extremadamente barrocos en su fantasía. Lo que más los distingue es el sombrero, de alas cortas, puesto muy arriba y muy adelante de una cabeza con castaña, aderezada con tesón, y que lleva cuatro pedradas. A nivel de los ojos, como quien empuña un barquillo, hacen en su sombrero, al ponérselo, un pico, el último en la historia de los sombreros.

Muy semejantes a los ferrocarrileros fueron resultando los conductores de tranvías. El mismo aspecto. Y la propia tarea de rendir cuentas y de checar boletos numerados. Hace algún tiempo, sin embargo, aún tenían el privilegio de arrollar de cuando en cuando, en su guillotina eventual, a una que otra María Antonieta con apellido y que iba a la plaza. Hoy resultan tan lentos que ni los suicidas los prefieren.

Ornitorrinco, la bicicleta surgió. Fue *chic* y hasta rápido usarla en las carnicerías, y los doctores no se desdeñaban de hacer equilibrio sobre aquel toro bípedo y solípedo que no comía ni se entripaba ni podía matar a nadie. Ni a su jinete.

Pero la bicicleta, anuncio de libertad, grito de Dolores contra la tiranía mecánica de los rieles, murió en flor. Hoy sólo las usan los *niños bien* en las calles privadas. Uno que otro señor, si se atreve, va incómodo y lleno de vergüenza. Ya agonizaba en 1905. En los estanquillos hay tarjetas en que, con bombín claro, traje de cuadros y una elegancia muy 1895, un señor le lleva a su amada flores en bicicleta.

Ya los científicos, los que habían visitado Europa, iban al Paseo de la Reforma en coloniales autoedificios marca Renault. Los héroes provincianos —cuya vida y hechos saben algunos maestros de escuela— desde su mohonera, acentuaban su gesto trágico o requerían el sable insurgente o se aseguraban el sombrero o la muleta, al ver pasar, con los caballos en píldoras, aquellas cosas que les hacían taf-taf y les volvían la espalda y un humo incorrecto que les salía por la espalda.

(Estos automóviles —iba a escribir con b— se conocieron mucho en el cine; en vistas panorámicas iluminadas, marca Pathé, de pronto daba vuelta un Renault. También en las vistas italianas. A la Hesperia —decana de los argumentos— *pannes* frecuentes le daban ocasión de desesperar desde la portezuela que no podía abrir.)

¡Pero en Europa tenían un lamentable concepto de la industria y de la mecánica! Los autos eran casi solemnes; cada pieza costaba mucho y no sabían ponerle “huaraches” a las llantas. Además los choferes, *chauffeurs*, eran lentos, uniformados, y abrían las portezuelas inclinándose. Por eso nació Henry Ford y anegó de hormigas las calles del universo.

Con la Revolución, por fin, hubo tantos autos —ya rápidos y yanquis— como generales. ¡Qué grandes días aquellos en que la familia, toda la familia del general Aguado iba en su auto a admirar las obras del desagüe! ¡Y los días de campo!

Hudson, súper, *super six*. Entonces, como sobraba ya gente en México, y gente de dinero, se aceptó el auto Universal. Y por 1917 —¿el sincronismo de las invenciones?— se hicieron circular algunos camiones. Se pensó que serían mejores los fuertes y sólidos. Hasta hubo uno de dos pisos; pero —ley creo que sociológica— lo que se ganaba en amplitud se perdía en intensidad; y a medida que se establecían más líneas y que había más camiones, se personalizaban éstos y pasaban de varias marcas a la finalmente adoptada: la Ford. Si fuésemos cubanos hubiéramos dicho “fotingos”. Por una costumbre muy mexicana de disminuir las cosas lamiéndolas, les llamamos fordcitos.

Los numerosos choferes de los generales eran, un poco, revolucionarios también. Por mimetismo se les había hecho cara de bandidos. Usaban sombrero tejano y, generalmente, guardaban algo de dinero. Y cuando el general evacuaba, sus leales choferes compraban un camión con sus ahorros, y con la diaria sisa en las refacciones de las que el general no entendía papa.

He aquí por qué a la Revolución y a Mr. Ford debemos una nueva casta que tiene en los rieleros su género próximo, y en la libertad no sujeta a cable ni a riel su específica diferencia. Cuando los camiones eran pocos y no había terminales, no podía notarse. Iban y venían por el 5 de Mayo y se sentía bonito y raro ir brincando frente a cuatro señores y junto a tres. Los letreros eran aún tímidos e imitativos de aquellos de los trenes. Colonia Roma, Zócalo, Santa María, Guerrero… Y adentro, cuando mucho: “No hay cambio”… Pero en tres años el cambio ha sido verdaderamente asombroso. En primer lugar, los santos ya deben de estar sordos. Se explica uno que Heine diga: “Llamé al diablo y vino al punto”. Y que Don Juan repita todos

los años: “Llamé al cielo y no me oyó”. Porque en México el diablo no es tan traído y llevado en bocas sacrílegas como la corte celestial. Y esto es culpa del Ayuntamiento, por una parte, y de doña Isabel la Católica, por otra; porque los lazos intangibles de los camiones han unido a don Vicente Guerrero con San Lázaro, y a San Rafael con San Lázaro, y a Santa Julia, la Guayaba y San Cosme, y a Santa María con la herética Roma al través de los Insurgentes.

Tráfico tan constante reclamaba una orientación. Y he aquí que vestidos de *policemen*, sobre un banco ridículo, empezaron dos o tres agentes de tráfico. Se hacían enredos; y se proyectaron semáforos. Los primeros decían Siga, en verde, y Alto, en rojo: *Stop and Go*. Luego los trajes de los inspectores no fueron tan costosos, ellos fueron más y los semáforos se castellanizaron; se les puso un paraguas que funcionaba mal y ahora dicen Alto, Adelante y Peatones; cuando leen lo último todos los que se consideran peatones se adelantan. Otros hay que esperan a que diga otra cosa.

En la carrera de chofer se empieza el escalafón, si es un fordcito, por ayudante; si es un camión, por cobrador. Estos últimos son los más inteligentes. A menudo no tienen 10 años y no han ido jamás a la escuela; pero brincan mucho, gritan más y hacen prodigios de equilibrio; crecen, sin darse cuenta saben ya sumar, restar, multiplicar, y manejar; en las largas terminales se enseñan y su voz enronquece y se hace dúctil y persuasiva. ¡Hay lugar, parados! ¡Bueno! ¡Vámonos! Se les diría dados al ínclito gobierno del Estado. Y si no se bañan es porque de las cinco de la mañana a las 10 de la noche gritan y cobran. Ya luego sacan su licencia; conocen su carro al dedillo: el diferencial tiene rota la flecha, las balatas, el chasís… Y de repente asaltan un puesto de lubricantes, y gritan en clave: “¡Diez y uno!”

Hay muchos que al recibir su título se vuelven presuntuosos. Ya no quieren que los apoden *el Elefante, el Filder* ni *el Cachabaz*. “Me llamo Manuel”, dicen. Y aquellos que no tienen ambiciones y que los conocieron con un saco-abrigo, los motejan…

Hace poco hubo una fórmula de anuncio en los camiones. Junto a “Pida usted su parada con anticipación”, “Evite peligro” decía; era una asociación contra los choques y los accidentes. Pero en México no prosperan esos *salvation armies*. Los señores Sanborn toman la fórmula: “Evite peligro bronquial tomando Te-colo-tos. Evite peligro viajando en este camión”.

Las escuelas sobran. La observación y la experiencia les han dado el conocimiento. Los de los sitios, sobre todo, que han sido tantas veces cómplices en el rapto de las Sabinas y de las Juanas. Ya nada les inmuta. Ni que un señor se suba y, cuando no le ven, saque del chaleco una cajita repleta de polvos cristalinos. Ni otras cosas dentro del coche. El silencio es oro. El oro es silencio.

Ahora tenía que comprar algo en una botica y se detuvo en un aparador. No… lo compraría cerca de su casa, en aquel botiquín de una sola puerta en que el boticario usa anteojos y tiene canas. ¡Las boticas! Son como la poesía de Tablada: un sugerente jaicais.

Botica

Droguería.

Farmacia.

En algunas de las tres ramas de esta arca se halla lo que se busca.

Los boticarios son gente amable y tienen excelente memoria. Saben dónde está cada frasco. Tienden a hacerse de confianza con su clientela. No es raro, pues, que cuando un joven

que ha comprado ya muchas cosas y que ya saluda al responsable, le pida, por lo bajo, un poco tembloroso, un gramo de cocaína, el responsable conteste: “Pero sólo con receta se vende, joven, en fin… por ser usted…” Y ya en adelante, por ser él le venderá todos los gramos que quiera.

Se estremeció involuntariamente, como en las novelas, al pensar que ya el lunes tendría que ir a la escuela. No había ya pretexto para quedarse en casa recortando papeles y clasificando en carpetas pegandas y cartas y retratos de novias. ¡Tener que estudiar! No eran las suyas *Les vacances d’un jeune homme sage*. Ni le quedaba siquiera el consuelo de ser provinciano y de ir cada año al pueblo a asombrar con su bien vestida erudición. A anunciar a sus maestras de primaria que tenía muy buenas calificaciones “y que no había dejado de ir a misa”. A abrazar a un padre testarudo y a una anciana madre hacendosa. A visitar, no más que un rato decente, a la familia cada vez mayor de Julieta, la de las negras trenzas.

Había sentido todo esto a través de las novelas. Y luego lo había palpado en la escuela, donde los muchachos con voz regional reciben cartas a menudo… ¡En tercera persona! Así eran todas sus experiencias.

Una vez fue a pasar la Semana Santa casi a Huehuetoca. A Huixquilucan, donde los misioneros jesuitas fueron a investigar el otomí. La casa de su leal amigo, ¡qué amplia, qué entera! Hasta allá no llegaban aún los clósets en las flacas paredes de apartamientos. Los roperos, repletos de ropa dada de azul, se vencían paternalmente. Los colchones se habían nutrido con la lana de ovejas coterráneas.

Su amigo tenía allí su novia y era saludado por todos con respeto.

–¡Buenos días, Pino!

Era el centro del pueblo. Precisamente, la ilustre casa de Ramírez.

Tenían que volver a la ciudad. Los días pasaban sobre él. Casi no hablaba. Una mañana, como el inmoralista, se chapuzó en el río. *Des mentes odoraient*. Le dio catarro.

Partieron. Al despedirse de sus recientes amigos y montar a caballo por la primera vez, circuló por su pecho un súbito estremecimiento que nunca antes había sentido y que, rompiendo el aire, se volvió suspiro.

Ya estaba en la escuela. Como todos los años, éste se habían inscrito muchos en el primero. Se hacían grupos; los que llegan de los estados, con su preparatoria positivista terminada, discutiendo el problema del libre albedrío, y cuyos zapatos no son de formas inglesas, se hacen de amigos en voz baja, como quien conspira. Los que salen del Colegio Francés, que llegan ya en orgánica infantería, que usan automóvil y tienen apellidos elegantes. Y, dueños del campo, admiradores del maestro Caso, los que aborta la Escuela Nacional Preparatoria. Estos últimos traen graves problemas: la fundación de una revista estudiantil más frecuente que las anteriores; la reorganización de la Sociedad de Alumnos y el uso hebdomadario de los baños de regadera. Fuman y discuten. ¡Si ya están en leyes! Ahora llamarán *perros* a los de la preparatoria. Y se apresuran a comprar los textos, “de preferencia en español”, en El Volador.

A los tres meses de estudiar sociología, cuando las citas de Fouillée, de Gumplovicz, de Tarde, les han llenado la cabeza, es de ver su modo de andar. Por las tardes, el café América ventila sus conversaciones.

—Sí, compañero, el derecho se apoya evidentemente en la moral, y mientras no haya una

moral universal, el derecho internacional es un mito, es decir, una utopía.

Más allá, los jóvenes poetas, fuman y conversan.

—Pues yo sí encuentro analogías entre Rabindranath Tagore y Gabriela Mistral. Una y otro fueron descubiertos al mundo boquiabierto desde su humilde apartamiento. Y ahora los tenéis viajando para que se conozca verbalmente a los admirables autores de *Desolación* y de *Las piedras, las piedras…*

—*hambrientas.*

—Ah sí, *The Hungry Stones…* Esta piedad, ¿no te recuerda a Nervo? Hermana agua, alabemos al Señor…

—¡Pst! Nervo no era filósofo. ¿Has leído sus primeros libros? Apenas era "místico". El maestro de literatura nos explicaba el misticismo con fray Luis de León y con Mauricio Maeterlinck. Místico no significa religioso. Nuestro verdadero poeta filósofo es el autor de *Los senderos ocultos:*

> Irás, Harás, Vendrás, Verás las cosas,
> con noble lentitud…

—Esta retórica preceptiva contiene la más alta filosofía. Ni Sócrates a sus jóvenes discípulos les definía tan precisamente sus obligaciones. Prueba de ello las ediciones de Clásicos de la Universidad. Los *Diálogos* de Platón son estupendos, aunque algo indigestos algunos, como el "Banquete". ¡Y valen un peso, con pasta inglesa! ¿Ya los leíste?

—No. He estado viendo *Los valores literarios* de *Azorín.*

—Pues yo desde que leí *Al revés,* he estado leyendo la *Iliada.* Huysmans me sugirió a Wilde y leí *Intenciones;* de allí a Walter Pater y de los estudios griegos al escudo maravilloso de Aquiles Pélida, en cuyo tiempo, por su mal, no había talonarios.

—No hagas chistes gruesos. Ahora, frente a estos restos de café, pensaba en Baudelaire… en Verlaine… en Villon…

—Sí, pero ya va ahí el maestro. Hoy tenemos clases de económica.

—¿Qué se me da a mí del productor ni del consumidor? Déjame soñar, burócrata; déjame ser romántico. ¿Quién que no es romántico? Se apagó el fuego de mi cachimba.

—Por eso yo prefiero —decía el helenista wildeano— los cigarrillos. Son el perfecto placer porque no dejan nunca completamente satisfecho.

Luego comentan lo que, para ellos, es la última novedad editorial: el libro de prosas breves del joven Ibargüengoitia. "¡Qué visión tan nueva de esta existencia mísera! ¡Qué desprecio a los cánones y qué buen papel! Hizo tirar 30 ejemplares numerados en papel Imperial del Japón…"

Otro es el grupo que se dedica a la política. Ya se ha visto que, a veces, es muy productiva la presidencia de ciertas federaciones imaginarias. Y se provocan discusiones, se interrumpen las clases y, en asambleas que se toman en serio, los futuros diputados empiezan por invocar la elocuencia del que tenía un chícharo, y dicen que les falta, y que la quisieran tener esa o la de Boileau, o de Dantón, o siquiera la de Castelar, para convencer a su auditorio de que el listón azul es superior al distintivo rojo.

"Nuestra planilla —gritan convincentes— ofrece reducir los planes de estudios, tomar

parte en los consejos universitarios, ligar entre sí a las escuelas, fomentar las pensiones y ayudar al iberoamericanismo. Habrá descuentos para los estudiantes en todo lo que los estudiantes necesitan pagar barato. Y contribuiremos a hacer efectivo, entre la juventud, que es la esperanza muy legítima de la patria de Juárez, el lema que ostenta, hoy, nuestra ilustre Universidad: '¡Por mi raza hablará el espíritu!' Los norteamericanos son un pueblo sin educación. La doctrina Monroe, vos lo sabéis, fue un *lapsus linguae.* Debió formular: América para los norteamericanos. ¡Pero no lo consentiremos, compañeros! No volveremos al cine Olimpia. No aprenderemos inglés. Ese pueblo, esa raza de *cow-boys* y *bathing-girls*, desaparecerá; nos alientan Vargas Vila y el Himno Nacional."

Otra es la Escuela de Medicina. Por allá la literatura muere en los bisturís o se vuelve naturalista. Todavía no ha muerto Manuel Acuña. Y las novelas que el Testut permite hojear son de ciertas series fisiológicas que los papeleros sugieren al oído. Sin embargo, el parnaso mexicano no carece de buenos cirujanos. Consúltese la *Antología del centenario.* Y recuérdese que en tiempo del doctor don Porfirio Parra y de don Gabino Barreda, los practicantes de hospital hacían también novelas. El propio doctor escribió *Pacotillas,* novela estudiantil donde muere el protagonista víctima de la tos ferina. Y otros doctores han recetado en verso, aunque lo hagan secundariamente y disculpándose en "dos palabras al lector".

La tesis final los fuerza a redactar una maravilla de discurso sobre el nervio trigémino, y esta tesis, dedicada a los padres del culpable, se imprime con una "fe de erratas".

Los alumnos de Medicina, en lo personal, si lo tienen, son abstraídos y serios; esas alegrías morbosas de echar dedos en los buzones y agua de muerto a los transeúntes son como el gesto amargo de quien vomita porque le ha hecho daño comer. Su tristeza proviene en mucho de la estrechez con que viven en cuartos en que a menudo hay tres más que roncan, sudan y "machetean". Estudiantes sin blanca, como en las leyendas; buscan, cuando van ya en tercer año, novia con quien hablar de sus ilusiones; al fin y al cabo abundan ejemplos de médicos que sufrieron hambre durante su carrera y que luego tienen casa propia: se pueden citar… pero lo que no puede citarse es que un porcentaje máximo de doctores no tienen casa propia y se buscan un empleíto… sólo que esto se ignora o no se toma en cuenta.

Los alumnos de Medicina son una prueba de admirable tesón. No les arredra nada para clasificar año por año, en su archivo encefálico, cómo se unen los tendones y cómo se llama cada cosa de las insospechadas con que cargamos. Y luego hacen una teoría de la vida y de la felicidad, haciendo depender sus matices de nuestro estado digestivo. ¡A ellos les consta tanto!

A este respecto no son nada pacientes los estudiantes de Leyes. En seguida quieren dinero y libertad; para su fortuna, los profesores faltan regularmente, y mientras tanto, ellos se anuncian en alguna antesala en que se lee: "No hay vacantes", para solicitar empleo. Ahora lo que mandan de casa no es suficiente. Un futuro abogado debe usar sombrero de paja…

Los que van a ser ingenieros no tienen tiempo para obrar. Están encantados porque Comte y Tolsá (no *Tolsa,* ¿verdad, marqués de San Francisco?) los colocaron en el primer lugar de las ciencias y de la ciudad.

Hay todavía algunas escuelas recientes como Agricultura, como la ESIME, como la Gabriela Mistral, que aún no forman un tipo claro y distinto; con el tiempo, sus árboles darán su fruto cierto. No tardan las cocineras tituladas y se podrá entonces emprender la "antología de los platillos".

¿No la querría editar la casa Cvltvra? No, desde luego, en la antología mensual de buenos autores publicada bajo la dirección de José Gorostiza, pero, por ejemplo, con un perico en vez de búho sapiente como *ex libris.* El perico, que exorna los libros menos excelentes marca Cvltvra, puede de repente aturdir al búho con su hablar sin "hilaridad". Ya se murió el cisne. El búho está ya un poco Urbina. Y el perico, si no se agacha, lo consagran. ¿Existe en México una literatura que sintetice el espíritu popular? ¿Hay *slang,* argot? No se lo pregunta el Doctor Atl. Es un monólogo como los que hallaba censurables el doctor don Francisco Maniau y Torquemada en 1806. El entusiasmo que les despiertan a los pequeños eruditos las ediciones de Vanegas Arroyo y los papeles amarillos y verdes que se declaman en los barrios, se ha desmoralizado un tanto. Los corridos no son más que cómodos romances imperfectos. Los cuadernitos con carátulas simplicistas, no lo son sino a fuerza; tanto es así que cuando en algún diario o en alguna imprenta sobra un clisé fotográfico, sustituyen por él sus admirados expresionismos, no importa quién sea el retratado.

En cuanto a las canciones cuyas letras venden en hojas, pueden reconocerse si se va a los teatros, en donde puede hallarse también la gracia de hablar con los dos sentidos; el teatro Lírico es una institución nacional. Y el bateísmo, los puestos, el Aztec Land y los poetas jóvenes han contribuido a estimular al pueblo. No es cosa del Sistema Best ni de Marcelino Dávalos. Ya a principios del siglo pasado se hacían odas anacreónticas al pulque.

Si el vino se ha acabado,
dame pulque, mancebo;
también el pulque es don
del gran padre Lieo…
…Urania, docta musa,
¡oh, ninfa del parnaso!
Reconoce el olivo
Que en esta frente tengo…

Como se ve, Partenio desahoga las llamas de su casto amor. Clorila toma néctar curado de Lieo, y Fernández de Lizardi escribe un auto mariano con *slang:*

On cosa traigo, Teopixque,
que te lo ha de dar contento;
yo lo soy de Cuautitlán
y me lo llamo Juan Diego

¿Cuándo será que pueda haber literatura mexicana, teatro, novela, canción, música? No ser normales es, en los pueblos, un defecto mayor que en las mujeres ser sietemesinas o gemelas. Que la ontogénesis nos ayude a descubrir que a esta América mía, que palpo toda en el mapa de relieve de mi corazón, le ha faltado algo. ¿Cuándo debieron las hijas de Europa empezar a huirse de su casa? ¿Por qué no tuvimos, como todos los pueblos, primero lo épico y luego lo lírico? Luis G. Urbina y Santos Chocano observan que el indio tiene una tristeza muy dulce, muy suya, y que hace criollos románticos. Los gachupines puros aquí se vuelven afiladores.

Los indios no se bañan. Pero los mestizos se transfiguran en poetas. Lo epopéyico nos salió un poco tarde, ya que se habló del código de Napoleón; pero ya el egloguismo era cadáver, polvo, sombra, nada, cuando el *Diario de México* y *el Pensador* empezaron con indirectas.

No hemos tenido nunca humanismo ni Renacimiento. A Cristo nos lo trajeron ya en ediciones con *copyright*. Hasta que en Guadalupe, Juan Diego tuvo la asombrosa visión; y el tomasino obispo, ya con el cuerpo del delito, trazó los planes que sabéis.

El teatro, la novela, los frescos, todo lo tenía ya Europa; Tezozomoc se había dormido sobre sus algodones. Lo único que producía Tenochtitlan eran esculturas y piedras de los sacrificios que a su vez favorecerían el turismo norteamericano y las excavaciones desconcertantes. De los Motehcuzomas, uno se dedicaba al tiro al blanco y el otro se daba *manicure*. Sólo Cuauhtémoc puso los pies en polvorosa…

Con 10 cañones por banda y el patriotismo exaltado, casi todos los himnos de la América hispana, hechos con la misma inquietud, al recuerdo quemante de las encomiendas y de la inquisición vergonzosa y del yugo español, hablan de un osado enemigo y de morir en los combates, al recuerdo de los héroes, y envueltos en la insignia sin mácula.

El cine ha sufrido en México alientos grandes y graves desalientos. Cuando se dispuso de la fotografía animada, se echó mano de la literatura con historia. ¿Quién no vio el circo romano y las grandes galeras, de muchos remos? En Francia abundaban los hechos de Zévaco que poner en claroscuro. Los reyes eran reales, comprensivos, y firmaban sentencias con pluma de ave. Los pajecillos se inclinaban. Catalina de Médicis conspiraba tras una puerta… ¡Todo Victor Hugo! Luego, cuando se prefirió el cine incoloro, argumentos tiernos —siempre en Francia— en los que se dignaba actuar M. y Mme., de la Comédie Française. Celos, dudas. El artero anónimo y la esposa inocente… el hijo que se enferma y cuya muerte une para el bis a los esposos condenados por desconfiados…

Luego la *jettatura* y el mal fin. Vistas hechas al itálico modo en que la heroína era como ella sola de original. Y la primera salida de Emma Padilla, la Menichelli mexicana —*el Califa de León, el Tigre de Santa Julia*— con los párpados en tercera velocidad. Al ver que en Francia las actrices filmaban por deporte, Mimí Derba fundó la Azteca Films, con María Caballé, en *Defensa propia*, argumento que hubiera sido una opereta aceptable.

Vinieron luego muchos otros desfiles de matronas teatrales. Y con el éxito de los grandes episodios, se filmó *El automóvil gris*.

El sabio Federico de Onís dijo una vez que en español no se puede decir *standard;* lo decía a propósito del Quijote, la Celestina, el Alcalde de Zalamea, el Cid. Tipos únicos y todos diversos. Así eran las películas europeas. Pero la vida dice: no hay un alma en cada abeja, mas tiene un alma el rumoroso colmenar. Y las películas americanas, esas sí *standard* por quien sabe qué reglamento, hicieron triunfar a la virtud por encima de todo, en un beso final. La tragedia es la más alta manifestación del arte. No el sainete, el pasillo, el entremés, ni la petipieza en que no hay situaciones fuertes, en que Sancho lleva a Teresa la nueva de su ínsula… A pesar de Aristófanes y de Bernard Shaw, nos estremecen Sófocles y Bretón de los Herreros…

Pero el cine californiano no es casi nunca nunca *accurately* intencionado en su efecto. Confía en que el pueblo —*in God we trust*— reconocerá a sus muchachos y se conseguirá el *keep smiling* aun con los aprietos que pasa Juanita Hansen en la cueva de los pieles rojas.

¡Faltan seis episodios en dos sendas partes! No pueden matarla. Además, su novio anda cerca; y el público tiene la digestiva seguridad de que todo será *fixed up*. Este optimismo se le debe en mucho a Orison Sweet Marden y al propio Smiles. El viaje de Coué a los Estados Unidos fue todo un éxito. Todos saben *jokes,* a propósito de la *Christian Science…* Ha de ser de Franklin la fórmula: "No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy". Porque para el americano del Norte, el ayer es cosa poco sabida. Con motivo de la guerra europea y de la supremacía norteamericana, se le ha pensado igual a Roma. Y el problema del imperio vuelto república ha dado ocasión a los profesores de *Ancient History,* todos ellos *Ph. D.,* de escribir libros a propósito del paralelo ascendente de la Unión con la Roma Augusta. Pero sólo los *Ph. D.* —no escasos, por otra parte— no ignoran que Roma existió. Ahora, con Valentino, Pola Negri, la Nazimova y otras estrellas extranjeras, se ha descubierto a Balzac y a su correlativo Dickens, por supuesto que optimizados…

El pueblo "de allende el Bravo" descubre el pasado ocasionalmente. Nosotros descubrimos el presente, tan exterior a nuestra vida, tan casualmente como ellos la historia. Por eso nuestra cultura se detiene en 1900 y es, sobre todo, francesa.

En Estados Unidos —y en Inglaterra—, ¡cuántos libros y cuántas revistas de libros *amazing!* Hojéese el *Times*, hojéese el *New York Times Book Review* y los incontables magazines de cine, de teatro, de dibujo, de geografía, de gimnasia, de *home economics…* En Francia había el *Je sais tout,* forma enciclopédica. Así en España Calpe, en Centroamérica García Monge y en México los Loera y Chávez —se ofrece por meses la cultura antológica *Le Ultime Lettere di Jacopo Ortis,* el *Werther, Los favores del mundo, La importancia de llamarse Ernesto…* En Leipzig se publican las ediciones Tauchnitz, que aquí cuestan 50 céntimos, en Italia hay manuales Hoepli… Son cosa sabida; pero hay que notar las admoniciones en los periódicos americanos. En un tranvía, junto a un joven con traje *Kuppenheimer,* están sentados Dante, Homero, Shakespeare, Goethe, Hugo… Como si fuesen a un baile de máscaras. El joven lee, y el aviso es que si no ha leído a esas gentes, no debe considerarse sólidamente culto. *Take your pick! Pocket editions, 5 cents each.* Y junto a ese anuncio un sugerente. "¿Es correcto el inglés de usted? ¿No comete errores al hablar?" *Your English is your trade mark…* quede a Bernard Shaw distinguir entre los *English and American dialects.* Félix Drinkwater habla como puede. Y en un rollo reciente para pianola, *Worlds Roll,* se elogia la vida del campo y se dice: *…There the boys and the girls all say dese, dose and dem…* ¿Y por qué no han de componer su propio lenguaje los que han fabricado todo lo suyo? Europa inventó ladrillos y ellos alzaron rascacielos. Italia les mandó a Caruso y ellos grabaron discos con sello rojo. Pues que Inglaterra les dé raíces inglesas y ellos hagan de su capa un sayo…

Ya oscurecía sobre la ciudad. Los periódicos de la tarde decían cosas tremendas. ¡Muerte del general Fulano!; ¡la ciudad quedará sin agua! ¡El gobernador de Doublecross Town ha hablado del reconocimientoooo!

Y se perdían las tiernas voces cuyo futuro desvela a los filantrópicos.

Se presentían las seis en las oficinas. El caer de la última letra en el oficio urgente; luego sacar el papel, prenderle un clip y ponerlo en el gran escritorio. Cerrar la máquina y emparejarse el polvo, ya al salir en bandadas encantadoras.

El jefe se queda un poco, naturalmente, y parece pensar. Los empleados, soplando humo,

cepillan con garbo el traje de sus sueños elegantes.

Y todo el mundo, más o menos, iría a llenar la avenida Madero. Ya la enredosa señora Calderón de la Barca notaba esta costumbre jurídica de pasarse revista por San Francisco. Estarían en El Globo, en Sanborns por el Iturbide, los “grupos bobos” de que habla con tan asombrosa propiedad el Duque Job. Las señoras, de compras durante la tarde, saldrán presurosas de las tiendas sin haber comprado nada. Telones lentos de acero. Al pasar por el Salón Rojo, un gajo de ópera tocada en la marimba. Y, guardián de El Globo, aquel imponente señor a quien sus alegres colegas han puesto un nombre tan cruel…

Se murmuran cosas muy graves de ese y de otros señores de edad que también se exhiben alineados. Es muy probable. Aunque ya debe de hacer tiempo, en sus años mozos visitaron la Ciudad-Luz. ¡Y allá dicen que son tan *raffinés!*

Pasan en ómnibus las actrices un día de moda. Y los autos de las familias, con mazorcas de chicas inmóviles y *flappers*, como han visto los figurines. Apenas si torciendo un labio, saludan a aquel señor. Pero él ¡se pone tan contento! ¡Ya verá esa niña lo que es lujo si le toca el grande en la Nacional de que tiene dos huerfanitos, que un jorobado le ofreció…! El dueño de una zapatería, de aptitudes enciclopédicas, ahora defiende en inglés un par de zapatos. Luego se exhibe en mil formas la habilidad manual indígena al servicio de otra habilidad no manual ni indígena. *Mexican curious.* Y por fin en la Maison de Luxe, muchas señoritas con cólicos en los aparadores.

Sanborns, The House of Tiles, se atesta de la misma gente. Hay displicencia en los pedidos y en las actitudes. ¡Qué México! Se aburre uno. ¡Todas las tardes té, mermelada! ¡Y ni siquiera se puede hablar de algo nuevo que le haya sucedido a alguien! Fumar… esta boquilla está esmaltada. Parece que las pavas reales van a poner entre las lámparas…

Discos Victor. Ese joven amable es, realmente, un tipo de cine. En su casa andará en pijamas. Sabe el catálogo reciente. ¿Pero cómo hará para peinarse tan lisa y llanamente?

Lady Baltimore. El joven de la fuente antes se llamaba precisamente Narciso. Ahora dos niños toman *sundaes* de cereza en sillas de juzgado. Ya a las siete y media no hay lugar. Ni modo de comer parados. Y aunque por disminuir los atractivos del lugar no hay música, esos jovencitos que han tomado unos té y otros nada, fuman como si nadie existiera.

Crisis del paseo en automóviles. Los claxons se contestan como gallos. Y hay que saludar, porque sonríen los jóvenes que manejan sus ahorros.

Las 10. Los teatros se abrían. Los cines supuraban familias. Un tren lo encaminó a su casa. El gendarme roncaba. Los chicos incunables se arropan en carteles que ya no sirven. El día impreso los envuelve: todo habrá cambiado mañana; todo lo que nos preocupa.

“Lo que hice hoy —dijo el joven soltando sus zapatos— no tendrá ya objeto mañana. Hay cosas invariables, que gustan siempre. Tengo sueño. Siempre me gustará dormir. Pero mañana se habrá muerto alguien. Hay estadísticas como leyes —no leyes mexicanas— que se cumplen siempre. Yo puedo ser alguien y morirme. ¿Qué es un siglo para San Pedro? Sería divertido que yo resultara objeto de investigaciones. Se me acusa de ser muy alto. ¿Y por qué no habían de equivocarse los eruditos?”

[1] Ese color de uniforme subsiste hasta hoy sin variación y ha valido a los agentes de tránsito el popular —y hasta cierto punto afectuoso— mote de “tamarindos”.

[2] La Vie Parisienne, como otros tantos restaurantes del rumbo, ha cambiado de dueños y de nombre, aunque no de giro y, como es de suponer, muchos han desaparecido dejando paso a nuevos establecimientos.

[3] Ciro’s se extinguió para dejar a su vez paso a otros clubes nocturnos de nombre mutable.

[4] Suprimida desde hace algunos años la OSM, la nueva Orquesta Sinfónica Nacional depende hoy del Instituto Nacional de Bellas Artes y es dirigida por Luis Herrera de la Fuente.

[5] El vaticinio se ha cumplido. Diez años después de retratada en este libro, la ciudad de México cuenta ya con hasta 15 pequeñas pero cómodas, limpias y empeñosas salas de espectáculos, consagradas al teatro de comedia. El lector puede consultar los diarios y escoger en su cartelera teatral dónde ir a ver esta noche una obra de teatro.

[6] Virgina Fábregas, la más famosa comediante de México, murió en 1951 a edad muy avanzada y casi en las tablas, como era su deseo. El teatro que llevaba su nombre fue derruido y reconstruido en el mismo sitio y con su nombre. Es en la actualidad la sala más elegante con que cuenta la ciudad, descontado, naturalmente, el Palacio de Bellas Artes.

[7] Este cabaret, situado en el sótano del edificio llamado Casa Latinoamericana, ha sido transformado en el teatro Arena, uno de los nuevos locales aludidos en nota anterior.

[8] Ni el Casanova ni el Sans Souci subsisten.

[9] El Waikikí, clausurado.

[10] El Leda ha cambiado su nombre (aunque no su giro) a Club de los Artistas.

[11] La Universidad Nacional se aloja ya en una espléndida Ciudad Universitaria, de arquitectura moderna y funcional, construida totalmente e inaugurada durante el gobierno del universitario presidente licenciado Miguel Alemán. La dispersión urbana de sus facultades y edificios aquí descrita es ya venturosamente un mero dato histórico.

[12] Hoy en la Plaza de la Ciudadela.

[13] La dama que actualmente desempeña una legación mexicana es doña Amalia Castillo Ledón, ministro de México en Suecia. (Nota de 1956.)

[14] La autoridad de don Artemio de Valle-Arizpe establece que “Estos portales estaban en el lado poniente de la manzana de casas que era prolongación de las calles de Plateros” *(La muy noble y leal ciudad de México…* México, 1924, p. 153, nota 1). Yo prefiero soñar que el deseo de Alfaro se cumplió en el de las Flores, al sur de la plaza, según el plano de la página 60 de la edición de la Universidad de los *Diálogos de C. de S.* Séame, entre tantas, perdonada esta licencia, que estimo poética.

[15] Fallecido don Luis María Martínez, ocupa la sede del arzobispado Su Ilustrísima el doctor don Miguel Darío Miranda.

[16] En torno a esta vieja iglesia está construyéndose el ultramoderno edificio América (1956).

[17] El edificio de la Lotería Nacional ha sido por fin terminado.

[18] La Secretaría de Comunicaciones, por iniciativa del brillante arquitecto Carlos Lazo, que desempeñó la titularidad de la misma hasta su muerte prematura el pasado 5 de noviembre de 1955, se mudó a un nuevo edificio muy moderno y funcional, construido por él mismo en los terrenos de lo que fuera casco de la antigua hacienda de Narvarte.

[19] La Secretaría del Trabajo también ha estrenado un nuevo y hermoso edificio en la esquina de Vértiz y Fray Servando Teresa de Mier.

[20] Ya se la llevó (1914).

[21] El Seguro Social cuenta ya con su nuevo y suntuoso alojamiento en el Paseo de la Reforma, muy cerca de Chapultepec. Su auditórium suele funcionar como teatro abierto al público.

[22] Los viejos mercados, obra en su mayoría del porfirismo, han empezado a ser demolidos y sustituidos por construcciones eficaces e higiénicas, que superan a los “supermercados” y prestan el amplio servicio doméstico y popular de los antiguos.

[23] En estos terrenos se han construido, en los últimos años, el gigantesco Auditórium Municipal, el teatro del Bosque, la Escuela de Teatro, el Teatro del Granero y la Escuela de Danza, todos bajo la autoridad de la Unidad Cultural del Bosque de Chapultepec, que empieza a tener vida muy activa.

[24] El tranvía ha sido suprimido, levantada su vía y pavimentada la antigua avenida Juárez, que honra hoy el nombre del historiador yucateco Francisco Sosa, quien vivió en ella largos años y está sepultado en el humilde panteón de Xoco, Coyoacán.

Las aves en la poesía castellana

PALABRAS INICIALES

ENTREMOS en el mundo prodigioso de las aves por la áurea puerta de la comedia de Aristófanes. No seremos los primeros en huir del mundo de los hombres por otro más etéreo, más alto. Ya vemos que antes que nosotros, cansados de la Tierra, guiados por el grajo y la corneja, Evélpides y Pistetero se dirigen al reino de Tereo, que Aristófanes pinta con insuperables palabras. Más antiguas que la Tierra y los dioses, hijas del amor, cuyas alas comparten, las aves no conocen la vejez ni sienten la muerte. Sobre el trono de Zeus, el águila porta su rayo, y el búho de alas mudas cifra la sabiduría de Palas Atenea. Progne y Tereo se han reconciliado. Como Anacreonte, Aristófanes ha embellecido la muerte de Itis, dando a su madre la desgarradora voz que Ovidio y Virgilio prestan a Filomena, en cuya lengua truncada Aristóteles y Plinio palpan el cuerpo del delito ominoso. Y después del más brillante coro que ha visto el teatro antiguo, Nefelococcygia es fundada sin poetas, sin legisladores, sin ingenieros, entre el cielo y la tierra, a fin de interceptar los sacrificios ofrecidos por los hombres a los ilegítimos dioses hasta tanto éstos, sitiados por hambre, no accedan a reconocer su alcurnia y su independencia. Todavía Luciano alcanzó a tocar, en su falso viaje, cerca de las nubes, para su gran asombro, la gran ciudad de Nefelococcygia: “pero en razón de los vientos adversos —refiere— no pudimos entrar en el puerto. Supimos, empero, que Coronos, hijo de Cottyphion, reinaba a la sazón; y por mi parte, me confirmé en la opinión que he tenido siempre de la sabiduría y veracidad del poeta Aristófanes, cuya descripción de esa ciudad ha sido injustamente desacreditada”.

Del cielo de Grecia se dispersan las aves, que han sido hombres, llevando, como la grulla, letras en su vuelo; auspicios en su sola presencia, temerosos augurios en sus voces humanas, hacia Roma, que elige para sus legiones el ave de Júpiter y la de Persia, junto al lobo y el jabalí; pero que se deleita en condimentar a casi todas las demás, en enjaularlas, cebarlas y escandalosamente comérselas. Después, el águila acompañará a San Juan *el Teólogo*, y la paloma, que Decimus Brutus empleó, sitiado en Módena, como mensajera (Pl., X, 52), lo será del Señor, cerca de María; el gallo anunciará la cobardía de Pedro, y el cuervo ha de nutrir al escuálido San Onofre. Del barro vil, como la alondra mitológica, levantarán las avecillas el vuelo al soplo divino de Cristo. Dialogará con San Francisco de Asís, venciéndolo, el hermano ruiseñor, y tórtolas y golondrinas, rescatadas aquéllas, éstas parleras como los grajos, le obedecerán atentas y absortas, como en el fresco de Giotto; y las alondras vestirán su pardo sayal.

Entran así en el mundo moderno, por el puente de hierro de la Edad Media, azores, al puño fuerte del caballero; palomas, en la palabra cándida del monje; águilas, en el sueño soñado

por las doncellas; cornejas, siempre a la siniestra del Cid; gallos para crebar albores; calandrias o rruyseñores en los vergeles todavía tan simples, y que ha de cultivar la sabia mano renacentista; y el cúmulo de las menores, si más robustas, privadas del canto, por quien Buffon se duele de que la civilización nos aleje el ejemplo de sus impolutas virtudes, en la confusa garrulería de las fábulas tomadas a Esopo, de Fedro, por Alfonso, que no las olvidó en las Siete Partidas (III, leyes xvii, xix, xxii, xxiii); en los papagayos acusadores del *Sendebar* y del *Calila y Dimna;* en los ánades, las garzas, los cuervos, los búhos y las palomas collaradas de estas inocentes metamorfosis al revés: términos de conducta en Don Juan Manuel, términos de comparación en Sem Tob.

De solas sus virtudes evidentes, restadas las paganas, está a punto de cristalizar una nueva ornitosofía cristiana que frustra el Renacimiento. Y como el mundo antiguo, el Ave de Arabia trae, resurrecta, consigo al apolíneo cisne, hijo de Stenelo; al ave de Juno y al docto ruiseñor, e instálanse todos en la poesía castellana. En las cultas selvas —silvas— los oiremos cantar, y en la apartada vida de los españoles Horacios, pulida jardinería de siete, once, siete, siete, once, floridos ramos; el cisne de Mantua gorjeará notas imperfectas en la caña octosílaba de Juan de la Enzina, pero ha de modularlas claras y altísimas en el dulce acordado plectro de Fray Luis.

Volviendo a nuestros días, determino volverme de ellos, en que no hay pájaros, a la feliz Arcadia en que moran. Con menos fortuna que Mercurio, Ícaro inmortal y trimotor no es cantado sino por el melancólico humor de las plumas fuente. Los desterrados ángeles que el hombre, con espada flamígera, ha arrojado del mundo, cerraron ya sus alas como libros que nadie lee, y en su lugar el buey alado, o bien Quetzalcóatl, se elevan a una efímera gloria sin sucesión ni antecedente; sin huevos y sin plumas.

¡Las aves en la poesía castellana! El tema fue incubándose de un modo tan casual, tan botánico, como el Ibis concibe, “si tradición apócrifa no miente”. Sugiriómelo, por vuelos cada vez más altos, el canto, y meditar en él con qué reiterada frecuencia ocurren todavía en las canciones populares los pajarillos, y cómo, en cambio, han huido de la poesía moderna. Quiere dotársela ahora de un contenido social, por el que se entiende el dominio mecánico y brutal de la naturaleza. Si Alixandre quiere viajar por el aire, no hará prender dos grifos, que Plinio niega, para atarse a ellos conduciendo su gula y su curiosidad con un inalcanzable *beefsteak,* primera encarnación de la hélice; sino que abordará un avión, y tomará un seguro contra accidentes. Si el proletario o la enamorada quieren escuchar música, una jaula mecánica de onda corta traerá hasta su alcoba las melodías —en tiempo de *swing* o de mambo — que no supieron sus canarios extintos; si el papagayo les brindaba respuestas, no tendrá ahora sino que conversar por teléfono con sus amigas. Los caballeros modernos no tendrán halcones ni azores mudados, sino automóviles, o irán a pie, con sólo la cabeza a pájaros. Y la poesía ha de ser como la vida, hasta cuando la vida no es poética. El abandono de los antiguos símbolos es uno claro de nuestro ingreso en la civilización industrial. Conforme crece nuestro urbanismo, limítase nuestro natural testimonio, y no podemos ya contemplar a ciertos animales más que, muertos, en el zoológico, donde los ha clasificado la ciencia. ¿Qué nos queda sino los libros, la poesía de ayer, en que vivirán siempre, no disecados ni presos como en los museos, ni innoblemente sustituidos y olvidados como en nuestra existencia? Sin más dioses que el yunque, más Ceres que el tractor, más ángeles que los aviones, resultará tan indecoroso

que los poetas les canten a las aves, como natural que simplemente se las almuercen, ya implumes y sandwichificadas, a la salida del taller. Reinas un día de los sueños y del futuro, su Götterdämmerung ha llegado. El bello halcón de Krimilda, como en su sueño, ha sido arrebatado por las águilas de la economía, trituradas en las monedas. Y del áureo sueño de Gudruna no importa ya sino el oro mismo.

Mejor que el grajo y la corneja, guíeme a la castellana Nefelococcygia el vuelo irregular, breve, y el objetivo dulce del *huitzitzil*. Tenga su acierto para extraer, con el largo y fino pico de la paciencia, néctar alado en la floresta de varia poesía, en las Flores de Poetas Ilustres del pasado. Y en lográndolo, quiera, para aquí trasladarlo, prestarme

el generoso pájaro su pluma.

EL RUISEÑOR, AVE RENACENTISTA

De todos los pájaros cantores, ninguno tan celebrado como el ruiseñor. Su bibliografía universal sería agobiadora. “En el principio —exclama Heine— era el Ruiseñor.” Fue así, posado en la boca del pequeño Stesícoro, feliz augurio y la mejor justificación de su nombre. Como el ruiseñor suele, Platón nos cuenta en *Fedro* que Stesícoro perdió la vista en castigo por decir mal de Helena; pero a diferencia de Homero, que ignoraba la razón de su ceguera, la recuperó, arrepentido, automáticamente, al cantar la palinodia. Aristóteles refiere que el ruiseñor canta sin interrupción durante 15 días y 15 noches, “en el tiempo en que las montañas comienzan a sombrear” *(Hist. Anim.*, XLIX). Casi con iguales palabras, Plinio (X, lxiii) vuelve a consignar el milagro de su canto “en el momento en que el follaje de los árboles se espesa”, pero dilata su elogio:

> *Primum tanta vox tam parvo in corpusculo, tam pertinax spiritus. Deinde in una perfecta musicæ scientia modulatus editur sonus: et nunc continuo spiritu trahitur in longum, nunc variatur inflexo, nunc distinguitur conciso, copulatur intorto: promittitur revocato, infuscatur ex inopinato: interdum et secum ipse murmurat: plenus, gravis, acutus, creber, extentus: ubi visum est, vibrans, summus, medius, imus. Breviterque omnia tam parvulis in faucibus, quæ exquisitis tibiarum tormentis ars hominum excogitavit… Ac ne quis dubitet artis esse, plures singulis sunt cantus, nec iddem omnibus, sed sui cuique.*

Cierto es que hay guerra entre ellos, agrega con tristeza; pero *Victa morte finit saepe vitam, spiritu prius deficiente, quam cantu.*

El virtuoso ejercicio de su trino se transmite de padres a hijos por tradición precisamente oral; los ruiseñores jóvenes reciben muy atentamente su lección de canto: maestro y alumno se callan a su turno, con admirable disciplina. Y adquieren, sin saberlo ni disfrutarlo mayormente, contratos onerosos, como los buenos tenores. Su precio era en Roma mayor que el de los esclavos. Agripina, mujer de Claudio, tenía uno, cierto es que blanco, que son rarísimos, que había costado seis mil sextercios.

Los pacientes alemanes lo han observado apasionadamente. En *Los pájaros cantores* de los hermanos Müller, curiosa pareja de ornitólogos por afición, encontramos, en la edición

francesa (Rothschild, París, 1870, pp. 42-43) la siguiente curiosa transcripción onomatopéyica de su canto, recogido por Bechstein:

Tiou o, tiou o, tiou o, tiou o — Shpe tiou tokoua — tio tio tio tio — kouotio kouotio kouotio kouotio — tskouo tskouo tskouo tskouo, tsiitsiitsiitsiitsiitsiitsiitsiitsii — kouoror tiou — tskous pipitskouisi — tsotsotsotsotsotsotsotsotsotsotsotso tsrrhading — tsisi si tosi si si si si si si si — tsorre, tsorre, tsorre, tsorrehi — tsantsantsantsantsantsantsantsi — dlo, dlo, dla, dla dlodlodlodlodlo — kouio trrrrrrrrrtzt — lu, lu, lu, ly, ly, ly, li, li, li, — kouio didl li louly- li — hagour, gour, koui, kouiokouiokouio, ghighighi — ghollghollghollgholl, ghia hududoi — koui, koui hon ha dia dia dillhi — hetshetshetshets hets hets hets hets hets hets — hets hets hets hets hets — touarrho hostahoi — kouiakouiakouiakouiakouiakouiakouia kouati — lu lyle lolo didi io kouia — kiguai, guai guay guaiguaiguaiguaiguai — kouior tsio siopi

y allí mismo se menciona otra, registrada por un naturalista italiano del siglo XVII, y un ensayo de traducción de estas onomatopeyas por Dupont de Nemours, “meilleur économiste que poète”, que no he podido encontrar.

Su lengua truncada *(linguis earum tenuitas illa prima non est, quœ cœteris avibus)* ha recordado a casi todos los naturalistas la dolorosa tragedia de Filomena y su metamorfosis en ruiseñor (Ovidio, *Met.*, lib. VI; Horacio, Oda XII, lib. IV, cantilena VI; Virgilio, *Geórgicas,* IV) que Aristófanes y Anacreonte reservaron a Progne (Aristófanes, *Las aves;* Anacreonte, XII, trad. Quevedo, Riv., LXIX, 444b). Esta extendida fábula llega a España, en la Edad Media, para el pueblo y para los cultos. Las interpretaciones que se le dan son por demás curiosas. En los romances de Blanca Flor y Felismena *(Ant.*, X, 68; otras versiones, X, 184-185), el rey Pandión es sustituido por doña Urraca en unas versiones, por una romera en otras, o por fin se le llama simplemente “la reina” y “la leona” (M. Pidal, *Catálogo del Romancero judío-español*, 100, “Blanca Flor y Felismena”). Tereo es un rey moro; Turquillo, a quien la imaginación popular identifica vagamente con Tarquino, también forzador; la reina, pues, concede a Turquillo la mano de Blanca Flor; Filomena es mancillada, arrancada su lengua:

Pasó por allí un pastor
de mano de Dios viniera.
Por la gracia de Dios Padre
a hablar comenzó la lengua.

Blanca Flor se entera y

…con el dolor malpariera;
y el hijo que malparió
guisólo en una cazuela
para dar al rey Turquillo
a la noche cuando venga.
—¿Qué me diste, Blanca Flor,
qué me diste para cena?
—Sangre fue de tus entrañas,
gusto de tu carne mesma…
pero mejor te sabrían

besos de mi Filomena.

No ocurre, sin embargo, ninguna transfiguración, ni aparece más pájaro que el que en una versión finge Blanca Flor que le ha comunicado la deshonra de su hermana:

—¿Quién lo dijo, Blanca Flor,
Blanca Flor, quién lo dijera?
—Díjomelo un pajarito
que por el aire viniera.

La moraleja es lo más doméstica:

Madres las que tienen hijas
que las casen en su tierra;
que yo, para dos que tuve,
la fortuna lo quisiera,
una murió maneada
y otra de amores muriera.

El episodio, por lo demás, fue dramatizado varias veces desde los orígenes de la escena española, como apunta Menéndez y Pelayo *(Ant.*, XII, p. 480, n. 5), que recuerda la *Tragicomedia llamada Filomena* de Timoneda, y la *Progne y Filomena* de Rojas (Riv., LIV, p. 39). Pero importa señalar otro peculiar punto de vista que sobre él sustenta, de modo incidental, don Juan Manuel, poeta de fines del siglo XV a quien no hay que confundir con el prosista del XIV, en sus *Trovas sobre los siete pecados mortales*. Al llegar a la senda sexta, por donde van los "ayrados", el camarero mayor de don Juan II de Portugal se desentiende de Filomena, de su honra, de su lengua, y sólo le concierne implicar que aconseja la templanza a las casadas que se miren en el caso de Progne:

Por aquesta ha descendido
la fija de Pandyon
que por culpa del marido
dio al fijo punyçion.
Éste fue muerto y assado
de su madre, y presentado
a su padre por manjar:
la yra pudo causar
hum fecho tan celerado.

Ant., IV, 112

El marqués de Santillana se refiere con frecuencia, entre sus catálogos de nombres, a los de esta fábula:

Mas di de Tyestes e Atreo,

e clamate de sus daños,
omes de tantos engaños
e si quieres, de Thereo.
Bias contra Fortuna, NBAEE, XIX, 486 b

E plango, e quexome de su crueça
Ca non fue tanta la del mal Thereo…
Sonetos fechos al itálico modo, ibid., 517 a

E la ravia de Penteo
leí, e de Thesiphone,
e de la sañuda Prone
en el crimen de Thereo…
El sueño, ibid., 541 a

Vi a Dido e Penelope,
Andromaca e Polixena,
vi a Felix de Rodope,
Alciona e Philomena:
vi Cleopatra e Almena,
Semele, Creuse e Enone,
vi Semiramis e Prone,
Ysifle, Yoles, Elena.
El triunphete de Amor, ibid., 543 b

E dormi, maguer con pena
fasta en aquella sazon
que comiença Philomena
la triste lamentacion
de Thereo e de Pandion.
El infierno de los enamorados, ibid., 545 a

Fin daran las alciones
al su continuo lamento,
e perderan sentimiento
las miseras Pandiones
del Thereo sanguinoso,
escelerato,
cuando yo te sea ingrato
nin dubdoso.
Canción a ruego de su primo
don F. de G., ibid., 556 b

y mucho más de pasada mienta al transformado ruiseñor Fernán Pérez de Guzmán (Baena, 633 a; *NBAEE*, XIX, 691 a):

Dueñas de linda apostura,

Casandra e Puliscena,
Medea de gran cordura
e la muy fermosa Elena,
Juliana e Filomena
que tan amorosas fueron,
todas tristes padecieron
esta espantosa pena.

y recuerda *(NBAEE,* XIX, 711 b) a:

Ovidio poetizando
el caso de Filomena…

La poesía culta elige en el pasado para sí y para quien pueda entenderle. La comparación es ya casi puramente lírica en el suntuoso Juan de Mena, que no toma a la fábula sino las lágrimas del viejo para una obra en loor de una dama:

Mis lágrimas tristes atales no son
qual dizen que fueron las que derramara
del rey Thraciano el rey Pandion
quando a su fija con fraude robara,
mas son como aquellas que Thisbe mezclara
con sangre de Píramo acerca el luzillo,
con ojos llorosos y rostro amarillo
la muerte robando la flor de su cara.
NBAEE, XIX, 188 b

Con Filomena, en fin, se identifica Lope en el poema de ese título, de que sus biógrafos derivan tan claras enseñanzas, después que en su primera parte narra correctamente la fábula, con versos a veces bellos:

Arroja al campo el bárbaro tremendo
el instrumento de la voz sonora,
y vivo las palabras dividiendo
tiñe el rubí la verde alfombra a Flora.
Espántanse las yerbas, presumiendo
que llora sangre la ofendida aurora;
cándidas hasta allí las blancas mayas,
del líquido clavel tomaron rayas.
Riv. XXXVIII, 480 a

a ratos bochornosamente feos:

Guisan las dos ¡oh gran maldad! turbadas
los pedazos sangrientos, y en la mesa

ponen, menos contentas que vengadas;
vengarse alegra, y lo que cuesta pesa.
Come Tereo de sí mismo, y cesa
el orden natural; que a tanto alcanza
frenética de celos, la esperanza.
Suspira Progne, acuérdase Tereo
del tierno infante, y que le traigan manda
teniéndole delante, caso feo,
y aun en sí mismo en forma de vianda…
483 a

y antes de emprender —en las 15 noches y 15 días no interrumpidos de su autoelogio— la pedante contienda con el tordo Rámila.

Aludido en la fábula, siquiera sea en el nombre de Filomena que los naturalistas le conservan igual que los poetas, o gratuitamente por su canto, el ruiseñor es un pájaro renacentista. Sus apariciones anteriores en la poesía castellana son esporádicas y secundarias, y las realiza casi siempre en compañía de la calandria, como en el romance del prisionero, tan conocido, o en la glosa, menos citada, de Garci Sánchez de Badajoz *(NBAEE*, XXII, 652 a-b) al mismo romance. En el propio Garci Sánchez de Badajoz aparece, dentro de un sueño, un "ruyseñor", única cosa viva en el monte, con quien dialoga y de quien en curioso desdoblamiento onírico escucha su personal historia de amor *(Ant.*, IV, 39). Hay aún otro romance de Pedro Manuel de Urrea *(Ant.*, IV, 224), contrahechura aparente del prisionero, en el cual:

En el plaziente verano
do son los días mayores,
…
quando la tierra da yerua
y los árboles dan flores;
quando aves hazen nidos
y cantan los ruyseñores…

no ocurre sino que

en este tiempo que digo
començaron mis amores.

En el menos verosímil sueño del marqués de Santillana *(NBAEE,* XIX, 535 b):

En este sueño me via
Un dia claro e lumbroso,
en un vergel muy fermoso
reposar con alegria:
el qual jardin me cobria

con sombras de olientes flores,
do cendravan ruiseñores
la perfecta melodia.

Y en la serranilla IX *(ibid.,* 575 b):

Señora, pastor
seré si queredes:
mandarme podedes
como a servidor;
mayores dulçores
sera a mi la brama
que oyr ruyseñores.

Una fatigosa cacería de ruiseñores por los cancioneros del siglo XV nos proporciona apenas menguadas presas. Fingidos, aparecen en los pequeños sueños alegóricos de amor o de virtud, y los poetas cortesanos no los escuchan todavía muy bien, como no les entra el endecasílabo. Villasandino los oye hablar, pero a su manera de "requesta" (Baena, 48 b):

En muy esquivas montañas
aprés de una alta floresta
oy boses muy estrañas;
enfigura de rrequesta
desían dos rruyseñores:
los leales amadores,
esforcad, perder pavores,
pues amor vos amonesta.
Oy cantar de otra parte
un gayo que se enfengía:
amor, quien de ty se parte
fas vileza e cobardía;
pero en quanto omme bive
de amor non se esquive:
guarde que non se cative
do peresca por folya.
La pascua viene muy cedo,
el un rruyseñor desia.
El otro orgulloso e ledo,
con plazer le respondia,
diziendole: Amigo, hermano,
en yvierno e en verano
siempre ame andar loçano
quien ama ssyn vyllania.
Desque vy que assy loavan
los rruyseñores al gayo,
a los que fermoso amavan

ove plazer e desmayo;
plazer por mi lealtança,
pues toda mi esperança
es dubdosa fasta mayo.

Micer Francisco Imperial les da, en el *Sueño*, la costumbre indiferente de los despertadores *(ibid.,* 199):

Cantavan lugaros a los rruyseñores
commo acostumbran al alva del dia.

En una divertida reyerta que emprenden los colores negro, rojo y verde, alega éste, entre sus méritos que no le valen triunfar:

E las rosas e las flores
en mi han su nascimiento,
en mi cantan rruyseñores
cantares mas de ciento
Pero Gonçales de Úbeda, ibid., 405 a

Fray Diego de Valencia sueña en un nuevo "vergel deleitoso". En el cual *(ibid.,* 537):

Calandras e rruyseñores
en el cantan noche y dia
e fazen grant melodia
en deslayos e discores,
e otras aves mejores,
papagayos, filomenas,
en el cantan las serenas
que adormecen con amores.

Y por fin, el austero Fernán Pérez de Guzmán, capaz de exclamar que las virtudes *(NBAEE,* XIX, 586 a):

no quieren camas de rosas…
verdes prados ni vergeles,
ni cantos de ruiseñores,

se lava las manos ante ellos (Baena, 618):

nin corté tus nuevas flores,
a gayos nin a rruy señores
nunca lancé con vallesta.

Y cuando parece dejarse llevar de su gratuito encanto, no está sino comparándolos con los oradores sagrados (*NBAEE*, XIX, 627):

> Como las rosas e flores
> del aura rociadas
> e del aire meneadas
> dan muy suaves olores,
> e como a los resplandores
> del alua clara e serena
> la calandria e Filomena
> fazen sus dulces clamores,
> tales son los oradores
> deuotos a los maytines…

Garci Ferrandes dialoga con él (Baena, 622):

> Rruy señor, veo te quexoso,
> rruegote por cortesya
> que me digas toda via
> por que sufres este enojo.
> Tu cantar muy sabroso
> que tu solias dyser
> ora fueste fallecer
> do cumplia ser brioso.

Aparecen con menos frecuencia en el romancero, de cuyas aves esenciales hablaremos más tarde. Fuera del ya aludido del prisionero (*Ant.*, VIII, 229), en el del conde Alimán con la hija de la reina (*Ant.*, X, 107):

> En el vergel de la reina
> cresía un buen rosal,
> en la ramica más alta
> un rusción sentí cantar…

y en el conocido de Fonte Frida, cuya mejor versión conserva Vélez de Guevara en *Los hijos de la barbuda* (*Ant.*, IX, 279):

> Fonte-frida, fonte-frida,
> fonte-frida con amor,
> do todas las avecillas
> cantan cuando nace el sol.
> Allí canta la calandria,
> allí canta el ruiseñor,
> allí canta el silguerillo
> y el chamariz parlador.

Si no fue la tortolilla
que nunca cantara, non,
nin reposa en rama verde
ni pisa yerba nin flor.

Pero su sentido medieval termina, y comienza el renacentista, cuando en el jardín de Melibea se le encarga de un mensaje de amor (acto XIX):

…ruiseñores
que cantais a la alborada,
llevad nueva a mis amores
cómo espero aquí asentada.
La media noche es pasada
y no viene:
sabedme si otra amada
lo detiene.

y cuando en el "Auto dos quatro tempos" la primavera canta:

En la huerta nace la rosa:
quiérome ir allá
por mirar al ruiseñor
cómo cantaba.
Por las riberas del río
limones coge la virgo:
quiérome ir allá
por mirar al ruiseñor
cómo cantaba.
Limones cogía la virgo
para darlos al su amigo.
Quiérome ir allá
para ver al ruiseñor
cómo cantaba.
Para dar al su amigo
en un sombrero de sirgo.
Quiérome ir allá
por mirar al ruiseñor
cómo cantaba.

Obras de Gil Vicente, Coimbra, Franca
Amado, edit., 1914, t. III, p. 71

BERCEO, O LA PALOMA

CUANDO Tomás Antonio Sánchez confeccionó, ebrio de tetrástrofos monorrimos, el loor de

Berceo con que concluye la transcripción de sus poemas, dijo el evangelio al asegurar, en la cuarteta 6, que la temprana maestría que le fue conferida en la lengua latina, junto con la buena doctrina que en ella aprendió y trasladó en seguida tan puntualmente a la nuestra, fue para el nasciente a quien castigaba, para el mendigo con quien departía, cosa

mucho más provechosa que caldo de gallina.

Y si disculpa al imaginario autor de una comparación que le parecía en su siglo "ahora bajísima" con el argumento de que las tales "eran muy comunes en los tiempos de don Gonzalo, y aun después", imagino que no pensó nunca que tan alimenticia metáfora cuadraría, corrido el tiempo, mejor que otra alguna, a toda la clara, mansa, nutritiva poesía del clérigo honrado. En su mundo sin culpa, sin sueños complejos, cuanto es extraordinario se apoya en la tierra firme de lo escrito. La vía hacia lo divino está ampliamente abierta a los hombres que la eligen, como se prueba por San Millán, por Santo Domingo, como lo muestra la celosa María, cómplice de ladrones devotos, encubridora generosa de abadesas encinta. Devoto suyo, cantor de sus loores, ¡con qué sana alegría mira resucitar a su divino hijo, entre el azoro de quienes guardaban su tumba!:

Los gabes e los trozos de los malos trufanes,
que andaban rabiosos como famnientos canes,
non valíen sendos rabos de malos gavilanes…
Duelo de la Virgen, cuart. 197

A estos malos gavilanes opone la nítida paloma, símbolo del Señor, imagen de la virgen. Entre las pocas aves de su poesía, triunfa siempre la nitidez de la paloma, confiada en una revelación a la Santa Oria, que contempla extasiada:

30 Estas tres sanctas uirgines en çielo coronadas
tenjan sendas palonbas en sus manos alçadas,
mas blancas que las njeues que non son coçeadas;
paresçía que non fueran en palonbar criadas.

La santa niña no recibe otro don que esta ave cándida, que ha de guiarla al cielo. Así al pecaminoso Rodrigo fue una nubecilla la encargada de conducirlo a Viseo, en donde habría de redimirse de toda culpa. La nube, misteriosa, callada, está bien para el rey; nos gusta más que Santa Oria escuche no a un ermitaño, sino a una virgen, decirle:

37 "Resçibe este conseio, la mj fija querida,
guarda esta palonba, todo lo al olujda;
tu ue do ella fuere, non seas deçebida,
gujate por nos, fija, ca Christus te conbida".

Y unos versos más adelante asistimos al milagro:

40 Moujosse la palonba, començo de uolar,
suso contra los çielos començo de pujar;
catauala don Oria donde iria a posar,
non la podia por nada de uoluntat sacar.

Berceo debe a la Virgen sus mejores inspiraciones. Para repetir sus milagros, dispone y purifica su alma y su lengua en un prado glorioso:

7 Yaziendo a la sombra perdí todos cuidados,
odí sonos de aves dulces e modulados:
nunqua orieron omnes organos más temprados,
nin que formar pudiessen sones más acordados.

8 Unas teníen la quinta, e las otras doblavan,
otras teníen el punto, errar no las dexavan,
al posar, al mover todas se esperavan,
aves torpes nin rocas hi non se acostavan.

9 Non serie organista nin serie violero
nin giga, nin salterio, nin mano de rotero,
nin estrument, nin lengua, nin tan claro vocero,
cuyo canto valiese con esto un dinero.

Todo era en él tan pródigo, tan generosamente abundante, que:

13 Los omnes e las aves quantas acaecien
levavan de las flores quantas levar querien;
mas mengua en el prado ninguna non facien:
por una que levavan, tres o quatro nazien.

Pero don Gonzalo no se dejará llevar más allá de estos arrebatos líricos y gratuitos. Ya lo advierte en “El sacrificio de la misa”:

18 Todas estas ofrendas, las aves e ganados,
traien significança de oscuros mandados.

Y entre los signos que aparecerán ante el juicio, el tercero será que:

9 Las aves esso meso menudas e granadas
andarán dando gritos todas mal espantadas:

Así, vueltos al prado de su descanso lírico, aprendemos que aquellas aves no son sino símbolo:

26 Las aves que organan entre essos fructales
que han las dulzes vozes, dicen cantos leales,
estos son Agustint, Gregorio, otros tales,
quantos que escrivieron los sos fechos reales,

y que Berceo prefiere tornar a sus santos varones:

28 El rosennor que canta por fina maestria,
siquiere la calandria que faz grand melodía,
mucho cantó meior el varon Ysaya,
e los otros prophetas, onrrada conpania.

Todos ellos, pájaros, apóstoles:

30 Todos li façen cort a la Virgo Maria:
estos son rossennoles de grand plaçenteria.

Pero urge ya llegar al caldo de gallina; del símbolo, descendamos al ejemplo correcto que del buen vivir nos proporcionan los 25 milagros de Nuestra Señora:

44 Quiero dexar con tanto las aves cantadoras,
las sombras e las aguas, las devant dicha flores;
quiero destos fructales, tan plenos de dulzores,
fer unos pocos viesso, amigos e sennores.

Y al cerrar el libro de Berceo, pensamos de él, con sus palabras, que:

la palonba significa la su simpliçidat,
la tórtora es signo de la su castidat.

EL GALLO Y EL ARCIPRESTE

En este signo atal creo que yo nasçi;
siempre puñé en servir dueñas que conosçí.

"OMES, animales, toda bestia de cueva" —y las aves, por supuesto, también— siguen en el Arcipreste los inexorables dictados de un determinismo erótico establecido autoritariamente por Aristóteles e impuesto a Juan Ruiz por la estrella que rigió su destino. Entre todas, sultán, madrugador y realista, es el gallo quien ama más a la ardiente y casual manera del Arcipreste. Su sentido práctico lo lleva, cuando topa el zafir en el muladar, a lamentarse no sea mejor (1387)

…de uvas o de trigo un grano.

Cuando la raposa lo hurta y suscita el enredado pleito que dirime don Ximio, Juan Ruiz defiende al gallo con viva simpatía (327):

Sacó furtando el gallo, el nuestro pregonero,
levólo e comiólo, a mi pesar en tal ero.

Un santo ermitaño no había pecado nunca, el pobre. El cielo estaba ya, como quien dice, en su bolsillo. Pero el diablo lo induce a beber vino; y una vez inducido, sigue el otro tremendo consejo del diablo (538):

Toma gallo que t'muestre las oras cada día;
con él alguna fenbra: con ellas mijor cría.

El resto de la historia es bien triste. "Estando con vino" el santo varón

vió como se juntava
el gallo con las fenbras; en ello se deleytava;
cobdició fer luxuria, desque con vyno estava.

Bien puede el Arcipreste aconsejarnos (1531):

…Señores, non querades ser amigos del cuervo;

poner en boca de don Amor prudentes castigos (563):

Sey como la paloma, limpio e mesurado
sey como el pavón, loçano, sosegado…

o en la boca sutil de su alcahueta sus personales figuras y (1485)

el su andar enfiesto, bien como de pavón…;

no es, sin embargo, el pavón que despierta envidia (85, "Enxiemplo del pavón e de la corneja"); que implica holgura (1829: "anda muy más-loçano que pavón en floresta"); que conserva y pasea su arrogancia en el heterogéneo ejército de don Carnal (1087: "muchos de faisanes, de loçanos pavones") hasta que no sucumbe en la batalla a manos innobles (1116: "El pulpo a los pavones non les dava vagar. Ni aun a los faisanes non dexava bolar"); su ave predilecta, con quien mejor se identifica y entiende, cuyos móviles conoce, y aplaude, sino el gallo. Cuando nadie duerme, en la tenebrosa, angustiada noche que precede al fiero combate, el Arcipreste nos ofrece, con la mayor condolida naturalidad, una razón conyugal para el

lamentable insomnio de los gallos (1089):

> Esa noche los gallos, con miedo estodieron,
> velaron con espanto, nin punto no dormieron;
> non avie maravilla, que sus mugeres perdieron…

A la media noche (1090)

> Dieros voces los gallos, batieron de las alas

y en la plural degollina, si huyen, no los vemos; si sucumben, no nos lo dice el autor, que tan por menudo enfrenta a la volatería con los mariscos (1103, 1107, 1113):

> Vino luego en ayuda la salada sardina;
> ferió muy reciamente a la gruesa gallyna;
> de parte de Bayona venían muchos caçones;
> mataron las perdices, castraron los capones…
> a las torcaças matan las sabogas valyentes…

pues la única vez que los vemos huir, y porque en ello les va la vida, no es ante un enemigo decoroso, de su peso, sino ante quien (1288):

> Fígados de cabrón con rruybarbo almorçava

y naturalmente

> fuyan dél los gallos, ca todos los yantava.

Este enemigo no es el Arcipreste. Él no come gallo —gallo muerto—. Su epicúrea dieta incluirá, en cambio, cuanto puede ofrecer don Carnal (1083):

> Gallynas con capada comía a menudo
> ánades e navancos, e gordos ansarones…

Bien puede suponerse que con don amor (1276):

> Gallynas e perdices, conejos e capones.

Y que desde muy temprano (1293):

> Començava a comer las chicas codornices

cuando más adelante explica su predilección por las dueñas chicas, con razones en parte tomadas de las aves (1614):

> Chica es la calandria e chico el ruiseñor
> pero más dulce canta que otra ave mayor…
> son aves pequeñuelas papagayo e orior,
> pero cualquiera de ellas es dulce gritador…

(Orior u oriol, nos enseña el editor moderno del Arcipreste —Lectura, 17, p. 354, n.—, es un "pajarito de color rojo bajo que tiene enemistad con el cuervo y el cuervo con él, quebrándose mutuamente los huevos".)

Las demás aves se presentan en el Arcipreste a bordo de los enxiemplos que ilustran (252, 270, 407, 746, 1412, 1437) ya los pecados mortales —avarizia, luxuria—, ya virtudes no precisamente teologales, pero siempre "dulces de nombrar y graves de practicar", como el aprovechamiento de las disputas ajenas que logra el milano en el ejemplo del mur topo y de la rana (413):

> Andava un milano volando desfanbrido
> buscando qué comiese; esta pelea vydo:
> abatióse por ellos, silvó en apellydo,
> al topo e a la rana levólos a su nido,

como oír a quien más sabe, en el enxiemplo de la abutarda y la golondrina, que Patronio repite *(Ex.*, VI); como prevenirse contra las falsas alabanzas, en el de la raposa y el cuervo, tan popular después, y que también el conde Lucanor escucha *(Ex.*, V); o como, finalmente, no insistir demasiado en los pliegos de peticiones, en el de las ranas y cómo demandaban rey a don Júpiter (202):

> Envióles por rey çigüeña mansillera;
> çercava todo el lago, ansy laz la rribera,
> andando pico abierta, como era venternera,
> de dos en dos las rranas comía bien lygera.

Entre los refranes, exclamaciones y gráficas sentencias de su lenguaje, el Arcipreste suele acudir a las aves (66, 978, 1284, 980):

> Fallarás muchas garzas, no fallarás un huevo…
> escarva la gallyna e falla su pepita…
> Ante viene cuervo blanco que pierdan asnería…
> ¡Confonda Dios!, dixe yo, çigüeña en el exido
> que de tal guisa escoge cigoñinos en nido!

y en él asoma la amante, monógama, fiel tortolilla que ya simboliza la virtuosa viudez (1329):

Fabló la tortolilla en el regno de Rodas:

Sírvese de las aves para comparaciones humanas, desfavorables en las hedas, trefudas serranas que tienen (1013-1016):

Cabellos chicos, negros, como corneja lysa…
Las sobrecejas anchas e más negras que tordos…

o en los curas, que aguardan ansiosos la muerte del rico enfermo (507):

Non es muerto e ya dizen pater noster ¡mal agüero!
Como los cuervos al azno, quando le tiran el cuero:
“Cras nos lo levaremos, ca nuestro es por fuero”;

o bien que, al embellecer a su objeto, acentúan los rasgos de su particular preferencia, cuando ve en doña Endrina (1499):

…alto cuello de garza…

Vagan así, dispersas por su mundo, vivos colores en su paleta, las aves, con sus moralidades legendarias. Pero don Amor va a llegar; frailes y clérigos se aprestan a recibirlo. Las aves no pueden faltar (1211, 1225, 1226):

Las aves e los árboles nobles tyempo averán,
los omes e las aves e toda noble flor,
todos van rrescibir cantando al amor…
Rrescíbenle las aves, gayos e ruyseñores,
calandrias, papagayos, mayores e menores,
dan cantos plaçenteros e de dulces ssabores…

Y precisamente como las dueñas,

más alegría fazen los que son más menores.

LAS AVES DEL ROMANCERO

LAS aves del romancero son pocas. El águila, el azor *(Asterias accipiter)*, el falcón, y sus variedades del neblí y el gavilán, ensañados entre sí, como los caballeros; los gallos a manera de relojes, las palomicas como símbolo del honor femenino, alguna garza agorera, un cuervo ocasional, y la sobria dieta de las perdices. Mensajera del Apocalipsis, cuando Rodrigo rompe la tradición y los candados de la casa de Hércules en Toledo,

Vino un águila del cielo,
la casa fuera quemar

Ant., VIII, 3

y a modo de maldición la invocan contra su marido Blanca Niña y la Esposa Infiel:

Rabio le mate los perros
y águilas el su halcón;

Ibid., 252

Cuervos le saquen los ojos,
águilas el corazón.

Ibid., x, 87

Los héroes castellanos sueñan muy raras veces. Una sola se le presenta al Cid el Ángel Gabriel: "Un sueñol priso dulce, / tan bien se adurmió" (405); sus comentaristas insistirán en el mérito de esta ausencia de lo sobrenatural en lo castellano. Tampoco sueñan en los romances, sino en aquellos caballerescos de origen extranjero. No existe en nuestra lengua sino una misma palabra para designar el *Traum* y el *Schlaf,* y es limitación que suele embarazar a los traductores *(Obras completas del profesor S. Freud,* VI, p. 9, n. 1). Contra la fe en las revelaciones oníricas se produce el sesudo —¡y tan castellano!— Fernán Pérez de Guzmán, en sus surtidas *Coblas de vicios y virtudes (NBAE,* XIX, 585, "De suenyos"), y los ulteriores poetas (Herrera, Quevedo, Alcázar, Vaca de Guzmán) le han de consagrar Canciones al *sleep,* no al *dream,* sino cuando merece mejor el nombre de "ensueño" (Meléndez, Moratín) o cuando, en la prosa de Quevedo, o en el teatro de Calderón, es francamente un recurso alegórico. Pero en literaturas menos realistas los sueños abundan, y en ellos las aves y el vuelo personal, con o sin el contenido que Freud les da como disfraz de un deseo sexual que se manifestó en los falos alados de los antiguos, en la fábula de la cigüeña y en el uso ambivalente que en alemán se da a la palabra *Vögel,* al sustantivo *uccello* en italiano —y al castellano pájaro— *(op. cit.,* VIII, p. 318). Sueña Krimilda la premonitoria destrucción de su bello pájaro. Y en los romances caballerescos, doña Alda, la esposa de don Roldán, sueña igualmente un sueño angustioso que, por desgracia, no obedece al lado profético de la interpretación que le da su doncella *(Ant.,* IX, p. 109):

—Un sueño soñé, doncellas,
que me ha dado gran pesar
que me veía en un monte
en un desierto lugar;
de so los montes muy altos
un azor vide volar,
tras dél viene una aguililla
que lo ahinca muy mal.
El azor con grande cuita
metióse so mi brial;
el aguililla con grande ira

de allí lo iba a sacar;
con las uñas lo despluma,
con el pico lo deshace—.
Aquese sueño, señora,
bien os lo entiendo soltar;
el azor es vuestro esposo,
que viene de allen la mar;
el águila sedes vos,
con la cual ha de casar,
y aquel monte es la iglesia
donde os han de velar…

Pero con la aclaración de que el azor era doña Alda y el águila don Roldán, pienso que no se le podría pedir mejor interpretación a un psicoanalista que la que dio esta sagaz doncella. Sueña también en los romances de Montesinos, el conde Grimaltos (*Ant.*, IX, p. 75):

—¿Qué habéis, mi señor el conde?
¿En qué podéis vos pensar?
—no pienso en otro, señora,
sino en cosa de pesar,
porque un triste y mal sueño
alterado me hace estar.
Aunque en sueños no fiemos,
no sé a qué parte lo echar,
que parecía muy cierto
que un águila vi volar,
siete halcones tras ella
mal aquejándola van,
y ella por guardarse de ellos
retrújose a mi ciudad;
encima de una alta torre
allí se fuera a asentar;
por el pico echaba fuego,
por las alas alquitrán;
el fuego que de ella sale
la ciudad hace quemar;
a mí me quemaba las barbas,
y a vos quemaba el brial.
¡Cierto tal sueño como este
no puede ser sino mal!

Y, por último, sueña en pájaros menos espantables la doncellita de este romance conservado por los judíos de Levante (*Ant.*, X, 317):

El rey de Francia
tres hijas tenía,

la una labraba,
la otra cosía,
la más chitiquica
bastidor hacía.
Labrando, labrando,
sueño la vencía;
“No me harvéis, madre,
ni me harvaríais,
sueño me soñí
de bien y de alegría,
me aparí al pozo,
vide un pilar de oro,
con tres pajaricos
picando al oro.
Me aparí al armario,
vide un manzanario,
con un bulbulico
picando al manzanario.
Detrás de la puerta
vide la luna entera;
al rededor de ella
sus doce estrellas.”
“El pilar de oro
es el rey tu novio.
Y los tres pajaricos
son tus entenadicos.
Y el manzanario
el rey tu cuñado.
Y la luna entera
la reina tu suegra,
y las doce estrellas
sean tus doncellas…”

(Ya os lo explicó Darío: “bulbules, ruiseñores”.)

Todo lo importante ocurre durante las cacerías; los condes y los reyes tropiezan con agüeros o con moribundos, y en su ausencia sus mujeres los engañan o les dan sucesión. Para Alfonso *el Casto* y para el tenebroso don Pedro, la garza no puede ser de peor agüero; toda la gente de Burgos —como el Cid— mira a Bernardo espantada

porque no se suele armar
sino a cosa señalada.
También lo miraba el rey,
que fuera vuela una garza…
Ant., VII, 20

No es menos, sino mucho más grave, el auspicio para el rey don Pedro:

Por los campos de Jerez
a caza va el rey don Pedro;
allegóse a una laguna,
allí quiso ver un vuelo.
Vio salir de ella una garza,
remontóle un sacre nuevo;
echóle un neblí preciado,
degollado se lo ha luego;
a sus pies cayo el neblí
túvolo por mal agüero.
Sube la garza muy alta,
parece entrar en el cielo.

Ibid., 217

Parten los caballeros a sus cacerías, y nada hay peor sino que pierdan el halcón que les acompaña siempre, como a Fernán González:

que venía andando a caza
con un azor que traía,

VIII, 29

como el feliz conde Arnaldos, que

con un halcón en la mano
la caza iba a cazar

o en fin, comos el marqués de Mantua, cuando

con él van sus cazadores
con aves para volar,

IX, 29

porque perderlo es segura seña de muerte traidora para Rico Franco:

perdido habían los halcones
¡mal los amenaza el rey!

VIII, 233

y de viudez prematura para doña Alda:

A cazar iba don Pedro,
a cazar como solía;
los perros lleva cansados
y el halcón perdido había…

No ha olvidado Alectrion, criado de Marte, convertido en gallo por no haberle avisado a tiempo la llegada de Vulcano cuando aquél estaba muy distraído con Venus, la penitencia de sus clarinadas de anuncio.

En los romances de don García de Padilla (VIII, 137), de don Gaiferos (IX, 71) y del conde Claros (IX, 132) por igual, los gallos marcan la hora importante:

> Media noche era por filo,
> los gallos querían cantar.

Y resulta bastante extraño que el obispo don Gonzalo caiga en manos moriscas, al frente de sus cuatrocientos hijosdalgo, porque

> la seña que ellos llevaban
> es pendón rabo de gallo.
>
> VIII, 160

> Ave la más sensible a la gloria después de los pavones —dícenos Plinio (X, xxiv)— son estos centinelas nocturnos que la naturaleza ha creado para disipar el sueño y alentar al hombre al trabajo. Conocen los astros y de tres en tres horas la marcan con su canto. Se acuestan con el sol y a la cuarta velada militar —tres horas antes del día— nos recuerdan los cuidados y la labor. Anuncian el día con su canto y su canto con el batir de sus alas. Entre ellos, la supremacía se conquista por el combate y son dignos de los honores que les concede la púrpura romana. Sus movimientos, cuando comen, son presagios. Miran al sol sin parpadear. Los magistrados se guían por ellos. Lanzan o retienen las fascies romanas, ordenan o prohíben las batallas, han proporcionado auspicios a todas las victorias obtenidas en la tierra entera. En una palabra, son los principales amos del mundo, tan agradables a los dioses por sus entrañas y su hígado como las víctimas opimas. Sus cantos, escuchados a horas indebidas o de noche, son presagios. Cantando noches enteras anunciaron la victoria de los beocios sobre los lacedemonios.
>
> Y se dice —concluye— que en el territorio de Arminum, bajo el consulado de Lepidus y de Catulus (año de Roma de 676), un gallo habló.

Es el único caso que ha llegado a mi noticia.

La lealtad del gallo, su sumisión cuando es vencido, como un caballero en desesperado combate singular, no ha sido puesta en duda por nadie. Por ello el espectáculo de sus riñas, mucho más puro que el boxeo, entusiasmó a los atenienses cuando, después de las guerras médicas, fue introducido. Plinio refiere que en Pérgamo todos los años se brindaba al pueblo una pelea de gallos, como en Roma de gladiadores. Y el sofista Claudius Aelianus, en la curiosa recopilación de historietas, fenómenos, prodigios y maravillas de toda especie que agrupa en los 17 libros de su tratado *De natura animalium,* consigna el origen patriótico de las riñas de gallos con palabras que traduzco de modo aproximadamente fiel:

> Después de la victoria sobre los persas, los atenienses dictaron una ley a fin de que en el teatro público hubiera una pelea de gallos un día de cada año. Explicaré el origen de esta ley. Cuando Temístocles conducía las fuerzas de la ciudad contra los bárbaros, vio a dos gallos que peleaban; pero no los miró despreocupadamente, sino que detuvo a sus tropas y les dijo: "Ahora bien, estos gallos no sufren dureza por su país, ni por la tumba de sus antepasados, ni por el honor, ni por la libertad, ni por sus hijos; sino para no ser tenidos en menos uno frente al otro, y no rendirse uno al otro." Palabras con las cuales levantó el espíritu de los atenienses. Y así, porque este acontecimiento fue para ellos prenda de valentía, se decretó conservar su memoria con espectáculos semejantes.

La queja de la enredosa doña Lambra, que desata la venganza germánica de Ruy Velázquez contra sus siete sobrinos, se parece extrínsecamente a la de la hermosa Jiménez Gómez contra el Cid. Ambas denuncian, aquélla, que los infantes la han amenazado con que

cebarían sus halcones
dentro de mi palomar;
Ant., VIII, 39

ésta, que el asesino de su padre

caballero en un caballo
y en su mano un gavilán
por fazerme más despecho
cébalo en mi palomar,
mátame mis palomillas
criadas y por criar;
la sangre que sale de ellas
teñido me ha mi brial.

Pero intrínsecamente —o subconscientemente— tan parejos simbolismos encubren distintos deseos: en doña Lambra el que un poco arbitrariamente podríamos llamar el "complejo de Fedra" y en Jimena algún tortuoso complejo de Electra.

Las palomitas son también inocente encarnación del ser amado o esperado. En el conde Olinos *(Ant.*, X, 73):

Allí vino una paloma
blanquita y de buen volar.
—¿Qué haces aquí, palomita,
qué vienes a buscar?

Y en el romance de la Devota (X, 145):

—Soy la infanta, Conde Olinos,
de aquí te vengo a sacar.
Las avecitas del monte
serán en tu compañía
y una palomita blanca
aquí vendrá cada día;
en el pico te traerá
una flor muy amarilla;
por el olor que te dé
ya verás quién te la envía.

La pérfida suegra de doña Arbola consuela a ésta, aconsejándole partir, porque aunque don

Morcos regrese en su ausencia, ella se encargará de darle su cena *(Ant.*, X, p. 94):

de la caza que él trujese
mandarete la mitad,
de la perdiz algo menos,
de la paloma algo más.

y en otra versión *(ibid.*, p. 314):

yo le doy gallinas enteras
y pichones a almorzar.

Y la espantable Serrana de la Vera, cuando induce tan coercitivamente a los pasajeros a "fazer la lucha" con ella, como decía el Arcipreste *(Ant.*, IX, p. 209):

de perdices y conejos
su pretina saca llena,
y después de haber cenado
me dice: "cierra la puerta".

La resistencia a lo fantástico a que arriba aludimos destierra del romancero a los cisnes, que, Lohengrins en embrión, bogan y vuelan en cambio, en la persona del caballero que lo lleva por símbolo fraterno, por los largos capítulos consagrados a describir sus hechos en la Gran Conquista de Ultramar *(Riv.*, XLIV, caps. LXVII a CXXXVII; *M. P., Oríg.*, I, pp. CLV-CLVIII). No resulta menos extraño a su generalidad el siguiente pato de los judíos de Levante *(Ant.*, X, p. 351):

Vos venid, mi dama, mi cara de luna,
yo os diré coplas veintiuna,
os las cantaré una por una:
cómo me kidearon a llevar el pato.

El pato tenía vedijas de gordura.
Me topí fajando a la creatura,
en año de hambre y mucha secura.
Cómo me kidearon a llevar el pato.

El pato tenía plumas de colores;
por donde pasaba dejaba olores;
yo me lo creí con muchos dolores.
Cómo me kidearon a llevar el pato.

El pato tenía pluma amarilla,
yo me lo creí con mucha alegría,

yo por este pato quedí sin manilla.
Cómo me kidearon a llevar el pato.

El pato tenía pico colorado,
ya se lo comieron con vino delgado.
¿Quién le culpa esto? Lo culpa mi cuñado.
Cómo me kidearon a llevar el pato.

Un día me fui para la Castoría.
Vide mucha gente, me torní vacía.
No tuví moneda, vendí la manilla.
Cómo me kidearon a llevar el pato.

Un día me fui para la plaza,
vide un morico con un patico.
No tuví moneda, vendí el librico.
Por este pecado no comí un pedacico.
¿Cómo me kidearon a llevar el pato?

con respecto al cual, que califica de "macarrónica composición", infiere que los judíos españoles dicen "llevar el pato" por "pagar el pato", y aclara antes que "kidear" es un verbo turco que significa forzar u obligar. Es curioso que en el *slang* norteamericano el sustantivo *kid*, de origen escandinavo, con la maravillosa facilidad que permite en inglés hacer un verbo de cualquier nombre, haya venido a significar "engañar", "tomar el pelo", casi en el sentido en que el "kidear" de este romance.

JAULA DE CORTESANOS

EL VITUPERIO y la alabanza. Oscilan de uno al otro polo la máxima parte de estos poetas de los Enriques y los Juanes de Castilla, entre sí, por emulación del "aguilando" menguado, o frente al nacimiento del soberano nuevo. Las aves andan a mal aletear entre las "rrequestas", acudidas como a rudimentarios signos de cambio poético y su vuelo lírico es por demás ocasional. La sencilla felicidad de Villasandino las incluye (Baena, p. 99):

Deleyte es mirar la noble floresta
naranjas e cidras, limas e limones,
oyr cantar aves garrydos chanzones
e ver su señora polyda e honesta,

y con igual balsámico trino las evoca Santillana en las estancias de la *Comedieta de Ponza* en que Menéndez Pelayo *(Horacio* en Esp., I, p. 6) mira y descubre la primera manifestación de la influencia horaciana en Castilla *(NBAE*, XIX, p. 463):

¡Benditos aquellos que cuando las flores
se muestran al mundo reçiben las aves,
e fuyen las pompas e vanos honores,
e ledos escuchan sus cantos suaves!

No las olvida en el Génesis sacado de su biblioteca con que Bías replica a Fortuna *(ibid.,* 489 a):

e que el ayre rescibiessen
   las volantes
aves, y asy concordantes
toda especie produxiessen.

Y con oído ya casi renacentista percibe adelante (p. 495 a) la combinada música del agua y del aire:

Erídano mansamente
riega toda la montaña
sin regularidad nin saña,
mas con un curso plaziente:
cuyas ondas muy suaves
   fazen son
e dulce modulación
con los cantos de las aves,

que Góngora pondría en una letrilla *(BAE,* XXXII, p. 500 b; XLVI):

Con el son de las hojas
cantan las aves
y responden las fuentes
al son del aire,

y de que Quevedo compone una más sinfónica imagen en el “Poema heroyco de las necedades y locuras de Orlando el enamorado” *(BAE,* LXIX, p. 292 a):

Razona la agua entre las guijas bellas,
con Céfiro conversan ramos bellos;
cantan los pajarillos sus querellas,
las hojas callan cuando cantan ellos;
ellos y el agua cuando cantan ellas;
y el pájaro parece al respondellos
músico, que fiado en su garganta
con tres diversos instrumentos canta.

De modo igualmente genérico las menciona Juan de Mena en una "Canción" *(NBAE,* XIX, 217 b):

> Ya passaba el agradable
> mayo illustrando sus flores
> e venia el inflamable
> Junio con grandes calores:
> incesantes los discores
> de melodiosas aues,
> oy sones muy suaues,
> tiples, contras et tenores,

y las identifica, no por el vuelo, sino por el canto, en otra suya *(ibid.,* 205):

> Si las ondas de la mar
> quando sus rruidos braman
>   son oydas
> las aues al gorjear
> por el monte desque llaman
>   conoçidas;

el numeroso resto de los poetas del *Cancionero* acude para sus fines extralíricos, con notoria predilección, al "girifalte", tales Villasandino (Baena, 73):

> El girifalte mudado
> ya cobró su gentil buelo,

Alfonso Sánchez *(ibid.,* 127):

> Pero el girifalte saldrá de la muda
> aunque las alas le fueron peladas,

Villasandino *(ibid.,* 175):

> El gran girifalte con reçia soltura…

Ruy Paes de Ribera *(ibid.,* 322):

> Con alas quebradas del gran girifante,

Gonçalo Martines de Medina *(ibid.,* 371):

> E el giryfalte fará muy grand buelo…

El gran girifarte syguiendo su vya…

Los lindos falcones saldrán de sus nido
con el girifalte obrando fasaña,
e a los çernicales que eran enfingidos
faran yr fluyendo de la selva estraña.

El “girifalte” es, naturalmente, el señor dadivoso, que será también águila y falcón. Villasandino *(op. cit.*, p. 78):

Pues quien poco sabe conviene que se rryenda
como se rrynde la garça al falcón…

llama así a su protector el condestable Rruy Lopes, cuyo reingreso en la corte del rey don Enrique celebra *(ibid.*, 73):

Non podía ser hallado
un falcón en toda España
tan fuerte nin tan syn saña,
nin tan bien acostumbrado.

De falcones se jactan a sí propios, y de aves menos gallardas a sus enconados contricantes. Villasandino *(ibid.*, 74):

¿Quién es este quien pregunta
por el muy gentil falcón?

y Ferrant Manuel de Lando *(ibid.*, 269):

El rrico falcón muy lieve sopesa
la garça en el ayre syn ningunt temor:
las aves pequeñas de fuerça menor
non basta su cuerpo sofrir tan grant presa:
assy, concluyendo el arte conpresa,
a todo omme sabio creer le conviene
que a mengua de pollos muy bien se mantiene
quien come gallynas con carne salpresa.

Rodrigo de Arana replica a Baena *(ibid.*, 478):

En flaco doral quesystes provar
falcones muy bravos, lygeros, sañudos…,

y (p. 482) Baena le responde:

¡O Señor Dios!, por bueytres aludos
e rrycos falcones tus dones rrepartes!

Finalmente, el Bías de Santillana *(NBAE,* XIX, 495 b) se marcha por los campos elíseos, en donde

e si fueron caçadores
alli de todas maneras
fallan caças plazenteras.
nobles falcones e açores,

y en el "Infierno de los enamorados" el marqués refiere así la nobleza del falcón por medio de una "comparación" de las entonces tan usuales *(NBAE,* XIX, p. 545 a):

E como el falcón que mira
la tierra mas despoblada
a la fambre alli lo tira,
por fazer çierta volada,
yo començe mi jornada.

Al girafalte y al falcón sigue en nobleza el águila:

El aguyla estraña trasmute su nido,

dice Villasandino dirigiéndose al rey, a quien adorna adicionalmente (Baena, 175):

con las dinidades del rryco faysan.

Fray Diego de Valencia se explica el derecho divino al trono por consideraciones de cetrería (Baena, 217):

Si de'sta fygura el fuerte cryado
fará segunt fase el buen caçador,
la ave que cría e buela mejor
aquella mantiene en onrra e estado.

Assi ssea este sseñor de las aves…

Ferrant Manuel usa de un aquilino circunloquio para describir la belleza de una su amiga de la que andaba muy enamorado en Sevilla (Baena, p. 273):

En rryca muda de çera
vy mudar águila prima
sobida en el alto clima
de la su hedat primera:
…De fynas plumas de oro
era la su cobertura…
Uñas de puro coral
entre sus manos tratava…
cuello de garça Rreal…

Cuando los dragos del carro de Belona arrebatan a Juan de Mena hacia el dantesco "Laberino de Fortuna" *(NBAE*, XIX, 154 a):

Assi me soltaron en medio de vn plano
desque ouieron dado conmigo vna buelta
como a las vezes el águila suelta
la presa que bien nol finche la mano.

Y hallamos al águila de San Juan en el décimo de los "Doce triunfos de los apóstoles" *(ibid.*, p. 401) del cartujano Juan de Padilla:

Tenía no menos un Águila pura
encima del libro, según parecía,
mirando los rayos del sol que nacía,
y con la virtud de su propia natura
nunca los ojos de aquel removía.
…
Porque denotes el Águila santa
ser la que el libro divino levanta;
volando por cerca del gran firmamento
según la católica música canta.

Note de aqueste la mente discreta
que Juan y su santa perfecta doctrina
sobre los otros muy alto se empina;
pues se compara por cosa perfecta
el ave de aves llamada Regina.

Parleros, inútiles, destructores y de mal ver, los tordos, estorninos, grajos, y cuervos y picaças y otras de esas *(Villasandino*, Baena, 155):

susias aves que andan bolando

abundan este embrión de los serventesios en que Lope habría de llamar pelícano a Ruiz de

Alarcón. Alfonso Álvarez *(ibid.,* 154) se quejaría de ellas:

E con todo esso los falsos pardales
fasen mas daño que non la çigueña,
ca luego que ven que omme se alueña
picando destruyen los buenos fructales.

Envía el "gassajado" de unas brevas no en muy buen estado *(ibid.,* 157):

Alla van en la cestilla
los que los tordos dexaron…
Pardales, tordos mendigos,
nunca cessan nin cessaron
destroyr, commo enemigos,
las cossas do se criaron

y se desata en denuestos contra Baena *(ibid.,* 428):

e quien reçelase su parlar de graja
más negro sería que el cuervo merino.
Ffydiondo que huele a sudor de grajos

sobre cuyo perfume Quevedo, en el romance "Boda de negros", tan semejante al atribuido a Góngora, también nos ilustra *BAE,* LXIX, p. 166):

Iban los dos de las manos
como pudieran dos cuervos,
otros dicen como grajos
porque a grajos van oliendo.

Contra Baena también exclama Álvar Rruys de Toro (Baena, 448):

Señor, el estornino
que parla con el vino

Baena replica, defendiéndose *(ibid.,* 453):

Señor, Valentino dis que el papagayo
es más generoso que non gavilán…

Sus aptitudes oratorias no valen el silencio, porque les falta el seso. Lo advierte Fernán Pérez de Guzmán *(NBAE,* XIX, 589):

Si el seso estouiesse en mucho fablar
los tordos serian discretos llamados…
pues a los que plaze el seso fallar
non curen de flores nin versos ornados,
miren a las obras, dexen el chirlar
a los papagayos del Nilo criados

y confirma —¡él, tan prolijo!— su criterio, poniendo en boca de la Templanza la siguiente declaración *(ibid.,* 669 b):

Yo mando a la golondrina
templar su parlera lengua
por que tal defecto e mengua
en poco seso confina.

En lo que no fía Frey Íñigo de Mendoça es en la sinceridad de lo que hablan los tordos *(ibid.,* p. 477):

Como el tordo que se cria
en la jaula de chequito,
que dize cuando chirria
Jhesus y Sancta Maria
y el mas querría un mosquito…

y censura a las mujeres, diciendo de ellas que *(ibid.,* 60-61):

son aquestas el mochuelo
que con los ojos conbida
alos tordos que los tomen…
son carne puestra en buytrera…

Refiriéndose al segundo, extemporáneo y desgraciado matrimonio de Villasandino —como más tarde Alarcón, el pelícano, a la Marta del viejo que se aforraba en ellas—, dice Frey Lope (Baena, 407):

Mochuelo es e prendio garça.

Al *Timor mortis conturbat me* que dicta a Fernán Sánchez Talavera el solemne "desir" de la Muerte que Manrique inmortalizará *(ibid.,* 593), que lleva a Juan de Mena a razonar con ella *(NBAE,* XIX, 206 b): y que convoca la inexorable Danza, no escapan tampoco las aves (Baena, 596):

Bestias e aves fasta el mosquito

nasçen e mueren, segunt los varones.

El fin de esta vida trabajada se acerca cuando oímos (Santillana, *NBAE,* XIX, 465):

que las tristes vozes del buho sonaron
por todas las torres de nuestra morada.

Los conjuros del triste Plutón, señor de la profundidad infernal, están ya muy cerca cuando, en medio de (Mena, *ibid.,* 176 b):

çeniza de fenix aquella que basta
e huessos de alas de dragos que buelan

e de aquella piedra que sabe adquerir
el águila cuando su nido fornece

vemos *(ibid.,* 169 b):

triste presagio fazer de peleas
las aues noturnas e las funereas
por los collados, alturas e çerros.

En vano el prudente Fernán Pérez de Guzmán se pronunciará contra la superstición de, por ejemplo, un tenebroso Enrique de Villena y su tratado de fascinología, advirtiéndonos contra la heterodoxia *(ibid.,* 617):

De aquí es la estrologia
incierta e variable…,
estornudos e cornejas…

Con mayor fortuna —y con mayor poesía— Santillana trasmuta en bueno un mal auspicio *(ibid.,* p. 570):

Por vn valle deleytoso
do mora gentil conpaña,
oy un cantar sabroso
de vn aue muy estraña.
Bien vos digo que en España
non vi otra de tal guisa;
esta trae en su deuisa
mucha gente de cucaña.
…
“Cuco me llaman por nombre;
e tal es el mi clamor;

que en el mundo non ay onbre
que ame gentil señor,
que non tome grand pauor
si me oyere rredoblar;
si te plaze mi cantar
otro son dire mejor!

“Señor, dixe, vuestro canto
otro tiempo, me ponía
en temor e grand espanto
por vna señora mia.
Mas agora non querria
oyr otro papagayo,
que todo el pesar que trayo
he perdido en este dia.”

Y desdeñando las gallinas de Arjona que recomienda y prescribe Baena (Baena, pp. 444 y 494): el pavon loçano e donoso del “Desir contra la pobreza” de Ruy Paes *(ibid.*, 310 y 322); la dulce calandra y las simples palomas alegóricas de Juan de Padilla *(NBAE*, XIX, 328 y 341); el efímero çisne de Santillana *(ibid.*, 560 b) y las garzas y picazas de Mena *(ibid.*, 182), dejemos ya esta jaula dorada con, en los oídos, estos hermosos versos de Juan de Mena que la sabiduría *(¡Beatus ille qui ignorant!)* impidió a don Marcelino gustar prístina y totalmente *(Ant.*, V, CLXXV), porque en seguida les descubrió huellas digitales de Virgilio y Lucano por razones de paisanaje:

Nin baten las alas yas los alciones…
nin tientan jugando de se roçiar,
los quales amansan la furia del mar
con sus cantares e languidos sones,
e dan a sus fijos contrarias sazones
nido en ynuierno con grande pruyna,
do puestos açerca la costa marina
en vn semilunio les dan perfeçiones.

Nin la corneja non anda señera
por el arena seca passeando
con su cabeça su cuerpo bañando
por ocupar la pluuia que espera,
nin buela la garça por alta manera,
nin sale la fulica de la marina
contra los prados, nin va nin declina
como en los tiempos aduersos fiziera.

NBAE, XIX, 169 b

EL CISNE

EL MÁS voluminoso de todos los pájaros cantores es el cisne. El libro II de las *Metamorfosis* de Ovidio, tan especialmente rico en conversiones ornitológicas, nos pinta a Juno llevada al cielo por pavones; al cuervo mudado de blanco en negro, como los etiopes por culpa de Faetón, en castigo por haber descubierto el adulterio de Coronis convertida en corneja, como en lechuza Nictimene. Y nos refiere la transformación de Cycno, hijo de Stenelo, rey de Liguria y célebre músico, en éste, que es desde entonces símbolo de los poetas y ave de Apolo. A esta lírica adscripción contribuye Pitágoras al incluir, entre las posibilidades de la metempsicosis, la de que se tornen cisnes las almas de los poetas fallecidos. Para gozar a Leda, en episodio que la pintura ha perpetuado mejor que la poesía, Júpiter no se desdeña de tomar su nítida forma. Pausanias lo incluye entre las aves proféticas y, como Shakespeare, manifiesta grande confianza en la melodía de su canto. Plinio expresa a este respecto su escepticismo diciendo, con duda, que se afirma (X, xxxii) "que los cisnes al morir hacen oír un canto lamentable". De su belleza plástica, unida a su silencio, que sólo rompen al morir, dimana la predilección con que se les elige para escudos nobiliarios, con supersticiosa reverencia. Menéndez Pelayo *(Id. Est.*, 3ª ed., III, p. 321) describe y comenta el *Cisne de Apolo,* libro rarísimo en que "las aficiones heráldicas del P. Carvallo se revelan en la candorosa insistencia con que quiere demostrar que los poetas son nobles de profesión, y pueden pintar por armas el cisne, explicando las recónditas virtudes de este emblema". Es el caso, no obstante, que poca gente los ha oído cantar sino cuando, para obedecer a Pitágoras, son ya poetas, o en sus versos dejan oír su canto lamentable; lo cual justifica un gracioso ensayo de M. Morín —"Why swans that sang so well in ancient times now sing so badly"— y no deja, por supuesto, de justificar al cisne nicaragüense que en los tiempos modernos volvió a elegirlo por su símbolo.

Góngora *(Vocabulario…* por Bernardo Alemany y Selfa) usa del cisne, fuera de su sentido literal, en otros seis: para aludir a la constelación boreal en la Vía Láctea, entre Cefeo y el Águila: como la encarnación de Júpiter ante Leda: como sinónimo de mujer hermosa: como adjetivo con la significación de blanco: como metáfora para el cabello cano y, mucho más frecuentemente, como título de poeta. Coincide en este último uso con el que todos los demás de su siglo le dieron. En muchedumbre acuden a la memoria los "claros cisnes del Betis" y de otras regiones que bogan, caballeros en los sonetos laudatorios, al frente de novelas, comedias y poesías. De este modo objetivo, los poetas no hallan cosa mejor con que comparar a sus amigos. Subjetivamente, si también gustan de llamarse así, el velo de la modestia encubre su apolínea declaración en el recuerdo del fúnebre canto.

Dirá el marqués de Santillana *(NBAE,* XIX, 560 b):

> Qual del cisne es ya mi canto…
> de mi muerte dolorida,

y Boscán, en el "Mar de amor":

El cisne con su cantar
su triste lloro adevina,
porque luego allí se fina
a las orillas del mar,
donde a la muerte se inclina.
Con mi voz enronquecida
adevino mi morir;

y agrega:

y es la gloria tan crecida
en perder así la vida,
que no se quiere partir,

versos con que nos recuerda la “Canción del comendador Escrivá” *(Ant.*, IV, p. 61):

Ven muerte tan escondida
que no te sienta conmigo
porque el gozo de contigo
no me torne a dar la vida

que vuelven a glosar Santa Teresa (“Vivo sin vivir en mí, / y tan alta vida espero, / que muero porque no muero”) y San Juan de la Cruz (“Vivo sin vivir en mí, / y de tal manera espero, / que muero, porque no muero”).

Garcilaso alude con mayor frecuencia al rey de Liguria, añadiéndole el canto *(L.*, III, p. 41). Contra las mañas del cazador Albanio,

No aprovechaba el ánsar la cautela,
ni ser siempre sagaz descubridora
de nocturnos engaños con su vela.
Ni al blanco cisne que en las aguas mora
por no morir como Faetón en fuego,
del cual el triste caso canta y llora.

Y más adelante (p. 53):

Entonces, como cuando el cisne siente
el ansia postrimera que le aqueja,
y tienta el cuerpo mísero y doliente,
con triste y lamentable son de queja,
y se despide con funesto canto
del espiritu vital que dél se aleja;
así aquejado yo de dolor tanto…

Y, en remota alusión, en el soneto XII. Sus comentadores desconfían de la realidad del canto del cisne.

> Cosa muy vulgar —dice el Brocense, n. 146, *loc. cit.*— es decir que el cisne canta dulcemente siempre, pero más al fin de su muerte… Puede ser que en unas tierras cantan y en otras no; a lo menos en España no sabemos que canten, mas de que en Tordesillas oyeron muchas gentes entre los juncos del río unos gaznidos *[sic]* espantosos, tanto que pensaron ser alguna cosa monstruosa, y algunos se atrevieron a llegar allá, y hallaron un cisne que había venido de otra parte, y murió muy presto. Desto hubo muchos testigos.

Quevedo, en las décimas *(BAE,* LXIX, 257 b) que empiezan:

Bien pensará quien me oyere,
viendo que he llorado tanto,
que me alegro agora y canto
como el cisne cuando muere,

sigue fielmente la tradición, que Lope, en cuyos labios el cisne es más generalmente título de poeta ("A Carlos V", *BAE,* XXXVIII, 87 b): "Desde el opuesto hemisferio mil cisnes mis hechos canten"), pone en los de Anfriso, como sentencia, entre mil otras, que ilustra en verso ("La Arcadia", lib. IV, p. III b)*:* "Los cisnes cantan muriéndose, y las sirenas lloran". En el libro II Silvio, "con endechosa voz", exclama *(ibid.,* p. 65 b):

Celebre mi partida
cual cisne al despedirse de la vida.

Y en el libro IV *(ibid.,* p. 107 b), dice Olimpio:

Aquí, luchando con las ondas fieras
como el cándido cisne cuando muere,
quiero hacer las obsequias de mi muerte.

En el "Laurel de Apolo" Lope se da, como decimos, vuelo llamando a toda la muchedumbre de poetas a quienes adula, oculta o simplemente menciona, indiferentemente, "fenices" y "cisnes". Elijamos unos cuantos ejemplos:

¡Oh, padre de las musas, docto Orfeo,
de músicos y cisnes corifeo…
Ibid., 191 b

("De doña Ana de Castro, musa". *Ibid.,* 191 a):

¡Oh tú, nueva Corina
que olvidas la del griego Archelodoro,
a quien Dafne se inclina

y el cisne más canoro…

(“De don Pedro de Oña”. *Ibid.*, 192 a):

Poema heroico, armónico y suave
del patriarca Ignacio de Loyola
entre los cisnes de las Indias sola…

Elogia adelante al autor del “Sagaz Estacio” *(ibid.*, 214 b):

Si a Salas Barbadillo se atreviera
mi indigna voz, que por tu gusto canta,
o la sonora cándida garganta
de los cisnes tuviera
que el verde margen que el Caístro bebe
cubran de pura nieve…

y “pone en su registro” *(ibid.*, 218 a):

Las musas de doctor Pedro García
y Apolo entre los cisnes del Caístro.

En el soneto 199 *(ibid.*, 381 a), a un culto escritor,

el Caístro jamás por su corriente
tan dulce ha visto cisne cuando espira

y en el 221, a la muerte de Góngora *(ibid.,* 348 a), halla el modo retórico de unir, en su honor, el cisne y el fénix:

Ya muere y vive; que esta sacra pira
tan inmortal honor le constituye,
que nace fénix donde cisne expira.

Sin duda, si a Góngora le hubiera tocado en suerte asistir a los funerales de Lope, le habría sido menos fácil, y tan opaco, redimir avícolamente a quien no había tenido empacho en llamar no cisne, sino “pato del aguachirle castellana”.

Demos, por último, paso a otros menos humanos cisnes de Lope, ya recuerden la fábula de Cycno o de Leda, ya, mejor, las olviden:

En un carro salió triunfante el Duero…
Tirábanle dos cisnes, que podían
(tal esplendor y candidez tenían)

ser celestes figuras…
“Laurel de A.”, *ibid.*, 188 b

Ni blanco toro ya, ni cisne alado…
“El baño de Diana”, *ibid.*, 205 b

Las aguas dividió cisne ligero…
Ibid., 206 a

Filida, de verme ajena
y de mi mal descuidada,
cándida, blanca y nevada
cual cisne en orilla amena…
Ibid., 248 b

Ya el ánade caluroso
de azul y oro se compone
el cuello, ya el blanco cisne
quiere llorar a Faetonte…
“A la creación del mundo”, *ibid.*, 260 b

Cándidos cisnes, que vestís la espuma
de quien yo procedí…
“Venus”; “La selva sin amor”, *ibid.*, 300 b

QUEVEDO, O EL ANTIPÁJARO

POR el “monte en dos cumbres dividido”, de don Francisco de Quevedo y Villegas, vuelan las aves habituales, presididas por las nueve musas castellanas. A Erato, musa cuarta, que canta hazañas del amor y de la hermosura, corresponden las más retóricas. Si compara el discurso de su amor con el de un arroyo *(BAE*, LXIX, 52 a):

En cristales dispensas tu tesoro,
líquido plectro a rústicos amores,
y templando por cuerdas ruiseñores,
te ríes de crecer, con lo que lloro,

o si en el Idilio que llama “Lamentación amorosa” *(ibid.*, 83 a) exclama, tal como “tanto amante que desdenes llora”:

Las aves que leyeren mis tristezas
luego pondrán en tono mis congoxas…
Allí serán mis lágrimas Orfeos
y mis lamentos blandos ruiseñores…,

y en la tercera parte del propio Idilio (p. 84 a):

No cantan ya los doctos ruiseñores,

no podemos creer que así las maneje sino por virtud de una técnica en boga, que lo arrastró también a incurrir repetidamente en una “fénix” que en otro sitio, como veremos, se complace en desprestigiar, y de que se sirve para pintar su ardor disimulado de amante *(ibid.,* 53 a):

Ya fénix cultivada te renuevas,
en eternos incendios repetidos…

para componer un bello soneto *(ibid.,* 53 b) “a una de diamantes que Aminta traía al cuello”: en aquellos en que “canta sola a Lisi”, para trazar los efectos varios de su corazón, fluctuando entre las ondas de sus cabellos *(ibid.,* 73 a):

Con pretensión de fénix encendidas
sus esperanzas, que difuntas lloro,
intentan que su muerte engendre vidas.

Y, en fin, para poner ejemplo de otras llamas, que parecen posibles comparadas a las suyas *(ibid.,* 74 a):

Hago verdad la fénix en la ardiente
llama, en que renaciendo me renuevo;
y la virilidad del fuego pruebo,
y que es padre, y que tiene descendiente.

No menos ajenas a su experiencia, sino tan hijas de su erudición, son las aves de este primer cuarteto del soneto XXV *(ibid.,* 77 b), que en la edición de 1648, reproducida por Rivadeneyra, pidieron tres pedantes notas en que Publio Siro, Aristóteles, Cicerón y Marcial se traen a cuento para explicar que la cigüeña y la grulla son por igual títulos de la primavera: *Avis exul hyemis, titulus tepidi tempori.*

Ya tituló el verano ronca seña,
vuela la grulla en letra y, con las galas
escribe el viento; y en parleras galas
Progne cantora su dolor desdeña,

en que se escucha su traducción de la Anacreóntica XXXVII *(ibid.,* 454 b):

Ve que el ánade torpe ya se fía
del agua blanda que temió por fría.
Mira las grullas que con leyes viven

cómo volando en letra el aire escriben
y alegres vuelven por el aire vano
como a ganar albricias del verano.

Advirtamos, de paso, que las leyes con que viven las grullas son verdaderamente marciales, e inescapables, porque están sujetas a la rígida de la gravitación universal. En tanto que las demás duermen, aquella que está de guardia sostiene, en la pata que equivale al brazo derecho de un soldado armado, uno de esos guijarros que, cuando vuelan, arrojan para averiguar si andan sobre agua o sobre tierra; garantízase su vigilancia en que, si se duerme, soltará la piedra, delatora de su negligencia; y sus hermanas la castigarán, sacando la cabeza de bajo el ala, que es como reposan (Plinio, *op. cit.*, X, XXX). No son menos severas las penas en que incurren las cigüeñas impuntuales, a quienes, al partir —misteriosamente, de noche, como llegan—, aguardan las demás sólo para matarlas. Sólo que Plinio afirma que las cigüeñas son huéspedes del estío, y las grullas del invierno, contrariamente a los autores que respaldan a Quevedo y a su Anacreonte.

Sus traducciones de las anacreónticas II, IX, XII, XXXIII, y de la *Doctrina de Epicteto,* cap. XXXI (*BAE*, LXIX, pp. 438, 443, 444, 453 y 399) dejan en Quevedo más de una visible huella. En el “Himno a las estrellas”, silva XIV *(ibid.,* 311):

Las tenebrosas aves
que el silencio embarazan con gemido
volando torpes y cantando graves,
más agüeros que tonos al oído,
para adular mis ansias y mis penas,
ya mis musas serán, ya mis sirenas.

Bajo el signo de Clío escribe Quevedo un soneto alegórico de oscuro sentido político, en que el águila —rara avis en su poesía— lucha *(ibid.,* 7 a), como en *La toma de Valles Ronces (ibid.,* 541 a) en que encarna al potentísimo Felipe *el Grande,* cuarto entre los reyes de España:

Que el águila que el sol mira
no aguarda remifasoles,
y las plumas de sus alas
son de batir los cañones.

Ilustra siempre heráldicamente a la realeza (“Glorioso túmulo a la serenísima infanta Sor Margarita de Austria”, *ibid.,* 46 a):

Las aves del imperio coronadas
mejoraron las alas en tu vuelo,
que con el pobre, y serafín, al cielo
sube, y volando sigue sus pisadas,

o en la sepulcral relación en el monumento de Wolistan *(ibid.,* 46 b):

> Dióle el león de España su cordero,
> y lobo quiso ensangrentar sus galas.
> El águila imperial le dio sus alas
> y con sus garras se le opuso fiero,

y condensa, por fin, los atributos del ave de Júpiter, portadora del rayo, que mira al sol, selecciona y desdeña a sus hijos por métodos espartanos y muere, según Aristóteles, de hambre *(lib.* IX) —porque en la extrema vejez su pico se encorva y traba, impidiéndole comer, en fabuloso castigo porque cuando fue hombre violó la hospitalidad—, en un soneto "A una dama hermosa, y tiradora del vuelo, que mató un águila con un tiro" *(ibid.,* 247 b):

> ¿Castigas en la águila el delito
> de los celos de Juno vengadora,
> porque en velocidad, alta y sonora,
> llevó a Jove robado el catamito?
>
> ¿O juzgaste su osar por infinito
> en atrever sus ojos a tu aurora,
> confiada en la vista vencedora
> con que miras al sol de hito en hito?
>
> ¿O porque sepa Jove que en el cielo,
> cuando Venus fulminas, de tu rayo,
> ni el suyo está seguro, ni su vuelo?
>
> ¿O a César amenazas con desmayo,
> derramando su emblema por el suelo,
> honrando a los leones de Pelayo?

Al manto sombrío de Melpómene confía *(ibid.,* 49 a) las "Exequias a una tórtola que se quejaba viuda y después se halló muerta", y las palabras de un pedazo de la nave en que se descubrió el nuevo mundo *(ibid.,* 47 a):

> Fui haya, y de mis hijas adornada,
> del mismo, que alas hice en mi jornada,
> lenguas para cantar primero…

Otros ocasionales pájaros esmaltan fugazmente sonetos, madrigales y canciones suyas:

> Más solitario pájaro ¿en cuál techo
> se vio jamás que yo?…
>
> *Ibid.,* 249 a

Está el ave en el aire con sosiego,
en la agua el pez, la salamandra en fuego…
Ibid., 60 a

Escuchaba del ave los deseos…
Ibid., 257 b

Nació paloma, y en tu seno el nido
perdió…
Ibid., 27 b

Vuestra paloma huyó de vuestro nido.
Ibid., 345 b

Pero es preciso reconocer que el poeta dispone, por cuanto a los pájaros, de muy limitados colores en su paleta musical. En otra parte que sus versos ha aconsejado a las mujeres cultas y hembrilatinas que "si hubieren de mandar que las compren un capón, o que se les asen, o que se les envíen (que es lo más posible), no le nombren, por excusar la compasión de lo que les acuerda; llámenle 'desgallo o tiple de pluma'". Apolo parece haber castigado cruelmente su fobia anticulterana obligándolo a seguir, con la frecuencia que en seguida ejemplificaremos, su propio malévolo consejo. Si no siempre "tiples de pluma", ni "desgallos" nunca, en numerosos casos no encuentra qué llamar a los pájaros, sino "ramilletes". En la "Canción fúnebre en la muerte de don Luis Carrillo y Sotomayor" *(ibid.*, 47 b), que repite, sin dedicatoria y con variantes, en la página 346 b, encontramos la descripción siguiente:

En un hermoso prado
verde laurel reinaba presumido
de pájaros poblado
que cantando robaban el sentido
al argos de el cuidado…

e, inmediatamente:

Un pintado jilguero
más ramillete que ave parecía…

En las "letrillas líricas" *(ibid.*, 97 a):

Flor que cantas, flor que vuelas,
y tienes por facistol
el laurel, ¿para qué al sol
con tan sonoras cautelas
le madrugas y desvelas?
Digasmé
dulce jilguero, ¿por qué?

Dime, cantor ramillete,
lira de pluma volante
silbo alado y elegante
que en el rizado copete
luces flor, suenas falsete…
¿En un átomo de pluma
cómo tal concento cabe?
¿Cómo se esconde en una ave
cuanto el contrapunto suma?
…llena tan chica garganta
de orfeos y de vigüelas?

En “El escarmiento”, silva XVII *(ibid.,* 312 a):

Orfeo del aire el ruiseñor parece
y ramillete músico el jilguero;

ni falta en donde se “describe una recreación y casa de campo de un valido de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel” *(ibid.,* 314 b):

Músico ramillete
es el jilguero en una flor cantora,
es el clarín de pluma de la aurora,
que por oír al ruiseñor que canta
madruga y se desvela,
y el Orfeo que vuela
y cierra en breve espacio de garganta
cítaras, y vigüelas, y sirenas,
óyese mucho y se discierne apenas,
pues átomo volante,
pluma con voz, y silva vigilante,
es órgano de plumas adornado,
una pluma canora, un canto alado…

y por fin, en la décima “Al ruiseñor” *(ibid.,* 478 b):

Flor con voz, volante flor,
silbo alado, voz pintada,
lira de pluma animada
y ramillete cantor;
di, átomo volador,
florido acento de pluma,
bella organizada suma
de lo hermoso y lo suave:
¿Cómo cabe en sola un ave

cuanto el contrapunto suma?

Luego él, tan anticulto, lo parece del todo en estas líneas de la arriba citada "recreación":

Y la perdiz, que ensangrentado el aire
con el purpúreo vuelo
de sabroso coral matiza el suelo,
ya pájaro rubí con el reclamo,
lisonja del ribazo,
múrice volador esmalta el lazo,
y tal vez por el plomo que la alcanza,
con nombre de sus hijos disfrazado,
en globos enemigos,
ya golosina ofrece sus castigos,
y en la mesa es trofeo
quien fue llanto en la mesa de Tereo
y lisonjero a Venus por hermoso.

En que no es más claro, ni más oscuro, que éste más nutritivo presente de las *Soledades:*

Tú, ave peregrina,
arrogante esplendor —ya que no bello—
del último occidente;
penda el rugoso nácar de tu frente
sobre el crespo zafiro de tu cuello…
Sobre los hombros larga vara ostenta
en cien aves cien picos de rubíes,
tafiletes calzadas carmesíes,
emulación y afrenta
aun de los berberiscos
en la inculta región de aquellos riscos,

sino que pide, al contrario, la declaración del faisán para una edición popular, en los dos últimos versos, luego que el "plomo que la alcanza con nombre de sus hijos disfrazado en globos enemigos" —los breves, volantes orbes de Alarcón— se traduzca en perdigones. Por seguir la moda pastoril "Llama a Aminta al campo en amoroso desafío" *(ibid.,* 63 a):

Y las plantas vestidas
gozan las verdes vidas
dando a la voz del pájaro pintado
las ramas sombras, y silencio el prado;
ven, que te aguardan ya los ruiseñores
y los tonos mejores
porque los oigas tú, dulce tirana,
los dejan de cantar en la mañana;

tendremos envidiosas
las tórtolas mimosas,
pues viéndonos de gloria y gusto ricos
imitarán los labios con los picos;
aprenderemos dellas
soledad y querellas,
y en pago aprenderán de nuestros lazos
su voz requiebros y su pluma abrazos.
Y vieran nuestras bocas,
en ramos destas rocas,
ya las aves consortes, ya las viudas,
más elocuentes ser, cuanto más mudas;

o en imitación de Teócrito y Virgilio ("Farmaceutría o medicamentos enamorados", silva VI, *ibid.,* 306 b):

¿No ves estos pavones, cuyas galas
desdoblan un verano en las dos alas?…
Doite estas golondrinas, tiernas aves,
estas simples palomas voladoras
que cortando los vientos ya suaves
que al pintado verano dan las horas,
con sus brazos y cuellos variados
vistieron estos aires de mil prados.

Esta viuda tórtola doliente
que perdió sus arrullos con su amante
cogíla haciendo ultrajes a una fuente.

Tampoco faltará la descripción de la cacería por la red, que Garcilaso es el primero en encargar, en la *Égloga segunda*, a Albanio, de describir detalladamente, en los primeros tercetos hechos en castellano, y de que el zumbón don Agustín de Salazar y Torres se burlaría. De las dos veces que Quevedo aprovecha igual descripción, transcribiremos la segunda, cuyo final coincide con el principio de la actitud ante los pájaros que nos parece más sincera en él *(ibid.,* 346 b):

…con pico lisonjero,
cantor de la alba, que despierta al día;
dulce, cuanto parlero,
su libertad alegre celebrada,
y la paz que gozaba:
cuando en un verde y apacible ramo,
codicioso de sombra,
que sobre varia alfombra
le prometió un reclamo,

manchadas con la liga vi sus galas;
y de enemigos brazos,
en largas redes, en nudosos lazos,
presa la ligereza de sus alas;

(1ª versión):

mudando el dulce, no aprendido canto,
en lastimero son, en triste llanto;

(2ª versión):

sin poderse escapar; mas ¿quién se escapa
de estas prisiones desde el pobre al Papa?

Pienso que Quevedo maneja mejor las aves cuando se enfada contra las personas, como hace tan a menudo, contra las leyendas y contra las costumbres. Endereza a una dama esta sátira *(ibid.,* 272 a):

Pues más me quieres cuervo que no cisne,
conviértase en graznido el dulce arrullo
y mi nevada pluma en sucia tizne…

Rebujada naciste en dos andrajos,
de una hija de Adán por gran ventura
cuya comadre fueron cuatro grajos.

Desmiente a un viejo por la barba *(ibid.,* 161 a):

Cabello que dio en canario
muy mal a cuervo se aplica.

El humanista es sincero. La vida retirada está muy bien cantada por su predilecto Fray Luis, pero él, retirado de la corte, responde a la carta de un médico naturista, como hoy diríamos *(ibid.,* 179):

Oigo de diversas aves
las voces y los chillidos
que ni yo entiendo la letra
ni el tono que Dios les hizo…

La lechuza ceceosa
entre los cerros da gritos
que parece sombrerero

en la música y los silbos.
Andase aquí la picaza
con su traje dominico
y el pajarillo triguero
con el suyo capuchino.

Como el muchacho en la escuela
está en el monte el cuclillo
con maliciosos acentos
deletreando maridos.

Con verdadera irreverencia se dirige a San Pedro cuando negó a Cristo, Señor Nuestro *(ibid.,* 330 b):

A Dios negastes, luego os cantó el gallo,
y otro gallo os cantara a no negallo;
pero que el gallo cante
por voz, cobarde Pedro, no os espante;
que no es cosa muy nueva o peregrina
ver el gallo cantar por la gallina.

Cuando envía a una su yegua a descansar al prado, piensa en un único posible Pegaso *(ibid.,* 193 b):

Presto os pienso ver con alas,
aunque hoy apenas andáis,
de cuervos y de picazas
que os empiecen a picar.

Pues dejadas las fenices de diamantes que Aminta traía al cuello (soneto, *ibid.,* 53 b), y otras igualmente metafóricas, opone a los animales fabulosos el argumento irrebatible de la experiencia *(“Remitiendo a un prelado cuatro romances [la fénix, el pelícano, el basilisco y el unicornio; las dos aves y los dos animales fabulosos]”, ibid.,* 168 b):

Ociosa volatería,
perezosa diligencia,
aves que la lengua dice,
pero que nunca las prueba.
Bien sé que desmiento a muchos,
que muy crédulos las cuentan:
mas si ellos citan a Plinio,
yo citaré a las despensas.
Si las afirman los libros,
las contradicen las muelas.

(En lo que, de paso, calumnia a Plinio, que al hablar del Ave Fénix —x, ii— lo hace con manifiestas reservas sobre su existencia, y descarga en Manilius, senador autodidacto, la culpa de ser el primero que haya hablado de él entre los romanos, y afirmado que no se le ha visto nunca comer, que vive 509 años, se fabrica un nido con incienso y canela, y en él se incendia para que de su médula salga una especie de gusanillo que se transforma en un nuevo Fénix.)

Celebra la castidad de José, comparándolo a un pajarillo que lucha por desasirse de la liga (soneto, *ibid.,* 489 b):

> Cual suele por los aires la avecilla
> del canto de las aves engañada
> que sobre el ramo baja descuidada
> plantado solamente para asilla;
> que viéndose enredada en la varilla
> y de su dulce libertad privada,
> aunque deje la pluma más pintada
> procura de su cuerpo desasilla,
> así José…

pero el amor le parece tan natural en la juventud *(ibid.,* 491 b):

> Como al reclamo acude el pajarillo,
> el tordo al fruto del temprano almendro,
> al animal difunto el negro cuervo…

y escribe la más fisiológica comparación que se haya otorgado al trino de la blanca Filomena de Garcilaso *(ibid.,* 500 b):

> La voz del ojo, que llamamos pedo,
> ruiseñor de los presos detenido…

LAS POÉTICAS GALLINAS

> Presumís en vano
> de estas composiciones peregrinas;
> ¡gracias al que nos trajo las gallinas!

NO HABRÁ madre o persona maternal cuyas entrañas no se hayan conmovido alguna vez en presencia de las incubadoras. Se olvida que las gallinas emancipan bien pronto a picotazos a sus pequeños; del cuadro familiar sólo recuérdase que la gallina estaba clueca, que se echaba, con saludable reclusión, sobre los huevos: que los pollos salían con dulce piar a rodearla, que los defendía, los guiaba, los llamaba solícita, les enseñaba a encaramarse a dormir. Y cuando empezaban a echar plumas y a cambiar de voz, feos adolescentes, como su madre a Lázaro, los

entregaba a la amplia escuela del ciego infortunio. ¡Pero estas máquinas deleznables! ¡Eléctricas!, ¡que los producen al mayoreo, en prole numerosa! Luego, como los habitantes de Delos *(Pl.,* X, lxxi), los hoy avicultores los engordan con alimentos mojados en leche, que les dan exquisito sabor; en el vicioso círculo del interés, regalándolos, para que sean más tarde ponedoras gallinas:

Tenía Mari-Nuño una gallina
en poner tan contina
cuanto la vieja atenta a su regalo.
Sucedió un año malo,
tal, que el pasto faltándole suave,
negó su feudo el ave;
perdone Mari-Nuño,
que la overa se cierra cuando el puño.
Góngora, Riv., XXXII, p. 453 a

Aunque no todos los poseedores de gallinas, sino casi ninguno, será vegetariano como don Francisco Sánchez Barbero se confiesa ante ellas *(Riv.,* LXIII, 591 b):

Venid, gallinitas
de Maura nación,
a ser compañeras
de un pobre español.
Aquí viviremos
en fácil unión,
conmigo vosotras,
con vosotras yo.
(Gallinas: clo, clo).
…
En mi parca mesa
de carne la voz
jamás, avecitas,
jamás se mentó.
Pasadas legumbres,
desechos de arroz
me acaban; con estos
nutriros he yo.
¡Clo! ¡Clo!,

ni, como él, les darán tan codiciables premios:

Un gallo arriscado,
de ardiente vigor,
de vuestro cariño
será galardón…

Por qué la desdicha
mi plácido amor
¡ay! ¡ay! de mis brazos
cruel arrancó?
¡Clo! ¡Clo!

En él evidentemente, el interés discurría por tortuosos senderos psicológicos; no les pedía huevos, ni pollos, ni sus personales pechugas, a las compañeras de su soledad. Sino que confiaba en que el cielo se lo tomara en cuenta:

Vagad, compañeras,
vagad sin temor,
y engordad, hermosas,
con mi bendición;
que el hado conmigo,
dejando el rigor,
se porte así como
con vosotras yo.
¡Clo! ¡Clo! ¡Clo! ¡Clo!

e ignoraba, al lamentarse de su amorosa decepción, lo que ya Quevedo había expresado:

Sabed, vecinas,
que mujeres y gallinas
todas ponemos,
unas cuernos y otras huevos.
Riv., LXIX, 85 b

Mas no se enorgullezca la industria moderna de haber descubierto las incubadoras eléctricas. Los huevos pueden romperse por acción espontánea de la naturaleza, sin incubación, como refiere Plinio de algunos de Egipto (X, lxxv): y el propio autor nos cuenta de un cierto siracusano que los metía en la tierra y se embriagaba hasta no verlos romperse. Puede, además, incubarlos el hombre. Livia Augusta, embarazada de Tiberio, según Nerón, y deseosa de tener hijo, usó de este augurio común entre las jóvenes desposadas; llevó un huevo en el seno, y cuando tenía que abandonarlo, lo daba a su sierva para que no se interrumpiera el calor. El augurio no la engañó. “De ahí debe de venir (X, lxxvi) esta invención reciente de calentar por un fuego moderado huevos colocados en paja, en un lugar naturalmente caliente.” ¡Un hombre los voltea y se rompen todos a la vez!

Encuentro, además, en la *Crónica de las Filipinas* de fray Juan Francisco de San Antonio (parte I, lib. I, cap. XIII, p. 43) la descripción del tabón, que es “como una mediana gallina (pero sin cresta) en lo grande; negra, sin más colores”; y después de un cumplido elogio de sus huevos, con uno solo de los cuales “puede un hombre mantenerse bastantemente, y si no tiene robusto el estómago ha de empacharse”, dice que son 40 o 50 los que pone, casi de un tirón, en los meses de marzo, abril y mayo, en un hoyo que cava, y cubre luego. Porque tabón, en idioma

tagalog, significa tapar con tierra cualquier cosa, sea lo que fuere. Y luego esta ave práctica se marcha a sus negocios marítimos, y en tiempo oportuno viene a graznar a sus hijuelos, que cavan hacia arriba y salen, convocados por su madre, como de la mejor incubadora.

COLIBRÍES

MUCHO debemos a las aves; inspiraciones, ejemplos. Pero los dentistas ignoran, sin duda, que su antecedente más próximo es el colibrí. "Cuando el cocodrilo tiene abiertas las fauces —dice Aristóteles *(Hist. Anim.*, lib. IX)— el troquilo vuela hacia ellas y le limpia los dientes." ¿No hacen lo mismo las fresas del dentista y aun con zumbido muy semejante? "El troquilo encuentra ahí cómo alimentarse…" (Y el dentista, por modo indirecto, ¿no? ¿No lo increpa Quevedo: "Oh tú, que comes con ajenas muelas"?) De las 400 especies conocidas de troquilídeos —dice don Rafael Montes de Oca, miembro de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, profesor de dibujo, pintura en cristal e idiomas, en su *Ensayo orrnitológico de los troquilídeos o colibríes de México*, 1875— 40 son mexicanas. El padre Landívar los describe en su *Rusticatio mexicana* y el padre Federico Escobedo pone en castellano sus versos latinos *(Geórgicas mexicanas…* México, MCMXXIV, lib. XIII, p. 307):

Nada, empero, más lindo ni gracioso
el orbe ha conocido
que el chupa-mirto o colibrí precioso,
que, aunque de dulce voz destituido,
luce en su cuerpo frágil y nervioso,
hecho de plumas fúlgido vestido;
en sus alas llevando radiantes
de vivos tornasoles los cambiantes.

No mayor que el pulgar es la estatura
de su cuerpo (mas pródiga Natura
a aqueste pajarico
armó de agudo pico
que casi con el cuerpo se mensura).

Sus verdes plumas, por mayor decoro,
las abrillanta con matices de oro;
y en ellas junta y mezcla los fulgores
de los que al sol robó varios colores.
Volando, al mismo Céfiro adelanta;
rápido por el éter se pasea,
y con el ala trémula levanta
ronco susurro que en el viento ondea.

Mas si extraer pretende con el pico

las regaladas mieles
de floridos vergeles;
y de fuerzas dejar su cuerpo rico
(ya que de él se comenta
que en ninguna otra mesa se alimenta);
con desusado brío
el bordón de sus alas ronco vibra;
y en medio del vacío
se para y equilibra
hasta que con su pico delicado
de las flores balsámico rocío
haya por fin sacado…

El sabio Francisco Hernández, entre las eruditas páginas de los 229 capítulos que consagra a las aves de Nueva España (Francisci Fernández: *Tractatus Secundus, de Historia Avium Novae, Hispaniae),* describe minuciosamente las variedades de colibríes que Montes de Oca, que sigue a John Gould, nos dice que se hallan en gran muchedumbre de denominaciones —huitzitzil, taitzototohl, guanumbi, quintiut, visicilin, pigda— por toda América. Los describe, muy someramente, el padre José de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias,* todavía con otro nombre:

De la China traen unos pájaros, que no tienen pies grandes ni pequeños, y casi todo su cuerpo es pluma; nunca bajan a tierra; ásense de unos hilillos que tienen a ramos, y así descansan. En el Perú hay los que llaman *tominejos,* tan pequeñitos, que muchas veces dudé, viéndolos volar, si eran abejas o mariposas, mas son realmente pájaros!…

Y luego de alabar la maestría de los indios de Michoacán en confeccionar mosaicos de pluma: “Toman estas plumas tan chiquitas y delicadas de aquellos pajarillos, que llaman en el Perú *tomilleros,* o de otros, semejantes, que tienen perfectísimos colores en su pluma”.

Mucho más exacta es la descripción que don Félix de Azara *(Apuntamientos para la historia natural de los páxaros del Paraguay* y *Río de la Plata,* Madrid, MDCCV, t. II, p. 468) hace de los caracteres generales de los picaflores, echando por tierra con su innegable testimonio personal la poética teoría de que sólo se alimentan de néctar por el largo, horadado pico que no abren para sacar la lengua y chupar, si escasean las flores, insectos de las telarañas; prestándoles las patas, y los nidos que Acosta les niega; dando la razón de que puedan sostenerse inmóviles, verticalmente en el aire; rectificando el nombre *guaynumbí,* que Marcgrave les da, y que debe ser *mainumbí;* explicando por qué los españoles, al pesarlos en una balanza con su nido, determinaron llamarles *tomines* (y no *tomineos),* que dos pesaban en todo. Y finalmente, descreditando la autoridad de Buffon con argumentos irrebatibles y frases como éstas:

En el discurso de esta obra se ha visto la dificultad de reconocer los páxaros en los naturalistas, aun aquellos que necesitan tan poco tiempo para describirlos. ¿Pues qué se podrá esperar ahora de los picaflores, que son tan difíciles de distinguir, que raya en lo imposible poderlo hacer, no encontrándose caracteres especiales suficientes para eso? Estoy casi seguro de que mis picaflores están entre los de Buffon; pero no me lisonjeo de poder encontrar uno…

No anda, pues, muy acertado el padre Landívar en la olímpica dieta que prescribe al colibrí; ni en su mudez, ya que por las mañanas suele decir un monótono tre-tre; ni, por último —en versos que ya no transcribo—, cuando afirma que desaparece en el invierno, pues lo haría con las flores, y qué iba a comer, sino los insectos que, no faltándole en el invierno, no tiene por qué emigrar, desde que Azara, que apoya el suyo en el testimonio adicional del padre M. Isidro Guerra, afirma que “llegan a los 35 grados y que no temen mucho al frío”. Si no belleza, en toda su obra, creo, salvo mejor opinión, que el autor de la *Rusticatio mexicana* pudo, y nosotros exigírselo, habernos dado mayor verdad en la pintura del pájaro mosca. Referirnos, por ejemplo, de dónde viene la superstición que le atribuye el carácter de un amuleto de amor, para las doncellas que estén muy urgidas de no seguirlo siendo por mucho tiempo, tal como flores que abren sin esperanza a un viento indiferente su trémula corola.

LAS AVES EN LA POESÍA MEXICANA

—Abuela ¿qué son aves?
—Pajarillos.
—Ah, sí, tienes razón: ya lo sabía.
JUAN DE DIOS PEZA

NADA tan conmovedor como el espectáculo, cada vez más raro, de aquellos gorriones domesticados que en los mercados públicos, a pequeños saltos, sacan con el pico un papel entre muchos, con el horóscopo de la sirviente que ha pagado cinco centavos por anticiparse a un destino sólo sujeto al sentido de selección del pajarillo; ni queda ya quizá entre nosotros más supervivencia supersticiosa relativa a los pájaros, que la preocupación de que si el saltaparedes cantaba en las nuestras con la cola hacia el patio, nos sobrevendría una desgracia, en vez de lo cual era excelente que gargarizara con el pico hacia adentro de la casa.

Buena prueba del sitio predilecto que en el corazón popular ocuparon siempre los pájaros son aquellas deliciosas tarjetas postales con que solía felicitarse por el año nuevo o por el onomástico. Las palomitas con una carta en el pico, el nido feliz, prometedor de un hogar igualmente gárrulo, con que los novios declaraban su amor en frases aprendidas del *Secretario universal de los amantes* —“desde el primer momento en que la vi”—, la azul golondrina, como una flecha entre las enredaderas. Suplantados en las tarjetas postales por los rostros de las estrellas cinematográficas, volvían a las canciones, y perduran en ellas, los pájaros que también la tipografía sobria y a veces sosa de nuestros días desterró para siempre. En ellas vuelan a su sabor. Cuando se entonan las mañanitas, como todavía suele hacerse,

Ya los pajarillos cantan, ya la luna se metió…

y en la vieja canción del prisionero, que nos recuerda el romance español del mismo nombre, la víctima recibe una grata visita:

era mi madre en figura de ave…

Dulzona, tristemente, las personas se comparan a pájaros:

Yo soy pajarillo errante, que busca el nido,
que busca el ni-i-do.

Conforme avanzamos —a grandes saltos, lo sé— hacia el especializado presente, las menciones genéricas de los pájaros tienden a objetivarse a tiempo que se hacen más concretamente:

Ya lo sabes que soy pajarera
y en los campos me vivo cantando,
disfrutando de la primavera,
de las aves sus pulidos cantos,

dice ya con más alegre ritmo una canción moderna, y en *La Joaquinita,* norteña, de 1917, hija tardía y ágil de la *Adelita:*

Los pajarillos en las ramas se encaraman.

Ya es luego el *Pajarillo barranqueño,* el *Pájaro carpintero,* el *Gavilán,* el *Tecolote de guadaña, pájaro madrugador,* el *Gavilán pollero,* o la proliferada *Paloma,* desde aquella:

Cuando salí de La Habana, ¡válgame Dios!,

o la que el rapsoda convoca en los corridos para confiarle un urgente mensaje:

Vuela, vuela, palomita,
vuela si sabes volar,

hasta ésta, de sentido tan medieval:

Ando en busca
de una blanca palomita,
de señas traigo
un dolor dentro del alma…

y la lamentablemente ukranianizada:

Paloma blanca
blanca paloma
quién tuviera tus alas
tus alas quien tuviera
para volar

y volar para
donde están mis amores
mis amores donde están
tómale y llévale
llévale y tómale…

La Revolución ha visto caer algunos pájaros, si bien es cierto, por una parte, que por medio de la desforestación, y por la otra que en realidad no eran pájaros propiamente dichos:

Ya se cayó el arbolito
donde dormía el pavo real,
ahora dormirá en el suelo
como cualquier animal.

Éste, el *Pavito real, pavito real* que todavía suelen servirnos por radio, y el hastío que se aburre de luz en la tarde, no son sino otras tantas pruebas del riesgo que se corre siempre de tomar el pájaro por las plumas.

Pero el mejor ejemplo de un tema avícola recurrido con siempre grata frecuencia en aquella música que hemos de llamar popular como don Ramón Menéndez Pidal da ese nombre a los romances que lo devienen sin ser tradicionales, anónimos; es decir, en una música que es literariamente romántica y por añadidura firmada, lo dan las golondrinas; primero aquéllas a cuyas notas lánguidas se despide a la gente:

Adiós, adiós, hermosa golondri-i-i-i-na;

luego las yucatecas:

Vinieron en tardes serenas de estío
cruzando los aires con vuelo veloz;

la de Guty Cárdenas:

Golondrina viajera
de mirar dulce y triste;

y por fin la del músico poeta:

Golondrina
de vuelo ligero,
golondrina
que busca su alero…

Golondrina de vuelo trashumante…

Y a vuelo de pájaro concluyamos estas evocaciones con las ardientes *Gaviotas:*

Ya las gaviotas tienden su vuelo,
ya abren sus alas para volar…

Quedan, por supuesto, flotando en la altura inmarcesible de las frases oratorias aves tales como las águilas y los cóndores, que poca gente ha visto, pero no son sino símbolos que no responden a una experiencia. Morand descubría, para asombro de su traductor chileno del *Air Indien*, que el de América está lleno de pájaros maravillosos, inmortalizados en los lábaros-banderas.

¡Nuestro tranquilo siglo XIX! A él hemos de volver los ojos en busca de una idiosincrasia nacional que hizo posibles nuestras actuales rutas. En su panteón reposan las alfareras golondrinas del padre Hidalgo, la alondra de la libertad, los aguiluchos de Chapultepec, el cóndor Benemérito de las Américas, el sacrificio de la audaz águila austriaca, la paloma de la paz. Ni la historia ni los poetas se desdeñaban entonces de utilizar toda clase de pájaros en sus elaboraciones. Nuestra ya prácticamente desde 1810, nos complacíamos en examinar una vastísima y rica patria y en describirla con una que otra licencia poética en boga entonces. El temperamento personal, por supuesto, entraba en juego y prefería ya la ciudad, ya el campo, y en su dilema ya la golondrina, ya el ruiseñor, ya el jilguero, la tórtola, la torcaz, el zenzontle. Es, si no más, curioso seguir la trayectoria de las aves en las descripciones poéticas de nuestro siglo XIX, si elegimos a los mejores poetas.

Tímidos primeros, Navarrete menciona en su *Mañana*, muy en general… las voces

de las cantoras inocentes aves,

mientras

corren las fieras a sus cuevas hondas,
brincan las cabras, los corderos balan,
llaman las vacas a sus corderillos,
mugen los toros…

y su “zenzontle” no es más que un

pajarillo
que suave
con mil voces
variantes
sabio rige
el volante
coro alegre
de las aves.

Vive, empero, más contento en el campo que don Anastasio de Ochoa, traductor de Ovidio, que en una *Carta a una persona de confianza* le comunica su desesperación:

No hay quien hable conmigo,
y te suplico
si no quieres que muera
que para hablar me mandes un perico…

Primera entrada triunfal del perico en nuestra poesía. Y luego:

Oye el sumario: seis chozas, siete bueyes,
tres milpas, una plaza no sin lodo
y un millón de magueyes.
He aquí muy pormenor el pueblo todo…

Le satisface más el paseo llamado de las Cabras, en San Ángel, pero en él no encontramos pájaros.

En el relativamente completo inventario universal que Lizardi titula *Himno a la Divina Providencia* no falta su ocasional mención de las aves. Pero no nos detengamos en este fabulista, tan hablador —y tan aburrido— como su Periquillo. Sea nuestro paseo por el XIX circunscrito por la poesía de los buenos y escoja de ella sola la fauna, en la que elija nada más los pájaros. Por dicha no requieren sino un paisaje muy general; carecen de arraigo en el sentido en que lo necesitan, por ejemplo, los limoneros, sobre los que fincan un nido provisional como un apartamiento. Su encanto es ése, frente a la muelle, renovada, inmóvil longevidad de los ahuehuetes; ni es tampoco preciso que yo me esfuerce, en prosa vil, por daros la imagen que en pulidos versos nos dejaron los poetas, cuando eran cultos y los medían:

El campo, todo trinos y ambrosía,
convida a meditar en sus senderos;
vibra el dulce laúd de los jilgueros,
arrulla el corazón tanta armonía.

Aceptemos, Vicente Daniel Llorente, vuestra invitación, pero con cierto método. Situémonos primero frente al México de don Manuel Carpio, de adjetivos tan tibios como los exigía la época, pero tan apasionadamente patriótico, sin embargo. No voy a recordaros el *blanco* globo de la luna *fría* (¿por qué volvéis a la memoria mía, inmediatamente, la mesa de *pintado* pino, sobre la que *melancólica* luz lanza un quinqué? Se diría que los románticos usaban los verbos como adjetivos. Esta luz que se *lanza…)*, sino que vamos a oír, y a ver, a los pájaros:

Hermoso es ver en la estación florida
altos naranjos exhalando aromas;

allí descansan *tímidas* palomas
y la *sencilla* tórtola se anida.

En las selvas revuelan los zarzales,
mirlos, tucanes de plumajes gayos;
encarnados y verdes papagayos,
tordos azules, rojos cardenales…
colibrís mil de bullicioso vuelo,
de azules plumas, verdes y doradas…

Mil pájaros acuáticos azotan
con sus alas la *espléndida* laguna,
y a la luz *apacible* de la luna
nadan *tranquilos* o en el agua flotan…

La *triste* garza estólida se para
junto a la *blanca* flor de la ninfea,
y posada en un pie, no se menea,
cual si fuera de mármol de Carrara.

De los numerosos paisajes de Altamirano prefiramos el que bordea el Atoyac. Un lector exigente pasaría por alto el muy interesante detalle de que el alejandrino sugiere mejor la sensualidad tropical que el poeta busca pintar, que el patriótico endecasílabo de Carpio, y afirmaría que no difieren gran cosa; tendríamos que explicarle que se trata del mismo paisaje y que no está en nuestras manos cambiarlo:

Se dobla en tus orillas, cimbreándose, el papayo;
el mango con sus pompas de oro y de carmín;
y en los ilamos salta gozoso el papagayo,
el ronco carpintero y el dulce colorín.

Y cuando el sol se oculta detrás de los palmares
y en tu salvaje templo comienza a oscurecer;
del ave te saludan los últimos cantares
que lleva de los vientos el vuelo postrimer.

No falta, ciertamente,

…ni el huaco vigilante,

pero, junto a la hamaca, la joven escucha música, en lánguido vaivén; la zamba que entristece, las trovas, y la dulce malagueña, que alegra el corazón.

Y al conjuro de la música, ¡oh prodigio!,

las aves en sus nidos de dicha se estremecen,
los floripondios se abren su esencia a derramar.

¿Qué canta la joven? Muy probablemente canciones en que se diga de los pájaros. Y así, agradecidos, ellos la despertarán muy temprano, cuando

el zenzontle despliega sus acentos
Prieto

a la hora en que hace un poco de frío

y cantan los arpados ruiseñores.
Sierra

Ya es mucho más perfecto el *Himno de los bosques* de Othón. Sentimos que en él, a pesar de la gallardía de su verso, ya más libre de convenciones, es sólo el metro lo que frustra la sinfonía que las vivas imágenes se esfuerzan por suscitar; libre de él, de vivir en nuestros años, nos habría dado mejor aquel “concierto de arpegios y de trinos” que preconiza su *Surgite* y que construye en la poesía que citamos:

¡El himno de los bosques! Lo acompaña…
el coro de las aves con su acento…
y la alondra gentil levanta al cielo
un preludio del himno de la aurora.
La bandada de pájaros canora
sus trinos une al murmurar del río…
Grita el papán y se oye en el sembrado
el triste cuchichear de las perdices…
oigo pasar, bajo las frescas chacas
que del sol templan los ardientes rayos,
en bandadas los verdes guacamayos,
dispersas y en desorden las urracas…
la solitaria tórtola aletea…
el chupamirto vuela entre las flores…
y la morena garza se pasea
al son del agua cariñoso y blando…

No omite, en esta vívida pintura, ocuparse

del pintado y nervioso carpintero
que está en el árbol taladrando el tronco.

(En Altamirano:

Del mamey el duro tronco
picotea el carpintero…)
…De las flores, de los nidos,
de todo lo que tiembla o lo que canta
una voz poderosa se levanta
de arpegios, y sollozos, y gemidos…
las palomas zurean en el nido…
y el clarín de la selva sus canciones…
y en torno de la cruz las golondrinas
cantan, girando en caprichoso vuelo…

Por más que Manuel Gutiérrez Nájera admite, humilde,

que no es zenzontle o ruiseñor el nido
ni tenor o barítono el piano (“nada es mío”),

es suya, en “Tristissima Nox”, esta linda acuarela cuya frescura ruego a ustedes comparar con los anteriores ejemplos:

Todo es blando rumor. En la cornisa
la golondrina matinal gorjea…
elevan la sonora greguería
con que saludan al albor del día
los vigilantes gallos matinales.
A la voz de la alondra, en los encinos
los zenzontles contestan: los pinzones
con las tórtolas charlan en los pinos,
y en el fresno rebullen los gorriones.

Henos ya en plena abolición del suave adjetivo. En vez de calificar extáticos pájaros, el poeta los pone a hacer lo que saben, lo que él sabe que saben. Contestan, charlan, rebullen. (¡Cuidado! Estamos en las inminencias de Concha, que charla, que comenta y que suspira; pero bien se le puede perdonar la duquesa al Duque, en gracia de estos libres, pocos, familiares, limpios, bien compuestos pájaros. Ni olvidemos, de paso, que más vale pájaro…)

El propio cantor del hogar nos ofrece, desde el punto de vista de los pájaros, algunas notas al margen del Papaloapan:

Se mezcla el arpa de oro
de los jilgueros que la yagua esconde…
la tonina saltando en tus espumas
que el pesado alcatraz roza intranquilo;
la esbelta garza de nevadas plumas…
el huaco centinela entre el follaje,
la guacamaya de pesado vuelo,
y como bardo errante del boscaje,

el pardo ruiseñor, eco del cielo.

Pero mejor que este retroceso a la adjetivación que ya habíamos superado, cuadra a su temperamento la siguiente queja doméstica y urbana, exhalada en su barrio y que parece describir los actuales:

Ya no hay macetas llenas de flores
que convirtieran en un pensil
azotehuelas y corredores…
ya no se escuchan frases de amores
ni hay golondrinas del mes de abril…

Porque las jaulas y las macetas que daban a Díaz Mirón la tranquila certeza de que el proletario no necesitaría de más para no envidiar a los ricos, han desaparecido, con azotehuelas y corredores, para dejar el sitio a *halls*, y a radiolas.

Conforme nos acercamos al siglo XX —lo que quiere decir, conforme nos encerramos en la ciudad como tema y cárcel— apágase en nuestros oídos

de la púdica tórtola el gemido…
Pagaza

susurra en la enramada
del postrer trino del ave
la nota indecisa y vaga…
I. P. de Landázuri

y aléjase de la poesía

en raudo vuelo
de alas y trinos el vibrante coro.
Delgado

Con el ciego Juan Valle, que habla de águilas y de buitres, con Agustín F. Cuenca, con López Portillo, cuya *Alma natura* incluye

el trinar de cadenciosas aves
que van cantando en argentinas notas
sus ternuras ignotas,
sus blandos goces y sus penas graves…,

calla el piar de ocasionales gorriones en Laura Méndez de Cuenca, en el propio Delgado, que transforma en novela una calandria. No quedarán sino unos cuantos pájaros dispersos, y de éstos, dos, particularmente: el ruiseñor y la golondrina. La golondrina, sobre todo. Quienes hemos vivido en los pueblos las conocemos bien. Hacen sus nidos, justamente en los aleros;

los abandonan durante el invierno; vuelven a ellos el verano siguiente. Son, pues, pájaros de extracción capitalista, que se gastan el lujo de veranear. Su vuelo es espléndido, rápido, a ras de tierra, y no se les debe matar. Le quitaron a Cristo la corona de espinas, y echaron a volar del barro que hoy transportan a su nido. “Una turba locuaz de golondrinas”, nos grita el más antiguo recuerdo escolar, que debemos a Nervo; pero ulteriores lecturas nos han convencido de que las golondrinas tienen asiento mucho más amplio en la poesía mexicana, que deben, sin duda, a Bécquer en gran parte, y en otra menor a la fácil necesidad de su rima. Donde leemos neblina, colina, matutina, la golondrina asomará. Su tranquila condición de palabra grave o llana la ha salvado de los horrores a que la necesidad métrica ha obligado a veces a los poetas mexicanos más licenciosos por cuanto al acento:

Flotaba derramado en los cefíros…
De salir del Caós aun deslumbrada…
M. M. Flores, “Eva”

Me distes a comer con gozo intenso…
preferistes y no te congratulas…
descenderá el condór y a la montaña…
Rafael Gómez Epitalamio, “El pastor”

por cuanto a la paragoge:

¡Oh mi patria! Felice quien te ha visto…
reverberar tu sol, y aún más felice…
la fugace luciérnaga que gira…
Prieto, “Fuentes poéticas”

(Poetas de “A dó” y de “Dó” y de “Otrora”.) Su físico, sus costumbres, sus viajes, su leyenda —desde el “Enxiemplo de la abutarda y de la golondrina”— se pliegan a todos los temperamentos:

¿Adonde vais, peregrinas,
ligeras cruzando y solas,
inocentes golondrinas,
del mar las tendidas olas?
Riva Palacio

Ponen nostalgia de viaje, de regreso o de marcha. A Puga y Acal lo hacen pensar en la risueña Niza, en la riente Atenas, allá en la Esmirna, en El Cairo, palacio del kedive, en el caluroso Egipto, en Chipre, en Calcuta, y al despedirse le dicen:

—¡Yo voy hacia Palermo!
—¡Qué bien se vive en Rodas
de un viejo rey de piedra
debajo el pedestal!,

y se prestan, como ningún otro pájaro, a las meditaciones románticas:

¿Dónde están las bandadas de ruiseñores…?
Sabes que pasajero será tu daño,
que ha de volver tu pompa tan lisonjera
como las golondrinas año tras año.
Vicente D. Llorente

Sé que tu frente el malestar inclina,
sé que ansioso tu espíritu se lanza
en busca de un destello de esperanza
como en busca de sol la golondrina.
José Peón del Valle

Salud, salud, alígeras viajeras,
amantes tiernas del abril florido
que cruzáis sobre el lago adormecido
de la estación de amores mensajeras.

No abandonéis , ¡oh amigas!, las riberas
que cuando niño recorrí embebido;
suspended en mi techo vuestro nido
y amorosas cantad, aves parleras.

Cantad, cantad entre las lindas flores
que circundan sencillas mi ventana,
y me haréis olvidar tristes dolores.

Arrulladme en mi lecho en la mañana
mientras sueño con Laura y sus amores.
¡Dulces amores de mi edad temprana!
"Las golondrinas"

Ya con la última flor de primavera
también la última y dulce golondrina
huyendo de la escarcha y la neblina
se alejó de mi choza y mi ribera.

Hay en el blando nido en que se oyera
el cantar de la ausente peregrina
sólo un lamento, cuando el sol declina,
el viento finge en nota lastimera.

¡Al pueblo y soto, al nido y la cabaña
y al transparente y sonoroso río
todo una sombra taciturna baña!

Y en esa soledad de invierno frío
sólo tu amor mi espíritu acompaña;
¡no vayas tú a dejarme, oh dueño mío!
Luis G. Ortiz, "La última golondrina"

Cual suele rezagada golondrina…
Cual, donde quiere Dios, la golondrina…,

exclama en el mismo poema, de arbitrarios títulos —*Far from, Fatality*— el oscuro don Francisco López Carvajal, uno de tantos a quienes las antologías sacan por una vez de sus casillas y vuelven a sumir en el olvido.

Por la poesía de Díaz Mirón discurren con igual eficacia "un pesado alcatraz", "un vil zopilote", "un pájaro que canta en el camino", que "el cóndor gigantesco de los Andes" y "el buitre colosal de orlado cuello". Le dice a Gloria que

el ave canta aunque la rama cruja,

que

hay plumajes que cruzan el pantano,

y afirma de Claudia que

es como una paloma que aletea…
en su curso y su grito de gaviota.

(De estos horribles pájaros no creo que haya por qué culpar a doña Fernán Caballero —ni de la canción arriba mentada—.) Desciende, una vez, a la fábula:

Cautivo un gorrión estaba;

asciende, otra vez, a la música:

Cuanto es mudo y selecto en la hora,
en el vasto esplendor matutino,
halla voz en el ave canora,
vibra y suena en el chorro del trino.

Ennoblece el árbol:

En la punta prolífica y derecha
de tu plumada y elegante flecha
mirlo garrulador tañe una endecha

y, por fin, no escapa a la golondrina:

Musca jerga y nevada muselina
ofrecen a la mártir hechicera
disfraz de prodigiosa golondrina,
palma en inmarcesible primavera.

Llegados al invierno de nuestra poesía, despidámonos de la golondrina con el siguiente soneto de Manuel Larrañaga Portugal:

Atardece; de un cielo nebuloso
cae impalpable la llovizna lenta,
y el horizonte por doquier presenta
su ropaje monótono y tedioso.

El sendero cubrió barro viscoso;
en turbias aguas el canal revienta,
y el ánade salvaje el vuelo intenta
moviéndose tardío y perezoso.

El arado en el surco detenido
no en los barbechos húmedos camina;
el mozo junto al yunque no hace ruido,

y sólo en el sopor de la neblina
charla, asomada desde el alto nido,
pegado en el pretil, la golondrina.

Se llama “Acero” y es bastante bueno, ¿no? Lástima que, como es bien sabido, una golondrina… no hace verano.

En la agonía de los pájaros, durante la era anterior a los loros, nos queda en Urbina un ruiseñor enloquecido —tan sensato en el soneto de Othón— y un búho sapiente en el estrangulador de cisnes Gónzalez Martínez —tan sintéticamente *Raven* en Javier Santa María, otro oscuro poeta del XIX—. Viene luego el silencio o, si queréis, los pájaros de acero de los estridentistas —dentistas del estro— o, si todavía queréis, los palomos colipavos y los pericos de López Velarde, vueltos mole de guajolote y profesores de idiomas. Ya luego no habrá quien

templado pula en la maestra mano
del generoso pájaro la pluma,

y pensaría uno que los poetas mexicanos, como las huestes del Cid,

a la exida de Vivar ovieron la corneja diestra

e entrando en Burgos oviéronla siniestra,

si no fuera porque la poesía, como en el consumido símil del Ave Fénix, sálvase siempre de sus propias fenecidas cenizas. Queda un poeta en México. Se llama Carlos Pellicer. Entiende la poesía como una fiesta que el oído y los ojos dan al espíritu. Libre de toda traba retórica, ha depurado en sí una rica tradición americana que supo ver e interpretar con palabras de hoy —y de siempre— vedadas a sus neoclásicos antepasados. Y le han salido así unos “Grupos de palomas” que restituyen legítimamente a la poesía mexicana el alado elemento de que el águila primero, el zenzontle después, más tarde la golondrina y el loro por último, la habían, al parecer irremisiblemente, despojado.

ACTUALIDAD DE “ASTUCIA”[1]

INCLÁN Y SUS CRÍTICOS

DON LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN encabeza cronológicamente la lista de los críticos que hasta nuestros días se han ocupado en valorizar esta novela mexicana de *Astucia* que en 1865 vio la primera luz en dos tomos de modesta tipografía. En su *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo* XIX (1889; p. 24), da (XXII) la de que Luis G. Inclán “escribió una novela de costumbres mexicanas e históricas: *Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja, o los charros contrabandistas de la rama* (tomo I, 1865; tomo II, 1866)”, y expresa que “aunque mucho deja que desear esta novela es, sin embargo, interesante desde el punto de vista histórico”.

Don Francisco Pimentel *(Obras completas,* 1904, tomo V, “Novelistas y oradores mexicanos”) es más amplio, aunque no menos severo, en su consideración de Inclán y su obra. De las cuatro páginas (338 a 341) en que a propósito del empleado en *Astucia*, Pimentel dogmatiza acerca de la bastardía del lenguaje o dialecto mexicano (cuya adopción por los escritores condena con apenas la salvedad de que “puede admitirse en todo su desenvolvimiento cuando el autor de una novela supone que en ella figuran mexicanos que usan ese dialecto, pero no cuando habla el escritor mismo, en el cual caso sólo es lícito admitir neologismos por conveniencia o por necesidad)”, pueden recogerse dos datos: el de que aún en tiempos de Pimentel, *Astucia* era tan popular en México, y agradaba tanto, que era más leída que *El Periquillo,* a quien había destronado hasta cierto punto; y el de que (como don Joaquín García Icazbalceta lo entendería muy bien al abrevar largamente en ella para la composición de su Diccionario de Provincialismos Mexicanos), “en esa novela puede estudiarse en todo su desarrollo lo que hemos llamado alguna vez dialecto mexicano, es decir, el idioma español según se habla en México, entre la gente mal educada, corrompido, adulterado”. Para Pimentel *Astucia* no vale lo que *El Periquillo,* que es “más filosófico y la forma es más graciosa, no obstante sus disertaciones pesadas”, aunque “*Astucia* contiene episodios interesantes, algunos amorosos, otros son de la vida aventurera, propia del contrabandista, así como rasgos descriptivos agradables, retratos fieles, caracteres simpáticos y ejemplos de moralidad”.

El 7 de agosto de 1904, el canónigo Vicente de P. Andrade publicó en el periódico *La Temporada*, de Tlalpan, una carta dirigida a González Obregón, que si no contribuye a una más justiciera inteligencia de la obra de Inclán, sí revela un naciente interés en averiguar con

precisión el origen, y por ende la idiosincrasia, de un escritor que empezaba a olvidarse ya. Su carta, ubica en Tlalpan o San Agustín de las Cuevas, la cuna de un novelista de quien más tarde Núñez y Domínguez aclararía que —por importante o por nimio que ello sea en fin de cuentas— nació en el rancho de Carrasco, perteneciente a la hacienda de Coapa, entonces (1816, 21 de junio) de la jurisdicción del municipio de Tlalpan.

Diez años más tarde, el 3 de enero de 1914, un novelista entonces en la cima del triunfo, don Federico Gamboa, dio en la Librería General de la ciudad de México una conferencia sobre la novela mexicana, y en ella habló de Inclán y de su novela “de larguísimo título”. Aunque le pareció “cansada y difusa”, la halló serlo menos que *El Periquillo,* y haciendo a un lado, o dando por descontado, su interés lexicológico, reparó en su vívido y esencial mexicanismo: en su alarde

> de un localismo agresivo y soberano, que ensancha hasta lo trascendental y realza hasta la hermosura sus cualidades y primores. Por sus páginas, congestionadas de colorido y de la cruda luz de nuestro sol indígena, palpita la vida nuestra, nuestras cosas y nuestras gentes; el amo y el peón, el pulcro y el bárbaro, el educado y el instintivo; se vislumbra el gran cuadro nacional, el que nos pertenece e idolatramos; el que contemplaron nuestros padres y, Dios mediante, contemplarán nuestros hijos; el que nosotros hemos visto desde la cuna, el que vemos hoy, el que quizá seguiremos viendo de más allá de la tumba y de la muerte… los personajes que por entre sus renglones discurren no pueden sernos más allegados, hablan y piensan y obran a la par nuestra… sus moradas nos son simpáticas, y los caminos que andan y los pueblos que habitan; palpamos que son nuestros hermanos, nosotros mismos, tal vez, que sin previa licencia, de letras de molde nos pergeñaron…

Poco después, en 1918, entre los otros “Estudios literarios nacionalistas” que incluiría en su libro sobre *Los poetas jóvenes de México,* José de J. Núñez y Domínguez dedicó a Luis Castillo Ledón las 20 páginas que, consagradas al novelista Inclán, tendrían la virtud de esclarecer su figura y de incitar a literatos y lectores al disfrute y a una nueva valoración de una obra que ya para entonces pocos conocían. “Más afortunado que el padre Andrade”, Núñez y Domínguez pudo ofrecer en ese estudio una completa biografía y un más claro retrato del autor de una *Astucia* que no fue su única, aunque sí su más importante, obra publicada. Junto a ella, Núñez y Domínguez expone el resto de una bibliografía que incluye:

Reglas con que un colegial puede colear y lazar. 1860.

Recuerdos de “El Chamberín”, o sea breve relación de los hechos más públicos y memorables de este noble caballo (folleto en verso, 1860 —según Andrade— o 1867 —según N. y D.—.)

Regalo delicioso para el que fuere asqueroso, hoja volante en versos escatológicos (s.f.)

El capadero de la hacienda de Ayala, en verso, 1872 y finalmente, *Los tres pepes* y *Pepita la Planchadora*, que permanecieron inéditos, y cuyos originales, con los de cierto Diccionario de Mexicanismos o Gramática Mexicana, Núñez y Domínguez da en seguida la noticia de que se perdieron en un incendio.

Pero en su breve estudio de 1918, el restaurador de Inclán prefiere, a emprender el de la personalidad del novelista, allegar datos para que se realice; y a sustentar autónomamente un juicio laudatorio sobre *Astucia,* acogerse a la autoridad de Gamboa (“Que *Astucia* es un libro digno de leerse por cuanto encierra de verdaderamente nacional, no soy yo quien lo afirma. Don Federico Gamboa…” (p. 83); “Que *Astucia,* como dije al principio, es fuente copiosa de mexicanismos lo confirma el propio señor Pimentel…” (p. 85). Es Carlos González Peña

quien al escribir en 1928 su *Historia de la literatura mexicana,* sitúa y define a Inclán con un amor y una inteligencia que tres años más tarde informarían el estudio que con el nombre de *Luis G. Inclán en la novela mexicana,* fue su discurso de recepción como académico el 21 de agosto de 1931.

Por tal extremo resulta brillante, completo y sagaz el estudio de González Peña, que el propio descubridor de Inclán que a su tiempo fue Núñez y Domínguez no puede hacer más, cuando en 1945 redacta un prólogo para la edición condensada de *Astucia* que figura como el tomo 57 de la Biblioteca del Estudiante Universitario, que repetir, ampliándolos un tanto, sus propios datos de 1918, y citar en su mayor parte los aportados y los establecidos por González Peña en su estudio.

EL HOMBRE INCLÁN

Los datos biográficos de don Luis G. Inclán allegados al mejor conocimiento de su figura por Núñez y Domínguez son el legado, novelesco él mismo, del propio hijo del novelista. El doctor Juan Daniel Inclán llegó a Papantla por los ochentas, y trabó amistad con su colega el boticario del lugar. Así lo conoció, en la botica de su padre, en que "apenas gateaba", Núñez y Domínguez. Cuando en 1913 volvió a encontrarle en México, ya viejo y achacoso, ya N. y D. había averiguado que el doctor era vástago de don Luis, y estuvo a visitarle varias veces "para oír de su labios los pormenores de la existencia de su padre. El buen anciano, que enternecíase siempre al verme, me narró con los del suyo los más salientes detalles del pintoresco y agitado vivir de don Luis", y "pocos meses después sucumbió de su enfermedad, en 1915". De los propios labios de su hijo, pues, pudo N. y D. certificar que el novelista nació el 21 de junio de 1816 en el rancho de Carrasco, hacienda de Coapa, del municipio de Tlalpan, hijo de don José María Inclán, administrador de la hacienda de Narvarte, y de doña Rita Goicochea, mulata sureña. En 1828 ingresó en el Seminario Conciliar —después de haber hecho las primeras letras en una Escuela Real a cargo de cierto profesor Miguel Sánchez Alcedón—, donde estudió hasta tercero de filosofía. Resuelto a no seguir adelante, se fugó de la escuela, y comunicó a su padre su verdadera vocación de ranchero.

Para ilustrar este punto importante en la vida del novelista, sus biógrafos acuden al trozo, que juzgan autobiográfico, en que el padre de uno de los personajes de *Astucia,* Pepe *el Diablo,* reacciona ante la decisión anticultural de su hijo como debe de haber reaccionado el duro y práctico administrador de la hacienda de Narvarte: esto es, complaciendo los deseos campiranos del joven Luis, y dándole a probar en seguida la reciedumbre de una disciplina que habría de sacarlo "un campirano regular". Los "estudios superiores" de esta carrera los seguiría más tarde en Michoacán, en un valle de Quencio que habría de impregnar perdurablemente su espíritu, y a donde le envió su padre a trabajar con el rico latifundista Vicente Retama.

Hijo pródigo, después de siete años ahorrar en la hacienda de Púcuaro, regresó al rancho de Carrasco. Ya era un técnico. Administró las haciendas de Narvarte, La Teja, Santa María, Chapingo y Tepentongo, y "los conocimientos prácticos en la agricultura le proporcionaron

que fuese designado varias veces a medir tierras y administrar la plaza de toros de esta capital y en Puebla, en la época del célebre torero Bernardo Gaviño".

Establecido en el rancho de Carrasco, donde casó en 1837 —y por viudez prematura, de nuevo en 1842—, la invasión norteamericana de 1847 y la destrucción de sus propiedades rústicas le obligaron a establecerse en la capital, aun para la mejor educación de sus hijos. Se ganó la vida en la relativamente cervantina ocupación de ejecutar cobranzas ("Cuando aquí me destiné / estuve fincas cobrando / por todas partes andando…") y con el producto de la venta del rancho de Carrasco "compró una pequeña imprenta que tuvo en las calles de León 5 y cerca de Santo Domingo 12, y una litografía, en la cual se hacían imágenes religiosas, en la calle de San José el Real número 7".

González Peña esboza su imaginario retrato cuando este charro metido a impresor, y a quien el canónigo Andrade recordaba

> delgado, cargado de espaldas, sus ojos vivos, uno de ellos bizco, usaba sólo patillas, su color moreno, la risa en los labios y su conversación llena de chistes, en medio de cigarrillos que fumaba, lo cual revelaba su carácter alegre… Siempre fue firme en sus principios católicos y muy laborioso, [ya] frisaría en la sesentena [y era] magro y cargado de espaldas, moreno de color, de ojos pequeñuelos, negros y muy vivos —bien que bisojo a causa de una caída de caballo—, de gran nariz, cejas amplias y bien diseñadas, dilatada y risueña boca por la que retozaba la sonrisa a la par campechana y cazurra del ranchero, bigote y mentón afeitados y barba recortada a la usanza de los charros que vemos en las viejas estampas, de tal suerte que la tal barba le encuadraba —densa y alongada orla capilar— todo el rostro.

No era, empero, tan viejo cuando a sus vigorosos 31 años empezó a trabajar en su imprenta, en una actividad que le permitiría al charro prisionero de la ciudad sublimar por la pluma que rechazó en sus años juveniles: propagar su afición y su excelencia: volver embellecidamente a vivirlos, todos lo recuerdos de cuanto había integrado su felicidad campirana.

La producción de su imprenta (que González Peña trata de ennoblecer al alabar la oportuna pulcritud con que de ella salió en 1861, al año siguiente que en España, el *Diario de un testigo de la guerra de África,* de Alarcón), fue siempre reveladoramente popular y mexicana. En su historia de la tipografía en México, Enrique Fernández Ledesma consigna una séptima edición de *El Periquillo* (1865) y una edición de *El jarabe,* obra de costumbres mexicanas de Niceto de Zamacois (1860) como salidas de las prensas de Inclán. Pero el valor que sobre todo asume para nuestra literatura la circunstancia de que Inclán haya, en apariencia tan casualmente, dispuesto de un vehículo de expresión como su imprenta, estriba en el hecho de que su sedentaria administración, y el haberse por ella puesto en contacto con las fáciles obras que publicaba, reintegrasen a la madurez de su espíritu una disposición literaria que le había repugnado en su infancia, y que a notoria diferencia de tantos de sus culturizados contemporáneos, le hallaba dueño de un tesoro de experiencias vividas que dotaría a lo que escribiese de un vigor y de una riqueza humana y documental superiores a toda estéril perfección académica.

Dos folletos por él impresos en 1860, sobre temas charros, son el preludio de la grande sinfonía mexicana que un poco más tarde atacaría en *Astucia.* El primero —*Reglas con que un colegial puede colear y lazar*— invita a los legos en la "ciencia" de su especialidad de más de 20 años a disfrutar su pericia en ella, con la fervorosa descripción de todos los lances de

esta caballería mexicana. En el segundo —*Recuerdos de "El Chamberín"*— deja lo didáctico por lo elegiaco al emprender, en las que González Peña sentencia por décimas "abominables" —y que no lo son mucho más en realidad, que los versos del *Martín Fierro*—, la sentida laudatoria epopeya del admirable *Chamberín,* que había sido en la vida real de este charro su *Babieca* y su *Rocinante.*

Cinco años más tarde, amparada por una lacónica, burocrática autorización del ministro de Su Majestad Maximiliano, saldría de la imprenta de Inclán, en dos gruesos tomos amenizados por litografías, *Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja, o los charros contrabandistas.* Un brevísimo prólogo, no solicitado al padrinazgo de ningún importante o consagrado de la época, sino adelantado con tanta modestia como naturalidad por el autor, explica que en sus mocedades, protagonista y narrador fueron buenos amigos, "sirviendo de dependientes en las haciendas de Púcuaro". Se separaron en 1838 y no volvieron a verse sino hasta 1863. "Un instante bastó para el reconocimiento y que se reanudara nuestra antigua amistad." Dónde y cómo halla un Inclán de 46 años advenido a la revelación del héroe Astucia: si en la anecdótica, vulgar realidad de un encuentro y de una confesión, o por el maduro y artístico milagro de una gestación de todos sus recuerdos al polarizar en una vivencia que habría de cautivarlo durante largas noches en la creación sinfónica de una epopeya mexicana, es un dilema por el segundo de cuyos términos prefiero inclinarme.

EL HÉROE ASTUCIA

El cine —crisol y basurero— ha popularizado el estereotipo de un "héroe" físicamente atractivo que, en la persecución de un módico ideal hogareño, se enfrenta denodadamente al villano encarnado por el rival, las fuerzas de la Naturaleza o —algunas, raras veces— la injusticia social. Si, ciertamente, los ideales de Astucia no son más elevados cuando mueven su acción cinematográfica, sí asumen formas que les imparten un singular mexicanismo. En la modestia de los resortes que impulsan su autonomía, difiere de los grandes héroes de la literatura y de la leyenda, pero cifra la autenticidad de su tipo. Halla en él su primera, discreta voz el mexicano conforme con poco, siempre que ese poco sea suyo y pueda disfrutarlo en libertad: "Muy bien conozco —dice a su padre— que no es mi genio para estar bajo la dependencia de un amo: la servidumbre me choca, no tengo paciencia para esperarme a comer hasta que otro tenga hambre". Y agrega —vago, informe preludio de una inquietud revolucionaria que no ha hallado mejor definición; y eco de una insurgencia que su viejo padre personificaba—: "Me puede mucho que porque le dan al pobre dependiente un sueldo por su trabajo, se constituyan dueños de sus acciones, de su voluntad, y hasta de un sueño. Nunca olvido los consejos de mi maestro, que entre otras cosas me decía que 'servir es ser vil' ".

Contra esta firme decisión, nada pueden aquellas advertencias que el padre de este Hijo Pródigo no formula sino porque siente que es su deber, y a las que Lencho replica con sencillez:

> Lo que a mí menos me azora es el trabajo, señor; pero me repugna sobremanera que con él otro medre y el asalariado jamás salga de tan humilde esfera; yo no quiero ser papa enterrada en el valle, deseo buscar mi suerte respirando el aire

> libre en el camino, en el comercio, sin depender de voluntad ajena; me causa horror la esclavitud, habilíteme usted con las dos mulas viejas del carrito, la yegua mora lunanca, arrecuándome con mi padrino las cargaré de aguardiente y marcharé por esos mundos de Dios a buscar mi suerte.

Así ocurre la primera salida de este joven Quijote. No es sino en la segunda, vapuleado por la mala fortuna, cuando habrá de descubrir las ventajas de la asociación, y de empuñar por mágico escudo la divisa comunicada por su padre: "Con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión". Probado ya el temple de este rústico Rodrigo, Diego Laínez trueca las objeciones a su partida por consejos prudentes. Se mira en él, este viejo honrado a quien tantas veces "aturdió el silbido de las balas en tanto año de insurgente". No le ha dicho que no se vaya. Ha cumplido con hacerle advertencias, y cumple ahora con bendecirle y con entregarle —como una antorcha que habría de pasar de mano en mano— sus viejas armas: "Llévate mis trabucos, tienen buenas lumbres y son de mucho alcance, consérvalos como un regalo mío, con ellos está la canana llena de cartuchos… Anda, saca mi caballo prieto y llévatelo enfrenado. Nunca dejes de tener listo un caballo de mano; a esta prevención debo yo la vida".

A partir de este instante el héroe Astucia, vuelto el jefe de los Hermanos de la Hoja, ampliará su ideal y sus responsabilidades a la fraternidad que encabeza. Pepe *el Diablo*, Chepe *Botas*, Tacho *Reniego*, *el Tapatío* y *el Charro Acambareño* serán, a sus hábiles órdenes, "todos para uno y uno para todos". Atrás —Jimena nunca desposada— quedará Refugito, aventura romántica de su adolescencia. Una Amparo de simbólico nombre le aguardará a la distancia, para dar un centro doméstico, y una descendencia, a la irradiación final del servicio que el héroe Astucia empezó por prestar a su personal autonomía, extendió a la fraternidad de los contrabandistas, y extintos ellos, pudo aún rehacerse y cumplir, el rebelde a toda autoridad arbitraria, en el mundo modesto de su comunidad mexicana.

Los grandes héroes legendarios murieron jóvenes y célibes. Como el Cid, Astucia alcanza larga vida. Todavía Inclán —su creador, su tabernáculo— lo mira con los ojos del alma vivir dichoso en el encantado valle de Michoacán.

EL MÉXICO DE ASTUCIA

Mientras el joven Luis G. Inclán, como una simiente en la que habría de germinar el árbol frondoso de su novela, impregnaba en la tierra mexicana de Michoacán la gloria libre y sencilla de sus 24 años, llegaba a México el talento agudo, observador, la sensibilidad femenina y europea de la marquesa Calderón de la Barca. Las *Cartas de Relación* de este nuevo, cortesano Cortés con faldas, que en vez de conquistar a México vino a verse cautivada por él, nos ha legado una vívida imagen de aquellos años, tal como transcurrieron ante los ojos y la experiencia de una mujer culta y curiosa que residió dos intensos de ellos en una capital que en gran medida seguía siéndolo, a pesar de la proclamada Independencia, de la Nueva España. El mundo de la marquesa Calderón de la Barca, su México, es el de los conventos, los saraos, los teatros, los *weekends* en Tacubaya, las temporadas de San Ángel, el juego en San Agustín de las Cuevas, la Semana Santa en Coyoacán, la feudal opulencia de Adalides y Cortinas. Sólo ocasionalmente se pone ella en contacto con una vida rural de México que, aun

en esos casos, mira desde la altura de su posición, asombrada ante la empero respetuosa familiaridad de amos y criados, tomando certera nota de los rasgos indígenas o, en ciudad y campo, de la tradicional "cortesía mexicana", tan extremada y melosa. Por sus cartas discurren las figuras de los políticos o de los literatos de la época, y entre la narración de tiroteos y asonadas, vibran los estertores de la lucha entre centralistas y federalistas en que llega hasta la ciudad el eco remoto de un campo inconforme y desorientado.

No es éste, ciertamente, el México en que por esos mismos años se impregnaba el espíritu, y se fortalecía el cuerpo, del charro Inclán, y en el que —desde una capital que lejos de haber dejado de ser corte, alojaba a la de Maximiliano— el ex charro, el impresor Inclán, haría vivir al héroe Astucia. Es —complemento suyo— su reverso rural. Si hasta la observación de la marquesa solían llegar efluvios del campo mexicano, hasta la experiencia de los Hermanos de la Hoja solía llegar la hez capitalina en la persona, por ejemplo, de una Amalia *la Bulli-Bulli*, que se jactaba de trotar ministerios y disfrutar influencias palaciegas. Pero por lo demás (y hasta el final momento en que su exterminio entrega al héroe en la sórdida telaraña de la Justicia, y le pone en contacto con autoridades y gobernadores), los personajes de *Astucia* ambientan un México rústico que está fuera de la política —porque ellos mismos se colocan fuera de la ley que ha sido maquinada por los políticos y por los gobernantes—. No son, empero, unos facinerosos. Se hallan equidistantes de la ortodoxia administrativa, y de la transgresión profesional de las leyes. Le sería reservado a Payno el privilegio de mostrar, con sus *Bandidos de río Frío,* que los extremos del gobierno y del bandidaje no sólo se tocan, sino que suelen coincidir y entenderse. Fue de Inclán el de reconocer en los transgresores organizados de una ley pequeña y discutible, la intuición de aquellos "valores" morales superiores que expresos siempre a la medida de su rusticidad, granjeaban a los contrabandistas la simpatía, la complicidad y la gratitud de los campesinos contra un gobierno, contra una policía y una curia cuyos representantes no lo son obviamente del pueblo, y la contextura moral y humana de los cuales no resiste comparación con ninguno de los Hermanos de la Hoja.

Sus padres (por los que guardan una veneración y una obediencia que asombró en la ciudad a la marquesa Calderón de la Barca; que puede a nuestros ojos ayancados parecer pueril y excesiva, pero que no es sin duda el menos valioso de los rasgos de mexicanismo subrayados por Inclán en una novela en que los libérrimos contrabandistas no casan sin la exigente aprobación de su "viejo") fueron insurgentes. Esto es, en su juventud, pelearon contra un gobierno —el español— que era insatisfactorio. Alcanzada la Independencia, ¿cómo entender que los viejos insurgentes autorizaran a sus hijos a sustraerse a la obediencia de un gobierno ya mexicano, sino porque este nuevo demostrara ser tan intruso, torpe e insatisfactorio como aquel extranjero que sus armas habían derrocado? Las ambiciones de la fraternidad de la Hoja eran, a su mayor medida, tan legítimas y modestas como las que habían lanzado a Lencho a buscar su emancipación por el comercio, su libertad por la abdicación de una cultura cuyas complicaciones repugnaba. Querían comprar y vender en paz su tabaco, sostener a sus viejos, casarse, montar sus propios caballos, echar de vez en cuando un trago o una festejada. Se conformaban, mexicanos, con poco, siempre que ese poco fuera realmente suyo y pudieran gozarlo en paz y sin prisa. Es la ley y es la estructura social la que yerra. Una Calderón de la Barca podía saber en dónde, de aquella oscilación centralista-federalista, de

aquellos preludios de nuestra absorción por una civilización ambiciosa, práctica, industrialista, yanqui en fin, que tendería a cebar la podredumbre de las ciudades a costa de la eglógica pureza del campo, residía el mal. Los charros, hijos de insurgentes, no podían sino intuirlo, insurgir a su modo, lanzar un nuevo grito de independencia cuyas notas más puras volverían a escucharse muchas veces —sordas, amorfas, intuitivas— en la rebeldía intermitente de los campesinos que en nuestro siglo siguieran aspirando al ideal modesto de disfrutar en paz de sus tierras y del fruto de su trabajo.

Los personajes de Inclán ignoran hasta el nombre de los encumbrados políticos que allá, en la ciudad de la *Bulli-Bulli*, rigen y aderezan el mundo irreal y lamentable de sus papeles, sus discusiones, sus intrigas, Inclán los conoce, pero no desciende a nombrarlos. Sabe cuán fútil, transitoria, postiza, efímera, es su contribución a la que él tiene —en su experiencia— por verdadera y propia felicidad de los mexicanos. No es su rasgo menos elegante y genial el de haber residido en la capital: el de haber visto desfilar, como lo evoca González Peña, frente a su papelería, a los importantes de su época que ni siquiera le miraban, sin contaminarse en sus miopes problemas, sin uncirse en su atención, gloriosamente persuadido de que no es el retorno rousseauniano a la Naturaleza, sino la fidelidad hacia ella, lo que fragua el carácter y forja la dicha auténtica y perdurable del mexicano: en su campo abierto y fecundo, con sus mujeres que saben guisar y coser, con sus *escuintles* —y con sus animales—. Su *Sultán* y su *Chamberín*.

A este México, del que no se debió salir nunca, es siempre juicioso tiempo de volver. Cuando Astucia y Amparo persuaden al viejo licenciado a abandonar un cargo público mezquino y odioso; a romper con mamotretos y libros que le han acabado vigor y salud, para rehacer su vida en el glorioso primitivismo de una hacienda: en el fecundo contacto con una Naturaleza que ha dotado a la pálida Amparo de una vigorosa belleza, Inclán ha creado (y es insensato dogmatizar que sin saberlo) a un Adán y a una Eva mexicanos, y ha puesto en su muda invocación el Mensaje y el Credo filosófico que destinaba a la meditación siempre actual de sus descendientes.

ACTUALIDAD DE “ASTUCIA”

Se comprende, hasta cierto punto, que la vestidura verbal, la “forma” de esta novela, haya detenido a los críticos en una más profunda captación de su espíritu. Una disciplina académica a lo Pimentel acarrea inexorablemente el riesgo de exigir a los hombres, para reconocerles por tales, que vistan frac o americana en vez de plumas, chamarra o taparrabo. Con fundamento en la pobreza desmañada de su lenguaje (del que se han recogido, como curiosidades de valor simplemente folklórico, giros y expresiones), se ha sentenciado que *Astucia* cae por debajo de los requisitos que la harían una obra de arte.

Conviene, a mi juicio, señalar para conciliarla por la eliminación del sofisma implícito en uno de sus términos, la flagrante contradicción en que se incurre cuando por una parte se admite el valor de fondo de esta novela, y por la otra se menosprecia y se lamenta la invalidez académica de su forma. Los personajes de Inclán son mexicanos. Él mismo es sus personajes.

Porque habla su lenguaje; porque se ha impregnado en su forma, ha sido capaz de asimilar y de polarizar su espíritu. Sustraerse a ellos, a su expresión, habría equivalido a desvincularse, a divorciarse de su pensamiento y de su sensibilidad; a darnos una imagen objetiva y falseada de lo que era para él tan subjetivo como (si resolvemos despojarnos del prejuicio gramatical) habría de serlo para nosotros mismos. Si se le reconoce el derecho artístico a componer un vasto cuadro de costumbres con personajes tomados de la realidad, y en ellos se encomia su mérito, éste sube de punto cuando se reflexiona que para hacerlo, Inclán ejercitó con valentía el concomitante derecho literario a emancipar el instrumento de su expresión, como, y al mismo tiempo que, emancipaba a sus sujetos de una dependencia española de la cual, en forma y en espíritu, novela y personaje, lenguaje y caracteres, esencia y presencia, conservarían tan sólo aquello que en su sangre y lengua España había aportado a la gestación de este hijo suyo nacido en un nuevo mundo que era ya, igual y diferente, el mexicano. Con la madurez espiritual de nuestra nacionalidad, Inclán, al escribir como lo hizo, reconocía, si no quiere admitirse que la superioridad, la sazón del idioma propio en que ella se expresaba.

Introvertido por esencia, el mexicano atesora en el subconsciente la mejor parte de su espíritu. Las palabras, la puntuación, las sindérisis con que la conciencia culta concierta sus tratos y sus relaciones sociales, y que imponen su dominio al espíritu de quien las maneja, son en boca del mexicano simples puentes cuya estructura subordina a la necesidad ondulante de una comunicación inconsciente, apta a quebrantar toda norma establecida por los demás, a alterar o sustituir el significado ortodoxo de los vocablos, a innovar el lenguaje y a fluir sin puntuación, o con ella arbitraria en una anárquica ebullición de imágenes, ideas, impresiones, deseos. Que cuando este mecanismo habitual de la subconciencia, y este caudal ingobernable de su fluir, se incorporan artificiosamente a la literatura, con ello se labra una obra de arte, lo prueba el *Ulysses* de Joyce; que entre el pueblo de México es así como se realiza la comunicación verbal, lo demuestra el hecho de que aún hoy, casi a un siglo de distancia de Inclán y de *Astucia*, nos sorprenda la actualidad de su lenguaje, conservado en el pueblo, y la perduración de un mecanismo espiritual de ladina deformación de las expresiones que aún preside el caló popular; de que González Peña en su estudio subrayó buena copia de ejemplos, y que hace parecer dicha hoy mismo, por algún cómico de carpa, una maliciosa frase como ésta: “Yo te cantarines con quién querubines casaca, esa tepistoca”.

No es, empero, la injustamente estimada singularidad de su forma lo que reviste de una fresca, perdurable actualidad a esta novela mexicana. Es, sobre todo, en esta hora en que lo auténtico mexicano sufre el embate de todas las influencias, y su espíritu la solicitación de todas las desorientaciones, su diluido, modesto, cautivador mensaje indirecto de llamado a la tierra; su credo de sencilla felicidad campirana; su condensación de la esencia de nuestras más auténticas virtudes; de las más dignas de salvar del naufragio, lo que hace de *Astucia* el arquetipo ideal del mexicano; de Inclán nuestro mayor novelista, y de la obra que el lector se dispone a saborear, una que ningún mexicano debería desconocer.

EVOCACIÓN DE GUTIÉRREZ NÁJERA[2]

A LOS tres años de su muerte: en 1898, el gobierno recoge en un primer volumen de prosa una parte, seguramente mínima, de su copiosa producción de crónicas, cuentos, artículos, regados en periódicos y revistas a lo largo de 20 años. Prologa ese volumen Luis G. Urbina, con unas páginas sentimentales y laudatorias que no consideran necesario (tan viva y presente estaría aún la imagen del Duque Job) ofrecernos mayores datos sobre su vida.

Años después, en 1903, un segundo volumen de prosas suyas concluye el homenaje de sus contemporáneos. Por el prólogo, igualmente lírico y vago, que suscribe, nos enteramos de que el encargado de allegar los materiales de que se integran aquellos volúmenes de prosa es Amado Nervo. Tampoco él estima, seguramente, necesario detenerse a trazar la biografía del poeta. Ni auxiliarnos en reconstruirla, en la medida en que le hubiera sido entonces fácil orientarnos, con sólo mencionar en todos los casos (como apenas lo hace en algunos) la fecha de los artículos que reproduce, y el nombre de la publicación de que los rescata. Nos habría así guiado por el laberinto de las hemerotecas, para fijar las etapas de su vida en función de su servicio a tal o cual periódico, las de la vida de la ciudad, en función de las crónicas en que este hijo suyo y de su tiempo destilaba su esencia.

El resultado de este descuido documental es que si ahora, 60 años más tarde, pretendemos conjugar de las crónicas de Gutiérrez Nájera una doble imagen: la de su vida y la de la ciudad de su tiempo, naufraguemos, perdidos, en un mar de bellas, líricas prosas en que la ciudad que las lee, las aguarda, las admira y aplaude, no aparece sino como el vago fondo de una vida refinada, europea, ultraculta: la peluquería de Micoló, el hipódromo de Peralvillo, el baile en Chapultepec, La Concordia, el Jockey Club, las tiendas de la viuda Genin, Messer Zepeda: los billares de Iturbide, y por supuesto los teatros: el Nacional, el Arbeu, el Principal. Podríamos, ciertamente, con más o menos dificultades (originadas en el hecho de una destrucción progresivamente acelerada, y subrepticia —en la medida en que viene realizándose sin custodia o salvaguarda del documento histórico de su fecha—, a que desde su fundación, pero cada vez más furiosamente, se ha visto sometida nuestra ciudad); podríamos, digo, localizar los sitios en que se hallaron estos mencionados por Gutiérrez Nájera. ¿Tendríamos así una imagen completa de la ciudad? ¿Era ella todo —o sólo— lo que el Duque Job condesciende a ver de su rostro amable y maquillado? ¿No habría barrios pobres; gentes en ellos incapaces de descifrar las citas francesas de sus crónicas, o aun de leerlas?

Dos escritores —uno muy viejo ya por 1889: nacido en 1830 (29 años antes que Gutiérrez Nájera), y otro muy joven: nacido en 1868, nueve después que él: José Tomás de Cuéllar y Ángel del Campo—, nos dicen que al margen de aquella ciudad elegante en que el Duque Job vive tan a gusto, hay otra, a cuya observación irónica o cariñosa ellos dos se asoman para legarnos su retrato. Es la ciudad que vemos proyectar los alegres tipos de *La lintern mágica:* la de los barrios explorados, amados, acariciados por la pluma tierna y compasiva de Micrós.

¿Quiere decir que Gutiérrez Nájera ignoró deliberadamente esta otra parte dolorosa y oscura de su ciudad?, y si así fue, ¿podríamos reprochárselo? ¿A él o a su ciudad?

Para culparle con fundamento de ese delito de menosprecio, tendríamos primero que conocer de su obra, no solamente lo que Nervo allegó y escogió de ella —guiado más por su gusto personal y por la imagen que él de su tiempo prefería preservar de su poeta recién desaparecido, que por la adivinación de que, corridos los años, pretenderíamos conocer otras actitudes, otras reacciones, otros enfoques de la sensibilidad del Duque Job—; sino la

totalidad de cuanto escribió.

Corridos los años, Gutiérrez Nájera empezó a ser objeto de una investigación menos conmovida, pero más minuciosa, que el homenaje que a su muerte le rindieron sus contemporáneos. Dos norteamericanos —Erwin K. Mapes, de la Universidad de Iowa, y Boyd Carter, de la de Nebraska— aumentaron por sus pacientes indagaciones en los periódicos de la época, el caudal de lo que de suyo se conocía. Pudo así el primero publicar, en 1953 y en la *Revista Hispánica Moderna*, una muy amplia bibliografía y una detallada clave de los seudónimos del poeta; y el segundo comunicarnos, en 1956 (Colección Studium, 12, ediciones de Andrea), su venturoso y casual descubrimiento de un periódico más —*El Correo Germánico*— en que de agosto a octubre de 1876 —ámbito de los 33 números aparecidos de aquella publicación— colaboró Gutiérrez Nájera con 12 artículos y cinco poesías.

Antes de mencionar, con el elogio que merece, la *Revisión de Gutiérrez Nájera*, emprendida por Francisco González Guerrero (que hace de ella el tema de su discurso académico de ingreso en 1955, y que prolonga con autoridad y cariño la edición Porrúa de las *Poesías completas* en 1953 y, en 1958, la inclusión de los *Cuentos completos* de Gutiérrez Nájera en la Biblioteca Americana del Fondo de Cultura), señalemos que en 1940, al incluir la Universidad Nacional Autónoma de México los *Cuentos, crónicas y ensayos* de Gutiérrez Nájera en la Biblioteca del Estudiante Universitario (tomo 20), Alfredo Maillefert firma en ella un prólogo que, a pesar del tierno lirismo con que evoca su figura, nos ofrece los primeros datos concretos acerca de la vida de quien habría de casarse, el 3 de octubre de 1888, con una Cecilia cuyo apellido hereda este prologuista informado de primera, familiar mano, de muchos detalles omitidos hasta entonces, aun por los deudos del poeta que en 1916 proporcionaron, para la selección de sus cuentos publicados por Cvltvra, los siguientes escuetos datos.

> Manuel Gutiérrez Nájera, hijo de don Manuel Gutiérrez y de la señora Dolores Nájera, nació en México el 22 de diciembre de 1859, en la calle del Esclavo número 1 (hoy 2ª de Manrique). A los cuatro años de edad fue su familia a radicarse a Querétaro, viviendo allí en la calle de Garmilla, que hoy lleva el nombre de Manuel Gutiérrez Nájera, según decreto reciente del estado. El año de 63 regresaron a esta capital. No estuvo nunca en la escuela, su mamá le enseñó las primeras letras y él solo aprendió a leer. Fue su profesor de Latín el señor don Próspero María Alarcón y de matemáticas (que él detestó siempre) el señor José Joaquín Terrazas. A los 13 años de edad y sin conocimiento de su familia empezó a escribir artículos y poesías en el periódico *La Iberia*, del que era director don Anselmo de la Portilla; después en *El Federalista*, del que era director Alfredo Bablot, y después en todos los periódicos políticos y literarios de la época, usando en ellos distintos seudónimos, entre otros el de *Monsieur Can Can, Junius, Recamier, Cura de Jalatlaco, Perico de los Palotes* y sobre todo *Duque Job*. Fue fundador, en colaboración con Carlos Díaz Dufoo, de la *Revista Azul*. Empezó a escribir una novela, *La mancha de lady Macbeth*, que quedó incompleta a su muerte. Nunca quiso coleccionar ni publicar sus obras y sólo a su muerte, por iniciativa de varios de sus amigos y con el objeto de ayudar a sus pequeñas hijas, se publicaron los dos tomos de prosa y uno de poesías.
>
> La inmensa labor literaria acabó con su vida; murió el 3 de febrero de 1895 a las tres de la tarde en su casa, calle de los Sepulcros de Santo Domingo, Nº 10.

El prólogo de Maillefert amplía esta escueta ficha biográfica. Nos desconcierta un poco a propósito de la ubicación de la casa en que el 22 de diciembre de 1859 —hace hoy un siglo— naciera Manuel Gutiérrez Nájera. Fue bautizado el 4 de enero de 1860 (Sagrario Metropolitano, libro 47, part. 55, folio 2r.). Su familia había dicho que nació en el número uno de la calle del Esclavo —entonces (1916) Manrique; hoy República de Chile. Maillefert nos

dice que en el número 2— y aclara “hoy República de Chile 13”. Pero nos proporciona, en seguida, datos preciosos y precisos acerca del padre del poeta —don Manuel Gutiérrez, periodista, redactor de *El Propagador Industrial;* prefecto de la ciudad de Querétaro de mayo de 1864 a septiembre de 1865— en pleno Imperio.

Sabemos ahora un poco más acerca de don Manuel Gutiérrez: que su matrimonio con doña Dolores Nájera se efectuó el 3 de agosto de 1856 —cuando él frisaba en los 40 años— en el Sagrario Metropolitano; que su primogénito Manuel nació, pues, al tercer año de aquel matrimonio; que él y doña Dolores Nájera de Gutiérrez suscribieron las invitaciones —circuladas en septiembre de 1888— al enlace religioso de su hijo Manuel con la señorita Cecilia Maillefert, que habría de efectuarse en el Arzobispado el 2 de octubre siguiente.

Fallecido —a los 63 años— el 20 de octubre de 1889, sobrevivió, pues, sólo un año justo al matrimonio de su primogénito Manuel. Al morir, era jefe del Archivo de Hacienda.

“Escribiendo sobre su variada vida —cito nota de Maillefert— él mismo nos dice: ‘He escrito, bien o mal, desde que tenía 17 años, en 15 periódicos’ ”. *(El Propagador Industrial*, tomo I, 5 de junio de 1875, suplemento número 8.)

Nuestro poeta heredaba, pues, tanto la precocidad cuanto la fecundidad de un padre aficionado a las letras y apto a verterse en los periódicos. Su niñez transcurriría en la dulzura comprensiva de un hogar presidido por una madre religiosa, dulce, grave, contenta con que su primogénito —a diferencia acaso de sus hermanos Santiago y Salvador— prefiriera la lectura a los juegos infantiles, y diera tan claras muestras de no necesitar de la escuela, que nunca fue inscrito en ninguna. Doña María Dolores Nájera había sido su maestra de primeras letras. Un sacerdote amigo de la casa, que años después sería arzobispo de México: don Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, le enseñaría el latín; el francés, don Ángel Grosso. Lo demás, los libros que hallara en casa, y los que a lo largo de su vida devoraría sediento como una planta ávida de fecundarse para efundir su propio perfume. “En un sofacito, junto a una ventana que daba para la azotea de una casa contigua”, leería el niño, en el propicio silencio de una ciudad tranquila.

Leería a hurtadillas, escondiéndose para hacerlo en las bodegas de Al Puerto de Veracruz, donde probó, jovencito, a ver si el comercio sería su vocación. Irma Contreras García recoge en sus recientes y plausibles *Indagaciones sobre Gutiérrez Nájera* (Metáfora, México, 1957), no sólo el párrafo autobiográfico en que el poeta —en “Ecos de salón. Cosas del mundo”, *El Nacional*, edición literaria, septiembre 15 de 1880— nos habla de su afecto familiar, de su falta de amigos y de su gusto absorbente por la lectura (“este humor huraño y este apocamiento de mi espíritu contribuyeron grandemente a hacerme soñador y reflexivo”); sino la anécdota, contada por M. Candase, dueño de Al Puerto de Veracruz, a Alberto Leduc —publicada por éste en el número del 16 de febrero de 1896 de la *Revista Azul*— y según la cual aquel fallido aprendiz de comerciante: paliducho, narigón, fumador; vestido casi siempre con un saquito de terciopelo morado, se disculpó de leer a cierto señor Gautier con explicarle a su patrón el señor Candase “que ese señor Gautier era un autor muy recomendado en contabilidad, y que por eso lo leía tanto”.

Maillefert nos revela otro dato interesante en la infancia y en la vida familiar del poeta. Solían ir los Gutiérrez Nájera, una o dos veces al año, a la hacienda del abuelo materno, don Miguel Nájera —a un paso del pueblo de San Martín Texmelucan, en el estado de Puebla—.

Aquel paisaje rústico (al cual nos dice Maillefert que volvió el poeta ya casado, ya escritor ilustre) inspiró su "Mañana de San Juan"; en él escribió sus mejores páginas de ambiente campesino: "La fiesta de la Virgen", "En los campos".

El punto de partida de la asombrosa actividad periodística de Gutiérrez Nájera se sitúa, a los 16 años de su edad, en 1875. No sabemos si agradecerle o censurarle a Alfonso Junco el hecho de que en tres artículos, publicados en *El Universal* el 18 y el 25 de enero, y el 1º de febrero de 1941 —y que fundamentan el capítulo relativo de las *Indagaciones sobre Gutiérrez Nájera* de Irma Contreras García— haya despiadadamente destruido la conmovedora leyenda, hasta entonces inconsultamente aceptada por todos, aun por Maillefert en su bien documentado prólogo —y, desde luego, por la buena fe del bibliógrafo Erwin K. Mapes— del niño prodigio que bajo el seudónimo precavido de *Rafael* entró de súbito en la admiración arrobada de sus mayores, y por la puerta grande de las redacciones periodísticas.

Quede de este "pecado de juventud", "travesura", o "inocentada de mozalbete con sarampión literario", sólo el dato de que por ello advino al periodismo, y de que al *Rafael* de 16 sorprendentes años (aunque haya sido capaz de tomarle el pelo a gente en su tiempo menos inclinada que Alfonso Junco en el nuestro a leer *La Ilustración Española y Americana* de Madrid, el 1º de agosto de 1827) seguirían *Rabagás, Mr. Can Can, Junius, Ignotus, Omega, El Duque Job, Gil Blas, Puck, Recamier, El Cura de Jalatlaco, Perico el de los Palotes, Fru-Fru, Cascabel, Pomponet, Papillon, Juan Lanas…* Por 1875, año de su ingreso en el periodismo, Maillefert nos refiere que el poeta habitaba en el número 4 de la 2ª calle de La Palma.

> Ya estaba —nos dice— lanzado. Entre las nubecillas azules de su habano, con su nítida gardenia en el ojal, a lo largo de sus 20 años de extraordinario periodismo. Desde *El Porvenir,* 1875, hasta *El Liberal* y *La Voz,* 1895, todos los diarios de su época van contándolo sucesivamente entre sus redactores, o van enriqueciéndose con su colaboración. ¡Redacciones de entonces! En fornidas casas coloniales, anchos cuartos enladrillados; con ventanas o balconcillos de vidrieras verdosas; tapizadas ¡ya! de papel moiré las paredes; con ganchos de los que cuelgan *La Voz, El Federalista, El Tiempo, El Partido Liberal, El Monitor…* Escritores y poetas —con melenas algunos; con sus chambergos, con sus bastoncitos; unos cuantos, todavía embozados en capas españolas, de vívidas vueltas de terciopelo; otros con sus paletós de París… Chucho Valenzuela, el doctor Flores, Fernández Granados, Díaz Dufoo, Micrós, *el Chiquitín* Urbina, *el Pajarito* Gamboa…!

La lista es más grande, en realidad; tanto de periódicos como de compañeros de redacción. De *El Porvenir* a la *Revista Azul* se cuentan buenos 24 nombres de publicaciones (con los cuales no he de abrumaros), favorecidas por su colaboración. Quien sepa de estas cosas comprenderá que el "columnista", como hoy se le diría, aherrojado al premio de alimentar a diario la voracidad insaciable de las prensas efímeras pero inexorables, descubriera bien pronto el valioso y perdonable secreto del refrito; confiara en la comprobada mala memoria de los lectores de periódicos tanto como en el pudor de los seudónimos para hacerse a sí mismo préstamos inocentes y disculpables, que en nada amenguan el valor ni la heroicidad de su tarea.

Tampoco he de abrumaros con la mención de cuantos fueron sus compañeros de redacción, o sus amigos. Coincidió, por supuesto, con figuras ya en tramonto, como Ignacio Ramírez o Altamirano; con sus mayores como don Justo Sierra o Francisco Sosa; formó con Peza y Díaz Mirón el triunvirato de los poetas vapuleados en 1888 por Puga y Acal. Coincidió —o quizá

debiera mejor decir que discrepó— con Micrós. Pero de esta nómina heterogénea quiero solamente poner aparte, por la nimia razón que aduciré en seguida, unos cuantos nombres: Manuel Puga y Acal, Luis González Obregón, José Juan Tablada, Victoriano Salado Álvarez, Federico Gamboa, Carlos Díaz Dufoo, Luis G. Urbina…

Los pongo aparte por la razón, escuetamente sentimental, o mágica, si lo preferís, de que a estos escritores, que conocieron y trataron al Duque Job en su juventud, que sobrevivieron a su tempranísima muerte y hasta una sólida vejez, yo alcancé a conocerlos —más a unos que a otros, en los primeros años de mi tímido ingreso en el mundo literario de México—. Y aun cuando nunca en las charlas que escuché de don Federico Gamboa, de don Victoriano, de don Luis González Obregón; en la breve vislumbre del viejecito Urbina o en el saludo cegatón y momificado de don Carlos Díaz Dufoo; o en la proximidad alérgica del secretario de la Universidad que era en mis tiempos Manuel Puga y Acal; aun cuando nunca entonces hablé con ellos ni indagué nada acerca de su olvidado amigo Gutiérrez Nájera, siento ahora, al evocar sus rostros y sus voces, que “algo en la urna diáfana” del contacto personal transmite y delega en el curso del tiempo, la virtud de un recuerdo y la perennidad ininterrumpida de una admiración.

En el curso de su carrera periodística, le encontramos, de 1885 a 1889, en *El Partido Liberal*, que dirigía José Vicente Villada. En un baile de Palacio, del que en su periódico hace la crónica el 16 de noviembre de 1887, el escritor de 28 años conoce a Cecilia Maillefert —hija del francés Eugenio Maillefert— y de la dama —ha indagado Irma Contreras García— más hermosa de la antigua Valladolid, quien, viuda del padre de Cecilia, se había vuelto a casar con el ingeniero Francisco de Garay; uno de cuyos hijos, Francisco de Garay y Justiniani, muy amigo de Gutiérrez Nájera, lo llevó a casa de Cecilia. La ceremonia religiosa se efectuó —cuenta Maillefert— el 3 de octubre de 1888 en la capilla particular del arzobispo de México.

Quince días después de su matrimonio, Manuel Gutiérrez Nájera y Cecilia Maillefert —en sobrios pliegos de hermosa tipografía a dos tintas, negra y roja, participaron a sus amistades su enlace, y pusieron a sus órdenes la casa número 13 de la 2ª calle de la Monterilla —hoy 5 de Febrero—. Poco más tarde, los novios emprendieron su viaje de bodas a Michoacán. Así conoció Morelia y Pátzcuaro, que fueron, con Guadalajara (omitidas por Nervo, con Pátzcuaro, de las “Notas de viaje” en el tomo I de la prosa), Veracruz, Cuernavaca, Toluca, Jalapa y Puebla, las únicas ciudades de la República a que este capitalino moroso atrevió una remisa curiosidad.

Un casado era ya, aun en aquellos tiempos (o si queréis, sobre todo en aquellos tiempos) más respetable y apto al triunfo político y a la prosperidad que un soltero. Poco después de contraído un matrimonio venturoso con la amada Cecilia de sus más puros versos:

> Busco en mi alma lo más obscuro,
> o más secreto que exista en mí,
> la estrofa virgen, el verso puro…
> ¡Y nada encuentro digno de ti!

todo parece sonreír al poeta.

El 13 de julio de 1890 se celebran elecciones. Es, por lo visto, una acreditada y plausible tradición mexicana la de premiar a los escritores con una “curul”, como dicen los diputados; y Manuel Gutiérrez Nájera resulta en aquella ocasión nombrado diputado —por Texcoco, pueblo al que es poco probable que, si alguna vez se asomó, lo hiciera con frecuencia—.

Tenemos que deplorar, en ese punto, que don Artemio de Valle-Arizpe no haya recogido el epigrama que me cuenta que don Luis González Obregón recordaba haberle escuchado a Gutiérrez Nájera cuando, nombrado diputado, fue a dar a la compañía congresional o curulesca de toda la familia García: don Trinidad, padre de don Genaro, que era diputado, como tres más de sus sobrinos.

La faceta epigramática de Gutiérrez Nájera ha sido soslayada, en nombre absurdo de un respeto a la seriedad de su obra, que en nada sufriría si se revelaran sus travesuras. En su edición de las *Poesías completas*, Francisco González Guerrero no incluye sino dos epigramas:

> El Tesorero Espinosa
> ha fabricado una casa,
> y así se explica la cosa:
> la tesorería, ESCASA,
> y ésta ES CASA de Espinosa.

y este otro:

> Publica *El Siglo* una cosa
> en verso pluscuamperfecto,
> y viene firmada “Sosa”.
> Y en efecto, y en efecto.

Aparte la “humorada” del poema “Los moscos”, que endilgó a Victor Hugo, publicándola en *El Partido Liberal* en 1885 para admiración de los críticos, que se tragaron la bola, como antes se habían tragado al niño prodigio *Rafael*.

Pero Francisco González Guerrero recoge sin mayor comentario estos dos epigramas. Le estaba reservado al investigador norteamericano a quien hemos citado, Boyd Carter, el rescate de otras graciosas, inéditas muestras del ingenio del poeta. Carter, en efecto, nos expone en su estudio la polémica caballerosa sostenida por Gutiérrez Nájera con ese personaje menor, pero tenaz; viejo, pero longevo; de patética decrepitud, que fue don Francisco Sosa. No me corresponde exponer pormenorizadamente el tema de aquella polémica. Para mi objeto, baste señalar que como lo ha documentado Carter, la “sosera” a que alude en el prólogo de su divertida “La casa de vecindad”, tanto como el Sosa del epigrama, son referencias diáfanas para sus contemporáneos, al copioso autor de *Biografías de mexicanos distinguidos;* al culpable de la iniciativa de las estatuas de la Reforma que hoy —*helas!*— reconocemos tan difícilmente como la distinción de su biografiados al mayoreo.

Pero no sólo contra don Francisco Sosa disparó Gutiérrez Nájera los dardos ágiles de su burla. Un poeta —hoy recordado acaso por un solo soneto: Pantaleón Tovar— y un figurón

impresionante y ateo —Ignacio Ramírez— provocan en el joven poeta una reacción de desagrado, de incompatibilidad, que desfoga en “La casa de vecindad” y en “El viejo verde”. E igual humorismo destila la réplica “A una flor disecada”. Es ciertamente curioso que estas tres poesías sarcásticas las haya escondido, como quien dice, en un periódico alemán, *El Correo Germánico*, ya citado, de donde Carter las rescató y donde aparecieron —las tres en rápida sucesión, en agosto de 1876, cuando sus 17 años le autorizaban a encontrar ridículo y viejo a un Nigromante de 58, a un Pantaleón Tovar de 48, y aun a un Francisco Sosa de 28—.

Si vuestra paciencia autoriza a mi admiración por esta faceta hoy poco preservada de Gutiérrez Nájera: su sonrisa, séame permitido ilustrarla por la lectura de unas cuantas muestras del ingenio, la oportunidad, la “chispa” de nuestro poeta.

Por el 22 de julio de 1893 —fecha de esta graciosa sátira aparecida en *El Universal* de Reyes Spíndola, donde Gutiérrez Nájera sostuvo por algún tiempo una que hoy llamaríamos “columna”, “El plato del día”, en que daba rienda suelta a su ágil, incisiva burla de los sucesos políticos, municipales, hacendarios, sociales, de la fecha— la plata acababa de sufrir una baja en el mercado mundial, que repercutiría en la depreciación —hoy decimos devaluación— de nuestra moneda. He aquí lo que al respecto comenta zumbonamente *Recamier:*

RATERÍAS

Un ratón de nadie gato
que anda en tratos con mi gata,
me dijo hace poco rato:
“Si no hay plata para el plato,
lo dicho, me vuelvo rata”.
Y tiene mucha razón
el caballero ratón,
porque no tiene ni un peso:
y, estando el peso a tostón,
no es pecado robar queso.

El rata futuro y joven
dice: “Pues baja la plata,
¡robar para que me roben,
que unos a otros joroben!
y ¡zumba!, ¡y siga la rata!”
“La baja del metal blanco
es un problema complejo
que no resuelve ni el Banco;
yo sí, porque soy más franco;
resuelvo cambiar de sexo.”

Ya se ven cuerpos de alambre

y hombres nada más de nombre:
Si andan con piernas de estambre,
digan claro: ¡Yo soy hambre!
Pero no digan ¡soy hombre!

El ratón tiene razón,
porque quieras o no quieras
hay que meterse a ladrón
no es muy bonito el danzón
aguanta hasta que te mueras.

Al que no le va peor
por lo menos le va mal.
Ayer mismo un senador
quiso cenarse al señor
don Francisco Menocal.

¡Las tales depreciaciones
son, señor, depredaciones!
¡No hay hombre que las aguante,
saldrán hasta los ratones
como ratas por tirante!

Si baja el peso en el Paso
Ya no es tal peso un peso...
¡Yo no paso por el caso!
¡Pido pan, me dan pambazo!
¡Pido carne, me dan hueso!

El asunto, señor, es de
poner en el cielo el grito.
¡Y todo ha ocurrido desde
que vino San Expedito!

Nota: La última quintilla salió cuarteta, porque le tocó la depreciación. Vale.

Firmada por *Puck* en otra sección del mismo *Universal,* el 9 de agosto de 1891, apareció esta simpática “Autobiografía” en que el poeta se confiesa, retrata y mira en un anacreóntico espejo de humorística sinceridad. No sé si exagero, pero percibo en ella como un eco de la *Vida del autor en la vejez,* de Baltasar del Alcázar.

AUTOBIOGRAFÍA

Nací en México… de día…

o de noche… no recuerdo!
y aunque nacer no quería
me nacieron a porfía
cuatro médicos de acuerdo.

Después recibí el bautismo...
de modo que soy cristiano...
Pero, para mí es lo mismo,
porque todos ¡oh cinismo!
¡me ven cara de pagano!

Desde que a la vida entré
toda belleza me hechiza,
todo lo grande admiré…
Recuerdo cuánto adoré
los senos de mi nodriza.

Dicen que era muy bonito
de muchacho… yo lo creo:
todo aquel que de chiquito
es muy guapo, muy gordito,
siempre de grande es muy feo.

La edad de los desengaños,
la funesta, la de araños,
dejé para siempre atrás...
Cumplí hace un año treinta años…
Mi nariz tiene uno más.

Como todos, paso apuros;
y vivo así mal que bien,
sonando unos cuantos duros;
me he fumado muchos puros...
y algunas puras también.

No tengo más biografía,
ni mi amigo Pancho Sosa
encontrármela podría…
Conque, pase usted buen día
y pasemos a otra cosa.

Resisto, por insospechable amor de la brevedad, a la tentación de leeros otras dos muestras de su humorismo: “No se casa Castelar”, firmada por *El Cura de Jalatlaco* en *El Universal*, el 19 de octubre de 1890, y “En las regatas”, suscrita por *Puck* en el mismo periódico el 9 de septiembre de 1891.

Me preguntaba, al principio de estos apuntes, a quién tendríamos que reprocharle: si al

Duque Job o a su ciudad, que no nos hubiera dejado de ella un retrato tan detallado como ahora, para el intento de reconstruirla, lo apeteceríamos.

Temo no haber expresado con claridad lo que aventuraba como una hipótesis: quería señalar que si Gutiérrez Nájera consagraba la mayor parte de su producción a ganarse una reputación de afrancesado, sería porque también ganaba con ello su pan de cada día; que era ésa la mercancía que le compraban a mejor precio, a mayor precio, los lectores congruentes en sus consumos y demandas de mobiliario, arquitectura, modas, alimentación, pensamiento. Era pues la ciudad la que no quería —en su pluma, al menos, capaz de afrontar la demanda— saber de sí misma. Era ella la que así se menospreciaba, la que así exaltaba su posibilidad de llegar a parecerse a París. El Duque Job no hacía sino plegarse —claro es que de buen grado — a la corriente.

Aquel Proteo, sin embargo, disponía del múltiple recurso de sus seudónimos para asumir otros enfoques. El travieso *Puck*, el sarcástico *Recamier*, *Mr. Can-Can*, *Junius*, *Ignotus* —o aun ese *Juan Lanas* que, según la autoridad de Mejía Sánchez, sólo una vez le sirvió de disfraz—, todas estas encarnaciones, menos adustas que el refinado Duque; menos necesitadas de la seriedad que debía nimbar a Manuel Gutiérrez Nájera, se ocupaban gustosas y traviesas en otros temas. Se liberaban —casi completamente— de la preocupación profesional del fabricante de crónicas laudables y admiradas por la clientela.

Pero aun en su propia encarnación, el Duque Job, o escuetamente Manuel Gutiérrez Nájera, solía olvidarse de sí mismo, o digamos de su personaje; y conceder su espontánea atención a los estímulos iletrados que no se hallaban en los libros, sino en la vida: en el México del que advierte que crece “hasta la calzada de la Reforma”, y que día llegará en que se una a aquellas lejanías que eran Tacubaya y San Ángel; del que este hombre cuyo itinerario podemos imaginar que consistiera en ir de su casa —en la Monterilla, hoy 5 de Febrero— por Plateros hasta Vergara, el Colegio de Niñas, la calle de las Damas, a escribir o a entregar su artículo; y de vuelta, acaso por el Coliseo, al café de la Concordia, en camino al Teatro Nacional; a los trasnochadores billares de Iturbide; alguna vez toma un tranvía, o un coche: y entonces, sus ojos observan y absorben; y su pluma nos deja descripciones vívidas, rápidas, firmes, de la ciudad.

El poeta, buen mexicano de su tiempo, gusta poco de viajar. Ni, por una parte, dispone del tiempo, que su trabajo reclama, ni al que de niño desdeñó los juegos y las excursiones, a que prefirió la molicie enclaustrada de la lectura, le gusta trocar la civilizada comodidad de su rutina por el ajetreo de estaciones de ferrocarril, gente sucia, malos hoteles, fondas inferiores a sus buenos restaurantes capitalinos.

Pero así como a veces asoma su curiosidad “más allá de la peluquería de Micoló”, así también suele descubrir la provincia. Hace viajes que llama, con razón, “extraordinarios”, y que encarga a *Sir Job*, duque, de relatar. De los pocos que hizo —y que ya he mencionado antes— me ceñiré a señalar el que le llevó a Veracruz. Muy gradual, muy lentamente le va ganando el encanto del paisaje desde un tren que todavía le retiene en la ciudad por los vínculos materiales de “una botella de vino del Rhin, dos de *cognac*, un *paté de foie gras”* —y los amigos de México con quienes arrostra 14 horas de travesía—. Los volcanes, Boca del Monte, Orizaba, donde comienza a su juicio “la agricultura de la zona tórrida”. Y por fin, Veracruz, cuyos zopilotes le impresionan tanto —y tan desfavorablemente— como los

hombres “en pechos de camisa”.

Describe aguda, certeramente, la ciudad que recorre. Llega tarde al teatro en que se representa —para una galería llena de boteros y cargadores que presencian con interés el espectáculo— aquel *Duque Job* de León Laya, arreglado a la escena española por Tamayo y Baus con el titulo de *Lo positivo,* que le indujo a escogerse ese seudónimo. “Veracruz —comenta zumbonamente— me recibía poniéndome en escena.” La compañía dramática es malísima.

Como aún suelen, un joven poeta local, Luchichí (Ignacio) se ofrece a escoltarle en un paseo (“extramuros” en carretela), le habla de versos y proyectos literarios, le recita versos de Díaz Mirón “tal como se rocía un pañuelo con esencia para pasar los muladares y pantanos”, pues anda enseñándole una vida veracruzana nocturna que “huele mal, se toma una cerveza detestable y los danzones atarantan y marean”. “Lo único que me consolaba era la proximidad del mar.” Pero difiere su descubrimiento. “Ya hablaremos de él mañana. Ahora los ojos se me cierran; baja el sueño, y comienzan a cruzar por mi fantasía los zopilotes y los hombres en camisa, que forman el claroscuro de Veracruz.”

El proceso de su descubrimiento del mar es interesante por gradual y remiso; porque las imágenes literarias, y el urbanismo arraigado del poeta, detienen como un ancla la libertad de su entusiasmo. “Es necesario —dice— tener una imaginación muy mezquina para no figurarse el mar tal como es. Puede perfectamente comparársele a una de esas personas a quienes saludamos sin saber su nombre, seguros de haberlas visto en otra parte. El mar es un antiguo conocido.” ¿Dónde le ha visto, o presentido, este hombre de lecturas en la ciudad sin mar? “Le hemos visto en los lienzos de la Academia, en las decoraciones del teatro, en los grabados de los periódicos europeos, en todas partes.” Y como resumen de ese conocimiento indirecto y artificial: “Es una inmensidad de vasos de agua”.

Pero en seguida empieza el mar, cuando menos, a suscitar rectificaciones de su imagen libresca:

> Lo único que sorprende es su color. Los que no lo conocen piensan que es azul como lo que llamamos cielo. Y, en efecto, la franja que recorta el horizonte es de un azul muy tenue y apacible: diríase que es un cielo desteñido. Pero el agua más próxima a nosotros, la que impele el bote en que vamos, o se quiebra a nuestros pies, no tiene la transparencia ni el color que le atribuimos. Es aceitosa y de un verde oscuro como el vidrio malo... Hablando con exacta propiedad, el mar no tiene color propio... Según la hora, varía su aspecto. Ya se azulea, se tornasola o se ennegrece; ya se ruboriza... Ya corre en anchas cintas plateadas o se dora como si el sol tendiera sobre el agua las rubias hebras de su cabellera... Además, contemplando desde el muelle, el mar se ve canalla y traficante. Hay que mirarlo a solas, frente a frente, sin barcas noruegas que lo afeen, ni mozos de cordel cuyas imprecaciones destempladas atajen el sereno vuelo del espíritu Ya no es entonces el esclavo nubio que trae y lleva mercancías, sino el titán cuyos gigantescos brazos rodean el cuerpo de la tierra. Allí esta Dios.
>
> Parece, al pronto —dice para explicar su inicial decepción—, que se está frente a una decoración de teatro. Pero —invita ya— internaos en ligero bote por la móvil llanura; que se pierda de vista el pobre muelle con sus linternas verdes o encarnadas; que escuchéis el arrullo de las olas en la solemne inmensidad, y entonces sentiréis, asombrados y suspensos, un repentino crecimiento de alma.

Sigamos al poeta —cerrando sólo los oídos a las frases que decoran inútilmente la expresión inspirada de su júbilo al fin ganado por el mar—:

> En lontananza se veían fijas y tristes las lucecillas de unos cuantos buques. ¡Qué negro y qué tranquilo estaba el mar! Era

algo como el cuerpo de la sombra, tendido boca abajo sobre el suelo. La onda tranquila me llamaba, ansia infinita de hender el agua y poseerla con los ojos espoleaba mi espíritu… Poco a poco la tierra, con sus casas y sus ventanas débilmente iluminadas, se fue esfumando en lontananza. Pasamos junto a los grandes barcos, cuyos cuerpos enormes adquieren a tal hora un aspecto fantástico y extraño. Diríase que un ejército de endriagos y de monstruos fabulosos espiaba el momento favorable para lanzarse sobre la ciudad. Breve rato después, sólo veíamos a lo lejos el faro giratorio de Ulúa, con sus luces de múltiples cambiantes.

La mar estaba quieta. ¡Con qué ahínco me hubiera hundido en sus serenas ondas para sentir más cerca sus abrazos!

Ínterin deslizábase la barca, la luna, como un disco de plata bruñida, se fue alzando de las aguas. Nada más grandioso que este espectáculo. La concha negra de la noche se entreabre, y aparece la reina del espacio castamente desnuda, como Diana. El ritmo de las olas es más suave; una inmensa quietud penetra hasta los húmedos abismos… las olas dejan de ser negras; se quitan su vestido de luto y ciñen la coraza de plata que ceñían las amazonas. Y parece que corren o galopan para acercarse a la luna y asir la fimbria de su túnica brillante. Pero la luna, esquiva, va ascendiendo. Parece que el cielo es un océano que confina con el otro; surge de éste la luna, y luego boga por la tersa superficie del más alto. Ya no es plateada sino de oro. Las aguas se contentan con retratarla; y ella, pródiga de luz, enriquece las olas con sus rayos. El mar parece un gigantesco estanque en el que bullen todos los metales en fusión.

Yo he visto el mar cuando la luna brota, y cuando el sol, como un guerrero fatigado, va en busca de frescura y de silencio... A esa hora, el agua adquiere tintes muy apacibles y risueños. Se diría que debajo de las ondas hay una inmensa gestación de rosas.

¡Cuán absorto y ensimismado pasaría las horas en la muda contemplación del océano! El mar enseña y selecciona, dilata los horizontes del espíritu, y da alas poderosas a la imaginación.

¡Qué rumor tan solemne el de las ondas! Aun cuando esté dormido o sosegado, el mar revela su fuerza. Los navíos se dibujan en el lienzo opalino del fondo, sobre el tinte metálico del mar; la luz aísla los cordajes y los mástiles, como una áurea tijera recortando papel negro; y a lo lejos la superficie azul sin límite visible, cierra el cuadro con una línea incomparable.

He sentido cómo encorvas tu gigantesco dorso bajo la quilla de mi bote, tal como potro dócil y sumiso que se inclina para que lo monte su señor. Te he visto palpitar como el pecho de una virgen cuando aguarda en la alcoba al joven desposado. Y ansia infinita de mirarte embravecido acongoja mi alma. Quiero sentir cómo te revuelves en tu lecho, y verte en los instantes de tu cólera... Te azoto con mi remo, como clava el jinete sus espuelas en el vientre de su caballo corredor. Levántate furioso a contestarme, para que sienta en los desnudos brazos y en la cara, los verdes espumarajos de tu rabia. Embraza, al fin, tu escudo coruscante, y vibra con tus manos de Titán la clava de los Hércules marinos. Estamos solos. Una mujer que no te conocía viene a mi lado trémula de espanto. Te ve dormido y tiembla pusilánime. Va a reírse de ti cuando volvamos. Álzate, pues, y muestra tu fiereza; alza, para que pueda defenderla. ¡Alza, Goliath borracho, estamos solos!

La luna, como una góndola de oro, seguía surcando el firmamento. Entonces creí ver, rumbo al Oriente, una luz como de alba celestial. Por allí aparecía una larga procesión de efebos tiernos, con palmas murmurantes en las manos y túnicas de lino inmaculado. Iban andando poco a poco sobre el agua, como sobre una lámina de acero. Bajaban del cielo por un pórtico de luz, y como el cielo se junta con el mar; no había necesidad de puente alguno para que descendieran al océano. Un hombre de barba nazarena presidía la nevada procesión. E iba tranquilamente sobre el agua, como Jesús en el lago de Tiberíades. Y todos los efebos eran rubios y traían destrenzado su cabello, largo y sedoso como el de las mujeres circasianas.

A su aspecto, los monstruos de la mar y los endriagos del ensueño se disipan. Ya nada mueve el seno de las ondas, ni agita mi conciencia: todo calla. Mi compañera se ha dormido en mis rodillas. Boga, remero, boga todavía.

Volvamos a un 1890 que le encuentra ya serio, respetable, casado y diputado. Una grata ventura restaña el dolor que la habrá causado la muerte de su amado padre, y corona su felicidad: el nacimiento de su primogénita, Cecilia —el 12 de enero de 1890, “a las 5 menos 10”— y cuatro años después, el de su segunda hija, Margarita. En el acta de nacimiento de Margot, el 13 de junio de 1894, leemos una firma ilustre: la de su amigo y frecuente comensal José Martí. En la de bautismo, otra eminente: la de Joaquín Arcadio Pagaza.

Poco falta ya para concluir este desmañado boceto de una vida tan breve, y cuya riqueza abunda más en la obra gigantesca y desparramada que en los episodios memorables o extraordinarios. A plumas mejor cortadas que la modesta mía —como lo habrían expresado sus contemporáneos— les ha merecidamente correspondido exponer en esta solemne noche en que conmemoramos el nacimiento de esa gloria inmarcesible de nuestras letras, ya la poesía,

ya la prosa. Tocóme en suerte trazar su biografía, y evocar el perfil de la ciudad de México en sus tiempos. Voy aplicando al cumplimiento de tan honroso encargado la deslumbrada admiración de quien antes no había advertido la magnitud de lo que contempla, ahora que se mira orillado a situarlo en el tiempo, y por ello incitado a cotejar su vida y su tiempo con los nuestros.

El 23 de septiembre de 1894, la *Revista Azul* que poco antes habían fundado, cristalizando con ello un alto sueño literario, Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo, publicó "Mi último artículo":

> Algunas veces, cuando tomo la pluma como el galeote su remo, digo para mí: ¿cuál será mi último artículo?, ¿la muerte vendrá a sorprenderme acaso cuando apenas haya trazado el título o las primeras líneas de un artículo cualquiera?, ¿cuál será? Tal vez la muerte me permita leer mi artículo... lo escribiré enfermo... lo escribiré agobiado por esa vaga tristeza que es como la sombra de la eternidad ya próxima; pero... es preciso ganar el pan de cada día... lo escribiré. Pero el tren avanza, las estaciones quedan atrás, y como la existencia es un tren rápido, no se detiene en parte alguna. El artista no llora lo que deja en el mundo, sino lo que se lleva. La frase más sentida, la más sublime, es la que calla. El artículo en que condense mis ideales, el artículo en que ponga el alma toda, es el artículo que jamás escribiré.

El 3 de febrero de 1895 —a los 35 años no cumplidos— moría en el Señor, en la casa número 10 de la calle de los Sepulcros de Santo Domingo, hoy número 46 de las calles de Brasil.

Visité hace unos días la modesta, pero conmovedora, exposición de Gutiérrez Nájera que ofreció —tan oportunamente— la Biblioteca Nacional, en un rinconcito de su sala de lectura. Al ver la parvedad de las reliquias allí recogidas, pensé con tristeza en el contraste que dolorosamente provoca nuestro descuido desdeñoso e imprevisor —que nada resguarda ni conserva de lo que pudiera salvar el recuerdo material de nuestro pasado: ni en edificios, ni en objetos—; contraste con la veneración respetuosa que mueve a otros países a atesorar hasta la menor evidencia del suyo. Pensé en Schiller —nacido exactamente un siglo antes que nuestro poeta— y en cómo, al documentar la conferencia que acerca de su figura sustenté aquí mismo el 10 de noviembre, examiné fotografías recientes, en todo idénticas a lo que describían los grabados que en 1805 recogieron a su muerte la imagen detallada de su residencia. Todo en Weimar se ha conservado con amor y veneración: sus muebles, sus objetos —tal como él los dejó al fallecer—.

De Gutiérrez Nájera, en cambio, le fue difícil a la diligencia fervorosa de Ernesto Mejía Sánchez reunir, para la exposición a que aludo, los pocos objetos personales, retratos, libros, documentos y manuscritos que la integran.

Pero aun dentro de su parvedad —o acaso porque ella representa una selección automática y significativa: una antología simbólica de Gutiérrez Nájera, suscrita por la sabiduría despiadada del tiempo— ¡con qué emoción descubrimos, al contemplar esos cuantos objetos, su consonancia con el espíritu de quien les infundió el calor y el perfume de su existencia! Ahí está su pluma, esa que empuñaba todos los días, como el galecote su remo: corriente, barata, de sencillísima madera: un "manguillo", como todavía en nuestra infancia nos los compraban por centavos en el estanquillo vecino; un "portaplumas" en que se insertaba el corazoncito hendido y el ojo abierto de la pluma a destilar la lágrima de la tinta. Y esa pluma está gastada, luida, por el uso. Su letra vertical y menuda, un poco levógira, con gruesos y delgados apenas

perceptibles en el apremio, la trazaba esa pluma que ahora descansa, seca, y que como la de Don Quijote, "nadie la mueva". Redondo, rojo y beige en dobleces de fieltro y seda —acaso amorosamente salido de las manos de Cecilia—, su limpiaplumas; el secante. Y vecino, el tintero en una pequeña bandeja; un tintero de vidrio grueso, estriado, para poca tinta, con su tapa de latón, y con el adorno —¡tan significativo!— de una reproducción en fierro verdoso... de la Torre Eiffel.

La plegadera pequeña, manuable, discreta, de amarillento marfil, con que desfloró las páginas del último libro —*Los trofeos,* por supuesto—; sus guantes cafés, en que el bastón marcó su huella. Y cerca de estos objetos tan usados: el reloj que rigió su prisa y su tarea; del pequeño cenicero, con un pavo real en relieve, que rescataría de su habano inseparable la incineración de sus sueños; de la pluma gastada, su credencial de diputado, flamante, como acabada de expedir, con sus letras doradas. En lo gastado de su pluma y lo flamante de su credencial, no puedo menos que advertir la elocuencia muda de un involuntario contraste que es, al mismo tiempo, un digno testimonio.

EL TRATO CON ESCRITORES[3]

AL ACEPTAR el honroso encargo de dar aquí una conferencia de tema tan artero, tan vasto como "El trato con escritores", advertí a Antonio Acevedo Escobedo que ni la prepararía, ni la escribiría; si, como creo, se trata de confiar, evocar las circunstancias de mi encuentro, amistad, afinidad o discrepancia con los escritores a quienes he conocido personalmente en mi vida, me habría abrumado de antemano el número y el peso de tantos como han sido. Escribirlo me forzaría a una laboriosa reconstrucción undívaga, incompleta o parcial, injusta por ello y demasiado ambiciosamente parecida a un pequeño tratado de historia de la literatura mexicana de lo que va del siglo. Era pues preferible atenderse al estímulo directo y fresco de la presencia del público y hablar de acuerdo con su amable atención. material no iba a faltar. En mi vetusta persona comparece ante ustedes más de medio siglo de un testimonio ferviente de las letras y de los hombres de letras de mi país, con quienes he estado en contacto: primero como admirador, luego como discípulo, luego como amigo, hasta alcanzar en la gaveta de la Academia, mi condición actual, aquella patética cumbre de toda buena fortuna con que el Lazarillo de Tormes desemboca en la suya.

Hay obviamente dos partes o facetas en la vida de los escritores: su vida y su obra; y dos maneras, en consecuencia, de entablar el trato con ellos: o cultivando su amistad, o leyendo sus libros. Lo mejor es hacer las dos cosas, pero visto que ustedes no pueden ya, en la mayor parte de los casos, hacer más que una de ellas —que es leer las obras de los escritores que yo he tratado—, asumo que lo que más puede interesarles es que yo les refiera y dé a conocer cómo eran en lo humano, como los vi, escuché, juzgué, como personas. Este conocimiento parcial les deja a ustedes en libertad y en aptitud de completar la figura de los escritores que yo mencione, por la lectura de sus obras, o de explicárselos mejor, o de pulsar la discrepancia o la armonía entre la vida suya que yo relate y la obra que ustedes gusten.

Le doy vueltas, ya ustedes lo advierten, al asunto. Tardo en entrar en materia. Es que no sé

realmente qué camino emprender para esta búsqueda circunscrita a una hora del tiempo perdido. Dudo entre la cronología que haría arrancar mis recuerdos literarios de digamos 1910; o la topografía que me induciría a clasificar la materia prima de mi charla en regiones, casilleros: los poetas-diplomáticos, los funcionarios-literatos, los periodistas-novelosos, los profesionistas-poéticos, los escritores-docentes; porque la profesión del escritor entendida como el modo de ganarse la vida, ha carecido casi siempre en el mundo, y siempre en México, del cimiento que pudiera ofrecerle la venta copiosa y suficiente de sus libros. Sigue siendo una vocación, una devoción clandestina y precaria necesitada del apoyo de una beca transitoria para los jóvenes, ya de un empleo en el gobierno para los mayores, o de unas clases, o de una colaboración periodística. No lo digo con amargura. Tan lejos ya como a finales del siglo pasado, el abundante Emilio Zola defendió vigorosamente esta vida tumultuosa: disfrutar el escritor moderno (ya entonces moderno) oponiéndola y exponiendo sus riquezas sociales a la aséptica vida de un Sainte-Beuve, de las famosas torres de marfil en las que ya hace mucho que no es posible encerrarse.

El escritor de hoy, mucho más que el contemporáneo de Zola, impregna sus dones en el mar turbulento pero fecundísimo de una vida veloz y feroz. Es raro, y casi podríamos calificarlo de patológico, el caso de un escritor químicamente puro. De qué va a escribir si no vive, y cómo ha de vivir si no entre los atareados conciudadanos de su tiempo, de un tiempo testigo de la paradoja de que a la vez que todo en él se ramifica tecnificándose en especialidades, los hombres que lo habitan hayan de ser especialistas en todo. La especialidad del escritor, desde el punto de vista de las actividades ofrecidas al hombre, es supletoria de la acción que los demás desarrollan y de la cual este ente pasivo hace la sustancia de su inercia. No siente, piensa, sueña más que los otros; simplemente aprende a expresarlo. La extensión del analfabetismo, si comporta la atribución generalizada del *modus operandi* de la expresión escrita, amenaza de muerte a la hoy privilegiada casta de los que saben escribir. Ya eso sólo no bastará como oficio a justificar una existencia. Todos serán escritores en cuanto aprendan a escribir. Será preciso que además sirvan de algo. Mientras adviene esta previsible extinción de la especie, una sociedad aún venturosamente analfabeta resiente la presencia parasitaria en ella de estos seres inútiles y, o bien les da una mala vida, o los exprime y explota forzándolos a aplicar sus morbosos talentos a tareas congeniales como redactar anuncios o artículos, o dar conferencias, o adaptar historias para el cine y la televisión, o les da un empleo en el gobierno. Ésta es la puerta estrecha por la cual los escritores de nuestro tiempo han tenido que entrar en el paraíso de su realización como tales; para hallar con sorpresa que a este recinto sacro de la literatura se habían colado y seguían cada vez más copiosamente colándose por las anchas puertas de servicio, muchos repentinos colegas que recorrían hacia la misma meta el camino inverso; que no iban de la literatura al periodismo, o a la televisión, o a la radio, o a la publicidad, sino que de estos orígenes prósperos y turbios surgían a una consagración facilitada por la cómplice propaganda.

Realmente son ya tantos los escritores, que resulta imposible tratarlos a todos. Nos hallamos, sospecho, de hecho en el umbral de la era de la abolición del oficio por la propagación general de su dominio, como la abdicación de su privilegio. En este punto, a la vez de la cronología y de la topografía, o sea de la lógica del tiempo y de la descripción de los topos, me detendré. Trataré apenas de asomarme a su ebullición.

Pongamos ya fin a este prólogo necesario; acompáñenme ustedes a recorrer una galería de retratos envejecidos y una ciudad en la que estos escritores vivieron, ya que ésta comienza cuando…

(Nos hubiera servido mucho aquí, un puente musical.)

En el México de 1910, aproximadamente, un niño de seis años sabía recitar ya “Fusiles y muñecas”. Lo sabían seguramente muchos otros niños de su edad, porque las familias de esa época se deleitaban, sentadas en sus sofás de medallón o en sus ajuares austriacos de bejuco, en escuchar la *Serenata* de Schubert, que es tan hermosa, o las gracias de los pequeños que recitaban las poesías del *Cantor del hogar*. Un día, esto ocurría en la colonia de Guerrero —en la cual no era entonces indecoroso vivir, pienso que no lo era porque una familia tan decorosa y tan decorativa como los Casasús vivían allá—; en esta colonia pasó una mañana un entierro suntuoso, un sonado entierro casi lleno de plañideras porque toda la pequeña ciudad de México se unió al duelo tremendo que significaba la extinción, la muerte de un poeta que acababa de ser traducido hasta al japonés: Juan de Dios Peza.

Éste es, tristemente recuerdo, éste es mi primer contacto con un literato, el contacto con un cadáver, el contacto *visual* con un cadáver de un poeta como Juan de Dios Peza.

Otro acontecimiento de aquellos años tiene un carácter literario, pero no porque se haya dirimido en él la presencia de ningún escritor. Me refiero al temblor que por ese año de 1910 obligó a las familias a salir en calzoncillos a rezar *La Magnífica*, una noche que fue la víspera de la entrada de don Francisco I. Madero a la ciudad de México. Menciono el incidente, no porque haya escrito ni yo ni nadie una oda al temblor, sino porque aquel temblor —que anunciaba la entrada de Madero— daría, años más tarde, nacimiento a un nuevo género literario: a la novela de la Revolución, cuyos autores yo conocería y trataría más tarde y de los cuales, si nos alcanza el tiempo y la paciencia de ustedes es suficiente, llegaremos a hablar.

Pero después de ese año, mi familia, mis padres me llevaron al Norte, a Torreón; allí no había literatos, había la Revolución misma y podríamos, quizás, detenernos en señalar que esa Revolución que los niños de entonces vivieron y sintieron resulta muy distinta de la que los literatos, después, escribieron.

Había, sin embargo, durante los sitios frecuentes; durante las entradas y salidas del que para nosotros era una especie de espantoso huno (con hache), que después resultaría ser un héroe —me refiero a Francisco Villa—; durante los sitios a que sometía este señor a la ciudad de Torreón, había ocasión de que yo hurgara los libros que había en casa, de que leyera mucho, y de que así tropezara con un libro llamado *Poetas contemporáneos*, de mil ochocientos noventa y tantos, en que un señor, Manuel Puga y Acal destrozaba a mis tres ídolos: a Díaz Mirón, a Juan de Dios Peza y a Manuel Gutiérrez Nájera. Yo odié terriblemente a don Manuel Puga y Acal sin conocerlo, naturalmente.

Luego lo conocí en México. Casi estoy repitiéndoles a ustedes, en su descripción, un pequeño poema que forma parte de un pequeño libro mío, que se llama “Espejo” (no es *spot*, no pueden comprarlo, está agotado), en que describo a este personaje:

> Lo he tratado; es gordo,
> ya no usa bigote ni escalpelo de la crítica,

ni seudónimo

(el señor usaba el seudónimo de Brummel —y seguramente lo pronunciaba Bruméḷ, por los versos que le dedica a Juan de Dios Peza; en el pleito que tuvo con él entonces, hace consonar la palabra aguda con Brumél)

ya no usa bigote ni escalpelo de la crítica,
ni seudónimo, y es Secretario de la Universidad;
hasta me ha saludado alguna vez.
Pero ¿cómo iba yo a saber que crecería tanto,
o que Brummel duraría tanto?

Regresé a México en 1917. Mi primer contacto visual simplemente, con un poeta de quien habría de ser más tarde admirador ferviente y amigo de bastante intimidad, ocurrió casi al llegar a la Preparatoria. En los cursos de 1917 se acostumbraba en el Anfiteatro hacer una ceremonia en la cual había números de velada musical —yo concurrí—. Acababa de inscribirme. Debo aclarar que entonces, cosa que ustedes seguramente ignoran porque no son tan… es decir, no son de mi edad, se pasaba directamente de la primaria del sexto año a la preparatoria. Yo no sé si nosotros éramos más inteligentes como niños, o si los niños ahora son más tontos. Pero eso era posible. O quizás porque no habíamos todavía subordinado al patrón norteamericano la secuela de nuestra educación. El caso es que en esta ceremonia de la inauguración de los cursos de 1917, yo vi de lejos y asombrado a un poeta melenudo que con voz muy potente, muy gruesa, muy sonora, decía versos que no se parecían nada a los que yo leía en mis libros de poemas. Este joven poeta, melenudo, era Carlos Pellicer. Abrazó a un señor, Manuel Ugarte (de quien yo nada más supe su nombre entonces); salió casi en hombros de aquella ceremonia en el Anfiteatro de la Preparatoria.

Carlos Pellicer, por entonces, seguramente es cuando emprendió su viaje a Bogotá, su destierro a Colombia; no destierro, en fin, se marchó a estudiar a Colombia, y sólo fue años después cuando Vasconcelos lo trajo y yo empecé a tratarlo ya como amigo y no como un distante admirador que es como lo conocí. Quiero dejar, sin embargo, esta primera impresión de mi conocimiento o de mi contacto con Carlos Pellicer.

Entré, pues, a una Preparatoria que en 1917 arrastraba todavía residuos porfirianos muy pintorescos. Quiero decir con esto que persistían en su profesorado maestros cuyo nombre me conmovía y me hacía sentir el asombro y el deleite y el júbilo de anticipar que yo ese día iría a la clase de don Ezequiel A. Chávez, nombre ilustrísimo que yo había visto en mis libros de primaria, en las geografías, en muchas otras cosas. Que don Jesús Díaz de León, el autor de las *Raíces griegas y latinas* que estudiábamos, nos daría clase. Y que mi primer profesor, no de literatura todavía, porque en el primer año no se cursaba literatura, sino de gramática, era un señor ya de bastante edad, absolutamente calvo, muy miope, que hacía consistir su clase casi exclusivamente en la lectura en voz alta del *Quijote;* una magnífica manera de dar clase, de enseñar castellano. A este señor le gustaba como yo leía, le daba mucho gusto que aprendiera rápidamente a pronunciar la *c*, la *z* y la *ll;* me recomendaba que fuera a la esquina a comprar ave*lla*nas para que supiera cómo se debe pronunciar la elle. Y yo lo acompañaba, después de la clase, a un gran hotel donde él vivía y un día me regaló un libro suyo. Recuerdo la dedicatoria, y por ella ya se darán ustedes cuenta de que este señor, que era nada menos que

don Manuel G. Revilla, no percibió cómo en aquel muchachillo de 13 años, que leía el *Quijote* con facilidad, germinaría un futuro colega académico de don Manuel G. Revilla. Digo que no se dio cuenta, porque su dedicatoria dice solamente lo siguiente (también me gustará mucho que tomen ustedes nota del reconocimiento de mi buena educación desde entonces). Dice así su dedicatoria: “Al joven Salvador Novo, con el aprecio que su buena educación le conquista”.

Otra dedicatoria, más que pintarme a mí, pinta a su excelente, cordial, generoso, altísimo autor: don Ezequiel A. Chávez, figura ilustre y amadísima de toda aquella generación. Me dedicó el ejemplar del *Titchener*, que él había traducido y que servía de texto en nuestra clase de psicología que él daba, con estas palabras: “Se llama usted Salvador, justifique siempre su nombre, tenga usted siempre pensamientos que salven, nunca pensamientos que dañen, nunca pensamientos que maten. Cariñosa y cordialmente, con sinceros votos por su verdadero bien, su maestro, *Ezequiel A. Chávez”*.

(No puedo decir que haya seguido su consejo.)

Pero, fuera de estas figuras de un pasado cercano y tan remoto, sin embargo, como el porfirismo que perduraba ya en la figura bonachona y obesa de este Puga y Acal a quien yo proyectaba todavía mi odio infantil, o de don Ezequiel A. Chávez todo bondad, o del doctor Jesús Díaz de León que me dio un descolón horrible un día (si quieren se lo cuento: él era el autor del libro *Raíces griegas*, pero en casa había un libro suyo que se llamaba *La inmortalidad del alma*. Y a mí me dio mucho gusto descubrir este libro en casa, y ser su alumno, y fui y le pregunté: “Maestro, ¿es inmortal el alma?” Don Jesús Díaz de León parecía una litografía del siglo XIX: era gordo, con unos bigotes blancos, muy enhiestos. Se me quedó viendo… y me dijo: “Eso no se pregunta en un corredor de escuela. ¡Lea el libro y lo sabrá!”)

Fuera de estos maestros venerables que evoco con emoción, advenía ya, en este año de 1917 y en los siguientes próximos, arrolladoramente, toda una nueva generación de maestros; toda una nueva generación de intelectuales hijos ya de esta Revolución. Ya no se desmoronaba el porfirismo, sino que surgía otra cosa nueva. Se hablaba ya, en la Preparatoria, de los Siete Sabios. Estos Siete Sabios, cuya composición, cuya integración ha seguido siendo una pequeña charada en la que todavía suelen divertirse los *eruditos*. No se sabe a punto fijo quiénes eran los Siete Sabios, pero eran “Siete”.

Empezaron a darnos clase en la Preparatoria profesores nuevos, brillantes, jóvenes, llenos de entusiasmo, como Manuel Gómez Morin, como Narciso Bassols, como Trinidad García, como otros que acababan de recibirse de abogados o que se iban apenas a recibir; eran estudiantes aventajados y daban ya clase e inyectaban su nuevo saber en aquella generación.

Pero, entre los estudiantes, tropecé bien pronto —sería en 1918-1919 cuando más tarde— con un compañero que iba un año adelante de mí. Había nacido un año antes, iba también un año adelante de mí. La amistad con este muchacho fue de toda la vida, desde entonces; de toda la vida suya, que desgraciadamente se extinguió hace unos cuantos años. Ya entienden ustedes que me refiero a Xavier Villaurrutia.

Xavier Villaurrutia era —no sé si muchos de ustedes lo conocieron todavía— bajito de cuerpo, de espléndidas manos blancas, tersas, expresivas, de grandes ojos alertas, de boca gruesa, endeble sin embargo, delgado, débil, enfermizo, proveniente de una familia de la cual don Jesús Valenzuela, este mecenas, era pariente por alguna manera de la madre de Xavier

Villaurrutia; y este muchacho y yo empezamos a enseñarnos nuestros versos y a ser muy amigos. Él vivía en la calle de Mina, yo pasaba todos los días por él para irnos a la Preparatoria. La ciudad entonces no era esta cosa espantosa que ustedes no pueden recorrer; era una pequeña ciudad que uno podía recorrer a pie, sobre todo si uno tenía aquella edad. Y nos íbamos a pie a la Preparatoria, hablando, enseñándonos nuestros versos, hablando de los libros que estábamos leyendo. Él traía una cultura francesa, pues casi digamos que en la sangre; desde luego había estado en colegios primarios en que se cultivaba mucho el francés, lengua que yo ignoraba. Hasta entonces, allá en el Norte, en el bárbaro Norte, le enseñaban a uno nada más inglés; el francés tuve que aprenderlo aquí de una manera que si fuera oportuno se la contaría; pero creo que no, se sale del tema. Bueno, no se sale, porque el primer año (naturalmente el primer año de la Preparatoria) tuve la inquietud explicable de conocer esta ciudad maravillosa y me fui *de pinta* todo el año. No tuve, pues, derecho a examen; entonces me encerraron en mi casa (está entre la concurrencia un tío mío que no me dejará mentir) y me encerraron a que estudiara en librotes y me los aprendiera para que presentara examen a título de suficiencia. Claro que lo aprendí todo: geografía, historia, todo lo que me impusieron; pero el francés… pues, también me lo aprendí; pero cuando fui a examinarme, el jurado vio con horror que yo decía: *Les colonnes sont blanches, J'aime. Tu aimes, il aime, nous aimons, vous aimez, ils aiment.* No me pudieron reprobar, sin embargo, porque yo sabía el libro de memoria. Lo único que hizo el jurado fue recomendarme que el siguiente año aprendiera la pronunciación, y entonces estaba parejo.

Xavier, pues, tenía la ventaja sobre mí de un dominio temprano del francés. Son tantos los rasgos suyos que conservo emocionado en mi recuerdo, tantas las ocasiones de comprobar la finura de su inteligencia, su penetración, su habilidad en todos los terrenos, que no sabría por dónde empezar a describirlo. La cronología me ayuda un poco, me ayuda a reconstruir su carácter tan diplomático, tan habilidoso —lo digo sin la menor sombra de reproche para estos calificativos— que mientras yo seguía siendo este muchacho alocado que se había ido *de pinta,* y que hacía los versos un poco como una excreciencia, sin el rigorismo crítico que fue la característica de Xavier Villaurrutia; él sabía, sin embargo, administrarse y administrar la publicación de nuestras poesías. Así, recuerdo ciertos detalles: cómo fuimos, él y yo —a sugestión suya, porque a mí no me importaba realmente mucho— a que nos llevara —una amiga de ella— a presentarnos con María Luisa Ross. ¿Ustedes saben quién era María Luisa Ross? María Luisa Ross había sido calificada por Luis G. Urbina (sí, éste sí saben quién era) "blonda de leche y miel" (él había estado enamorado de la belleza de María Luisa Ross). Cuando nosotros la conocimos, Xavier y yo, ya María Luisa Ross estaba bastante deteriorada y nos recibió en una sala típica de la colonia Santa María, con su ajuar muy bien colocado, con sus jugueteritos, con sus porcelanas; nos dio café, y como era la directora de *El Universal Ilustrado* —una revista que se publicaba entonces— recibió nuestros versos, y la primera vez que salieron versos publicados en una revista fue de los dos, de Xavier y míos, en 1919. Xavier, entusiasmado con esto, y muy sensatamente interesado en que se empezara a conocer nuestro talento, me indujo también a que fuéramos a otro periódico que se llamaba *El Heraldo de México;* pero ya fuimos entonces provistos de retratos. Por aquel entonces, ya esto era en 1919, había un fotógrafo que se llamaba "Silva" —como el cantante— y hacía unos retratos "al horno"; bueno, sí, parecía que estaba uno "al horno", así, en sepia, y luego le ponía a uno

una gola y una espada y nos retrataba. Estos retratos nos los tomamos todos los escritores, y muchos que no eran escritores. Don Artemio, desde luego. A don Artemio le caía como anillo al dedo. ¿No está don Artemio?

Bueno, ya llevamos, pues, nuestros retratos y salimos retratados con elogios de un señor que se llamaba Rodrigo Gómez, me parece, sí, como el gerente del Banco de México, o de otro apellido, pero se llamaba Rodrigo. Entonces se publicaron estos versos en un suplemento de *El Heraldo de México;* la primera vez de Xavier y yo juntos; también en *El Universal Ilustrado* aparecimos juntos; y preparamos, también, nuestro primer libro juntos. Un libro de traducciones de cuentos de Francis Jammes, para la Editorial Cvltvra. Yo hice la traducción de los cuentos y Xavier hizo el prólogo, y con esto apuntó el camino que tan brillantemente habría de seguir después —el de la crítica—. Esto acontecía en 1922, o sea cuando teníamos él 19 y yo 18 años. Xavier me revelaba así autores, poetas, escuelas; era positivamente un maestro, apenas un año mayor que yo, pero dotado de ese espíritu central suyo, necesitado, sin embargo, toda su vida, de un muro al que adherirse como en su hiedra; él buscaba una fuerza en la que apoyarse y a la cual se comunicaba, pero de la cual derivaba también su sustento. Él encontró en mí esa fuerza y a la vez, digamos pues, ese alumno y ese maestro. Quizás describa nuestra relación de esos años un poema también incluido en este libro de que les hablo:

No podemos abandonarnos
nos aburrimos mucho juntos
tenemos la misma edad
gustos semejantes
opiniones diversas por sistema.

Muchas horas, juntos,
apenas nos oíamos respirar
rumiando la misma paradoja
o a veces nos arrebatábamos
la propia nota inexpresada de la misma canción.

Ninguno de los dos, empero,
aceptaría los dudosos honores del proselitismo.

Creo que con esto describo nuestra relación inicial, llena después de peripecias a que la vida nos fue empujando y que ya, pues… no puedo detenerme a detallar, porque si no nos quedaríamos únicamente con él. Podría yo hablar de Xavier, horas.

Pero en ese mismo año, fue en 1920 ya, advino al conocimiento casi simultáneo de Xavier y mío un joven apenas un año mayor que Xavier, dos años mayor que yo, de un talento extraordinariamente brillante y una presencia imponente y de una estrella brillantísima desde entonces. Me refiero, como ya lo suponen ustedes, a Jaime Torres Bodet.

Jaime Torres Bodet llegó como secretario de la Preparatoria en el año último en que nosotros cursábamos esta escuela. Un secretario, pues, de 18 años —secretario de este don Ezequiel Chávez de 80, que ya ustedes conocen—. Ahí conocimos a Jaime Torres Bodet. Primero, yo traje a Xavier y empezamos a comunicarle y leer nuestros versos. Jaime era el

alma y el centro de un grupo llamado el Ateneo de México, el Ateneo de la Juventud (porque había habido el Ateneo de México integrado por Vasconcelos, don Alfonso Reyes, por muchos otros con los cuales yo hasta entonces no tenía trato y por eso no los incluyo en esta cronología); pero los jóvenes presididos, piloteados por Torres Bodet, eran lo que más tarde llegaría a ser el grupo conocido en la historia de la literatura reciente de México como Los Contemporáneos. Eran éstos: José Gorostiza, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo, Jaime Torres Bodet y algún otro que desistió de las letras, como Bernardo del Águila F., que formaba en el grupo entonces. Con Jaime cultivé yo una amistad que se mantuvo para siempre en la cortesía y a la distancia de su carrera. Vivíamos, sin embargo, en la misma colonia que es ahora San Rafael, una colonia que se había estado poblando de escritores, no solamente en los nombres de sus calles positivistas: Gabino Barreda, Alfonso Herrera, José Rosas Moreno —todos estos nombres que le dan una fisonomía peculiar a esta colonia—, sino porque en esta colonia vivía nada menos que Enrique González Martínez, el gran poeta que era entonces el ídolo y el maestro supremo para Jaime Torres Bodet y para este grupo de sus amigos íntimos: José Gorostiza y Bernardo Ortiz de Montellano. Todos ellos se inspiraban en esta serenidad un poco anacrónica evidentemente para sus 18 años, en esta filosofía, en esta altura que tan bien cuadraba a don Enrique González Martínez. El único que disentía de la escuela de González Martínez era su propio hijo: Enriquito González Rojo, Enrique González Rojo. (Ahora hay un Enrique González Rojo, pero no es éste, éste es el nieto, hijo de Enrique González Rojo.) Torres Bodet, pues, vivía en Altamirano. Los Gorostiza, José y Celestino, vivían también en San Rafael, y vivían don Victoriano Salado Álvarez, y no recuerdo quiénes más; pero era una colonia muy literaria aquella de San Rafael.

No tardaría ya en tropezar con otra personalidad sumamente vigorosa, con un positivo maestro de las letras y de muchas generaciones, que había sido para el Ateneo de México el cerebro, la guía, el faro. Me refiero a Pedro Henríquez Ureña, este maestro continental.

Yo confieso que ignoraba todos sus merecimientos cuando a la puerta de la Escuela de Leyes (en la que yo estaba; digo en la escuela), él entró a dar una clase de la Escuela de Verano. Yo me metí a su clase y me dirigió algunas preguntas como si yo fuera un alumno, uno de estos americanos que iban. De ahí nació un contacto superficial, una amistad que con el impulso que tenía siempre hacia los jóvenes y la curiosidad de descubrir en ellos talento, vocación, o de encauzarla, pronto anudó en un contacto constante —él vivía también en San Rafael—. Y me adoptó, podemos decir, me hizo dar clases en la Escuela de Verano; me hizo trabajar en la Universidad a su lado y empezó rígidamente a guiar mis lecturas, a emplear conmigo este método socrático que le era tan grato y tan fácil, de conversar largamente sobre temas que él suscitaba. Estas conversaciones ocurrían en el trayecto de la Universidad, que estaba entonces en Licenciado Verdad, hasta la calle de Rosas Moreno donde él vivía. Ya les repito que entonces se podía caminar por las calles, y nos íbamos caminando sin fatiga, maravillado por su conversación, por su charla, por la manera como él tenía de desarrollar los temas que le parecía conveniente que uno dilucidara. Una vez llegados allá, entrábamos en contacto con otros discípulos suyos de la nueva hornada, puesto que los compañeros suyos de la hornada del Ateneo de México eran: Alfonso Reyes, que estaba ya en España; Vasconcelos, que era el asesor del ministro de Educación; y otros. Pero él tenía un nuevo grupo de discípulos. Este nuevo grupo de discípulos estaba constituido por el alto poeta Salomón de la

Selva (que acaba de fallecer como ustedes saben); por Daniel Cosío Villegas, el historiador; por Eduardo Villaseñor, el banquero pero también el poeta y el hombre de letras y el bibliófilo; y estos jóvenes de entonces, prácticamente *vivían* en la casa de Pedro Henríquez Ureña, absorbiendo con delectación toda su enseñanza y siendo guiados y manejados por este maestro.

Yo, desgraciadamente, he sido siempre un poco heterodoxo y no he pertenecido ni a este grupo ni al otro grupo, ni me ha gustado adherirme. Pero, en fin, no se trata de mí, sino de los que yo he tratado. Lo menciono solamente para aclarar que en ese grupo no formé, de manera congruente, como tampoco formé de una manera definitiva ni real, sino por coincidencia cronológica, en el grupo que más tarde se llamó el de Los Contemporáneos.

Después de su boda y de su viaje a Sudamérica, de su alejamiento de México, yo volví a encontrar a Pedro Henríquez Ureña en Buenos Aires, ciudad en la cual murió. Fue muchos años después; él tenía ya estas dos chicas hijas suyas que ahora después de su muerte han venido a México y han contraído nupcias, y son ya mamás y se han casado con los hijos (aquí tenemos a una de ellas) de otro amigo mío de entonces —de Pablo González Casanova—.

Ya están ustedes constantemente comprobando la vetustez de quien les habla. Pedro Henríquez Ureña vivía entonces en Buenos Aires; allá lo vi; allá había reconstruido su atmósfera propia; allá también era el centro de las tertulias literarias; allá había más modo que acá. El México de 1922-1923, del que él se alejó, era, pues, un poco turbulento: había disensiones, había oleadas demasiado rápidas en las generaciones y en las gentes; en cambio, Buenos Aires era una ciudad como le acomodaba a Pedro Henríquez Ureña; era, me imagino, como el México en que él había vivido a gusto cuando el Ateneo de México, un México porfiriano, tranquilo; un Buenos Aires lleno de grandes residencias dentro de las cuales se pueden celebrar carreras de caballos —así son de grandes—, lleno de cultas damas que hablan mucho de Proust, que dan té, que dan fiestas, que son muy ricas y que hablan de literatura y, como diría Pedro Henríquez Ureña, *fabelean*. En esta atmósfera, Pedro Henríquez Ureña se había vuelto a sentir a gusto. En esta atmósfera lo vi brevemente los pocos días que me depararon el gusto de verlo y la insospechada suerte de conocer —de paso entonces también— a otra persona tan destacada en las letras, tan admirable como persona: Federico García Lorca.

Creo que ha llegado el momento de que prescindamos de la cronología, porque para 1922, pues es natural que yo ya conociera a muchísima gente, mucha más que ésta que he estado enumerando, y entonces vamos, si a ustedes les parece, a consultar estas tarjetas en las que he agrupado a muchas personas por *rubros*. He puesto aquí: *Los diplomáticos*, y podemos hablar de Salado Álvarez, de don Federico Gamboa, de don Balbino Dávalos; de Nervo no, pues no lo conocí, pero de Urbina sí; de Rebolledo, de González Martínez, de Alfonso Reyes, de Castillo Nájera; de José Rubén Romero, de Francisco Orozco Muñoz, de Rafael Cabrera, de Antonio Castro Leal, de Genaro Estrada, de Quintanilla, de Gilberto Bosques, de Núñez y Domínguez, de Maples Arce, y hasta puede que de Usigli.

De este panorama o de este directorio ya pueden ustedes concluir cómo tenía yo razón al señalar en el pequeño prólogo que me permití leerles, que la diplomacia es un clavo ardiendo del que se han asido muchos de nuestros escritores. Ya ustedes ven aquí unos cuantos nombres. Sin embargo, la diplomacia pienso que está demostrando que a los escritores que ingresan en

ella los inhibe y los frustra en lo sucesivo como escritores. Muchos escritores que podrían ser valientes y decir cosas importantes si no fueran diplomáticos, en cuanto ya son diplomáticos se abstienen de escribir o escriben cosas insulsas e inocuas. Pero hay el fenómeno contrario —siempre hay un fenómeno contrario en esta dialéctica—, el fenómeno de los que no siendo escritores ingresan a la diplomacia, y una vez en ella se sienten en la obligación de volverse escritores. De éstos hay muchos, muchos, muchos de los que están aquí nombrados están o en un caso o en el otro.

Podemos hablar de *Los críticos*. Ir desde Eduardo Colín, Genaro Fernández MacGregor, Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint y su derivación al arte colonial; Jorge Cuesta, que es una de las personas descubiertas por Xavier Villaurrutia y puestas en relieve por su trato; José Luis Martínez, Justino Fernández; o si tuviéramos bastante más tiempo, hablaríamos de *Los críticos teatrales*.

O hablaríamos de *Los novelistas,* de los cuales he conocido desde a don Federico Gamboa, a Carlos González Peña, y hasta a uno anterior y menos conocido que todos ellos, que era don Porfirio Parra. Don Porfirio Parra, no por otra cosa sino porque parece ser que era el médico de mi familia y de pequeño me llevaron a consulta a la calle de Cocheras, donde don Porfirio Parra me atendió. Después, en casa había una novela suya llamada *Pacotillas,* de modo que sí conocí a un novelista del siglo pasado.

A don Federico Gamboa, desde luego; a don Mariano Azuela; a Gregorio López y Fuentes; a Martín Luis Guzmán; a Francisco Urquizo; a Rafael Muñoz; a Teodoro Torres; y hasta a los jóvenes: Luis Spota y Carlos Fuentes.

O podríamos hablar, porque es pintoresco, de *Los poetas proletarios:* Carlos Gutiérrez Cruz, José Muñoz Cota, Baltasar Dromundo, de un grupo que se llamó Los Agoristas (me imagino que porque pensaban desde el ágora, si es que en algo); o podríamos hablar de *Las poetisas:* ir desde María Luisa Ross, a quien ya mencionamos, o del libro de don José María Vigil llamado *Poetisas mexicanas,* un libro tan gordo casi como los que hacía en su destierro el diplomático Francisco Castillo Nájera, que produjo un libro llamado *Cien kilos de poesía belga*. Este libro de las *Poetisas mexicanas* es también muy voluminoso.

Pero… bueno, yo les estoy dando a ustedes un muestreo y luego escogeremos alguna cosa de éstas para ser más amplios con ella.

Los periódicos podrían ocuparnos un poco, desde *El País, El Imparcial, El Demócrata, El Universal, El Mundo, El Globo,* con sus colaboradores de entonces y de ahora.

O podríamos hablar de las revistas: de *México Moderno,* una revista de 1922; de *La Falange,* una revista de Torres Bodet y sus compañeros; de *Ulises,* de Xavier y mía; de *Contemporáneos,* de *El Hijo Pródigo,* y referirnos a otras revistas de otro carácter más o menos exclusivamente literario como *El Universal Ilustrado,* o el *Hoy;* y a partir del *Hoy, El Impacto,* que ha producido por ejemplo a Roberto Blanco Moheno.

O podríamos llegar hasta *México en la Cultura,* que es un suplemento dominical muy interesante que hacen Fernando Benítez y colaboradores —algunos españoles, otros mexicanos— como Alí Chumacero, Emmanuel Carballo, Elena Poniatowska, Henrique González Casanova.

O podríamos hablar de *Las inmigraciones,* de las inmigraciones literarias; porque hubo por los veintes, auspiciada por Vasconcelos, una copiosa, una caudalosa invasión de

escritores sudamericanos y centroamericanos; algunos tan ilustres como Gabriela Mistral, otros no tanto. Y después, años después, cuando Cárdenas, en 1936 tuvimos otra inmigración, ésta de autores españoles, de escritores españoles: Díez-Canedo, Moreno Villa, El Colegio de México, La Casa de España en México, Jarnés, Adolfo Salazar, Rivas Cherif, Margarita Nelken y Magda Donato; los críticos de todo: literatura, teatro, cine, editoriales, periódicos, cafés, restaurantes.

O podríamos hablar de *Las librerías:* de la librería de Gamoneda, de la de Robredo, de la de Porrúa.

O de los cafés, donde se han reunido los escritores que tomaban el té en Lady Baltimore o que comían en Sanborns (porque nos parecía muy elegante), o las comidas que hacía Genaro Estrada para reactivar el Pen Club, o las que invitaba Vasconcelos, o Los Monotes que fue un café en el que se realizó una conjunción no repetida y muy hermosa de las artes. Comentaba yo con Celestino Gorostiza, hace unos días, a propósito de esto, que es un momento estelar o culminante de la vida de México, cuando pudieron coincidir muchos orígenes, muchas inquietudes, lo mismo pictóricas que musicales, que literarias; esta época floreció alrededor de este café decorado por don José Clemente Orozco y que se llamaba Los Monotes.

Había otro café, El Fénix, donde pontificaba *Florisel;* o La Flor de México, a donde iban los hombres de teatro o los humoristas como Elizondo; o las cantinas donde iban Pepe Frías y otras personas adictas; o el Tupinamba; o, después, el café París.

Pero yo de esto no sé mucho y tendríamos que dejar apuntado que se celebran actualmente, cada no sé cuántos días, unos que llaman cafés-literarios, y de los que no sé mucho.

O por último, podríamos hablar de la Academia de la Lengua, en lo posible. De cómo, gracias a los esfuerzos tenaces, al decidido amor que don Alejandro Quijano profesó siempre durante su vida por la Academia, ésta ha persistido, ha subsistido, tiene su casa propia, celebra sesiones y agrupa a lo mejor del pensamiento mexicano.

Son, como ustedes ven, muchas cosas. Creo que nos quedaremos con una sola, porque además hay un concierto de guitarra dentro de unos minutos (con fondo de guitarra no creo que yo pudiera seguir la conferencia).

Vamos a quedarnos con *Las librerías*. Las librerías nos permiten unos *flashes* siquiera de las personas que las visitaban. Y me retraen a aquellos años entusiastas de la adolescencia en que uno gasta todo lo que tiene y se endroga por ir formando una biblioteca, y tener los ejemplares numerados, y la primera edición, y el libro que nadie tiene. Pedro Henríquez Ureña no era de esta opinión; él decía: “mi biblioteca es *la biblioteca”;* pero uno entonces siempre quería tener su propia biblioteca, y uno iba a Robredo, donde la patriarcal figura de don Pedro, o la un poco más mercantil de su hermano Juan (comentaba siempre que la situación estaba mal, pero que habían llegado unos libros muy buenos porque se había muerto un señor cuya viuda, pues, había vendido la biblioteca). Entonces ahí uno se encontraba a don Victoriano Salado Álvarez, don *Tertuliano* Salado Álvarez como le decía su propia hija, porque una vez que se soltaba conversando no había quién lo parara —era muy platicador—. Don Victoriano, pues, se reunía ahí con don Federico Gamboa, que llegaba también a tomar una silla allá adentro, a sentarse, y luego llegaba menudito, casi deshaciéndose a tientas, don Luis Conzález Obregón, viejecito, viejecito y completamente ciego, tan ciego que cuando uno iba a su casa, en la calle que lleva su nombre (ya no recuerdo si él en vida suya recibió el

homenaje de que se lo pusieran, ¿sí?, lo mismo que Artemio). Él conocía los libros, los muchísimos, los miles de libros magníficos que tenía en su biblioteca, al tacto. Los recorría y sabía que detrás de este libro estaba el que se buscaba. El padre Cuevas. Don Artemio, en quien hubiera querido detenerme porque era entonces un enhiesto personaje de su propia obra; acababa de publicar en España su *Doña Leonor de Cáceres* y *Cosas tenedes*, un libro que ya marcaba este estilo que él iba después a seguir por tantos y tan prósperos años.

Don Carlos González Peña, que venía de dar una clase en la Preparatoria y otra en la Escuela de Comercio y de escribir un artículo en *El Universal,* porque como él predicaba siempre: “Mi querido Salvador, es mejor tener muchos pocos que pocos muchos”; y él se mataba trabajando y haciendo acopio de libros magníficos para su biblioteca.

O la librería de Porrúa, a la cual llegaba Genaro Estrada, resoplando, a comprar los incunables y los libros más extraordinarios de la historia de México que ya le tuvieran por ahí los Porrúas, a cualquier precio, mirándolos *así* porque era absolutamente miope, llevándoselos a una casa en la cual su posición de oficial mayor de la Secretaría de Relaciones lo ponía en posibilidad de recibir las primeras ediciones y los libros numerados y las mejores cosas de todas las librerías de todo el mundo, y entonces, en su casa de la calle del Pino número doscientos y tantos, enfrente de la Alameda, él recibía los domingos a gentes copetudas de la política: a don Alberto Pani y a todos los ministros de entonces y les daba las grandes presumidas con su biblioteca llena de cosas magníficas, que después se llevó a Las Lomas a la casa que hizo.

Bueno. Podríamos detenernos en Genaro, en su atmósfera…

No hay tiempo para tantas cosas.

Joaquín Ramírez Cabañas visitaba también la librería de Porrúa. Teixidor, el bibliófilo; Toussaint; Julio Torri, sepultado también en sus libros.

Debo dejarlo aquí. Me satisface dejarlo en punto y coma; esto me da la sensación de que ni están muertos todos los escritores que yo he conocido, ni se agotan los que he tratado, ni yo mismo estoy todavía tan enterrable como me gusta hacerlo pensar.

EVOCACIÓN DE SCHILLER[4]

CUANDO la audacia del hombre alcance a radicar su curiosidad en algún punto del espacio desde el cual le sea dable contemplar las constelaciones y descubrir en ellas, y comprobar y admirar reverente la armonía universal que esmalten soles, astros, estrellas, mundos, satélites, el hombre que confronte su pequeñez con la grandeza de semejante panorama ha de experimentar una emoción semejante a la que nos embarga —hijos de un atareado, premioso y sin embargo gris siglo XX— cuando en modesta emulación de los exploradores espaciales, dirigimos nuestra curiosidad y enfocamos nuestra mirada hacia el tiempo y hacia el espacio que en un luminoso, deslumbrador, estelar momento de la historia del mundo, pudo para gloria del pensamiento humano y del sentimiento universal reunir en coincidencia o en sucesión, darse la mano; comunicarse inspiración, inteligencia y propósito; integrar, en fin, una constelación de insuperable eminencia, clara armonía y deslumbrante luz, los hombres-astros

que esmaltan el cielo alemán del siglo XVIII.

Muchas voces sonoras, profundas; en coro a veces, solas otras, como en la más perfecta sinfonía, contribuyen a la unidad grandiosa de este siglo; y al expresarlo, una de las más brillantes, la de Johann Gottfried von Herder, nos otorga desde entonces, en la claridad de un raciocinio que más tarde Hegel condensará en el "devenir", la explicación de esta unidad hecha de singularidades, a que nos asomamos con admiración y reverencia:

> Las obras de Dios —escribe— si bien forman en su conjunto un todo que ninguna mirada abarca, tienen sin embargo la propiedad de formar cada una en particular un todo marcado con el sello divino de su destino. Si es así en la planta y el animal, ¿por qué habría de ser de otro modo con el hombre? ¿Es posible que miles de seres sean creados para uno solo; que todas las generaciones pasadas no hayan vivido sino para la última; que, en fin, todos los individuos sean hechos solamente para la especie; es decir, para un nombre, para una vana imagen? La sabiduría suprema no se ejerce así; no imagina sueños vacíos; se ama y se reconoce en cada uno de sus hijos; experimenta frente a cada criatura el mismo sentimiento maternal, como si cada una fuera sola en el mundo. Todos sus medios son fines; todos sus fines, medios para alcanzar fines más elevados, en los cuales el Dios infinito se revela y cumple sus promesas.

Tal ocurre en el siglo en el cual Herder con este raciocinio, y Kant con la *Crítica de la razón,* sientan las bases dialécticas de la filosofía moderna, *Licht, Liebe, Leben* —luz, amor, vida—; divisa que fue suya y trinidad de palabras mágicas grabadas en su tumba, impregnan el siglo XVIII, vinculan a sus hombres, integran la constelación admirable en que se consolida y manifiesta, para irradiar y para devenir perpetuamente, el genio de Alemania.

En aquel panorama, dos cumbres líricas descuellan, fraternales, Cástor y Pólux de ese firmamento en que, sin embargo, no están solos: Goethe y Schiller. Si aspiramos a abarcar, siquiera sea en una breve y rápida ojeada, la constelación que ellos presiden, a prepararnos para afrontar su luz cegadora se adelantan en el tiempo otros nombres estelares. Klopstock, a quien Goethe, en sus conversaciones con Eckermann, reprochará la carencia del sentido plástico; pero a quien Schiller reconocerá como un poeta musical, realiza la reforma literaria en verso y en prosa, sacude el mundo artístico; aborda la poesía épica con *El Mesías*, la lírica con las *Odas,* la sagrada con los *Cánticos;* busca instaurar un nacionalismo arraigado en una mitología más propia que la griega, y que hace presentir a Wagner; abona, en fin, rotura y prepara el terreno para la gran cosecha lírica y filosófica de su siglo. Si Herder, en sus *Fragmentos sobre la literatura,* dirá de Klopstock que él es *"unser groster Dichter an Empfindung";* y Lessing en sus *Cartas* opina de sus *Odas* que *"Sie sind so voller empfindung dass mann dabei gar nichts empfindet";* si, en fin, al remover todo un mundo de ideas, verdaderas o falsas, contradictorias, a veces nuevas, siempre asombrosas, Klopstock inspira el periodo del *Sturm und Drang,* y promueve un caos que otros más tarde esclarecerán, reconozcamos que toda fecundidad presupone el desorden de una fermentación como la provocada por quien, como este precursor, la llevó a todos los terrenos del sentimiento.

Astros menores solicitan nuestra evocación por esos años: Haller, Kleist, Gessner —con *Los Alpes, La primavera, Los idilios*— emprenden la poesía descriptiva y la prosa poética; surge la didáctica con la *Poética* de Gottsched y el *Tratado de lo maravilloso* de Bodmer. Dos altos nombres, sin embargo, brillan con luz propia en este cielo: Winckelmann y Lessing.

Antes de detenernos frente a Winckelmann y Lessing, permítaseme una digresión cabalística, o zodiacal, sobre un hecho curioso que se descubre al revisar la cronología de la

época a que nos asomamos: una digresión relativa a la recurrencia curiosa del número 9 —compuesto por tres veces el número perfecto que es el 3— en el año de nacimiento de algunos de los principales pensadores y poetas del siglo XVIII alemán. Winckelmann nace casi en 1719: en 1717; Lessing, en 1729. También Moisés Mendelssohn, su discípulo, admirador y defensor, cuyos *Diálogos filosóficos* preludian su versión, desarrollo libre más bien, del *Fedón* platónico; Mendelssohn, quien con el propio Lessing y con Abbt redactará de 1759 a 1765 las *Cartas sobre la literatura* en que nace la crítica moderna; de cuya inteligencia partirá un hilo que conduzca y vincule, en 1767, a los *Fragmentos sobre la literatura alemana* de Herder; al *Mercurio alemán* de Wieland de 1773 a 1810; a la *Dramaturgia hamburguesa* de Lessing, en 1767-1778.

Dotado acaso de menor originalidad que Mendelssohn y Abbt en el esfuerzo de crear un lenguaje filosófico; pero de igual devoción por Lessing, en cuya órbita gira, Juan Augusto Eberhard no solamente nace bajo el signo del 9, en 1739; sino que muere, muchos años después, en 1809, dentro de su cifra. En ese propio año de 1739 nace un poeta forjado sobre Klopstock, pero que supo labrarse la originalidad de una elocuencia popular apasionada y frondosa; un improvisador brillante, en quien el *Mesías* de su modelo se vuelve la *Mesíada;* el infractor fogoso y duramente castigado de la rigidez ortodoxa del duque Carlos Eugenio de Wurtenberg: Cristián Federico Daniel Schubart.

Un novelista ciertamente menor, pero a quien cabe mencionar por alusión a Wieland, cuya escuela —menos la mesura— siguió en su *Ardinghello y las Islas Afortunadas;* en esta novela tan duramente juzgada por Schiller: Wilhelm Heinse, nació 10 años más tarde, en 1749. Y Federico Müller, llamado el pintor Müller; autor de un *Fausto* como Klinger y como Goethe; y de un *Golo y Genoveva* muy análogo al *Goetz von Berlichingen;* satélite, en fin con Klinger, con Leopoldo Wagner, con Reinhold, Lenz quien en *Poesía y verdad* habría de recordarles, explicarlos, a todos los entusiastas miembros del cenáculo. Aludo, lo sabéis, a otro hombre eminente como ninguno, nacido bajo el signo del 9 en 1749; a Goethe.

Diez años más tarde que Goethe; y sin que en su caso de excepción podamos allegar la coincidencia con otros talentos: en un 1759 que nos depara en 1959 el reverente privilegio de evocar su figura excelsa, nace el 10 de noviembre Federico Schiller.

Dejemos en este punto el juego cabalístico de un número 9 tan demostradamente recurrente para concluir, con dos palabras sobre ellos, el marco cronológico, artístico y de pensamiento dentro del cual esplenden las figuras de éstos: Cástor y Pólux que serán Goethe y Schiller. Por esquemático que forzosamente ha de resultar este boceto, sería aún más pobre si omitiera la mención siquiera de Winckelmann y de Lessing.

En su *Historia de la literatura alemana en el* XVIII, Hettner dice palabras que me revelan, con citarlas, del intento imposible de definir mejor el carácter y el papel de Johann Winckelmann:

> Los griegos decían de ciertas imágenes de los dioses, antiguas y venerables, que habían caído del cielo. Querían indicar así que eran absolutamente únicas en su género e inexplicables en su origen. Otro tanto puede decirse de Winckelmann. Un Klopstock, un Wieland, un Lessing, un Herder; aun un Goethe y un Schiller, nos aparecen de algún modo como productos necesarios y naturales de la civilización que les rodea; son como la flor y el fruto de un desarrollo que ha germinado largo tiempo en silencio y que ha llegado por fin a su término. Parece, al contrario, que Winckelmann haya surgido de sí mismo, en la plena originalidad de su genio. El sentimiento profundo que le dirigía en su camino no se hallaba nutrido por las influencias del tiempo y del lugar; su vocación despertó y se fortificó en una lucha sin tregua contra las circunstancias. Hizo resonar

> cuerdas que no habían sido hasta entonces tocadas. Semejante a los arrojados navegantes de los siglos pasados, descubrió y conquistó mundos que eran completamente desconocidos, o al menos que se habían sustraído por largo tiempo a las miradas del hombre.

(Aplaudamos, de paso, la publicación que acaba en estos días de hacer el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional de México, de la obra de Winckelmann *De la belleza en el arte clásico*, en traducción directa de Juan A. Ortega y Medina. A su prólogo, notas y apéndices, refiero a quien desee conocer con mayor amplitud la obra del autor de la *Historia del arte en la antigüedad.)*

Si Winckelmann había abierto un surco profundo, Lessing roturó todo el campo del pensamiento y del arte, de la poesía y del teatro. Más curioso que Winckelmann, no redujo su curiosidad ni su sed de saber y entender al mundo antiguo, sino, también, al moderno. Si se puede estimar que Winckelmann persiguiera un ideal que una vez alcanzado mostró a los espíritus como el de Goethe, capaces de seguirlo, Lessing buscaba el suyo propio invitando a sus contemporáneos a emprender juntos esa búsqueda. Fue así Lessing el guía que iluminara todos los caminos, que atravesara sucesivamente todos los órdenes de conocimiento. Y no fue solamente un consejero, un auxiliar, para los escritores de la generación siguiente. Su vida misma, su carácter y su método sirvieron de alto ejemplo al fundar definitivamente la literatura sobre la crítica y al hacer de la poesía y del teatro alemán lo que alcanzó a ser en manos de sus sucesores: un esponsal feliz de arte puro, erudición literaria y reflexión filosófica. Su gigantesca figura, el examen de sus obras, el señalamiento de su influencia en el grupo de sus discípulos inmediatos y remotos, sobrepasa los límites forzosos de la referencia que en esta evocación de Schiller era, sin embargo, imposible omitir.

“STURM UND DRANG”

Se ha repetido la observación de que en tanto que las demás literaturas terminan por la crítica, la alemana comienza por ella. Lo cual, de ser exacto, no constituye ciertamente un reproche para la inteligencia de un pueblo que supo dar por la reflexión, y que acometió por convicción, las reformas —religiosas, morales, estéticas, filosóficas— en que buscaba depurar, encontrar, plasmar y fortalecer la expresión auténtica de su genio.

Hasta Klopstock y Lessing, Alemania no se mostró original sino en la teología. Se preparaba así al desempeño del papel preponderante que habría de jugar en el movimiento filosófico de los siglos XVIII y XIX. Pero he aquí que de pronto abandona la imitación de los modelos, siente estrechos los lazos en que ella misma viene aprisionándose, y se agita, febril, por conquistar su independencia. Es la época que se conoce por el nombre de *Sturm und Drang* —palabras que designan un movimiento violento, un asalto tumultuoso— y que derivan del título de un drama de Klinger representado en Francfort el 2 de julio de 1777: *Der Wirrwar:* es decir, el *imbroglio*.

Lo que caracteriza a los escritores de esta escuela nueva es una confianza ilimitada en sus propias fuerzas y un elevado sentimiento de su personalidad. No vacilan en llamarse a sí mismos, modestamente, *los genios originales*. Desechados por ellos, no solamente los

modelos decididamente contrarios al espíritu alemán y que Lessing ya había proscrito; sino toda imitación, que a sus ojos es una prueba de impotencia, se quebrantan las reglas, fruto de los modelos proscritos, y no se atiene el artista sino a la naturaleza.

> Ella sola, dice Werther, forma al gran artista. Hay mucho qué decir en favor de las reglas, como en alabanza de la sociedad civil. Un hombre que se forma según las reglas no producirá nunca nada absurdo ni malo… pero en revancha, toda regla ahogará, dígase lo que se diga, el verdadero sentimiento de la naturaleza y su expresión fiel.

Habla así el Goethe joven del *Goetz von Berlichingen:* el que en 1771, en un discurso entusiasta en que celebraba la memoria del gran poeta, exclama: “¡Naturaleza, Naturaleza! Todo es Naturaleza en los héroes de Shakespeare. Ha creado hombres, como Prometeo, pero de estatura colosal”. Porque para los jóvenes rebeldes del *Sturm und Drang,* para quienes todo intermediario entre ellos y la Naturaleza es un obstáculo y un velo, un solo guía, un solo intérprete es respetable: Shakespeare.

La historia literaria gusta de asociar los nombres de Goethe y de Schiller. Unidos en la vida, sus cualidades opuestas —la unión o la atracción de los opuestos— les vinculan, y les completaban mutuamente. En el binomio, Goethe aparece como el genio objetivo que sabe observar y pintar, ver las cosas en sí mismas y multiplicarse en el espectáculo del mundo. Schiller es subjetivo: introvertido, dirían hoy los psiquiatras; menos épico y más lírico. Y lo reconocía:

Warheit suchen wir beide, du aussen im Leben, ich innen
In dem Herzen, und so findet sie jeder gewiss.
Ist das Auge gesund, so begegnet es aussen dem Schoper;
Ist es das Herz, dann gewiss spiegelt es innen die Welt.

Su último ideal fue el mismo. Nadie disertó más que Schiller sobre lo bello y sobre las reglas de la poesía; y al no hallar en ello tradición alemana bien establecida, fue a dar, él también, a Grecia. Pero nada había de griego en la naturaleza de Schiller. Su imaginación desbordaba y le impedía alcanzar aquel equilibrio perfecto de las facultades poéticas, aquel acuerdo íntimo entre la invención y el estilo, cuyo modelo le ofrecía Goethe.

“En general —refiere Schiller al hablar de sus condiscípulos en la Karlschule en que el duque Carlos Eugenio formaba oficiales para su ejército y funcionarios para su administración: escuela en que el joven Schiller estudiaba sin gusto medicina y derecho— Goethe era nuestro dios.” El primer Goethe, el de un *Berlichingen* que le decide a escribir *Die Rauber* y a hacer representar este drama en Manheim en 1782 —a los 23 años—. Aún pasarían cinco años de románticas fugas, de asilo en el castillo de Frau Wolzogen, su protectora y madre de un condiscípulo de la Karlschule; de intentos frustráneos de encontrar un empleo durable en el teatro en Manheim; de aplicarse a terminar *La conjuración de Fiesco,* que Dallberg, administrador del teatro de Manheim, rechaza en 1783; de componer *Kabale und Liebe* y de completar con ello el ciclo dramático iniciado en 1780 con *Die Rauber*, y que constituye su suscripción al *Sturm und Drang;* aún pasarían cinco años antes que el *Don Carlos* le abriera el camino de Weimar y propiciara para el poeta acontecimientos

fundamentales para su vida y para su obra. En 1788, a los 29 años de su edad, en casa de Frau von Lengefeld (la menor de cuyas hijas, Carlota, se casaría con Schiller en 1790, en tanto que la mayor, Carolina, al divorciarse de Beutwitz, desposaría en 1794 a Guillermo de Wolzogen, y a ésta deberíamos una *Vida de Schiller* valiosa como el documento de un testigo) se encuentra por primera vez con Goethe, que vuelve ya de Italia. Era el 7 de septiembre de 1788. Una carta de Schiller al joven poeta Gottfried Korner (la correspondencia de ambos es del mayor interés documental para conocer el conjunto de la vida literaria en Weimar) es reveladora de su primera impresión frente a Goethe, y explica bien que aquél no era aún el momento de su conjunción:

> muchas cosas que todavía son para mí interesantes, que son aún para mí objeto de un deseo o de una esperanza, han pasado su tiempo para él. Se me ha adelantado tanto —menos por los años que por la experiencia y el desarrollo personal— que no podremos nunca volver a encontrarnos en el camino.

Es una carta del 12 de septiembre de 1788, escrita cinco días después de un primer encuentro que Schiller prejuzgaba como el último. "El tiempo dirá", concluye. Y el tiempo habló y obró. El tiempo, que ya no afectaba a Goethe, pudo aun ejercer en Schiller su acción fecunda. El tiempo obró para vincular a Goethe y a Schiller en una unión tan saludable como fecunda para uno y para otro, puesto que este contacto daba a Schiller la experiencia y la madurez que le faltaban, y comunicaba a Goethe la juventud que empezaba a escapársele. El amor de la antigüedad clásica había sido entre ellos el primer punto de contacto. *Los dioses de Grecia,* que Schiller escribió en 1788, pudo haberlos firmado su ídolo.

Corridos los años: reconocidas mutuamente simpatías y diferencias, las obras que marcan la edad clásica de Goethe: la *Ifigenia en Táuride*, *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* y el poema de *Hermann y Dorotea:* de 1794 a 1797; estas obras fueron concebidas bajo la influencia, y a menudo bajo el control, de este admirador, de este discípulo 10 años más joven que era Schiller.

Volvamos al Schiller anterior a la influencia directa y personal de Goethe. *Die Rauber,* como la *Conjuración* y *Cábala,* proceden todas tres de un mismo espíritu de requisitoria juvenil contra la sociedad y son por ello documentos del periodo *Sturm und Drang.* Charles Moor es el tipo de bandido generoso tan grato a la novela, tan —*helas!*— propio del cine. Si en nuestro tiempo una película de James Dean ha sido capaz de propagar por imitación, o por oportunidad de revelaciones y alusiones, la cauda universal y pintoresca de los rebeldes sin causa, señalemos que otro tanto cupo al héroe de Schiller (en la más modesta medida de una población del mundo entonces todavía razonablemente contenida, y de una oportunidad de propagación reducida a un solo teatro) de difundir el espíritu de evasión y de libertad que impregna el primer drama del joven Schiller entre la juventud de la época, hasta el extremo de que en 1785, en Leipzig, un grupo de jóvenes abandonara la ciudad para entregarse al bandolerismo y llevar una vida de salteadores de caminos.

"La ley —dice este héroe— no ha formado aún a un gran hombre, pero la libertad engendra colosos." ¿No volvemos a escuchar aquí, en palabras de Schiller, pero sin la templanza de su original, las frases que he citado del Goethe joven, no contra la ley, sino contra las reglas y en favor de esta libertad por la que Goetz von Berlichingen muere

exclamando: *“Es lebt die Freiheit”!?*

Joven y todo: satisfecho del triunfo de su debut teatral, Schiller no deja de juzgar con lucidez y dureza su propia obra, y de mostrarse así superior a su público. Sentía ya vagamente lo que comprendería más tarde: que el primer deber del poeta dramático estriba en contener su verba lírica. Se lo propuso en *La conjuración,* que el mismo barón Dallberg, que había propiciado el estreno de *Los bandidos* rechazó primero y estrenó después sin mayor éxito; y llevó adelante su maduración como dramaturgo con *Intriga y amor,* que obtiene gran éxito. Estrenada en Manheim el 9 de marzo de 1874, el mismo año que *Las bodas de Fígaro,* Hettner, a quien ya hemos citado, llama a *Kabale und Liebe* “el pendant trágico de *Las bodas de Fígaro”*. Ambas piezas, en efecto, marcan la diferencia entre dos sociedades y dos literaturas: lo que Beaumarchais aboceta en finas alusiones y hace oír a media voz, Schiller lo graba en rasgos agudos para un público más sensible a la pasión que a la ironía.

Intriga y amor logra una resonancia inmensa en el teatro alemán. La Antología para 1782 había hecho conocer a Schiller como poeta lírico. Los testimonios de admiración que recibió de Leipzig le emocionan al estimulante extremo de dictarle esta carta dirigida a Frau von Wolzogen, el 7 de junio de 1748:

> cuando pienso que acaso hay otros grupos semejantes en que me aman sin conocerme; cuando pienso que dentro de cien años o más, cuando mis cenizas se hayan dispersado, se bendecirá acaso mi memoria, y que un poco de agradecimiento y de admiración me seguirá a la tumba, entonces me alegro de mi condición de poeta, y me reconcilio con Dios y con los rigores de mi destino.

Respondiendo al llamado de sus nuevos amigos, se dirige a Leipzig en marzo de 1785 y en septiembre a Dresden. Los dos años que pasó cerca de Gottfried Korner, y en parte en su casa, le reconciliaron en efecto con su destino. El fruto de esta reconciliación fue el *Don Carlos*.

La larga elaboración de este drama suyo, que comenzado en 1783 no terminó sino en 1787, es de un valor inapreciable para quien quiera perseguir el desenvolvimiento del genio de Schiller. Él mismo nos confía esa evolución íntima suya sufrida conforme avanzaba en la composición de su obra: lo hace en la primera de las cartas sobre *Don Carlos*. Nos cuenta cómo, de un simple drama de familia que iba a ser éste, sobre la línea doméstica del *Kabale und Liebe,* acabó por ser una especie de evangelio de la libertad: el marqués de Posa, que iba a ser un personaje secundario, avanza al primer papel, y es un filósofo del siglo XVIII transportado a la corte de Felipe II. Es Rousseau y Montesquieu en una sola persona, y expresa el pensamiento de Schiller, predicando la tolerancia frente a la Inquisición y sosteniendo el derecho de los pueblos frente a la omnipotencia real.

Una fe viril había sucedido, en Schiller, al odio y al desaliento; y su propio estilo dramático se había ennoblecido. El teatro es para Schiller una verdadera cátedra laica.

Hay después en la vida de Schiller —que no podemos aquí seguir paso a paso— los episodios decisivos, su primer encuentro con Goethe, su matrimonio con el ángel bueno que fue para él Carlota de Langefeld, a que hemos ya aludido. Se refugia en la Universidad de Jena, donde por influencia de Goethe imparte la cátedra de historia. Son los años en que agotada la vena poética de su juventud, la renueva por los estudios históricos y filosóficos. La historia le sirve de experiencia, la filosofía le enseña a contemplarse a sí mismo y a corregir, por el hábito de la reflexión, la fuga natural de su genio. Hay una coincidencia de fechas, una

simbiosis, podríamos decir, entre la publicación de la *Crítica de la razón pura* y el estreno de *Los bandoleros;* una más en 1788, entre la *Geschichte des Abfalls der vereinigten Niederlande von der spanischen Regierung,* y la *Crítica de la razón práctica;* y tres años de distancia entre la *Crítica del juicio,* en 1790, y *La guerra de 30 años* en 1793. No es, pues, extraño que las ideas de Schiller sobre el plan de la historia provinieran de Kant, a cuya *Crítica de la razón pura* pediría sobre todo la solución práctica del problema de la libertad; y partiendo de sus teorías morales, les infundiría un soplo poético, y las templaría por una mezcla de liberalismo delicado. Kant había impuesto a los sentidos el yugo de la razón, y había dado a la ley moral la forma de un mandamiento imperativo.

Schiller escribiría el *Tratado de la gracia y de la dignidad* para mostrar *(Uber Anmut und Würde)* que la virtud puede y debe ser el resultado de un movimiento espontáneo del alma, naturalmente impregnada de belleza moral. Citemos sus palabras:

> Se dice de un hombre que es un alma bella cuando en él el sentido moral ha acabado por asegurarse de todos los movimientos interiores hasta el punto de poder abandonar sin temor la dirección de la voluntad a la sensibilidad, y de no correr nunca el riesgo de hallarse en desacuerdo con las decisiones de aquélla. Se sigue de aquí que en un alma bella no son tales o cuales acciones en particular, sino el carácter en su integridad, lo que es moral. Y que no se pueda hacer mérito de ninguna de estas acciones, porque la satisfacción de un instinto no puede ser meritoria.

Así como la gracia es la expresión de un alma bella que se pliega sin esfuerzo a las exigencias de la ley moral, así la dignidad es el carácter de un espíritu al que no puede alcanzar ningún pensamiento bajo. Unidas en un mismo ser, y armoniosamente fundidas ambas, gracia y dignidad constituyen la verdadera moralidad y la nobleza intelectual.

El *Tratado de la gracia y la dignidad* expone los principios de la moral estética aplicados al individuo. En las *Cartas sobre la educación estética del hombre,* Schiller desarrolla su teoría al aplicarla a la comunidad. El sentimiento de lo bello, que al conciliar las inclinaciones contrarias lleva la armonía al seno del alma humana, apacigua igualmente, por la dulcificación de las costumbres, los conflictos entre las fuerzas rivales en el Estado. El arte viene así a ser el último término del progreso social; contiene implícitamente la moral, la política, la religión.

> ¿Dónde hallaremos —se pregunta Schiller al concluir su última carta sobre este tema— el Estado estético? Toda alma delicada y bien ordenada lo anhela con sus votos. En realidad, quizá no exista, como la Iglesia pura, como la República pura, más que en ciertos círculos selectos.

Pero si dos siglos más tarde seguimos vanamente anhelando el Estado estético, la teoría de Schiller implica al menos una alta idea del arte y de su misión social.

> Vive con tu siglo —aconseja a un joven poeta—, pero no seas criatura suya. Da a tus contemporáneos, no lo que estén dispuestos a alabar, sino lo que les es necesario. Arroja de sus placeres el capricho, la frivolidad, la rudeza, y las expulsarás insensiblemente de sus acciones, y de sus sentimientos. Rodéalas de formas grandes, nobles, ingeniosas, y multiplica en torno de ellos los símbolos de lo perfecto, hasta que la apariencia triunfe de la realidad, y el arte de la naturaleza.

Acuerdo íntimo entre las facultades del alma humana; acuerdo del hombre con la naturaleza y con la sociedad; tales eran las ideas que el poeta filósofo se complacía en

predicar, en repetir en mil formas y en desarrollar en todos sentidos. Después de haberlas expuesto teóricamente, quiso aplicarlas a la historia de las literaturas. Tal fue el objeto de su bello tratado *De la poesía ingenua y de la poesía de sentimiento (Uber naive und sentimentalische Dichtung).* Su conclusión —que tanto complacería a Goethe— es que la verdadera poesía está hecha de una mezcla feliz de realidad y de ideal; repugna igualmente los dos géneros de exceso que la harían caer, uno en el idealismo vacío; y el otro, en el realismo vulgar.

La publicación de las *Horas* en 1795 propició entre Schiller y Goethe un acercamiento definitivo que produjo la colaboración en la travesura de las *Xenias* y en la inspiración compartida de las *Baladas*. El fin del siglo XVIII: los 40 años de su vida le miran escribir en *El canto de la campana* una balada con proporciones de epopeya lírica que, desde el punto de vista de la forma, es su obra más perfecta.

Los años que absorbieron a Schiller en estudios históricos y filosóficos; y en que pareció alejarse de aquel embrujo, el teatro, del cual nadie que lo haya probado se libra, no fueron empero perdidos para la escena. Fueron, al contrario, años de fecunda germinación, en que investigó las causas de la emoción trágica *(Über die tragische Kunst,* 1792; *Über die patetische*, 1793) y reflexionó en los medios de sacar partido de aquella comunicación directa e instantánea que la escena establece entre el poeta y los espectadores: el *Einfühlung*, que decimos en teatro. Llegó el momento de poner en práctica sus teorías, y el camino más seguro pareció el de infundir un espíritu nuevo a las tradiciones del pasado inmediato, por inciertas que fuesen, de la mitad del siglo. Un teatro nacional es el fruto de una colaboración en que cuenta la nación misma. Schiller, como lo profesaba, se empeñaría ahora en restaurar sobre el coturno a la Musa trágica. Y consultando a la vez a Sófocles, a Racine y a Shakespeare, emprendió la creación de un teatro a la vez cosmopolita y alemán, sabio y original, que fuera como una representación general y simbólica de la vida, digna de un siglo filosófico. Este alto propósito, tan congruente con las teorías de sus tratados históricos y filosóficos, se desarrolla en sus grandes obras dramáticas, a partir del gigantesco *Wallenstein,* cuya magnitud de 10 actos origina la paradoja de que esta obra, la más grandiosa del teatro alemán después del *Fausto;* que abre una era nueva en la historia del teatro alemán, resulte irrepresentable. En *María Estuardo,* en *La doncella de Orleans* y en *La esposa de Messina*, se conforma o se esfuerza en conformarse a una viabilidad escénica que sirva a su tratamiento artístico de la realidad histórica.

> Yo creo —dice a Goethe, en carta del 20 de agosto de 1789— que no hay que pedir a la historia más que las relaciones generales del tiempo y la situación de los personajes, y abandonar todo lo demás a la libertad de la invención poética. Resultaría así una especie de género intermedio que resumiera las ventajas del drama histórico y las del drama de pura invención.

Goethe le respondió que el poeta, una vez franqueado el detalle histórico, puede darse la libertad de desarrollar “aquello que sea puramente humano”. Con este *nihil obstat,* Schiller anuncia a Goethe que en *María Estuardo* ha suprimido, no solamente los detalles del proceso, sino “todo lo que es política”.

Desde su regreso al teatro, Schiller no tuvo más cara ambición que acercarse, en el fondo y en la forma, a la tragedia antigua. El asunto de Juana de Arco, que abordó al terminar *María*

Estuardo, le cautivó por el aspecto sobrenatural que recordaba las fábulas heroicas de Grecia. Vio en ella una Antígona. En *María Estuardo* había comentado la historia; en *La doncella de Orleans* la modificaría profundamente; en *La esposa de Messina* ya no acude a la historia sino para los contornos generales; peripecias y personajes son de su invención. En el prefacio a *La esposa de Messina* explica con ardiente elocuencia el empleo del coro, su restitución, que en esa obra intenta, en la tragedia moderna.

La primera representación de *La esposa de Messina* tuvo lugar el 19 de marzo de 1803 en Weimar: el 14 y el 16 de junio siguiente, en Berlín, dirigida por Iffland —autor, director, personaje interesantísimo en quien no podemos ahora detenernos—. De la crítica, escuchemos al propio Schiller confiarse a su viejo amigo Korner:

> La impresión general ha sido potente, extraordinaria. Acerca del coro y del tono lírico que domina en la obra las opiniones se dividen, porque gran parte del público alemán aún no ha podido renunciar a sus ideas prosaicas sobre lo natural en el arte. Es la vieja discusión que no podemos esperar que concluya. (Carta del 28 de marzo de 1803.)

Desiste, empero, de luchar, él solo, contra el mundo. Así se lo confía a Iffland, para agregar que en fin de cuentas, “el verdadero signo de la perfección de una obra dramática está en que excite un interés general y duradero” (22 de abril de 1803).

En este sentido, *Guillermo Tell* sería la obra maestra de Schiller; por la belleza sencilla del tema; por el conflicto que se origina entre el sentimiento de la patria, de la libertad y de la humanidad, y la tiranía y la opresión extranjeras. No en balde fue, de las obras de Schiller, la que alcanzó mayor éxito. Representada en Weimar el 17, el 19 y el 24 de marzo de 1804, en julio de ese mismo año triunfó en Berlín muchas veces. Pero así como apenas concluido *Wallenstein,* Schiller se entregó a componer *María Estuardo,* así apenas estrenado *Guillermo Tell* —aun antes—, se entregó con fervor al tema más hermoso que haya podido encontrar, y que por desgracia no llegó a concluir: el *Demetrius.* Su composición fue interrumpida, primero, por un viaje a Leipzig y a Berlín en mayo de 1804, luego por la última enfermedad del poeta. Empeoró durante el invierno; pareció recuperarse; en marzo de 1805 se le declaró una fiebre pulmonar que extinguió su vida, a los 46 años, el 9 de mayo. Sobre su mesa de trabajo quedó un monólogo de María que correspondía al segundo acto de *Demetrius.*

Goethe tuvo un instante la idea de terminarlo. No llegó a hacerlo. Goethe, su hermano mayor, que le sobreviviría aún un cuarto de siglo, hasta alcanzar una gloriosa vejez llena de los recuerdos, lúcidos, luminosos, de una vida y de una carrera en que juntos ascendieron a ocupar en el Olimpo sendos eternos pedestales.

Retrocedamos un instante. En abril de 1785, Schiller abandonó a Manheim por Leipzig. En el verano fue a reunirse con Korner en el pueblecito de Gohlis. Fue allí, en la apetecida voluptuosidad del reposo, donde compuso el *Himno a la alegría.* Cuenta Regnier que una mañana, al pasear por el Rosenthal, el joven poeta percibió a la orilla del río a un joven semidesnudo que rezaba antes de arrojarse a la corriente: un pobre estudiante de teología, enloquecido por la miseria. Schiller lo socorre, lo consuela, y bajo la impresión de este suceso, compone el himno mezclado con coros.

Muchos años después, otro genio nacido en Alemania 10 años más tarde que Schiller: 20 menor en consecuencia que un Goethe que también le sobreviviría, acude a aquel himno para

integrarlo en las voces gloriosas de su *Novena Sinfonía*. Ninguna consagración del espíritu de Schiller podía ser más grandiosa; ninguna dar más eminente, universal y eterna expresión a su bondad intrínseca, a su altísima inspiración, a su prédica filosófica de la fraternidad en la felicidad:

Freude, schoner Gotterfunken,
Tochter aus Elysium,
wir betreten feuertrunken,
himmlische, dein Heiligthum.
Deine Zauber binden wieder
was die Mode streng getheilt,
Alle Menschen werden Brüder,
wo dein sanfter Flügel weilt.

Y escuchamos al coro responder: "¡Millones de seres, estrechémonos en común abrazo! ¡Este beso llegue al mundo entero! ¡Hermanos! ¡Arriba de la tienda estrellada debe habitar un Padre bueno!"

Seid umschlungen, Millionen!
Diesen Kuss der ganzen Welt!
Brüder —überm Sternenzelt
muss ein lieber Vater wohnen…

Sobre el monte radioso de la fe se ven flotar las banderas de la Alegría por las hendiduras de los féretros que estallan; se la ve en pie, en el coro de los ángeles.

Auf des Glaubens Sonnenberge,
sieht man ihre Fahnen wehn;
durch den Riss gesprengter Sarge
sie im Chor der Engel stehen.

La admiración de Beethoven por Schiller se manifiesta menos frecuentemente que la que profesa por Klopstock hasta que no la trueca por la de un Goethe que la amengua: "¡Qué influencia ha ejercido sobre mí! —declara Beethoven en 1822 a Friedrich Rochlitz—. Lo leo todos los días, cuando leo. Me ha matado a Klopstock… Ningún poeta se deja poner en música mejor que él". Testimonio de esta admiración lo encontramos en el catálogo cronológico de sus obras: desde 1789 o 1790, un *lied* sobre *Es war einmal ein Konig;* un poco antes de 1800, Beethoven toma del *Fausto* la *Gretels Warnung (mit Liebesblick)* y compone tres *lieder* inconclusos: *Neue Liebe neus Leben; Wechselied zum Tanz* y *Nahe der Geliebte*. Después de 1800, el *Ich denke dein;* en 1808, sobre la *Sehnsucht* de Goethe, cuatro melodías para soprano y piano. Y al año siguiente, mientras prepara la música de *Egmont*, toma del poeta no menos de nueve temas de *lieder*.

Pero no menor es su admiración por Schiller, a quien no cesa de leer. Si en recuerdo de su amigo Wenzel Krumpholtz, muerto en mayo de 1817, pone en música el Canto de los Monjes

de *Guillermo Tell,* es el *Himno a la alegría* lo que en él produce la impresión más antigua y la más profunda. Julien Tiersot señala una carta del 26 de enero de 1793 en la que un vecino de Bonn anuncia a Carlota Schiller que el joven Beethoven —entonces de 23 años— se propone poner en música los versos *an die Freude* compuestos por su hermano. Con toda probabilidad, Beethoven conoció esta obra (publicada por Schiller en el segundo cuaderno de su *Talía,* en 1785) en casa de los Breuning, cerca de Eleonora.

Pero al desposar su propia, gigantesca, culminante inspiración musical con la de Schiller; al dar voz y armonía al pensamiento de la fraternidad universal en la Alegría, en la Vida, Beethoven erige y comparte con el altísimo poeta cuyo bicentenario hoy celebramos, el inmarcesible monumento en que ambos encarnan, unidos, la expresión más sublime del Genio de Alemania.

EL TEATRO Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA[5]

QUIZÁ resulte triste admitirlo; pero ni ustedes, ni yo, es probable que alcancemos a ver otro cincuentenario, que vendrá a ser su primer centenario, de la Revolución. Vivirlo ahora es pues un privilegio: algo qué contar a los nietos con la saudade con que algunas abuelas supervivientes de la Edad de Oro solieron referir a nuestro deslumbramiento infantil el brillo fastuoso de las Fiestas del Centenario. ¡Ah, don Porfirio!, nos decían, suspirando con la fruición evocadora con que nosotros podremos añorar: ¡Ah, don Adolfo!

Quiero subrayar con esto, hacer notar a ustedes, la importancia de estas celebraciones que el gobierno ha acometido para conmemorar, no sólo ya el cincuentenario de la Revolución, sino, como dicen tan feo, el sesquicentenario de la Independencia. Hermana menor que ésta que alcanzó a verse celebrada por centenaria precisamente el año en que nacía la adorable y aguerrida criatura, hoy las dos cumplen años, y es justo que en su honor se cuezan y partan simbólicos pasteles luminosos de velas conmemorativas.

Una de tales velas es la que se me ha pedido que encienda y cargue; no en este entierro, sino en este agasajo intelectual del cumpleaños de la Revolución. Gravísimo encargo, que consiste en que yo hable de un tema que conjuga, por una parte, la Revolución; y por otra, el teatro. La vaca de la historia pondrá en mis manos inexpertas las ubres contiguas de su leche y de su café para que yo, ordenándola, ordenándola, aderece el café con leche de esta merienda parca.

Confieso que una avalancha de dudas me asaltó al aceptar, a ruegos reiterados de mis buenos amigos de Bellas Artes, empresa tan superior a mis fuerzas como ajena a toda posible o fácil sistematización expositiva. Dudas por el estilo de ésta: el teatro ¿influyó en madurar o en desatar la Revolución? La Revolución ¿se hizo pensando en el teatro?

O bien de este otro estilo: ya ella en marcha (recordarán ustedes que constantemente se nos reitera que la Revolución está en marcha, y que no ha terminado, como Penélope su afanoso tejido y acaso por razones muy semejantes), el teatro ¿ha servido en alguna medida al progreso de la Revolución? ¿O el progreso de la Revolución al del teatro?

Ya ustedes perciben la hondura peligrosa de mis cavilaciones. Quizá no se me pedía tanto. Quizá bastara con fijarse unos límites cronológicos, de 1910 a la fecha, e investigar en ellos lo que al amparo inescapable de la Revolución hecha gobierno e instituciones, haya podido cumplir el teatro.

Este sensato camino nos conduciría a una búsqueda modestamente erudita que acabaría por rendir el fruto de un nutrido catálogo de nombres, títulos y fechas: de autores, obras y estrenos. Pero este heroico trabajo se lo ha tomado ya, desde hace meses, un investigador paciente y acucioso a quien tanto debe la historia testimonial del teatro en México. Aludo a Armando de Maria y Campos, Olavarría y Ferrari de nuestra época. En dos gruesos volúmenes, el uno dedicado al teatro frívolo y el otro consagrado al drama, este investigador los agota a la luz precisamente de la Revolución mexicana. Yo no podría, ni creo que nadie, superar, ni igualar, ese meritorio y completísimo trabajo. Habría podido, eso sí, extractarlo aquí para ustedes. A

hacer eso; a tratar esforzadamente de comprimir en una hora de tiempo las 869 páginas de los libros de Maria y Campos, prefiero aconsejar a ustedes que adquieran y absorban, en la molicie de sus butacas hogareñas, esos volúmenes deliciosos.

Enfoquemos pues nuestra exploración por otros senderos, para interrogarnos, yendo de lo general de los fenómenos a lo particular del que nos atañe: ¿ha sido nunca, o ha sido siempre, revolucionario el teatro? Y complementariamente: ¿han sido siempre, o nunca, teatrales las revoluciones?

Quizá debiéramos antes pensar un poco en el teatro en sí, como congregación voluntaria de un pueblo, de un público, que íntimamente insatisfecho de su vida y su tiempo, acude allí donde puede olvidar por un rato compensador sus penas y sus frustraciones. No por nada el teatro nació de las fiestas báquicas. Equivale desde entonces al buen trago —¡curioso! trago, tragedia…— que los cobardes (y todos lo somos más o menos) se echan para aturdirse, envalentonarse o sencillamente olvidar.

Y el teatro obra el milagro de partir en su espejo, de una imitación verosímil de la vida del público, a una superación ideal de sus problemas. El público lo abandona purgado, satisfecho, contento de haber presenciado la impartición de una justicia poética en que participó. Ha aprendido. Cuando se vea en un caso semejante, ya sabrá cómo obrar.

Si una obra humana que así congrega, contagia y concuerda a los hombres a reflexionar, conmoverse e inducir; que los eleva de su mezquina realidad a una promisora realización de sus acaso informulados, inadvertidos ideales, no es en su más alta esencia revolucionaria, lo parece mucho. Lo que de más semejante al teatro en esta medida hallamos entre las instituciones humanas, es sin duda la religión, con la cual no necesitamos de sofismas para descubrir o establecer la profunda relación que guarda con el teatro. O, si prefieren ustedes un campo menos lato y más próximo, digamos que la Iglesia. A ella acudimos en busca de lo mismo que al teatro: esperanza, consuelo. Pero el teatro, religión laica y autoelegida de los hombres de todas las religiones, nos dispara sin postergación ultraterrena a soluciones prácticas y materiales de nuestros problemas inmediatos. Y en esta medida, vuelve a resultar revolucionario.

Examinemos ahora la otra pregunta: ¿son teatrales las revoluciones? Parece evidente que si hemos convenido en que el teatro es revolucionario, la Revolución haya de ser a su vez, cuando menos un poco, teatral. Primitivamente teatrales. Hay en ellas, como al principio, un coro numeroso y un protagonista. Para llegar pronto a lo nuestro, con dispensa del trámite ilustrativo innecesario de los héroes de otras revoluciones: Madero, y el pueblo. Y después, Carranza y el pueblo, y Obregón y el pueblo, y Calles y el pueblo. Y aun si queréis, Zapata y el pueblo, y Villa y el pueblo. El deuteragonista tarda un poco, pero acaba por aparecer en escena. Y al fin, el teatro se perfecciona: se dota de semicoros, diputados, senadores, magistrados. Y acaba por entablarse ese múltiple "diálogo con el pueblo" que nuestro Presidente dirime al escuchar sus quejas y visitarlo en sus ejidos y refinerías.

El teatro contiene pues en sí a las revoluciones. Cada obra en que florece y se manifiesta es en sí misma una pequeña revolución que enjuicia el equilibrio inestable, insatisfactorio, de su primer acto (tal como las revoluciones comienzan por examinar la situación prevalente en un "manifiesto" o en un "plan") para enredar los hilos, agudizar y definir el conflicto, llevarlo a una crisis violenta —y alcanzar en el desenlace un nuevo y mejor equilibrio que aquel de

que partió la historia dramática, el episodio, en cuestión—.

En este sentido, en esta medida, puede aventurarse la teoría de que las revoluciones operen como el buen teatro, pero con ambiciones mayores y con resultados más positivos, generales y de palpable beneficio material. Que ellas rescaten del arte a la vida lo que el arte tomó antes de la esencia misma de la vida: el anhelo de justicia, el castigo del mal, el premio o el reconocimiento del bien, el repudio de la villanía y la exaltación de las virtudes.

Y al operar esta restitución del arte a la vida, es natural que las revoluciones, superándolo en resultados catárticos, anulen al teatro. La realidad dramática trasciende en ellas a la ficción. El teatro queda súbitamente anticuado, invalidado, frente a la realidad sangrienta y convulsiva. El trágico destino del teatro habrá sido el de verse, Saturno al revés, devorado por la hija revolucionaria que engendrara su intrínseca y ficticia rebeldía.

Hay pues una flagrante paradoja más en este arte paradojal que siendo por esencia revolucionario recibe de las dictaduras y de la aristocracia: de la paz y de la riqueza, un patrocinio que le escatiman o le niegan las revoluciones. No necesito sino aludir en los cultos recuerdos de ustedes al hecho histórico constantemente reiterado, de que el teatro ha vivido, florecido, en el mecenazgo de la corte inglesa, o de los Luises, o de los “caballos blancos” o “ángeles”, como hoy se dice, de Lope, o gracias a los afanes municipales de los arcontes epónimos encargados en Grecia de allegar fondos para los concursos trágicos; en tanto que las revoluciones: la francesa, la mexicana o la rusa, atareadas en más urgentes empeños, toman su sitio y lo hacen a un lado o lo postergan.

Exponer esta observación esclarece a mi juicio, sin mengua de la Revolución, las razones que explican que a semejanza de las otras, la mexicana que conmemoramos haya hecho poco o nada por el teatro. Restablecido el equilibrio: cumplido el desenlace del vasto drama nacional: asentada la paz, renacerá de sus cenizas el Fénix del teatro, a empollar, como ha sido su secular costumbre, al amparo muelle y en el nido abrigado de los patrocinios gubernamentales o privados. Podrá entonces de nuevo desposarse y cortejarse el mutuo influjo que hayan ejercido teatro y política, teatro y gobierno emanado de la Revolución. En ese punto estamos, y creo que este aspecto del teatro en México, examinado a la luz de los años que lleva de regir nuestra vida pública el gobierno emanado de la Revolución, el aspecto que puede ser más interesante y fructuoso que revisemos en esta plática.

Procedamos, para hacerlo, con algún método. Y parta éste de hallarnos de acuerdo en que el complejo del teatro está integrado por una serie de factores que han de crecer juntos y en armonía si se aspira a la perfección de su diversificada unidad. Pensemos que el teatro es, físicamente, el local en que se representa; y humana y espiritual y económicamente, los autores y sus obras; los actores, los directores, las manos ocultas pero indispensables de la tramoya (la producción, como hoy se dice); el público; y aparte, pero encima, las autoridades.

Aceptada esta disección del teatro, examinemos una por una de estas partes de su organismo, en estos 50 años de Revolución, y empecemos por los locales.

El siglo XIX vio construir muchos buenos teatros. No sólo en la orgullosa y cada vez más afrancesada capital, sino en las de los estados: el Peón Contreras de la lejana y culta Mérida; el de La Paz en San Luis, el Degollado de Guadalajara, el Calderón de Zacatecas, el Juárez de Guanajuato, el de la República de Querétaro. No había ciudad, pueblo de alguna importancia, que no cifrara su orgullo en un teatro todo lo lujoso posible. En la capital, si bien un temprano,

progresista, precursor, urbanístico uruchurtismo abrió el 5 de Mayo con la inmolación de un teatro que fue Nacional o Imperial según el cliente, otros se inauguraron y pusieron en activo servicio. Y si el Iturbide, por una oscura vocación, de teatro que era pasó a escenificar sin telón, pero con bastidores y aun con concha de apuntador, el repertorio declamante de los diputados, erigiéndose así en un involuntario, pero temprano, teatro de cámara —de Cámara de Diputados—, su expropiación a los bienes inmuebles de Talía fue compensada en el rumbo y por el centro por la vigencia de los grandes y entonces cómodos locales del Arbeu, del Hidalgo, del Colón, del Lírico, del Principal, del Fábregas; y, ya después de la Revolución, del que convirtió los cuantiosos ahorros de la Reina de la Opereta en el propio teatro de su iridísceo nombre.

Había sido la función, como suele en la Naturaleza, la que se creara tan numerosos y capaces órganos. La presencia, la disponibilidad de esos grandes teatros, entrañaba el auge de la afición pública por congregarse en ellos. Los había para todos los gustos diversificados y para todas las capacidades económicas. La división en lunetas, palcos, anfiteatro, cazuela, permitía, e invitaba a ella, la concurrencia estratificada y el disfrute democrático aun dentro de la dictadura, del mismo espectáculo. Nos visitaban buenas compañías extranjeras, las nacionales trabajaban constantemente y emprendían fatigosas pero prósperas giras, por una República en que tenían la certidumbre de disponer de locales adecuados a la instalación de su grandes y hermosamente pintados telones.

Los buenos teatros, en una palabra: los locales del teatro, abundaban antes de la Revolución, favorecidos por la dictadura, que intentó culminar su obra artística y arquitectónica, pretendido pasmo de los siglos, con la erección marmórea del robusto merengue que hoy, panificado más tarde a costo elevadísimo cubierto ya por la Revolución hecha gobierno, sirve por fuera de capaz, prácticamente subterráneo, útil y lucrativo estacionamiento; por sus vestíbulos y corredores, de mampara, de pinturas abstractas y de frescos ceñudos; por dentro, de sede de conciertos, ballets y gorjeos operáticos nacionales e internacionales; con su telón de cristales, de asombro dominical de los braceros tejanos del turismo; más arriba y adentro, de oficinas del personal que atiende la salud siempre quebrantada de las Bellas Artes en general; y aquí donde estamos, de sala para pequeños conciertos y conferencias no siempre tan deshilvanadas como la que ustedes escuchan.

Había, repito, muchos y muy buenos locales para el teatro antes de la Revolución. Al estallar ésta, la corriente que los nutría y justificaba se desvió de sus cauces normales y apacibles. ¿Quién, con los tiroteos, iba a salir de noche? Con los descarrilamientos ¿a emprender giras? Los grandes cortinajes rojos empezaron a empolvarse, a carcomerse en el olvido los decorados, a velarse de telarañas las butacas y los camerinos aromados de flores secas. Y a permanecer cerrados, desiertos y en acelerado deterioro, los muchos grandes teatros que vivieron noches gloriosas durante la opereta vienesa del porfiriato.

No quiero con esto decir que la gente, por mucho tiempo, se abstuviera de congregar su diversión. Señalo únicamente la peripecia de los locales antiguos, con su nutrición o su contenido prerrevolucionario ahora en extinción. El pueblo empezó a erigir carpas, y a nacer en ellas y en los teatros de barriada el género frívolo con salsa política que Armando de Maria y Campos explora y estudia y expone y valoriza tan lúcida y documentadamente en los libros cuya lectura he recomendado a ustedes. Y quiero también señalar, por esos años, el

advenimiento de otra forma de diversión colectiva, supletoria del teatro, hija natural suya, en el cine.

Para no salirnos de los locales como tema en esa época de evolución coincidente con la Revolución, señalemos que muchos de los antiguos teatros se vieron tristemente degenerados en cinematógrafos. Por pocos años, sin embargo. Sólo mientras las turbas entenebrecidas los destruían, y sólo mientras los proveedores de lágrimas fotografiadas enriquecían lo suficiente para ampliar sus prostíbulos espirituales a toda la mamútica capacidad de los que ahora embellecen nuestra metrópoli viadúctil y desnivelada en sus pasos, con fuentes mágicas, perfumados mingitorios y lucrativos puestos de pistaches qué triturar y con qué sonorizar las alfombras, mientras se admiran las superproducciones en cinemascopio.

Como locales, en conclusión —fuera de la terminación de un Bellas Artes no empezado por ella; fuera del interesante proyecto de la Unidad Artística y Cultural del Bosque, que ha construido en una área hermosa hasta cinco teatros de diversas capacidades (el Auditorio, el Bosque, el Granero, el Orientación y la sala Villaurrutia), muy propios para que quienes carezcan de coche y decidan visitarlos pesquen en el trayecto de la Reforma a la taquilla una saludable empapada o una bonita pulmonía—, poco o nada debe el teatro a la Revolución. Sólo últimamente, este año mismo, el Seguro Social ha empezado a construir teatros y a operarlos, en una acción cuya propiedad examinaremos adelante.

El segundo ingrediente del teatro en la lista disectoria que me he propuesto, son los autores y sus obras. Autores mexicanos los hubo antes de la Revolución, y la especie no se extinguió por ella. Apelo nuevamente al documentado testimonio de Maria y Campos para hallar en su libro la esforzada nómina de los que de fines del XIX a 1956, por años o por regímenes, él cataloga y reseña como autores dramáticos que en una u otra forma pueden tildarse de revolucionarios. La queja constante ha sido que el público no prefiere a los autores mexicanos; que un malinchismo tradicional nos impulsa a desdeñarlos por los extranjeros.

En otros renglones de la economía nacional, el gobierno se ha preocupado por proteger la producción doméstica, ya con subsidios a las industrias, ya con fuertes impuestos a la importación, y aun con prohibición de ciertas importaciones. Los industriales mexicanos (generalmente mexicanos por naturalización) han tenido que pulirse en igualar o en equivaler la calidad de los productos de la competencia extranjera. Si no lo han hecho, que la nación se lo demande, por más que ni lo hacen, ni se les exige.

Pero ni la producción de obras teatrales es una industria protegible, ni las obras teatrales una mercancía o un bien de consumo necesario. No ha parecido oportuno fundar una CEIMSA encargada de administrar las mazorcas dramáticas de nuestra rala producción. La gente es todavía muy libre de elegir lo que quiera comprar como diversión, y ningún decreto la podría persuadir de que, digamos, Luis Basurto es mejor que Shakespeare. Menciono a Basurto como seudónimo de sus predecesores heroicos en los tiempos en que el teatro mexicano no tenía éxito. Bien sabemos que bastó que Basurto aprendiera a escribir dramas como Shakespeare, para que el éxito de los suyos aboliera el tabú, conjurara el maleficio, cancelara el malinchismo, y entronizara en la capital y en la República el teatro que merecen la capital y la República.

Quiero decir con esto que a los precursores fallidos y heroicos del teatro mexicano, después de la Revolución, lo que les faltaba era —como a los primitivos industriales—

aprender, dominar su oficio. La mecanización progresiva de toda actividad industrial proyecta sobre las que aún se salvan de serlo, la sombra inevitable de una técnica que es la tónica de nuestro tiempo. La pura meditación, la inspiración, el éxtasis romántico, desembocan cuando mucho en la poesía lírica, en que hemos sido siempre tan fecundos. El teatro es truco, como es truco la cocina. La liebre es necesaria; pero conviene saber cómo guisarla.

La deuda de los nuevos autores mexicanos (todos ellos ya hijos simbólicos de la Revolución) con Rodolfo Usigli, es impagable. Él, después de disfrutar una beca en Yale, vino a propagar el truco de la composición dramática, aprendido en el sabio país vecino que ha desarrollado y codificado una técnica para todo. Si las casas dramáticas que él fabrica no suelen rentarse, o si las habitan fantasmas en vez de seres reales, no es culpa suya. Él las construye irreprochablemente, conforme a los mejores planos. Y a partir de su sabia enseñanza, sus discípulos lo emulan, y aun lo superan.

Han advenido, en fin, a la convicción de la necesidad de un oficio dominado, como los pintores, como los carpinteros, como los músicos. Lo que ahora hace falta es que empleen en sus irreprochables construcciones los materiales que les brinda la realidad riquísima que les rodea y que aguarda de ellos su propia y vigorosa expresión dramática, olvidados o relegados o superados ya los modelos ibsenianos o shavianos de que se calcó el esquema técnico.

Vamos ahora con los actores, tercero de los ingredientes del teatro en mi lista. Ellos fueron también, antes de la Revolución o durante ella, lo que se dice *líricos,* o sea que no tocaban por nota, sino de oído. Y buen oído, sí tenemos los mexicanos. Somos *entonados*, y buenos para imitar. Lo que en los autores podría ser censurable: la imitación servil, la calca o la adaptación —o adoptación— de las obras extranjeras, en los actores constituye una indispensable virtud y una necesidad intrínseca del oficio.

Se hacían en las tablas; ejercían legalmente una desorbitada vocación; descubrían la vigencia de la ley de la gravedad a tropezones y caídas. Carecían, en una palabra, de una técnica que también existe para su profesión. Otra característica prerrevolucionaria de los actores era lo que después, al arraigar el cine, se ha llamado estrellato: la singularidad eminente de la figura política o social en turno se reflejaba en el teatro en no necesitar sino de la diva o el divo a la cabeza de una anárquica y mediocre compañía, para el desempeño endiosado del papel protagónico. Los ministros de don Porfirio podían ser tan opacos como las segundas figuras de doña Virginia Fábregas. Bastaba al arrobamiento de su público respectivo, que ellos aparecieran. Reconozcamos que, cuando menos en el teatro, esto ya no sucede.

Poco a poco el teatro —como la vida social y al parejo de ella— ha ido pasando, del estrellato, al equipo. Y las estrellas, disciplinándose al trabajo de conjunto en que todo se exige de pareja perfección. Y este afinamiento del teatro a otros fenómenos sociales contemporáneos, si no se debe de un modo directo a la Revolución, sí coincide con la evolución de su progreso.

Una que suele llamarse conquista de la Revolución, relativa a los actores, consiste en su sindicalización como trabajadores. En tanto que los del cine se agrupan en arrolladores (porque hacen rollos) sindicatos de la producción cinematográfica y del STIC, los de teatro se han asociado en la ANDA. De los efectos del sindicalismo sobre el teatro hablaremos más adelante. Apuntemos tan sólo por ahora que toda la familia teatral: los autores, que tienen su

Unión; los tramoyistas, electricistas, utileros y similares que se cifran en la sigla TEUS; los apuntadores por su parte y los empleados de puertas, acomodadoras y taquilleros por la suya, se conglomeran en una grandiosa y compleja Federación Teatral.

Especímenes de relativamente nueva emisión son los directores teatrales —cuarto ingrediente de la lista que venimos examinando—. No son descubrimiento, pero sí coincidencia con la Revolución mexicana. Responde su función a la necesidad orquestal de afinar los violines estelares a la proporción de los demás instrumentos; a la conveniencia arquitectónica de vigilar que todas las piezas del edificio espectacular se conjuguen en una armonía que no se alcanzaba cuando el primer actor dirigía —repicaba y andaba en la procesión, partía, repartía— y se quedaba con la mejor parte.

El riesgo ahora, con el surgimiento de los directores, está en que sean ellos quienes se atribuyan o adjudiquen esa mejor parte. Un riesgo que depende de su honestidad y que es siempre menor que ese otro riesgo que consiste en la facilidad aparente de la tarea: facilidad aparente que atrae a tantos y que multiplica a los directores en regresión geométrica. El credo arcaico de la inspiración lírica, de que venturosamente han abjurado ya la mayor y mejor parte de los actores nuevos, prevalece aún o se ha transferido a los directores geniales e ignorantes de que también a su profesión o a su oficio, la experiencia y la observación, fuentes antiguas y no derogadas del conocimiento, le deparan una técnica específica con cuyo dominio es indispensable enriquecer y fecundar la sensibilidad vocacional de estos actores frustrados, autores inéditos, públicos comprimidos, que son los directores teatrales.

Llegamos ahora, en la revisión de mi lista de ingredientes del teatro, al capítulo de la producción. En ella intervienen muchos técnicos: el escenógrafo, los carpinteros, los pintores, los utileros, los electricistas. Y los apuntadores, los traspuntes; la ya mencionada TEUS. Son los elementos físicos, casi estáticos, del teatro. Su agrupación es fuerte. La Revolución y sus leyes han favorecido a este gremio de trabajadores, cuyos líderes, como los de los actores de la ANDA, han ido obteniendo para ellos ventajas indudables —o indudablemente ventajosas para ellos—. El tabulador de sus salarios es evidentemente uno de los más remunerativos. Tirar 12 veces por noche de las cuerdas del telón por un mínimo de 55 pesos diarios, más sueldo y medio los domingos, y ciertos días festivos hasta tres sueldos, no cualquiera los gana en ocupaciones bastante más agobiadoras. La razón de estos altos salarios la encuentra la Federación en que el empleo de sus trabajadores es convenidamente eventual; esto es: que si el empresario se arruina y cierra después de 15 días, pueden pasar meses antes que otro entusiasta se decida a reabrir el teatro. Hay pues que cobrar fuerte para aguantar las cesantías, ya que en el teatro no hay sus tres meses, ni su seguro social, ni tu tía. Nadie, empero, se ha puesto a reflexionar que acaso si los gastos del teatro no resultaran tan en habitual desproporción con sus rendimientos, a lo mejor los teatros no se cerrarían con tan desoladora frecuencia.

Con un espíritu paternal semejante maneja la ANDA a las huestes de sus actores. En la ANDA convergen los del cine con los del teatro, y últimamente, los de la televisión. Suelen ser los mismos, como consta a nuestra saturación, e infectarse de uno en otro medio por los vasos comunicantes de la similitud de uno y otro, y por la falta de especialización para cada medio. Pero el próspero cine, y la mercantil televisión, pagan sueldos que el pobre teatro no puede afrontar, como un taller manual no puede darse los lujos de una fábrica. La obligación escueta,

sindical, unilateral de la ANDA (como la de todas las agrupaciones obreras) está en obtener cada vez mayores conquistas para sus agremiados. Es ella la que fija los sueldos mínimos, que ahora son de 60 pesos diarios para los mudos, y de 100 para los primeros actores o los directores —y de ahí para arriba—.

Estas agrupaciones se sostienen por las cotizaciones de sus miembros: el 10% de sus sueldos, que incluye el pago del impuesto sobre la renta en cédula V —que el gobierno fija en el 2%, y que la ANDA entera por sus causantes—. La ANDA otorga a sus miembros muchas prestaciones. Administra su propia clínica, tiene su teatro, su tienda, su Casa del Actor jubilado. En ella (no en la Casa del Actor jubilado, sino en la ANDA) los empresarios acuden a firmar los contratos con los actores que elijan de los rígida, escalafonariamente admitidos en la agrupación, por un mínimo prorrogable de 15 días de temporada. No desampara a sus actores retirados o en desuso. Los nombra delegados de los actores, con sueldo a cargo de los empresarios. Y se allega otros complementos con una cuota diaria para la policlínica y el valor de una butaca por función, que también se paga a la Federación, y el 2.5% del total del contrato para otro beneficio sindical.

Es indudable que la fuerza económica de la ANDA dimane sobre todo de un cine en que no es raro un sueldo de 100 000 pesos que le allega 10 000. Pero si el cine puede por sus rendimientos afrontar tales erogaciones, el teatro reitera a cada intento de resurrección la evidencia de que hallaría muy bienvenida la consideración de su debilidad económica para que sus cargas fueran proporcionadas a su capacidad de resistencia.

Los autores, por su parte, están agremiados en la Unión Nacional de Autores, que es a su vez parte de la Federación Teatral. Una vieja ley exime de todo impuesto al derecho de autor —en singular gesto caritativo de fomento indirecto de la producción—. Universalmente fijado en el 10% de las entradas, la Unión menos caritativa recaba para sus gastos de administración el 10% de ese 10 por ciento.

Nos resta examinar dos últimos, externos, pero uno de ellos indispensable, ingredientes del teatro: la autoridad y el público. Pensando en éste: en agradarle, conquistarlo, ganar su aprobación manifiesta en aplausos, los autores escriben sus obras, los directores las montan, las desempeñan los actores, los empresarios se arriesgan. Es su dinero el que vertido en la taquilla se derrama y canaliza a alimentar a cuantos intervienen en el espectáculo que el público paga por ver.

No es un dinero que sustraigan a la satisfacción de necesidades más primordiales ni imperiosas. Primero habrán comido, vestido, pagado la renta, el abono del coche y la letra de la televisión. Al ir al teatro van a ocupar con ello un tiempo que les sobra, y a gastar un dinero que no les hace falta para otras cosas. Como cuando en vez de cenar en casa van a un restaurante; porque también podrían, si quisieran, cenar teatro en casa, y todo lo gratuitamente que puede ser gratuito haber gastado 5 000 pesos en un reluciente aparato que vocifera anuncios, instala en la privacía de los hogares el cretinismo insolente de los cómicos por autosugestión, y eyacula y vomita retazos de comedias adaptadas.

O podrían ir al cine, a saturarse de cortos, noticieros y cacahuates hasta la hora de la superproducción a colores. Si en cambio van al teatro será porque les gusta, o conservan y renuevan la esperanza de que les agrade la pieza que les han recomendado. Porque, desde pequeños, sus padres les hayan habituado al teatro, o porque alguna vez advinieron a la

revelación de su encanto. De ninguna manera, en todo caso, porque nadie los fuerce, obligue o constriña; sino porque les da su, en este sí, muy regalada gana.

Este alimento, admitido que lo sea; esta mercancía, supuesto que a serlo equivalga el teatro, es cada vez más costosa de elaborar. El que escribe la obra, aun suponiendo que pague renta congelada, tiene otros gastos no frenados, que hacer para vivir. Lo mismo les pasa a los tramoyistas, a los actores, al director; cuesta más la madera, la pintura, los focos, las micas, las telas, el alquiler de los muebles y el lineaje de anuncio en los periódicos. Todo sube en los costos de elaboración. Y es un fenómeno no local, sino universal, que explica, en los países en que se afronta con la lógica de ajustar el precio de venta al precio de costo, que en esos países de buen teatro la butaca cueste lo que valga el espectáculo, y que en consecuencia el espectáculo llegue a valer lo que el precio de la butaca permita erogar en perfeccionarlo.

Aquí es distinto. La Revolución hecha gobierno vela aquí por las clases menesterosas, y una singular manifestación de su celo paternal ha consistido desde hace años en congelar, como las rentas de las casas viejas, el precio de entrada a los teatros. Así evita que el pueblo despilfarre su dinero en el teatro; o visto de otro modo, así pone al alcance del pueblo, a 12 pesos, el acceso al teatro. O todavía de otro, obliga a los moradores de las ruinosas vecindades teatrales de renta congelada a permanecer en su inerte deterioro.

Es evidente, o muy probable, que aquella parte del pueblo que gusta del teatro, que llega a él en coche propio, pagaría gustosa más del doble de los 12 pesos; ya por la mercancía que a ese precio único (como en las tiendas del cinco y diez, aunque ni siquiera con esa opción) se le puede ahora ofrecer; ya por otra mejor por más holgadamente elaborada.

Paga precios muy altos por sus demás lujos: los cinco pesos del estacionamiento contiguo, los 30 de la carne asada que devora al salir del teatro; y el teatro es un pequeño lujo.

Pero no lo permite la autoridad. La autoridad cuida de los bolsillos de los menesterosos de las Lomas y el Pedregal, con mayor extremado y rígido celo que del eventual aseo de su cerebro; que de su posible rescate. Protege al teatro protegiendo al público contra el teatro; aliándolo a los parásitos que lo amagan y minan por dentro.

En países que como Italia y como Francia hace mucho que no conocen una revolución de la trascendencia de la nuestra, los gobiernos subvencionan generosamente al teatro. Y no impiden su desarrollo ni su lucro legítimo y necesario en la iniciativa privada. El nuestro ha de tener muy buenas razones para obrar tan de otra manera. Pero no son tan claras que las percibamos a primera vista.

Parece en este punto, razón de preguntarnos: ¿cuál es el público, y cómo se ha comportado en relación con el teatro antes, en y después del parto revolucionario? ¿Qué ha hecho y qué hace el gobierno emanado de la Revolución por ese público cuya definición o conformación procuramos?

Llegamos así al punto en que el teatro se nos presenta, a la vez que como una mercancía, como un alimento: como un lujo y como una necesidad. Un punto en que el gobierno debería, si admite el valor educativo, moral, espiritual, revolucionario, del teatro, darle abierta y vigorosamente la mano, tal como se la ha tendido a la industria incipiente, a la agricultura, a todas las agencias productoras del bienestar para el pueblo, que la Revolución hizo su programa de perseguir y alcanzar. Si la Revolución ha cumplido uno de sus fines con elevar de la indigencia a la burguesía a una amplia y prolífica clase media, y con facilitar el

enriquecimiento de otra clase, déjelas en buena hora gastar una migaja más en el teatro, que el teatro devuelva con creces en desarrollarse.

Pero hay clases menesterosas, de menguados ingresos, y son las más numerosas, se me advertirá. Y son ésas las que amparan el precio congelado.

Esta diversidad de capacidades económicas; esta convivencia pacífica de ricos y pobres, con las oportunidades normales y niveladoras de que los pobres enriquezcan y los ricos se arruinen, es propia y característica de una democracia como la nuestra. Se admite, y se habilita su perduración, por ejemplo en la educación. Ésta es, hasta cierto grado, constitucionalmente obligatoria. El gobierno reconoce su necesidad, y la enfuerza. Pero el gobierno no impide a los ricos que sus hijos paguen cuotas exorbitantes en las escuelas particulares que agradece que le auxilien en la gigantesca tarea de la educación de estos niños que, si parece haberse descubierto el plácido modo de producirlos tan al mayoreo, no se ha encontrado todavía el de emitirlos ya alfabetizados. Lo que hace el gobierno es fundar y sostener cuantas escuelas gratuitas arbitran sus ingresos fiscales, y abrirlas a la concurrencia de aquellos niños que carecieron del acierto de elegirse padres adinerados, caudalosos.

Otro tanto podría hacer el gobierno con el teatro, si advirtiera o si admitiera que el teatro es una agencia de educación tan comprensiva de la vida que sintetiza, como la escuela: permitir que la iniciativa privada explotara teatros como explota escuelas onerosas y sostenidas por quienes las puedan pagar, y atender él, el gobierno, a la nutrición espiritual, a la educación y al goce teatrales de los desheredados o de los de escasos recursos; ya con subvenciones condicionadas, ya con temporadas y teatros sostenidos, como las escuelas mismas, por el gobierno.

Reconozcamos que lo ha hecho en una medida cuya magnitud naufraga en la de una población tan dispersa y creciente, a través del Instituto Nacional de Bellas Artes y desde su fundación en 1947. Maniatada por presupuestos limitados; ignorada o denostada por los críticos (a quienes no es por un olvido voluntario ni involuntario como los he excluido de esta cuenta de los ingredientes del teatro; sino por la personal persuasión de que han tenido hasta ahora, con singulares excepciones, tan poco que ver con la Revolución como con el teatro), la labor teatral del Instituto Nacional de Bellas Artes ha sido modesta y callada, pero fecunda. Bástenos señalar dos de sus más fructuosas realizaciones: un teatro infantil que asoma a los niños, por miles y miles cada año, al primer contacto con el milagro de la escena, y una escuela de la que han salido bien equipados técnicamente para el triunfo que ahora paladean en el teatro profesional, los mejores actores y los escenógrafos nuevos.

Anuncié antes que examinaríamos en esta plática la propiedad de la acción recientemente abordada por el Seguro Social, que ha construido dos magníficos teatros, anuncia la erección de muchos más, y ha abierto en ellos temporadas profesionales.

No ha faltado o no ha tardado en manifestarse la crítica adversa a esta actividad del Seguro Social. A la distancia de las narices de quien conciba al Seguro Social como la botica encargada de suministrar aspirinas a los trabajadores enfermos, no se percibe la legitimidad de otras operaciones suyas. Se piensa o se murmura que eso lo debe hacer exclusivamente Bellas Artes. Y los enemigos tenaces de Bellas Artes han capitalizado el brillo de las flamantes temporadas del Seguro Social, con proclamar la idiotez de que en una semana el Seguro ha hecho más por el teatro en México que Bellas Artes en 10 años.

Pero más allá de estas romas narices, la institución entre nosotros del Seguro Social encarna el logro más cabal de una Revolución mexicana que se propusiera la meta, sin subversión del orden democrático que nos rige, de brindar el apoyo, de sentar la base, de una seguridad en su trabajo y en su retiro, al pueblo todo. Entraña y ejerce la lúcida, revolucionaria convicción de que la salud del cuerpo fraterniza con el equilibrio y con la elevación del espíritu, y de que es tan pertinente atender a la una como al otro. Al incluir pues en sus ofertas de alojamientos, de servicios médicos, de deportes, de adiestramiento en oficios para los familiares de los asegurados; de atención de sus esposas e hijos, teatro para los trabajadores; al construirles locales hermosos; al formar compañías y montar obras importantes que ofrecer a precios aún más módicos que los de la congelación comercial, la Revolución se reivindica del olvido en que mantuvo por muchos años al teatro, o de las limosnas esporádicas y parciales con que solió sacudirse su preocupación. Abre al teatro la ancha puerta a que tiene derecho entre los alimentos que fortalecen a una nacionalidad, y lo adopta no ya como una gracia, ni como un lujo dentro del rubro aristocrático de las bellas artes; sino como una indispensable función social que el gobierno cumple al fin en amplia y general medida la obligación revolucionaria de ejercer.

Frente a tan noble y alta meta, decrecen en importancia, sin perderla del todo, otros resultados previsibles de la extensión del Seguro Social, todos ellos favorables indirectamente aun al teatro de iniciativa privada. La eventual adopción del Seguro por los trabajadores del teatro, por ejemplo, podría cancelar o diluir y absorber las prestaciones hoy parcialmente rendidas por los sindicatos, y redundar en un abatimiento de los costos actuales de la producción.

Carezco de la autoridad necesaria para formular recomendaciones. Pero asumo la obligación de condensar en conclusiones prácticas el examen que acabo de exponer ante ustedes. Creo que el frecuentemente reiterado principio político de gobernar para todos, orientado, sin embargo, dentro de la subsistencia de la propiedad y la empresa privada, hacia una extrema izquierda, es en relación con el teatro viable y compatible con el arraigo y el auge de éste, si el gobierno propicia estas tres congruentes y legítimas acciones:

1º. El mercado libre del negocio teatral, a sabiendas de que será caro y para los ricos, o los que se lo puedan pagar, como es libre el mercado de otros artículos de lujo en iguales condiciones, y tal como se permite a los ricos sostener con cuotas exorbitantes las lujosas escuelas privadas que domestican a sus engendros. Quedaría así cubierto el flanco derecho de nuestra vida democrática.

2º. El fomento de la educación para el teatro en las escuelas, por escuelas teatrales y por compañías permanentes y producciones ejemplares dignas de Bellas Artes, con lo que quedaría atendido el centro de la actividad educativa y artística del pueblo, a la medida de los recursos presupuestales del gobierno, del auxilio económico de los patronatos, el estacionamiento y otras recaudaciones; y

3º. El suministro del alimento teatral como función anexa a las demás prestaciones físicas y espirituales que otorga el Seguro, a los trabajadores y sus familiares, faceta amplísima de la acción del Estado, que realizaría con nobleza y fruto su programa social de extrema izquierda. En esta actividad se emplearía un dinero que el Seguro recoge de las cuotas que pagan tanto los patrones cuanto los asegurados mismos. Al aplicar al teatro una mínima parte de estos

cada vez mayores recursos, se logrará que éste reciba un impulso, un patrocinio indirecto, conjunto y suficiente, de ricos y pobres, al derivarlo de patrones y trabajadores.

Voy ya a concluir, agradecido por la atención con que me han acompañado ustedes a este zigzagueo por los rumbos no siempre coincidentes de la Revolución y de un teatro en cuya entraña palpita, permanente, la esencia misma, la llama inextinguible del bergsoniano anhelo del hombre por ser otro y mejor de como es. Siento que me he excedido a veces en mis juicios o en mis expresiones. Lo siento, pero no lo deploro; ni podría, cuando lo que conmemoramos es una Independencia de 150 años y una Revolución de 50 que se hicieron, ambas, para que expresemos con libertad nuestro pensamiento.

Si en el drama de la historia de México la Revolución representa la peripecia aristotélica, de ella el protagonista, que es el mexicano, ha de surgir ennoblecido a un destino que haya sabido conquistar con su esfuerzo y su sacrificio, como los más altos héroes de la tragedia. Porque así sea; porque así se desposen en nuestra patria los que fueron siempre y en todas compañeros: el teatro y la vida; porque el sueño del teatro se realice con plenitud en una existencia que, en cumpliéndolo, justiprecie el valor entrañable y dinámico del sueño, formulo los más ardientes votos de mi corazón, pongo un énfasis en el parlamento de mi mutis, y aguardo emocionado el instante inevitable y oportuno en que caiga el TELÓN.

EL TEATRO INGLÉS[6]

RECORRER la historia del teatro británico, así sea a la velocidad y a la perspectiva del vuelo de pájaro a que constriñen los límites forzosos de una conferencia que ha de ofrecerse dentro de un curso breve y rápido de la historia del teatro universal, equivale a contemplar la grandiosa aventura de la integración de un pueblo que en el decurso de los tiempos conjuga las corrientes del pensamiento extranjero, las confronta con su propia realidad, suma a ellas su temperamento, convoca la contribución popular, yergue en el panorama la meditación depuradora de sus hombres de estudio y de universidad, y forja con todo ello —antes de Shakespeare, con Shakespeare y después de Shakespeare— el tesoro nacional de un teatro que acompaña su vida, se nutre en ella, la fecunda y enriquece y nos depara el ejemplo más alto del acuerdo perfecto, de la legítima simbiosis que sólo en los grandes pueblos —Grecia, un momento de España— convierten al teatro en una necesidad de la vida y a ésta en una función del teatro.

La “enorme y delicada” Edad Media nos ofrece, en medio del naufragio de una documentación precisa, la evidencia histórica de dos corrientes que las islas británicas recibirían del continente, y de que harían germinar el cultivo del teatro primitivo, no diferente en sus ingredientes del que simultáneamente brota en Francia o en España: la visita eventual o periódica de los histriones romanos: las obras de Terencio y de Plauto, deterioradas aunque sea, y la propagación de las sagradas escrituras que en Inglaterra, como en los demás países, la Iglesia asume bien temprano el lúcido acierto de confiar al espectáculo teatral.

El nombre de Roswitha —una monja del siglo X, residente en Gandersheim, Sajonia— es el primero que encontramos como el de un autor británico que, sin embargo, de escribir en

latín y de desarrollar temas religiosos, ajusta su obra al molde propagado y gustado de Terencio, y explica en un prefacio sus razones:

> Hay muchos católicos —dice— que atraídos por la pulida elegancia del estilo de los escritores paganos, prefieren sus obras a las sagradas escrituras. Hay otros que, aunque estén profundamente apegados a las sagradas escrituras y no gusten de las producciones paganas, hacen una excepción en favor de las obras de Terencio, y fascinados por el encanto de su manera, arriesgan verse corrompidos por la malicia del tema. Por lo que yo, la voz fuerte de Gandersheim [el nombre Roswitha parece significar "voz fuerte": en latín, dice: *Ego, clamor validus Gandersheimensis],* no he vacilado en imitar en mis escritos a un poeta cuyas obras son tan ampliamente leídas.

Los dramas de Roswitha son todos de tema religioso: *Gallicanus* trata la castidad de Constancia en el reino del emperador Constantino; *Dulcitius,* del martirio de Agape, Chionia e Irena; *Calímaco* de la resurrección de Drusiana y Calímaco; *Pafnutius,* de la conversión de Thais; *Abraham,* del arrepentimiento de María; *Sapientia,* del martirio de la Fe, la Esperanza y la Caridad en tiempos de Adriano. Hubo, sin duda, otros dramas latinos semejantes a los de Roswitha; pero carecemos de toda traza de ellos. Y es venturoso que las obras de Roswitha, publicadas por Konrad Celtes en Nuremberg en 1501, y vertidas al inglés por Christopher St. John para la Medieval Library en 1923, nos hayan así conservado el temprano ejemplo de una feliz elaboración de elementos paganos y cristianos en una Edad Media inglesa en que se gestaría un luminoso Renacimiento.

La actividad dramática nacía, pues, como en Grecia, de la religión. Cuanto tomara de otras fuentes era en su origen, y lo seguiría siendo por mucho tiempo, creación específica de la Iglesia. La Iglesia lo era todo en la Edad Media. El clero podía corromperse: pero la Iglesia le ofrecía descanso al fatigado, solaz al afligido, pan al hambriento, socorro al oprimido. La Iglesia era la escuela, el sitio de reunión, el centro del arte y —lo que es más importante— de diversión. La religión de la Edad Media era amplia y tolerante. Seria y mística, pero admitía la risa. Daba al pueblo cuanta elevación espiritual y cuanto deleite podía, por medio del arte y de las letras. Y se aprestaba a enseñar a los analfabetos, por lo que ahora llamaríamos —de una manera tan pedante como ineficaz— "educación audiovisual", las escrituras, compensando así la falta de versiones vulgares de los textos sagrados.

La similitud de este fenómeno medieval con el que en México se propagó durante la Conquista y a partir de la Iglesia la fe cristiana; y el testimonio cotidiano de una misa que es en sí una representación, me dispensa de extenderme más en la exposición de los movimientos graduales por los que la Iglesia fue tendiendo hacia afuera y desde su tronco litúrgico las ramas de su teatro. Baste señalar que desde el siglo IX se añadían ya "tropos" o textos adicionales a la música eclesiástica, y que estos tropos asumían con frecuencia una forma dialogada, y en consecuencia dramática. El más importante es el llamado *Quem Queritis,* que es una ligera dramatización de la llegada de la tres Marías al sepulcro de Cristo:

Quem quaeritis in sepulchro, (o) Christicolae?

canta uno del coro, que representa al ángel.

Iesum Nazarenum crucifixum, o coelicolae,

le contestan, a lo que sigue la réplica:

> *Non est hic, surrexit sicut praedixerat.*
> *Ite, nuntiate quia surrexit de sepulchro.*

Bien pronto, como era inevitable, estos tropos se desprendieron del servicio regular, se presentaron aisladamente y se dotaron de un ritual dramático propio. El documento más instructivo a propósito de este desarrollo se contiene en la *Concordia Regularis,* serie de reglas establecidas por Ethelwold, obispo de Winchester, para uso de los benedictinos en el siglo X. Este documento, verdadera, asombrosa y detallada guía para la escenificación de una ceremonia, demuestra que el drama como tal estaba a punto de nacer.

No resisto a la tentación de transcribir las instrucciones de aquel magnífico director de escena:

> Mientras se esté cantando la tercera lección, que cuatro hermanos se vistan. Que uno de ellos, vestido de albo, entre como a tomar parte en el servicio, y que se acerque al sepulcro sin llamar la atención, y se siente ahí quietamente con una palma en la mano. Mientras se canta el tercer responso, que los otros tres sigan, y que todos, vestidos con capas, y llevando incensarios en la mano, y caminando delicadamente como si buscaran algo, se acerquen al sepulcro. Estas cosas se hacen en imitación del ángel sentado en el monumento y de las mujeres que vienen a ungir con especias el cuerpo del Señor. Cuando, pues, el que está sentado mire a los otros tres acercársele como extraviados que buscan algo, que él comience con una voz dulce y media a cantar *Quem Quaeritis.* Y cuando lo haya cantado hasta el final, que los tres repliquen al unísono: *Ihesum Nazarenum.* Y él, *Non est hic…* Al oír esto, que los tres se vuelvan al coro y digan: *¡Alleluia! ¡Resurrexit Dominus!* Dicho esto, que el que todavía está sentado y como recordándolos, diga el himno *Venite et videte locum.* Y diciendo esto, que se levante y alce el velo, y les muestre el lugar desnudo de la cruz, con sólo los mantos en que se envolvió la cruz. Y cuando hayan visto esto, que depositen los incensarios en el sepulcro y tomen el manto, y lo eleven y muestren a la faz de la clerecía, como para demostrar que el Señor se ha elevado y ya no está envuelto ahí, que canten el himno *Surrexit Dominus de sepulchro,* y coloquen el manto sobre el altar. Concluido el himno, que el prior, participando en su alegría por el triunfo de nuestro Rey, que ha vencido a la muerte, vuelto a elevarse, comience el himno *Te Deum Laudamus.* Y comenzando esto, que todas las campanas tañan juntas.

Yo me pregunto si puede darse una instrucción más detallada para una redonda puesta en escena que no omite ni olvida un solo detalle de la producción.

Nacido dentro de la Iglesia, el drama avanza o crece por pasos contados. El primero es el desarrollo gradual del diálogo y de la acción en pequeñas piezas latinas o partes de ritual. El segundo es la introducción del lenguaje vernáculo en medio del verso latino. De este segundo paso se conserva el testimonio de Hilarius, clérigo, en cuyo *Suscitatio Lazarus* se introducen dentro del texto latino fragmentos de versos franceses. El drama se mueve hacia el pueblo. El tercer paso es la composición de escenas ya en lenguaje vernáculo, pero todavía representadas dentro de la iglesia. *Sponsus,* la historia de las vírgenes prudentes y de las otras; y *Adán* —que contiene muy interesantes instrucciones para su puesta en escena— son, custodiadas en Francia, las únicas muestras supervivientes de una producción destinada a representarse por los propios monjes y por los niños del coro en las iglesias.

Pero en estas circunstancias: ceñido a temas predeterminados y fijos, el teatro necesitaba salir de las manos de las asociaciones religiosas para evolucionar: secularizarse. Y es interesante observar que su secularización se originara en los accidentes o circunstancias de lo que ahora llamaríamos su producción.

Falto de otras maneras colectivas de divertirse, el pueblo medieval se aglomeraba, naturalmente, para ver los espectáculos de la Pascua y la Navidad, de suerte que al poco tiempo, las iglesias empezaron a resultar insuficientes para acomodar a las hordas tumultuosas de hombres y mujeres empeñados en presenciar las escenificaciones destinadas a la instrucción de sus padres y ahora a la diversión —todavía religiosa— de ellos. La solución estaba en llevar las representaciones más allá del recinto de la iglesia. Este cambio de local, unido a la introducción del lenguaje vernáculo, demarca la ruptura del drama primitivo con aquel de que originalmente formó parte: el servicio de la misa.

La Iglesia no vio con buenos ojos esta migración. Intentó vanamente contener la corriente con prohibir a los clérigos que actuaran. El resultado de esta prohibición no fue el deseado. Todo lo contrario, arrojó el drama en manos de aquel pueblo entre el cual iba a florecer exuberante: los gremios asumieron la representación de las obras, y llevaron la tradición hasta el siglo XVI.

De la plataforma erigida en la proximidad de la Iglesia, el teatro viaja en manos de los gremios que proporcionan los actores y corren con los gastos. Una carreta de seis ruedas eleva y transporta una casa con dos cuartos. En el de abajo, los actores se visten: en el de arriba, actúan —nos informa un contemporáneo—. La escenografía era elemental o inexistente, pero el vestuario empezaba a ser tan importante que los eruditos han recogido testimonios de su preocupación, en la forma de inventarios que incluyen guantes para Santo Tomás, medias para el arcángel Gabriel, capas y medias para Eva, colas para el Diablo y la serpiente; y sueldos para los actores: un tal Fawson recibió en 1573, en Coventry, cuatro peniques por colgar a Judas, y cuatro por cantar como gallo. Un actor anónimo recibió tanto como tres chelines por hacer de Dios —papel que cobraba más caro el versátil Thomas Sawyr—. A Noé le pagaron un chelín, y a su esposa ocho peniques.

Los libretos eran naturalmente anónimos: creación mutable y viva del pueblo mismo, con todos los defectos y las virtudes consiguientes. Fueron así integrando ciclos; muy numerosos sin duda, pero de los que se conservan cuatro: Chester, York, Twneley o Wakefield, y Coventry. En el Museo Británico se conserva el manuscrito del ciclo de York, que lista 49 obras, con la indicación de los gremios a cuyo cargo estaba su producción. Herreros, panaderos, barberos, tapiceros, sastres, marineros, ladrilleros, carniceros, arqueros, carpinteros, adoptaban por afinidades las obras de su particular patrocinio: los marineros desempeñaban gustosos el Diluvio; los orfebres, la Adoración; los arqueros y los flecheros, la Negación de Pedro y Cristo ante Caifás.

Entre “milagros” y “misterios”, los eruditos establecen la distinción técnica que depara a los milagros la vida de los santos como terreno, y deja a los misterios los temas bíblicos. Pero este distingo, claramente válido en las literaturas francesa y española, es menos severo en la iglesia, donde ambos títulos de una materia teatral que ya madura en el siglo XIV, resultan prácticamente sinónimos. Unos y otros, con todas sus limitaciones, dieron al pueblo inglés un temprano gusto por el espectáculo teatral y abonaron el terreno para el drama isabelino al sentar las bases para un desarrollo artístico del teatro. Si en su origen los misterios ingleses tomaron mucho de los franceses, no tardaron en nutrirlos con la propia vida y la tierra en que los representaron y reescribieron los hombres del pueblo. Los anacronismos permitidos por el arte poco exigente del medievo abrían la puerta a una frescura y a una vitalidad de tratamiento

que habría sido imposible de otro modo. Caín se vuelve un campesino inglés codicioso y perverso; los pastores bíblicos no son los de Palestina, sino los del campo vecino; la esposa de Noé es una "condenada vieja brava" —"*A cursed shrew*"— de algún pueblo próximo. Aun las escenas serias se impregnan de un sabor realista. Los asesinos que rodean a Cristo en la Crucifixión son tipos locales que nada deben a la historia. Es pues la frescura de misterios y milagros lo que merece nuestra atención, porque es esta frescura, esta fecundación por el pueblo, unida a un sentido de la forma que derive de un estudio del arte clásico, lo que va a darle al pueblo inglés la gloria del drama shakesperiano.

Las moralidades derivadas de los misterios, representan un paso adelante en el progreso del drama, al introducir el elemento simbólico en la forma como invisten a sus personajes de características generales y humanas vueltas una abstracción. El estudiante del teatro español entenderá bien la forma y el sentido de las moralidades (florecientes simultáneamente en Francia) si piensa en la estructura y en el *dramatis personae* de los autos sacramentales. Como en ellos, en las moralidades las figuras alegóricas —la Fe, el Vicio, la Virtud, la Mentira, el Pecado— dirimen problemas importantes para la norma religiosa y moral del pueblo. Pero la característica netamente inglesa; aquella que nos induce a atribuir a las moralidades y a su derivación en los interludios (piezas cortas para representarse en medio de otras diversiones) una contribución valiosa al progreso del drama, estriba en el hecho de que por abstractas y alegóricas que sean las figuras que juegan en las moralidades, sus anónimos autores las dotan de rasgos contemporáneos que hacen así más inteligible y de un impacto francamente teatral la personificación del símbolo. Moralidades e interludios; las primeras más largas que los ciclos de misterios; divididas ya en actos y generalmente destinadas a la posibilidad de que las representen grupos reducidos de cómicos (algunas llevan la anotación de que cuatro pueden fácilmente representar este *play);* y los interludios muestran por igual un principio de humanismo renacentista. Citemos en *Every-man* la más conocida de las moralidades. En ella, Dios llama a la Muerte, que se acerca a todos los hombres. Camaradería, Parientes, Riquezas y todas las cosas mundanas lo abandonan. Sólo los Buenos Hechos consienten en seguirlo por el paso de la tumba. El verso de este drama es muy poético y lo señala como una de las principales obras de la literatura del siglo XV. Pero *Every-man* no es sin duda más que uno de los muchísimos ejemplos de obras morales de similar estructura que de la simple reexposición de los temas bíblicos o de las vidas de santos que había sido materia de misterios y milagros, extraía en las moralidades la sabia psicológica de la religión para inventar anécdotas y personificar sobre tipos contemporáneos, rasgos humanos generales.

El paso del simbolismo al realismo es ya lógicamente el inmediato. Lo da el interludio y lo facilita la erección, dentro de los castillos, de locales o salas en que para deleite de nobles, se representan primero interludios y luego obras más grandes. Nos asomamos ya a los albores del siglo XVI, y empezamos a encontrar nombres de autores teatrales en Henry Medwall, cuya *Fulgencio y Lucrecia,* obra de 1500, se descubre en una venta de libros en Londres en 1919; en sir Thomas Moore y en John Heywood. Por primera vez encontramos en sus obras la introducción de caracteres puramente seculares. Y es interesante señalar la presencia en este grupo de obras, de *Calixto y Melibea,* traducida por un escritor anónimo, no del original español de 1492, sino de una versión italiana de la obra española. *Fulgencio y Lucrecia,* tanto como *Calixto y Melibea,* nos asoman a un reino nuevo, el del amor humano. Vemos en ellas el

germen de lo que habrá de florecer más tarde en la comedia romántica y pura de Greene, de Lyly y de Shakespeare. En ambas hallamos la mezcla de gracia y de rico sentimiento que más tarde se glorificará en *La doceava noche* y en *El sueño de una noche de verano.* En ellas encontramos también la primera aparición conocida de una trama cómica subordinada tal como la hemos de encontrar en el drama shakesperiano. En la versión inglesa de nuestra prosaica *Celestina* se altera el final, y en ella las mejores partes no son las porciones morales, sino las conversaciones de Celestina con Melibea. Nos hacen pensar en la Nodriza de Julieta. La verdadera contribución de los autores de estas obras al desarrollo del drama reside en que prescinden de tipos y caracteres abstractos.

La hibridez de lo cómico con lo trágico en la tragicomedia ofendía a los clasicistas severos, pero no amenguaba la popularidad de obras que disfrutaban desde los cortesanos de Isabel hasta los más pobres de sus súbditos. Los humanistas, sin embargo, no cesaban en su empeño de señalar a sus contemporáneos qué era lo que debían gustar, y de su esfuerzo nació la primera y verdadera comedia inglesa y la primera y verdadera tragedia inglesa: *Gammer Gurtons Nedle* (1550-1553) de un tal Mr. S., y *Ferrex and Porrex,* mejor conocida como *Gorboduc,* obra de Thomas Norton y Thomas Sacville, representada en enero de 1562, y la primera de una serie de tragedias a la manera de Séneca de la que citaremos *Los infortunios de Arturo* (refundición del Tiestes de Séneca), de Thomas Huges (1588), *La tragedia de Tancredo y Gismunda* de Robert Wilmont, derivada del *Decamerón* de Boccaccio, y la *Yocasta* de George Gascoigne.

El estilo de Séneca jugaría un papel importante en la historia ulterior de la tragedia inglesa. En tanto que algunos escritores se esforzaban en seguir lo más fielmente posible la rigidez del escenario clásico, con coro y todo, como lo hizo Kyd en su *Cornelia,* otros, como el autor de *La lamentable tragedia de Locrina,* intentaban adoptar un material romántico al tratamiento clásico, y otros todavía, como el propio Kyd en la *Tragedia española,* fundían los métodos de Séneca y los románticos, introduciendo así un tipo de drama nuevo y más vigoroso.

Las tragedias y las comedias clásicas se confinan a la corte o a las universidades; las obras más románticas se difunden en los escenarios populares del pueblo. Por largo tiempo lucharon los humanistas. Aun Ben Jonson, ya en pleno siglo XVII, confiaba en expulsar de la escena a Hamlets y Otelos con su *Sejanus y Catilina.* Pero el público, una vez más, se imponía. Libertad, acción, pasión —esto deseaba el público y esto encontraba en la obra de los autores románticos—. Si hemos de resumir, con dispensa de citas, el desarrollo de los años que nos llevan hasta los noventas del siglo XVI, época en que la actividad teatral de Inglaterra se hallaba en pleno florecimiento, podremos señalar varias indicaciones del progreso dramático: *1)* la tragedia clásica, decorosa y bien ordenada, pero carente de emoción y de movimiento; *2)* la tragicomedia cruda, que mezcla distintos elementos en forma caótica, pero que señala el camino para la comedia romántica de Greene y de Shakespeare; *3)* la obra histórica, de tipo totalmente nuevo; *4)* la verdadera comedia que desposa los ideales de Terencio con los ingleses; y finalmente: *5)* la clase más cruda de comedia de farsa de los interludios escritos por John Haywood, de los cuales el más famoso es *The Play Called the Four P. P.,* en el que cuatro interlocutores cuyos oficios se designan por nombres que comienzan con una P (Palmer, Pardoner, Poticary y Padler), se disputan el premio de ser cada

uno más consumado mentiroso que los demás. Gana el que cuenta que en todos sus viajes nunca ha encontrado a una mujer enojona. (Es tentadora la derivación hacia el tema de las mujeres en la literatura de estos tiempos: por Italia, por Francia, por España en el *Corbacho* del Arcipreste de Talavera; perseguir la genealogía de la hembra brava hasta su doma en Shakespeare. Pero ni hay tiempo ni esto es hoy nuestro tema.)

Al finalizar el siglo XVI la función teatral crea su propio órgano. Quiere decir que el teatro apetecido por las masas y mirado con ceño fruncido por universitarios, eruditos y autoridades, se aloja en locales muy semejantes a los que en Madrid fijaron la gloria de Lope, pero con las características propias que le dan singularidad al escenario isabelino; que demarcan el distanciamiento entre la diversión popular y las conveniencias municipales; y que por último influyen por su forma en una medida que sería muy interesante explorar no sólo en este periodo y en este país, sino en todos los periodos y en todos los países, tanto en el estilo de la actuación cuanto en el de las obras mismas.

Por largo tiempo la corte había sostenido a sus propios grupos de ministriles y de cómicos, dándoles empleos de privilegio. Pero con el crecimiento de una actividad teatral más rica, surgieron infinitos grupos de cómicos no vinculados a la corte aunque por lo general adictos al servicio de algún lord del reino. Pronto se hizo sentir la dificultad de tratar satisfactoriamente con estos grupos errabundos de bohemios, y en consecuencia se dictó una ley que infamaba como vagabundos y malvivientes a los actores que no se hallaran al servicio de un lord. Lo cual en realidad les importó poco a los cómicos, ya que muchos pares accedían a patrocinar a los grupos que lucieran sus libreas, pero que se ganaran la vida independientemente. Los hombres (o cómicos) de la reina, los del lord Admiral, los del lord Chamberlain y un montón de otros muchos se hallaban a salvo mientras observaran las leyes ordinarias del país. Las autoridades cívicas de Londres y de otras ciudades acabaron por resignarse a padecer como un mal necesario y como una maldición inevitable esta actividad a la que no podían, sin embargo, oponerse, e hicieron cuanto pudieron por expulsarlos de los límites de la City, como quien confina a la zona roja una diversión pecaminosa. Por esta razón tanto el primer teatro erigido en Londres en 1576 en Shoreditoh, como los teatros De la Rosa, El Globo, La Fortuna y El Cisne se erigieron a distancia conveniente de acceso al oriente, pero fuera de los muros de Londres, y del sur del Támesis, rumbo propicio para quienes lo visitaran en busca de diversiones, tanto teatrales como de otras. Al terminar el siglo XVI, la única actividad teatral dentro de la City era la de Black Friars, donde se había erigido un teatro para que actuaran en él niños.

Los teatros mencionados se designaban por el título de públicos en tanto que se llamaba privado al teatro de Black Friars y más tarde al de Salisbury Court y al de Drury Lane. El teatro privado, que alcanzó gran importancia a principios del siglo XVII, tenía techo, luz artificial y un público de mejor clase. El teatro público era al aire libre, las representaciones se hacían de día y todas las clases se mezclaban en el patio o en las galerías.

No podemos, ni creo que haga falta, entrar en detalles debatibles acerca de las minucias de construcción del escenario isabelino. Bastará un sumario de noticias generalmente aceptadas en la medida en que éstas influyen en la estructura de las obras.

El escenario principal era abierto, con una cortina atrás y dos o más puertas por las que entraban los actores. A esta especie de gran proscenio no solamente podían trepar y sentarse

los espectadores que lo pagaran, sino que otros lo rodeaban. Dos consecuencias importantes resultaban de esta situación. En primer lugar, no podía introducirse escenografía en el principal escenario. Sus limitaciones no permitían otra cosa que efectos primitivos como la introducción de trastos o de utilería móvil: una maceta simbolizaba una selva, una cama apresuradamente metida en escena sugería una cámara; una antorcha, en el calor de un día de junio, la oscuridad de una taberna; pero poco más era posible. Sin obligación de tomar en cuenta lo que hoy llamamos gastos de producción, los empresarios actores no pensaban siquiera en ese aspecto de la puesta en escena; y los dramaturgos, a su vez, eran libres de situar su acción en cuatro o en 40 lugares diferentes. La estructura, pues, de los dramas isabelinos, no puede discutirse sobre las normas del arte teatral actual. Todavía más: la ausencia de escenografía hacía necesaria la introducción de referencias explicativas abundantes. Tenía que decírsele al público que era de noche; tenía que comunicársele el secreto de que esto era una sala, un jardín, un castillo, un sótano. A esta necesidad debemos mucho de la poesía descriptiva de finales del XVI y de principios del XVII. Tal abundancia de descripción, que era necesaria por las condiciones especiales del teatro isabelino, resulta manifiestamente artificial y fuera de lugar en las obras modernas destinadas al escenario que hoy conocemos. Digamos de paso que la evaluación inteligente de esta circunstancia confiere al director moderno el derecho a despojar a las obras isabelinas (o lopescas en su caso), cuando se atreve a producirlas en nuestros tiempos, de cuanto pueda equivaler por medios legítimos de impacto teatral hoy a su alcance.

La segunda consecuencia del hecho de que el público rodeara así a los actores era que se alcanzara entre ambos una intimidad mayor que la actual. El público se metía hasta físicamente en el drama. La ropa de los cómicos era la contemporánea, si acaso un poco más esplendorosa, de suerte que la ilusión era mucho mayor de lo que puede ser en nuestra época, y condujo a la elaboración de ciertas convenciones dramáticas que hoy nos parecen artificiales y débiles. Una de ellas es el soliloquio. Que un actor dispare un soliloquio desde más allá de las candilejas en un teatro grande para que sus palabras puedan llegar hasta las galerías, hoy nos parece artificial; pero para un actor en este teatro isabelino, no era un absurdo comunicar sus pensamientos a los amigos íntimos que lo rodeaban. Lo mismo sucede con el aparte. El aparte tendría hoy que ser gritado. En el siglo XVI debe de haber sido perfectamente sencillo para el actor volverse hacia los espectadores trepados al escenario y murmurar suavemente su convicción íntima o su determinación.

Pero el escenario principal no agotaba las posibilidades del teatro isabelino. Los actores utilizaban al menos otras dos partes: el escenario al fondo y los balcones o palcos. Detrás de la pared del fondo había un cuarto interior más pequeño, cubierto con una cortina, en que se representaban escenas. Esta porción del escenario podía abrirse con correr la cortina y disponerse en ella varias clases de utilería mientras proseguía la acción en el escenario de abajo. En este cuarto interior se haría jugar a Fernando y Miranda su inocente ajedrez; podía pasar por una cueva, una recámara, una tienda, a voluntad de los cómicos. Si bien se ha atrevido la poco probable teoría que supone que todos los dramas isabelinos obedecían a un plan en que se alternaran las acciones en el escenario principal y en el de atrás, el uso de este cuarto detrás de la cortina, con sus posibilidades para contener decorado y utilería, debe tomarse en cuenta cuando se estudie el drama isabelino. La otra localidad utilizada por los

actores quedaba arriba del escenario propiamente dicho. Servía para alojar a los músicos o como balcón de Julieta, o como torre. Sus ventanas eran verdaderas, podían abrirse y cerrarse. Más arriba lucían, ondeaban los banderines que anunciaban a la distancia que ahí había un teatro. En esta especie de pequeña torre se instalaba el trompetero a dar la clarinada con que anunciaba el principio del espectáculo.

Ya se ve, pues, en muchos sentidos que el teatro isabelino seguía siendo simbólico: en que su público se hallaba dispuesto a aceptar, no un realismo completo, sino una sugestión de realismo en los efectos producidos en el escenario. Uno o dos ejemplos harán esto claro. El fugitivo llega a su cuarto, perseguido por sus enemigos. Cierra la puerta mientras que sus perseguidores gritan afuera. En el escenario de El Globo esto tenía que hacerse de un modo convencional. No podían cerrarse todas las puertas, y los espectadores se contentaban con que una se cerrara. Olvidaban por el momento las demás. Asimismo, los personajes podían (como sucede en el teatro chino, que se ha conservado gloriosamente convencional) caminar alrededor del escenario y dar así a entender que recorrían muchas leguas.

Un dramaturgo, por ejemplo, quiere mostrar a dos personajes en Roma, y luego comprimir su viaje a Venecia. Pues simplemente los hace salir por una puerta y entrar por otra y el viaje ha terminado. También la ropa era a menudo simbólica, ya en los misterios y en las moralidades, los personajes entraban en escena con ropas que se suponía que los hicieran invisibles, y el público aceptaba su invisibilidad. Así podía Ariel en *La tempestad,* por medios semejantes, desvanecerse ante la mirada de los mortales.

Al tratar de los misterios señalamos el cuidado que los actores medievales ponían en su vestido. Las compañías isabelinas preservaron esta característica, y si no gastaban mucho en decorado, sí gastaban en ropa. Se ha conservado el inventario de la compañía de lord Admiral del 10 de marzo de 1598 que detalla capas, vestidos, cotas, pecheras, medias para senadores, Neptuno, Robin Hood, fantasmas, la reina Dido, la cabeza de Mahoma, el arco de Cupido, las alas de Mercurio, etcétera, etcétera.

Con el nombre de University Wits (acaso porque suele de antiguo suponerse, con fundamentos discutibles, que Universidad y talento son, digamos, uña y carne) se designa a un grupo de escritores que, contemporáneos del Shakespeare joven, allegaron con sus obras, con su poesía, su pasión y su entrenamiento académico, los materiales, y contribuyeron a establecer la técnica, que habrían de ser el instrumento de expresión del genio de Shakespeare.

Con excepción de Thomas Kyd, los demás de este grupo, que nombraré sin detenerme en el examen pormenorizado de sus obras, Robert Greene, Thomas Lodge, John Lyly, Christopher Marlowe, Thomas Nashe, George Peele, se habían graduado *B. A.* o *M. A.* en Oxford o en Cambridge, lo cual, dicho sea de paso, no les impidió vivir como consumados bohemios, procurarse la mala reputación que acompañó siempre a las gentes metidas en el teatro (hasta que no aparecieron a degenerarlas en prósperos y organizados negociantes calamidades tales como el cine, o agencias mecánicas de degradación a domicilio tales como la televisión), y morir, como Marlowe, de una gloriosa puñalada en una animada reyerta de taberna. Pero todos ellos, cada cual a su modo y medida, hicieron avanzar al teatro, uniendo, para así vitalizarlo, las fuerzas de un drama que se debatía, antes de ellos, entre ser un témpano bien formado —o un entusiasmo sin estructura—. El teatro inglés —y el universal— les debe el verso cimero de *Tamburlaine,* la dulzura romancesca de *Friar Bacon,* la introspección profunda del carácter

en *Dr. Faustus*.

No podemos detenernos, repito, en sus obras. Pero tampoco omitir la mención de las que algunos, los más eminentes del grupo de los "wits" —Marlowe, Kyd, Greene y Lyly— acercan tanto a Shakespeare, que las veremos injertarse, renacer, asomarse, trasmutarse y culminar en las suyas.

De estos "Cuatro Grandes", Christopher Marlowe, si no hubiera escrito más que *The Tragical History of D. Faustus* (1588, impresa en 1604 y en 1616), esta obra bastaría, germen de la culminante de Goethe, a asegurarle un sitio de honor en el teatro inglés. Pero dejó otras igual y curiosamente escasas de heroínas, tan empeñadas en delinear con fuerza caracteres masculinos y poner en sus labios versos magníficos, que sus personajes secundarios (Meander, Wagner) no alcanzan nunca los perfiles precisos con que Shakespeare dibuja a Horacio, a Cassio, a Banquo, a Kent; otras en que podemos discernir los materiales de inspiración o de línea que en Shakespeare forjarían el drama histórico o el de leyendas paganas *(The Troublesome Raigne and Lamentable Death of Edward the Second King of England,* 1592; *The Tragedie of Dido, Queen of Carthage,* 1593 o que con el tipo del *Rich Jew of Malta* plasmaría el carácter de Shylock en las manos mágicas de Shakespeare.

A su importante turno, Thomas Kyd entrega a aquellas manos mágicas, después de haber satisfecho con ella el voraz apetito popular con que fue recibida, la obra más importante y típica de los dramas de venganza, *The Spanish Tragedy,* modelo sobre el cual, o desde el cual, Shakespeare esculpiría el mármol negro y sensitivo de Hamlet. En la primera escena, Kyd nos presenta al fantasma de Andrea, esposo asesinado de Bellimperia, la cual se enamora de Horacio, a quien estrangula Lorenzo, hermano de Bellimperia. El padre de Horacio, Jerónimo, fragua su venganza por medio de una representación teatral y muere gloriosamente. Huelga subrayar parecidos que no hacen otra cosa que sumar pruebas del genio desplegado por Shakespeare en transmutar —alquimista del teatro— en oro puro el plomo que sus contemporáneos manaban.

Los otros dos grandes de los University Wits —Robert Greene y John Lyly— consagraron su esfuerzo al desarrollo de la comedia —a diferencia de Marlowe y de Kyd—, más inclinados a la tragedia. De las cinco obras que Greene nos dejó, merece para nuestro objeto de discernir las inspiraciones de Shakespeare, mención especial su *Friar Bacon,* por varias razones: la introducción del amor entre Margaret y Lacy, la del personaje cómico de Miles y de un Diablo que carga a espaldas al mago Bacon, y la presencia en la comedia de la realeza: Eduardo, príncipe de Gales, y Lacy, duque de Lincoln, ambos enamorados de Margarita, hija del hostelero. Tenemos así, en la trama, tres mundos distintos y reunidos: el de la magia, el de la aristocracia y el del campo. Greene los ha entretejido con habilidad y con gracia, abriendo así el camino para que Shakespeare cincele esa joya de frescura, de poesía, de irrealidad desposada con la realidad; de realeza en fraterno contacto con los tipos del pueblo; de magia y de humorismo que es *El sueño de una noche de verano.*

Una palabra más acerca de John Lyly, el poeta, cuya contribución a la comedia de Shakespeare podemos rápidamente señalar en la hábil mezcla del verso y la prosa como lenguajes alternos de la realidad y lo ideal, como en: *As You Like it;* y en la introducción de las muchachas vestidas de hombre, que habría Shakespeare de manejar y que Lyly inició como recurso de engaño y sorpresa.

¿Podríamos detenernos en Ben Jonson, exigente cultivador aparte de tragedias y comedias; clasicista, colérico impugnador de los excesos incultos de sus contemporáneos teatrales; ridiculizador despiadado —especie de Quevedo inglés en ello— de la “culta latiniparla”; a quien el teatro inglés debe el ejemplo primero de una comicidad que no resulta de las palabras: que no es un *mot d’esprit* como entre los franceses, sino un *mot de caractere* o un *mot de situation?* ¿Vale la pena señalar, aparte la mención de sus obras, de las que sólo *Volpone* suele aún representarse, y eso manoseada por las manos callosas de Jules Romains —la coincidencia de situaciones y tratamiento entre su *The Case is Altered*— en que Juniper y Orion le sirven de instrumento para satirizar el habla contemporánea y los personajes cómicos que lo hacen en *Love’s Labour Lost?*

¿Hay tiempo, en esta conferencia que ha de tener un límite razonable por más que su tema contenga la abrumadora invitación a compendiar 10 siglos de teatro en una hora de tiempo: lo hay, me pregunto, de más que mencionar a George Chapman, a Thomas Dekker, a Philip Massinger, a Fletche, que nos llevarían al borde de aquel territorio que Etherege, Wycherley y Congreve harían suyo?

Temo que no. Y pienso que, constreñido a límites que le procuren a esta conferencia una unidad indispensable en el teatro, debo reservar para otra ocasión, o ceder a un conferenciante más hábil que yo en la condensación, la exposición de la historia del teatro británico a partir de aquella figura excelsa, culminante, a la admiración, que no al examen —superior a mis fuerzas y al tiempo disponible— de cuya obra me acerco reverente para concluir con ella esta plática desmañada.

El siglo XVII encierra la época más maravillosa que haya vivido Inglaterra. Del siglo VII al X balbuce la literatura anglosajona. Chaucer y Langland y el autor anónimo del *Gawayn* y *El caballero verde* en el XIV, Spencer y los Universitarios en el XVI. Todos estos precursores tienen gran importancia; pero ningún siglo ha visto tal florecimiento de genio artístico como el que surge en las obras de Shakespeare, Chapman, Dekker, Jonson, Massinger, Midleton, Webster, Ford y Shirley, para sólo mencionar a unos cuantos de los que glorificaron al teatro de 1600 a 1642. Ningún otro siglo despliega tal variedad de tendencias y de formas. Este periodo, que se alarga de los últimos días de la reina Isabel hasta la época de William y Mary, no sólo nos deja las mejores obras de Shakespeare y de sus compañeros, sino también la gloria magnífica del verso libre miltoniano y el gradual dominio de la poesía y de la prosa que culminan en las obras de Dryden. Comienza por el flujo tormentoso del entusiasmo romántico y se cierra con el establecimiento de un neoclasicismo correcto y meticuloso. A uno de sus extremos tiene a Shakespeare, al otro a Swift.

¿Por qué puerta asomarnos; por qué ventana, por cuál resquicio, al mundo fabuloso de Shakespeare? De él, de su vida y de su obra, todo se ha dicho ya. Como de Homero, se ha dudado de su existencia; ha solido olvidársele y adulterar sus obras. Goethe pasó su vida estudiándolo y adorándolo, pero como director teatral, acabó por declarar que su obra es demasiado vasta para contenerse en los límites del escenario; que en el fondo, más que dramas, los de Shakespeare son poemas dialogados por razones prácticas, pero que su lugar más apropiado es el libro. Si se refería a las dificultades materiales que ya en tiempos de Goethe, y mucho más en el nuestro, impiden obtener una ejecución adecuada de ellas, Goethe tenía razón. Aun en época de Shakespeare hubo seguramente que infligir a sus obras cortes y

reducciones. Este problema es cuestión de recursos, y su solución depende por mitad del público y de los productores en cada época. La isabelina, por ventura, congregaba a un público dotado de una imaginación no necesitada para el disfrute dramático de las muletas del realismo visual. Es sobre todo en nuestra época, y lo era ya en la de Goethe, después que en Inglaterra introdujo los decorados Davenant, cuando la invasión progresiva de la escenografía, de la referencia visual concreta, ha acabado por encallecer la sensibilidad sobre todo auditiva de un público al que el cine acabó por domesticar a la exigencia de la perfección del engaño visual, y por desorientarlo en la búsqueda o en el goce de los valores dramáticos puros. Esta hoy cumplida degeneración ha hecho posible que se atreva la estupidez de afirmar que Shakespeare se adelantó a nuestros tiempos y que es un excelente autor cinematográfico, ya que este vehículo de estultificación colectiva es el único que puede seguir una obra de Shakespeare, materializándolas en *long shots* y en cinemascopio, todas y cada una de las migraciones que en rápidos "cortes", como les llaman los del cine a sus brincos, emprenden personajes que lo mismo están en el mar, que en la siguiente escena en el castillo, la alcoba, el monasterio, la calle o la plaza.

Dejemos a estas lamentables personas con sus ideas, no sin agradecerles que de vez en cuando nos deparen el privilegio de escuchar a sir Lawrence Olivier en *Hamlet* o en *Enrique IV.* Y digamos que Goethe se equivocaría si al desistir de llevar a la escena a Shakespeare, y al declarar que más que dramaturgo es poeta, pretendiera negarle las cualidades esenciales y genuinas del dramaturgo. Lo es quien como él, y nadie más que él, tiene en alto grado la facultad de anularse, desaparecer y renacer en innumerables personajes estéticamente justificados en sus choques y conflictos y libres de vivir su propia vida. Lo es por excelencia quien como él puede ofrecer a innumerables actores la posibilidad de encarnar innumerables caracteres con detalles y efectos que la representación permite poner de relieve. Pero para el poeta que es Shakespeare, cualesquiera que sean las conquistas técnicas que la producción de sus obras vaya poniendo en nuestras manos, su magisterio es el del verbo y su sitio propio el escenario teatral. Su estilo se forjó alternando el verso con la prosa y dominando con viril vigor un idioma dúctil y rico del que surge una elocuencia llena de energía, emoción y sensibilidad. Sus imágenes afloran con un impacto natural, se inscriben como en mármol; su gracia luce intacta, sus gritos desgarran el aire, sus frases son carne y sangre, luz y espíritu. Desde la época de los griegos, el teatro no había escuchado una magia de la palabra tan portentosa como la de Shakespeare.

Sobre el supuesto de que bastará mencionar sus títulos para que quienes me honran con escucharme recuerden y configuren las 37 obras de Shakespeare, creo interesante ofrecer su lista cronológica tal como sobre las clasificaciones de Malone en 1812 y de Furnivall en 1892 han convenido en organizarse, rectificando a aquéllos los estudios modernos de Shakespeare. Expuestas en esta forma, sus obras nos revelarían los pasos graduales que su genio siguió desde los primeros ejercicios y experimentos en 1590 hasta muy cerca de su muerte en 1616. Percibiremos cómo su madurez y la creación de sus tragedias pertenecen a los primeros años del XVII, en tanto que su vena cómica se sitúa en los últimos años del XVI. El orden histórico que los críticos modernos deparan a la obra de Shakespeare es el siguiente: *Love's Labour Lost,* 1590, *La comedia de las equivocaciones,* 1590, *Los dos caballeros de Verona,* primera, segunda y tercera partes de *Enrique VI,* 1592; *Ricardo III* y *Romeo y Julieta,* 1593. Estas

ocho obras corresponden a una época de experimentación, a la cual sigue una época de desarrollo que nos da 14 obras entre 1594 y 1600 y que son las siguientes: *Titus Andrónicus, Ricardo II, El sueño de una noche de verano, Juan, El mercader de Venecia, La doma de la bravía,* la primera y la segunda partes de *Enrique IV,* el *Enrique V, Las alegres comadres de Windsor, Mucho ruido, Julio César, Como gustéis, La doceava noche.* Ya en el XVII, a partir de 1602, otras 15 obras culminaron su genio e integran la herencia magnífica que ha de recibir el teatro universal: *Todo está bien, Troilus* y *Hamlet,* son las tres de 1602; *Medida por medida* y *Otelo,* de 1604; *El rey Lear,* de 1605; *Macbeth,* de 1606, *Antonio y Cleopatra,* de 1607; *Coriolano, Timon y Pericles,* de 1608; y por último y en grupo aparte de las tragedias, en sus últimos años de 1610 a 1613, *Cymbeline, El cuento de invierno, La tempestad* y *Enrique VIII.*

La obra dramática de Shakespeare se inicia, pues, según convienen todos los eruditos, con *Trabajos de amor perdidos,* y desde la fecha de esta comedia hasta 1600, o sea en 10 años, escribió más de la mitad de su producción. De estos dramas algunos son históricos, tratados unos a la manera trágica como los *Ricardos II* y *III* y otros principalmente cómicos como *Enrique IV.* Hay, además, la única tragedia lírica de sus primeros años, *Romeo y Julieta;* una o dos comedias realistas o de farsa como *La doma de la bravía* y *Las alegres comadres de Windsor* y finalmente el ramillete de comedias románticas que incluye *Los dos caballeros de Verona, El sueño de una noche de verano, Como gustéis, La doceava noche, Mucho ruido* y *El mercader de Venecia.* Ciñámonos a señalar los rasgos característicos de este grupo de comedias a las que vincula un tratamiento romántico. Caracteres y escenas aparecen vistas a través de una lente que transfigura la realidad. Los sitios de su acción son todos imaginarios: una Francia antihistórica, Éfeso, Tebas, Ardenia, Iliria y Venecia, todas iluminadas por el resplandor de una extraña y hermosa fantasía. Y sin embargo, todas relacionadas con la vida real. Hay figuras y modas contemporáneas en los *Trabajos de amor perdidos;* Bottom y sus compañeros se mezclan con las hadas; sir Toby Belch y sir Andrew Awecheek son compañeros de Viola y de Olivia; Dogberry y Verges, de Hero y Beatriz. Ésta es la característica cardinal del mundo romántico de Shakespeare: la unión del realismo y la fantasía. Cualquier otro escritor que hubiera osado reunir a Titania y a Bottom en proximidad tan dispar, habría fallado en el intento de alcanzar la unidad de la forma. Su secreto parece residir en aquella particular forma de humor que dimana de estas comedias tanto como en el más descarnadamente cómico *Enrique IV.* Este humor, unión del intelecto y de la emoción, irradia tanto del carácter como de la escena para volver románticas las cosas ordinarias de la vida y realistas las circunstancias y los caracteres más improbables. Gracias a este don único y mágico del humor, el bosque de Arden se nos hace tan familiar como el que conozcamos; gracias a él, Bottom se nos revela cercado por un halo de imaginación que lo convierte en un compañero digno de la delicada Reina de las Hadas.

No es menos admirable, señalémoslo para terminar y en elogio del que hoy llamaríamos oficio de Shakespeare, la habilidad con que el autor, actor, empresario y director servía a su compañía y se servía de ella en provecho del drama. En *Julio y Silvia,* en *Los dos caballeros de Verona,* encontramos por la primera vez al par de heroínas inmortalizadas más tarde como Rosalinda y Celia, Porcia y Nerissa, Hero y Beatriz. Son tan semejantes estas parejas de figuras femeninas, que nos inducen a creer que por la época, Shakespeare habrá tenido en su

compañía una pareja de muchachos actores, uno más alto que el otro, uno más serio y majestuoso, el otro más impertinente y vivaracho, para los cuales escribió esos papeles. En esta comedia encontramos también a un par de criados cómicos, llamados en ella Launce y Speed, que volveremos a encontrar como el viejo Gobo y el joven Gobo o como Dogberry y Verges. Es muy probable que también para estos papeles Shakespeare haya tomado en cuenta los recursos de su compañía.

De la serie de tragedias shakesperianas, que se inician en el siglo XVI con *Titus Andrónicus*, pero que llevan al genio de Shakespeare en progresiva madurez a partir del *Julio César* de 1595 hasta las cimas de *Hamlet*, *Otelo*, *Macbeth* y *El rey Lear*, un análisis que no podemos aquí profundizar nos llevaría a cuatro conclusiones con cuya formulación terminaremos esta veloz y superficial excursión por el mundo de Shakespeare: *1*. La tragedia no es para él un asunto de amor. Sus mejores obras relegan al fondo el tema amoroso. *2*. La tragedia se cimenta por una unión del carácter con el destino. El personaje trágico posee una voluntad propia, pero se ve colocado en tales circunstancias que su ruina es inevitable. *3*. La acción violenta y vívida progresa en el escenario al parejo del conflicto mental. *Hamlet* y *Macbeth* podrían parecernos melodramas si sólo nos fijáramos en sus historias; pero derivan su grandeza de la unión del pensamiento y la emoción con la acción. Y por último, *4*. El héroe trágico se halla colocado en una posición que ningún otro carácter de la tragedia comparte. No se convierte en un superhombre, como ocurre con los héroes de Marlowe, sino en una figura que se yergue muy alto por encima de sus compañeros. Nadie iba a seguir a Shakespeare en esta línea de desarrollo trágico. Nadie ha alcanzado a captar el verdadero espíritu de su drama, aunque muchos de sus seguidores inmediatos la imitaran en los rasgos externos y revelaran en frases, escena y carácter, la influencia de su ejemplo.

El año de 1642 marca una fecha importante en la historia política —y teatral— de Inglaterra. Por ordenanza del Commonwealth se cierran los teatros, y no vuelven a abrirse sino 18 años más tarde, en 1660, al restaurarse al trono los Estuardos con Carlos II. Los puritanos —tan enemigos de las diversiones licenciosas— no tuvieron realmente mucho de qué alegrarse. Al reabrirse los teatros los pobló, más que el entusiasta vulgo isabelino de antes, una lánguida aristocracia que a semejanza de un rey que había vivido alegremente en París, buscaba en el teatro situaciones audaces, lenguaje picante y la mayor teatralidad. Es entonces cuando aparece William Davenant a dirigir uno de los dos teatros, el de Drury Lane, mientras Kiligrew —último de los viejos bufones cortesanos— dirigía el Teatro Real. Si se piensa en que 40 años antes seis teatros apenas bastaban a contener a un público londinense tan numeroso como popular, se entenderá que el teatro, después de la restauración, haya degenerado a ser diversión de una “clase superior” que le pedía dos cosas: sentimientos aristocráticos sobre el tema del honor, y atmósferas moralmente viciosas, pero brillantes, de salones y alcobas.

La restauración acarreó al teatro innovaciones dignas de mención: locales techados, escenografía —y la introducción de las actrices—. Hasta entonces, todos los cómicos eran hombres, y los muchachos mejor dotados físicamente para hacerlo con verosimilitud, desempeñaban gustosos los grandes (y acaso por esta circunstancia, limitados) papeles femeninos. Durante el reinado de Carlos I, las actrices francesas que osaron presentarse en Londres fueron siseadas y expulsadas. Pero Carlos II, que las había visto en París, decidió,

“en nombre de la moralidad”, incorporarlas a la escena inglesa, y el prólogo de Otelo y el papel de Desdémona fueron los primeros papeles desempeñados por mujeres auténticas, compartidos aún con muchachos, hasta que ya por 1670 la adopción femenina quedó consumada.

Cien años antes que en Francia o que en el resto de Europa, la burguesía inglesa fermenta y se plasma por la levadura puritana, con sus defectos y virtudes. Importa la ópera y gusta apasionadamente de ella, y empieza peligrosamente a endiosar, más que a los dramaturgos, a los actores. El terreno se abona con los despojos trágicos: con John Dryden, denostador de Shakespeare, admirador de Corneille, Racine y Molière; con Thomas Otway, con William Wycherley, con William Congrave, George Ethredge, George Farquar para el advenimiento, digamos hollywoodense, de los “grandes actores” del tipo Garrick en el siglo siguiente.

En el Gran Teatro del Mundo, los pueblos suelen a tiempos dramáticos tomar o ceder la palabra del arte y del pensamiento. En el siglo XVIII, Inglaterra pareció ceder la suya a Francia. Dos notables autores cómicos, sin embargo: Oliver Goldsmith y Richard Brinsley Sheridan, nos dejan en *She Stoops to Conquer;* en la *Escuela del escándalo* y en *El crítico*, sendas obras en que el humor, el diálogo certero, la crítica punzante, rescatan valores del teatro que a un siglo de distancia habrían de resucitar en George Bernard Shaw —y que en nuestros días vertebran la obra de un Somerset Maugham y de un Noel Coward—.

Nos aguardaría la cautivadora, pero inabordable tarea de proseguir nuestra exploración superficial por la historia del teatro inglés hasta nuestros días. Asomarnos a un romanticismo enarbolado en Francia como novedoso programa de acción por Victor Hugo en su famoso prefacio a Cromwell, aunque no novedoso, sino propio, en la Inglaterra que brevemente hemos examinado, y movimiento al cual Inglaterra aporta un Robert Southey, un Coleridge, un Walter Scott que prueba en *The House of Aspen* su pluma novelesca: y estimar la contribución de los poetas —Byron, Shelley, Keats, Wordsworth, Browning— al drama literario.

Nos faltaría presenciar el advenimiento de un Ibsen que habría de hallar en Inglaterra tierra propicia y resonancia magnífica, y grandes discípulos. Los nombres de sir Arthur Pinero, de Henry Arthur Jones, de sir James Barrie, de Oscar Wilde, de John Galsworthy, de Harley Granville-Baker, de John Masefield, de St. John Hankin, de St. John Ervine; los irlandeses Yeats, Synge, lady Gregory, lord Dunsany, Stephen Philips, piden siquiera la premiosa mención que hago de sus nombres ilustres, mientras, fresco en su tumba, el viejo diabólico, George Bernard Shaw, arquea sorprendido (o agradecido) la ceja peluda al advertir que he perpetrado el crimen de hablar del teatro inglés con omisión del único compañero digno de Shakespeare por quien él mismo —y con alguna razón— se tenía.

Parece exigirme que diga, que grite, que al convertir en *My Fair Lady* su *Pygmalion*, nuestra época le está haciendo a él lo que los siglos XVIII y XIX le hicieron a Shakespeare al convertir en óperas sus obras: o sea que ahora con Shaw como antes con Shakespeare, los negociantes y los conocedores del gusto prevalente no vacilan en imponerle el chemise de la música a un cuerpo esculpido para la pura magia de la palabra. Consuélele en su desolación infernal el pensamiento de que a Shakespeare —y a Shaw— se lo siguen haciendo el cine y la TV.

Debo concluir, antes que el vano intento de recoger para exhibirlas ante ustedes muestras del teatro con que Inglaterra mantiene la supremacía, me arriesgué a la estadística de las obras

estrenadas año con año en sus escenarios; a la de los más de 40 verdaderos teatros a que a las siete y media cada noche corre todo Londres. Teatros civilizados en los que se puede fumar y aceptar el té que los acomodadores ofrecen en la butaca dotada de pertinentes ceniceros; a la enumeración de los Emlyn Williams —actores y autores— y la reviviscencia moderna en él del “drama de horror”; de los Peter Ustinov, los Terence Rattigan; del retorno triunfal de la poesía en el teatro de Christopher Fry y de T. S. Eliot, o finalmente, del joven Osborne —este James Dean de la dramaturgia actual—.

O la estadística de los actores y las actrices que preservan en la escena inglesa el tesoro de su poesía en el Old Vic y fuera de él. Todo esto se halla a mano de quien decida disfrutarlo, explorarlo o fácilmente informarse de ello. Queda pues fuera de los límites que me asalta la desazón de haber excedido con alargar hasta cinco actos una función ofrecida a un público hecho a los tres rituales, de una somera exposición, de un recorrido superficial por el teatro inglés, que agradezco mucho a la Universidad el honor de haberme encargado de desempeñarla, y a ustedes la generosa paciencia de haberla escuchado.

RESPUESTA ACADÉMICA A CELESTINO GOROSTIZA[7]

SEÑORES académicos,
Señoras y señores:

Nada podía constituir un más grato encargo a mi desempeño que contestar con unas palabras de bienvenida a nuestra Academia, el magnífico discurso con que en ella ingresa quien aparte los méritos literarios de que su modestia hace caso omiso, subordinándolos al teatro en que es reconocida autoridad, ostenta a mis ojos y tiene conquistado en mi afecto, desde hace muchos años, las virtudes morales e intelectuales que florecen en una amistad que nos ha llevado, nacidos en el mismo 1904, a recorrer, juntos a veces, a veces cada cual por su lado, los mismos mágicos, alucinantes, agobiadores y gloriosos caminos de ese mundo de la paradoja al cual en su discurso acaba tan hermosamente de asomarnos Celestino Gorostiza.

Me veo, sin embargo, en la necesidad de desvanecer la modestia con que el nuevo académico pone aparte de las letras, que declara no haber cultivado, el teatro a cuya devoción atribuye su presencia entre los literatos que aquí se congregan. Sin la palabra; sin la letra; sin, en fin, la literatura, el teatro no alcanza la madurez, ni se habría asegurado la inmortalidad, la perennidad, la posibilidad diferible de constante resurrección, que logra al restituirse, de la escena en que floreció, al texto escrito en que fue semilla fecunda y destilada, acendrada, por el escritor, por el dramaturgo; por el escritor de teatro que si alguna diferencia guarda con el poeta o con el novelista, es una diferencia que exalta, que enaltece, las virtudes del escritor teatral por encima de las que adornan al escritor “puro”. Porque si bien ambos tipos de escritores quintaesencian la vida y reaccionan frente a su mundo, el que expresa en teatro su convicción; el que por medio del teatro formula su protesta o su sueño, trasciende la ambición egoísta y limitada del poeta y de su monólogo, para forjar con la palabra una imagen del mundo y de sus hombres que resulte en una “imitación de los hombres en acción” sin duda más

esforzada, difícil y altruista, que la “expresión de un hombre en meditación”.

Hecho este reparo a la modestia de nuestro colega; torpemente expresada mi persuasión de que todo buen dramaturgo aloja a un buen escritor, séame permitido evocar, sobre el testimonio de los recuerdos personales emotivos, la brillante carrera profesional, dentro de las letras contenidas esencialmente en el teatro, del joven que en 1926 emprendió con otros de su edad la aventura del teatro. Muchos de entonces nos han dejado ya: Xavier Villaurrutia, Gilberto Owen. Los que quedamos, tenemos el deber, modestamente histórico, de preservar los datos que mañana sirvan a la investigación de la etapa en que participamos. El grupo de Ulises conjugó la curiosidad, la inquietud juvenil, de poetas como Villaurrutia y Owen, de pintores como Agustín Lazo, Rodríguez Lozano, Julio Castellanos. Como en todo suele ocurrir en México, era preciso hacerlo todo nosotros mismos: traducir las obras, montarlas, dirigirlas, actuarlas. Nos entregábamos con fervor a esta tarea de equipo conjurados y cautivados por el entusiasmo de Antonieta Rivas Mercado. Fue entonces, en los felices veintes, cuando primero apareció entre nosotros Celestino Gorostiza. Su hermano José, el altísimo poeta a quien tenemos el honor de contar también entre los miembros de esta Academia; un poco mayor en edad que Celestino, no era ajeno a la atracción del teatro. Si no temiera traicionar el secreto olvidado de unos veniales pecados de mocedad en que todos incurrimos, os confiaría que Pepe también escribió para el teatro, cuando aquella *Mexican Spitfire* que era Lupe Vélez nos congregaba a la contemplación estimulante, y por lo visto inspiradora, de sus firmes jaletinas en acelerada rotación. Pero José no fue más adelante en el teatro, para fortuna de la poesía.

Celestino, en cambio, en quien la vocación literaria pienso que habrá resuelto voluntariamente emanciparse de toda sospecha de relación con la de su hermano, se entregó desde un principio y totalmente al teatro. Como los demás del grupo, tradujo y dirigió, planeó las producciones, intervino en su realización. Como los demás del grupo, sintió desde un principio la necesidad de adquirir y perfeccionar una técnica que si en todas las disciplinas artísticas es indispensable, lo es aún más en el teatro, donde el dramaturgo ha de poseer una propia, dominar la suya el director, conocer su oficio los actores.

Aquel primer esfuerzo común —que ha venido a rendir frutos a tantos años de distancia—; aquel sueño que con hacer conocer bien actuados a los autores modernos del teatro extranjero perseguiría la meta de contar con autores nacionales y con un teatro mexicano valioso, fue Celestino Gorostiza el único en perseguirlo en pureza después de extinto el breve fuego de Ulises. Fundó, ya él solo, el teatro de Orientación, verdadero taller de teatro, forja experimental, en el bueno y verdadero sentido de esta equívoca palabra, de actores, directores y dramaturgos, muchos de los cuales, ahí empollados, han enriquecido la escena mexicana, y tratado de dignificar el cine nacional. Del conocimiento íntimo y cotidiano del teatro y sus múltiples problemas, llegó al ejercicio de una vocación, oportunamente madurada, de dramaturgo.

De sus primeras obras: *El nuevo paraíso*, 1930, publicada por la revista que daría a nuestra generación su nombre de Contemporáneos; *La escuela del amor*, estrenada en 1933 en el entrañable teatro Hidalgo; *Ser o no ser*, estrenada en el mismo teatro en 1934; y *Escombros del sueño*, estrenada en el teatro de La Paz de San Luis Potosí en 1938, hablaron a su tiempo y con la brillante inteligencia que les distinguía, Jorge Cuesta y Xavier Villaurrutia. Sus agudas caracterizaciones aparecen recogidas en el prólogo de Antonio Magaña Esquivel al segundo

tomo de *Teatro mexicano del siglo* XX del Fondo de Cultura Económica, donde este juicioso crítico expone con brevedad y encomia con justicia la tarea desempeñada por Celestino Gorostiza en aquella época. “En el drama dialéctico de la renovación teatral —dice Magaña Esquivel— con igual actitud de inconformidad y disidencia que ostentaron el Teatro de Ulises y Escolares del Teatro, toca al de Orientación (1932) desplegar la tarea que representa la culminación del ciclo de precursores, la adopción definitiva de los modos y maneras del moderno teatro europeo. Para ello, su creador y director, Celestino Gorostiza, se halla dotado como ninguno en aquel momento.”

El Teatro de Orientación vive la etapa más difícil y prolongada de la renovación. Es otro paso para ligar, en lo económico, el teatro al Estado, y en lo cultural, el teatro a la inteligencia de lo universal. Varias características distinguen a esta empresa de Gorostiza, aparte su acción más persistente, su vida más larga: el repertorio extranjero con que cubre su primera y segunda temporada se acomoda al paso de la producción universal, y nuevos autores mexicanos aparecen en la tercera fertilizando su vocación, devotos de la dramática más ajena a España; ensaya, pone a prueba y devuelve rediviva la actuación escénica, con nuevos actores que aprenden a conocer el territorio que es propio del comediante, y eleva el papel del director, lo independiza, le otorga la autoridad necesaria para someter las partes a la unidad, al movimiento, al ritmo, a la natural fluidez progresiva de la obra; convoca a un nuevo público, que trata de hacer suyo y de conservar por derecho de conquista; persigue restituir a la puesta en escena su condición de equilibrio real, objetivo, sintético, y a la dirección, la escenografía, la actuación, su importancia como proyecciones que conspiran al juego misterioso de relaciones e interdependencias, cada una con su carga de verdades.

El teatro de Orientación hace pensar en el verdadero tipo de teatro experimental, que ensaya definir las formas de la nueva dramática y de lo puramente escénico. Si no ha dado la verdad, “si no es el teatro, es ya una imagen del teatro”. Es cierto que el concepto de la dirección escénica ya convivía en el oficio de comediante, desde Molière, pero la vegetación que impide ver el bosque a quien está en él, había ido cubriendo los ojos y empañando el espíritu del actor-director de la vieja escuela española que ejercía la dirección sólo para su lucimiento personal o el de su primera actriz, grandes divos; y el viejo espectador de los teatros comerciales iba a ver a su actriz o a su actor preferidos, y no al personaje que éstos encarnaban; el público había perdido así su capacidad de elemento catalizador de la existencia funcional de la obra. El aporte realista, en el siglo XIX, que alteró no sólo el concepto de espacio y el arte de la escenografía sino las ideas acerca de la actuación y sus áreas, trajo consigo las nuevas nociones de la dirección escénica. Es la hora en que Gordon Craig y Reinhardt, Copeau y Stanislavsky, Meyerhold y Piscator significan las más altas señales del dominio, de la autoridad del director sobre el conjunto de detalles que es la representación, partes alícuotas de la unidad. Conforme a sus enseñanzas, Gorostiza afronta el misterio de la realización escénica con la idea responsable de ensayarla como una ciencia viva y eficaz, y se convierte en el joven maestro de los nuevos comediantes —Clementina Otero, Carlos López Moctezuma, Josefina Escobedo, Víctor Uruchúa, Stella Inda, Carlos Riquelme, entre otros— y en el ejemplo de aquellos directores que vendrán después, aunque no lo imiten. Y más adelante:

Junto a Villaurrutia, Celestino Gorostiza, en esta época de Orientación, se distingue por el juego de elementos oníricos que introduce en la acción —*La escuela del amor, Ser o no ser*, y poco después, *Escombros del sueño*—, por los conflictos de conciencia que enuncia y que son, como en Pirandello, problemas unilaterales, problemas no precisamente, o no sólo, de la vida sino del teatro. Era, como él mismo dice, su época de revisión, de experimentos, de hallazgos. Viene de traducir a Lenormand, Pellerin, Achar, Molnar, O'Neill. Conoce las normas, los riesgos, las limitaciones de la escena, por su ya probada condición de director. Celestino Gorostiza —dice Jorge Cuesta— demuestra que, en el teatro, es la vida quien obedece; pues, arrancada a sus propias cadenas, es entregada al azar, y queda a merced de los dioses. Su obra dramática se revela "construida con un cálculo que no enfría la pasión". Más tarde, después de un silencio de varios años que lo ocupan el cine y el estudio, afianzará sus raíces dramáticas en esta porción de tierra firme y adoptará los sentimientos de convivencia mexicana, la libertad responsable de fijar las relaciones sociales y penetrar el infierno interior del complejo mestizo, en *El color de nuestra piel* (Premio Ruiz de Alarcón 1952, de la Agrupación de Críticos de Teatro), y la ironía catártica de los recién llegados a la opulencia, en *Columna social* (1955).

Como casi todos los escritores mexicanos, las tareas obligadas de la docencia y del servicio oficial, aunque en su caso éste haya sido siempre congruente con su vocación, han mermado el tiempo que Celestino Gorostiza habría apetecido consagrar por entero a su obra propia. En medio de ellas, sin embargo, ha producido, después de *Columna social*, un drama histórico, *La leña está verde*, en que la Malinche, Cortés, la Conquista, son por primera vez pulsados y entendidos a la luz de una psicología no sólo eminentemente teatral, sino positiva y brillante, en cuyo tratamiento nuestro dramaturgo luce una sólida madurez.

Quien por tantos años ha buceado en el mar undívago y siempre recomenzado del teatro, es natural que al exponernos hoy su paradoja nos deleite con la revelación de muchos de sus cautivadores misterios —en la medida en que el misterio puede ser revelado—. Sin ánimo de glosar punto por punto los muchos que abarca y recorre el discurso que acabamos de aplaudir, quiero sin embargo señalar a vuestra atención las reflexiones que suscitan aquellas interrogantes, aquellas paradojas, en él expuestas.

De la paradoja del comediante, que lleva dos siglos de ofrecer a los actores el dilema aparentemente irreconciliable de sentir para hacer sentir o de no sentir para hacer sentir, Celestino Gorostiza nos lleva a advertir la segunda y no menos asombrosa paradoja implícita en la actitud del público, que a su vez puede sentir o no, pero que ha pagado un precio (entre nosotros congelado como las rentas) por emocionarse; que está supuestamente consciente de la ficción a que sin embargo se entrega, y que se sentiría defraudado si no se le engañara correctamente. Cita en seguida las explicaciones que Priestley ofrece del fenómeno al hacer radicar en dos niveles, en dos zonas distintas de la mente que funcionan al mismo tiempo, la "experiencia dramática": una que se entrega, cree en la verdad del artificio y admite la emoción, y otra que vigila, en actitud crítica, la realidad que es marco de aquella ficción.

Los psicólogos reconocen dos formas, o dos grados, de la atención: la atención primaria deliberada, consciente: yo estoy en el teatro. Vamos a ver cómo lo hacen; y la atención secundaria, convocada por las revelaciones sucesivas del espectáculo apenas iniciado después de aquel glorioso instante de súbito silencio en que la luz amengua en la sala, se descorre el telón —y la atención primaria queda reducida a la puerta abierta por la que es posible entrar a arrobar la atención secundaria o inconsciente del espectador—. Se habrá producido entonces el máximo milagro del teatro: se habrá alcanzado el *einfühlung:* el contagio emocional: la vinculación, la cópula, entre la escena y el público. Es el momento sublime en que la imitación de la vida cobra una plena vida. Pero cuán frágil, delicado,

quebradizo, huidizo, es este instante de comunión que ha logrado desposar al autor, acaso muerto, con el público más heterogéneo, merced a unos actores cuya responsabilidad en la preservación de este vínculo es incalculable. Un estímulo discordante —visual o auditivo—, una nota falsa, por mínima que sea, romperá el encanto, y restituirá la vigencia de la atención primaria y consciente por encima de la secundaria. Ya no les creemos a esos actores. El *einfühlung*, la empatía, como podemos aproximadamente traducir este término, se habrá irreparablemente roto.

¿Qué ha de hacer el actor —se pregunta Celestino Gorostiza— en relación con esa doble actitud del público? Vuelve así a enfrentarnos a la paradoja del comediante, que Priestley analiza, y que Stanislawsky y sus continuadores, exegetas —(y aquí lo podemos decir, calumniadores)— tratan de llevar a la fórmula, más eficaz como proverbio que práctica como consejo a los actores, de un corazón ardiente gobernado por un cerebro frío. Cita las discrepancias violentas de Bertolt Brecht con el stanislavskismo, y concluye esta fase de su exposición por la mención de las conclusiones a que Louis Jouvet, de larga y gloriosa experiencia, llega al aconsejar que el actor deje de sentir lo que siente para sentir lo que no siente.

Un actor, en efecto, es un artista; ¿cómo su congenial engreimiento le induce a la jactancia de suponer? ¿O es un simple instrumento, como el engreimiento a su vez congenial de los autores, y el todavía más agudo de los directores, se complace en decretarlo? Quizá se alcanzaría la conciliación, el término medio aristotélico, si los actores comprendieran que su pretensión al arte es subjetiva, mientras que su deber como instrumento es objetivo: más claramente dicho: que los límites de su creación artística se contienen dentro de sus instrumentos de expresión —su cuerpo y su voz—, pero que una vez puestos al servicio de un texto y enderezados a conjurar la empatía con un público, éste sólo debe percibir sin análisis la perfección del instrumento que le depara la emoción; que lo comunica como un puente, con el poeta dramático del cual el actor es el siervo y el simple intérprete. Si el actor es capaz de disociar y asociar este doble carácter suyo: esta doble y noble función de su oficio, logrará un equilibrio vigilado, ni exento de pasión sincera y contagiosa, ni excedido en la frialdad de su juicio acerca del personaje a quien por unas horas aloja en su cuerpo de artista y en su mecanismo de instrumento.

Son tantas las reflexiones a que induce la cautivadora materia del discurso que hemos escuchado, que proseguirlas me llevaría más allá de los límites razonables de una respuesta académica cuyo solo objeto es el de abrir ancha y gustosamente las puertas de esta corporación a quien hoy ingresa en ella. No puedo, empero, concluir sin detenerme un instante en la paradoja del lenguaje a que tan brillantemente se refiere nuestro nuevo colega. “El lenguaje del teatro —nos dice— no está formado sólo de palabras, sino de gestos, de ademanes, de símbolos plásticos y dinámicos, de ruidos y de silencios.” Y nos recuerda que Pirandello reconocía que el silencio, cuando se le sabe hacer hablar, es más elocuente que las palabras.

Al escuchar estas reflexiones, recordaba yo, conmovido, el discurso con que nuestro llorado presidente, Alfonso Reyes, tomó aquí mismo posesión de su cargo. Dijo entonces que el lenguaje, la comunicación, es sólo el más históricamente reciente, y de ningún modo el más valioso ni eficaz, de los instrumentos de comunicación de los hombres. Un gesto, una mirada,

en efecto convocan o rechazan, crean un amor o desatan un odio. Adán y Eva, ¿necesitaron del lenguaje?

Celestino Gorostiza nos señala, aparte la función limitada del lenguaje hablado o escrito para el teatro, la muy importante circunstancia de que en el teatro las palabras ni siquiera revelan, sino que suelen ocultar, o desmentir, lo que con ellas se dice: el *subtexto*, que dicen los stanislavskis: la intención, veta oculta, corriente eléctrica de la acción, disfraz o declaración de las emociones.

Y así como la palabra no basta a hacer el teatro, tampoco sus demás elementos lo integran si no es en aquel equilibrio que es condición del hombre apetecer, y misión del teatro alcanzar para comunicarlo a la sociedad a que se dirige y cuya imagen recoge, no como un neutro espejo: sino como la tela, o el muro, en que un pintor retrata a sus modelos: seleccionando, condensando, subrayando: creando una nueva y mejor realidad artística.

Del erudito e inteligente prólogo de Américo Castro a alguno de los comediógrafos españoles del Siglo de Oro, recuerdo el raciocinio a que le condujo el cotejo de dos circunstancias del teatro que parecen inconciliables, pero a las cuales el talento de Castro pudo hallar clara explicación. Asumido que el teatro, como solía decirse, es un espejo de costumbres, el crítico se preguntaba por qué la austeridad del padre Mariana lo culpaba de no reducirse a reflejarlas, sino contribuir a distorsionarlas. La fórmula feliz que Américo Castro encontró para explicarse el encanto popular del teatro de Lope consiste en reconocer que en él (y la observación es válida para todo otro teatro de arraigo, de impacto popular) lo estático es real —o realista— y lo dinámico es imaginario o idealista. Que el teatro nos conduce —en el breve término de dos horas— del desequilibrio inicial de una situación que reconocemos, a una solución de nuevo y mejor equilibrio que sin su auxilio no habríamos encontrado, y que es, aunque imaginaria o ideal, satisfactoria como una justicia poética cumplida.

Esta imitación de la vida: este estatismo de realidad a que entre el autor, el director, los actores y el escenógrafo imparten la dinámica de la imaginación: que habla por gestos y silencios, que calla en palabras: que nos sacude entre el terror y la compasión aristotélicos para devolvernos sublimados a la realidad vulgar de nuestras vidas conscientes, conquista, nos lo ha expuesto Celestino Gorostiza, una gloria efímera y paradojal que es apenas el premio fugitivo al servicio que el teatro ha rendido a su momento. Descubierta la penicilina; generalizado el divorcio, *Espectros* y *Nora* quedan derogados en su máxima vigencia teatral de inmediato impacto, por más que perduren como obras maestras del teatro ibseniano. Es el momento, triste, en que el drama ha dejado de ser vida para empezar a ser literatura.

Pero el teatro conoce su destino —y lo afronta gustoso—. Ha venido haciéndolo desde Esquilo, y acompañando a la humanidad en su éxodo infinito: incorporando, absorbiendo y quintaesenciando profético, las mil formas que asume su evolución social, religiosa, moral: registrando y embelleciendo la lucha sin esperanza de los hombres contra los dioses; de los plebeyos contra los tiranos; del hombre contra las fuerzas ciegas de la naturaleza; del hombre contra su semejante: del hombre dentro de sí mismo. Ha creado al héroe clásico, Edipo o Prometeo, y ha incorporado con el cristianismo un libre albedrío que entrega al hombre las riendas de su destino y la posibilidad de una victoria romántica. Sabe que vivirá poco, pero tan intensamente, que no le arredra, sino que le estimula, la brevedad de su vigencia.

A esta religión, a este culto; a esta paradójica imagen de la vida, que participa gustosa de

la efímera condición de la vida real, tanto como de su perennidad; que consuena con ello y la acompaña porque acata las leyes universales de su dialéctica; que vive como ella en crisis constante, y como ella plantea y dirime el conflicto de voluntades que es la esencia de su aspiración hacia la justicia; al teatro, en fin, espejo de costumbres, sueño catártico, culminación de la cultura de los pueblos, nuestro nuevo colega ha consagrado con ejemplar tesón todos los años fecundos de su existencia. En justo reconocimiento de los méritos de tan brillante carrera, la Academia Mexicana de la Lengua le ha llamado a su seno. Sea en ella muy bien venido. Y permítaseme concluir este saludo con que estrecho la mano de un viejo y entrañable amigo, con la formulación ferviente de un voto porque así como ahora la Academia admite y reconoce, aplaude y propicia al teatro mexicano en Celestino Gorostiza, así otras instituciones despierten por fin a la persuasión de que si bien ha podido lamentablemente reconocerse que los pueblos tienen el teatro que merecen, la premisa puede positivamente invertir sus fecundos términos cuando el teatro sea dotado de medios y rodeado de circunstancias propicias a su inherente aptitud para crear el público —el pueblo— que el teatro merece.

EL TEATRO POR FUERA Y EL TEATRO EN MÉXICO[8]

EL TEATRO POR FUERA

ESTA segunda de mis tres anunciadas pláticas sobre el teatro, he preferido escribirla. Me lo aconseja la desorbitada intención que nutre su título: “El teatro por fuera”. Si en la primera fue ayer mi privilegio asomar a ustedes a los mecanismos que el teatro oculta a los profanos, tal como sus espectadores ignoran la cocina del banquete que paladean; y la llamé “El teatro por dentro”, quise en esta segunda examinar por fuera, cronológicamente, el desarrollo histórico del fenómeno cuyas entrañas permanentes disecamos ayer.

Pronto advertí la temeridad de mi intento: encerrar en el breve espacio de una hora lo que la humanidad ha producido en 25 siglos: mencionar siquiera a los principales dramaturgos de todos los tiempos, de Esquilo a Inoesco o a Beckett, tomaría bastante más tiempo, y carecería de todo sentido.

Pero estamos en la época de las hazañas increíbles; y si el joven Titov le dio al mundo, encerrado en su cápsula tantas como 17 vueltas completas en 25 horas, bien lo podemos imitar asumiendo desde la estratosfera un velocísimo punto de mira que a esa distancia y a esta rapidez, borre, difume o cuele, si podemos así decirlo, lo que en el panorama contemplado resulte de segunda importancia, para sólo destacar las cumbres que habrá percibido el cosmonauta en el paisaje del planeta, y que nosotros retendremos por breves segundos alícuotas en nuestra reverente atención, de las que emerjan en el recorrido velocísimo del mundo teatral que nos convoca.

El experimento sólo es posible si lo abordamos como la comprobación metódica de una tesis sentada por principio; si una vez profesada o expuesta, perseguimos la prueba de su

validez en el tiempo y en el espacio. Sea la tesis ésta obvia o axiomática: el teatro ha constituido siempre, en la evolución social, a la vez que el arca en que cada civilización sucesiva, cada etapa humana, decanta y acendra sus esencias morales, la carga —hoy diríamos atómica— de hegeliana antítesis que impulsa a las sociedades a superarse a cada paso histórico, o a salir de uno, adelantándose idealmente a otros vehículos educativos o legales, para acceder al siguiente.

Declarados los límites de mi intento, ya no parece tan descabellado. Emprendo el vuelo cósmico al que me acompaña la benevolencia de ustedes, persuadido de que los saltos, las lagunas y omisiones a que tiempo y espacio me fuerzan, hallan en la cultura de mis oyentes el auxilio generoso de su recuerdo supletorio; y de que las alusiones taquigráficas a que he de reducir la mención de las cumbres que desde aquí distinga, bastarán a conformar en el espíritu de ustedes la talla entera de los autores, o la integridad de las obras a que asome mi admiración, o que aduzca en prueba de la tesis sentada.

La he escrito, pues, para conjurar el riesgo de una locuacidad que me engriera en determinada época o autor, u obras: sobre una planeación que en obsequio de la inclusión de cuantas cumbres sean perceptibles por eminentes a esta distancia, depare a cada época y a cada país una proporción de minutos en que sus siglos se condensen.

Árbol sólido, perennemente enraizado en Grecia, el teatro nos ofrece en su desarrollo la posibilidad de dirimir en él, y para el objeto de nuestra tesis, dos grandes ramas: antes de Cristo y después de Cristo, como la historia y por las mismas razones que ella. Llamaremos clásico al teatro anterior a Cristo; y por oposición, aun a sabiendas de que con ello anticipamos un nombre que no recibirá sino mucho más tarde, llamaremos romántico al teatro producido a partir de nuestra era cristiana. A sabiendas, por supuesto, de la arbitrariedad de una clasificación que, así de simplista, parece —aunque sólo lo parezca— olvidar que la actitud clásica —fénix constante— renace en cada época y reaparece, ya bien entrado el cristianismo, en el Renacimiento, que la exhuma y adopta, para volver a diluirse en su contraria, y resucitar, caracterizando definitivamente a ciertos pueblos o épocas, en la Francia de Racine.

Emplearé el término “romántico”, pues, en el más amplio y no anacrónico, sino a-crónico, de sus sentidos: para identificar por él una actitud opuesta a la clásica en la medida en que el cristianismo se opone al paganismo: una actitud que en el teatro insurge al héroe contra las fuerzas que le acosan con una posibilidad de triunfo en la lucha que los dioses le negaban, y que Cristo le entrega al dotar al hombre —frente a un destino que así deja de ser inexorable— de un arma que le erige, liberándolo, en dueño de sí mismo: el libre albedrío, y un alma que se puede a voluntad perder en el mal o salvarse y alcanzar por el bien la gracia. A diferencia del héroe clásico, cuyos lamentos nada pueden contra el deseo caprichoso de los dioses olímpicos, el héroe romántico avizora (y así revela a la sociedad que lo contempla) el camino emancipado de un triunfo que él, acaso, no siempre logra; pero cuyo valor estriba en la abierta posibilidad de que otros ahí, en la sociedad, entre el público, lo alcancen.

En el proceso dialéctico del teatro, como en el de la sociedad que lo nutre, suelen darse atisbos o gérmenes de la etapa siguiente aun dentro de la anterior. Puede el esquilano Prometeo, infractor del orden olímpico, parecernos por ello y ya desde su tiempo mitológico un héroe romántico. Lo es desde el punto de vista de la prédica de rebeldía que entraña su

deseo de servir a los hombres con entregarles el secreto digamos científico; pero permanece clásico por cuanto no hay para él la mínima posibilidad de triunfo. Su ejemplo, al contrario, puede desde cierto punto de vista desembocar negativamente en la queja que plasma el Eclesiastés: quien —como Prometeo— añade ciencia, añade dolor, como él se lo ha procurado.

Henos ya, con la más famosa de las siete tragedias que conservamos de Esquilo, en la raíz del teatro: en una Grecia, una Atenas, a que hemos de asomarnos tan por encima y tan de lejos para apenas recoger de ella, para nuestro superficial propósito, la descripción somera de las festividades de Dyonisos —Eneas y Eleutereos— que embriagan de cantos, danzas y exaltación popular de la fecundidad, a un pueblo dotado de una lengua musical, de una imaginación próvida, y de una mitología que Homero ha desposado felizmente con la historia, creando así las leyendas, que vueltas a tratar por sus poetas dramáticos, se verán en los concursos trágicos cincelados hasta la joya, veneradas y vivas hasta la pasión más actual por un pueblo que las paladea con fruición: un pueblo que organiza ejemplarmente sus espectáculos encargando al arconte epónimo del ejercicio de un presupuesto municipal que destina sumas crecidas a las tareas del corega en adiestramiento de corifeos y coreutas, en el premio a los poetas concursantes, en la “producción”, como hoy diríamos, de una ceremonia que es religiosa en el sentido verdadero de esta palabra, que quiere decir *re-ligare*, vincular o volver a vincular. O que aunque quiera decir, como sienten otros semánticos, *releger* —volver a pensar—, cuadra al teatro griego por cuanto la religiosidad con que su público comulga en su catarsis, equivale cada vez a un re-pensamiento, a una meditación siempre fresca, nueva y fecunda de los temas heroicos en que Sófocles nos mostrara el destino fatal del hijo de Layo; de la pasiones que agitan en Eurípides a Fedra y a Medea.

De los tres grandes trágicos, no por cierto los únicos; y ellos tres autores de cerca de 100 obras cada uno, apenas se salvó del naufragio griego la integridad relativa de 29 tragedias. Relativa porque era la costumbre que los poetas presentaran, y el público viera, trilogías; esto es: tres tragedias ligadas entre sí por su tema, aparte el drama satírico que ofrecía descanso y respiración a un espectáculo que nadie hallaba largo porque nadie entonces —¡helas!— se había domesticado a las dos horas y media de nuestra tolerancia teatral, o a las dos horas de una película y los cortos necesarios para enterarnos de que es muy buena la cerveza. Por ventura, la única trilogía completa que sobrevivió al naufragio es la *Orestiada* de Esquilo, autor de 90 dramas. De Sófocles —de cuyas 123 obras nos quedan siete— y de Eurípides, de quien tenemos 17 de las 92 que le atribuyen los eruditos, sólo conocemos las partes preservadas de las que fueron trilogías completas.

La próvida cosecha de la tragedia desde los tiempos de Esquilo, 525 años antes de Cristo, hasta los de Eurípides, 480, y aun los de Aristófanes, 444, fue tardía, pero lúcidamente, analizada y elaborada en toda una congruente teoría poética por *el Estagirita* —calificativo de oriundez que suele darse al filósofo nacido en 384 antes de Cristo: Aristóteles. Su *Poética* es una réplica a las críticas que Platón y Sócrates (en la *Apología,* por ejemplo) hacían a la tragedia al profesar que los poetas son incapaces de exponer con coherencia lo que la sola inspiración les dicta; y a Platón, que condena la poesía y el drama como incapaces de inculcar la virtud. Aristóteles estructura, con base en los trágicos, una teoría de la composición dramática que aparte de probar la deliberación y el conocimiento de su oficio de los poetas

dramáticos, refuta los platónicos al señalar la purgación de las pasiones por la catarsis como la válida y objetiva razón para que el teatro suscite esas pasiones, o las saque a flote del modo como muchos siglos más tarde se jactarían los freudianos de haberlo conseguido mediante el psicoanálisis. Aun cuando el análisis aristotélico de la tragedia se refiere principalmente a Sófocles, su penetración nos dejó en él un esquema permanentemente válido de lo que constituirá siempre un drama estructurado sobre estos seis elementos: historia *(the play is the thing,* diría Shakespeare), tesis (habrá siglos más tarde un llamado "teatro de tesis"), caracteres, diálogo, música y espectáculo.

Es fuerte (pero tenemos que resistirla) la tentación de abordar una exposición más amplia de la *Poética.* Baste apuntar aquí que Aristóteles empezará a ser calumniado y mal interpretado en la Edad Media, exhumado con admiración en un Renacimiento que así las propicia —y desde entonces pero sobre todo en las manos aviesas de los neoclásicos franceses del XVII y del XVIII— forzado a decir cosas que nunca se le ocurrieron, y la imputación más grave y dañosa de las cuales es la de que hayan decretado la santidad inviolable y la inflexibilidad del corsé de las tres unidades.

Él habló de una y media. Los neoclásicos se las duplicaron con tanta frescura como interesada alevosía.

La tragedia, imitación de los hombres en acción: biografía objetiva de los grandes personajes, enmarcada en un coro semejante a un cáliz cada vez más tenue conforme se abre la corola de más pétalos agonistas; de lenguaje adecuadamente pomposo y elevado, estruja a los hombres entre los polos del terror y la compasión. A su sombra, reverso alegre de la máscara trágica: final metamorfosis del sátiro satírico en el sentido que al fin asumió la palabra, la comedia (cuyo tratado aristotélico se perdió) imita asimismo a los hombres en acción, pero como el espejo deformador de una caricatura. La purga que a su vez se propone la comedia, no la logra por el terror ni por la compasión, sino por la risa y el ridículo. El tardío *castigat ridendo mores* nace en 444 antes de Cristo con un Aristófanes que escribe de 40 a 60 obras, de las que han de llegarnos 11. Suficientes para ganarle una admiración imperecedera a este incisivo cronista de una realidad mucho más próxima a su público que la consagrada en leyendas; a este despiadado escarnecedor de Eurípides, de Sócrates, de Creonte, de los guerreros, de los funcionarios, de los "caballeros". La tragedia nos acerca, reverente, al palacio, a cuyo frontis nos detenemos; Aristófanes nos convoca a la calle, a la plaza pública donde se reunirán las mujeres convocadas por Lisístrata a una eficaz huelga de esposas reticentes: donde los arcanienses han de deliberar, donde un Sócrates caricaturesco ensartará sofismas. Nos acerca al teatro, nos mete en él. No todos, nadie en realidad puede jactarse de ser un *carácter.* Todos, en cambio, correspondemos a un tipo, y Aristófanes nos explaya, a elección, su rico catálogo de reencarnaciones posibles. Sostiene frente a nosotros aquel "espejo de costumbres" que desde entonces nutrirá de contemporaneidad pasajera, pero vívida, a la comedia.

Mencionemos, así de brevemente, a un Menandro de la declinación ateniense que tiende ya, hacia la Roma que surge, el puente por el que sus tipos vulgares pasarán, junto con los mimos, a inspirar a los dos autores cómicos de Roma —Plauto y Terencio—. Los buenos tiempos de plena libertad ateniense, en que Aristófanes pudo sin sanción burlarse de los ciudadanos, habían pasado. Los nuevos aconsejaban a Menandro la prudencia, la alusión

genérica y vaga, tolerada por la censura; y hacían desembocar su teatro en el *laisser-faire* preburgués, conforme con lo poco que se pueda, atento sólo a divertir sin enseñar ni amonestar, que le ganaría la insólita admiración de Teofrasto como inspiración de sus caracteres; y que por largos siglos nutriría con sus temas —en que no es ya el destino, sino el azar, lo que juega— ya a Molière, ya a Goldoni, ya a Tirso de Molina; y por delegación en sus imitadores latinos Plauto y Terencio, a Shakespeare en su tiempo, a Christopher Fry en el nuestro. En Menandro, con la sátira personal, desaparece el coro que Aristófanes había transferido y conservado, y de los hechos mitológicos pasamos a la escenificación de las pequeñas historias privadas.

La Roma que de buenos, prácticos rústicos, desarrollaría la prosperidad opulenta de un pueblo conquistador del mundo (de que la historia nos reservará nuevos ejemplos) poseyó siempre —o cuando menos hasta que lo perdieron sus Césares— aquel sólido "sentido común" que si es incompatible con la tragedia, si adopta un Olimpo prefabricado del que no se toma sino el trabajo de rebautizar a sus moradores (Zeus se llamará Júpiter; Afrodita, Venus; Ares, Marte), le hace inmediatamente apto para el disfrute de los *good times* implícitos en la comedia. Esta actitud espiritual, de la que conocemos ejemplos o reencarnaciones vecinas o próximas, explica que de las importaciones teatrales realizadas, por el esclavo griego Andrónico en 240 a. C., una especie, digamos, de erudito bracero, hayan prosperado mejor que los intentos de Nevio por fraguar tragedias romanas, las inspiraciones que a Menandro debieron Plauto y Terencio. La Roma realista y burlona acogió con gusto a los cómicos etruscos que se expresaban con mímica en la *fescenia;* conoció en la *satura* el relleno o farsa que perdura en la morcilla de cierto teatro; aplaudió en la *atelana* la cuna de la *commedia dell'arte,* y vio perfeccionarse la pantomima.

El progreso del teatro como espectáculo y como recinto alcanza en Roma extremos que sólo igualarán, siglos más tarde, las grandes sobreproducciones en cinemascopio de los norteamericanos. Nos hablan los historiadores de teatros equipados con asombrosos recursos; capaces de exhibir o efectuar naufragios en su escenario gigantesco; de girar sobre su eje, con miles de espectadores adentro; y dotados de lo que hoy sería clima artificial y odorama, porque en ellos llovían perfumes y se proporcionaban deleites a los mullidos espectadores. De tales teatros giratorios al circo, no había más que un paso, y Roma lo dio a su tiempo.

Es un lugar común, acreditado por las novelas más populares (y por las películas más costosas) la "concupiscencia" romana. El espectáculo, en efecto, pedía cada vez mayor excitante realismo en las escenas lúbricas que esmaltaban las comedias. El episodio de Pasifae y el toro, tan incómodo seguramente para ella, exigía que se cumpliera con autenticidad. Populares como son las aficiones poéticas del discípulo de Séneca que fue Nerón recordemos que tanto Calígula como Heliogábalo gustaban de actuar, y que el último desempeñó, a satisfacción cuando menos propia, el lúcido papel de Venus en una representación.

Mencionamos a Séneca. Nacido cuatro años antes de Cristo su nombre es el del único trágico latino que la historia recoge. Bien comprendía que el horno teatral de su tiempo, donde tan a general aplauso se conocían las comedias de grande aparato, no estaba para los bollos literarios y trágicos amasados por su filosófico talento. Escribió, pues, sus nueve tragedias para que fueran leídas en una intimidad más propia. En ellas vuelve a tratar a nuestros viejos

conocidos: Hércules, Troades, Medea, Fedra, Edipo, Agamenón, Tiestes; la esencia griega, sí; pero servida ahora en el inadecuado vaso de un latín que empotra en cinco actos horacianos lo que fluyó mejor en las antiguas y legítimas trilogías.

El drama isabelino, como acaso nos alcance el tiempo de señalarlo, recoge y aprovecha directamente de un Séneca que para los renacentistas encarnaba el modelo del trágico, los tiranos, los fosos, los fantasmas y las brujas, y los escenarios sembrados de cadáveres, con que el estoico —y bastante popular como acuñador involuntario de aforismos tomados de sus *Siete libros de la sabiduría*— Séneca; cantor de la amistad y consolador de la vejez, compuso sus supervivientes nueve tragedias.

La deuda del teatro cristiano —al que pronto hemos de asomarnos— es mayor en Roma con sus autores cómicos. Las 21 comedias de Plauto y las seis de Terencio que han llegado hasta nosotros contienen como minas inagotables los "tipos" que por siglos perdurarán a inspirar a los comediógrafos: el soldadón brutal, la alcahueta, el cornudo, el avaro; y las situaciones, no por inverosímiles menos divertidas, porque atraviesan los gemelos extraviados —los menecmos— o las personas parecidas —anfitrión—.

Del pedestal de su coturno trágico frente al palacio, el teatro ha descendido al soccus y salido a la calle, decorado de la comedia. Vitruvio nos señalará un tercer decorado, el campo, para la sátira; y al mirar a los mimos descalzos, comprendemos muy bien que a ésta se le suele llamar… planipedia.

En el monte Calvario, hasta el cual sus hombres de nieve y de nardo habían cargado la cruz de su martirio, moría clavado y alanceado, coronado de espinas, hiel en su boca, Jesús de Nazareth. De su muerte, nacería un mundo nuevo: con su resurrección al tercer día, el alma del hombre surgiría de la podredumbre del sepulcro a elevarse magnífica y purificada hacia los cielos, hacia su redención.

No habían visto los siglos, ni volverán a ver, drama más hondo ni grandioso que el de la Pasión del Señor. Era Dios, el Dios único, hecho un hombre como todos los hombres. Con ellos todos compartía pues su origen divino, y a todos les mostraba la senda dura y luminosa del regreso, una vez bien cumplida su misión en este reino efímero, después del cual hay otro eterno, a todos abierto.

Este Dios hombre había, 30 años antes, sido un niño; nacido sin pecado en humilde pesebre; confundido a los doctores; obrado milagros; predicado el amor y el perdón, arrojado del templo a los mercaderes, defendido a la adúltera, multiplicado los panes y los peces del hambriento, hecho oblación de su cuerpo y vino de su sangre. Y había, con su vida y con su muerte, fundado una verdadera religión —*re-ligare* o *re-legere*—.

De la cual, como una nueva sociedad, y con ella, nacería un nuevo teatro. Un nuevo arte, claro: desbordante, opulento, en la pintura, la escultura, la arquitectura; pero nuestro tema es el teatro, y a él debemos ceñirnos, satisfechos al advertir que el teatro absorbe, capitaliza o participa ampliamente de ellas, las riquezas materiales y de inspiración derramadas por el cristianismo en el caos fecundo de la Edad Media; ya en la pintura, ya en la música, ya en la arquitectura; pero, como sustancia, en el nuevo concepto del hombre emancipado y dueño al fin de su propio destino.

¿Cómo ceñir a límites de tiempo ni de espacio la acción de un hombre omnipresente, en todos los momentos? Las unidades van a invernar durante una Edad Media que las ignora y

que no las precisa, porque a su estrechez opone la totalidad y la simultaneidad de los episodios de la vida de este héroe sin mácula. Con otras libertades, el teatro adquiere la de multiplicar sus escenarios hasta incluir en ellos, en continuidad integral, al Viejo Testamento a Adán y a Eva y el fruto y la serpiente. Descubrirá el teatro los milagros de Nuestra Señora, y los de los santos, y los entregará, escenificados, a un pueblo maravillado y convencido. Pero sobre todo, ha de labrar en el sacrificio de la misa la liturgia más preñada de símbolos dramáticos: desde el introito en que los santos padres anhelan el advenimiento del Señor, y el *kirie eleison* que lo llama: al *gloria in excelsis* cuando nace: las oraciones a su presentación en el templo; la epístola en que predica el Bautista; el gradual que convierte a las gentes; el evangelio en que escuchamos Su voz; el credo que convierte a los apóstoles; las secretas en que conspiran los judíos; el hosanna a la entrada en Jerusalén; las otras secretas que significan la pasión; la elevación, la de Cristo en la cruz; el *pater noster,* su oración en ella; la ruptura de la hostia, el lanzazo; el *agnus dei,* el llanto de las Marías al descendimiento; la comunión del sacerdote, la sepultura; la poscomunión; la resurrección; y el *ite missa est,* la ascensión.

¿Cómo pues pedirle a la Edad Media teatros, o reprocharle que no los tuviera? Erigía uno, insuperable, en cada templo: en ellos congregaba, devoto y arrobado, al público más reverente. Y cumplía, sin saberlo ni proponérselo, con todos los requisitos aristotélicos —inclusive la música y el espectáculo— de una tragedia catártica y moralizadora como ninguna. De contar con tiempo, habría incluido en esta plática la lectura del más importante de los tropos que desde el siglo IX se añadían, textos adicionales, a la música eclesiástica para asumir una forma dialogada y, en consecuencia, dramática: el *quem quaeritis,* que vemos aparecer simultáneamente en varios países cristianos, con instrucciones precisas, y deliciosas, de dirección escénica.

La nueva actividad dramática nacía pues, como en Grecia, de la religión y sus ritos. Cuanto tomara de otras fuentes, era en su origen, y lo seguiría siendo por mucho tiempo, creación específica de la Iglesia. La Iglesia lo era todo en la Edad Media. El clero podía corromperse; pero la Iglesia le ofrecía descanso al fatigado, pan al hambriento, socorro al oprimido. La Iglesia era la escuela, el sitio de reunión, el centro del arte y —lo que es más importante para nuestro objeto— de diversión. La religión de la Edad Media era amplia y tolerante. Seria y mística, pero admitía la risa. Daba al pueblo cuanta elevación espiritual podía, y cuanto deleite era lícito, por medio del arte y las letras. Y se aprestaba a enseñar a los analfabetos por lo que ahora llamaríamos "educación audiovisual", compensando así la falta de versiones vulgares de los textos sagrados. De ahí el apogeo de las expresiones visuales, o de las artes plásticas, si preferimos este nombre para lo que llegaba directamente al alma del hombre a conmoverlo sin necesidad de la letra.

Pronto la Iglesia —la Santa Madre Iglesia— parirá, expulsará de su seno, al niño balbuceante de un teatro a quien el pueblo aguarda, para adoptarlo y fundirse en él, en el atrio, en las calles: al que se unirán los juglares, y que a su tiempo desarrollará sus potencias profanas emancipadas ya de la liturgia.

Pero la Edad Media —la denostada Edad Media— hace más; más que unificar a los pueblos distintos —de Inglaterra a Alemania, de España a Francia y a Italia— por el vínculo sabio, sólido, insuperable, de una religión; preserva la semilla clásica que ha de aflorar en el Renacimiento; conserva, adopta para la Iglesia, dotándola así de un esperanto internacional

como ella misma, el latín por lengua propia; y busca la armonía entre las leyes eternas del espíritu humano, expuestas por los clásicos, y los Evangelios. Cuando alcanza esta suprema armonía, han nacido, para la filosofía, Tomás de Aquino; para la poesía, Dante; para el arte, Miguel Ángel.

Alborea, sobre las supuestas tinieblas de la Edad Media, el sol del Renacimiento. A él, la Roma vencida por los bárbaros aportará lo que ha amorosa, casi secretamente, custodiado: la tradición clásica; el arte del actor; la escenografía moderna y la erección de teatros propiamente dichos. El siglo XV verá surgir la perspectiva y enriquecer con ella la producción al modo fastuoso como había florecido en la antigua Roma.

Al salir de la iglesia a la calle, el teatro pasa, del simbolismo, al realismo. A una acción múltiple, visual, en la Edad Media, cuyo drama tiene por tema la salvación del alma —y a la progresiva exaltación del amor sexual en la comedia renacentista—. Si se bifurca en teatro culto de aspiraciones clásicas para los nobles en sus castillos, y en espectáculo popular y regocijado, es porque para los primeros y su refinado deleite, Giraldi Cinzio y Scaligero han descubierto a Aristóteles, y en sus preceptos erigen los que han de normar la nueva tragedia; en tanto que Maquiavelo con su *Mandrágora*, y el Aretino con *Il Marescalco, La cortesana, El hipócrita*, transgreden toda ortodoxia y, al encarnar descarnadamente un humanismo demasiado humano, rescatan la comedia latina, indican a Shakespeare el camino hacia la mina de las fábulas italianas y maduran “tipos” que hemos de volver a encontrar: alcahuetas, militarones, viejos verdes y criados maliciosos. Lo que de nuevo y de audaz ofrecen, es la extensión de su sátira hasta una Iglesia que, en sus ministros, parecía merecerla.

Hemos dicho arriba que Roma entregó al mundo, en el Renacimiento, el arte del actor. Aludimos al profesionalismo de una *commedia dell’arte* originada en dos circunstancias: la necesidad de ganarse la vida con su oficio, y la falta de autores satisfactorios para los actores y para el público que los sostenía. Allá los académicos con sus tragedias de cinco actos, fábulas simples y directas, diálogos entre tres cuando mucho, y un decorado fijo. El pueblo quería otra cosa; y puesto que no había autores que escribieran lo que el pueblo quería, los actores parecen haberse dicho: “nosotros lo haremos todo”.

Mejor escuela no podían tener los actores que la necesidad, apremiante como el hambre, de satisfacer las demandas de un público que anhelaba reír; público tan ingenuo como exigente, cuya atención había que sostener con acrobacias, pantomimas, frases fuertes y la mínima dosis de quebradero de cabeza para “entender”. El pan, pan; y el vino, vino: la máscara y la indumentaria identificarían de inmediato al viejo, al borracho, a la alcahueta, al cura, como hoy reconocemos en el cine al villano y a la heroína. Que a partir de estas realidades reconocidas el público se divirtiera, ya era asunto de los *Supercantinflas* de la comedia del arte, que pronto elaboraron una ágil técnica profesional de oportunas, eficaces morcillas insertas en la trama general de su *recita a soggetto*. Hasta 800 argumentos se han descubierto de los que constituyeron el repertorio vivo de una *commedia dell’arte* que ramificó su influencia y sembró su enseñanza hasta el París en que Molière la aprovecharía, asimilándola a su propio genio.

No es sin embargo esta popular y fecunda de la *commedia dell’arte* la única exportación que Italia realiza hacia una Francia que al fin escogería por tónica propia un clasicismo que estructure su teatro predilecto. Catalina y María de Médicis llevaron consigo a la corte

francesa sus preferencias clásicas y su influencia renacentista. Y el Rey Sol, que habría de patrocinar tan generosamente al teatro, tuvo por consejero, recordémoslo, a un italiano: el cardenal Mazzarino.

La tragedia —tragicomedia en el Renacimiento— se resiste a morir. Busca en Inglaterra, por la delegación de Séneca, adeptos en Henry Medval, en Kyd, que funde en su *Tragedia española* los métodos de Séneca y los románticos; pero mientras se asiente en Racine mejor que en Corneille; mientras un Lope monstruoso la rechace a sabiendas; mientras no alcance en Shakespeare la insuperable fusión con su genio, los romanos, los italianos seguirán procurando su resurrección, y más allá de un Alfieri que anticipa desde su esforzado clasicismo el grito romántico del *Sturm und Drang,* les pasará a los italianos lo que a Colón, que al buscar un camino a las Indias, dio con América. Los italianos buscaban la tragedia y dieron con la ópera. Y en realidad, lo más parecido a la antigua tragedia con sus coros y su música, es la ópera. Admitámoslo, más en oprobio de la tragedia, que en alabanza de la ópera.

Vamos llegando a un punto angustioso de nuestro viaje por el espacio teatral. Solicitan, reclaman nuestra atención numerosas cumbres. ¿En cuál detenernos sin detrimento de las muchas que nos falta señalar en apoyo de nuestra tesis? Si nuestro profesado propósito es el de aducir pruebas, o allegarlas, de la simbiosis constante de teatro y vida a lo largo del tiempo, convengamos en que el que hemos llamado "romántico" por oposición al clásico, es el que triunfa, prevalece, y acerca al pueblo, o de él se nutre para rendir los frutos opulentos: en Londres, con Shakespeare; en Madrid, con Lope de Vega. No hagamos al primero la ofensa de intentar el boceto siquiera de su vida y su obra de las 37 que nos lega en riquísimo haz; ni al segundo la de hojear por encima sus profesadas 2000 comedias. Cada uno de estos dos colosos ha reclamado bibliotecas que no agotan su exégesis. Contentémonos con perseguir en el teatro español la genealogía interesante de los criados que en él asumen un valor a la vez popular y filosófico, de revolucionaria superioridad intelectual con respecto de sus amos, muy distinto del que antes hayamos tropezado de Menandro y de Plauto en adelante: una importancia, un contrapunto, que tendremos que llegar a Beaumarchais para descubrir su valor de fermento en otros teatros que el español; y que en nuestra literatura, Cervantes cincela hasta la esencia inmortal de Sancho el escudero.

Son rústicos como Sancho los primeros "bobos", luego "simples", y por fin "criados", que en el teatro español ingresan al pueblo en irónica oposición con la aristocracia, en un teatro que osará rebelar al populacho contra un gobierno malo en *Fuenteovejuna,* y que dejará en *El alcalde de Zalamea,* o en *El mejor alcalde, el rey,* sendas muestras de su romántica insurgencia.

El secreto de su éxito y de su arraigo popular estriba sin duda en que los elementos estáticos del drama español eran reales —como las historias que lo fundaban—, pero sometidos a una dinámica imaginaria: Sevilla, Toledo, Madrid; pero en estas ciudades de todos conocidas, los problemas del honor (que es patrimonio del alma, y el alma, sólo es de Dios) se dirimían de modo tan satisfactorio como imaginario. El genio de Shakespeare aplicaba a la realidad una lente que la transfiguraba en sentido inverso de cómo el realismo ingénito de los castellanos operó en su literatura. Los sitios de la acción son en Shakespeare todos imaginarios: una Francia antihistórica, Éfeso, Tebas, Ardenia, Iliria y Venecia, todas iluminadas por el resplandor de una extraña y hermosa fantasía; y sin embargo, todas

relacionadas con la vida real. Hay figuras contemporáneas en los *Trabajos de amor perdidos:* Bottom y sus compañeros se mezclan con las hadas en *El sueño de una noche de verano:* sir Toby Belch y sir Andrew Awecheek son compañeros de Viola y de Olivia; Dogberry y Verges, de Hero y Beatriz. Ésta es la característica cardinal del mundo de Shakespeare; la unión del realismo y la fantasía. Fórmula común al gran teatro español, que nos deja *La vida es sueño* como su joya más pulida.

En el Gran Teatro del Mundo —he observado en otra parte— los pueblos suelen a tiempos dramáticos tomar o ceder la palabra —o la escena— del arte y del pensamiento. Llegó el momento —el tiempo de reacción, la antítesis dialéctica— en que el romanticismo español de nuestros siglos áureos, y el oro shakesperiano, cedieran el turno al pueblo neoclásico por temperamento: al pueblo equilibrado, razonador, cartesiano, de la Enciclopedia: al Voltaire de las tragedias en cinco actos, del Racine que versificaría a Fedra, a Berenice, a Bajazet, en cadenciosos alejandrinos forjados para una deleitosa, refinada audición evocadora y aristocrática. Si un italiano, Mazzarino, había presenciado la alegría de Molière, otro cardenal, Richelieu, fundaría una academia celosa de las reglas. Los Estuardos, con un Carlos II que había vivido alegremente en París, llevan a un Londres de la Restauración, que vuelve con ellos a abrir los teatros 18 años cerrados, la influencia francesa y como una de sus manifestaciones morales más señaladas, la incorporación de las mujeres a una escena en que siempre las habían desempeñado muchachos.

En España, pocos años después, los Borbones, accedidos al trono en 1701, infligirán a la tradición nacional del teatro iguales hierros —yerros— académicos que acaben, en el siglo XVIII y en el siguiente y aun podemos con dolor decir que hasta nuestros días, si exceptuamos a Federico García Lorca, por agostarlo. Francia, por mucho tiempo, será el modelo, el cartabón. Si los franceses encuentran a Shakespeare ignorante, desorbitado, iguales defectos le señalará, aun condescendiendo a traducir su *Hamlet,* Moratín.

Apuntemos apenas, en la presencia de Goldoni en París, un nuevo testimonio o aporte italiano de vivificación a la anquilosis académica que ya se anuncia inexorable. Un Goldoni que en Marivaux encontrará, como Molière, a un discípulo modesto. No es sino a fines del XVIII —del académico XVIII— cuando empiezan a suceder para el teatro cosas importantes, aun antes de la Revolución francesa, que lo fue ciertamente. *El barbero de Sevilla* y *Las bodas de Fígaro,* a que en 1775 y 1784 se atribuye un anticipo de rebelión en el criado contra el señor, es sólo un elemento en la resurrección romántica, ya próxima, del teatro. Cuenta en ella, desde 1768, la *Dramaturgia hamburguesa* de Lessing, las representaciones shakesperianas de Friedrich Ludwig Schroder en 1776 y las traducciones de Schlegel-Tieck que nutren en Alemania el movimiento conocido como el *Sturm und Drang* capitaneado por Schiller y por Goethe, que es una de las piedras angulares del drama moderno.

En Francia la influencia de Shakespeare se inició más lentamente; pero las traducciones de Letourneau en 1776-1781, y la visita de los actores ingleses a París a principios del XIX coadyuvaron al renacimiento romántico que encontró en Victor Hugo a su expositor teórico en el famoso prefacio a Cromwell de 1827, que empieza: “el momento político es grave”; y en Dumas padre y sus continuadores, su rotunda encarnación; Victor Hugo (ese loco que se creía Victor Hugo, según la irreverente pero certera puntada de Cocteau) sostiene que la suprema justificación del drama está en el sentido vital que representa; y que se manifiesta, como en la

vida, por antítesis grotescas e irónicas, por contrastes vívidos, por una mezcla constante de lo esperado y lo sorprendente. Arguye que es falso construir un arte sobre “tipos abstractos de idea puramente metafísica”. En sus ideas no es difícil hallar promesas del anterior naturalismo. Pero ni él, ni su más cercano, próspero y popular compañero en la empresa, Alejandro Dumas padre, son naturalistas. El mundo de sus dramas (de cinco actos, como los académicos; y en verso, como ellos) es el artificial, sombrío, de la Edad Media, o de una historia truculentamente adulterada: *Cromwell, Marion de Lorme, Hernani, El rey se divierte, Lucrecia Borgia, María Tudor, Ruy Blas;* o *Enrique III y su corte, Cristina, Antonio, Napoleón Bonaparte, La torre de Nesle*, miel sobre hojuelas, como se decía antes, para el genio de un Verdi que revestiría este material de un manto melódico de arias, dúos, coros, recogiendo de una España ya contagiada de una epidemia romántica de que ningún país, como lo prueban en Inglaterra Byron y Southey, se salvó *El trovador* de García Gutiérrez. El romanticismo procura al teatro uno de sus momentos estelares de arraigo popular. No es difícil explicárselo: en un momento en que apuntaba la revolución industrial, ese teatro planteaba un conflicto que no era ya de caracteres, sino de clases. La sociedad era el villano. A lo largo del siglo a que nos asomamos, surgirían dramas de este tipo acusatorio de plumas tan dispersas como lord Byron, Sheridan Knowles, Ostrovsky, Gogol, Tolstoi, Ibsen, Strindberg, Niccolini y Oehlenschlager.

¿Qué tendencias podemos en este punto advertir en la estructura y la forma de las obras teatrales? Desde luego, la abolición de la rigidez que en los cánones ortodoxos del clasicismo las separaba en tragedia (drama que purga el alma por el terror y la compasión) y comedia (que moraliza por la razón o el ridículo). Ya en tiempos de Shakespeare sir Philip Sydney había definido la tragicomedia como la mezcla de “reyes y payasos”. El drama en ella ya no deriva de los conflictos heroicos e inevitables de los caracteres majestuosos. Lo suscitan los compromisos morales de los hombres ordinarios. Del siglo XVIII en adelante ya no es posible clasificar las obras dentro del cartabón antiguo. Tendremos dramas, piezas, *plays* o *schauspiele,* melodramas, altas comedias, conforme descienden los sentimientos y los móviles se vuelven más ordinarios, el lenguaje poético deja de ser el indicado, y el verso cede el sitio a la prosa.

Urgida por fuerzas similares, la forma dramática se mueve al mismo tiempo en dos direcciones: por una parte, hacia la exageración del efecto sensacional, y por otra hacia un énfasis mayor en la observación y la imitación de las superficies de la vida.

La declinación del drama romántico marcó en el siglo XIX el advenimiento, a que aquél tanto contribuyó, de un teatro que acompañara a la sociedad en su búsqueda de una felicidad construida por la justicia y por la solidaridad: de un teatro del pueblo y para el pueblo, en que éste, cada vez más numeroso y emancipado, se reconociera. En esta obra tienen parte tantos autores, que su sola mención, o el más somero análisis de su producción nos tomaría horas, y a ella debo renunciar con sólo aludir en el recuerdo de ustedes a un Von Kotzebue cuyos 200 dramas desposan la corriente del *Sturm und Drang* con la comedia burguesa, dándole un éxito sensacional; a un Gilbert de Pixécourt que fue para Francia lo que Kotzebue para Alemania; a un Scribe fecundísimo, forjador perdurable del “drama bien hecho”; a su discípulo Sardou; a Dumas hijo, cuya *Dama de las camelias* influyó mundialmente en cientos de autores —hasta en el Acuña coahuilense—; a Émile Augier; a los innumerables cultivadores del “drama de

ideas” o de “tesis”: a Von Kleist, a Grillparzer, a Hebbel, al propio Musset: y, por fin, al padre del teatro moderno: Henrik Ibsen.

Ibsen publica su primera obra en 1850; la última 50 años más tarde. Durante medio siglo, cubriría una amplia gama de composición dramática: en la primera mitad de su carrera fue un romántico que trataba en verso temas históricos o legendarios. En la segunda, un realista que se asomaba intensa y penetrantemente a los hechos de la vida diaria. Éste es el Ibsen que impondría al teatro moderno el sello de su genio: no el de *Katilina, La noche de San Juan, La dama de Ostraat, La fiesta de Salhaug, Olaf Lilienkrans,* ni *Los guerreros de Helgeland;* ni el de *Los pretendientes;* sino el de Brand, el de Peer Gynt; y todavía más, el de la Liga de la Juventud, el de *Los pilares de la sociedad,* el de *La casa de muñecas, El enemigo del pueblo, El maestro constructor, El niño Eyolf, Hedda Gabler, Espectros, Borkmann, Rosmersholm.*

Lo que el descubrimiento de Shakespeare significó para el teatro en los siglos XVIII y XIX, entrañó en este último, y acaso perdura hasta nuestros días, la revelación de Ibsen y la difusión de su teatro, su doctrina y su técnica impecable, en todos los países: si bien España e Italia, y Francia, fueron más lentos que Inglaterra o que Alemania en apreciar y absorber su enseñanza, bien podemos acreditarle la germinación del primer dramaturgo de talla universal que ha producido este nuevo mundo nuestro: un Eugene O’Neill que como Ibsen mismo, sufre, nuevo Laio, los ataques de estos nietos de Ibsen e hijos de O’Neill que son Arthur Miller y Tennessee Williams.

A la distancia de la tierra a que nos coloca esta cápsula imaginaria desde la cual en una hora —o poco más— exploramos su teatro, percibimos a partir de Ibsen, y ya en la prisa de un prudente aterrizaje, pequeños valles y colinas en que no nos podremos detener. La influencia liberadora de Ibsen alcanza a Hauptmann, Suddermann Schnitzler; a Zola, Brieux Hervieu, De Curel, Donnay, Bataille; a Pinero, a Jones, a Shaw Galsworthy, Sutro; a Eurico Butti, a Ferrari, a Giacosa y a Bracco; a Echegaray, Galdós y Dicenta: inspira los experimentos del teatro libre de Antoine, y del *Freie Bühne* de Berlín; y al concluir directamente al naturalismo, fecunda a Strindberg, a Wedekind, a Chejov y a Henri Becque. El renacimiento dramático de los noventas, que nos lleva a la presencia de Hauptmann, de Strindberg y de Shaw, tiende desde Ibsen una alfombra esmaltada por nombres como los de Oscar Wilde, Schnitzler, Porto-Riche y Giacosa, para sólo mencionar a uno de cada país tributario. Dos pañuelos se agitan en demanda de un saludo nuestro: no; son más de dos: Rostand… sí, es Rostand; y ¿aquel que grita? Es D’Annunzio. Y a su lado, ¿ese adorador de Sófocles, que canta *El caballero de la rosa?* Sí: es Hugo von Hoffmanstahl. Y aquel es… Maeterlinck; y ése Stephen Phillips. Y los irlandeses, Synge, Yeats, Lady Gregory… ¡Adiós, adiós! ¡Otra vez será!

Un crítico norteamericano, Walter Kerr, en un libro suyo que lleva el atractivo título de *Cómo no escribir dramas,* emprende una ingeniosa argumentación para demostrar la aparente incongruencia, o falacia, de que dos dramaturgos eminentes —Ibsen y Chejov— son los culpables de esta decadencia del espectáculo teatral: de esta deserción de los teatros que todos comprobamos y que nos resistimos a admitir. A fines del siglo, recuerda, los teatros de Londres prosperaban. Los llenaban las modistillas, que iban a ellos a llorar a gusto, a sufrir y a gozar, a reír, con historias conmovedoras y sencillas. Un vegetariano bilioso tronó contra esta situación. No había a su juicio en todo Londres un espectáculo culto digno de nadie. Los pobres ingleses ignoraban la existencia de un genio escandinavo que hurgaba con el escalpelo

del drama en las almas atormentadas de personajes sombríos. Hedda Gabler, Nora, el hijo epiléptico y lamentable de un enfermo. *El pato silvestre,* Shaw, redentor del teatro, ibsenizaría el inglés, así redimiéndolo de su estulticia. Y ahí estaba Chejov, ignorado también, con su *Gaviota,* y su *Tío Vania, Anna,* sus *Hermanas,* su *Huerto de los cerezos*. Como Ibsen, hurgaba en las almas y en ellas descubría la desolación. Y Strindberg, con su *Danza macabra,* en *Señorita Julia,* su *Pelícano,* su *Camino a Damasco*.

Bernard Shaw se salió con la suya; pero también las modistillas; porque éstas no volvieron a un teatro tan oscuro y complejo como negativo. El teatro empezó a perder en clientela lo que ganaba en elevación intelectual; y otra de las muchas veces que el fenómeno se ha registrado o repetido en la historia, ocurriría que el teatro se enfrentara al dilema hamletiano de ser, o el deleite refinado de unos cuantos, o el alimento sencillo de un apetito elemental de diversión y emoción primaria que el pueblo inculto, pero cada vez más numeroso, ha encontrado siempre en el teatro. Cuando éste se lo niega, el pueblo se lo procura en otra parte; y de esa búsqueda han salido siempre grandes hallazgos, de que la comedia del arte es el mejor ejemplo, de que el teatro romántico era en tiempos de Shaw el más reciente.

¿Dónde hallarían las modistillas londinenses —y sus hermanas y hermanos de todos los países— una diversión que su viejo y querido teatro les niega desde que decidió aburrirlas con Ibsen y con Chejov, para no hablar de un cierto Pirandello todavía más abstruso? ¿Dónde en verdad, sino en… el cine?

Es inútil que sepultemos la cabeza en la arena. El cine está ahí, abarrotando en tres o cuatro funciones diarias sus miles de butacas; surtiendo pedidos simultáneos de lágrimas y de carcajadas en cientos de ciudades a la vez: volviendo millonario y entronizando universalmente a un mimo de carpa; imponiendo modas y modos a greñudas Brigittes Bardots y a jóvenes de chamarra y copete. Es una evidencia que no podemos negar, por más que la eludamos con razonar que el cine es industria, y que el teatro sigue siendo arte. Semejante razonamiento equivaldría a pensar que el teatro debió contenerse o detenerse en tal o cual de sus etapas, y esto nunca ha ocurrido. Ha aprovechado y asimilado siempre los adelantos técnicos que el progreso le va ofreciendo, y el cine no es sino uno más de esos adelantos. Benavente pudo decir con agudeza que por el camino que llevaba el cine, incorporaría la palabra, luego el color, la tercera dimensión y acabaría por descubrir el teatro. Ha ocurrido ya, sí, el verdadero teatro del pueblo, su diversión, se encierra hoy en el cine. Que éste sea una industria: que represente un engaño mecánico, nadie lo niega. Pero su público no lo resiente. Su público vive cada vez más mecánicamente toda su lamentable existencia: lo transporta un camión, habla por teléfono, escribe en máquina, come de latas, bebe café en polvo, lee periódicos, escucha la radio… y hasta su alcoba, o su retrete, le persigue la televisión. Un ente así de mecanizado: de domesticado a la prédica martillada de los megáfonos que regulan su vida —verde y rojo— alto y adelante, como los semáforos, ¿por qué ha de percibir, si no se le educa para ello como se le ha amaestrado para lo contrario, la sutil diferencia que hay entre una película y una obra de teatro; entre ver sombras, así sean a colores, y sentir el supremo contacto, la vibración empática de la voz y de la presencia humanas de un teatro?

Reconozcamos con lealtad que si el teatro ha acabado por quedar por debajo del cine, es porque ha querido colocarse tan por encima del que antes fue su público. En esta medida, tiene

razón el crítico yanqui que culpa de ello a Ibsen y Chejov.

Reconozcamos, en consecuencia, que, si el teatro no ha de extinguirse, que sería como si se extinguiera la vida: si hemos de rescatarlo de la prostitución cinematográfica en que prospera lleno de alfombras, clima artificial y palomitas de maíz, debemos restituirle sus probados valores de atracción popular, aunque le conservemos, por supuesto, aquel mínimum ético que le ha hecho en sus buenas épocas desposar la actualidad estática de su atractivo con la dinamia de una proyección positiva hacia el futuro. Ésta es tarea y responsabilidad de los dramaturgos, y por extensión, de los actores y de los directores.

Pero hay otra en que el gobierno puede y debe colaborar: la que estriba en elevar la cultura de todos sus ciudadanos desde la niñez, capacitándolos a dar por sí mismos el salto mortal que por encima del cine, de la radio, de la televisión comerciales y abyectos, pero contumaces, prácticos y prósperos, les lleve a aterrizar voluntaria, emancipadamente, en el deleite incomparable y eterno del teatro.

EL TEATRO EN MÉXICO

Ayer, como confío en que ustedes recuerden, escindimos el mundo teatral en dos mitades, de que nos es más conocida (y que por ende nos parece la mitad más grande) la cristiana.

Algo semejante tendremos que hacer hoy, al explorar el teatro; no ya en el mundo todo; sino en el pequeño nuestro —tal como nuestros ricos emprenden primero un viaje a Europa, y sólo a su regreso sienten despierta su compasiva curiosidad por atreverse a Oaxaca o a Chichén Itzá— o a Parras, Coahuila. En un México que a su vez nos ofrece dos épocas bien diferenciadas: en cierto modo, antes de Cristo y después de Cristo; pero expresado con mayor precisión histórica, y puesto que a un Cristo ya bastante desarrollado —de 15 siglos entrados en 16— nos lo impusieron los españoles, será más propio considerar el teatro en México discerniéndolo como antes de Cortés y después de Cortés.

No abrumaré esta noche al paciente auditorio con muchos nombres, ni he de invitarlo a recordar lo que estoy persuadido de que no ha podido llegar a su conocimiento. De modo semejante a como naufragó la cultura ateniense, y se perdió la mayor parte de sus textos dramáticos, el más patético y despiadado incendio de la Conquista nos habría privado de los que se conservaran de los indígenas —si ellos hubieran, como los griegos, alcanzado una escritura a qué confiarlos—. Había los códices, sí; pero no eran otra cosa que jeroglíficos, que pautas mnemotécnicas, apoyos cronológicos, pictográficos, para la fantasía y la buena memoria de sus intérpretes. Leyendas, tradiciones, ritos, se transmitían oralmente de padres a hijos.

Fue pues muy venturoso que los misioneros se pusieran en contacto con los ancianos supervivientes de la Conquista, una vez aprendida la lengua en que pudieran entenderlos: el náhuatl. Porque así pudo Sahagún recoger de sus labios, que era como hurgar en los mejores archivos, lo que hoy otro religioso admirable, el padre Garibay, ha trasladado, a su vez del náhuatl y ofrecido a los estudiosos como la prueba plena de que la poesía —y con ella el teatro— conoció en Tenochtitlan y antes de la llegada de sus hiroshimizadores, días de

esplendor y belleza.

Así podemos inducirlo de la descripción de sus ceremonias o fiestas —como en Grecia, o para mejor contemporaneidad, como en Japón— pertinentes a su religión, diseñadas en tributo a sus dioses, y compuestas por danzas y cantos en que la fecundidad habrá acaso asumido símbolos fálicos que los misioneros púdicamente soslayaron en las que nos conservan. El hecho cierto de que fuera muy más difícil percibir para su transcripción, entre danzas y cantos, los diálogos dramáticos de que aquéllos se acompañaban; más difícil que el recitado sólo de poesías, himnos o leyendas, explica que Sahagún y sus continuadores nos hayan legado cerca de un centenar de estas joyas nahuas, y que en cambio, de una dramaturgia precortesiana de lo que no es lógico suponer que sólo en ésa haya consistido, no nos quede sino una obra maya: el *Rabinal Achí*.

Cuya preservación, salvación o rescate, debemos otra vez agradecérselo a aquella venerable pareja que desde la Conquista formaron: por una parte, la buena memoria de los indígenas, y por la otra, el celo de los religiosos. Tan tarde como en 1850 —el 28 de octubre —, al decaer las representaciones del *Rabinal Achí* que habían seguido haciéndose durante la Colonia, y que cesaron en coincidencia con la incorporación iturbidiana de tierras centroamericanas que habían sido mayas, un tal Bartolo Zis legó a sus descendientes su transcripción —último depositario de una larga tradición oral— de este único drama. “He transcrito —dice en nota final— el original de este baile del Tun, propiedad de nuestra ciudad de San Pablo de Rabinal, para dejar un recuerdo a mis descendientes, que perdure siempre con ellos. Así sea.” El abate Carlos Esteban Brasseur de Bourbourg (de nuevo, la Iglesia salvadora de la cultura) tradujo al francés, y dio a conocer en 1862 el *Rabinal Achí*, precediéndolo por un “ensayo sobre la poesía y la música, sobre la danza y el arte dramático de las antiguas poblaciones mexicanas y guatemaltecas”.

Ni es oportuno ni ofrece utilidad detenernos en analizar esta joya arqueológica y única del teatro precortesiano. Pedro Enríquez Ureña, al hablar de ella, sugiere que así pudo ser el teatro en Grecia antes de Esquilo —cuando dos actores dialogaban en escena, el varón de Queché y el de *Rabinal—;* cuando no había surgido el tritagonista, y un coreuta (que aquí podía ser el jefe Cinco Lluvia, o su esposa, o uno de los sirvientes, a su turno), un miembro del coro, intervenía brevemente, si era preciso que otro personaje pronunciara algunas frases, en cualquier momento de la obra, como sucede en contadas escenas del *Rabinal Achí*.

Detenernos más en lo precortesiano —que no podemos ya llamar nuestro— equivaldría a enrolarnos voluntariamente en cierta aviesa demagogia de o con lo indígena, de la que conviene apartarse, denunciándola.

Incurrimos ahora —después de siglos de desestimarla e ignorarla; de permitir el saqueo arqueológico más desenfrenado— en el extremo opuesto de navegar por el mundo del arte universal con bandera de nahuatlismo. Se ha conjuntado, y lleva años de viajar por Europa para el asombro de sus millones de visitantes, que abren la boca ante la Coatlicue, el Chaac Mool y Rufino Tamayo, una exposición de arte mexicano que enfatiza lo indígena como valor toral.

Acaba en estos días de publicarse en París una antología de poesía mexicana, la mitad de la cual se llena con poesías en náhuatl. Lo que estaría muy bien, si en la otra mitad cupieran con justicia los otros cinco siglos de nuestra vida poética. Pero los editores de esta singular

antología, que encuentro demagógica de lo indígena, se saltan a la torera y deliberadamente nada menos que dos siglos completos de ella: el XVIII y el XIX: van de Sor Juana a Othón, se escabechan a Gutiérrez Nájera y a Urbina, y tienen una prisa especial por llegar a ese Rufino Tamayo de la poesía que es Octavio Paz, para recoger nada menos que 12 de sus poemas.

Y ha regresado a México, feliz de haber obtenido un premio codiciado, un ballet folklórico que a su vez, como la exposición y como la antología, inviste con las plumas del pavo indígena los pasos de *can can* y de *musical review* con que frente al telón de cristales de Bellas Artes, emboba dominicalmente a los turistas; pero no se puede decir que ennoblezca, ni siquiera que acendre, la gracia modesta y púdica de las danzas indígenas, que están, cuando son auténticas, muy lejos de consistir en que una jarocha, o una mestiza, o una tehuana, se alce las enaguas y enseñe… —el cobre.

Perdóneseme esta digresión, surgida al calor o a la irritación de ver que nos sigamos sirviendo de lo indígena como de cosa propia, mientras es tan dudoso que en ninguna medida estemos sirviendo a lo indígena. Nuestro tema es el teatro. Volvamos a él. Hablábamos del precortesiano, y decíamos que debemos resignarnos a desconocerlo.

Pero de ese pasado oscuro, perdido para siempre, rescatemos lo que pudo sobrevivir a la Conquista: el gusto indígena por el espectáculo; la riqueza poética de su imaginación —y su destreza manual para las artes suntuarias—. Elementos espirituales y materiales que, de nuevo, la Iglesia ha de aprovechar, de capitalizar, cuando importe de una Edad Media diferida un teatro evangélico y catequizante destinado a cumplir entre los nuevos conversos los fines que ya habían probado su aptitud en los países neocristianos.

Con este público, estos escenógrafos —y estos actores, diestros en caracterizaciones de águilas, mariposas, tigres— no les fue difícil a los misioneros montar grandes espectáculos.

Tan pronto como en 1530 fray Juan de Zumárraga ordenaba en México una *Farsa de la Natividad gozosa de Nuestro Salvador;* en 1533 se representaba en Santiago Tlatelolco *El fin del mundo,* probablemente —sugiere Méndez Plancarte— el Auto del juicio final, en náhuatl, exhibido poco después en la capilla de San José de los Naturales ante el primer virrey, don Antonio de Mendoza, y el obispo Zumárraga. En las fiestas del Corpus, en 1539, Tlaxcala festejó con cuatro obras escénicas: *La conquista de Jerusalén, La tentación de Cristo, La predicación de San Francisco a las aves* y *El sacrificio de Abraham.* Para hacer *La caída del hombre,* las crónicas refieren con asombro que nada faltaba —ni ríos, ni pájaros, ni árboles, ni cerros— en una escenificación opulenta. Ni les fue difícil la erección de tablados donde, afuera de catedral, se ilustraran teatralmente las fechas festivas de la nueva religión: el *Corpus,* muy principalmente, pero también más tarde la Natividad, que con las pastorelas que aún sobreviven en ciertas rancherías, daría origen a todo un género delicioso. Los autos sacramentales de Fernán González de Eslava dan el documento siempre citado de los orígenes, y el modelo, de este teatro evangelizante, primero que se imponía a los pobladores redimidos de la Nueva España.

Pero las importaciones iban a continuar. Los españoles eran parejos: si por una parte se llevaban todo lo material, en cambio nos traían todo los espiritual. El teatro, por ejemplo: los cómicos —y las obras—. Lo único que se llevaban en cambio, era el dinero.

Este teatro profano dispuso a tiempo de un local, propiedad de los religiosos que lo alquilaban, anexo al hospital real: el Coliseo viejo, después Coliseo nuevo, transferido más

tarde a donde, con el nombre de teatro Principal, cumplió en 1931 un destino piromaniático ya avizorado en su primera encarnación: quiero decir que ambos se incendiaron —inclinación propia de los teatros—. Lo pintoresco del caso es que al día siguiente del incendio del Coliseo viejo, iba a darse en él una comedia que se llamaba *Aquí fue Troya*.

¿Nombres de autores o de comediantes ilustres de la Colonia? Por razones distintas de las que suelen explicar la ausencia de novelas (no parecía prudente excitar, como si lo necesitara, la imaginación indígena con obras de ficción), razones entre las que cuenta por mucho la mala suerte que ha perseguido siempre a las obras dramáticas (su perentoriedad, su vida efímera, su tránsito, de manuscrito manoseado, deteriorado y por fin destruido, a la memoria de los cómicos), no contamos por esos siglos con más nombres ilustres que el del comediante y actor Eusebio Vela y, por supuesto, aquellos dos que todos tenemos en la punta de una lengua golosa de glorias mexicanas: Sor Juana Inés de la Cruz y Juan Ruiz de Alarcón. *Ladies first,* aunque no haya sido en el tiempo.

Cada función dramática en la España del Siglo de Oro comprendía, a más de la comedia o auto, diversos interludios de canto, mojiganga o bailete; un entremés, o varios, como final de fiesta de los autos, o como intermedio entre las "jornadas" de la comedia; y a manera de prólogo, un juguetillo escénico —o tal vez un simple monólogo— llamado "loa". Esto es: alabanza: saludo al generoso auditorio, para recomendar la obra o pedir indulgencia para ella. Así empleadas por Gil Vicente, por Juan del Encina, Torres Naharro, Lope de Rueda, Cristóbal de Virués y Juan de la Cueva; así contenidas en los autos de Timoneda y en los autos viejos del siglo XVI.

Ya para 1617 —fecha de *El pasajero* de Suárez de Figueroa— dice éste que "en las farsas que comúnmente se representan, han quitado ya esta parte que llamaron loa; y según lo poco que servía, y cuán fuera de propósito era su tenor, anduvieron acertados".

Pero años después —a la mitad precisa del siglo XVII— don Pedro Calderón de la Barca daría —en frase de Cotarelo— "nuevo giro a esta clase de loas, y les encumbró casi al nivel mismo de los autos" que, a su vez, llevaría a tan excelsas cimas de inspiración y belleza.

Por mucho tiempo —siglos— la pobre Sor Juana anduvo al mal traer de eruditos a la violeta que se pasaban de uno al otro las inepcias inventadas a su respecto por el primero de ellos. Es únicamente ahora cuando gracias a los talentosos desvelos de otro religioso eminente —Alfonso Méndez Plancarte— contamos con una edición depurada y lúcidamente expuesta, de las obras todas de esta mexicana sin paralelo.

Si para hablar de su teatro me he desviado a la definición de la loa, y he venido a mencionar a don Pedro Calderón como su restaurador eminente, es porque a los autos admirables suyos deben los de Sor Juana una inspiración que a ellos los iguala, y que en el caso del *Divino Narciso* —uno de los tres que con el de San Hermenegildo y el del Cetro de José con sus respectivas loas "a lo divino" integran el parvo, pero valioso, teatro eucarístico de la monja jerónima— supera al auto de *Eco y Narciso* que sigue de cerca: tan de cerca, y con tan autónoma belleza, como en su *Sueño* sigue a Góngora.

Dieciocho loas escribe Sor Juana: tres "a lo divino" una para cada uno de sus tres autos mencionados; dos "a lo humano" para sus dos comedias: *Los empeños de una casa* y *Amor es más laberinto,* y las otras 15, "a lo humano": al rey, al virrey, a la virreina, en las huertas donde fue a divertirse la Excma. condesa de Paredes; a los años de la condesa de Galve; a los

de fray Diego Velázquez; dioses mitológicos, ninfas: el sol, el tiempo, el viento, el cielo; el pasado, el presente y el futuro; la música, la voluntad, la memoria, el entendimiento, el discurso; he aquí a los personajes alegóricos a quienes la erudición asombrosa y la gracia alada de Sor Juana presta su verso fluido y barroco para hacerles dialogar en juegos de ingenio insuperable.

Un teatro que no era ciertamente para el pueblo, ni se lo proponía; sino para el culto deleite de la corte virreinal. Los autos sí, con todo y su barroquismo; y de su teatro profano aquella obra totalmente suya (puesto que *Amor es más laberinto* recibió la colaboración del bachiller Juan de Guevara): *Los empeños de una casa.* Aún hoy (puedo decirlo porque me cabe el privilegio de haberlo realizado), con los cortes a que nos atrevemos los directores; con una iluminación que haga verosímil el ingenuo enredo de equívocos de su segunda jornada, esta comedia en que Sor Juana conjuga la gracia de Tirso con la brillantez de Lope, e infiltra en ambas una dulce confidencia autobiográfica, logra un impacto entre el público de nuestro siglo, después de haber sido de vez en cuando representada en los anteriores, que la hacen obviamente digna de que la entronicemos por nuestra única equivalencia mexicana del bueno y cumplido teatro del siglo de oro español.

Por cuanto a don Juan Ruiz de Alarcón, he de mencionarlo aún más brevemente que a Sor Juana. No voy a repetir lo que todos sabemos: que era corcovado; que sus 20 comedias —algunas de ellas nunca representadas en su tiempo—: *La prueba de las promesas,* por ejemplo, que me cabe el honor de haber puesto por primera vez en escena, o en *premiere* mundial, como ahora decimos, en 1953 para el teatro universitario de México, no gustaban a un público de feroces mosqueteros alérgicos a las reprimendas moralizantes que Ruiz de Alarcón se empeñaba en ofrecerles. Un siglo y un Madrid en que la prestancia física y la suerte con las mujeres acompañaban a Lope y emanaban de sus obras gallardas, era incapaz de admitir que la virtud valiera más que la belleza: que el embustero perdiera frente al prudente y recatado. Fueron los franceses —señaladamente Corneille, como se ha repetido hasta la saciedad— quienes consonarían, mejor que los españoles, con este indiano relativo (puesto que su patria de origen le importó siempre un comino) en cuya obra Henríquez Ureña se ha empeñado en dilucidar las características, los rasgos, los sedimentos de cortesía, de “tono menor”, de discreción —en otras crueles palabras: de inferioridad— que nos darían un derecho aun así discutible para arrebatárselo a España y restituirlo, incrustándolo en ella contra su voluntad en la historia del teatro mexicano.

Lo hacemos siempre, sin embargo, por dos razones: porque nos gustaría que se hubiera conservado mexicano y porque no tenemos, en su siglo ni en los siguientes, con quién equivaler o suplir su importancia.

Con dispensa de detenernos en un siglo XVIII tan estéril para las letras españolas, y para su teatro, como para los de su colonia, lleguemos al de nuestra independencia, para contemplar en él un panorama sin más cumbres que dos o tres oteros. El primero es don Manuel Eduardo de Gorostiza. Lo reclamamos por nuestro con más derecho y aquiescencia suya, que a Ruiz de Alarcón. Sus triunfos teatrales en Madrid, donde se imprimen su *Indulgencia para todos* en 1818; su deliciosa *Las costumbres de antaño* en 1819, refundida para el teatro Principal de México y aquí reimpresa en 1833; *Don Dieguito* en 1820; *Tal para cual* en 1820; *El jugador* (refundición de Regnard) en 1820; *El amigo íntimo en Bruselas* en 1825, y *Contigo pan y*

cebolla en Londres, en 1833; aparte tres o cuatro más obras menores de las que dos ostentan ya nombres mexicanos como su tema: *La huerfanita de Tacubaya* (donde vivieron hasta hace pocos años dos lindas viejecitas, nietas suyas a quienes pude dar el gusto de ver mi reposición conmemorativa del centenario de la muerte de su ilustre abuelo, en Bellas Artes, de *Contigo pan y cebolla)* y *El ranchero de Aguascalientes*, más numerosas traducciones y adaptaciones de obras extranjeras (la principal: *Cristina o la reina de 16 años,* comedia en dos actos, escrita en francés por Bayard e imitada en castellano por D. M. E. de Gorostiza).

Gorostiza —apellido fénix— fue un verdadero hombre de teatro. Aparte sus méritos como patriota en un México a que se reincorporó voluntaria y apasionadamente, y sus servicios diplomáticos y políticos, estaba al día en teatro extranjero, como lo prueban sus traducciones e imitaciones de Scribe y aun de Lessing, de quien tradujo —¿del alemán o del francés?— Emilia Gallotti.

Pero de Gorostiza tenemos que llegar a Ignacio Rodríguez Galván para hallar en su breve vida —26 años— un primer balbuceo de teatro mexicano del tipo tremendista de los románticos que fueron sus modelos: *Muñoz, visitador de México,* 1838, y *El privado del virrey,* 1842, año de su muerte. Y como es consagrada costumbre, mencionaremos junto al suyo el nombre del más afortunado Fernando Calderón, los títulos de cuyas obras nos dan bastante clara idea de su tónica: *Ana Bolena Herman o la vuelta del cruzado, El torneo, Reinaldo y Elina, Zadig, Zeila o la esclava indiana, Armandina, Ramiro conde de Lucerna, Ifigenia, Hersilia y Virginia.* Por encima de estos puñales y cadáveres en de tres a cinco actos, nos quedamos con la gracia risueña, ingeniosa, de los dos actos en que nos da una fresca —¡y tan mexicana!— réplica a la *Marcela* o *Cuál de las tres,* con su *A ninguna de las tres.*

Aquí tendría que mencionar muchos nombres menores si no temiera sacrificar en ello un tiempo que prefiero consagrar al que puedo abonar con mi testimonio de… muchos años de observar de cerca el desarrollo del teatro en México, digamos a partir de la Revolución. De la Independencia al porfirismo: así de una plumada, el teatro adquiere, sobre todo, locales: pero los llena, por tradición y de preferencia, con habitantes importados. La gorda, prolija *Reseña Histórica del teatro en México* de Enrique de Olavarría y Ferrari, de que pronto aparecerá una nueva edición —puesta al día desde el 1911 en que la dejó, hasta el año actual— con prólogo de un servidor de ustedes, nos informa muy pormenorizadamente de los estrenos en el Teatro Nacional, en el Iturbide, el Hidalgo, el Arbeu, el Principal. Los autores mexicanos — Riva Palacio, Pantaleón Tovar, Prieto— suelen estrenar en ellos obras efímeras. El propio Acuña conoce la gloria fugaz de su pasado. Pero lo que triunfa en esos teatros es la ópera, o son las compañías españolas que como la de José Valero, barre el dinero cuando llega, mientras agonizan y se extinguen reiterados intentos de acometer un teatro nacional por autores y por intérpretes.

Dos estudiosos de nuestra escena han explorado y expuesto como yo no podría intentarlo en esta plática, el teatro en el siglo XIX: Armando de Maria y Campos y el joven y brillante investigador Luis Reyes de la Maza. A sus jugosos libros remito a aquellos de mis oyentes que deseen ampliar su conocimiento o normar su juicio de esta época. Época, por lo demás, de deliciosa evocación por cuanto el teatro servía en ella, como es lo propio, de expresión y desfogue de la sociedad de su tiempo: época de divos y divas entronizados hasta la adoración que diluviaba versos, flores y obsequios, sobre la escena de sus gorjeos o de sus

declaraciones lacrimógenas: que iba en tumulto hasta el Peñón a recibir a las actrices, o que después de su triunfo tiraba de su carruaje, que era como sacar en hombros a los toreros, hasta el hotel Iturbide en que alojaban su lujo deslumbrador. Época en que el teatro —hipócrita al fin por profesión— cambiaba de conveniente careta a cada frecuente cambio de régimen, y ya llamaba "Nacional" o "Imperial", o "Santa Anna", a su elegante asiento, según que gobernara Santa Anna, o Juárez, o Maximiliano.

De ahí —de la Reforma, digamos— a 1900, acatemos la tradición con pasar una honorable, respetuosa lista de presentes a los nombres de José Peón Contreras, fecundísimo, laborioso yucateco, llamado en su tiempo y a causa del buen éxito de *La hija del rey*, "el restaurador del teatro en la patria de Alarcón y de Gorostiza"; de Manuel Acuña, por su *Pasado;* de Manuel José Othón —de quien preferimos quedarnos con su poesía que con sus dos dramas—; del dulce, infantil José Rosas Moreno, y de Alfredo Chavero. Y aun —si queremos acrecentar la lista— de Alberto Bianchi, Manuel Peredo, Juan Antonio Mateos, el cubano José Martí, Rafael Delgado y Juan de Dios Peza. Entre esa época y la inmediatamente posterior a la Revolución, dos nombres descuellan para un teatro mexicano que cultivan lateralmente a la novela o a la poesía: los de don Federico Gamboa *(La última campaña, La venganza de la gleba, Entre hermanos;* no se le ocurrió dramatizar en *Santa*. Fue al cine, por supuesto, al que se le ocurrió), y Marcelino Dávalos *(El último cuadro*, estrenado por la Fábregas, en 1900; *Así pasan*, cobijada también bajo la famosa actriz; *El crimen de Marciano, Jardines trágicos, Lo viejo).* Antonio Mediz Bolio *(La flecha del sol),* Carlos Díaz Dufoo, José Joaquín Gamboa, Francisco Monterde, Julio Jiménez Rueda, Víctor Manuel Díez Barroso, Catalina D'Erzell, María Luisa Ocampo, Carlos Noriega Hope, Ricardo Parada León, Amalia Castillo Ledón. Los hermanos Carlos y Lázaro Lozano García… la nómina es larga, y undívago el tiempo, e imprecisos los límites, e indefinible la calidad, que nos permitiera detenernos a más que la mención de sus nombres.

En el ocaso porfiriano de una época que prolongaba sus características, me tocó nacer. Vi pues en mi infancia las agonías de aquel teatro importado y truculento o lacrimoso que heredáramos del XIX. En el teatro Arbeu, nada menos, hice mi debut, vestido de organillero napolitano para una fiesta de kindergarten en que nada menos que don Justo Sierra nos daría diplomas o premios. Luego, en Chihuahua, en Jiménez o en Torreón vería con mis padres *Flor de un día* y *Espinas de una flor,* o *Levantar muertos,* o *Chateau Margaux;* y en Torreón vería por primera vez, en la Carpa, que era entonces el único y muy activo teatro, a doña Virginia Fábregas.

Restituido a México en 1917, sería desde entonces testigo de los cambios, no todos favorables, inflictos al teatro por la ya apaciguada Revolución.

El más importante de estos cambios: el auge del teatro frívolo, y con él la esperanza, desgraciadamente frustrada, de un teatro nacional popular por su arraigo, se origina en varias circunstancias ambientales: un pueblo que acaba de sacudirse con violencia la dictadura y a los "ricos", anhela divertirse; y qué mejor que riéndose de los ricos y de las dictaduras, cualquiera sea su resurrección en los nuevos gobernantes o en las medidas que ellos tomen. Nace un teatro político no en los grandes, aristocráticos teatros ahora arrumbados, sin habitantes importados ni clientela enjoyada y de abono; sino en las carpas, o en los jacalones: el Apolo, el María Tepache, el Lírico. Con parodias como *El tenorio maderista;* con sátiras

como *El país de los cartones;* y en la creación, por fin, de tipos a todos familiares y gustosos, como el indio ladino, el ranchero, la gata, el gendarme: personajes de nuestra "comedia del arte" que hallarían a su turno personificación próspera en *el Cuatezón* Beristáin con *la Pingüica* Rivas Cacho; en Roberto Soto y Delia Magaña, y por fin en *Cantinflas*.

Pero a la posibilidad de que de este germen rico en potencias surgiera un teatro nacional, se opusieron fuerzas incontrastables: el cine fue una de ellas, otra fue el radio.

El cine —monstruo— empezó por apoderarse de los locales abandonados por un teatro desertado por dentro y por fuera. Por toda la República —que en el siglo XIX construyó hermosos teatros: el Peón Contreras en Mérida, el de La Paz en San Luis Potosí, el Degollado en Guadalajara, el Juárez en Guanajuato, el Calderón en Zacatecas y tantos otros que no había población de importancia que no tuviera el suyo— los teatros fueron suplantados por cines, o en serlo degeneraron. Luego, claro, el monstruo no cupo ya en la ropa heredada, y se fue haciendo otra a la medida de su acromegalia hasta los extremos que hoy presenciamos en los cines para cinco o más miles de rumiantes de cacahuates en la cómplice sombra.

Y luego, el radio. Esgrimía aviesamente la ley del menor esfuerzo, y llevaba a Mahoma, hasta su recámara, la montaña de una diversión auditiva; envolvía en música reiterada hasta la saturación persuasiva de su bondad al fin aceptada o convenida, los mensajes comerciales que le importaba incrustar en las mentes. ¿Sabrán los locutores que podrían invocar a un abuelo histórico en aquel cierto Tabarin que en París, en el XVII, alternaba la actuación con el anuncio comercial? Es posible que lo sepan; porque es sabido que ellos, en opinión de quienes los escuchan, lo saben todo.

El radio da a espasmos, acentuados por sus anuncios, sus regalos artísticos, concentrados en minutos. Pronto infectaría al mismo tiempo que a millones de escuchas o adictos, al teatro frívolo. Habituados a recibir en casa números sueltos por el radio, los clientes del Lírico o del Margo o del Politeama, o ahora del Iris o el Blanquita, con ver a sus músicos poetas, a sus duetos, a sus mariachis, a sus virutas y capulinas, se contentarían. ¿Para qué quebrarse nadie la cabeza con escribir siquiera un guión? Por otra parte, los cómicos, que empezaban a ganar con el radio, luego con los discos y ahora con la televisión lo que nunca en el teatro, ¿por qué iban a tomarse el trabajo de aprenderse y ensayar una obra, y por el poco dinero que el teatro ha dado siempre?

El resultado es el de que aquel camino, en un momento abierto para que por él buscaran los autores un teatro de expresión mexicana, se obturó acaso para siempre, en gran medida por culpa de esas agencias de estultificación colectiva y abrumadora que han sido el radio y la televisión, en contubernio con un cine de charros y churros a cuyos mercuriales pies confiaríamos la propaganda extranjera de lo que al juicio terminante y próspero de los productores cinematográficos mexicanos —por naturalización— es México.

A mediados de los veintes (estos alegres veintes que a los oídos de los jóvenes del *rock'n roll* suenan tan ridículos como a nosotros nos sonaron los "alegres noventas", pues ya se sabe que un anciano es aquella persona que tiene 30 años más que nosotros), ese "grupo de soledades" que ya ocupa su cripta en el museo de las letras mexicanas: los contemporáneos, leíamos con avidez, y el descenso de la lectura a la realidad nos resultaba doloroso. Pero el dolor estimula a los jóvenes; y al ver que no había teatro digno de nuestro gusto, resolvimos hacerlo, aunque fuera para nuestra propia, egoísta satisfacción. Fundamos el teatro de Ulises,

en que traducíamos, dirigíamos, producíamos y actuábamos las obras más desconocidas, nuevas y audaces de la época: O'Neill, Cocteau, Lenormand, Yeats.

No quieran ustedes saber cómo nos pusieron los críticos. Pero el público se interesó tanto en ver lo que hicieran aquellos locos poetas jóvenes, que trasplantamos a Ulises, desde su sala en una vivienda de Mesones, a nada menos que el teatro Fábregas, y lo llenamos.

El saldo de aquel juego intelectual fue favorable para el teatro en los años siguientes. Un nuevo grupo, el teatro Orientación, emprendió en manos de Celestino Gorostiza un plan más coherente de obras, montajes y adiestramiento técnico para los actores. Entre los cuales contó a Rodolfo Usigli, como el Ulises había visto actuar a Xavier Villaurrutia. Y ellos dos, en 1936, emprendieron a la Universidad de Yale un viaje becado de que regresarían a propagar, con sus obras principalmente, pero también desde la cátedra, una técnica de composición dramática que hasta entonces parecen haber ignorado los dramaturgos mexicanos.

Lo que sigue en el tiempo y para el teatro mexicano es demasiado próximo a nosotros para que lo pudiéramos enjuiciar o siquiera perfilar a buena perspectiva. Un rasgo es común a los dramaturgos jóvenes y a los nuevos actores: la conciencia de que el teatro, en mayor grado que la poesía lírica, exige, aparte la auténtica vocación, la rígida disciplina de una técnica. Afortunadamente, el teatro ha acabado por merecer la atención de muchas agencias educativas: lo estudia la universidad, que ha incorporado cuerdamente su ejercicio a los programas preparatorios y a las facultades, y que en Filosofía y Letras enseña composición y propicia un laboratorio experimental; Bellas Artes sostiene una escuela dramática de que en el curso de 15 años han salido buenas figuras hoy famosas y competentes; y últimamente, el Seguro Social aplica parte de sus cuantiosos recursos a la erección de locales teatrales excelentes en toda la República, y al sostenimiento permanente de una temporada de obras ejemplares suntuosamente montadas.

Empiezan a surgir autores como Emilio Carballido y Sergio Magaña, para sólo mencionar, de los jóvenes, a los más cuajados.

Pero el destino final del teatro: de una obra plasmada por un autor y vivificada por los actores dirigidos, es llegar a un público que con ella reaccione sosteniéndola. La medida de la bondad de una obra era, para Jouvet, su éxito. Los hay, sin embargo, que entristecen y que alarman por cuanto pueden inducir a los jóvenes con talento al apremio de conceder —que es ceder y retroceder— frente a un público mitridatizado por el radio y por las telenovelas; inducirles a prostituirse por los treinta dineros de las mil representaciones de una rebanada de vida cabaretera o por las cosas ¡qué cosas! de papá y mamá.

Si con un consejo pudiera este anciano superviviente del teatro de Ulises: este testigo de 40 años de teatro en México: este autor escaso: este director laborioso: este venturoso padrino de algunos nuevos talentos, concluir este deshilvanado panorama del teatro en nuestra patria, el consejo a los autores jóvenes sería el de que no desesperen del público actual, ni accedan —Orfeos, Lots— a volver hacia su combustión o su cadáver la mirada. Mientras ellos acendran a su tiempo, depuran y cincelan su inspiración, miles y miles de muchachos, en toda la República, advienen al bautismo del teatro; se ven tocados por su mágica vara, en sus juegos escénicos, por elementales o ingenuos que sean. Esa generación crecerá, ha de madurar, y formará el público culto, numeroso y exigente que mañana cumpla el esperado y venturoso milagro de que México iguale con su vida su pensamiento.

PRÓLOGO A LA "RESEÑA HISTÓRICA DEL TEATRO EN MÉXICO", 1538-1911[*]

DURANTE muchos años, la *Reseña histórica del teatro en México* de don Enrique de Olavarría y Ferrari, con sus cuatro gruesos tomos, constituyó el lujo de las contadas bibliotecas particulares que la poseían. Era la única fuente —próvida, caudalosa— de información puntual, testimonial y amplísima, acerca de un fenómeno tan generalmente menospreciado por los historiadores; tan efímero y fugaz en sus intermitentes, espasmódicas manifestaciones, como el teatro.

A su redacción había consagrado la parte más devota de su dinámica vida un hombre que, nacido en Madrid el 13 de julio de 1844, llegó a México —bachiller en artes desde los 17 años— a los 21 de su edad, en 1865; esto es: en pleno imperio de Maximiliano —o en plena agonía de su brevedad: en diciembre—.

Para el joven Enrique de Olavarría y Ferrari:

> recién salido de la Universidad, en la cual se inscribió en la Facultad de Derecho para el curso de 1863 a 1864 habiendo ganado por oposición un empleo en el Banco de España el 11 de marzo de 1865; acostumbrado a trabajos intelectuales y con un rico caudal de inspiración y sabiduría —cuenta su amigo el poeta Juan de Dios Peza—, su único destino en un país hermano del suyo por la tradición, por la fe y por la lengua, era consagrarse a su vocación primera: a las letras.

Don Anselmo de la Portilla —"aquel inolvidable caballero todo corazón y bondad, verdadero periodista que estrechó con sapientísimos artículos los vínculos de afecto entre España y México"— introdujo al joven Olavarría en los círculos literarios con publicar en *La Iberia* muchas poesías suyas. Al caer el imperio y adueñarse de la plaza de México el general Porfirio Díaz; el día mismo de su entrada en ella, *El Boletín Republicano,* primer periódico liberal, se adornaba con los fogosos artículos del joven redactor, ganado al entusiasmo y al interés en la política de su nueva, adoptiva patria.

De *El Boletín Republicano* —donde había conquistado el afecto más general por el artículo, reproducido en toda la prensa, en que pedía a los vencedores clemencia para los vencidos: y que fue el primer periódico en proclamar la candidatura presidencial del general Díaz—, Olavarría pasó a redactar *La Idea Progresista* con unas revistas semanarias "llenas de gracia, de novedad y de talento".

Interesado desde un principio en el teatro, desempeñó en ocho días el encargo de dar al Principal un arreglo dramático de *El jorobado* que alcanzó más de cien representaciones. Tan inusitado triunfo le decidió a escribir un nuevo drama —*Los misioneros de amor*— cuya lectura a un grupo de literatos fue el principio de las veladas literarias que asumieron grande importancia.

No daba —como lo habrían descrito sus contemporáneos— tregua a la pluma. *El siglo* XIX, *El Constitucional, La Iberia, El Globo, El Correo de México,* se ufanaban de su colaboración: dirigió *La Revista Universal* y *El Federalista,* y fundó *La Niñez Ilustrada* —mientras la novela le convocaba a emitir *El tálamo y la horca*, *Venganza y remordimiento* y *Lágrimas y sonrisas*— elogiadas por el maestro Altamirano.

Su matrimonio en 1872 con una dama mexicana, doña Matilde Landázuri —hija del

prologuista de sus poesías, don Pedro—, acabó por arraigarlo en la vida mexicana. El gobierno aprovechó sus merecimientos y su sabiduría encargándole de cátedras tan surtidas como la literatura en el Conservatorio de Música y Declamación, geografía e historia universal y particular de México en la Escuela de Artes y Oficios para señoritas, y aritmética y álgebra en la Escuela Normal municipal. En febrero de 1874 partió a Europa y después de una breve residencia en Alemania, se erigió, en Madrid, en el expositor y el propagandista más decidido de un México allá desconocido. Publicó *El arte literario en México*, "libro de unas doscientas y tantas páginas", del cual don José María Vigil dice que

> más de cien nombres de escritores consagrados al periodismo, a la poesía, a la novela, a las ciencias y a la historia, son dados a conocer en esa obra, que llamará la atención de los extranjeros con noticias curiosas sobre un país tan desconocido, y de los mexicanos que ven con orgullo enaltecido el nombre de la patria y de sus hijos.

Con modestia que le honra, Olavarría y Ferrari sólo se refiere a su "humildísima comedia" en relación con las veladas literarias a que dio origen su lectura; y a su libro *Poetas líricos mexicanos* para aducir el elogio que a Luis Gonzaga Ortiz deparó "el eminente cuanto severo crítico español don Manuel de la Revilla" al reseñar aquella primera *Antología de poetas mexicanos* con que Olavarría propagaba —embajador extraoficial de su patria adoptiva— sus valores.

Entre 1874 y 1876 visitó Francia, Bélgica y Alemania y colaboró en periódicos y revistas de Madrid, de Málaga, de Sevilla. En agosto de 1877 el gobierno mexicano le nombró su comisario oficial en los archivos de Indias de Sevilla y General de Simancas. Durante su permanencia en Madrid expuso la conveniencia de celebrar un tratado de propiedad literaria entre México y España.

Vuelto a México en 1878, reanudó aquí un activísimo periodismo en *El Cronista de México* y en la *Revista Nacional de Ciencias y Letras*. Y en tres años, de 1880 a 1883, escribió y publicó la primera serie de los *Episodios históricos mexicanos,* que son 18 tomos, de los cuales los cinco primeros aparecieron con el seudónimo de Eduardo Ramos. Más tarde, en cuatro lujosos y gruesos volúmenes, se publicaron en Barcelona los 18 episodios de la primera serie, que continuó con otros 18 que formaron la segunda.

La muerte de don Juan de Dios Arias, a quien el editor Santiago Ballescá había encomendado la redacción del cuarto tomo de la monumental obra *México a través de los siglos,* echó sobre los hombros robustos de Olavarría la tarea de desempeñar ese tomo —años de 1821 a 1855—, de que salió airoso. Su nombre así figura al lado de los de Alfredo Chavero, Vicente Riva Palacio, Julio Zárate y José María Vigil, autores distinguidos de una obra hoy doblemente histórica.

Administrador del colegio de las Vizcaínas, de sus confusos archivos extrajo y depuró materiales para escribir *El Real colegio de San Ignacio de Loyola, vulgarmente Colegio de las Vizcaínas, en la actualidad Colegio de la Paz —reseña histórica escrita por Enrique de Olavarría y Ferrari e impresa por acuerdo y con la aprobación de su junta directiva.*

> Olavarría —resume Peza— ha trabajado mucho. Sus novelas publicadas son cinco y forman 10 volúmenes; sus obras dramáticas son seis; sus obras históricas abrazan 25, y las literarias y las escritas para sus cátedras constan de otros 12 volúmenes. Forman pues, todas ellas, 54 volúmenes, de 28 páginas el que menos hasta 800 el que más, y recuerdo que al

mostrármelos me decía tomando la frase de Cervantes y con la natural modestia que le distingue: “estos libros no por la calidad pero sí por la cantidad, han vaciado los aposentos de mi cerebro”.

Entre tareas como la administración del colegio de las Vizcaínas, labores de redacción del *Diario Oficial* del gobierno y cátedra de “lectura superior y ejercicios de recitación, reminiscencias y composición” en la Escuela Normal para Profesores —para la cual escribió una *Guía metódica para el estudio de la lectura superior* y un *Compendio de gramática general y comparada—;* entre el desempeño del cargo de diputado —cinco legislaturas en 10 años, de 1898 a 1908— encontró el tiempo que habría de consagrar a la obra más congenial con su temperamento, sus aficiones, su vasta información, su larga experiencia y su testimonio de asiduo y conocedor concurrente a los teatros: una *Reseña histórica del teatro en México* que aparecida primero en folletines, lograría en 1895 una cuidada segunda edición en cuatro tomos, respectivamente de 383 páginas el I, 416 el II, 479 el III y 416 el IV; 1694 páginas, que cubren de 1538-1560 en el primer capítulo del tomo I, a 1895 en el capítulo XIII del IV tomo; 1694 páginas en un voluminoso total.

En nueva edición: aumentada con los capítulos que dejó manuscritos e inéditos a su muerte en 1918; y que reanudó a instancias de amigos en 1902 (v. página 1755) para soltar la pluma con la advertencia testamentaria: “Si antes de terminar la impresión de esta segunda serie, conviniese decir algo acerca de los espectáculos habidos en la capital desde septiembre de 1911 en adelante, el registro de ellos no será ya hecho por Enrique de Olavarría y Ferrari”. Vuelve a mirar la luz en el año de 1961 —a casi un siglo de distancia de la llegada a México de su autor—, y la Editorial Porrúa la ofrece a un público al cual separan de sus primeros, ávidos lectores, 56 años —un poco más de medio siglo de evolución en el gusto, las modas, los estilos del teatro— y del arte en general; a un público que, si extranjero, ha sufrido el efecto de dos guerras mundiales; y si mexicano, el impacto de una Revolución que influyó poderosamente en su vida.

Si los hechos reseñados por Olavarría permanecen inalterables en la congelación de la historia, en este medio siglo lo que ha radicalmente cambiado es el método de exponerlos. A la erudición caudalosa, verborreicamente vertida por, digamos, Menéndez y Pelayo, ha sucedido el método de rigurosa depuración especializada de Menéndez Pidal y de sus discípulos. Y la investigación histórica del teatro en México se ha iniciado sobre las bases escuetas de una bibliografía como la compilada en 1933 por Francisco Monterde *(Monografías bibliográficas mexicanas* de la Secretaría de Relaciones Exteriores), o por estudios más ceñidos y detallados en tiempo y tema, como *El teatro de Nueva España en el siglo* XVI, por José Rojas Garciadueñas, 1935, o el *Teatro profano en la Nueva España* de Hildburg Schilling —Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1958— o los que Luis Reyes de la Maza ha publicado en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la propia Universidad: *El teatro en 1857 y sus antecedentes*, 1956; *El teatro en México entre la reforma y el imperio,* 1958 y *El teatro en México durante el segundo imperio,* 1959.

Por su activísima parte; y precisamente en los años que van de 1911 a nuestros días, Armando de Maria y Campos —a quien he solido llamar “el Olavarría y Ferrari de nuestra época”— no sólo ha justificado la atribución de tan honroso título con llevar la cuenta puntual

y minuciosa de los estrenos y acontecimientos teatrales que desde hace muchos años y en diversas publicaciones periódicas reseña y comenta con informada y constructiva imparcialidad; sino que con las investigaciones copiosísimas de su rico *Archivo de teatro,* ha dado a la estampa, aumentando valiosamente con ello el caudal bibliográfico y el material indispensable de consulta de nuestro teatro, muy numerosos libros de esta especialidad, entre los cuales merece muy especial mención su estudio sobre *El teatro de género dramático en la Revolución mexicana.*

Otro cronista contemporáneo, Antonio Magaña Esquivel, ha allegado valiosos materiales en sus compilaciones *Imagen del teatro* —1940—, *Sueño y realidad del teatro* —1948— y en la *Breve historia del teatro mexicano* —1959— escrita en colaboración con Ruth S. Lamb.

Con este método de moderna exploración de las fuentes; de escueta exposición de sus datos; y de clasificación clara y manejable en índices del material allegado, la investigación histórica del teatro mexicano se encauza por los caminos científicos que la adscriben a la especialidad universitaria de los estudiantes, particularmente extranjeros, que la abordan con fría objetividad, como quien diseca un cadáver, para componer una tesis que les convierta en doctores en filosofía.

Hombre de su siglo, don Enrique de Olavarría y Ferrari se impregna en él, y en él irradia el caudal ferviente de sus múltiples testimonios. Sin ese "método científico" y frío que habría de ser propio del nuestro; con la locuacidad comunicativa e inagotable, libre de estrechos límites, que le induce constantemente a derivar del tema del teatro al comentario político, social, literario, periodístico, musical o costumbrista, que percibe y aprehende en torno del estreno o de la llegada del divo, de la inauguración del nuevo teatro, o de la fiesta aristocrática.

Nos ha dejado así —herencia opulenta del gran señor que fue— mucho más de lo que se propuso legarnos al empuñar la pluma que abrió la llave a su tesoro de impresiones, lecturas, observaciones y experiencias, con esta frase inicial de su libro: "Curioso sería el libro en que se procurase hacer la historia de los espectáculos públicos en México".

Curioso, en verdad, en la más atractiva y perdurable acepción del término, resultó el dilatado discurrir de su confidencia en el que se apresura a calificar de "modesto libro" mientras nos anticipa dos advertencias importantes: que "a título de curiosidad, hemos de tocar cuanto de notable encontremos relativo a espectáculos públicos", y que copiará "de quienes nos han precedido en labores de historia, pues más no puede hacer quien no ha presenciado los sucesos que relata". Tenemos, pues, la clave —el hilo de Ariadna— para entrar en el laberinto deleitoso de su *Reseña histórica:* hasta el año de su llegada a México en 1865; y desde el 1538 en que resuelve situar con el teatro eucarístico el punto de partida de los espectáculos mexicanos, la documentación que nos transmite es el fruto de sus lecturas e investigaciones; pero a partir de 1865 y hasta 1898 —en la segunda parte, inédita hasta ahora —, lo que nos refiere, lo ha visto; y las crónicas ajenas que allega y así salva del naufragio periodístico, son el cálido testimonio de sus propios días de partícipe fervoroso de la vida artística y social de un México que en 1961 hallamos transformado.

> He dicho varias veces en mi libro que no siendo yo sabio en cosa alguna, no me dirijo a los sabios, ni busco su aprobación y ni siquiera su indulgencia. No son pequeñas las proporciones que mi *Reseña* ha ido tomando; pero a pesar de todo, nada son esas proporciones comparadas con el tamaño del asunto. Creo, pues, como cuando empecé a escribirla, que este libro no

pasa de proyecto para una obra grandiosa e importante, que yo no hubiese podido acometer por falta de dotes para tan magna empresa. Mi vanidad única, si puedo tener alguna, es la de ser el primero que ha proyectado una historia de esta especie. La mejor, la escribirá quien más valga.

Esta advertencia, puesta por el autor en tomo avanzado de una obra que iba creciendo, al parecer para su propio asombro, más allá de toda previsión, no es la única interesante confidencia personal que en ella nos deja, ni su único juicio autocrítico. Olavarría concluye su reseña en 1895 con un resumen pesimista del panorama teatral que contempla:

La sencilla e imparcial exposición de hechos contenida en los últimos capítulos de este libro, acusa una innegable decadencia del gusto, de las aficiones y del elemento artístico en la capital. Nada queda de cuanto hubo en otros días, ni siquiera la esperanza de una reacción saludable en lo referente a espectáculos públicos. El más alto de todos, el genuinamente dramático, dentro de nuestras costumbres y nuestro idioma, casi no existe ya, pues no puede decirse que lo mantenga el modesto teatro de Hidalgo, que ni cuenta con actores capaces de tan grande obra, ni puede eximirse de dar la preferencia al género sensacional y burdo que más numeroso público le proporciona. Los dos principales, los dos casi únicos teatros de primer orden en la ciudad, el Nacional y el Principal, no han visto en su foro una buena compañía cómico-dramática ni española ni hispanomexicana… Sentimos no poder cerrar nuestra laboriosa *Reseña histórica del teatro en México* con más gratas noticias sobre los espectáculos públicos en principios de 1896, pero la imparcialidad a que hemos procurado sujetarnos no nos habría consentido decir cosa distinta. Quede a otros el cuidado de escribir algo más satisfactorio en artes teatrales del porvenir, si es que éste llega a mejorar algún día. El autor de esta obra, por cansado y por viejo, no se estima capaz para continuarla, y cree haber hecho lo bastante para transmitir a quienes vengan después, memorias de lo antiguo. Pronto quedará borrado lo único que en todo su vetusto aspecto permanece aún en pie como recuerdo del primitivo Coliseo: el arco que en los portales de su nombre le daba entrada. En 28 de diciembre de 1895 empezó la demolición de los portales que se llamaron de Agustinos, y más o menos pronto caerán de igual modo los que le siguen en la línea del Coliseo viejo, y entre ellos el susodicho arco perteneciente a la casa número 8. Ojalá que por la hermosa avenida que de ese derribo ha de resultar circulen alguna vez artistas de tan excelsos méritos que hagan recordar a sus iguales en los pasados tiempos y olvidar a los muy ínfimos de los presentes.

Seis años más tarde —“pues escribo este capítulo en el primer tercio de 1902”— Olavarría tomaba de nuevo

la incolora y cansada pluma a fin de continuar la labor que dije allí [en el cuarto volumen] haber dado por concluida. Culpa mía no es, sino de aquellos amigos numerosos en que, para mi honra y alivio de mis pesares, abunda este país que me es tres veces santo y tres veces querido, por ser el de mi elección, por haberse mecido en él las cunas de mi esposa y mis hijos, y porque de su tierra bendita, penetrada de mis lágrimas, forma parte el polvo a que implacable y prematura muerte redujo las tiernas y deleitosas figuras de mis dos únicos hijos varones. Esos mis amigos que, por plenitud y exuberancia de la bondad mexicana constituyen muchedumbre, hanse obstinado en ensalzar generosos mi pequeñez humildísima, y si bien cualquiera de ellos podría reformarlo y mejorarlo, buenos y clementes con exceso me constringen a proseguir este libro que suspendí por cansancio y por fatiga, de vejez y de penas dimanados. Buscando, sin desearlo, distracción y esparcimiento de ánimo, me someto a tan dulce violencia, y haciendo a un lado el dolor que hoy es el todo de mi vida no envidiable, continúo la lisa y llana narración de los espectáculos públicos en México, suspendida al fin del cuarto tomo de mi *Reseña,* en el primer bimestre del año de 1896.

Comienza así la parte inédita que hoy ve la luz por vez primera, y que Olavarría dejó en manuscritos hasta el año de 1911. De ese año hasta el actual de 1961, pareció a los editores conveniente completar la información de lo acontecido en espectáculos públicos. Imposible como era hacerlo en la forma narrativa, comentada y amenísima de Olavarría, se optó por allegar, mes por mes y año por año, en consulta de hemeroteca, el dato escueto de los teatros en funciones y de las obras o espectáculos en ellos ofrecidos. De esta fatigosa labor se

encargó el distinguido bibliógrafo, subdirector de la Biblioteca Nacional, don David N. Arce. La publicación de esta guía retrospectiva completa y pone al día, de un modo congruente con los métodos actuales de la investigación, y para su más directo y útil servicio, la *Reseña* que Olavarría cerró y dio por concluida, cediendo su continuación a las manos que hubieren de acometerla, en 1911.

Reanudada su tarea en 1902, se advierte en él un esfuerzo ya desprovisto del entusiasmo con que en años más felices la sustentaba. A mediados de 1906 declara —tras de subrayar repetidamente las penas y lutos que le recluyen— que el autor de este libro "cuenta en los momentos en que lo escribe, ocho mortales años de no concurrir a teatro alguno"; y en consecuencia, "nada puede decir por su propio juicio, y se limita, como lo ha hecho en los nuevos tomos de su *Reseña,* a recoger en ellos lo que otros han opinado y díchole, o por escrito o de viva voz". Mérito aún mayor, y mayor esfuerzo en el cumplimiento del deber que se impuso, y que por esos mismos años reitera y define:

> Nuestra revista del teatro en México no es obra de experto y sabio crítico, sino de liso y llano cronista, que no aspira a otra cosa que conservar en sus capítulos las opiniones y juicios del público de cada época o periodo; nuestra *Revista Histórica del Teatro en México,* destinada, ésta es al menos nuestra intención, a conservar datos y pormenores que, andando el tiempo, tal vez no sería fácil encontrar en las pocas colecciones de periódicos que, como varias veces hemos dicho, por verdadera rareza se forman entre nosotros.

VALORES ADICIONALES DE LA "RESEÑA"

El caudaloso material allegado por Olavarría y Ferrari tanto en los cuatro tomos de la segunda edición de su *Reseña* cuanto en la segunda parte que dejó inédita y que ahora se publica, sigue ofreciéndose, generoso y nutrido, al celo minucioso de quien por él se guíe para escribir aquella metódica historia del teatro en México que aquí se esconde entre las mil facetas de la vida mexicana por él aguda y tumultuosamente observada o documentada. Decantar de tan rico acervo lo que de modo estricto, cronológico y metódico atañe propiamente al teatro, no es ni tarea fácil ni intención ni incumbencia de un prólogo que —escaparate que invite a entrar en la tienda— debe ceñirse a la inicial justicia de presentar al autor, y a la rápida maniobra de mostrar unas cuantas de las facetas, o de las cualidades, cuyo disfrute aguarda al lector en las casi 4000 páginas que ni parece prudente aumentar con muchas más de un prólogo, ni retardar con dilatarlo.

Pero si al investigador profesional o especializado del teatro ha de serle de la mayor utilidad la reedición de la *Reseña,* al lector desinteresado le ofrece la delicia retrospectiva, superproustiana, de hundirlo en el mundo cautivador del pasado de una ciudad que si ahora los vive y los acusa en arquitectura y en costumbres, hasta el siglo XIX perfiló con mayor agudeza los violentos contrastes que entre lujo y miseria, sabiduría e ingenuidad, nacionalismo y extranjerismo, parecen desde su mixto origen destinados a caracterizarla —y a singularizarla —.

Los valores adicionales, laterales a los "espectáculos públicos", en que afortunadamente volcó en *Reseña* su enterada y sensitiva locuacidad don Enrique de Olavarría y Ferrari son

tantos, que cuesta trabajo resistirse a la tentación de ejemplificarlos o señalarlos desde aquí. Hacerlo con mayor amplitud equivaldría a privar injustamente al lector del placer de su descubrimiento; abstenernos de insinuar uno que otro, a esquivar el cumplimiento del deber prologuístico de efectuar un incitante, un aperitivo muestreo de la mercancía que anunciamos. En lenguaje de cine, un prólogo viene a ser como el *trailer* o avance, fragmentario, pero convocador, de la película; en el más pertinente lenguaje del teatro, lo que las loas del Siglo de Oro a las comedias que precedían: invitación, alabanza y gratitud al respetable.

Y un moderno *trailer* —más que una antigua loa— consiste en un mosaico de escenas atractivas espigadas aquí y allá de una película que se cuida de no "vender", de no revelar su trama entera; sino de excitar hacia su completo y ordenado, oportuno disfrute, por ese aperitivo.

He aquí, pues, unas cuantas muestras de lo que hallarán los lectores al adentrarse en este libro: unos cuantos atisbos de lo que no promete su escueto título de *Reseña histórica del teatro en México;* y que sin embargo, nos da con ella el reportaje vívido de acontecimientos históricos y políticos (quinta parte, de 1867 a 1876, capítulo I, 1867) o bien (capítulo XII, 1883) la estampa urbana de la devaluación acarreada por la ley del níquel:

> La noticia de tan rápida depresión circuló en pocos momentos por toda la ciudad y todos sus habitantes temieron que si aquello proseguía, pronto la moneda de níquel no iba a representar ningún valor, como ya acontecía en muchas poblaciones. Al amanecer el viernes 21 y al abrirse el mercado de La Merced, las vendedoras de los puestos dieron por hecho que el níquel nada valía ya, y negáronse a cambiar por él sus efectos; algunos compradores recurrieron a imponérselas por medio del gendarme, mientras otros maldecían del gobierno y de su suerte, viendo que, como en los cuentos de magia, el dinero que creían tener se les evaporaba en las manos; y sin saberse cómo ni de qué manera, pues se puso especial empeño en que no se averiguase la verdad del suceso, estalló un motín en el referido mercado, y mientras vendedores y compradores llegaban a vías de hecho, aporreándose sin consideración, la multitud dio a correr en todas direcciones, difundiendo espanto y alarma, cuyo real motivo todos ignoraban y aun puede decirse no existía: casi todo el comercio, lo mismo del centro que de los barrios, cerró con estrépito sus puertas, y los vagos, y los curiosos y sin duda muchos quejosos también, poco a poco fueron invadiendo la Plaza de Armas y situándose, en actitud indefinible, frente a la fachada del Palacio Nacional. Cerca del mediodía aquella multitud había aumentado al extremo de hacer difícil la circulación de carruajes y trenes urbanos, que cuando se obstinaban en abrirse paso eran objeto de burlas, chiflidos y pedradas. En tales momentos acertó a venir por el ex seminario el coche del presidente de la República, general don Manuel González, y éste dentro del carruaje. Sin conocerle, muchas de las gentes allí agrupadas recibiéronle como a los demás vehículos y trenes urbanos, con burlas, chiflidos y pedradas, y un disparo de pistola se dejó oír; algún periódico dijo que el disparo habíalo hecho el cochero o un criado del presidente para llamar la atención de la guardia del palacio, y procurar un auxilio a su amo, cuyo coche no llegó a pasar del monumento hipsográfico que sustenta la estatua de la ciudad de México.
>
> El general González, cuyo valor civil y militar nadie pudo jamás poner en duda, abrió la portezuela de su carruaje y bajó de él en los momentos en que el eco del disparo provocaba en los más tímidos carreras y atropellos, y hacía a los más exaltados prorrumpir en mueras y otros gritos, acompañados de pedradas, una de las cuales tocó al presidente en un hombro.
>
> Conocido por algunos entre aquella multitud, y circulada la noticia de que él era en efecto, los singulares amotinados abrieron calle y el general González, sereno, tranquilo, atravesó a pie el espacio que mediaba entre el monumento susodicho y la primera puerta del Palacio Nacional. De todo esto fui testigo, y sencillamente digo lo que vi.

Ni en el ánimo expreso del autor de la *Reseña;* ni en el tácito de su modesto prologuista, cupo ni cabe más contribución documental a la historia política de nuestro país que la que estribe en señalar el segundo el dato que el primero consigna dentro del año de 1892; dato que fijaría en fecha muy anterior a la habitualmente proclamada las primeras inquietudes y manifestaciones antirreeleccionistas y adversas a don Porfirio Díaz. En ese capítulo,

Olavarría documenta y refiere cómo desde el 7 de abril de ese año, se gestó en la alameda el que habría de abortar pintorescamente como un "motín de los pambazos" a causa de los farináceos proyectiles que en él menudearon contra los precursores de nuestros granaderos, los inconformes que surtieron "abundantemente de huéspedes a la cárcel de Belén".

Ahí quedó, por entonces, todo. Las familias desfogaron sus represiones políticas, como es saludable, con asistir copiosamente, en el teatrillo de Invierno, al "repugnante ejercicio de box o pugilato"; que el *Monitor* calificaba de "nuevo género de diversión"; más tardío en ofrecerse a México que una lucha libre que por primera vez se menciona en el año de 1849: "Gran lucha de hombres extraordinarios y formidable desafío en que se jugarán apuestas de dos mil pesos entre Mr. Charles, rey de los luchadores; Mr. Turín, primer Alcides francés; Mr. Casimir, invencible de la palestra de Nimes; Mr. Reybac de Tolosa, y Mr. Hunt, atleta americano, proclamándose el vencedor por cinco jueces competentes".

Tampoco nos podemos jactar de haber inventado, o de que la historia haya reservado a nuestros tiempos, los motines anticlericales que suelen alborotar a la juventud estudiosa. Lea las páginas 2089 y siguientes quien apetezca asomarse a una temprana y fogosa, oratoria y lapidatoria, manifestación estudiantil del 28 de junio de 1901.

Don Enrique nos asoma a las modas de fines del siglo:

> Todo andaba mudado y aun trastornado: los cambios y las revoluciones trascendían a las costumbres y a las modas, y eran de ver las dificultades de nuestras hermosas damas para decidir entre las chaquetas basquinés y los corpiños cerrados, más convenientes al femenil pudor: las faldas de tres o de cinco volantes exigían casi una pieza de tela para cubrir la engomada armazón del enorme miriñaque; sobre ellas iban las muselinas floreadas o listadas, los chaconés, los chinés, los organdís; el ingenio modisteril variaba a lo infinito las manteletas y canesús, los farfaleas y los monillos, el sombrero a la Medora y a la Aurelia y a la bautizo imperial. El sexo varonil estaba graciosísimo con sus pantalones de medio color con ramitos azules o negros en las costuras laterales, y floreados más grandes en las antebolsas, y todo ello muy ceñido a la pierna y terminando en una pialera muy angosta: los chalecos iban achicándose, y a proporción que disminuían en corte, crecían en el número de sus botones: las casacas azules con botones a la Napoleón, eran de rigor, y tanto los faldones de ellas como los de los fracs negros, iban siendo cada vez más grandes. El sastre Pestail era el más acreditado. En cuanto a las camisas, las pecheras de mejor tono eran las lisas, sin más adorno que tres ojales con bordados blancos en derredor para que resaltasen los botones de brillantes u otras piedras preciosas; las tablitas o arrugados sólo se usaban en las vueltas de los puños de diario, pues para etiqueta la moda eran los encarrujados a lo mosquetero, con riquísimas mancuernas de topacios o esmeraldas: los cuellos iban acortándose y por consecuencia disminuían en tamaño las corbatas. Los sombreros más en boga eran los altos, con ala poco ancha y algo recogida, fabricados por Zölly con gran primor. En abrigos seguían en uso las talmas, los montecristos y los gabanes.

O nos conservan la lista de los helados de *El Progreso:* "vainilla, almendra, boca de dama, amor de clérigo, profundidad del infierno, separación del hombre, amor de doncella, bajada de ángel, limón, zapote y tamarindo" —o la alarmante cuenta del consumo de comestibles y bebidas en el baile con que la guarnición de la plaza celebró el cumpleaños de don Porfirio—:

> En la cena se consumieron 2000 piezas de pan, 600 pollos asados, 100 pavos, 100 lenguas de ternera, 24 piezas de ídem, 24 jamones, 20 galantinas, 6000 helados, 1124 botellas de champagne, 840 de vino tinto, 180 de cognac y 180 de jerez.

Por contraste, desata su filípica contra la falta de sociabilidad de los ricos mexicanos:

> Nuestros ricos son la gente más falta de buen humor de todo el universo: sus enormes caserones que al buen barón de

Humboldt antojáronsele palacios, más parecen recintos conventuales: jamás por sus balcones se percibe iluminación interior, o concertados ecos que denuncien una fiesta; las calles en las que moran mayor número de opulentos son las más silenciosas y tristes durante las noches; sus moradores ofrecen un prodigioso ejemplar de cómo un individuo puede aburrirse a solas. Nada más inactivo que un rico de los nuestros: ni siquiera se mueven para acrecer o aumentar sus riquezas; las haciendas o las fincas heredadas de sus mayores les dan anualmente lo necesario para sus gastos, más un sobrante casi fijo en numerario, y con esto les basta y sobra, sucediendo además que en la generalidad ni siquiera ellos personalmente atienden a su giro, confiado a un administrador no muy ampliamente pagado; allí no hay más gasto no común que el de la modista y el sastre, y el del abono a compañías de ópera, drama, comedia o variedades de algún mérito. Es un buen modo de conservar un capital sin preocupaciones para conservarle. En cuanto a los ricos nuevos, los que disfrutan de capitales hechos por ellos mismos, son aún menos afectos a diversiones y recreos sociales; estos opulentos improvisados saben bien el trabajo que les ha costado enriquecerse, y no están dispuestos a emplear el producto de sus sudores en obsequiar a los demás. Los ricos de verdad, los que lo son porque lo heredaron y porque siempre lo han sido, no se divierten por indolencia: los ricos nuevos, los improvisados, los que cubren el plebeyo cobre de que están formados con un más o menos grueso baño de plata, no se divierten por egoísta economía. Aquéllos no se divierten porque no quieren divertirse; éstos no se divierten porque no saben divertirse, y de todo ello resulta que no existe en todo el universo una sociedad menos animada que la sociedad mexicana. Quizás los opulentos por herencia y por abolengo no abren sus inútiles salones por no tener que dar entrada en ellos a los ricos improvisados; quizás éstos no abren los suyos por temor de que aquéllos les hagan el desaire de no querer honrar sus invitaciones. La clase media, la que vive de pequeñas rentas o de sus empleos y trabajo diario, no quiere divertirse modestamente; cuando algo inicia, lo realiza gastando más de lo que puede, y el miedo a la deuda de mañana le hace abstenerse de sacrificios semejantes. Por todo esto cuando se verifique una fiesta a la que todos, los unos y los otros indiferentemente, pueden concurrir, falta en ella la homogeneidad; la división aparece pronunciada, tangible por así decirlo, y si la limitación y la selección en las invitaciones no pueden ser completas, el conjunto de los reunidos aparece abigarrado. Pero abandonemos este tema que no es para tratarlo en pocas líneas y por incidente y a la ligera.

O nos cuenta cómo, abolidas las corridas de toros en el Distrito en 1867, surgieron —“cinturones del vicio”— en las poblaciones vecinas, hasta su reanudación capitalina en 1887 y la construcción lucrativa de los primeros “cosos” hasta para 12000 espectadores.

Todo cabe en el arca caleidoscópica de estas páginas: en ellas averiguamos, o recordamos, cuándo empezaron a lanzarse serpentinas y confeti en los teatros; cuándo a usarse —para disgusto del autor— telones con anuncios comerciales; cuándo aquellos abuelos relativamente honorables del technicolor y el cinemascopio y lo que haya aún de venir, comenzaron a desplazar al teatro o a competir con él bajo los nombres bautismales de “biógrafo esteropticón Pathé” o de “biógrafo vitoscopio Lumière”; y aun alcanzamos a escuchar —¡aquí, donde tantas cultas señoritas tocaban pianos de concierto; y donde los dieron excelentes tantos artistas de renombre internacional!— los primeros ruidos mecánicos de la pianola, gracias a los conciertos desconcertantes que con ese artefacto se dieron en la sala de la casa Wagner y Levien. Sabemos desde cuándo se descansa los lunes en los teatros de México, y desde cuándo se ejerce la reventa; vemos aparecer a las recordadas, famosas, pintorescas empresarias del Principal que fueron las hermanas Romualda y Genara Moriones, y llenar de doblones sus arcas con las “tandas” que no le gustan mucho, que no acaba de aprobar Olavarría; pero que atraen a un público sustraído al imperio de una ópera que admite abajo de su trono a la zarzuela, y mucho más abajo, al “género chico”, con predominio lamentable sobre las temporadas de comedia.

Pero también nos cuenta cuándo enviudó don Porfirio (1880) y cuándo se volvió a casar, con Carmelita (1883); quién fue la primera médica mexicana —Matilde Montoya—; cuándo —en enero de 1873— se inauguró el ferrocarril de Veracruz; cuándo y con qué obras el teatro Santa Anna, el renovado Principal, el de Iturbide, el Hidalgo; y asistimos con él al doloroso derribo del Nacional, y a las muertes de don Lorenzo de la Hidalga y de don Francisco Arbeu,

de Ángela Peralta y Manuel Acuña; o en mejor ánimo, a los pintorescos inicios de la navegación aérea cuyo ideal, hoy alcanzado, de “dar a cada ciudad todas las ventajas de que puede disfrutar un puerto de mar” mediante “la conquista del aire”, encuentra en las páginas de este libro su genealogía denodada y heroica desde que en 1854 un francés visionario que se lo proponía, al igual que su compatriota predecesor de 1834, fracasó en su intento de ascender en globo, reanudado con mejor éxito 10 años más tarde por el famoso don Joaquín de la Cantolla y Rico; genealogía con detalles tan lamentables como el ascenso audaz de cierta señorita Alemán, que sólo le produjo en colecta 28 pesos; y eso, porque la señora esposa del general presidente don Porfirio Díaz le envió 20 de ellos.

O asistimos a espectáculos bizarros, como el de las pulgas amaestradas, el rey del fuego, los equilibristas, los hombres moscas, la troupe japonesa, o la *equine paradox,* de caballos dignos, por su sabiduría, del mejor consulado.

Todo esto y mucho más contiene de incitantes curiosidades el arca pletórica cuya apertura y paladeo retarda este prólogo. Y dentro de ellas: con un valor documental evidente para la historia de nuestras letras, la materia en que este argos observador se engreía con predilección: las letras y el teatro.

Por él nos asomamos a la intimidad de aquellas veladas literarias de que nos han hablado los historiadores de nuestras letras; él nos ha conservado las improvisaciones de versos de homenaje de los poetas de su tiempo; y las quejas —que suenan tan vigentes después de un siglo— lanzadas por el maestro Altamirano a propósito de la precaria situación del autor mexicano, opreso entre el desdén público por sus obras, y una crítica indocta, cuando no aviesa.

Asombra la perdurable vigencia de ciertas situaciones, y la actualidad de ciertas quejas, y remedios sugeridos, que Olavarría recoge en su libro, y que hoy podrían aún tenerse por válidos. Escuchemos el juicio razonado de Luis G. Ortiz:

> Si en Europa se contase que en una ciudad con todos nuestros humos de riqueza y civilización, compuesta de más de 200000 almas, no podemos sostener un teatro digno de ella, confirmarían y con justicia la opinión que tienen formada de nuestra educación y nuestros adelantos. Y no se alegue como eternamente lo oímos, el malestar y la miseria; porque si ésta es una verdad respecto de una parte de nuestra sociedad, no lo es de toda, siendo considerable el número de personas que gozan de buenas rentas o sueldos que pueden permitirles muy cómodamente el gasto, demasiado cómodo sin duda, fijado de algún tiempo a esta parte por los empresarios o compañías dramáticas. No es un mal menos lamentable el monopolio establecido por los propietarios de teatros y sus dependencias, que hace que los pobres actores trabajen, casi sin fruto y sólo para aumentar el capital de ciertos individuos. Esto tiene remedio fácil, pero que no esperamos ver aplicado jamás: ¿qué es para un gobierno el gasto de construcción de un teatro o la adquisición del que hoy tenemos? ¿Le sería imposible una pequeña subvención? De esta manera concluiría el abuso de los propietarios de los teatros, y nuestra capital no pasaría por la vergüenza de verse privada de lo que no falta en cualquiera de las ciudades de cuarto o quinto orden del extranjero. Pero esto no pasa de ser una buena ilusión que nosotros nos formamos, y que nunca veremos realizada.
>
> Muchos años pasarán sin duda para que entre nosotros pueda decirse que existe un teatro nacional: menos aún, artistas mexicanos. Los ensayos dramáticos de nuestros literatos y poetas han sido, por desgracia, débiles, casi nada, si se les juzga con el criterio rígido, justo y tranquilo de crítico, y tal vez demasiado si se atiende a la edad de nuestro país, a su primera educación y al cúmulo inmenso de desgracias y decepciones con que ha tenido que luchar desde los primeros días de su agitada niñez. El teatro que con un alto fin político ha sido y es cuidadosamente protegido en Europa, no ha tenido por nuestros gobiernos sino el más completo abandono. El ahínco de alcanzar una fortuna por lo que hace a algunos actores extranjeros, y la ambición de gloria de algún genio mexicano, han sido los únicos elementos y origen de nuestro humilde teatro. En lo material la ciudad más hermosa del nuevo mundo no tendría uno digno de su rango, sin los grandes y nobles esfuerzos, es preciso decirlo, de un extranjero, de don Francisco Arbeu, que era ciudadano de la república de Guatemala.
>
> Respecto de artistas nacionales, es preciso confesar que tampoco los tenemos; algunos de genio natural no han tenido

cultivo, y no hallamos sino aprendices en que no vemos un verdadero artista en el rigor de la palabra. Sólo exceptuamos a los antiguos Salgado, Castañeda, Castro y la Cordero, que alcanzaron de grandes artistas extranjeros calificativos de mérito y talento. Hoy no podemos decir otro tanto, y las pocas cabezas que podrían haber sido algo están llenas de humo de los exagerados elogios de la patriotería o de la amistad. Salidos en lo general de hogares humildes, rechazados por los círculos elegantes y finos de la sociedad, nuestros cómicos adolecen de falta absoluta de buenas maneras, y parodian grotescamente y por su propia inspiración maneras y costumbres que ignoran, que jamás han podido ver y por consecuencia ni imitar. Lástima causa en nuestra escena ver a una damita joven, haciendo la niña pulcra y aristócrata, afectar ufana ciertos remilgos que cree la suma finura, mientras la infeliz no hace realmente sino tomar el aire de una chica de medio pelo o de una costurerilla relamida. Y, sin embargo, ésta será, tal vez, frenéticamente aplaudida, se la proclamará una artista, y la cándida niña se embriagará feliz con el humo de su vanidad. En este caso, la pobre niña alcanzará una corona de rosas que vivirá sólo un día.

Una escuela de declamación, un curso serio y regularizado, y algún artista verdadero que dirigiese con eficacia y conciencia el establecimiento, sería el único medio de crear y formar verdaderos actores, medio que, desgraciadamente, está muy lejos de nosotros.

De los males apuntados, resulta el poco conocimiento de teatro en nuestro público en lo general, y las bárbaras apreciaciones que frecuentemente se hacen de las obras dramáticas que se dan en nuestra escena, aplaudiendo frenéticamente los dramas de brocha gorda del teatro francés o los culebrones del español, mientras se dejan pasar inadvertidas las bellezas y rasgos de mérito de uno y otro.

Y las reflexiones del propio Olavarría acerca de aquella situación:

Ciertamente que ni entonces había, ni aun lo hay al presente, un verdadero cuerpo de teatro mexicano, que se marque ni por el valor de las obras ni por su influencia en tal género de literatura: nuestra humilde reseña de la historia del teatro entre nosotros no ha pretendido ciertamente probar lo contrario. Pero antes de condenar a un ofensivo desdén los nombres de nuestros autores, estúdiese con imparcialidad el medio en que vivieron y produjeron.

Lo primero que les ha faltado y les falta es la emulación, la pasión del alma que excita a imitar y aun a exceder los méritos de los otros. Quien entre nosotros procura señalarse en algo noble y digno, no encuentra, no digo ya quien lo anime y aplauda, pero ni tampoco quien le espolee a adelantar y perfeccionarse, creando obras semejantes en que le exceda o aventaje. Aquí sólo abundan los críticos y los censores, entendiéndose por crítica y censura el afán, el ansia, el furioso empeño de producir juicios desfavorables, no el juzgar según las reglas de la crítica, que si tal nombre pretende no debe desconocer ni el espíritu ni la naturaleza de la época que ha producido las obras que ha de examinar. Entre nosotros casi es regla general que quien se dedica a la crítica, nada ha producido o puede producir en el género que critica. Aquí el crítico se distingue por lo acerbo de la censura, por lo ofensivo de sus desahogos, nunca por la inflexible lógica con que aplique reglas y leyes que desconoce: eso no debe llamarse crítica, sino impertinencia, y es causa de que la censura entre nosotros no pueda envanecerse de haber producido jamás bien alguno, ni dado celebridad honrosa a ninguno de los que han creído ejercerla.

No defiendo a los autores dramáticos que en México hayan existido, pues ni mi obra puede presumir de críticas ni de filosofías, ni yo me estimo capaz de más que lo poco que hago en ella; pero sí creo que todos esos autores que sin aliciente y sin esperanza de él, han escrito en México, donde el cultivo de las bellas letras tiene que ser asunto de ratos desocupados, gustosos se dejarán arrastrar por el desdén de los críticos, si con sus cuerpos pueden, colmando el abismo, allanar la senda que traigan los genios que aún no se anuncian.

Como en tantas otras materias, el maestro Altamirano justificó el merecimiento de su título cuando, visionario, avizoró un remedio a la pobreza literaria en el fundamento popular de una ilustración —hoy diríamos “campaña de alfabetización”— que garantizara mercado firme y público a los autores:

Necesitamos la simpatía de nuestros compatriotas, su palabra que nos anime, su mano que nos salve de las ondas que amenazan sumergirnos. No son las necesidades de la vida material las que nos detienen. Podemos hacernos superiores a ellas, o atenderlas con el producto de un trabajo honrado, aunque extraño a la literatura. No buscamos tampoco el prohijamiento de los grandes. Nos sería insoportable la dorada medianía de Horacio, si habíamos de conseguirla en cambio de un himno a Mecenas; nos repugnarían las áulicas preeminencias de Virgilio, si habíamos de comprarlas poniendo a los

pies de Augusto la sagrada lira del viejo cantor de los dioses.

No, de ninguna manera; nosotros creemos que sobre el sombrero de lacayo no puede colocarse ni la más triste corona de poeta. No puede acusársenos, por lo mismo, de pretender protecciones inútiles y perjudiciales seguramente para la libertad del pensamiento. Pero desear que en nuestro país sean vistos con interés los progresos de la literatura, es patriótico, es razonable y tiende a dar lustre a nuestra civilización y a hacerla digna del aprecio de las naciones.

Ahora bien, este interés ha faltado, y de ahí el desaliento, bebida emponzoñada, cuyo vaso de barro vil aterra al genio, acostumbrado a libar el néctar de los inmortales en la copa de la fe. Para la alta misión de la literatura, para sus importantes empresas, el esfuerzo individual solo, es las más veces impotente; necesita de la cooperación social, y no la hemos tenido. No culpamos por ello a nadie, demasiado comprendemos que es un mal inherente a nuestro carácter y a nuestra situación especial.

Como la mayoría del pueblo mexicano no sabe leer, sólo queda una minoría reducidísima para quien la letra no es un signo mudo. De esta minoría hay que rebajar 99 partes, unas porque se contentan con lo aprendido en la escuela; otras porque sólo leen lo indispensable para vivir en el mundo de los negocios; otras porque tienen miedo a otra lectura que no sea la rutinaria, y las más veces porque no cuentan ni con los recursos miserables que se necesitan para comprar un libro. ¡La centésima parte, pues, de esa minoría, es la única que sostiene las publicaciones! ¡Triste confesión, pero la estadística nos la revela con su verdad inflexible!

Así es que en literatura, como en política, como en agricultura, como en moral, nos encontramos siempre obstruido el ancho camino del progreso con la pesada mole de la ignorancia popular.

No hay, pues, que sorprenderse de nuestro atraso literario. Él es hijo del tiempo y no podrá remediarse sino con la propagación de la enseñanza.

Y por este rumbo de la perduración de los problemas nacionales de la cultura, singularmente los teatrales, a que hoy aún se suelen aplicar soluciones o intentos parecidos, veamos en las páginas de Olavarría cómo desde el 2 de septiembre de 1875 "deseoso el C. Presidente de la República de procurar el adelanto del arte dramático en México, así como de estimular los progresos de la literatura dramática nacional, se ha servido acordar que se establezca en el Conservatorio de Música y Declamación la enseñanza práctica de este último ramo", para lo que otorgaba una subvención anual de 4800 pesos con que habría de pagarse el servicio del teatro en que trabajara una compañía dramática cuyo director diera además clases. "La compañía pondrá en escena, de preferencia, las obras de autores dramáticos nacionales que le designe el Conservatorio"; y vemos en ese decreto, por primera vez, atendido el "derecho de autor" con el 25% de los productos líquidos de cada función en que se represente su pieza. Poco habrá sido, "entendiéndose por producto líquido lo que quede de las entradas y de la parte correspondiente de la subvención, deducidos los gastos o papeleta de la función"; pero algo es algo. Habrían de pasar muchos años para que el autor percibiera, como hoy, un universal 10% de la entrada bruta; en lo cual hemos progresado. No así en que los gobiernos ulteriores al de 1875 hayan sostenido, ni lo hagan en el día, una compañía subvencionada que de haber perdurado desde entonces como institución, tendría hoy, relativamente, los méritos y la tradición de, por ejemplo, la *Comédie Française*.

Si la historia de nuestro siglo XIX literario asoma en la *Reseña,* constantes presencias del mayor interés documental, del periodismo, que su autor ejerció tan asiduamente, nos da en la segunda parte (páginas 1783 y siguientes de esta edición) un útil panorama que llega, rápidamente, hasta consignar, con las reservas de su gusto alérgico a toda innovación y al "ambiente literario de la época", que empezaba a no ser la suya, el nacimiento y la muerte de la *Revista Azul*.

Pero acomete, también, la crítica de la crítica: "fin principal de esta *Reseña histórica* es el de dejar consignado, para el día de mañana, cómo y en qué forma se ejercía la crítica en

esos tiempos”. Alcanzó don Enrique a presenciar, y a calificar como merecida dureza (página 2107) los albores de cierto perdurable y perfeccionado periodismo, y a percibir sus móviles: “Desgraciadamente todo ello no pasó de buenos deseos, tal vez ni siquiera sinceros, como no lo son casi nunca los expresados en vulgares parrafejos de la adocenada literatura reporteril que se hace pagar a tanto la línea en dinero, en boletos, en obsequios de cualquier especie, así sean sandwiches acedos o copas de licor falsificado”. Los “cocteles de prensa” y los boletos de cortesía tienen, pues, un origen que resulta divertido localizar ya en auge por 1901.

A remota y humilde semejanza de don Enrique de Olavarría, el grato y honroso, si inmerecido, deber de prologar en nueva edición de su *Reseña;* y la circunstancia de que las adiciones con que aparece escuetamente cubierto por fichas el periodo teatral que va de 1911 a 1961 coinciden más o menos con mi testimonio personal, me inducen a exponer con brevedad el comentario que ilustre o que guíe la revisión que los lectores pueden minuciosamente emprender de las fichas allegadas de 1911 al primer semestre de 1961.

En el ocaso porfiriano de una época que prolongaba sus características, me tocó nacer. Vi pues en mi infancia las agonías de aquel teatro importado y truculento o lacrimoso que heredáramos del XIX. En el teatro Arbeu, nada menos, hice mi debut, vestido de organillero napolitano para una fiesta de kindergarten en que nada menos que don Justo Sierra nos daría diplomas o premios. Luego, en Chihuahua, en Jiménez o en Torreón, vería con mis padres *Flor de un día* y *Espinas de una flor,* o *Levantar muertos,* o *Chateau Margaux;* y en Torreón vería por primera vez, en la Carpa, que era entonces el único y muy activo teatro, a doña Virginia Fábregas.

Restituido a México en 1917, sería desde entonces testigo de los cambios, no todos favorables, inflictos al teatro por la ya apaciguada Revolución.

El más importante de estos cambios: el auge del teatro frívolo, y con él la esperanza, desgraciadamente frustrada, de un teatro nacional popular por su arraigo, se origina en varias circunstancias ambientales: un pueblo que acaba de sacudirse con violencia la dictadura y a los “ricos”, anhela divertirse; y qué mejor que riéndose de los ricos y de las dictaduras, cualquiera sea su resurrección en los nuevos gobernantes o en las medidas que ellos tomen. Nace un teatro político no en los grandes, aristocráticos teatros ahora arrumbados, sin habitantes importados ni clientela enjoyada y de abono; sino en las carpas, o en los jacalones: el Apolo, el María Tepache, el Lírico. Con parodias como *El tenorio maderista;* con sátiras como *El país de los cartones;* y en la creación, por fin, de tipos a todos familiares y gustosos, como el indio ladino, el ranchero, la gata, el gendarme: personajes de nuestra “comedia del arte” que hallarían a su turno personificación próspera en *el Cuatezón* Beristáin con *la Pingüica* Rivas Cacho; en Roberto Soto y Delia Magaña, y por fin en *Cantinflas*.

Pero a la posibilidad de que de este germen rico en potencias surgiera un teatro nacional, se opusieron fuerzas incontrastables: el cine fue una de ellas, otra fue el radio.

El cine —monstruo— empezó por apoderarse de los locales abandonados por un teatro desertado por dentro y por fuera. Por toda la República —que en el siglo XIX construyó hermosos teatros: el Peón Contreras en Mérida, el de La Paz en San Luis Potosí, el Degollado en Guadalajara, el Juárez en Guanajuato, el Calderón en Zacatecas y tantos otros que no había población de importancia que no tuviera el suyo—; los teatros fueron suplantados por cines, o en serlo degeneraron. Luego, claro, el monstruo no cupo ya en la ropa heredada, y se fue

haciendo otra a la medida de su acromegalia hasta los extremos que hoy presenciamos en los cines para cinco o más miles de rumiantes de cacahuates en la cómplice sombra.

Y luego, el radio. Esgrimía aviesamente la ley del menor esfuerzo, y llevaba a Mahoma, hasta su recámara, la montaña de una diversión auditiva; envolvía en música reiterada hasta la saturación persuasiva de su bondad al fin aceptada o convenida, los mensajes comerciales que le importaba incrustar en las mentes. ¿Sabrán los locutores que podrían invocar a un abuelo histórico en aquel cierto Tabarin que en París, en el XVII, alternaba la actuación con el anuncio comercial? Es posible que lo sepan; porque es sabido que ellos, en opinión de quienes los escuchan, lo saben todo.

El radio da a espasmos, acentuados por sus anuncios, sus regalos artísticos, concentrados en minutos. Pronto infectaría al mismo tiempo que a millones de escuchas o adictos, al teatro frívolo. Habituados a recibir en casa números sueltos por el radio, los clientes del Lírico o del Margo o del Politeama, o ahora del Iris o el Blanquita, con ver a sus músicos poetas, a sus duetos, a sus mariachis, a sus virutas y capulinas, se contentarían. ¿Para qué quebrarse nadie la cabeza con escribir siquiera un guión? Por otra parte, los cómicos, que empezaban a ganar con el radio, luego con los discos y ahora con la televisión lo que nunca en el teatro, ¿por qué iban a tomarse el trabajo de aprenderse y ensayar una obra, y por el poco dinero que el teatro ha dado siempre?

El resultado es el de que aquel camino, en un momento abierto para que por él buscaran los autores un teatro de expresión mexicana, se obturó acaso para siempre, en gran medida por culpa de esas agencias de estultificación colectiva y abrumadora que han sido el radio y la televisión, en contubernio con un cine de charros y churros a cuyos mercuriales pies confiaríamos la propaganda extranjera de lo que al juicio terminante y próspero de los productores cinematográficos mexicanos —por naturalización— es México.

A mediados de los veintes (estos alegres veintes que a los oídos de los jóvenes del *rock'n roll* suenan tan ridículos como a nosotros nos sonaron los "alegres noventas", pues ya se sabe que un anciano es aquella persona que tiene 30 años más que nosotros), ese "grupo de soledades" que ya ocupa su cripta en el museo de las letras mexicanas: los contemporáneos, leíamos con avidez, y el descenso de la lectura a la realidad nos resultaba doloroso. Pero el dolor estimula a los jóvenes; y al ver que no había teatro digno de nuestro gusto, resolvimos hacerlo, aunque fuera para nuestra propia, egoísta satisfacción. Fundamos el teatro de Ulises, en que traducíamos, dirigíamos, producíamos y actuábamos las obras más desconocidas, nuevas y audaces de la época: O'Neill, Cocteau, Lenormand, Yeats.

No quieran ustedes saber cómo nos pusieron los críticos. Pero el público se interesó tanto en ver lo que hicieran aquellos locos poetas jóvenes, que trasplantamos a Ulises, desde su sala en una vivienda de Mesones, a nada menos que el teatro Fábregas, y lo llenamos.

El saldo de aquel juego intelectual fue favorable para el teatro en los años siguientes. Un nuevo grupo, el teatro Orientación, emprendió en manos de Celestino Gorostiza un plan más coherente de obras, montajes y adiestramiento técnico para los actores. Entre los cuales contó a Rodolfo Usigli, como el Ulises había visto actuar a Xavier Villaurrutia. Y ellos dos, en 1936, emprendieron a la Universidad de Yale un viaje becado de que regresarían a propagar, con sus obras principalmente, pero también desde la cátedra, una técnica de composición dramática que hasta entonces parecen haber ignorado los dramaturgos mexicanos.

Lo que sigue en el tiempo y para el teatro mexicano es demasiado próximo a nosotros para que lo pudiéramos enjuiciar o siquiera perfilar a buena perspectiva. Un rasgo es común a los dramaturgos jóvenes y a los nuevos actores: la conciencia de que el teatro, en mayor grado que la poesía lírica, exige, aparte la auténtica vocación, la rígida disciplina de una técnica. Afortunadamente, el teatro ha acabado por merecer la atención de muchas agencias educativas: lo estudia la universidad, que ha incorporado cuerdamente su ejercicio a los programas preparatorios y a las facultades, y que en Filosofía y Letras enseña composición y propicia un laboratorio experimental; Bellas Artes sostiene una escuela dramática de que en el curso de 15 años han salido buenas figuras hoy famosas y competentes; y últimamente, el Seguro Social aplica parte de sus cuantiosos recursos a la erección de locales teatrales excelentes en toda la República, y al sostenimiento permanente de una temporada de obras ejemplares suntuosamente montadas.

Al renacimiento de la afición teatral que presenciamos en 1961, contribuyeron en buena medida los “teatros de bolsillo”: con gastos modestos y cupo reducido. El Caracol fue el primero en abrirse, en la calle de Cuba, a la curiosidad compasiva de un público que poco a poco habría de aficionarse al fervor y a la responsabilidad con que actores jóvenes y nuevos directores le ofrecían producciones atractivas en su modestia. El apuntador había sido finalmente abolido con su concha, y las candilejas habían cedido el sitio a una iluminación sugerente, moderna y dúctil. Pronto se abrieron otros teatros pequeños.

Ellos fueron el almácigo en que germinó la semilla del resurgimiento de una afición teatral cuyo ocaso había coincidido con el de divos y divas dramáticos que ya no interesaban: las pequeñas macetas en que cobró vida amorosa la pequeña, la débil planta.

El teatro, compañero o hermano siamés de la vida, sigue su marcha. *The show must go on* —y ni uno ni otro de estos menecmos admite la disección final que los tome o sentencie por muertos o concluidos—. El espectáculo público del México que Olavarría nos preservó; sus teatros malos y buenos; sus espectadores doctos o ingenuos; su política, su sociedad, su urbanismo, su cultura y su analfabetismo, sus esperanzas y sus apremios, perviven hoy, apenas envueltos en el celofán del progreso de que nos jactamos, y que en menos años de los que median entre la primera publicación de la *Reseña* y la presente, parecerán anticuados o liquidados sólo a quien no sea capaz de advertir y de paladear en los episodios de ayer, los sucesos de hoy y los acontecimientos de mañana, la palpitante, cálida, undívaga y fecunda continuidad de la vida mexicana.

Coyoacán, 13 de septiembre de 1961

---

[1] Prólogo a la edición Porrúa de la novela *Astucia,* México, 1946.

[2] Conferencia leída en el centenario del nacimiento del poeta, el 22 de diciembre de 1959, en la sala Manuel M. Ponce.

[3] Conferencia sustentada en la sala Manuel M. Ponce del INBA, el 5 de junio de 1959.

[4] Conferencia leída el 10 de noviembre de 1959, en la Ceremonia de Conmemoración del Segundo Centenario del Nacimiento del poeta, organizado por el Instituto Alejandro Humboldt y el INBA.

[5] Conferencia en la sala Manuel M. Ponce de Bellas Artes, el 9 de agosto de 1960.

[6] Conferencia sustentada dentro del curso breve de Historia del Teatro, organizado por la Universidad Nacional el 20 de agosto de 1958.

[7] Repuesta al discurso de recepción del Académico don Celestino Gorostiza, por el Académico don Salvador Novo, el viernes 25 de marzo de 1960.

[8] Estas dos conferencias: "El Teatro por Fuera" y "El Teatro en México", fueron sustentadas por el autor durante la Jornada Cultural, celebrada en Parras, Coahuila, del 14 al 24 de agosto de 1961. De la serie de tres a que la primer alude, la primera no fue escrita, y en consecuencia, no hay texto publicable de ella. Su título fue "El Teatro por dentro" y versó acerca de los resortes psicológicos del teatro, y las técnicas del autor, el actor y el director.

[*] El lector encontrará que algunos párrafos de este ensayo se repiten en *El teatro en México* (pp. 459-471 de esta obra). Es claro que Novo quiso aprovecharlos.

Las locas, el sexo, los burdeles

LAS LOCAS Y LA INQUISICIÓN

HUBO siempre locas en México. Entre los oficios y dignidades que sus enterados informantes explicaron ante Sahagún, y que el sapientísimo franciscano expone en el libro X de su *Historia*, aparecen los "sométicos", y de ellos se dice que

> el somético paciente es abominable, nefando y detestable, digno de que hagan burla y se rían las gentes, y el hedor y fealdad de su pecado nefando [es acaso aquí donde aparece por primera vez esta muletilla o frase hecha del "pecado nefando", que tanto habrá de repetirse —el pecado y su definición o calificación de nefando— a lo largo del virreinato: cada vez que en los documentos se menciona su incidencia, y su castigo] no se puede sufrir por el asco que da a los hombres; en todo se muestra mujeril o afeminado, en el andar o en el hablar, por todo lo cual merece ser quemado.

Parece ocioso recordar que el nombre de "sodomitas" (que los españoles esdrujulizaron "sométicos") es patronímico de los habitantes de la bíblica ciudad pecaminosa de Sodoma, gemela de aquella Gomorra en que las ciudadanas del bello sexo emulaban a los varones del otro bando con dedicarse al aplauso. Sí cabe señalar que desde aquella lejana fecha, el fuego llovió como castigo celestial sobre los ardorosos sodomitas que habían hallado irresistiblemente tirables a los purísimos ángeles destacados, como inspectores de reglamentos; a calibrar la incidencia local del pecado nefando.

Nezahualcóyotl, por su severa, morigerada, tezcocana parte, incluye (según su descendiente el historiador don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl) como la decimotercera de sus ordenanzas una que manda "Que si se averiguase ser algún somético, muriese por ello". No es cosa de cavilar si Neza condenaba a muerte al paciente, o al indiscreto averiguador, pero sí de señalar que el poeta no precisaba la clase de muerte deparada a la loca averiguada. Podría, como en el caso de la adúltera, morir a pedradas; aunque también —como los políticos de nuestro tiempo— quemado.

Pero, de creer a Torquemada (*Monarquía indiana*, libro II, cap. LIII), Neza era más sádico de cuanto lo protege su descendiente cuando se trataba de moralizar a Tezcoco con desmoralizar o atemorizar a las locas: distinguía entre ellas y sus mayates, y les asignaba diversos castigos: al "paciente" le sacaban los intestinos por aquel conducto que solía servirle de sexo; lo enterraban luego en ceniza, y los muchachos del lugar se divertían en echar leña seca para que pudiera mejor arder con todo y loca destripada. Al mayate o agente simplemente lo enterraban en ceniza hasta que exhalara el último aliento u *ohuaya*, que es como, según los filólogos, decían ¡ay! los nahuas.

Entre los delatores de las locas prehispánicas citemos por último al Conquistador Anónimo, cuya *Crónica* (en italiano) concluye exactamente con esta frase: "Sono come si é

detto, per la maggior parte sodomiti … e buono smisuratamente …” Con lo que encima de generalizar locas a los mexicas, los tilda de borrachos.

Vueltos a Sahagún, encontramos en la hermafrodita a

> la mujer que tiene dos sexos; la que tiene natura de hombre y natura de mujer, la cual se llama hermafrodita, es mujer monstruosa, la cual tiene supinos y tiene muchas amigas y criadas, y tiene gentil cuerpo como de hombre, anda y habla como varón y es vellosa; usa de entrambas naturas; suele ser enemiga de los hombres, porque usa del sexo masculino.

En la famosa Noche Triste, al perseguir a los españoles, los mexicas les gritaban “cuiloni, cuiloni”. A esta distancia, es imposible saber si les sabían algo o se los decían al tiro; pero consultados los más fehacientes vocabularios, hallamos que cuiloni quiere decir puto, o “somético”, si la verdad, aunque no peque, incomoda. Sin embargo, en dos ocasiones, capítulos CXXVIII y CCVIII, de su *Historia verdadera…*, Bernal Díaz del Castillo, que ingenuamente nos ha referido lo de los cuiloni, se ensaña con los indios y delata y denigra sus costumbres: CXXVIII:

> …sólo una [de tantas suciedades] quiero aquí poner, que la hallamos en la provincia de Pánuco; que se embudaban por el sieso con unos cañutos, y se henchían los vientres de vino de lo que entre ellos se hacía, como cuando entre nosotros se echa una medicina [lavativa, enema], torpedad jamás oída.

Faltaba ciertamente tiempo para que el refinado señor Des Esseintes, en la novela *Al revés* de cierto olvidado Huysmans, hiciera más que menos lo que el incivilizado capitán español reprochó a los de Pánuco.

Pero en su capítulo CCVIII nos documenta mejor, aunque con no menor pudibunda indignación:

> …y además de esto [toda una serie de defectos], eran todos los demás de ellos sométicos, en especial los que vivían en las costas y tierra caliente; en tanta manera, que andaban vestidos en hábito de mujeres muchachos a ganar en aquel diabólico y abominable oficio…

Costas y tierra caliente. He aquí pues el antiguo *pedigree* de los carnavales en Veracruz, y de los atractivos turísticos de Acapulco.

El Santo Tribunal de la Inquisición no tardó en unirse a las agencias redentoras de las almas indígenas que eran los encomenderos y los frailes. Los padres dominicos no tenían sino que cruzar la calle para ir a servir, en la Casa Chata, a la pureza de la fe y a la rectitud de las costumbres. Nada como el fuego purifica; y el santo tribunal disponía de hasta dos hermosos quemaderos: uno al costado poniente de la entonces pequeña Alameda, y otro en San Lázaro. La diversificación indicaba especialidades: en la Alameda se asaban alumbrados, judíos rebeldes a la conversión y otros heterodoxos. En San Lázaro se rostizaban sométicos. No fue sino hasta fines del siglo XVIII cuando el malhumorado virrey marqués de Croix consideró que bastaba con el quemadero de San Lázaro, y suprimió así, ampliándola para que mejor pasearan por ella quienes le darían fama, la Alameda.

Yerba mala, dicho sea con perdón, nunca muere. Sufre estoica persecución por justicia: pero persiste, perdura, renace. Se necesitará que pasados los siglos, los psicoanalistas

prediquen que “eso” no es malo, sino una etapa natural narciso-sado-masoquista-con-complejo-de-Edipo; y que el frío *Kinsey Report on the Sexual Behaviour of the Human Male* demuestre por A más B que no hay supermacho que alguna vez no haya probado a ver qué se siente, para que los sométicos disfruten más o menos en paz y a cubierto de más hogueras que los chantajes. Ahora que, por lo demás, los signos externos se han hermafrodizado al extremo de no saber nadie con quién pierde.

Pero en el siglo XVII tiene que haber sido del cocol la movida, la onda o como se le quiera o deba llamar, con la Inquisición por mayor amenaza que hoy el charolazo del seudoagente. Y sin embargo, o para expresarlo con mayor dramática elegancia: *eppur si muove.* El martes 6 de noviembre de 1658, a las 11 horas del día

> sacaron de la real cárcel de esta corte a quince hombres, los catorce para que muriesen quemados, y el uno, por ser muchacho, le dieron doscientos azotes y [fue] vendido a un mortero por seis años; todos por haber cometido unos con otros el pecado de sodomía, muchos años había, así residiendo en esta ciudad donde tenían casas con todo aliño donde recibían y se llamaban por los nombres que usan en esta ciudad las mujeres públicas, así de rengue como de aire: como estando en la ciudad de la Puebla de los Ángeles. Fue el principal actor de este pecado un mulato que andaba en traje de indio, llamado Cotita de la Encarnación, que era el más aseado y limpio, y gran labrandero y curioso; y éste, desde edad de siete años se dio a este vicio, y su aspecto al presente era de más de cuarenta años; y ajusticiaron entre ellos a un fulano Correa, mestizo, que hacía cuarenta y siete años que lo usaba y a un español llamado… [en blanco el nombre] natural de esta ciudad. Era el padre de todos, y a quien ellos llamaban Señora la Grande, y servía de escudero; avisando un día a unos y otro a otros para que se apercibiesen de recibir la visita, y era el que los concertaba, y después de la merienda los ponía en los puestos unos con los otros para ejecutar este pecado con toda liviandad. Y él usaba en todas ocasiones, tiempos y lugares…

Señora la Grande era incorregible. Ya antes, el Santo Oficio lo había castigado con 200 azotes por testigo falso; pero la compasiva virreina de Alburquerque, condolida de los 80 años de este anciano, logró que lo destinasen a enfermero del hospital del Amor de Dios; y ahí siguió “ejercitándose en este pecado”. Cotita resultó llamarse Juan Galindo de la Vega; y él y los demás mocetones indios y mulatos denunciaron a más de 100 personas de su clientela, de aquí y de la Puebla de los Ángeles.

> Además de su confesión, los vieron los cirujanos y los hallaron sucios, lacrientos, asquerosos y hediondos. Lleváronlos por la calle del Reloj [hoy Argentina] y volvieron por las casas de la marquesa de Villamayor, y fueron vía recta hasta la albarrada de San Lázaro, y en el brasero se empezó a dar garrote al dicho Cotita y acabaron con todos a las ocho de la noche … que les pegaron fuego; duró el fuego toda la noche; asistió la justicia y comisarios de los barrios, y se despobló la ciudad, arrabales y pueblos de fuera de ella para ver esta justicia.

DE PELOS Y SEÑALES

LA “BRECHA entre generaciones” ha acabado por consistir en la posesión o la ausencia del pelo que abunda en los jóvenes y escasea hasta extinguirse en los viejos. Los famosos *Beatles* desataron la moda e impusieron el arquetipo de una melena-símbolo, que por su facilidad de falsificación sirvió a su vez la industria —y el arte— de las pelucas. Las menos necesitadas de semejante refacción, las mujeres, fueron sin embargo las primeras en adquirirlas y adoptarlas.

Con o entre los hombres, la batalla ha sido más dura de ganar. Prevalece entre nosotros la creencia de que un postizo debe ceñirse a disimular la calvicie —misión ya cumplida por el bisoñé— y no osamos emular a las señoras cuyo sentido deportivo las ha hecho comprender que esto de las pelucas es un juego agradable: un carnaval a voluntad, una posibilidad de cambiar de rostro con sólo embutirse una gorra y cepillar su pelambre.

Parece, pues, oportuno que consagremos algunas reflexiones al tema de las cabelleras, los postizos y los peinados. Oportuno; o cuando menos, no descabellado.

Los antropólogos primitivos se atuvieron de manera muy principal en su clasificación racial del hombre, al dato que inmediatamente ofrecía a sus ojos el pelo del sujeto. De todas las regiones corporales que podían a golpe de vista examinar, el pelo era el más abundante y accesible. Su longitud, color y tipo constituían características claramente propias y diferenciales de cada raza: era negro, largo y lacio en la amarilla; corto y encarrujado (el pelo-pasa) en la negra; rubio en muy rica gama de matices del pálido al castaño y al rojo, en la raza blanca, y en ella ondulado. Desde los estudios capilar-antropológicos de Peter A. Brown en Filadelfia en 1853 hasta la *Antropología práctica* de Hrdlicka, los sabios le han tomado el pelo a la humanidad (dicho sea sin malicia) para analizar al microscopio el grosor, el color, la dirección del folículo y su grado de oblicuidad, y las diferencias que descubren entre un pelo redondo como un *spaghetti* y otro plano como un tallarín. Por estas investigaciones han determinado las diferencias de conducta entre una cabellera que brota erizada y recta como las espinas de un chayote, y otra que desde el nacimiento se acuesta oblicua, abandonando en ángulo agudo la superficie del cuero de que surge, para ondularse a trechos que también han estudiado, por lo que entrañan, los sabios antropólogos.

Independientemente de estos estudios del pelo en el hombre, como dato racial, debemos recordar que esta excrecencia no es sólo propia suya, sino de los mamíferos en general. En los animales, forma el pelaje; y en ellos y en nosotros, su más importante función es la de aislarnos contra el frío. Ejercen los pelos una segunda función sensorial —los bigotes de perros y gatos—, y en forma de pestañas, vigilan o detectan la presencia de una brizna amenazadora de polvo, y determinan el reflejo que nos cierra el ojo a tiempo de evitar que penetre a lastimarlo el granito que las pestañas advirtieron.

La cantidad o dotación de pelos varía con las razas, el sexo y el individuo mismo. La pubertad se marca por la aparición y el desarrollo de pelo en áreas que la infancia mantuvo desiertas; y en forma “terminal”, dota a los varones de bigotes y barbas de que priva a las mujeres; pero distribuye en ambos, con mayor o menor profusión, la protección del vello y de los pelos táctiles o sensoriales. El área total de piel humana libre de pelo o vello es relativamente pequeña, y se reduce a las palmas de las manos, las plantas de los pies, y los márgenes de los labios y otros orificios.

Ya no los antropólogos propiamente dichos, sino los sexólogos, han estudiado el pelo humano en relación con su especialidad. El doctor Marañón describe (“Los estados intersexuales en la especie humana”, y otros estudios) la aparición y las funciones de los “caracteres sexuales secundarios” que señala en la conducta del pelo, y en la evolución de su presencia en la madurez: cuando recede de la frente en que abundó durante la adolescencia, hasta invadir la nuca que estuvo libre de pelo, extenderse a la espalda, los hombros, en forma de largos vellos a dejar monda y despoblada en diversos estilos de calvicie (Quevedo tiene

una terrible letrilla satírica acerca de diversas calvas. Si más adelante es oportuno, la transcribiré) —la sanantoñina es la más frecuente—, la cabeza del anciano.

Cáigase o no; invada o no en retroceso la espalda en trueque o triste compensación de la calvicie, el pelo en ambos sexos sufre a la vejez del sujeto la decoloración que iguala y uniforma a las "cabecitas blancas" en la incómoda posesión de las canas.

Canas y calvicie vienen a constituir, a los ojos de quienes las presencien, datos tan capilares y directos y concluyentes como el pelo en general lo fue para aquellos antropólogos que clasificaron a las razas por el color y la forma del pelo. El dictamen de "viejo" lo emite cualquier lego que mire a un calvo o a un canoso. Dicho de otro modo: la abundancia de pelo en el cráneo y su bello, atractivo color, son claros atributos de la efímera juventud.

No es pues de sorprender que hombres y mujeres procuren conservar y lucir tales atributos; ni que cuando el pelo se ausenta a esconderse allá donde sólo su dueño sabe que se ha mudado; o cuando su hermoso color original cede el sitio a ese blanco monótono que inútilmente invoca el ''respeto a las canas", o que consuela (las uvas verdes) a los hacedores de frases con "la sal de la vida", "el polvo del camino" o "la nieve de la serenidad", el hombre se resista y la mujer se rebele a que una excrecencia muerta, indolora y manejable y sustituible como la cabellera, delate su decadencia. Si zoológicamente el pelo ejerce la función primordial de guarecer del frío a los mamíferos; y el hombre ha inventado la ropa para abrigarse y el sombrero para cubrirse, no hay razón para que no acuda a la refacción de una peluca cuando el pelo propio, al abandonarle, lo expone, sobre al frío, a la compasión o al desdén de los peludos con quienes convive. Y si la química ha conquistado el modo de teñir las telas que nos visten, los muebles que ocupamos, las casas, los objetos, no hay tampoco razón para que nos abstengamos de aplicar sus conquistas al beneficio de cancelar con tintes ese certificado de vejez que nos infligen las canas.

La ciencia, la medicina, la salubridad, han prolongado apreciablemente en nuestra época la vida del hombre; y nadie se opone a ello, sino que lo celebra, por la cuenta que eventualmente puede tenerle. Toca pues a la técnica redondear este beneficio, y admitir a los viejos a la contribución general al auge del comercio y de las nuevas industrias cosméticas y de fabricación de artísticas pelucas. Es una legítima forma de aprovechar los desperdicios de los jóvenes, o de los cadáveres peludos.

El uso de pelucas data de los tiempos más antiguos. Las momias egipcias conservan restos de las que lucieron en vida. Según Xenofonte y Aristóteles, las pelucas fueron introducidas en Grecia desde Persia y el Asia Menor. Los tocados que se ven en algunas figuras de los frescos cretenses indican que era general el uso de pelo artificial, que Luciano menciona como costumbre corriente entre hombres y mujeres. En el teatro, por supuesto, la peluca formaba parte de la máscara, y complementándola, subrayaba el carácter del personaje.

El teatro romano heredó del griego el empleo de pelucas, que pronto se generalizó entre las señoras, y asumió a veces la función de disfraz, que los cartagineses les daban en la guerra. Para sus correrías por las casas poco recomendables, la señora Mesalina se plantaba como disfraz una atractiva peluca amarilla, así de temprano persuadida de que "los caballeros las preferirían rubias". Comenzó entonces, con la moda de las pelucas, el comercio de importación de los cabellos predilectos, que eran los germánicos, por rubios. En Marcial y en Ovidio es frecuente encontrar alusiones burlonas a las pelucas masculinas y femeninas. Los

Pixies de la época se atareaban en inventar creaciones que recibían varios nombres: *galerus, galericum, corymbium, capillamentum, caliendrum. Gallerum* era una especie de cofia o cachucha sujeta en la barbilla y hecha con pieles animales —entre peluca y gorra— que usaban los campesinos y los atletas. Las primeras pelucas masculinas deben pues de haber sido gorras bien ajustadas que simularan pelo.

Las romanas caprichosas siguieron usando pelucas de distintos colores —tal como ahora las actrices o las señoras de vida social intensa—, como parte importante de su guardarropa. Si bien el emperador Marco Aurelio pasa por haber sido un señor formal, adusto, capaz de habernos legado unas reflexiones, máximas y aforismos tan poco frívolos, su esposa la señora Faustina no parece haber compartido su seriedad ni su modestia, si se toma cuenta de que poseía varios cientos de pelucas.

Hombres prácticos, los romanos discurrieron el modo de que sus estatuas no pasaran de moda. Para mantenerlas al día, bastaba en efecto con cambiarles la peluca; que el busto de Plautilla, como lo puede el lector comprobar en su próxima visita al Louvre, lucía removible.

La Edad Media encuentra a los hombres y a las mujeres igualmente cuidadosos de sus largos cabellos. Los caballeros no permiten que se los corten, pues ven en ellos un distintivo del hombre libre y superior. Los clérigos también lo llevaban largo; y el hecho de haberle regalado el rey Alfredo de Inglaterra unas tenacillas de plata a su confesor, demuestra que acostumbraban rizárselo. En las guerras, las justas y los torneos, los caballeros guarecían sus más o menos gordas trenzas dentro del yelmo o casco, que más tarde sustituyeron por una diadema, guirnalda de flores o corona de metal, tan iguales para los hombres y las mujeres, que solían intercambiárselas como valioso obsequio. Esta diadema fue el tránsito del yelmo o casco al sombrero guarnecido de piel y adornado con plumas de pavo real. Sólo por corto tiempo, los caballeros de más alta prosapia siguieron el ejemplo de Carlomagno y adoptaron la moda del cabello corto a la romana.

Por cuanto a las mujeres y sus coberturas capilares, si hasta la fecha tienen obligación de entrar en los templos cubiertas, en la Edad Media las obligó a esta muestra de respeto la orden contenida en la primera Epístola de San Pablo a los Corintios: “Cuando la mujer no quiera cubrirse, que se corte el pelo. Pero no está bien que la mujer se corte el pelo; así pues, que se cubra”. Deben de haber pensado que primero cubiertas, que pelonas. Y llevaron hasta sus hogares, como muestra de respeto al marido y de sumisión, la cabeza cubierta. Sólo el señor podía exhibirse con los pelos al aire. Y las jóvenes solteras. Éstas pregonaban su disponibilidad con el pelo suelto, apenas sujeto por una diadema. Las señoras campaneaban largas trenzas, muchas veces postizas, contra cuya ostentación y gordura clamaron en vano los moralistas, diciendo que las mujeres tenían más rabos que Satán: el Maligno, sólo uno; ellas, hasta cuatro.

Pero lleguemos —escarmenando el tiempo— al siglo en que las pelucas asoman a implantar su adopción más dominante: el XVII. A Luis XIII se le había empezado a enrarecer el pelo cuando en 1620 se presentó en su corte, debajo de una gran peluca de pelo largo, el abate De la Rivière. Fue muy aplaudido. Y cuatro años más tarde, ya bastante más encalvecido, el rey sancionó con una propia el uso de las pelucas que su dinastía iba a ver complicarse y perdurar por buenos dos siglos. Algunos viajeros refieren, ya desde 1615, que los caballeros parisienses llevaban sobre su cabellera otra postiza que llamaban *perruque*.

La adopción del cuello llamado "golilla", parecido a un plato rizado, que vemos en los retratos de Velázquez, alteró el peinado de los caballeros. Recogieron entonces la masa de sus cabellos en torno de la cabeza, ya flotando en mechones despeinados, ya distribuido en bucles que en el lado derecho llegaban sólo hasta la oreja, y en el izquierdo caían sobre el hombro. Este bucle largo recibía el nombre de *cadenette* por su inventor, Honorato de Albret, señor de Cadenet, dueño de un hermoso cabello rubio que se solazaba en entretejer con lazos de colores o pequeñas joyas llamadas *faveurs,* porque solían proclamar simbólicamente los favores recibidos de las damas. Un tatarabuelo de la princesa Margarita que en años pasados nos visitó, el rey Cristián IV de Dinamarca, luce en su retrato una trencita alrededor de la oreja y una perla incrustada (un *faveur)* en ella.

El Rey Sol —dechado de elegancias— guarda estrecha y amplia relación con los peinados y las pelucas de su corte. Aunque en su juventud se jactaba de su espléndida cabellera propia, llegó el día en que hubiera de acudir a las refacciones; y lo hizo a lo grande. Sus pelucas se alzaban muy altas sobre la frente, con raya en medio y peinadas en dos tufos que en largos bucles llegaban casi a la cintura. El alto ejemplo del monarca fue inmediatamente seguido en la corte, y no hubo quien no adoptase la majestuosa peluca, a pesar de su altísimo precio, sobre todo si era de cabello humano; pues la enorme demanda de pelucas obligó a emplear en su confección crines de caballo y lana.

La peluca Luis XIV era de grandes dimensiones; pesada y caliente; pero a pesar de sus inconvenientes, se generalizó en toda Europa. En su *Diario,* Samuel Pepys cuenta cómo al despedirse de su dotación original de cabellos, se decidió a comprarse una peluca en tres libras; y al llevarla puesta a la iglesia, vio que "no resultaba tan extraño como lo había temido".

El clero —de las dos confesiones— se empelucaba, aunque los sacerdotes católicos tenían que despojarse de ella para decir misa, por haber recibido en la cabeza la consagración. Para obviar este inconveniente, los más avisados discurrieron embisagrar en sus pelucas una pequeña tapa que descubriera la tonsura durante el Santo Sacrificio.

El Rey Sol propagó las altas pelucas masculinas. Pero también fue el culpable de los elevadísimos, increíbles peinados que en su corte lucieron las damas con el nombre de *fontanges.* Ahora que desde hace un par de años, o tres o cuatro, las mujeres han dado en rodear su rostro con la erección engomada de los cabellos en *crepé* con o sin relleno, después de haber sido pacientemente encarrujados en tubos de plástico, recordemos el antecedente del *fontange,* a que moderadamente se parecen los peinados femeninos actuales.

Sucedió que durante una cacería regia celebrada en Fontainebleau, a la duquesa de Fontanges —a la sazón "prospecto" del rey— se le soltó y deshizo el peinado; y la buena señora se recogió como mejor pudo el pelo sobre la frente, y lo ató con un lazo. Al rey le pareció monísima así, y le suplicó que en esa forma siguiera peinándose.

Eso bastó para que todas las damas de la corte adoptaran y exageraran aquel amontonamiento casual —tan pre-Brigitte Bardot— de su melena, y dieran en llamarla *fontange.* Consistía en un armazón de varillas metálicas de dos pies de alto, en forma de tubos de órgano, que las señoras forraban con su cabellera. Luego lo adornaban con cintas, bucles y toda suerte de ornamentos, hasta loros. Alcanzaba tres o cuatro pisos, con varias hileras de fistoles guarnecidos de diamantes y perlas que sobresalían de la cabeza unas tres pulgadas, y

parecían sostener todo aquel rascacielos. “Hubo un tiempo —dice Montesquieu en sus *Cartas persas*— en que a causa de la altura desmedida del *fontange*, la cabeza de una mujer venía a quedar al centro de toda su figura.”

Las piedras preciosas eran el adorno predilecto para este caparazón capilar implantado sobre una piedra evidentemente menos valiosa. Madame de Maintenon le confió a una amiga en 1692, que en el tocado de la duquesa del Maine había tanto oro y piedras preciosas, que su peso excedía al de la dama que lo soportaba.

Aun cuando él mismo tenía la culpa de haber desatado aquellos excesos, el rey Luis XIV llegó a reprobarlos. En 1691, aquella brillante cultivadora del género epistolar que fue madame de Sevigné, le comunicó a su hija la alarmante noticia de que todo Versalles estaba revolucionado, porque el rey acababa de prohibir el *fontange*. Pero por otro confidente profesional y famoso, especializado en Memorias, Saint-Simon, sabemos que el rey se lamentó muchas veces de que su poder no llegara hasta impedir que las damas llevasen un peinado que le desagradaba. El *fontange* persistió casi 20 años más. Y como su aparición, su abandono se debió también a una frase del monarca: por 1712 visitó la corte francesa la duquesa de Shrewsbury, y disfrutó el alto privilegio de asistir como espectadora a ver comer al rey. En tan singular ocasión, la duquesa lucía un modesto peinado inglés, al reparar en el cual, el rey comentó que las damas francesas no sabían lo que les convenía, pues si lo advirtieran, se peinarían como la duquesa.

Aquella indirecta real bastó para que al día siguiente las damas empezaran por rebajarle dos pisos a su torre cefálea, y para que la moda, que siempre oscila de extremo a extremo de su péndulo, acabara por prohibir todo peinado artístico y por confinar a las damas al lucimiento de su propio cabello, sin armazones, andamios ni rellenos; lo más liso posible, con apenas uno que otro ricillo en las sienes.

En el siglo XVIII, referirse al peinado masculino equivalía a aludir a la peluca. Ésta era un signo distintivo de clase y profesión. Hasta 115 modelos de pelucas describe la Enciclopedia Perruquiere en 1764. La industria de los postizos masculinos pesaba en la “balanza”, como dicen los economistas. En 1762 los fabricantes ingleses de pelucas para señores dirigieron al rey la petición, muy razonable, de que ordenara a todos los varones que usaran peluca; pues, de lo contrario, no podría subsistir una industria tan merecedora del apoyo gubernamental en fomento del auge nacional.

Abogados, médicos, clérigos, comerciantes, llevaban pelucas diferenciadas y distintas de las reservadas a la nobleza. La gran peluca cuadrada, llamada también española, se reservó al emperador y a los muy grandes personajes. En cortes como la de Carlos VI de Austria, la peluca era privilegio exclusivo del emperador, y los cortesanos sólo podían usarla mientras permanecieran en Luxemburgo. En Inglaterra, la diferenciación profesional por pelucas —y la gradual declinación de su empleo— ocurre bajo Jorge III; y los señores obispos son los últimos en desprenderse de ella.

En relación con nuestro tema tricófero, los historiadores de la moda enmarañan la duda de si la modesta peluca de coleta que formó parte del indumento militar hasta que el mariscal Junot la suprimió, al mismo tiempo que la empolvadura, en 1803, fue invención de Federico Guillermo I de Prusia, o copia de las coletas de los chinos; pues en el XVIII las manifestaciones artísticas del remoto país encantaban a los europeos.

Si fue invención de Federico, asume el carácter de una tardía revancha compensatoria: este emperador prusiano odiaba a Francia; pero había tenido que usar, en su juventud y contra su íntima voluntad, las grandes pelucas francesas. De cualquier modo, él introdujo la coleta en su ejército; y como los demás Estados europeos tomaban por modelo al prusiano, esta peluca militar se difundió por todo el mundo.

Los civiles no encontraron de buen tono la coleta militar, y sus pelucas siguieron siendo de otra forma. Los que aspiraban a presumir de aristócratas, empolvaban las suyas, como los nobles, mediante la complicada operación —en una época que ignoraba las múltiples ventajas que hoy disfrutamos en el *spray*— de cubrirse la cara con un cucurucho mientras lanzaban al techo los polvos que caían como fina nevada sobre las cabezas, para distribuirse con uniformidad sobre el cabello. Las personas pudientes disponían de una habitación especial para este diario menester.

Pero el pueblo siempre ha sido desconsiderado con los aristócratas. No faltaron entonces demagogos que señalaran el escándalo de las cifras de harina de arroz y de trigo que anualmente se despilfarraban en empolvar pelucas en vez de destinarse a la glotonería popular (rondaban los tiempos de “¿No hay pan? ¡Que coman pasteles!”; y sus consecuencias de cercenamiento de pelucas con todo y cabeza). La gente se aterró al conocer aquellas cifras, y declaró “enemigos del pueblo” a los que se empolvaban.

El “retorno a la naturaleza” preconizado por Rousseau tuvo sobre las cabelleras el efecto de restituirles una autenticidad que prescindiera de la peluca. A pesar de la empolvada con que miramos los retratos de Jorge Washington —importada desde Inglaterra entre los numerosos pedidos que surtía para los colonos americanos—, tanto la Revolución francesa como la americana barrieron con muchos usos sociales, y se esforzaron en borrar las distancias indicadas por los peinados y las pelucas. Los revolucionarios franceses, sin embargo, siguieron en los primeros tiempos usando la coleta militar que vemos en algunos retratos suyos. La supresión de la peluca en el ejército, impuesta por el mariscal francés Conflans, tropezó la objeción de que si los soldados no tuvieran que trenzarse la coleta o hacerse los bucles, ninguno de ellos se peinaría. En Viena, en cambio, por evidente precaución higiénica, los mozos de hotel no podían usar peluca, sino llevar su propio pelo, y corto.

A principios del XIX, las pelucas viven su ocaso —o, mejor dicho, su larga hibernación, de que renacen en nuestros días—. No concebimos a Napoleón con peluca; pero tampoco sin flequillo. Las pelucas sólo subsisten en la Gran Bretaña, como distintivo y herramienta profesional de jueces y magistrados, hasta la fecha.

Reducidos a la manipulación decorativa de su propio cabello, los elegantes del romanticismo crean, sin embargo, peinados favorecedores: bucles, ondas, que acompañan a la reaparición y el cultivo de bigotes y barbas desterrados en los siglos anteriores. El bello Brummel —perdurable arquetipo de toda elegancia— ocupaba hasta a tres barberos simultáneos, especializado cada uno de ellos en rizar y peinar sendas regiones de su espléndida cabellera, por todos los *dandies* imitada.

Con oscilaciones entre las cabezas rapadas a la prusiana o a la *brush*, o influencias de uno u otro arquetipo de elegancia masculina, nuestro siglo debe a sus dos guerras la imprevista resurrección de las pelucas. La cirugía plástica consideró psicológicamente conveniente, al reconstruir a los mutilados de guerra, dotarlos de pelo ahí donde les faltara, y abrió así el

camino a los *appliqués* y a los *bisoñés*.

Pero es evidentemente al cine y a la televisión a quienes nuestra época debe el retorno triunfal y perfeccionado de las pelucas. El realismo que exige el *close-up,* y el énfasis que la demanda popular exige en la apariencia juvenil de las estrellas, han sido vigorosos estímulos para el renacimiento de la antigua artesanía de los postizos. De 10 o 15 años a esta parte, ha venido creciendo entre los calvos la aceptación del bisoñé; y su uso por ellos ha acabado por considerarlo normal, cuando objetivamente lo detecta, la parte de la humanidad que todavía no los necesite. Se han desarrollado nuevos estilos y técnicas de imposición, imperceptible a la simple vista, de estas restituciones de la juventud; no por objetivamente ilusorias, menos subjetivamente gratificadoras; no por aparentemente modernas, menos noblemente antiguas.

Muy otro, aunque afín al de las cabelleras masculinas, es el tema de la evolución de la moda cabelluda de las damas; y tan amplio y variado al consistir en las mil formas en que las mujeres, a través de los siglos, han manejado y dispuesto ese marco dócil en torno de su rostro como peinado o tocado, que explorarlo y exponerlo exigiría del suscrito y de los lectores una paciencia de que todos carecemos.

A lo que tanto Jorge Simmel como el doctor Marañón coinciden en estipular como la "necesidad de variar el erotismo de las generaciones", podemos en general atribuir las oscilaciones, búsquedas y cambios tanto en las modas cuanto en los peinados que complementan la figura femenina para hacerla atractiva o incitante. Hemos visto que las mujeres demuestran a lo largo de la historia una asombrosa inventiva; ya en el arreglo de su cabellera personal, ya en la adopción (no siempre requerida por una calvicie que entre ellas se abstiene de aparecer sino excepcionalmente) de pelucas decorativas; pero a igualarse a los hombres en cortarse el cabello, no llegaron sino hasta nuestro siglo.

La primera Guerra Mundial acarreó una simplificación de la indumentaria en ambos sexos, que el peinado no tardó en obedecer: el pelo "a la *brush*" en los hombres; y en las mujeres, la revolución desatada al circular las primeras audaces que osaron entregar a la tijera sus caudales capilares, y presentarse con el pelo "a la *bob*".

No se trataba ya del peinado "a la Titus" que con reducción de su cabellera a la provisión indispensable para anillarla en pequeños bucles, lucieron las "tres gracias del Directorio" presididas por madame Recamier; ni de la excepción viriloide y romántica de Jorge Sand. Las mujeres de los veintes, de toda edad y condición, se lanzaron en masa a las peluquerías masculinas —anteriores a los "salones de belleza", entonces escasos— para salir de ellas graciosa y sorprendentemente pelonas.

En México, la abundancia capilar había enorgullecido siempre a las mujeres; y el pelo lacio heredado de la Malinche había acudido en el siglo XIX y principios del nuestro, a las domésticas pinzas calientes para rizarse. En consecuencia, las pelonas llamaron aquí más la atención que en otras naciones, y fueron objeto de burla y tema de una canción popular y alegre, abuela de la Despeinada que hemos oído recientemente en la radio, y mucho más difundida en su tiempo que ésta. El fin del siglo había visto abultarse con crepés y postizos la cabellera sobre la cual imponían la adición de sus enormes sombreros con fistol la bella Virginia Fábregas, las damas porfirianas, y aun doña Sara P. de Madero. La Revolución parece haber influido poco, o tardíamente, en modificar de un modo directo el "status" capilar de las señoras, fuera de la medida en que —por precisamente capilaridad— las lacias y trenzonas

Adelitas empezaran a trascender hacia el encumbramiento social como esposas de los revolucionarios triunfantes, y comenzaran a frecuentar al Godefroi que las embelleciera.

Hombres y mujeres uniformaron pues en los veintes la cortedad de sus cabellos. Se machacó en los periódicos la frase de Schopenhauer acerca de las mujeres como animales de cabellos largos e ideas cortas, que la nueva moda parecía desmentir. La virtual protesta o reacción contra la abundancia se acompañó, en los hombres y en las mujeres, por la abolición de rizos y ondulados, y por la apariencia lisa y brillante que la “gomina” y las brillantinas planchaban, a lo Valentino, en los fifíes.

Poco a poco, gracias al “ondulado Marcel”, las mujeres recuperaron el rizado de sus cabelleras mutiladas. Y empezaron a hacer consistir la elegancia de sus peinados en los “tintes” artificiales, que al principio se reducían al peróxido de hidrógeno, productor de las “güeras oxigenadas”, pero que pronto conquistó la rica gama de posibilidades cromáticas que en la actualidad disfrutan las damas.

Finalmente, los fabulosos *Beattles* insurgieron en nuestros días a polarizar con sus cabelleras abundantes o con sus pelucas una nueva e histórica consonancia con las mujeres artificialmente cabezonas de su tiempo. Pero la aceptación de su ejemplo entre la muchachada de todos los países entraña más que una simple moda pasajera. Proclama, con el síntoma antropológico más evidente, el triunfo de la juventud y la conciliación en el de los sexos, en una época gloriosa de la vida en que las cargas sociales de la madurez no los han todavía diferenciado.

Don Francisco de Quevedo y Villegas se mete con los calvos, con la saña y la gracia que suele en cuanto versifica y escarnece.

Sus retratos —con los grandes anteojos que recibieron nombre de su apellido— nos muestran a un Quevedo malicioso y burlón debajo de una abundante cabellera… ¿propia?, ¿postiza? Por contraste, miramos el de su fobia contemporánea —don Luis de Góngora y Argote— lucir con orgullosa dignidad su calva solemne. Muchas sátiras se lanzaron mutuamente (aunque abundan más las enderezadas a Lope por Góngora); pero las que Quevedo dirige a las calvas, no llevan una dedicatoria precisa.

Dos sonetos forjó Quevedo contra los calvos o a su propósito; en el primero retrata “a un calvo que no quiere encabellarse”:

Pelo fue aquí, en donde calavero;
calva no sólo limpia, sino hidalga;
háseme vuelto la cabeza nalga.
Antes gregüescos [calzones] pide, que sombrero.
Si cual Calvino soy fuera Lutero,
contra el fuego no hay cosa que me valga;
si vejiga o melón, que tanto salga
el mes de agosto puesta al resistero.
Quiérenme convertir a cabelleras
los que en Madrid se rascan pelo ajeno
repelando las otras calaveras.
Guedeja réquiem siempre la condeno.
Gasten caparazones sus molleras;

mi comezón resbale en calvatrueno.

En el segundo alude “a un calvo que se disimula con no ser cortés”:

Catalina, una vez que mi mollera
se arremangó, la sucedió ¿dirélo?
Sí, que no se la pudo cubrir pelo
si no se da en casquete o cabellera.
Desenvainado el casco reverbera,
casco parece ya de morteruelo
y por cubrirle, a descotés apelo
porque en sombrero perdurable muera.
Porque la clava oculta quede en salvo
aventuro la vida, que yo quiero
antes mil veces muerto que no calvo.
Yo no he de cabellar por mi dinero.
Y pues de la mollera soy cuatralbo,
sírvame de cabeza mi sombrero.

Pero su musa juguetea, se solaza y desborda más ampliamente al describir y clasificar en 15 redondillas que enlazan con una alegre letrilla final *(BAE* LXIX, 173 a y b) “varios linajes de calvas”:

Madres, las que tenéis hijas
así Dios os dé venturas,
que no se las deis a calvos,
sino a gente de pelusa.
Escarmentad en mí todas
que me casaron a zurdas
con un capó de cabeza
desbarbado hasta la nuca.
Antes que calvicasadas,
es mejor verlas difuntas,
que un lampiño de mollera
es una vejiga lucia.
Pues que si cincha la calva
con las melenas que anuda,
descubrirá con el viento
de trecho en trecho pechugas.
Hay calvas sacerdotales,
y de estas calvas hay muchas,
que en figura de coronas
vuelven los maridos curas.
Calvas jerónimas hay
como las sillas de rúa,
cerco delgado y redondo,

lo demás, plaza y tonsura.
Hay calvas asentaderas,
y habían los que las usan
de traerlas con gregüescos
por tapar cosa tan sucia.
Calvillas hay vergonzantes
como descalabraduras
pero yo llamo calvarios
a las montosas y agudas.
Hay calvatruenos también
donde está la barahúnda
de nudos y de lazadas,
de trenzas y de costuras.
Hay calvas de mapamundi
que con mil líneas se cruzan
con zonas y paralelos
de carretas que las surcan.
Hay aprendices de calvos
que el cabello se rebujan,
y por tapar el melón,
representan una furia.
Yo he visto una calva rasa
que dándole el sol, relumbra,
calavera de espejuelos,
vidriado de las tumbas.
Marido de pie de cruz
con una muchacha rubia
¿qué engendrará si se casa
sino un racimo de Judas?
En esto, huyendo de un calvo
entró una moza de Asturias
de las que dicen que olvidan
los cogotes en las cunas.
Y a voces desesperadas,
maldiciendo su ventura,
dijo de aquesta manera
cariharta y cejijunta:
Calvos van los hombres, madre; calvos van,
mas ellos cabellarán.
Cabéllense en buena hora,
pues como del brazo ha sido
siempre la manga el vestido,
hoy del casco, aunque sea ajena,
es bien lo sea la melena,
y que ande también galán.
Calvos van los hombres, madre; calvos van,
mas ellos cabellarán.

Cuando hubo españoles finos
menos dulces y más crudos,
eran los hombres lanudos,
hoy son como perros chinos.
Zamarro fue Montesinos,
el Cid, Bernardo y Roldán;
Calvos van los hombres, madre; calvos van,
mas ellos cabellarán.
Si a los hombres los queremos
para pelarlos acá
y pelados vienen ya
si no hay que pelar ¿qué haremos?
Antes morir que encalvemos;
alerta, hijas de Adán:
Calvos van los hombres, madre; calvos van.
Mas ellos cabellarán.

Gracias al bisoñé, ha acabado por facilitarse el cumplimiento de la pequeña profecía de Quevedo: ellos "cabellarán".

Alopecías y postizos femeninos no escaparon a la sátira de Quevedo. Las "cabelleras" o pelucas, y los tintes (entonces sólo negros, pero aplicados a las barbas también) le inspiran mordaces versificaciones. Describa una señora empelucada:

Tú juntas en tu frente y tu cogote
moño y mortaja sobre seso orate;
pues siendo ya viviente disparate,
untas la calavera del almodrote.

Hace hablar a una femenina cabellera que predica a las verdaderas pelambres:

Un moño, aunque es traslado
de alma y corazón sencillo,
a un copete original
de aquesta manera dijo:
Que mortal eres te acuerdo,
y que en los pasados siglos,
como tú me ves, me vi;
veráste como me he visto.
En las cartas calvatorias
me presentan por testigo,
y en martirio de rizados
soy confesor de postizos.
Si me dices no soy propio,
es verdad: pero distingo:
propio soy, como comprado;
ajeno, como vendido.

Aunque persona de pelo
parezco, no soy muy rico;
pues por no tener raíces,
son muebles los bienes míos.
De por vida eran un tiempo
viviendo en mi patrio nido,
pero ya son al quitar,
pues que me pongo y me quito.
En extranjera corona
forastero peregrino,
y aunque natural parezco,
sólo avecindado vivo.
Por la expulsión de los cuellos
perdónenme los moriscos;
hay abridores de moños
que tuvo paso su oficio.
Fénix soy de las molleras,
renaciendo de mí mismo,
que apenas en unas muero
cuando en otras resucito.
Y es de fe que si sonara
hoy la trompeta del Juicio,
dejaran los moños muertos
las calvas en cueros vivos.

Extrema su sadismo al describir los deterioros que afligen a una amada suya de antaño:

Lo que a una muerta sisaron
es la pompa de su sien;
sobras de la sepultura
le rizan el chapitel.
Bien haya el hoy, que me vengó de
[ayer…

Pinta “a la mujer de un abogado, abogada ella del demonio”:

El cabello como el don
por no decir que postizo,
negro dél, pues acompaña
dentro en Sevilla a Calvino.

O suelta esta línea-saeta: “De ajenas desnudeces te socorres”.
De la “Reformación de costumbres no importuna”.

Excluyo dientes postizos,

porque es notable desdicha
que traigan, como las calvas,
cabelleras las encías.

"En ocasión de una premática", una figura de guedejas (un hombre peludo) "se motila":

Haga en mí lo que las bubas
en otros cabellos hacen;
sea Dalila de mi cholla
y las bedijas me arranque.
El pelo, que se cayere,
si en las ropillas se ase,
déjele por cabellera
de la calva del estambre.
Tomó el espejo, y mirando
la melena de ambas partes,
y diciendo: haga su oficio,
dijo al pelo: ¡buen viaje!
La danza de la tijera
le dio una tunda notable
y con un cuarto sellado
le pagó, que se acatarre.
Salió vejiga con ojos,
a sí tan desemejante,
que sus mayores amigos
no le veían con mirarle.

A la "Reformación de costumbres" antes citada pertenecen estos consejos alusivos al "tinte":

Que los que están escribiendo
no los vea quien se tiña.
Porque en sus barbas no mojen
si les faltare la tinta.

He aquí otras alusiones al tinte:

Yo conozco caballero
que entinta el cabello en vano
y por no parecer cano
quiere parecer tintero;
y siendo nieve de enero
de mayo se hace alhelí,
y más no ha de salir de aquí…

De otra larga sátira, desprendemos esta redondilla:

Viejo verde, viejo verde,
más negro vas que la tinta,
pues a poder de borrones
la barba llevas escrita.

"Aunque el cabello sea tinta —escribe en otra parte—, es oro si te lo cuesta." Y concluyamos esta capilar exploración de Quevedo con este juego de imágenes:

…por ser bellos
llamé a los rizos minas de oro ardientes;
pero si fueran oro los cabellos,
calvo su casco fuera, y diligentes
mis dedos los pelaran por venderlos.

Y con esta línea del soneto que empieza:

Cornudo eres, fulano, hasta los codos.
Del hueso que te sirve de cabello…

Cerremos citas —y tema capilar tan prolongadamente trenzado— con este ingenuo epigrama, tan subquevediano, de Jacinto Polo de Medina:

A un calvo que se ataba el pelo:

Con trenzas de pelo atadas,
porque a calva se endereza,
llevas, Tristán, la cabeza,
o calabaza ensogada.
Loco te juzgué por ello;
y agora advertido, hallo
que eres muy cuerdo en atallo,
porque se te va el cabello.

EL MAÍZ, NUESTRA CARNE

CUANDO el dios Quetzalcóatl aplica su sagacidad a descubrir la ubicación de aquella montaña del sustento de que la hormiguita arriera trae a duras cuestas el grano del maíz, intenta acercarlo a los hombres reconstruidos por el dios, pero aún inéditos o afligidos de inedia; y el cerro, aun lanzado no se deja arrastrar; y finalmente, entre el rayo de Tonatiuh, el que nos da calor, y el agua de Tláloc, el que se tiende sobre la Tierra, germinan la semilla, el dios ha

hallado el alimento (que degustan y aprueban los dioses) con que los macehuales, los merecidos, podremos en lo sucesivo vivir: Tonacáyotl, nuestra carne, nuestro sustento.

Alimento proteico por excelencia. Si no porque contenga las proteínas que los científicos sólo atribuyen a los de origen animal (la carne, la leche) y llaman “proteínas” porque el organismo las aprovecha en muchas restituciones celulares, sí proteico por las mil formas en que el ingenio prehispánico se sirvió del maíz.

La rica herencia de aquella cultura ha llegado hasta nuestras mesas. Y apuntar algunas principales de las deliciosas maneras en que hoy seguimos alimentándonos con maíz, es el modesto objeto de este artículo.

Establezcamos las tres formas a que se puede reducir el empleo del maíz en la gastronomía: *1)* el elote, tierno *(xilotl)* o maduro; *2)* la masa *(textli:* de ahí *teztal*, la medida para tortear una *tlaxcalli* o tortilla), de que se hacen tortillas y tamales, y *3)* las bebidas cuya base es el maíz o la masa.

Muchos nombres nahuas relacionados con el uso del maíz perduran castellanizados en nuestro lenguaje: metate, metlepil, elote y jilote, teztal, comal, tenate, tamal, atole. Es grande lástima que se haya perdido el nombre original de la tortilla *(tlaxcalli)* en aras del castellano de tortilla que le fue impuesto, y que suele resultar tan anfibológico como lo demuestra el hecho de que al desembarcar en Veracruz los refugiados españoles de 1939, y leer el rótulo de un “sindicato de tortilleras”, les haya aquello parecido un exceso de sindicalismo.

El nombre de tortillas parecen haberlo combatido sin éxito, después de imponérselo, los propios españoles para acreditarles el inadecuado de “pan”. El *Vocabulario* de Molina traduce *tlaxcalli* por “pan generalmente”; *tlaxcalchiuhqui* por “panadero que lo hace”, y *tlaxcalchihualiztli* por el acto de amasar y hacer pan. Al importarse el trigo, nuestros antepasados le llamaron *castillan tlaxcalli*.

El primer ilustre Cronista de la Ciudad de México, dicho sea con perdón, don Francisco Cervantes de Salazar, maneja este concepto confusivo del pan con la tortilla cuando en el capítulo L del libro III de su *Crónica de Nueva España* habla “del sitio y nombre que en su gentilidad tenía Taxcala”: “Dicen los antiguos naturales de esta insigne ciudad que Taxcala tomó nombre de la provincia en que está edificada, por ser fértil y abundante de pan; y así, Tlaxcalan quiere decir ‘pan cocido’ o ‘casa de pan’”.

Sahagún compiló de sus informantes algunas de las formas en que los señores usaban del maíz en sus mesas:

Totonqui tlaxcalli tlacuelpacholli (tortillas calientes —totonqui— blancas y dobladas).

Huey tlaxcalli (huey, grande; grandes, muy anchas y delgadas).

Quauhtlacualli (gruesas y ásperas: nuestras “gordas”).

Tlaxcalpacholli (unas blancas, otras pardillas).

Tlaxcalmimilli (memelas).

Tlacepoalli tlaxcali (hojaldradas).

Tamalli (envueltos en hojas de maíz).

Xámitl (de elote molido y endulzado).

El padre se explaya en la descripción de los variadísimos, decorados tamales. Los había sin carne —*tlaulpauaxtli*—; con carne —*nacatlauchiua*—; empanada grande de carne —*nacaquimilli (nácatl,* carne; *quimilli,* envoltorio. Todavía solemos decir *quimil* por

pequeño bulto).

Se explaya también en describir los atoles: *totonqui atolli* (caliente); *necuatolli,* con miel; *chilatolli,* con chile; *chilnecuatolli,* con chile y miel; *iztacatolli,* blanco; *yauhatolli,* negro. Y las bebidas, que podemos reconocer por el sufijo *atl,* agua, en el *izquiatl,* de maíz tostado con esquite; *pozoatl,* de maíz cocido; *yolatl (yólotl,* corazón) de maíz crudo, buena bebida para los desmayos, y *xocoatl* o *cacao-cacauatl,* bebida de maíz con cacao como en nuestro champurrado. Con la voz chocolate *(xocoatl,* agua del fruto), la lengua náhuatl invadió a todas las del mundo.

Todas estas formas de consumo del maíz han perdurado en México, sin interrupción; antes enriquecidas por nuevos aportes culinarios, a lo largo de los siglos. Veámoslas hoy brevemente, comenzando, como es propio, por la tortilla.

Es nuestra comestible cuchara y el seguro tenedor para el cuchillo de nuestros dientes. Cortada en cuatro perfectos triángulos de cateto curvo, ¡qué perfectamente se pliegan a la presión de nuestros dedos a forrar, capturar y enriquecer el sabor del bocado de carne, o el chicharrón guisado, o los frijoles, o el arroz, y el último triángulo recoge hasta el último vestigio de salsa, y desaparece dentro de nuestro deleite!

Pero si no podemos o no queremos sentarnos a la mesa, e ir cogiendo del tenate las calientes arropadas en servilleta bordada, entonces, a echar taco: sencillo o doble, *overlapping* hasta la magnitud de una flauta. Lo embutimos de lo que haya: guacamole o carnitas, o chicharrón o barbacoa, o frijoles, o ultimadamente de pura salsa, o ya de perdis, hasta de la pura sal. Los popolocas nos han imitado los tacos con sus crepas, pero ni dónde. Enrollada, liada como un cigarro, sobre la palma de la servicial mano izquierda, la tortilla aguarda la generosidad de la derecha y se enrosca para entregarse a ella, que la llevará hasta la ávida boca a morir a trozos de que aún escurre salsa para chuparse los dedos. (“Que el pipián es célebre comida —que el sabor dél, os comeréis las manos.”)

(El taco y el taqueo incitan ciertamente al exceso. Conocida es la anécdota del ranchero que advirtió a su compadre que la próxima vez fuera a comer con él: pero a echar taco, a casa de su abuela.)

Pero fuera del taco, las demás encarnaciones de la tortilla se puede y se debe saborearlas a la mesa. Son las enchiladas, verdes o coloradas; con o sin crema, queso, cebolla; rellenas o no de pollo. Son la restitución del taco vagabundo a la mesa civilizada; la vuelta del hijo pródigo ya crecido, experimentado, sofisticado.

¿Y las quesadillas? De papa, de queso, de flor de calabaza, de sesos, siempre con su rajita de chile. Son en realidad las tortillas dobladas *(tlacuelpacholli)* de que hablaba Sahagún; pero gustosamente preñadas. Son como un sobre lleno de buenas noticias. Una *omelette* bien hecha, *baveuse* adentro, rellena de lo que sea y soldada en los bordes y doradita afuera, no es más que una quesadilla de lujo. Con grandes ventajas de manipulación y mordisco en favor de la quesadilla, por supuesto.

La tortilla reaparece: es la tostada, que puede untarse de frijoles, montar sobre ellos pollo deshebrado, aguacate, un chipotle acaso, o salsa de jitomate, un rocío de cebolla picada o de queso añejo… O es simplemente el *totopoxtle;* o cortamos la tortilla en rombos que freímos como *croutons* para ciertas sopas mexicanas como el caldo de queso sonorense, o el de frijol negro.

O las tortillas que quedaron de la víspera; cortadas y bañadas en salsas pertinentes, y espolvoreadas con queso, ¡qué chilaquiles para cuando más se apetecen!

Pero el ingenio mexicano no tiene límite frente al maíz, frente a la masa, frente a nuestra carne y sustento. Ahí están los peneques, gordos de papa y queso, náufragos en salsa de jitomate; ahí las chalupas, chorreantes de salsa verde; ahí las garnachas, pellizcadas o no, con los rubíes quemados del chorizo desmoronado sobre un lecho de frijol molido, con unas frescas briznas de lechuga…

Las señoras de nuestros días, dueñas ya de estufas con horno y de loza refractaria, acuden a las tortillas para sus “budines”, en que las entreveran con salsa, rajas, queso, pollo, y los gratinan. No se avergüenzan de hacerlos servir —por la izquierda, Chencha, ya te lo he dicho —, a sus invitados más exigentes, ni de instalarlos a las mesas de sus buffets.

Y llegamos a los tamales: los clásicos que son, como todo en la vida, de chile, de dulce y de manteca. La masa sabiamente batida hasta la espuma; untada apenas en las hojas remojadas; dotado cada tamal de lo que lleve —cerdo, pollo, pasas, almendras— y entregados en el bote a una lenta cocción al vapor.

O los de hoja de plátano, costeños o oaxaqueños; o los michoacanos en rombos con la hoja verde del maíz. O los de cazuela, de que hay mil variedades, desde la nalgagorda de Zacatecas; y en Yucatán, los pibiles y mucbipollos, en que el maíz sagrado prepondera. Y allá hacen también los huevos motuleños, fritos dentro de la epidermis de una tortilla aderezada con frijol y escabeche.

Pero también se comen, cocidos o asados, los elotes, directamente: con sal y su polvito de chile colorado; o si usted quiere, reblandecidos con mantequilla.

Y el maíz seco, molido, sazonado con piloncillo, nos da el pinole. Y los granos del *cacahuazintli*, descabezados para mayor refinamiento, ingresan en los pozoles de toda la República: de pancita en el norte, de cerdo o pollo o ambos en Jalisco.

Finalmente, bebemos el maíz: en atoles blancos, o champurrados o —como también pueden hacerse tamales— de fresa; o en chilatole, como en los tiempos de Sahagún. Y en sende o tzendecho, que es bebida de maíz fermentado; y en tlazcalate oaxaqueño *(tlaxcalatl);* y en tesgüino, que emborracha sacramentalmente a los tarahumaras.

La maicena con que los cocineros tramposos o las señoras ahorrativas espesan rápidamente sus salsas (en vez de gastar en yemas de huevo), es un producto del maíz, como la miel que suele emplearse en repostería. Y los *corn flakes* que desayunan los norteamericanos, son simples totopos mínimos y delgadísimos. Y la polenta que sirven en Sudamérica, que es borona en Europa, son también maíz.

Del elote, pues, todo sirve: se come el grano, se aprovecha el forro para hacer tamales. Y desde que hay tortillerías y masa controladas, sospechamos, por la dureza de las tortillas, que también nos estamos comiendo los olotes disimuladamente molidos y mezclados en la masa. Es una simple suposición. No acuso a nadie; pero si usted quiere comer buenas tortillas, hágalas en casa, desde cocer el nixtamal.

Del elote sirven hasta los cabellitos. No hay mejor diurético que el agua en que se hiervan. Los científicos han investigado las propiedades nutritivas del maíz y encontrado que contiene inositol, que es una vitamina b del complejo B; y que combate el colesterol, y desazolva las arterias. Aislado el inositol, han hecho pruebas con animales. Privados de esa sustancia,

pierden el pelo; pero lo recuperan al volver a ingerirla.

Si ello es así, se explican muchas características plausibles de un pueblo, como el nuestro, alimentado desde sus orígenes con maíz. Entre los indígenas, por una parte, no suelen registrarse infartos ni trombosis causados por la acumulación del colesterol en las arterias. Por otra parte, no hay calvos entre los indígenas. Y por una tercera, ellos lucen y conservan hasta su extrema vejez, completa, firme y brillante, una herramienta dental para cuya limpieza no hay como la tortilla quemada y molida.

HUEVOS FAMOSOS

YA ESTÁ Baltasar de Alcázar en la vejez. Y versifica la rutina monótona, frugal de su día; ya incapaz de embaularse toda la opípara cena que antes nos describió goloso. Ahora… “Salido el sol por oriente, de rayos acompañado, me dan un huevo pasado por agua, tibio y caliente, con dos tragos del que suelo llamar yo néctar divino, y a quien otros llaman vino porque nos vino del cielo.” Avanza un día aburrido… “Y yo de nuevo les pido que me den néctar y huevo.”

Se ha tomado pues dos, que es la cuota normal. Con resignado deleite y sin miedo. Porque todavía en sus felices tiempos, los médicos no inventan el colesterol, ni asustan a los viejos con anunciarles que los huevos son caudalosos contribuyentes al enzolve de sus arterias.

Leía yo en un periódico que los mexicanos, tomados en globo, que es como nos consideran los estadísticos, apenas consumimos en promedio la tercera parte de un huevo al día, cuando deberíamos comernos dos enteros cada uno, y cuando están a nuestra disposición, gracias a una política avícola que ha puesto a trabajar a las gallinas en granjas bien plantadas. Con el progreso de esa industria, se ha alcanzado tal producción, y el precio autorizado es el de 10 pesos el kilo. Sin embargo, los avicultores han tenido que sacrificarse y exportar a mitad de precio los huevos que les rechazamos. Uno (ignorante de la economía) diría que si los dieran al precio a que los exportan, a lo mejor se los comprábamos. Abstengámonos de intrusiones técnicas. Lo que parece claro es que su precio actual está por encima de la capacidad ovífaga de una población que no come tortillas de huevo, sino apenas de maíz.

Mucho se ha escrito sobre los huevos, cuyo origen es tan remoto y oscuro, que aún prevalece la duda de si antecedieron o siguieron a la gallina. Ovíparas o vivíparas, las criaturas de la naturaleza han sido siempre ávidamente devoradas por el hombre omnívoro sin discriminación de su origen. Pero este insaciable tragón, no conforme con la carne cumplida de unas y otras, se ha comido, impaciente, sus huevos. Prefiere los de las aves; pero no ha desdeñado los de las tortugas, los cocodrilos, el esturión (el elegante caviar) y aun los de mosco, como nuestros antepasados locales. El huevo como símbolo de una nueva vida se asocia a antiguos ritos que culminan con su empleo festivo durante la Pascua de Resurrección. Ha decaído en México, pero fue popular la costumbre de romperse mutuamente huevos pintados de Pascua, rellenos de confetti o perfume, antes de invadirnos la norteamericana de los de chocolate y de los conejos de dulce, símbolos igualmente de la fecundidad que en esas fechas se celebra.

Los huevos preferidos como alimento son los de gallina; género avícola que se supone originado en las selvas de la India durante los tiempos prehistóricos, y rápidamente propagado. Mil cuatrocientos años antes de Cristo, ya los chinos comían pollo; y los romanos encontraron bien establecida la industria avícola en Bretaña, Galia, Germania, al llegar con sus huestes llenas de gallos agoreros. A nuestro hemisferio, sin embargo, los huevos no llegaron sino con el segundo viaje —1493— del almirante de quien es popular la anécdota de que se valiera de un huevo para demostrar cierta sencillez que parecía complicada; pues las aves comestibles de los nahuas —patos, guajolotes— fueron reconocidas por los cronistas como "gallinas de tierra" a causa de su aire de familia, aunque diferentes de las que ellos trajeron y nosotros aplicamos, con sus huevos, a mil delicias culinarias: desde los de faltriquera como postre, hasta los rancheros para la cruda, o los motuleños, que desposan la tortilla, los frijoles, el escabeche, y el huevo expertamente frito dentro de la epidermis de la tortilla.

Nuestro problema ahora, según las noticias que me lanzaron a esta meditación ovóloga y superficial, es el de una sobreproducción de un alimento proteico y conveniente. En otras épocas, y para un pueblo tan comehuevos como el español (en tortilla con patatas y cebolla, fría para el almuerzo campesino) ha sido su escasez, sobre todo durante la cuaresma. Las autoridades intervenían para mantenerlos asequibles al pueblo. Don Gaspar Melchor de Jovellanos (sí, el escritor) hizo el 28 de febrero de 1780 una curiosa "Consulta al Consejo sobre el abasto de huevos en Madrid" *(BAEE*, L, 436) en que reconocía "que el abasto de huevos es uno de los más generales y precisos, especialmente en el presente tiempo de cuaresma; y que los que presiden este ramo de policía deben velar cuidadosamente sobre que este género y los demás abunden en la plaza menor", para que no se pongan las botas, como ahora se dice, o como él frasea "para evitar las frecuentes transgresiones a que inclina la codicia de los arrieros, regatones y atravesadores". Un "control de precios" del siglo XVIII, que, por lo visto, sigue siendo necesario aplicar en el XX y al mismo ovalado fruto del árbol gallináceo.

ALGUNOS ASPECTOS DEL SEXO ENTRE LOS NAHUAS

AUN cuando nuestros ilustres antepasados los nahuas practicaban la poligamia, el envidiable privilegio de mudar a placer de compañera de petate estaba reservado a las clases dirigentes. Eran los *pipiltin* o nobles quienes, a ejemplo del *tlatoani*, disponían de un surtido conveniente de milpas femeninas en que depositar la fina semilla de su descendencia. La cosecha de selectos guerreros, sacerdotes y candidatos legítimos al trono, resultaba así tan abundante como asegurada, a pesar de que alguna que otra señora —como la primera de Acamapichtli, llamada Ilacuéitl o "falda vieja"— fuera estéril.

No todos, sin embargo, podían darse ese lujo. Pero para los menos afortunados, y para los jóvenes solteros que partían a la guerra, estaba inteligentemente prevista la refacción ocasional que supliría a la esposa única o a la que aún no se hubiera contraído. Al noble

servicio de los muchachos y de los señores de una sola esposa, se destinaban chicas cuyo nombre dimana de su función: *ahuianime* —las alegradoras—, del verbo *ahuia,* alegrar, más el sufijo *ni* —el que hace la cosa— y el plural *me.*

El benemérito Sahagún rescató de sus enterados informantes indígenas la descripción pormenorizada de esas muchachas, cuyo nombre en el castellano a que lo trasladó el padre, suena a nuestros castos oídos modernos más violento que el de "alegradora". En el libro X de su *Historia general de las cosas de Nueva España,* consagra el capítulo XV a hablar "de muchas maneras de malas mujeres". No pone muchas, en realidad; sólo cuatro: "de las mujeres públicas", "mujer adúltera", "de la hermafrodita'' y "alcahueta".

En el primero de estos cuatro apartados es donde el venerable padre transcribe a la sonora palabra castellana de cuatro letras la dulce denominación náhuatl de la *ahuianime:*

> 1. La puta es mujer pública y tiene lo siguiente: que anda vendiendo su cuerpo, comienza desde moza y no lo deja siendo vieja, y anda como borracha y perdida, y es mujer galana y pulida, y con esto muy desvergonzada; y a cualquier hombre le da y le vende su cuerpo, por ser muy lujuriosa, sucia y sin vergüenza, habladora y muy viciosa en el acto carnal; púlese mucho y es tan curiosa en ataviarse que parece una rosa después de bien compuesta, y para aderezarse muy bien primero se mira en el espejo, báñase, lávase muy bien y refréscase para más agradar; suélese también untar con ungüento amarillo de la tierra que llaman *axin,* para tener buen rostro y luciente, y a las veces se pone colores y afeites en el rostro, por ser perdida y mundana.
>
> 2. Tiene también de costumbre teñir los dientes con grana, y soltar los cabellos para más hermosura, y a las veces tener la mitad sueltos, y la otra mitad sobre la oreja o sobre el hombro, y trenzarse los cabellos y venir a poner las puntas sobre la mollera, como cornezuelos, y después andarse pavoneando, como mala mujer, desvergonzada, disoluta e infame.
>
> 3. Tiene también costumbre de sahumarse con algunos sahumerios olorosos, y andar mascando el *tzicli* para limpiar los dientes, lo cual tiene por gala, y al tiempo de mascar suenan las dentelladas como castañetas. Es andadora, o andariega, callejera y placera, ándase paseando, buscando vicios, anda riéndose, nunca para y es de corazón desasosegado.
>
> 4. Y por los deleites en que anda de continuo sigue el camino de las bestias, júntase con unos y con otros; tiene también de costumbre llamar, haciendo señas con la cara, hacer del ojo a los hombres, hablar guiñando el ojo, llamar con la mano, vuelve el ojo arqueando, andarse riendo para todos, escoger al que mejor le place, y querer que la codicien, engaña a los mozos, o mancebos, y querer que le paguen bien, y andar alcahueteando las otras para otros y andar vendiendo otras mujeres.

Si hoy tratáramos de esbozar una imagen comparativa de las descendientes contemporáneas de aquellas señoritas, encontraríamos que conservan —pero comparten con las "decentes"— las costumbres de aseo minucioso y llamativo maquillaje de sus antecesoras; que sus peinados son igualmente complejos y ostentosos, así como su pavoneo; que el sahumerio oloroso lo practican ahora con *spray;* y que el *tzicli* que aquéllas masticaban y tronaban, no es ahora su característica. Desde que nuestros buenos vecinos los norteamericanos industrializaron la goma de mascar (que proviene como tantas otras aportaciones indígenas a la cultura occidental, de México), el chicle que conserva, aunque deformado, su nombre náhuatl, se ofrece endulzado y de sabores a las inclinaciones rumiantes de toda clase de mujeres. Y aun cuando entre los nahuas era mal visto y censurado que los hombres lo masticaran, la propaganda comercial del producto industrializado ha acabado por extender sin sanción su empleo ocasional o consuetudinario también a los hombres, que hoy no son tachados de afeminados por emplearlo, como lo fueron los "sométicos" a quienes también nos describe el padre Sahagún en el apartado 5 del capítulo XI del libro X que venimos glosando:

> El somético paciente es abominable, nefando y detestable, digno de que hagan burla y se rían las gentes, y el hedor y fealdad de su pecado no se puede sufrir, por el asco que da a los hombres; en todo se muestra mujeril o afeminado, en el andar o en el hablar, por todo lo cual merece ser quemado.

El somético tenía su equivalencia femenina en la hermafrodita, a quien así describe Sahagún:

> La mujer que tiene dos sexos, o la que tiene natura de hombre y natura de mujer, la cual se llama hermafrodita, es mujer monstruosa, la cual tiene supinos, y tiene muchas amigas y criadas, y tiene gentil cuerpo como hombre; usa de entrambas naturas; suele ser enemiga de los hombres porque usa del sexo masculino.

Por el mundo del sexo discurría la mujer que entre los nahuas practicaba el oficio que con ligeras variantes se ha ennoblecido en nuestro tiempo hasta merecer la calificación de ejercicio de las “relaciones públicas”, y que Fernando de Rojas inmortalizó con su *Celestina:* era la alcahueta, descrita así:

> La alcahueta, cuando usa alcahuetería, es como un diablo y trae forma de él, y es como ojo y oreja del diablo, al fin es como mensajera suya. Esta tal mujer suele pervertir el corazón de otras y las atrae a su voluntad, a lo que ella quiere; muy retórica en cuanto habla, usando de unas palabras sabrosas para engañar, con las cuales como unas rosas anda convidando a las mujeres, y así trae con sus palabras dulces a los hombres abobados y embelesados.

Sin que por ello podamos inducir que ésta fuera la regla general de las preferencias de nuestros antepasados, hay varios ejemplos ilustres que señalan su inclinación por las gordas. El gran Huémac hacía sus pedidos de concubinas con toda precisión; ordenaba que sus funcionarios de relaciones públicas salieran a buscarlas de caderas no inferiores en latitud a cuatro cuartas. Y el rey Moquíhuix, último rey autónomo de Tlatelolco, desdeñaba por flaca a su noble esposa, hermana de Axayácatl, y se solazaba con su colección de robustas concubinas que durante su guerra con los mexicas soltó desnudas a enfrentarse al ejército azteca, cuyo rostro bañaban con chisguetes de sus ubres aquellas amazonas a pie.

Pero si ya desde entonces los mexicanos las preferían gordas, las señoras nahuas sucumbían por su parte a la convocación de los atractivos masculinos al descubrir su magnitud por ausencia eventual del *maxtli* o taparrabo. La historia de Tohuenyo así lo demuestra. El travieso dios Titlacahuan decidió un día tentar a la hija del rey Huémac, que “estaba muy buena” según literalmente lo dice el poema que trataré de condensar prosificado, con una expresión que, relativa a la calificación de las mujeres, seguimos empleando en México.

Muchos príncipes habían solicitado la mano de la princesa; “pero a ninguno hacía concesión Huémac, a ninguno le daba su hija”. El travieso dios “se transformó, tomó rostro y figura de Tohuenyo, andando nomás desnudo, colgándole la cosa, se puso a vender chile, fue a instalarse en el mercado, delante del palacio”.

La hija de Huémac miró hacia el mercado y fue viendo al Tohuenyo: “está con la cosa colgando. Tan pronto como lo vio inmediatamente se metió al palacio. Por esto enfermó entonces la hija de Huémac, se puso en tensión, entró en calentura, como sintiéndose pobre del pájaro de Tohuenyo”.

Al averiguar la causa de la enfermedad de su hija, el buen padre hizo buscar al Tohuenyo

como quien acude a una medicina heroica. En cuanto la princesa cumplió su capricho, se alivió. Casó con el Tohuenyo. Los nobles vieron mal un matrimonio tan disparejo; y el rey, para deshacerse del vendedor de chile, lo envió a una guerra de la que estaba seguro de que no volvería. Sin embargo, como en realidad era un dios, regresó victorioso, fue acatado por la nobleza como un héroe dotado de virtudes adicionales a la directamente curativa que había ejercido con la princesa, y todos vivieron felices desde entonces. La moraleja de este episodio sigue siendo aplicable y útil en nuestros días. Podríamos resumirla en este aforismo: el que no enseña, no vende.

En el Códice Florentino, folio 99 r. y v. existe un pequeño poema que nos demuestra la perduración del impulso de la libido en las mujeres nahuas hasta la edad más avanzada, y expone con elocuencia poética las razones de esta perduración:

En tiempos del señor Nezahualcóyotl
fueron apresadas dos ancianas
de cabello encanecido
blanco como la nieve,
yerto como la fibra seca del maguey.
Fueron encerradas
porque se las aprehendió
cuando iban a cometer adulterio:
ya que sus respectivos maridos
eran también muy viejos
iban ellas a tener trato carnal
con unos estudiantillos, con unos jovencillos.
El señor Nezahualcóyotl
les preguntó, les dijo:
"Señoras nuestras,
¿qué es lo que se oye?
¿Qué es lo que me haréis saber?
¿Acaso todavía
deseáis las cosas de la carne?
¿No estáis ya satisfechas,
estando ya como estáis?
¿Cómo vivíais
cuando erais aún jóvenes?
Decídmelo, declarádmelo
que para esto estáis aquí".
Le respondieron:
"Señor, rey, señor nuestro,
recibe, escucha:
Vosotros los hombres ya viejos,
vosotros sentís desgana de la carne,
porque os abandonó ya la potencia,
os gastasteis todo de prisa
y ya no os queda nada.
Pero nosotras las mujeres

no nos cansamos de esto
porque hay en nosotras
como una cueva, un barranco.
Sólo espera
lo que habréis de echarle
porque su oficio es recibir".

¿Y quién se atrevería ahora a negarles razón a estas nuestras dulces y ardientes abuelitas?

DEL TACO AL SÁNDWICH

CON ESTACIÓN EN LA TORTA COMPUESTA

BUSQUEMOS, ante todo, la etimología del taco. Lo más aproximado como sustantivo que nos ofrece el vocabulario de Molina es *tácol,* el hombro. *Tacolchimal,* el hueso de la espalda (puesto que *chimalli,* como sabemos, es escudo); *tacolnacayo,* pulpejo del brazo (clavo: *nácatl* es carne); *tacolpan,* en los hombros *(pan,* encima de); *tacoltzonyo,* los pelos encima de los hombros *(tzontli,* pelo).

Pero hay también *tacayo,* el caño de la vejiga. ¿El miembro, pues? *Ayotl* es agua. La radical de este compuesto sería así tácol-el hombro del agua; puesto que el hermosamente metafórico nombre del miembro viril es *tototl tepulli*-pájaro verga; y que también se dispone de *tepulacayotl* para designar a ese apéndice, con alusión *(ayotl)* al agua que por él se expulsa; y que para el humor o simiente de varón, usamos *tepulayotl,* jugo de hombre.

Tecaliui, estar desollado, o rozado, de algún golpe que me di. Ya vamos acercándonos, *tacapiliui,* tener señales de ataduras de cordeles en los brazos, o en otra parte. *Tacaxpolhuia,* allanar o henchir de tierra la hoya del árbol de alguno, o cosa semejante; *tacaxpoloa,* henchir de tierra el hoyo que tiene al pie el árbol. *Tacaxxotia,* excavar árboles.

Conjuguemos estos elementos y tendremos, con las señales de ataduras, una especie de verga *(tacayo)* que ha sido henchida *(polhuia, poloa),* no necesariamente de tierra.

Tendremos el taco, en su más simbólica etimología mexicana.

El Diccionario de la Real Academia, por supuesto, no da ésta entre las 17 acepciones del "taco". La décima que pone es: "bocado o comida muy ligera que se toma fuera de las horas de comer", pero deriva todas las demás del verbo "atacar", y habla de un "pedazo de madera, metal u otra materia que se encaja en algún hueco". Y bien sabemos que a diferencia de los canelones, nuestro taco no procede de que encajemos en un hueco inexistente su final contenido. A lo que la definición académica nos conducirá en aquella décima acepción, es al "echar taco" de nuestra familiar expresión mexicana.

Hecha esta superficial exploración por los orígenes etimológicos, claramente prehispánicos, del taco, abordemos su evolución desde antes del trigo hasta el pan rebanado.

La inteligente costumbre náhuatl de izar de la cazuela a la boca la porción que se va a

comer de una vez, después de envolverla en la también comestible cuchara de tortilla que será el acompañamiento farináceo que los occidentales encuentran en el pan engullido aparte; aquella inteligente costumbre es el glorioso antecedente de las combinaciones de música y acompañamiento simultáneamente disfrutados, que se descubrirían en el taco: se mestizarían en la seráfica torta compuesta, y degenerarían hasta la perfección geométrica, insípida del sándwich.

Claro es que la tortilla puede comerse a trozos independientes, como el pan; y que hay quienes la enrollen para fumársela como un puro mientras cucharean su sopa. Pero en trozos, la tortilla permite una maniobra que la etiqueta censura que uno ejecute con el pan: limpiar el plato, o la cazuela, haciendo "patitos" con el pan. La etiqueta, por su fortuna, no inhibe a los indios.

En el callejón del Espíritu Santo —hoy Motolinía— funcionó un establecimiento muy frecuentado a principios del siglo por los estudiantes: la tortería de Armando. Su juvenil asiduo don Artemio de Valle-Arizpe ha arrobada, evocadora, nostálgicamente descrito las creaciones de este precursor de las muchas torterías que después se han abierto en la ciudad a afrontar la creciente demanda de la creciente población de transeúntes que hacen un alto a despacharse un par de tortas, ya no sólo de pavo (humedecida la telera con el consomé, y si acaso con un chilito en vinagre, que con eso bastaba), sino ahora de lomo con rajas, de queso de puerco, de milanesa, de huevo, de chorizo, de bacalao; o simplemente de jamón o queso, o "sincronizadas".

Pero oigamos a don Artemio inmortalizar las hazañas quirúrgico-gastronómico-torteriles de Armando:

> Era un placer grande el comer estas tortas magníficas, pero el gusto comenzaba desde ver a Armando prepararlas con habilidosa velocidad. Partía a lo largo un pan francés —telera, le decimos—, y a las dos partes les quitaba la miga; clavaba los dedos en el extremo de una de las tapas y con rapidez los movía, encogidos, a todo lo largo, y la miga se le iba subiendo sobre las dobladas falanges hasta que salía toda ella por la otra punta. Luego ejecutaba la misma operación en el segundo trozo; después, en la parte principal, extendía un lecho de fresca lechuga, picada menudamente; en seguida ponía rebanadas de lomo, o de queso de puerco, según lo pidiera el consumidor, o de jamón, o sardinas, o bien de milanesa o de pollo, y sólo con estas dos últimas especies hacía un menudo picadillo con un tranchete filosísimo con el que parecía que se iba a llevar los dedos de la mano, con la punta de los cuales iba empujando a toda prisa bajo el filo los trozos de carne, en tanto que con la otra movía el cuchillo para desmenuzarla, con una velocidad increíble.
>
> Con ese mismo cuchillo le sacaba tajadas a un aguacate, todas ellas del mismo grueso. Para esto se ponía la fruta en el hueco de la mano y con decisión le metía el cuchillo por una punta y al llegar al lado contrario lo inclinaba, con lo que el untuoso pedazo quedábase detenido en la ancha hoja, y luego hacía el movimiento contrario sobre el pan y las iba tendiendo sobre él con una inigualada maestría, hasta no cubrir las porciones de pollo, milanesa o lo que fuere, y en seguida las tapaba con rajas de queso fresco de vaca, en el que andaba el tal cuchillo con un movimiento increíble de tan acelerado, que casi se perdía de vista. Esparcía pedacillos o bien de longaniza, o bien de oloroso chorizo, y entre ellos, distribuía otros trocitos de chile chipotle; mojaba la tapa en el picante caldo en el cual se habían encurtido esos chiles y con un solo embarrón la dejaba bien untada con frijoles refritos y la ponía encima de aquel enciclopédico y estupendo promontorio, al que antes le esparció un menudo espolvoreo de sal; como final del manipuleo le daba un apretón para amalgamar sus variados componentes, y con una larga sonrisa ofrecía la torta al cliente, quien empezaba por comer todo lo que rebasó de sus bordes al ser comprimida por aquella mano eficiente.

Las tortas —tortugas pacientes o resignadas a morir a mordiscos— surgen envueltas en servilleta de papel de los cajones del escritorio, a apaciguar el hambre de las 11 de las secretarias que no tuvieron tiempo más que de apurar un jugo de naranja antes de correr al

autobús. Llena, por poco tiempo, las canastas que los gordos torteros pasean como una tentación cerca de las fábricas a la hora del *lunch;* integran la provisión del día de campo, del domingo en Chapultepec. Su ininterrumpida demanda instala pequeños núcleos renovados de consumidores en esquinas como el 16 de Septiembre y San Juan de Letrán, afuera de la cantina de Los Tranvías; como en la primera de Donceles, o en la esquina de Tacuba y Xicoténcatl. Hay, sin embargo, torterías en que los parroquianos pueden, sentados con alguna comodidad, saborear un caldito de pollo servido en taza desportillada, con su culantro y su chilito serrano picado, antes del par de tortas de pavo. La más acreditada proclama su realeza: El Rey del Pavo, en la calle de la Palma, calle tantos siglos asiento de fondas hasta que el lamentable progreso urbanístico y comercial empezó a desterrarlas; triste sino que también amenaza ya al Rey del Pavo.

Por algún tiempo, los nocherniegos dieron en mordisquear "pepitos". Su diferencia con las tortas estriba en que en los pepitos no es una telera, sino un bolillo, lo que encuaderna a un filete de razonable magnitud.

Los sándwiches habitan —Chamizal de la gastronomía modesta— el territorio de los cafés de tipo norteamericano. El tostado cuando así lo ordenan, no alcanza a conferirles la crujiente corteza de las teleras. Sin tostar, la fofa esponja en que se instalan no resiste otro aderezo que la margarina derretida y una unción de mostaza.

En vano es que los sirvan al centro de un pálido plato, custodiados por la rebanada de jitomate y por la hoja de lechuga romanita en que aglutinados por seudomayonesa, se adivinan trocitos de papa, de zanahoria, chícharos. En vano es que les añadan pisos hasta el club sándwich de tres; que los banderillen con aceitunas duras en cada uno de los cuatro triángulos isósceles en que los hienden para comodidad de manipulación. Las tortas compuestas se siguen riendo con sus dos fauces; a mandíbula batiente; sacándoles la lengua a los sándwiches.

Y, claro, hay los *hot-dogs*. Pero no mancharé estas páginas con más que tomar nota de su inconcebible existencia.

DEL GÉNERO EPISTOLAR Y SU LAMENTABLE DECADENCIA

EL IMPULSO que nos mueve a escribir una carta traduce el deseo de comunicarnos con aquella persona a quien la distancia aparta de nuestra posibilidad de entablar con ella un diálogo directo.

Este impulso presupone, naturalmente, una afinidad esencial, que ya se manifiesta en el hecho de la amistad cuyos vínculos mantienen, a distancia, los corresponsales. Pero el que se comunica por carta con su amigo, disfruta las ventajas del monólogo y elude aquellas interrupciones que fragmentan la conversación ordinaria; evita los esguinces y desviaciones a que en esta orilla constantemente el diálogo alterno, y se libra de las inhibiciones que pueden asestar a uno o a otro de los interlocutores, el "subtexto" o lenguaje mudo y elocuente del ademán o de la mirada. El que escribe una carta puede, sin ninguno de esos riesgos, volcarse, explayarse sin límites en esa confesión, en esa confidencia, en esa mutua prueba de confianza.

Y al hacerlo, va trazando su más sincero autorretrato. Sincero aun en el caso en que cuide

esmeradamente de no expresar ni más ni menos de lo que se ha propuesto decir a su amigo; sincero aun cuando intuya que alguna vez, esas cartas van a ser (más perdurables que las palabras, que el viento se lleva) conocidas por personas a quienes no se destinaron originalmente.

Desde cierto punto de vista, podría estimarse que todo escrito, que toda la literatura, equivale a cartas que los autores han dirigido (botellas lanzadas al mar) a sus prójimos, con quienes no podían comunicarse de otra manera; pero cuya amistad anhelan; y a quienes quieren, buscan hacer partícipes de sus meditaciones, experiencias o doctrinas.

Desde un ángulo menos amplio, las cartas integran en la literatura la rama que se ha dado en llamar “epistolar”. Constituyen así un género aparte de los otros, que han cultivado —lateral e inevitablemente— todos los poetas y todos los prosistas; y los filósofos, y los pintores, y los músicos.

Así considerado, el “género epistolar” puede razonablemente jactarse de una antigua y noble prosapia. Y como ocurre siempre, la etimología acude inmediatamente en nuestro auxilio para revelar, en el nombre mismo de la cosa, su esencia permanente.

Epístola nos suena como “epistemología”; y de las brumas de nuestras “raíces griegas y latinas”, rescatamos la dudosa memoria de que “epísteme” quiere decir conocimiento. Ello ya nos indica que una epístola aspira a hacernos conocer a su autor, o a comunicarnos lo que su autor quiere que sepamos. Si lanzamos nuestros recuerdos escolares por rumbos de la epistemología, desempolvamos la persuasión de que el siglo XIX empleó ese término como sinónimo de “teoría del conocimiento”, y que la filosofía occidental retrae su contenido hasta Platón y Aristóteles. Y aunque tradicionalmente, los problemas pertinentes a la epistemología se han contrastado, por una parte, con la metafísica (que estudia la naturaleza de la realidad), y por la otra, con la lógica, que estipula las formas de la argumentación válida, o que es (o lo era en los labios positivistas de nuestro maistro don Samuel García) el “arte científico de adquirir el conocimiento verdadero”.

Epistemología y epístola son pues, siquiera eufónicamente, parientes próximos. Y más libre y feliz la epístola que la epistemología. En rígida serie, los filósofos —Descartes, Locke, Kant— fueron atiborrando a la epistemología con los sobrantes que arrancaban a la metafísica para entregarlos a las ciencias naturales. La epístola, pariente pobre y libre, pudo y aún puede darse el lujo de acoger por igual —según quien la redacte— a las ciencias naturales, o a la metafísica.

Etimológicamente o no, en su sentido original la palabra epístola significa simplemente “carta”. Pero ha acabado por aplicarse a las cartas formales escritas en la Antigüedad, o bien a una especie elaborada de producción literaria en verso, muy semejante a la oda, o a la elegía, que si bien se dirige a una persona en particular, aborda temas de interés más público que personal, y en un determinado momento expresa un sentimiento que excede al individuo autor de la epístola: un sentimiento cuya universalidad será prenda cierta del valor de la epístola de que se trate.

A diferencia de una epístola (escrita para un público: con una artesanía consciente y en un estilo elaborado con el propósito de desarrollar un argumento o de exponer un tema), una carta es esencialmente producción espontánea y no literaria. Su calidad, aun cuando (con traición o con satisfacción de su autor) sea publicada, depende de la impresión de intimidad y facilidad

que produzca, y de su aptitud para expresar la personalidad de quien la haya escrito.

Desde los tiempos clásicos, la palabra epístola adquirió el significado adicional de “decreto imperial”. Las epístolas que el mundo antiguo nos ha legado son —expresiones públicas de los grandes de entonces— semejantes en formalismo, intención y tema, a las grandes piezas oratorias.

Pero al lado de las epístolas rimbombantes, los grandes habían escrito menudas cartas privadas, que la posteridad buscaría afanosa y reverente, y a las que atribuiría subido valor. De allí que se fundara en Roma la pequeña industria de la producción de epístolas escritas bajo el nombre de los grandes, cuya doctrina así se aspiraba a propagar o a exponer, o a aclarar. Los “pistoleros” (como tan graciosamente llama Berceo a los de la Biblia) abundaron. De Platón, de Demóstenes, Aristóteles, Cicerón, Isócrates, Epicuro, Plutarco, Séneca, Plinio *el Joven,* hay numerosísimas cartas: ya auténticas, ya apócrifas.

Las Epístolas de San Pablo revisten en el género epistolar un interés eminente. Al clasificarlas, con las otras cartas y epístolas del Nuevo Testamento, los eruditos bíblicos han tratado de desarrollar la idea de la división en cartas y epístolas, y de establecer una nueva categoría: la “carta dirigida a toda una clase de personas, o a toda la Iglesia de Cristo”. Pero aun en sus epístolas formales, San Pablo incluye mensajes característicos de las cartas. Ya hemos señalado que los edictos imperiales (de que se fue desarrollando el derecho romano) participaron de la connotación de la epístola. Eran documentos surgidos de circunstancias especiales, pero que las dirimían sobre principios generales.

Una de las aplicaciones actuales más comunes de la palabra epístola, deriva de la práctica constante de la liturgia cristiana. En la santa misa, cada domingo o fiesta de guardar, nuestro misal nos guía en la lectura y meditación de epístolas y evangelios para cada ocasión. Y las encíclicas papales, por las que Nuestro Santísimo Padre se dirige a toda su Iglesia para exponer cuestiones de fe y de práctica, han seguido en su forma la tradición epistolar apostólica.

La han seguido igualmente las diferentes ramas de la Iglesia, el comunicarse mediante epístolas, desde la primera de Clemente, de Roma a Corinto, y el Martirio de Policarpo, y las Cartas de las Iglesias de Viena y Lyons a las congregaciones del Asia Menor y de Frigia, del año 177. En los siglos siguientes, los padres cristianos expusieron doctrinas y prácticas por medio de sendas epístolas: Cipriano, Crisóstomo, Agustín y Jerónimo. Las Cartas Pastorales perpetúan esa forma de comunicación con los fieles, y dentro de la Iglesia.

Excede a mi intención, al espacio aquí disponible y, sobre todo, a mi capacidad, emprender un rastreo genealógico y cronológico del género epistolar. Baste decir que los eruditos señalan el tránsito de las epístolas, de la Iglesia al mundo secular, y su desarrollo en un género literario, tan temprano como en el siglo IV de nuestra era, con los 10 libros de *Symaco Epistolae;* y que el modelo ciceroniano que ellos seguían, alcanza en Petrarca culminación renacentista de la mayor elegancia. La epístola mundana ha sido vehículo de la sátira en Swift *(Drapier Letters, Letters of Junius)* o de contemplación religiosa de ideas en Pascal *(Les Provinciales)*.

De la prosa, las epístolas se mudaron a la poesía para modelarse, de preferencia, sobre aquellas obras de Horacio que son prácticamente ensayos sobre temas morales o filosóficos, y que se distinguen de otros poemas suyos por hallarse dedicados —como las cartas— a

mecenas o a amigos particulares. Poesías de este tipo epistolar las hallamos en Ovidio, en Claudiano, en Ausonio.

Los franceses —horacianos siempre— abundan en verdaderos bosques de literatura epistolar por los que no entraremos. Bástenos recordar que quien hizo famoso el género en la Francia del XVI fue Clément Marot; que en 12 epístolas, escritas entre 1668 y 1695, Boileau nos dejó ejemplos clásicos de esta forma de versificación epistolar; y que en el XVIII, Voltaire cinceló en verso su famosa *Epitre a Uranie*.

También la Inglaterra del XVI y del XVII cultivó la epístola en verso, confesadamente *"after the manner of Horace"*. Así lo declara Samuel Daniel, autor en 1599 de una *Letter from Octavia to Marcus Antonius* y de otras *Certain Epistles*, cuyos pasos siguió Ben Jonson en *Forests and Underwoods* (1616).

Otros, después, cultivaron el género: John Donne *(Letters to Maria Gisborne*, 1820), con Keats *(Epistle to Charles Clarke*, 1816) y con Landor *(To Julius Hare*, 1836). Decae hasta extinguirse conforme avanza el XIX, para ser abundantemente recogido por la prosa tanto en Inglaterra como en Francia, en España y en los demás países.

Mencionemos para concluir, y con abstención de violar delictuosamente la muy vasta correspondencia literaria que todos los países ofrecen al deleite indiscreto, unas cuantas de las que no alcanzaron a ser epístolas; pero que aun como cartas, ingresan por propio derecho en la literatura mexicana.

La cual puede decirse que nace —cuna carabelera mecida por las olas de un mar apenas inaugurado— en las *Cartas de relación* de Cortés. Había sido dentro del género como el dudosamente afortunado descubridor de América rindió cuenta de sus andanzas; pero las detalladas, minuciosas del conquistador, constituyen el ejemplo primero en tiempo del impulso que ya por siempre después acometería a los turistas venidos a México: el de referir sus aventuras por estas tierras en cartas que pasado el tiempo, y leídas por su real destinatario, acabarían en patrimonio de historiadores y curiosos.

De igual importancia histórica son las *Cartas de Indias* dirigidas al rey a lo largo de los años en que éste tuvo en la Nueva España representante personal que le informara de sus negocios. Los eruditos conocen y aprecian el gordo volumen que, publicado en 1877, contiene cartas-informes, aun de corresponsales mayas.

¿Y cuáles cartas coloniales pueden ser más patéticas que aquellas por las cuales el infeliz Carbajal el mozo, personaje tan de novela de Riva Palacio, trataba de comunicarse con su atribulada madre y con su querida hermana mientras se lo impedía la Santa Inquisición que lo procesaba por segunda vez? Escritas en la clave de una letra microscópica y sobre los materiales más insospechados: una corteza o un hueso de aguacate, pongamos por papiro, aquellas cartas bien merecen recuerdo e inclusión respetuosa entre las joyas epistolares de la literatura mexicana.

Sor Juana fue, como sabemos, asidua epistológrafa. Muchas de sus poesías van, como cartas, dirigidas a personas de su estimación; pero a los psicoanalistas que se han metido a hurgarla, mucho les ha servido en ello leer las que en prosa —la *Carta atenagórica*— se cruzó con la recatadamente hombruna, episcopal y epistolar, sor Filotea de la Cruz.

A Núñez Ortega debemos la publicación —en Bélgica, en 1884— de cartas virreinales del mayor interés: las que enviaba desde el futuro palacio nacional el marqués de Croix, expulsor

de los jesuitas en 1767 y 45avo virrey de la Nueva España.

Otro marqués de nuestros tiempos: el de San Francisco, ha podido establecer en erudita monografía, y después de haber leído y analizado muchedumbre de cartas, "el estilo epistolar en la Nueva España".

Y el ciclo epistolar de descripciones turísticas sobre nuestro país, que podemos considerar inaugurado con las *Cartas de relación* de Cortés, halla en las cartas de madame Calderón de la Barca que conocemos, reunidas con el nombre de *La vida en México,* si no final término, porque otros autores reanudarían la forma postal de referir sus observaciones (abundan en el siglo XIX, antes y después de la marquesa, viajeros adictos a la corresponsalía descriptiva, como se advierte en la *Antología* que he añadido a la *Breve historia de la fiebre amarilla),* sí una culminación brillante.

A obvio ejemplo de las *Cartas marruecas* de don José Cadalso (y anticipemos la mención de las recientes *Cartas barrocas,* del inolvidable Francisco de la Maza), en el XIX hallamos dos libros pintorescos escritos en forma de amenas cartas: las de *Don Caralampio Molinero del Cerro a doña Bibiana Cerezo, su mujer, de las Batuecas más remotas e ignoradas, a la felicidad y ventura de vivir en la Corte:* libro divertidísimo de crítica de costumbres de esta ciudad, de 1860; y las *Cartas a Fausto* desde un pueblo de la sierra del norte de Puebla por el cura de aquel lugar, que resultó ser el presbítero Tirso Rafael Córdoba.

Dos sabios historiadores mexicanos rebosaron en múltiples cartas a amigos su desbordante erudición que no cabía en libros: don Francisco del Paso y Troncoso y don Joaquín García Icazbalceta, de quien el diligente Felipe Teixidor reunió, anotó y publicó gorda compilación.

En sus 30 años, don Porfirio escribió muchas cartas. Así lo demuestra la publicación de su archivo, de que se encargó don Alberto María Carreño, q.e.p.d. Pues el correo prospera, podría pensarse que hoy se escriben más cartas que antes. Pero el correo lo que principalmente distribuye son circulares. El teléfono ha militado victoriosamente contra las cartas, las llamadas por larga distancia, contra su duradera belleza testimonial, que el diálogo efímero suplanta.

Ya ni siquiera los evangelistas de los viejos portales de Santo Domingo escriben en las máquinas vetustas que a su tiempo sustituyeron a sus cálamos, cartas de amor para las criadas o sus novios. Ahora lo que hacen es llenar las formas antiliterarias del impuesto sobre la renta.

LOS BURDELES Y LA DECADENCIA DE LA CONVERSACIÓN

EL ESTABLECIMIENTO de las casas comunales llamadas "de prostitución" responde en el estimable terreno del comercio sexual a las necesidades de eficaz organización del trabajo que en otros aspectos menos fundamentales de la actividad social, propició en el siglo pasado, a partir sobre todo de la revolución industrial, la fundación de empresas capitalistas de recursos variables —S. A. de C. V.— destinadas a afrontar la demanda pública de bienes y servicios, con la oferta legítima de lo que llaman los economistas "satisfactores".

A semejanza de lo que ocurre en el otro comercio, un gerente experto —más ducho

mientras hubiera por grados meritorios ascendido desde el mostrador hasta el escritorio— cuidaba de que la provisión de mercancías siempre renovada, respondiera a las exigencias, caprichos y capacidad adquisitiva de la clientela o del consumidor. Esta norma general (“el cliente siempre lleva razón”) presidía entre aquellos establecimientos diferencias de grado determinadas, como en todo comercio, por las que económicamente guardaran entre sí las zonas demográficas en que el buen olfato o la experiencia de los gerentes resolviera fundarlos. Las empresas de lujo disponían de almacenes más elegantes y, naturalmente, de precios más altos que las populares. Como hoy la misma mercancía se puede adquirir a distinto precio según se busque, digamos, en El Palacio de Hierro o en una tienda de descuento, entonces se podía visitar el establecimiento de lujo ubicado en la colonia de moda, o el pequeño estanquillo del barrio en que los precios eran concomitantemente más modestos para un “satisfactor” que en ambos operaba, en fin de cuentas, con la misma eficacia.

Pero no tardó el Estado —intruso e importuno por antonomasia— en reglamentar arbitrariamente aquella noble y servicial empresa diversificada. Se creyó moralmente obligado a velar por una comunidad cuya integridad suponía amenazada por la libertad con que se ejercía —a semejanza del otro— el comercio sexual organizado en almacenes competitivos de servicio. Sin, por supuesto, abdicar de las percepciones fiscales que le rendía por concepto de licencias de funcionamiento, inspecciones periódicas, impuestos a los licores que ahí se expendían, y tasa o porcentaje del ingreso personal de las trabajadoras empleadas en ellos (y en las cuales se cumplía una insuperable simbiosis de ser al mismo tiempo la mercancía y el sonriente dependiente que la despachaba), el Estado comenzó por dar a aquellas empresas los nombres depresivos de “casas de prostitución” o “de asignación”. Y a este primer injusto embate contra ellas, añadió el de relegarlas a una zona urbana específica y alejada del resto de la ciudad que llamó “zona roja” o “de tolerancia”; un poco sobre el molde de torpe raciocinio que creyó —modo avestrúcico— librarse de los problemas estudiantiles con hacinar las facultades y las escuelas superiores en el destierro de la Ciudad Universitaria: zona roja de la cultura.

El Estado se creyó, además, en el deber de velar por la salud de los clientes de los burdeles. O sea que en cierta apreciable medida, adquirió acciones en un negocio que rendía buenos, seguros dividendos. A eso equivale que interviniera en ocuparse de que las mercancías se mantuvieran en buen estado de uso, función que ejercía mediante la expedición de licencias semejantes a las que nos otorga para manejar automóviles: después de una revisión periódica de frenos, máquina y conductor, que en el caso de las señoras realizaba en una sola y misma operación.

No se detenía el Estado a reflexionar que, si bien con aquella vigilancia o control de “normas de calidad” como las que ahora fuerza a los industriales a obedecer, ciertamente servía a la salud de los causantes y así contribuía al auge del negocio en que participaba, no es menos cierto que mermaba injustamente los legítimos ingresos de la profesión médica al escatimar a los especialistas en vías urinarias la oportunidad de compartir la prosperidad general mediante la frecuente manipulación de irrigadores ungidos por el bello color violeta del permanganato, y por la captura de receptores, ya para el resto de sus días, de inyecciones de Neo-Salvarsán.

Crecientemente dominador e imbuido de mesianismo, el Estado acabó por abolir la

prostitución, como quien extingue el hambre por decreto. Declaró inexistente la zona roja —que por metástasis dispersaría clandestinamente su heroica, proteica presencia—: suspendió la expedición de cartillas individuales y de licencias, así como las inspecciones de una mercancía ante cuya existencia cerraba los ojos. Y mientras con bombos y platillos asumía el gesto demagógico de garantizar a los trabajadores el salario mínimo, las prestaciones sociales: vacaciones, gratificaciones, participación de utilidades, y derechos de asociación y de huelga, cometía la flagrante injusticia de denegar todas esas conquistas revolucionarias a las trabajadoras de aquellas otras empresas.

Para ellas —desheredadas de la Revolución— no habría semana de 40 horas, jornada laborable, descanso semanario, vacaciones, jubilaciones, salario mínimo. Privadas del derecho de asociación, no pudieron constituirse en sindicato, ni adherirse a central alguna. Si el PRI las admitía (como democráticamente lo hizo), no era en su carácter, innegable, pero negado, de trabajadoras, sino de simples ciudadanas elevadas a la capacidad cívica del voto durante el sexenio —*sex* enio— ruizcortinista. Vedado les era declarar, llegado el caso, una huelga de piernas caídas. Miembros anacrónicos; fruto magullado de una sociedad liberalista y de una economía del siglo XIX, vivirían en lo sucesivo un calvario individual regido por la más seca ley de la oferta y de la demanda como único e inestable tabulador de un salario eventual; sin protección alguna del Estado —y execradas, además, por la sociedad—.

¡Triste destino el de estas trabajadoras no asalariadas que ahora ejercen sin título y sin garantías: dispersas, perseguidas, románticas, el noble servicio que otrora floreció, competentemente organizado, en los burdeles!

Puesto que ya no existen ni funcionan; puesto que su utilidad se ha pulverizado en las modernas “casas de citas” a que se llega de prisa; en los “moteles” que las parejas visitan con aire culpable; en los hoteles de paso a que nos conducen las solitarias sirenas que los periódicos suelen llamar “mariposillas’’, después de haber pagado al azul del rumbo una contribución que no irá a canalizarse en obras públicas desde las arcas del erario; puesto que aquellas “casas de prostitución” o “de asignación” a que el pueblo daba los nombres más alegres de burdeles o de congales son cosa del pasado, rindamos a su añoranza el póstumo homenaje de señalar sus contribuciones laterales a la aculturación que ha acabado por extinguirlas.

Aquellas casas eran, para empezar, grandes. Mayores, desde luego, que las de quienes por una soñada noche escapaban a la estrechez monótona de su domesticidad, para pasar lo que se llamaba un buen rato. Lujosas, atractivamente instaladas. Las señoritas putas o “pupilas”, administrada su conducta profesional por la señora madrota, con la delicada pericia con que un buen director de orquesta maneja las cuerdas y los alientos: a las especialistas en violines o a las virtuosas del clarinete, disponían de alcobas individuales competentemente equipadas con un lecho cuya muelle amplitud afrontara cualquier gimnástica fantasía; espejos estratégicamente situados para multiplicar el goce plástico, y lavabos de peltre o de porcelana para las abluciones de la despedida, después de haber discretamente depositado en el buró de cubierta de mármol el importe convenido por el solaz. A tiempo convocado, un “serafín” doméstico y diligente renovaba la provisión de agua del lavabo o “aguamanil”, y recogía las toallas, anteriores a la bendición moderna del *kleenex*.

Pero las alcobas no eran ciertamente lo más importante de los burdeles. En ellas, después

de todo, sucedía más o menos lo mismo que en la recámara del cliente con su mujer de todas las noches, o lo que hoy en los cuartos fríos de los hoteles con baño anexo y bidet. Se efectuaba, como dicen los sexólogos, la “detumescencia”. Y lo importante: lo que en los burdeles se cultivaba con proyecciones culturales no igualadas en el degenerado mundo moderno de satisfacciones directas y rápidas, era la “tumescencia” o placer preliminar.

La “sala” era el centro de la casa; y “hacer sala”, la obligación social de aquellas sonrientes geishas locales, el escaparate de sus encantos, el sitio del muestreo; y la ocasión de entablar relaciones con la novia de una hora, antes de convertirla en la esposa de 15 minutos.

No había entonces estereofónicos, ni estaciones de frecuencia modulada que mecanizaran el fondo musical de la reunión amistosa. Había en la sala un piano, y encorvado frente a él, un Hipólito no necesariamente ciego que lo aporreara sin descanso mientras en torno suyo florecía —hoy irrescatable náufrago— el divino arte de la conversación.

Como en otros siglos el convento, el burdel ofrecía a las doncellas fugitivas del mundo y de la cadena conyugal un puerto, un amparo, un asilo; la consoladora fraternidad de un grupo de hermanas que integrasen su nueva familia, y la guía amorosa de una comprensiva madre superiora que orientara sus pasos. (Con fines híbridos, que participaban del convento y el burdel, durante el virreinato se fundó en México, a instancias del comisario del crimen don Francisco Zaraza y en 1692, una casa que es conocida en la historia con el muy propio nombre de las Recogidas. Albergaba a mujeres delincuentes y de conducta disoluta, y duró en ejercicio hasta 1862, ubicada en la calle de Nezahualcóyotl, mirando a la plaza de San Lucas. Su nombre oficial era Casa de Recogimiento de las Magdalenas, pero también le daban el de Casa de San Lucas o de las Magdalenas. Aunque el edificio que ocupó fue después destinado a colegio y a hospitales militares, el rumbo conservó mucho tiempo la especialidad profesional, hasta la supresión contemporánea de las modernas Casas de las Recogidas o del Recogimiento.)

En las que son objeto de nuestra añoranza, las muchachas no requerían siquiera de una alfabetización previa para empezar de inmediato a ganarse el pan con el sudor de no precisamente su frente. Nadie les exigía el certificado de primaria, ni la equivalencia femenina de la cartilla de conscriptos que es hoy duro requisito para cualquier gestión de trabajo.

La práctica; el método experimental; el natural ejercicio de un equipo congénito o congenital, les deparaba firmes ascensos, e instalaba frente a ellas la meta segura de una jubilación disfrutable a su tiempo en la canonjía de la superiora.

Y mientras llegaba ese día —temido o esperado—, su cultura iba enriqueciéndose del modo como se superaron, refinaron los espíritus de aquellos jóvenes discípulos con quienes Sócrates acababa por acostarse después de dialogar largamente con ellos; por la conversación, que en la sala las asomaba a las autobiografías locuazmente emanadas por sus clientes, y las nutría de conocimientos mundanos.

Para los clientes, a su vez, la sala era una deliciosa mina de expansiones espirituales: de comunicación no inhibida por las convenciones sociales ni familiares. La necesidad de llaneza en la compañía, que los hombres maduros precaria y unisexualmente solventan en sus clubes (banqueros, industriales), se satisfacía con felicidad en las tertulias de las salas de los burdeles. De ellas salían, confortados —e inspirados— los poetas y los novelistas del XIX. A ellas debe nuestra literatura nada menos que la joya anterior a *Gazapo* y a *Farabeuf* (obras de

muchachos que ya no conocieron los burdeles), que es la *Santa* de aquel fluido conversador que fue don Federico Gamboa.

ESPAÑA Y MÉXICO

DOS DESCONOCIDOS entran en contacto. Desconfían, disienten. Básicamente son iguales; pero cada cual, por su parte, ha desarrollado, encarna y representa una cultura distinta: viste de otro modo, habla otra lengua, profesa otra religión. El contacto se vuelve entonces un choque sangriento.

Es la historia —breve a la distancia de los siglos— de toda conquista.

En el territorio de México ocurrió este fenómeno, universalmente repetido en la historia del mundo; pero simultáneamente con él, otro que otorga singularidad a una conquista que acabó por ser mutua: los españoles se indigenizaron, los indios se españolizaron. Si el desconocimiento los había distanciado, el contacto los acercó; si hubo odio en su guerra, el amor presidió la unión en su carne cuando la sangre de unos y otros dejó de manar de sus heridas para fluir rítmica, mezclada, en la síntesis nueva, vigorosa, de un mexicano que ya no podría en lo sucesivo, sin odiarse a sí mismo, renegar de ninguno de los dos manantiales del mestizaje que había acabado por transmutar en conciliación lo que empezó por ser discrepancia. Desde entonces se fincó, más que un parentesco, una comunidad: lengua, religión, moral, costumbres, amalgamaron la natural unión del país que los había traído a México, con el pueblo que en tres siglos creció a una madurez que comportara el inevitable, normal desprendimiento del fruto desde el árbol regado con la sangre de quienes confiaron a esta tierra fecunda la semilla del cristianismo y de la cultura occidental. México independiente fue el fruto nuevo. Un fruto en que la tierra infundía sus virtudes, al que la tierra confería color y dulzura.

Cuando el muchacho adviene a la mayoría de edad, se emancipa y pone casa aparte, sus padres lo resienten, se oponen. Piensan que es por el propio bien del muchacho prolongar indefinidamente su dependencia y que siga acatando la autoridad de los padres. Suelen entonces reñir; pero esta disputa familiar ya no puede ser una guerra, ni prolongarse más allá de aquel inevitable momento en que los padres reconozcan que el hijo (del que en el fondo están orgullosos) puede ya manejarse solo. Y que, al hacerlo, llevará adelante con nuevas y renovadas fuerzas los ideales y el cuadro cultural de la que en tres siglos de fusión y de convivencia ha llegado a ser una misma, vasta familia en que no cabe rencor, distanciamiento ni divorcio. Porque la vinculan ya para siempre lazos indestructibles de sangre, de lengua, de religión y de moral.

El muchacho, en 1810, se declaró independiente, se emancipó y emprendió solo y por cuenta propia el arduo camino de construir su prosperidad. Era inquieto, como todos los jóvenes. No hallaba bien cómo organizarse; armaba peleas con sus hermanos. El padre, a la distancia, se contristaba. Veía el peligro de que una influencia sajona y protestante desquiciara el hogar del muchacho. Y estuvo a punto de unirse a una “expedición punitiva” organizada por unos tíos —franceses e ingleses— que habían resuelto entrometerse a meterlo en cintura en

todas las formas posibles.

Pudo más en el padre español la reflexión de que el vástago emancipado tenía pleno derecho a proseguir sin interferencias la búsqueda de su propia felicidad: “Y las naves españolas tomaron rumbo a su tierra”. Fueron los franceses los empeñados en la anacrónica aventura de entronizar en México a un príncipe cuya virtual vinculación con la casa de Habsburgo pensaron que podría hallar en los mexicanos el eco favorable de un recuerdo genealógico.

Un siglo después de la emancipación, el muchacho era ya todo un hombre. El padre concurrió gustoso a las fiestas que celebraban su centenario. Si hubo en 1810 rencores de familia, estaban ya bien muertos y enterrados —con todos los honores— quienes los habían dirimido. Acá y allá, en España y en México, nuevas generaciones se asomaban, limpias, a un siglo nuevo. La vasta familia se llevaba de lo mejor; cada cual en su casa, y Dios en la de todos, como reza el sabio refrán castellano.

Lo que había sin interrupción seguido operando a lo largo del siglo XIX, fuera de la política: fuera de los contactos diplomáticos que España y México no tardaron en cordialmente establecer, era tanto la fusión de las sangres cuanto la comunicación constante de las culturas. América, México, fueron para los españoles jóvenes, ya no un medio como pudieron antes serlo para los conquistadores del XVI (que sin embargo, acá se quedaban; que como el propio Cortés, pedían que sus huesos acá reposaran), sino una meta: de trabajo, de hogar, de felicidad. La sangre de una a veces incomprendida Malintzin inclinaba a las muchachas mestizas a unirse a nuevos, redimidos conquistadores que ahora lo serían, ya no de los tesoros materiales de esta tierra, sino del amor de sus mujeres.

Un mestizaje constantemente reforzado, enriquecido, robustecería en los mexicanos del siglo XIX y del XX los lazos entre ambas autónomas naciones. Y si en el siglo XVI llegaron a nuestras playas y a nuestras ciudades multitud de oficiales y maestros a abrir taller y tienda; y dulces franciscanos a salvar la cultura prehispánica; y sabios doctores a crear la universidad y a fundar la imprenta, los españoles del XIX y del XX aportarían a México la contribución vigorosa de su dedicación al comercio y a la industria. Serían los “Venancios” amistosos de la tienda servicial de la esquina; pero también los Santiago Galas que fundaran imprentas modernas; los Tomás G. Perrín que sirvieran a la medicina; los Adolfo Prieto que establecieran la fundidora, y los Porrúas y los Robredos que por el viejo rumbo de la universidad abrieran las puertas de sus librerías a los estudiantes de todas las generaciones de este siglo.

El mundo en nuestros días ha abolido las distancias físicas entre los pueblos. La rapidez y la aceleración de las comunicaciones propicia en todos ellos la incursión masiva de otros. Incursión que no por pacífica ni bien intencionada deja de ejercer sobre los pueblos débiles una influencia que arriesga el deterioro de su personalidad nacional.

Esto no ocurre en México, y no ocurre en España. Nos sustenta a unos y a otros una misma recia, definida integridad resistente, inmune a todo menoscabo por influencias extrañas. Una que nace de nuestra identidad racial, lograda a lo largo de siglos de fusión renovada y de sangres afines; de cultivo y preservación de valores espirituales inmarcesibles.

Con cualquier otro país de la tierra podemos discernir discrepancias, diferencias más o menos inconciliables. Entre España y México no descubrimos sino la imagen —familiar y

querida— que nos entrega al acariciarlo el álbum venerable de la familia; o que nos devuelve, si a empuñarlo tendemos la mano, el límpido espejo de la amistad entre iguales.

HAMLET EN MÉXICO

EL CUARTO centenario de William Shakespeare fue en todo el mundo reverentemente celebrado. Sabios conferenciantes nos instruyeron acerca de su vida y sus obras: ya en inglés, en el Instituto Anglomexicano, ya en español. Algunas películas shakesperianas volvieron a proyectarse en los cineclubes; y las instituciones oficiales que hacen teatro en grande, escenificaron, por orden de aparición en la agonía, *El rey Lear,* en Bellas Artes, y *La tempestad*, en el teatro Hidalgo.

Cómo esté siendo, o haya en tiempos recientes sido tratado, entendido, paladeado en México, nos consta más o menos a todos los presentes. Algunos recordamos el *Hamlet* que le vimos en el Iris, hace ya muchísimos años, a un don Ricardo Calvo que los poseía en abundancia.

Otros, el que le miramos en el Arbeu, acompañado o producido por Pipo del Hoyo, o un Fernando Mendoza entonces joven. Y los muchachos pueden recordar el *Hamlet* que hizo Sergio Bustamante en la sala Chopin, o el que Álvaro Custodio presentó no hace mucho en Acolman. Pero sólo en libros como los de Reyes de la Maza, o los de Olavarría, podemos hallar los antecedentes de este *Hamlet* que parece tan preferido por el público mexicano. Allá los psiquiatras sabrán si en esta predilección subyace el supuestamente mexicano complejo de Edipo.

¿Cuándo fue esta tragedia representada por la primera vez en México? Mientras Reyes de la Maza (y ojalá sea pronto) no retroceda en sus investigaciones (que parten de 1857) hasta los principios del siglo independiente, tendremos que depender de Olavarría para inducirlo. Y en el primero de los cinco gordos tomos de su reseña, páginas 183-184, hallamos el dato de que por 1821 “parece que al menos de vez en cuando dábanse funciones notables que merecían ser cantadas por nuestros poetas”. En el *Semanario Político* de 28 de agosto de 1821 —dice Olavarría— se hacen elogios del primer galán de la compañía que actuaba en el teatro del Coliseo: un señor Aragón, y se inserta una poesía a él dedicada por un poeta cuyo nombre se omite. Es la Poesía al señor Aragón en la representación de la tragedia *Hamlet* que nos persuade de que se habrá por esas fechas representado, acaso por primera vez entre nosotros.

Esa poesía no tiene desperdicio. Independientemente de proporcionarnos el dato cronológico, nos describe a una sociedad y a un público. Vale la pena reproducirla:

Yo lo vi, yo lo vi; puñal sangriento
era en su mano, y el ardiente joven
venganza grita, y retumbó venganza
desde el fuerte cimiento
al artesón del anchuroso alcázar.
La augusta sombra del difunto padre
miradas de terror al joven lanza;

hete, le dice, en la orfandad sumido,
hete al arbitrio de nefanda madre
y de adúltera vil; venga mi muerte:
¿eres hijo de Hamlet? ¡Pues sé fuerte!
Sí, yo te vengaré, será teñido
de sangre parricida el pavimento,
y yo tal vez los seguiré a la tumba.
Mas nada importa, que morir es dulce
si las venganzas al morir preceden…
Tiembla, tiembla de mí, madre inhumana,
sangre pide la víctima inocente;
con muertos y con sangre puede sólo
sus gritos acallarse, y es la tuya
la sangre que me pide; él me lo dice,
óyelo y muere de vergüenza luego,
¿no le mataste tú?, júralo al punto,
que de mi padre las cenizas frías
reciban el sagrado juramento.
¡Mas tiemblas!… ¡Te desmayas!… ¡Infelice!
¿Y todo fue ilusión? ¿Y Hamlet furioso
es un actor nomás? ¿Y es solamente
el joven Aragón? Ilustre pueblo,
siga tu admiración, tu aplauso siga
y premios dignos al actor prodiga.

El pobre príncipe de Dinamarca vuelve varias veces a esgrimir su puñal con variada fortuna a lo largo del XIX, en nuestros teatros. Aragones surtidos lo han encarnado: señoras a veces, como un tiempo se usó.

Fuera de aquella fantasmal, indirecta y temprana (1821) aparición de *Hamlet* apuntada por Olavarría, no encuentro en el puntual Luis Reyes de la Maza recogidas nuevas evidencias o cuerpos del delito shakesperiano sino hasta el tomo cuarto de la serie iniciada con *El teatro en México en 1857 y sus antecedentes*, seguida con *El teatro en México entre la Reforma y el Imperio* (1858-1861), *El teatro en México durante el Segundo Imperio* (1862-1867) y *El teatro en México en la época de Juárez* (1868-1872) antes de seguir con *El teatro en México con Lerdo y Díaz* (1873-1879) hasta llegar a *El teatro en México durante el porfirismo*, tomo I (1880-1887) en que Shakespeare se cuela de contrabando: no con ninguna todavía de sus obras, sino en el personaje que lleva su nombre: *Un drama nuevo*, de Tamayo y Baus. Estrenado en Madrid apenas el 4 de mayo de 1867, la compañía de Eduardo González lo dio en el teatro de Iturbide el 27 de febrero de 1868. Y el maestro Altamirano, en el siglo XIX —10 de marzo de 1868— hizo de ello crónica en que admite que “el señor Sánchez estuvo bien en el papel de Shakespeare y nos ha dado con ello una prueba de que tanto es capaz para el género cómico como para el dramático”.

No era pues todavía Shakespeare; ni había sido sino otra aproximación suya el *Romeo*, ópera de Melesio Morales con libreto del italiano Felix Romani, estrenada el 27 de enero de 1863; pero Shakespeare ya no tardaba. El famoso Enrique Guasp de Péris se dio a sí mismo un

beneficio en el Principal, el 25 de enero de 1876, con nada menos que *Hamlet*.

Dos años más tarde, el Gran Teatro Nacional abrió abonos en que “se dará por primera vez la grandiosa obra de Shakespeare, *Hamlet*, en la que la célebre artista señora Giaccinta Pezzana desempeñará la parte del protagonista *Hamlet*, nunca visto en el mundo representado por una mujer”. Tan atractiva mutación ocurrió a la vista del asombrado público el jueves 16 de mayo de 1878; con el pilón de que al final del quinto acto —precursores de la música ambiental y de fondo—, se tocara “gran marcha fúnebre”.

Una vez ingresado en nuestra preferencia —o expuesto a nuestra resonancia—, Hamlet pareció decidido a menudear en las temporadas teatrales de México. Si Moratín había sido el primero en traducirlo en España, un don Carlos Coello lo había nuevamente “arreglado” y estrenado en Madrid en 1872. Poco después, el 5 de junio de 1880, Leopoldo Burón presentaría en el Nacional de México esa versión, con un éxito clamoroso que no se repitió al acometer un *Otelo* arreglado (ya vemos desde cuándo hay Retes que se metan con *Otelo)* por “un señor Retes”.

El señor Burón, shakesperiano tozudo, insistió en *Hamlet*. Por el 5 de julio de 1886 estrenó una nueva versión de *Hamlet* por los literatos mexicanos Francisco López Carvajal y Manuel Pérez Bibbins.

En este punto de la historia surge a polemizar, escandalizada, una señora crítica que encuentra a los literatos mexicanos culpables de lesa traición a un *Hamlet* a quien le suprimen el fantasma, la escena de los cómicos, y el pleito del muchacho con su mamá, sobre la buena aducida razón de que es feo que los hijos riñan con sus padres. La crítica indignada escribe en *El Diario del Hogar* y firma —shakesperiana— Titania. Es curioso que Shakespeare empiece a entrar, subrepticio, por los seudónimos de críticos como Titania y Calibán. Titania (amplios detalles sobre ella en Olavarría, tomo I, pp. 664 y ss.) era la contralto Fanny Natali de Testa (Testa, mediocre tenor). Hermana de Inés, *prima donna assoluta*, llegó con ella a México en 1861. Las hermanitas eran “jóvenes y cumplidas”. Fanny hacía la Azucena de *Il Trovatore*. Triunfaron, cultivaron encantadoras el trato mexicano, se fueron; pero Fanny regresó a México a principios de 1877, a completar el cuadro de Ángela Peralta, carente de contralto, y estrenó con ella la *Aída* el 1º de septiembre, como Amneris. Todavía en 1879 —3 de septiembre— la Peralta —ruiseñor mexicano que cerró el pico en Mazatlán en 1883— y la Natali cantaron juntas la *Marta* del maestro Flotow.

Pues bien: esta Fanny Natali de Testa, que se habrá (como tantos genios entonces y más tarde) quedado a vivir en México, ya que escribía crónicas sensatas en buen español en 1886, conocía bien su *Hamlet*. Y puso verdes a los traductores mexicanos que hicieron con él lo que en nuestros días vemos a diario perpetrar a los “adaptadores”.

Compañero fiel del asendereado *Hamlet*, *Otelo*, el Moro de Venecia, alcanzó a tentar aun a las famosas Moriones, que con enfado del crítico Juvenal lo estrujaron en el Principal, en febrero de 1881. Poco después, el 15 de febrero de 1883, la compañía de Adelaida Tessero, en el propio Principal, hacía oír a Shakespeare en italiano al incluir en su vasto repertorio *“Giulietta e Romeo”, “Hamleto” e “Macbeth”*.

Olavarría (página 926) menciona, sin mayores detalles, “una mala representación de un peor arreglo de *Hamlet”* perpetrada a fines de 1875. Pero un *Hamlet* más decoroso vuelve a surgir, después de la semana santa de 1878, dentro de las mallas viriloides de Giaccinta

Pezzana, que

> estuvo muy bien, todo lo bien que puede estar una mujer, aunque sea una distinguida artista, en un papel tan difícil y tan varonil como ése. Vestida con un largo jubón negro, rizado el cabello, con la mirada extraviada pero inteligente, con el paso firme y seguro, manejando con desenvoltura la capa y la espada, tuvo soberbios momentos; en sus escenas con Ofelia arrancó unánimes aplausos; en cambio, el famoso monólogo Ser o no Ser no fue bien comprendido por ella y pasó sin efecto alguno, siendo así que es uno de los más notables trozos de la obra.

Pero en 1880 el tenaz Leopoldo Burón arremetería —3 y 5 de junio— contra *Hamlet*. El que puso en escena fue el de don Carlos Coello, “llamado bárbaro por algún crítico”, y a quien Olavarría disculpa bondadosamente con alegar, en su descargo, que

> tuvo presente el hecho de que gran parte de nuestro público no admite en escena las obras de nuestros grandes autores del siglo de oro de la literatura, si no han sido previamente refundidas; y temiendo que no aceptase bien una traducción literal de esa maravillosa obra de Shakespeare, formó un extracto de ella, procurando no olvidar ninguna de sus bellezas… Estos crímenes, cometidos en la patria misma de Shakespeare (se refiere a Davenant, Pilon, Kemble y otros “refundidores”), disculpan hasta cierto punto a Coello, que redujo a tres actos y dos cuadros en el tercero, y a siete personajes, un original que cuenta cinco actos, 20 cuadros y 24 personajes aparte de los acompañamientos… Sea de ello lo que fuere, el público en general gustó mucho aquella imitación de *Hamlet*

en que varias veces, en los años siguientes, reincidiría Burón.

El 22 de junio de 1886 estrenó para su beneficio “la tragedia de *Hamlet* traducida y arreglada por dos estimabilísimos escritores mexicanos: Manuel Pérez Bibbins y Francisco López Carbajal, que la vertieron al castellano con mucha fidelidad y en versos en su mayoría buenos. Su arreglo de la gran tragedia fue extraordinariamente superior al que, procedente de España, había hasta entonces representado Burón, quien con los traductores compartió en esa función los entusiastas y merecidos aplausos de numerosísimo público”.

No compartió la opinión generosa de Olavarría —ya lo hemos visto— la contralto-crítica *Titania*, Fanny Natali de Testa. Pero este arreglo fue seguramente el que Burón seguía presentando en su tercer abono —23 de junio— de 1888.

Y 1889 le reservaría al teatrófilo Olavarría la sorpresa de un nuevo *Hamlet*, por la compañía Giovanni Emanuel y Virginia Reiter, el 22 de febrero. No recata don Enrique su entusiasmo:

> ¡Qué *Hamlet* aquel! Nunca nos lo habíamos imaginado más supremo, y casi lo desconocíamos comparándolo con los que hasta entonces se habían visto en México. ¿Cuál fue el actor que mejor estuvo esa noche en su respectivo papel? Imposible es contestar a esa pregunta. El genio de Shakespeare se había infundido en todos y cada uno de ellos, y ante aquel conjunto tan real, tan verdadero, pudiera haberse creído que la ficción del colosal dramaturgo inglés se había efectivamente realizado, intervenido en ella Emanuel y sus artistas, y trasladándola él a su libro admirable después de habérsela visto ejecutar a ellos. ¡Sorprendente personificación de la leyenda!
>
> ¡Qué modos de reír, de llorar y de morirse los de Virginia! —exclama arrobado, goloso y sádico Olavarría—. En la Ofelia de *Hamlet*, en la escena de la locura, la Reiter obtuvo uno de los triunfos más resonantes que han presenciado los teatros de México. Su llanto desgarrador, sus sollozos que laceraban el alma; aquel dolor, aquella pena horrible, eran interrumpidos por una carcajada estridente, sostenida, que hacía erizar el cabello. Jamás habíamos oído llorar de esa suerte… Las lágrimas, verdaderas lágrimas, empapaban las mejillas de Ofelia, y sus gemidos, arrancados del alma, los suspiros de su infinita pena, persuadían con tan grande verdad, que en medio del sepulcral silencio en que se mantenían los espectadores, percibíanse los sollozos de algunas damas que en las lunetas o en los palcos lloraban al par de la artista.

No queda, en esta persecución de *Hamlet* por los escenarios de nuestro XIX, más que mencionar el que en 1891 hizo la compañía Roncoroni; y que en 1893 una companía mexicana alojó en el democrático teatro Hidalgo un *Hamlet* modesto y de escasa fortuna.

En 1864 cumplía Shakespeare un centenario menos de los cuatro que ahora le celebramos. Y el grande, el elocuente, el grandilocuente Victor Hugo contribuía a las menos copiosas ni universales celebraciones de entonces con la oportuna publicación de un *William Shakespeare* (Paris, Libraire Internationale, A. Lacroix, Verboeckhoven et Cie., éditeurs, MDCCCLXIV) de 572 vibrantes, románticas, encendidas, fulgurantes páginas.

Muy probable es que el Duque Job haya largamente paladeado este libro. Así lo indican coincidencias de enfoque imposibles de detallar en un artículo no destinado a más que señalar la fruición y el conocimiento —así sea confesadamente indirecto; por traducciones francesas leídas, o por las españolas oídas a Leopoldo Burón en los escenarios mexicanos— con que Gutiérrez Nájera viene a ser en nuestro siglo XIX quien brinde a los ávidos, numerosos lectores de sus crónicas "coruscantes", un atractivo, invitador mosaico de imágenes shakesperianas urdidas con la gracia *art nouveau* de una prosa tan suya.

Ni propiamente estudios, ni crónicas de representaciones teatrales a que hubiera asistido (fuera de las del Burón que habrá visto), los cinco artículos que el Duque Job dedica a William llenan las páginas 65 a 92 del tomo segundo de sus obras, prosa, impreso en México —tip. de la Oficina Impresora del Timbre, Palacio Nacional—, en México y en 1903; tomo prologado, con igual "coruscantismo", por Amado Nervo.

Quienquiera que haya sido este Eduardo Herrera, hoy desaparecido aun de diccionarios tan esmerados y completos como el que Porrúa acaba de lanzar, le tenemos que agradecer que haya publicado "un estudio precioso y erudito en *El Siglo XX*" sobre *El sueño de una noche de verano*, y dedicándolo al Duque; porque con ello, dice éste,

> atiza mi buen amigo la ardiente lámpara que vigilante conservo en el altar de Shakespeare; renueva en mí propósitos pasados de escribir cuanto pienso y cuanto siento del trágico britano; intentos de reunir y revisar lo que ya tengo escrito y publicado acerca de no pocas obras del excelso poeta…, ímpetus, en suma, no de hacer el análisis, la crítica de esos monumentos perdurables de la literatura; pero sí de expresar largamente el efecto que me producen, los estímulos que me avivan, los sentimientos que me encienden, los recuerdos que me dejan.

Le arredra no tener "la entrada franca de que disfruta el señor Herrera en el idioma inglés… que le permite registrar hasta sus más secretos recodos y escondrijos", y "entra con miedo al estudio de Shakespeare, como quien por primera vez entra en el bote para cruzar el océano".

¿Qué mira y qué oye el tímido nauta?

> Al perderse en la obra de Shakespeare se experimenta vago terror, como si la noche nos sorprendiera en un bosque intrincado. Hay estrellas en el cielo: Ofelia, Julieta, Desdémona, Cordelia, Perdita… Oberón y Titania se abrazan a la sombra de un nomeolvides; pero duendes y trasgos picarescos no son pobladores únicos del bosque… Tras el caduco tronco de una encina chispean, como ojos de jaguar, las pupilas de Otelo. Rozan nuestra cabeza las alas de murciélago de Calibán. Oímos chocar en el aire los palos de escoba en que montan las brujas de Macbeth…, el espectro del padre de Hamlet, clamando venganza, camina a la plataforma de Elsenor. Las sombras van escondiendo sus puñales al lecho de Ricardo III; lady Macbeth vaga insepulta con su fatídica lámpara en la mano. Es verdad que Falstaff ríe, que Ofelia gorjea, que Desdémona canta, que Julieta curruca; pero también Shylock gruñe, Yago grazna, Gloster ulula, Otelo ruge. En esta selva del teatro shakesperiano hay cosas espantables que hielan la sangre y que erizan el cabello.

Pero de las 28 páginas que en este tomo de su prosa recogen el ditirambo shakesperiano del Duque Job, nada menos que ocho —una tercera parte del total—, de la 79 a la 86, las consagra a este *Hamlet* predilecto a lo largo del XIX, a los contados conocedores o admiradores indirectos de la obra del "trágico britano".

Lo advierte en el primero y más general de sus cinco artículos: "Miro a Hamlet, lo observo, creo haberlo visto, haberlo escuchado, haberlo comprendido, que ya es mío; y al volver la hoja al día siguiente, me encuentro con otro Hamlet que no conocía".

Por aquellos años se estrenó un *Hamlet* operático de Ambroise Thomas, libreto de J. Barbier y M. Carré, que el duque habrá paladeado en francés el 1º de abril de 1883. No lo aprueba:

> Prescindo de lo poco o nada que se compadece el carácter eminentemente subjetivo del príncipe, con las exigencias del drama lírico. Éste vive del movimiento y de la pasión. En *Hamlet* todo es un detenido estudio psicológico, el examen de un estado de conciencia; y los principios filosóficos no cantan dúos ni cavatinas. Yo no concibo a Hamlet disertando con acompañamiento de clarinetes, en la plataforma de Elsenor.

MIENTRAS MÁS VIEJO…

CIERTA revista trae entre sus artículos uno particularmente impresionante: una tabla en que calcula con frialdad estadística seguramente bien fundada, los años que de acuerdo con la edad que uno tenga, le faltan aproximadamente por vivir. Como en los índices alfabéticos de los libros, o en los directorios telefónicos, busca uno automáticamente su nombre, se apresura a localizarse en esa tabla, a consultar ese oráculo científico, presupuesto en las condiciones ideales de salud y seguridad. Y encuentra, por ejemplo, que si se asoma ya a los 60, el mejor de los destinos le promete otros 16.

Nada le exceptúa ni le exime, por supuesto, de un anticipo accidental; pero aun concedidos los 16, su nimiedad se pone en relieve con sólo desplazar el recuerdo 16 años atrás. Se ve así lo rápida, lo fugazmente que han pasado, no sólo estos 60 que tanto empiezan a pesar, sino esos breves, inadvertidos 16 que equivalen a tres fugaces periodos presidenciales.

La sobrepoblación que el mundo padece, o de que se jacta y congratula, dimana en su mayor parte de la multiplicación logarítmica de semejantes suyos a que con tanta fruición adquieren los matrimonios el derecho a realizar. Pero en otra modesta, de que la ciencia, que protege la salud de los niños y los salva de una temprana desaparición, ha también extendido su brazo protector a los ancianos, y al abatir el índice de mortalidad, ampliado el plazo —o la sentencia— de la duración del hombre en la tierra. Ahora duramos más que en el siglo pasado. La calificación de "viejo" ha sufrido una transferencia; se ha recorrido; y el género abunda.

Ante el hecho consumado de esta mayor durabilidad, no es de sorprender que la ciencia, culpable de ella, se sienta en el deber penitente de cuidar de los monstruos que ha producido; y que al lado de la pediatría que se ocupa en los niños, hasta el extremo de sostenerles guarderías que equivalen a estacionamientos mientras las mamás pasean o trabajan, que les garantiza el desayuno, que les funda hospitales y kindergarten, empiece a conformarse o a configurarse, como se dice de los delitos, la geriatría, o atención de los viejos.

Ni es tampoco sino natural que al margen de la geriatría en pañales, una literatura consoladora, equivalente a los cuentos de hadas con que se nutría la imaginación de los niños en los viejos tiempos, surja de vez en cuando a acariciar la marchita de los ancianos, y a estimularnos a la conformidad con nuestro estado, y a marcarnos pautas por donde le podamos sacar provecho, o hacer de tripas corazón.

Hace algunos años —20, lo menos— alcanzó grande boga y venta cierto *La vida empieza a los cuarenta,* que agotaron, persuadidos, los cuarentones optimistas de la época. No sentí que el caso me incumbiera y no lo leí.

Pero aquel inconsciente impulso que nos lleva a buscar lo que necesitamos, enderezó mi mano hacia *La vejez, segunda vida del hombre,* de Heinz Woltereck, volumen reciente de los Breviarios del Fondo de Cultura Económica.

No faltan en este libro los ejemplos estimulantes, o cuando menos seductores, deslumbradores, que otros proponen cuando atentan el elogio de la vejez; aparte los conocidos casos de fecunda longevidad de Goethe, Tiziano, Miguel Ángel, Verdi, Rossini; de la mención de un Cervantes de 68 años (muchos para su época); de Carlyle, de Lamarck; aparte los Churchill que nos constan, o los Menéndez Pidal que siguen pasados los 90 presidiendo la Academia Española, menciona cierto estudio de un Paul Herre hecho sobre más de 1000 nombres que alcanzaron celebridad en las profesiones más diversas, o crearon sus obras más notables, en la edad avanzada.

Lo que le imparte, sin embargo, mayor interés, es la clara exposición de que nuestra vida abarca dos fases netamente separadas: la primera, hasta la madurez física, arraigada biológicamente; la segunda, de declinación de las facultades corporales, pero de mayor concomitante madurez psíquica, más anímica y espiritual. “Actualmente —revela— hay en el mundo alrededor de 150 millones de personas que pasan de los 65 años; es decir: que disfrutan de esa ‘segunda vida’ del hombre.”

Dar el salto: abdicar para entronizarse, entraña una decisión poco frecuente, pero sensata. Sobre todo, a plazo tan perentorio disponible. Hay que correr —si aún se puede correr— a leer, ahora con mayor atención, el *Diálogo de la vejez* de Cicerón.

Los libreros vecinos del teatro Hidalgo han empezado a vender —repentino, inesperado milagro— todos los ejemplares de la *Utopía* de Tomás Moro que por años tuvieron arrumbados. Buen logro lateral, entre el público teatral de súbito derivado hacia la lectura, de la excelente pieza en que López Tarso representa al desventurado y heroico filósofo-político.

Suele así suceder que una buena cosa conduzca a otra. Y que, puestos a meditar en el tema de la vejez, de la atenta, ahora interesada revisión del *Diálogo* ciceroniano que se consagra a valorarla y a ofrecer un estoico remedio a sus amarguras, coincidamos con los espectadores-lectores de la *Utopía* moruna en saltar al examen de un otro político-filósofo-literato inglés que también alcanzó la cancillería, también la cárcel y el cargo de prevaricación; y que aparte su *Novum Organum* y otras obras de pareja ambición, dejó en las tres progresivamente más ricas ediciones de sus *Ensayos* (1579, 10 ensayos; 1612, 38; 1625, tantos como 58) reflexiones aún hoy válidas y valiosas acerca de otros tantos temas.

De Moro le separa un tiempo que no varía mucho, hasta el suyo, en los laberintos de una política que a los dos capturó y sedujo. De él le distingue aun el género de muerte que ambos hallaron. Mientras la sabia cabeza de Tomás Moro cae, testaruda, bajo el hacha del verdugo; y

esta póstuma acefalia le granjea y gana una inmortalidad que hoy disfruta en el teatro, si alguna heroicidad corona el fallecimiento de Francis Bacon, es una por la que los fabricantes modernos de refrigeradores domésticos le deben todavía reconocimiento y homenaje; pues a los 65 años de su edad, en 1626, llevado de un afán de investigación en que ambicionó superar a Aristóteles, decidió averiguar por el método experimental que propugnaba, el efecto que produciría la aplicación del hielo en la conservación de los alimentos.

Escogió para hacerlo, como parecía propio, un día de intensa nevada. Perdonado dos años antes por el rey, y pensionado, aunque no devuelto a sus cargos públicos, había apenas emitido en 1625 la tercera y última edición de sus *Ensayos* cuando presintió y quiso poner a prueba la utilidad de una operación que hoy las amas de casa realizan a diario e impunemente cada vez que congelan sus guisotes: salió a la calle, bajó del coche, estofó con nieve a puñados una rolliza gallina. La historia no persigue ni rastrea el devenir ulterior de esta importante ave de corral. Nos conserva, en cambio, el dato patético de que el anciano (para su época: 65 años) Francis Bacon pescó un resfriado, el último de una vida que abandonó en Londres el 9 de aquel gélido abril.

De sus *Ensayos,* el que en la última edición lleva el número 42 es el que habla “De la juventud y la vejez”. Trataremos de comprimirlo. El lector juzgará de su vigencia:

> Generalmente, la juventud es como las primeras meditaciones: no tan sabias como las segundas; porque hay una juventud de pensamiento, del mismo modo que la hay de edad. Sin embargo, la inventiva de los jóvenes es más vivaz que la de los viejos, y la corriente imaginativa de su mente es mejor y como más divina. Las naturalezas ardientes con grandes y violentos deseos y perturbaciones no son aptas para la acción hasta que no han pasado el meridiano de los años… Por otra parte, el ardor y la vivacidad en la vejez son temperamentos excelentes para los negocios. Los jóvenes son más apropiados para inventar que para juzgar; más apropiados para la ejecución que para el consejo, y más apropiados para los nuevos proyectos que para los asuntos ya organizados; la experiencia de los de edad, los dirige en cosas que caigan en su ámbito; pero en las cosas nuevas, los equivoca. Los errores de los jóvenes son la ruina de los negocios; pero los errores de los viejos acarrean que pudiera haberse hecho más o más pronto.
>
> Los jóvenes, en la conducción y manejo de sus actos, abarcan más de lo que pueden; se mueven más que estarse quietos; vuelan hacia su finalidad sin considerar los medios y grados; persiguen unos pocos principios que han encontrado por casualidad y absurdamente; no les importan las innovaciones que puedan acarrear inconvenientes desconocidos; al principio utilizan remedios extremados; y luego no lo reconocerán ni se retractarán, lo cual redobla todos los errores. Los viejos ponen demasiadas objeciones, consultan mucho, se arriesgan poco, se arrepienten en seguida, y a menudo detienen la marcha de los negocios en pleno auge, pero satisfechos con un éxito mediocre.
>
> La verdad es que conviene emplear a unos y a otros; pues eso será bueno para el presente porque las virtudes de ambas edades pueden corregir los defectos mutuos. . . pero quizá en la parte moral la juventud tenga la preeminencia, mientras la vejez la tiene en la política.

Hace ya más de un siglo, a mediados del denostado XIX, se hallaba en pleno curso la esforzada publicación de la Biblioteca de Autores Españoles “desde la formación del lenguaje hasta nuestros días”, que todo estudioso de la literatura castellana ha tenido que consultar, y que en muchos respectos, con sus 71 volúmenes, no ha sido superada por otras series, como la Nueva con sus 25, o como la Lectura con su más de ciento. Su tipo ilegible si no es para los buenos ojos que no suelen conservar los muy lectores, su falta de prólogos y estudios reducidos en ella a la brevedad de notas biográficas, son defectos de su época que ampliamente compensa el caudal de textos que salva y recata, y que gracias a ella, han podido después reimprimirse en mejores condiciones.

El tomo 36 de la *BAAEE* es particularmente valioso y de máxima curiosidad en la

colección. Prologado por don Adolfo de Castro en 1855, contiene “curiosidades bibliográficas” en “colección escogida de otras raras de amenidad y erudición”, con apuntes biográficos de los autores incluidos: Francesillo de Zúñiga, Juan de Arjona, Gregorio Morillo, Agustín de Horozco, Jerónimo Gómez de Huerta, Gaspar Lucas Hidalgo, Fadrique Furio Ceriol, Alfonso de la Torre, Francisco de Villalobos, Cosme de Aldana y don Juan de la Sal. El editor deja sin nota biográfica a don Diego Hurtado de Mendoza, cuyo *Diálogo de Caronte y Pedro Luis Farnesio,* escrito a imitación de Luciano, inicia el volumen, y en él se imprime por primera vez.

Si a la Biblioteca Rivadeneyra debemos gratitud por haber agrupado este racimo de rarezas, ella la expresa, y transfiere la nuestra a la hoy oscura y olvidada persona del mecenas que hizo posible ese volumen:

> El excelentísimo señor don José Manuel de Vadillo… deseoso de prestar un servicio a la literatura patria, se propuso costear un volumen de la *BAAEE* consagrado únicamente a publicar por vez primera o a reimprimir algunas obras importantísimas que por su rareza merecían ser más conocidas o perpetuadas en la memoria de las gentes para honor del ingenio español. Aceptada por el señor don Manuel Rivadeneyra, editor de la Biblioteca —dice don Adolfo de Castro en su prólogo—, la protectora e ilustrada oferta que por mi intervención se dignó hacerle el señor de Vadillo, sale hoy este tomo a luz, formado de diferentes joyas literarias.

De sus muchos autores, enfoquemos al doctor don Francisco de Villalobos. Nacido, según Tamayo de Vargas, en Toledo; según Capmany, en Castilla la Vieja, a poco más de la mitad del siglo XVI, alcanzó a ser el médico de cabecera de tres reyes: Fernando el Católico, Carlos V y el todavía príncipe Felipe II. Su opulenta clientela incluyó al duque de Gandía que hoy recibe veneración en los altares con el nombre de San Francisco de Borja. Gracián recoge en su *Agudeza y arte de ingenio* el que desplegó el doctor Villalobos para cobrar con una fuente de plata (Amicus Plato…) el servicio profesional de haber suprimido de un día para otro la fiebre del duque en camino de santo. Otras réplicas oportunas y agudas, y el favor de los grandes, ganáronle enemigos y envidiosos. Y cuando su ciencia fue incapaz de salvar la vida de la emperatriz Isabel, el fracaso le entristeció y le indujo al retiro. En su ancianidad de 70 años, compuso una canción a la muerte

> Venga ya la dulce muerte
> con quien libertad se alcanza;
> quédese a Dios la esperanza
> del bien que se da por suerte

que don Marcelino Menéndez y Pelayo *(Estudios de crítica literaria,* II, p. 93) aparea con las conocidas coplas al mismo tema de Santa Teresa y el comendador Escrivá: “Ven, muerte, tan escondida…” En su *Historia de las ideas estéticas en España,* don Marcelino apunta el valor y la conveniencia de que se estudie con mayor amplitud la obra de este Villalobos médico, poeta y filósofo. Que yo sepa, ese estudio no ha tentado a los eruditos.

Traductor de Plauto *(Anfitrión);* glosador de los libros 1º y 2º de la *Historia natural* de Plinio, su primera obra publicada (en 1498) fue un *Sumario de la Medicina en romance trovado, con un tratado sobre las pestíferas bubas, por el licenciado Villalobos, estudiante*

de Salamanca. Es grande lástima que este poema de las bubas, que el prologuista de la *BAAEE* compara con el famoso de *Siphilide* de Fracastor, émulo de las *Geórgicas* de Virgilio, no se haya incluido en la reimpresión que el volumen hace de sólo el *Libro de los Problemas que trata de cuerpos naturales y morales, y dos diálogos de medicina: el tratado de las tres grandes, la gran parlería, la gran risa y la gran porfía, con una canción y la comedia de Anfitrión*, tal como aparecen estos opúsculos reunidos en ediciones de 1543, 1544, 1550 (dos en este año) y 1574.

Los "problemas" se exponen en XLI "metros" —octavas octosílabas, o pares de cuartetas—, a que sigue una glosa de extensión variable y en prosa viva y bien humorada.

Los "metros" que el doctor Villalobos dedica a la vejez son del XVIII (p. 419 b) al XXII (p. 423 a). No cabrían aquí sus glosas completas: pero sí las interrogantes, y una o dos cucharadas de sus glosas. A ello, pues:

XVIII
¿Por qué los viejos amargos
pleitean tan sin medida,
pues es tan corta su vida
y los pleitos son tan largos?
Y, ¿por qué nunca escarmienta
un viejo cano, arrugado?
¿Por qué anda enamorado,
faltando la herramienta?

Glosa: "Aquí llama amargos a los viejos por las muchas y grandes amarguras que cargan sobre ellos con la triste senectud. Primeramente se hacen de complexión terrestre melancólica, que es una cualidad muy amarga y muy triste; pierden los dientes, con que han de comer, al tiempo que más necesidad tienen de mantenimiento; pierden la vista y el oír cuando es menester que tengan más vivos los sentidos; pierden el calor natural y el húmido radical, que es toda la consolación y la recreación de las potencias naturales, y en quien consiste la vida y el placer de todos los vivientes". "Pues si el viejo es tan ciego que no ve que ella se enamoraría antes de su acemilero que dél, mírese al espejo y ríase, y luego lo verá claro, especialmente sabiendo él que le falta la herramienta de los amores; conviene saber, las fuerzas corporales, la buena sombra del gesto, la disposición y las otras habilidades que nacieron para los amores".

Basta por muestra. Veamos el metro XIX:

¿Por qué se casa de gana
un viejo con mil dolores,
y que sufra sus hedores
una moza limpia y sana?
Cuando refrenar presume
el vicio que es del demonio,
por consumir matrimonio
su triste vida consume.

Glosa: "Gran locura es la del viejo que se casa con la mujer moza, porque hace locura cuando se casa, y hace otras muchas después de casado… Y acreciente el gasto con el bienaventurado nacimiento de los niños porque es cosa muy natural engendrar mucho los viejos en las mozas; las causas que hay para esto no se dirán aquí, por no tocar en cosas turpes y deshonestas; basta saber que ellos con pocos tiros matan muchos venados. Y digo que los matan, porque los pobres infantes, luego en naciendo, vienen condenados a huérfanos y pobres y desamparados del padre, porque se muere, y de la madre, porque se torna a casar si no es necia".

Refreno el impulso sádico-masoquista de citar aquella parte de la glosa que menudamente enumera las causas y las manifestaciones de un "hedor" senil que, como médico, analiza, y como viejo testimonia Villalobos. Havelock Ellis, en sus magnos estudios de psicología sexual, ha expuesto y profundizado en ese olfativo tema.

Menos cruel ni ensañado es con las viejas: pero no las exime de metro ni de glosa. Les dedica el XX y el XXI:

¿Por qué se pinta contino,
por qué se alucia la vieja,
por qué pone la corneja
tan rubia como oro fino?
¿No sabe que la vejez
no se encubre con color,
antes demuestra mejor
cuánto es más falsa la tez?
¿Y por qué es tan regalada,
por qué da tantas risillas,
por qué cuenta mil hablillas
de cuando era desposada?
¿Por qué pasa tanto afán
en hacer galas y ensayos,
y por qué tiene desmayos
y luego alcorzas le dan?

Glosa: "Las mujeres que cuando eran mozas fueron hermosas y se preciaban dello, nunca después pueden tragar la vejez, nunca pueden creer que son viejas; por tanto, para encubrir los defectos de la cara que han hecho los muchos días, que se van en un soplo, y los muchos tratos que ellas han dado siempre al cuero del rostro, que, aunque fuera un cuero de cabrón, le tuvieran ya estirado y envejecido; para cubrir, como digo, sus defectos, acuerdan de aluciarse y pintarse, como si aquello pudiera revocar la juventud, y como si por allí se engañase la vista de los hombres; y para desmentir las canas, pónense unas hebras de cabellos rubios, que así como en una moza parecen hebras de oro, en ellas parecen rabos de vaca colgados de una espetera pintada, para poner ahí los peines. Verdaderamente ninguna cosa hay tan vieja en el mundo como una vieja que quiere hacerse moza, que cuando se trata honestamente como vieja, algunas veces dicen que está fresca y que bien parece que fue hermosa; mas cuando hace granjerías de parecer moza, pone juntamente dos contrarios muy parecidos, para que el que es

manifiestamente falso haga descubrir y encarecer mucho más el verdadero”.

¡Ah, “problemas” de Villalobos aún no resueltos!

Uno, grave, es el de la “devaluación del peso”.

No; no se alarme el lector. No se trata del que ganamos y gastamos, ayer de papel, hoy metálico; ése es objeto, en las manos eficaces de economistas y financieros, de ponderación y medida en la que llaman “balanza de pagos”. Ahí lo pesan, valoran, cotejan, estiman y refuerzan, o devalúan.

Es otro el peso de que aquí nos ocuparemos: uno, de que —dueños alícuotas suyos, e indeclinables en la escarcela de nuestra craneana cavidad— podemos sentirnos comparativamente orgullosos, y relativamente seguros de que su posesión asegure nuestra solvencia a salvo de sorpresiva devaluación exógena: el peso, en gramos, de nuestro cerebro.

Comparativamente orgullosos, porque el cerebro del hombre es el más pesado entre las especies que acompañan su vida en la Tierra. Pesa un kilo 375 gramos. Sólo el de una ballena, por razón de la magnitud corporal de este cetáceo, le derrota en ponderación con los siete kilos en que consiste. Los demás mamíferos, y aun ovíparos, de más frecuente convivencia pacífica con el hombre, rinden en la báscula los pesos cerebrales siguientes: el caballo, 520 g; el chimpancé (nuestro pariente pobre más próximo o con más acusado aire de familia), 400 g; el perro, 102; el gato, 32; la gallina, 3.4; la paloma, 1.9; el gorrión, 0.84 gramos.

Los sabios explican la superioridad del “rey de la creación” en función del peso, que califican de “enormemente alto”, de su cerebro. *Grosso modo*, el reparto parecería proporcional (según el sapo, la pedrada). Aunque yo ignore lo que pese un gorrión, me parece muy propio de su tamaño un peso cerebral de 0.84. Que una gallina de un kilo de peso entrañe el desperdicio para la mesa de 3.4 gramos de sesos que no podemos servir en vinagreta ni rebozados, me parece un acierto gastronómico de mamá Natura. Ciento dos gramos de cerebro en mis perros, que no he pensado todavía en comerme, parecen bastarles a mostrar una inteligencia que ya quisieran muchos portadores de un kilo 375 insospechados gramos de materia gris arrinconada debajo del sombrero, si todavía lo usan. Y el medio kilo corrido de sesos de un caballo, cuya inteligencia se encomia, parece un avaro reparto de la riqueza cerebral en los muchos kilos que seguramente pesa ese llamado noble bruto.

Pero no es sólo el peso lo que establece, por modo irrefutablemente histórico, la superioridad del *Homo* más o menos *sapiens*, sino el desigual privilegio de la plusvalía que, desde su nacimiento, le beneficia, a injusta diferencia de los demás de sus compañeros en la escala zoológica. Pues mientras en los monos antropoides el peso del cerebro aumenta muy poco desde su nacimiento (unos 25 gramos), en el hombre se duplica durante el primer año de vida, y al final de su desarrollo total, su peso es triple del que tenía al nacer. Quiere decir que (como nos consta si hemos visto nacer perritos en casa, o gorriones, y niños en la ajena), los animales “inferiores” nacen ya más completamente desarrollados, y crecen más de prisa, que los niños. Éstos siguen indefensos, atenidos a pilmamas, papás, mamás, porque todavía falta mucho para que llegue a desarrollarse su cerebro (a diferencia del animal), aún inconcluso y en proceso cuando la partera los extrae o la mamá los expulsa, emite, expele.

Los sabios aducen que la índole extraordinariamente complicada de este órgano necesita más tiempo que el necesario para el desarrollo del cerebro en los demás mamíferos, incluso los situados más arriba en la escala zoológica, que en comparación con el del hombre tienen

muchas menos formaciones singulares. En el hombre actual, la corteza cerebral, con sus 14000 millones de células ganglionares, instaladas en 2200 centímetros cuadrados, representa una riqueza a cuyas facultades debe su feliz dueño la situación que le distingue. Con sus actos, ha construido la sabiduría por la cual conserva su existencia. En ese peso —tan aparentemente escaso para el total de sus 80 o más kilos brutos de huesos y de carne— guarda el tesoro de sus facultades sensoriales y motoras: la memoria, el lenguaje; un laberinto de circunvoluciones y cisuras custodia esa riqueza.

Riqueza más duradera que el resto de sus kilos de huesos, dientes, músculos, glándulas endocrinas, en constante devaluación a partir del clímax de su desarrollo. Cuando el capital de la ligereza ("las mañas y ligereza / y la fuerza corporal de juventud / todo se torna graveza / cuando llega al arrabal / de senectud") se va agotando, el kilo y medio de cerebro perdura y luce, bien administrado, en la vejez. Y lejos de padecer devaluación, rinde amplios dividendos, proporcionales a la previsión que se haya observado de invertir ese humilde peso en la compra oportuna de la sabiduría.

Fernando de Pulgar, toledano, criado en la corte de los reyes don Juan II y Enrique IV, culminó su carrera de "escribano" como secretario, consejero y cronista de los Reyes Católicos. Llamado por la reina en 1482 para escribir la crónica de los reyes (a la sazón de Andalucía), los siguió en sus viajes y expediciones, y pudo así testimoniar la mayor parte de los hechos que alcanzan en sus *Claros varones de Castilla* publicados en 1500, después de su muerte, hasta la toma de Granada en 1492.

Aparte esa crónica, anexas a sus ediciones (Sevilla, 1500; Alcalá, 1528; Madrid, 1789), nos quedan sus *Letras*, o cartas, que en número de XXXII podemos leer en el tomo 13, pp. 37 a 60, de la Rivadeneyra. La Letra I, dirigida al señor doctor Francisco Núñez, físico, es la única que en su título declara su contenido. Mientras las otras 31 se rotulan "para un caballero que fue desterrado del reino", o "para el arzobispo de Toledo", o "para el rey de Portugal", o "para la reina", el condestable, el señor D. Enrique, tío del rey, o don Íñigo de Mendoza, o "para su fija monja", varios obispos, cardenales, priores, esta primera declara ser "contra los males de la vejez".

El "físico" a quien la dirige, y a quien burlonamente llama "de Médicis", Francisco Núñez, no habrá sido lo que la medicina moderna llama un geriatra. Pulgar, empero, lo consulta, por carta como si lo fuera:

> Yo, Fernando de Pulgar, escribano, paresco ante vos y digo: que padeciendo dolor de ijada y otros males que asoman con la vejez, quise leer a Tulio, De Senectute, para haber dél para ellos algún remedio: e no le dé Dios más salud al ánima de la que yo fallé en él para mi ijada. Verdad es que da muchas consolaciones, e cuenta muchos loores de la vejez; pero no provee de remedio para sus males. Quisiera yo fallar un remedio tan sólo más por cierto, señor físico, que todas sus consolaciones… así que para las enfermedades que vienen con la vejez, hallo que es mejor ir al físico remediador, que al filósofo consolador.

Lo que sigue en su "letra" es una impugnación minuciosa, y hecha del más donoso humor, de las excelencias que Tulio (Cicerón) encuentra y encomia en su famoso *Diálogo*. No tenemos espacio para seguirlo en todos sus argumentos, ni en la glosa de los ejemplos de ancianidad ilustre en que Cicerón apoya —y Pulgar derriba— su alabanza de la vejez; pero sí para exhumar unos cuantos de los reparos que opone Pulgar —con prequevedesco sentido común castellano— a las ciceronianas excelencias de la senectud.

E porque loa eso mismo Tulio la vejez de templada, porque se aparta de la lujuria y de los otros excesos de la mocedad, sea preguntado ¿si los viejos usan de esta templanza porque no pueden, o porque no quieren? Dígolo, señor físico, porque a vos y a otros hombres honrados y viejos he oído loar esta templanza, e loar e deleitarse tanto en la destemplanza de su mocedad pasada, que parece faltar la obra porque falta el poder, que está ya tan seco cuando está verde el deseo para la obra si pudiese; así que no sé yo cómo loemos de templado al que no puede ser destemplado. E si el viejo quiere volver a usar de las lujurias que dejó con la mocedad, ya vedes, señor doctor, cuán hermoso le está andar envuelto en las cosas que su apetito le tienta e su fuerza le niega.

Loa también la vejez porque está llena de autoridad e de consejo; e por cierto dice verdad, como quiera (aunque) que yo he visto a muchos viejos llenos de días e vacíos de seso, a los cuales ni los años dieran autoridad, ni la experiencia pudo dar doctrina, e ser corregidos de algunos mancebos. E si algunos viejos hay que sepan, aun éstos dicen: “Si supiera cuando mozo lo que agora sé cuando viejo, otramente hubiera vivido”; de manera que si el mozo no face lo que debe porque no sabe, menos lo face el viejo, porque no puede.

Loa también el señor Tulio la vejez porque está cerca de ir a visitar a los buenos en la otra vida; e desta visitacion veo yo que todos huimos, e huyera asimismo Tulio si no le tomaran a manos, e le enviaran su camino a hacer esta visitación que mucho loó, e poco deseó. Porque hablando en su reverencia, uno de los mayores males que padece el viejo es el pensamiento de tener cercana la muerte, el cual le face no gozar de todos los otros bienes de la vida, porque todos naturalmente querríamos conservar este ser, y esto acá no puede ser, porque cuanto más esta vida crece, tánto más decresce; e cuanto más anda, tanto más va a no andar. E lo más grave que yo veo, señor doctor, es que si el viejo quiere usar como viejo, huyen dél; si como mozo, burlan dél. No es para servir, porque no puede: no para ser servido, porque riñe; no para en compañía de mozos, porque el tiempo les apartó la conversación; menos le pueden convenir los viejos, porque la vejez desacuerda sus propósitos…

Así que, señor físico, no sé yo qué pudo hallar Tulio qué loar en la vejez… e por tanto, sintiéndome muy agraviado de las consolaciones e pocos remedios de Tulio, De Senectute, como de ningunas e ningún valor, apelo para ante vos, señor Francisco de Médicis, e pido los emplastos necesarios saepe et instantive; e requiero que me remediéis, e no me consoléis.

¡PASA JUANA AL DIVÁN!

MEZCLE usted dentro de la coctelera de un hábito de monja jerónima, estos ingredientes: la inspiración de Pita Amor (pongamos por poetisa), el prestigio intelectual de Amalia Castillo Ledón, la erudición de María del Carmen Millán y la cara linda de María Félix. Agítelos sobre hielo picado; sírvalo en copa champañera; bébalo. Y tendrá una aproximación a la embriaguez, a la admiración (y a la ignorancia intrínseca) con que en su época, los contemporáneos de Sor Juana Inés de la Cruz paladeaban en ella todas éstas, y otras más, cualidades reunidas en una sola, deslumbrante, persona.

La *Fama y obras póstumas* empezaron a acumular polvo de olvido sobre su túmulo celebrado. Sobrevino un siglo XVIII olvidadizo; le siguió un XIX guerrillero, Santa-Annegado, demoledor de conventos. Por 1873 volvió Sor Juana a atrever al siglo una tímida cabeza: cuando el ecuatoriano Juan León Mera merodeó su biografía y osó un “juicio crítico sobre todas sus producciones”, en *Obras selectas de la célebre monja de México,* Quito. El mismo año en que empiezan a desatarse balbuceantes descubrimientos de ella en las plumas de Gustavo Baz (uno anterior), del inevitable don Pancho Sosa, del recatado don José María Vigil, de Sedano, de Aurelio Horta.

Ya para 1885 don Francisco Pimentel ha sudado la gota gorda de su *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México,* que refunde en 1890 con saña especialmente asestada contra la poesía. Y en el robusto volumen, pone el retrato, que tanto ha de popularizarse, de la linda, giocondesca religiosa, con su gran escudo al pecho.

La cosa culmina cuando el “maestro de toda erudición”, el Pimentel de Santander, don Marcelino, le perdona la vida y la admite en su *Antología de poetas hispanoamericanos* de 1893. Después de semejante espaldarazo, ya para entonces, y en los años siguientes, Sor Juana tiene, ¡alma mía de mi alma!, que codearse en antologías con cuantos aproximados congéneres la depare por compañeros el capricho impune de sus compiladores. Sus liras, sus sonetos, sus décimas (y, sobre todo, las indispensables redondillas contra los “Hombres necios”) comerán en el mismo pesebre que los salmistas, o que don Porfirio Parra, sin que ella, ni nadie en su nombre, o representación, o defensa, pueda desfacer ni amenguar el entuerto.

El nuevo siglo XX le empieza a ser menos infausto. El buen don Luisito González Obregón la trata con respeto y la pone aparte. Unos jóvenes, decididos a revisar de primera mano la historia literaria, fundan el Ateneo de México (Alfonso y Cía., S. A.) y uno de ellos, José Escofet, produce la primera conferencia sensata sobre la monja.

Pero son todavía tiempos románticos, o neo-románticos. Amado Nervo saborea su fama de poeta filosófico; y, generoso, concede dividendos de su propio capital a la Juana de Asbaje que lame, dulce, en 1910.

Después, el diluvio: la *Inundación castálida,* como quien dice, de ditirambos: de arrimar la propia sardina de una menguada, postiza, recalentada erudición al fuego cada vez más vivo de una monja Fénix que parece a punto de resurgir de sus olvidadas, frías, ahora revueltas, cenizas. La toma entonces por su paciente, madura, sabia cuenta el polígrafo, psicólogo, educador don Ezequiel A. Chávez. Y emite en 1931 el que con la modestia en él característica llama *Ensayo de psicología de Sor Juana Inés de la Cruz:* 454 páginas. Es como su *Ensayo de psicología de la adolescencia,* de que decía A. C. que lo empieza uno a leer en la adolescencia, y lo acaba en la senectud.

Por fin, en 1951 —fecha que se creyó centenario de su nacimiento, mientras Alberto G. Salceda no cometió el indiscreto hallazgo de comprobar que se quitaba tres añitos— el verdaderamente sabio Alfonso Méndez Plancarte le hizo a Sor Juana completa, sólida justicia con la publicación de sus *Obras completas;* estudiadas a fondo, con abatimiento de eruc-ditos a la violeta.

Cada época, pues, le ha aplicado los reactivos de que dispone. Todos en ella han puesto sus manos; para quitarle, más que para añadirle.

Hace unos años, se puso en moda el psicoanálisis. Ahora acaba de aparecer en castellano el que Ludwig Pfandl hizo de Sor Juana y publicó en 1946. Lo publica la universidad —el Instituto de Investigaciones Estéticas— con entusiasta prólogo de Francisco de la Maza, y en pulquérrimo castellano del sabio Juan Antonio de Ortega y Medina.

Era —hasta el día— lo que le faltaba a Sor Juana: llevarla al diván, interpretar sus sueños, diagnosticarle el edipismo, la “cavilosidad” neurótica: valuar su climaterio. Si se hallaran, por ventura, sus restos, los antropólogos se arrojarían a roerlos en busca de datos físicos que comprobaran, o derribaran, este divertidísimo psicoanálisis.

A Sor Juana —como a su valle de México— le llueve en los días de su aniversario más de la cuenta.

Es habitual, o inevitable, que por el 12 de todos los noviembres se acuerden de ella las cultas damas locales, la conmemoren en reuniones, reciten sus versos, y en las escuelas rumien profesores y alumnos el malvavisco de su elogiosa biografía, hervida hasta su capacidad de

deglución. Pero no me refiero a ese chipichipi.

Mencioné antes el psicoanálisis de la poetisa por Ludwig Pfandl que acaba de publicar la universidad: *Juana al diván.* Otra hermosa, robusta edición de la casa de estudios: *Estudios de historia de la filosofía en México* (publicada a propósito del XIII Congreso Internacional de Filosofía celebrado en septiembre con reunión "en la ciudad de México [de] pensadores de todos los pueblos, naciones y estados de nuestro planeta, para dialogar sobre algunos problemas filosóficos"), rescata a Sor Juana del diván oneiromántico del psicoanalista para sentarla en la cátedra: para instalarla en el simposio de los filósofos mexicanos. Ahora ya no en la bochornosa compañía de las neuróticas o hipováricas más des o acreditadas de la historia, sino en la galería de los filósofos y pensadores mexicanos que en las 22 páginas del volumen van, de la mano —ihuémac— del doctor León-Portilla, de Quetzalcóatl, Nezahualcóyotl, Tlacaélel y el socrático Tecayehuatzin, a las de los demás historiadores de la filosofía, que la pescan ya hispanizada y vitoriosa con fray Alonso de la Vera Cruz —iniciador en 1540— y la urden, zurcen, concatenan y persiguen a través de la Colonia, hasta el cura Hidalgo, Barreda, Caso, Vasconcelos, y Samuel Ramos.

Nepantla, o sea en medio: cuna significativa u ominosa de Sor Juana (ya desde el punto de vista de Pfandl, ya desde el del autor que en este otro libro la inviste la toga y el birrete que el maestro Caso fue el primero en atreverse a lucir en público): en la frontera, aduana o transición entre la escolástica importada, embotellada de origen, desde el siglo XVI, y la modernidad filosófica "firmemente constituida con los pensadores de la segunda mitad del siglo XVIII", ahí la instala don Rafael Moreno, quien nos advierte que "los orígenes del pensamiento moderno mexicano se sitúan en los primeros autores en que existe, o una actividad intelectual que coincide de alguna manera con la modernidad, o un conjunto de doctrinas que señalan claramente la transición de lo tradicional a lo moderno. Tales son Sor Juana Inés de la Cruz y don Carlos de Sigüenza y Góngora".

Como Pfandl, don Rafael Moreno acude a dos obras de Sor Juana para probar su tesis: el *Primero sueño* (que el primero diseca en rescate de símbolos sexuales) y la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz* (en que el primero, con igual fruición, encuentra y subraya confesiones y autocrítica útiles a su diagnóstico).

Don Rafael Moreno elige esas mismas dos obras porque encuentra en ambas "un pensamiento que mucho se acerca o coincide con el espíritu de los nuevos tiempos. Si en la *Respuesta* defiende la libertad de la crítica y señala el objeto del entendimiento, así como la función ancilar de la filosofía respecto de la teología, en el *Sueño*, a través de imágenes poéticas, expone ideas sobre la razón, el método para conocer, el fracaso que implica la búsqueda de la verdad".

Menciona el autor dos precedentes de su enfoque: un artículo de F. López Cámara: "El cartesianismo en Sor Juana y Sigüenza y Góngora", y el estudio del doctor José Gaos "El sueño de un *Sueño"*. Y en las 13 páginas que consagra a la monja, de las 56 en que estudia y expone *La filosofía moderna en la Nueva España*, extrae, exprime, ordeña de *Sueño* y de *Respuesta* pruebas muy suficientes de que un poema que guarda tan clara relación "con la temática contemporánea sobre la duda, el desengaño y el sueño", no sólo hace legítima la inclusión de Sor Juana (para el común de los mortales, sólo poetisa: para los recientes psicoanalistas, necesitada de equanil, espartace o marido): sino indispensable y honrosa, en

una galería de filósofos mexicanos, y en el amplio Nepantla que en los terrenos anchurosos de las filosofías importadas al jardín hoy urbanizado y pedido: a la Academia gimnástica y sofística de Tecayehuatzin, van de Aristóteles… a Sartre.

Vossler, Gaos, Pfandl, Moreno ahora, mondan la fruta de Sor Juana, no ya, como Méndez Plancarte, para darnos a saborear su dulcísima carne poética: sino más hondo: en busca de su amarga almendra filosófica. Nos dan así —ya ella lo dijo—: "Dos dudas en qué escoger". Pensemos que tan múltiplemente asaltada, ella ha de volver a preguntarse: "En perseguirme, mundo — ¿qué interesas?"

SOR JUANA RECIBE

*(*EL CONFORTABLE *penthouse que Sor Juana habita en el cielo. Estantes llenos de libros bien empastados. Una ancha mesa de trabajo; recado de escribir. Sillones frailunos. Puertas laterales, al baño y a la alcoba. Es de mañana, el 12 de noviembre.)*

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ
DON CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA

SOR JUANA.—Eso no está bien. ¿Qué objeto tiene, aquí? En el mundo, pase. Yo misma, lo admito, llevaba un cuidadoso registro de los cumpleaños de mis amistades. Y solía enviarles, con un regalo, versos. ¡Pero hace ya tanto de eso!

DON CARLOS.—No hace tanto. El día cuatro, ¿no me enviaste un reloj, con una décima?

SOR JUANA.—Es muy distinto. Somos amigos viejos. Todo vale entre nosotros. ¡Pero estos advenedizos, estos recién llegados!

DON CARLOS.—Son tus admiradores. Te quieren saludar, brindar contigo. . . Tienes que recibirlos; no puedes negarte.

SOR JUANA.—¿Cuántos son?

DON CARLOS.—Pocos. Si quieres, yo me quedo a acompañarte. Y me encargo del buffet.

SOR JUANA.—Sea por Dios. Pero antes infórmame de ellos. ¿Son mexicanos?

DON CARLOS.—Casi todos.

SOR JUANA.—¿Sabios?

DON CARLOS.—Casi ninguno.

SOR JUANA.—¿Qué hacen pues aquí?

DON CARLOS.—Se aburren. Como nosotros.

SOR JUANA.—Quiero decir: ¿por qué están en la gloria?

DON CARLOS.—Sus contemporáneos se las atribuyeron. Cada cual, a su turno, ha sido una gloria nacional.

SOR JUANA.—Y yo, ¿qué tengo en ello que ver?

DON CARLOS.—Ellos te han estudiado, leído, comentado. Si me hicieras caso…

SOR JUANA.—Siempre te lo hago…

DON CARLOS.—…leerías los recortes que suelo traerte, y estarías enterada de lo que estos señores han dicho sobre ti. No pasas de moda. Sigues siendo, como en nuestros felices tiempos, la Décima Musa.

SOR JUANA.—Los leo, los leo siempre. Unos copian a los otros. Dicen todos lo mismo. ¿Cómo quieres que me interesen, ni que los recuerde?

DON CARLOS.—Eres injusta. Tus obras completas, esa edición tan bonita, ¿no te satisfizo?

SOR JUANA.—¿La del padre Plancarte? Sí. Esa sí. Lástima que no la haya concluido.

DON CARLOS.—Pero él está aquí. ¿No querrías conocerlo? ¿Platicar con él? Son dos hermanos.

SOR JUANA.—Tú ganas. Que venga pues el padre Plancarte.

DON CARLOS.—Pero no está solo. Preside una comisión de académicos que completan… déjame ver… mi tocayo González Peña… Julio Jiménez Rueda… y don Artemio de Valle-Arizpe.

SOR JUANA.—¿Académicos?

DON CARLOS.—Sí. De la lengua.

SOR JUANA.—¿De qué lengua?

DON CARLOS.—La castellana, por supuesto. Es la Academia Mexicana correspondiente de la Española. Agrupación reciente. No existía en nuestros tiempos.

SOR JUANA.—Ni falta que hacía. ¿O sí?

DON CARLOS.—No mucha. Pero si todavía viviéramos, siento decirte que ni tú ni yo seríamos sus miembros. Tú, porque no admiten a mujeres. Yo, por sabio.

SOR JUANA.—Y estos… académicos, ¿me han estudiado?

DON CARLOS.—Te han leído, y escrito acerca de ti. En sus historias de la literatura mexicana, González Peña y Jiménez Rueda. Éste te escenificó. Don Artemio te ha mencionado muchas veces. Es el que llegó hace dos años, todo colonial. Vamos: el que te trajo chongos zamoranos.

SOR JUANA.—Estaban buenos. Un poco pasados de almíbar. Empalagosos. ¿Quiénes más?

DON CARLOS.—Hay otra comisión, que preside un tal… Francisco Pimentel. Dicen que son los porfiristas. José María Vigil, Luis González Obregón…

SOR JUANA.—¡Ah, Pimentel! Por ahí tengo su Historia crítica. Cretino. Vigil… Vigil… Ya sé: un librote gordo, *in folio*, relleno de poetisas mexicanas…

DON CARLOS.—Viene también un poeta…

SOR JUANA.—Sigue habiéndolos. Más que estiércol.

DON CARLOS.—Se llama Amado Nervo. Y ha escrito tu vida: Juana de Asbaje.

SOR JUANA.—Y… ¿poetisas?

DON CARLOS.—No es mexicana, pero sí: Gabriela Mistral. Muy tu admiradora.

SOR JUANA.—Yo sabía de otras…

DON CARLOS.—Sí, Pero todavía no se mudan acá. Los homenajes te los rinden allá en la tierra: veladas literarias, la UFIA y cosas así…

SOR JUANA.—Las aguardaremos. No hay prisa. ¿Son todos?

DON CARLOS.—Está también Xavier Villaurrutia. Publicó tus sonetos.

SOR JUANA.—Son pues diez, ¿no? ¿Cabrán aquí?

DON CARLOS.—Falta uno. ¿Cómo anda tu alemán?

SOR JUANA.—¿Mi alemán?

DON CARLOS.—Claro está que él sabe español: de otro modo, no habría podido leer tus obras. Pero supongo que preferirá charlar contigo en su lengua.

SOR JUANA.—¿Te refieres a Vossler? Ya conozco su libro.

DON CARLOS.—No. Éste es otro. Te ha psicoanalizado, puesto a flote tus complejos, descifrado tus sueños. Se llama Ludwig Pfandl.

SOR JUANA.—¡Qué escasez de vocales! ¿Qué es lo que dices que ha hecho conmigo?

DON CARLOS.—Psi-co-a-na-li-zar-te. Es una ciencia nueva que allá está de moda. Te hurgan, y lo averiguan todo de ti, aun lo más oculto.

SOR JUANA.—¿Y… su diagnóstico?

DON CARLOS.—Prefiero que él te lo dé.

SOR JUANA.—¿Así es de grave?

DON CARLOS.—Según se mire. Y Acaba de llegarme otro libro, en que nos estudian juntos, a ti y a mí.

SOR JUAN.—¡Cuánto honor!

DON CARLOS.—Nos declaran filósofos, precursores. Estudian tu angustia heideggeriana. Resultas casi existencialista. También estudian mi Libra astronómica y filosófica.

SOR JUANA.—¿Quién hace todo eso?

DON CARLOS.—Rafael Moreno. No es muy famoso todavía. Se apoya en Gaos. De Gaos sí habrás oído hablar…

SOR JUANA.—No creo. Y ese Moreno, ¿ha venido en esta… excursión?

DON CARLOS.—No. Aún alienta. Es cosa de aguardar.

SOR JUANA.—Lástima.

DON CARLOS.—¿Lástima?

SOR JUANA.—Es que me habría gustado encerrarlos juntos, a ese Pfandl y a este Moreno.

DON CARLOS.—¿Para que Pfandl psicoanalizara a Moreno?

SOR JUAN.—Por ejemplo. Sería doblemente divertido. Y dime: ¿a qué hora piensan venir?

DON CARLOS.—Tú dirás. Logré disuadirles de venir a despertarte con las mañanitas. Los ángeles no se las saben. Si te parece, los citaré para el chocolate de las cinco. Son las… doce. Hay tiempo.

SOR JUANA.—Sí. Es cosa de quitarme los tubos y peinarme un poco. Las cinco está bien. Hasta entonces, pues.

DON CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA *aborda su nube convertible rumbo a la pastelería. Sor Juan empieza a desenrollar, cepillándolos, sus largos, sedosos cabellos. Y cae el*

TELÓN

TEATRO Y JUVENTUD

LA REVISTA *World Theater,* órgano de lujo del Instituto Internacional de Teatro sostenido por la UNESCO, y que aparece con números especializados en la forma de verdaderas monografías cuatro veces al año, consagra el último aparecido al tema apasionante del teatro y la juventud.

Los días 7, 8 y 9 de abril del año pasado, en la Casa de la UNESCO, en París, se celebró una primera conferencia internacional sobre este tema. Autoridades mundiales en educación y en arte dramático deliberaron en mesa redonda, no sólo las cuestiones capitales de la educación de los jóvenes por medio del teatro, sino los principios de una viva y permanente colaboración que promueva esta idea en escala internacional. Los resultados de aquella conferencia: la comunicación mutua de experiencias y observaciones en el campo del teatro para los jóvenes, que incluye el teatro infantil, nutren en interesantísimos artículos e ilustraciones este hermoso número del *World Theater.*

Si las resoluciones específicas de la conferencia rebasan el campo de esta glosa e incumben de manera particular a las autoridades educativas y artísticas de cada país, las dos resoluciones generales merecen citarse. Recomiendan: *1)* que los gobiernos nacionales y las autoridades educativas hagan el uso más amplio del juego dramático en las escuelas, los grupos juveniles y todas las instituciones educativas similares; *2)* que a este fin, se otorguen todas las facilidades para capacitar a los maestros, los líderes juveniles de grupos, y los directores potenciales, en las técnicas adecuadas. La conferencia comprende la vasta naturaleza del problema; pero desea insistir en la absoluta necesidad de un alto grado de formación entre estos maestros, sin desconocer que cada país habrá de tratar este problema de acuerdo con las condiciones de su sistema educativo y de su teatro.

Es satisfactorio advertir que aunque a causa de sus crónicas limitaciones presupuestales, México no concurrió a la conferencia parisiense de teatro para jóvenes, en donde hubiera podido informar de lo que ha hecho en ese terreno de la educación por y para el teatro, el punto de arranque y de vista que desde hace seis años movió al INBA a organizar en gran escala temporadas anuales de teatro para la población escolar del Distrito, coincide con el sustentado y expuesto por aquella conferencia, y hace decir a M. León Chancerel:

> Tengo la convicción profunda de que los espectáculos de alta calidad humana, artística y técnica, especialmente concebidos y realizados para la juventud y para la infancia, por artistas y artesanos conscientes de la grandeza de tan magnífica tarea y de las responsabilidades que entraña, pueden contribuir grandemente al progreso espiritual de los pueblos y a la extensión de la cultura y el buen gusto. Prepararán generaciones de espectadores, de críticos y de creadores informados, al mismo tiempo que ofrezcan a los poetas, a los directores de escena, a los actores de nuestro tiempo, una excepcional y auténtica oportunidad de investigación, de renovación y frescura, de evasión de las convenciones y los moldes, de los lugares comunes y de tantas otras trabas a su libre inspiración, al ofrecerles un público inmenso —el más exaltado de los públicos—, un público todavía no deformado, no sofisticado; entusiasta y exigente, magníficamente exigente… Desde el día en que esto se entienda, yo declaro que una nueva brisa henchirá las velas del viejo navío Teatro, y lo llevará hacia las más nobles, puras y embriagadoras regiones de la poesía y de los artes y oficios de la representación.

Si en algún país era hace seis años urgente plantearse el rescate del teatro, y pensar muy primordialmente en la creación de un público futuro, asomado en el tiempo oportuno de las primeras impresiones infantiles a la revelación milagrosa de la escena, era en México donde debía emprenderse una tarea que ahora cotejan entre sí los demás países que en diversas medidas han desarrollado el teatro infantil. Absortos, como los adultos, por el cine; a riesgo mayor de quedarse en él como único espectáculo en su experiencia, las temporadas anuales

que disfrutaron en Bellas Artes abrieron un camino que debe ciertamente continuarse, con aprovechamiento de las experiencias que ellas acarrearon, y de las enseñanzas que pueden derivarse de la Conferencia Internacional de París.

Si se clama con derecho, por un teatro permanente para los adultos, la comprensión de los frutos espirituales que puede aportar a la educación, aconseja la permanente vigencia de un teatro infantil que puede sostenerse solo.

George Devine, director del Young Vic, extrae de su experiencia en el teatro infantil esta observación, que es válida seguramente en todos los países: "El teatro infantil parece hacer surgir a toda una pléyade de sentimentalistas que creen saber lo que gusta a los niños, o lo que debe gustarles". Basta, en efecto, hojear las obras "para niños" de cualquier repertorio o concurso, para comprobarlo, y para advertir que si se quiere servir a los niños con el teatro, hay que servir al mejor teatro, y tener en cuenta un conocimiento profundo de las reacciones y de la psicología infantil.

El Congreso de Teatro Infantil celebrado en Los Ángeles, en julio de 1951, escuchó la lectura de un trabajo sobre "La fantasía y el arte del teatro" debido al doctor Herbert Kupper, del Instituto Psicoanalítico de Los Ángeles, que habría desconcertado por sus postulados a los creyentes en la infancia como la edad de oro y la felicidad del hombre. Según el doctor Kupper, que comienza por destruir ese mito, la niñez es un periodo a la vez feliz y tormentoso, miserable, del que el niño se salva gracias a su mala memoria o por sus facultades de olvido. La existencia de emociones inexpresadas hace que el uso de las diversiones colectivas, y especialmente del teatro, sea indispensable para ayudar a los niños a exteriorizar esas tempranas emociones. Ver una obra en escena, y participar en sus emociones y conflictos, es una especie de terapéutica en grupo.

Según el doctor Kupper, el niño carece de las armas para afrontar la realidad. Su vocabulario es reducido. No puede arriesgarse a perder el amor de sus padres con expresar todos sus sentimientos. Recurre pues a un compromiso e inventa historias. En ellas, toma elementos del mundo real y los emplea a su modo. Miedos y compañeros imaginarios de juego no son parte de la ingenuidad infantil; son tentativas serias por dominar sus sentimientos internos del único modo a su alcance.

El cuento de hadas ordinario le permite al niño vivir sin culpa sus propios sentimientos. Hansel y Gretel se pierden porque abandonan a su madre. Una bruja quiere comérselos. Ellos vencen a la mala bruja. ¿Por qué, se pregunta el doctor Kupper, tiene este cuento un atractivo tan universal?

El niño ama a su madre, y sin embargo, le profesa resentimiento por determinadas frustraciones. Ella representa para el niño a dos personas: es a la vez la madre amada y buena, y bruja mala. En la historia, los niños acaban por derrotar a la bruja y por volver al lado de su buena madre. Su miedo a ser comidos es el típico miedo de los niños que quieren morder a los demás, o comérselos. El cuento muestra además el deseo infantil de escapar de sus padres y volverse independientes, aun cuando sean claros los riesgos de semejante aventura. Se trata de sueños típicos de los niños que se sienten impotentes. Recuérdese el horrible castigo que aguarda a los golosos, en el cuento del rey Midas.

La conclusión del estudio del doctor Kupper es una que educadores y dramaturgos para niños deben tener en cuenta. Se trata, con los niños como público y como materia, de seres

frágiles que deben soñar. “Que sus sueños se lleven a la escena; pero reconciliándolos con el mundo real.”

Si pudiera darse una fórmula para el teatro infantil, ella habría de responder con claridad a las especificaciones que hacen buena a una obra para adultos. Debe el niño poder identificarse con el protagonista; el conflicto debe ser fuerte y claro, y la crisis resolverse antes del final; el personaje con quien el niño se identifique debe vencer, porque el niño debe sentirse capaz de resolver problemas y triunfar donde otros fracasan; el argumento debe ser claro y continuo su desarrollo; debe ofrecer oportunidades de aventura, ya que entraña una experiencia catártica para los sentimientos inexpresados del niño; debe ser razonablemente realista; esto es, apoyarse en experiencias comprobadas ya por el niño, y de las cuales pueda partir su fantasía; la intriga debe —implícitamente— poseer un valor social, o artístico, o literario, fuera de su interés dramático; la acción debe en la obra privar sobre el diálogo; la actuación debe ser sincera y convincente. Y por último deben preverse las reacciones y la participación del público infantil durante la representación; sus risas, su comunicación entre sí, su inquietud, síntomas todos de su verdadero interés en lo que ve.

EL DRAMA DEL DRAMATURGO

EN RECIENTE ojeada sobre la dramaturgia norteamericana contemporánea, Henry Hewes comienza por asentar que no parece haber en ese campo más que dos muy distantes categorías: los jóvenes que prometen y los grandes autores. Lo que vuelve distantes a esas dos categóricas categorías es el hecho innegable de que entre los grandes autores dramáticos contemporáneos no cuentan más que dos nombres consagrados por la fama y por la fortuna: los de Tennessee Williams y Arthur Miller; en tanto que entre los jóvenes que prometen, que aspiran a emularlos, se fragua un purgatorio teatral en que las condiciones militan contra la posibilidad de que alguna vez realicen lo mejor que hay en ellos.

En contraste con este espectáculo de pobreza o de escasez de buenos dramaturgos, los años que siguieron a la primera Guerra Mundial vieron en los Estados Unidos surgir una larga lista que incluía a Eugene O’Neill, a Paul Green, a Maxwell Anderson, a Sydney Howard, Elmer Rice, Robert Sherwood, Philip Barry.

¿Cuáles son esas condiciones que ahora nos reducen a dos dramaturgos de primera fuerza y venta segura? Hewes las analiza, y encuentro ilustrativo citar su clasificación.

1. Los altos costos de la producción. Los fracasos cuestan hoy de cinco a diez veces más que en los veintes, y esta circunstancia hace difícil que el autor de lo que no se esté seguro de que será un *hit*, encuentre productor para su obra. Puesto que un manuscrito no es realmente una obra hasta tanto no se lleva a la escena, los autores desisten de desperdiciar meses de trabajo que no cuentan con más que una escasísima probabilidad de realizarse.

En el mejor de los casos, al ponerse su obra, sigue operando el factor costo. Productores y directores, nerviosos ante las fuertes sumas de capital involucradas en el resultado, y sabedores de que los altos costos de operación no permitirán que una obra mediocre o simplemente buena corra por largo tiempo, le imponen al dramaturgo condiciones que

ocasionan que el resultado final sea completamente distinto de lo que él se había originalmente propuesto. Si su obra es un éxito, no siente que él sea el responsable; y si resulta un fracaso, puede echarles la culpa al productor y al director. En cualquier caso, habrá perdido su identidad y su confianza en sí mismo.

2. La competencia de otros medios. Televisión, radio y cine ofrecen remuneraciones más altas y seguras, y requieren menor habilidad. El dramaturgo en potencia se siente razonablemente tentado de ingresar en uno de estos campos, sobre todo si tiene responsabilidades de familia. Si bien no hay razón para que un autor de televisión no pueda regresar al teatro con una buena obra, ello no suele suceder. Una vez preso en la rutina de satisfacer los requisitos de un manuscrito comercial de televisión, es difícil despertar una sensibilidad anestesiada.

3. La incierta condición internacional, que aconseja precauciones y autocensura en los dramaturgos que de otra suerte escribirían con mayor fervor y honestidad sobre temas contemporáneos. Hay dramaturgo que haya archivado una obra porque su tema es el de que los Estados Unidos de hoy traicionan los principios sobre los cuales se fundó esta nación. Siente que la producción o la publicación de esa obra podría acarrearle la pérdida de su pasaporte, o el boicot.

4. Las convenciones económicas y artísticas del teatro actual, que vuelven casi obligatorio oprimir toda la acción en un solo decorado, y que prohíben divagar demasiado en los campos de la poesía, los conceptos intelectuales, y el drama alegórico o simbólico.

5. La injusticia de los juicios premiosos. Los dramaturgos señalan que bajo la presión de las fechas en que escriben los críticos, han solido matar una obra que más tarde consagran como una de las mejores del año.

Y finalmente, la dificultad de aprender el oficio. El único modo de aprender a escribir dramas es escribir uno, verlo ensayar y representar, y luego escribir otro que aproveche las enseñanzas y errores del primero, y así sucesivamente hasta que un talento que no consiste sólo en saber escribir, sino en saber cómo transmitir ideas y sentimientos en colaboración con el actor, el director y el escenógrafo, se haya desarrollado. Ningún autor aprenderá todo esto con estrenar una obra cada tres años. Pero actores y directores con experiencia larga en la escena, a menudo lo aprenden y proceden a escribir obras mejores que los escritores que poseen un talento intrínseco mayor.

Herbert Hewes señala que Tennessee Williams parece haber vencido todos estos obstáculos a causa de su alta concentración en el mundo del subconsciente. Pero advierte que, por lo que hace a su carrera, debe recordarse que aprendió su oficio de la manera más dura y que pasaron cuatro años desde la producción de su primera obra y el *Glass Menagerie* que le estableció. Durante sus años difíciles recibió ayuda financiera de becas y fundaciones, y como era soltero, podía vivir con poco.

Arthur Miller salió de la Universidad de Michigan en 1938 como un joven dramaturgo que prometía mucho; pero vivió de escribir para la radio, el cine y novelas, y hasta de trabajos manuales, hasta que se produjo su segunda obra, *All my Sons*, en 1947. Por añadidura, Miller posee un sentido muy fuerte de su propia inviolabilidad, y una mente lógica que le permite ser flexible cuando es necesario.

En el campo de los “jóvenes que prometen” hallamos a algunos dramaturgos cuyo buen

éxito no ha bastado a consagrarlos definitivamente en el rango de Williams o de Miller. Cuentan entre éstos William Inge, cuyas *Come Back Little Sheba,* y *Picnic* animan caracteres reales y universales; Arthur Laurents, cuyos *Home of the Brave* y *The Time of the Cuckoo* escudriñan las costumbres norteamericanas y se embellecen con buen diálogo; Carson McCullers, cuyo *Members of the Wedding* es poético, cómico y rico en situaciones, y Joseph Kramm, cuyo *The Shrick* pinta magistralmente al inconforme en nuestra sociedad.

Más abajo en la escala, pero con potencialidades semejantes, hay en los Estados Unidos de la posguerra autores como Truman Capote y Herman Wouk, ambos buenos novelistas de éxito que no lo han alcanzado con su primera obra teatral; George Axelrod, cuyo *The Seven Year Itch* es una comedia divertidísima que, sin embargo, no va más allá de serlo. Y Richard Nash, Horton Foote, Robert McEnroe, Sig Miller, Norman Rosten, Irving Revetch y Robert Anderson. Cuentan también en esta categoría Alan Jay Lerner, autor del libreto de *Brigadoon* y *Paint your Wagon,* y adaptadores como William Archibald *(The Innocents)* y las parejas de Berney y Richardson *(Dark of the Moon)* y Chapman y Coxe *(Billy Budd).*

Algunos de estos dramaturgos pueden tener tanto talento como Williams o Miller; pero en casi todos los casos, los han derrotado parcialmente aquellas condiciones que Miller y Williams superaron.

Existen muchos planes ya en acción, ya en proyecto, que tienden a aliviar la mala situación que prevalece entre los nuevos dramaturgos y que conspira contra su realización. El Comité de Nuevos Dramaturgos (New Dramatists Committee), que ayuda a sus miembros a aprender su oficio mandándolos a presenciar los ensayos en Broadway y produciendo sus obras en forma de lecturas; el Actors’ Studio, que da a los actores y a los directores que pertenecen a él la oportunidad de experimentar con técnicas que ordinariamente no tendrían ocasión de probar, viene a ser un venero de actores y directores bien entrenados que impondrán menos limitaciones a los dramaturgos.

Las diversas escuelas dramáticas que hay en el país tienden al mismo fin en un grado más elemental. La aprobación de leyes que propicien la construcción de teatros nuevos y más productivos, puede aliviar la carga actual de gastos crecidos que agobian a los productores. El fondo de préstamos para autores dramáticos de John Golden, que está por constituirse, impartirá a los dramaturgos ayuda financiera. Hewes menciona otros ejemplos de planes valiosos trazados en pro del teatro, como el grupo permanente de repertorio de Robert Whitehead, que piensa trabajar en íntimo contacto con los autores.

Todos estos planes —y los semejantes que en México puedan elaborarse— merecen ayuda y atención. Hewes se pregunta por qué no han de hacérseles encargos a los dramaturgos; por qué no ha de contarse con un teatro al que las uniones le hagan la gracia excepcional de permitirle correr las obras a bajo costo, hasta alcanzar el éxito que sólo el tiempo garantiza; por qué Washington no establece una clara definición de lo que sea traición, de modo que el artista pueda saber hasta qué grado ha de desviarse impunemente hacia la izquierda o hacia la derecha, y por qué no ha de haber un teatro experimental que fomente nuevas formas del drama.

Si todo esto puede hacerse (y no parece muy difícil, ni allá ni acá), el teatro resurgirá, y los jóvenes talentos que se sienten por él convocados, dejarán de ser la promesa de sus tímidos manuscritos ocasionales, para convertirse en realidades.

LA DECADENTE URBANIDAD

¿PUEDE la urbanidad interpretarse como un síntoma de decadencia, en la medida en que revela una subordinación a las convenciones pacíficas, tolerantes, corteses, aptas a disimular los defectos que aprecian en los demás; a callarlos en vez de denunciarlos; a digerirlos en vez de vomitarlos; a explicarlos y justificarlos en vez de combatirlos abierta, vigorosa y descortésmente?

¿Y en qué medida (supuesto o admitido que la urbanidad sea un síntoma de decadencia en los escritores) esa conformidad gana en los lectores cómplices de una anemia espiritual apacible; o, al contrario, propicia su deserción como lectores, y los suelta a buscar el espectáculo estimulante de una lucha de titanes… digamos, en la lucha libre, ya que ni siquiera podemos decir que en la política?

Porque en la política —como en la literatura— hace ya mucho que dejamos de presenciar un verdadero intercambio de piquetes de ojos y mordeduras de narices: de sabrosos insultos y de acusaciones contundentes. Somos todos ponderación, ecuanimidad, justa de caballeros, guante blanco, después de usted, usted primero, hágame el favor, en nombre de una “unidad nacional”, en persecución de una etapa beatífica de “ni vencedores ni vencidos” que acaba por parecerse a un limbo en que es menos cierto que se amen quienes en él coexisten, que disfracen su rencor y su odio, lo inhiban y repriman con malos resultados para su salud.

Luego, claro, como en toda neurosis así engendrada, salta la válvula y escurre el drenaje donde menos se espera: en una comida de generales particulares que asumen el tiznado papel de la olla al increpar al comal; que se quedan a medias, y que resultan tan aberrantes derivativos de la energía represa; tan apenas parcialmente compensadores del espectáculo que el público realmente apetece, como *el Cavernario* Galindo y *Gori* Guerrero le procuran una pobre y barata catarsis al que disfrutaría más plenamente si viera enfrentarse a dos titanes (género que por otra parte parece extinto) de la literatura, o del arte.

Guardadas (y con llave) todas las proporciones; asumida la grandeza de su arte, observemos que hubo un momento sindical en que pareció definirse o cristalizar una pugna franca entre Jorge Negrete y *Cantinflas*. La urbanidad; el interés de la solidaridad gremial; consideraciones laterales, infrapersonales, amainaron en agraz la tormenta; la disolvieron en un vaso de agua; reconciliaron a los contendientes y frustraron la expectación de quienes hubieran anhelado saber lo que realmente piensa Mario Moreno del arte sublime de Jorge Negrete, y lo que Jorge Negrete opina del genio de Mario Moreno.

Entre nuestros artistas, el único que mantiene y ejerce la tradición del exabrupto, de la opinión inmediata y contundente, del me importa un cuerno, es Diego Rivera. Tienen menos razón quienes le acusan de procurarse un autobombo constante y una publicidad deliberada con su conducta, que quienes reconocen que la antisociabilidad de este socialista es parte inseparable de su personalidad singular y eminente de gran artista con opiniones claras y duras sobre los demás.

Y sin embargo, es triste admitirlo, aun el propio, admirable Diego ha sucumbido en buena medida a esta corriente de mal entendida solidaridad que se tiñe de complicidad en todos los terrenos respetuosos, corteses, urbanos, ponderados, del arte. Peleó con Siqueiros, pero en

otros tiempos más belicosos. Pudo haber una época en que Orozco no le pareciera tan salsa. Pero a partir de la declaración de los Tres Grandes, los Tres Grandes, muertos o supervivientes, fueron tan uña y carne que no se supo ya dónde comenzaba la carne ni dónde se escondieron las uñas; y el belicoso Diego volvió sus punterías disminuidas o atenuadas a blancos que ya no son de su tamaño.

¿Y en la literatura? No nos tocaron ya, sino de oídas o de leídas, las polémicas castelarianas; los pleitos públicos de don Francisco Bulnes; los agarrones entre don Francisco A. de Icaza y, digamos, la condesa de Pardo Bazán; las diatribas con Puga y Acal, o los discursos impresos de don Nemesio García Naranjo. A partir de la era revolucionaria, todo ha sido erección de tótemes y ciego respeto de tabúes. Prevalece una tácita consigna de veneración sin reparos, de aceptación sin crítica, de los dioses o penates que va imponiendo la anemia. Las virtudes personales (muy amigo del presidente, o recibe muy bien, o es muy generoso, o muy ocurrente), se truecan por valores artísticos que nadie se atreve a discutir, y menos si el sujeto cabe, con su obra, en alguno de los anchos casilleros de la "novela de la Revolución", o si sus mamarrachos poéticos o sus engendros teatrales cuentan con la complicidad hoy-por-ti-mañana-por-mí de una vasta mafia de organizada cortesía, de urbanidad mediocre, de subsidiado estímulo, de peor-es-nadismo, de nocivo mimo insincero y confabulado a un nacionalismo que más se daña que se favorece cuando más se acaricia que se sacude.

Pero si el arte languidece entre los algodones de la urbanidad, alienta advertir que la disposición del público a procurar el espectáculo depurador que le niegan sus artistas, perdura, aunque sea triste que haya de satisfacerse en la lucha libre.

Richard Hanser se ha tomado el interesante trabajo de exhumar, para contrastarlos en una época tan cortés y apacible como la nuestra, las opiniones y los juicios rabiosos y francos de los escritores victorianos acerca de sus contemporáneos.

En Francia perdura la tradición. "He tenido gran placer en leer la última novela de Jean-Paul Sartre", dijo recientemente François Mauriac. Y agregó, después de una pausa conveniente: "Y en encontrar que es extremadamente mala".

Esta pulla abiertamente maliciosa, lanzada por un premio Nobel a uno de sus más famosos contemporáneos, es apenas un ejemplo de cuánto más salada es la vida literaria en Francia que en América, donde un decoro sofocante tiende a apagar y a aplanar cuanto se imprima o se diga públicamente acerca de los libros y de sus autores. Nuestros pleitos literarios, si alguno ocurre, se conducen con una anémica propiedad que lo reduce todo a generalidades impersonales y a corteses murmuraciones que dejan a los contendientes ilesos e indiferentes al público. En las luchas políticas (Hanser habla, por supuesto, de los Estados Unidos) azotamos, fustigamos, sangramos, y la arena acaba invariablemente colmada de cadáveres retorcidos y sangrantes supervivientes. Pero en nuestras contiendas literarias, inexplicablemente, se declara una leucemia galopante, y nadie sale lastimado.

Y no hay, arguye Hanser, razón terrenal alguna para que los escritores, rivales, se conduzcan más caballerosamente que los candidatos al congreso. La historia toda de la literatura demuestra que los escritores han sido siempre rivales. ("¡Qué odiosos son todos los autores —observa Henry Edward Fox, cuarto lord Holland— y cuán doblemente odiosos el uno para el otro!") En la actual mansedumbre de la escena literaria americana, el crimen del

tedio está compuesto por el pecado de la hipocresía.

Solemos mostrarnos condescendientes con la época victoriana, e imaginar que vivimos una edad más sanguínea y directa que ellos. Pero en asuntos literarios, nuestra época tiene todas las razones del mundo para ruborizarse por su virilidad, en comparación con los escritores de aquella a la que apasionaba la literatura, y cuyo celebrado sentido de las formas y de la corrección se iba al caño cuando estallaba una vendetta libresca.

Swinburne, por ejemplo, le confió una vez a Edmundo Gosse que estaba peleándose con Emerson por correo. "Espero que su lenguaje será moderado", dijo Gosse. "¡Absolutamente!'', replicó Swinburne. "Me reduje a informarle que es un mentecato y un imbécil que, trepado a la notoriedad en los hombros de Carlyle, ahora escupe y salpica desde una plataforma más cenagosa que él mismo ha encontrado. Es todo lo que le dije."

Carlyle, por su parte, se negó a ser presentado a Swinburne, alegando que no tenía interés en conocer a nadie que "estuviera sentado en un caño y sumándosele". No menos duros eran sus juicios sobre Macaulay y su "arrogancia de taberna", o sobre Herbert Spencer, "el asno más infinito de la cristiandad".

Sobre Charles Lamb: "¡Pobre Inglaterra, cuando aborto tan despreciable se llama genio!" Sobre Coleridge: "Monta un patíbulo, cuerdas, martillos; reúne a todo el vecindario convocándolo con trabajos, con ruido, demostraciones, preceptos, abuso, y pone tres ladrillos".

Era natural que Carlyle, a su vez, viera correspondido su veneno en el juicio que los demás expresaban de él. A Henry James Sr. le parecía "la misma vieja salchicha, retorciéndose y escupiendo en su propia manteca". Y Samuel Butler extendió su malicia hasta incluir a la señora Carlyle: "Qué bueno fue Dios al permitir que se casaran Carlyle y su mujer. Así sólo hicieron desgraciadas a dos personas en vez de cuatro, además, de ser muy divertidas…"

Y el mismo Samuel Butler rindió a Rossetti sus respetos de esta elocuente manera: "Me disgusta su cara, y sus maneras, y su obra, y detesto su poesía y a sus amigos".

> En nuestros días —comenta contristado Hanser—, cuando un crítico roza accidentalmente a un artista cuya obra ha comentado un poco por abajo de la adulación, la víctima responde, si acaso, con una tímida carta al editor, en que le señala que, por supuesto, el crítico tiene derecho a su opinión; pero, ¿no fue un poquitín premioso al decir tal y cual, cuando en realidad las cosas son así y asado? Estas aguadas protestas suelen publicarse en las páginas interiores, con una respuesta apologética del crítico, que se apresura a asegurar que sus intenciones fueron las mejores, y que por nada del mundo se atrevería a lastimar los sentimientos de nadie. A esto queda reducido el pleito entre un autor y un crítico, en estos tibios días de desplazada cortesía, de decadente urbanidad.

LA DENOSTADA SOBREACTUACIÓN

SE HA predicado mucho —lo sé, mi querido discípulo— contra aquello que los abundantes y suficientes "maestros" del teatro llaman con desprecio "sobreactuación". "Fulano —declaran — no me gusta en tal obra. Está muy sobreactuado." El término proviene, sin duda, del norteamericano *overacting*. Debemos abordar el examen de sus implicaciones con el recelo que merece todo extranjerismo.

¿Qué quieren decir? ¿Que el actor o la actriz de marras declama, exagera, va más allá de lo discreto o del límite en la encarnación de su personaje? La censura debe partir de la desproporción que se advierte entre el personaje y su medio cuando, digamos, en el cine puede acusarse de “teatral” una actuación. Es un cargo que los cineastas, cinematografistas o como merezcan llamarse, suelen menudear sobre los actores que descienden desde el humilde teatro hasta la cúspide del cine. Pero un cargo al formular el cual olvidan —o ignoran— que su esencia es la válida de manera tan universal, que la desproporción, la falta de acuerdo o armonía entre el hombre y su medio, es lo que produce toda infelicidad, entre ellas el ridículo. La pantalla enorme: el *close-up;* el detalle magnificado, y el realismo fotográfico de la vida que son los recursos del cine y que forjan su medio, son en el cine los encargados de exagerar, de “sobreactuarse”; de magnificar. Y en consecuencia, los actores han de reducir proporcionalmente, abdicándolo en la máquina que los capta y reproduce y proyecta, la exageración. Ella está sin embargo presente en el fenómeno del cine, transferida a sus instrumentos, como lo está en todo fenómeno artístico. Porque este vago término de la “exageración”, de la “sobreactuación’’, no es en resumidas cuentas otra cosa que el énfasis. Y es el énfasis en ciertos detalles —de la poesía, de la pintura, de la música, del teatro; de las artes todas, en fin— lo que distingue al arte de la vida; lo que vuelve artístico este o aquel retrato de la vida que ha de guardar con ella la sutil diferencia de tomar de la monotonía, de la uniformidad que distingue a la vida, los rasgos selectos que la compendien, y darles énfasis; llamar sobre ellos la atención del espectador, del auditorio, del público, por medio (y no hay otro) de la temida y denostada “exageración”. Esto es: del énfasis.

Es el énfasis lo que rige la vida del teatro. De su reiteración nace el ritmo. Como la naturaleza nos ofrece un fresco interés ahí donde quebranta por una diferencia su habitual uniformidad, el teatro reactiva nuestra atención de espectadores ahí donde un énfasis oportuno acude a romper la monotonía en que la naturalidad de la vida está siempre a punto de caer.

Ocurre sin embargo que muchos de estos directores abundantes y suficientes que abominan de la sobreactuación sin detenerse a analizar sus contenidos legítimos, monten, ensayen y preparen obras teatrales a su propia y particular satisfacción; de acuerdo con su muy superior concepto del teatro y de la actuación discreta, restringida, contenida, “moderna”, piensan. Y ocurre que cuando ellos ya están satisfechos, después de muchas semanas de látigo y rutina, de repeticiones y mecanización, al ejecutarse por la primera vez en público una sinfonía tan cuidadosamente planeada; tan llegada a satisfacer a sus directores en el egoísta, olímpico disfrute de sus ensayos en privado, la obra falla en capturar la atención, el interés del público.

¿Qué ha sucedido? ¿Dónde estuvo la falla? La obra es buena; los actores la han estudiado fervorosa y disciplinadamente; el director estaba satisfecho. ¿Qué, pues? Puede haber sucedido que actores y director se engrieran demasiado con su producto tal como ya estaba antes de ofrecerlo al público; que no tomaran en cuenta al público; que lo previeran, sólo muy parcialmente, asumiéndole una reacción y un antecedente semejantes en todo a los propios.

Ahora bien, cuando uno ensaya y monta una obra, llega a sabérsela al revés y al derecho, con una precisión que evidentemente no existe en un espectador que va a verla por única vez. Lo cual tiene su lado bueno y sus muchos lados malos, porque uno exige demasiado, sobre todo en la supresión de la exageración. Se diría que exagera el destierro de la exageración. Y al pulir la actuación, dejándola lo más parecida posible a la vida, lo más discreta y natural y

“moderna”, corre el peligro de que su perfección se quede del proscenio arriba; de que se haya manifestado hasta los ensayos generales, y de que no alcance a llegar siquiera a la primera fila de butacas.

Porque el fenómeno del teatro, mi querido discípulo, tiene como coronamiento, final, parto, eclosión y realidad última, la necesidad de un ingrediente que no es en manera alguna pasivo por más que lo parezca, y que es el público.

A este monstruo de mil cabezas (y es bien sabido que cada cabeza es un mundo) llamado público, suelen —y hacen mal— ignorarlo los directores. La represalia, revancha, reciprocidad o viceversa no tarda en producirse, cuando es el público el que empieza —y muy inmediatamente— a ignorar a los directores y actores que lo omitieron en su cuenta.

Al ritmo general, a la orquestación definitiva de este fenómeno de comunión colectiva que es el teatro, el público lleva una aportación fresca y no ensayada, luminosa y alerta: su atención, su disposición ha dejado la comodidad de su casa por ir al teatro; ha reservado sus billetes o los ha comprado al llegar, y se instala en postura cómoda, dispuesto a dejarse conmover o divertir; a reír o a compartir con los intérpretes sus pasiones sabidamente, convenidamente —artísticamente, digámoslo de una vez— irreales o falsas, o postizas. No se le puede pedir más de lo ya mucho que trae al teatro. Se le ha, en cambio, de dar todo lo que espera y merece. Y su contribución humana al fenómeno ya pleno del teatro durante una representación, se debe admitir e incorporar en su imprevisible, pero obligatoria, perfección.

Esta contribución consiste en la inserción de sus reacciones dentro del ritmo general de la obra. Claro es que un director diestro puede en cierta medida prever las risas que le indiquen la conveniencia de esa pausa de duración variable, de infinitesimal sutileza, que reanude el diálogo en el instante preciso en que la risa empieza a declinar, sin perder así ni la risa ni el parlamento. Pero un bueno e indefinible porcentaje de reacciones del público es siempre absolutamente imprevisible. Para cuando se manifieste; para cuando exija su incorporación o la aseste en la representación, actores y director deben —y no pueden hacer más que estar preparados para lograrlo— admitir ese embate, esa contribución del personaje importantísimo que faltaba, que estuvo ausente de los ensayos, pero sin el cual no hay teatro, y que ahora se incorpora: el público.

En otros países se acostumbra a probar las obras en público antes de su estreno formal. El práctico cine de Hollywood lo hace con sus películas que lanza inopinadamente en un teatro lleno antes del “corte” definitivo, que norma por las reacciones de ese público típico con quien las prueba. El teatro norteamericano lo hace también, y los franceses suelen, antes de estrenar en París sus obras, someterlas a la prueba de fuego del exigente y cultivado público de Bruselas. El procedimiento es utilísimo, por supuesto, y ojalá pudiera seguirse en México. Sólo que aquí no parece nunca haber tiempo para nada. El “ensayo general” es siempre la primera función, y la primera función es aquella a la que se invita a los críticos, y a su vez los críticos son personas adustas, desconfiadas, que representan al público en la medida en que el diputado de mi distrito, a quien no tengo el gusto de conocer, me representa a mí. Su seriedad profesional inhibe la manifestación de sus reacciones, si su severa vigilancia de sí mismos y de la seriedad de su papel les permite tenerlas.

Hay, pues, que esperar hasta las funciones de verdadero público no prejuiciado para “cuajar”, con su colaboración, las obras; para que ocurra —o no ocurra— ese milagro, esa

comunicación de la "empatía" que demuestra, ya sin lugar a dudas ni campo para la especulación, que la acción dramática ha llegado allá donde el autor y los intérpretes trabajaron mucho tiempo para que llegara: al público.

He ahí, mi querido discípulo, la meta y la obligación, la responsabilidad y la prueba de actores y director. Hacia ella conducen ciertos medios técnicos subordinados, por supuesto, a la condición personal del actor como a la vez artista (subjetivamente) e instrumento (objetivo) del autor y del director.

Y uno de esos medios, que desembocan en lo que llamamos "proyección"; un medio legítimo, nacido de la mejor tradición y común, como te lo decía al principio, a todas las artes, es la exageración, o si la palabra te choca porque te hayan predicado mucho contra la "sobreactuación" y prevenido en su contra, el "énfasis".

Piérdele el miedo, mi querido discípulo. No estereotipes tu actuación a lo que hayas podido dar en ensayos privados de un público al que debes llegar, y cuya sensibilidad, cuya cultura, cuya proximidad o lejanía del estándar supuesto arbitrariamente por tu director en los ensayos, debe ser el único límite, la norma única de tu exageración, y lo que en cada función (y he ahí el encanto renovado y fresco del teatro) te pruebe como artista y te invite, como instrumento, a sonar al alcance imprevisiblemente elástico de la inteligencia y el pleno disfrute del público, tu amo tiránico, pero adorable, y voluntariamente elegido.

¿Qué hacemos en el teatro, sino reconocernos? O bien, reconocemos a éste o a aquél, a ésta o a aquélla. REpetir, REpresentar, REconocer; esta REiteración, este subrayado, mi querido discípulo, constituyen en el teatro, más que en otras artes, aquella condición enfática de que te vengo hablando; que lo distingue de la vida, que le otorga su jerarquía, que le concede su característica.

Es la sorpresa, es el abrirse el telón, es la entrada de un personaje en escena, es la iluminación oportuna del área importante en que va a desarrollarse el diálogo o a transcurrir el drama.

Toda obra artística es, primero, un acto —inspirado o voluntario— de selección; y en seguida, de énfasis. Sólo que en el teatro el sentido de selección ha de prolongar su vigilancia sobre el énfasis sin soltarle nunca unas riendas firmes, pero elásticas, y cuya elasticidad, imprevisible siempre hasta el momento de cada representación, condiciona el público. ¡Dichosos los pintores, que una vez realizada su selección y plasmado su énfasis, dejan ahí las cosas y no vuelven a ocuparse en su obra inmortal y muerta! ¡Beatos los estáticos poetas y los escritores que embalsaman sus emociones, los gérmenes de la belleza que han creado, en las páginas tranquilas de los libros, para que ahí la abreven, si así lo eligen, los lectores en soledad y recogimiento!

Pero infeliz del actor, mi querido discípulo, que ha escogido esta ardua carrera; que no eres el autor caprichoso y exigente de la obra que REpresentas; ni el director que te ha tratado como a un muñeco; que te ha hecho sentarte, caminar, reaccionar, entrar y salir, entonar, reír, sonreír; que vas a moverte en la atmósfera creada por el escenógrafo en confabulación con el director y sin tu consulta; y que, sin embargo, de toda esta gradual declinación de todas las responsabilidades originales y derivadas, cuando suba el telón vas a serlo todo: vas a ser la única cosa visible y audible: La Voz y la Presencia; la realización de los sueños caprichosos del autor dramático; la plasmación del concepto que de ella tenga tu director; la pintura que

haya creado tu escenógrafo.

Y no ante un señor que haya comprado un libro y colgado un cuadro en su galería para contemplarlo; no frente a un crítico sesudo y analítico que aprecie ponderadamente tu maestría, tu técnica, tu inspiración, tu soltura, tu destreza, tu talento; sino frente a una multitud más o menos pequeña, pero heterogénea, a la que debes vencer, convenciéndola, persuadiéndola, emocionándola, sin análisis, sino precisamente por síntesis.

No hago, mi querido discípulo, tu panegírico, sino tu disección, cuando expongo tus responsabilidades y trato de aclarar con ello el aserto de que has de ser constantemente dos cosas contradictorias en constante equilibrio, en difícil, intermitentemente roto y restaurado equilibrio: artista, e instrumento. El artista que tú eres debe infundir su oculta vida al personaje que representes, y que es, ése sí, bien visible; pero sin asomar indiscretamente; dejándole la escena; entregándole, capturando para él toda la atención de aquel público, al personaje que ha de llevarte dentro; haciendo, en fin, sonar con arte el instrumento en que se convierten tu voz y tu cuerpo.

Vas pues a cumplir, todas las noches, a lo largo de una carrera que has escogido, esta doble función. Vas a actuar para ti y para el público. Es decir, que tu función artística será subjetiva, en tanto que tu función instrumental —nutrida por aquélla— será objetiva, visible, audible, para el público.

Como artista, poco tengo que aconsejarte. O lo eres o no; pero si lo eres, afina y domina tu instrumento. Abdica (dura prueba) en favor de tu personaje la admiración que todo artista apetece y busca para sí. Que sea él quien llegue al público convincente, legítimo, creíble. Ayúdale, por medios objetivos, a darle al público la ilusión del personaje. Invístelo de aquellos rasgos, posturas, inflexiones, expresiones faciales, que lo hagan real y le sean propias. Conviértete en tu personaje por cuanto a todos sus rasgos externos o visibles, y evita, sobre todo, cualquier expresión objetiva que pueda serle impropia.

En esta plática intermitente que hemos entablado en torno de la actuación, y que se inició, si mal no recuerdo, a propósito de la sobreactuación, iba yo a hacerte notar algunos rasgos digamos geográficos de la actuación que me parece interesante que examinemos juntos, y que tú y tus compañeros, los jóvenes que empiezan con fervor en el teatro, reflexionen antes de decidirse por torcerle el cuello a la elocuencia, o por dejar que prospere en ustedes el bocio declamatorio.

Pero ocurre que en este tema vastísimo me distraje, me fui por otros rumbos y luego ya no supe reanudar el hilo que esta vez procuraré no soltar sino hasta el nudo, o más allá, hasta el desenlace.

La cosa es esta, bastante clara, por lo demás. Se trata del “estilo”, y el estilo no es sólo el hombre, como han dicho. Es también el país, y la época: corresponde al carácter, y en consecuencia identifica al personaje, al hombre que condensa, resume o representa a un país, a una época.

Ha habido, bien lo sabes, épocas grandilocuentes, enfáticas, exageradas. Épocas en las cuales se generalizó un estilo oratorio, declamatorio, que encontramos lo mismo en la poesía que en la pintura o en la música, o en la novela. Pero independientemente de este fenómeno general, de estas mareas universales del estilo, es obvio que los pueblos puedan caracterizarse por poseer en sus expresiones ordinarias, en su vida corriente, un rasgo objetivo que podemos

con cierta libertad llamar su “estilo”.

Ahora que el mundo ha reducido sus distancias y mezclado a sus pueblos; que las máquinas comunican a los hombres, y que la propaganda estandariza el consumo y el uso, la moda, en fin, de productos y estilos estándar, puede acaso notarse el predominio de los pueblos poderosos que mandan, disponen, producen, venden, propagan, en la sumisa, voluntaria e involuntaria adopción de sus “modos” por todos los pueblos en que aquéllos ejercen influencia.

Y así, con referencia al teatro, puede advertirse que por reflejo de la vida prevalece la sencillez, la naturalidad, la ausencia de prosopopeya, el destierro de la exageración; la simplicidad, que son características de los pueblos sajones, y que si a estilos vamos, constituyen el estilo inglés de actuación, y el norteamericano por añadidura.

Nada más legítimo, por correspondiente a la vida de que es trasunto, que la llaneza, la naturalidad, de la actuación norteamericana. Así de contenidamente se expresan, en ademanes y palabras, ellos en la vida, en el cine y en el teatro. Nada más propio ni acorde con una lengua rica y cargada de significados e innuendos, que la todavía más contenida actuación de los ingleses, no necesitada del énfasis de los ademanes grandiosos.

Pero los franceses, los italianos, los españoles, ellos no son así en la vida. Si su teatro ha de ser verosímil; si ha de ser creíble, y el trasunto de su realidad, los actores italianos y franceses cultivarán un estilo propio en que ocurran la selección y el énfasis, y en que los ademanes y los gritos consuenen con las obras que están representando, y convenzan al público para el cual las están representando.

Ya ves pues, mi querido discípulo, que no se puede generalizar el destierro de la denostada “sobreactuación”. A un inglés puede un actor francés parecerle sobreactuado, y puede en realidad estarlo si representa mal una obra inglesa. Pero estará correcto si el estilo de su actuación corresponde al de la propia obra.

En México, tú lo sabes bien, oscilamos de un polo al otro. Hace algunos años, unos estudiantes de teatro fueron a Yale y volvieron a predicar contra la sobreactuación, ganados sin discriminación al “estilo” yanqui de mesura. Por otra parte, los filósofos apenas andan empezando a diagnosticar, a definir *ex cathedra* el carácter del mexicano. Vamos pues a tardar todavía en saber cuál es el estilo que nos cuadra en el teatro porque lo sustentamos en la vida.

Pero tú no esperes tanto, mi querido discípulo. No incurras *a priori* en ceñirte a un “estilo”. La vida no lo ha hecho nunca permanentemente, y tu privilegio, y tu responsabilidad, como actor, estriba en ser tan dúctil y proteico, tan rico y tan hipócrita, como lo son la vida misma y el repertorio que has de sacar de los sarcófagos de un archivo a la vida mágica de la escena.

Demos fin, mi querido discípulo, a este interrumpido monólogo en que vino a quedar nuestra impensada, improvista charla sobre actuación. Y démoselo con que yo trate de consolarte cuando te miro entristecido y como humillado cada vez que los críticos se refieren a tu trabajo (ya para perdonarte la vida, ya para amargártela) como al de un “aficionado”.

Si ahondamos un poco en el tema, descubriremos que lo hacen para afanosamente distinguirte de los “profesionales”. Y que a últimas fechas, y acaso en vista de la tenacidad con que, a diferencia de la esporadicidad del empeño de los profesionales, trabajan los grupos que ellos llaman de aficionados; y en vista también de que (tan esporádicamente como los

profesionales) suelen brotar aquí y allá grupos de aficionados para los cuales (a diferencia de los que reinciden constantemente en su afición) el teatro es una diversión eventual; a últimas fechas, digo, la diferencia la establecen, la perpetúan, la ahondan, la subrayan, con llamar “experimentales” a los grupos y a los teatros asiduos en que no trabajan actores de los que ellos ponen aparte para reverenciarlos como “profesionales”.

Sospecho, imagino o supongo que el código de comercio, la ley del trabajo o la de las profesiones, si la hay, definirán en alguna parte lo que deba entenderse por “profesión”. Un médico, un abogado, un ingeniero, son, profesadamente, profesionistas: desde el punto de vista social, porque ejercen una profesión para la cual se han licenciado en escuelas autorizadas; desde el punto de vista personal suyo, porque viven de ejercer esa profesión.

Las profesiones artísticas siguen siendo el *modus vivendi* para quienes las ejercen. Pero su ejercicio es más libre que el de las otras, y prescinde del requisito de un título que no ha habido sistemáticamente escuelas que expidan: un poeta, un novelista, un pintor, “nacen”, se dice; y se equipan, en vista de su vocación, pero también de las posibilidades que el medio les brinda, con aquellos estudios, lecturas, ejercicios y prácticas que acaban por equivaler a la adquisición de una técnica que ha de darles acceso a la profesión elegida, y de singularizarlos en ella. Al teatro como profesión licenciada después de estudios especiales, es obvio que no accedieron los actores que hoy se distinguen como profesionales, ya que no había escuelas, ni el Estado reconoce títulos, ni el buen éxito de un artista puede por medio de ellos decretarse ni garantizarse. No puede hacerse ni con los que ejercen, como los médicos, profesiones de más material utilidad y sentido.

A esas escuelas, de reciente creación, que equivalen al tardío reconocimiento de que hasta el arte necesita de la técnica, están yendo en cambio, copiosa y fervorosamente, los “aficionados”. Y cuando actúan, empiezan a verse llamados “experimentales”.

Veamos pues qué sea eso de la afición, y qué sea eso de lo “experimental” en el teatro. *Amateur* es la palabra internacional que usan lo mismo los ingleses que los franceses para designar al que ama la actividad, digamos que desinteresadamente, si puede nunca haber desinterés en lo que se ama.

Claro es que con ánimo de ofender, se puede tachar de *amateurish* a una obra de arte anterior o ajena a la consagración profesional. Pero todo reside en el ánimo con que se emplee la palabra; porque ser *amateur* o aficionado, como hemos mal traducido la palabra, es evidenciar, ejercer, un fervor por la actividad elegida, de que también con ánimo de menguarlos puede pensarse que carezcan los que ejercen o siguen una profesión sin amor por otra cosa que sus resultados económicos.

Por cuanto a lo “experimental’’, el término es francamente erróneo como sinónimo de aficionado y como línea divisoria con los profesionales. Se experimenta con las audacias, las nuevas formas del teatro, las innovaciones o las restauraciones. No son pues, en este verdadero sentido de la palabra, experimentales los teatros que así han dado desdeñosamente en llamar los críticos, mientras no “experimenten”. Lo serían, ellos o los que en cambio llaman con respeto profesionales, si se atrevieran a buscar formas propias, nuevas, audaces, de producción o repertorio.

Ya ves pues, mi querido discípulo, que prevalece una cierta confusión en los términos con que se te juzga, o desde los cuales se te enjuicia. Tú te preparas a dominar una profesión; si se

puede, a vivir de ella, pero sobre todo, a vivir para ella. ¿En qué medida hacen, o hicieron, lo mismo los profesionales?

Si quieres mi consejo, esfuérzate en merecer ese nombre hasta hoy mal usado de "experimental": busca, indaga, prueba, intenta, experimenta, pues. Y desnuda de su cáscara amarga ese otro nombre de "aficionado" o *amateur* con que te desdeñan. Descubre el orgullo humilde de saberte siempre ávido de saber más, y de procurarlo con amor y afición.

HÍGADO, VIRUS Y MAGIA

POBRES de nosotros, los ignorantes, los —con cuánta razón— llamados "pacientes". Los progresos científicos, teóricamente enderezados a nuestro generoso, altruista servicio, se realizan sin embargo en una línea tan divorciada, tan lejana de nuestra pequeñez, de nuestra desvalida ignorancia, que lejos de admitirnos a su secreto, de facilitar nuestra comprensión y de así propiciar la colaboración que en modesta medida pudiéramos prestar al auxilio eminente que la ciencia nos brinde, nos asusta, nos desconcierta, nos zarandea con advertencias ininteligibles y mágicas, y escuda su arrogante superioridad (¿o podríamos atrevernos a suponer que oculta su impotencia?) en el lenguaje críptico con que más nos aleja que nos acerca a la comprensión de nuestros males, cuando desciende a describirlos; y con que más dificulta que facilita nuestra parte en su curación, cuando decreta su terapéutica.

Se trata ahora del hígado, ese órgano secreto, cuya existencia desconoceríamos si por una parte no soliera dolernos, y por otra la disección del primer cadáver profanado por los médicos no lo hubiera hace siglos revelado tan palpable en nosotros como en los pollos que lo entregan a nuestra gula. Del hígado, en un primer alarde de pedantería o esoterismo científico llamado "la célula hepática", y órgano abrumado de responsabilidades administrativas en nuestra economía personal.

Él es, en efecto, el encargado de racionar, transformar, distribuir: mandar a la sangre, al archivo o a la basura, lo que de cuanto en alimentos recibe corresponda justiciera y previsoramente a cada conducto de los sujetos a su benévola tiranía. Y, de paso, el dictador de nuestras alegrías o de nuestras pesadumbres, de nuestro buen aspecto y color o de nuestra ictericia.

Pues bien —o acaso debiera decir: pues mal—; ocurre que a últimas fechas haya adquirido o asumido carácter endémico la inflamación del hígado que la ciencia médica, pedantesca como le cuadra ser, llama "hepatitis"; que sea "hepatitis infecciosa" (HI) y que para variar, la haya también "sérica" (HS). En términos ignorantes, pero muy reales, a las familias les duele el hígado porque se les inflama, caen en cama, se ponen color congo y, a veces, se mueren.

Triste consuelo es en verdad enterarse, por las declaraciones proferidas la semana pasada por una autoridad sanitaria, de que "la hepatitis infecciosa fue el padecimiento que más combatientes inutilizó en las campañas de Europa y África, sobre todo en la península italiana y el norte de África", aun cuando a dicha autoridad le parezca que "indiscutiblemente deben ser también los mismos virus los que determinan la hasta hace poco tiempo denominada

ictericia catarral". Triste consuelo, porque aun cuando la ilustre genealogía bélica euro-afro-italiana de la hepatitis quede así establecida, ni somos combatientes, ni extremamos nuestra aliada y retroactiva solidaridad con los soldados desconocidos hasta el grado de regocijarnos por semejante coincidencia.

Nos hablan de "virus", y aun de "virus filtrables". De la existencia de los microbios, nosotros los ignorantes sabíamos ya desde Pasteur, cuando sabíamos, más o menos, y descansábamos tranquilos y satisfechos, que el átomo era indivisible, y la cosita más pequeña y elemental que pudiera concebirse.

Pero los "virus", y aun los "virus filtrables", son una conquista más reciente de la ciencia, porque resulta que ni el átomo era indivisible, ni los microbios lo único capaz de apergollarnos desde su invisible, microscópica nocividad. A los pobres microbios, con hervirlos, con ahogarlos en alcohol, podíamos darles la muerte que de otro modo ellos se propusieran asestarnos. Con los virus no se puede. Son tan "filtrables" que atraviesan la porcelana, y tan resistentes, que no se cuecen de uno, ni de muchos hervores. Y es de sospechar que, en el fondo, tan elusivos a la captura por la ciencia, que ella, con toda su policía de microscopios y reactivos, no ha logrado pasar de su denuncia, sin llegar siquiera a su verdadera identificación; sin poder siquiera bautizarlos más que en la generalidad bochornosa del nombre que les otorga de "virus filtrables".

No han de ser, pues, seres, como más o menos lo eran los anticuados y mortales, o matables, microbios; sino sustancias, piratas que navegan en nuestra sangre y asaltan el hígado, estos "virus filtrables" que ocasionan la HS, hepatitis sérica. Y nos han entrado, a lo mejor, con la aguja hipodérmica inútilmente hervida con que antes inyectaron a otro paciente; o a lo peor, con la gama globulina fabricada con el suero sanguíneo de tantos premiosos donadores como acudieron a entregar una generosa contribución contra la poliomielitis, que nadie pensó que pudiera transformarse en una horrenda contribución inconsciente en pro de la hepatitis.

Oigamos la voz de la ciencia, escuchemos el dictamen de la experiencia:

> El virus filtrable que produce la hepatitis sérica se localiza en la sangre desde antes de aparecer la ictericia, y se transmite por el plasma, suero o sangre completa, por medio de jeringas o agujas contaminadas y mal esterilizadas. El brote más grande de hepatitis por suero homólogo ocurrió en 1942, cuando el ejército norteamericano fue inoculado con vacuna contra la fiebre amarilla, que contenía suero humano. Se produjeron 28585 casos de hepatitis con 62 defunciones.

No nos dice la autoridad sanitaria que cito si la fiebre amarilla, que los soldados norteamericanos cambiaron por su buena hepatitis sérica, salió perdiendo en el trato. Es de suponer que así fue, y de asumir que puestos a escoger entre el surtido verdaderamente rico de muertes que se ofrecieran a su elección: un tiro, una bomba, una mina, la fiebre amarilla o la hepatitis sérica, los dichos pacientes hubieran preferido esta última. Nada en este mundo materialista se consigue a cambio de nada, y nadie lo sabe mejor que los hombres de ciencia; los médicos, particularmente, que para perseguir un padecimiento introducen otro: que profesan, al parecer, la convicción de que un clavo saca otro clavo; que anticipan y acumulan en la gorda y única viruela de la vacuna, la multiplicidad de las que así impiden que lleguen a decorar con lentejuelas cóncavas el rostro adulto de los infantes vacunados a tiempo; o que enfrentan —promotores, sujetos testigos, empresarios de lucha libre— en la arena de un

organismo, a su “gallo” en boga contra el gallo alojado en el paciente, para ver cuál triunfa de los dos; y así le enfrentan un bello paludismo a una buena PGP.

Respetemos a la ciencia. Concedámosle, siquiera, el 50% de la veneración que ella reclama. Tomemos, por ejemplo, nota de la prisa que se dio en adoptar los antibióticos, que le ofrecían un expediente global y sencillo, tan global y sencillo como la explosión atómica de Hiroshima, y así de despiadado con toda suerte de microbios, de acabar con todos los bichos, de congelar su evolución o su desarrollo.

Ahora ya muchos médicos están, ciertamente, de regreso de los antibióticos. Han acabado por reflexionar que esta porquería que es el cuerpo humano necesita de todas sus basuras para subsistir en el equilibrio de su inmundicia, de su vida. Han vuelto, como quien dice, a admitir al Japón y a Alemania en el seno fermentado de las Naciones Unidas, y a reconocer su utilidad. Si los antibióticos no son capaces por sí mismos de seleccionar a los bichos que el médico reprueba, matarlos y dejar vivos a los demás, cómo exigirlo de los estadistas, ni de la ciencia, ni de los médicos; y en el caso que nos ocupa de las hepatitis, ¿cómo reprocharle a Salubridad que al prevenirnos contra la polio, nos haya desembocado en la hepatitis?

“Esto matará a aquello”, es una frase que antes condensaba una vieja sabiduría, una experiencia digamos dialéctica que es cifra del progreso. Alguna nueva *itis* sobrevendrá, esperémoslo, a rescatarnos de la hepatitis. Ya no es permisible dudar de la competencia de las autoridades sanitarias para semejante trueque. Pero, por prontas providencias, uno diría que lo urgente es saber qué hacer; que las autoridades sanitarias expliquen, nos expliquen a los ignorantes, no en su lenguaje, sino en el nuestro, las “medidas profilácticas” adecuadas.

Y lo han hecho; lo hicieron, al advertir que deben excluirse como donadores de sangre a personas con antecedentes de ictericia y esterilizando el material para aplicación de sangre, y utilizando para cada paciente aguja y jeringa distinta; buena noticia para los comercios de jeringas y agujas.

Por cuanto a “la base principal del tratamiento en ambos casos (HI y HS) es la ministración de una dieta rica en prótidos, glúcidos con absoluta liberalidad, y pobre en lípidos. Mantener el balance hídrico y de electrolitos, vitaminoterapia y aminoacidoterapia, si no se puede conseguir correcta alimentación’’. Y por último: “No debe permitirse que el paciente abandone el lecho sin que desaparezcan los signos de sensibilidad hepática, anorexia y astenia”.

Es lo que decía yo al principio, pobres de nosotros, los ignorantes. Cuando la esfinge nos habla, no le entendemos. Y sin embargo, de ella depende nuestra vida. Y no todos disponemos de un tumbaburros para correr a consultarlo y averiguar si, como sospechamos, eso de los prótidos será por ejemplo la carne, y eso de los glúcidos el azúcar o los dulces, y eso de los lípidos que no debemos ingerir, la grasa. Por cuanto al balance hídrico, y lo demás electrolítico, bueno, esas son palabras mayores. ¡Si siquiera nos hablaran sencillo cuando nos hablan!

CURANDEROS Y MÉDICOS

¿CUÁNDO, con precisión cronológica, ocurrió que se divorciaran el curandero mágico —el brujo, el yerbero— y el médico científico nacido o formado de su costilla, rama eminente y lúcida brotada de las oscuras raíces de la brujería precientífica?

Yo no sabría decir cuándo, ni cómo. El interesado en averiguarlo puede asomarse a alguna Historia de la Medicina, u hojear el capítulo respectivo de una enciclopedia. Lo que sostengo es que semejante divorcio (lleno después de ocasionales reconciliaciones) es más lamentable que plausible: que si en un remoto principio el arte mágico de la curandería pudo revestir su prestigio con el manto aparente de una ciencia elemental, la avanzada ciencia médica ulterior ha solido también acudir al expediente de ejercerse con, o mediante, la parafernalia impresionante y escuetamente artística de su ilustre abuela la brujería.

Hay una barrera —francamente mágica— de términos difíciles con que los médicos científicos subrayan, al hablarnos o al recetarnos, su superioridad con respecto, cuando menos, a nuestro lenguaje vulgar. El que emplearan los brujos, los curanderos en sus invocaciones y en sus fórmulas, debe de haberles sonado a los pacientes de su época tan científico y tan impenetrable y exclusivo como hoy nos suenan a nosotros los prótidos, los glúcidos y los lípidos, la anorexia y el balance hídrico.

Pero los pacientes de hoy abordamos a los médicos científicos, o nos dejamos abordar por ellos, con una fe y en una forma desvalida, pasiva y esperanzada que en nada difiere de la que en los curanderos de su tiempo pusieron nuestros abuelos, con un acierto del que, por lo demás, nuestra existencia es prueba fehaciente.

Como tantos otros aspectos, o ramas, del progreso humano, lo que en un principio fue un arte tendió a convertirse en una ciencia, desde el punto de vista de quienes ejercen la medicina, o sea de los que consagran su vida y su talento a impartir cualquier clase de alivio a los enfermos del cuerpo o del alma. Pero éstos, los enfermos del cuerpo y del alma, seguimos siendo simplemente eso: alma y cuerpo dolorosos y necesitados de alivio; cuerpos dispuestos a entregarse, deseosos de salud, a la inyección, al bisturí, al remiendo, a la píldora, al microscopio, a las manos, en fin, de la ciencia médica. Y almas ávidas de la simpatía, la compasión, la comprensión, la inspiración, que no puede esperarse de una ciencia fría, ciega y despiadada por definición, sino de un arte que, como todas las demás, puede sólo medirse por la inspiración, la exaltación, la esperanza y la fe que invoque en nuestras almas.

La urgencia humana de salud y de bienestar halla su complemento en la tendencia a curar y confortar a nuestros semejantes, que es un rasgo humano fundamental, como es universal el alivio que dimana de compartir el dolor y el miedo. Los pacientes hemos sido siempre susceptibles al arte del curandero o del médico, cualesquiera que hayan sido sus métodos.

Y han sido, y son, ciertamente diversos y numerosos. Invocan todo el espectro de la fe y de las supersticiones humanas; van de lo sólido y lo válido a lo charlatán y nocivo.

La ciencia médica se equipa con todos los ricos y demostrables resultados de la aplicación de las facultades intelectuales del hombre a los problemas relacionados con su salud. Con ellos dentro, el médico se acerca al paciente. Pero el paciente no ve frente a sí, ni entiende, sino a un hombre, a un semejante, en quien tiene fe; del que espera simpatía, comprensión y alivio.

De ahí que un ser humano dotado de estas virtudes esenciales, capaz de *proyectar* simpatía, como decimos en el teatro, y que asuma el papel del médico o del curandero, pueda

ofrecer a su semejante el enfermo un alivio considerable, aun antes de averiguar los procesos patológicos que le aflijan, o aun cuando los ignore.

Aun cuando carezca de práctica, el médico de verdadero talento puede entender la personalidad y el medio ambiente de su enfermo. Si demuestra interés en él, y deseo de ayudarle; si su simpatía alcanza a manifestarse como auténtica compasión —porque la simpatía puede simularse, pero la compasión se siente—, la intuición puede ayudarle a integrar el cuadro completo de un individuo: su temperamento, las tiranteces de su vida, sus fuerzas y sus debilidades. Y el consejo así guiado puede ser de tal valor, que la vida del paciente se vea venturosamente mudada mientras la naturaleza cura el mal que le indujo a buscar ayuda, la ayuda de la ciencia, impartida sabiamente a través del arte que la medicina no debe nunca dejar de ser.

La tendencia "científica" a las clínicas, a la administración "al mayoreo" de la medicina, si bien parece un resultado inevitable de la sobrepoblación, de la especialización y de otras tristes, angustiosas manifestaciones del progreso, es obvio que opera desfavorablemente; en detrimento, en contra, de aquella personal, profunda, compasiva comunicación entre dos semejantes seres humanos, el uno desvalido y enfermo y el otro comprensivo y altruista, que antes se dio entre el médico de familia o de cabecera y sus amigos de toda la vida cuando caían enfermos.

Por ello es muy plausible que el Seguro Social, como hace poco se anunció, vaya a establecer el viejo sistema de las consultas que ponen al enfermo y al médico en más íntimo, personal, humano contacto que un recorrido automático por la clínica.

Consagremos una añoranza, más que un recuerdo, al reverenciado médico de familia o de cabecera de los tiempos arcaicos y preclínicos. Él vivía en una comunidad relativamente pequeña, sus pacientes eran sus amigos de toda la vida, y él mismo era, habitualmente, una persona por definición bondadosa. Si él y sus pacientes se hubieran conformado con las dosis de simpatía y de seguridad que impartía, habría hecho todo el bien necesario, y el sólido desarrollo de la práctica de la medicina se habría cumplido normalmente.

Pero los pacientes, admitámoslo, suelen ser impacientes. Habrán empezado a exigirle, a esperar de él, acciones espectaculares, como las que antes ejecutaba el mago; y el médico, por su parte, se habrá sentido igualmente impulsado a probar procedimientos experimentales de que hablaran en la ciudad o en los centros de investigación de que fuera teniendo noticia. Las sangrías eran una de las maniobras más dramáticas, y acaso la más peligrosa, practicada en los mejores círculos. A muchos pobres enfermos necesitados de una transfusión, lo que se les administraba era una sangría que los vaciara por completo. A los que necesitaban mejor nutrición, se les mataba de hambre; a los que necesitaran descanso, reposo, se les abrumaba con lavativas. Las tifoideas eran ahogadas en agua fría, y los dolientes cuya carencia era precisamente de sal y de agua, se les secaba aún más de ellas con sudores y baños ebullentes.

El más acreditado de estos violentos tratamientos era la administración de fuertes purgas. Los practicantes de todos los hospitales, hace algunos años, sabían muy bien que lo primero que había que darle a un enfermo, como la bienvenida, era una buena dosis de sulfato de sodio. A ninguno lo beneficiaba, y la permanencia de muchos de ellos (y aun su rápida salida en hombros de la funeraria) se prolongaba por semejante magia.

Era lo que "se usaba"; lo que pasaba por conocimiento científico de maestros a discípulos

como un legado sacro que desalentara cualquier intento de alterarlo o de descartarlo. La ciencia médica no había aún alcanzado la madurez suficiente para oponerse a la tradición del curandero. El tratamiento era casi totalmente empírico y consistía en la aplicación indiscriminada de la tradición vuelta código. Purgas, dietas, baños helados, sangrías; nadie osaba examinar por propia cuenta el valor de semejante terapéutica, ni teórica ni pragmáticamente. Las dosificaciones eran estereotipadas, y nadie se detenía a preguntarse si no habría, en cada caso, respuestas peculiares a cada individuo.

El interés directo, personal, en el individuo ("no hay enfermedades, sino enfermos"), lo ha cultivado siempre el médico dotado de un auténtico instinto de curandero. Pero no se reconoce aún suficientemente que éste es un objetivo primordial de un tratamiento. Una buena historia clínica no se integra sólo por la exploración precisa de las manifestaciones físicas de la enfermedad, sino por el conocimiento detallado de la personalidad del paciente, y su medio social y económico.

El médico ideal de nuestros días debiera conjugar las virtudes humanas y mágicas del curandero con la sabiduría objetiva, impersonal, del hombre de ciencia. Su así doble papel le permitiría analizar la integridad de los múltiples componentes que se hacen a un solo ser humano. Como curandero, su comprensión intuitiva de la personalidad y el medio ambiente se amplifica por la moderna psicología; y los estudios científicos de las numerosas facetas de la estructura y la función de la máquina física, le informa del status orgánico existente en su enfermo. El juicio, o diagnóstico, que resulte de la integración de estos datos, le llevará naturalmente al manejo o al tratamiento especial apropiado para cada individuo en particular. La introducción de los estándares más elevados de precisión científica no excluye el juego de la compasión, ni de ninguna de las dotes generosas del curandero. Sencillamente combina las mejores capacidades de ambos, y no pierde nada en la conjunción.

Relacionada con la medicina, o a su aparente servicio, la ciencia tiene esto de malo: que se entrega en las manos de la industria para la producción en masa de las panaceas o las especialidades que elabora.

Y esta entrega, que es natural e inevitable, que ofrece el lado bueno de poner al alcance de todas las fortunas, a poco tiempo de descubiertos, los nuevos productos (recuérdese el precio inicial, y las dificultades para conseguirla, de una penicilina que hoy cualquiera puede chupar en pastillas o masticar en chicle, o inyectarle a su cuñada al menor catarro y sin el menor resultado) muestra también el negativo aspecto de desembocar en una publicidad que es la sierva ferviente de un comercio del cual la industria es al mismo tiempo el esclavo y el amo.

Desde hace tiempo, como le consta a nuestro disgusto cada vez que compramos una medicina, la Secretaría de Salubridad y Asistencia, o alguna otra autoridad, ha prohibido que los laboratorios acompañen sus productos con los "folletos explicativos", las hojas impresas o las "instrucciones" que antes nos permitían el placer de automedicarnos. Ahora todo "medicamento es de empleo delicado"; su dosis, "la que el médico recete", y no debe administrarse más que "por prescripción y bajo la vigilancia médica". No sabe uno, en realidad, si esta confabulación de secreto obedece a una disposición del gobierno, o nada más al resultado de un acuerdo entre los médicos y los laboratorios para que uno tenga que ver al médico hasta para ingerir una aspirina. El caso, en cualquiera de los dos, es que en apariencia, la publicidad entendida como promoción de las ventas, como acicate del consumo de las

medicinas, ha quedado desterrada de los productos que antes se acompañaban con su recomendación.

Pero la publicidad es un arte lleno de recursos, y que no se deja ningunear así como así. Si por angas o por mangas no es lícito o posible pregonar las virtudes curativas de tal o cual medicamento, ni instruir sobre el frasco o la cajita acerca de cómo tomarlo, siempre le será fácil a la publicidad eludir una prohibición que le permite sin embargo ocuparse, en el nombre sagrado de la popularización del conocimiento, del servicio a las masas, de su información, en describir en artículos optimistas y alentadores las maravillas que viene obrando, para asombro del mundo científico y esperanza del mundo doliente, de la droga fulana.

Así van creándose las modas en la medicina, y puede hablarse de una “epidemia” de tratamientos o de drogas, por paradójico que suene. Los vehículos de vulgarización de los conocimientos: los digestos, las revistas populares de ciencia, pueden acaso alegar su democrática utilidad cuando explican en términos comprensibles y corrientes aquella porción de la ciencia que el lector lego puede entender y digerir, o que le induzca a profundizar en los libros esa invitación superficial al conocimiento. Pueden ser tan útiles —tan relativamente útiles— como las “novelas condensadas” para quienes apetezcan el extracto de la historia y desdeñan la fruición del estilo y la inmersión total en la obra completa, por incapacidad o por prisa.

Aun en estos terrenos inocuos, causan el daño considerable de hacerle creer a su lector que ya posee el conocimiento de la teoría einsteiniana porque ya se aprendió la fórmula que publicó su revista mensual de bolsillo; pero el daño es infinitamente mayor cuando el conocimiento digerido, popularizado, puesto al alcance del lector inocente, es un conocimiento médico y le llega a un enfermo, real o imaginario.

Porque en este terreno de la medicina, el “optimismo constructivo” con que los publicistas modernos se sienten en la profesional obligación de contribuir a despertar la sonrisa luminosa y la felicidad del mundo, los induce a acoger y tratar con igual entusiasmo laudatorio el último jabón en escamas y el más reciente experimento de los laboratorios médicos.

Y el torrente de popularización engendra tantos temores indebidos como esperanzas injustificadas. La poliomielitis, el cáncer, el infarto del miocardio, han recibido una publicidad obviamente superior a su incidencia, pero muy capaz de impresionar hasta la neurosis a los lectores predispuestos, no al cáncer, sino a la neurosis.

Y, al revés: la “psicosomática” al alcance de todas las fortunas, puede lanzar a un prójimo relleno de colibacilos y víctima de toda clase de dolores en hígado y riñones, a tolerarlos convencido de que lo que le pasa no es nada que la ciencia pueda curar, porque su mal es, como leyó en aquella revista, “psicogénico”.

Viajes

PRIMEROS VIAJES

ANTONIO SABORIT

DESPUÉS de poemas y ensayos de juventud, en donde la obra fluyó como vivo monólogo, así en el tono de su poesía como en el sentimiento de su intención prosística, y me parece que desde el comienzo se apoderaron de ellos los que el autor llamaría retratos desesperados de sí mismo, Salvador Novo se probó en las impresiones de sus viajes. En esta cuerda, tan directa y rápida como lo mejor de su prosa narrativa, tal vez sólo dos títulos quedaron en proyecto junto a los cuatro que sí entregó en vida: Hollywood y Europa, viajes ambos de la década de los cuarenta. Novo compuso aquí un grupo de prosaistas cartas de relación tocadas, sí, por la ironía pero además por una prosa singularísima de nuestro siglo XX, "verdadero punto de partida de la nueva prosa mexicana", como señalara José Emilio Pacheco.[1] Reintegrado, por el azar de las invitaciones a viajar fuera de México, al proceloso mar de su soledad y de su anonimia —es decir, a su dilecta persona literaria—, surgió el dotadísimo expositor. Los primeros lectores de estos nuevos ensayos prosísticos, *Return Ticket* (Cvltvra, 1928), *Jalisco-Michoacán* (Imprenta Mundial, 1933), *Continente vacío (Viaje a Sudamérica)* (Espasa-Calpe, Madrid, 1935) y *Este y otros viajes* (Stylo, 1948), registraron que el temperamento de Novo se avenía felizmente al recuento de intrínsecas cosas familiares: el baúl, a diferencia de los probados viajeros, de su más grande inexperiencia como alma trashumante; los encuentros fugaces, no siempre equívocos; los inopinables deslumbramientos del paisaje y las dudas del accidental explorador frente a nuevos bosques de símbolos; los silencios de los cuartos de hotel y la sociabilidad de los gabinetes, *club cars y* camarotes; la activa musicalidad de los bajos fondos y los medios de transporte como una extensión de la tortura; las sorpresas de la memoria más personal y el dinamismo de la literatura frente a la naturaleza, pues hay que ver la manera en la que arregló en sus crónicas inventarios completos de letras de viaje: "una portentosa lopevegada de erudición poética".[2] En estos cuatro títulos aparece cierta fina y personalísima destilación de espíritu y concepto que moldeó los prosaicos hechos de sus viajes en trascendentes experiencias emotivas y espirituales.

La crónica de viaje fue para Salvador Novo un espacio cinematográfico, recurso que empleó para llevar a sus lectores a la escena de los hechos y de la acción. Alguno se sintió transportado en la alfombra mágica de los cuentos; otro concluyó su comentario así: "Por ahora: Novo es un viajero cerebral. Luego sin tener que ir al cine, diré algo más".[3] Por otra

parte, la misma fisonomía de Novo, sobre todo en los años de *Return Ticket* y *Continente vacío,* recordaba la de un actor de cine mudo: incluido el equipaje propio de gestos y escenas de intenso y en ocasiones caricaturesco significado, como se le ve por ejemplo en los retratos de Manuel Álvarez Bravo y Octavio Paz. Además, en varias ocasiones él mismo completó la experiencia de sus viajes con la metáfora del cine. Debió entender que semejante crónica le situaba en el centro de la atención de la lectura, pese a los hábiles apartes o digresiones en el relato, y que el lector no tendría más remedio que seguirlo y padecerlo, de suerte que para concluir, como en una pantalla de cine, eludía la mirada de todo el mundo. Mutis. El centro de estas crónicas fue el acto de partir.

Novo logró sostener la estrategia narrativa de estos escritos en una sola pieza, el movimiento. Más que un conjunto de actos en expansión: la idiosincrásica prestidigitación del tiempo y el espacio en la experiencia de un viajero. Y en ellos, *Return Ticket*, *Jalisco-Michoacán* y *Continente vacío* sobre todo, Novo se reveló para las letras mexicanas como un realizador avezado en el arte de la puesta en escena.

Pocos escritores de la generación de Novo, no obstante la atendible fascinación por las locomotoras en casi todos ellos, pusieron la atención que él dedicó a la búsqueda del registro literario de un asunto que ocupa la periferia y el centro formal de la narración de viajes: el desplazamiento. Para mostrar que en la naturaleza de estas crónicas ya cabían naturalmente los traslados de un sitio a otro sugiero recordar la estética y la voluntad viajera de los escritores modernistas mexicanos, en quienes Novo encontró más de un modelo para armar. Cazador oculto ¿por eso fingió que viajaba contra su voluntad? “Los viajes fueron un estímulo central de la experiencia modernista: permitieron la consecución de poemas y postales que habrían sido imposibles de otro modo; cambiaron el rumbo de obras vivas, potenciándolas, y revivieron obras muertas o estancadas”, escribió Luis Miguel Aguilar. “No sólo los viajes prestigiosos a Europa o los espectaculares a países lejanos; también los viajes más disponibles: de la provincia a la capital y de regreso.”[4] Ahí está Novo también. Además, de las numerosas recolecciones modernistas él mismo podría haber obtenido indicaciones precisas para la exposición narrativa de sus viajes. El apego al sujeto, a quien era imposible abandonar por un solo momento. El relato lineal, como el convoy de carros que llevara al Duque Job en alguna gira oficial. Tal vez no existan narraciones más ceñidamente unilineales. Pero a la vez, sus apartes señalaban algunas maravillas del ambiente, las voces del fondo, el sonido mismo de la máquina, en unos casos, o del barco de vapor, en otros. Sin soltar al narrador, fuente de ironías o aun de enconos y opiniones sobre casi todo, a la imaginación se la hacía deambular, vivir la fugacidad de los paisajes. Atento al desplazamiento, el relato debía regionalizar lo exótico y exotizar lo local. Pero también de la biografía de los modernistas Novo sacó lasca: como las inolvidables noches de agonía febril en el mismo hotel en que dejó la vida Amado Nervo.

La construcción de un espacio cinematográfico no radicó sólo en el método narrativo. Semejante espacio debería verse desde la perspectiva de una de las ideas literarias de la hora y cuya vigencia asomó con la visita a México de John Dos Passos. “Qué deleznablemente pequeña es la mejor novela”, escribió Novo en *Continente vacío,* “frente a la trágica, musical y sublime posibilidad de las intranscribibles vidas humanas.” La construcción de ese espacio más bien tuvo que ver con el énfasis que hiciera Novo en el movimiento en sus crónicas de

viaje, pues el cine comporta sin ningún tipo de compunción todo tipo de traslados, por lo general entre diferentes lugares y tiempos. Hasta la crónica periodística recibió estos beneficios, como lo muestra la antología personal de esos escritos, *Este y otros viajes*.

Return Ticket apareció originalmente por entregas en dos revistas muy distintas. En ambas Salvador Novo dejó su huella; y entre junio y noviembre de 1927, *El Universal Ilustrado* y *Ulises* ofrecieron a sus lectores la crónica de un viaje de cinco días de trenes: México-Ciudad Juárez-San Francisco, hasta llegar a Hawai tras la vida provisional del barco. Novo asistía como delegado a la Primera Conferencia Pampacífica sobre Educación, Rehabilitación y Recreo, por órdenes de José M. Puig Casauranc, entonces secretario de Educación Pública. Años después, el cronista asociaría estos viajes-giras con lo que él llamaba su prehistoria burocrática, antes de tirarse de cabeza en la vida tumultuosa del periodismo.

José Gorostiza notó aquí la culpabilidad de los viajeros. "En el principio de los viajes fue el pecado", escribió. "Todavía podrá advertirse en el viajero moderno ese sentimiento de culpabilidad con que un criminal, un aventurero o un perseguido cualquiera de otros tiempos, iba de país en país." Además, celebró el talento narrativo de *Return Ticket*, anticipo según él no de una sino de un par de novelas muy diferentes en quien hasta entonces sólo había hecho público su romance con la poesía y el ensayo.[5]

Sólo que mucho más intenso que este comentario a *Return Ticket* fue la carta que Gorostiza envió a Jaime Torres Bodet, un papel incluso más útil para asomarse a los litigios más personales de aquella juventud literaria en su referida prehistoria desde una mira de privilegio.

"En estos últimos años nuestro México se ha convertido en una ciudad de Robinsones, hoscos y amargados, violentos y egoístas, entre los cuales me encuentro yo mismo, aunque más por instinto de defensa que por otra cosa", escribió Gorostiza el 25 de noviembre de 1931. "Hemos llegado ya al momento crítico de nuestra generación: el de la soledad. Durante muchos años, del 20 al 28, no se hubiera podido distinguir al grupo nuestro, como tal, de cada uno de sus individuos, animados todos en lo individual por un espíritu de grupo. No sólo *La Falange*, *Ulises* o *Contemporáneos fueron* obra conjunta de esta generación, resultado lógico de su convivencia, sino los libros mismos, ya sean *Dama de corazones* o *Novela como nube*, ya otros en la poesía, que obedece a una concepción unánime del arte. No creo que antes en la historia literaria de México se haya presentado el caso de una juventud como la nuestra, tan homogénea, con una interdependencia ideológica tan evidente y una asiduidad tan sostenida del trato personal; circunstancias que no supimos prolongar después, cuando roto el lazo material que nos unía —Educación, Salubridad, nómina en fin— apareció cada quien, a plena luz, en toda su bajeza."

Gorostiza veía la crisis por todas partes, involuntarios exploradores aislados por el destino. "Desaparecido el grupo", seguía en su carta, "el espíritu de grupo, ahora se ha hecho preciso a cada quien encontrarse un espíritu propio, una clara y definida personalidad. ¡Tremendo problema cuya solución no he visto que nadie acometa honradamente! Porque en el fondo la crisis no es literaria sino moral: no tenemos fe, ni ideal, ni amistad, ni pudor, ni honradez. ¿Qué arte puede basarse en ese horroroso vacío?"

En París, tal balance no persuadió a Torres Bodet. Era en primer lugar desesperado, obra de la melancolía, le comentó a Gorostiza en su respuesta, y además el "corte de caja no ha

sonado aún para nosotros". "Las pequeñas diferencias no importaban", seguía en su carta fechada el 13 de marzo de 1932, "los pequeños rencores, el conflicto y las cóleras de la convivencia, cuando la convivencia es un hecho. Al contrario. Hay que aprovechar el roce de nuestra sensibilidad contra el filo de las esperanzas ajenas. Así se pulen mejor las guijas de un trabajo y los espíritus de una generación. Lo único que no deberíamos es ser opacos para la irradiación de nuestros amigos."[6]

Y en efecto, la persona literaria de Novo era una forma del resplandor en sus libros de viajes.

Pocos escritores en su generación dotaron a sus personas literarias con voz tan distintiva como la que compuso para la propia Salvador Novo. ¿Cómo operaría esta voz en la imaginación de los lectores? ¿Lo mismo que hoy? Entonces ¿cómo?

Jalisco-Michoacán y *Continente vacío,* a diferencia de su predecesor *Return Ticket*, no circularon en su integridad en alguna revista, antes de llegar al formato de libro, con lo que su autor tampoco pudo apreciar la recepción inmediata del relato.[7] En el primero fue en la comitiva de Narciso Bassols en una gira de trabajo como secretario de Educación Pública; en el segundo la Secretaría de Relaciones Exteriores lo envió a Montevideo con el cargo de relator de la delegación mexicana a la Séptima Conferencia Panamericana. Un tanto a ciegas, entonces, Novo confió nuevamente a su voz narrativa la doble tarea de informar y proveer cierto sentido del destino: estuviera o no cerca de los distintos accidentes del viaje, el relato rozó en ellos las fracturas del destino a través de las flexiones que esa voz logró modular. Mal viajero que no quería admitirlo, lector insaciable que ahogaba sus nervios en libros sin sentido, la voz narrativa del espectador-narrador realizó el breve prodigio de sostener su portentosa vida en el hilo del itinerario.

La cualidad cinematográfica en el arte narrativo de Novo se realizó en la parquedad, en un deliberado ejercicio de contención cuya clave consistía en ofrecer apenas unas cuantas explicaciones más de las que la realidad misma parecía dar. En eso consistían las llamadas vistas. Aun en la ausencia de movimiento, es decir, en las imprevistas pausas en la bitácora, Novo incorporó el deseo comunicativo del relato y las peripecias del movimiento que comporta el viaje. Se las arregló además para integrar a la más previsible de las postales de viaje el misterio que se desprende tanto de la más llana proximidad física como del hecho que esas imágenes una vez *narradas* preservaron la diversidad de significados posibles. Lo que Novo mostró en esas postales guardó algo de la impredecibilidad de lo real, así como la intención y el objetivo del arte.

Tal vez sea difícil para el nuevo lector de estas composiciones recuperar las ceremonias, el desgaste y por fin la propia singularidad de los viajes hacia final de los años veinte y el principio de los treinta. Sin embargo, la sorpresa en estos relatos se puso en los azoros frente a cuanto se pensaba conocido, al redescubrimiento que facilitan las partidas, los adioses provisionales. Así lo entendieron dos autores tan distintos como Gabriel Fernández Ledesma y Alfonso Reyes, al narrar uno su viaje a Francia en 1938 para dar una conferencia en la Maison de la Culture sobre el arte en la vida política mexicana y el otro su viaje en el leal sedán Buick 39 que le llevó de la ciudad de México a Berkeley, California, en 1941, luego de cuatro días de áridas y despobladas carreteras.[8]

Novo dibujó en su relato un moderno nómada en quien sólo era cierto su amor al sedentarismo, cuna de la reflexión, los placeres de la buena mesa, la amistad, incluso desde luego origen de su inclinación por los viajes largos, torturantes, prácticos. Rara vez visitado por los sueños —en lo cual hay algo pues los viajes en sí mismos son sobria invención del sueño—, este andariego de traje cruzado apareció en las páginas de Novo como un personaje que dividía su intrascendencia entre la realidad física de su derrotero y la realidad metafísica de su punto de partida. Ninguno de estos viajes comportó revelaciones profundas a este nómada, ni le despejó enigmas de conciencia, ni aclaró la opacidad de su anonimato. Al revés. "Durante un viaje, todas las personas a cuya vida nos hallamos ligados adquieren en nuestro recuerdo un valor fijo, claro y estático", escribió Novo en *Jalisco-Michoacán.* "Pensamos en ellas como en una película de cine que se hubiera detenido a la mitad, y que allí se quedara, mientras salíamos a fumar, guardando la misma posición hasta nuestro regreso, que reanudaría, con nuestra relación, su movimiento. Y así se van quedando a nuestra espalda, hundidos en la comodidad de su México, ciudad tan extraña al país como un espejismo lo es a un desierto, o más propiamente como la cabellera oxigenada de una mujer negra." Viajar era también hacer una pausa en el tiempo cotidiano, en el mejor de los casos. Y el anhelo de Novo consistió en ubicarnos en otro lugar.

El relato, en compañía de este amable, perceptivo y civilizado nómada, obliga a participar en la experiencia del desplazamiento.

A los ojos de Octavio Paz, al principio de la década de los treinta Salvador Novo "afirmaba casi como un desafío su voluntad de ser moderno". Cortés e insolente era el gobierno de Novo sobre Xavier Villaurrutia, su amigo y subordinado entonces en el departamento editorial de la Secretaría de Educación Pública. No fue de otro signo el trato de Villaurrutia hacia Novo al contestar, remitiéndola a la ciudad de Nueva York, la segunda carta de Montevideo-Buenos Aires que le enviara Novo a finales de 1933: "He seguido con atención las alternativas, las intermitencias de tu entusiasmo y de tu mal humor durante este nuevo viaje. De cualquier manera se trata de una experiencia y como tal envidiable y envidia da por tu sedentario y huraño Xavier. Que Montevideo es horrible; que Díez Canedo es simpatiquísimo; que el Río de la Plata es de un metal sucio (¿qué dirán de eso los economistas que te acompañan?); que has tenido más de cuarenta grados de fiebre (¿y cuándo no?); todo me sirve para reconstruir, pacientemente, la incesante movilidad del viajero a su pesar, que te ha tocado la suerte ser".[9]

Tal movilidad al parecer le importaba menos a Novo que la elaboración literaria de su *otra* persona. Y se diría que entonces empezó a cobrar forma su público perfil característico, casi mítico, y que los lectores aceptaron como una suerte de arquetipo. Eso fue lo que le ocurrió a Pedro Henríquez Ureña, a quien reencontró en Buenos Aires tras 10 años de no verlo. Esperaba a alguien más de acuerdo con sus autorretratos desesperados, más gordo, comentó Henríquez Ureña. Pese a que le encantó el comentario Novo relató ahí mismo que él, como el *Marco Polo* de O'Neill, en realidad había seguido "en su medida el deplorable camino de un barato tráfico con su inteligencia que lo ha mimetizado a un ambiente en el que la prosperidad inmediata engorda y enmudece" *(Continente vacío).* La sobreposición de personajes nunca fue un freno, más bien logró que le resultara en cierto modo ventajosa. Todo el tiempo Novo impulsó el personaje hacia semejante caracterización.

Las dificultades que presenta la persona literaria de Novo debería animar a apreciar la importancia de su arquetipo, tan distinto del elegante que él mismo se afanaba por representar cotidianamente con la petulancia e imaginación que le eran características. Tan distinto, también, a los más insidiosos misterios de la modestia menos conspicua.

Véase al personaje de sus relatos de viaje caminar por la cubierta de un barco, por ejemplo. Salvo el movimiento, casi todo debía aparecer como algo marginal en la situación excepto el principal yo. Con frecuencia él era quien socializaba, la mano que tendía el saludo, quien animaba la conversación y conjuraba el repertorio de gentilezas de extraños sujetos. En otras él era quien evitaba el mínimo trato. Pero cualquier situación siempre aparecía al centro de esa tan laboriosa y lograda persona literaria de Novo. ¿Registraría alguien a ese sujeto como un comediante, como el comedido actor de sus propias obras? Quizá no; al menos no siempre, tal vez. Novo siempre se las arregló para que su dilecta persona literaria fuera un tanto pelele y otro tanto feliz histrión, al margen siempre de la sociedad de la hiel. Ese Novo, al que su autor sostiene que le ocurrían todas las cosas, en sus mejores momentos se mostró convencido de la irrealidad del mundo de lo concreto así como de la perdurabilidad de todas las representaciones. ¿Acaso fuera esto porque incluso a él mismo, el escrupuloso prosista, le resultaba abrumadora la novedad de Novo, como escribió José Joaquín Blanco, “que de pronto vio que su espontánea juventud ardía y lo expulsaba, nueva mujer de Lot, sin poder siquiera volverse a mirarla”?[10]

Viajeros mexicanos, la antología de Felipe Teixidor que Octavio G. Barreda imprimió en su colección Letras de México en 1939, ofreció un fragmento de esta prosa idiomática de Salvador Novo.

Dos eran los propósitos manifiestos de Teixidor. Uno, bocetar un amplio paisaje de autores que trashumaron sus inquietudes literarias, en o fuera del país, entre el siglo XIX y las primeras cuatro décadas del XX “y presentarlos en acción, es decir, *viajando*”. El antologador abundó: “En los libros de viajes, nos interesa más que una descripción de la Plaza de la Concordia, lo que le sucedió al viajero al pasearse por ella”. Otro, llamar la atención a propósito de la creciente dispersión bibliográfica mexicana en los Estados Unidos, “nueva Tierra Firme de nuestras desventuradas bibliotecas”.[11]

Un episodio del viaje a Hawai reunió esos dos aspectos; se diría, inclusive, que Novo compuso ahí su *berkeleyana* —modelo en más de un sentido, como ya lo sugerí, para la que Alfonso Reyes ensayó en uno de sus cuadernos—. Biblioteca y campus universitario fueron escenario para que el viajero dibujara la muerte del Teatro Crítico Universal y el nuevo reino de los doctores, la especialización, el ocaso de la sabiduría. En el departamento de historia de California, Novo conoció a Herbert I. Priestley; con él conversó, escribió en el relato, sobre bibliografías, bibliófilos y libros mexicanos. Tal vez hablarían sobre el mismo Teixidor y su naciente coleccionismo, sobre las tareas de Genaro Estrada. Priestley llevó a Novo a la biblioteca mexicana de la universidad, “graduando las sorpresas” hasta llegar a las bóvedas de libros raros y manuscritos; ahí reposaba parte de la antigua biblioteca del sacerdote mexicano José María Andrade, adquirida en primer lugar por Maximiliano para empezar a formar la llamada Biblioteca Imperial y puesta en subasta, después, en Leipzig en 1869 tras el desastre de la aventura monárquica mexicana. Novo encontró y hojeó ahí un manuscrito del

poeta Anastasio María Ochoa, en “una letra menuda y preciosa”, una tragedia para el teatro; y pensando en el mismo Ochoa escribió: “Debe de hallarse muy satisfecho en los infiernos de que sus obras se hallen en los Estados Unidos, él que hizo imprimir sus poesías en Nueva York”. Semejantes tesoros hicieron pensar a Novo en detenerse ahí; pero herido ligeramente por la indigencia cultural de Priestley no se permitió nada más que una duda amable. El movimiento perpetuo, no otra cosa, era el sentido del viaje. Punto. Confío en que este episodio ayuda a recuperar la singularidad del escrito de Novo junto al vital colaboracionismo de los de Reyes y Teixidor.

Los buenos momentos de estos relatos a fin de cuentas tienden relaciones inmediatas con todo el mundo. Vale decir, con otros relatos de la misma especie. Sus cualidades son patrimonio común; lo mismo sus revelaciones: desde los vistazos a otras tierras hasta los descubrimientos más personales. ¿Hay algo más popular que “la presentación divertida de la vida diaria de un escritor burgués”, esa estrategia discursiva que Novo agregó al periodismo mexicano en opinión de Carlos Monsiváis?[12] En eso está la clave y el encanto.

Novo reunió el cine y los viajes en una sola imagen. No por otra cosa procuró que sus páginas sólo mostraran, sin demasiadas interrogaciones, el mundo visible. “El cine se inventó hará cien años”, escribió John Berger. “Durante este tiempo la gente de todo el mundo viajó en una escala sin precedentes desde la fundación de los primeros poblados, cuando los nómadas se volvieron sedentarios. Podríamos pensar inmediatamente en el turismo: también en los viajes de negocios, pues el mercado mundial depende del constante intercambio de productos y trabajo. Pero viajar se ha realizado a la fuerza, la mayor parte de las veces. Desplazamientos de poblaciones enteras. Refugiados del hambre o de la guerra. Ola tras ola de emigrantes, que emigran por razones políticas o económicas pero que emigran para sobrevivir. Nuestro siglo ha sido el de los viajes forzosos. Iría más lejos y añadiría que el nuestro es el siglo de las desapariciones. Un siglo en el que la gente ha visto inermemente a otros, cercanos a ellos, desaparecer en el horizonte. *‘Ev’ry Time We Say Goodbye’* —como lo inmortalizara John Coltrane. Tal vez no sea sorprendente que la narrativa propia de este siglo es el cine.”[13] Fin.

---

[1] José Emilio Pacheco, “Notas sobre la otra vanguardia”, *Revista Iberoamericana* 106-107, enero-junio de 1979, p. 332.

[2] José Alvarado, *“Return Ticket”*, *Renovación*, Nuevo León, noviembre de 1928; José Gorostiza, “Alrededor del *Return Ticket*”, *Mexican Folkways*, octubre-diciembre de 1928; José D. Frías, “*Jalisco-Michoacán* de Salvador Novo”, 17 de agosto de 1933; Vito Alessio Robles, “Libros. Un libro de Novo”, *El Día*, 13 de julio de 1935; Pedro Gringoire, “Notas de…”, *Excélsior*, 21 de julio de 1935.

[3] José Guadalupe Martínez, compilador, *Alvarado, el joven. José Alvarado (Textos, 1926-1933)*, El Nacional, 1992, p. 176.

[4] Luis Miguel Aguilar, *La democracia de los muertos. Ensayo sobre poesía mexicana, 1800-1921*, Cal y Arena, México, 1988, p. 164.

[5] José Gorostiza, *Prosa*, recopilación y notas de Miguel Capistrán, Lecturas Mexicanas 97 Tercera Serie, CNCA, 1995, p. 123.

[6] José Gorostiza, *Epistolario (1918-1940)*, liminar de Guillermo Sheridan, edición y notas de Guillermo Sheridan, María Isabel Torre de Suárez y María Isabel González de la Fuente, Memoria Mexicana, CNCA, 1995, pp. 253, 254, 259 y 260.

[7] Primicias de estos libros aparecieron así: “Chapala. De un diario de viaje. *Jalisco-Michoacán*, en prensa”, *Imagen*, 14 de julio de 1933; “De Michoacán a Jalisco. El último libro de Salvador Novo”, *El Universal Ilustrado*, 10 de agosto de 1933 y

“México siempre” [adelanto de *Continente vacío], Fábula. Hojas de México* 3, marzo de 1934.

[8] Es curioso que ambos relatos permanecieran inéditos por mucho tiempo. Gabriel Fernández Ledesma entregó a la imprenta su *Viaje alrededor de mi cuarto (París 1938)* en 1958. Existe una edición facsimilar, realizada por el Instituto Cultural de Aguascalientes en 1992. Alfonso Reyes no publicó el suyo; se le conoce gracias a la edición de José Luis Martínez en *Obras completas de Alfonso Reyes. XXIV. Memorias*, Colección Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 95-116.

[9] Octavio Paz, *México en la obra de Octavio Paz. II. Generaciones y semblanzas. Escritores y letras de México*, edición de Octavio Paz y Luis Mario Schneider, Colección Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 87. Carta de Xavier Villaurrutia a Salvador Novo, c. diciembre de 1933, Fondo Antonio López Mancera, caja 4, Centro de Investigación del Estudio de Salvador Novo, A. C.

[10] José Joaquín Blanco, *Crónica literaria. Un siglo de escritores mexicanos*, Cal y Arena, 1996, p. 201.

[11] Felipe Teixidor, *Viajeros mexicanos (siglos* XIX y XX*)*, 2a. edición, Colección Sepan cuantos… 350, Porrúa, 1982, pp. 3 y 6.

[12] Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, ERA, 1980, p. 354.

[13] John Berger, *Keeping* A *Rendezvous*, Pantheon Books, Nueva York, 1991, p. 12.

Return Ticket

A la memoria del Dr. J. M. Puig Casauranc

Eté, roche d'air pur, et toi, ardente ruche,
O mer!…
PAUL VALÉRY

TENGO 23 años y no conozco el mar.

He pasado toda mi vida en tres o cuatro ciudades sin importancia, llevado y traído por mis padres hasta que él, a quien no vi morir, me dejó aquí, en México, en donde yo debí estudiar para médico. Hay después en mi existencia la nada interesante laguna del esfuerzo propio tímido, inseguro. Aquellos versos de los 11 años me llevaron a la tipografía, de que vine a vivir, y a la literatura, que enseño en escuelas y colecciono en grandes estantes. Confieso que tengo más libros que tiempo que dedicar a su lectura, por rápidamente que lea. Pero acaso algún día… y además, ¿qué otra cosa podría hacer? Los ejemplares numerados, las ediciones agotadas, las encuadernaciones costosas, son para mí un angustioso placer, más duradero que los juegos de azar, a los que no sé por qué les comparo, más egoísta, más perfecto. Ya sé que se trata de una derivación, de una sublimación; pero no me hacen cambiar las razones, como la botánica modifica los bosques. En las crisis de mi coleccionismo ¡con qué placer he localizado las erratas de un librote orgulloso, cómo los he llenado de notas, relacionándolos con marcas minuciosas, hiriendo sus cuerpos con tiritas de papel, tomando apuntes, citando por tomo, página y línea, de memoria! Y cómo, al ver que la literatura norteamericana se detenía en un punto familiar para mí, me he internado en la selva de la castellana, del "alfalfar castellano", como le había llamado cuando era poeta. Me repugnaba mucho el francés. Fui germanófilo durante la guerra. Pero un día descubrí que sé inglés y que no hay personas más antipáticas que los alemanes, excepto Goethe y Freud, a quienes me hubiera gustado mucho tratar más de cerca.

Nadie notó, excepto acaso mis alumnos, que yo supiera literatura castellana. Mis lecturas inglesas me dieron, en cambio, una rápida reputación local de escritor moderno con influencia y conocimiento de las letras norteamericanas, que en México se creían detenidas para siempre en Whitman, Longfellow o Poe. Se me tomó por un *snob* tan sólo porque, dada mi estatura, me quedan mejor los comunes y corrientes trajes hechos, y se dio por seguro que hubiera yo estado en los Estados Unidos en vista de que tengo facilidad para las lenguas y encontraba sencillo conversar con los turistas de la Escuela de Verano, en que daba una clase.

Ahora me mandan fuera de esta ciudad de la que no esperé salir nunca y en donde me esperan algunas cosas terminadas y muchas pendientes. Siento un vago disgusto al abandonar mis pequeñas costumbres; la diaria y familiar comunión de su beso, mis clases, los libros que

ya no deben tardar y que necesito absolutamente. Ya no me tienta la aventura. Si yo hubiera tenido fuerzas a tiempo… Pero ahora ya gordo, con anteojos, con poco pelo… La idea es verdaderamente ridícula. Los lazos son ya irrompibles. Ya contraje por siempre un incurable sentido de la responsabilidad. ¿Qué voy a hacer, pues? Habrá barcos, trenes diversos, hoteles. ¿En cuántas camas extrañas dormiré? Las gentes a quienes salude y vaya conociendo no tendrán interés en la lengua ni en la literatura castellana. Y tampoco será un descanso, porque no dejaré de pensar todos los días en México, y en cada una de las cosas que dejo aquí en otras manos.

Voy a Hawai. Me ha parecido conveniente, para anticiparme a la sorpresa de esas islas remotas, leer la descripción de Blasco Ibáñez en su viaje alrededor del mundo. Pero me fastidia en seguida y prefiero fumar, y hojear el diario que he traído conmigo para escribir en él lo que suceda durante el viaje. Quizá de esto pueda hacerse un libro, mi primer libro. Es bochornoso no haber escrito sino los *Ensayos*, breves, periodísticos, desordenados, y no ser autor sino de unas cuantas colecciones de cosas ajenas que hice por dinero, sin gusto ni provecho para nadie.

Va el tren por la ruta tan conocida de San Juan del Río, Querétaro, Irapuato, en donde sucesivamente venden limas, canastas, cajetas y camotes. A toda esta gente ya la conozco. Estos tipos desconocidos, oscuros, pintorescos, buenos para los cuadros de caballete, son de lo más vulgar que pueda encontrarse. No hay realmente nada que apuntar en el diario. Conversemos, ¿con quién? Somos solamente tres personas en todo el carro: ese joven que tomé por americano, pero que, como habla también alemán, resulta holandés, mi compañero y yo. Hay que acudir al conductor solemne del *pullman*. ¡Cómo se complace en relatar los asaltos que ha presenciado! Sería, si los tuviera yo, cosa de crispar los nervios y razón para no dormir. Pero mi insomnio tendrá motivos más valederos. Han hecho ya las camas. En este cubo perfecto voy a acostarme, con dos páginas de cine a mi izquierda, tirado de los cabellos por la máquina que me lleva. Si alzo un dedo, puedo encender el foquito, que apago para levantar las cortinas y pegar la frente al cristal fresco. Mi aliento lo empaña. Cuando llegamos a alguna estación, cesa el ruido y distingo, a luces trémulas y rojas de antorcha, hombres que dan pasos y bultos enormes que suben al tren o bajan del tren. Más allá, estrellas arropadas en nubes negras y curvas de montañas que se esperezan. Seguimos. No tiene objeto mirar más. En el techo brillante de mi cama adopto grotescos contornos. Toco mi panza, lisa y un poco abultada. Detengo mi índice en el ombligo. Cabe su yema perfectamente. Yo he visto ombligos distintos, como cortes transversales de naranja. Este mío parece hecho precisamente con este dedo que ahora tengo en él, suavemente.

Es amplia esta cama. Tiendo un brazo al vacío. Lo hundo bajo un cojín y en él me recuesto de perfil. Abrazo el otro y me cubro con él la cara. Así no se percibe ruido alguno. Quisiera otro cojín en la cintura. No extraño nada. No pienso en nadie. Respiro.

Hoy a medio día comimos en Torreón. He mencionado muchas veces esta ciudad, que antaño solía recordar con frecuencia. En ella está suspensa una buena parte de mi niñez, la primera conciencia del hogar, los primeros odios y también las liberaciones iniciales; los recuerdos de Pancho Villa y sus asesinatos, la horrible zozobra de los sitios, los combates y las matanzas. Aún hoy, al pensar en aquellos días angustiosos, el golpear de la máquina en que escribo me parece un eco lejano y sordo de las balas intermitentes. Mi padre fumaba sin

descanso; yo presentía su terror de hombre débil y pacífico, de europeo habituado a una lucha justa por la vida, y adivinaba su congoja detrás de aquella sonrisa suya dulce y súbita que casi no es sonrisa, que yo tengo de él, y que contrastaba tan palpablemente con la verdadera expresión de sus ojos verdes que, en fuerza de querer aparecer severos, lo habían conseguido, y con los rasgos todos, inmóviles siempre, de su cara delgada y pálida en la que no quedaba bien el cigarrillo.

Aunque mi madre ha jugado en mi vida un papel más importante y duradero que él —y aunque se mostró heroica en aquellos lívidos momentos, enfrentándose a Villa para recoger el cadáver de un tío suyo a quien asesinaron casi a nuestros ojos por equivocación—, él está más vivo y presente en mis recuerdos de entonces. El ajedrez que jugaba para distraerse sin conseguirlo y aquel aire incomprensible que silbaba en silencio en la agonía de aquellos largos días, y cómo tuvo que huir a los Estados Unidos con un perentorio pasaporte de Villa obtenido por mi madre que, en compensación de la vida de su tío, perdonaba graciosamente la de su marido, contra quien no tenía más razón su aversión que la de no ser mexicano y hallarse, por lo tanto, fuera de su teoría personal sobre la nacionalidad de los pobladores de México.

Unido a estos recuerdos está el de mi jubiloso descubrimiento de una infinita capacidad de amar en mí; la admiración, la curiosidad por las otras vidas humanas y el reconocimiento en ellas de cualidades y realizaciones que no me sería dable alcanzar, pero que yo no envidiaba y que no me llenaban de amargura, sino de un voluptuoso deseo de contribuir a realizar con mi sacrificio. Anhelaba ser verdaderamente uno de aquellos chicos descalzos y sucios con quienes prefería jugar en la calle, abandonando mi linterna mágica o mi ferrocarril, y cuando entraba en la choza en que dormían pausada y febrilmente los hijos de la vieja cocinera, sobre la tierra dura y seca, los contemplaba durante largos instantes y los cubría sin ruido, y me alejaba lleno de emoción.

Recuerdo que una mañana, al despertar, vi que estaban dormidos en el jardín de la casa muchos soldados; habrían llegado durante la noche anterior y estaban, tendidos, sobre las débiles plantas, con las mochilas y los grandes zapatos llenos de polvo. Me quedé en la ventana, apoyado duramente, mirándolos con terror, con admiración y con un secreto impulso de seguirlos, marchito antes de concretarse. Uno de ellos despertó y, al verme, sonrió estúpidamente. Y yo hubiera querido llevarles todo el pan que había en la despensa.

De la estación se mira al Hotel de Francia, al que llegamos la primera vez a Torreón por unos cuantos días a que me arreglaran una muela cariada. Vivíamos entonces en la pequeña ciudad de Jiménez, en una casa enorme que daba a tres calles, y que tenía tantos grandes cuartos que yo no me atreví nunca a entrar en todos ellos porque siempre estaban cerrados y en muchos no había sino una silla desolada en medio del piso de ladrillos cuadrados. Ocupábamos solamente un lado de la casa en dos recámaras contiguas, de cuatro corridas que había por ese lado, y con las que hacían ángulo la enorme sala a un extremo y un amplio portal, que separaba la cocina del comedor y comunicaba el jardín, al que daban todas las piezas, con los dos corrales por el otro.

En aquel jardín había, al lado del comedor, una noria que nos surtía de agua y a la que estremecía asomarse. Más adelante, mi padre había hecho instalar para mí un enorme columpio en el que, de pie, oscilaba yo sin cesar, hasta fatigarme. Gustaba también de sembrar

granos de maíz en el jardín porque germinaban y crecían muy rápidamente, y su milagro era más asombroso que el de las florecillas. A los dos días de sembrar un grano, iba a desenterrarlo para ver cómo se hinchaba y se humedecía, y durante todo su desarrollo volvía constantemente a contemplarlo de cerca, hasta que no era ya más grande que yo aquel tronco esbelto suyo, áspero al tacto como un terciopelo engomado, que declamaba sus largas hojas quebradizas. Y cuando miraba en su punta el penacho de la espiga fofa, me alegraba mucho, porque ya pronto empezaría a hincharse su tronco, y después le vería yo arrullar sus mazorcas, exactamente como una nodriza que envuelve bien a su niño, y colgarían de él aquellos blandos cabellos que podían triturarse entre los dedos y que dejaban en mis manos un olor penetrante. Luego palidecían, se secaban y era menester arrancarlos y echarlos al corral. Pero me llenaba de asombro y me daba una embriaguez de poder aquella desproporción entre el esfuerzo y el resultado.

En ese tiempo me mandaban al colegio de las señoritas Rentería, a un costado de la casa. No recuerdo a ninguno de los niños que estudiaban conmigo; las señoritas Rentería eran muy católicas y me enseñaron a dibujar unas cruces a la acuarela, por las que yo hacía subir una enredadera de pequeños no-me-olvides azules hasta los brazos, porque arriba dibujaba, dentro de un papel desenrollado y fijo con clavos en la cruz, las cuatro letras místicas: INRI. Hice muchas de aquellas cruces. No hacía otra cosa. Como mi padre vio que no aprendía nada, se resignó a inscribirme en la escuela pública donde el director, vestido de blanco, padecía el mal del pinto. No permanecí ahí mucho tiempo. Sentía terror por los muchachos, alegres y bruscos, y la hora del recreo, en que gritaban como fieras y se atropellaban, era para mí una hora de angustia y martirio. El “rompan filas” era para mí el “sésamo ábrete” del infierno. Había sentido siempre terror por las compañías numerosas en que no se hiciera caso especial de mí. En México mismo, el paso del *kindergarten* a la escuela primaria me fue muy angustioso. Muchos días antes de que se me inscribiera en ella, soñaba con mapas complicados y despertaba llorando, porque estaba seguro de que no podría nunca dibujar un mapa, labor que consideraba inevitable en la escuela primaria. Y ya en ella, el olor de la tinta verde, que manchaba duraderamente las manos, y que se tornaba negra al secarse, me llenaba de congoja infinita. Una tarde en que escribíamos con tinta, unos muchachos pusieron en mis manos el retrato de una mujer desnuda. Yo lo miraba cuando otro, el mayor del grupo, llegó por detrás, lo arrancó de mi pupitre y amenazó con acusarme con el profesor. Yo me sentí horriblemente culpable. Y aquel muchacho me obligó a llevarle los dulces que prefería, todas las tardes, durante mucho tiempo, a cambio de su silencio. De manera que desde entonces sentí aún mayor terror por las escuelas públicas, y aquel suceso reprimió en mí, para mucho tiempo, toda curiosidad sexual.

Después, un profesor, el mismo que tenía en la escuela pública, iba a darme clases privadas en las tardes. No recuerdo haber aprendido nada de él: me era muy antipático y hacía cerrar las puertas del comedor para impedirme ver hacia el jardín donde estaba mi columpio y en el que me esperaba para jugar Raúl Botello, único amigo que hice en la escuela pública y a quien muchos años después vi en México, sin emoción ninguna. Entonces éramos muy amigos y él, que seguía en la escuela, pero que la detestaba tanto como yo, me contaba lo que había hecho durante el día. Luego se iba y la noche caía sobre la enorme casa, que mi padre recorría con una linterna en la mano, cuarto por cuarto, para cerciorarse de si estaban bien cerradas

aquellas anchas puertas que nadie abría nunca. A veces había luna y yo miraba desde mi cama los largos soportes de mi columpio y las espigas que coronaban mis plantas predilectas.

De modo que la ciudad de Torreón me parecía grande y hermosa al lado de Jiménez, ya que mi recuerdo de la ciudad de México se había reducido a nuestra partida en la estación, en un tren al que no podía subir solo, y al consejo que al abrazarme me dio mi tía María: “procura que no vean lo alto que estás”, porque ya era entonces demasiado grande para mi verdadera edad y me habían comprado un billete de medio precio. Y de Chihuahua sólo recordaba un gran edificio de ladrillos rojos al que mi madre y yo llegábamos ya muy cansados todas las tardes, a esperar a mi padre, y las grandes nevadas, que congelaban los tubos del agua, de cuyas llaves pendía en las mañanas una informe vela de cristal; y tenía muy presente la visión de un perro muerto de frío en la calle, la sangre de cuyo hocico y su cuerpo todo eran perfectamente inmóviles bajo el hielo pulido. Acaso la circunstancia de no tener que ir a la escuela añadiera encantos a Torreón para mí, y el ver gentes desconocidas, ocupadas en cosas importantes, cuando salía del hotel con mi madre y cuando íbamos al teatro los tres y ella lucía su gran sombrero con rosas y un bolso de terciopelo verde con largos cordones que yo veía oscilar como mi columpio. Mi madre se hizo retratar, y cuando las modas cambiaron, debe de haber destruido todas las copias, pues yo no he vuelto a ver ninguna en sus colecciones en las que, cada cinco o seis años, borra cuidadosamente las fechas que ha puesto a los retratos de los que aún viven y las adelante en dos o tres.

En Torreón vivía el único tío de mi madre, Francisco C. Espino, dedicado al comercio de semillas en el que había prosperado rápidamente. Había llegado a aquella ciudad en los años oportunos de la bonanza algodonera y poseía ahora un importante despacho y varias casas de productos, construidas a su capricho, y en la más reciente de las cuales vivía solo, marcando el límite entre lo construido y el ancho terreno, en parte suyo, que terminaba en esa calle la ciudad hacia el norte, poblado de jacales. He vuelto, años después, y esa calle está como entonces, suspensa donde él la dejó limitada por aquella casa en que vivimos tanto tiempo y en que lo mataron aquella tarde. Creo que no me había visto nunca antes, y cuando fuimos a visitarlo, me tomó en sus brazos y me hizo ver sus libros, que tenía uno sobre otro, y unas figurillas japonesas de ónix de las que me obsequió con dos que aún conservo. Fue él quien decidió a mi padre a que nos instaláramos en Torreón y así volvimos rápidamente a Jiménez a quitar la casa y alquilamos una cerca de la alameda en Torreón, en rumbo entonces muy despoblado y que nadie quería habitar porque nada lo defendía de las balas y de las bombas y además era siempre por ahí por donde entraba Villa con sus hordas. Cateaban constantemente nuestra casa y, con el rifle en la mano, hacían que mi padre entrara delante de ellos a los profundos sótanos. Y la sagacidad política de mi padre no iba más allá de tener un retrato de Madero que colocábamos en sitio visible de la sala o insertábamos en un colchón según los revolucionarios que nos catearan. Si eran partidarios de Madero, mi padre los conducía con muchas atenciones a la sala y, como que no quería la cosa, les hacía notar el retrato con una tos, con una sonrisa o con una mirada repentina.

Un día, el mismo de su muerte, el tío Francisco vino a comunicarnos que había arreglado ya los carros que habrían de conducir a su casa nuestros muebles. Estaríamos mejor todos juntos, más cerca del centro. Habían evacuado la plaza la noche anterior y a medio día entraría Villa con sus fuerzas. Estaba sumamente nervioso y en el patio había colocado una escalera de

mano hacia la azotea. Cuando llegaba el último carro con los muebles, ya se oía por todas partes el galope de los villistas. Mi madre estaba en la puerta y de pronto se agolparon a ella cinco hombres a caballo y muchos curiosos, y hablaban en voz alta. Yo corrí hacia mi madre. Buscaban a un federal. El tío Francisco abrió la puerta e inmediatamente aquel hombre horrible, que tenía preparada la pistola, la descargó sobre él. Yo sólo vi cómo el tío Francisco cerraba de un golpe la puerta verde al mismo tiempo que el caballo se echaba hacia atrás, a la detonación. Cuando entré en la casa, con los hombres aquellos que echaron abajo la puerta, mi padre y el tío Francisco habían huido por la escalera. Mientras algunos hombres buscaban por toda la casa, sin atreverse a seguirlos, una mujer que encarnaba al Destino trataba de convencer al bandido de que el tío Francisco no era quien buscaban. Logró persuadirlo a que la siguiera, a la vuelta de la calle, a donde vivía el verdadero culpable. Y en el instante mismo en que doblaban la esquina, escuchamos un alarido de triunfo, un galope salvaje y tres detonaciones huecas, horribles, como tres golpes del corazón. Mi madre me estrechó fuertemente. Ignorábamos si había sido mi padre, o su tío, o los dos. Ya volvían los hombres a caballo y las mujeres de los jacales contiguos, listos a saquear. Mi madre me llevó a la casa de junto, que era de unos griegos fabricantes de aguas gaseosas, puso en sus manos un rollo de billetes y habló con ellos palabras que yo no pude escuchar. Luego me abrazó, me besó, y volvió a la casa a presenciar el saqueo.

Después vivimos muchos meses solos mi madre y yo en aquella casa. No había en ella un corral ni un jardín como en Jiménez. Pero mi madre conservaba la costumbre de echar gallinas y así nació una vez, del último huevo, cuando ya todos los pollos se habían esponjado y rodeaban a su madre, mi sabia gallina huérfana. Yo tuve que ayudarle a romper el cascarón y la sequé con algodones, y le di mi calor. La gallina no la aceptó y ella creció sola, con mis cuidados, alimentada con arroz en mis manos. Cuando se definió su género, le salieron unas hermosas plumas blancas en el cuello y las alas, y yo la llamaba Cuca y me comprendía perfectamente. Comía a las mismas horas que yo, arroz siempre, a mi lado, en un plato. No quiso nunca probar el maíz y después de comer iba a sentarse en una mecedora de la sala y se arrullaba en ella mientras yo leía en la otra los libros del tío Francisco, el *Viaje al Nilo,* los *Cuentos cortos y largos* en que leí “El péndulo” de Poe, con terror, por primera vez, sin fijarme en su autor, y hojeaba los cinco grandes tomos de *La Ilustración española e iberoamericana,* cuyas láminas me dieron las primeras inquietudes sexuales.

Al cabo de unos meses hubo ya comunicaciones con México. Cuando mi madre recibió la primera carta de luto, liberó en aguda crisis de llanto todo su dolor reprimido y volvía a leerla entre sollozos. Pudo volver mi padre y dedicarse al comercio. Por algún tiempo constituimos un hogar como en Jiménez, como en Chihuahua, como antes en México. Yo asistía al colegio particular de Finita Sánchez, que era para niñas, pero en el que me admitieron por excepción, porque no había por el momento colegio privado para niños, ya que las familias ricas que sostenían el antiguo Colegio Torreón, habían desaparecido, y porque de ninguna manera podía pensarse en que yo asistiera a una degradante escuela oficial, punto de vista por el cual yo bendecía al cielo. Muy poco después empezó Finita a admitir a otros niños, pocos y escogidos: a los Arcaute, que eran tres, a Onésimo Cepeda, que ya es abogado como su padre, y a Napoleón Rodríguez de la Fuente, mi más querido amigo de la infancia. La familia de Napo es de las más ricas de Coahuila. Al hacernos amigos y visitarnos constantemente, su

madre se sintió atraída por ese ser un poco salvaje que ha sido siempre la mía, eternamente joven, cuya mayor alegría es que le digan todas las personas: “Pero es imposible, usted no puede ser la mamá de Salvador; parece su hermana”; y ahora “su hermana menor”, y se visitaron de vez en cuando. Pero Napoleón tenía una franqueza que mi madre no toleraba nunca en mí y que en él fue insoportable. Así una vez me pegó fría y despiadadamente porque Napoleón le había dicho que pensábamos huirnos con la compañía infantil que trabajaba en el teatro. Y cuando más tarde Napoleón me escribió del colegio norteamericano en que estaba, mi madre abrió la carta y me dictó una respuesta en que le suplicaba que no me hablara de ciertas cosas en su correspondencia. Así, le impuse, sin quererlo, una máscara para conmigo y no pude remediarlo nunca después. Dejamos de vernos largos años. Yo no me había sentido crecer y conservaba de él una imagen arbitraria y pueril. Su mirada y su voz se habían adaptado a un ideal en que no intervenían el tiempo ni la distancia. Fui a su casa temprano, lleno de ansiedad. Me sentaron en muebles que reconocí. Y al escuchar pasos que debían de ser los suyos, me levanté, presto a abrazarlo. Se detuvo en la puerta. Ambos nos hallábamos frente a un desconocido.

La partida de Napo me entristeció mucho. Me indicaba que ya era tiempo de irse preparando para ser un hombre de provecho, trabajar, estudiar de veras. La voz más antigua repetía en mis oídos: tú vas a ser médico como tu tío Manuel. Y yo lo creía sencillo, y en Jiménez mezclaba todas las plantas del jardín y preparaba con ellas medicinas para el corazón. Luego no había vuelto a presentarse la idea ante mí. Pero ahora, después de la visita de mis tíos de México y de mi abuela, que habían venido a denunciar el intestado del tío Francisco y que se habían interesado por mí al grado de hacer que mi madre dejara de rizarme el pelo y me lo peinara hacia atrás, como el de ellos, entraba en mí el terror de ser, ya pronto, un hombre con responsabilidades. Ya está muy grande, habían dicho todos mis tíos. ¿En qué año está? Y cuando acompañaba a mi padre a la peluquería, lleno de vergüenza, sin saber qué postura tomar mientras me llegaba mi turno, me decían “joven”, en vez de niño, como hacía tan poco tiempo. Me refugié entonces en el rezo y la comunión. Iba regularmente a confesarme a la pequeña iglesia del Carmen, con el padre español, gordo y bueno, que me había dado la primera hostia. Por las noches, cuando no podía dormirme, del miedo que me daban los lúgubres cilindros y los borrachos que daban alaridos en la soledad, rezaba tres padrenuestros a la llaga del costado de Nuestro Señor, y a cambio de ellos le pedía que restableciera el silencio. Muchas veces después he vuelto a usar de los tres padrenuestros en las grandes aflicciones, y he prometido rezarlos todas las noches de mi vida. Pero luego olvidaba mi promesa, una vez que había obtenido el milagro. Adquirí entonces también la superstición, que no he abandonado, de rezar unos pequeños versos a San Antonio cada vez que perdía un objeto, y encontralo en seguida.

El quinto año no lo hice ya en el colegio de Finita Sánchez, sino en uno pequeño, particular también, pero especialmente para niños, del señor Vergara. Eran mis compañeros los muchachos Valderrama, de Chihuahua, uno de los cuales, Sergio, que era tartamudo, se suicidó años más tarde en la iglesia de Torreón; Fernando Fernández, hijo de un médico, a quien he visto después, con la cara llena de granos, en México, y los Anaya, que eran muchos, todos rubios. Humberto era de mi edad y fuimos amigos. No me gustaba ir a su casa porque hacían mucho ruido los chicos y él hablaba constantemente, y, temiendo aburrirme porque acaso yo no

ponía muy buena cara, me enseñaba fotografías, postales y juguetes baratos. Él no se daba cuenta de que yo prefería que no habláramos. Años más tarde volví a verlo en Torreón. Ya tenía bigote y estaba fuerte como un toro. Me llevó a su casa, otra, pero con el mismo desorden, llena de objetos, y me enseñó sus aparatos de gimnasia y unos folletos de strongfortismo a que estaba completamente dedicado. La sorpresa de verlo así fue menos honda que la de Napoleón. Después volví a verlo en San Francisco de California, a mi vuelta de Hawai, completamente cambiado.

Por entonces hacía ya versos. Eran mis modelos la *Historia crítica* de Pimentel, cuyas opiniones no siempre compartía, pero que me dio un temprano conocimiento de la literatura mexicana, los *Poetas contemporáneos* de Puga y Acal que odié por descarnadamente burlones, las poesías de Núñez de Arce y las de José Velarde, que me dejaban leer y en las cuales encontraba constantemente la palabra "trovador", que utilizaba en mis poemas haciéndola consonante de mi nombre propio, a la manera de las epístolas en verso que se cambiaron Peza y Puga y Acal: Brummel… no. Puga y Acal: "que no ha de quererte menos por eso Juan de Dios Peza". Leía también entonces las novelas de Victor Hugo en ediciones sin láminas y truncas que había en la casa; así *El hombre que ríe* no pude terminarlo sino mucho después, porque cuando rogué a mi padre que me trajera la obra completa, éste compró la edición Maucci, que tiene láminas, y mi madre, que examinó el ejemplar antes de dármelo, descubrió una en que Gwynplaine contemplaba a aquella princesa que tenía un ojo azul y otro negro, particularidad que yo conocía, pero que no se notaba en el grabado, y la princesa estaba desnuda, por lo cual se me negó el libro. Sin embargo yo conocía el cuerpo desnudo de mi madre y comprendía que el de las otras mujeres todas habría de ser semejante al suyo. Tuve cuidado en lo sucesivo de cerrar rápidamente los grandes tomos de *La Ilustración* cada vez que oía pasos y hojeaba febrilmente los diccionarios en busca de palabras que no se me aclaraban nunca. Estaba seguro de que mis padres tendrían que explicarme algún día el misterio del nacimiento de los niños. ¿Quién si no, ya que en la escuela nunca tratábamos nada que se relacionara con ello? Y cuando conversaba con los muchachos, les juraba que si algún día tenía yo un hijo, lo encerraría para que no aprendiera ninguna cosa mala y haría de él un hombre casto y perfecto. Ellos reían porque ya creían saber más que yo o porque no les importaban mis preocupaciones.

Leía sin censura otras obras, entre las cuales prefería la *Historia del emperador Carlomagno* que mucho después supe por don Marcelino *(Orígenes de la novela,* I, CXXXVIII, nota) que fue la primera vez impresa en Sevilla por Jacobo Cromberger, en 1525. Cuando acabé de leerla, por una relación inconsciente que sólo ahora me explico, trepé por los hierros de una ventana.

Pero la lectura no me sugería temas ningunos para los versos, ni actitudes ante la vida. Conservo todavía el cuaderno en que escribí los primeros 20 poemas que tres años más tarde, ya en México, anoté, pero no corregí, y que no he vuelto a ver después. Eran versos de un amor nunca sentido por criaturas imaginarias, cuyas cualidades no correspondían a la realidad de la persona que los había inspirado. Y el único dato interesante que me ha proporcionado el análisis de aquellos versos es la palabra "albedrío", que usaba en ellos constantemente y a la que daba una significación de "locura". Hay entre ellos un pésame a un amigo por la muerte de su madre, un soneto sin argumento, un poema a Dios, el reproche de un compañero que me hizo

una mala jugada en clase, la compasión por una niña pálida de los vecinos a quien su abuela trataba muy mal y unos versos sucios, “letrillas satíricas”, que me fue muy fácil hacer.

Finalmente tuve que cursar el sexto año en la Escuela Oficial del Centenario a fin de que me fueran válidos los certificados de instrucción primaria cuando llegara a la Preparatoria de México, a iniciarme en la carrera de médico para la que había sido destinado. Los muchachos eran ahí todos mayores que yo y el profesor no me quería. Pero aquel año pasó rápidamente y no ha dejado en mi espíritu más huella perdurable que una, que no se le debió sino de un modo enteramente casual.

Una noche más en el tren, que se inicia precisamente en Jiménez. Trato vanamente de distinguir el cementerio donde estará mi padre, en un sepulcro que no he visto nunca. Ahora ya hay automóviles que se acercan a la estación. Entonces sólo había el de los Russeck. Mientras arreglan las camas y se acuesta Tovar, que fuma tan desagradables cigarros, voy hasta el carro de segunda clase y trabo conversación con un jovencito que va a Chihuahua y que acaba de abordar el tren en Jiménez. No conoce a las personas de quienes yo me acuerdo. Lleva en las manos unas naranjas que va chupando mientras hablamos y el jugo humedece sus labios duros. Los inspectores no permiten comodidad alguna en estos carros. Apenas ha puesto mi amigo los pies en el asiento de enfrente, cuando vienen a indicarle que los baje. El garrotero viene con su linterna, maestro de ceremonias, a anunciar las estaciones, como personas que no llegan a presentarse. Su labor es igual a la de los profesores cuando llevan de excursión a sus alumnos y les van haciendo notar precisamente el detalle que menos les importa. Ya al rato apagan la luz y no entra sino el rápido viento por las ventanillas y un pasillo luminoso por la puerta. Digo a mi amigo que volveré en seguida y me alejo, abriendo las elásticas puertas, pero la verdad es que me voy a acostar, y al día siguiente, cuando vuelvo a su carro ya no le encuentro.

De El Paso, Texas, tenemos que salir ese mismo día para San Francisco, en la tarde. Fuimos a ver al señor cónsul de México, al edificio de la República en que, por indicación suya, deberíamos sentirnos “como en nuestra casa”. El cónsul tiene muchos timbres en su escritorio, y cada vez que oprime uno, abre la puerta, después de tocarla levemente, una persona diferente. Además, es poeta y miembro prominente de la Cruz Azul mexicana, cuya revista mensual publica sus versos apasionados. Nos entrega el dinero y nos indica cómo sacar los boletos, y cuál es el tren conveniente. Ha reexpedido ya mis 10 enormes cajas de los libros sobre la educación en México que voy a distribuir en Honolulú, entre los delegados a la Primera Conferencia Pampacífica sobre Educación, Rehabilitación y Recreo a que vamos como delegados mexicanos el maestro Tovar y yo. Disponemos de algunas horas para conocer la ridícula ciudad y entrar en las casas de comercio en que “se habla español” aunque los empleados, mexicanos evidentes, pretenden hablarlo con dificultad. Tengo asimismo ocasión de comprobar que mi bastón sería demasiado notorio y lo dejo en el consulado, como abandono mi sombrero de paja y un traje, en la estación, donde me pongo el que acabo de comprar, como un transformista. Comienza a ganarme la alegría del viaje como una progresiva embriaguez y, cuando empiezan ya a encenderse las luces eléctricas, subimos al tren. He pagado al recuerdo la contribución de una lacónica tarjeta postal.

Vamos en un gabinete del último carro; predomina el color azul. Observo que contamos con un ventilador eléctrico, un chorrito de espejo entre las dos ventanillas, un cenicero, un

lavabo. Nuestros sombreros mueven la cabeza. Corren ante nosotros interminables huertos de naranjos en flor y de muchos árboles cuyos nombres no sé, por supuesto. Mi compañero piensa en los magueyes, y aquella brusca riqueza de las interminables avenidas en que no hay una rama enferma ni una hoja desprendida, le predispone a la meditación patriótica. Dice que nosotros no sabemos aprovechar el terreno. Que irrigaciones adecuadas fertilizarían todo ese estéril desierto que va de Aguascalientes a Ciudad Juárez, y que realmente un programa gubernativo reconstructor no debe abandonar el punto de vista agrícola, sobre el cual…

Salgo del gabinete. Atravieso carros y más carros. Si el nuestro no fuera el último, no sabría cómo volver a él. Las gentes que pueblan los otros son todas iguales y cubren sus caras cristalizadas con la misma clase de revistas. En lo cual consiste la verdadera democracia. Tras de abrir muchas puertas llego al carro comedor. El agua con hielo es lo que más me conmueve. Como dispongo de una personalidad muy obediente, el tímpano del negro, *“last call for dinner”*, me concede apetito bastante parar examinar esta larga lista de sustancias. Otras personas ya han empezado a comer. Como si pusieran un par de banderillas sobre el *beefsteak*, le amputan un pedacito primero. Luego colocan diagonalmente el cuchillo sobre el plato y entonces cambian el tenedor a la mano derecha, vuelven a insertarlo en el pedacito que hacen resbalar sobre la mostaza y se lo llevan a la boca. Después de una frase sentenciosa repiten la operación y llevan a su boca el vaso de agua con hielo.

Tengo cierta aversión por nuestro gabinete. Paso de largo y voy a instalarme en el observatorio, ávido de conversación. No doy con una manera digna de persuadir a aquellas personas de que puedo hablar inglés. Mientras trazo mis planes imaginarios para empezar una conversación, comienzo a atribuir a aquellas caras parecidos ilustres. Ese señor ¿no será Mencken? Todo puede suceder. Este otro ostenta un gran parecido con T. S. Eliot, y como todos van leyendo… Pero los autores no deben leer en el tren, sino que observarán los tipos que luego han de llevar a sus novelas. Pero aunque no sean genios, seguramente que podríamos conversar sobre la literatura de su país. Me pondrían al corriente de las novedades. De un extranjero lo menos que puede esperarse es que conozca su literatura. Un compatriota tiene siempre otras calificativas. Un señor y yo nos ofrecemos una sonrisa. La suya quiere decir: ¿es gracioso, no? Y la mía: ¿es hijo de usted? Porque hace saltar sobre sus rodillas a un robusto niño. Dicho señor habla español, no sabe quién sea Carl Sandburg y va también a San Francisco. Me recomendó un hotel cómodo y barato, que él usará. Se llama el Argonaut Hotel.

Como el maestro Tovar se levantó primero, descubrió el Club Car, y me comunicó que podíamos bañarnos. Yo volví a atravesar todos lo carros y di con el barbero. Me bañé y cedí mi cabeza a su particular sabiduría, a fin de no volver tan pronto al gabinete azul. Hizo con ella todo género de experiencias. Yo mantuve cerrados los ojos, como hago a veces en el tranvía para procurarme una efímera sorpresa al abrirlos. Y quedé verdaderamente sorprendido al mirarme al espejo, con un nuevo peinado y una expresión diferente en las cejas. Él opinó que parecía yo joven.

Estoy en el Club Car, en una de las 12 cómodas sillas. La mitad del carro la llenan el barbero, su baño y la ventanilla como de boletos del negro portero. Sigue un rinconcito para escribir cartas, con recado para hacerlo, buzón y sellos, y luego las otras 11 sillas. Al fondo, a mi izquierda, dos mesas para que jueguen los que saben ajedrez, dominó, cartas, todos esos deportes que, como los demás, yo no he practicado nunca. Toco en el brazo de mi asiento una

ranura intencional de bronce. Creo haber descubierto al fin una imperfección en este mobiliario tan aparentemente impecable. Pero un hombre de negocios que ha estado examinando papeles que saca de su bolsa frente a mí, por varios minutos, oprime un timbre que yo no había advertido y el negro le trae un refresco que inserta en la ranura de mi regocijo. Decepcionado, humillado, me pongo a escribir cartas en un rincón.

Por la tarde tenemos tiempo de cenar en la estación de Los Ángeles. La estación misma es cinematográfica y comunica una impresión tan improvisada que no es posible admirarla si no se gusta particularmente del cine. Todo lo demás ha de ser así. Y aunque no lo sea, me repugna esta ciudad *a priori* y no deseo conocerla. No puedo comerme todo este tamal. Vuelvo al tren, ya un poco molesto. Ya es realmente mucho. Por dicha llegaremos mañana a San Francisco.

Es una sensación placentera apoyarse en la tierra firme después de cinco días de trenes. Todos los pasajeros se dispersan, como las cartas deben de salir de las bolsas postales al llegar juntas a un destino general. Como mi compañero es un tanto mayor que yo y ha visitado antes los Estados Unidos, dejo a su elección el hotel. Él ya no se acuerda, pero fue en la preparatoria mi maestro de historia general en 1919 y una vez me hizo salir de clase porque cuando él le preguntaba a un alumno por qué les llamaban así a las pitonisas, otro dijo a mi lado que porque tenían pitones y a mí me dio una risa incontenible y desproporcionada. Nos dirigimos al hotel Argonaut como nos había recomendado el viajero, pero una vez allí no permito que ocupemos la misma habitación. Este hotel es mejor que cualquiera de los de México, evidentemente. Pero hay en él un aire lóbrego y unos largos pasillos con alfombras rojas, en tanto que el elevador funciona lentamente y las personas que ocupan el *lobby* carecen del aspecto alegre que yo creo natural en toda personas que ocupa un hotel. Además, los criados se lanzan entre sí miradas muy despreciativas. Yo acabo por atribuir todo esto a que llueve un poco y hace un frío que yo no esperaba encontrar. Es, además, domingo. Los domingos uniforman el mundo. Si todos los días fuesen domingo no habría países. Desde mi alta ventana miro las calles solas y mojadas, y en el edificio de enfrente, el consultorio de un dentista, con su silla de barbería y los vasos blancos en que se apura el dolor. Miro el teléfono, la amplia cama, el baño, el *clóset* en que quisiera instalar definitivamente la ropa toda que saco de mi *trunk*. Me desnudo. Ésta es la primera vez en mi vida que estoy solo, en un cuarto de hotel, de paso para otras ciudades. Tengo un nervioso regocijo. Siento que me alejo de mis costumbres y trato de cogerme al último lazo escribiendo cartas y tarjetas. Entra un *bell-boy* servicial de 40 años a ofrecerme vino y otras diversiones que acostumbra impartir a los huéspedes. Pero yo, para su sorpresa, declino su oferta, a pesar de que él me promete no decirle nada a mi papá, con quien ya ha hablado. Por darle alguna aplicación lo hago obtenerme el teléfono de Marion Arendt y aplico a mi oído su voz que no escuchaba desde hace tanto tiempo. Ella estuvo dos veces en la Escuela de Verano y después, ocasionalmente, me enviaba los libros que yo le pedía. Soy más íntimo amigo de su tía Lillian que, llegada también para los cursos de verano, decidió permanecer en México, contrajo el coleccionismo y cuando ya había puesto una hermosa casa vendió todos sus objetos a precios ínfimos y se fue a Europa. Hasta su última carta se hallaba en Palma de Mallorca y había adquirido nuevamente antigüedades para una casa enorme, cuya fotografía me envió y que sólo venía a rentarle algo así como 14 dólares al año. Ni Lillian, a quien yo llamaba miss Cole, ni Marion, imaginaron nunca que yo viniera a San Francisco. Pero de todos modos para ellas viajar es un

evento de significación mucho menor que para mí. Marion vendrá a buscarme al hotel dentro de unas horas, desde Berkeley.

Me queda tiempo para aventurarme por las calles cercanas, con la dulce esperanza de perderme. Hay grandes almacenes cerrados y calles amplias, como un ademán generoso. Muy cerca de un cine hay un baño turco, abierto siempre, que me propongo visitar esa misma noche. Una vez definido mi propósito, entro en el cine, por la curiosidad de conocerlo. Tengo hambre cuando salgo, pero no me decido a entrar en ninguno de los restoranes que encuentro, en la seguridad que avanza conmigo de hallar uno mejor, más adelante. Rendido finalmente, entro en uno cualquiera y me encaramo en el banquillo del mostrador, en vista de que los asientos normales parecen exclusivamente dedicados a las mujeres, y bebo ese horrible café. Ya me va llegando a los nervios la lengua inglesa.

Por fin llega Marion por mí en el coche que ella misma conduce, acompañada por su amable tío Julio. Por las calles que ascendemos, mientras me definen los edificios y los barrios, me preguntan discretamente si alguna razón especial me hizo escoger el hotel Argonaut. Yo había olvidado narrarles al maestro Tovar. Inmediatamente visitamos otros hoteles. No era cosa del tiempo, como yo suponía generosamente; la fecha de su fundación sólo es un mérito en las botellas de vino. Pero realmente ya no vale la pena cambiarme, para un día más que permaneceré en San Francisco. A mi vuelta, naturalmente, por todos los días posibles, habitaré ese hermoso hotel.

Pero ahora, Marion, vamos a conocer el mar. No quise verlo desde el tren, ni antes, porque quería celebrar el rito con una persona que no expresara sus opiniones. Océano, no retiro una sola de las palabras que te he dicho. Te las mereces todas y estoy seguro de que agradeces y lees a menudo mi poema. Me ha conmovido tu prisa por fregar los escalones de tu casa cuando supiste que venía y la infantil manera con que te adelantaste a saludarme, sin tiempo para secarte las manos. Todas tus olas ínfimas se pusieron a comentarte en secreto y te aseguro que he sonreído a todos los grupos de aquellas que educaste tan bien para que me recibieran hoy alineadas, en un perfecto desfile majestuoso y lento. A mis pies, tus olas oficiales me dijeron discursos elocuentes, moviendo los brazos. Y me mostraste todo lo que tenías. ¡Ya pronto, pronto! ¡No te empeñes en alisar para mí tu antiguo tapete! Así está bien. El cielo deberá seguir tu ejemplo. Pero a él le gusta el *bluff* y la omnipresencia y tolera las nubes fofas y no se ha arrugado, porque no es grande ni ha vivido como tú y yo, que sólo permitimos los continentes a nuestro lado.

Por la mañana nos informan en el consulado de que irá con nosotros el ingeniero Pedro Vázquez como delegado de Irrigación. Está ya en la ciudad y los tres saldremos el miércoles a las 12 en el *Maui*. Vamos juntos a comprar los billetes y yo comprendo que este nuevo compañero de viaje es un grande alivio para el maestro Tovar y que van a ser muy amigos, pues coinciden en más de un rasgo. Súbitamente solidarios, convenimos en ocupar un solo camarote; yo no veo, en el grabado de los prospectos, objeción razonable. El *Maui* es precisamente el barco que el doctor Puig me dijo que nos convendría tomar. Se encuentran ya en él mis cajas de libros. Los quiero como si fueran hijos míos y lo son, en cierto sentido, pues los tuve en mis manos, uno por uno desde que no eran sino una informe masa de manuscritos y fotografías cuyo tamaño yo marqué, y luego fui extrayendo sus erratas, esos actos fallidos del linotipo, al margen de las yacentes galeras, y vigilé luego su fraccionamiento en planas y

autoricé con un sumario tírese que era como la firma de una sentencia en ese concurso de natación de las hojas de papel en las prensas. Y una vez alzados los pliegos a los que unía por el dorso la escala descendente del medianil, busqué el papel tapiz para guardas y tapas y seleccioné la tela del lomo y la tinta del canto superior. Ya los pobres obreros se resignaron a someter a la mía su clásica idea de lo tipográfico. Ya han arrinconado sus elegantes hierros complicados, sus garnituras y sus medias cañas, sus negritas y sus capitulares góticas. Y cuando les indico que quiero una formación elegante, replican: "Es decir, como a usted le gustan". Y en el usted va todo el desprecio del siglo XIX por el XX.

El maestro Tovar va a proseguir sus compras maravillosas, porque tiene en México hijos a los cuales va a llevar ropa de unos almacenes asombrosamente baratos y va también a adquirir un frac que puede ofrecérsele más tarde. Yo quiero visitar algunas librerías. Cerca de una plaza de aspecto cívico, por Market Street, hay una que me invita a entrar porque me recuerda la cordial librería de Robredo, con sus tres salones en penumbra, por los cuales vaga uno acariciando la dentadura suelta de los libros. Falta la caja fuerte en que don Pedro guarda el oro y las ediciones príncipes, y la silla que ocupa a veces don Luis González Obregón, cuando conversa con otros historiadores, y el político cervantista que ha descubierto ya muchas veces la segunda parte que no tiene Huntington, y aquel que nunca encuentra nada digno de su biblioteca, y el ocasional estudiante de derecho que casualmente adquiere un alto puesto público y ahora suele visitar la librería, con el ceño fruncido. Hay unas dos o tres personas más, pero ya saben lo que van a comprar. Hay libros viejos principalmente. Pero los libros norteamericanos, como las personas, vuélvense feos e innobles al envejecer. Son hermosos e iguales cuando son jóvenes y nuevos, todos encuadernados, sin tiradas especiales, con *jackets* llamativos. Pero pasan pronto de moda y los malos se pierden, y de los buenos surge siempre una nueva edición más costosa, mejor presentada y de mérito igual o mayor que la primera. Pero de todos modos demasiado grande. Casi prefiero las ridículas ediciones limitadas de los franceses, *dont les pierres lithographiques on eté poncées après tirage*, y por encima de todo, mis hermosos clásicos españoles con sus grandes encuadernaciones de becerro, hechos para el solemne facistol, compuestos letra por letra antes de la edad del linotipo.

Ahora se compran los libros de John Erskine, el de Will Durant, la edición uniforme de O'Neill, Elmer Gantry… Lo hago yo y me llevo también algunos tomos de poesía que me faltaban como las antologías de Untermeyer, los poemas de Emily Dickinson y las dos *Spoon River Anthologies* de Edgar Lee Masters; también algunos de teatro, de Mantle, Clark, Cheney y Thomas H. Dickinson. También Sandburg, Lindsay y Morley, por fidelidad a mis primeras aficiones. También la reciente vida de Keats por Amy Lowell, y el breve *Songs from the heart of a boy* de Jesse R. Lasky jr., y los dramas de Yeats y de lady Gregory. Voy seleccionando de prisa, como si no tuviera apenas tiempo. Han vuelto a ganarme los recuerdos y tengo una cartera con cheques de viajero. El buen librero conversa conmigo, ya su único cliente. Ignoro si este dinero va a hacerme falta más tarde; ¡pero estoy tan habituado a este juego de azar! No quiero que se me envíe el paquete; lo llevaré yo mismo bajo el brazo y volveré mañana.

Es ya tarde cuando salgo de la librería. Me he recuperado a mí mismo. Ya no me siento inferior a todas estas gentes robustas que van de prisa por la calle recién mojada. Me he dejado puestos los anteojos y este largo abrigo. Nadie sabe quién soy, pero yo sí lo sé, y creo saber quiénes son estas gentes que no me importan nada. Me dirijo al hotel. Allá he de

refugiarme a hojear mis libros.

Andan por las calles unos marinos inesperados, que se estacionan en las puertas de los almacenes como maniquíes, tan forrados en sus uniformes que parecen almohadas azules y con esos gorros blancos como coronas o como los que se hacen en la imprenta los aprendices. No los había visto nunca. Para mí son del todo un nuevo espectáculo. No les encuentro equivalente mexicano, fuera de aquellos extranjeros que solían desfilar por las calles en las fechas patrióticas. Pero aquéllos usaban una boina que mis padres me imponían también en mi infancia, sobre los bucles, cuando me llevaban de paseo los domingos dentro de un amplio traje de piqué. Mis boinas tenían una palabra sobre la frente y unos listones con la punta cortada en W que cosquilleaban sobre mi oreja izquierda. Ya no visten así a los niños, pero los marineros me siguen pareciendo infantiles. No me figuro así a Simbad el marino. Estos muchachos grandes no deben de conocer las tormentas y su existencia estará siempre garantizada por los salvavidas científicos, por lo bien que sabrán nadar, por lo claro y tranquilo que el mar se ha vuelto desde que lo dejaron de su mano los novelistas lóbregos y los piratas. Todo es cuestión de organizar las cosas. Heme ya en el hotel. Llamo a la puerta del maestro Tovar, a quien deseo mostrar mis libros. Pero a mi segunda llamada contesta malhumorado: "*What is the matter?*" y yo comprendo que no debo insistir.

Vuelvo a la calle en busca de un teatro. Los cabarets no me seducen. Entro en el Alcázar, pequeño, para dramas, a la mitad del primer acto de *Rain*. No me sorprende la ausencia crustácea del apuntador, ni las luces. Admiro a miss Thompson. ¡Los mares del Sur! ¡San Francisco! Noto en el tercer acto que la gente me mira un poco extrañada. ¿Pareceré muy extranjero? ¿O será que ellos están todos vestidos de *smoking* y yo estoy solo con un humilde traje que es nada más que azul marino?

Ayer pasé la noche en el baño turco y no pude pensar en nada, porque me rindió la fatiga y no tuve tampoco sueños, porque ya no tenía deseos. Ahora, solo otra vez, tocan mis manos los lazos fugitivos de los recuerdos. Cada nueva curiosidad ya pertenece un poco al pasado y sin embargo me va robusteciendo al dispersarme. Quien añade ciencia añade dolor. Podría verificar esta cita en la Biblia que hay sobre la mesa. Recuerdo mis 12 años y el terror que entonces me daba la idea de envejecer, de llegar un día a ser repugnante y odioso. Y cuando pasan los años, *chaque jour on reporte a un peu plus loin la promesse*. ¡Acaso lo soy ya! Y me ha sido preciso sustituir el amor porque todo acto es siempre grotesco.

Mañana a las 12 sale nuestro barco y he prometido a Marion que iría a verla hoy a Berkeley, a fin de visitar la universidad. Es fácil orientarse hacia el muelle del cual salen los *ferryboats*, que son la primera embarcación en mi historia y un preludio del largo viaje que me espera. Después de 20 minutos de mar, tomo dos tranvías más y estoy ya frente a Marion. Hubo un poco de lluvia y ahora está el aire claro entre los grandes árboles del campus. Unos cuantos muchachos juegan deportes y bajan por las colinas, vestidos de colores brillantes. En lo más alto esplende la C de la universidad. Llegamos a la biblioteca, de varios pisos, que tiene un verdadero aspecto de banco, en que tantos cientos de jóvenes trabajan febrilmente sobre sus libros, sus tarjetas y sus apuntes. Ha muerto el teatro crítico universal. Cada uno de estos alumnos será doctor en un solo aspecto de un solo problema y citará en la bibliografía de su tesis todos los autores que por orden alfabético encuentra en el cajoncito de su especialidad. Hay elevadores automáticos que llevan a los otros pisos a los estudiantes más

adelantados, por medio de la llave que sólo ellos tienen. Estos departamentos se hallan menos poblados. En el de historia de California trabaja el doctor Priestley, a cuyos cursos asiste Marion, quien me presenta con él, y conversamos un largo rato sobre la sociedad de bibliófilos mexicanos, sobre las bibliografías de Relaciones Exteriores, y México se me acerca de nuevo y se ponen en fila mis conocimientos, como sirvientes oportunos, listos a responder por su dueño. Me conduce el doctor a la biblioteca mexicana, graduando las sorpresas que piensa darme. Primero los libros en inglés; el pro y el contra: *Is México Worth Saving? The Land of the Sleeping Burro, The Land of Mañana, The People Next-Door.* Opino que se trata de unos estantes muy unilaterales. Luego la poesía mexicana; no falta nada; y por fin los manuscritos, custodiados en cajas fuertes, parte de la biblioteca de Andrade que tenía Maximiliano y que ha venido a dar aquí. Hojeamos una tragedia de don Anastasio María Ochoa, manuscrita. Debe de hallarse muy satisfecho en los infiernos de que sus obras se hallen en los Estados Unidos, él que hizo imprimir sus poesías en Nueva York. Es una letra menuda y preciosa. El doctor Priestley murmura al contemplarla: *"How painstaking those creatures were!"* Y me deja en cuclillas, inspeccionando otros estantes, con Marion y una señorita que se halla muy interesada en Dostoievski. ¡Cómo quisiera quedarme algún tiempo largo entre estos árboles y estos libros! El doctor Priestley me ha dicho: "¿Usted no es doctor en filosofía?". "No, todavía." Aquí hace mucha falta serlo. Procuraré por todos los medios volverme un doctor en filosofía de la Universidad de México, lo más pronto. Al fin y al cabo todos los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras son mis amigos, y algunos hasta me respetan y admiran lo que escribo.

Marion vive en Telegraph Avenue, Palazzo Apartments 2614, con su hermano Bert. Sus padres habitan en Oakland, y sus tíos en San Francisco. Ella trabaja en la universidad y su hermano en un banco de San Francisco. Me ha dejado solo mientras prepara la cena. En la intimidad de sus cuartos pienso en miss Cole. Así iba yo a verla los domingos en la tarde y la encontraba sola, en aquel departamento que había arreglado con muebles antiguos, a la manera americana, y cenábamos pollo a la *queen* y té con miel de abejas después que yo había consumido todos los chocolates que ella tenía siempre para mí, echado sobre su sillón verde, frente a aquella pintura a quien ella había puesto por nombre Beatrice y por la que pensábamos ambos que había pagado demasiado, pero que era muy decorativa sobre el escritorio de caoba que señalaba hacia ella con dos largas velas azules. Le escribo en la mesita de Marion. Creo que será para ella una grata sorpresa.

Ha llegado Bert. Es tan alto como yo y habla pausada y sentenciosamente. La dulce Marion tiene para él la sonrisa de una hermana mayor para un niño que se toma ya en serio. Bert me revela el secreto de su ropero: por las noches se convierte en un cómodo lecho. Y nos sentamos a la pequeña mesa, a tomar el coctel de toronja. Luego Bert se levanta y lleva las copas a la *kitchenette,* mientras vuelve Marion con la carne. Me apena no ayudarle; yo quisiera vivir así; y que el acto de comer fuera en la existencia de mi familia cosa tan leve, fácil y secundaria, que no exigiera una habitación especial. Les narro mis tribulaciones gastronómicas en San Francisco, y cómo me asombró que los asientos cómodos se hallen dedicados exclusivamente a las mujeres. Bert toma su *lunch* en esos restaurantes, pero no encuentra incómodos los banquillos. Lo que sí le parece mal es que ya algunas *flappers* los suelen ocupar. Ha visto una, el otro día que fumaba, y podía verse las ligas de sus medias.

Agrega: “*that is what I call disgusting*”. Va después a su aparato de radio y se ocupa en manejarlo. En tanto, Marion me interroga sobre algunos puntos de la tesis que está escribiendo sobre el arte en México. Y yo quiero que ella me indique dónde debo comprar, a mi regreso, ropa para mi madre. Me van a acompañar algunas calles, en la noche proscrita que sustituye la electricidad.

Montamos al barco sin emoción ninguna. Se encuentra tan pegado a la ciudad, a este amplio garaje en que se clasifican las cosas, en donde están ya nuestras maletas, como obedientes perros, con el bozal de goma que les hemos pegado, que no se concibe al pronto el arrancamiento. Empiezan a llegar personas abrigadas y a hablar rápidamente. Junto a la escalerilla se explayan los *bellboys* y los *waiters*, con los brazos cruzados, como los verdugos y los fakires de los teatros. Me ha nacido un amor a primera vista por este barco que recorro con alegría, mirando sus pasillos, penetrando en sus puertas, para localizar nuestro camarote, el comedor, los posibles vecinos. Vuelvo a la barandilla, con las demás personas que ya la invaden toda, multiplicando sus conversaciones agitadas. Abajo quedan sus familias o sus amigos. Ya nos separa de la tierra una cinta movediza de agua profunda. El barco la toca con el brazo perezoso de su escala, que al alzarse saludará. Están repartiendo serpentinas a los pasajeros, pero yo ¿a quién voy a lanzárselas? Es indicado llorar en estos casos, yo creo, o conmoverse hasta un límite correcto; pero yo ¿por qué he de conmoverme? Si no lo hice al dejar mi tierra ¿lo haría ahora que dejo una agua que nada tiene que ver conmigo? Una *jazz band* se ha puesto a tocar sobre cubierta. Parecen ya irrompibles las redes de serpentinas. “*Visitors, ashore please!*” Y el puente se eleva, y el barco va apartándose como una cabeza resignada. En el muelle quedan aquellas gentes, con sus pañuelos y sus frases inglesas, que dan a los viajes todo un aspecto de viaje de bodas. ¡Y bien! Ahora sí. Vuelvo al camarote, que no había examinado en la prisa de despedirme de nadie. Tiene muchas puertas. Una va a dar al cuarto de baño, tiene todavía más puertas para los otros camarotes; patrimonio común. Hay que apuntar su hora, de seis a ocho, 15 minutos nada más cada persona, con señas de nombre, camarote y cama. Esto es injusto; yo tengo la barba muy cerrada y mi baño consta de un largo ceremonial, simple, pero inflexible. Saco primero el pie derecho de la pantufla y con él tomo el pulso al agua; luego abandono la segunda, y me arrodillo dentro de la tina, porque en las piernas no quema tanto el agua como me quemará en seguida la espalda, cuando me abandone por completo a su fuego para gozar de un espasmo agotante que me faltó durante toda la noche. Suelo aprovechar estos instantes para considerar la marcha del tiempo y hacer un breve examen de conciencia. Fue así como hace muchos años descubrí con terror mi pubertad, en un triángulo negro que se posaba sobre mi cuerpo como un murciélago y que traté en vano de borrar. Ahora me rasuro la cara, trazando largos cometas de la barba hacia el cuello, primero el lado derecho, con la *ever-ready*, y luego hacia arriba desde los oídos, con dirección a la nariz, para escuchar el sordo mutilar de los pelos endurecidos, que se quedan en la máquina, desorientados y dispersos pero infinitamente más pequeños que los que naufragan en las toallas de las peluquerías. Luego me peino. Hasta hace dos años no usaba raya en la cabeza, sino todo el pelo hacia atrás, que tenía ondulado y abundante. Ahora me lo echo todo hacia la frente y se abre solo en dos puntas, como los dos ojos de un solo caracol, en el ya amplio camino en que discrepa un lado del otro de mi cabeza, y luego, primero el lado derecho, lo restituyo hacia atrás, de suerte que desde arriba debe de verse como muchas flechas

superpuestas. Luego se puede ya contar conmigo, porque todo el resto puedo abrochármelo en mi cuarto. Pero es evidente que no he de proceder así en los 15 minutos que ocuparé ese rinconcito todas las mañanas.

En cuanto al camarote, ofrece un lecho para el ingeniero Vázquez, demasiado gordo para la litera, alta y baja, que hemos de compartir el maestro Tovar y yo, que representamos la educación de nuestro país. Y no sé cómo vamos a acostarnos. Él es jefe de la Enseñanza Primaria y bien mirado yo no doy sino clases de literatura. Creo que debo cederle la cama inferior. Hemos hecho, a propuesta suya, el trato de alternarnos el usufructo de la cama baja. Pero ¿y si no cambian la ropa?

Ya va perdiéndose de vista la tierra. Hemos girado sobre nosotros mismos, pero no he sentido hasta ahora trastorno alguno de los que se me presagiaron. Mis amigos sabios me habían dicho que los viajes en barco marean, aunque no se pusieron de acuerdo sobre si a todas las personas. Yo podía ser una excepción. Nada me parecería más penoso que un accidente en público; pero la idea ya empieza a preocuparme, porque no puedo fijar la vista en punto alguno, y aunque, si miro a lo lejos, no me parece que avancemos, me turba la rapidez con que pasan las olas junto al barco. En el comedor percibo el primer galope. Un golpe brusco, como si el mar, sonriente, nos hubiera llamado con mimos y promesas y, ya definitivamente en sus manos, nos estrujara con lenta furia. Es horrible mirar por las claraboyas cómo el cielo sube igual que un telón y el mar lo sigue y lo retrae. Y nuestro mesero es mexicano, de lo cual se alegran mis compañeros de mesa, y el maestro Tovar le pide muchas cosas porque lo considera más prudente que mi total abstinencia. Me invade un ruido sordo y apagado, que me esfuerzo por no escuchar, pero que me hace al fin abandonar la mesa lleno de repugnancia. Sobre cubierta es mejor, al pronto. Voy a tirarme en una silla. Y estas gaviotas antipáticas, precursoras del vuelo sin escalas, ¿a qué hora se volverán a su casa? Ensayo a darles un nombre adecuado, pero no hay uno suficientemente chocante. Parecen tamales desenvueltos, pan crudo con alas, águilas de cuartos de dólar. Cuando ya hay en el mar tanta agua salvaje que verdaderamente irrita, ellas todavía andan por encima, por los lados, listas a *catchar* con el hocico lo que les arrojan de la cocina. Vienen a encaminarnos con un insolente aire de protección, como se va a los entierros y a las bodas, como llevan a los niños al *kindergarten* y a los criminales a la cárcel, sin mirarnos siquiera, como si cumplieran con un deber o, lo que es peor, como si ejercitaran un alto derecho. Y son muy estúpidas. No distinguen a primera vista los corchos de las galletas. Pero la que más me ha indignado es esa gorda que, sin dejar de volar, ha sido capaz de alzar una de esas patas descalzas y de rascarse con ella el cuello. Es el insultante colmo de la eficiencia. No comprendo cómo los poetas románticos las hicieron tema de sus octavas reales.

Tengo en la mano el índice alfabético de los pasajeros, que me han dado al salir del comedor. Sé de antemano que no habrá otro Novo en ella que yo, como no lo hay, de todas las infinitas listas que he examinado para buscarme antecedentes gloriosos, sino en una que otra historia de la literatura española, de las que son completas, como las de Hurtado y Palencia, Cejador, Fitzmaurice Kelly. En ellas anda por ahí don Pedro Novo y Colson, académico de la historia, discípulo dramático de Echegaray, minuciosamente descrito por Cejador, que habla también de otros dos Novos, Vicente y José, de la Coruña, cuyas obras me hice enviar, pero no he leído por respeto. Una señorita muy fea me sonríe. Me dirige una voz mimosa y

pretendidamente infantil. Es aquella, lo recuerdo ahora, que tropezó conmigo al subir al barco; pero yo la tomé por una amiga de alguien que se fuera. Dice que viaja mucho, y que por lo tanto, sabe cómo se siente uno cuando es la primera vez que lo hace, como yo, con deseos de conversar y tímido de hacerlo con quien no ha sido presentado. Pero ella está dispuesta a allanar las dificultades del principio. Esto lo dice ya sentada junto a mí, en una silla que no le pertenece, porque yo he visto a una guapa señora adquirirla esta misma mañana. Sería muy bochornoso que la hiciera levantarse de aquí. Se nos acerca una señora robusta, que viene impartiéndose una exagerada nutrición de nueces y que sonríe tan tiernamente a mi súbita amiga, que yo comprendo que es su madre y ella me cerciora del hecho al presentarme. La señora se deposita a mi otro lado, en la silla de otra persona. Yo estoy angustiado. Cuando la joven se dirige a su madre omite la ere y dice *madah,* porque son australianas e insisten en que su inglés es muy puro. He aquí las primeras personas de Australia, de Ostrelia, con quienes tropiezo. Por hábito indolente, al pensar en este punto geográfico, ocupan mi imaginación unos que llaman periquitos de Australia y un canguro.

Yo me apellido así, y le muestro mi nombre en la lista. Ella y su madre, Cohen. Van ahora a reunirse con su padre en Australia, que ya tiene deseos de verlas, porque han pasado muchos meses en América y Europa; por tanto, no se quedarán apenas en Honolulú. Pero yo toleraba esta conversación porque me hacía olvidar el mareo. Ahora, para cortarla, en él me refugio y empiezo a sentirlo fuerte y horrible. No puede describirse sino con muchas páginas de puntos suspensivos que hubiera obligación de recorrer uno a uno con la mirada. La mamá australiana me aconseja que coma, como ella. La hija me dice que converse y no cesa de hacerlo. Esto es horrible. ¡Oh! Vuelvo en seguida.

El maestro Tovar deja sus anteojos al lado de la almohada. Los tenía ya puestos ahora que abrí los ojos y lo miré desde el cesto que me contiene localizar su bata y entrar en el cuarto de baño. Tiene el hábito de levantarse temprano, en seguida que despierta, y enciende un cigarrillo que a veces pierde mientras abrocha su complicado cuello duro y cambia las mancuernas de su camisa. Por eso es él quien siempre descubre las novedades. Lo siguió el ingeniero Vázquez. Yo fingí dormir todavía, para que me dejasen el campo libre. Complacíame en la idea de mi soledad y de mi ocio. No tenía nada que hacer durante aquel día, ni en muchos días más y no sentía fuerzas siquiera para escribir la más pequeña nota de viaje ni para hojear libro alguno. Me levanto por fin y voy al baño cuando me llama el *steward,* al cuarto para las ocho. Me tambaleo al entrar en él como cuando se pasa de un carro a otro de un tren en marcha. Y el agua está apenas tibia, salada, y el jabón no hierve en ella, y me corto toda la cara, y me voy de bruces contra el pequeño espejo.

La mañana era de esas que se llaman hermosas, con sol y cielo. Todas las personas se decían *good morning* unas a las otras y los señores más viejos, carentes de toda estimación propia, usaban pantalones cortos y gruesas medias alegres. Ya estoy completamente bien. Siento como si hubiera entrado en el inmenso ritmo del cielo y de las olas. Han desaparecido las gaviotas. Al contrario de lo que sucede en la tierra, el horizonte es curvo y si se le sigue con la mirada se vuelve, siempre en círculo, al punto de partida; de suerte que todo el océano se convierte en una pequeña vasija con agua.

Un señor ha venido a apoyarse en la barandilla, junto a mí. Usa pantalón corto, blanco, y medias del azul de su *sweater.* Me invita a jugar *shuffleboard* y lo acompaño un momento. Nos

miran jugar otros pasajeros de todos los cuales él es ya amigo y que saben mejor que yo barrer estas fichas rojas y blancas y hacerlas entrar en los números pintados en el piso, con estos rastrillos de bacará, desde cierta distancia. Como el barco se mueve es difícil lograrlo, y por lo tanto se divierte uno.

Nos hacemos velozmente íntimos amigos. Se llama Rupert J. Mason y es banquero de San Francisco, pero se ha retirado ya de los negocios y no hace sino viajar con su esposa a cualquier parte del mundo que le ocurra en cualquier momento. Si no temiera las revoluciones ya habría ido a México alguna vez. Ha estado, sin embargo, en Tijuana. Encuentra delicioso el tequila y me promete un coctel para la hora de comer.

Nadie diría que tiene 40 años. Desconciertan, cuando se piensa en ello, sus jugosos ojos alegres, su risa clara y rotunda, su ausencia de calvicie y de arrugas y, sobre todo, su intranquilidad. A los pocos minutos le tengo suficiente confianza para comunicarle mis dos inquietudes de a bordo: la cama alta en el camarote repleto y la señorita australiana con la mamá sociable. Toma un rápido interés en servirme. Vamos a ver al *purser,* y desde ese instante habito el 206, en el *deck* superior, y este camarote es mucho más bonito que el otro. Tiene unas cortinas floreadas que permiten establecer interesantes juegos de luz y un diván cabe una ventana que como es natural da al mar. Allí recostado escribiré o leeré. Acaso empiece el diario del viaje o lea, como los demás pasajeros, *Hula,* de Armine von Tempsky, que está conmigo desde El Paso, Texas. Por lo menos, estaré solo cuando me dé la gana, estos cinco días que he de permanecer en esta prisión general. Ahora ya conozco mis deberes de pasajero: separo la hora de mi baño; leo el nombre de mi nuevo *steward;* se llama vulgarmente John Smith. Estos nombres de fácil pronunciación les ponen siempre a los ingleses en las novelas españolas o en las traducciones para el teatro. Pero se ve en seguida que es muy servicial.

Me ha fatigado el *shuffleboard* y ahora ocupo mi cómoda silla junto a esas personas que leen con las piernas tendidas y cubiertas por una manta, como en el cine. Hago esfuerzos por que me ocurran pensamientos grandiosos acerca del mar que no descansa, pero nada me ocurre. Toco mi cara. He visitado la barbería a fin de pasar el mayor tiempo posible sin sentir, pero el barbero disfruta de una imaginación muy limitada. Apenas si suprime de mi cabeza la tiesura pegajosa del agua salada y el masaje más rabioso no logra extraerme de la cara un polvo que no existe en este ambiente extraordinariamente falto de tierra. Mi barbero del tren se parecía a Balzac sin bigote. Éste tiene cara de biólogo. El primero usó conmigo de procedimientos brillantes de novelista. Éste exhibe un infinito desprecio científico por el cuerpo humano y está rodeado de pequeños objetos que vende; unos, que anticipan Honolulú: postales, ukeleles, leis, faldas; otros, que prestarían una utilidad inmediata: lociones, dentífricos, sal hepática, cigarros, chocolates. No hay servicio de manicure sino para las damas, y lo imparten a domicilio. Vende también revistas escandalosas. Junto a su puerta se abre la estrecha de la tripulación. Por ella desaparecen aquel enorme hawaiano que pule los hierros del barco y los otros dos personajes de O'Neill que he sorprendido, que se apartan de los pasajeros y cuyas vidas me gustaría tanto conocer. ¿Acaso no vengo por aquí con tanta frecuencia empujado un poco por el deseo de verles vivir?

Antes de que pueda impedirlo, la mamá australiana se deposita junto a mí y comparte mis dulces. ¡Pero estoy solo! ¡Qué imperdonable de su hija! Un minuto. Va a buscarla para mí. Y

surge la hija, acompañada ahora por una señorita que, sin razón alguna, no puede uno mirar sin reírse. Está completamente pelona como un hombre y se ha dejado sobre la frente una visera de rizos. Su voz es ronca y sus ojos pequeños. Cuando habla, y habla siempre, mueve las mejillas y las cejas, pero no la boca delgada.

Es doctora en belleza. Está segura de que las hawaianas le darán su dinero si logra hacerlas creer que pueden blanquear. Ella no conocía a miss Cohen pero la encuentra muy graciosa. Y cuando madre e hija se apartan, ella adopta hacia mí un grave tono confidencial. Yo creo, señor Novo, que estas damas judías son, de todas las cosas, el colmo. Las siete veces que proporcionan comestibles a bordo, la madre está dispuesta a consumirlos. El café a las siete, el desayuno, el consomé, la comida, el té, la cena y los sándwiches de las 10 de la noche. Y se lleva los dulces de la mesa; y cuando pasan los criados ofreciendo tazas de té y sándwiches o galletas, ella los detiene y toma cinco raciones, y les explica que son para su hija y sus amigos que vendrán en seguida. Y en cuanto el criado se aleja, la señora se come todas las cosas. Ella es muy cuidadosa de su reputación y, por lo tanto, está desesperada al ver cómo esas mujeres se le meten al camarote, usan sus pinturas, registran su ropa y se la piden prestada y andan siempre con ella. Y luego, ¿es verdaderamente posible que yo ame a miss Cohen? Ella le ha dicho a todo el mundo que soy su *sweety* y la gente piensa que es una lástima. Pero la doctora tiene el presentimiento de que no es cierto. Yo soy muy joven. Es obvio que no conozco el mundo. Ambos, ella y yo, necesitamos ayudarnos en este caso. Es necesario que yo aparezca duro y grosero ante miss Cohen, que le dé el aire, que, a la noche, no baile con ella una sola pieza. Esto ante todo. De lo demás, ella se encarga. Y en cuanto me haya desembarazado de la judía debo mostrar una predilección especial por la doctora a fin de que miss Cohen, al declararle la guerra, la deje en paz. Trato hecho.

Rupert viene por mí para que bajemos a comer. Ante todo, me presenta a Mrs. Mason. Está tendida en una silla, afuera de su cuarto, envuelta en un abrigo de pieles. Conserva sus pies en sandalias blancas sin tacón y su pelo rojo en un pañuelo de seda. No he visto nunca un aire más indolente que el suyo ni una cara más adorablemente infantil. No es bonita, sino encantadora. Son graciosas sus cejas rojas y su boquita movediza. No usa sino un poco de polvo. Está comiendo ya, pues no se siente bien para bajar al comedor. Sostiene en la charola un plato con ensalada y una taza de té. Es todo lo que come. Espío hacia su cuarto y veo como 10 valijas, todas acribilladas de sellos de hoteles. Cuando volvemos de comer, Rupert se acuesta y yo entro en su cuarto. Por fin hallo mi sitio. No me separaré más de esta encantadora Mrs. Mason. A ella parece que también le ha agradado conocerme. Somos igualmente perezosos y no nos guardamos cortesías. Si no queremos, no hablamos. Rupert es nuestro tema. *Restless* Rupert, como decidimos llamarle. Comemos dulces. Ella usa esos zapatos sin tacón porque le gusta el baile clásico. Su ideal sería quedarse en su casa, con sus clases de piano y de baile. Pero Rupert, que la conoció en una fiesta, no la deja tranquila, con tantos viajes por el mundo. Me enseña los libros que ha traído para el viaje. Le gusta mucho Joseph Delteil porque está aprendiendo francés y como su profesora sabe también español, le escribe para sorprenderla, letra por letra, una carta que yo le dicto. Luego me hace contarle la historia de Carlota y Maximiliano. Al narrarla, advierto en mí un extraordinario fenómeno. He olvidado toda clase de datos en español. No recuerdo nombres, fechas ni versos. Me sería imposible, por ejemplo, dar una conferencia sobre Sor Juana Inés de la Cruz. Siento como si hubiera

caído un pesado telón sobre toda mi utilería habitual, como si todos los individuos de mi memoria, siempre tan fieles, me hubieran declarado la huelga. Ningún esfuerzo los retrae a mi espíritu. Y a partir de entonces, por un largo momento, me preocupa este hecho.

Eugenie decide aprender español conmigo. Apunta en las guardas del *Oxford Book of English Verse* las frases que le deletreo: "estás muy cuero", "vámonos a vacilar", "lástima de ropa", "caramba". Paso grandes trabajos para determinarle las circunstancias en que puede aplicar este *slang;* por ejemplo, cuando una vieja fea, como esa que ahora da vueltas sobre cubierta, lleva un traje así de costoso, dice uno: "lástima de ropa". "Caramba" puede decirse siempre.

¿Qué me enseñará Eugenie? Sus zapatos de baile clásico, esos como signo de raíz cuadrada o como v. También el retrato de su padre y el de su profesora de ballet. Yo ¿no traigo el retrato de mi madre y el de mi novia? Y si naufragásemos ¿no querría verlas por última vez? Supongo que no tendría tiempo, tratando de abrocharme el salvavidas.

Tampoco ha bajado Eugenie para cenar. Ha repetido, en su misma silla, su lechuga y su té, más unas cuantas pasas, nutrición de pájaro. *Restless* Rupert es ya amigo de todo el barco, y ha jugado con todos y ya tiene quien le acompañe en Honolulú a jugar golf. Cuando ella y yo mirábamos las nubes, comparándolas con pañuelos sucios, él ha irrumpido, chorreando agua, a tocar en la victrola *Oh how she could play a ukelele.* A Eugenie y a mí no nos importaba otra cosa que el atardecer, aunque no lo dijéramos. Súbitamente la noche envuelve el barco. No hay esa suave transición entre el día y la sombra que observa uno en su casa. La tarde va nublándose y el mar se cubre de brillante ceniza. Esos grandes soles rojos que se hunden en el horizonte y tienden hacia el barco su senda de oro trémulo no existen sino en las postales. Las nubes van cercándonos con sus manos heladas y en un momento el cielo mismo viste de negro para cenar. Entonces se encienden las estrellas. ¡Y qué terror nos dio esa sola, única, enorme, que no podíamos dejar de mirar, allá, abajo, como el ojo de Dios tras nuestra huella! ¡Cuánto bien nos hubiera hecho la luna, que en el mar sí se justifica como un centro de gravedad que de otro modo hay que buscar en nosotros mismos! Por eso existe el sueño profundo en las negras noches. Las tinieblas y el silencio son desoladoramente cósmicos. Hay que contar siempre con una luz en lo alto. Lo comprendo. Con esta música, con el baile, se pretende en el barco disipar este angustioso vacío de la noche. Pero en todos los rostros pintados se descubre el mismo inquieto disfraz de alegría, y en el cine todo el mundo se siente más unido, y el silencio es como el de los templos henchidos, y la pantalla en que todos miran una misma cosa nivela y junta todos los espíritus, y esa noche en un mismo problema para todos. ¿Y Colón y todos los otros hombres que se lanzaron por la primera vez al océano a merced de los vientos inasibles, en frágiles barcos de vela? Tímidamente, nada más para mí pienso en ellos, y los admiro desde el fondo de mi corazón.

Vamos al cine Rupert, Eugenie y yo. Ahí están ya en serie el maestro Tovar, la mamá australiana, su hija y un sitio que ésta me ha reservado y que me obliga a tomar. Me irrita su perseverancia y decido averiguar qué es en resumen lo que quiere de mí; pero no puedo preguntárselo directamente. Habrá que deducirlo en silencio ahora que nadie nos ve y que mi pierna tiene el derecho de abandonarse distraídamente contra la suya. En otros casos estas situaciones me ponen muy nervioso; pero ahora nada me importaría ningún desenlace. Siento, levemente, que la película le ha interesado tanto, que ella tampoco guarda el control de esta

mano que, distraídamente, ha dejado caer sobre mí. Es ya indispensable que iniciemos otro diálogo paralelo. Me pregunta si tengo dulces. Tengo, en el camarote. Me acompaña a traerlos. No nos ha visto entrar nadie. Estoy seguro de que el maestro Tovar está muy preocupado; lo advertí en su mirada cuando pasamos junto a él. Comprendo que esto es tan ridículo como una opereta vienesa.

Cuando volvemos ya disponen el baile. Se quedan solamente algunas personas. Eugenie no se queda. La doctora en belleza aparece entonces y se sitúa a mi lado, como para un combate en el cual ha de decidirse mi suerte. Por supuesto que la doctora ignoraba que su magnífico plan de desprecio tendría doble fuerza ahora que yo había tomado otras medidas que harían mi actitud más sorprendente e inexplicable, o completamente natural, según el punto de vista que se eligiera.

Bailo un poco con la doctora, con otras pasajeras, pero ninguna pieza con miss Cohen. Su madre está rumiando aceitunas y conversación del muy cortés maestro Tovar, que hace con ella práctica de sociedad. Finalmente me dice:

—¿Qué le sucede?

—Nada.

—*You don't ask me to dance…*

—*I don't want to look funny.*

—*You don't talk to me…*

—¿Pero qué más quiere usted saber?

Basta. Casi sin despedirse se retira. De esos huesos movibles que tenemos en la espalda (a los pollos se les notan mejor) y que se conectan con nuestros brazos, le cuelgan a su traje sendas banderillas de fuego. La doctora me guiña un ojo. ¡Buen trabajo! Ya está casi asegurada mi tranquilidad. Pero, ¿no he sido demasiado brusco? *"No, my dear child."* Esta clase de judías son una peste. *"See you tomorrow."*

Mañana. El frío va ya alejándose y sin embargo no faltan personas que hagan lo que ellas llaman ejercicio caminando alrededor del barco, sonrosadas y frescas como un jamón bien presentado. Y yo sé muy bien que muchos de estos ricos salieron de su casa de San Francisco en su automóvil, en él entraron en el barco, ahí está guardado y cuando lleguemos van a montarse en él para desembarcar y entrar en su casa, sin tocar para nada la tierra con sus considerables pies. Yo no daría un solo paso en esas condiciones; en las mías doy los menos posibles y abomino del "ejercicio", hecho para otras épocas y que trae como inevitable resultado la buena salud y la longevidad a costa del cansancio.

Pero mis compatriotas, aficionados a las equivalencias, han imitado, de aquellas personas que hablan inglés, la costumbre del ejercicio sobre cubierta. Están contentos de haberse encontrado; el ingeniero Vázquez usa un *palm beach* blanco con martingala que debe de haber extraído de su grande petaca de mano, y la corbata azul. Me invita:

—*Míster Novo, con uid os, tu téic, e uoc. It is veri gud bifor that yu brecfast yurself.*

—*I beg your pardon?*

—*Oh, yes, all right.*

Se ríe. Se ríe siempre que no entiende algo y, cuando se rodea de pasajeros para contarles cosas de México, cuando deja de hablar, algunos le hacen preguntas, y él les contesta: *"oh, yes, all right"*, sin inmutarse. Inserta entre su mejilla y su dentadura un palillo de dientes que

se le ve como un lápiz sobre la oreja de un tenedor de libros y prosigue su *ouc* con el maestro Tovar, que dice *good morning* y *how do you do* en todos sentidos, entre las bocanadas de su tercer cigarrillo del día.

Eugenie no se ha levantado. Mientras la espero afuera de su cuarto, la doctora comparece ante mí, como el periódico mismo del barco, ese que John Smith cuida de otorgarme por las mañanas. Me rompe las nuevas, grandes nuevas. Después del baile, hubo escena en su cuarto. *"Why, Miss Cohen"*, le había dicho ella, *"that young man has treated you outrageously. I wouldn't speak to him again if I were you." "Don't worry, she said, I'll never speak to him again."* Por su parte, la mamá supo que yo no había bailado con su hija y se sintió muy ofendida. Ya había observado que pasé toda la tarde con esa horrible mujer del abrigo de pieles y de pelo rojo. En Australia no se usan esos abrigos. Los americanos no tienen idea de las conveniencias sociales. Y esa horrible mujer tenía la cara llena de arrugas. Claro, ella nos volverá a decir buenos días, porque en Australia son muy bien educados, pero no se volverían a juntar con nosotros, ni ella ni su hija. *"They might think we are mexicans"*, agregó espeluznada.

Gracias a todos los santos. Yo sólo siento por el maestro Tovar, a quien privé de dos espectáculos: mi matrimonio a bordo y la mamá australiana.

Y así pasaban los blancos días en el barco. Las mujeres, de dos especies: las que escribían todo el tiempo cartas y tarjetas y las que leían novelas en el *deck*. Los hombres, de tres categorías: los que jugaban *shuffleboard*, los que jugaban dominó y los que caminaban. Mis compatriotas, dilettantes, hacían las tres cosas más una cuarta, que es desesperar verbalmente a ratos de la desconocida anchura del océano. Había momentos en que su camarote les pareciera, aun a ellos mismos, una jaula, y entonces, acostados sin zapatos, discutían la situación general del país (de nuestro país, de México) hasta adormilarse mientras, sobre la alfombra, sus borceguíes, sueltas las cintas como brazos cansados, sacaban jadeantes tamaña lengüeta y aprestaban la enhiesta oreja.

Mañana llegaremos a primera hora. Casi no se cree, después de tantos días de mar, que la tierra exista. Y llega uno a resignarse, primero, y luego a gozar de la situación hasta el punto de entristecerse a la idea de dejar el barco. No las gentes, que hay tantas y todas se parecen, sino el barco mismo, que llega a amarse más que un hogar, que hotel alguno, que ningún tren. Porque el hogar, para no hablar del hotel, lo formamos nosotros en cualquier parte, con libros, lámparas, sábanas y platos. Pero se está ahí, desesperadamente clavado en su sitio, y somos nosotros quienes vienen y van a su inmóvil cáscara, impersonal y definitiva. Y el tren, cierto que nos traslada, pero va sobre rieles fijos e invariables con su procesión de chicos cogidos de la mano como un padre que lleva de paseo a su numerosa familia, siempre por los mismos pintorescos sitios. Y si ocurre un descarrilamiento, no pasa uno del suelo, que es como romper una estatuilla que se puede pegar o desecharse, pero recobrar de todas maneras.

Todo en la tierra es pintoresco y es aprovechable, y hay ciudades. En el mar no hay sino un color, un silencio y un sol. La tierra no es capaz de guardar un secreto. Todo en ella está, como dicen, "a flor", a flor de tierra. Cuanto sabe, todo lo declara a la menor indicación. Y no se le arroje una semilla, porque en seguida devolverá cientos de árboles cargados de ellas. No se le puede confiar un muerto, porque, además de transformarlo en un surtido de productos vegetales y químicos, la tierra nos retorna el obsequio con 10 niños. ¡Y la variedad

infinitesimal de insectos, canarios, instituciones, comercios, asilos, teatros, reptiles, mamíferos latinoamericanos, genios y pianolas que a grandes rasgos, se hallan, producto suyo, en la tierra! El sol alumbra estos continentes, que desde arriba deben de parecer grandes frutos agusanados y carcomidos.

El mar, en cambio, si guarda dentro de sí todas esas diversas nacionalidades de peces, de plantas y de alhajería que suelen atribuirle algunas personas, nada tiene que lo demuestre, sin embargo. ¡Imagínese lo que haría la tierra con todas las cosas que el mar oculta de tan digna manera!

Si no me contradijeran los acuarios y los especialistas, yo podría sostener que no hay, ni es necesario, otra cosa que agua en el océano, porque Eugenie y yo no logramos ver nunca otros que tres o cuatro peces voladores que se zambullían en el aire con trémulos clavados a nadar un poco. Allá en el fondo es muy posible que existan pulpos, que los infelices comparan modernamente sin razón alguna, con los capitalistas, y coral y perlas, que han corrido la misma suerte desde antiguo con respecto al aparato bucal.

Hay un divino impulso en los barcos, que los peces profundos deben mirar atónitos desde el fondo, como nosotros contemplaríamos sin comprender, sólidas nubes que viajaran de un astro al otro. Un divino impulso profundamente humano que no tienen los egoístas mosquitos que son los aeroplanos y que eterniza el arca bíblica. Cuando se alcance la perfecta civilización, cada hombre selecto vivirá en alta mar, con su barco, sin cuidado alguno por lo que acontezca en la cambiante tierra. Sobre el mar, a merced del mar y no dentro. El submarinismo es tan ridículo como la aviación.

Mar, profundo y negro mar de la noche, tan semejante al sueño, sin fondo ni equilibrio, mañana he de dejarte. No he podido hoy dormir. Pienso en esos gorros de papel que traían todas las mujeres en el comedor, donde las servilletas estaban dobladas como gorros marinos, en homenaje al capitán, y en cómo traíamos todos los hombres el tuxedo muy bien planchado al bailar con las perfumadas mujeres. Y en mis cajas de libros que no he visto, pero que estarán allá abajo, donde se esconde esa tripulación de mudos fantasmas que ahora enrollan las cuerdas a golpes rítmicos. Y en mi equipaje. ¿Cómo será la gente que va a ese congreso? *Restless* Rupert. ¡Venga usted a despertarme al amanecer! Quiero ver acercársenos las islas y recibir la roja mirada del sol hawaiano. Así le dije, pero fui yo quien se levantó primero y fue a despertarlos, todo aún oscuro. Nos desayunamos de prisa y nos pusimos a contemplar el horizonte. Como aclaraba el día, las estrellas resultaron ser faros distantes. Y aquellas masas negras fueron tomando forma poco a poco, coronadas por rehiletes de palmeras.

Dos grandes edificios se destacaban, uno blanco, coral el otro y luminoso entre los árboles morenos. Son los hoteles Moana y Royal Hawaiian, con los múltiples casilleros de sus ventanas. La ciudad se tendía entre las montañas como si el viento hubiera desparramado las páginas de un libro de memorias. Un viento dulce y cálido que enardece la sangre y anticipa la música. Hay ya luz plena, amarilla, común y corriente. Vamos entrando al puerto y todos nos precipitamos a la barandilla. En el mástil ondean los farmacéuticos colores de la bandera americana. Se ha detenido el barco, y vienen hacia nosotros dos lanchas de gasolina, una del médico, capaz de ponernos en cuarentena, y otra llena de muchachas morenas vestidas de blanco, con collares anaranjados y que tocan dulces guitarras y cantan para nosotros, saludándonos estridentemente, “*¡Aloha oe!*”

Por otro lado, otra lancha con una banda de música, toca también *Aloha oe,* y sus cordiales clarinadas se detienen en el aire clarísimo, y vibran en el ritmo efusivo de las palmeras. El mar ya nos entrega de nuevo, buen chaperón, y parece que nos sonriera en cada lenta oleada. A Blasco Ibáñez la banda municipal fue a recibirlo al puerto, para tocarle *Aloha oe*. También a mí… y a todo el que llega. Ya entramos en el muelle. Desde la acera, al aproximarnos, los *diving boys* se arrojan al agua y nos piden a gritos monedas. Les arrojamos todo el dinero suelto a largas distancias, y ellos se hunden a cogerlas, cortando el agua en actitudes inverosímiles. Van todos desnudos excepto por un leve calzón que parte en dos porciones su cuerpo moreno. No se sabría decir si son japoneses o mexicanos. No nadan, sino que danzan en el agua un extraordinario ballet. No pierden una sola moneda, que se disputan bajo el agua y que se lanzan a coger de cualquier modo. Las plantas rosadas de sus pies desaparecen en remolinos como flores bipétalas, como colas de pez.

Ha venido una comisión a recibir a los delegados mexicanos. ¿Cómo sabrían? Muchísimo gusto. Son tres bonitas muchachas, el secretario del Gobierno y dos reporteros. Las muchachas nos cubren de frescos *leis,* para darnos la bienvenida. Nos ponen en fila para la primera fotografía y nos someten a un interrogatorio. Mientras mis compatriotas se explican, yo pienso con tristeza que aquella vida provisional del barco se acabó. Las gentes, ayer tan unidas, ya ni se miran unas a las otras. Eugenie y Rupert se van al Halekulani Hotel. Seguramente no los volveré a ver. ¡Es tan difícil ese nombre Halekulani!

Muy cortésmente nos empaquetan en adecuados automóviles hacia el Moana Hotel, situado en Waikiki Beach, a bastante distancia del puerto. Waikiki, la famosa playa distinguida en la que todo americano que se respete debe haber nadado.

Da la ciudad, por el trayecto, la impresión de que es muy temprano, y de que ha llovido la noche anterior. Por encima de la aglomeración incontenible de vegetales, proyectando su sombra sobre las cercanas alturas, a trechos rojas, flotan las bien lavadas nubes tendidas a secar bajo el sol más perfectamente pulido que he visto. Nubes de macizos perfiles, nunca manchadas por contacto alguno, y que viven frotando el lujoso jarrón azul cobalto del cielo. A veces traban su telaraña en las altas palmeras y se vierten como leves cortinas. Y entonces lanza la tierra un doble arco iris, como un enorme *lei* policromo y exuberante. Pero sólo por una bambalina de la isla. Nunca se oculta del todo el sol omnipresente. Una mano invisible exprime a lo lejos la blanca esponja de una nube sobre las anchas hojas de estos árboles tubulares, y lleva luego su tenue biombo a otro paisaje.

Tengo en este alto cuarto un extraordinario paisaje suspenso en la ventana. Tela de alambre en vez de cristal, velo de sueño que me impide palparlo, y que lanza a mi rostro un viento empeñado en deshacerme en todos mis papeles. ¡Alegría de ser nada más que un cuerpo feliz y unos ojos frente al mar y la tierra! Sospéchase que la isla es pequeña. Desde aquí veo cómo el mar la sostiene levemente en sus brazos, como un presente mimado. No sobran tierras baldías ni debe haber inmensos ferrocarriles. Esta isla feliz no tiene ni un presente fastuoso de negocios ni un futuro posible de grandeza. Ni el odio de los miserables ni la conmiseración de los odiados, ni otras naciones al sur que les sean hermanas, ni grandes sentimientos tragicómicos, ni propósitos. De todo ello la aleja el prudente océano, apartándola, como a lo selecto, de los malos contactos. Y así se siente en ella el goce alegre de vivir sin pasado, entre colores que no pasan de moda: el blanco de los *bungalows*, poliedros abandonados entre el

césped, los mil verdes con tonos cafés de los árboles sensualmente retorcidos, la roja pizarra de los picos lejanos, la esmeralda azul de la playa, el áureo horizonte. Las gentes y los automóviles contribuyen sus nuevos puntos de color: japonesas auténticas con kimonos, como se ven en los calendarios, toman tranvías. Y por la playa, bajo parasoles inmensos, los móviles muestrarios de los trajes de baño.

Por consejo del administrador me dirijo al acuario, "mejor que el de San Francisco", y a unos ocho minutos del hotel. Éste sí es calor, y esto es sudar. Felices estos peces tan bien vestidos, metidos en el agua a estas horas tórridas. ¡Nunca he visto semejantes trajes de baño! Están los peces encantados de la ciudad muerta, con preciosas corbatas, peces papagayos de leves plumajes, e intangibles otros, leves y lánguidos como suspiros resignados. Pero no. Los papagayos, los pobres, son las señoras elegantes del fin de siglo, con sus colores que ya nadie se pone y hasta con su naturalista conversación. Estos peces tienen la silueta que hoy adoramos, y los colores de las medias, las ligas, los sombreros de nuestras silenciosas amigas, y se desplazan en el agua como el humo de un cigarrillo.

Hay también, claro está, animales emocionantes en las vitrinas, arañas, mimetismo de roca, víboras, etcétera. Pero de otras épocas que no deben mirarse porque las representan tan bien. A la puerta venden postales de los peces. Naturalmente que no compro ninguna. No hay tinta de las suyas para tricromía.

Al salir del acuario casi estoy decidido a aprender a nadar. ¿Podré hacerlo? Temo que ya en mi vida es demasiado tarde para esos arranques juveniles. En el camino me encuentro con gentes del barco. Me saludan amables, pero exactamente con el mismo gesto de un trágico pasado común, ya lejano, con que se saludaban en México personas que habían estado a punto de morir juntas en alguna revolución y que sobrevivían.

¿Y los ukeleles? Efectivamente, existen. Al volver a mi cuarto, hallo sobre la cama el anuncio de un señor pintoresco que, en el mismo hotel, enseña en seis lecciones a tocarlo. Diez dólares y 15 del instrumento. El objeto que este señor persigue es que uno sorprenda a su familia. Después de comer, mientras mis compatriotas se entregan al reposo, yo adquiero un traje de baño y unos zapatos de hule. Ellos aprovecharon mejor que yo la mañana, pues ya tienen los suyos y sus batas para la playa, y yo entro, para comprar los míos, en una tienda dentro del propio hotel. *Arcade Shop* llena de tapices, trajes chinos, jades, lámparas, batas, muebles. ¡Oh, Genaro Estrada, coleccionista de jades; oh, Roberto Montenegro, qué vuelo os daríais aquí con tanta mota y con tanto jade, con tantos perros coreanos de porcelana, antiguos y modernos, con tanto precioso bronce! Contemplándolos uno a uno y mirando sus precios de soslayo, olvido casi a la dulce señora de pelo blanco que se prueba una y otra bata en mi honor, y camina frente al espejo, recomendándome ésta y aquella combinación para mi esposa, mi hermana y mi madre, que serán, piensa ella, morenas, y por lo tanto gustarán de los colores fuertes.

Afuera de esta tienda hay un simple puesto con objetos auténticamente hawaianos, atendido por dos señoritas japonesas. En él, acordeones de postales, sellos de correo, pequeñas canoas y *surfboards* de *koa*, de que ya hacen señales y cuchillas de libros, y un curioso, hasta cierto punto, trabajo de palma tejida, exactamente igual a nuestros famosos petates de los que venden abanicos como los hallamos en los puestos de la Alameda, y cubiertas para libros. El tejido es ancho como de un centímetro y suele llevar intercalada alguna decorativa tira más oscura, pero

no es nunca de colores como nuestros pequeños petates. Sin embargo, nosotros no hemos hallado aplicación práctica al petate, fuera de usarlo como colchón o como abanico si es pequeño y colorido, mientras que allá se hacen con él estas útiles y bonitas cubiertas para libros, de los dos tamaños estándar. Se llama *lauhala* a este trabajo, y *pauhala* al arbusto de que se obtienen las hojas.

Hay también, colgados al fondo, unas especies de pieles rayadas, irregularmente de café y blanco, como quemadas. No son pieles, sino cortezas trabajadas de árbol, y se aplican a diversos usos, pero principalmente a encuadernar libros. Este trabajo se llama *tapa*. Un folletito explica que las antiguas civilizaciones, como la de México y la de Perú, han usado también la tapa.

Venden también dulces hawaianos. El principal son los cocos vacíos y vueltos a llenar con la pulpa endulzada y hecha pequeñas bolas. Los americanos se mueren por estos cocos que a mí no me sorprenden, como no me sorprendió sino el nuevo nombre de mi antiguo petate, ni, si supiera historia, me hubiera extrañado la tapa. Voy viendo, Hawai, que no me asombras mucho con tus productos. Tampoco me extrañarás con tus mujeres si todas ellas son como tus postales lo dicen: exactos duplicados de las sufridas criadas de mi casa y de las oaxaqueñas que tan en boga ha puesto el programa educativo de redención del indio y la escarlatina mural de Diego Rivera. Una de estas noches, cuando principien las sesiones de este congreso al que asisto, se nos obsequiará con una fiesta hawaiana auténtica. Primero que nada tendremos *luau*. Y después, *hula dances*.

Ya había yo notado el réclame que, desde el barco, se hace a las piñas hawaianas, a que se le somete a uno con dulce frecuencia. Ahora, en este comedor de cristales sobre la playa, al mirar el menú vuelvo a encontrármelas, y, a despecho de un próximo futuro que ignoro, me hago servir una rebanada en vez de pedir, como hubiera sido más cuerdo, papaya. ¡También hay papayas aquí como en México! Y, como en la Casa de los Azulejos, se las almuerza uno con limón y cuchara. Bastante sorprendentemente, las papayas crecen en árboles, apretujadas alrededor de la corteza, numerosas como caviar, y con un hueso visiblemente dislocado en la punta. Todos sabemos lo que parecen sus semillas una vez que se parten, y cómo es grato palpar con la vista sus soberbios *bloomers*. Pero la verdad es que lo natural sería verlas arrastrarse como las calabazas, como las sandías, como los melones. Las piñas en cambio fructifican a ras de la tierra. Míranse en Hawai, por todas partes, inmensos plantíos de ellas, chupando su dulzura a la tierra, protegidas por rudas escamas y coronadas por arácnidos plumeros verdes. Son más dulces en México, piñas y papayas, y, sobre todo, no sabe uno de dónde las traen ni cómo las cultivan. Se ofrecen también mangos en el menú, lo cual parece bastante natural, así como la presencia de los mantones, dada la proximidad de Manila y la nacionalidad filipina de una buena parte de los *bellboys*. Ya en México también los servimos así, en dos mitades, y sin el hueso que antes se tenía a lujo y destreza ensartar en tenedores *ad hoc* que, fijándose bien, parecen hacer señales furtivas. Pero la piña todavía la cortamos transversalmente, comiéndole un pedazo de corazón, y realmente es mejor hacerlo como en Honolulú, partiéndola de arriba abajo.

Con el café tomo jalea de guayaba. Guava le dicen. No sabe nada a guayabate. Ésta es la cuarta fruta rara que no me sorprende. ¿No habrá alguna realmente extraordinaria? Existe la palabra tuna, pero designa un desagradable pescado, y existen verdaderas tunas, pero aquí les

llaman *panini fruity,* ¡nadie se las come! Los pobres nopales, que se asocian en mi mente patriótica al águila y a la serpiente, a los lagos de Tenochtitlan y a todo lo que sea marcha triunfal, pabellón y ejemplo, asoman aquí en vano sus planas cabezas, sin que esta ignorante mayoría americana repare en su trascendencia simbólica y ni siquiera en sus posibilidades estomacales. Únicamente los pobres de solemnidad (cada vez más escasos, combatidos sin tregua por la buena fortuna) suelen a veces comerse las tunas. Y aun ellos, y todos los seres humanos de estas partes, ignoran la suculencia de los nopalitos compuestos. ¿Pero qué vamos a esperar de su obtusa imaginación si en las películas cómicas utilizan los nopales como asientos?

Usted conoce, naturalmente, los jitomates, los verdes y pequeños que las criadas llaman tomates y de que, cuando sube el jitomate, hacen la salsa de la mesa. Se emplea también en los tacos de chile verde y en las garnachas. Aquí los llaman *poha* y los convierten en jalea con el mismo desenfado con que colocan, entre otras frutas normales, jitomates con todo y cáscara para que uno los pele y se los coma. En su compañía se miran granadas de China, esas admirables prisiones blandas y blancas en que los reos son tan unidos y cuya dulzura sorbemos como un ostión o como un huevo tibio. Pero aquí, en una cucharita, se les vacía el jugo, que es ocasional y tan poco, y eso es todo lo que se toma. Una tontería semejante cometen con los aguacates, que echan a perder, divididos por la mitad, llenándolos de aceite y comiéndolos, como si fueran un helado o un medicamento, a cucharaditas. Nadie ha contribuido a la civilización divulgando la fórmula del guacamole, que consumimos egolátricamente los mexicanos.

Finalmente, el *poi* es un alimento hawaiano. Presenta un golpe de vista irrefutable de atole o engrudo un poco amoratado y lo sirven en cáscaras de media naranja en los restoranes, por más que, en su origen, se contuviera en jícaras no decoradas, calabazas que, aún hoy, se llaman *poi bowls* y que se colgaban antaño, en las desaparecidas chozas de los nativos, metidas dentro de una red de mecates. El *poi* se hace con raíces de taro molidas por las hawaianas en metates idénticos a los nuestros y constituye una necesidad nacional equivalente a las tortillas de México. Con *poi* se comen todos los platillos, y el *poi* se come con el dedo pulgar, que, bien empapado en él, se chupa con morosa delectación. Este dedo se dedica exclusivamente al *poi*, mientras con los demás se ejecuta la rápida disección de los otros manjares, pues en los *luaus,* banquetes en que se come en el suelo, están desterrados los cubiertos, y deben sustituirlos los cinco dedos de sólo la mano derecha.

En la empacadora de piña me presentan con miss Louise Johansen. Es reportera del *Honolulu Star Bulletin* y desea entrevistarme mientras recorremos la fábrica. Es alta, no muy delgada, de aguda nariz, de ojos inteligentes y de anteojos como los míos. Nos miramos como detrás de dos infranqueables ventanas. Tiene ella un sencillo vestido blanco, como sus zapatos, y un ancho sombrero de paja. Va interrogándome y apuntando: 3000 escuelas rurales, incorporación del indio, pequeñas industrias, pinturas de los niños mexicanos en París, ocho millones de analfabetos. Los frescos de Diego Rivera… Sonríe. Eso no se sabe aquí. Es maravilloso. ¿Y la cuestión religiosa? Es necesario que volvamos a vernos, en el Moana. Tendrá mucho gusto, y además para que le tomen mi retrato.

Por un lado entran las piñas, de una en fondo, perfectamente enteras, a la guillotina que las decapita. Otra cuchilla circular las pela y un puñal las descorazona, de suerte que quedan

como tubos. Luego, en rebanadas circulares, entran en sus envases, por medida y peso, y estos envases se cierran automáticamente. Otras máquinas las clasifican, cuentan, etiquetan y empacan, sin que las haya tocado nunca la mano del hombre. ¡Y nada se ha perdido! Del copete se hacen forrajes, la cáscara facilita cereales para el desayuno, el corazón destila miel. Un exasperante olor a piña. Pasamos al comedor. Coctel de piña. Consomé de piña, pescado con piña, agua de piña, ensalada de piña, piña fresca y dulce de piña. He sido víctima de una institución próspera. Y juro, bajo protesta de decir verdad, que en todos los días que me restan de vida no volveré, si puedo evitarlo, a nutrirme con piña en ninguna de sus infinitas acepciones.

Todavía impregnados de piña partimos hacia los Territorial Fair Grounds, donde se ha preparado en honor nuestro una fiesta, imagino yo, semejante a las que se ejecutan de vez en cuando en el Estadio Nacional. Niños que hacen gracias, y personas que se conmueven mirándolos, en su estrecho asiento. Como todos aquí, el paisaje es espléndido. Desde el armazón que han construido para que nos sentemos, se ven, a regular distancia, tres chozas de paja, afuera de las cuales hay metates, y a cuyas puertas cuelgan guajes en redes de fibra. Vamos a presenciar un *pageant* de las razas, dividido en dos partes: el pasado y el crisol presente. Al son lánguido de grandes sonajas hechas de calabazos, van entrando *hulas* simbólicas de las primitivas hawaianas, coronadas de flores y con grandes *leis*, más un brazalete, de fibra, como su falda, en el tobillo. Las acompañan pescadores, manufactureros de tapa y de *lahaala*, cantores y gente del pueblo. A cierto tiempo, las más bellas *hulas* se ponen a danzar lentamente, en una fila de cuatro, al ritmo de los golpes, que otras, sentadas, dan en el suelo con sus grandes calabazas huecas. Sus brazos siguen el movimiento tenue de sus palmeras familiares, girando siempre en torno de sus caderas en círculos que interrumpen cerrándolos, uno, movimiento hacia atrás y a la izquierda, dos, medio círculo hacia la derecha, tres, el cuarto de círculo que faltaba. Llega a sus piernas, pero no se inicia en ellas, el ritmo central de sus caderas, que agitan sus faldas como la lluvia entre la brisa. Uno, dos, tres, uno, dos, tres. Ya, descendiendo suavemente hasta ponerse en cuclillas, con los pies juntos, cuyo talón no toca nunca el suelo, aceleran un tanto el ritmo, sin llegar jamás a lo que aquí (y aun en San Francisco) se llama baile hawaiano, que no resulta sino un rápido *black bottom*. Ya, irguiéndose, uno, dos, tres, alzan los ondulados brazos como si pidieran algo del cielo, y acarician, uno, dos, tres, el viento que circunda su rostro.

Cesa la danza con una genuflexión. Seguramente que las *hulas* reales no usaban esa ropa interior, que tanto mal hace al macizo contorno de su suntuoso cuerpo de canela. Su uso fue impuesto por los americanos, tan prohibicionistas a veces como el juez Desha, de Honolulú. Antes, la gente atravesaba en traje de baño las calles de Waikiki, hasta la playa. Al juez no le pareció bien e impuso la obligación de usar, una vez fuera del agua, esas batas de colores fuertes, chinas, que llaman *coollie* o *happy-coats* en el Arcade Shop en que las venden. La gente se vengó del juez llamando *deshas* a tales batas desde entonces.

Las *hulas* se han postrado en el suelo, como los pescadores y la demás gente, porque viene el rey. Circundado por numeroso séquito, avanza lentamente (¡Dios, a qué frases obligan las descripciones!) Me llaman la atención unos grandes mazos de zempoalxóchitles que traen como estandarte, y averiguo que se llama a esa flor *kahili*. ¿Cuál de los dos nombres será mejor? El rey lleva un casco griego y un gran manto de plumas. Su aire de familia con

Cuauhtémoc es irremisible; hasta en que ambos disfrutan de relativamente bellas estatuas en sitios conspicuos de una ciudad que les quitaron. Su manto, me explican, está hecho con las plumas de miles de minúsculos pájaros de los que había en las islas grande existencia, pero que la moda de tales mantos casi exterminó, al grado de no hallarse ya uno solo. Kamehameha I, de quien se trata, dictó una sabia ley por la que, para proteger a estos pajaritos, sólo podrían arrancárseles dos plumas del pecho a cada uno. Con lo cual los mantos subieron enormemente de precio. Ahora, en cambio, pululan unos chocantísimos pájaros por toda la isla. Se llaman *myna birds*. El gobierno americano los trajo para exterminar cierta plaga, y aquí, cumplida su misión, se han quedado, creyéndose tan dueños de la isla como el propio gobierno americano. Son del tamaño de una paloma, pero con colores de pato y una nariz repulsiva. Todos hablan inglés, y aunque vuelan muy bien, prefieren caminar pedantemente, e insultar a los automóviles que los atropellan. Se especializan en despertarle a uno temprano. Sin más explicaciones, se ponen a gritar en las ventanas, a la hora que les parece higiénica. Son abominables.

Los sucesivos descubrimientos de Hawai por los españoles en el siglo XVI y por el capitán Cook el 18 de enero de 1778, están igualmente representados en el *Pageant*. Por razones que se ignoran, los españoles, con sus viajes de Manila a Acapulco, no descubrieron las islas, o no les dieron importancia. Existe, sin embargo, la leyenda de que un español y su hermana, náufragos, llegaron a las playas de Keei, Hawai, en el siglo XVI, y fueron bien recibidos, casándose después con nativos y permaneciendo después hasta su muerte en la isla feliz. Todavía existen hawaianos pelirrojos en Kona que tienen a orgullo derivar su origen a estos enlaces. A aquel Quetzalcóatl hawaiano, que llegó con su hermana, le llamaron Kukanaloa

Cook, que volvió a las islas en 1779, un año después de anclar en Kauai, fue recibido regiamente por el rey Kalaniopuu, de la isla de Maui, y por los jefes de Hawai en Kealakekua. Pero el arribo de las razas conquistadoras no fue vislumbrado claramente sino por Kamehameha *el Grande*, llamado el *Napoleón del Pacífico* por esa manía de comparar, tan extendida. Nacido en Kohala, Hawai, en 1737, ya para el año en que el cura Hidalgo de México prorrumpió en el grito de Independencia, aquél había logrado unir bajo su férrea mano todas las islas, antes gobernadas por reyezuelos particulares. Todavía es uno de los sitios interesantes de visitar en Honolulú el Nuuanu Pali, donde una piedra dice que, desde allí arriba, Kamehameha arrojó a su último contrario, que murió al caer. Puede uno ir en automóvil hasta aquel histórico sitio. El camino es magnífico. Y siempre se encuentran paquetes vacíos de *Kodak-films*.

En seguida comenzaron a llegar inmigrantes. Los primeros son los caucásicos, que a partir de 1820 introducen el cristianismo, la ropa, las enfermedades, las escuelas y toda clase de decadencias. Luego los chinos, que antes eventualmente llegaban acaso en fantásticas galeras a llevarse maderas preciosas de las islas, llegaron en 1852 a las plantaciones de azúcar, y hallaron tan agradable el clima, que decidieron permanecer. Los japoneses llegaron en 1868. Los portugueses en 1878, contratados para trabajar. Pero salía demasiado caro traerlos desde su país. Realmente, España y Portugal deberían estar más cerca de los países. Le costaría menos caro al común de sus hijos huir a ganarse el pan. Los puertorriqueños que llegaron, contratados, en 1901, no son numerosos. Ha de ser porque para vivir en un ambiente americano no necesitan salir de su tierra. Sin embargo, así como los chinos y los japoneses aportaron su contingente artístico a Hawai, los puertorriqueños introdujeron el frijol.[1]

Termina el *pagean,* como es natural, con el *Star Spanglee Banner.* Los chicos, de todas las razas, forman una amplia bandera americana. Las razas se han fundido. Nos ponemos de pie y el sombrero. Salimos. En las escuelas primarias (dato, por supuesto, comunicado por el maestro Tovar) se cultiva el patriotismo de los niños hawaianos con base en una frase proferida al morir por Kamehameha: "Yo volveré a reinar sobre mi pueblo". Tampoco este rey dejó de contribuir con su frase célebre a la antología de ellas que debería emprenderse ya. Y se interpreta esta frase en las escuelas diciendo en inglés a los niños: "El rey quiso decir que revivirá en uno de ustedes cuando, por su cultura, merezcan ser ciudadanos americanos, y el presidente tenga a bien nombrarlos gobernadores del paraíso del Pacífico".

En resumen, la historia de Hawai presenta los siguientes sucesos principales: 1555, probable descubrimiento por Juan Gaetano; 1557, naufragio en Kona de Kukanaloa y de su hermana; 1778, descubrimiento de las islas, por James Cook y muerte (1779) de éste en Kealakekua; 1795, conquista de la isla de Oahu por Kamehameha I, muerto en 1819, año en que fue abolida la idolatría. Al siguiente llegaron los primeros misioneros americanos, a los que siguieron (1827) misioneros católicos de otras diversas nacionalidades; 1836, aparición del primer periódico en inglés: *Sandwich Island Gazette,* cuna de los actuales dos grandes periódicos de Honolulú; el *Honolulu Advertiser,* matutino, y el *Honolulu Star Bulletin,* vespertino, propiedad del hijo del gobernador Wallace B. Farrington; 1840, proclama de la primera constitución; 1842, reconocimiento de la independencia de Hawai por los Estados Unidos; 1843, cesión provisional de las islas a la Gran Bretaña, y restauración de la independencia por el almirante Thomas; 1849, tratado, concluido en reciprocidad en 1876, con los Estados Unidos, a quienes se ofrecieron las islas como protectorado en 1851; 1853 llegada de los misioneros mormones, sectarios que disfrutan en Honolulú de un precioso templo; 1881, viaje, que para instruirse emprendió alrededor del mundo, el rey Kalakaua, muerto en San Francisco en 1891; 1891, coronación de la reina Lilinokalani, hermana de Kalakaua, y última reina nativa, que sólo reinó hasta 1893, año en que fue depuesta y sustituida hasta el siguiente, en que se constituyó la efímera República de Hawai, por un gobierno provisional. Insurrección vencida en 1895. Anexión definitiva como territorio a los Estados Unidos en 1896. Primer gobierno territorial, 1900.

Los reyes hawaianos fueron los siguientes: Kamehameha I, *el Grande,* nacido en 1736, que reinó de 1782 a 1819. Liholiho, Kamehameha II (1797), 1819 a 1824. Regencia de Kaahumanu, esposa del primer Kamehameha, liviana mujer, 1824 a 1833. Kamehameha III, hermano de Liholiho (Kamehameha II) (1813), 1833 a 1854. Kamehameha IV, nieto del I (1834), 1854 a 1863. Kamehameha V, hermano mayor del IV y último de los de su nombre (1830), 1863 a 1872. Lunalilo, electo por razón de ser su madre sobrina del primer Kamehameha (1832), 1873 a 1874. Kalakaua, electo entre los altos jefes, triste joven iluso que pensó ponerse a tono con la civilización occidental, en bien de su pueblo (1836), 1874 a 1891, y finalmente Lilinokalani, su hermana, ya citada arriba, depuesta en 17 de enero de 1893, nacida en 1838 y muerta en 1917. Desde entonces, como presidente primero, más tarde como gobernador del territorio, ha sido un americano quien gobierne Hawai. Sanford B. Dole se encargó del poder durante el corto periodo que va del destronamiento de Lilinokalani a la constitución de la república (1893-1894) y, declarada ésta, fue su presidente (1894-1900) y gobernador (1900-1903) del ya territorio. Apenas murió en 1926. Desde que dejó el gobierno,

éste ha pasado, por nombramiento del presidente de los Estados Unidos, a George R. Cartes (1903-1907), W. R. Frear (1907-1913), L. R. Pinkham (1913-1917), C. J. McCarthy (1917-1921) y a partir de entonces lo ha desempeñado Wallace B. Farrington, tan amable, con su cara de pescado que encaja tan bien en el paisaje. Todo el mundo lo quiere y lo respeta. Se le prodigan *leis* y saludos. Habita, con su esposa, el palacio que fuera de Lilinokalani. En su casa se aloja el honorable Hubert Work, secretario del Interior de los Estados Unidos, y *chairman* del Congreso. También están allí otras importantes personas que vinieron con él, y una señora, poco habituada a las camas reales, que a medianoche, emocionada, prorrumpe en el nombre de su esposo, a quien no halla en el vastísimo lecho de Lilinokalani que comparten.

¡ALELUYA! ¡El hotel Halekulani queda muy cerca del Moana! Apenas pasa uno el Royal Hawaiian y está ya en los *cottages* que lo constituyen. He ido a comer con los Mason. Desde ahora voy a estar muy ocupado en abrir mis cajas de libros y en preparar el saludo de México que he de pronunciar en el inglés más correcto posible. Por supuesto que no lo voy a leer, sino a aparentar que lo improviso. Me encuentro dotado de una buena memoria y será fácil. Habré de empezar diciendo que el gobierno de México agradece la invitación que le hizo el de los Estados Unidos para concurrir a esta conferencia pampacífica, y que espera de ella los mejores frutos. Luego algo más y por fin algunas frases solemnes con solidaridad, intereses del espíritu, etc. Creo que saldrá bien.

El gobernador Farrington me dijo, al saludarme, que le era un gran placer saludar a México, y que esta es la primera vez que México manda un representante a Hawai. Puedo en mi saludo aludir a este histórico momento, y declarar que me encuentro como en mi casa, gracias a las papayas, los petates, los cocos y los *kahiles*. El mismo día que esto suceda he de exponer la historia de la educación en México y nuestro presente programa educativo. No temo al tema, a pesar de que no soy un profesional de la educación, porque conozco, como buen mexicano que soy, la trascendencia de la incorporación del indio, su historia y sus resultados. Conozco asimismo la educación urbana, la universitaria, etc. Y, sobre todo, el maestro Tovar puede indicarme a tiempo si confundo las escuelas lancasterianas con los métodos de la Montessori, como es posible.

Mientras tanto, podemos nadar. ¿Podré yo hacerlo? Nunca mejor que ahora comprendo que el mundo está superpoblado. La gente estorba al individuo. ¡Cuántas veces he buscado, sin hallarlo, un paraje desierto en mi vida! ¡Un sitio donde dar rienda suelta a todo lo salvaje que llevo dentro, olvidado de que soy yo, confundido con la naturaleza! ¡Abrazarme de un árbol, correr, saltar, gritar o simplemente quitarme los zapatos y el saco, sin temor a que alguien me mire! Este rubor a revelar mi identidad se exacerba hasta el límite cuando se trata de comparecer en traje de baño delante de gente. ¡Cómo me gustaría nadar si nadie me viera! ¡Cómo detesto a todos estos descarados que se asolean, tumbados en la arena, y a todas estas *flappers* llenas de colorines, que nadan tan bien! Me siento demasiado alto. Me siento también débil y fláccido, a pesar de mi grasa, si comparo los míos con los brazos musculosos de esos señores. Me debo de ver muy jorobado; ¿y qué pensarán de mis piernas, tan peludas? Luego, no sé nadar. He dicho ya otra vez que detesto los baños turcos públicos. Pero siquiera en ellos no está obligado uno a lucir ningunas destrezas, mientras que aquí necesito mover los brazos y avanzar con ellos, yo que sólo sé adelantar con los pies. Todo este tiempo he estado ardiendo de vergüenza, dentro de mi enorme bata pintoresca, mirando mis pies, deformados por el

calzado y cuyos dedos se enciman, rectangulares, como cigarros habituados a estar en caja, ya fuera de la caja. Tendré que decidirme, sin embargo. O vuelvo a mi cuarto o entro en el agua. En realidad, absolutamente nadie ha reparado en mí. Rupert y Eugenie, a lo lejos, me llaman, semejantes a peces. Hay unos muchachos hawaianos, morenos, que enseñan a nadar. Recurro a uno de ellos, y, con toda la seriedad de su profesión, me conduce al agua, que parece rechazarme. ¡Oh, mi primer contacto con el océano! Yo avanzaba de la mano de mi instructor. Lenta me embiste —su dulce lengua— de templado fuego. Ya soy todo suyo. Entra en mi boca, estruja mi cabeza, llena mi oído de rumores profundos. Me levanta en sus manos múltiples y mis brazos en vano buscan asirlo. Me abandono a flotar o a hundirme. ¡No estoy nadando! Yo no estoy aquí para los demás, ni quiero lucirme, ni tengo ningunos propósitos, ni deseo aprender a nadar, ni a ninguna otra cosa. En vano es que me digas, oh sabio instructor, que accione con los brazos. No quiero ir a ninguna parte. Con el cuerpo en el mar, mis ojos pueden ver el cielo y la tierra, y esto me basta.

Renuncia a enseñarme y conversamos dentro del agua, trozos de conversación, mientras yo floto como una botella y él hace piruetas en el agua. Me dice que él también es español, como yo. Que se llama Tony Guerrero, sino que no habla nada de español, ni su padre tampoco. Tiene un hermano mayor, *beach boy* como él. Está tostado por el sol; pero cuando se quita el *bathing suit* azul, le queda otro *bathing suit* blanco de su propia carne. Se sustenta de clases de natación y de ukelele, desnudo día y noche en la playa. Sólo los domingos en la mañana se pone zapatos y vestido. Algunas americanas románticas se retratan con él y vuelven a embarcarse. Recibe cartas afectuosas, pero no se acuerda de las personas que se las mandan y nunca las contesta. Antes podía dar clase de ukelele en los cuartos del hotel, pero ahora ya no permiten la entrada de los *beach boys,* y tiene que cumplir al aire libre su programa educativo. Quisiera ir a la *mainland,* algún día…

Si yo fuera escritor, meditaría en la vida de estos muchachos, seres mitológicos, producto del mar. Algunos hay ya viejos, con un amargo y duro brillo en los ojos pletóricos de océano. Van siendo vigías, luego encargados de las regaderas de agua dulce y luego, supongo yo, se mueren. Debe de haber una infinita poesía en sus existencias. Se parecen a Tabaré.

Vuelvo a sentirme cohibido al desfilar hacia el elevador. No volveré a bajar en estas fachas a la playa. A las cinco, cuando mire desde la ventana que ya están nadando las gentes, me pondré en traje de baño, llenaré la tina y, cerrando los ojos, agitaré en ella los brazos. Siempre he preferido la imaginación a la realidad. En este elevador que baja a la playa hay unos avisos: UNDER NO CIRCUMSTANCES WHATSOEVER WILL BEACH BOYS BE ALLOWED INTO GUEST-ROOMS.

He ido a comer con Luisa, a la casa de Diamond Head en que vive, sin familia, con su amiga Gertrude. Un lugar rocalloso, áspero y rojo contra el cual se estrellan las olas. Parece, a la luz absolutamente azul de esta tarde llovida, lugar de naufragio vuelto a encontrar. Aquí pasan la noche estas dos mujeres, y cuando Luisa vuelve del periódico, la criada portuguesa sirve la comida en el *lanai*. Gertrude adora a este hijo que le ha quedado del divorcio y que es un dulce niño. Luisa es el filósofo y el hombre. Con sus pasos recios, con sus anteojos, acompaña a Gertrude al cine en que ésta toca el órgano. Luisa maltrata mucho los libros. Precisamente hablábamos de James Branch Cabbell. La fábrica de piña, que recorrimos perdiéndonos a cada momento mientras ella tomaba notas y yo, con un aire impertinente, iba

dictándole cifras. Y esa misma noche, en la recepción de la gobernadora, mientras, como si fuésemos a comprar billetes a un teatro, formamos una fila y fuimos estrechando su mano, uno a uno, me presentó a una bonita amiga suya, bibliotecaria de la universidad que tenía, de algún modo, una vaga idea de haber oído hablar de México alguna vez, y los tres fuimos al cuarto en que Luisa escribía sus notas. Allí fue puesto en su conocimiento que yo escribía versos y me hizo recitarlos. Opinó que sonaban muy bonito. Era sumamente delgada y contradictoria. Fumaba Chesterfields y el hecho de que yo también lo hiciera la divertía muchísimo y nos salvaba de una conversación que yo no sabía cómo iniciar. Yo recordaba la primera sesión del congreso, en la mañana, y los delegados defectuosos de Francia, de Samoa, del Perú, de Australia. Me repetía: *pitoyable, pitoyable,* al pensar en el pobre M. Laffitte, con su pierna postiza, su brazo ausente, su ojo de vidrio, y a quien el cruel destino deparó la misión de asistir a un congreso en que habría de tratarse con bochornosa insistencia de los inhabilitados. En el mínimo delegado peruano, que tampoco sabía inglés y también carecía de un ojo, circunstancia que enmascaraba con oscuros anteojos; en Mr. William Cattanach, tan bizco que parecía estar siempre muy conmovido, y en ese antipático samoano, con su ojo empañado y sus frases de discurso. Son más agradables los pequeños y numerosos japoneses. Recuerdo luego el pequeño programa con que los *beach boys* obsequiaron a delegados, en la playa. Tony Guerrero es un número principal. Hay un grotesco contraste entre su desenfadada manera de gritarme: *“hello,* Novo!” y el trato solemne de los delegados: doctor Novo. ¡Ay!, y todavía a veces me siento enteramente joven, y bien sé que en el fondo querría correr hasta las olas y tomar parte en esos ágiles juegos en vez de estarme aquí tan serio, sonriendo amablemente.

Y ahora mismo ¿me importa en realidad lo que acontece en la recepción, y lo que vaya a decir Luisa mañana en el periódico, sobre el talento mío, que ni a ella, ni a mí, ni a nadie le incumbe? Lejos de Waikiki, la ciudad cálida me debe de estar esperando. Estarán abiertos esos baños de que me habló el *bellboy* japonés, en que unas mujeres de seda, llenas de minuciosas cualidades hacen un confortante masaje de cremas. Y los cines sin techo, y el teatro chino, y el puerto, y los barcos dormidos sobre el muelle y todo el oriente que lucha y vence, en este pequeño *ring* de la isla. Noche cálida, insomne, anhelante, insaciable noche de Hawai, ¿te entenderán los turistas americanos que te aprovechan para dormir? Otra vez, en la tarde, Luisa me llamó por teléfono cuando no tenía yo encima sino unas cuantas cosas hawaianas que acababa de comprar y me dijo que pasaría por mí. Ya me vestía cuando llamaron a mi puerta. Era un viejecito temblón, sin sombrero, con un libro que adelantaba, tímido, mientras me explicaba que había sabido por los periódicos que yo era poeta, y como él también, venía a verme. Su libro se llama *Glimpses and Gleams of Hawaii* y sus endecasílabos están llenos de *behold* y de *alas*. ¡Qué bochorno después, cuando Luisa me preguntó si le había yo dado un dólar por su libro y yo confesé que no se me había ocurrido otra venganza que infligirle el mío! ¡Este pobre McMahon, a quien comparan en Honolulú con el loco que vive bajo la estatua de Kamehameha! Sin embargo, le invité a cenar. Cuando bajamos, el maestro Tovar, todo dulzura desde su ronca voz, conversaba con una profesora que había venido a verle y que el día siguiente le enseñaría las escuelas primarias. Luisa no viene. La espero durante toda la cena y luego que McMahon se despide, acepto acompañar a mis compatriotas, que van a visitar al cónsul de Cuba, conducidos por un centroamericano que les habló por teléfono el mismo día de nuestra llegada y a quien yo me he negado a tratar. Este

señor es un recién viudo. Tiene un hijo grande y fuerte que es su mayor orgullo y posee también una canoa que nos ha invitado a disfrutar. Hay en su casa el triste gesto de los que triunfan después de muchos esfuerzos. Trabaja para la Matson Navigation. Su hijo nada muy bien.

Yo no veía muy claro el objeto de nuestra visita al cónsul de Cuba. No tomaba en cuenta la sed, tan urgente como cualquier otra, que mis compañeros tenían de hablar español. Llegamos a su *bungalow*. Su abnegada esposa inglesa nos había preparado refrescos y él tomó la palabra y habló desesperadamente durante largas horas, evocando el México de 1915 que había conocido y a Díaz Mirón, cuyo amigo fue, y luego en secreto, seguro de que nosotros, solidarios latinoamericanos, no comprometeríamos su situación en repitiéndolo, nos dijo que aquella conferencia a que asistíamos era pura farsa y propaganda para el turismo. Que el clima de Hawai, el azúcar, Cuba, las elecciones, la dominación y el imperialismo. Y el café y los refrescos, y sus hijas y su mujer, y la renta que pagaba, y el poco trabajo que tenía no daba lugar a interrupciones. Llevaba ya cinco años en la isla. Su sed de hablar español era mucho más considerable que la de mis ilusos compañeros.

¿Por qué, Luisa, no pude comprenderte? ¿Por qué pensaba siempre, a tu lado, en otras cosas? Ese silencio al que tú dabas otro significado me hacía bien, cerca de ti, porque tu presencia me hacía volver a la realidad.

Concluidas las sesiones de la conferencia, aprovecharemos tres días para visitar las cercanas islas en el Calawai. Luego hemos de volver a Honolulú para embarcar en el *Wilhelmina* hacia San Francisco. Todo habrá concluido en unos días más. Recuperaré a Eugenie, que no ha querido permanecer los tres meses que intentaba Rupert, veré de nuevo a Marion, volveré a México… Los periódicos de hoy traen una pequeña noticia alarmante. “Una nueva revolución en México.” ¡Y yo que sostuve en mis discursos que la única “revolución” que teníamos era una revolución educativa! Me embarga desde ahora la melancolía del regreso y quisiera exprimir, de una vez, todo el sabor de esta aventura, encerrarla en mi corazón, desgarrarme en su abrazo.

Vuelvo a probar la convivencia con el maestro Tovar, en un estrecho camarote. Luisa ha venido con nosotros. Hemos despertado en quietud, anclados en la isla de Maui. Al bajar, nos espera un delgado señor para explicarnos las altas montañas. Viene con nosotros el delegado peruano, con el ojo avizor. Se nos va advirtiendo cómo en todas aquellas islas no existe un solo reptil venenoso. Es un paraíso sin serpientes. Las impresionantes tarántulas que de vez en cuando se encuentran no son más venenosas que los gusanos de seda y sí tan útiles. Se nutren con mosquitos —estos impalpables ukeleles— que a su vez se alimentan con partículas de turista. No hay sino selvas enormes y altísimos picos de montañas. Como ha llovido la noche anterior los sinuosos caminos están llenos de lodo, lo que no nos impide mirar hacia lo alto. De trecho en trecho una pequeña cascada ameniza el conjunto y moja la vereda. Para estos casos hay tablas por las que pasamos de uno a uno, a fin de admirar desde el otro lado la aguja altísima de un monte. El delegado peruano pasó al último, dechado de cortesías exquisitas. Y al pasar resbaló, cayó cuan corto es y, al erguirse, miraba angustiosamente la cascada. Al caer, explicó, su reloj cayó a la corriente, ebrio de movimiento. Era un reloj magnífico, pérdida irreparable, que le habían obsequiado en la lejana tierra del Perú. Espléndido reloj en verdad. No lo podrá recuperar nunca. Nadie podrá contradecirlo. Y el reloj quedará ahí, por los siglos

de los siglos, marcando imperturbable la hora fatal en que, arrastrado por el destino, resbaló, como su dueño, del bolsillo de su dueño y fue a dar al agua inexorable. Tal acontecimiento nos contrista. Ya no gustamos del paisaje. Yo creo que hubiera preferido perder el ojo, que le sirve menos y no es de tan buena marca como el reloj. Pero el delegado peruano tiene muy mala suerte, porque, cuando volvemos a la ciudad, le imponen un *lei* de papel naranja que la lluvia diluye sobre la única camisa que creyó indispensable traer consigo para tres días de excursión.

Conservo de la isla de Hawai un recuerdo bochornoso. No supe decir la altura del Popocatépetl, ni la profundidad de Cacahuamilpa, cuando se me interrogó sobre ellos, en relación con el Kilauea y con las grutas que no quise visitar. Preferí quedarme, una última noche, fuera del hotel en cuyo vestíbulo se daba una plática y se bailaba *hula*. Los automóviles de aquellas personalidades, y aquellos de que nosotros disponíamos, aguardaban fuera.

Gertrude se ha quedado en Hawai. Luisa vuelve sola a Honolulú. Pronto serán las 10 de la noche. Todos bailan y el maestro Tovar fuma en nuestro cuarto. Nos miramos, amargamente. Nos hemos sentado, estrechándonos las manos. Nos hemos quitado los anteojos. Ya ella no es periodista ni soy yo delegado. Ella y yo.

Y al barco, de nuevo. Luisa sube, cargada de flores. Funcionan las cámaras fotográficas. *Aloha oe*. Todavía agitamos los trémulos pañuelos. Y al pasar por Diamond Head arrojo mis collares fragantes sobre el jade inmóvil del mar.

1927-1928

---

[1] Aparte de las cinco mencionadas, la raza coreana se sumó a la hawaiana en 1903; la española, en muy corto número, en 1907 (apenas habrá 2000 descendientes de españoles), y finalmente la filipina, en 1909.

Jalisco-Michoacán

ITINERARIO

Jueves 29:	México	Viernes 7:	Charapan
Viernes 30:	Guadalajara		Tacuro
	La Calera		Ichán
	Ixtlahuacan		Huáncito
	Xicotepec		Zapoco
	Zapotlanejo		Santo Tomás
Sábado 1º: Chapala		Acachuén	
Domingo 2:	Tepatitlán		Tanaquillo
Lunes 3:	San Miguel el Alto		Urén
	Atotonilco		Chilchota
Martes 4:	Arandas	Sábado 8:	Etúcuaro
	La Capilla		Purépero
	Jesús María		Los Espinos
Miércoles 5:	Ayo el Chico		Villa Jiménez
	Yurécuaro	Domingo 9:	Zacapu
	Pénjamo		Erongarícuaro
Jueves 6:	Zacapu		Janitzio
			Pátzcuaro
		Lunes 10:	México

JUEVES 29

Salimos para Guadalajara el día 29 de septiembre. Me seducía particularmente este viaje porque implicaba un poco una reanudación, más consciente ahora, de relaciones interrumpidas apenas iniciadas, de un modo brusco y categórico, con una ciudad a quien, a lo que parece, ofendí al pretender alabarla. Un poeta mexicano, recién vuelto de allá, adonde fue a hablar acerca de Bolívar, me acaba de referir que en Guadalajara todo lo saben y que me guardan un pequeño rencor por cierta breve nota sobre las torres de su catedral, sus dulces cubiertos y sus vocingleras bicicletas, que escribí hace ya la compurgada, si fue culpable, fecha de cuatro años. Pero entonces fui casi solo, era todavía relativamente joven y escribía para los periódicos, de suerte que mi visión de las cosas era del todo inconsistente y con sólo uno que otro destello de ocasional certidumbre. En uno de tantos libros que tengo comenzados y sin para cuando acabar, he de incluir ese artículo con otros sobre Puebla, Pátzcuaro y algunos

más, borrosas instantáneas de un poltrón mal turista, “fardo animado” para ser exacto, que descubre de pronto su república. Y fue ahora mi suerte la de acompañar al licenciado Bassols a una —décima para él— gira por el mayor número posible de escuelas rurales en el radio geográfico más amplio que humanamente pudiera cubrirse y en el tiempo mínimo. Ya antes, hace unos tres meses, le acompañé al estado de Aguascalientes, de cuya belleza, contra mi iniciado propósito de derivar un ensayo largo sobre la educación en los pueblos, no extraje al fin un solo poema y antes todavía pude, pero no lo hice, ir con él a la sierra de Puebla y más tarde a la de Oaxaca o de Guerrero.

Yo no tengo sino la ropa que se usa en la ciudad. Una que otra vez, cuando pienso que es necesario hacer deportes, que es todavía posible ser fuerte en parte, suelo adquirir indumentaria. Tengo así raquetas, ropa de tenis, golf, de nadar, ya toda picada por largos años de encierro; pero carezco de botas fuertes, de sombrero tejano y de chamarra de cuero. En consecuencia, fui a este viaje con un traje cruzado de brazos, un sombrero y mi gabardina, fuera, naturalmente, de los usuales implementos de rasurar y de acicalarse. Supone uno siempre lo que le es más habitual y que si alguna cosa se le ofrece, ha de ser fácil adquirirla por ahí.

VIERNES 30

Tras unas cuantas horas de sueño llegamos a Guadalajara. Nos aguardaban la música y algunos funcionarios con el gobernador Sebastián Allende, y todos nos fuimos al hotel Imperial. Mientras el ministro recibe y conversa, me asomo al alto balcón, sobre el aire claro que ha posado sus manos en las cúpulas y en los árboles, sobre el tránsito de los automóviles planos allá abajo. Nos bañamos y salimos a visitar instituciones de que no me percaté en mi primer viaje. Vamos al Hospicio, laberinto de arcos y patios llenos de silencio, limpios, muertos. Hay allí camas, niños, ancianas, y más y más patios y corredores coloniales. Tamayo se entusiasma y querría quedarse allí, a pintar las paredes.

Los pintores no pueden ver nada sin que se les ocurra echarlo a perder. ¿Habrán pensado en lo impropio, en lo indecoroso que es su deseo de pintar en las paredes de los edificios? El fresco es el que cree que va a mejorar una construcción que existía antes de su advenimiento y para erigir la cual no se le tomó parecer. Es como si los poetas se pusieran a escribir versos en los márgenes de las partituras musicales. Para eso venden papel y los pintores deben comprar sus telas, tan grandes como puedan, y pintarlas en su casa. La medida de la cal que cubre los ocios de los pintores de la Colonia en los conventos —y que Montenegro separa arrobado con una navaja— me parece muy acertada, porque restituyó a la arquitectura la pureza de sus planos. El hecho de que Miguel Ángel haya pintado frescos en los muros no autoriza a nadie más a perpetrarlos.

Luego vamos al hospital, cuyas salas largas todas convergen hacia un centro común, como los picos de una estrella, de suerte que los enfermos se miran mutuamente morir, ser conducidos a la sala de operaciones, dar a luz. Juan Gallardo Moreno, secretario del licenciado Bassols, siente en sus pocos años la superior nostalgia de aquel ambiente

estudiantil. Allí estudió, tenía novias, amigos que lo reconocen y lo tratan familiarmente. Ahora es un abogado alto y delgado, y como tiene mucho trabajo en su oficina de México, se enternece al recuerdo de sus años irresponsables.

Visitamos luego el museo, siempre a cargo de Ixca Farías. El museo de Guadalajara encarna una viva tradición independiente de los retratos de gobernadores de Jalisco que contiene en la incompleta dentadura de su galería a ellos consagrada. Los tapatíos se complacen en recordar que una visita a su tierra no es completa si no se ocupan, en mansa tertulia, los equipales de Ixca en el corredor durante toda una insensible mañana en que José Cornejo Franco refería cómo ayer adquirió en sólo cien pesos un Vocabulario de Molina, en que se hable por alusiones indirectas de la pequeña pugna sorda que llevan adelante dos grupos: uno de avanzados, comunistas o algo así, radicales, compuesto por Martínez Ulloa y por Manuel Martínez Valadez, y encabezado el otro por Enrique Díaz de León, de quien siguen siendo amigos Ixca, Cornejo Franco, Emmanuel Palacios, supongo que Agustín Yáñez y Alfonso Gutiérrez Hermosillo en México. Hace tres años todos estos jóvenes iniciaron en su provincia la publicación de una revista que no les dio a estimar en México, adonde un poco más tarde algunos de ellos llegaron a mezclarse a la burocracia literaria. Ignoro el principio de la separación que ocurrió después, y que llega a manifestarse de modo tan preciso a veces, que, por ejemplo, a las conferencias del joven poeta bolivariano, no concurrieron los dos componentes del grupo radical.

Manuel Martínez Valadez va adelante, con el ministro y con el gobernador, porque es director de Educación del estado de Jalisco. Atrás, conmigo, va Enrique Díaz de León, de suerte que los dos bandos se hallan cerca y en tregua. Puedo observar que Martínez Valadez dice repetidamente "es verdad" con una entonación que al mismo tiempo afirma y pregunta y que coloca ésta al final de todas sus frases. Sabe, además, un cúmulo de cosas que uno supo, pero que ya ha olvidado y que ahora, al escuchar de nuevo, carecen del prestigio de lo antiguo, tanto como de la seducción de lo muy reciente. La provincia tiene sus peligros en la medida en que pretende ser la ciudad. Porque en la ciudad se olvida todo muy aprisa, y Tablada, Diego, Rubén Campos, Justo Sierra, Urbina, el Ateneo de la Juventud y todas esas cosas a propósito de las cuales Martínez Valadez sabe anécdotas, ya acabamos de olvidarlas y todavía no vale la pena de volver a pensar en ellas. Son como la guerra ruso-japonesa. Enrique Díaz de León, rector de la universidad, parece menos malévolo, menos inconforme que Martínez Valadez. Tiene también una muletilla verbal: dice constantemente y a propósito de todo, la palabra "incluso", que yo sólo había oído usar en México a Florisel, alias *Ricardo de Alcázar*.

Por la tarde vamos a visitar la Escuela Industrial Federal. A ella, como en la de Aguascalientes, como en la de la propia ciudad de México, asisten señoritas de buena familia y confeccionan complicados pasteles, servilletas para el té y pantallas para la sala. Las furibundas declaraciones de Luis Enrique Erro, que pretende convertir las escuelas técnicas en verdaderos talleres de servicio popular, se estrellan contra la tradición en la capital y en las provincias contra el hecho de que no es posible enseñar al pueblo mejor de lo que él sabe hacerlos sus huaraches ni sus vestidos mientras falte una base larga de maquinismo difundido en el campo. Las bellas señoritas jaliscienses nos dieron té helado con galletas y dátiles, y una, hermosísima, nos tomó una fotografía. Se advierte, en comparación, por ejemplo, con la escuela de Aguascalientes, la diferencia con ésta de los estilos en que se confeccionan las

pantallas y los muebles. Aquí ya se ha implantado ese que El Palacio de Hierro llama “evolución” y que confiere una impresión rectilínea y ausente de adornos barrocos. Por las “colonias” que visitamos más tarde, hay ya unas cuantas casas que muy bien podrían hallarse en el hipódromo de México, con su firme aspecto de barco, sus ventanas sin adornos, sus ángulos puros, a cuya línea corresponden las lámparas y los libreros que construyen las señoritas de la Escuela Industrial. Pero se presiente el peligro de que el estilo “evolución” pase de moda tan rápidamente, por su monótona repetición, como el “mission”, por ejemplo. Y esta apariencia de modernidad, desvinculada de una utilidad y de una necesidad amplia en el servicio popular, en nada altera la condición limitada y burguesa que prevalecía en las escuelas técnicas antes de las furibundas declaraciones de Luis Enrique Erro.

No se me cumplió el gusto de cenar pollo en la casa de Valentina. Martínez Valadez impuso a este respecto la opinión de que es más limpio y sabroso el que sirven en El Platillo de Oro, y allá nos fuimos a cenar. Los viajes dan hambre, y lejos del paciente médico que quiere hacerme adelgazar, me restituyo vorazmente al pozole, al pollo y a los tacos, no sin calcular aproximadamente y de un modo convencional las calorías que van a producirme estas grasas y estos hidratos de carbono, a fin de que no sobrepasen las 3000 que requiere mi máquina para su cotidiano trabajo.

Pero hay que ver una ciudad no oficial, sin banderas, sin escuelas, sin acompañantes. Gallardo Moreno habrá de guiarnos. Ahora renace la picaresca de sus recuerdos literarios y lo seguimos, sombras que hablan, por calles ya empedradas cuyas casas nos van volviendo, soñolientas, la espalda recta de sus puertas. Ya dormirán los pájaros en sus cómodas jaulas de carrizo, junto a las macetas barrocas de los patios cuyo rostro vela durante el día el cancel de hierro, pero que se admiran desde la calle, con sus limpios y rojos ladrillos. En sus albos lechos ya soñarán las bellas mujeres. Hay uno que otro radio que emite voces románticas dentro de las salas clausuradas. A su vera, dormitará el papá de las niñas en su mecedora de bejuco. En una que otra esquina hay un hombre extático, embozado en su elegante sarape. Entramos en el Teatro Obrero. Hay en su recinto la propia somnolencia que los radios parecen haber transmitido con las canciones que aquí repite una voz humana ante no más de siete espectadores de galería y nosotros, que no logramos animar el velorio. Recuerdo que hace cuatro años este teatro estaba lleno a reventar de gente que aullaba ante *la Bella Lulú* que hoy, ya con su apellido, que es el de don Pelagio de Labastida, logra en el Molino Verde de México, iguales resultados.

Seguimos, un poco tristes, hacia el barrio de Analco, que encontramos todo desierto, callado. Alguna que otra vez se escucha un como eco de *jazz*, pero seguimos de largo, y empaquetados en un sufrido fordcito, volvemos al hotel.

SÁBADO 1º.

Mientras el licenciado Bassols va a visitar escuelas, me escapo con Enrique Díaz de León a hacer algunas compras. ¡Zapatos a $6.50! Nunca se ha visto cosa igual. ¡Y este infinito deseo de quedarse en la provincia a vivir, donde no me conozca nadie, donde todo es tan barato que

un poco de dinero bastaría para cambiarlo por una vida quieta! Las casas rentan 40 pesos, por ejemplo. No quiero, en este plan imaginario, irrealizable, que se me perfila de modo angustioso cada vez que salgo de México, de quedarme en San Luis, en Aguascalientes, en Morelia, en Guadalajara, pensar siquiera en que por necesidad habría de relacionarme al poco tiempo con casi toda la gente, y que entonces ya sería tan incómodo, si no más, que en México, vivir en la provincia. Me empeño en suponer que todos los días serán tan sorprendentes como el primero, y que habría de pasar inadvertido, ignorado. Xavier Villaurrutia encuentra contradictorio con lo que él supone mi verdadero carácter —combativo, ostentoso— el hecho de que me guste tanto la Epístola moral a Fabio. Yo no lo encuentro mucho, y lo que más siento falso en mí es justamente la voluntad de poderío a cuyo ejercicio me han obligado circunstancias que no hago sino lamentar y que me son del todo extrañas.

Me voy con Enrique Díaz de León a Chapala, en donde ha de servirse un banquete dentro de tres horas. Por el camino conversamos. ¿Por qué la gente sólo conoce las cosas malas que yo hago? Me llena de tristeza que quiera que le diga sonetos, esos venenosos derrames a cuya producción me entregué hace tiempo y que, inéditos como están y han de permanecer (mucho más ahora, que los he incinerado y que procuro olvidarlos), son, sin embargo, lo que la gente espera de mí, lo que más admira y le complace. Del mejor modo posible abandonamos esta poesía para sentarnos frente al lago mientras llegan los invitados. No hay apenas gente en la playa. Unos tres bañistas desfilan hacia el hotel y llevan una cara molesta y culpable. El lugar no me parece tan hermoso. Con su muelle me recuerda tanto la cerrada bahía de Acapulco, ese antipático lugar, que por un instante me hallo desagradado. Yo no sé qué le ven a Acapulco las pobres gentes de la ciudad de México, cuando por ningún lado, a menos que vaya uno hasta Pie de la Cuesta o el Marqués, que caen tan lejos y en donde el hombre no ha sido capaz de ponerle a la naturaleza un marco de *confort* adecuado (sin el cual ella no vale nada), unas sillas cómodas, refrescos, toallas suficientes, no siente uno que aquello sea el océano, sino apenas un cualquier lago o charco quieto y estúpido. En las grandes vacaciones todos se marchan a pasar hambres y a estrenar pijamas en Acapulco, como antes lo hacían en Chapala. Quizás entonces (yo, naturalmente lo ignoraré siempre) parezca legítima esa irrupción de gente ociosa de la ciudad en los ociosos contornos de la gente de la costa. Pero no “entre semana”. Entonces, se siente como que no tiene uno derecho a descansar, porque trabaja, entre esta gente de las piraguas cuyo trabajo es descansar.

El círculo de las sillas aumenta, adicionado con militares, con funcionarios y con esa cauda anónima de los “ayudantes” que han inventado los políticos. Entre los vasos de tequila me parece cada vez menos serio que tenga uno que ponerse en pie para estrechar la mano y escuchar el nombre de una bigotuda persona a quien no ha de ver nunca más en su vida. Afortunadamente el mariachi que llega nos permite dejar la silla para acercarnos a oír sus chillones y rápidos quejidos:

En medio del mar,
ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay,
se quejaba una ballena
y en su quejido decía

ay, ay, ay, ay, ay.

No pude escuchar el último verso, porque ya lo había compuesto en mi imaginación. Vamos a la mesa. Transcurren varios platillos y vinos, y la atención ya no puede guardarse, equilibrada, en panoramas amplios. Todo aquello, el lago, las personas, los meseros, el vino, el gobernador, la música de los mariachis, sirve de fondo sordo y vertiginoso a los nimios detalles en que se fija una atención hipertrofiada, y que lo mismo es un cuchillo en la mesa que un parpadeo peculiar del que toca la guitarra y canta más fuerte, y de quien descubro de pronto que se parece enormemente a William Powell. Luego siguen los brindis. Si uno quiere seguirlos, tiene que abstraerse; y entonces se conmueve verdaderamente, y le parece que nunca había escuchado palabras tan razonables y elocuentes.

Pero el licenciado Bassols le tiene un odio jurado al sibaritismo; come poco, trabaja mucho; y después de esta comida en que, como las boas, siente unos deseos bestiales de echarse a resollar, salta ligero a un automóvil y se marcha a visitar más escuelas, prófugo de discursos de sobremesa. Afortunadamente, el automóvil de Enrique Díaz de León tiene unas llantas enfermizas que no soportarían el largo viaje por una mala carretera, y decidimos quedarnos en Chapala el resto de la tarde. Vamos a visitar a los King, de quienes ya tenía yo noticias. Sin tratar de ofender a los King, diré que ellos son a Chapala como William Spratling es a Taxco o Frances Toor a cierto estrato de la ciudad de México. Representan el exotismo cuando pretenden disfrutarlo; de sujetos, se convierten en complementos; son como una frase vuelta por pasiva. Ambos, él y ella, son pintores, él mucho más joven que su señora, mórbido, y ella flaca y llena de canas, con un rostro diabólico de Cocteau, vestida tan de hombre que, por virtud de su edad y en vista de que usa el pelo como hombre, resulta a primera vista difícil resignarse a aceptar que ella no es el marido.

Les da gusto vernos. Siempre esta paz tan continuada debe de fatigar. Nos muestran sus obras, y como el mariachi, desorientado con la súbita fuga del ministro, nos ha seguido hasta su casa y por el balcón, sobre los tejados, escuchamos sus voces, nos vamos todos al jardín a tomar tequila en jarritos y a que el güero que se parece a William Powell nos cante sones que sólo pueden entonarse en la intimidad:

El chilero y la chilera
se metieron en un pozo
y la chilera decía
¡ay qué chile tan sabroso!

Transcurre así la tarde, en una alegre y desmenuzada conversación fomentada por el tequila que Díaz de León me impide seguir tomando. King querría que nos quedáramos allí a pasar la noche. Saldríamos por el lago y nos divertiríamos. A Montenegro le conmueve la idea de hacer, como los King, una vida retirada, comprar una casa a la orilla de un lago, pintar y hacer una vez por año una exposición de cuyos frutos viviera en paz, como lo hacía en Mallorca, pero ahora ya para siempre. Claro que yo también querría hacerlo. Escribiría así.

Con mi máquina y mucho papel, daría al fin forma a esa *Lota de loco* que vive en mi más arraigada intención, torturándome con la angustia de no poderla escribir porque me falta el tiempo y la calma para hacerlo, y con la duda de si esta consideración no es sino un inválido pretexto en que encubro mi ineptitud ante un tema superior a mis fuerzas. Y sin embargo, si no termino esa novela, no hallaré la liberación al estado de magnífico trauma en que se fue engendrando en mí. Siento que sólo en este ritmo lento de la soledad podría dominar la fracasada prisa con que hago todas las cosas, con que sueño, en que vivo. Y que así, sumergido en ella, quizás podría modelar las situaciones y los personajes de mi novela, que en la vida fueron tan increíbles por vertiginosos.

No podemos quedarnos. Todavía habrá en Guadalajara una función teatral a la que debemos asistir y mañana temprano hemos de partir hacia la región de los Altos. Prometemos a los King visitarlos alguna próxima vez, si en las vacaciones venimos a Guadalajara, y partimos. Los músicos del mariachi recogen sus instrumentos y se marchan entre las sombras con sus guitarras, sus violines y su arpa, como si se llevaran, dormida, a su mujer.

Un buen baño turco y un confortante masaje nos reintegra. Podemos ir ya al teatro y luego a dormir, satisfechos y un poco cansados. Tanto lo estoy que los ronquidos que Montenegro difunde desde su cama no me desvelan.

DOMINGO 2

De hoy en adelante, nadie sabe el itinerario. El señor Ramírez, jefe de Escuelas Rurales, de las 7000 que hay esparcidas en toda la República, traza en estas excursiones del ministro pequeños planos de explorador que en el papel parecen simples, claros y fáciles; que referidos ya al mapa del estado en cuestión que alguien trae siempre oportunamente consigo, casi lo cubren, y que una vez que uno se aplica a realizarlos, apenas alcanza el día para ello. Luego, en cada ciudad o pueblo a que se llegue, aparece la homogénea persona del director de Educación, del inspector de la zona, de algunas otras autoridades escolares, todos con cuello duro y suave mirada de respetuosa sabiduría pedagógica. Ellos nos conducen a las escuelas, en que las profesoras muestran una leve nerviosidad al interrogar a sus alumnos.

La piedra de toque que parece apartar y distinguir a las escuelas urbanas que siguen siéndolo a pesar de su denominación rural, de aquellas que verdaderamente se han abierto al servicio de los hijos del campesino, parece residir en el mayor o menor grado de resistencia que los padres de los alumnos presentan a la coeducación. La escuela municipal, remedo simiesco y funesta continuación de la antigua escuela primaria que durante el régimen porfiriano escogió como centro de su auge la ciudad de México, para justificar la aberración constitucional de la obligatoriedad de la instrucción primaria que sólo se refería a las ciudades, no concibe, justamente porque responde a una convención social saturada de un catolicismo casi medieval, la vida común ni la simultánea educación de niños y niñas, a quienes sus padres parecen atribuir una libido adulta, y que lleva a las profesoras a poner en juego toda la cursi y rimbombante utilería de recitaciones sentimentales, de cuadros plásticos, de memorización forzada de largas tiradas ininteligibles a los niños, de bailes exóticos, de

complejas reglas gramaticales, de difíciles operaciones aritméticas y de labores manuales que producen objetos superfluos y de pésimo gusto. Toda la enseñanza que se da en estas escuelas parece responder mejor al sentido de la palabra “instrucción” que al de la educación si ésta pretende equipar al ser nuevo para una vida práctica y real. Ni las recitaciones, ni las dramatizaciones, ni los bailes, tienen sentido, ni las reglas gramaticales (que por otro lado no corresponden a la gramática moderna y filológica), ni las raíces cuadradas guardan vinculación alguna con la vida a que tarde o temprano se ha de lanzar el alumno. Escuelas como éstas no hacen sino satisfacer la burguesa vanidad de los padres y provocar en el individuo un trauma que estatiza su personalidad en el mundo de la fábula en que transcurren sus primeros años, a los cuales, si es mujer, ha de volver desolada los ojos del recuerdo, en tanto que si es hombre, habrá de empezar su verdadera educación cuando al contacto del fracaso se rompa y disuelva el falso equipo de su pedantería insustancial.

El campo es otra cosa. Ninguna convención obliga a esta gente, que vive muchas veces en vigorosa y primitiva promiscuidad, a pensar que sus hijas son diferentes de sus hijos, mientras unas y otros no estén en aptitud de producir, aquéllas, nuevos hijos, tortillas y alimentos, y éstos, sembrados nuevos. Para ellos la escuela es, intuitivamente, una vida en pequeño que tiende a mejorar la que ellos volverán a vivir en sus hijos. Ni la Iglesia ni la “sociedad” ve mal que junto a las hirsutas y empolvadas trenzas de Eulalia, se incline la rapada cabeza de Domingo sobre la misma frase que va dando a sus ojos forma palpable a las palabras.

Lejos de ello, esta vida en común robustece el vínculo de la gente nueva, descubre afinidades de carácter allí donde existe el común denominador de la miseria y provoca la mutua ayuda que fructificará en la amistad, en el compadrazgo, en el matrimonio, en la relación familiar que ha de ir convirtiendo en mundos coherentes aquellas nebulosas mínimas.

En el pueblo, niños y niñas se hallan sujetos, desde lo que son, a la disciplina de aislamiento y de superposición de clase, de capas, de estrato, que resultan del mayor o menor dinero y de la mayor o menor ambición de los padres. Se prepara ya en la escuela la continuación de un hogar en que el respeto a la voluntad de los mayores se ha convertido en una cadena cuyo nuevo eslabón, la escuela, contribuye a forjar. El niño y la niña, vueltos jóvenes, harán lo que sus padres les digan, porque ya ellos hicieron lo que sus padres ordenaron. Y así la jovencita aguardará el matrimonio que convenga a sus padres, y el joven, para casarse, esperará, a su vez, que su madre apruebe el modelo de esposa para su hijo en que ella se vea mejor reproducida: las “buenas familias” entroncan con las “buenas familias”. De ahí que todos los padres de los pueblos constriñan a sus hijos, en la complicidad de la escuela, a alcanzar el *standard* de la “decencia” que automáticamente les granjeará el concepto de la “buena familia”.

La vida en los pueblos, en las provincias, conserva, aunque en cierto grado debilitados, los rasgos que presentaba la ciudad de México antes de la Revolución. La ciudad de México antes de la Revolución presentaba como rasgo sobresaliente el de un ideal de europeización que llegó a los mayores extremos y que, concretándonos a la educación que aspiraba a ejecutar un salto por encima de la realidad inmediata y del futuro hacia un pasado europeo en modas, hábitos, leyes y funcionamiento. La clase media, con la distancia en el tiempo que en el espacio ya la separaba de la clase aristocrática mexicana, se dio a copiarla con la fruición que ponía en copiar, con igual ritmo, a las cortes europeas. A llenar su casa de pequeños objetos,

de mal arte y sus centros de pequeñas ideas y convenciones igualmente ilegítimas y estorbosas. Y la provincia, en la proporción de su distanciamiento, copió esta copia de una copia extranjera.

La mano ruda de la Revolución desnudó a los hombres, destruyó los espejos y las lámparas de las salas, hizo fogatas con las puertas talladas y restituyó a los comestibles custodiados en las alacenas su valor nutritivo, a los roperos repletos de sarapes su utilidad, por medio del saqueo. Algún impulso definitivo, alguna fuerza totalmente transformada faltó a aquel movimiento para vencer todas las resistencias que un hábito prolongado había creado en la vida de México, capital y provincias. Pero si de las familias no podía esperarse un renacimiento que impedía, pasivamente, la inercia, y de modo activo la iglesia, había derecho a suponer que la escuela, institución pública, fuera el agente transformador del gobierno, encargado de moldear a la nueva generación en la nueva atmósfera y a tono con aquella felicidad en el trabajo porque se había luchado. Resueltos los más urgentes problemas del exterminio físico, debió madurarse un sistema de reconstrucción espiritual por medio de la escuela. Pero había que echar mano de los maestros. Ya en el porfirismo la palabra “pedagogo” era sinónimo de la más grotesca y lamentable pedantería. Una superioridad titulada en escuela investía ya entonces a los profesores normalistas de una ideología tan dura y sucia como su cuello postizo. Eran los mejores agentes de la patriotería, del sentimentalismo y de la disciplina militarista. Fomentaban como su más alta misión un irrazonado aspecto que, si por una débil prohibición constitucional de impartir la doctrina católica, la omitía, dejaba para su impartición doméstica abierto un camino que parecía el complemento indispensable de quien había ya recibido de sus manos la ciega noción del respeto a los sabios, a la Patria, al Honor y al Hogar.

Al constituirse en gobierno, la Revolución realizó en gran medida un cambio de personas en los puestos públicos. Empero, un automóvil que marcha mal no se arregla con que un nuevo chofer lo maneje: requiere una revisión general de todas sus piezas, la intervención de mecánicos que limpien y aceiten la más pequeña parte de su motor. Y parece que por lo que toca a la carroza de la educación, el nuevo gobierno no sólo la dejó seguir el mismo rumbo, uncida a los mañosos caballos de una ciencia apolillada muy siglo XIX, sino que permitió que sus riendas siguieran en manos de los *robots* pedagógicos que en número infinito había producido año con año la Escuela Normal. Quizás tuviera la nueva vida de México problemas más aparentes, de gravedad más inmediata, que resolver antes de atacar el educativo. Pero no podía posponerse sin grave perjuicio de los resultados mismos de la Revolución, que preconizaba una equitativa economía sólo alcanzable para los 16 millones de mexicanos por medio de una equitativa distribución de instrumentos de comunicación siquiera verbal y aritmética; sin poner en las manos de los campesinos juntamente con el ejido y la parcela, la conciencia de que eran ya dueños de su destino, de un destino que sólo mejoraría con la creación de necesidades, dotándolos de los medios de satisfacerlas, y con el conocimiento progresivamente amplio y completo del mundo a cuyo problema social actual habrían al fin de incorporarse.

Ya comenzaremos a prescindir de toda comodidad urbana. “Figúrese —me ha dicho el licenciado Bassols—; el programa era: un día en Guadalajara y descansar; un día a Chapala, y descansar, y un día a la Barranca de Oblatos y descansar. Es un programa de turista y yo no

soy turista. He venido a ver escuelas.” Van tres coches: en uno el licenciado Bassols, Martínez Valadez y yo; en otro Montenegro y Tamayo y en el restante el sufrido señor Ramírez con los equipajes y los maestros de la zona. Dentro de cuatro horas llegaremos a comer a Tepatitlán, pueblo cuyo nombre me es familiar porque allí nació mi amigo Roberto Rivera, que acaba de obtener su título de médico. Seguramente que saldrá a saludarnos, pues en todas partes, para mi asombro, saben que vamos y nos salen a recibir. Escribió una atrevida tesis sobre “El delito de robo, desde el punto de vista psiquiátrico”, en la cual clasifica los robos de los paranoides, los esquizofrénicos, los oligofrénicos, los ciclotímicos y todos esos casilleros en que hoy se usa, de una manera tan elegante, encajonar el carácter de las personas. Para estudiar sus casos y formar sus historias clínicas, tuvo que hacer frecuentes visitas a la penitenciaría, en una de las cuales adquirió un piojo del que a su vez adquirió un tifo que retardó su recepción profesional y que aun estuvo, naturalmente, a punto de costarle la vida. ¡Lo que hacen los sabios por la ciencia! Y ahora que ya es médico, se ha venido a ejercer en Tepatitlán.

Martínez Valadez da clases de historia de México en la preparatoria de Guadalajara. Si uno no lo supiera, lo sospecharía muy firmemente al oírlo iniciar y sostener un monólogo muy erudito sobre las campañas de don Miguel Hidalgo y Costilla por las tierras que atraviesa, bamboleándose, nuestro coche. Los paisajes, testigos mudos e irresponsables de cuanto en ellos se registra, tienen el valor de un reactivo para la gente que se pone en contacto con ellos. Quién os hablaría de la botánica entre estas flores moradas que al cubrir todo el campo convirtiéndolo, a lo lejos, en un cuadro impresionista; yo sé bien que el licenciado Bassols va pensando ahora en la repartición de aquellas tierras, en su aprovechamiento y en cómo es necesario establecer más y más escuelas, y que si hubiera a mano quien pudiera enterarlo, formularía preguntas cuantitativas, todas las cuales lo llevarían a formarse una idea radical de lo que podría hacerse. Quién más sabría la historia precortesiana o la colonial de aquellos contornos. Por ejemplo, Montenegro le pregunta a todo el mundo si nunca ha tropezado con algún ídolo. Pero Martínez Valadez hace honor a su tipo insurgente y parece no interesarle, ante el puente de Calderón, sino el hecho de que por allí haya pasado el cura Hidalgo, cosa, por lo demás, de que ni el paisaje ni nosotros tenemos la culpa.

Los accidentes del camino nos hacen concebir un mejor acomodo que ponemos en práctica. Me traslado al coche en que vienen Montenegro y Tamayo a fin de que el ministro vaya más cómodo e incidentalmente con el objeto de librar a Montenegro y a Tamayo de cierto profesor muy moreno en quien se ven muy mal los anteojos de carey, casi junto a unas muelas del juicio tan orificadas que le completan un aspecto tan meteorológico. Va a unirse al sufrido señor Ramírez y continuamos el viaje tras breve pausa en un pueblo cuyo nombre he olvidado, pero de cuya iglesia rebosaban indios con el sombrero y una planta de maíz, entera, en la mano, oyendo misa.

Vamos entrando en la región de Los Altos. Aquí se engendró la rebelión llamada cristera, porque las gentes que no se reconocían en la sombra se preguntaban unas a las otras ¿quién vive? Y si no contestaban “Viva Cristo Rey”, las mataban los cristeros, en compensación de lo cual, los soldados del gobierno les hacían lo mismo a los que, interrogados sobre quién vivía, no respondieran que el Supremo Gobierno. Suprimida por eliminación la terquedad de semejante cuestionario, la rebelión se apagó sin dejar otra huella que una miseria mayor en la

gente, un valioso escarmiento y algunas anécdotas que los desterrados mexicanos pueden componer e imprimir libros en San Antonio, Texas. Dicen que por ahí la gente es mala en el sentido en que no aprecia en mucho la vida del prójimo. Pero eso lo dicen de todas partes, y aun de aquellas de que nada se afirma, podría declararse que así es. Lo que ocurre es que en el campo se usan los métodos directos para todo, y eso les llama la atención a los hombres de letras.

La hermosura de las muchachas de Tepatitlán goza de amplia y merecida fama. Todas estas que han salido a encontrarnos en el camino, con las manos llenas de confeti, son muy bonitas y entonan canciones. Con ellas llegamos al pueblo, en donde nos aloja, mientras se sirve la comida, una amplia casa. Roberto Rivera nunca se hubiera imaginado verme en Tepatitlán y vigila que consumamos la sopa de sesos —sesos de gorrión, a juzgar por el tamaño—, la de arroz, la lengua y unas carnitas de puerco en quienes el maestro Ramírez ha descubierto indicios de triquina. Rápidamente voy con Roberto a ver el mercado y la plaza pública. Toda la gente lo conoce y saluda. Hay junto a los dulces cubiertos del portal —vaga reminiscencia de Guadalajara—, que ofrecen unos grandes corazones de azúcar, carteles manuscritos en “Ortografía Rasional Mejikana”. Yo no recordaba que debe ser de por aquí un señor Brambila que se ha dado a componer un esperanto doméstico del que quiere desterrar la letras inútiles en vista de que los mexicanos no pronunciamos la *c* ni la *ll* como los españoles. Este señor tiene un periódico escrito como él propone y algunos adeptos regados en la República. En México el profesor Juan León hace lo mismo. Pero dentro de la reforma ya han surgido sutiles diferencias que han hecho imposible no solamente que nadie les entienda —lo cual dimana de que uno sabe ortografía—, sino, y esto es lo doloroso, que ellos dos, Brambila y León, se pongan de acuerdo.

Y volvemos a emprender la marcha. El resto del camino del día, hasta San Miguel el Alto, será menos fácil, por causa del fango. Nuestra dotación de choferes expertos se enriquece con tres más. Junto a Demetrio, que guía nuestro coche, se instala Refugio. Adelante con Isabel, va otro encargado de bajarse a quitar las trancas que hay a cada momento, allí donde las bardas de piedra permiten que atraviese el camino. Estas molestas trancas tienen por objeto que el ganado no incurra en tierras ajenas. En otras partes lo que hacen es colocar una especie de puentecillo de ramas que los animales no se atreven a cruzar. Y el coche de los maestros lo guía Pancho, con su ayudante el cacarizo. El que va con Isabel, Demetrio, Cuco y Pancho son todos primos entre sí. Son los Gómez de Tepatitlán, decir lo cual es, por lo visto, como los gatos de Angora o los conejos de la India. Así son de prolíficos, solidarios, vivaces y semejantes. No se dejan atrás ni se pierden de vista. Cantan, bromean y conversan con una gran familiaridad y al menor tropiezo en el fango, acuden a “darse una mano”. A Demetrio le llaman *Mefistófeles*. Tiene, en realidad, una cara diabólica y una manera peculiar de alzar la ceja derecha hasta el infinito mientras frunce los labios hasta que ya no se le ven. *Cuco* es el más joven y alegre. Cejijunto y pálido, con grandes ojos verdes y enormes pestañas, parece una miniatura persa. Su irrefrenable conversación disgusta a Tamayo, que viene molesto porque trajo consigo unas amibas que padece y cada vez que comemos hace un berrinche porque no hay carne asada, ni frutas cocidas, que es lo único que puede tomar, según la dieta que le ha prescrito Raúl Fournier. ¡Qué horrible debe de ser una enfermedad del estómago! Vuelve taciturno y si uno es artista, la obra debe de reflejarlo. Muchos de mis amigos padecen

amibas y consultan a Raúl Fournier. Xavier Villaurrutia encuentra que las medicinas que le da son siempre muy bonitas. Yo conocí su elegante consultorio porque él y el doctor Salazar Viniegra trabajaban juntos en 1930 y yo iba a que me psicoanalizara el doctor Salazar. Pero de un modo súbito, un día se enfermó gravemente del estómago y se negó a seguirme psicoanalizando, en vez de lo cual jugamos *bridge* una que otra vez en su casa, con otros alienistas.

Durante un viaje, todas las personas a cuya vida nos hallamos ligados adquieren en nuestro recuerdo un valor fijo, claro y estático. Pensamos en ellas como en una película de cine que se hubiera detenido a la mitad, y que allí se quedara, mientras salíamos a fumar, guardando la misma posición hasta nuestro regreso, que reanudaría, con nuestra relación, su movimiento. Y así se van quedando a nuestra espalda, hundidos en la comodidad de su México, ciudad tan extraña al país como un espejismo lo es a un desierto, o más propiamente como la cabellera oxigenada de una mujer negra.

¿Qué tienen que ver con el Banco de Londres y México estas chozas rudas, hechas de piedras que los ríos moldearon y que fueron transportadas a cuestas por estos indios extáticos, una por una: de las que sale un humo azul, quieto, y transparente, como el dormitar de este perro que ahora nos echa encima su protesta? Va oscureciendo ya y sólo de vez en cuando pasamos ante un ser humano o cerca de sus habitaciones. Sólo el ruido de nuestros coches, como las luces de sus faros, rompe el negro e infinito silencio. Sombras griegas, las vacas se retiran a nuestro paso. Y a no se ve si hay nubes, ni, si las hay, perfilan sus contornos a nuestros ojos súbitamente miopes.

San Miguel el Alto; ya nos aguardan camiones con personas entusiasmadas. Los gritos "¡Viva el diputado Miguel Moreno!" "¡Viva el ministro de Educación Pública!", me hacen comprender que un amable acompañante nuestro, joven y conversador, es el diputado Miguel Moreno, de quien en San Miguel el Alto quieren que viva, sin duda porque es conveniente para el pueblo. Él nos conduce, en medio del regocijo que lo vitorea y se apeñusca en las calles estrechas, hasta la residencia de sus familiares, en que vamos a pasar la noche.

Estamos realmente cansados y llenos de polvo. Fuera de la pequeña tregua de Tepatitlán, son 12 horas de automóvil las que llevamos vividas. Esta casa con su pozo en medio del patio, su gran sala en que han instalado la cama para el ministro, la recámara para nosotros que sigue, sus altísimos cielos rasos llenos de complicadas decoraciones, como las que ostentan las paredes de que cuelga, haciendo con ellas un ángulo de 45 grados, un Corazón de Jesús que se inclina, resguardándole como si temiera dejarle caer en ella, su corazón llameante y ceñido de espinas, regular como una alcachofa, sobre una jofaina junto a la que se exhibe una toalla azul con monograma, me recuerda inmediatamente la casa en que dormimos el ministro, el señor Ramírez y yo una noche en Calvillo, Aguascalientes. Era la casa del señor más rico del pueblo y en ella eran tan púdicos que a los huevos les llamaban "yemitas", y nos los sirvieron a la mañana siguiente después del chocolate que inició un desayuno consistente en él, yemitas, café con leche, jugo de naranja, "bisté", frijolitos y copa de leche.

Luego de lavarnos salimos hacia la escuela, en la cual va a servirse una tamalada seguida de un baile. Abandono este aristocrático sitio y voy a la Plaza de Armas, en la que me refieren que las muchachas y los romeos más elegantes del lugar giran en sentido contrario dentro del círculo alrededor del kiosco, en tanto que los "pelados", por selección automática, giran

afuera con el mismo romántico fin de mirarse. Acaban de terminar las fiestas de San Miguel que provocan bullicio anualmente, a las que asisten danzantes de la región y en las que es costumbre jugar la "partida", que aún permanece instalada en una casa frontera al jardín municipal. Un largo corredor que ocupa una mesa de juego. Muchedumbre de rancheros y de indios alrededor, y sobre la mesa, junto a barajas muy deterioradas, pilas de pesos fuertes del cuño corriente mexicano. Viene a las mentes toda la literatura regional mexicana que describe nuestro gusto por los juegos de azar y las repetidas veces en que el pobre Periquillo dejó a un albur cuanto tenía, como estos rancheros los juegan a la luz novelesca de unas lámparas de gasolina, del propio modo como en todas las partes de México todo el mundo pone en comprar billetes de lotería la esperanza de una liberación económica que le permita no volver a trabajar en su vida, porque parecemos todos sufrir una inadaptación a la realidad, un deseo de superación que no se deba a nuestro esfuerzo, sino al milagro, que si parece característica humana, constituye sin duda entre los mexicanos rasgo esencial, y que hace pensar que lo lamentable no es ese afán de mejorar, sino una realidad social que no hace posible la certeza de lograrlo por medio del trabajo. Sin duda, en estos pueblos, en que es famoso y tradicional el gusto por los juegos de azar y en que en igual medida se registran un arraigado fanatismo católico, con el alcance que tiene, para una mente rudimentaria, la idea de un paraíso que puede ganarse o perderse como un albur y que una vez obtenido será un remanso eterno de ociosidad en que se escuchen arpas y batir de alas angelicales, y se use una ropa tan cómoda como una bata de dormir, existe una correlación entre ambas manifestaciones, suprimir una de las cuales nada servirá si no se destruye al mismo tiempo el germen de la otra y no se llena el hueco que deje en el espíritu de las gentes con una idea clara, robusta y concreta de la vida, capaz de ramificarse en actividad como la fe en el milagro lo ha sido hasta hoy de producir las lamentables flores del albur en que se duplica o se pierde del todo un dinero que el campesino ha sudado durante varios meses, suceso cuya grave importancia es igual y registra el propio mecanismo de una gloria ganada porque se asiste siempre a misa o un infierno con peroles de aceite al rojo blanco en que se continúe por todos los siglos la tortura de una existencia transcurrida detrás de un arado que ni siquiera les pertenece. Quizás la escuela, "nuestra escuelita rural", como la llama el maestro Ramírez, pueda lograr que ya los chicos que a ella asisten entiendan de otra suerte la suya en el mundo. Ella no puede, sin embargo, hacerlo todo, porque los maestros que el gobierno puede pagar no son suficientemente inteligentes para otra cosa, ni podría exigírseles, que no sea transmitirles sus muy escasos conocimientos y sus limitadas ideas, porque los que adiestra y titula la Escuela Nacional de Maestros —si generosamente puede pensarse que se hallen al final de su carrera bien equipados para un cargo social cuya trascendencia son los primeros en exagerar—, no quieren abandonar la ciudad de México y han elaborado unas leyes que les permiten exigir del gobierno su concentración en ella. Así, fuera de los hacendados, que eluden por mil astutos modos el cumplimiento de la obligación de erigir y sostener escuelas para los hijos de sus peones; de la irracional, pero disculpable por ello mismo, resistencia de los campesinos a enviar a sus hijos a la escuela; de la guerra que le hacen los curas allí donde pueden; de la triste conclusión a que lleva pensar que de poco sirve impartir conocimientos a quienes han de olvidarlos o no los podrían aplicar cuando ingresen al rebaño de peones de que forman parte sus padres; de la imposibilidad económica del gobierno para multiplicarlas en cantidad apreciable, las escuelas

rurales hallan su primer enemigo en quienes, emanados de una Escuela de Maestros que se titula Nacional, deberían lanzarse ansiosamente al campo, virgen de todo vicio en su nueva generación, y que les ofrece la más noble y preciosa oportunidad de cumplir su deber de hombres que han elegido por destino el de enseñar al que ignora.

LUNES 3

A la mañana siguiente, los alegres Gómez de Tepatitlán me refieren entre risas su noche en el mesón, en todo igual a las que de las ventas nos dejó escritas Cervantes. La daifa tusona a quien hicieron víctima colectiva de sus recias juventudes se negó a sucumbir con el cacarizo, cuya piel palpó en la oscuridad. Hoy partiremos, dentro de un momento, hacia Arandas, tierra de Martínez Valadez, como lo es de José María Lozano —¿quién será José María Lozano?—, San Miguel el Alto. Nuestro desayuno debe ser fuerte, pues no es probable que lleguemos a Atotonilco antes de las cinco o seis de la tarde.

El hábito, pobres empleados, ha fijado en nosotros el mecanismo de los seis días de monótona, de invariable labor, de un modo tan preciso que si un día festivo interrumpe nuestra costumbre, nos parece inmediatamente un domingo, y que nos han echado a perder la seriedad de una semana.

Ya tarde llegamos a Atotonilco el Alto, que se ve como un nacimiento en medio de las montañas que guarecen su sencilla tropicalidad. Allí nos estaban esperando desde la hora de comer. La decepción y el tequila los tenía semitristes y semialegres. El presidente municipal sentía mucho el calor que invadía su cuerpo voluminoso y trataba de quitárselo con cerveza helada. En la mesa a que nos sentó, como a las seis de la tarde, a comer barbacoa y otra serie de cosas, le refiere al ministro que él es tan buen administrador que compró instrumentos de música por valor de $2000.00 para hacer el *jazz Band*, que ahora nos deleita, y que en su personal incluye a un negro como de 45 años que baila retorciéndose y toca el saxofón.

Ya no era hora de visitar escuelas ni de ver Atotonilco más de lo que desde aquella terraza pudimos mirar. Salimos a pie, ascendiendo para que nos alcanzasen los coches en el camino, y al abordarlos Atotonilco se veía a lo lejos como un pastel de cumpleaños en la sombra. Llegamos, por fin, después de algunas horas, a la tierra de Martínez Valadez, la popular Arandas, en donde se nos recibe en un triunfo bien organizado, con banderas y faroles, y de nuestro grupo es extraído el ministro para que dirija su cálida palabra al pueblo congregado, desde el kiosco de la Plaza de Armas. Gentes pálidas, de rostro tranquilo. Nos vamos a la casa del presidente municipal, que tiene radio y en que se nos han arreglado habitaciones. Mientras cenamos, yo admiro las paredes llenas de calendarios, la mesa llena de copas y pan rebanado. Viene a sentarse un señor gordo que va a cantar para nosotros acompañándose con su guitarra. Le pregunta al ministro qué quiere escuchar, y éste le dice que algún corrido, alguna cosa regional. El señor levanta las cejas y comienza a cantar:

Señora Tentación
de frívolo mirar…

Comentamos entonces la encíclica por la que el papa, según acaba de notificarlo el radio del presidente municipal, incita a una revolución al pueblo mexicano, en virtud de que su gobierno está cerrando las escuelas católicas. Confieso que me entró un poco de miedo al sentirme tan lejos de México y entre aquellos cristeros capaces de liquidar en un instante al culpable del cierre de las escuelas católicas que es el licenciado Bassols, y a sus acompañantes. Pero esto lo olvidamos jugando boliche. Ya muy tarde nos vamos a acostar. Montenegro y yo tenemos un cuarto con ventana sin rejas hacia la calle.

MARTES 4

A la mañana siguiente ya está junta toda la gente que ha de proseguir la gira hacia Michoacán. El licenciado se va a visitar escuelas de Arandas y yo me quedo en la casa del presidente, a donde nos llevan huaraches que Montenegro adquiere para su Museo de Artes Populares. Cuando salen de la escuela, se aglomeran los chiquillos en la ventana de nuestro cuarto y me sorprendo dándoles clase y arrojándoles puños de centavos que se atropellan a recoger, y comprándoles unos terribles dulces de piloncillo.

Entre tanto, examino sus cuerpecitos débiles por cuyos ojos vivos quiere escaparse la inteligencia que el tiempo aturdirá y volverá inferior mientras crecen y engordan y les salen bigotes y obligaciones.

Pesa sobre mí una mañana inútil y llena de sol en este pueblo cálido en que nadie hace nada, y en que las banderas de anoche arrastran hoy el engrudo seco de sus colores bajo los huaraches de uno que otro charro que no parece pensar en nada.

Llega por fin la hora de comer bajo un árbol a la salida del pueblo. Partimos bajo una refrescante llovizna que convierte en lacre el fango del camino. Es peculiar como un rompecabezas el suelo de México cuando se ha recorrido tan extensamente que uno perciba el cambio de las regiones que atraviesa por el color de su tierra, polvo canela de las ciudades y sus alrededores, barro pálido, fango negro, tierra roja.

Apenas la vegetación semejante intenta uniformar, como los trajes de las personas los diversos cuerpos, las diferentes pieles de la tierra. Y el sol que sale siempre a cerciorarse de que nada ha cambiado, que juega con sus pequeñas regaderas, que se torna rojo y remoto y que se sume al fin. Veloces como hormigas con patines, nuestros dos automóviles van a llegar ya al término de nuestra jornada. De Jesús María en adelante la habremos de emprender a caballo, yo no sé hasta dónde. En Jesús María sólo permaneceremos unos cuantos minutos y recortamos sin piedad unos 15 números de los veintitantos que contenía el programa de recitaciones, cantos, bailes y discursos en honor nuestro. ¡Pobre pequeñita aquella de los rizos en tirabuzón, pintada y llena de listones, que vino a darle flores al ministro y a recomendarlo con Dios! Todo tiene su término y ya se va llegando el momento de partir a caballo, por la primera vez en mi vida, a través de montes y de noche. El corazón se me sale de miedo y estoy resuelto a presentar mi renuncia si es necesario para no exponerme con esos animales que no le entienden a uno, que tienen su idea propia del mundo, su instinto personal de conservación, su ritmo, a todo lo cual ha de ajustarse el jinete que ahora soy yo. Comprendo lo grotesco de mi

traje cruzado y lo convenientes que son las botas, siquiera los tubos de cuero que usa el ministro en las piernas, y su chamarra. Como las mías son exageradamente largas, los estribos me fuerzan a cabalgar en cuclillas, miope, sucio, sin poder fumar, cogiéndome el sombrero y entre furioso y asustado. Ascendemos la montaña pisando crepúsculos, como en las *Soledades*, y de pronto cierra la noche tan herméticamente, que ya no vemos nada y sólo percibimos el chasquido como de agua de las herraduras de los caballos sobre las piedras pelonas. En el silencio medroso de la montaña, el diálogo de nuestros subconscientes ¡es tan remoto de las breves palabras que nos decimos, de los chistes con que forzamos una pequeña risa que nos reintegra a la sociedad sobre la carne de los caballos! Luego se comienza a sentir fatiga de todo un día de ajetreo. Ya no veremos quizás nunca a los alegres Gómez de Tepatitlán, a quienes hemos despedido bruscamente en Jesús María, entre sus risas frente a mi sobresalto. Y nunca falta quien nos apriete el corazón anunciándonos que sólo llevamos una tercera parte del camino. Cuando lleguemos, no llegaremos sino a Ayo el Chico, a donde seguramente no vale la pena llegar, porque mañana habremos de emprenderla a Yurécuaro.

En Ayo el Chico entramos a las 11 y media de la noche, como unos bandidos, estrellando el miserable silencio de aquel pueblo con las herraduras, muertos de hambre y de sueño, de ese sueño que huye cuando uno se acuesta para dejarle el sitio al persistente insomnio. No hay hoteles ni mesones en donde comer, ni camas. Abrieron un tendajón en el que no había sino café y lo servía un hombre sin narices, con voz gangosa. Yo no quise tomarlo y me fui a acostar sobre un colchón de medio metro de ancho y cinco centímetros de alto, depositado sobre unas tablas gruesas y a la luz de una vela.

MIÉRCOLES 5

A la mañana siguiente me asomé al pueblo. La lluvia lo había lavado un poco y unos cuantos rancheros circulaban con el sombrero de petate mojado y nejo, tras de sus burros en que ya amarraban las naranjas que nos habían regalado. Vino el médico del lugar a visitar al ministro. Un señor que podría ser boticario, o hacendado, o maestro, que cura a las gentes del lugar porque nunca se enferman de cosa grave, y cuando lo hacen y se mueren, ya estaría de Dios. De todos modos la friega que le dio al ministro le sirvió de mucho.

Hay una que otra casa extraña, pequeña, frente a las anchas plazas o a las anchas calles, en que se antoja quedarse a vivir una noche absurda o un año fecundo como una manzana.

Ya mi caballo me conoce. Le he perdido el miedo completamente y partimos hacia Yurécuaro, al galope a ratos, otros conversando, hasta que llegamos a las seis de la tarde a ese curioso pueblo que es a los estados de Jalisco y de Michoacán lo que a los Estados Unidos y a la República Mexicana son El Paso, Texas, y Ciudad Juárez; quiero decir, que son tan feos el uno como el otro; pero que hay dos lados de un puente que divide, o dos estados, o dos ciudades, que en el fondo son una sola cosa. Tras de las dos cabalgaduras previas, este pueblecito con tranvía, con boticas y con restaurante de chinos en la estación, nos parece muy importante y muy cómodo. Aquí se despide Martínez Valadez, en el límite de sus dominios pedagógicos, y nos entrega en las manos de Celerino Cano, que es director federal de

Educación en Michoacán, y de Jesús Romero Flores, que es director de Educación del estado, que acaba de publicar en la Secretaría de Relaciones Exteriores una bibliografía sobre Michoacán, y que trae una pintoresca indumentaria que parece de cuero, pero que es de franela y que le da a su rostro un aspecto de santo viejo. Es muy simpático. Conversamos en el tren que nos lleva de Yurécuaro a Pénjamo, dos o tres horas, quizás menos. Hemos comprado los periódicos y aquí está Tamayo, de quien me había olvidado y que también colecciona pequeños objetos de arte popular. Conversamos con el licenciado Bassols. Desarrollamos una teoría sobre la buena memoria, hoy tan en desprestigio porque es una forma de la inteligencia, y ésta está en desuso porque es ya escasa. Llegamos a Pénjamo. Allí nos espera Moisés Sáenz. Hace ya tiempo que no le veo, por más que le conozco desde que en 1919 era director de la preparatoria y me daba clases de química y de ética. Luego se marchó a Europa y volvió en 1923, después de realizar estudios sobre educación secundaria, y trabajamos un poco de tiempo juntos en el Departamento de Intercambio Universitario y en la Escuela de Verano, que dirigía Pedro Henríquez Ureña. En 1924, el doctor Puig lo encontró oficial mayor de la Secretaría de Educación y fue más tarde subsecretario toda esa época y el año de 1929. En 1930 volvió a viajar, ahora por Sudamérica, con objeto de estudiar a los indios del Ecuador, Guatemala y Perú, como jefe de la Comisión de Investigaciones Indias, misión que terminó en 1931 y que dio como fruto tres libros suyos; uno sobre Guatemala, otro sobre Ecuador y otro sobre Perú; dos de los cuales ya comenzamos a imprimir. Al terminar su viaje se detuvo Moisés Sáenz en los Estados Unidos y estaba a punto de ejercer una beca de la Fundación Guggenheim. El licenciado Bassols no lo conocía personalmente y yo le hablé mucho de él. Moisés aceptó colaborar de nuevo en la Secretaría, en una especie de laboratorio práctico, sobre el terreno, de incorporación del indio, problema que le ha preocupado toda su vida, y eligió como centro de sus actividades la que llaman Cañada de los Once Pueblos, en Michoacán, con sede en Carapan, que es a donde vamos a ir. Aquí está ya Moisés, en la puerta del tren, con un sombrero panameño y una alforja y sus botas. Cojea un poco. Nos vamos al hotel. Sopla un fuerte viento que apaga la vela del mozo que nos conduce a un cuarto que ve directamente a la estación. ¡Dulzura de tenderse en la cama ancha y elástica, de abrir las piernas y los brazos, de colgar la cabeza, de suspirar profundamente, de bostezar como un buen perro, de encender un último cigarro! ¡Y dolor de tener que vestirse en cinco minutos, lavándose con agua fría y desagradable porque ya se va el tren que ha de llevarnos tan temprano a Zacapu!

JUEVES 6

En un trenecito doméstico llegamos a Zacapu. La escuela ocupa una antigua construcción religiosa que mira a un patio grande desde sus decadentes ventanas. En seguida se advierte la arquitectura peculiar de Michoacán, medio chinesca, con sus tejas sobre graciosas columnas y anchos corredores. No permanecimos allí sino el tiempo indispensable para desayunar la buena leche no pasteurizada, el chocolate, los frijoles, en la improvisada mesa larga, y en seguida montamos nuestros caballos nuevos. De aquí directamente a Carapan; cinco horas de

camino. La comitiva es numerosa y el ministro, como siempre, toma la delantera del grupo más rápido. Yo me quedo atrás con Jesús Romero Flores y los Prado, a quienes me presenta; éstos, me explica, son viejos revolucionarios que han estado siempre dispuestos a matarse con cualquiera. Yo, la verdad, no les había dado ninguna importancia y creía que eran mozos de la estación, pero ahora percibo su gesto astuto de mestizos rancheros, blancos, de ojos vivaces y actitudes seguras. El camino bordea una montaña verdaderamente colosal e interminable, llena de árboles que no se separan ni medio metro del uno al otro. Desde allí, las turbas de Chávez cazaban tranquilamente a las pobres fuerzas del gobierno que intentaban batirlos. Y se explica muy fácilmente, por lo inextricable del bosque que cubre la montaña, que desde sus árboles se pudiera hacer un certero blanco sobre cuanto mortal se arriesgara por el inocente camino que hoy transitamos entre el ruido de las hojas secas. La mañana avanza con la lentitud de nuestros caballos y Maximiliano, el mozo de Moisés, nos guía, lejanos como estamos del primer grupo que sabe galopar y que nos ha dejado atrás. No me explico realmente por qué no nos hemos ido en automóvil, como es posible hacerlo. Alegaron que las lluvias deslavan el camino, pero no es cierto. Pienso que el ministro gusta de torturar a sus acompañantes y admiro su energía personal. Si no fuera por la conversación de Romero Flores, tan amena, ¡qué largo se me haría este camino! Pero él sabe muchas cosas, conoce a maravilla su estado, ha escrito historias de él y lo saludan en todas partes. Hasta fue diputado, y de todas maneras es uno de esos raros ejemplares de hombre que representa con gallardía, con honor de cultura, su provincia, de la que no ha perdido aquella legítima tranquilidad, aquel entronque con la vida lenta y apacible de la provincia mexicana, que lo llevó a casarse, a tener hijos, a escribir libros. Se acerca el término de las cinco horas anunciadas y ya no pueden más ni mi caballo ni mi estómago. Salimos del bosque a una explanada café con florecillas solferino y un cielo abierto de tierno azul, con nubes blancas como tubos de plata. Allí hay un ford. Lo detenemos a gritos y traslado el fardo de mis kilos a sus gloriosos cojines. En 20 minutos más llegamos a Carapan.

La casa que ocupa la estación de Incorporación Indígena es el antiguo curato. Con las habitaciones alrededor de un patio con árboles, la calle a que ve es la principal del pueblecito y la que forma un ángulo recto con la plaza en que se celebra el mercado y con el atrio de una ex capilla, hoy dedicada a centro social por virtud de la estación, y cuya barda ha sido enjalbegada de un ocre agradable.

Con Moisés se encuentran algunos viejos conocidos que comparten sus tareas. El señor Nájera, que hasta hace poco era director de Misiones Culturales; la señora Ana María Reyna, que ha estudiado psicología y pruebas mentales y a quien conocí en la preparatoria; el señor Basauri, que es etnógrafo; la señorita Sturges, que vino a México en los cursos de verano de 1923, como Frances Toor, y que como ella, se ha quedado en México, pero tomando en su vida rural, de que se ha enamorado, parte más activa y desnuda que la simple recolección de objetos populares, pues ha trabajado como misionera en Oaxaca, se viste con telas indígenas y trata por todos los medios de identificarse con las mujeres de los lugares en que trabaja. Su actitud es la de un misionero norteamericano que careciera de dureza. Se encuentra también entre el personal de la estación el doctor Alejandro Malo, delegado de Salubridad Pública, a quien conocí en México en casa del doctor Salazar Viniegra, gran jugador de *bridge*, que ahora no tiene con quien jugar como no sean solitarios; y completan el grupo un agrónomo, el señor Pérez Toro, un profesor de canto, el señor Melena, y un profesor de deportes, el señor

Herrera.

Tengo la impresión de que la noche cae aquí con mayor presteza que en cualquiera otra parte. No existe esa suave transición, cauda del día que recogen los dedos finos de los postes en la ciudad para transformarla en luz eléctrica. Todos parecemos una pesadilla entre las lámparas de gasolina que miran los indios embobados cuando nos trasladamos al centro social para efectuar ante el ministro una demostración de las actividades diarias que como parte del programa de incorporación se verifican allí por la noche. La capilla está llena, rebosante de indígenas, viejos graves, mujeres gordas, jovenzuelos sudorosos, chiquillos. Presidimos frente a ellos como si fuéramos a decir misa, y el primer número de la función consiste en la lectura que hace el señor Nájera de un periódico bastante atrasado. El sensacionalismo que uno bebe todas las mañanas en la ciudad, ¡qué grotesco parece escuchado aquí! Ya todas esas cosas que dice el periódico ocurrieron en ese otro mundo de la lejana ciudad a que no irán nunca estos indios. Afortunadamente para ellos, no entienden nada de cuanto les lee el señor Nájera, por más que les explica. No se produce contacto alguno entre su atención y la noticia de aquel planeta que es la ciudad de México. Pasamos a otra cosa, a que canten, y luego cada uno de nosotros tiene que referir un pequeño cuento a los indios. El licenciado me mira con burla, piensa que estos literatos no sirven para nada y que yo no sabré relatar a los indios cosa alguna que los distraiga siquiera. Pero se equivoca. Como yo ya me lo esperaba, he estado rumiando en mis recuerdos algunas fábulas primitivas, medievales, y me pongo de pie y se las cuento, variando el ambiente en que se desarrollan para hacerlas familiares, accesibles, y cuidando de que todas ellas contengan alguna moraleja. Entienden, me aplauden; le dirijo al ministro una mirada de “ya lo ve” que corresponde con esa risa burlona y nerviosa tan suya. Hacen luego que Montenegro les dirija la palabra, y todo emocionado les dice frases líricas acerca de que es pintor, pero que el arte ellos lo tienen en las maravillosas decoraciones de sus utensilios diarios, en la gracia de los dibujos con que decoran el jarro de su sed. Después se exhibe una película que Moisés ha tomado de una boda en el pueblo. No puede describirse el júbilo de aquella gente al reconocerse en la procesión pintoresca, en las danzas, en los novios. Por fin el licenciado Bassols les habla con esa voz suya persuasiva, clara, rotunda, que va desbrozando los conceptos y ascendiendo como en firmes peldaños. Les dice cómo es necesario que aprendan a vivir más ambiciosamente, que trabajen más, que se apoderen de lo suyo. Les anuncia que muy pronto aquellos jóvenes que sepan labrar mejor la tierra podrán perfeccionar sus conocimientos en la Escuela Central Agrícola de la Huerta, cerca de Morelia, y le aplauden. Levantamos la sesión. Vueltos al domicilio de la estación, desde nuestras camas cercanas conversamos hasta muy tarde. Afuera hay un guardia que velará toda la noche contra un posible intento de ataque por los fanáticos. Ayer nada menos mataron a un hombre dándole puñaladas en la cabeza; aquí está su sombrero hecho trizas. La gente de los contornos es brava y liquida sus rencillas a cuchilladas.

Cuando llegó Moisés no lo recibieron muy bien, quizás, entre otras cosas, porque venía a transformar la capilla en un “centro social” en que no había misa, y porque habitó el curato y de la casa salían unas extrañas mujeres con pantalones que son la señora Reyna y la esposa de Basauri. Una vez los persiguieron a pedradas. En todos los 11 pueblos están cerradas las iglesias y no hay un solo cura. Pero lo que los indios fanáticos no saben es que los agraristas han decapitado a los santos o les han puesto la cabeza al revés, y para que no se percaten de

ello, es preferible no abrir las iglesias, pues podrían provocarse motines desagradables.

VIERNES 7

Esta mesa en que nos desayunamos, en que cenamos ayer, y que está instalada en el corredor del curato, confiere una impresión patriarcal. En nuestra ausencia, el personal de la estación comerá todos los días en ella, presididos por Moisés Sáenz como ahora lo estamos por el ministro. Reúnen en cooperativa su dinero para las comunes delicias de la comida y de la ropa limpia, y han inventado una alcancía en la que guardan las multas que se imponen unos a los otros cada vez que por descuido hablan inglés, porque casi todos lo hablan y se tiene siempre pegada esa costumbre. Yo dudo que todos se encuentren muy a gusto viviendo en esta desolación. No se debe de gastar mucho dinero; no hay en qué, pero por otra parte, fuera de los goces de la lectura tranquila, casi no existe ni siquiera el de la conversación, pues evidentemente lo que diga el señor Melena no ha de divertir al doctor Malo, ni las hortalizas del señor Pérez Toro deben ser un tema grato para el señor Basauri. Éste, sin embargo, goza siquiera del espectáculo de su mujer, que ya es una compañía. Advierto que Moisés tiene a flote un vago mal humor que atribuyo a su pie. Anoche se lo curó el doctor Malo y, sin embargo, hoy tiene que ponerse las botas para que todos vayamos a pasar el día en recorrer los Once Pueblos de la Cañada. La lista de ellos es la siguiente: Carapan, Tacuro, Ichán, Huáncito, Zapoco, Santo Tomás, Acahuén, Tanaquillo, Urén, Chilchota y Etúcuaro. Partimos en nuestros caballos como a las 10 de la mañana. No distan uno del otro más de 15 o 20 minutos, y en cada uno de ellos nos detenemos una media hora para visitar la escuela en que hoy los niños visten lo mejor que pueden y están los pizarrones limpios, y el maestro muy bien peinado. No hay discursos. Las muchachitas descalzas traen esa extraordinaria falda que consiste en una pieza de tela plegada sobre las caderas y sostenida por un ceñidor, una camisa bordada, trenzas en que tejen entre el pelo listones blancos, azules, amarillos, verdes y solferinos, hasta que parecen unas motas chinas, y su rebozo simplemente colocado sobre la cabeza, que cae sobre los hombros como el manto de una virgen. Es prodigioso su sentido del color sin contrastes, todos los tonos azules, desde la tela de la falda que es azul oscuro con unas leves rayas de azul pálido, distantes como cinco centímetros una de la otra, el azul fuerte de los bordados del ceñidor blanco, el azul de los bordados de su camisa y el azul de otro tono de su rebozo con rayas azules. Los brazos en que cargan, apoyándola sobre el hombro, la tinaja del color de su piel, con dibujos negros, discretos, un pájaro, una rama, se apoyan con gracia indolente en el borde de la tinaja cuando van por el agua al río. Quizás este sentido de los diferentes azules les venga de mirar sus montañas: la más cercana, la que le sigue, la de más allá, todas azules en la distancia y, sin embargo, de tono diverso cada una. Comemos a la mitad de la jornada una cosa deliciosa que se llama churipo y que consiste en carne cocida en un caldo con coles y otras legumbres, un tanto picante y sobre el cual, una vez servido en los platos (por supuesto resulta más sabroso comerlo en cazuela), se agrega cebolla picada, orégano y limón exprimido tal como en el pozole, y esto se come con unos tamales de elote tierno hechos en hojas de maíz, y de forma romboide, que resultan inenarrables.

Ya tarde llegamos a Tanaquillo, de donde son los Prado, temidos caciques del lugar, agraristas y numerosos; Eliseo es coronel. Este pueblecito es bastante grande, pero carece de vegetación, de aquellos exhuberantes árboles que adornan a todos los otros. En él se organiza rápidamente un festival en el campo deportivo de la escuela. En el pueblo anterior hemos inaugurado un teatro dentro de una iglesia, ahora desnuda de imágenes, encalichada y con un tablado en vez de altar mayor. Es muy dudoso que se vaya a representar allí nada nunca, pero es posible que se efectúe alguna vez alguna convención.

La fiesta de Tanaquillo consiste en un partido de *basquetball* por el que sienten afición los chicos del lugar, y en seguida en danzas regionales. Bailan la conocida danza de los viejitos unos muchachos con máscaras y unos calzones bordados cerca del pie que harían muy bonitos pijamas. Zapatean con los huaraches. La danza en México es cosa de los pies, ritmo monótono. En ninguna parte he visto a un danzante mexicano mover los brazos. Luego los Prado inician una danza en que intervienen sus mujeres. Éstas traen cestas con flores y una de ellas a un niño hecho de pan, vestido y lleno de collares, que entrega, mientras danza, al ministro. Moisés tiene un rasgo de mal humor; estalla conmigo tal como una vez hace varios años: una de las mujeres me había dado una cesta con flores y Moisés, airado, vuelve la cabeza hacia mí y me dice: “Esas flores son para el ministro; pues ¿qué se había pensado?” Claro que al principio me irritó, pero reflexiono después que para su pie enfermo, aquel día de incesante ajetreo, después de los meses de destierro que lleva en aquella Cañada, le da derecho a enojarse, de estallar. ¿Y para qué son los amigos?

Como quien se come por gula todos los platillos de un banquete, llegamos hasta el penúltimo pueblo, que es Chilchota. Creo que de allí se puede salir a Zamora, de donde son los chongos. Si no se puede, de todos modos nos obligan a cenar en Chilchota, en una casa enorme, repleta de gente. Aquí existen esos abominables niños de las familias decentes que saben canciones y recitaciones y números de bailes, y a quienes sus tiernas mamás visten de mamarrachos cuando llegan visitas. Tenemos que tolerar estos números de escuela municipal y luego consumimos un extraño platillo hecho de atole con anís y chile verde. Ya en todos los rostros se ve la ansiedad por volver a Carapan. Tenemos que hacer el recorrido directamente, ya con noche casi cerrada, y son lo menos dos y media o tres horas. Dejamos Chilchota al galope, como un grupo de forajidos.

En Tanaquillo tienen la bondad de manifestarnos que debemos proseguir el camino con mucho cuidado, todos muy juntos y con las armas listas a defendernos, pues un grupo de fanáticos se ha propuesto exterminarnos y están emboscados por ahí en el camino. No es fácil imaginarse la angustia que se apodera de uno en estos lugares, cuando piensa que su preciosa existencia puede terminar de un modo tan absurdo por la bala de un individuo a quien uno no conoce siquiera. Siempre está uno pensando que no le importa la vida y quizás, en realidad, en su casa no sería tan grave suicidarse después de arreglar todos sus papeles, en la seguridad de que se le haría un entierro correcto, pero así, tan de pronto, la verdad, no se decide uno a morir sin que lo sepa su familia, y apresuro el paso, y pienso más de prisa, y desaparece la fatiga y ya el ministro no galopa más velozmente que yo. No nos ocurrió nada. Otro de los Prado nos dijo en Huáncito que ya habían agarrado a los fanáticos, que podíamos continuar sin temor. Pero hubo un momento en que la tragedia pareció cristalizar. En el borroso crepúsculo, cuando en uno de los pueblos nos detuvo un hosco grupo de hombres, con la noticia de que le

hablaban por teléfono al ministro, invitándolo a pasar a una casa lóbrega. Todos pensamos, sin decírnoslo, que podía tratarse de una emboscada. Ya esa noche, recorridos los 11 pueblos, palpada su hostil miseria, la rudeza de aquellas almas, no nos quedaba sino discutir, a la mañana siguiente, el plan de acción de la estación y volvernos a México, hacia donde iban nuestros pensamientos.

SÁBADO 8

Instalados en la mesa del corredor, los miembros de la estación van a celebrar una junta que preside el ministro, con objeto de informarle de sus particulares actividades, de exponerle sus planes y de hacerle ver las necesidades imperiosas que hay que satisfacer para que la estación llene su cometido. Junto al ministro está Moisés Sáenz y siguen el señor Nájera, la señora Reyna, el señor Basauri, el señor Rafael Ramírez, la señorita Sturges, el doctor Malo, el señor Pérez Toro, el señor Melena y el señor Herrera.

La estación fue concebida como un centro de experimentación ideal para la incorporación de los indígenas a la vida nacional. Dirigidos por Moisés Sáenz, todos estos especialistas en diferentes ramas de la pedagogía, tienen el compromiso de entregar a la Secretaría de Educación una especie de *standard* elástico, aplicable en el futuro y según lo vayan permitiendo las posibilidades del presupuesto de Educación Rural para la República. La labor parece ardua y compleja, particularmente si se tiene en cuenta que al mismo tiempo que se obtienen los datos que han de cristalizar en su aspecto teórico, hay necesidad de ir educando a la gente de La Cañada, que presenta tan organizadas resistencias.

El señor Sáenz ha emprendido el censo demográfico del lugar, que comprende las actividades todas de la familia dentro del solar, y cree que podrá tenerlo terminado en tres meses, en tanto que el censo agropecuario puede hacerse más rápidamente, en dos semanas más. Informa que el aspecto escolar es el más directamente atacado por la estación y que existe una estrecha cordialidad en las relaciones de sus componentes. Se ha emprendido el establecimiento de unidades de demostración en la forma de centros sociales que pretenden transformar en imitación la rivalidad que hasta ahora se advierte entre los pueblos, y este método de útil transformación se emprende también en las escuelas. Enemigos irreconciliables hasta hoy, los indios de un pueblo al otro, se piensa que si se les dan medios de superar lo que el otro ha hecho, se logrará el adelanto simultáneo y creciente de los 11 rivales. Informa también el señor Sáenz que ya se redactan monografías de cosas realizadas en la educación, pequeñas unidades de trabajo que han de multiplicarse. Hay que dar atención especialmente a los adultos y el centro social es sólo un aspecto de esta atención. La subdivisión en grupos para el trabajo es una fase de este aspecto y otra es la granja. Por cuanto a la vocación, se prefiere particularizada en los individuos.

Se cuida de fomentar las hortalizas para el consumo (generalización), para el cultivo (particularización). Hay necesidad de enseñar a emprender obras de carpintería y de construir porquerizas; y finalmente, la hay de emprender la especialización de actividades en la Escuela Rural, una vez salvado lo general educativo.

El señor Nájera se ha ocupado en nivelar las escuelas, limpiarlas y dotarlas para el trabajo. Hay la urgencia de castellanizar el lenguaje de los indígenas; se ha regularizado la asistencia de los alumnos a las escuelas; se han establecido clubes de limpieza y comités de educación en cada pueblo que hacen aportaciones materiales para las escuelas; se verifican reuniones semanarias con los maestros y el mejoramiento profesional de éstos ya es sensible, pero parece necesario contar con maestros mejor preparados.

El señor Ramírez opina que no debe dotarse a la estación de maestros excepcionalmente buenos, ya que si esto se hace, sus resultados no corresponderán a la realidad del resto de las 7000 escuelas que funcionan con maestros inferiores y, por lo tanto, el *standard* que establezca la estación será falso.

Replica el señor Sáenz que está de acuerdo con no tener gente excepcional, pero que la de La Cañada está muy por debajo de la media, salidos todos los maestros de la Escuela Normal de Erongarícuaro.

Sería interesante, dice el señor Ramírez, la conclusión a que se llegara sobre el mejoramiento profesional de los maestros en servicio.

El señor Basauri se ha encargado del censo demográfico y del estudio etnográfico, que ha dividido por minuciosos capítulos de la región: indumentaria, habitación, antropología, estudios realizados en toda La Cañada, iniciados en la población escolar de acuerdo con el doctor Malo.

Ha averiguado la señora Reyna las aptitudes mentales de adultos y niños. Ahí donde se ignora la lengua de los indígenas, las pruebas del lenguaje son inaplicables y las pruebas sin lenguaje resultan insuficientes. Pienso con cuánta razón los misioneros españoles de la conquista comenzaron, para catequizar a los indios, por aprender su lenguaje y por imprimir vocabularios, pero evidentemente que ahora ni la señora Reyna ni nadie de la estación sabe tarasco y es una lástima que no puedan aplicar sus preciosas pruebas de lenguaje, aprendidas en inglés, a los indios de La Cañada.

La señora Reyna ha hecho un inventario de los vocablos que deben conocer en castellano los indígenas, inventario de 18 capítulos y 1055 palabras, de las que se eliminan las derivadas; ahora se ocupa de determinar la frecuencia del conocimiento de estos vocablos en exámenes individuales, dividiendo su inventario en cinco partes de 211 palabras cada una. Ha hecho observaciones interesantes. Ejemplos: No entienden lo que es pared: dicen *pader.* No entienden lo que es freír, dicen *fritar* o *frir;* por cerdo entienden *cerro* y al cerdo le llaman *puerco;* si oyen la palabra sementera, piensan en el cementerio. (¿Y no tienen razón? Recuerdo, en el *Ulysses* de Joyce, el juego de palabras en el entierro: *cemetery, symmetry.)* No saben qué es el hacha, le llaman *lacha* o *jacha;* atacar quiere decir para ellos atascarse, hartarse de comida, y finalmente dan una preciosa definición de lo que es un rico: "¿Rico? Que tiene todo, que nunca tiene hambre, que no hace frío para él".

El doctor Malo se ha dedicado a averiguar los males predominantes. No existe propiamente epidemia, aunque hay casos aislados de tifoidea. Da consulta gratuita diaria y encuentra necesario enfatizar el aseo y el aprovisionamiento de los mercados en los pueblos. Proyecta emprender la educación higiénica a fin de aislar las prácticas antiguas de curanderos y de remedios caseros que allí se acostumbran, e impartir a los maestros rurales, y a través de ellos a la comunidad, un curso de educación higiénica que contiene 22 puntos. Aparte de ello,

les enseñará la manera de prestar los primeros auxilios y de usar el botiquín. Creará comités de salubridad para denunciar a los enfermos y prescribirles higiene y dietética; los partos y la vacuna serán objeto de su especial atención.

Toma en seguida la palabra la señorita Sturges, su palabra dulce, queda. Se ha dedicado a visitar los hogares, en los que a veces no es muy bien recibida y piensa que ya está ejerciendo influencia en 25 de ellos.

Pérez Toro se ha dedicado a dirigir la construcción de los centros y escuelas de La Cañada. A dotar de excusados a las escuelas y atender el programa de la irrigación. Se empeña también en la demostración de hortalizas y procura reproducir en toda La Cañada las prósperas que hay en Carapan.

En cuanto al señor Melena, desarrolla el programa de las misiones en su ramo y enseña canciones regionales a los alumnos de las escuelas. Finalmente, el señor Herrera establece campos deportivos y enseña a jugar *volleyball* a los alumnos que antes no tenían recreo, y con los adultos ha organizado un campeonato local en La Cañada.

El licenciado Bassols ha seguido con atención todos estos informes. Bailan sus ojos miopes detrás de los cristales de sus anteojos y una que otra vez asiente en silencio o interroga, como en una clase. Cuando todos terminan de hablar, él les dirige la palabra. Ya no piensa, enterado como está de la estación, sino en las relaciones que ésta tiene con todo el vasto programa de la educación que está a su cuidado, y parece que por vasos comunicantes restituye a su justo valor aquel experimento en que había agolpado toda su atención, canalizándola hacia el problema de la posibilidad de extender los beneficios de ese experimento a toda la República. No es precisamente un elogio el que les dirige.

> Son ustedes —les dice— los responsables de un experimento importante y caro que por desgracia no podemos efectuar al mismo tiempo en todos los centros de la población indígena pura como éste, y para cuyo éxito es indispensable su más ferviente dedicación al trabajo. Si ustedes fracasan, el gobierno habrá invertido una fuerte suma que pudo dedicar al establecimiento de escuelas rurales en otras partes, en fundar sobre bases inciertas la esperanza de la obtención de un método ideal de incorporación del indígena. Estoy seguro de que no fracasarán, pero han de tener ustedes en cuenta que su experimento no debe prolongarse por mucho tiempo ni derivar hacia teorías demasiado elaboradas y científicas que resulten inaplicables, porque el problema que se pretende atacar en la República con la fórmula a que ustedes lleguen, es de una urgencia inaplazable. Y por otra parte, no deben tampoco descuidar el fin inmediato de su presencia en esta cañada, que es el de educar a sus pobladores. Yo los felicito por su trabajo y los exhorto a dedicarle su más desinteresada y entusiasta atención.

Comemos por última vez en Carapan. Doña Julia Prado, la madre de los Prado, ha venido desde Tanaquillo a obsequiar al ministro con naranjas y con tamales de elote tierno, y mientras comemos permanece sentada en el suelo mirándonos absorta. Brilla en sus ojos la misma inteligencia que en el chico que la acompaña, nieto o sobrino suyo de 12 años, grácil y pálido bajo su sombrero de petate. Quiere doña Julia que le mandemos de México una linterna sorda, que le será muy útil en las noches, y le llama luciérnaga, sólo que en tarasco luciérnaga se dice *chpiri tetetz,* que quiere decir “lumbre que vuela”.

Llegó la hora de partir, ahora sí en camiones y coches, porque no nos vamos directamente a Zacapu, sino a Purépero, Los Espinos y Villa Jiménez para dormir en Zacapu y visitar a la mañana siguiente Erongarícuaro, de donde, atravesando el lago de Pátzcuaro, tomaremos allí el tren de regreso.

En Purépero nos aguardan las autoridades, que han adornado la Plaza de Armas con pinos olorosos. Jesús Romero Flores toma la palabra en el breve festival escolar con que se saluda al ministro, y nos explica que Purépero es pueblo fundado por arrieros durante la Colonia, pueblo peculiar, muy poblado y del cual salimos en triunfo como a las cinco de la tarde por un maravilloso camino que bordea la ya conocida montaña inextricable. Viene en nuestro coche el presidente municipal de Purépero, hombre locuaz, gordo y simpático que nos documenta rápidamente sobre preciosos sucedidos de la Revolución en esas regiones. El bandido Chávez es una especie de Pancho Villa michoacano, de figura estrafalaria, con barbas, de una personalidad magnética, que se negó siempre a robar nada en Purépero porque de allí era oriundo, y pasaba por las armas a sus hombres cuando no obedecían esta excepcional orden de pureza que les tenía dada. En otros pueblos era, en cambio, sanguinario y cruel. Hay uno en el cual abusó de numerosas señoritas que llevaron en su vientre, y ahora envían a las escuelas, el fruto de sus violentos amores. A estas muchachas les llaman todavía las "chaviadas", pero frente a la sumisa resignación de las "chaviadas", en otro pueblo las señoritas, al saber que Chávez venía, se encerraron en la iglesia, y cuando sus hordas derribaban las puertas, fueron una por una arrojándose desde la torre de la iglesia. Precioso episodio troyano. El presidente municipal que nos refiere todo esto, nos cuenta también lo que a él le ocurrió, más de veintitantas veces que ha estado a punto de perder la vida que salva siempre su ingenio, y cómo una vez un hermano de Chávez, que acababa de enterrar 100000 pesos oro que había obtenido de un hacendado norteamericano, fue sorprendido por las fuerzas federales y hecho prisionero. Querían matarlo en seguida, pero él les dijo que si lo dejaban vivir les entregaría la suma que había enterrado sólo él sabía dónde. A la medianoche, un ambicioso oficial lo despertó y por bromear le formó cuadro para fusilarlo. El pobre hermano de Chávez enloqueció súbitamente, y como sólo él sabía dónde estaba el tesoro, lo perdieron las fuerzas federales y tuvieron que cazar al loco entre los árboles. Hay corridos y versos sobre este héroe bandido de Michoacán.

En Villa Jiménez, donde llegamos ya con luz de estrellas, se está construyendo una gran escuela, la que la noche nos impide examinar al detalle, y como a las nueve llegamos, polvorientos y fatigados, a Zacapu.

Este pueblo es, de noche, distinto del que vimos hace unos días por la mañana. Su luz eléctrica me parece muy fuerte y sus dos pequeños hoteles muy cómodos. La fiesta en el teatro se prolonga por tres horas con bailes, cantos y recitaciones del tipo municipal y nos retiramos a descansar.

DOMINGO 9

Erongarícuaro, a donde llegamos a caballo, es un pueblo maravilloso a la orilla del lago de Pátzcuaro, de tierra entre roja y café, de calles sinuosas que bordea la gracia de los tejados angulosos sombreados por gráciles árboles. Mirando al lago se encuentra la Escuela Normal Rural, en que se educan los futuros maestros de la región contenida en un viejo edificio religioso. El general Lázaro Cárdenas, ex gobernador de Michoacán, recibe al ministro a la

orilla del pueblo. Los Prado han venido a conferenciar con él. Toda la noche cabalgaron desde Carapan porque parece que anoche hubo algún incidente con los fanáticos. Vamos a visitar la escuela, en cuyo patio se celebra un largo festival al que no asisto. Me voy con Montenegro al mercado, extendido en la plaza pública, para comprar fruta y esos muñecos etruscos que un viejito hace de madera y que vende en 20 centavos. Cuando yo haga mi casa la construiré exactamente igual a ese pedazo de iglesia que tiene tres arcos hacia el jardín, un gran muro blanco, otro muro y al fondo una pequeña escalera. Arriba mi alcoba y un baño, abajo de la escalera la cocina y todo este enorme cuarto con libros y sillones cómodos. Es tranquilo soñar esto, en la certeza de que no lo haré nunca. Después de comer partimos velozmente en la lancha gasolinera del general Cárdenas, cruzando el lago en una hora, costeando Janitzio, y desembarcamos en Pátzcuaro, en donde el general ha edificado una escuela para los hijos de los soldados. Como es domingo, la visitamos vacía y nos dirigimos a pie al hotel del lago, en espera del tren. Partimos hacia México. Nuestras maletas se han quedado en Zacapu porque pensábamos volver allá y tomar el tren de Guadalajara. Lo cual no significa mayor trastorno que dormir en ropa interior y carecer por una noche de cepillo de dientes. No tenemos ya nada que hacer el resto de la tarde, y el tren es todo nuestro, pasajeros únicos. Pero el licenciado Bassols no puede estarse quieto. En otras ocasiones me ha hablado mal de quienes juegan *bridge*, y en general parece detestar todo juego de cartas. Pero he aquí que él sabe uno que se llama “zácate”, que requiere dos barajas, y que con palillos en vez de fichas, y con toda la seriedad que le caracteriza, nos pone a jugarlo hasta que llega la hora de cenar, de conversar y de trepar a nuestras respectivas camas.

Continente vacío.
VIAJE A SUDAMÉRICA

Bref, dans le passé on choisit. Dans le present on ne choisit pas: on est obligé de le subir tout entier et come il est…

JULES LEMAITRE

As I haue found thee willing to be a fellow in my trauell, fo would I haue thee ready to be a follower of my counfell.

JOHN LYLY

RELEO un Rodó olvidado y viejo entre el tumulto de los libros que preferimos ostentar más a mano: “La práctica de la idea de nuestra renovación tiene un precepto máximo: el viajar. Reformarse es vivir. Viajar es reformarse…” “En lo que siente quien de luengas tierras vuelve a la propia, suele mezclarse a la impresión de desconocimiento de las cosas con que fue íntimo, y que ve de otra manera que antes, cierto desconocimiento de su misma personalidad del pasado, que allí, en el mundo donde la formó, resurge en su memoria y se proyecta ante sus ojos como si fuera la figura de un extraño…” “Para burlar la sugestión del ambiente en que se vive y reivindicar la libertad interior, apartándose de él, hay dos modos de apartamiento: los viajes y la soledad…” Heme aquí, Rodó, solo y después de un viaje. En la tuya, escuché “la melancólica voz que en mi ausencia de la tierra nativa venía de lo hondo de mi alma a pedirme que tornara a su seno y a despertar el leve enjambre de las dulces memorias” para repetir tus hondas palabras, y hoy reconozco que “lo que tenía por impulso fiel del corazón, en mi desvío de las cosas nuevas y de las nuevas gentes”, no era sino “la protesta que mi personalidad, subyugada por el hábito, entumecida en la quietud, oponía a cuanto importaba de algún modo dilatarla y moverla”. Mas he aquí que esa misma voz melancólica me hace sentir ahora, en la soledad, la ausencia del viaje y me impulsa a revivir hora por hora, en la confidencia de una máquina silenciosa, una libertad de 90 días.

MÉXICO

ESCRIBIR el libro de un viaje puede representar la contribución de un importante documento que las generaciones futuras consulten. Pero en mi caso personal no tiene sino el limitado valor de una conversación conmigo mismo ni obedece sino al impulso de referir cuanto hice, como “en vía de consulta”, a una persona mayor a quien hubiera de rendirle cuentas y la falta de la cual reconozco humilde que por todos conceptos me ha hecho tanta. Como acontece que uno es cada instante, cada día más viejo, no le es posible, con respecto a sí propio, ser

paternal sino con su pasado, ni juzgar sino de sus acciones cumplidas, lamentando su incompletud, solazándose en el grato recuerdo de las que realizó plenamente. Heme aquí, pues, dispuesto, tres meses después del regreso, a recordar un viaje de tres meses emprendido desde México hasta Buenos Aires por el único camino que comunica a estos dos pueblos hermanos: dieciocho días de barco inglés que se aborda en Nueva York. Es, desde luego, un viaje que no pensé nunca emprender. Cuando no se conoce Europa, un puesto público está lleno de sorpresas y de posibilidades: uno puede ser, inopinadamente, enviado a su casa, a Honolulú o a Buenos Aires, en virtud de la aceptación de su renuncia previamente solicitada, o de la celebración de un congreso de educación, o de la *n* conferencia internacional americana, que suele celebrarse, como las memorables funciones del circo Beas, hoy aquí, mañana allá, en prueba *(test)* de la cortesía y de la solidaridad panamericana. Y si para mi labor oficial de relator de los trabajos de México he de admitir que, con toda modestia, su lectura habíame conferido la necesaria preparación, debo confesar, envuelto en el mismo diáfano paño de la verdad, que carecía de ella por cuanto hubiera podido referirse a la comprobación de un goce literario en mi breve paso por Rio de Janeiro, Buenos Aires y Montevideo. Yo no sabía sino vulgares generalidades sobre estas partes del planeta, y mi experiencia sobre la clase de autores mexicanos que envían fuera sus libros con cálidas dedicatorias me había hecho siempre desconfiar, *a priori*, de una reciprocidad que me englobaba en el grupo de los permanentemente jóvenes escritores mexicanos que reciben volúmenes sudamericanos con cálidas dedicatorias. Ni me aficioné a su historia, que presumí semejante a la nuestra, ni admiré de estos países sino a unos cuantos autores y unas que otras obras. Esto era, claro está, un grave inconveniente. Así como en México alentamos unos escritores firmemente convencidos de que antes de nosotros nada vale la pena, deben de existir en el Uruguay, pensaba yo, jóvenes cuyo concepto del Tabaré se exprese con un ¡puah! de disgusto, que se avergüencen de Javier de Viana y de Carlos Reyles, y cuya satisfacción resplandezca a la hora que recuerden que Ducasse, que Supervielle, pueden ser leídos directamente en francés; jóvenes bonaerenses superiores a Echeverría, a Estanislao del Campo, a Mitre, a Sarmiento, aun a sus más recientes Larretas, Lugones, Güiraldes. Antes de la expedición mexicana al Polo Sur, de que formé parte, había acompañado a Vasconcelos, en los buenos viejos tiempos de la prosperidad, otra muy numerosa de artistas, que a su retorno trajo consigo un copioso acervo de bibliografías de don José Toribio Medina; de versos de Banchs, Arturo Capdevila y Fernández Moreno, que nos deleitaba recitar; de antologías poéticas de cada país visitado por ellos y de ejemplares de las historias literarias y críticas de Ricardo Rojas, Enrique García Velloso, Jorge Max Rolade, Carlos Roxlo, Hugo Barbagelata, Alberto Zum Felde; de cuentos gauchescos, de novelas, y el jubiloso descubrimiento de las poetisas uruguayas y argentinas, una de las cuales (la chilena Gabriela Mistral) llegó poco después en persona, florilegio siempre al día de sí misma. Con todos estos libros, y en virtud del contacto epistolar que por entonces se estableció con los chilenos Pedro Prado y Eduardo Barrios (el Perú quedó, por culpa de Leguía, sin más representante entre nosotros que Víctor Raúl Haya de la Torre en la edad preaprista), de la reciente transmigración de Nervo y de Urueta, de la restitución que a esta doble pérdida significó el nombramiento del poeta González Martínez como nuestro representante en aquellos países hermanos (la uruguaya Luisa Luisi lo había estudiado concienzudamente, o lo estudió entonces) quedó, en 1922, establecido

un digamos bolivariano vínculo intelectual entre todas estas repúblicas que se dan la encallecida mano de los Andes con toda la fuerza que permite emplear, cuando a él se llega en uno u otro sentido, el líquido guante blanco del *Panama Canal,* y aquellos libros fueron instalados en el cascarón de una iglesia contigua a la Secretaría de Educación, en medio de una ceremonia muy memorable y frente a un óleo de gran tamaño de Simón *el Libertador* al pie de su caballo. Quedó así establecida la Biblioteca Iberoamericana, primer paso dado por México, en el caballo de Simón, con las alas de Ariel, para la definitiva fusión que los libros iberoamericanos llevan a pensar que no hay razón ni dificultad alguna para realizar con los países iberoamericanos. Por desgracia, aquella biblioteca se empolvó sin mayor fruto. ¿En dónde leí que, para infortunio de Rodó, el polvo de las bibliotecas pesaba demasiado en las alas de Ariel? Las anchas naves de aquella iglesia fueron bien pronto concurridas por estudiantes de derecho, que sólo muy de tarde en tarde solicitaban la *Sociología,* de Cornejo, y nunca un ejemplar de los dramas de Orosmán Moratorio. El *Carlos Roxlo* —siete tomos, nuevo Amador de los Ríos— dormía junto al *Ticknor* —cuatro tomos, Ricardo Rojas—, y un auténtico Menéndez Pelayo dormitaba el sopor de su cuádruple y gorda *Antología,* junto al *Alfred Coester,* nuevo Fitzmaurice Kelly, estudioso en inglés, con Isaac Goldberg, de las letras sudamericanas. El acervo no fue renovado ni enriquecido; era difícil encontrar en las librerías de México más libros sudamericanos que *Don Segundo Sombra, La vorágine, Doña Bárbara,* y el *Cántaro fresco,* quizá algún otro que, emitido por España, como *Los de abajo,* o *La luciérnaga,* hallara en la pericia comercial de Espasa-Calpe una salvación, un salvoconducto negado a un intercambio local de la producción latinoamericana, que hacen tan difícil las distancias y las comunicaciones. La aparición, dentro de los panoramas de las literaturas de Kra, del que contempla Max Daireaux de la literatura sudamericana y del cual excluye a México (me parece recordar que por razón de que Alfonso Reyes había ofrecido construir uno especial), acabó de desvincularnos del resto del continente "que aún ama a Jesucristo y reza en español". Y nuestros eruditos de aquellas literaturas quedaron reducidos a dos o tres personas que, por algún accidente, habían visitado más o menos prolongadamente aquellas repúblicas y que ahora, por algún otro accidente, daban clases en la universidad. ¿Qué podíamos hacer, sino sucumbir a un Destino que, al dificultar nuestra comunicación, aplazaba nuestra fusión hasta el día en que todo el mundo pueda viajar en aeroplano? La carretera panamericana, el Sudpacífico, el Tren Estrella, el ferrocarril central y la línea Ward nos ponen los Estados Unidos al alcance de la mano al propio tiempo que nos ponen en las manos de los Estados Unidos, y nuestro inglés ha mejorado notablemente desde que podemos practicar su audición consuetudinaria, gracias al vitáfono. Insensiblemente nos hemos ido habituando a pensar con mayor familiaridad en las cataratas del Niágara que en el Tequendama o el Iguazú. Vieja y todo, discutida y a punto de abolirse, la idea del presidente Monroe no me parece ajena a aquella que preconiza la celebración de periódicas conferencias panamericanas en que se reúnan a discutir sus problemas comunes todos los países soberanos del continente; y si quizá una conciencia inconsciente, de que a la idiosincrasia latinoamericana son tan ajenos los habitantes de los Estados Unidos como los del Canadá, ha retardado y obstaculizado el fruto de dichas conferencias, el propio sentimiento ha hecho posible que en ellas se piense en invitar al Dominio, por una parte, y por la otra que la Unión Panamericana resida en Washington.

Yo iba a deber, desde luego, a una de estas conferencias la posibilidad de un contacto personal y directo con Sudamérica e incidentalmente con ciudades de los Estados Unidos que no conocía —Washington, Nueva York—. Y si en mi miope egoísmo sólo esta personal circunstancia contaba, el gobierno de México, al preparar y enviar una nutrida delegación de expertos en todos los temas del programa, al hacer imprimir sus trabajos, al dirigirse con la anticipación precisa a todos los gobiernos de América en busca no de su apoyo ni de su compromiso, sino de su interés por el estudio y la discusión de problemas fatales que, si a algunos de ellos todavía no les tocan, no tardarán en hacerlo, y que México, país que aprende por el sufrimiento (la letra con sangre entra), se ha planteado ya y resuelve sin trabas, porque ha aprovechado la dolorosa lección de la miseria y parte de una realidad en la que otros países, al caer de una prosperidad de que nunca hemos gozado nosotros, encuentran la desorientación y el pánico, se encontraba, en su actitud generosa no de hermano mayor, sino de hermano con más amarga experiencia, más dentro de un terreno de ideales humanos que de localismos monroístas o bolivarianos. Si algo se logró, ni yo tuve la culpa ni es éste el sitio en que el lector haya de buscar mayores datos sobre la Séptima Conferencia Internacional Americana; la participación de México es objeto de una memoria especial que me tocó imprimir, pero no escribir. A ella remito a quien desee más amplia y completa información del proceso del panamericanismo, de la acogida que se dispensó a los estudios presentados por nuestro país y del sistema de trabajo de los ministros de Estado que asistieron a Montevideo con la solemne representación de sus países.

Con escasas, tibias y empolvadas lecturas sudamericanas, por todo bagaje de prejuicios, me dispuse a la sorpresa del viaje. No faltó persona práctica que me aconsejase preparar unas cinco conferencias que sustentar allá, llevar ejemplares de mis libros que colocar en los escaparates. Mas yo consideré que ello sería una traición a la virginidad de mis impresiones —y a las que pudieran tener de mí los amigos que allá tropezara—. Tampoco, por sistema, llevé conmigo, para leer en el barco, libro americano alguno, si no eran las *Meditaciones,* de Keyserling, y la *América de Colón a Hoover,* de Van Loon. Porque me parecía que los viajes de Colón son más perfectos, con todos los errores en que incurrió, que si hubiera podido ayudarse con la lectura de, por ejemplo, las *Cartas de relación* de Cortés…

En primer lugar, viajo absolutamente solo. De Nueva York en adelante ya no será posible, pues todos los delegados iremos en el mismo barco; pero es ya muy justo que me sienta unos días totalmente desvalido —o absolutamente libre y fuerte entre desconocidos—. Un cuaderno de apuntes, premeditación del libro. ¿Hay cosa más culpable, inútil y odiosa, fuera del *Kodak?* Si yo lo hubiera llevado, ahora mismo me hallaría transcribiendo la molesta tibieza de la emoción agradecida con que abracé a mis amigos en la estación del ferrocarril, exagerando la importancia de los pequeños vínculos suspendidos por mi partida, y la única utilidad que me habría prestado sería la de consignar datos precisos, ventaja contra la cual he advertido ya que no se trata de un libro documental, y la de permitirme, al escribir ahora, usar pulidamente los tiempos de los verbos. Es peculiar, en efecto, cuando uno, como yo, ni relee ni corrige, el ingobernable modo como incurre en el pequeño anacronismo de escribir indistintamente “montamos al barco sin emoción ninguna” y “así pasaban los blancos días en el barco”, en pasado, en presente. Supongo que, cuando no se trata de la simple transcripción de un diario meticuloso, uno expresa en presente aquellos trozos selectos de su recuerdo que le es

agradable representarse entre todos los que acuden a su memoria; y que una forma de la censura subconsciente le arrastra sin remedio a considerar liquidados, y le urge a proclamarlo así situándolos en un irremisible pasado, los incidentes que desecha su selección. En seguida encuentro excelente mi falta de documentación ferroviaria y estadística, complemento de mi falta de cuaderno de apuntes que ahora, después de seis meses, ha permitido la catarsis de mis recuerdos. El pobre don Guillermo Prieto, cuyo *Viaje a los Estados Unidos* nadie que hoy lo emprenda debe dejar de leer, sin que en haciéndolo corran el menor riesgo sus impresiones, ya que resulta tan ajeno a 1934 como los viajes de Gulliver (en San Francisco unos amigos lo introdujeron a un saloncito, cerraron la puerta, siguieron conversando; cuando la abrieron, a poco se muere del susto: se hallaba en un séptimo piso; lo habían metido en un ascensor…), descubre candorosamente la técnica de su libro, tan casual en apariencia, cuando, imposibilitado de visitar me parece que Nueva Orleans, lo manifiesta así, pero advierte que, "como ya tenía tomados apuntes sobre esta ciudad", no es cosa de desperdiciarlos, y los inflige a renglón seguido. Y son apuntes minuciosos, como los que toma de Nueva York en la dulce compañía de Adela, su frecuente interlocutora en las veladas mexicanas en que se informa de una literatura norteamericana que su cicerone espiritual le hace consistir en tres periodos: colonial, primero americano y de desarrollo, con tres representantes en el primero, 12 en el segundo y siete poetas en el tercero, de 1820 en adelante.

Vago por el tren, tratando vanamente de ahuyentar las asociaciones que me produce su conocida atmósfera con el recuerdo de mi otro único viaje y me desentiendo del panorama para acercarme —¿por qué complejo eléctrico?— a la conversación tranquila de Mr. Luther, que vino de San Luis Missouri a San Luis Potosí en viaje de descanso, pues retirado de los negocios, la depresión lo hizo volver a ellos y ahora se fatiga con mayor frecuencia que cuando tenía 30 años menos y conoció en Moscú a la madre de su atlético hijo, cuya fotografía, que lo inmoviliza al lado de un perro y en la cima de un rascacielos, me muestra complacido. O bien en Saltillo me siento irresistiblemente atraído a conversar —¿por qué fragmentos de complejo de Edipo?— con Sara Treviño, que ha venido desde Monterrey a unas fiestas en la compañía de tres jovencitas, bastante menores que ella, pero en cuya juventud encuentro la primera razón para evitarlas. Nos hacemos rápidamente amigos. Ella ha estado muchas veces en México y me habla de "sociedad" y me pregunta si no conozco a personas de esas con cuyos apellidos se confeccionan las listas de invitados a los bailes del Country Club. He de explicarle que yo no frecuento esos sitios ni conozco buenas familias. Ya de Monterrey a Laredo entrego las primeras horas del insomnio a escuchar los autorizados informes que sobre los precios de la ropa se brinda a comunicarme un joven celador de la Aduana a quien los seis pesos diarios de su sueldo se le convierten en un dólar y centavos. Este joven celador ha sido antes en México motociclista de tránsito y, todavía antes, chofer. En el pequeño México nos conocíamos mucho de vista.

Dentro de unas cuantas horas atravesaremos la frontera, dormidos. La revisión de documentos y equipajes se verificará mañana, del otro lado. Se relaja en mí la fatiga de una censura que por dos días me ha forzado a cerrar los ojos a una realidad que me grita que este viaje en el tren es exactamente, exageradamente, igual al otro largo que he emprendido. Con la noche, como una evocación onírica, se reproduce una vieja estereotipia. "Digo a mi amigo que volveré en seguida, y me alejo, abriendo las elásticas puertas; pero la verdad es que me voy a

acostar, y al día siguiente, cuando vuelvo a su carro, ya no le encuentro.”

USNRA

MÁS allá de la frontera, los trenes mejoran muchísimo. Se experimenta, sin embargo, una sensación de fraude en ese modo suyo de alterarse de la noche a la mañana, sin que uno haya sentido a qué hora esta serpiente, en cuyas vértebras nos movemos, cambió su piel por una más amplia y más muelle. Lo único que perdura desde México es la ausencia de pasajeros que confiere a los salones vacíos, en esta tarde cálida y bochornosa de Texas, una aburrida somnolencia que no disipa la voz gangosa del radio en que escuchamos canciones de vaqueros, ni los *luckies* frescos, ni el *ice cream soda* que el filipino pálido del Spanish Lounge nos aporta, vestido con la idea que en Hollywood tienen del traje español. ¿Y cómo hacer callar a este joven Mireles, nacido en Monterrey, pero que trabaja en Schenectady en alguna cosa mecánica, que ha leído “tantito” y que se permite darme consejos sobre cómo actuar frente a las muchachas norteamericanas? No. Nada ha de redimirlo de ese inglés masticado, de esa voz desagradable, de ese tono frankliniano de *slogan,* de frase célebre, de sentencia corta que los mexicanos corrientes aprenden de los yanquis corrientes en la lamentable institución de las escuelas nocturnas y de los cursos por correspondencia. Ha venido a ver a su madre, que está muy enferma en Monterrey; Schenectady queda más arriba de Nueva York, y él… ¡Oh, pero qué me importa todo eso!

La empresa del Sunshine Special, a fin de evitar que se petrifiquen sus bizcochos, ofrece en las tardes unos tés gratuitos a los pasajeros, a quienes invita por medio de atentos pliegos; y por las noches, después de la comida, la propia empresa distribuye manzanas sin costo para sus optativos consumidores, antes que se pudran. Y es que —me explica Mr. Luther frente a su té helado— ya casi nadie viaja en tren, un poco por la Depresión y otro poco porque los ricos prefieren el avión y los pobres sus automóviles para trasladarse. No ha desaparecido del todo —¿llegará a borrarse sin gangrena?— la dolorosa huella de la Depresión que se advierte en estas pequeñas estaciones de ferrocarril en que nos detenemos al atardecer, en los grupos patéticos de negros con zapatos llenos de polvo, encaramados en cajas vacías, y que miran pasar el tren sin atreverse a pedirnos nada, ni siquiera a acercársenos, ni a mirarnos si los miramos demasiado. El alegre *tramp* norteamericano de los buenos tiempos, el *hobo* whitmaniano que Josiah Flint distingue del sin trabajo (véase el apéndice A al tomo II de los *Estudios de psicología sexual,* de Havelock Ellis), no sólo se ha mezclado con éste, sino que, al proliferar, por una razón menos romántica que el *wander-lust*, y que es el hambre, ha realizado el milagro de unir en la miseria a negros y blancos, como sólo ocurre en ciertos bailes de Nueva York. Y así encuentra uno que la clasificación es más fácil; no negros y blancos, sino miserables y ricos. Exactamente como en México ocurre con los indios, los mestizos y los blancos, a quienes sería más sensato diferenciar agrupándolos por campesinos y terratenientes. Es triste no poderles ceder los bizcochos gratuitos que nos proporciona el Sunshine Special.

Desde el observatorio miro pasar los frecuentes cementerios de automóviles viejos —

único mueble que, porque participa de la máquina, no verá la restauración de sus modas, de sus estilos antiguos—. Toda la provisionalidad, la superación material irrefrenada de los Estados Unidos que se desechan a sí mismos y que se renuevan por virtud de las máquinas. Frente a estas grandes, tristes, abandonadas fábricas de tiznado ladrillo que cubren calles enteras al margen de los pueblos, en que cada letra de los enormes rótulos THE JOHN SMITH SANITARY PLUMBING CORPORATION cubre muchos metros cuadrados; frente a los *bungalows* blancos, de madera, que recuerdan las casas en que ocurren ciertos dramas de O'Neill y todas las fotografías de Paul Strand, pienso por contraste en las casas de adobe de los pueblos de México. Para construir su hogar, el norteamericano ha derribado árboles; con ayuda de máquinas los ha transformado en tabique y se ha cubierto con ellos. Los indios hundieron sus manos en la tierra; acariciándola, dándole agua, levantaron de adobe cuatro altos muros, dentro de los cuales se ocultan al mundo, sin ventanas. Así, sin máquinas, sin hierro, sin siquiera bestias de carga, alzaron antaño Teotihuacan y el Teocalli, y con esta arcilla en las manos, que ha de dar reposo a sus restos, hoy hacen su cazuela y su jarro. Seguimos refractarios al hierro. Y aun al peltre, forma durable y barata de la producción yanqui, le asignamos usos esporádicos y reservados.

A la distancia, un grupo numeroso de pequeñas nubes, en un orden perfecto, seguía al tren como una escuadrilla de aviones.

Mr. Luther ha descendido en San Luis Missouri. Mientras trasladan los equipajes al Pennsylvania pude hacer una rápida visita a la ciudad. Pude, pero no la hice, como no le escribiré nunca a Mr. Luther, que no se consuela de haberse atenido, en sus rápidas vacaciones de México, a las guías en inglés que le recomendaban comer en Sanborns, y que callaron encantos tales como Las Cazuelas. El Pennsylvania da la impresión de ser más angosto que el Sunshine Special, lóbrego e igualmente desierto. Trabo conversación con dos hermanos a quienes tomé por un matrimonio. Ella leía *Anthony Adverse* y él tomaba apuntes de un libro de economía. Proceden de Austin, Texas, y conocen a algunas personas mexicanas. Ya no hallo mi lugar, mal viajero que todavía no quiere admitirlo y que ahoga sus nervios en una lectura sin sentido, en una conversación sin interés. Después del almuerzo ella produce unas cartas. Nos hace falta un compañero y le pregunta a un yanqui apoplético y risueño si quiere jugar unas manos de *bridge*. Quizás ya va pasando su moda furiosa, pero en este juego todo el mundo puede encontrar el pasatiempo y la derivación que, de no existir, haría imposible toda reunión de gente heterogénea. En él la millonaria y su cocinera vuelven a hallar su común denominador. La democracia norteamericana, lo *standard,* aplica a la declaración de un pequeño *slam,* de un cinco sin triunfo, al *double,* la técnica mental y la tácita inteligencia con un desconocido cómplice que antaño aplicara a sus especulaciones financieras, su confianza en el ahorro y en el pequeño banco, el castigo inmediato al pequeño error en la estimación de sus fuerzas o en el manejo de sus recursos, con que en la Depresión reconstruye catárticamente el mecanismo de su prosperidad. El azar está ausente si no es hasta el momento en que cada cual abre su equitativa cantidad de cartas; a partir de entonces, cada jugador no tiene sino que administrarse juiciosamente. Así en el tren pudimos pasar varias horas reunidos un economista, su hermana, un gerente de una compañía de seguros y yo. Y el gregarismo norteamericano no tardó en manifestarse. Un abogado, que iba a Washington, y su esposa, que era tuerta, se acercaron a ver el juego. Y primero en voz baja, entre sí, y luego cada vez más

cerca de nosotros, daban su aprobación a nuestras jugadas o, meneando las contristadas cabezas, indicaban que yo debía haber intentado la *finesse* de mi mano al muerto. Ya al rato, todos los pasajeros abandonaron sus ejemplares del *Saturday Evening Post* —edición del próximo sábado— por discutir si era necesario estudiar todo el *Culbertson's Blue Book on Contract Bridge* o si basta poseer el *Summary*. Y después de la comida en que Mr. Merrigold —nuestro ocasional compañero— le reveló a la hermana del economista la existencia del caviar, todo el salón se dedicó al *Contrato*.

WASHINGTON

EN REALIDAD, yo no tenía ninguna necesidad de ir a Washington. Pero nuestro ministro residente, mi amigo, que supo mi viaje, me escribió que tendría mucho gusto en que nos viéramos a mi paso, y en esta frase vi, sin mayor fundamento, una especie de invitación a visitarlo. A ello se debió que yo descendiera del tren, reexpedidas mis maletas a Nueva York, para permanecer en Washington el día 27 de octubre. Nadie me aguardaba; y tantos amigos me habían despedido en México, que —mal viajero que ya comienza a admitirlo— no reflexioné que en los Estados Unidos toda la gente es o se torna práctica, y así supone a todos los demás. Con mucha razón, por otra parte. En un país en que los problemas del equipaje, del transporte, del servicio, tienen cómodo precio y son inmediatamente solucionados, la familia y los amigos reservan su manifestación a ocasiones más distinguidas que la llegada de un pasajero que aún no se afeita. El chofer me condujo a un hotel en que, según tuvo la espontánea bondad de informarme, habitan o tienen fácil acceso las *chorus girls*. Desde él llamé por teléfono a la embajada, y al poco rato me encontraba en ella, frente al ministro. Le interesa saber de México. Diplomático de carrera, disfrutó en ella de una breve licencia, durante la cual fue subsecretario de Educación, cargo que dejó por este de ministro residente. ¿Hasta qué punto la diplomacia, como ocupación, desarraiga, desvincula o desinteresa a los hombres por la realidad del país que representan? ¿Y en qué proporción, si esto ocurre, es a pesar suyo? Parece legítimo pensar que quien se prepara una cultura que incluye, junto al derecho internacional, la resistencia indispensable para concurrir a varios tés a la semana, y el sabio doblez de las tarjetas de visita lo hace, en principio, por servir a su país en el extranjero; pero, en seguida, por abandonar a su país, por no importa cuál otro, ya que ni siquiera depende de su elección aquel a que será adscrito, sino de muchas otras variadas circunstancias. Y que habiendo de encontrarse en la inevitable disyuntiva de representar a un país inferior en uno más adelantado, o viceversa, sucumbirá lentamente en ambos casos al halago de un muelle ambiente convencional, en el que su misión ha de consistir en sostener y comunicar la impresión de un elevado equilibrio en la vida del país que paga los gastos de su representación. Los gobiernos que suelen ofrecer a los políticos caídos en desuso unas agradables vacaciones en Europa saben muy bien que no se suman un representante, sino que se restan un estorbo, y que el político cuya actividad era peligrosa o inconveniente, pero real, en su país, la verá disminuida en el extranjero hasta el punto en que carecían de ella los diplomáticos de carrera o de vocación cuyo exilio fue voluntario.

El más joven secretario de la embajada (fue mi alumno de literatura en la universidad y, por más que le he dicho que con ello me envejece notoriamente, insiste en llamarme “maestro”) me lleva en su coche a conocer Washington en dos horas, mientras llega la del almuerzo, que he de hacer con el ministro. El Capitolio, la Biblioteca del Congreso, el Lincoln Memorial, el Potomac, los árboles, más árboles, y más avenidas se atropellan en mi apresurado recuerdo. El más vivo que conservo es el de que no podíamos estacionar el coche en ningún sitio. Y cuando lo logramos, al fin, porque yo tenía que comprarme unas pantuflas nuevas, encontramos las tiendas vacías y desoladas. El águila azul de la NRA ya había entonces comenzado a alzar los precios para mejorar la situación, paradoja que no sólo me era incomprensible, sino inconveniente.

Me he procurado una botella de *whiskey* y, pretextando un cansancio que sólo es real en parte, me dispongo, solo, a realizar mi *Voyage au Bout de la Nuit*.

Las 10 de la mañana llegan demasiado pronto para quien duerme fuera del *pullman* por la primera vez después de cuatro noches, tan rendidamente. Todo en el cuarto es cama muelle, fuera de mi tímida, marchita maleta y de la naturaleza muerta del baño, con la botella exhausta de *whiskey* y los cuatro vasos que alguien depositó en el lavabo. John dos Passos, recuerdo, al partir hacia la estación, uno de tus libros y esa avenida que, porque se llama como el tren que voy a tomar, dejó su nombre en mi memoria.

NUEVA YORK

CINCO horas más. Ya el paisaje no ofrece descanso ni sorpresas. A poco empiezan bien situados carteles a ponderar las excelencias de los hoteles de Nueva York. Es sábado. Toda la gente estará pronta a divertirse. Yo lo haré, desesperadamente. ¿No vengo huyendo de la familia y de todo lo consuetudinario? Sin cicerone, vagaré por las calles, iré a los cabarets y a los teatros. Mi pobre tía Virginia me espera con ansia y me ha preparado una habitación en su casa; pero, sabiamente, he omitido avisarle de mi llegada. No iré a verla sino el último día de esta loca semana de embriaguez neoyorquina. Vive en Riverside Drive, 452. Eso es tan lejos del New Yorker que nunca nos tropezaremos. Hace muchos años que vive en Nueva York, obstinadamente, cada vez más sola, pues dos de sus hijas, casadas con ingleses, residen en Europa una y la otra en Mérida, y su hijo Fred viaja por todo el mundo. Sólo le queda Edna. Serán tristes, me recordarán a mi familia; las quiero mucho, pero no deseo verlas. No en seguida, por lo menos. Me instalaré decididamente en el New Yorker.

¿En cuál de estos túneles realiza uno la increíble aventura de pasar por debajo del Hudson? Súbitamente, he aquí que ya estamos en Nueva York. El tren se detiene sin escándalo, y los mudos *red caps* se apoderan de mis maletas y echan a andar delante de mí en esta atmósfera de mosaicos blancos como un baño turco. Pennsylvania Station, Pennsylvania Hotel, hotel New Yorker. Estamos en poder de las advertencias escritas. En un sitio en que la gente habla tanto se diría que no es necesario hablar, porque todo puede arreglarse en función de las señales luminosas que guían hacia la caja, hacia el correo o el cable, hacia el ascensor indicado, hacia la habitación llena de oportunas indicaciones impresas. “¡Buenas tardes! Será

usted bienvenido en el Terrace Room: *The World is wrapped in Wrap's music!"* "Si usted no ha estado antes en este hotel —me dice el *bellboy*— será conveniente que yo le demuestre sus ventajas: para ventilar la habitación sírvase oprimir aquí. En el baño tiene usted agua fría, caliente y, en esta llave, helada. Detrás de la puerta hay un sacacorchos por si el caballero desea preparar un coctel; agujas con hilo blanco, negro y café por si necesita pegarse un botón, y, por último, el *servidoor*. No es preciso llamar a un criado para el aseo de su ropa; usted la deposita en esta deformación de su puerta y no vuelve a preocuparse por ella. Cuando esté limpia aparecerá en este cristalito la palabra *service*. El radio funciona de 10 de la mañana a 10 de la noche y puede captar las cuatro mejores difusoras de la ciudad. Justamente ahora el caballero puede escuchar, mientras toma su baño, un interesante partido de futbol. En el escritorio hay toda clase de papeles y formas telegráficas; cuatro restaurantes sin salir del hotel: el Coffee Shop, para el desayuno; el Manhattan, para almorzar; el Empire Tea Room, para el té, y el Terrace, para comer y bailar. Incidentalmente puede tomar un sándwich en la droguería. Cualquier cosa que necesite puede pedirla por teléfono." El teléfono llamaba en ese momento. "Buenas tardes, señor Novo; para servirle —me dijo una voz automática—. ¿Encuentra usted cómodo el cuarto?" Y sin aguardar mi respuesta: *"Thank you"*, agregó, y cortó la comunicación.

Solo al fin, me acerqué a la ventana. Veinticuatro pisos abajo hormigueaban procesiones de surtidas cabezas. Comenzaban a encenderse las luces de los rascacielos como un enorme encaje de piedra. Y al ir a hacerlo, me impidió arrojar el cigarrillo una advertencia pequeña, colocada a la izquierda de la ventana y al nivel de mis ojos: *Human life is in danger if you throw that lighted cigarette.*

Súbitamente me sentí sobrecogido de pánico. ¿En espera de quién me senté a escribir cartas mientras se hacía más tarde? Nadie vendría a buscarme. No había deseado otra cosa que hallarme solo en Nueva York, precisamente un sábado, y ahora, en este silencioso cuarto de hotel, el deseo más sincero me inclinaba a buscar en un burgués cariño filial el mejor sustituto de la aventura. Caminé como un fugitivo hasta la Quinta Avenida, examinando velozmente todos aquellos indiferentes, apresurados rostros que marchaban juntos sin conocerse, como un batallón de reclutas. Me compré unos guantes, otros guantes; no me atreví a recorrer siquiera toda la tienda. Volví al hotel y me eché en la cama. ¿Por qué me empeñaba en convencerme de que estaba fatigado por el viaje, de que sería mejor descansar bien aquella noche, telefonear a algún amigo? Como una progresiva fiebre comenzó a invadirme la más amarga soledad, el más definitivo anulamiento. *Amos and Andy* estaban en el radio. Otra estación difundía una de esas efímeras canciones de que uno va tejiendo la vida.

Ah, but is it love
this fatal fascination
is such a sweet temptation
but is it love-really love…

Una infinita ternura, contra cuya vulgaridad era inútil toda protesta, se licuaba en mi corazón. Me vestí, hui. "452 Riverside Drive", ordené al chofer.

De aquellos horribles, angustiosos ocho días en Nueva York, no conservo sino confusos

recuerdos. Como en una neurosis, el placer final de mi viaje, tan remoto aún y que consistía en el regreso, nulificaba el placer preliminar de una semana de preparativos para la verdadera partida en el barco. Mis amigos empezaron a recibir cartas en que me confesaba un mal viajero derrotado, en que los abrumaba con recomendaciones y encargos para mi vuelta a México. Pretendía conservar un exagerado control sobre todos mis pequeños asuntos, y me había llevado una clave para casos secretos y urgentes que no llegaron a presentarse. Dejé en manos seguras un detallado testamento y velaba constantemente por su precisa ejecución, de que a mi retorno habrían de responderme. Me era imposible sustraerme al pasado y a la distancia, ingredientes de la desdicha. Y me aterraba la prolongada travesía. Los días sucediéronse en visitar almacenes, teatros, cines; en aprender ya para siempre que el *subway* y la cafetería son estados de conciencia que trascienden mi "implejo", como le llama Valéry. Ese majestuoso desfile de todas las razas del mundo que tanto se me había ponderado, y que puede apreciarse desde Times Square, me dejaba indiferente, cuando no me ponía nervioso, y como no me sentía inclinado a visitar el Empire State Building, el Museo Metropolitano ni Coney Island, ni me parecía decoroso venir desde México a ver más pinturas de Diego Rivera en Radio City, mis posibilidades inmediatas se reducían, a tiempo que se multiplicaban de un modo monótono, a los pequeños cabarets, a que Rafael Nieto y yo llevamos algunas noches a Marianella, una chica de origen italiano que podía llegar a su casa a cualquier hora de la madrugada y que se moría por escuchar a Rudy Vallee. Luego íbamos a Greenwich Village, en donde terminan tantas novelas cuyos primeros capítulos se desarrollaran en París, porque sus vecinos pueden ser todo lo exóticos que su imaginación, no muy variada por otra parte, les dicte, y nadie se asombra de que en la cafetería Steward's compartan una mesa tres italianos de feroces melenas y dos extravagantes señoras vestidas de hombre, y que parecen apreciarse mucho, en un denso ambiente de humo de Virginia, huevos fritos y vasos de leche. El encanto de Nueva York, remiso, me escapaba. Comprendía cada vez menos que tanta gente se empeñara en pasar su vida sujeta a esta máquina deleznable. Igual snobismo barato me parecía animar a esa anciana ridícula que fumaba en el cabaret y que pasaba por debajo de la mesa a su gorda compañera una caja de cocaína, repitiendo a cada instante en voz alta: *"I wish I had a Bible to put my feet on"* —¡ella, que era en sí misma el Viejo Testamento!—, que al público del 5th Avenue Playhouse en que vi, humildemente sentado entre genios desconocidos, *Three Little Pigs, Romance Sentimentale,* de Eisenstein, y *Le Sang du Poète,* de Cocteau, tres filmes de un valor tan diverso.

Una noche en que me sentí suficientemente neoyorquino para abordar el *subway* con rumbo al hotel me perdí, naturalmente. Y al ir a tomar otro tropecé con Humberto Anaya. No deja de ser un poco milagroso que las dos únicas veces en que he vuelto a encontrar a este viejo amigo hayan sido tan absolutamente imprevistas: la primera en San Francisco, California, en la calle, y ésta ahora, en el *subway* de Nueva York. Es mi antípoda. Vamos a conversar en mi cuarto y desfila ante mí su vida magnífica de aventuras desde que salió de nuestro Torreón. Nadie lo tomaría por un mexicano ni él comete el error de proclamar que lo es en su profesión, que no llego a adivinar, de que prefiero no cerciorarme. En tanto pongo en orden mis papeles, se cuelga del teléfono en interminables llamadas, concierta citas a horas extravagantes, improvisa disculpas. Al fin me concede de nuevo su atención, pero ya tiene que marcharse; lo espera una señora imprescindiblemente.

—Pero es horrible —me dice— que seas tan ordenado, que guardes todos esos papeles, que trabajes. Citémonos en Australia o en Estocolmo. Abandona todas las cosas, sé libre, viaja, vuela, no envejezcas en un lugar. Cuando vuelvas de Buenos Aires hemos de vernos, si todavía estoy en Nueva York. Te dejo mis señas en este papel. *So long, me lad.*

Bert Mayo 368… Rasgo este papel, que disperso al viento frío de la noche. Porque algo me dice que nunca he de volver a encontrar a Bert Mayo.

"NORTHERN PRINCE"

CUANDO todos los delegados de México se hallaron reunidos en Nueva York nos dispusimos a embarcarnos en el *Northern Prince*. Quizá debo escribir que cuando el *Northern Prince* se halló listo para zarpar de Nueva York todos los delegados de México se dispusieron a embarcarse en él. Casi todos los que las tienen trajeron a sus esposas, y como para el tema de los derechos civiles y políticos de la mujer (III del programa) México designó a una señora, ésta ejercitó el suyo llevando a su marido. De suerte que éramos, con mi excepción y alguna otra, una pareja, si no de cada especie, sí para cada especialidad, como lo mandara Jehová y como lo permitieron los viáticos con que el gobierno remuneraba por anticipado los desvelos de sus delegados. El jefe de la delegación había partido ya, dos semanas antes, a fin de detenerse un poco en casi todos los países del Pacífico. Nos reuniríamos con él en Montevideo una semana antes de la solemne apertura de la conferencia. Salimos de Nueva York el 4 de noviembre y llegaríamos el 21 a Montevideo. Así, el abrazo de México a la América del Sur la envolvía por ambos costados.

Mi primera desagradable sorpresa ocurrió al llegar a mi camarote. Sobre una de las camas había una valija con la tarjeta Mr. Buechlein arrogantemente situada en el almohadón. ¡Luego yo no iría solo, luego tendría que compartir el baño, la siesta, el espectáculo de los paños menores con un desconocido a quien no me sería posible identificar sino cuando, zarpado el barco, ya no pudiera sino arrojarme al agua para escapar a su presencia durante 18 días y 18 noches de mi existencia, que ya no se recobran nunca! ¿Y si era un entomólogo, o un gran productor de café, porque ese apellido no auguraba nada bueno? No había remedio sobre la faz de la tierra. Todos los camarotes iban llenos de delegados con esposas, y por primera vez me fueron revelados los privilegios del sagrado vínculo matrimonial. Traté de adivinarlo sobre cubierta; aquél es, éste debe ser; ya no tuve ni ánimo de abrazar a las autoridades consulares que nos venían a despedir, consagrado a hurgar en los rostros de los que parecían solteros el gesto delator de mi compañero de celda. Pero yo estaba absolutamente seguro de que sería un cierto señor con perilla, nervioso, con una gorra azul, a quien no vino a despedir nadie y que paseaba su benévola y confiada soledad como quien es poseedor del secreto de su exagerado valer, y de muchos otros secretos. Uno de los cuales era éste: él sabía que su camarote era el mío. Había dejado su maleta, se había puesto la gorra y había desaparecido para observar, hombre de laboratorio, el efecto que me produciría su intrigante tarjeta de visita. Pero él no me conocería tampoco; sólo que, frecuente viajero, no tenía prisa por identificarme.

Ya se habían instalado todos los matrimonios. Comenzaban a aparecer los flamantes trajes de viaje, las gorras y, sobre las cabezas de las señoras, los velos que conservarían el orden exterior de sus cabezas. Los *stewards* distribuían los ataúdes de nuestra ropa en los camarotes. Abrí de golpe la puerta del mío —¿del mío?—. Estaba de espaldas, ocupado en colgar su ropa y en instalar sus cigarrillos. Al ruido, volvió el rostro y me dio una mirada nórdica, de persona que en 50 años ha viajado mucho y en muy surtidas compañías. No usaba perilla ni gorra, ni parecía poseer secreto alguno. Y aunque, si su retrato apareciera en los diarios, el cajista tendría derecho a equivocarse y parar a su pie la frase: “El canciller Hitler en el acto de desempacar sus camisas”, aquel pacífico señor que me tendía la mano y una mirada nórdica era, evidentemente, Mr. Buechlein.

Jueves 9. Pertenecemos, en verdad, a un solo y mínimo pedazo de la tierra. Fuimos en él sembrados; ahí echamos raíces y hemos de florecer y morir de algún modo, por más que el viento arrastre nuestro polen. Cuanto es viajar, ir a otros países, nos diluye y nos debilita, y ya luego no servimos para nada, algunos porque se han adaptado a los medios extraños, otros porque al volver su tierra ya los desconoce y rechaza. Yo quiero a México hoy como no lo ha querido nadie nunca antes —de un modo total—, apasionado y físico que me hace desear con amargura el abrazo de su tierra misma, el azote de su viento en mi rostro, su sol en mi carne y no otro…

…No puedo olvidarme de México en ningún instante. Quizá estoy ya tan viejo que la costumbre me ha hecho suyo del todo y me ha tornado incapaz de otro placer que el habitual y consuetudinario. Sé muy bien que si no me olvido un poco de México no voy a disfrutar de este viaje que tantos envidiarían; pero qué voy a hacer si por más esfuerzos que realizo por atenuarla e interesarme en una perspectiva presente o futura, la idea de México me obsede y mi pensamiento constante es volver a él, y mi mayor deseo que vuele este tiempo que falta para el regreso. Así mi presente se anula entre el recuerdo y la esperanza de revivirlo con acrecentada pasión.

Debo ser honrado conmigo mismo. Por las primeras de estas frases que he escrito hoy podría pensarse que me incumbe y preocupa un México trágico, solemne, o que me creo capaz de resolverle un cualquier problema. Y realmente es *mi* México, las gentes que allá me quieren, los sitios que me son familiares y acogedores, lo que enternece mi corazón, que hoy azota un mar infinito. Aquí me siento anónimo, pequeño e inútil, y no quiero perder ni por un instante el contacto siquiera mental de cada uno de mis pequeños asuntos en México. Anoche me era imposible conciliar el sueño y a las dos de la mañana salí a fumar sobre cubierta. Todo el barco estaba desierto, si no era el salón fumador, en el que esos dos *snobs* argentinos que duermen todo el día y aparecen por las noches, jugaban y tomaban *champagne* en un exclusivo y dual solitario. Los vi desde abajo, junto a la piscina, cerca del piso de la tripulación. Dos *stewards* pasaron en unos pijamas rayados, y el *barman* comenzó a caminar, porque 11 vueltas alrededor del *deck* hacen una milla. Un buen rato permanecí echado en una silla, bajo la luna untada en el mar quieto y cálido sobre el que parece imposible que no se pueda marchar, escuchando las olas en la proa, morderla como perros rabiosos y espumantes, disueltos luego en jaspe. Cada 15 minutos, el breve tañer de una discreta campana convocaba un fantasma en la vigilancia de la alta caseta de los ingenieros y uno de éstos mudos negros ingleses emergía sin ruido del piso bajo y ascendía la escalerilla.

Volví al camarote. Míster Buechlein ya roncaba profundamente, y me tragué una luna pequeña para el insomnio.

Pero siquiera por las noches yo prolongaba cuanto quería la libertad de mi insomnio. Y quizá lo hacía para dormir más largo tiempo en las mañanas y dispensarme del espectáculo del morigerado Mr. Buechlein, que gustaba de nadar antes que nadie y que se hacía llevar, todo húmedo, unas grandes tazas de café al camarote. No llegó nunca a adquirir conmigo una confianza que le permitiera paternizarme; pero mi inercia le era tan escandalosa que no pudo reprimir la insinuante observación de que no hay mejor garantía de una larga vida que retirarse a buena hora y hacer ejercicio en la madrugada, y que la costumbre podía adquirirse en cualquier momento, pues bastaba levantarse temprano la primera mañana para que la fatiga obligara a buscar la cama esa misma noche, y el ritmo quedaría establecido de un modo permanente.

Los dos dormíamos siesta, pero él, para hacerlo, se quitaba los pantalones, que doblaba

cuidadosamente y cruzaba sobre su pecho los brazos desnudos. Había tal diferencia de color y de calidad en la blanca piel de su cuerpo con la que revestía su cuello marchito y su rostro afeitado, rojo y duro, que yo pensaba, al ver su ausencia total de vello, en los estudios de Marañón sobre los caracteres sexuales secundarios, y no podía dormir tratando de recordar con precisión su teoría de la distribución del vello, que me parece demasiado general porque presumo que sus implicaciones endocrinas varían con las razas, y él habrá estudiado casi exclusivamente sujetos españoles, raza de que me vienen tan acusados. El climaterio, a cuyas fronteras se acercaba ya Mr. Buechlein, no lo encontraba armado, sino de una cabeza postiza por la que habría de reconocerlo.

Los mexicanos constituíamos mayoría, pero una mayoría incoherente que nos aplastaba a nosotros mismos. Allí donde iba uno, se dirigían todos los demás: el internacionalista distinguido, pero olvidadizo, cuyo largo cigarrillo se consumía abandonado en su labio hasta que, como las civilizaciones excesivas o como las momias, al menor desequilibrio, se derrumbaba en cenizas sobre su americana, y era inmediatamente remplazado; el autor de una redentora teoría económica, que ofrece, en 36 páginas, una solución a la crisis económica mundial; el decano, entre todos, cuyo rostro impasible decía a las claras la confianza que depositaba en sí mismo y la habilidad suave, insensible, con que se atraería al fin aun a aquellos a quienes les caía mal, y, en seguida, los matrimonios jóvenes, para los cuales éste era un segundo y más experto viaje de bodas colectivo, como los que debe organizar alguna floreciente empresa en Niagara Falls. Tratando de evitarnos, nos buscábamos o nos encontrábamos siempre. Ciertos de que, concluido el viaje, no volveríamos a vernos por elección o volveríamos a no vernos por gravedad, extremábamos la cortesía, el elogio para aquella señora sobre cuyos ojos formulábamos un voto secreto, pero firme, de que no se habrían de posar nunca más sobre nosotros.

La inferioridad que yo venía padeciendo, y que dimanaba de razones muy personales, agravábase con la que caracterizaba a mis ojos a aquel heterogéneo conjunto. Resolví enmudecer, enfermarme y, cercano el día en que podría depositarlas en Rio de Janeiro, refugiarme en escribir largas cartas a México. Cuya carencia de noticias nos tenía intranquilos, y decidimos, para recibirlas de la agencia, expedir un cable. A la mañana siguiente pudimos leer una, la única que consignó el diario del *Northern Prince*. Y fue una mañana muy dichosa, no por la noticia, que se reducía a informar que un capitán mexicano había matado a su criado porque no le servía pronto el desayuno, sino porque el nuestro, ese día, fue servido con rara celeridad.

A partir del domingo en que se celebró la desabrida ceremonia de Neptuno, y por más que no prosperó, a Dios gracias, ningún comité permanente de fiestas, el capitán, los oficiales y el *purser* redoblaron sus vanos esfuerzos por dotar a su barco de un ambiente social. Alternativamente había cine, baile y carreras de caballos de madera. El té era servido en el salón en que estaba prohibido fumar, y a la hora del aperitivo entraban al otro la señora inglesa que regresaba a Rio, adornada de vaporosos trajes, y la esposa del diplomático sudamericano, que iba a pasar a su país unas vacaciones (definitivas, según supe después) con sus dos hijas, su perro y su esposo. Tres o cuatro matrimonios jóvenes más, yanquis, componían el resto de los pobladores del *Northern Prince*, y, rechazados por el tabú mexicano, pronto formaron el *younger set* con el millonario argentino, su secretario —por

decirle así— y las instruidas hijas del diplomático sudamericano. Su distinguida mamá les hacía una disculpable, pero exagerada *réclame*. No perdía ocasión de depositar en los espíritus, que por comunicativos le parecían tierra propicia, la simiente de la admiración hacia el refinamiento y la inteligencia de sus hijas, que lo heredaban de antepasados ilustrísimos. Pero sea que la buena señora exagerara, sea que las moviera ese mismo caprichoso impulso que arrastra a las reinas a enamorarse de los lecheros, las niñas no parecían cambiarse trajes todo el día, sino con el objeto de mostrarse desde diversos ángulos al *purser* y al mediquillo del barco, dos yanquis ordinarios reclutados por la compañía inglesa de la Furnes, con quienes preferían practicar su *slang* y su *flirt*.

Todo llegó a serme profundamente intolerable: el capitán, panzudo, curtido en *whiskey;* los *Eaton coats*, que por la noche ostentaban los oficiales; la comida escasa y repugnante que estos barcos, en que los pasajeros no constituyen sino un accidente secundario, consagrados, como están, a la carga de modo primordial, almacenan en Nueva York de una buena vez en sus refrigeradoras para los 18 días de su viaje a Buenos Aires, los tres que en ese puerto permanecen y los 15 que invierten en el regreso, sin adquirir siquiera legumbres frescas en los puertos que tocan; la dulzura senil de esa pareja que no se soltaba las manos y que se atrevía a la piscina en un traje que, al vestirla de loro, la desnudaba; los monólogos alternativos de aquella otra pareja que declaraba que ellos dos son iguales como dos gotas de agua, lo cual es evidente, y que agregaban, lo cual ya no es tan evidente, que en su caso se trata de dos cerebros que reaccionan igual, circunstancia a la que atribuyen una felicidad conyugal que a todos nos tenía sin cuidado. Luego, como después de todo íbamos a una conferencia, los plenipotenciarios consideraron muy oportuno celebrar unas juntas que capacitaran al secretario general para cumplir con acierto su importante labor de centro de operaciones, que recoge y difunde. Y como mi papel de relator —no se relata sino el pasado— me dejaba al margen de la elaboración del pasado, me dediqué a reanudar con Emma una vieja amistad, unilateral, porque, en realidad, no habíamos hablado nunca, por más que nos conocíamos desde pequeños.

No deja de molestarme, cuando converso por primera vez con una persona, averiguar que ya me conocía, que le habían hablado de mí, que ya me aborda con un juicio formulado; porque, o automáticamente desaparece mi interés por aquella amistad, o me nace una angustiosa decisión de ganarla contra el prejuicio —lo cual equivale al doloroso proceso de enriquecerme con una nueva personalidad que tiene que surgir de mí mismo, como de un instrumento de música brota, con su sacrificio en las manos sabias o torpes, un acorde perfecto o una ríspida nota que rompe su equilibrio para siempre—.

Conversando con Emma pasé las únicas horas agradables del barco. Coincidíamos en una indolencia, en una firme voluntad de no hacer nada que, por lo que a ella se refería, irritaba a su esposo, pero que poco a poco nos llevaba a una simpatía y a una repugnancia por las mismas cosas, de que nuestra amistad iba alimentándose y crecía; opinábamos que la luna de miel de cierta pareja era más bien un queso camembert y decidimos llamarle a ella, por razón de su nívea epidermis y por motivos de historia literaria, Azucena, nombre que la víctima encontró muy de su agrado.

Hace ya tiempo que Emma y Daniel se casaron; tienen dos chicos: uno de siete años. Todos nuestros amigos, o casi, ya han contraído matrimonio (contraído, contrato, contracción,

contra-acción); sólo yo permanezco soltero; pero, Emma, la ropa sucia que tanto me molesta cuidar, el hacer las maletas, todo lo que usted piensa que podría arreglar por mí una esposa bien elegida, se remedia con no viajar, y, en cambio, no tengo que infligir a nadie mis variados defectos, ni la conciencia negra de haber causado un daño irreparable cuando el tálamo, la ilusión, el sagrado lazo, todas esas cosas que no puedo tomar en serio, y que ella probablemente sí tomaría (pues de no hacerlo yo no me casaría con ella), nos divorcien al unirnos.

Porque la jurisprudencia ha hecho de la embriología una aberración de la naturaleza. Tengo un amigo muy inteligente que, de buenas a primeras, antes del viaje de investigación que se prometía a Europa, se encontró casado con quien menos podía esperarlo, ya que, por rara paradoja, si se publicara el fracaso mínimo de su ciencia médica no sólo caería por tierra su prestigio profesional, sino que muy probablemente se vería en las manos de un abogado. Y sólo las muy malas revistas admiten colaboración espontánea; las buenas no devuelven los originales; no sé si me explico, como suelo decir en mi clase, cuando presento de un modo alquitarado que a mí mismo me ofrezca novedad, un tema que año tras año tengo necesidad de hacer aprender a mis siempre nuevos alumnos.

CANTO A TERESA

HE TERMINADO esta mañana un poema, *Seamen Rhymes*, que me propongo imprimir en Montevideo. En su primera parte describe todos los momentos del mar que he contemplado ahora y en la segunda un marinero cuenta (en inglés, naturalmente) su vida simple y práctica en la que el mar no aparece sino sublimado en una canción. Por más que lo recuerde su título, mi real personaje está todo lo lejos que el siglo XX del XIX del *Ancient Mariner,* de Coleridge. Haré con él una elegante *plaquette*. Tengo dos censurables costumbres: la de haber ingresado con fruición en la moderna boga de las ediciones limitadas de *plaquettes* y la de preferir los nombres ingleses para mis obras. La segunda obedece a obvias razones de síntesis que el español no siempre ofrece y sobre la primera habría mucho que hablar, pero me parece, en principio, un fatal resultado de la falta de tiempo para emprender obras “de aliento”, tales como todas las grandes novelas yanquis o inglesas, o como *La montaña mágica,* de Thomas Mann; *Les Loups,* de Mazeline; *Les Thibault,* de Martin Du Gard, o *Les hommes de bonne volonté,* de Jules Romains. Cuanto fue para nuestros padres fácil sumergirse a disfrutar la lectura de obras completas, será imposible para nuestros hijos gustar sino de antologías y conocer de Proust, a menos que una vocación especial los impulse, más que el mosaico confeccionado por Ramón Fernández… y una *plaquette* con seis cartas dirigidas a Louis Martin-Chauffier. Mas no vociferemos contra las antologías. Si están bien hechas, constituyen la biografía de una literatura. Sería estupendo contar ahora, por ejemplo, con un volumen en que estuvieran reunidos todos los poemas o fragmentos de poema que aludieran al mar en la poesía inglesa, desde las primeras baladas, *True Thomas, The Wife of Usher’s Well,* el *Seafarer* de fecha incierta, que hurgase en la Tottel’s Miscellany, en que hay un anónimo *To her Seafaring Lover,* con ejemplos ilustres que llevaran a la conclusión (que desde otro punto

de vista ya nos es familiar) de que *Britannia*, también en su poesía, *rules the waves*, como dice James Thomson, o que se han realizado siempre las palabras del profético Blake:

Liberty shall stand upon the cliffs of Albion
Castin her blue eyes over the green ocean;

que de labios de Robert of Gloucester tomara en 1300 de la *Riming Chronicle*, la alabanza de Inglaterra en la definición de sus posibilidades:

England is a right good land, —I ween of all the best
Set it is at the world's end—, afar within the west
And all about it goes the sea…
…
Waters it hath enough also; —before all others three,
As arms are these out of the land— and reaching to the sea
By them the ships may come from sea —and out their way may trace…

Y el gusto y el provecho del *Virginia Voyage*, en Michael Drayton:

And cheerfully at sea
Success you still intice,
To get the pearl and gold
And ours to hold,
Virginia!
Earth's only paradise…

que comentara la interpretación inglesa de la mitología marítima sobre el *Diálogo de Ulises y la sirena*, de Samuel Daniel; el *Canto de la sirena*, de William Browne; el *Himno en alabanza de Neptuno*, de Thomas Campion; el adiós *A Lucasta, al partir más allá de los mares*, de Richard Lovelace; las lamentaciones de Byron frente a las islas de Grecia, y trozos selectos del *Child Harold's Pilgrimage* (canto IV):

Roll on, thou deep and dark blue Ocean roll!
Ten thousands fleets sweep over thee in vain!…
…
And I have loved thee, Ocean!…

El *Ye Mariners of England*, en que Thomas Campbell convoca los fantasmas de una genealogía marítima no interrumpida:

Ye mariners of England
That guard our native seas!
The spirit of your fathers
Shall start from every wave!

For the deck it was their field of fame
And Ocean was their grave…

As Slow our Ship…, de Thomas Moore y el Mar-Tiempo, de Shelley, en *Time:*

Unfathomable sea! Whose waves are years,
Ocean of Time…

Las alusiones de Tennyson en *Crossing the Bar* y su

Break, break, break
On thy cold gray stone, O Sea!
And I would that my tongue could utter
The thoughts that arise in me…
…
Break, break break
At the foot of thy crags, O Sea!
But the tender grace of a day that is dead
Will never come back to me…

El patriotismo angustiado de Wordsworth:

I travelled among unknown men
In lands beyond the sea!
Nor, England! did I know till then
What love I bore to thee.

Y su quieta visión de la noche en la bahía:

The gentleness of heaven is on the sea…

El flujo y reflujo del subjetivismo, la técnica posromántica de Robert Browning:

Round the cape of a sudden came the sea,
And the sun looked over the mountain's rim!
And straight was a path of gold for him
And the need of a world of men for me.

O su *Meeting at Night*, en que el mar es gris, como en Shelley:

The grey sea and the long black land.

El *Requiescat*, de Matthew Arnold, que recuerda a Sófocles en el mar Egeo, sobre el

rumor quejumbroso del *distant northern sea:*

Sophocles long ago
Heard it on the Aegean, and it brought
Into his mind the turbid ebb and flow
Of human misery…

Y su *Dover Beach; the Sands of Dee,* o bien *Three Fishers,* de Charles Kingsley, con naufragio y misterio (medio *Yeats*, medio *Synge)*, pasajes selectos del *Nepenthe (The Sea),* de George Darley; gran poeta poco conocido, el soneto *On the Sea,* de Keats; *A passer by,* de Robert Bridges; el *Aloof*, de Cristina Georgina Rossetti:

The irresponsive silence of the land
The irresponsive silence of the sea
Speak both one message of one sense to me:
"Aloof, aloof, we stand aloof…"

The gift of the sea y *And there was no more sea,* de Kipling; el *Requiem*, de Stevenson:

Home is the sailor, home from the sea…

que consignara las mejores baladas marinas de Henry Newbolt, a que ya se parecen ciertas *stanzas* de Arthur Hugh Clough (muerto un año antes que Newbolt naciera):

Where lies the land to wich the ship would go?
Far, far ahead is all her seamen know,
And where the land she travels from? Away,
Far, far behind is all that they can say.

Por más que se diría que muchas de estas baladas que los marinos suelen cantar por las noches, cuando no prefieren tocar en su gramófono portátil los *fox trots* de moda en Nueva York, proceden de *Admirals All*, las que se refieren a Drake, sobre todo.

Esta imaginaria antología podría internarse en la selva de los modernos ingleses y considerar, desde luego, a los norteamericanos. Incluir *The Crying of Water,* de Arthur Symons; *Rounding the Horn* y *Sea-fever,* de John Masefield:

I must down to the seas again, to the lonely sea and the sky…

Sea Love, de Charlotte Mew, y el delicioso alivio que experimenta James Stephens, cuando en *The Shell*, al oprimirlo contra su oído e imaginar el mar, las playas desiertas y todo el contenido angustioso del extraurbanismo, lo separa y

…O, it was sweet

to hear a cart go jolting down the street.

(A Dante Gabriel Rossetti, que la aconsejaba en *The Blessed Damozel,* la misma operación de escuchar un caracol le producía distintos efectos, y en el mar, como Shelley, sentía fluir el tiempo:

Consider the sea's listless chime:
Time's self it is, made audible…

Gather a shell from the strown beach
And listen at its lips: they sigh
The same desire and mistery,
The echo of the whole sea's speech
And all mankind is thus at heart
Not anything but what thou art:
And Earth, Sea, Man, are all in each.)

De Joyce podrían elegirse dos o tres poemas; *The Old Ships,* de James Elroy Flecker, y no habría que olvidar, por supuesto, de *I wonder what it feels like to be drowned?,* en que Robert Graves juega al naufragio en su bañadera y a las islas con sus rodillas.

La excursión por el mar norteamericano rendiría menos frutos, desde luego; pero de igual valor si lo que pretendiéramos era explicarnos la actitud de los poetas con respecto al mar en función de lo que el mar ha significado para su raza y para su país en su momento, contagio mental colectivo a que evidentemente no se ha podido sustraer ninguno. El *Yankee Man-of-War,* de autor desconocido, especie de epopeya sintética, sería quizá el único poema marino en el viejo sentido inglés que, con *Morgan,* de Edmund Clarence Stedman, pudiera representar esta tendencia en la poesía norteamericana. El culto a la naturaleza, a su naturaleza, no revistió durante el siglo pasado las proporciones heroicas que en aquellas repúblicas que su presidente, Monroe, juzgó oportuno cobijar con su manto e imbuirles un sentido del hogar-hotel que no parecía, ni aun parece, cuadrarles. La poesía norteamericana está llena de árboles, riachuelos y una que otra piragua, en *Evangeline,* en *Hiawatha,* y los *Trees,* de Joyce Kilmer, que ahora saben los chicos de las escuelas, hallan su padre en aquel *spreading chestnut tree,* a cuya sombra trabajaba un herrero de la aldea, tan buena persona como *The man with the Hoe,* de Edwin Markham, y en el celo con que la oportuna advertencia de George Pope Morris, *Woodman! Spare that tree!* preservó a través de las generaciones, para el *Home, sweet home,* de John Howard Payne, la sencilla felicidad de Philip Freneau:

A hermit's house beside a stream
With forest planted round;
Whatever it to you may seem
More real happiness I deem
Than if I were a monarch crown'd.

En *Thanatopsis*, William Cullen Bryant nos dice, apesadumbrado, que

Old Ocean's gray and melancholy waste
Are but the solemn decorations all
Of the great tomb of man…

Más allá quiere que la arrulle su contemporánea Emma Hart Willard:

In ocean cave, still safe with Thee,
The germ of immortality!
And calm and peaceful shall I sleep
Rocked in the cradle of the deep…

Si, en este siglo sufragista, queremos escuchar a las mujeres, en los labios de Lucy Larcom hallaremos una razón para permanecer en la tierra:

The ocean grows a weariness
With nothing else in sight;
Its east and west, its north and south
Spread out from morn till night;
We miss the warm, caressing shore,
Its brooding shade and light…

Y Helen Hunt Jackson, a pesar de que

Fair skies, rich land, new homes, and untried days
Some go to seek: the rest but wait instead,

prefiere acompañar a estos últimos, desde la cabaña del tío Tom.

Una poetisa moderna, Sara Teasdale, abre su ventana:

Out of the window a sea of green trees.

Pero otra, Edna St. Vicent Millay:

Searching my heart for its true sorrow
This is the thing I find to be:
That I am weary of woords and people,
Sick of the people, wanting the sea;

Wanting the sticky, salty sweetness
Of the strong wind and shattered spray;
Wanting the loud sound and the soft sound
Of the big surf that breaks all day.

Si nos importara la cantidad, a fin de reunir una respetable de poemas yanquis no sólo habríamos de registrar *Sea Shore*, de Emerson; *The Sound of the Sea*, de Longfellow; *The Fisher's Boy*, de Thoreau; *The Coasters*, de Thomas Fleming Day; *The Wander Lovers*, de Richard Hovey; *A Sea Prayer*, de Stanley Braithwaite, sino aun la oda *I am the spirit of the Morning Sea*, de Richard Watson Gilder; *Waiting*, de John Burroughs; *The Kearsage*, de James Jeffrey Roche, y algunas acuarelas marinas, tales como *Flying fish*, de Mary Mac Neill Fenollosa; *Of the Lost Ship*, de Eugene Richard White; *Dusk at Sea*, de Thomas S. Jones jr.; los sonetos *Ships in Harbor* y *Old Ships*, de David Morton, y, ¿por qué no?, una oda a Colón, que también allá se confeccionaron, de Joaquín Miller, y *The City in the Sea*, de Poe. Llegaríamos rápidamente —en *subway*— al mar frente al que grita Whitman su grito y que es ya, concretamente, el marinero, para quien está

…enamour'd of growing out-doors
Of men that live among cattle or taste of the ocean or woods
Of the builders and steerers of ships…
You sea! I resign myself to you also— I guess what you mean
I behold from the beach your crooked inviting fingers
I believe you refuse to go back without feeling of me,
We must have a turn together— I undress, hurry me out of sight of the land,
Cushion me soft, rock me in billowy drowse,
Dash me with amorous wet, I can repay you…

Igual deseo del mar como abrasador contacto, ya escuchado en Swinburne:

I will go back to the great sweet mother,
Mother and lover of men, the sea…
…
Close with her, kiss her and mix her with me;
Cling to her, strive with her, hold her fast…;

encienda el poema *Oread*, de H. D., y (dicho sea con toda modestia y sin que venga al caso) mi *Naufragio*. Un plan más ambicioso (que ya sería objeto no de una antología, sino de una biblioteca especialista) incluiría novelas que fueran de *Moby Dick* a *Cradle of the Deep*, como tendría que dar a Conrad, en lo inglés, el sitio de honor, y registrar con encomio la técnica desarrollada en *The Waves* por Virginia Woolf. Pero si no hemos de apartarnos de la poesía, tendremos que admitir que los norteamericanos han viajado desde muy temprano ya en buenos barcos que no les permitieron apreciar el mar como los ingleses, y que se han conformado, como Emily Dickinson, con la metáfora:

I never saw a moor
I never saw the sea;
Yet I know how the heather looks,
And what a wave must be.

Las praderas primero, más tarde los rascacielos, ocupaban su brazo y su pluma; bien es verdad que tantas razas les ayudaron a poblar el vasto desierto que, preocupados por establecerse, no volvieron más la mirada al mar, recinto de sus miles de atletas uniformados, vehículo de sus cientos de turistas indiferentes. La poesía de estas vidas no ha sido cantada. Quizá de ella nos diera uno que otro rasgo Carl Sandburg, de quien habríamos de incluir *The Sea Hold* y *Threes,* reservando sus *Baltic Fog Notes* para otra sección de nuestra imaginaria antología, con *Lost* y *The Harbor.* Wallace Stevens con *The Paltry Nude Starts on a Spring Voyage,* T. S. Eliot con *Death by Water* y Marianne Moore con *A Grave* concluirían la visión norteamericana del mar como personaje —puerto— acuario. Quizá agregáramos un poema de Hart Crane, *Voyages:*

Take this Sea, whose diapason knells
On scrolls of silver snowy sentences…

No valdría la pena buscar entre los poetas negros de los Estados Unidos impresiones del mar. En *The Creation,* de James Weldon Johnson, *A Negro Sermon,* Dios:

…stopped and looked and saw
That the Earth was hot and barren
So God stepped over to the edge of the world
And He spat out the seven seas:
He batted his eyes, and the lightning flashed;
He clapped his hands and the thunders rolled;
And the waters above the earth,
The cooling waters came down.

Una indefinida nostalgia hace a Paul Laurence Dumbar contemplar los *Ships that pass in the night.* Pero el negro, como Langston Hughes, *speak of rivers* con notoria predilección, y por cuanto se refiere a viajar, parece decir con Lucy Ariel Williams:

Talkin' 'bout sailin' 'round de wurl'
Huh! I'd be so dizzy my head vud twurl
If dis heah earf wus jes' a ball
You no the people all'und fall.

Ignoro el monto de la contribución que pudiera pedirse a los poetas de Haití (de quienes Edna Worthley Underwood acaba de emitir una amplia versión inglesa), y habría que pedir a Blaise Cendrars la parte que juzgara marítima del folklore negro que se ha ocupado en recopilar.

Si apareciera una antología de este tipo, tendría tal éxito que se vería inmediatamente seguida por una francesa que pusiera de relieve la resistencia de los poetas galos a viajar, su urbanismo, que, cuando los fatiga, pocos, las brillantísimas excepciones que adelante se

mencionarán, expresan el deseo de abandonar sino por la “campiña” y por una dulce vejez, desde el soneto de Plantin sobre *Le Bonheur de ce Monde* y el de Oliver de Magny que comienza:

Bienheureux est celui qui, loin de la cité
Vit libremente aux champs dans son propre héritage

hasta Francis Jammes (¡qué tentador emprender el rastreo del *Beatus Ille* en la poesía francesa!). Los *Regrets du Pays,* de Carlos de Orleans, con que habría de empezar semejante libro, ya contienen esa grave nostalgia de la tierra y ese implícito temor del mar que, cuando cinco siglos más tarde hiciera exclamar a Hugo su rimbombante *Oceano Nox:*

Oh! combien de marins, combien de capitaines
Qui sont partis joyeux pour des courses lointaines
Dans ce morne horizon se sont évanouis!…

y la bochornosa preocupación:

Combien de patrons morts avec leurs équipages!

indignaría en 1891 a ese marino de corazón que fue Tristán Corbière, cuyo poema *La Fin* leeríamos otra vez con regocijo. Para que el siglo XVII no quedara sin representación, transcribiríamos *La Mer* de otro falso Tristan *(François dit)* L’Hermite, con una que otra reducción. A su debido tiempo, a su oportuno espacio, reproduciríamos, de Victor Hugo, la *Soirée en Mer, Une Nuit qu’on entendait la Mer sans la Voir* (con más marinos extraviados) y aquella larga enumeración de objetos —pájaros, ramas, puertas, campanas, surcos, antorchas, relámpagos— (toda la utilería necesaria para representar un drama, si hubieran de seguirse los consejos de su prefacio a Cromwell) que empieza por los *matelots:*

Matelots, matelots, vous deploîrez les voiles…

Si hubiéramos de elegir entre *Le Beau Navire* y el casi-soneto *L’Homme et la Mer,* de Baudelaire, no cabe dudar que, para los fines de tal libro, nos quedaríamos con el último. De Rimbaud, el *Bateau Ivre,* naturalmente; pero quizá también algunos poemas breves, como *Marine* y *Mouvement*. Con *Le Chant de Glaucus,* de Laurent Tailhade, recordaríamos los nombres griegos del mar (que no en balde publicó en vísperas de mi nacimiento, unos *Poemas aristofanescos,* y es suya una traducción del *Satiricón),* y *Sur la Mer,* de Emile Verhaeren, le seguiría inmediatamente con una descripción de navío que no habría razón para no engalanar con *La Figure de Proue,* de Lucie Delarue Mardrus; y para seguir con otra poetisa, *La Lune sur la Mer,* de Gérard D’Houville, nos haría descansar del alejandrino que su padre maneja tan suntuosamente en *La Mer de Bretagne* y Apollinaire en *L’emigrant de Landor Road:*

Gonfle-toi vers la nuit O Mer Les yeux des squales

Jusqu'à l'aube ont guetté de loin avidement
Des cadavres de jours rongés par les étoiles
Parmi le bruit des flots et les derniers serments.

Cuando los poetas franceses dieron en la flor de empezar a nacer en Montevideo (Lautréamont, Laforgue) tuvieron por fuerza que embarcarse hacia su país e, incidentalmente, conocer el mar, al que el primero consagra, en sus *Chants de Maldoror,* sus saludos alucinados que habríamos de reproducir, seguidos de *La Chanson de la Côte,* de Charles Cros; el *Ex-Voto,* de German Nouveau, y sería la primera vez que se citara de la *Brise Marine,* de Mallarmé, y con nuevo propósito, más versos que el popular epígrafe:

La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres.

Desencantados de no encontrar en Francia un mar importante —o tan profuso— como el inglés, pasaríamos rápidamente sobre el turismo, anticipadamente morandiano, de Henry Jean-Marie Levet, sobre los viajes, forzosamente marítimos, de A. O. Barnabooth; la *Norvège,* de Luc Durtain; el *Depart du Marin,* de Max Jacob, y el breve *Marine,* de Georges Gabory, sería lo último que consignáramos, con la *Mer Maritime,* de Desnos, antes de sepultarnos, extasiados en el *Cementerio marino,* de Valéry. Como en el caso de la inglesa, aparecerían sin tardanza críticos y eruditos que señalaran nuestras grandes lagunas. Pero ello ¿restaría mérito a nuestra denodada, primogénita empresa de explorar los océanos para rescatar la poesía?

Si los críticos nos hicieran el reproche de no haber emprendido la antología del mar en la poesía de nuestra lengua, tendríamos que decirles, muy a pesar de nuestro patriotismo, que en ella es seductor compilar una de los ríos, pero infructuoso intentarla del mar. Mientras en Berceo, como el primero de los signos del fin del mundo, "Subirá a las nubes el mar muchos estados y quienquiera que lo vea será mucho espantado", se presiente que un río, el mismo, o hermano suyo, que llevará sus "corrientes, aguas, puras, cristalinas" hasta el huerto de fray Luis, hasta la patria de Lazarillo, hasta las *Novelas ejemplares,* que hará cantar los ruiseñores del culteranismo "en la verde orilla del Guadalquivir", conserva fresca y hermosa como una manzana la lengua ignorante del clérigo. Entre los ríos, que son nuestras vidas,[1] y la mar, que es el morir, los poetas españoles cantaron, durante su río, el horror de su mar, que quedó así, por transferencia, reducido al símbolo de lo inexorable. El fenómeno Cortés, Pizarro, Solís difícilmente se explica en términos de poesía, y buena prueba son los lamentables poemas épicos del XVIII y la indigna de Lope *Égloga piscatoria* que compuso al naufragio de su hijo. Si España fuera un pueblo marítimo no habría abandonado tan fácilmente las posesiones que más allá del mar le había rendido no la pericia de sus navegantes, sino el milagro de su fe y de un espíritu de aventura que sus poetas no tenían por qué compartir. Equivalencias inglesas de *La vida retirada,* del:

Ténganse su tesoro
Los que de un flaco leño se confían…
…

A una Libia de ondas su camino
Fió, y su vida a un leño

sólo hallaríamos en *The Shepherd’s Life,* Canto I de Phyneas Fletcher:

Let others trust the seas, dare death and Hell
Search either Ind’, vaunt of their scars and wounds…

o cuando Pope, este inexplicable horaciano predilecto de Byron, que todo lo hizo tan joven, a los 12 años de su edad, declaraba en *Solitude:*

Happy the man whose wish and care
A few paternal acres bound
Content to breath his native air
In his own ground.

“Como los ríos que en veloz corrida se llevan a la mar”, así van las vidas, o bien son una, pero

pobre barquilla…
entre peñascos rota,
sin velas desvelada
y entre las olas sola.

La “confusa vocería” que enriquece el mar, que devuelve a las soledades el *Náufrago desdeñado sobre ausente,* presagiaban el regreso al hogar, surcado de ríos como una mano pródiga lo está de azules venas, de aquel sembrador de su sangre que en su misticismo esencial reconocía al fin que no

…fue creado el varón para el rayo de la guerra,
para surcar el piélago salado,
para medir el orbe de la tierra
y el cerco por do el sol siempre camina.

Recordemos, junto a la triste suerte de la Armada invencible, el romancillo del conde Alarcos: “Con un falcón en la mano la caza iba a cazar”. Ésta era su ocupación predilecta. “Vio venir una galera que a tierra quiere llegar, Marinero que la manda diciendo viene un cantar” tan maravilloso que el conde quiere escucharlo, por Dios. Pero el mar, el marinero, no ha de decir su canción “Sino a quien conmigo va”. El marinero debe de haber sido un inglés. El conde acaso regresó a su castillo. Su halcón voló y del puño de Calisto vino a dar en la huerta de Melibea, de quien no se sabe que haya viajado nunca.

La moderna poesía española sí podría darnos material para una breve antología marina —que

imprimiríamos en elegante *plaquette* y que habría de llamarse, con permiso de Rafael Alberti, *Marinero en tierra—. Una marina de ensueño, El nostálgico, Soledad, Mar, Nada, Rosa del mar, Partida, Epitafio ideal de un marinero, Mar ideal*, representarían a Juan Ramón Jiménez; *Puerto ciego de la mar* a Dámaso Alonso, *El mar en persona* a Juan Larrea, *La balada del agua del mar* a Federico García Lorca, *Capitán de navío* (y tantos otros bellos poemas) a Alberti; *Víspera* a Emilio Prados… ¿Pero cómo no reconocer que todos estos poetas vigorosos y nuevos de España lo darían mayor para que su brillante ejemplo afirmase nuestra teoría del río-poesía?

En la selva natal, donde perdura
el mugido del toro, el son del río…
CORNELIO HISPANO

Hay muchos higos, uvas y melones…
pitahayas, guanábanas, anones,
guayabas y guaraes y mameyes,
hay chica, cotuprises y mamones,
piñas, curibijures, caracueyes…
JUAN DE CASTELLANOS

La América española, situada en el continente del tercer día de la creación, nos ofrece, y así su poesía, monstruosas sorpresas, ríos como mares —el mar dulce de Solís, el “anchuroso” Amazonas—, cuya sola existencia basta para explicar la de los poetas que los cantaron a torrentes de endecasílabos. En ellos la balanza se inclina ya al mar, ya al río, ya a sus márgenes, ya a sus sabrosos productos. A la *planta-hombre,* de Keyserling, la inolvidable (para quien logre memorizarla toda) *Silva a la agricultura,* añadirá el *poeta-fruto.* Ya advirtió Darío, sin que su descubrimiento lo indujera a remediarlo valiosamente, que la poesía americana era “un eterno canto a Junín y una inacabable oda a la agricultura de la zona tórrida”.

El primer poeta cubano digno de recordación, Manuel de Zequeira, se toma la licencia de suponer que

La madre Venus, cuando al labio rojo
su néctar aplicó, quedó embriagada
de lúbrico placer, y en voz festiva
a Ganimedes llama:
¡La piña, dijo, la fragante piña
en mis pensiles sea cultivada
por manos de mis ninfas; sí, que corra
su bálsamo en Idalia!

(Desviados, seducidos por el Trópico, abierto vorazmente un apetito vegetariano, descansaríamos *Bajo el mango,* del cubano José Jacinto Milanés, allí

…donde crece
el camote y la rica chirimoya,

del argentino Echeverría, autor del largo *Avellaneda,* y el colombiano Ricardo Carrasquilla nos recetaría *Chocolate,* como Darío más tarde.) Respetuoso de las divinidades, el autor de la fácil *Historia de las literaturas de Grecia y Roma* no llega, en su oda agrícola, a la irreverencia del colombiano Manuel María Madiedo, a quien ya le estorban en el paisaje; pregunta dirigiéndose al río Magdalena:

¿Qué fuera aquí la fábula difunta
De las ninfas de Grecia afeminada

Al lado del tremendo cocodrilo
Que sonda los misterios de tus aguas?[2]

Y realmente uno tiembla de pensar en lo que sería de ellas. Ya el uruguayo don Francisco Acuña de Figueroa, autor del *Himno Nacional* y de sabrosos epigramas, reduce al mínimo las evocaciones homéricas en su bella *Apología del choclo,* trigo de América, de que

…los orientales
Hacen el blanco mote, e igualmente,
El pororó o rosetas, en que hallo
La excelencia especial del pisingallo

mazamorra menos indigesta que la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia,* del colombiano Gregorio Gutiérrez González, en que se lee esta delicia:

En la misma cuyabra aparadora
Pone el maíz a remojar y deja
La mitad para hacer la mazamorra,
La otra mitad para moler la arepa.
…
En fin… vuestra vejez será horrorosa
Pues no habéis asistido a una cogienda.

De su siglo al nuestro, internarse en la jungla de la poesía tropical es toda una empresa darwiniana, porque, como dice el poeta Luis L. Domínguez en celebrados versos:

…cada comarcas en la tierra
tiene un rasgo prominente:
el Brasil su sol ardiente,
minas de plata el Perú,
Montevideo su cerro,
Buenos Aires, patria hermosa,
tiene su pampa grandiosa;
la pampa tiene el ombú.

Por donde se ve que sería cosa de no acabar.

Los toros de las pampas —las pampas tienen sus toros, los toros tienen caballos y los caballos jinetes, de que se forma la epopeya— morirán de diversos modos, en poemas que van del *Martín Fierro* al colombiano Epifanio Mejía, al cubano Heredia; pero han de renacer profusamente en *Fecundidad,* poema descriptivo-naturalista, del chileno Carlos Pezoa Veliz, vigilados por *El picaflor,* poema erótico-ecuestre del argentino Florencio Balcarce. Quizá pudiéramos decir que el mar en la América del Sur es un mar introvertido, que choca con una subconciencia selvática (de otro modo, hubieran sido los aztecas los descubridores del Viejo Mundo). El *Tequendama,* del colombiano José Joaquín Ortiz; el *Iguazú,* del mexicano

Pellicer; los *Lagos,* de Landívar; el *Atoyac,* del mexicano Altamirano, o el *Cupatitzio,* de J. M. Bustillos; el *Cauca,* del colombiano Julio Arboleda; el Plata, que corre por los 11 cantos y 11000 versos de *El ángel caído,* del argentino Echeverría, o en el breve soneto que fray Cayetano J. Rodríguez le consagra; el *Mamoré,* del boliviano Ricardo José Bustamante; el *Choroní,* del venezolano José Antonio Maitín; el innominado *Arroyo,* del cubano Rafael María de Mendive; el ya citado *Magdalena,* fluyen caudalosos y más legítimos que un mar, con señaladas excepciones, postizo en nuestra inspiración. *América desploma sus ríos como mares,* dice el uruguayo Juan Carlos Gómez. Quizá por ello, cuando el mexicano Manuel Carpio piensa en el mar, es *Napoleón en el Mar Rojo* o el *Monarca glorioso de Egipto,* cuanto acude a su salmistificada imaginación. Y cuando los venezolanos Rafael M. Baralt y José-Heriberto-García-de-Quevedo (vale el título una escena) celebran la hazaña de Colón, volvemos a escuchar la "vocería" del naufragio, alrededor del "frágil leño", cuando éste "la dulce deja atrás bella ribera", el "piélago salado" e incidentalmente averiguamos que "no corta el mar sino en sus ondas vuela veloz la empavesada carabela". O bien nos mueve a sonrisa el ingenuo telurismo del peruano Mariano Melgar cuando se pregunta, en *El autor del mar:*

¿Cómo es que dura aún la débil tierra
Si todo un mar insiste en destrozarla?
¿Quién puede sustentarla
En su incesante guerra?
Ya debería toda deshacerse
Y a este impulso en arenas resolverse…

Quizá, si insistiéramos en elegir unas cuantas impresiones del mar en la poesía sudamericana del XIX tuviéramos que conformarnos con *La pesca en el mar,* de la Avellaneda; *Barcos que pasan,* de su compatriota René López; *Al océano,* de Heredia; *Por las barcas,* del dominicano Rafael A. Deligne; *La nave,* del chileno Carlos Walker López, y *A la nave,* de Bello; *La caída del sol en el mar,* soneto del chileno Martín José Lira; el soneto *Al mar,* del venezolano Baralt, que nos llevarían a la playa a pescarle una sirena al hondureño Juan Ramón Molina. A partir de ella, dos fragmentos argentinos, uno de *Los trópicos,* de José Mármol, y otro, *El viejo mar,* de las *Palabras supremas,* de Martín Goycochea Menéndez, con el bello fragmento del *Fausto,* del argentino Estanislao del Campo, que comienza:

¿Sabe que es linda la mar?
¡La viera de mañanita
cuando a gatas la puntita
del sol comienza a asomar!

Y ya en esa Pampa de los Ingleses, mar-pampa de los argentinos y uruguayos, como la describe Sarmiento, escucharíamos la cósmica voz de Sabat Ercasty. Vueltos al breve *Mediterráneo,* del venezolano Manuel Pimentel Coronel, cerraríamos el libro con el único poema que expresa un impulso legítimamente marino: el bellísimo *En alta mar,* del

colombiano José Eusebio Caro:

¡Céfiro, rápido lánzate! ¡Rápido empújame y vivo!…
¡Mar eterno! ¡Por fin te miro, te oigo, te tengo!…
¡Oh, morir en el mar! ¡Morir terrible y solemne, digno del hombre![3]

En un viaje de 18 días largos todavía dispondríamos de tiempo para componer una pequeña antología del mar brasilero. Sin duda, abundarían en este parnaso naturalezas muertas y grandes paisajes, ríos y selvas por encima del mar, como en el resto de la América del Sur; pero en virtud de que los portugueses resultaron mejores marinos que los españoles, no faltaría en ella la evocación colombina, más discreta empero, reducida a dos sonetos, *O descobrimento,* de Antonio Reis Carvalho y *As Carabelas,* del padre José Severiano de Rezende, en tanto que el *Iguassú,* de David Emiliano Perneta y el *Paraguaçú,* de Joaquín Fernando Pereira Caldas nos harían sentir la presencia de ríos que en *O pantano, O lago,* de Álvaro Borges dos Reis, alcanzan la quietud perezosa del trópico. Hallaríamos descrita la lucha del bosque con el mar, en que éste es vencido; en *Expansão,* de Antonio Xavier Fontoura, y el mar, ya libre y purificado, escenario en *Clarão da lua sobre o mar,* de Antonio Francisco de Costa e Silva; en *Balnear,* de Serafín Franca, sería cantado en una serie de hermosos sonetos, forma de expresión predilecta de los poetas brasileros:

Amo-te oh! mar, assim: sereno, lamuriento,
Bebendo á noite, a luz dos astros do infinito,

nos dirían las *Solidoes Marinhas,* de Antonio Faria, que agrega:

Não gósto de te ver colérico e violento
Trepando, ameaçador, ás rochas de granito.
…
Oh! a Vida é um oceano revoltado!

exclamaría en el suyo, *Nauta,* José Domingues de Almeida. Y Álvaro Augusto de Carvalho Aranha, *Na Praia,* concluiría:

Quando eu estiver sorrindo, oh! velho mar, não chores!
Quando eu estiver chorandso, oh! velho mar, não rias!

en tanto que su resentimiento con el mar lo identificaría con *A cólera de un molusco.* Seguiríamos con los sonetos; *Algas,* de José da Costa Rego jr.; *A Concha,* de Gustavo Santiago; *Ondas,* de Ibrantina Cardona; *Visoes do mar,* de Julio Mario Salusse; *Marinha,* de José Luis de Castro; *Ao mar,* de Luis Edmundo da Costa; *Ilusões,* de (tomad aliento) José Joaquín de Campos Costa Medeiros e Alburquerque, y dos del mismo título, *A volupia da vaga,* uno de Manuel de Silva Lobato y otro de Oliveira e Silva, de quien también podríamos incluir *As velas.* Para concluir con los sonetos, asistiríamos a la *Missa do mar,* de Henrique

Castriciano de Sousa:

…Amargurado oceano…
Abre o verde missal! Como um padre, de joelho,
Põe nos ombros azues o manto soberano;
E do sol preso ao Céu, de seu disco vermelho,
Faze uma óstia de luz, faze um símbolo humano…

Sin duda, nuestra preferencia se inclinaría, finalmente, por *Marinheiros,* de Arthur Gonçalves de Sales, que me cuesta trabajo no transcribir íntegramente:

Vêde êsse olhar perdido ao longe, êsse novoento
Olhar dos marinheiros,
Como êle acorda o ardor, êste incontentamento,
Este desejo antigo, inquietante e violento
De vagar e sonhar sob céus estrangeiros!…

Quedaría, por último, compilar la antología mexicana que nos pondría en aprietos; pero que no faltaría estudiante de Texas que viniera a componer para graduarse de *Ph. D.* No anticipemos sino leves apuntes a la decepción que le embargará al comprobar que, desde la *Cena de la verdad sospechosa,* todos los húmedos episodios de nuestra poesía se han desarrollado cabe domésticos Manzanares. El *Atoyac* arriba citado, como musa de Altamirano, debe a don Casimiro del Collado (y a la inauguración del ferrocarril entre Puebla y México, que le brindó ocasión de otorgárselo en una oda) el homenaje de un saludo que empieza:

¡Salve, turbio Atoyac, índico Alfeo…!

otro a don Agustín F. Cuenca, y una inicial mención al oscuro poeta José María Moreno:

Yace un sagrado bosque a la ribera
del Atoyac undoso y cristalino…

el río de *Ixmiquilpan,* gratitud a José Sebastián Segura (que tradujo del italiano un soneto al chocolate), *La cascada de Barrio Nuevo,* un soneto a José Joaquín Pesado, que le hace otro *A un río* anónimo; don Manuel Carpio canta en sonetos *Al río de Cosamaloapan* y a *La Catarata del Niágara,* sin olvidarse del Tíber; José Peón y Contreras, *Al Grijalva;* el padre Pagaza, al *Río de los sitios poéticos del valle de Bravo* y del *de Veracruz,* el de Aldonza (si bien nadie como él para soltarse dirigiéndole versos *A* una palmera, un amigo, un poeta, una paloma, una flor, etcétera, etc., etc.); Manuel M. Flores dedica *Al baño* un solo soneto fluvial; Manuel José Othón, dos: uno a un río, el VI de la *Noche rústica de Walpurgis,* y el otro a una estepa del *Nazas;* uno Rafael Delgado, *Al salto de Tuxpango.* ¿Qué más si el propio Acuña *(A mi hermano Juan de Dios Peza),* que renegaba tanto de la luna y de Horacio Flaco, le dedica un

soneto, *A un arroyo?* Colón, por supuesto, ha sido decorosamente cantado por nosotros en la pluma de José Peón y Contreras, que le endilga un poema más largo que su travesía; por Manuel M. Flores, que traduce un fragmento de Schiller, a él dedicado; por don Justo Sierra, y aun por *El predestinado,* de Díaz Mirón. Pero por lo demás hallamos poca inspiración marítima en el siglo XIX mexicano, y los poetas parecen decir, con Acuña, en *Nada sobre nada:*

> ¿Hablaré de la mar, yo que en mi vida
> he viajado tan poco
> que en materia de charcos sólo he visto
> —y eso una vez— el Lago de Texcoco?

Este poeta, tan aficionado a los cadáveres que hizo versos ante ellos tres veces, se suicidó y —¡oh, ironía!— evoca el suyo Juan B. Garza *(Evocación al cadáver de mi hermano Manuel Acuña),* parece dar en los sinceros versos que anteceden la clave de por qué nuestra poesía, como lo expresa sin querer Díaz Mirón en su *Idilio,* se desarrolla, cuando más,

> A tres leguas de un puerto bullente,
> que a desbordes y grescas anima…

A ese futuro doctor en filosofía no podremos darle sino *La pescadora,* de Ignacio Rodríguez Galván, su *Letrilla veracruzana,* que empieza:

> El sol con sus rayos
> me quema el cerebro,
> el mar con su brisa
> me tumba el sombrero…

o aquellos otros versos con que se despide de México, al embarcarse hacia La Habana, donde dio el espíritu:

> Alegre el marinero
> con voz pausada canta
> y el ancla ya levanta
> con extraño rumor.[4]
>
> De la cadena al ruido
> me agita pena impía,
> ¡adiós, oh patria mía,
> adiós, tierra de amor!
>
> El barco suavemente
> se inclina y se remece
> y luego se estremece

a impulsos del vapor…

(¿Quién nos asegura que no ha de volver a parecer bella esta poesía —o que no deje de serlo nunca para algunos lectores—?) Pero terminemos, pues no es nuestra intención agotar el tema ni adelantarnos a nadie en minuciosa búsqueda. *Alta mar,* de J. M. Bustillos; *Ante el mar,* de Antonio Zaragoza; *Barcarola,* de Manuel M. González; *Playeras,* de don Justo Sierra; *Al mar,* de Guillermo Prieto; *Océano nox* (¡nada menos!), de Puga y Acal; *A dos golondrinas* (en el mar), de Riva Palacio; *En la playa,* de Jesús E. Valenzuela, y *El poema de la mar,* de Rafael de Zayas Enríquez, vayan por muertos mencionables, y otro se ocupe en superar estos leves datos. Fuera de nuestros diplomáticos, que solían ser poetas, el mar nos era un espectáculo vedado hasta la apertura de la carretera México-Acapulco, como no fuéramos a Veracruz o a Nueva York. Yo tardé 23 años en conocerlo *(How soon hath Time, the subtle thief of youth Stolen on his wing my three-and-twentieth year!)*. Lo que no impidió que como muchos otros poetas, le cantara por anticipado. Para cuando se emprenda nuestra antología tengo a disposición de su autor un viejo y querido poema, y este otro, que he terminado esta mañana, que pienso imprimir en Montevideo y cuyo tema me lanzó a este buceo inexperto por los libros a mano y por los recuerdos inmediatos. Ya oigo decir que estas divagaciones se apartan y desprenden notoriamente de la narración de mi viaje. Lo sé. Pero, si usted quiere, podemos considerarlas, para su comodidad, una especie del *Canto a Teresa,* del pirata sin barco, dentro del *Diablo Mundo* de este *Northern Prince* en que decíamos que yo iba a Montevideo.

RIO

¡CON qué embriagadora avidez miré acercarse la costa indescriptible de Rio de Janeiro! ¿Qué generosa divinidad premiaba aquellos insoportables 14 días con el espectáculo brujo de unas rocas ungidas de musgo que asomaban su dolicocefalia, semejantes a enormes tiburones petrificados en un cuento que Scherezada reservó para la milésima segunda noche, que no llegó a decir porque no sabía portugués y porque a Schariar le fue negado asomarse a la quilla de un barco, y ver ante mis ojos el más deslumbrante collar de luces a lo largo de una bahía de ensueño? Aquello es el Cristo; por allá queda el Pão de Assucar, explicaban. Pero nadie podía estar cierto de que no hubiesen cambiado de sitio en uno cuya esencia la constituye el milagro. Mi llegada a Hawai, por la madrugada, me reveló de un golpe un paisaje previsto, que ya no había sino que confirmar. Pero, tras de alejarnos por 14 días largos, ahora Rio ocultaba su rostro con el antifaz de una noche que sólo nos permitía disfrutar su mirada, como si hubiese volcado sobre el tapete de su playa un alhajero que a la mañana siguiente no sería nada más que el rocío sobre sus increíbles nenúfares. Puse un pijama en una pequeña valija. Ya las gentes del barco no se miraban ni se conocían, ávidas de huir de sí mismas por 24 horas, dispersas como cuando se acerca un cataclismo. Los *changadores* nos saludaban en un idioma dulce e incomprensible, en un ballet, que nos mostraba, bien claro sobre su corazón, el número de su garantía, suplicantes, con un ritmo lento que deja un compás para el balanceo, como en la *maxixa*. Y, cuando al fin subieron por la barandilla, el número 25 se asombró mucho de que yo le ofreciera todos los miles de reis necesarios para que transportase mi pijama al hotel. No comprendía que en este reino de ensueño yo no podía llevar en las manos otra cosa que no fuera el deseo de oprimirme a esta tierra lujuriosa, otra actitud que la de recibir su caricia. Me lancé a la calle. Hasta las monedas contribuyen a que uno se sienta millonario. ¿Quién va a creer que pagué 35000 reis por mi cuarto, que regalé al *changador* 25000, que el automóvil me costó 15000 a la hora? No he de revelar, cuando lo refiera, que 15000 no son más que un dólar. Por primera vez me ponía en contacto con la costumbre sudamericana de no dormir, y reparaba en que habíamos entrado en el revés del mundo, allí donde el 17 de noviembre hace calor, donde en la Nochebuena Santa Claus tendrá que verificar su reparto en traje de baño. Los chicos de la orquesta del *Northern Prince,* tres de los cuales —no la integraban sino cuatro— no habían salido nunca antes de Nueva York, ni, a lo que presumo, habían tocado nunca antes un instrumento musical, andaban alelados por las calles. Y como los delegados se habían ido al Copacabana, y no era mi intención reunirme con ellos, los acompañé a aquel cierto barrio cuyo exotismo les intrigaba conocer porque en los Estados Unidos —*you take my word for it*— la prostitución está prohibida, pero que a mí, aun cuando no hubiera visto *Maya*, me era familiar por su equivalente mexicano. Lo que me entristeció, filosóficamente, fue comprobar que los precios se igualan en el mundo, por misteriosos vasos comunicantes; los 10000 reis que aquellas señoras daban a entender, mostrándonos las dos manos abiertas *(she’ll take five* —decía Ben Hirs, el director de la orquesta—), significaban la desoladora equivalencia de nuestros habituales dos pesos. Después de todo, existe universalmente un —¿diremos comunismo?— que iguala los precios en los artículos de primera necesidad, que quedan al margen de la guerra de tarifas.

Antes de retirarme, al quinto *andar* —piso— (donde en una *cadeira* —silla— ya me aguardaba el pijama de marras, frente a un lavabo que por el arte de magia que es común en Rio se había instalado en la alcoba, saliéndose de un cuarto de baño en el que se ostentaba, en cambio, un extraño mueble de forma de guitarra y uso desconocido), los acompañé a visitar varios cabarets. En ellos me fue revelada la profunda belleza de los ojos cariocos, negros, enormes, o verdes, sobre una piel de oro tostado, y el ritmo de una música que hará por siempre suyo mi recuerdo de Rio. ¿Cómo iban a atreverse aquellos pobres, tristes muchachos de la orquesta, prófugos de un Nueva York miserable, alquilados a bajo precio para destrozar estridentes *fox trots,* cuya intolerabilidad nos hacían menos pésima la comida, que habrían bailado en Coney Island con alguna tiesa empleada de Macy's, a exhibir su torpeza frente a la gracia con que estos gigolós vestidos de blanco se balanceaban, giraban, tejían con las mujeres morenas y dúctiles las increíbles figuras a que los lanzaba la música enervante de la *maxixa?* Y era delicioso ver al dueño del cabaret, importante como un niño grande en su primer tuxedo, convocar a la concurrencia, anunciar las piezas, incitar al baile, felicitar a las mejores parejas.

Antes de acostarme me asomé a la avenida Rio Branco. Todavía me reservaba la sorpresa de su sol, de sus almacenes, de su tráfico diurno. Por ahora, los tranvías, los *buses*, todavía no querían retirarse; paseaban de alto abajo por esta amplia avenida bordeada de árboles, con aceras de pequeños mosaicos, como alfombras negras y blancas, y en frente, en la esquina, en los cafés eternamente abiertos, las gentes conversaban frente a sus tazas de néctar negro, cómodamente, sentados al aire libre. Por ahora podría dormir, satisfecho, solo, con una ventana abierta. La noche de Rio vendría a posarse dulcemente en mis párpados. Cuando los abriera, con el nuevo perfume de su amanecer, mi ventana tendría para mí quién sabe cuál inimaginable sorpresa.

El viajero que al despertar en Rio considera que sólo le restan ocho horas de vida, no halla, al vestirse con toda la prisa posible, si consagrarlas a la admiraciósn de la naturaleza, buscar libros o mirar gente. Hace precisamente un siglo que Darwin anduvo por aquí, recogiendo insectos y observaciones; pero de mi visión luminosa de anoche sólo le fue dado participar en la medida de los *lampíridos* que decapitó sin que su brillo se apagara, ni disfrutó de otra *maxixa* que el chirrido agradable de una rana pequeña, "del género *Hyla"*, y los improperios que en portugués deben de haberle dirigido los loritos verdes *(Chrysotis)*, mientras sus compañeros, nuevos Edipos, cazaban grandes monos barbudos de cola prensil. Desde entonces, la mano de la naturaleza, "poderosamente ayudada por la mano del hombre", como observa Phillip Guedalla, la estrecha en una insuperable armonía. Y el mío no puede ser el viaje de un naturalista; aspiro a ser, en toda la mayor modestia del término, un humanista por cuanto me interesa el paisaje en función del hombre. Cierto que el propio Darwin sucumbe a la gratuita belleza del espléndido panorama y al consignarlo a toda prisa incurre el primero en la vulgaridad inevitable de recordar "las decoraciones más vistosas de la ópera o de los grandes teatros", sin que a renglón seguido omita, satisfecho, la declaración que no volvió nunca de estas excursiones con las manos vacías. La mía por las calles no ha de rendirme sino frutos visuales. La decoración del teatro ha sido invadida por personajes orientales de grandes ojos que, aun arrancados, seguirían fulgurando, como en mi más vivo recuerdo, mientras por

todas partes mi nombre me grita, súbitamente vulgarizado, que aquella es la ciudad en que debí nacer. *Rasgou seu terno? Fica* NOVO, *Ouvidor, 160.* El túnel Novo, Novo, Novo, junto a los almacenes de Moveis, que anoche leyó *Movies* Ben Hirsh, en donde se venden a *praço e a dinheiro,* como si no lo fuera el que se da a plazos. La policía militar, con el más bizarro uniforme, va en grandes autobuses, como de paseo, por las calles, llenas de *alfaiaterías,* que son sastrerías. Y si usted *tenhe coceiras,* en cualquier parte hallará el remedio, que no cuidé de anotar. Me entienden perfectamente en el almacén en que compro unas camisas acribilladas de mínimos sellos, y a poco descubro que, en realidad, es cuestión de cantar un poco para que me entiendan mejor, quizá de hablar el español como lo haría un pequeño. De todas maneras me empeño en adquirir un método para aprender portugués, que creo muy fácil, pero no encuentro sino gramáticas portuguesas para aprender castellano. Y es necesario que cuando vuelva por aquí a ostentar un nombre que parecerá un estupendo seudónimo, el Nuevo Salvador, ya sepa bien en cuál de las *feiras* desembarco y cómo tengo que saludar. Por ahora —*¡hélas!*— no *Fica Novo.*

Nuestro padre Cuauhtémoc disfruta en la playa de Botafogo de una vista como su doble no la soñó jamás en el Paseo de la Reforma. Cierto que su sustento es mucho más modesto, como corresponde a un buen político sudamericano, desterrado en Copacabana; pero no por ello puede quejarse. Cuando le abrume la jabalina, cuando le fatigue la contemplación del Pão de Assucar y de ese funicular al que por nada del mundo quise subirme, puede llegarse desde Oswaldo Cruz hasta la playa del Gloria y mezclase a jugar *Volley Ball* con los mozos de piel dorada. No ha de arredrarle su indumentaria que, al contrario, pasará inadvertida en el baile de trajes, entre las grandes mariposas azules de que se hacen mosaicos como en sus tiempos, en su tierra, se hacían de las plumas infinitesimales del colibrí. Se encuentra un poco solo, sin coronas al pie, pero satisfecho de haber conocido, al fin, ese mar por el que se marchó Quetzalcóatl y por el que llegó Cortés, al poco tiempo, a hacerle demostraciones prácticas de piretoterapia.

Y por todas partes el mar, el mar, *recomenzado siempre,* limpio como las nubes que enjugan la soledad del Corcovado, rítmico como el juego en la playa, claro y hecho de la misma sustancia cálida y perfumada del aire.

SANTOS

¡QUÉ dolor abandonar Rio, no haber presenciado sino el primer acto de este ballet quimérico! Mientras nos alejamos, bordeando los peligrosos arrecifes que salen como manos negras a decirnos un cordial hasta luego, *A noite* luce su advertencia desde el único estirado rascacielos, y el Cristo se adelanta, entre la luz de sus candilejas, a recibir las últimas ovaciones. Ya hemos vuelto al redil, confortados y enriquecidos con curiosidades de madera y de ala de mariposa. Algunas señoras se enjoyan con escarabajos cristalizados, y todos se refieren a la baratura de sus adquisiciones, los sitios visitados, sus récords turísticos. Ahora se hace patente nuestra irreconciliabilidad con los seres rubios del barco que no lo abandonaron: el mediquillo, el *purser,* y Mr. Buechlein, los *stewards* sufridos que tienen que

cambiar de corbata tres veces al día, mucho más frecuentemente que los *menús* que sirven, y Charles Neville Rogers, que se embriagó a la vista de Rio. Nos hemos aligerado de pasajeros: casi todos los mexicanos aprovecharán en Rio la semana de anticipación que llevamos con respecto a nuestra cita en Montevideo, y se ha quedado también la señora inglesa y el doctor Lee, aquel cuya perilla y cuya gorra azul me hicieron sospechar que se apellidara Mr. Buechlein, pero que resultó ser un cirujano eminente, y la única persona que bajó las 14 noches en tuxedo a comer *boiled halibut*. Si recuerdo bien, no quedamos más mexicanos que nuestra delegada de los derechos civiles y políticos, su esposo, Bejarano y yo. Fue por el luminoso consejo de Bejarano que descubrí la posibilidad de solicitar un camarote para mí solo, ahora que ya nos faltaban tan sólo cuatro días, pero que ya era posible obtenerlo, porque él también venía padeciendo una bizarra compañía, sólo que no se lo había dicho a nadie, porque es un hombre tan austero y callado que, en realidad, nadie había reparado en su presencia. Sólo acometía unos insólitos desayunos de cerveza y arenques, y se desvanecía en seguida. Cuando llegué a ver al *purser*, Mr. Buechlein estaba solicitándole lo mismo que yo iba a pedirle. Me pareció cortés decirle que yo era un compañero molesto para Mr. Buechlein y "Sí —replicó—, *so he says…*"

Es cuestión de una noche llegar a Santos. Ha tenido Rio la elegancia de desplazar hacia este pequeño puerto la entrega al mundo de su café, las largas maniobras de la carga de los innúmeros barcos que lo visitan a diario. Cuando lo avistamos, como a las nueve de la mañana, la gentil esposa del diplomático se me acerca con su perro. Ella ha hecho muchas veces ese viaje, y no sabe por qué le gusta más la bahía de Santos que la de Rio; tiene un sabor más primitivo…, o será que ha viajado tanto por Europa. Luego se pone confidencial. Ya es preciso que termine ese viaje: cuando se alargan mucho, al final, las gentes se ponen a contar las más necias intimidades, las *pavadas* más grandes. Yo le simpatizo, le parezco una gente *bien*, y va a permitirse darme unos consejos para cuando estemos en Montevideo. Allá la gente es muy católica y es muy conservadora. Sería una lástima que la brillante labor de México fuera a opacarse con las inconsecuencias de X y de Z. ¿No me he enterado? ¡Pero si no se hablaba de otra cosa en el barco! Por eso sus hijas han evitado su roce. El *purser* le dijo que ayer en Rio… Esa actitud es muy mal vista en Montevideo, no será tolerada, será cosa de policía… La señora me iba poniendo nervioso. ¿Qué hacer? Pintaba el cuadro con tan extremados colores que sentí que íbamos a llegar a un santuario de convenciones en que a nadie le sería dable respirar siquiera sin despertar la sospecha de que era un anarquista.

—Y ese hombre misterioso —añadió finalmente—, ¿ha visto? ¡Usa un anillo con una hoz y un martillo!

En ese momento llegó el dulce, el pacífico, el discreto Bejarano por mí para descender, porque el cónsul nos aguardaba en el muelle. Y me volvió el alma al cuerpo cuando vi en su mano, cuidadosamente manicurada, el anillo con el martillo y la hoz. Porque, sin que pueda jurarlo, creo que Stalin no usa anillos.

Toda la tarde me quedé solo, en el muelle, contemplando las maniobras magníficas de la carga del barco. Bejarano se marchó a São Paulo luego que almorzamos en el Club de los Cafeteros

con el cónsul honorario de México, don Brasiluso Lopes, en cuyo nombre fundieron sus padres el de sus patrias. Fue un espléndido almuerzo, en que gusté por primera vez el *churrasco con farofa* y piña *papaia* con los más dulces y permisibles nombres de *abacaxi* y *mamão.* Visitada la Bolsa del Café, la reproducción mural de los primeros navegantes que llegaron a Todos los Santos, el barrio de las residencias y las dos tiendas de curiosidades, si uno no se decide a ir a São Paulo, al serpentario, nada le queda por hacer en la pequeña ciudad. Desde el barco quietamente recostado, el espectáculo de los interminables sacos de café que se seguían como corderillos rechonchos por la banda giratoria hasta los tubos que los escupían en el depósito, en donde eran recibidos por negros forzudos que iban arreglándolos como quien instala su biblioteca, sin dejar de gritarse con ese tono suplicante y engreído del portugués, aprendido de los pájaros; el ruido asmático de las grúas que se sumergían a pescar grandes bultos que izaban en el aire, como un pelícano que no se puede acabar de tragar una lombriz; el chasquido que producían al caer los bultos; los zuecos de madera de los estibadores por la escala del barco, que subían y bajaban limpiándose el rostro, me ofrecía una insuperable, inédita belleza, que era sólo plástica y auditiva. Toda la tarde la música de las grúas, de los zuecos, de las palabras quejumbrosas, pero inminentes, de los hombres, como cuando se aprestan a salvarse de un naufragio y dan órdenes rápidas mientras 10 toneladas se ciernen sobre sus cabezas. Cuando me fatigaba esta vista, me iba al otro lado del barco. Desde allí todo era paz en el agua niña de una bahía que el viento apenas lograba rizar, y las casitas blancas entre el césped abrían la azorada boca de su única puerta sin deseo de comprender nada. Ya un sol *abacaxi, mamão,* nos arrojaba nubes sin trascendencia. Y yo volví a embriagarme en la mecánica sinfonía del muelle hasta que los zuecos sonaron por última vez y se perdieron por la puerta grande, mientas las grúas doblaron el cuello y las luces comenzaron a encenderse. Entonces, como el barco no partiría aún, bajé a caminar por el muelle y pasé revista, hasta donde me alcanzaron las fuerzas, a los barcos anclados en el puerto. Uno, japonés, había llegado al mismo tiempo que nosotros, lleno, hirviente de sucios japonesitos que, en virtud de determinados arreglos con el gobierno brasileño, llegan cada año en crecido número a trabajar en los campos. No hay suficientes nacionales para hacerlo y los recursos del país son inagotables, en virtud de lo cual es, por lo visto, muy conveniente entregárselos poco a poco a los japoneses.

Cuando volví al *Northern Prince* Bejarano me presentó sus condolencias. Con el viaje a São Paulo yo había perdido el espectáculo de una gran ciudad, superior a Rio, y un camino espléndido, lleno de emociones y de paisajes, que asciende a un número de metros que no recuerdo ni aproximadamente.

MONTEVIDEO

Los TRES días siguientes pasan inadvertidos y breves en hacer las maletas, en liquidar las cuentas del barco. Muy de mañana llegamos, el 21 de noviembre, a Montevideo. La víspera, conforme entrábamos al estuario del Plata, un viento irrefrenable se puso a silbar en las cuerdas y en las chimeneas; pero hubimos de tranquilizarnos cuando se nos dijo que lo

verdaderamente temible es el *pampero*, que no se registra en esta época del año. El bar, desaseado, lleno de ceniza, daba aún señales de la despedida que el *younger set* había organizado hasta muy tarde con el millonario argentino. Bien se ve que a pesar de que mi liberación estaba a la vista, el barco era aún mi humillante preocupación, por ignoro qué masoquismo pequeño, y de tal modo había hecho mella en mí la reciente conversación de la señora diplomática que me ponía nervioso la idea de llegar a Montevideo. Me era indispensable, inaplazable, un largo momento de reposo, de recapitulación, para situarme en el mundo extraño en que tendría que vivir por un tiempo breve, pero indeterminado. Por ello, aun cuando en Buenos Aires aguardaba el jefe de la delegación y otros varios amigos entre quienes podría volver a afirmarme, y el barco zarparía dentro de algunas horas, llevándose consigo a la delegada y a Bejarano, preferí, de una buena vez, buscar mi centro en donde, al fin y al cabo, había de residir. Del puerto al hotel la ciudad me pareció pobre y pequeña. Eran las nueve y había muy poca gente en la calle, y los almacenes estaban todos cerrados. Un ascensor semejante a una jaula, estrecho y lento, situado casi en la puerta misma del hotel, me condujo a una habitación triste, de altísimo techo, empapelada de azul y anexa a un baño oscuro y amplísimo, obviamente recién construido. La ventana larga, alta, que daba a unas buhardillas sobre la calle de Juan Carlos Gómez, tenía una triple puerta, más pesadas cortinas. En la luna de un ropero, como hace mucho tiempo no los veía, brillaban los rollizos contornos de mi alta cama de latón, cerca de una mesa de escribir. De un teléfono de pared pendía, como un ahorcado, un magro directorio.

Luego de comprobar que era imposible que el agua fría y la caliente concluyeran un pacto tolerable en mi regadera, salí a la calle en busca de una barbería. Recorrí Sarandí, llegué a la catedral, atravesé la plaza Constitución, y entré al fin en la única abierta a aquellas horas.

—Rasúreme —dije al barbero.

Mirándome con desconfiada extrañeza, en tanto que me ajustaba una especie de camisa de fuerza:

—¿Cómo ha dicho? —me preguntó.

Y como yo, desconcertado, recurriera a la mímica:

—El señor quiere que lo afeite —replicó benévolamente.

Yo no sabía que acababa de pronunciar un mexicanismo. Era mi primera, rotunda discrepancia con, al menos, los barberos de Montevideo. Ya toda la larga hora que me tuvo en sus manos no cesó de tratarme con conmiseración:

—Feo, mal, pelo mal cortado —decía, como si se dirigiera a un niño o a un andorrano, haciendo muecas de desagrado y mostrándome al espejo los efectos de la impericia de su colega del *Northern Prince* en mi cabeza.

—Yo arreglar, dejar lindo. ¿El señor viene de Brasil?

Cuando al fin me soltó volví al hotel a desayunarme. El pan era horrible, no había fruta y la manteca y el café con leche era todo lo que se acostumbraba a tomar a esa hora. Los meseros tenían el agrio gesto de las personas cuyo sueño hemos interrumpido para un menester que les es desagradable. Fui a sentarme en la plaza Constitución, de cuyas fronteras no había pasado porque, como ostentaba ese nombre, me pareció que sería lo mejor que podría ofrecer la ciudad. A fin de cerciorarme pregunté al limpiabotas si no había calles más bonitas que aquellas cuatro, y, tras de mirarme con igual extrañeza dura que el barbero, me dijo un seco

“no sé”.

Ya Bejarano el infalible llegaba con el ministro de México, que no había ido al barco porque no suponía que nos levantáramos tan temprano, pero que ya tenía reservadas habitaciones para todos en el Parque y en el Carrasco. Fui a ver la que me destinaba. Pero como en vista de que soy soltero no dispondría de un baño exclusivo, me resigné a carecer de la brisa directamente playera del Parque Hotel y decidí permanecer en el Gran Hotel, ex Lanata, cuya fotografía pueden admirar los lectores que la busquen en la Enciclopedia Espasa.

Conforme el día avanzaba, el Gran Hotel Lanata iba descubriéndome poco a poco el secreto de su calidad. A las 12, cuando ya prácticamente todos los almacenes estaban abiertos y podía ver desde mi balcón los muebles luises y los jarrones que contiene el Gran Bazar, el triste salón en que bebí un triste y tibio café con leche se había convertido en un populoso bar, frente a cuyas mesillas sorbían *copetines* y devoraban *maní* y patatas y minúsculos sándwiches de jamón, que ensartaban en mondadientes, guapas señoras y elegantes caballeros furiosamente bien peinados a la *gomina*. Para mayor lujo, una orquesta invisible pugnaba por un dominio del aire que le disputaban, triunfales, las conversaciones. Un imprevisto salón a la izquierda desplegaba sus mesas blancas y sus meseros, listos a servir el almuerzo. Los mozos, los porteros, en sus más tradicionales libreas, se instalaban estratégicamente, y en el estrecho vestíbulo, limitado inmediatamente por el ascensor y la escalera contigua, iban y venían huéspedes, solicitaban su correspondencia o luchaban para obtener una comunicación telefónica.

Esto último era entonces particularmente difícil. Por aquel tiempo se empezó a instalar el automático, mas yo tengo la gloria de haber visitado Montevideo cuando todavía asomar el oído a un audífono equivalía a escuchar un trozo selecto del Caos. Cordón, Aguada, Pocitos, eran algunos de los nombres que tenía uno que anteponer al número deseado, y una vez que le confiaba su deseo a la telefonista, se ponía a escribir o leía un diario. Ella le notificaría cuando el milagro de escuchar no una voz, sino muchas, le aguardaba, por el precio de una.

Por la tarde, y según este procedimiento, llamé a la legación de España. Enrique Díez-Canedo vino en seguida gentilmente por mí. No podré describir el bien que me hizo verle, pues aunque cuando estuvo en México no lo traté apenas, ¿quién de nosotros no leyó sus traducciones, no conoce su interés y su cariño de buena ley por las cosas de México, su amistad con nuestros escritores? Encontrarnos en Montevideo constituía para mí un milagro y una salvación inmediata. Poco antes del viaje yo había confiado a su bondad la entrega de algunos libros míos, vergonzosamente tardía reciprocidad a los que de algunos poetas uruguayos había recibido, y ahora le preguntaba por Ildefonso Pereda Valdés con una insistencia que más tarde les causaría extrañeza a los amigos escritores que hice en Montevideo, pero que dimanaba de que era él quien más asiduamente me había enviado sus libros, y temo que el único a quien hubiera avisado recibo, particularmente cuando, a raíz de recibir sus poemas onomatopéyicos de negros, me permití preguntarle si conocía el *Congo*, de Vachel Lindsay, que yo le recomendaba, y a lo que me contestó que no lo conocía. Enrique me dijo que no se sabía de él con exactitud, y abandonamos el tema.

Mientras hurgamos en La Bolsa de los Libros sondea mi conocimiento de la literatura uruguaya moderna. Ya he dicho que es nulo. No estoy, sin duda, *á la page* cuando expreso el deseo de saludar a Juana, a Sabat Ercasty, a Silva Valdés, a Frugoni, a los Guillot Muñoz, a

Oribe y a Luisa Luisi. Justamente frente a mis ojos está un libro, fresco y con prólogo de Enrique, *La clepsidra de los éxtasis,* de nombre herrerareissignado. Y le confieso que no he leído *El hombre que se tragó un autobús,* de cuyo autor me informa que, con posterioridad a esa inusitada biografía, ha escrito un volumen que se titula *Se ruega no dar la mano.* Como de Larreta *Zogoibi* hace unos años, ahora, tras del *Embrujo de Sevilla,* tendré que leer *El gaucho florido,* de Reyles, y mucha parte de las ediciones Anaconda que inundan El Palacio del Libro, las otras librerías que cruzamos y aun los quioscos de diarios y revistas. Iremos, además, a conferencias. Pasado mañana sustentará una sobre Buda el doctor Grompone, en la YMCA. Hay conferencias casi todos los días; ahora menos, porque es el verano, pero no me faltará ese pan del espíritu.

Mientras llega su coche volvemos a Lanata. El salón del copetín matinal ha sufrido una nueva metamorfosis. Sus mesillas se han vestido unos manteles azules y sobre ellos nuevas guapas señoras consumen tazas de té con leche, pero de mucho más leche que té, y *masitas*, que llaman a los pasteles franceses. Como ya son las siete quedan pocas señoras. En cuanto los mozos acaben de retirar los manteles azules irrumpirán de nuevo los señores muy bien peinados para el *copetín,* el *maní,* las patatas y los sándwiches, preludio, como en la aérea orquesta, de la comida que ha de verificarse en el salón de la izquierda, con un pomposo arsenal quirúrgico y jugosos *bifes, chauchas, zapallitos* (todo lo demás está en francés y esto —*¡hélas!*— no está en mexicano), bajo la dirección eficaz del *maître* italiano, que, en cuanto uno produce un cigarrillo, salta a encenderlo y agrega, con una inclinación: “El señor no tiene por qué molestarse teniendo un esclavo a su lado”.

Nos vamos a la legación. La señora Díez-Canedo me recibe cordialmente y me presenta a las chicas y a don Joaquín, que se toma ya tan en serio porque tiene 16 años. En torno a aquella mesa perfecta de familia me siento profundamente confortado. Ignoro la conversación, entregado a empaparme en la dulzura de aquel hogar español en que, bajo la mirada de un padre inteligente y de una madre como ya no se dan, crecen a descubrir el mundo y a embellecerlo dos lindas niñas que se dirían gemelas y un chico locuaz, puro y simpático que ya se cree un hombre cuando —perdóneme, señor don Joaquín— no es más que un *botija*, como dicen allí donde usted aprendió alemán y lunfardo.

La ciudad se me va entregando muy poco a poco, pero a cada momento que pasa me revela un nuevo, cautivador aspecto de tal suerte inédito, que se diría que se renueva con las horas. De mi provinciana y miope visión de esta mañana, del pequeño jardín, la quieta plaza Independencia, muerta a las 10 de la mañana, no quedan sino vagos residuos. Conforme avanzó el día, un bien organizado ejército de taxis, autobuses, tranvías y personas confirió una armoniosa vida a las calles, derramándose en ellas sin prisa, con lenta gracia. El mar, visible desde Sarandí, desde Juan Carlos Gómez, desde Cerrito y Juncal —este pie de imprenta—, fue siendo vencido en mi progresivo urbanismo, y cuando descubrí —¡una calle adelante!— la avenida 18 de Julio, la plaza Artigas con su airosa estatua ecuestre que vuelve grupas a Buenos Aires, ya no pensaba en él. Del insolente palacio Salvo en adelante, cuya torre iba a ser en lo sucesivo mi faro diurno, la amplia avenida se perdía en el horizonte hacia los barrios residenciales, y el mar que en éstos, por la Rambla y Pocitos, se disfrutaba, ofrecía, con todo y no serlo, un aspecto más confortable.

Luego vino la noche y con ella la revelación de una vida condicionada por los cafés, los tardíos teatros —la función más temprana comienza a las 10 de la noche— y los todavía más desvelados cabarets. Ahora sí se entendía, en virtud de una noche tan populosa, una mañana tan desolada que consagrarían a dormir. Tres teatros daban funciones; pero los uruguayos se mostraban particularmente orgullosos del Solís, no tanto por su contenido actual, que era una compañía bastante mala procedente de Buenos Aires, sino por su arquitectura. A tal grado disonaban la arquitectura y la compañía, que la compañía tuvo que abandonar a los pocos días la arquitectura, pues, en mala hora, les vino la idea de cubrir ésta con grandes carteles que la convertían en una barraca de feria (como lo requería el ingenio maxreinhardtiano de su director para el estreno de *La tanda de dos centavos)* y el decoro municipal no pudo sufrirlo. De suerte que sólo quedaron abiertos el 18 de Julio y el Artigas. Por ventura, en ellos podían verse las mismas piezas que en el Solís y aun por los mismos cómicos. Un galán joven muy experimentado (lo había sido por 40 años) cantaba letras criollas adaptadas a *fox trots* yanquis al frente de unas 20 chicas del coro. Y la huella de Pirandello, cuyo *Cuando se es alguien* se había representado recientemente (recién, como allá dicen), se advertía no en el conflicto de la personalidad, sino en que, casi invariablemente, la representación comenzaba fuera del escenario, con un altercado entre el gallego y el gringo. Ya luego se alzaba el telón y uno podía ver las *macanas* del viejo mimo italiano, los acaramelados duetos del galán joven o el monólogo emocionado de un cómico que hablaba de la triste suerte del *canillita* (a quien el poeta Frugoni compara con un pájaro de un ala), de la trascendencia de los buzones de correos, llenos de cartas que iba leyendo, o de la lechuza reivindicada en la historia de un gaucho. Pero todo podía tolerarse con tal que apareciera, al fin, Lolita del Río o Sofía Bozán a cantar tangos y rancheras. Por dondequiera se hablaba de Gardel. “Carlitos”, como le decían, rey del tango, que desgraciadamente no estaba entonces en Montevideo. Pero a falta de él había otros cantores y estas dos interesantes mujeres, de estilos tan diversos. Siempre recordaré a Lolita del Río con *Milonga sentimental* y a Sofía Bozán, rea, sin voz, pero con voto, en *Tómalo con soda.*

Todavía el tango no penetraba en mí, remiso, del modo avasallador con que más tarde habría de ganarme, cuando lo *sintiera* más claramente. Pero desde luego advertí que, al revés de lo que ocurre con nuestra música habitual, norteamericana, o con la que confeccionamos nosotros, merced a ese oído mexicano tan alabado que es parte de nuestro sentido artístico no creador, sino buen imitador (la caricatura es una imitación deformadora), que suele engreírnos hasta que ya no la toleramos más, y entonces la silbamos si se atreven a tocarla; los porteños han dotado al tango de un contenido emocional tan importante que el más viejo se escucha con igual devoción que el más reciente, y aun a los que ya nosotros olvidamos de puro sabidos, de los raros que nos solían llegar, como *La copa del olvido*, *Percanta que me amuraste*, *A media luz,* se les consagra como *Los tangos de oro,* y son objeto de un volumen con prólogo de Fernán Silva Valdés, el poeta nativista del Uruguay, de quien he de ocuparme adelante. En cuanto a *La cumparsita,* es, como me decía Ernesto Pinto, un segundo himno nacional. Sus primeros acordes vibran en todos los corazones y los hacen gritar con la emoción que a los yanquis les arranca el mejor puñetazo de Baer a Carnera, a los españoles una verónica de Cagancho, *La Adelita* a nuestros soldados. Cuando, gradualmente despojado de mi nostalgia, fui entregándome a la cerrada seducción de Montevideo, el tango fue la última, pero la más

gloriosa puerta que tuve que forzar. Una vez entrado en su ritmo viril, cortante, quejumbroso sin debilidad como una clara garganta, en que no entra para nada el saxofón que entre nosotros lo desnaturaliza y apaga, sino cuatro bandoneones que se desmayan y retuercen poseídos, y cuatro violines clarísimos, y un piano tocado con la desgarradora fuerza con que debe tocarse Chopin, sentía que poseía el secreto de aquella tierra —y este secreto es que aquella tierra me poseía—. A partir de entonces, el Tupi, el 18 de Julio, la feria del parque Rodó a la orilla de Pocitos, Lanata, serían para mí sitios no sólo habituales, sino indispensables. Y el *copetín* y el café a las dos de la mañana, que en vano me señalaba el alto reloj luminoso, pretextos para sentarme a ver desfilar unas vidas extraordinarias, mientras mi pronunciación se deformaba y la *ll* silbaba en mis dientes, bajo el sombrero de alas anchas que tuve que comprar, porque el neoyorquino, de alas muy cortas —“no hay nada qué hacer”, como me dijo el de la tienda—, era muy feo. Y fui iniciándome con agrado en todos estos ritos externos del orientalismo, mínimos ingredientes que me disponían, en cualquier sitio, a sentarme a *sentir* un tango. Mientras sonara uno, ¿quién pensaba en dormir? Todavía, cuando en mi alto cuarto me asomaba a verificar una lluvia escandalosa de cinco minutos, vencida por las estrellas, oiría *patotas* siempre insomnes cuya discusión, iniciada en algún café, no llevaba trazas de acabar nunca. Y yo amaba escuchar, hasta perderlas, estas voces en que el *che,* el *no digás macanas*, el *mandate mudar,* el *andate* y luego un prolongado *qué quieeere* ponían como en prosa los tangos lindos de que había florecido la noche.

Había, por supuesto, muchas otras cosas que hacer por las noches. Pero todas giraban alrededor de los cafés. Curioso de una vida menos civil, me di a explorar los barrios bajos, los cafetines en que se bebe cerveza, los automáticos y los cabarets más populares. En uno de éstos aprecié la distancia geográfica con mayor profundidad que nunca. La *mina* —supongo que así debo llamarle— rubia que se hizo cargo de mí y cuya sed irreductible de cerveza que el mozo le servía en vasos estrechos estuvo fuera de mi comprensión hasta que no me confesó que la bebía por deber, porque si no realizaba un consumo determinado, que le rendía 15 centésimos por vaso, la echaría el patrón, y cuando le ofrecí, redentor, una suma que me pareció suficiente a libertarla del suplicio de la cerveza, la aceptó para sándwiches, pero siguió bebiéndola porque ése era su amargo destino; al enterarse de que yo era mexicano, entrecerró los ojos, echó atrás la cabeza, y dijo:

—México… ¿Eso está por Brasil?

Y como yo le dijera que no:

—¡Ah! —replicó—. Entonces debe estar en París.

Y se levantó a bailar una ranchera argentina, que hasta entonces yo había conocido con el nombre de *Jarabe tapatío,* pues hasta Anna Pavlova lo danzaba con él. Julio Torri, que estuvo allá con Vasconcelos en 1922, me había documentado sobre un cierto barrio, a la orilla del mar, que le parecía interesantísimo. Pero ese barrio desapareció ya, fue destruido para edificar sobre sus escombros una rambla que comunica ampliamente el centro de la ciudad con la playa Ramírez. No quedan, cerca de él, sino las conocidas pequeñas puertas con la luz encendida. Los orientales se duelen de que el gobierno, a quien culpan de muchas cosas, le haya arrancado al puerto sus tradiciones, haya cerrado multitud de cafetines antaño pintorescos, haya anulado la plaza Zabala, hoy oscura, triste y desierta, y de que los *milicos*

persigan de sus madrigueras a los *malevos* y a los *compadritos*. Cada *canillita* es un *malevo* en potencia. Con su gorra, el brazo cargado de diarios, los vocea sin descanso. Hay multitud de diarios, y su grito se renueva, como la ciudad toda, con las horas. Cuando uno cree haber comprado ya todos los diarios, ellos gritan *Día,* aunque lo que realmente venden es *El Ideal*. Agotadas sus ediciones, se desparraman por los automáticos, por la playa Ramírez, por los parques, o bien entran a un *biógrafo,* en busca de programas. A Ortega y Gasset las calles de Buenos Aires, al atardecer, lo hacían pensar en Kant porque, lo descubrió luego, los *canillitas* vocean *Crítica, La Razón*. Los *biógrafos* en Montevideo me daban una infinita lástima, de Plutarco a Maurois, particularmente desde que descubrí uno, en una esquina de la plaza Artigas, en que los programas —en el buen sentido— se confeccionaban conforme al mecanismo de que se vale el Arcipreste de Hita: "Y si algunos (lo que no les aconsejo) quisieren usar del loco amor, aquí hallarán algunas maneras para ello…"

En mis exploraciones por los barrios descubría el pijama como traje de calle. Asomados a las ventanas, o indolentemente echados en una silla a la puerta de sus casas, numerosos señores de edades surtidas se ostentan como si acabaran de saltar de la cama o como si ya se dispusieran a meterse en ella, aunque lo peculiar es que, sin duda, se despojan del pijama para dormir. Parece que la costumbre es bonaerense. Pedro Henríquez Ureña me explicaría más tarde que invariablemente todos los años aparece en un diario del Plata el mismo artículo de crítica social, que se llama "El pijama, traje nacional". Pero ha cruzado el río y ha sido acogida con beneplácito en Montevideo, en donde se quejan los naturales de que los porteños les hayan venido a enseñar muchas malas manías. El resentimiento entre los orientales y los porteños, que parece tan viejo como la opinión en que, por su parte, Sarmiento tiene a Artigas, se manifiesta de un modo sordo, discreto, pero bien perceptible al extranjero. Los argentinos son ricos, ociosos; vienen todos los años a las playas a veranear y siembran las malas costumbres que en París aprendieron. Muchos filósofos han elaborado teorías sobre el carácter argentino, como quizá adelante veremos, y parecen acordes en diagnosticarle un narcisismo en cierto modo saludable que lo lleva a pensar que ya es lo que aspira a ser. Entre la gente del pueblo de Montevideo, Buenos Aires aparece como una ciudad de leyenda, a la que es una verdadera tragedia que no les sea posible ir estando tan cerca. Si interrogamos a tipos un poco más elevados, los *mangueros* del Tupi (como un *mango* es un peso ya se deja entender que *manguero* es el sablista elegante y profesional, engominado y adicto a las drogas), hallaremos que se hace pasar por un argentino venido a menos. Y en cuanto a los intelectuales, se ufanan de una real tradición limpiamente uruguaya, de ilustres nombres, no contaminada por el hecho de que un buen número de ellos haya tenido que refugiarse en Buenos Aires cuando los *milicos* se ponen intransigentes, porque desde los viejos tiempos de Rosas ambas ciudades ejercitan un fácil intercambio de desterrados. El tango mismo, dicen, es uruguayo de origen.

Se diría que las mujeres, no sujetas a todas estas peripecias, se han encargado con fervor de sostener y continuar una cultura nacional, que ya cuenta en el pasado con María Eugenia Vaz Ferreira, de preclaro apellido, con Delmira Agustini, y en el presente con Juana, con Luisa Luisi, para no mencionar aún a las que habría de conocer más tarde, y que si bien participan a primera vista de los rasgos de universalidad comunes a sus hermanas de Buenos Aires, su actividad diaria en conferencias, en exposiciones en la Sociedad de Amigos del Arte, que

preside Angélica Cusich, tiene un sello de austeridad desdeñosa de lo que no sea su círculo, su ambiente, su mundo, que ya no parece pretender imitar ni fundirse con otro alguno. Jules Supervielle las mira, demasiado a la ligera, por desgracia, entre el aire feliz de su Montevideo natal y descubre en ellas *“une jeunesse exceptionelle… Ces têtes claires comme un beau climat derrière une vitre pure. Ces yeux francs, ces figures de proue, cette flotille vivante de belles jeunes filles et jeunes femmes”…* Y señala, sagazmente, entre *“cette pureté des traits, cette audace dans la démarche et dans les grands yeux, cette façon de toiser l’étranger, cet air d’infaillibilité”…*

En la conferencia que el doctor Samuel Grompone sustentó sobre Buda en la YMCA la tarde del 23 de noviembre conocí a varios escritores uruguayos. Con Enrique Díez-Canedo fui a visitar la exposición de pintura de don Pedro Figari en Amigos del Arte, y en seguida, con un retardo que a Enrique no le preocupaba, llegamos a la YMCA. Todavía no empezaba la conferencia. Por los corredores, en los salones anexos, llenos de gente, Enrique se detenía a saludar y me presentaba, con la aclaración marginal de que yo era un escritor mexicano. Algunas personas me identificaban vagamente con alguna afirmación semejante que habían leído alguna vez; pero ni su extrañeza hería una vanidad de que carezco ni, en último término, me era dable culpar sino a mi falta de sentido administrativo, ya que a mis interlocutores les eran, en cambio, familiares las obras de escritores jóvenes mexicanos que yo a mi vez desconocía porque no se venden en México, pero que evidentemente sí son enviadas a todos los países del orbe con cálidas dedicatorias. Una vez que el doctor Grompone pronunció, con los ojos fijos en el aire, sin mirar una sola vez a su numeroso auditorio, su conferencia sobre Buda, volvimos a reunirnos en el salón y empezó a tomar cuerpo la aterradora idea de que yo hiciera algunas conferencias sobre la literatura de mi país. Yo no traía conmigo libro ni papel alguno, y habría sido a mis ojos bastante extraño tener que hurgar entre los de Enrique para organizarlas, porque yo no me acuerdo de las cosas, sino en su lugar, y arrancado de él, conservo el recuerdo, pero no la memoria; la falta de costumbre me hace, al viajar, incapaz, sino de recibir. Como el conde de Keyserling, al llegar a la Argentina, pero sinceramente, estuve a punto de declarar: “No he venido aquí para enseñar, sino para aprender”. Sabemos cosas, al pronto, en función de un ambiente: tan sólo un nadador experto se pone a bracear después de un clavado. Pretexté que mis arduas labores en la Conferencia Panamericana no me dejarían apenas tiempo, y hablamos de otra cosa.

De pintura, por ejemplo. Con todas las proporciones guardadas, confieso que sentí un gran alivio al descubrir que la obra de Diego Rivera no es conocida en Montevideo. La exposición que acababa yo de visitar exhibía la de don Pedro Figari, que ha consagrado su larga vida a las más diversas y elegantes actividades —político, hombre de ciencia y de letras— y que, pasados los 50, emplea sus ocios en pintar óleos con motivos de criados negros, patios coloniales, trozos de la Pampa y otras telas muy celebradas en París y en Buenos Aires. *Recién* estuvo por acá Alfaro Siqueiros, pintor mexicano; dio conferencias y dijo *pavadas* y *macanas* tan grandes como que la pintura, y el arte todo, deben ponerse al servicio del proletariado. Como era natural esperarlo, no tuvo ningún éxito, y en Buenos Aires, cuando repitió sus impertinencias, le fueron interrumpidas y se le clausuró o se le negó el salón en que daba sus conferencias. “Eso no reza con nosotros”, dijo el lánguido joven que me refería la aventura de Siqueiros.

Y, sin embargo, David Alfaro Siqueiros está casado (o el equivalente comunista del matrimonio) con Blanca Luz Brum, que aparece en la *Antología de la moderna poesía uruguaya* con el apellido de Miró Quesada, viuda del poeta uruguayo Juan Parra del Riego, que hizo un libro con su nombre, representada en la *Antología* por un poema, "Revolución", que ya anticipa su identificación con las ideas de Siqueiros, y por otro, *Volveremos a mis campos* (treparemos a los cerros / A comer burucuyá, / iremos a los bañados / A apedrear a los chajás), que también, en cierto modo, parece anunciar esta vuelta a sus campos a que la acompañó el pintor, y aun su inclinación a apedrear. Antes de su viaje, cuando vivían en México, Blanca Luz me honró con un ejemplar de su *Penitenciaría-Niño perdido,* en que da forma literaria a las visitas que en la cárcel hacía a David. Ese libro lleva, en su nueva edición uruguaya, un nuevo título.

Es lástima que David Alfaro Siqueiros no haya sabido repetir en Sudamérica la hazaña que con tanto gusto y provecho para todos realizó Diego Rivera en Norteamérica. Si en vez de echar discursos incendiarios se hubiera puesto —que sé yo— a la disposición de los Alzaga, por ejemplo, en Buenos Aires, habría ganado *plata,* y ya más tarde podía haber cometido atrocidades murales en el Jockey Club, que hicieran famosa su pintura, su hasta entonces no sospechada ideología, y que le permitieran, en vez de andar pasando hambres, escondido, perseguido por la policía, comiendo burucuyá con Blanca Luz, volver a su patria y comprarse un buen automóvil.

Y no hay pintura mural en el Uruguay. ¿La hubo, para darle la razón, cuando el buen don Francisco Acuña de Figueroa escribió su epigrama número 993? Hay, en cambio, escultura, de que se realizan exposiciones en Amigos del Arte, que se estudia y practica en esa casa de la avenida 18 de Julio, en que una mañana entré, sin que nadie me lo impidiera ni reparara en ello, que se exhibe en los parques y que inspira el hijo de Zorrilla de San Martín, autor en bronce de lo que su padre cantó en verso, y buen gusto por los conciertos. Se advierte, en general, desde estas primeras conversaciones con la *intelligentsia* uruguaya, que todos se llevan bien, reconocen su mutuo valor, conviven sin intolerancias y su constante superación encuentra un vivo estímulo en ello. Si uno de aquellos jóvenes, ya más entrado en confianza, me confesaba que le parecía impropia alguna reciente conferencia que Susana Soca había pronunciado sobre el *Orlando* de Virginia Woolf, no debo pensar que su deseo de haber escuchado, en cambio, otra que le enterase de la literatura guatemalteca sea sino personal, ni, en el caso, justificado. Cuando un país, como el mío, tiene una cultura indígena valiosa, perdurable, manifiesta por cuanto ha sido enriquecida y no reemplazada por la europea, la duda surge a cada instante y el esfuerzo por superar una personalidad —o una nacionalidad— en el doloroso, biológico proceso de cuya realización reside su problema y su gloria, no puede circunscribirse a las letras, ni siquiera apoyarse en ellas, y el arte, como la vida, mezcla dos ingredientes o, desnaturalizándose, se decide por uno de ellos. Así, en México, las escuelas de talla directa o de pintura que se abren a los chicos indígenas o mestizos les brindan la ocasión de revelar no sólo contenidos, sino aun formas de expresión que dormían en su subconsciente colectivo y que les son adecuadas, en tanto que su profesor, más instruido, traiciona su técnica cuando pretende modernizar su objeto. Por eso, Diego Rivera, que los pinta en calzones y bajo fardos, resulta más legítimo pintor mexicano que Herrán, cuyos indios

atléticos, ornados de plumas y de joyas, ofrendan pebeteros. Porque ni el tiempo ni la sangre fluyen en balde sobre la tierra, Elie Faure descubre en Diego los viejos ídolos; pero a través de Goya, la escultura mexicana, pero latente en quien ha visto y sentido al Giotto, y así la forma y el contenido van volviéndose universales a tiempo que devienen eternos porque se apoyan en un firme pasado. Pero en el Uruguay no hay charrúas: el último, de ojos azules como los de su madre, murió en un libro. Los españoles (para emplear la frase de uno de ellos, que me vendió un *rancho)* no tuvieron, como sí tuvieron en México, “el estómago” de casarse con las indias ni, por lo demás, les daban tiempo los charrúas que en un momento de descuido se despacharon en 1515 a Díaz de Solís y sus acompañantes. El veneciano Cabot inició, precursor, la inmigración *gringa* que el Plata no ha cesado de recibir y el pasado racial es todo lo reciente que el gaucho, vuelto “malo” cuando también lo arrinconaron. La cultura tiene por fuerza que ser diferente y más fácil la asimilación a un medio virgen de que se ha desterrado al hombre. En este medio virgen, como en el espíritu de Rodó, las patrias de Shakespeare, de Dante, de Platón, de Montaigne, de Cervantes, se conjugan en seres nuevos. Así, leyéndolos, meditando su *Marco Aurelio,* discutiendo a Renán, admirando en ligeros paréntesis a France y a Darío, conversaba, iba a la confitería del Telégrafo con sus tres ilustres amigos, dialogaba su insomnio por la calle Colonia, por la Calle 33, el menor de los siete hijos de don José Rodó, “español oriundo de Cataluña y doña Rosario Piñeyro y Llamas, de una patricia y acomodada familia del país”. Y estas calles de evocadores nombres que yo ahora recorría —Yí, Ituzaingó, Cerrito— le veían ir y venir a las imprentas, conmoverse por una independencia de Cuba que le granjeaba el favor de los Estados Unidos. Su espíritu, nutrido de cultura europea, no tardaría en rendir el fruto de la más alta lección de americanismo. Ariel bullía en su mente.

Deben de existir, sin duda, grupos, tendencias más o menos en contra entre los escritores uruguayos, pero yo no me percaté de ellas, ni creo que vayan más allá de una omisión en alguna antología, una leve maledicencia. A la conferencia siguiente los hallaremos reunidos, escuchando con reverente atención lo que de nuevo puede decir uno de ellos sobre temas quizá un poco siglo XIX, pero a los cuales es siempre bueno volver, y la charla, previa o posterior a la conferencia, los entera de sus proyectos, de sus estudios. *A través de los libros* Luisa Luisi nos ha presentado a Reyles, a Juana, a Silva Valdés y a Sabat Ercasty. En Amigos del Arte cualquiera de ellos nos presentará a Luisa Luisi. Y cuando Juana, que vive casi fuera de la ciudad, que no ha querido instalarse un teléfono, llegue a escuchar la conferencia de Sarah Bollo sobre Novalis, un afectuoso murmullo nos la señalará en esa guapa señora, de magníficos ojos, vestida de negro.

En esta conferencia conocí a Juana de Ibarborou. Sarah, a quien fui presentado la víspera, en la del doctor Grompone, ha recibido de sus manos la ofrenda de una poesía personal, impregnada de un misticismo que en nada se parece a la afirmativa, fértil pasión de Juana, la de *Raíz salvaje.* Si en alguna otra poetisa hacen pensar los *Diálogos de las luces perdidas* y *Los nocturnos del fuego,* será en Elynor Wiley, y tengo la esperanza de que Sarah no haya leído *Nets to Catch the Wind.* El tema de su conferencia no fue escogido sino por un revelador azar. Terminada, Enrique Díez-Canedo me presentó a Juana; muestra un real interés por México, me pregunta por amigos comunes, y concertamos, para estos días, cuando haya

llegado Alfonso Reyes, una reunión en su casa. Contrariamente a la imagen que suelen hacerse de ella sus lectores o, mejor, sus imitadoras de otros países, no sólo es una mujer normal, discreta, indiferente a su renombre, carente de toda *pose* literaria, sino adornada por un delicioso *sense of humour*. Quienes, al pensar en ella, imaginen las crenchas húmedas y sueltas, los brazos desnudos, los ojos febriles, ignoran la fina diferencia que delimita el arte de una vida consagrada a ser madre de su mejor poema, que es su hijo; señora de una casa, cuyo jardín, cuyos rincones todos han sido tocados por la mano de una mujer que pone en serlo vital, íntegramente, su mejor ejemplaridad de gran poetisa.

Cuando llegaron a Montevideo el jefe de la delegación mexicana a la conferencia y sus demás miembros, los recibí con aquella cierta superioridad que confiere el derecho del primer ocupante. Yo sabía ya a qué distancia quedaba el hotel Carrasco y, aproximadamente, qué número de baños no tenía el Parque. De suerte que los plenipotenciarios se fueron al Carrasco y otros al Parque; pero yo induje a Juanito Correa Nieto a vivir en Lanata, en mi céntrico hotel, *rendezvous* copetinesco de lo mejor de Montevideo, las peculiares distimias atróficas de cuyos cuartos de baño, insolubles para los huéspedes, son inmediatamente resueltas por el *mucamo* gallego o por la también gallega *mucama*. Ésta tenía 25 años de servir en Lanata, desde que llegó, moza, de España. Había conocido a los huéspedes más distinguidos: la Tina di Lorenzo, María Guerrero y su marido. Y como yo le pregunté si recordaba haber visto ahí a Anatole France:

—¿El novelista francés? —me dijo—. ¿Uno con barbas y con un secretario? Sí —agregó después de breve esfuerzo—; tenía la habitación del fondo, con recibidor. Gastaba mucho papel.

Nunca he oído mejor definición de France, de labios de una *mucama,* al menos. Sin embargo, en estos hoteles de Montevideo, en que han pasado tantas cosas, se olvidan todas ellas, y aun se procura ocultar las que todo el mundo conoce. Amado Nervo murió en el hotel Parque, y sus dueños se han negado categóricamente a que una placa indique el hecho y la habitación en que se registró. Y así por el estilo…

La misma tarde en que llegaron los delegados ofreció el ministro de México un *recibo* en la legación, al que nos aconsejó concurrir una hora después de la fijada en las invitaciones. Pero yo tenía, sobre mis compatriotas, el privilegio de saber que esto es lo que debe hacerse. Nuestra pequeña legación se fue llenando poco a poco de gente. El tono del diálogo fue subiendo, subiendo, hasta que asumió el carácter de una inmotivada protesta colectiva; porque como nadie dejaba oír a nadie, todos hablaban cada vez más fuerte. Yo me escurría de un lado a otro, tímido, sin saber qué hacer, hasta que dos señoritas, a quienes había encontrado en Amigos del Arte se pusieron a conversar conmigo. Hablamos de las conferencias.

—Acá —me dijo una— Carlos Reyles nos habló recién sobre un escritor francés muy interesante; es posible que lo conozcan en México, es Proust, Marcel Proust.

Yo tuve que aceptar, resignado, que sí lo conocíamos un poco.

—Es —continuó— un escritor muy raro. Figúrese usted que nunca había escrito, y una vez, en un recibo, le dieron chocolate. Mojó una magdalena e inmediatamente se puso a escribir. Y era tan raro, que hizo forrar su cuarto de corcho para no oír ruidos.

—Sí —me atreví a replicar—; pero mojó la magdalena en té.

—Ah, no —repuso indignada—; fue en chocolate, che, ¿no es verdad? —dirigiéndose a su hermana—. ¿No dijo Carlos Reyles que Proust había mojado la magdalena en chocolate? ¿Verdad que no fue en té?

—No —aclaró la hermana—; fue precisamente en chocolate.

Era evidente que mi autoridad acerca de la nutrición de Proust no bastaría a convencer a esas dos lindas chicas del líquido punto de partida de la sinfonía proustiana, ni de que es a Juan Ramón Jiménez a quien se atribuye la celda de alcornoque. Iba muy a mano Alfonso Reyes y convenía que sus autorizadas palabras nos reconciliasen.

—Díganos, Alfonso —le pregunté—, ¿en qué mojó la magdalena Proust?

—En té —respondió desconcertado, y siguió su camino. No las convenció su prisa, y hubimos de recurrir a Díez-Canedo.

—Enrique —le dije—, estas dos señoritas insisten en que Proust mojó una magdalena en chocolate y forró su cuarto de corcho. Yo les aseguro que la mojó en té, y ellas se niegan a admitirlo. Sírvase dirimir esta cuestión.

—Ninguno está en lo cierto —explicó—: según mis noticias, mojó la magdalena en corcho y forró su cuarto de chocolate. ¿Pasamos al *buffet?*

Pasamos. Anonadadas, pero rebeldes, aquellas aristocráticas chicas que por seguir la moda iban a conferencias y que escuchaban mal las explicaciones de Reyles, derivaron su rencor hacia el conferenciante, se sintieron defraudadas; ya en adelante no podrían hablar con libertad de los autores, apoyadas sólo en las conferencias; tendrían que renunciar a hacerlo o habrían de cerciorarse por propia cuenta leyendo sus obras. Todavía las oí murmurar furiosas:

—Che, ¡qué macana! Pero ¿has visto? ¡Qué clase de conferencias nos dan!

Mi tranquilo Montevideo fue súbitamente invadido por delegados de toda la América, que venían a celebrar conferencia. Los hoteles del centro de la ciudad se llenaron de ministros, de técnicos en muy arduos problemas, y las horas del *copetín* y del rico té con leche del viejo cuento de Quiroga eran ahora mucho más concurridas. La orquesta se ejercitaba, balbuceante, en *fox trots* y en trozos selectos de ópera, como si pretendiera sondear el gusto de los recién llegados. El jefe de nuestra delegación y los plenipotenciarios se instalaron en el hotel Carrasco, y allá íbamos a visitarlos Juanito y yo, cuando el deber nos indicaba que era oportuno decidirse a realizar aquella prolongada excursión. Sin duda, el Carrasco debe de ser un hotel muy elegante. Entra uno en el coche por una especie de *subway,* y un lento ascensor lo deposita en el piso deseado. A veces nuestros amigos nos invitaban a almorzar o a cenar, y entonces nos instalábamos en aquel gran salón con cortinajes rojos, y el menú en francés nos era presentado con una reverencia por un mozo; pero este mozo no nos serviría, sino otros dos o tres que, desde lejos, mirábamos acercarse empujando, uno, el sillón del paralítico pollo cubierto por una campana de plata que el otro levantaba, como un prestidigitador honorable, para que viésemos que no iba a hacer trampa, que ahí había un pollo asado. El tercer mozo entregaba al primero los, diremos trastos, en lengua tauromáquica, o el instrumental, en vocabulario quirúrgico. Unos grandes cuchillos que, sin retruécano, nos ponían carne de gallina; de la cual, con un gesto de consumado violinista, separaba al fin una tajada, la depositaba en nuestro plato y alejábase detrás de su cochecito. De otro tomaba, como quien coloca un buen par de banderillas, un poco de ensalada, y se alejaba, y se alejaban. Al final, el

desfile de coches podría habernos hecho pensar en una exposición de niños de pecho si la muda oratoria a que nos obligaban las moscas no hubiera desviado nuestra imaginación y nuestros brazos. Con todo y que es un verbo feo, lo cierto es que las moscas pululaban, zumbaban, se resistían a no compartir con nosotros aquellos deliciosos manjares en francés. Privilegio de los hoteles de primerísima clase, también las había en el Parque y tampoco preocupaban a sus dueños. La exuberante naturaleza sudamericana las reproducía por millares en estas playas, que no son propiamente de mar, y que invaden langostas muertas, que no son propiamente langostas. Este año no vinieron millonarios argentinos a veranear al Carrasco, como me dicen que antes solían hacerlo. El salón de juego se abrió una noche a las 11; no había en las terrazas sino los plenipotenciarios mexicanos y nosotros, pues las otras delegaciones que se fueron a ese hotel no llegaban aún, y el salón de juego creo que no se abrió más.

Se comía, sin embargo, muy bien. ¿Pero en qué restaurante de Montevideo no se come estupendamente? Cuando alguien descubrió el Morini, ¡qué churrascos, qué bifes sangrientos no íbamos todos a devorar! Los orientales me aseguraban que es mejor la carne que se consume en su país que la argentina. Es un lugar común que los gauchos distinguen, clarividentes, a través del cuero, la carne mejor de los toros vivos, y que ese *matambre* de nombre ofensivo que, por parecérmelo, no quise pedir cuando lo ofrecía el menú del *Northern Prince*, y que es la lonja de carne que está entre el cuero y las costillas, es muchas veces lo único que reclaman de la res que derriban, tan elegantemente, con las bolas. El asado del campo, el asado con cuero en que éste se deja alrededor de la carne en un perímetro suficiente a no chamuscarla cuando se contraiga en aquellos sacrificios bíblicos, de que al fin yo no tuve sino literaria noticia, conservan fuertes a los orientales en una tierra en que Gaboto, como ahora sus sucesores italianos, “sembró cincuenta y dos granos de trigo en setiembre y recogió cincuenta mil en deciembre”, según las noticias de Gómara. Con igual asombrosa fecundidad las pocas vacas que Domingo Martínez de Irala (que rechazó la autoridad de Cabeza de Vaca, lo devolvió preso a España y fue confirmado por la corona en su cargo de gobernador) trajo e hizo fecundar con sólo un toro del Brasil, por 1555 (Zeus, sin duda), se convirtieron en 125 años en un rebaño inmenso de 25 millones de cabezas de ganado. Los 46 caballos que en pormenorizada cuenta nos refiere Gómara que, con 400 españoles, llevó el adelantado natural de Jerez ayudaron más tarde a las cacerías que el gobierno de Buenos Aires autorizaba a los “faeneros” a realizar en la Banda Oriental, mediante la contribución de una tercera parte de las bestias cornudas, toros y vacas más propiamente llamados así que las “vacas corcovadas” de Quivira que topó Francisco Vázquez de Coronado y que pinta Gómara tan lindamente:

> Son aquellos bueyes del tamaño y color que nuestros toros, pero no de tan grandes cuernos. Tienen una gran jiba sobre la cruz y más pelo de medio adelante que de medio atrás, y es lana. Tienen como clines sobre el espinazo, y mucho pelo y muy largo de las rodillas abajo. Cuélganles por la frente grandes guedejas, y parece que tienen barbas, según los muchos pelos del garguero y varillas. Tienen la cola muy larga los machos y con un flueco grande al cabo; así que algo tienen de león y algo de camello…

Estas espantables figuras no circulaban por la Banda Oriental, en cuya primera falta de pasturas los quirandíes comían platillos selectos: venados, peces y españoles, al deporte ligero de cuya caza se dedicaban, armados de bolas, vestidos de plumas de avestruz.

El gusto por la buena comida y por la carne es, pues, prehistórico en el Uruguay. Si la raza ha cambiado, los procedimientos no han hecho sino superarse, y en tanto que no se practica sino un vegetarianismo indirecto, las gentes, como los españoles del XVI, “engordan infinito”. ¿Por qué don Marcelino comenta con tan escéptico desdén las descripciones del extremeño Martín del Barco Centenera, cuyo poema histórico en 28 cantos canta las excelencias de la “Argentina y conquista del Río de la Plata, con otros acaecimientos de los reinos del Perú, Tucumán y estado del Brasil”, tachándolo de fastidioso y mal pergeñado… él? Si don Marcelino (que por otra parte juzgó con imperdonable ligereza de Juan Carlos Gómez y de otras nueve cuestiones literarias relativas al Uruguay, como lo aclara Víctor Pérez Petit) hubiera visitado el Carrasco y le hubieran sido servidas de un modo tan malabarista las más suculentas viandas, habría comprendido que cuando Centenera habla de “la encantada laguna del Dorado y el imperio del Paytiti, describiéndonos la magnificencia de sus edificios, el palacio del emperador o Gran Moxo, los aparadores y las vasijas de metal con que se servía, las puertas de bronce con leones aherrojados en cadenas de oro…”, si no se refería a Buenos Aires, un *pálpito* de cuatro siglos lo decidió a comunicar a sus lectores la impresión que el hotel Carrasco parece decidido a comunicar a los pobres viajeros crédulos, como Centenera y como yo.

BUENOS AIRES

EL JEFE de nuestra delegación llegaba a Montevideo después de una gira larga comenzada en octubre, de un itinerario puntualmente cubierto que abarcó todos los países del Pacífico, nuevo Colón, a bordo de un *Santa María* que, abandonando Nueva York, iba deteniéndose en todos los puertos importantes a que se vierte la imaginación desde el canal de Panamá. Juanito Correa Nieto, cronista hasta ahora oral de esa travesía y secretario particular suyo, me refería la prisa, la angustia, los desembarques en Mollendo, izados en una silla o en un barril; el botón extraviado del cuello cuando faltan 10 minutos para la recepción que ofrece el presidente, su travesía transandina, y, al fin, su corta permanencia en Buenos Aires, en donde se le reunió Alfonso Reyes, que bajó de Rio de Janeiro. Pero el trabajo desarrollado por el doctor Puig había comenzado, intensamente, meses antes, en la preparación del que México iba a desenvolver. Ahora faltaban solamente ocho días para la inauguración de la VII Conferencia, y en tanto que pensábamos en México y caminábamos por la playa del Carrasco, me dio el doctor permiso para ir a Buenos Aires por unos días, mientras comenzaban las labores en firme. Alfonso Reyes me había traído de Buenos Aires el grato saludo de Ricardo E. Molinari en una linda *plaquette* y me recomendó vivamente verle allá describiéndomelo como un mexicano, moreno —morucho—, de vivos ojos negros y muy aficionado a todo lo nuestro. Además, allá estaba Pedro Henríquez Ureña, y, en fin, yo haría pronto amigos entre los escritores. Y como yo habría de residir en Montevideo por un tiempo cuya duración dependería de la que tuviera la conferencia, y terminada ésta a lo mejor tendría que partir inmediatamente para México, alisté una breve maleta y me dispuse a tomar las bonaerenses vacaciones que los demás ya habían disfrutado.

Todas las noches, a la hora 10, como dicen, parten simultáneamente de Buenos Aires y de Montevideo dos únicos barcos que llegarán a su inmediato destino a la mañana siguiente, en una persecución que nunca termina y que en un ritmo fácilmente controlable presentan alternativamente a la ciudad de Buenos Aires el saludo del *Ciudad de Montevideo* cuando el *Ciudad de Buenos Aires* se hallará haciendo lo propio ante la ciudad de Montevideo. Es obvio que a la mañana siguiente el *Ciudad de Montevideo* se hallará en su casa, como el otro; pero la cortesía internacional no se interrumpirá sino una vez cada dos días. Son barcos pequeños, por supuesto; pero, en cambio, son lóbregos y sucios. Cerciorados de que una noche como quiera se pasa, sus dueños hacen que uno pase esa noche como quiera, encerrado en camarotes que son más bien celdas de penitencia, con paredes de tabique permeables a todas las palabras y suspiros del contiguo, en esa anticipación del ataúd que son sus literas, pegadas a lavabos en que no cambian el jabón, impregnadas hasta el almohadón de ese olor penetrante y desagradable que pervade la atmósfera, las cosas y las personas del puerto y que tiene su origen en el cuero o en las langostas muertas en el río, pero su alarmante semejanza en el sudor humano. Una cantidad tan crecida de personas que hace imposible que se lleven censos correctos de habitantes de la Argentina ni del Uruguay se transporta todas las noches en estos barcos, y convierte a los empleados de Migración, de Salubridad y de la aduana en personas muy importantes, frente a las que hay que desfilar lentamente cuando ya el barco se ha detenido entre las boyas, los remolcadores y los quietos barcos de todos colores que ya rindieron su jornada en Buenos Aires.

El hotel Plaza, me había advertido Bejarano, está muy lejos. El Continental es igualmente bueno, más nuevo y muy céntrico, de suerte que a él me dirigí, en una mañana cuya quietud ya no me sorprendía, pero por calles más amplias, más largas, más de gran ciudad que las de Montevideo. La diagonal Roque Sáenz Peña, construida, como el Broadway de Nueva York o como el Market Street de San Francisco, para desorientar a la gente, ya empezaba a llenarse de ella, cuando salí, a las nueve, dispuesto a perderme, ligeramente nervioso y jubiloso al mismo tiempo de mi soledad y de mi anonimia, resuelto a no acudir a la embajada, ni a Pedro, ni a Molinari, sino hasta después de haber plenamente disfrutado de una egoísta e ingenua sorpresa.

Esta inexplicable costumbre de ir por la izquierda que practican en Sudamérica los vehículos no había llegado a molestarme sino hasta que, en esta Avenida de Mayo, me dejé llevar por mis reflejos, distraída la atención por los escaparates en que se ostentan las corbatas negras tejidas, en que se ve muy bien una perla; las camisas de cuellos largos y rayas gruesas; las mesas de los cafés en que apoyan su indolencia, frente a descomunales sándwiches y tarros de cerveza, los señores peinados a la *gomina;* el grito despectivo de los limpiabotas: *“¡Se lujtra!”;* los desterrados agentes de tránsito, encaramados en sus púlpitos de mampostería, con paraguas, testigos mudos e indiferentes de las carreras locas de coches y tranvías. He logrado, por fin, mi objeto; me he extraviado y quisiera ir a la calle Florida, averiguar por dónde queda la de Reconquista para buscar a Pedro Henríquez Ureña, telefonear a la embajada…; realmente esta aventura no tiene sentido. Así, me dirigí a un policía para interrogarlo; pero ocurrió que, aun cuando su uniforme en nada, si no era el chaquetín, de dril blanco, se diferenciaba de nuestros policías, aquel sonriente e inusitado cicerone que se ofrecía bondadoso a guiarme por Buenos Aires era un soldado. Como no tenía nada que hacer,

si yo no conocía la ciudad ni tenía amigos, él me acompañaría con gusto. Sólo que se sentía mal con el uniforme. Si yo no tenía inconveniente iríamos a su casa a que mudara su ropa.

¿Cómo negarse a conocer *desde ya* un Buenos Aires poco común, que sin duda nuestro embajador y mis otros amigos ignorarían? Victorio Santagasta y yo abordamos un "colectivo" desde cuyo apretado asiento yo miraba desfilar Buenos Aires en tanto que él me refería que en su país existe el servicio militar obligatorio, que él ahora cumplía, y que su sueldo era de cinco pesos al mes, cinco de esos pesos que los billetitos azules, frágiles y sucios encargan, en bella caligrafía, a la nación de pagar al portador. Esta nación no quiere que sus soldados fumen ni gocen de otros pasatiempos honestos, por lo visto. Descendemos. Todas las naciones de América han desfilado por las calles que llevan sus nombres cuando Victorio me toma del brazo, y, a tiempo que me guía hacia su casa, me pregunta si he *sentido* los tangos que canta en voz baja para mí:

Dónde te fuijtej tango
que te bujco siempre
y no te puedo hachar;
te juro por mi vieja
que si no te encuentro
me pongo a chorar.
Fui por Florida acher
y por Corrientes hoy;
me han informado
que te habíaj piantado
con tu bandoneón;
pero yo sé que vos
no aguantarás el tren
naipe marcao
cuando ya es junao
tiene qué rajar…

—Ej lindo, ¿no?; se llama *Naipe marcao*. ¿Y no habés sentido *Milonga del 900?*

Me gujta lo dijparejo y no voy por la vedera,
uso funghi a lo Massera, calzo bota militar…

—Vedera es ejto —me explica señalando la acera—; ¿funghi?, sombrero…; a lo Massera es ladeao…; pero, che, no me engrupás… si entendés todo y yo me hago loco…

Evaristo Carriego, yo sé que sonreíste desde la tumba, satisfecho de que un mexicano conociera de tu Buenos Aires un conventillo antes que Palermo… Cuando penetramos al bulín de Victorio, su hermanita, como decía poniendo en el diminutivo todo el énfasis de su quejumbrosa pronunciación, no había llegado aún del taller de costura a preparar el almuerzo. Pero mientras se despojaba del uniforme y se mojaba la cara en un lavabo que sacó de bajo la catrera, yo saboreaba un anís que acababa de sumir mis quietos sentidos en la delicia ingenua y auténtica de aquel nunca soñado cuadro de arrabal, presidido por la lamparilla de la Virgen,

por la amplificación con marco dorado que derramaba, por los ojos del padre de Victorio, la mirada viva, limpia y acogedora de mi guía. No quiero que aguardemos a su hermanita. Prefiero imaginarla dulce, hacendosa, etéreamente desprendida de un poema nativista, alma de este bulín, reflejo engreído de este ropero que me hace, en su único ojo, el reproche de una presencia inadecuada.

Hace 10 años largos que yo no veía a Pedro Henríquez Ureña. Sentado frente a mí, su rostro igual, su apacible y severo gesto pone a danzar en mi recuerdo, como en rápido *film,* el mudo balance de mi primer contacto con su central orientadora, dominante personalidad. ¡1922! Mis 17 años no hallaban en qué emplearse. Los maestros de la juventud mexicana de que sabíamos por los libros —Altamirano, Sierra— habían sido sucedidos por un inquieto Vasconcelos, a quien importaban, desdeñoso de las pequeñeces que son los hombres, individualmente, los problemas generales, continentales, cósmicos, y que interrumpía las clases de geografía en que se explicaba Venezuela para lanzar a los alumnos a las calles a protestar contra el presidente de Venezuela antes que supieran la ubicación de ese país. Por emplear el tiempo, porque sus bancas me ofrecían comodidad para escribir mi autobiografía en un largo y romántico mamotreto que incineré después (nuevo dato para ella), pequeño hombre acabado, yo asistía a la odiosa Escuela de Jurisprudencia, que mi ceguedad me hizo preferir a la de Medicina que era, lo he comprendido demasiado tarde, mi verdadero camino. Pedro Henríquez Ureña iba todos los días, a la una, a dar una clase de literatura mexicana a los yanquis de la Escuela de Verano, recién fundada y carente aún de edificio propio. Yo entraba, sin derecho, a esa clase, y su palabra lenta y precisa ganó en seguida mi atención. A los pocos días empezó a dirigirme preguntas y luego solíamos abandonar juntos la escuela, porque nuestras casas quedaban muy próximas y el mismo camión nos conducía. Mi acercamiento a él fue totalmente puro y tal como debe de satisfacerle a un maestro cuya categoría y a un erudito cuyo renombre ignora el súbito y espontáneo discípulo. Un mediodía —¿el primero?— me quedé a almorzar en su casa, en que vivían los De la Selva bajo el cuidado de una tía de Pedro, la niña Ramoncita, de cabellos blancos. Por las tardes, cuando ya trabajaba yo a su lado, en mi primer empleo, solíamos caminar hasta su casa sin que yo experimentara la menor fatiga, oyéndole abrirme posibilidades (“¿Por qué no se hace usted filólogo?”), relatándome trozos selectos de su profesorado en Minnesota, haciéndome preguntas intempestivas, delicadamente sondeando mis lecturas, que guió en seguida; y nos hallábamos impensadamente conversando en inglés, en francés, alegre de que supiera yo un poco de alemán. Pero cuando llegaban, puntuales Daniel Cosío, Villaseñor, Salomón, que eran entonces sus más asiduos discípulos y que acogieron sin reservas al recién llegado al cenáculo, si su espíritu se complacía en la conversación, el mío languidecía, privado del diálogo exclusivo, y se negaba a fundirse en el grupo. Esto le disgustaba. Pronto conoció mis defectos, los conoció cruelmente, como un cirujano, y trató de combatirlos lanzando a una ruda lucha física a quien, en su atinado concepto, estaba del todo *spoiled* por una familia patológica de la que era indispensable arrancarse a sufrir, a “barrer nieve en Nueva York”, como llegó a prescribir. Mis insuperables resistencias acabaron por distanciarnos del todo y llegué, por ambivalencia, a odiarlo. No lo vi más. En 1923, casado ya, se marchó de México. Pero yo me esforzaba en silencio porque mi letra fuese tan clara y perfecta como la suya y, como él, marcaba los libros con uno, dos, tres puntos al margen del

párrafo importante.

Está igual, más joven quizá, más apuesto. Le he dejado una tarjeta en Reconquista, y ha venido a verme esta misma tarde. Se sienta, cruza una pierna y con los brazos apoyados en el sillón, une por la punta los dedos de sus manos y los separa mientras, como al descuido, me observa penetrantemente. Yo sí debo de estar cambiado. Aquel adolescente alto, magro, lánguido, a quien quiso, como primera disciplina, enseñar a marchar vigorosamente, ha seguido, como el *Marco Polo,* de O'Neill, en su medida, el deplorable camino de un barato tráfico con su inteligencia que lo ha mimetizado a un ambiente en que la prosperidad inmediata engorda y embrutece. Me encanta oírle decir que me esperaba más de acuerdo con los retratos desesperados que suelo hacerme en lo que escribo o con la descripción que de mí le hizo una vez Anita Brenner, cuando le dijo que había tropezado en la calle a una persona que tenía la cara de Salvador Novo, pero, a partir de ella, más cara… Le explico que llegué a estar así; pero que, regularizado mi metabolismo, perdí 15 kilos, que no deseo que nadie me restituya.

Salimos a la calle. Nuestro recorrido podía ser histórico y comenzar, por ejemplo, en la plaza en que se dio el grito de Independencia, para decirlo a la mexicana, un día de mayo en que se reunieron a pedirla algunas personas, que dispersó, sin mayores consecuencias, la lluvia; en la fea catedral que la limita o por el correo, en cuyo último piso almorcé con Victorio hace unas horas; pero de la diagonal damos vuelta por Florida, de cuyo galicismo me dice Pedro la siguiente definición: "Si en vez de tener los letreros en francés los tuviera en inglés, parecería una calle de París". Aquí se hace el paseo tradicional. A cierta hora se corta el tránsito de coches y circulan a pie las más lindas muchachas, cosa que ya no ocurre en México, en la avenida Madero, desde que los coches transitan en un solo sentido y la calle se ha vuelto exclusivamente comercial; apena a Pedro enterarse de este cambio en nuestro urbanismo. México pierde, en efecto, cada vez más sus rasgos peculiares, y si tuvo nunca el sociable gusto por la conversación, se va también borrando y quizá a ello se deba nuestra falta de teatro nacional, que es, después de todo, diálogo. Como no tenemos el café literario, el único salón de que se disponía en tiempo del Ateneo de México para esa clase de conversaciones era la sala de espera de ciertas casas hoy desaparecidas por orden de Salubridad; hasta cuando la charla es un placer lateral la hemos eliminado, hombres prácticos, pero también limitados.

Le pregunto a Pedro por Vasconcelos, que está en Buenos Aires. Desde aquella su primera visita, en 1922, cuyo fiel y circunstanciado reportazgo el curioso puede leer en *La raza cósmica,* en unas "notas de viaje" que, como los prólogos de don Marcelino, se comen todo el volumen y no le dejan espacio al texto que anuncia su portada, tiene Vasconcelos afecto especial por Buenos Aires, país de libertad en que lo trataron tan bien la primera vez, cuando llegó como embajador extraordinario, que quizá el recuerdo gratísimo de aquella ocasión en que representaba al gobierno de México lo decidió a volver ahora a insultar en los diarios al gobierno de México. Por su desgracia, ahora se dispensaron idénticos honores a los nuevos delegados de México, a pesar de sus protestas, lo cual tiene su moraleja. Y como los estudiantes de 1922 son en 1933, muy probablemente, ya doctores o cualquier otra cosa menos romántica, Vasconcelos vegeta en una cierta anonimia, agasajado, nuevo Alfonso XIII, por algunos fieles amigos, como Alfredo Palacios, que le ofreció una comida en el hotel Castelar.

En esta ciudad en que hay corte y hay rey —el rey es el presidente de la República— la gente pasa pronto de una moda furiosa al más completo olvido, porque los huéspedes ilustres se suceden con extrema celeridad, y ya es hoy el príncipe de Gales, como ayer el conde de Keyserling, o como mañana Paul Morand, quien será recibido fastuosamente en los salones de estas enormes casas de la avenida Alvear, tan grandes, que uno piensa que se pueden efectuar dentro de ellas carreras de caballos y a menudo habitadas sólo por una o dos personas, más un ejército de lacayos gallegos. En esa "biblia porteña" de Raúl Scalabrini Ortiz, que se llama *El hombre que está solo y espera,* se definen con cierto esfuerzo las cualidades que el porteño exige del visitante ilustre, a cambio de su admiración, y se pide, no la hazaña heroica y fría, sino la simpatía personal. Quizá para el hombre de Corrientes y Esmeralda sea indispensable esta nivelación interna con sus huéspedes para acogerlos bien; en los palacios de Alvear se busca, imagino, más una coincidencia externa de un valor comerciable —un nombre frente a un libro o bajo un cheque—, y se le llena, como ya apuntó Ortega y Gasset, de advertencias mudas sobre el valor de la hospitalidad que se le brinda.

Se procura estar *à la page,* aunque para ello no falte millonario que alquile los servicios de un lector que devore los últimos libros de que es elegante que hablen sus hijas en los recibos, oportunamente instruidas por él, sobre lo que hay que opinar, y se ejercita un tradicional mecenismo literario que tiene su más valioso ejemplo en Victoria Ocampo, de quien es ahora huésped, consagrado a la meditación en una estancia, Waldo Frank. Son famosas las bellas residencias de Larreta y de Lugones. Rosa Olivier, editora con Victoria Ocampo de la revista *Sur,* se hace llevar a su casa huéspedes distinguidos. La hora del té con leche y masitas que Pedro y yo hemos tomado ya en el Comega Club, inofensivo rascacielos desde cuyas ventanas Buenos Aires se muestra como un álbum iluminado, explaya en las puertas de la avenida Alvear los enormes Rolls Royce de que habla Marichalar en el prólogo de la traducción que Dámaso Alonso hizo del *Retrato del artista adolescente,* de Joyce, y las libreas verdes, blancas, de que dijo Gómez de la Serna en imprescindible greguería que tenían cuatro botones más que las de cualquier lacayo del mundo. Federico García Lorca es ahora el ídolo de Buenos Aires. La compañía de Lola Membrives estrenó sus *Bodas de sangre* y logró con ello un éxito tan extraordinario que se cablegrafió a Federico que abandonase sus tareas en el Teatro de la Barraca de España y se embarcara para Buenos Aires. Mañana ha de estrenarse otra obra suya, *La zapatera prodigiosa,* cuyos ensayos absorben todo su tiempo. Me invita Pedro a esta función; quizá ahí me pueda presentar a Federico. Ha dado conferencias, ha tocado y cantado, lo adora todo el mundo y los diarios se llenan con sus retratos. Ante tamaña popularidad yo vacilo en mi deseo de conocerlo. Lo admiro mucho, pero no querría ser simplemente un admirador suyo más, y quizás no habrá medio de ser su amigo. Hace tiempo, cuando estuvo en La Habana, Genaro Estrada se encargó por todos de cablegrafiarle invitándolo a venir a México, y no supimos más de él sino que era amigo de nuestra infortunada Antonieta Rivas.

Por lo demás, es muy desairada la posición de un escritor que no ha sabido o no ha querido ser popular y que llega a un país en procura de amistades literarias; y yo de la Argentina no recuerdo haber recibido recientemente más libros que los de Luis Cané y Alberto Hidalgo, peruano inquieto descrito por Vasconcelos, y de quien el ministro de su país en el mío me refirió antes de este viaje una anécdota irreverente que juega con su apellido, y antes

los de Oliverio Girondo, lujosamente editados, llenos de palabras tales como "nalgas" sin que, a lo que recuerde, haya yo correspondido siquiera a estos envíos en el reparto de mis limitadas ediciones. Digo, pues, a Pedro que no buscaré sino mañana a Molinari, y él me anuncia que dos días después me llevará a la casa de los Rinaldini, en cuyo salón se conversa de literatura, y podré, sin precisamente ir a molestarlos a su domicilio, conocer a personalidades valiosas de la Argentina.

Todavía la áurea tarde de Palermo nos permite admirar la excelente escultura desparramada en Buenos Aires y que Pedro me explica, sabio cicerone de las ciudades que conoce; Bourdelles, Rodins, el centauro herido, frente al que se detiene y dice, con esas frases suyas, que subraya un gesto leve de su mano: "Si le quitamos un poquito lo asirio, queda una buena escultura". El merengue horrendo de Querol que obsequió la colonia española y la ubicación del Museo de Arte, al que ya es muy tarde para entrar ahora. Me refiere que una de sus dos chicas pinta y advierto que ha heredado de él un fino sentido de las definiciones.

—Papá —le dijo una vez en el Louvre—, es triste que a mi hermanita le guste ver en la pintura lo que se ve con los ojos.

De una carta de Pedro recuerdo que esa misma chica decía ya frases ultraístas: "Mi mano va triste", "mira el sol tiradito en el suelo".

Volvemos al centro de la ciudad. Antes de despedirnos, a poco nos atropella un camión enorme, guiado por un hombre de fuertes brazos desnudos, rostro neto, boina vasca.

—¿Se fijó usted? —me dice Pedro—. ¡Qué curioso! Ese chofer parece un Zubiaurre.

Victorio ha venido por mí, un tanto inesperadamente, mientras descansaba un poco en el hotel; ha hecho planes: iremos a comer, luego a sentir un tango en un café que él sabe y después al teatro, a ver *Don Chicho,* que él ya vio, pero que yo no debo perder. El biógrafo, me advierte, le aburre; "duermo", dice con esa manera suya de enfatizar en una sola palabra toda una frase. Lo complazco en parte; vamos a cenar, pero como aun al nivel del mar yo conservo un estómago de altiplanicie, no puedo con todo esto que él ha pedido y llego al estupendo helado italiano cuando él todavía tritura el churrasco metódicamente. Vamos luego a sentir el tango, y como alguna cosa había yo de revelarle, pido un *cointreau,* que le gusta mucho, pero que le parece muy pequeño. Me cuenta que le habló de mí a su hermanita y que ella le encargó que yo le enviase bombones, "chocolatines". Su *Don Chicho,* melodramón italiano del género que ya me era familiar en Montevideo, me aburre, por más que Victorio, como el público de Alejandro Dumas, parece no haber venido al teatro sino por escuchar de nuevo una sola frase que le gusta muchísimo y que es la frase cumbre del segundo acto, hermana de "*elle me résistait et je l'assasinai",* del *Antony.* Yo quiero ir a La Boca, a los cabarets y a los cafetines de marineros, de "reos", de seres legítimos como no lo son, desde este punto de vista, los que pueblan de noche las *boites* elegantes, y Victorio se resiste a llevarme, asegurándome que eso no me divertirá. Caminamos al fin por aquellos portales que a cada paso nos arrojan el vaho caliente de sus bandoneones, museo de inmóviles figuras de cera acodadas a las mesillas, con su clásica gorra, su pañolón o su bufanda blanca al cuello, sus botines de tubo claro, de pequeños marineros vestidos de blanco que se balancean en grupos de dos, de tres, y entramos en un cafetín subterráneo. El aire puede cortarse y las conversaciones envuelven como el humo a estas curiosas mujeres que circulan gravemente, sin sonreír, con trajes de tonos

discretísimos, *tailleur* las más, sombreros encajados hasta la nuca y el gran bolso de mano, como si anduvieran cuidando del orden o eligiendo mercancía en un *five and ten*, sin que se sospeche que ellas están dispuestas a ser las elegidas. Apenas si una que otra, con aire más marcial que libidinoso, enhiesta el cuerpo y parece empeñada en demostrar lo buena nodriza que podría también ser, pero sin detenerse ante nadie, sin mirar concretamente a ninguna mesa. ¿Cuáles hermanas suyas dieron a Keyserling la razonablemente profunda convicción de que en los prostíbulos sudamericanos reina el silencio de la procreación concentrada, y en los intervalos, la serenidad después del trabajo? En realidad, era mucho más divertido el cabaret de Montevideo, más, diremos, usual; pero éste de las polizontas sagradas y corteses habría asombrado a la propia Maryse Choisy.

—Che, Victorio, ¿rajamos?

En el embajador de México en Buenos Aires la diplomacia ha paralizado al poeta excelente que todos recordamos, dejándole el gusto y el conocimiento de los buenos libros, el goce de la pintura y el don selecto de la conversación. La hermética sociedad porteña, cuyos salones dan el tono, ha abierto las puertas de los suyos a su figura pulcra como difícilmente lo hacen con ningún diplomático de país alguno, y como, desde luego, no lo habían hecho antes con nuestros representantes; la folklórica impertinencia de uno de los cuales cerró para siempre las del Jockey Club a nuestra embajada. Advertido de las extravagancias de aquel señor por cuya culpa ésta ocupa, ya para siempre o en tanto que el gobierno de México no compra otra, una casa con 14 cuartos de baño —cada uno con su jícara de Uruapan—; don Rafael Cabrera siguió la conducta de una austeridad quizá un poco tímida que la sociedad bonaerense juzgó del mejor tono; y como él no procuraba buscarla, ella solicitó inmediatamente su presencia y la de su encantadora esposa en los palacios más exclusivos. Su gestión, pues, por lo que se refiere a un aspecto “social”, ha sido brillantísima y no se podría pedir mejor desempeño que el que le debe el sabio consejo: “En la tierra a que fueres haz lo que vieres”. La hermandad de los pueblos, aun de aquellos que, como México y la Argentina, ocupan el mismo continente, hablan lenguas muy semejantes, y el primero es venerablemente aludido en una estrofa del himno nacional del segundo; como ejemplo a seguir, está condicionada en sus fórmulas diplomáticas por lo que dicte en cada otro la costumbre y el particular protocolo. Tan mal se vería que en México el embajador de Argentina asistiera en su carácter a un almuerzo con el arzobispo, como que el nuestro se negara a concurrir al *tedéum* a que, en celebración del 25 de mayo, invita el ministro de Relaciones Exteriores y Culto. Y es igualmente cierto que ni estos actos ni sus valientes contrarios afectarían visiblemente la vida de los pueblos hermanos.

Con el embajador, en cuya casa almorcé, visité Palermo de nuevo y el Museo de Arte, recién instalado, y en que se miran, al lado de las colecciones francesas legadas por alguna rica señora, el retrato de la rica señora y las telas de Quinquela Martín, pintor del puerto y coleccionista de mascarones de proa. Rodin ¿fue un escultor bonaerense? Montenegro me había referido que don Matías Errázuri se hizo esculpir por él toda una chimenea, y yo pensé que sobre ella se vería lindamente el *boeuf écorché* de Rembrandt.

Molinari ha venido por mí al hotel, con la sorpresa de sus canas disueltas en el pelo negrísimo y rizado, sus ojos vivos, su piel morena. “¡Qué bueno!”, dice a cada instante, y me pregunta cosas de México, en donde no ha estado nunca, pero que quiere mucho. Fue a España no hace mucho, amigo y huésped de José María de Cosío y de Gerardo Diego. Adora a España; estuvo también en París, que no le sedujo. En cuanto a actividades literarias, se ha fugado de aquella exposición de la actual poesía argentina que organizaron en 1927 Pedro Juan Vignale y César Tiempo y en que vi su nombre la primera vez, seguido de una sencilla profesión de fe que contrastaba con las adolescentes *macanas* que de sí mismos proclamaban casi todos los demás poetas-cuadros de aquella exposición. Hace de sus libros ediciones limitadísimas y fuera de comercio, finos estuches de una exquisita poesía moderna sin alarde, pura sin esfuerzo. Hojeo sus libros en esta linda imprenta de don Francisco A. Colombo, en que los imprime y a la que hemos llegado por medio de un “subterráneo”, que contrariamente al de Nueva York, parece haber elegido ese camino para que el tránsito no turbe su lentitud (¡y cómo lamentan los tangos este exceso de civilización! “¡Buenos Aires —exclama uno—, te han abierto un subterráneo desde los pies hasta el cráneo!” Su queja es exagerada; el “subterráneo” recorre, en realidad, un trecho mucho más reducido). Las mejores, las más lujosas ediciones argentinas han salido del taller de don Francisco; por dicha, en Buenos Aires no existe un monopolio del papel que impida que uno encuentre los que desee, y los bibliófilos porteños se hacen un *Santos Vega,* un *Fausto,* que se dirían salidos de las manos de Stolz. Aquí se hizo Ricardo este precioso *Panegírico de Nuestra Señora del Luján,* con dibujos de Norah Borges de Torre. Aquí dejo a hacer *Seamen Rhymes,* que dirigirá Molinari, seguro de que Federico García Lorca querrá hacer alguna viñeta para mis versos, y vamos al hotel Castelar, pues ya le ha telefoneado que estoy con él, y ha dicho que me lleve en seguida.

Federico estaba en el lecho. Recuerdo su pijama a rayas blancas y negras, y el coro de admiradores que hojeaban los diarios para localizar las crónicas y los retratos, que seleccionaban la fotografía mejor, el ejemplar del *Romancero gitano,* que le acercaban el vaso de naranjada, que contestaban el teléfono; la voz un poco en falsete de Larco, el pintor-escenógrafo, la voz engreída y andaluza del embajador de España, el admirativo silencio del chico que le habían dado por secretario. Por sobre todos ellos, Federico imponía su voz un tanto ronca, nerviosa, viva, y se ayudaba para explicar de los brazos que agitaba, de los ojos negros que fulguraban o reían. Cuando se levantó, mientras tomaba su baño, se volvía a cada instante a decir algo, porque se había llevado consigo la conversación, me senté en la cama. Larco me dijo que él había estado en México cuando era apenas un pendejo, en 1910 y 1911, y que recordaba un temblor espantoso. Es hermano de María Caballé, la actriz, y dice a todo: “liiiiindo”.

—Federico —le grita—, tenemos que llevar a Novo adonde fulano; ¡será lindo!

Federico entraba y salía, me miraba de reojo, contaba anécdotas, y poco a poco sentí que hablaba directamente para mí; que todos aquellos ilustres admiradores suyos le embromaban tanto como me cohibían y que yo debía aguardar hasta que se marchasen para que él y yo nos diéramos un verdadero abrazo. Por ahora, tenía que ir a ensayar *La zapatera,* que se estrenaba esa noche misma. Allá nos veríamos para conversar después de la función, si era posible, y si no, al día siguiente yo vendría por él para almorzar juntos, solos.

La zapatera prodigiosa reunió en el teatro Avenida al "todo Buenos Aires", como decía Pedro. De un palco al otro se saludaban, con elegantes inclinaciones leves de cabeza, las familias, los literatos. Cerca del nuestro se hallaba en el suyo Oliverio Girondo, que se ha dejado crecer unas grandes barbas, rodeado de un pequeño parnaso en que brillaba el gran poeta chileno Pablo Neruda y la acometiva poetisa argentina Norah Lange. Cuando cayó el telón sobre aquel inusitado segundo acto, cuya habitual continuación en un tercero todo el mundo esperaba, las ovaciones fueron seguidas de una visita al camerino de Federico, que convirtió los pasillos del teatro en el escenario de una recepción mundana. Federico sonreía, estrechaba manos y torsos, sonreía; nadie quiso quedarse sin saludarlo, y Molinari y yo abandonamos el Avenida y caminamos por la de Mayo, a las dos de la mañana, entre las mesas de los cafés, hirvientes de literatos que comentaban *La zapatera*. Molinari, chao, chao, desparramaba entre ellos despectivos saludos, y fui a acostarme para leer un número de *Poesía*, que compré, fresco, en la calle, y que contenía una polémica revisión de Larreta, contra quien vociferamentaban Carlos Mastronardi, Amado Villar, J. Álvaro Sol, Scalabrini Ortiz, Nicolás Olivari, Alberto Hidalgo, Raúl González Tuñón, Ulyses Petit de Murat, Ramón Doll, Enrique Mallea, ¡Zum Felde!, Armando Cancella, Carlos Alberto Erro, Salomón Wapnir, Vignale, Fausto de Tezanos, Pinto, Arturo Cerretani, Luis Emilio Soto, una versión del noruego por Norah Lange, una de Joyce por Neruda y versos de Arturo Marasso, la Storni, Ulyses Petit de Murat, Klabund, Wildeney, García Lorca, J. M. Souviron, Genaro Estrada, Juan L. Ortiz, Juan Fuscaldo y Carmen Miguens. Y me asaltó el consternado pensamiento de que cuando el editor de esta revista organice otra exposición tendrá que alquilar el hipódromo para dar cabida a todos sus ejemplares.

En un *restaurant* de la Costanera, no elegido al azar, sino porque sus terrazas nos permitían, al mismo tiempo que comiéramos, mirar hacia el río como mar, el paseo en que aún se mira uno que otro vencido coche de caballos, la playa de que los bañistas morenos tienen que huir a veces con toda la fuerza de sus piernas, cuando el río, seco a ratos, se deja venir en un instante, nos sentamos Federico y yo, solos, como dos amigos que no se han visto en muchos años, como dos personas que van a cotejar sus biografías, preparadas en distintos extremos de la tierra para gustar cada uno de cada otra. ¿En qué momento comenzamos a tutearnos? Yo llevaba fresco el recuerdo de su *Oda a Walt Whitman,* viril, valiente, preciosa, que en limitada edición acababan de imprimir en México los muchachos de Alcancía y que Federico no había visto. Pero no hablamos de literatura. Toda nuestra España fluía de sus labios en charla sin testigos, ávida de acercarse a nuestro México, que él miraba en el indiecito que descubría en mis ojos. Hablaba, cantaba, me refería su estancia en La Habana, cuando estuvo más cerca de México y nadie lo invitó a llegar, y cómo fue ganando la confianza de un viejo negro, tenazmente, hasta que no logró que lo llevase a una ceremonia ñáñiga auténtica que hizo vivamente desfilar a mis ojos, dejando para el final de su bien construido relato la sorpresa de que era un mozo gallego, asimilado a la estupenda barbarie negra, quien llevaba la danza ritual con aquella misma gracia sagrada que en España le hace empezar a romper botellas y vidrios y espejos como fatal contagio de un cante jondo. Luego Nueva York, en donde la diligencia de Onís y del resto de la Universidad de Columbia lo aprisionó lejos de la curiosidad; pero España siempre, adonde yo tengo que ir, como él tiene que venir a México, porque en México

hay corridas de toros y hay indios, que son españoles, y la fuerza y la gracia trágica y apasionada, y lejos de la literatura.

—Pero zi tú ere mundiá! —me decía—. ¡Y yo sabía que tendría que conozerte! En España y en Nueva Yó, y en La Habana y en toah parte me han contao anédota tuyaz y conozco tu lengua rallada pa hazé soneto! —Y luego poniéndose serio—: Pa mí, la amiztá e ya pa siempre; e cosa sagrá; ¡paze lo que paze, ya tú y yo zeremos amigo pa toa la vía!

Recuerdo ahora, Federico, como si te escribiera una carta que no contestarías en la prisa y el ajetreo en que vives, como aquella tarde tu intimidad y el fuego de tu conversación desataron la nostalgia del indiecito en evocadora elocuencia del México que presentías y que tardas tanto en certificar. Tú cantaste *La Adelita,* que sabías tan bien, y me dijiste que para ti esa canción simbolizaba todo el México que querías conocer, que *Adelita* era para ti una mujer viva, de carne y hueso, idolatrada por los sargentos, respetada hasta por el mismo coronel; fiel a su soldado, apasionada, morena y fecunda, y, hechizado por tu conjuro, por tu promesa de hacerle un monumento, cuando paladeabas su nombre, *Adela, Adelita,* yo te conté su vida. Porque en Torreón, cuando vivimos la epopeya de Villa, una criada de mi casa, que era exactamente como tú la imaginas, llevaba ese nombre cuando nació esa canción, y decía que a ella se la había compuesto un soldado. Y al proclamarlo satisfecha, con aquella boca suya, plena y sensual como una fruta, no pensaba sino en el abrazo vagabundo de aquel con quien al fin huyó por los montes de aquella estrecha cárcel de su Laguna; no imaginó jamás esta perenne sublimación de su vida en un himno que ahora a tus ojos vuelve a prestarle un corazón y que llena el mío del violento jugo de la nostalgia.

Luego hablaste —¡con qué certero juicio!— de las gentes de México que conoces: de Julio Castellanos, nuestro pintor más puro y más grande; de la monstruosa y mexicana generosidad de Amero y de la pobre Antonieta. ¡Y con qué legítima furia me preguntabas si era cierto que Vasconcelos tuvo la culpa de su suicidio!

—¡Dímelo, dímelo; si ez azí yo le digo horrore a eze viejo!

Cuando me presenté en la casa de los Rinaldini no había llegado sino Pedro. Nieves es una guapa señora, apuesta, de lindo cutis blanco y juvenil bajo las canas que vetean su pelo. Fuma unos cigarrillos turcos y conversamos junto a la chimenea, en tanto llegan sus demás invitados, con su esposo Julio y con su hermana. En su salón hay libreros empotrados en los muros; de reojo, compruebo que todas nuestras bibliotecas tienen un común denominador en don Marcelino. Nieves habla con firmeza, casi sin cortesía; llena el ambiente y mueve o controla el timón de las conversaciones; desde hace mucho tiempo ha conocido mexicanos: Alfonso Reyes, Vasconcelos, Montenegro, Luis Padilla Nervo, Amado Nervo; conoce todos nuestros defectos y sigue queriéndonos, sin embargo. De la actual gira mexicana no ha conocido sino a mí, envueltos, como anduvieron, el doctor Puig y sus acompañantes en programas oficiales de festejos los pocos días de su permanencia en Buenos Aires. El señor Bejarano le habló por teléfono, y ella consultó con Alfonso Reyes si lo invitaría a su casa, pero él le dijo: “No pierdes nada”, y ella no lo invitó. ¡Estos ingratos, indolentes mexicanos! Le verifico la actual ubicación de los que recuerda.

Llega Amado Alonso con su mujer. Hermano del poeta, es director del Instituto de Filología de que Pedro es el secretario. Su mujer sostiene con Pedro un diálogo sobre la

pronunciación inglesa de ciertas palabras como *gaol* y por ahí va la conversación, que no logra romper el hielo de mi proceso de acomodación al ambiente; me siento mal, con fiebre y un intenso dolor de cabeza, que, entre una multitud de motivos, no hallo a cuál atribuir. Palabras, frases. Pedro está escribiendo un ensayo sobre las voces "patata" y "batata". Amado Alonso dice de algún artículo que su autor "lo escondió en *Nosotros*". Cuando se acercan las mesillas de carnes frías y de ensaladas no siento el menor apetito: mis ojos deben de delatar mi malestar, porque Nieves hace traer un termómetro que comprueba mi fiebre: casi 40 grados, y cunde una súbita alarma. Debo marcharme en seguida y tomar medicinas. Amado Alonso me conduce al hotel y me echo en la cama casi sin conocimiento.

¡Con qué indecible angustia consideré la posibilidad de morir en Buenos Aires! Un sueño pesado y brutal, como no me había aprisionado nunca, me agarrotaba en pesadillas de que saltaba al determinista silencio de mi alcoba teatral, llena de cortinajes, en esa cama demasiado muelle; al alcance de mi mano los timbres de un inhospitalario *valet*, siempre otro que el que acudió la vez anterior y que tardaba tanto con las medicinas. Las cinco, las seis, las siete de la mañana, y al fin la luz de un triste día, sin saber si hablar a Montevideo, cablegrafiar a México o suicidarme de una buena vez. Y con la primera medicina, un prolongado, febril sueño. Cuando el rumor de una conversación en voz baja me despertó, Nieves Rinaldini estaba a mi lado, como un ángel de la guarda.

¿Tres, cuatro días? En los intervalos, cada vez más frecuentes, de lucidez que el pesado sueño me dejaba, yo veía pasar a Pedro, a Amado Alonso, a Molinari, a nuestro embajador; pero todos hablaban con Nieves. Nieves se instaló en un departamento contiguo al mío y no durmió, velándome, cambiando las sábanas que empapaba mi fiebre, como la más abnegada madre, frotando mi cuerpo con aquella colonia cuyo olor ya no olvidaré nunca, con aquel talco de un frasco azul. Federico entraba y salía; más tarde me aseguró que desde un principio supo que yo no habría de morirme, y a propósito de su clarividencia gitana refirió una leyenda de "martinicos", duendes, e hizo conjuros por mi salud, que a poco lo hacen lanzar de su hotel, pues el más eficaz consistía en echar agua por la ventana, y bañó a más de un transeúnte de la avenida de Mayo para que yo me aliviara pronto. Cuando estuve mejor, en las suaves paternales manos del doctor Adalid que Nieves llevó, me refirió ella —y he de admitir que la noticia no dejó de inquietarme— que cuando Nervo estaba muy grave le telegrafió de Montevideo, y ella fue a verlo al hotel Parque, y él murió en sus brazos.

Entretanto, el solemne día de la inauguración de la VII Conferencia Internacional Americana había pasado sin mi presencia en las brillantes ceremonias de la apertura. La montaña de los diarios daba cuenta pormenorizada del banquete en el Palacio Legislativo y del "recibo" en el Club Uruguayo, y yo consideraba con cierta amargura que la "parrillada criolla" me había privado del *pudding diplomatique* y mi pijama nueva, comprada por Nieves, porque yo no pensaba quedarme tanto en Buenos Aires y no había traído sino una conmigo, de la única oportunidad de lucir un *jaquet* y un sombrero de seda que me había sido tan difícil albergar en el *trunk*. Y sea que la conciencia del deber me llamara a desempeñarlo en Montevideo, sea que le hubiera tomado miedo a Buenos Aires y quisiera acercarme, si no a mi familia, sí a

aquella parte de la gran familia mexicana que había empezado tan activamente a tratar de que se incluyera en el programa de la conferencia una modificación tan pequeña, pero tan importante, como la chispa en los automóviles, que los pone en movimiento, es la verdad que en cuanto me sentí suficientemente fuerte para la travesía, con el pretexto de que era urgente mi presencia allá, cancelando invitaciones, posponiendo visitas para cuando pudiera volver, me trasladé rápidamente, en el *Ciudad de Buenos Aires,* a la ciudad de Montevideo.

MONTEVIDEO

EN EL Palacio Legislativo todo era movimiento y actividad. Las oficinas de México, cuartel general de nuestros delegados, estaban muy bien instaladas y a ellas llegaban, al fin de las sesiones, a rendir sus informes y a normar su actitud en juntas que presidía el doctor Puig. Los taquígrafos no se daban punto de reposo y el secretario general daba órdenes, cifraba telegramas, iba y venía por los corredores de mármol, resguardados, de trecho en trecho, por enormes soldados, cuyo bizarro uniforme daba derecho a tomarlos por bomberos, centuriones azules con vivos rojos, polainas blancas y relucientes cascos, como si fueran a anunciar *El signo de la cruz,* o cualquiera otra película de Cecil B. de Mille.

El trabajo se había clasificado en comisiones, y éstas se habían dividido en subcomisiones. Nuestros folletos circulaban y el *Diario de la Conferencia* había comenzado a aparecer; todos estábamos dotados de credenciales que permitían nuestro acceso al palacio; comenzaba a invadirnos los papeles, las invitaciones, y por más que desde un principio se convino en eliminar los banquetes y las reuniones sociales y que en lo personal renuncié a asistir a las pocas que hubo, hallaba en mi cuarto esas tarjetas de visita con las que no sabía qué hacer hasta que el culto secretario de nuestra legación se encargó de llevárselas con buen número de las mías para que las recibieran los secretarios de las personas cuyos nombres realzados y altos ostentaban. Nuestros economistas despilfarraban argumentos y nuestros plenipotenciarios tenían mucho que hacer. De Alfonso Reyes parecía haber huido la literatura. Se habló de organizar una velada literaria en honor y memoria de Rodó y de Amado Nervo, pero la cosa no pasó de ahí y sólo una vez, en el seno de la Asamblea Legislativa, que, en medio de su ardua labor se dio el tiempo de recibir a los delegados, Alfonso pronunció un discurso muy elegante, con esa sintaxis sintética suya en que cada palabra lleva una profunda intención, con citas arquitectónicamente bien distribuidas; pero como andaba muy atareado, al hacer una, central, en italiano (concretamente, las palabras *¡Pace, Pace, Pace!)* se dio cuenta, cuando leía su pieza, de que se la atribuía a Petrarca, y era de Dante. ¡Horror! Lo vimos palidecer, demudarse, pronunciar el nombre correcto, pero correr, entre los aplausos, a recoger de los periodistas los ejemplares erróneos del discurso y sustituir el nombre de un acto fallido de que seguramente nadie se percató al escucharlo. Nunca con más verdad que entonces pudo Alfonso, como lo hacía al terminar sus labores en las comisiones, echarse exhausto en una silla de las oficinas de México y decir, antes de retirarse a su destierro del hotel Carrasco: “Yo ya puse mi huevito”.

"¡Qué país feliz! —me ha dicho Juana—, no hay poetisas y no dan conferencias", cuando, a su pregunta, le contesté que en México no teníamos, por ahora, que yo sepa, poetisas y que tampoco damos conferencias. Mientras me dedicaba su último libro y corregía en él las erratas, me refirió que un determinado escritor uruguayo es siempre víctima de ellas y que una vez la errata fue sumamente grave. Pero yo no habría recordado ni el nombre ni la errata de este particular escritor si a la mañana siguiente no hubiera recibido una desesperada carta de Juana: "Novo, amigo, tengo tal horror a las palabras feas que no he podido dormir pensando en la torpe anécdota que le conté ayer en mi casa. Olvídela, sea generoso y perdóneme…"

En Juana de Ibarbourou la poesía ha depurado la pasión de *Raíz salvaje* y del *Cántaro fresco* en el aroma perdurable de *La rosa de los vientos*. El verso es ya libre, como el canto, y se vierte en el cauce de un paisaje sereno. El olfato, sentido supremo, de las manzanillas, de la paja brava y la selva es más que el tacto de la lluvia que nos hacía pensar en lady Chatterley sobre las crenchas sueltas y negras de la antigua Juana. Y así su serenidad no es, como en tantos otros poetas, decadencia y derrota, sino madurez y definición. Esta mujer ha hallado los claros caminos de América. Se ha quedado "sentada en la rueda de las sombras" porque la noche tropical "no ha querido cercenar su amarra"; pero…

…Toda la mentira del mar se ha hecho clara
de un golpe. Quiero al campo
como todos los hombres de América lo quieren.
No tenemos entraña de marinos. Un ancho
amor de labradores en la sangre nos viene.
…
Yo, la mujer que nunca ha dejado su casa,

contempla el Atlántico, que se abre lo mismo que una mano, el atardecer en que el mar parece una violeta abierta en el jardín de los gigantes, el mar de la madrugada, mar de jacinto, y su poesía, embrujada e inmóvil como el río andariego, es el fruto del trópico en que se bebe agua del Amazonas y se muerde el sol.

Mañana me levantaré de madrugada.
Quiero ver cómo el sol, alfarero barbado,
va modelando el cántaro de un día
en el torno remiso de este mes de verano.

Su canto es ya objetivo, síntesis la nota robusta de su poesía que se integra de las campanas en el alba y en la tarde como de la calleja sombreada de sauces por la que pasa un vendedor ambulante y se vierte la luna fina. De todo ello, como de la angustia germinal de una noche empavesada de banderas azules —"La noche es arbitraria y es tóxica / Sólo el día puede salvarnos—", Juana nos lleva al primer verso, puro, fragante, que define su libro y aclara su nueva poesía:

Alba: columna de nardos en el día.

De la casa de Juana de Ibarbourou, en donde hemos pasado la tarde conversando con Ernesto Pinto, con Sarah Bollo, y casi no con Juana, porque un impertinente hondureño que vino desde su tierra a conocerla se apoderó de ella, hemos vuelto al centro de la ciudad Fernán Silva Valdés y yo. Alto, delgado, calvo, el tono criollo de su voz me va refiriendo cómo nació, de su *Agua del tiempo,* el nativismo en la poesía uruguaya. Reintegrado, por el azar de una enfermedad, a su campo —a su *pago*—, volvió, poeta, a su naturaleza, y sintió que su sangre gaucha hallaba la mejor expresión en cantar sus intrínsecas cosas familiares: la guitarra, como los viejos payadores; el puñal, *facón,* y el poncho, el mate amargo y dulce, el buey, el río y los pájaros que pueblan la enormidad vigorosa y tierna de los ombúes. De este libro a los *Poemas nativos* no hay sino la embriológica distancia que media en el hombre entre el reconocimiento y la plena conquista de su natural ambiente. Cinco ediciones, la última hecha especialmente para las escuelas públicas del país en septiembre de 1933, muestran hasta qué punto esta poesía responde a una necesidad de identificación amorosa con su medio que late en la promesa de una raza nueva. Si el paisaje es más rico en este nuevo libro, es porque los hombres rubios de Italia vienen a juntar su vida a la oriental y al oro de su bandera el de su pelo, a tiempo que en su tierra siembran el trigo —siembra, posesión y herencia—. Con “Intemperie” terminan los *Poemas nativos* y principian los *Poemas gringos.* La milonga es para todos, y el hombre esperado es el bienvenido, porque es la otra mitad que hará al americano, es la extranjera hacia quien apuntan todos los sentidos del poeta tal como en otro tiempo apuntaran las flechas de los indios, y sus hijos, cuando el padre les recuerde que son italianos o rusos, dirá fanfarrón que él no es sino criollo. Y esta fusión, esta catarsis del gringo ante el estímulo de un fecundo y virgen paisaje, halla la expresión de su nostalgia y su asiento en el tango. Porque él lo ama, ya lo escuche en el cabaret criollo de la ciudad, ya en el bandoneón solitario o en la guitarra del campo, los italianos autores de tangos lo reverencian y ponen sus palabras al frente de sus recopilaciones de letras. José Pereira Rodríguez y Ernesta Robertaccio estudian en sendos folletos, *Nuevo sentido de la poesía gauchesca,* 1930; *Fernán Silva Valdés, el Nativista,* 1932, con mayor competencia y espacio, la obra y su sentido de este poeta. Yo amaba, a lo largo de un crepúsculo claro, en el tranvía, desde la lejana casa de Juana, escucharlo mientras veía la realidad de sus sueños asomarse a los ojos verdes y a los rostros granulados de oro de los canillitas, del conductor del tranvía, de los mozos que, concluidas sus tareas, empezaban a congregarse por las esquinas, en los cafetines, en las cervecerías, bajo sus gorras, con sus pijamas que descubrían un pecho fuerte y blanco veteado de vellos rubios. De una radio salían, quejumbrosas, las palabras de la *Milonga sentimental:*

Varón pa quererte mucho,
varón pa desearte el bien,
varón pa olvidar agravios,
porque ya te perdoné.

Tal vez no lo sepas nunca,
tal vez no lo puedas creer,
tal vez te provoque risa
verme tirao a tus pies.

No pude ver nunca un partido de *fóbal*. El *fóbal* apasiona a los orientales. Su estadio es enorme y recientemente construido y en él se disputan la supremacía dos partidos, Peñarol y Nacional, mundialmente famosos, campeones. La afición es tan grande que en las escuelas, para estimular a los chicos a una provechosa competencia en sus estudios, dividen los grupos en bandos, a los que dan los nombres sagrados de Peñarol y Nacional, e imagino que, en la política colorados y blancos podían hacer lo mismo y obtener quizá algún *goal,* o cuando menos participar de la atención que la gente, destotra manera, niega a sus sordas actividades. En los primeros días de la conferencia el gobierno nos invitó a presenciar un partido de *fóbal* que, como todas las cosas, se verificaría de noche. Confieso que no me atraen los deportes y que nunca he presenciado un partido de *football.* Fui, sin embargo, a éste. Pero es mejor que no me guste, porque habría deplorado infinitamente de otro modo que una repentina y copiosa lluvia, como lo hizo, convirtiera el evento frustrado en un preliminar de natación y me pusiera perdido el traje nuevo —¡tan compadrito!— que me hicieron en 18 de Julio.

Como eran ya nuestros últimos días de Montevideo, por las mañanas solíamos ir de tiendas Emma, Amelia y yo. Ellas buscaban trapos y sombreros; yo compraba sortijas, y los tres escogíamos tangos. Era frecuente que los dependientes iniciaran con nosotros pláticas largas e indolentes, sin prisa porque les comprásemos nada, y durante las cuales me era bien visible la irreconciliabilidad de Sudamérica con Norteamérica y cómo, en cambio, los ingleses se ganaron ya para siempre este mercado. La insólita derrota que los porteños les infligieron, ejercicio de su madurez de que, al percatarse, derivaron la resolución de amputar el débil cordón que aún los unía a España, colocó a los ingleses en la simpática situación del gigante vencido y les confirió desde luego una ilimitada posibilidad de tráfico lícito que la Corona había ceñido al de esclavos, por mucho que no hubiera logrado intervenir en el británico deporte de la piratería. Es, a este respecto, curioso cotejar el espíritu de los textos ingleses y de los españoles en punto a crítica del coloniaje bonaerense y de la conducta político-económica de España, que aquéllos califican sin piedad de la más estúpida que se haya conocido nunca. La acusación es, no obstante, inválida por extemporáneamente enfática. Los derrotados, los excluidos ingleses han visto, durante los siglos XIX y XX, copiosamente remunerado su previo descastamiento comercial. Y si durante la guerra de 1914 los Estados Unidos tuvieron (y desperdiciaron torpemente) su primera oportunidad de apoderarse de este rico mercado, la codicia de los judíos de segunda clase que enviaron muestras de sus productos a estos países, porque los ingleses estaban entonces demasiado atareados con Europa —y porque lo estaban en igual medida los judíos de primera clase—, los indujo a surtir los grandes pedidos que recibieron con productos inferiores a sus muestras, y los muelles y refinados porteños no pudieron sufrirlo, con que toda relación abortó. La culpa es mutua, sin embargo, y dimana sin duda de una divergencia intrínseca en la justipreciación de la palabra empeñada, ya que, por su lado, los judíos de Norteamérica, para quienes el tiempo es dinero, están viciosamente habituados a recibir su dinero, con toda precisión, a tiempo, y el tiempo es, en cambio, para los criollos, polvo de oro y colmillos de elefante, pongamos por poético caso, pero nunca una entidad íntegramente aprovechable ni digna de respeto, y no cubrían a tiempo sus facturas. Los ingleses saben muy bien que cuando un comerciante de Buenos Aires se tarda en pagar no es que se niegue a hacerlo, ni que sea insolvente, sino que

no le da la keyserlingada gana de pagar en ese momento, pero que lo hará, magníficamente, cuando le dé. Y los ingleses saben esperar. Disponen, por otra parte, de un príncipe a quien le gustan —¡curioso, como a los porteños!— las carreras de caballos, y en Londres, a semejanza de Buenos Aires, el té es imprescindible. Cuando el príncipe vino a Buenos Aires debe de haberse sentido como en su propia casa en aquellas enormes en que fue tan suntuosamente invitado a tomar té con la innovación de medio litro de leche de vaca pampera. No debe de haber echado menos sino su lengua materna, en vez de la cual, sin duda, se habrá servido de "ese incomparable esperanto que es el francés", tan necesario a todo viajero, de cualquier nacionalidad, que pretenda entenderse con la sociedad bonaerense. Las giras y los viajes de buena voluntad son siempre saludablemente fructuosos. Mientras vivan (y vivirán siempre) Morand y el príncipe de Gales las inteligencias criollas dependerán de las inteligencias francesas, sin viceversa; pero los estómagos ingleses, de los bolsillos pamperos, y *vicerreversa.*

EL AIRADO CUADERNO DE LECTURAS

UN AMIGO mío dice, quejándose de su secretario, que "cada vez que escribe una carta se hace un enemigo". ¿Es posible o fácil escribir de otro modo? Fuera de Phillip Guedalla, todos los demás viajeros ilustres, de los que llevo leídos, que han legado a la posteridad las impresiones de su viaje por la Argentina, incurren en un disimulado o franco elogio que tendrá que rendirles las mejores voluntades. El propio Ortega y Gasset, que se sitúa equidistante entre el vituperio y la alabanza, verá seguido su rastro y citadas sus frases en *El hombre que está solo y espera,* en que Scalabrini Ortiz encomia su penetración y consagra su superficialidad a elaborar una psicotécnica difusa y estreñida del hombre de Esmeralda y Corrientes (el hombre-masa, el hombre-pampa, el hombre-ombú). El conde de Keyserling (que durante mi estancia en Buenos Aires escribía a sus amigos que, en virtud de la persecución de que Hitler lo hacía víctima, le sería posible y muy grato volver si sus amigos del Continente del Tercer Día de la Creación lo invitaban, y que se conformaría con unos cuantos miles de pesos al mes), enfoca al argentino desde puntos de vista solemnes (puesto que el argentino es la materia fundamental y siempre recurrida de sus *Meditaciones*, y cuando generaliza yerra): Sangre, Hado, Muerte, Gana; descubre en la seriedad profesional —hija del aburrimiento nomás— de las prostitutas de Buenos Aires un sentido trascendente que relaciona con lo telúrico en el hombre americano, y describe asombrado un "asado" que Guedalla tiene la sinceridad de confesar que le aburre con su novedosa monotonía. El hábil Morand no se compromete. Pasa en taxi sobre las cosas, almuerza en Harrod's, va a Palermo, en Chile habla por teléfono a su piso de París, y desde el avión enumera cosas como un loro. ¿Y qué pensar de Waldo Frank, declarado *criollo* por Scalabrini, mitad ministro protestante, mitad merolico, que advierte, jurándolo sobre la Biblia y con su sintaxis, que va a decir verdades amargas, y en seguida, suavemente, guisa y adereza de nuevo y sirve la trasnochada ensalada de frutas de su *Rediscovery of America,* en la crema batida de un panamericanismo acomodaticio, mientras profetiza la podredumbre de Europa, pero salvando a su amado París, pero declarando Virgen

a España? No hay que pensar sino que podrá volver cuantas veces lo apetezca a Buenos Aires, huésped de las mejores y más cultas familias. Contrariamente a Salaverría, que al proclamar, como Unamuno, que el *Martín Fierro* es español, y al hipertrofiar la deuda española de la Argentina —con menos fortuna que Morand cuando, para furia de Guedalla y delicia de los porteños, los declara franceses—, sólo podrá volver a visitarla cuando lo invite el Comité Cultural Hispano-Porteño de la Sociedad Mutualista de Mucamos "Galicia".

El portero de Lanata era marsellés y muy hábil para negarlo a uno cuando, por su aspecto, deducía que quien iba a buscarlo sólo le ocasionaría molestias, o le pediría *mangos*. Pero si aquella tarde del 18 de diciembre yo no hubiera estado en el hotel, su celo profesional me habría privado, al mismo tiempo que de cumplir una buena acción, del placer de experimentar por ella una gratitud gallarda, cordial, española. Me avisaron que quería verme un español y que me aguardaba en el salón. Bajé de mi cuarto y lo encontré, de pie, junto a una mesa en la que había depositado un ancho cartapacio.

—Siéntese —me ordenó acogedor y sonriente.

Era un muchacho robusto y blanco, de cara redonda, de 22 años, "veintidó abrile", como él dijo después. Obedecí. Al bajar, usaba en mis anteojos la dura máscara de mi personaje oficial que su sincera ingenuidad refulgente disipó, como un rubor, de mi rostro.

—Mi uté —agregó mostrándome su cartapacio abierto, lleno de programas de novilladas, como un poeta joven que coleccionara sus primicias impresas—, Angelillo, yo; Angelillo, yo —y su dedo cuadrado y fuerte iba de los papeles a su pecho, como si tomara agua bendita. Cuando vimos el último:

—Ahora —dijo—, ya zabe uté quién soy. —Y como yo no pareciera entender qué relación podría tener su identidad con la mía—: He sabido —añadió— que en este hotel había mexicanos, y me dije: "Habiendo mexicanos, les gustarán los toros, y gustándoles los toros, ayudarán a un torero que está en desgracia. Porque yo dejé mis padres y todo por seguir la carrera; y he lidiado ya muchas novilladas, y me dijeron que era posible que aquí, en la Plata, hubiera corrida, y no ha habido nada, ni aquí, y tengo empeñado el traje de luces y debo en la pensión, y que me condene si miento, pero ha habido días que no como ná".

¿Quién puede negarse a asumir el fácil papel de la Providencia? ¿Cómo resistir al *matter-of-factness* que llevaba a Angelillo, por el ascensor de un razonamiento tan lógico, de su Málaga a un México del que hago mal en no compartir una taurofilia que en esta ocasión él esperaba que se manifestase en pura filantropía? La VII Conferencia Internacional Americana nos acercaba como no hubiera podido hacerlo, aun en el remoto caso de un viaje suyo a mi país, mi limitada idea de las diversiones públicas, mi aversión personal no por la sangre, sino por el sudor. Le tendí un billete, uno de esos sucios, grandes billetes uruguayos. Le aconsejé ver a su ministro o a su embajador en Buenos Aires, que estaba entonces en Montevideo, y a quienes yo me encargaría de recomendar que lo repatriaran. No se le había ocurrido una solución semejante, ni su posibilidad. Contaba alegremente rescatar su traje de luces, ponerse al día en la pensión con el grande y sucio billete y algún día, quizá, vendría a México. No olvidaría nunca ese *favó*.

Cuando volví a mi hotel esa noche encontré en mi habitación una botella de jerez que había dejado para el señor mexicano un español de nombre Angelillo.

El último día de mi permanencia en Montevideo di, por fin, la siempre pospuesta conferencia sobre la poesía mexicana moderna que se me había pedido desde que llegué. Fue en Amigos del Arte, a una calle de mi hotel. En el propio recinto Alfonso Reyes había dado lectura la víspera a su elegante estudio sobre "Si el hombre puede artificialmente volar", que ya tenía en prensa; lectura precedida de una conferencia-presentación a cargo, creo, de uno de los Guillot-Muñoz. Hizo la mía, con amables palabras, Sarah Bollo. Gracias a la señora Muse, *née* Regil, esposa del secretario de la legación americana, que en su preciosa casa, a que me invitó a cenar una noche, tiene entre sus bellos viejos muebles bretones y coloniales mexicanos no sólo muy valiosos libros antiguos, sino los más recientes de nuestro país, pude en ellos refrescar mis recuerdos y rápidamente pergeñar unas cuartillas a cuya lectura siguió la que hice de poemas de los escritores aludidos —entre los cuales al último me situé, no sé si humilde o estratégicamente—. Hacía mucho calor, pero el salón estaba lleno de personas que escuchaban con interés y atención los versos de Pellicer, de Gorostiza, de López Velarde, por la primera vez, pues el buen Sabat Ercasty, con su chambergo, su nariz puntiaguda, sólo conocía los de unos poetas mexicanos sumamente extraños que le envían sus libros. Ahí me fue dable conocer, al fin, a Ildefonso Pereda Valdés, que, me explicó, no se había atrevido a buscarme antes, porque ahora profesa el comunismo, y su partido era opuesto a la conferencia a que yo venía… A Fernando Pereda, a las sobrinas de María Eugenia Vaz Ferreira. Cuando a pesar de su generosa insistencia ya no tuve más versos que leer, Juana vino a mí, con un ramo de frescas azucenas en el pecho, a pedirme que le firmase un pétalo, y luego todas las bellas chicas y las guapas señoras querían autógrafos igualmente perfumados y raros. Yo no sabría decir si su principal deseo era el de poseer una flor de Juana de Ibarbourou o una firma mía; quizá fuera un deseo mixto de filatelista que colecciona sellos de correos, pero sellados, y cuyo mérito estriba tanto en el sello mismo cuanto en su inutilización como tal por virtud de la tinta. Me inclino a creer que les interesaba la tinta, porque cuando se acabó, con las flores, la de mi pluma fuente, me brindaron las suyas y cualquier trozo de papel para que se lo firmara. Mis libros, de que había una colección en el pequeño escaparate de Amigos del Arte, no podían, por supuesto, adquirirse en Montevideo. Si en vez de un maniático de las ediciones limitadas fuera yo una persona con sentido práctico, habría ganado esa tarde bastante plata. Pero ya es demasiado tarde para cambiar, como era ya demasiado tarde, puesto que yo tendría que abandonar Montevideo dentro de dos horas, probablemente para siempre, para prolongar aquel primero y único, cordial, inolvidable contacto con los escritores de Montevideo.

BUENOS AIRES

MIS TRES últimos días porteños transcurrieron en el hotel Castelar, a cuya sombría elocuencia induje a Montaño, que regresaba conmigo, porque en él vivía Federico. Concluida la jornada, listos para el regreso, con los equipajes ya en el otro *Príncipe* que habría de restituirnos a Nueva York, mi fatiga se relajaba en un verdadero, inverosímil cansancio físico que me encerró en mi cuarto casi todo el tiempo. Apenas si vi a Molinari para recoger con él los 100 estupendos ejemplares de *Seamen Rhymes,* cuya única errata, culpa mía, fue cuidadosamente

corregida en todos. Me porté como un canalla con Nieves, a quien ni siquiera llamé por teléfono; con Pedro y con el embajador Cabrera, a quienes tampoco visité. Ni siquiera la compañía de Federico me perteneció por entero esos días, pues tuvo que marcharse a Córdoba a dar una conferencia, y ya no pude despedirme de él. Tan sólo anduvimos juntos un día, todo el día, pero ése no permitimos que nada nos lo echara a perder. Larco había conflagrado una reunión por la tarde en el estudio de un joven aficionado a la fotografía y a la que habrían de asistir otros escritores. Federico usaba, sin sombrero, su *overall* azul y su *pullover* negro. En el bonito estudio, en que colgaban varios retratos al óleo del artista adolescente, obra de Larco, el artista nos hizo posar. Me enviaría los retratos, que serían magníficos. Pero una vez reunidos allí, opinó el artista que estaríamos mejor en "su otro estudio", y "su otro estudio" resultó ser un departamento muy elegante de la avenida Alvear —con la idea que prevalece en la avenida Alvear sobre la elegancia—. Un criado inevitablemente gallego nos llevó el coctel hasta el salón refinadamente alumbrado en cuyas paredes había vitrinas incrustadas con candilejas que hacían resaltar los contornos de, una, preciosos marfiles; jades la otra y peces de colores la mayor. En el contiguo, cuatro personas que no repararon en nuestro arribo jugaban *bridge* vestidas de noche. La hermana del artista vino a saludarnos compasivamente, y explicó, frente a la piscina mural, una bien ensayada pieza de *sprit* sobre los cuidados que se tomaba para preservar los huevecillos durante un largo tiempo, y cómo, una vez nacidos los peces, se morían sin remedio. Yo no veía positivamente razón para permanecer en aquel sitio, y así se lo dije a Federico; él, bien mirado, tampoco; aquello había sido, o podíamos pretextarlo, una verdadera celada, muy diferente de la bohemia reunión que nos había prometido Larco. Con su *overall* como coartada para un disgusto muy bien fingido, que lo hacía sentirse mal en aquella magnificencia piscatoria y jadeante, Federico salió tras de mí, que lo había hecho ya sin despedirme de nadie. Supongo que no se lo perdonarían nunca y que, en cuanto a mi efigie, debe de haber sido razonablemente pateada por nuestro frustrado anfitrión en la placa misma. Pero, como dijo muy bien Molinari al salir, los ricos me f… Sólo que lo dijo en español.

"La despedida de Buenos Aires cuesta lágrimas." Con esta frase termina Vasconcelos el libro de su viaje a la América del Sur. Quizá muchas veces pasamos, sin reconocerla, frente a una dicha superior. Mi pobre México, sanguinario, de raza niña y débil, que se deja palpar por Lawrence, odiar por Huxley, admirar por Chase, ignorar por los argentinos, vilipendiar por sus propios hijos, sin protesta ni disculpa, no ofrece a los sentidos sino el rudo, doloroso contacto de su primitiva pureza —sin cultura, sin lujo, sin *confort*—. Su arte campesino, en que los indios trabajan y juegan, no aspira sino en la mente de Stuart Chase a otra cosa que expresarlos. Ni siquiera esto. Los expresa sin proponérselo —y uno puede tomarlo o dejarlo—. Sin duda, en una escala de valores físicos, la Argentina y su emancipado Uruguay son superiores a mi pobre México. Son grandes casas que han venido a habitar gentes adecuadas a su extensión y a sus dependencias, *gringos* la estancia, gallegos el servicio, ingleses la cuadra, franceses la biblioteca, gauchos el cabaret, y los dueños de estas grandes casas las han dejado en estas excelentes manos para ir a residir en una Europa de que hicieran venir a sus empleados, en un París cuya inversamente pequeña réplica instalaron a la orilla misma de un Sena descomunal. Los sentidos y los apetitos se mecen y se sacian en el tango. De este *jigsaw*

puzzle se piensa a veces en sintetizar una nacionalidad, falacialmente, como atinadamente observa en la lengua argentina Amado Alonso. En México todo está por hacer, todo menos un alma que no puede meterse en cuerpos importados y que, en consecuencia, no hay que esperar que resulte de ellos. Todos podemos escoger y armonizar dos patrias: la universal de la cultura y la otra. Pero en tratándose de patrias, "de aquélla será mi cuerpo, / que tiene mi corazón".

"EASTERN PRINCE"

LOS CUATRO *Príncipes* son absolutamente iguales entre sí. Gemelos, duplican su duplicidad, acentuada por leves diferencias apenas perceptibles en el color de los sillones del bar, que mira hacia la misma piscina, del *lounge library room,* en que tampoco debe fumarse. De antemano resignado y hecho a la idea de pertenecerle por 18 días, que serán menos largos porque ya he de contarlos, como la era antecristiana, para atrás, recorro el *Eastern Prince,* con una familiaridad dolorosamente ganada al *Northern Prince.* Sin que me lo indiquen, por su puro número, sé dónde está este camarote sabiamente elegido en un quieto rincón, y que, ahora sí, será mío del todo. Somos muy pocos pasajeros; tan pocos que, por serlo, nos vemos automáticamente privados de orquesta, lo cual nos disminuye aún más y convierte nuestra Nochebuena en un cualquier día silencioso y gris de estos calendarios no matizados en los barcos, sino por el ingenio que se ayuda de los *fox trots,* este alimento espiritual de las ciudades que las retrae a nuestro espíritu por un reflejo condicionado. Es cierto que había, del comedor a la cubierta, unos hilos disimulados que tenían por objeto conducir y amplificar la música que podía tocar el gramófono del comedor; pero no lo es menos que la Nochebuena fue religiosamente celebrada en silencio, y que sólo el *Christmas Day* fueron distribuidos en nuestras mesas los gorros de papel, los pitos y las baratijas de hacer ruido, cuyo uso el capitán fue el primero en predicar con el ejemplo. Concluida nuestra cena, nos reunimos sobre cubierta a escuchar el gramófono amplificado. Yo volví a husmear por el comedor, y mi curiosidad tuvo su premio, o su castigo, en la contemplación de un espectáculo conmovedor. De nuestras pequeñas mesas se había hecho una larga, y en ella todos los *stewards* comían, incómodos, sin decir una sola palabra. No había en sus rostros el gesto triunfal de quienes hubieran asaltado la Bastilla, sino el cortado de un invitado inferior y *self-conscious,* la persistente reverencia ante aquellas mesas que estereotipadamente servían y quizás, puesto que las razas nórdicas toman tan en serio esa fecha, la nostalgia de su familia. Frente a sus platos yacían, intactas, las baratijas de hacer ruido, y todos tenían puestos sus gorros de papel.

En Rio pasamos unas cuantas horas luminosas. Nuestro barco se enriqueció con la inmigración del doctor Puig, su señora y los muchachos Carlos y Gonzalo, Juanito Correa Nieto, los Vázquez y alguien más. A las tres de la tarde el doctor fue a Itamaratí a firmar dos convenios. Era el 28 de diciembre. La conferencia había sido ya clausurada y con la visita a Rio, del 24 al 28, cerraba el doctor Puig el ciclo perfecto de la visita de México a Sudamérica. Su rostro daba señales de intensa fatiga y su prisa porque el barco zarpara era evidente. Pero el barco,

que anunció partir a las cinco, demoraba en maniobras de su carga, y Alfonso Reyes y los personajes oficiales de Rio, la larga cortesía de su despedida en el fumador. Difícilmente se encontrará nada más desesperante que el retardo en una partida en cuya puntualidad ya se confiaba nuestro espíritu. Es como cuando uno ya se muere de sueño y las visitas no acaban de marcharse a su casa. Ya de noche, el *Príncipe* comenzó a desplazarse. Y todos preferimos, a la contemplación del Cristo de piedra, la certificación minuciosa de los solitarios encantos de nuestro camarote.

Pero no obstante su propósito de descansar, de dormir hasta muy tarde, su natural actividad obligó al doctor Puig a poner en movimiento el barco organizando, por las tardes, juegos de cartas en el fumador, asistiendo a las exhibiciones de cine, encargándome de preparar la celebración del último día del año con números literarios y musicales. El champaña estaba deliciosamente helado; pero temo que nuestro humorismo haya seguido su temperatura, sin compartir sus propiedades. Un español que habría de descender en Trinidad hizo, infernalmente, un número, "La carcajada infernal", que consistía en reírse hasta la congestión; Romeo tocó el piano, bailó Juanito, bailamos todos; Sánchez Pontón leyó su "Corrido de la conferencia" y yo infligí unas décimas improvisadas por la mañana y que, impresas más tarde con preciosos dibujos de Julio Prieto, en número de 20 ejemplares, forman parte de mis inasequibles obras completas.

Juanito y yo decidimos fundar el Club Serenata, de estatutos implícitos, y cuyos únicos miembros somos, hasta la fecha, él y yo. Ocupábamos en el comedor una distante mesa pequeña, y en ella proseguíamos, por las noches, las conversaciones iniciadas largamente en el club, cuyo provisional recinto era su camarote. El *Liebfraumilch* que Jimmy, el *winesteward,* nos ganimedaba, nos ponía más románticos y hacía coincidir nuestras añoranzas en el ángulo de X de la "serenata" que le dio nombre a nuestro club:

Ya no volveré
a hacerme a la mar sin su querer;
ésa era su voz,
y era para mí,
para mi ventana su canción,
y al perderse aquella serenata
solo a solas con mi alma tuve ganas de morir…

El mar del día, el mar de la tarde, los mares esenciales iban aprisionados en mí, y yo había tratado de verter su esencia en un fino poema. Pero el mar del insomnio en una noche de histérica luna es inexpresable. Como a las tres de la mañana, cuando ya no quedaba alma viviente en el aterrador silencio del barco y sólo se escuchaban los *cracs* monótonos de la madera fatigada, Gonzalo y yo nos tropezamos sobre cubierta. Ni él ni yo podíamos dormir y ya no teníamos cigarrillos. Decidimos entonces aguardar la salida del sol, como hipnotizados, en la punta misma del barco. Un blanco luminoso cubría toda la redondez del mar, interrumpido a la distancia por la sombra terrestre de unas nubes informes, arrecifes fantásticos con que el barco no llegaba a chocar, increíblemente. Una que otra estrella remota

y caída espiaba el absoluto triunfo de la luna, hacia cuyo reino sagrado se encaminaban todos nuestros congelados sentidos.

TRINIDAD

La comida a bordo era tan tradicionalmente mala, a pesar de las latas de que alguien se proveyó en Rio, que el principal objetivo de nuestra visita a Port-of-Spain fue el de dar al estómago un día de fiesta. Queríamos, por otro lado, comprar barato sedas y perfumes —porque nos habían dicho que, puerto libre, Trinidad descontaba de su valor los impuestos que en otras partes encarecen el precio de los "artículos de lujo"—. La primera parte de nuestro propósito se cumplió satisfactoriamente en un limpio *restaurant*, pero la segunda fue imposible. Los repugnantes negros ingleses que habitan esa isla hablan español, lo tutean a uno y son todos cómplices de los hindúes propietarios de las desmanteladas tiendas a que casi arrastran al ingenuo viajero que ha de marcharse dentro de una hora. Una vez en ellas, hay que regatear indecentemente el precio de las pijamas y de las batas "Rajah" para enterarse, a la hora de pagar, de que los dólares trinitarios valen más que los americanos en que uno asumió estar haciendo la operación. Y por otra parte, estoy seguro de que los hindúes lo hipnotizan a uno. En otro estado, creo que difícilmente hubiera cometido el acto fallido de pagar 21 dólares, uno por uno, por una compra que sólo sumaba 16. Y, naturalmente, no me di cuenta de ello sino hasta el barco, cuando ya los repugnantes negros, los ambiciosos hindúes, sus baratijas de caucho y sus dólares trinitarios naufragaban a la distancia, con las manos de alambre de sus escuálidas palmeras negras.

Nuestro mesero se llamaba Tim, pero Frank Jordens, que servía una mesa distante, era mucho más comunicativo. Con frecuencia, terminadas sus labores, despojado de la tiesa corbata, subía a conversar con el *barman* y con Jimmy, a quien apodaban *the Big Bad Wolf*. El *barman* era viejo, Jimmy muy joven, y en esta encarnación de la parábola, Frank representaba el melancólico mediodía. Escuchándolos conversar en una misma lengua podía percibirse la infinita riqueza de matices de que ésta es susceptible en la voz y en la boca de un belga, de un irlandés y de un norteamericano. Y, al propio tiempo, qué deleznablemente pequeña es la mejor novela frente a la trágica, musical y sublime posibilidad de las intranscribibles vidas humanas.

NUEVA YORK

De repente, un frío intenso y vigorizante. Desde la víspera, Carlitos Puig, que se empeña en adelgazar por todos los medios que el común de los mortales emplean para robustecerse, se dio las últimas zambullidas en la piscina. Dejábamos atrás el descomunal remiendo verde que el Amazonas vierte sobre un mar ya recuperado, la fantástica isla Saba, habitada por 2000

holandeses pescadores al nivel de Venezuela y que sólo toca un barco cada seis meses. El mundo tiene, en realidad, dos mitades bien perceptibles; sus climas gobiernan la temperatura normal de nuestros espíritus. Dejábamos atrás la tierra fecunda que ha hecho felices a los hombres, para entrar en el país de los hombres rudos que han embellecido su tierra ingrata. El frío purificaba, divinamente, nuestros sentidos. Y despojado de la inmundicia que son los árboles, se adelantaba al mar el bosque infinito de los rascacielos.

Le debo una apología a Nueva York. En las primeras páginas de este libro aparece tétrico, aplastante. Pero esta amada de Ezra Pound, esbelta, blanca, no tiene la culpa de mi estado de ánimo de entonces, antesala de la desconocida, pavorosa aventura. Si ahora contribuía la euforia de mi regreso a descubrir sus encantos pienso que serán insuperablemente mayores a medida que uno se entregue a su múltiple y plena seducción. Como pisos los rascacielos, el placer tiene grados, sentidos, posibilidades. Y un ascensor abordado en el *subway* puede llevarnos a la cima del éxtasis o simplemente depositarnos en un Museo de Arte, o en el Roxy, o en una cafetería, o en Brentano's, o en el adorable Greenwich Village. El espíritu de Aladino ha levantado la necia prohibición y, en el breve mes de mi ausencia, el Manhattan Room del New Yorker se ha convertido en un precioso bar. Y el tiempo no importa. Puedo fumar mi insomnio, tensamente, hasta amanecer leyendo mis cartas de México, escribiéndolas, poniendo en orden mis planes y mis recuerdos, enviando a mis amigos el saludo de *Seamen Rhymes*.

Y, en fin, al tren, un domingo un poco triste, con la promesa de volver en cuanto se pueda reunir el dinero preciso.

MÉXICO

EL FILM al revés se ha desenvuelto muy rápidamente. Entramos en 1934, un año que ha nacido de nuestra ausencia, al paisaje perezoso de nuestro país. Nada ha cambiado en él, ni las nubes suntuosas, ni la tierra seca, ni los *cactus* ensimismados. De las chozas, de los riachuelos, brota el azul incienso del humo y del agua con igual movimiento. Un hombre aquí, allá un niño desnudo, un asno de villancico, una camisa azul tendida a secar sobre una piedra —y un silencio infinito, vigilado por las montañas—. Y más al sur, las torres pequeñitas de las iglesias van anunciando la proximidad de México. Me aguarda el despertar, la costumbre. ¿He muerto un poco? Mañana todos los rostros me serán familiares y mis manos pugnarán por resucitar todos los vínculos del pasado. Mi casa, mis libros. ¡Mañana!

Sweet love, renew thy force; be it not said
Thy edge should blunter be than appetite,
Which but to-day by feeding is allay'd
To-morrow sharpen'd in his former might…

[1] Contrariamente concibe la vida Cynewulf en el *Voyage of Life* (traducción de J. D. Spaeth): *Our Life is likest a long sea-voyage.* ¡Ya en el siglo VIII!, y más tarde Shakespeare: *Like as the waves make towards the pebbled shore So do our minutes hasten to their end.*

[2] Don Daniel Granada, autor de *Vocabulario rioplatense razonado* (Montevideo, 1890), español, a quien don Juan Valera toma por natural del Río de la Plata al agradecerle un ejemplar con una doble *Nueva carta americana*, roza el problema de las divinidades griegas en el paisaje americano, en el prólogo de su obra, con estas palabras:

> Pero así como en la época precedente no pudo quedar América exenta del general contagio del gongorismo, tampoco en ésta le era dable sustraerse al influjo del seudo-clasicismo que entonces estaba de moda en el mediodía de Europa. Así vemos que poetas a quienes el cielo había revelado el secreto de la belleza en la vida creían descubrir, sin embargo, en los ríos y entre las selvas de América las divinidades del Olimpo que el Chimborazo y el Amazonas miraban con desprecio. Ejemplo: el porteño Labardén, cisne del Plata, cuya bellísima oda *Al Paraná* engalana las primeras páginas del *Vocabulario…*

Es obvio que los ejemplos podrían multiplicarse y que serían más demostrativos que este único —no tan olímpico, después de todo— que pone Granada, de este cisne de Buenos Aires.

[3] Una ligera exploración por los parnasos sudamericanos nos rendiría la siguiente lista de poemas relativos: *A)* el mar; *B)* ríos; *C)* árboles; *D)* animales, y *E)* odas a Colón; en ella descontamos los mencionados en el cuerpo del texto. *A)* ARGENTINA: *El mar en noche de luna*, de Enrique Méndez Calzada, y esta imagen: "A estas horas marea la pampa como un mar", de Fernández Moreno. BOLIVIA: *En la playa*, de Emilio Finotte. COSTARICA: *Marina* (dos sonetos), de Rosa de Chavarría. CHILE: *El arponero* y *La tumba del marino*, de Samuel A. Lillo; *El barco viejo*, de Manuel Magallanes Moure; *La procesión de San Pedro* y *La bendición del mar*, de Pedro Prado, y *Marina*, de autor desconocido. CUBA: *Leitmotiv*, de Hilarión Cabrisas; *A las olas*, de Antonio Hurtado del Valle; *Marina* (soneto), de Gustavo Sánchez Galárraga; *El mar y la montaña*, de Regino E. Boti; *Yo me voy a la mar de junio* y *Mi eternidad*, de Mariano Brull (traductor del *Cementerio marino*, de Valéry); *Lienzos marinos* (V sonetos), de Federico de Ibarzábal; *El argonauta enfermo*, de Ramón Rubiera; *Canción de los barcos entre la noche*, de Eduardo Avilés Ramírez (nicaragüense-cubano) y *Simbad* (soneto), de Andrés Núñez Olano. NICARAGUA: *Margarita*, de Rubén Darío; *Tristezas*, de Diego Cabezas; *La voz de los remos*, de Solón Argüello, y *Gemelos*, de J. A. Flores. PARAGUAY: *La ola*, de Alejandro Guanes. PERÚ: *Viajera*, de Luis Navarro Neira. PUERTORICO: *Insomnio*, de Santiago Vidarte; *Desde el mar*, de Manuel María Sama; *Dios provee* (anécdota en dos sonetos), de José de Diego; *El entierro del marino*, de Gabriel Ferrer y Fernández; *Las olas*, de Gustavo Fort, y *Acuarela marina* (soneto alejandrino), de José Joaquín Rivero. ECUADOR: *Impresión a la vista del mar*, de Rafael Carbajal. ELSALVADOR: *Los vientos del odio*, de Francisco Gavidia; *A la salida del vapor "Gold Hunter"*, de Juan J. Cañas. SANTODOMINGO: *Seducción*, de Fabio Fiallo. URUGUAY: *El mar*, de Alfredo E. Martínez; *Alegría del mar*, de Carlos Sabat Ercasty; *El nadador*, de Emilio Oribe; *Destino*, de Federico Morador, en que hay un mar de tercera generación. VENEZUELA: *Sobre las olas*, de José Aguilera; *A bordo*, de Carlos Borges; *Las olas* y *La orilla del mar*, de José A. Calcaño; *La nave de la vida*, de Elías Calixto Pompa; *Al volver*, de Juan A. Pérez Bonalde; *A orillas del mar*, de Manuel Pimentel Coronel; *Balada marina* (Santa Rosa de Lima), de José Ramos Yepes; *Baladas marinas*, de Andrés E. de la Rosa; *La tumba del marino*, de Miguel Sánchez Pesquera. MÉXICO: *El mar chapálico* (cantos a México, XIII) y *El mar Pacífico* (XVI), de Aurelio Luis Gallardo; *Al mar*, de Juan B. Híjar y Haro, y *Vista del mar*, de Soledad Manero de Ferrer.

B) CUBA: *Orillas del Yumurí*, de Miguel Martínez y Chávez; *Al cauto* (soneto), de Carlos Manuel de Céspedes; *El río Najasa*, de José Fornaris; *El arroyo*, de Felipe Poey; *A una orilla*, de José Joaquín Palma; *A un río*, de Miguel Galliano Cancio; *El arroyo*, de María de los Ángeles Espejo; *El remanso* (soneto), de Dulce María Borrero; *¿Quién eres tú, que pasas por el río?*, de Enrique Loynaz y Muñoz. CHILE: *Las dos hermanas* (recuerdos del Magdalena), de José Antonio Soffía; *En mi pueblo*, de Manuel Varas Espinosa. VENEZUELA: *Al río Caurimaré*, de Domingo Ramón Hernández; *El anauco*, de Andrés Bello. PERÚ: *Canto al Magdalena*, de Santos Chocano. ECUADOR: *La voz del río*, de Wenceslao Pareja. PUERTORICO: *Al río de Sayamón*, de M. J. Travieso. ELSALVADOR: *El arroyuelo*, de Salvador L. Erazo. SANTODOMINGO: *Hálito indígena*, de Emilio Jiménez. COSTARICA: *Al Pirro*, de Aquileo J. Echeverría. MÉXICO: *Juanacatlán* (XIV) de Aurelio Luis Gallardo; *Al son del río*, de Juan B. Híjar y Haro; *El arroyuelo y el mar*, de Beatriz Carlota Portugal de Vivanco.

C) VENEZUELA: *El pamillo o árbol del diablo* (soneto), de Julio Calcaño; *Y así cantó el banano* (soneto), de Luis Curión; *El café* (soneto), de Gonzalo Picón Febrés. PERÚ: *La leyenda del caucho*, de Carlos Amézaga. ECUADOR: *Las palmas*, de Wenceslao Pareja. ELSALVADOR: *La ceiba de mi pueblo*, de Rafael Cabrera (a quien no hay que confundir con el mexicano del mismo nombre); *Ceiba americana*, de Ramón Mayorga Rivas, nicaragüense, domiciliado en El Salvador. CUBA: *La canción de las palmas*, de Dulce María Borrero; *A un árbol*, de Gustavo Sánchez Galárraga; *Ideología del árbol seco*, de Ramón Rubiera; *El poema de los cañaverales*, de Felipe Pichardo Mota; *El árbol fraterno*, de Regino Pedroso; *Mis viejos limoneros* (sonetos), de Fernando y Francisco Llés (los hermanos siameses de la

poesía cubana). SANTODOMINGO: *La flor de la caña,* de Federico Bermúdez; por útlimo, *El ombú,* que se eleva ufano en el uruguayo Alejandro Magariños Cervantes, ha sido profusamente cantado: "Noble poeta de la agreste pampa, / en que se yergue el altanero ombú", dice el ecuatoriano Nicolás Augusto González, dirigiéndose a Martín García Nerou; y Eduardo Haedo, uruguayo, describe *Los ombúes de El Talar.* MÉXICO: *El ahuehuete de Popotla* (V), de Aurelio Luis Gallardo, y *A un ciprés* y *Bajo de un sauce,* de Juan B. Híjar y Haro.

D) CHILE: *Los bueyes,* de Manuel Magallanes Moure. BOLIVIA: *Una llama,* de Fernando Achá y Aguirre. PARAGUAY: *El boyero,* de Leopoldo Ramos Jiménez. VENEZUELA: *La muerte de la res* (soneto), de Julio Calcaño. PERÚ: *Los caballos de los conquistadores,* de Santos Chocano. COSTARICA: *Mi caballo,* de Nemesio Canales; *El buey,* de Virgilio Dávila; *A mi caballo,* de Diego Cayetano Coll y Foste. ARGENTINA: *A mi caballo,* de Juan María Gutiérrez. CUBA: *A mi caballo* y *Muerte del toro,* de José María Heredia; *El gallo* (soneto), de Manuel Serafín Pichardo; *El buey,* de Ramón Rubiera, y *El jamelgo,* de Francisco J. Pichardo.

E) PARAGUAY: *Colón,* de Liberato Rojas. VENEZUELA: Ya citadas en el texto. PERÚ: *Más allá de los cielos,* de Carlos G. Amézaga. PUERTORICO: *A Colón,* de Luis A. Torregrosa. ECUADOR: *Heroísmo,* de Francisco Chiriboga. SANTODOMINGO: *El junco verde,* de José Joaquín Pérez. MÉXICO: *A Colón,* de María Santaella, y… FILIPINAS: *El gigante de los mares,* de Agustín Seva.

Claro es que sólo una curiosidad extrapoética puede animar a reunir estos poemas o a leerlos todos. Por ello van mencionados en nota.

[4] Mucho después don Vicente Riva Palacio exclamaría, dictándole a su secretario, el *Adiós a mamá Carlota,* que comienza: "Alegre el marinero / con voz pausada canta / y el ancla ya levanta / con extraño rumor". ¿Recuerdo? ¿Atavismo? "Murmuran sordamente / los tristes chambelanes."

Este y otros viajes

NOTA PRELIMINAR

SALVADOR NOVO

HACE 10 años que, salvo breves interrupciones, entrego semanariamente a los periódicos una colaboración que, en promedio, suma la producción de 20 cuartillas cada ocho días. No parece mucho escribir unas líneas menos de tres hojas diarias de máquina.

Pero cuando se echa la vista atrás, y se considera que en estos 10 años de 54 semanas, he entregado a las rotativas —si 20 cuartillas por 54 semanas suman 1080— un total de 10800 su volumen sorprende, y hace difícil, retrospectivamente, dar entre el pajar de una crónica intermitente, contemporánea y efímera, con aquellas agujas que pudieran hilvanar la continuidad coherente y mayor de un libro en que se depurase y expusiese, más *in extenso* de como lo ha sido en las palpitaciones aisladas de un artículo, la serie de ellos que por peso específico debieran rescatarse del naufragio periodístico porque conservasen un valor de mayor permanencia que el habitualmente deparado a aquél.

La editorial Stylo me brinda, generosamente, la ocasión de emprender este primer buceo entre las 10800 cuartillas de mi tributo cotidiano para rescatar de entre ellas las que componen el presente volumen. Son —como en mayor proporción ciertos libros míos de viaje *(Return Ticket, Jalisco-Michoacán, Continente vacío)*— impresiones rápidas y directas de mis viajes por la república. Les vincula su tema, México, y aspiro a que les preste unidad el ferviente amor por nuestra patria que me las dictó, y con que las entrego, ahora atadas en un volumen, a la benevolencia de los lectores.

Junio 22/48

TEQUISQUIAPAN

EN TEQUISQUIAPAN, Querétaro, por lo único que podía sospecharse que hubiera sido aniversario de la RRRRevolución fue porque al hotel del Relox llegaron tal copia de viajeros que fue necesario alojarlos en los cuartos que todavía no están listos para recibir huéspedes —esto es, que se distinguen de aquellos que ya lo están en que tampoco tienen baño, pero ya les van a hacer un clóset, como se advierte por los ladrillos húmedos y el montoncito de mezcla que hay en mitad de la habitación—. Camas sí hay —suficientes, venerables,

rechinadoras—. Y aunque la leche no alcanza para todos, tampoco la señora estaba preparada, y han de dispensar.

El licenciado, su mujercita, el médico, su mujercita, el ingeniero, su graciosa mujercita, y los *by-products* de todos ellos, encarnaban en Tequisquiapan, Querétaro, la jocunda alegría de las nuevas generaciones, redimidas ya de la hipocresía que antaño se llamaba decencia, por la RRRevolución. Así lo demostraban sus chamarras, sus *sweaters*, su garbo al encargar a gritos un cartón de cerveza para tomárselo en el tanque mientras se retrataban, y la graciosa mujercita del ingeniero, al chillar como rata neurasténica dentro de la llanta en que aprendía a nadar colgándose de su "papacito, papá, padre, hijito, ay, no, nooo".

Estas alegres personas llegaron a Tequisquiapan, Querétaro, a pasar el fin de semana, porque ellos no tenían que desfilar, ni querían tampoco ver el desfile. Abordaron el tren de Laredo, a las ocho de la noche, en la Gran Estación Central de Buenavista, y no tomaron más que billete de primera porque a Estación Bernal, que es donde uno se baja para ir a Tequisquiapan, Querétaro, se llega generalmente por ahí como más o menos cerca de casi la una de la mañana, y no valía la pena acostarse en el *pullman*. Además, no habrían conseguido boleto de *pullman*, aunque hubieran querido comprarlo; de modo que se amontonaron como mejor pudieron en el único carro de primera que la administración obrera de los Ferrocarriles Nacionales de México puso, con cupo para 80 personas, a la disposición de las 160 a las que les vendió boletos.

Con ellas llegaron otros señores que desdeñaban los placeres de la natación por las seducciones de la cinegética y por el arrobamiento de la pesca. Cuando llegaron a Estación Bernal el cielo lucía una cantidad tan bochornosa de joyas estelares, que lejos de parecer hermoso daba la impresión de padecer, digamos, un luminoso sarpullido. Dos automóviles de que se dispone en Tequisquiapan, bien entrenados como caballos o como mulas para el transporte de los pasajeros, los condujeron en abonos más o menos cómodos al hotel, en 10 minutos a cada grupo de los que cabían en cada modelo 1928, y horas después rechinaban todas las camas del hotel del Relox, que se llama así, con toda probabilidad, porque a alguien se le ocurrió pintar en el muro que conduce a los baños termales, que son su principal atractivo, un reloj que marca permanentemente las 12 y cuarto.

No bien había salido el rubicundo Febo, cuando los cinegetistas se marcharon con indumentaria de cazar leones, a pasar la mañana en el monte. La familia redimida sabía mejor cómo aprovechar la mañana, y don Román se dio gusto alquilando toallas a cinco centavos y sábanas a 10, para que los alegres pasajeros se enjugaran después de haberse entregado por entero a la caricia tibia y pegajosa de las albercas privadas, una de las cuales, quizá la número 1, o la 2, hizo construir don Venustiano para echar sus barbas a remojar.

Porque todo el rumbo es sumamente histórico. La corregidora doña Josefa Ortiz de Domínguez, como su nombre lo indica, era de Querétaro; a su vez, la Constitución de 1917 fue elaborada en ese lugar; y el patricio Álvaro Obregón dio a torcer su brazo en Celaya, según las personas que no saben que el memorable episodio tuvo lugar en Trinidad, Guanajuato.

Como era domingo, se advertía grande animación en la Plaza Principal, alrededor de la columna en que está depositado un busto del padre Hidalgo, obra patriótica de la Junta del Centenario. La animación consistía en que por dos costados de la plaza se hallaban instalados en el suelo los indios que vendían cacahuates, naranjas, cañas, jícamas, guayabas y tejocotes,

o bien tejocotes, guayabas, jícamas, cañas, naranjas y cacahuates. También cebollas, papas, y cazuelas; pero absolutamente ninguna otra cosa. Todo lo demás, como por ejemplo mezcal, caramelos, huaraches, barajas, clavos, galletas o sarapes, podía comprarse en la gran tienda de La Flor del Líbano, propiedad de un árabe que celebraba el descanso dominical con sus dos dependientes, vendiendo más que de ordinario. No vaya a pensarse, sin embargo, que las autoridades de Tequisquiapan, Querétaro —alojadas verosímilmente en otro costado de la plaza, en una casa pintada de verde que recordaba la fecha patriótica con unas banderas colgadas en sus balcones; casa en que se leen todos los rótulos necesarios para averiguar que allí es la cárcel, la receptoría de rentas y todo lo demás necesario para una convivencia civilizada— eran flojas o disimuladas hacia los libaneses. Su tolerancia, si tal puede llamársele al hecho de que facilitaran las compras de lo necesario el día que la gente que trabaja todos los demás destina a comprar lo que necesita, se extendía por igual a La Flor del Líbano que a La Nueva Fama, o que a la Reforma del Siglo XX —establecimientos éstos en que podía hallarse casi todo lo que en La Flor del Líbano, aunque no exactamente todo—, y hasta bien pasadas las 10 de la noche de un domingo en que los indios de los alrededores, confortados colectivamente por una buena misa oída en la airosa parroquia, impedían que su confortamiento espiritual decayera y lo mantenían en alto con dosis adecuadas de mezcal. Por lo demás, las autoridades ni parecían existir ni, en consecuencia, molestar a nadie. La vida vegetal de los habitantes de Tequisquiapan se agazapaba debajo de sus sombreros o dentro de los muros lisos y largos de sus casas, todas iguales una a la otra, e iguales a todas las casas de los pueblos de México, con sus grandes ventanas enrejadas, sus enormes zaguanes, sus macetas y sus pájaros, y su silencio.

LE JOUR DE GLOIRE

El día siguiente fue todavía más tranquilo. Cazadores, pescadores y deportistas tenían que regresar a sus deberes en México. Les aguardaba aquella parte del plan sexenal que tenían, de algún modo, que cumplir, en sus oficinas, en las calles congestionadas, en los camiones, en los cafés de chinos —o siquiera leyendo los periódicos que no llegan a Tequisquiapan, Querétaro —. Era el mero día de la RRRevolución, y poblaciones de importancia, como Querétaro o como San Juan del Río, iban a tener un desfilito; no Tequisquiapan. Lo único que allá se notó como síntoma de que algo extraordinario ocurría en las importantes poblaciones de Querétaro y de San Juan del Río fue el arribo de dos coches de sitio con pasajeros cuya festividad siguió el cauce de la cerveza marca Monterrey, tipo lager, consumida en la compañía de don Román, mientras las mujeres del grupo tomaban un baño en la alberca 11.

O bien tome usted el caso de Manolo, *el Chino* y *el Mariachi*. Los tres viven en San Juan del Río, pero aprovecharon el día de la Revolución para venir en bicicleta a bañarse en Tequisquiapan; y tomando el vuelo necesario, se lanzaron a la gran alberca con todo y sus bicicletas, hasta los cinco metros de fondo de lo más profundo del tanque, junto al trampolín. Fue idea de Manolo. Manolo es, obviamente, español, de unos 20 años —el menor de los tres hijos de don Ebenecio—; y es tan malilla, que ahora que hubo bola en España se le escapó al

papá y se fue a pelear a su tierra, nunca se supo, ni él mismo cuidó de averiguar, si al lado de Franco o al otro. Lo único que se sabe es que don Ebenecio tuvo que gastar buti pesos para traerse a Manolo, y andaba tan preocupado que hasta descuidó sus grandes negocios del monopolio del carbón que maneja con éxito en la importante población de San Juan del Río.

O bien, tome usted el caso de *el Mariachi*. También son tres hermanos, y tienen fordcitos. Antes les iba muy bien; hacían hasta cinco viajes diarios a Tequisquiapan, a siete pesos viaje; pero ahora les hacen mucha competencia los camiones. *El Mariachi* ha estado en México. Tenía muchas ganas de volar en avión, y un día se sacó 300 pesos en la lotería, y resolvió realizar su sueño volátil. Pero, millonario con sus 300 pesos, se fue con cuates a Cuernavaca y se los acabaron de coñac fino. Cuando acordó, ya no tenía más que para el pasaje de regreso, y se regresó, hasta que no pueda volver a darse el gusto de montar un avión.

O bien, tome usted el caso de *el Chino*. Él ha estado en México dos meses; pero no aguantó. Extrañaba mucho su tierra y en México había mucho ruido, y andaba engentado.

TABLE D'HOTEL

Los dos árboles que silban el aire junto a la gran alberca del Relox son aguacates. Los aguacates de la región tienen fama de buenos. Pero según unos informes, todos los que se producen emigran en carros hacia las grandes ciudades, y según otros informes, hubo un tiempo en que había aguacates magníficos, pero de buenas a primeras se enfermaron los árboles y ahora ya no hay aguacates en Tequisquiapan, Querétaro. Cualquiera de las dos explicaciones basta a entender por qué aguacates y jitomates se hallan por igual ausentes de una dieta bien limitada, en el hotel y fuera de él, y cómo ha sido fructuosa la labor nacional del Comité Regulador de las Subsistencias, unido a todas las demás agencias oficiales que regulan la agricultura del país para la conveniencia de los habitantes de la capital del país. Otro tanto ocurre con las papas y con las cebollas, que apenas si prueba la gente de esta región en que antes se producían tan buenas.

O bien, tome usted las casas. No es preciso ir a Tequisquiapan para comprobar que el caso de esta población es idéntico al de todos los pueblos de la república. Los habitantes de México, cuando reflexionan, encuentran que la fiebre de las construcciones es un síntoma saludable de la economía, de la prosperidad de la ciudad de México. Los propios revolucionarios, que tan buenas casas se han construido, admiten que la fiebre de construcciones es tan buena como la fiebre que produce el Dmelcos. Y así debe de ser, aunque la cosa tiene otros aspectos: por ejemplo, el de que los que tienen pesos, bien o mal habidos, se apresuran a hacer casas en la ciudad porque les parece el mejor modo de disfrutar por un tiempo más largo sus pesos —el modo más seguro mientras no se produzca el plan sexenal que preconice el ejidismo urbano—; o por ejemplo, este otro aspecto criticable: el de que nada han criticado más los rrrrevolucionarios al porfirismo que el hecho de que embelleció la ciudad de México con horrendos palacios afrancesados, convirtiéndola en un espejismo y en un muestrario nacional de lo que no existía en el resto de la nación, en una especie del aguacate que hay junto a la alberca del Relox de Tequisquiapan, Querétaro. Y ahora ocurre

exactamente lo mismo: para los pueblos, atraso, miseria, mugre, incomodidades, hambres; y en la capital, que es donde se hacen los desfiles y donde se redactan los planes sexenales, persianas venecianas, *cocktail parties,* ascensores y buicks, para no hablar del coñac en que gastó *el Mariachi* los pesos que destinaba a volar, ni de todos los demás escaparates de la prosperidad.

Y sin embargo, la sola presencia de las casas sombrías hoy, muertas, aletargadas, de Tequisquiapan, Querétaro, demuestra que algún día vivieron. Estas casas enormes, con amplias habitaciones, con grandes rejas tras de las cuales una ancianita permanece todo el día espantando las moscas que son los únicos clientes de sus endurecidas pepitorias, representaron un lejano día una saludable y magnífica fiebre de construcciones. Mientras los científicos de don Porfirio se hacían chalets copiados de los que habían visto en Europa, los rancheros de los pueblos construían casas en los suyos. Casas tradicionales, tal como los españoles se las enseñaron a construir, con la misma planta, pero nuevas, y muchas. La iglesiota los estimulaba con su presencia erguida, y así como durante la misa todos los fieles se sienten elevados al plano en que el santo sacrificio se realiza, así alrededor de la iglesia iban elevándose casas, que significaban vida mejor, en los pueblos, y los pueblos se iban haciendo, y al hacerse, iban haciendo la patria. La señora Capital de la República, como buena señora, era un poco ridícula. Se ponía sombreros franceses. Pero el hombre de la casa era macho, ranchero, luchón, rico, y le pagaba a la señora de buena gana sus extravagancias, mientras la señora lo dejaba trabajar a gusto y disfrutar por su lado de sus comodidades y de su vida propia, a caballo, en el monte y en la hortaliza, y haciendo sus casotas.

La señora Capital y el señor Rancho tenían hijos robustos —como *el Mariachi,* como Manolo— y los mandaban a estudiar, a veces fuera de México. Cuando volvían, convencían a su papá y a su mamá de que las cosas podían hacerse mejor, y todos prosperaban de un modo lento, pero biológico y seguro.

Un día, sin embargo, ocurrió una cosa inesperada. Una cosa inexplicable, pero no por ello menos real. La fiebre de construcciones dejó el sitio en los pueblos al frío mortal del abandono. Dejaron de nacer casotas, y las que había empezaron a envejecer, a marchitarse, a derruirse. Las cosechas empezaron a escasear. El señor Rancho fue fusilado y huyó a reunirse con su pedante señora Capital, y allá se volvió político, olvidó el trabajo, enriqueció de mala manera, y se volvió sumamente hablador, él que era tan discreto y callado. Cuando volvió al pueblo, hablaba un galimatías ininteligible. Mencionaba la lucha de clases, las reivindicaciones del proletariado, el marxismo, la planeación, la economía dirigida, y venía retratado en unos grandes carteles que empezaron a pegarse en los grandes muros semiderruidos de las muertas casotas del pueblo. Todo se lo halló en la mayor miseria. En los tianguis de Tequisquiapan, Querétaro, ya no se vendían aguacates, ni tomates. No se construía una sola casa, y el político se conmovió. Volvería a la ciudad en el primer *pullman,* y allá hablaría de la miseria de proletariado del campo, que le constaba; de cómo los indios andaban macilentos, descalzos, mal vestidos de manta, cuando a él le constaba que en High Life venden tan buenos zapatos Florsheim, tan buenos abrigos ingleses —en Manolo tan buenos *cocktails* de ostiones con vino blanco—. Mediante unos buenos planes sexenales, y siempre que a él lo hicieran funcionario, aquella miseria por liquidar la cual se había puesto en marcha la RRRRevolución, quedaría abolida por entero.

En lo que el político no se detenía a pensar era en que aquella miseria que constataba no era producto de don Porfirio, sino resultado de la Revolución. Lo que no le convenía reconocer, aunque lo viera y lo supiera, era que un día aquellos indios estuvieron mejor nutridos por la simple razón de que había más variadas cosas que comer y menos camiones que se llevaran la comida a la capital, porque los centavos compraban más, y porque, paradójicamente, se cumplía desde antes del advenimiento del marxismo oficial el principio marxista de que el que no trabajara no comiera, pero había trabajo para todos, porque al amo le importaba enriquecerse para tener contenta a la señora Capital e ir a visitarla y comprarle sombreros y corsés, y para ello necesitaba que todos sus peones trabajaran, y para que trabajaran necesitaba darles de comer bien, y les daba. Lo que al ininteligible político no le convenía admitir era que ahora él le echaba en cara a un pasado cuya obra había destruido, la destrucción absoluta de aquella obra lenta, y él, el destructor, se presentaba como el salvador.

LA CARIDAD CRISTIANA

En Tequisquiapan, Querétaro, hay una sola iglesia, grande, limpia y sencilla. Si es joya colonial, no lo parece. Pero cumple bastante bien su función. Orienta hacia el pueblo con su cúpula gorda, en la punta de la cual hay un foco, y da las horas con su reloj y con su campana. Dispone además de una veleta que marca, sin que a nadie le importe, hacia qué rumbo sopla el viento.

Los domingos en la mañana está llena de público. Es un éxito la función, siempre igual o muy parecida, que da el cura, vestido de seda verde, entre el incienso, y los viejecitos de pies paquidérmicos abren los brazos en cruz y le piden a Dios muchas cosas. Si se las concede o no, será porque se lo merezcan o no hayan sabido merecérselas, pero ellos procuran cumplir con la doctrina cristiana que desde chicos aprendieron en aquella misma iglesia, cuando los llevaban como ahora siguen las mujeres arrebujadas en sus rebozos llevando a los nuevos chicos de calzón blanco y huaraches a la función de los domingos.

El cura no ha logrado adquirir una explicación racional y exacta del universo y de la vida. Es posible que tampoco lo haya logrado el papa, por muchos latines que haya estudiado en Roma, y que semejante sabiduría sea patrimonio exclusivo y flamante, conferido por la reforma al artículo 3º. de la Constitución, de los *máistros* de escuela, sobre todo de los de la capital. No puede en consecuencia pedírsele al cura que explique a sus fieles racional y exactamente el universo ni la vida. Todo lo que puede ocurrir, todo lo que ocurre, es que los fieles y las fieles entiendan el pedazo de universo que conocen, y la vida que en sus cuerpos palpita, como un don inesperado, grandioso, inmerecido, y que se pongan a agradecerlo y a disfrutarlo a su más sencilla manera. Todo lo que el cura puede hacer, y hace, es señalarles a sus fieles la voluntad de Dios, manifiesta en el universo como bondad infinita, e inculcarles la voluntad de emular a Dios pareciéndosele en la bondad hacia el prójimo. Y esta explicación, irracional e inexacta del universo y de la vida, parece hasta hoy suficiente en Tequisquiapan, Querétaro, para que a sus habitantes les importe un rábano la guerra europea, les venga *guanga* la CTM y ni envidia le tengan a Dámaso Cárdenas.

LA COMPASIÓN CRISTIANA

Cuyo hermano, a lo mejor, los ignorantes habitantes de Tequisquiapan, Querétaro, ignoran que es el presidente de la República, y que abandonar las comodidades de la capital, para recorrer los pueblos del tamaño de Tequisquiapan y aun menores, a fin de enternecerse a la vista de los indios descalzos, y de hallar en ese conmovedor espectáculo la razón suficiente para atenerse a las recetas que los médicos sabios de la capital le formulan, sin haber auscultado siquiera a los enfermos.

Los médicos sabios, evidentemente, no han ido nunca a misa. Ignoran la doctrina cristiana. Su catecismo se llama *El capital,* y en él no se predica el amor al prójimo, sino la lucha con el prójimo. Las gentes —Chon, *el Pitoloco, el Mariachi,* o don Román— son para ellos números, susceptibles de integrar multiplicaciones, sumas y restas que a seis años de plazo rindan un resultado numérico importante de pesos y centavos. Cuando ya sea tiempo, la propiedad privada habrá desaparecido; pero como los indios seguirán ignorantes, cuando menos más que ellos, serán los sabios los que, erigidos en el Estado, muevan sus rebaños para conveniencia de los rebaños renuentes a ser conducidos por las sendas estrictas de la razón y de la exactitud.

Entonces todo el mundo, todos los indios y todos los habitantes de Tequisquiapan, Querétaro, podrán vestir como los sabios marxistas; esto es, en el mejor sastre de México; fumarán puro, tendrán casas con clima artificial, beberán whiskey con *ginger ale* —y no andarán con la pata *a raiz*—. Lo que queda por ver es si en el nuevo paraíso que la compasión presidencial, al acudir a los sabios médicos, prepara a los actuales huéspedes del purgatorio que es la república, serán éstos tan felices como lo son en sus huaraches; si el café color gris que se bebe en Tequisquiapan con leche sin pasteurizar, no es menos nocivo que el auténtico café con cafeína que se bebe en la capital; si es necesario más que unos calzones de manta fresca, un fresco sombrero de palma que atenúa el sol, unos huaraches ventilados y fuertes, para andar en glorioso contacto animal con la tierra y con el aire limpio; si es preciso llenarse de odio amargo el corazón en mítines nocturnos después del trabajo, o si no es indispensable que exista dónde ir por las noches, porque acabe uno tan rendido de un día perfecto que el silencio convocado por la campaña de Tequisquiapan procure un sueño dulce y profundo, sin culpa ni desvelo —un sueño que se aleje con el alba para abrir las ventanas al nuevo día lleno de pájaros— al milagro del agua que galopa y que canta —al orden de los árboles, al vuelo de las nubes— a todo lo que en el pedazo de universo que es Tequisquiapan, Querétaro, se niega sin protesta ni prisa a someterse a explicaciones racionales y exactas.

“FLASH” DE QUERÉTARO

NO HABÍA estado nunca en Querétaro, y tenía muchos deseos de comprobar los encomios que sus admiradores prodigaban a la dulzura de su ambiente provinciano; a los monumentos históricos, arquitectónicos, de que estaría llena esa ciudad. En ella había nacido mi amigo el

vate Frías, que no volvió nunca a pisarla. Y por fin, era posible suponer que todavía fuera relativamente fácil comprar en Querétaro alguna pintura menor interesante que hubiera escapado al saqueo de los anticuarios.

Esto era lo de menos. Lo de más era hundirse en la paz de la provincia por un “fin de semana”; escapar al bullicio de la ciudad, fugarse de la rutina —y probar dos pregonadas, legendarias delicias queretanas: los aguacates de la región, y los camotes a que se asocia tradicional, naturalmente, el nombre de Querétaro.

Había estado cerca de ahí, en Tequisquiapan, que supongo (sin que pudiera jurarlo) que es cerca. Hace unos seis años. Encontré deliciosa el agua termal de sus baños. Quizá los habría semejantes en Querétaro.

Partí, pues, el sábado. En automóvil. Me habían dicho que era muy sencillo el viaje: que hacían (quienes me lo habían dicho) entre tres y cuatro horas, no más. “Si la carretera —agregaban mis informadores, en tono de murmuración— no se hubiera forzado a pasar por Huichapan, sería todavía más corta.”

Una ojeada al mapa convence de que ésta es una calumnia a Huichapan. Si iba a aprovecharse la carretera México-Laredo, tenía que pasar por ahí la que fuera a Querétaro, aunque no hubiera nacido en Huichapan el licenciado Rojo Gómez, que es lo que insinúan quienes así dejan suponer que ellos, además de poder beneficiar a su lugar de origen, primero consultarían la geometría.

Pasamos, pues, por Huichapan, bastante más tarde que por Ixmiquilpan. Y debo además decir en descargo de Huichapan, que su incomparable cruz y su extraña torre con un ángel como un ídolo en la punta, valen la desviación, si la hay, como no vale la llegada a Ixmiquilpan el asqueroso restaurante de la gasolinera, en que le asestan a usted una comida americana que los desamparados otomíes de la desnutrida, lamentable región, son tanto más dignos de envidia cuanto que no la probarán jamás.

Las tres o cuatro horas se alargan a cuatro o cinco antes de avistar la hermosa arquería del acueducto de Querétaro, por la que se entra en la quieta ciudad empedrada. Sólo que ya no es quieta, si alguna vez lo fue. Por la que se entra en la bella, majestuosa ciudad, sólo que ya su majestad ha sido devaluada por el pegote de las construcciones modernas junto a las antiguas.

Mientras quedaba sol, lo aprovechamos en ojear por fuera unos cuantos de los monumentos de una ciudad que tantos tiene. Fuimos a ver la fuente de Neptuno y el monumento de la Corregidora. Pasamos frente a la casa del marqués de la Villa del Villar del Águila y frente a la Casa de los Perros, que tiene muchos de piedra como canales. Y tomamos medidas para entrevistar a los anticuarios —y visitar el Carmen y Santa Rosa, y el museo, y San Agustín, al día siguiente.

Luego, cansados, nos sentamos en la plaza pública, o en las mecedoras del que naturalmente se llama Gran Hotel; y empezó a fluir gente; a manar gente; a supurar gente; gente a quien se le daba un ardite de Tresguerras ni de Tolsá, ni de los camotes de Querétaro, ni de la Capilla de Santa Rosa, que si visitaba, lo haría como la cosa más natural del mundo; ni de Maximiliano; ni, por otra parte, del general Escobar, que ahí estaba sentado, ni de don Agapito Pozo, que también andaba por ahí.

Gente que no correspondía a la ciudad, a su arquitectura, a su tradición; que no tenía siquiera un dejo peculiar en el hablar que la distinguiera, como lo tiene la de Monterrey, o la

de Mérida. Que aspiraba a fundirse, y no a singularizarse; a adquirir, y no a conservar, hábitos nuevos, y no viejos. Gente que, a lo mejor, tenía la razón.

Y haciendo una rápida cuenta de mis —ciertamente escasas— recientes reincidencias turísticas en otras provincias en que he solido buscar la supervivencia romántica del pasado, sostenida en su vida actual: como Puebla, como Guadalajara, me resistía a admitirlo, pero la explicación de mi renovado fracaso se esbozaba en mi mente con una claridad cada vez más acusada.

Era ésta: hay que optar entre el cascarón y el pollo; entre aceptar que es más importante el uno, o el otro. La lucha se entabla entre las ciudades y sus habitantes —entre el pasado y el futuro, entre el continente y el contenido—; y cuando las ciudades son más fuertes que sus hombres, son ellas quienes vencen, quienes imprimen su sello en sus hijos.

E inversamente, cuando sus hijos son más fuertes que las ciudades, el pollo de las nuevas generaciones rebasa el cascarón, y lo relega a la eventual admiración de los turistas premiosos y decepcionados, como hace la progresista Querétaro.

Junio 11/48

ANTOLOGÍA QUERETANA

EL VIAJERO ingenuo que se asome a la histórica ciudad de Querétaro, y encamine sus pasos perdidos al museo, hallará en él la grata sorpresa de una mínima Feria del Libro, instalada en el breve puesto desde el cual su encargado vende a los visitantes el derecho a la entrada por la mínima suma de 30 centavos destinados, como lo advierten los billetes o contraseñas, a las “obras del museo”. La exigua, pero permanente, Feria del Libro queretano, se ciñe a la oferta de cinco folletos y dos pequeños libros que uno se apresura a adquirir, con la intención de en ellos y por ellos completar una información sobre la ciudad que su confesada y presumible ignorancia, y su falta de tiempo para documentarse en mejores o más directas fuentes, le impiden adquirir de otro modo.

Yo los compré, y a mi regreso, los he leído. En primer lugar, el que elige, de las “tradiciones queretanas”, describir en lo que consiste el desfile de carros bíblicos en la Nochebuena famosa de la ciudad. Lo escribió J. Antonio Servín, sobre sus impresiones directas de la Navidad de 1940, y da una idea muy seductora de aquella pintoresca ceremonia, que sin duda vale la pena de un viaje por esas fechas a Querétaro.

En segundo, y porque es siempre bueno alternar la prosa con la poesía, los *Trece sonetos inéditos* de C. Ruiz C., brotados en la primavera de 1943, y cuyo autor otorga su “autosemblanza” en un soneto digno de una especial antología:

Cuando veas por la calle a un sujeto / de mediana estatura, cabizbajo, / descuidado el vestido, casi andrajo, / enclenque complexión y rostro escueto / si lo ves de improviso estarse quieto, / dar con la diestra en el aire un tajo, / no le distraigas de su gran trabajo… / es que en su mente urde algún soneto. / A poco le verás echarse fuera / mediante lápiz y en papel cualquiera / la

idea que le entrara poco antes. / Para entonces, amigo, si te place, / haz memoria de mí con esta frase: / ¡Ése es el poeta Ruiz Cervantes!

En seguida, los tres *Folletos de México* que son, al parecer, hasta ahora, las únicas ediciones Cimatario de Querétaro, bien impresos y de buen contenido. Es lástima que apenas se hayan publicado a razón de uno por año, desde el de 1944 en que fue impreso el primero de ellos, por José Rodríguez Familiar, sobre la conquista de Querétaro, y que contiene en sus 28 páginas datos breves sobre la fundación y la conquista de la ciudad, el origen de su escudo de armas, el significado del vocablo "Querétaro", y la biografía de sus conquistadores. El segundo, obra de 1945, inmortaliza cuatro poemas dedicados a la ciudad de Querétaro por otros tantos de sus hijos más distinguidos. Reproduce la "composición leída por su autor (José María Rivera) en el teatro de Iturbide la noche del 15 de septiembre de 1878"; en seguida, otro poema de Alejo Altamirano; luego la *Gesta de mi ciudad* del olvidado Juan B. Delgado (que fue árcade) y que empieza "A cabalgar me apresto, mi palafrén alado: / descorro el desteñido telón de la memoria, / y en busca de una génesis me remonto al pasado / a través de los hechos que relata la Historia", y sigue (pero no podremos seguir su palafrén) "Imperaba en Anáhuac Moctezuma I / el de pupilas de águila magnífico flechero, temible como el bravo capitán Calzontzí…" Y cierra sus 24 páginas con un hermoso poema de José D. Frías.

El tercer folleto, por Federico de Samaniego, recoge una breve serie de artículos sobre el famoso marqués de la Villa del Villar del Águila publicados a fines del XIX en *La Pluma* de Querétaro, según lo advierte el editor.

De los dos libritos, el primero es uno "de Amor y pasión", "poesía galante y sensitiva" de Arturo D'Achiardi y Carreño, que resulta ser un poeta colombiano muy trashumante, y sin más relación con Querétaro que el hecho de haber ahí publicado su itinerario galante y sensitivo.

El otro, cuya mención deliberadamente dejé para lo último, es *Querétaro, visión de mi ciudad*, por J. Guadalupe Ramírez, prologado por E. A. Martínez y Martínez, C. P. T. y director del Instituto Comercial de Querétaro, cuyo hijo es el autor de la visión que empieza por una Panorámica y sigue por la descripción minuciosa, breve, de los edificios, iglesias, jardines, mercados, paseos y alrededores de Querétaro. Es grande lástima que la edición se mire afeada por numerosísimas faltas que más que errores de imprenta son singularidades de ortografía, y que Querétaro resulte por ellas "valuarte" a un imperio, mientras las saetas mágicas "atravie*zan"* el aire y las "bóbedas" sostienen —lo que pueden.

Pero éstos son los únicos libros sobre Querétaro en que el viajero ingenuo puede rápidamente documentarse. Porque, ciertamente, allí donde el encargado del museo se los vende, existe una copiosa biblioteca, y parecería lógico que ella contuviera obras de mayor enjundia. Pero ocurre que esa biblioteca no esté en servicio, a causa de que, como lo explican los cicerones, no está clasificada, y que así, instalada dentro del museo, resulte no ser más que otro de sus salones con objetos muertos que no deben tocarse.

MONTERREY

LA AVIACIÓN misma sufre en México los efectos de un mimetismo, de una adaptación natural, progresiva, al medio, que la va poco a poco, insensiblemente, digamos nacionalizando. Desde luego, el aeropuerto se ve ya, con el auge de los vuelos, congestionado e insuficiente como una estación de ferrocarril. La medida en que contribuyan a impartirle un aspecto de parlero mercado, más los que vienen a despedir a los que se van, que aquellos que se van, es de una proporción problemática, y si bien no se debe a las compañías de aviación, en cambio es uno de los primeros, más flagrantes e imperativos rasgos de la cordialidad locuaz de los mexicanos.

¿A qué les sirve a éstos pues atribuirse el hecho de que ya empiecen a trocar la estricta puntualidad de sus itinerarios por la imprevisible, elástica demora de los ferrocarriles? No sabría contestarlo; pero ya a bordo del avión se advierten otros cambios, otras victorias de los trenes sobre y dentro de los aviones. La concurrencia, por cuyas venas corre sangre inquieta de soldaderas, encuentra incómoda la forzosa inmovilidad de su transporte; y puesto que no hay mucho espacio en qué circular, ni carros de segunda qué visitar, ni plataforma, ni antojitos en las estaciones, compensa su obligada quietud con las carreras a que fuerza al *steward* para que le mueva el asiento, le dé un cojín, le guarde el abrigo, le traiga un periódico, le cambie el aire, le proporcione un refresco, le otorgue otro chicle o le diga qué es eso que se mira allá abajo, o a cuántos metros vuela en esos momentos.

El de la llegada es otro en que se ostenta la victoria de la indisciplina sobre las reglas. Hasta hace poco, los pasajeros rendían al capitán el respetuoso homenaje de permanecer en los asientos hasta su salida, que seguían. Ahora ya no. Mal se ha detenido la máquina, cuando ya los viajeros se incorporan y se abren paso a codazos para ser los primeros en gritar su saludo a quienes congestionan el puerto de llegada para aguardarlos.

De todos modos, el aeropuerto de Monterrey es todavía menos asfixiante que el de México. No se da uno cuenta, al bajar, de que lo han mudado bastante más lejos de la ciudad. Allá distinguí a los tres amigos que me aguardaban: Federico Medina, Guillermo Zamacona y el ingeniero Soriano, que me conserva el tratamiento de maestro.

Ya había yo comido, y aun vorazmente, en el avión. Las vitaminas, empiezo a sospecharlo, nutren en función del apetito que despiertan, más que por virtud de la alimentación que deparan. De suerte que lo primero que quise hacer fue visitar el campo deportivo a cuya inauguración oficial, que será mañana, vine como invitado de honor.

Reconozco el sitio. Esta casita en que hoy se guardan algunos materiales de construcción, era hace cuatro años, que la fotografié para el corto *Monterrey,* lo único que había al margen del llano hoy desaparecido. Cuando vine otra vez, en enero del año pasado, en aquel llano jugaban *baseball* los muchachos, pero sin nada más que la tierra suelta en derredor. De manera que todo este extenso milagro verde, toda esta ciudad de los deportes, mejor que ninguno de los parques deportivos que ha hecho en México el Departamento del Distrito, debe de ser obra de meses apenas. En efecto, la comenzaron en octubre del año pasado.

Caminamos sobre ese pasto grueso, acolchonado, que no sé cómo se llama, pero que arraiga y se extiende como el bermuda, con la ventaja de que no se seca, como aquél, en invierno. Un pasto que no se siembra como el inglés, sino que se planta, para propagarlo, del corte mismo. En México no lo he visto más que en el Escargot, y sé que es muy caro. Aquí, los 95000 metros que ocupa el campo deportivo, están dotados de esa alfombra magnífica,

resistente —y simbólica—. Simbólica, a mis ojos, por cuanto parece reiterar, en su ejemplo próspero, que Monterrey no exige la oriundez —la siembra— sino el arraigo y el servicio, para compartir la prosperidad con quienes elijan sumarse a su suelo.

Visitamos primero el departamento de varones; los enormes vestidores, las regaderas individuales para los tímidos y abiertas para los despreocupados, próximos a los vestidores de los niños, y todos de azulejos blancos, alegres y acogedores. A corta distancia, la gran alberca, de medidas que me informan olímpicas, toda azul claro, y en el momento vacía, pero apta a llenarse en seis horas y a estar lista mañana para las competencias con que se inaugure.

Separado del de los hombres por una vasta construcción en proceso, que albergará un gimnasio, el departamento de damas, con iguales espléndidos baños, y con una alberca menos enorme. Y más allá, el lago artificial para los niños, bordeado por una pérgola en que sus madres, mientras ellos practican la natación, ejerzan el tejido de agujas, la lectura, la contemplación —o el chisme—.

En seguida, el campo de *baseball*, en que el pasto es bermuda para facilitar las carreras y dulcificar los sentones; con una inmensa gradería de concreto; y alrededor, campos menores de *softball* y de tenis, con drenaje invisible destinado a mantenerlos secos y firmes. Y por último, separado apenas de la carretera a Laredo por la construcción en proceso que alojará un comedor y otros salones, un vasto teatro al aire libre, capaz de sentar a 4000 espectadores, y cuyo telón consiste en una cortina de agua sujeta a sorprendentes juegos de luces.

Todavía nos alcanzó la tarde para que mi discípulo, el ingeniero, me mostrase las nuevas casas para obreros que ha construido. La última vez que vine, esas casas costaban 3000, 4000 y 5000 pesos. Ahora cuestan entre 8000 y 12000, pero todavía el mecanismo de su adquisición por estos obreros que se han propuesto conquistar “una casa para cada socio”, y que en un 75% ya lo han logrado, sigue siendo el mismo: su valor se divide entre 10 anualidades, y se cubre mensualmente, sin intereses de ninguna especie.

Guillermo y Federico me instalaron en el hotel —y me abandonaron—. Al día siguiente, desayunaríamos juntos, y asistiríamos a la inauguración del campo. Ciertamente, ya era tiempo de que yo me administrase solo en un Monterrey al que he venido varias veces. Pero soy mal turista. Me angustió un poco quedarme solo, dueño de todas las posibilidades, y sin ánimo de cristalizarlas.

Sentí hambre. Reincidente vocacional, entré a satisfacerla en un Ancira cuyas gloriosas enchiladas de pollo recordaba. Verme el único mexicano entre mesas a que rumiaban dentistas tejanos y soldados yanquis, fortaleció mi patriotismo hasta el agresivo extremo de ingerir guacamole y frijoles con mis enchiladas. No fue sino al rato cuando convine en la razón que asiste a Raoul en rehuir, por alergia, el chile colorado.

Pensé que caminar podría hacerme digerir el folklore. Recordaba —reincidente vocacional— la alegre, populosa avenida Madero, libre de los yanquis que merodean su elefantiásica presencia en torno a los hoteles y los *curio shops;* y la avenida Zaragoza, buen preludio de la Madero. Fui en busca del recuerdo; pero no me di cuenta de que caminaba por la avenida Morelos, y de que la Madero quedaba demasiado lejos para mi ropa gruesa, el calor que hacía y mi falta de costumbre de caminar. Vencido, disgustado, abordé un camión hacia el hotel. Volví a salir, en busca de refrescos. La plaza Zaragoza ya estaba quieta y deshabitada. Recuerdo haber advertido que puesto que en ella pasean los “tempranillos”, y

éstos son cada vez más numerosos, la ciudad se enfrentaba a un dilema: o suspendía la producción de paseantes, o ampliaba la plaza Zaragoza. Ha optado por lo segundo. La piqueta preliminar ya derrumba las manzanas contiguas para ampliarla.

Sorbía una limonada cuando un joven de anteojos pareció reconocerme, y me saludó, poniendo énfasis en mi nombre. Yo contesté su saludo. Mal fisonomista, nunca sé si ya o dónde conocí a las personas. Pero luego de consultar con su acompañante, ambos llegaron a mi mesa, se cercioraron de que yo era yo, y se sentaron a conversar. Traían un libro de Federico, a quien admiran mucho. Como todos los jóvenes intelectuales de provincia, con igual sinrazón, se dolían del apartamiento de la provincia. Uno de ellos, Santiago Roel, Jr., abogado, iba a publicar en *El Tiempo*, al día siguiente, su primera colaboración. Me hablaron de su amistad con un poeta refugiado español, Pedro Garfias, de quien lo que más parecía interesarlos es que hubiera sido amigo de Federico. Me propusieron presentarme con él, y accedí. Le hallaríamos, con seguridad, en cierta cantina.

Sin duda, los muchachos se vieron defraudados. Parecían haber esperado asistir a un diálogo literario del que serían promotores y apasionados testigos, y lo que presenciaron fue el monólogo, profundamente interesante para mí, sin embargo, del poeta andaluz que se mostraba maravillado de venir a conocerme —¡en Monterrey!— cuando al llegar a México me tenía en su breve lista de admiraciones, y luego la miseria absoluta lo capturó, al extremo de obligarle a pasar las noches en los jardines hasta que abrieran una iglesia en qué entrar. Ahogaba en vino su desgracia, y cayó gravemente enfermo. El año pasado, por sugestión de Alfonso Reyes, vino a Monterrey a hablar sobre García Lorca. Volvió después, a un modesto empleo en la universidad, que le basta para sobrevivir. Junto a su cuba libre, el cantinero depositó el pequeño bulto de la carne que habría de llevar para su gata.

Tenía muchos reproches que hacerme. El más dramático, aquel que me hizo reflexionar en la profunda razón que le asistía, era el de que yo hubiera, sin distingos, sin particularizaciones, escrito contra los refugiados; contra hombres como él, que todo lo habían perdido por el pecado de defender su casa, su esquina, su costumbre. No todos eran, en verdad, Indalecios. Sigo empero temiendo que no todos sean Pedros Garfias.

Su otro reproche se refería a mi abandono de una poesía que él admiraba, tanto directamente cuanto por las entusiastas referencias del Quevedo mexicano que solía hacerle J. J., de la peña de Manolo del Valle. A ese respecto, formuló una curiosa teoría que nos identificaba por los extremos. Yo era tan incapaz, a sus ojos, de fugarme de las prisiones de una comodidad excesiva, como él de traspasar por el trabajo los límites de una pobreza inadecuada —tanto como su contrario— para la creación artística. Le opuse débiles reparos, coartadas ficticias que no le convencieron, para justificar mi servidumbre. Y con la promesa de vernos un día en que ya las confesiones iniciales no le ebulleran, nos despedimos a la una de la mañana, yo con la abochornada conciencia de haber contribuido a robar el sueño del joven abogado Santiago Roel, Jr.

Antes de apagar la luz, leí anoche el número especial de la revista de esta cooperativa que me invitó a la inauguración de su campo deportivo. Ese muchacho tan fotogénico que es el secretario, Salvador Lambretón, me pareció reconocerlo. ¿Sería aquel chico que hace cuatro años nos ayudó con los trastos de filmar? Yo le tomé una instantánea, que conservo en un álbum. Y, en efecto, era el mismo; ahora usa bigote e importancia, con un saco *sport* a grandes

cuadros. No puede darse caso más ejemplar que el suyo de un ascenso firme y próspero, limpiamente ganado; excepto el genérico, suma de voluntades como la suya, de una cooperativa nacida en 1918 con $2887.42 y dueña en 1943 de $1241465.68; que en 1929 empezó por invertir $36654.32 en fincas urbanas, y que en 1943 era dueña, a través de sus socios, de $784506.73 en casas propias de ellos; que en 1930 distribuyó $17 852.55 de intereses por ahorros de socios, y $82474.63 en 1943.

Fui hoy por la mañana a saludar a los amigos de la cervecería. Han modernizado muy elegantemente sus oficinas. Don Porfirio se aloja en una muy "club de banqueros", con su *frigidaire* acogedor, y hablamos de su *hobby*, que es el cultivo de naranjos. Sólo don Eugenio permanece tan fiel a su vieja oficina, como abrumadora, inentrevistablemente atareado, y no me será dable saludarle, sino hasta la hora de la ceremonia de inauguración.

Comimos, un poco de prisa, en el Casino, que tiene un nuevo encargado del restaurante, porque el anterior se conformó con levantarse 300000 pesos limpios en dos años, y ya no apetece trabajar. El nuevo se lució con nuestra comida. Y fuimos a reunirnos con los demás invitados en el jardín próximo al campo, al que llegamos puntualmente a las tres de la tarde.

Sentado junto a don Eugenio, yo percibía en su silencio la emocionada satisfacción que le causaba abarcar con la vista, desde el alto palco, la obra fecunda de sus antepasados, continuada por él; la fábrica al fondo, con su torre un poco fálica; los edificios de enfrente, que alojan otras; otras más a los lados, y ahora este parque magnífico, próximo a las casitas risueñas de los trabajadores. El programa de la tarde fue breve y rápido. Desfilaron los atletas, y los de músculos más codiciables hicieron pirámides en las barras. Luego empezó un partido de *baseball*, para el cual las autoridades invitadas, atónitas ante la ausencia total de discursos, arrojaron la primera bola, y en seguida continuamos la visita de los demás campos que yo ya había admirado la víspera, pero ahora "en acción". Las autoridades no han podido construir un parque público de esta magnitud. Seguramente las contribuciones de 200000 habitantes no alcanzan para lo que en cambio han bastado los ahorros de 3000 socios de una sola cooperativa.

En el grupo de las autoridades iba un señor muy apuesto, con un elegante mechón de canas entre el pelo negro y romántico. Su cara me parecía conocida de mucho, indefinible tiempo atrás. Logré averiguar que era el secretario particular del gobernador, y cuando ya partía su automóvil, tengo la impresión de que él también me reconoció vagamente, o me recordó. Dónde, cuándo, cómo le conocí, no me es posible determinarlo.

En cambio, Agustín Basave me abordó jovial, y lleno de reproches porque, según él, fuera del pelo, los años no pasan por mí —¡como si fueran tantos, o como si con su transcurso debieran separarnos menos de cuantos deben de separarnos permanentemente!—.

La parte vespertina de la inauguración concluyó con un lunch-cerveza servido en la casa de un obrero. De ahí, volví al hotel a tomar un baño y una tregua mientras daban las ocho y volvía a partir, con Guillermo, rumbo al Teatro al Aire Libre.

El programa constaba de 19 números, anunciados y animados desde el escenario por un locutor entusiasta e hiperbólico, para quien "la América Latina" era un frecuente recurso de comparación. A cada número, subía el telón de chorros de agua que me hacía irreverentemente recordar las lavadoras de botellas de la fábrica, mientras los diligentes utileros se daban a la heroica tarea de armar enormes decoraciones sintéticas de vigencia limitada a un solo acto: un

sombrerote charro para dos canciones, un paisaje con palmeras para dos rumbas. El número llamado *Mariposas y flores,* en que ocho obreras esgrimen banderillas con velos, mariposas en torno a una canastilla poblada por otras ocho obreras cabizbajas cuyos sombreros son las flores, y que se yerguen una por una al conjuro de sendo tamborazo, fue realmente conmovedor y original.

Pero mientras discurrían los 19 números, el paisaje en torno era estupendo. El cerro de la Silla se recortaba neto, bañado en luna llena, arropado a ratos por algodones en guirnalda. Y a tiempo que los reflectores verdes y azules iluminaban el telón de agua, el alto horno de la fundición proyectó su fuego sobre una nube espléndida, que bañó de rojo el paisaje.

El paciente Guillermo había dejado una cena familiar por acompañarme. Ya no era justo detenerle más. Extremó su amabilidad hasta cederme un coche, y se marchó en el suyo.

Libertad más locomoción son ya una mejor fórmula para un sábado de noche tan esplendorosa y tan tibia. Estacioné el coche por la avenida Madero y fui a engullir un estupendo menudo en aquella Favorita que dejé jacalón y encuentro rascacielos. Luego estuve a punto de entrar en la Arena Monterrey en que había *box* y se anunciaban luchas para mañana que ya no podré verlas: el Diablo López y Carlos Moreno, “revelación regiomontana”. Por fin diluí mi anonimia entre los paseantes. Las calles estaban llenas de “cristos” cuya libertad era bien relativa, porque no podían ir al Trébol ni, aunque pudieran, les alcanzaría un presupuesto de tres pesos apenas suficientes para el cine; ni podían desvelarse mucho, porque a las seis de la mañana siguiente tenían maniobras.

Soy un hombre previsor, ordenado, metódico. Mi maleta está lista, bien empacada, para volar mañana de regreso a México.

No puedo calificar de vacaciones a estos dos días escasos de fuga de una rutina que por lo demás dejé en México adelantada para cubrirlos: el disco del viernes, los artículos de la semana. Puesto que hoy he de regresar, reincido en mi prisa por ganar tiempo al tiempo, y escribo la “Ventana” del martes sentado en el jardín de frente al hotel, a mano y en unas hojas de papel que compré donde los cigarros. A propósito de los cuales, me parece horrible que ya ni aquí se consigan los legítimos, que son los de contrabando.

Termino de escribir y me queda tiempo, mientras viene Guillermo por mí, de despedirme de la plaza Zaragoza, en que hay ahora música. También de detenerme a curiosear el escaparate de la primera tienda de antigüedades que miro en Monterrey. Cuelgan en su interior algunos candiles, y en sus vitrinas, los productos Dana alternan con los pisapapeles antiguos y los abanicos de nácar.

Su dueño sale a invitarme a entrar. Me conoce, o me reconoce, y le da mucho gusto mi visita. Es el señor Fernández, y hace nueve meses que decidió inficionar a los regiomontanos con el virus del coleccionismo anticuario.

Si no ha alcanzado mucho éxito entre unas familias demasiado amantes de la limpieza para avezarse a dormir en camas Imperio, cuando en SyR las hacen tan buenas y son de Monterrey, en cambio con los gringos ha hecho uno que otro buen negocio. No con todos, claro. Lo que compran más estos turistas pobretones de Texas son tacitas de porcelana y frascos de botica, que el señor Fernández les coloca en 25 pesos. Pero hace poco le vendió a un americano un espejo grande, compañero de aquél, en 350 dólares, y él, por el par había pagado en México 400 pesos.

Daba la casualidad de que yo conocía esos dos espejos. Horripilantes, con marcos de cañas doradas, en que andan trepados tres o cuatro cupidos gordos y antipáticos. Los tenían los Galán en su bazar y creo que a mí me los daban en 500 pesos.

De todos modos, el señor Fernández hizo un buen negocio con el gringo. Pero pudo hacerlo mayor. Días después de haberlo vendido, se le presentaron dos policías secretos americanos. Querían saber si era cierto que tal día había vendido a Fulano de Tal el espejo cuya foto le mostraban, en 350 dólares. Así había sido, y el señor Fernández accedió a demostrarlo en sus libros. Y supo entonces que aquella investigación le había parecido indispensable al sagaz gobierno americano, porque sus técnicos habían valuado el espejo en ¡2000 dólares!, y sospechaban que al declararle un precio de 350, su comprador trataba de “defraudar al fisco”.

Como ocurre siempre que vengo a Monterrey, parto con la impresión de que una absurda barrera, de la que no sé hasta qué punto yo mismo sea el culpable, ha contenido en límites absurdos, protocolarios, la manifestación del afecto que siento por la ciudad, y que creo correspondido por ella. Siento como que me desaprovecha, formal, una ciudad en que con gusto haría lo que se me indicase dentro de lo que puedo y de lo que sé. Y pienso que yo tengo un poco la culpa por ese personaje laborioso, de minutos atareados y valiosos, que parezco, que no corresponde a la persona dispuesta a renunciar a la rutina y al lucro, ansiosa de hacerlo, que en realidad soy. Toda provincia, lo he advertido cuantas veces visito alguna, ejerce sobre mí una fascinación que Monterrey multiplica por complejos factores de reviviscencia infantil, de recuerdos norteños que despiertan en su letargo las voces y el ambiente.

Como, por última vez, con Guillermo Zamacona, ya definitivamente establecido en Monterrey, casado aquí y dueño de una fábrica pequeña que es la primera y plena prueba de su adaptación al medio. Y monto al avión, que viene un poco retrasado de México, y que llega también tarde, a causa de los fuertes vientos contrarios, a una ciudad que empieza a encender sus luces entre un crepúsculo gris.

POZA RICA

DESDE hace unas semanas, Felipe Teixidor me había invitado a acompañarle en una visita a Poza Rica. Creo recordar que hace poco Petróleos Mexicanos llevó allá a un grupo de periodistas para enseñarles ciertas obras importantes que están haciendo en el que fue uno de los campos más ricos y productivos, y que de esa visita nacieron algunos reportajes. Ahora que la queja constante es que no hay gasolina, y la implicación de la queja que en nuestra industria recuperada no se trabaja como se debiera. Petróleos quiere facilitar información de primera mano a los críticos, y dejarles sacar las conclusiones que dicte su personal testimonio.

Sobre un carácter habitualmente poco viajero, las dificultades de mi dieta y de mi tratamiento me obligaron a posponer el viaje hasta esta semana. Convenía realizarlo un jueves por la tarde, a fin de presenciar los trabajos todo el viernes y regresar el sábado. Si me sentía bien, divertido y contento, quizá pudiera permanecer más días: ir a Papantla, que me han

recomendado mucho; a Tuxpan, al mar.

Salimos después de comer, el patrón y yo, en el coche que manejaba Felipe, y en que iba también un fotógrafo de moreno rostro mexicano, pero refugiado español, según más tarde comprobé. El primero, largo tirón de una carretera que recorrí hacia Hollywood, tan temerariamente que ahora me parece mentira, hace cinco años, lleva hasta Pachuca, después de permitir la contemplación de los indios verdes, del monumento de merengue y de los paracaidistas que han instalado su colonia en los terrenos de don Honorato Carrasco y para su estéril desesperación.

Luego empezaron las nubes a anunciar la proximidad de Necaxa. Desde lo alto, mientras la carretera penetra entre las formaciones impecables de los ocotes destinados a convocar las lluvias, mirábamos el vaso que cuando está surtido de agua nos surte de electricidad, y que ahora está tan vacío, tan bajo de nivel, que nos asaltó la zozobra de que muy pronto salga Economía con que hay que economizar otra vez la luz.

Luego pasamos por Huauchinango. Recordé que hace poco se efectuó en ese pueblo de la sierra de Puebla una Feria de la Flor, y lamenté no recordar el nombre del señor que me invitó a ella. Habría podido saludarlo, e informarme, de paso, de los invernaderos locales, o comprar plantas.

En un momento dado, la carretera deja de ser de asfalto para empezar a ser de cuchillos de piedra. Ha habido deslaves fuertes, que arrastran puentes y curvas con los derrumbes gigantescos que provocan. El relativamente cierto anuncio de “Hombres Trabajando” sucede al de la “Desviación” a que nos obligan los trabajos de reparación de puentes y curvas. Me entero de que el contratista de esta carretera es el general Henríquez Guzmán, y comprendo que se encuentre tan ocupado en ella, que haya declinado atarearse más con la aceptación de su candidatura presidencial.

Por fin, y mientras ya me inquietaba una cuenta de kilómetros notoriamente superior a los 270 que Felipe me había dado como la total de nuestro desplazamiento, él anunció que ya Poza Rica estaba a la vista.

Tuve la impresión de llegar a Santiago Ixcuintla. También aquí nos aguardaba un chalán para transportarnos con todo y coche hasta la otra orilla del río; un chalán remolcado por los músculos brillantes y duros de un muchacho semidesnudo y moreno que enredaba, Ariadno, Penélope, un cable, como quien enreda su trompo.

Las grandes puertas de hierro del campo se abrieron a admitirnos. Cruzamos entre barriles oxidados, tanques, escombros, hacia el paisaje modestamente risueño de las casas de madera en que viven los funcionarios y los ingenieros, y estacionamos el coche cerca del *bungalow* comedor que atiende, naturalmente, un grupo de estos chinos que han acompañado todos los avances de la civilización industrial, lo mismo en la California del *gold-rush* que en los ferrocarriles. El patrón y yo fuimos destinados a un pequeño *bungalow* de comodidades precarias. Mientras él se bañaba, yo me tumbé en la cama, aturdido por el calor, preocupado, compadecido de mí mismo, reflexionando en el absurdo de poseer un jardín tan bonito, y andar sudando, semiasfixiado por el repugnante olor del gas que quemaban a lo lejos enormes antorchas humeantes, en Poza Rica.

Cuando reuní bastantes fuerzas para incorporarme, las sombras de la noche empezaban a permitir a las antorchas un mayor lucimiento escenográfico. Parecía que en cada una de ellas

se metía el sol. Improvisaban crepúsculos teatrales, a lo lejos, estos incendios permanentes del gas que no ha habido manera de aprovechar, y que se queman en desperdicio, para escándalo y tribulación de los regiomontanos que quisieran llevárselo entubado.

Fui a reunirme con los demás. Después de cenar en otro campamento cuyo chino era mejor cocinero, y que atiende principalmente a los técnicos norteamericanos con sus espantosas mujeres, se unieron al grupo dos ingenieros: Raúl y Jaime Merino. Este último es el jefe de la zona. Estudió en Berkeley, allá se casó con una norteamericana, y acá se ha hecho cargo de todos los trabajos. Con el otro ingeniero, Raúl, visitamos un cerro en el que había enormes tanques y hermosas tuberías. Eran los separadores, y lo que separan es el gas del aceite, no me pregunten cómo. Hasta acá llega, solo, el petróleo, desde los pozos. No se puede fumar aquí.

Cuando regresamos, ya nos habían instalado mejor, en la casa del ingeniero Merino. Dispuse el ventilador de manera que repartiera sus soplidos equitativamente entre la cama del patrón y la mía, y me entregué a una serie de sueños agitados.

El ingeniero Merino ilustró con toda clase de explicaciones nuestra excursión por el proceso cronológico de las perforaciones.

A raíz de la expropiación, la industria tropezó, entre otras dificultades mayores, con la sorpresa de que las iracundas compañías se habían llevado consigo a todos los técnicos en perforación de pozos. Todos eran extranjeros. Al que quiera azul celeste, que le cueste, parecían haber dicho, y los expropiadores tendrían que pagar en aprendizaje el disfrute de la industria que quedaba en sus manos.

Ignoro cómo habrán empezado a aprender, y no cuidé de preguntarlo. El hecho es que ahora se ha reanudado, y aceleradamente, la perforación de nuevos pozos.

Es un proceso difícil, costoso y aleatorio. Su primer paso consiste en que los geólogos resuelvan que en determinado punto hay petróleo. Entonces, lo primero, hay que construir un camino que lleve hasta ese punto. Si hay en torno casas, o árboles, es preciso derribarlos, y construir, en torno a la estaca que marca el lugar exacto de la perforación, alojamientos para la cuadrilla que vaya a llevarla a cabo, con sus comodidades higiénicas y su restaurant con chino. Ningún pozo puede perforarse a una distancia menor de 750 metros de otro.

Entonces empieza la tarea de cimentación de la torre, y sobre los cimientos, la erección misma de la torre. Hay que llegar a una profundidad de 2400 metros. En ciertos puntos de Poza Rica, las compañías extranjeras abandonaron la perforación a los 1500 metros, decepcionadas. Petróleos Mexicanos la ha llevado más al fondo ahí mismo, con buenos resultados.

Una vez alcanzada la veta; depurado su primer vómito, sigue fluyendo solo el petróleo, y entubado hasta los separadores, puede retirarse la torre. Ya no se usan aquellas explosiones, aquellos chorros gigantescos de las películas y las novelas, cuando brotaba un pozo. Su conquista transcurre ahora en silencio y control técnico de fluxión tranquila. A favorable diferencia de Texas, donde las torres permanecen sobre cada pozo, porque ahí el petróleo se bombea, en los mexicanos fluye solo.

El costo de perforación ha aumentado. Como promedio, se pueden calcular 800000 pesos, que es de suponer que no tarden en recuperarse, si el pozo resulta bueno. Pero no es siempre el caso. No obstante las predicciones de los geólogos, o lo acertado de sus cálculos, suele ocurrir que se pase de los 2400 metros sin que el subsuelo escupa más que lodo o muestras de

capas sin trazas de aceite. Lo cual aumenta proporcionalmente el gasto de las exploraciones, porque equivale al inconjurable despilfarro de cerca de un millón de pesos en cada esperanza frustrada.

Pero, en cambio, se ha ganado tiempo en la operación. Los mexicanos solían realizarla en seis meses. Petróleos Mexicanos logró contratar algunos perforadores yanquis que hicieron el trabajo en tres meses, y los mexicanos no pudieron sufrir el desafío. Estimulados por su ejemplo, ahora perforan los pozos también en tres meses.

Los sueldos de los trabajadores son buenos. Los de las cuadrillas de perforación, que son 40, ganan 15 pesos diarios; pero si trabajan a más de 10 metros de altura, su sueldo es doble —y las torres son de bastante más que 10 metros—. Si por añadidura trabajan horas extras, se les pagan al doble, de modo que los turnos suelen salirles por 60 pesos.

¿Qué hacen los trabajadores petroleros con tanto dinero como ganan? Sobre sus buenos sueldos, el fondo de ahorros, constituido mitad por descuentos, mitad por una aportación igual de la empresa, se les entrega al final de año, antes de la Navidad. En Poza Rica representa un derrame anual de dos millones de pesos de un golpe. Hay 1800 trabajadores de planta y como 2000 supernumerarios. Entre sus familias y los demás parásitos —comerciantes, putas, cine—, la población de Poza de Cuero, que es el pueblo creado en torno al campo de Poza Rica, llega apenas a 20000 habitantes, de manera que sobre los buenos sueldos habituales, en un momento dado 20000 gentes reciben el baño de dos millones de pesos. Y sin embargo, viven muy miserablemente, en las mismas chozas de madera, la publicación de cuyas impresionantes fotografías fue uno de los argumentos en contra de las despiadadas compañías que así trataban a quienes labraron su riqueza.

Ahora no hay compañías despiadadas que los fuercen a vivir mal. Han realizado sus conquistas, ganan buen dinero; pero siguen viviendo mal, y cuando reciben sus dos millones, se dan prisa en evaporarlos. Llegan ferias, juegos de cartas, putas, vino, y en dos semanas de jolgorio, adiós dinero.

Es lo mismo que ocurre en Santiago Ixcuintla cuando se recogen las cosechas de tabaco, y cada ejidatario se mira súbitamente dueño de muchos miles de pesos, que despilfarra en el alquiler de una orquesta que le acompañe la borrachera por dondequiera que le arrastre su explosivo romanticismo de ocho días de opulencia para todo un año de miseria. A veces, a una carta de albur, los trabajadores juegan íntegro el sobre que contiene su fondo de ahorros.

Yo tengo mi teoría, psicosomática, naturalmente, para entender este rasgo perdurable y singular del carácter mexicano. Si en un individuo cuenta el trauma infantil para explicar su conducta neurótica adulta, ¿por qué no sería válida una interpretación de la conducta nacional que acudiera en observación de los datos rendidos por la infancia de su pueblo?

La infancia de nuestro pueblo fue la Colonia, puesto que entonces nació el mestizo. Cuando empezaba a vivir, sus padres españoles le enseñaron el trabajo como maldición, y le ataron el nudo traumático de una recompensa menguada, de una limitación social. Por añadidura, el alma indígena del mestizo rechazaba la industrialización, se resignaba, reprimiéndose, a ella. Sus compensaciones tenían que ser neuróticas. No podían discurrir en el equilibrio de una fórmula de placeres y trabajos que no era la suya, que no se había sabido hacer la suya. Tendría que fugarse de la desagradable realidad por una puerta aberrante y tempestuosa, que el débil encuentra en el alcohol, individualmente, y que colectivamente el pueblo débil y

neurótico encuentra, encontraría a lo largo de su historia clínica, en las revoluciones que han sido igual tempestad torpe y escapista de movimientos sin verdadera solución para los conflictos profundos del neurótico.

Ésta es, a mi superficial juicio, la razón del tempestuoso despilfarro mexicano. Le auxilian, colaboran con su profundidad, con su enquistamiento de siglos, otras razones más fácilmente remediables: el cultivo del gusto por el azar, que fomenta la lotería, y un cuadro familiar y sexual poco elástico. No sé qué podrían hacer las autoridades para remediarlo, pero pienso que cuando menos deberían tomar buena nota clínica para atender desde las próximas generaciones a intentar un remedio.

En ciertas otras regiones, con toda la cautela necesaria para no incurrir en la desaprobación sindical, Petróleos ha logrado establecer un sistema de cooperativas de consumo que ha dado buenos resultados. La esposa del trabajador dispone de cupones para toda la semana, y puede surtir su mesa de cuanto necesite, sin perjuicio de que el marido, cuando recibe su salario, lo queme en lo que apetezca, porque ya lo recibe descontado de lo que han sido las necesidades, anticipadamente satisfechas, de su familia.

Quizá si Petróleos les construyera casas mejores, y se las descontara de sus sueldos, fueran aprendiendo a vivir mejor. Pero quizá no lo hace por no incurrir, también en ellos, en iras sindicales. Uno de los ingenieros me refirió que cierto trabajador llevado a un campamento de perforación, protestó por la cama que le habían dado, aunque yo no las encontré tan malas. Entonces el ingeniero le propuso un trato: irían a la casa del trabajador inconforme; verían su cama personal, y así costara 500 pesos, le comprarían una exactamente igual para que la usara en el campamento. El trabajador no quiso, y retiró su protesta.

El punto final de nuestra excursión por los pozos en perforación era cerro de Ayo. Nos desviamos un poco hacia el Tajín, donde existe una pirámide tan famosa como insignificante y fea a mis ojos legos en arqueología. A la entrada del pueblecillo me hice retratar junto a un ídolo, de los muchos que suelen descubrir cuando exploran, y que aquí se quedan, rotos, abandonados, lejos de la noticia de Alfonso Caso, y de la codicia de los coleccionistas.

Comimos en el campamento, en que viven 40 hombres alojados en cabañas, servidos por el imprescindible chino. Al entrar en el comedor, ya se habían levantado de la única mesa todos los trabajadores, excepto uno que me examinaba con curiosidad, y que al fin me preguntó si yo era yo. Me conocía sobre todo por el *Diario*, que lee siempre, y le asombraba esta casualidad de llegar a conocerme un día, y precisamente en este campamento remoto. Él y su compañero de habitación, cuando leen juntos mis confesiones, se sorprenden por diferentes motivos. Su compañero se admira de que conozca yo a tantísima gente. A Raúl lo que le intriga —porque se llama Raúl este ingeniero: Raúl López, y muchas veces se ha preguntado quién será ese otro tocayo suyo a quien menciono tanto cuando refiero que Raoul me dijo, me recetó, me explicó— es cómo tengo tiempo para hacer tantas cosas y para ir a tantas partes, cuando a él no le alcanza el día para su trabajo.

Me hice retratar con mi súbito amigo Raúl López. Mis compañeros de viaje *teased me about my readers, scattered through the mountains*. Luego averigüé que Poza Rica consume 500 números semanarios del *Mañana;* más tarde, que en Tuxpan disfruto también de lectores importantes. Y la conclusión práctica que obtuve de estas gratas sorpresas es una que no va a parecerle nada bien a Regino, porque resuelvo plantearle, a la petrolera, un conflicto

económico con prestaciones, fondo de ahorros y medios de celebrar la popularidad que debo a su revista, como lo merecen, a la vez, Poza Rica, mi popularidad personal, mis lectores, y los de *Mañana*.

DIARIO DE MAZATLÁN

I

CUANDO Antonio Magaña Esquivel me comunicó, hará dos meses, el deseo de los organizadores de los Juegos Florales de Mazatlán de contar conmigo como mantenedor; y el viaje a esa ciudad que el desempeño de tan honrosa comisión entrañaba, en la compañía de los jurados del certamen, y del poeta laureado, acepté por todo un surtido de razones, una de ellas romántica y personal, y las demás igualmente válidas: una tregua en el trabajo, ver el mar —y conocer Mazatlán—.

Las breves horas del avión, a la ida y al regreso, carecieron de otra singularidad que el descubrimiento, a la ida, del poeta laureado entre los pasajeros; y al regreso, de *Cantinflas* entre ellos. El poeta iba a recibir su flor natural, *Cantinflas* regresaba de torear en Sayula. Por paradoja, les vinculaba un cierto grado de profesionalismo: el poeta laureado, que resultó ser amigo viejo de Carlos Pellicer, nos explicó en Guadalajara que él entra en los concursos porque le gustan los juegos de azar: juega a la lotería, al póker, a los caballos —y a los Juegos Florales, en los cuales le acompaña tal suerte, que independientemente de otras cosechas, era ésta la cuarta vez que recibiría la flor natural de Mazatlán—. El hecho pareció contristar un poco a los organizadores del concurso. Podía pensarse que en toda la República no hubiera más poeta que ése, y que en consecuencia fuera oportuno empezar a organizar, digamos, su jubilación como el poeta laureado por excelencia: el campeón de todos los pesos; el Joe Louis de una profesión cuyos Baer, Schmeling, Dempsey, hubieran sido a su olvidado turno Horacio Zúñiga, Cafarel Peralta y últimamente Chucho Reyes Ruiz.

Hay que reconocer, sin embargo, que su profesión lateral de agente bancario ha dotado al poeta en cuestión de un agudo sentido administrativo que estructura con eficacia la técnica de que se vale para obtener los premios. Por si las moscas; por si los jurados pudieran pensar que ya era bueno que otro concursante obtuviera el premio, el poeta no sólo disfraza su nombre con el seudónimo o el lema de rigor, sino que aun dentro del sobre que debiera contener su nombre de pila, refiere a otra persona, con la cual los jurados han de comunicarse para que ella revele, cuando ya no hay más remedio, que le ha vuelto a tocar el gordo a este asiduo jugador de la lotería. Parece que el único medio heroico de que podrán en el futuro valerse los organizadores de los juegos para variar un poco el número del poeta premiado, sea el que ya meditan, y que consiste en encargar a un poeta distinguido la oda necesaria. Se modificaría, ciertamente, el ritual de Tolosa; pero en vista de que los buenos poetas se abstienen de concurrir a estos certámenes; y en vista de que el premio nacional se atribuye de esta eficaz manera: otorgándose al pintor, o al escritor, o al arquitecto, o al músico, cuya obra

pública más reconocidamente lo merezca, la modificación parece sensata y recomendable.

En Guadalajara, también, descubrimos que nos acompañaban el doctor Alfonso Ortiz Tirado y su guapa, joven señora. Iban también al carnaval, el primero de cuyos números serían los Juegos Florales, porque la reina que en ellos se coronase, iría a serlo de las demás celebraciones. Y si todos llegábamos con un día de anticipación, era porque esto de los Juegos Florales implica todo un largo ceremonial que necesita, cuando menos, un ensayo. De suerte que las amables personas que nos recibieron en el aeropuerto, y entre quienes estaba nuestro viejo amigo el doctor Gastélum, nos llevaron a instalar en los apartamientos Freeman, nuevos y muy próximos al Belmar —repleto a la fecha de marinos yanquis—, y en seguida nos condujeron al teatro Ángela Peralta para realizar el ensayo.

El teatro es habitualmente cine. Pero ahora lucía un adorno especial: el trono de la reina, sus pajecitos y sus princesas, con su dosel rojo y blanco y su enorme corona de papel dorado arriba —y el palco a que se dirigía para presenciar, cuando dejara de ser espectáculo para trocarse en espectadora, el resto de una fiesta dividida en dos partes por un intermedio musical—. La reina, Rosa María I *(née* Olmeda) ensayó varias veces su entrada lenta y triunfal hasta el escenario, calculando debidamente el largo trecho destinado a arrastrar la cola de su indumentaria real. Cuando su deambulación y la orquesta se pusieron de acuerdo, Carlos Pellicer midió los demás números, porque él sería el maestro de ceremonias: el afinador prosiguió sus intervenciones quirúrgicas de urgencia en el piano en que la preciosa hija del doctor Sánchez de Cima nos deleitaría con la *Apassionata* de Beethoven. Gregorio Magaña Esquivel, hermano de Antonio; y el doctor Rafael Domínguez, principales y activísimos organizadores de la fiesta, estaban un poco nerviosos porque no aparecían los profesores del cuarteto de cuerdas del Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, que iban a ejecutar *La alondra*. Cuando al fin aparecieron, conducidos por un avión especial, tuvieron que modificar un programa que resultaba demasiado largo, y que sustituir a Haydn por Debussy. Estábamos, pues, listos. El doctor Ortiz Tirado cantaría algo de su repertorio habitual de radio, más una furtiva lágrima vertida en homenaje a la memoria de la Ángela Peralta cuyo nombre llevan en Mazatlán tanto ese teatro cuanto un cementerio.

Luego nos fuimos a comer al Belmar. La cantina hervía de marineros yanquis ya un poco ebrios, y vibraba insoportablemente con los chillidos de esa calamidad nacional que llaman mariachis.

II

Por su ventura, sin embargo, Mazatlán se ha visto hasta ahora libre de los “progresos” que, de poblarla numerosamente, la habrían ya infligido los norteamericanos. Quiero decir que no se ha acapulquizado. Mientras nuestros amables cicerones nos mostraban las espléndidas vistas de un mar que se mete por todas partes en la ciudad majestuosa y modesta; que se ve, a trozos selectos, desde todas sus calles angostas, se contradecían en mí todas las tentaciones reformadoras que suelen asaltar a los recién llegados a todo lugar, y que plantean a los viajeros el dilema esencial de obrar sobre el medio —o de dejarse dominar por él—. ¿Por qué, por ejemplo, no les ha ocurrido poblar sus montañas? Son, ciertamente, menos que en

Acapulco; pero desde las que hay, disfrutarían de mejor aire y de vistas más bellas del mar que desde sus casas alineadas a su nivel, desde el abanico de calles que se abre en el Paseo de las Olas Altas —único rumbo que se instala a la orilla del mar, y en el que ya el señor Freeman acomete el primer hotel-rascacielos. Hay una gran montaña hacia el norte, que remata el Paseo de las Olas Altas. Pero en vez de poblarla con casas, se han dedicado a destruirla, arrancándole piedra que transportan a lo largo del paseo por unos rieles provisionalmente tendidos sobre el pavimento. Se atribuye tan brillante idea —la de la piedra y la de los rieles— al general Jara, de quien también se sabe que tuvo la de fabricar barcos de cemento, y a cuyo talento, durante nuestra visita a Mazatlán, se rindió el póstumo homenaje de hacerle encarnar al mal humor, enjuiciarlo y enterrarlo durante una cómica ceremonia.

Y sin embargo, ¿le convendría a Mazatlán que llegaran los forasteros emprendedores a modernizarlo? ¿Valdría la pena que se convirtiera en otro Acapulco: que los ricotes de México fueran allá a fabricarse palacios; los judíos, hoteles y restaurantes y cantinas y cabarets? Desde luego, dejaría de ser Mazatlán de los mazatlecos. Porque si ellos apetecieran otro modo de vivir, ya se lo habrían procurado. El dilema entonces puede extender su significación más allá de este ejemplo, y consistir en la opción por respetar la autenticidad arraigada de los pueblos tal como ellos solos vayan evolucionando, o infligirles la aptitud para satisfacer las exigencias de los conquistadores extranjeros. Yo no le desearía a Mazatlán la modernización a costa de la autenticidad, ni de la enajenación. Ciertamente, cuando uno visita la Playa Norte y su rudimentario balneario; cuando sigue hasta el Camarón, o se llega hasta el inédito paraíso del Sábalo, se asombra de que no haya una buena carretera que lleve con comodidad hasta allá, y de que nadie haya pensado en construir siquiera un mínimo refugio con refrescos para beneficio de los excursionistas. Pero luego considera que todo está bien como está. Porque también, a veces, las calles resultan estrechas para el paso de los automóviles, los camiones y las conmovedoras “arañas”, y los automovilistas, tripulantes de un carrazo flamante de muchos miles de pesos, desesperan y se irritan frente a la estrechez de las calles. Piensan que está mal que las calles sean tan angostas que no pasen por ellas los automóviles con holgura. No se detienen a pensar que las calles de Mazatlán llevan siglos de ser así, y que en consecuencia, lo que está mal no son las calles, sino los automóviles.

Hay, sin embargo, un grupo de hombres de negocios que, encabezados por el señor Javier Casillas, acaricia el proyecto de construir ya en breve un club para 200 socios de toda la República por la Playa Norte, que tendría una vista magnífica y multiplicaría las comodidades del turismo para ellos. Por lo que hace a las que el turista casual puede hallar en Mazatlán, no se limitan al viejo hotel Belmar en que la comida, a causa de que se elabora al mayoreo, adolece de un café pésimo. Puede uno comer en el Tricol, en el café Oriental, en el Monte Carlo —por las Olas Altas— o en la carpa Olivera. Ésta es una construcción de madera metida entre las rocas y con tres vistas al mar, la más completa de las cuales, sin duda por economía de cristales, o por falta de imaginación, o por elegante desdén, está casi completamente tapiada con madera. Pero en ella puede uno comer pajaritos fritos —que no son pajaritos, sino pescado— o cocteles de ostiones, o pollo a la plaza, y beber cerveza Pacífico o Tecate. En el Oriental, un excelente *chop-suey* servido por meseras somnolientas, y en el Monte Carlos los chiles rellenos más esponjados, tiernos y fabulosos del mundo, servidos por su dueña en el anexo de la cervecería que mira a las Olas Altas, sobre unas

mesas de pintado pino, preparados casi a la vista, apenas detrás de una cortina de cretona que separa el comedor público de su alcoba privada.

O bien puede, si tiene entrañas suficientes para la aventura desconocida, atreverse a los "tacos de caguama" que vocean por las calles, o amenizar sus entrecomidas con el "ruido" —que son los cacahuates— que venden por las Olas Altas. O ir al mercado muy temprano a comer menudo. Y si tiene, como yo tuve, el privilegio de verse invitado a comer a una casa señorial de Mazatlán, probar los camarones de Escuinapa y la lisa tatemada. O bien, finalmente, detenerse en una esquina cualquiera y hacerse abrir cuantos ostiones apetezca para engullirlos, sorberlos, sin más que un poco de limón o de salsa picante. O en la mañana, estar pendiente del vendedor de "fresas y crema", y endulzar su desayuno con azúcar de los Mochis vecinos.

III

Nadie entre los vivos parece saber, o recordar ya con precisión, cuándo empezó Mazatlán a atribuir a sus celebraciones afamadas del carnaval la importancia y el significado catárticos que las han vuelto fabulosas. Los más perdurables organizadores de los Juegos Florales con que es costumbre que se inicien los cinco días de fiestas llevan, como el doctor Rafael Domínguez, unos 25 años de residencia en el puerto, y no son sus nativos. (Es, de paso, curioso observar que entre el surtido de doctores que integra la aristocracia del lugar —el doctor Gastélum, el doctor Sánchez de Cima; el sorprendente, imprevisible pediatra doctor Antonio López Sorcini, cuya hermosa casa mira a las Olas Altas; o los jóvenes doctores Luis de Alba, sobrino de Pedro el de la Unión Panamericana, o Alfonso Alatorre; o aun De la Rosa, mi compañero de la preparatoria, ex poeta y director del Hospital Militar, muy pocos, si alguno, son oriundos de Mazatlán. Allá llegaron por azar—, y se quedaron por ventura y por elección. Y así los abogados. Octavio Rivera Soto, que me llamaba maestro y que a lo mejor fue mi discípulo, o Leonardo Álvarez.) El hecho es que la tradición, cualquiera que haya sido su origen, se mantiene en toda la alegre validez de su superficie: que se elige reñidamente a la reina; que antes había una para los juegos y otra del carnaval, atribuciones que acabaron por fundirse en un solo desempeño; que las fiestas comienzan por la velada en que se la corona y ella premia al poeta; que a la noche siguiente se entierra el Mal Humor, y que desde ese instante hasta el amanecer del miércoles de ceniza, las autoridades otorgan a la población las garantías necesarias para que goce de la vida en la forma que escoja. La población escoge la forma de lanzarse a las calles y de reunirse en sitios públicos, interiores y exteriores, muy principalmente a bailar, y secundaria o accidentalmente a acometer las consecuencias previsibles de la danza y la música. En su carroza, con sus pajes y sus princesas, la reina del carnaval cumple sus eminentes deberes con visitar los clubes y los salones de baile. A su debido turno, el Círculo Benito Juárez (que es el más apretado del lugar), el Belmar, supongo que el Muralla, y aun el Club de Cargadores, reciben la visita de Su Majestad.

Sin duda, en otros años, cuando las familias solían reprimirse durante todo el año, el carnaval les ofrecía una bienvenida ocasión de liberarse explosivamente. Señoras y señores pueden aún disfrazarse durante tres días; cubrirse el rostro con los curiosos antifaces de tela

de alambre de la que cuelgan un trapo hasta la barba, y disfrutar de la impunidad absoluta que les otorga el permiso de la autoridad que se recaba por unos cuantos pesos, y que vuelve inviolable su anónimo, pues no hay mayor delito, ni más inconcebible osadía, que el de tratar de descubrir a una mascarita, caso que no se da nunca. Los disfraces —unos elementales capuchones que llaman dominós— se alquilan a 75 y aun a 50 centavos la hora "con permiso", en la calle del Ángel número 14, donde cuelga un letrero que advierte de la "absoluta discreción" del camerino en que uno puede vestirse el disfraz. Pero, al parecer, del antiguo rito pagano no queda más que el símbolo externo, y ya no suelen lanzarse a las calles, disfrazadas ni ávidas de un afecto en su vida, más señoras que las criadas, que ahorran todo el año para desertar del servicio doméstico y prestarse a otros numerosos y trashumantes. La reiterada experiencia de las decepciones sufridas por los señores frente a las proletarizadas mascaritas ha acabado por convencerlos de que es prudente observar a tiempo, no los pies de las mascaritas, que pueden hallarse bien calzados aunque sean de criada; pero sí las manos, que no mienten, y que no pueden abdicar de las huellas del lavadero.

Cuando mis amigos me encontraron convertido en un dominó dispuesto a acometer la aventura de visitar el Regis y la Conga Roja, y otros peores tugurios (en donde, en realidad, y a causa de que nadie me conocía, resultaba doblemente pueril disfrazarme), me hicieron toda clase de prudentes recomendaciones. Pero, en realidad, no hubo necesidad de seguirlas. No soporté aquel capuchón arriba de media hora. Fui a quitármelo y volví, disfrazado de mí mismo, al Regis y a la Conga Roja, donde el alerta presidente municipal, sabedor de que yo me hallaba en tan malos pasos, acudió a impartirme la protección de su compañía. En la Conga Roja escuchamos la solicitud más conmovedora y oportuna, de un parroquiano: mientras otros pedían a gritos "una Tecate helada" y "una Pacífico fría", que son las colagógicas cervezas locales, un señor, desde el fondo de su alma, en un salón de baile en que habría cuando mucho un injusto 20% de mujeres, pidió a voz en cuello, y sin respeto alguno por la presencia augusta del señor presidente municipal, "un cuero al tiempo".

De vuelta en el hotel, la introspección más serena o más resignada me dictó esta especie de "dolora":

Eran las noches dulces y tempranas,
cálidas y vibrantes —y solía
decir nuestra esperanza: "Vida mía
nos faltan años —si nos sobran ganas".

La vida tiene modos tan extraños
de compensar su mísero balance,
que consuela pensar en este trance:
"Nos faltan ganas —si nos sobran años".

IV

Los excesos, pues, que es fama que antaño propiciaba el carnaval mazatleco, se encuentran a

la fecha bastante, digamos, atenuados. En el Regis, especie de Salón México un poco menos descomunal, bailan como por deber las escasas parejas que el *dumping* masculino logra integrar, y el resto de los rancheros endomingados, o de los chicos deslumbrados por una primera acaso noche de inocentemente escandalosa parranda, las contemplan. Los tálamos en que cuenta la leyenda que se convertían los palcos del hoy respetable teatro Ángela Peralta, se miran reducidos a los reservados del Regis, de puertas discretamente entornadas. Contra mi expectación, no presencié más escenas pompeyanas que una, envuelta en las sombras del Malecón de las Olas Altas, a una media noche desierta. Es pues obvio que, si alguna vez ocurrió la coincidencia cronológica capaz de alimentar la reputación biblitzkriégica del carnaval, los abundantes niños mazatlecos han dejado, hace tiempo, de celebrar sus simultáneos cumpleaños en noviembre.

Es posible, sobre la consideración que ya nadie espere hasta el carnaval, contar para su decadencia (advertida aun por los residentes, testigos de su evolución) el dato traumático de que fue durante un baile de disfraces cuando el gobernador Loaiza detuvo con su cuerpo las balas de *el Gitano* o de sus auxiliares. El sitio preciso en que cayó, cerca de la cantina del Belmar, en un rincón de cierto patio, al que por alguna razón desconocida llaman sevillano, ha ingresado en la lista de los lugares históricos y pintorescos que el turista debe conocer durante su visita. En otra excursión, puede llegarse hasta los camellones abandonados que el difunto gobernador había empezado a construir, para prolongar sensatamente el hermoso Paseo de las Olas Altas. En otra, por el rumbo opuesto, pasar muy cerca de la prisión personal y exclusiva en que *el Gitano* se aloja, custodiado por nada menos que 18 soldados, el precio de cuya manutención debe de constituir la inmanentemente justiciera revancha de *el Gitano* contra una sociedad que le priva de divertirse a su modo durante un carnaval en que los demás lo emprenden al suyo.

Todo el mundo lee *Novedades*. Puedo afirmarlo, no sólo porque el retrato de sus colaboradores los denuncia a los ojos de los mazatlecos habituados a verlos, sino porque en todas las manos vi *Novedades,* y no otro diario alguno. *Novedades del avión,* como lo vocean, circula y se agota en un momento, y “lo leí en *Novedades”* es un común certificado de información y de oportunidad. Existen tres periódicos locales y una revista, y funcionan dos estaciones de radiotransmisión, y una hemeroteca. El doctor Gastélum, que ha instalado sus libros en la sala de consultas de su sanatorio, lleva entre ellos una vida apacible, poblada de recuerdos de la época en que intervino en una política de la que a tiempo se salvó.

Dos sorpresas nos aguardaban en el teatro Ángela Peralta. Al entrar en él, la noche de los Juegos Florales, sentí de pronto que lo que yo, como mantenedor, iba a leer, no correspondía en lo absoluto a lo que el público podría o tendría derecho a esperar. Lo mío era más bien una conferencia, documentada y aburrida, que un discurso elocuente. Se me iban a dormir, si no me siseaban, al ver en mí a un sucesor tan indigno de, digamos, García Naranjo, o del divertido Rubén Romero que el año pasado les dirigió la anécdota. Pero ya no cabía más que enfrentarse al destino, y reuniendo en un solo esfuerzo mis recuerdos de profesor y mi práctica de comentarista de radio, logré concentrar y retener la amable o la resignada atención del público durante más de 20 largos minutos y escuchar dos veces la lluvia refrescante de los aplausos.

La otra ocurrió al lunes siguiente. Los organizadores nos pidieron actuar en un festival más, gratuito y de acceso libre, para el pueblo, a medio día. Aceptamos, por supuesto. El

cuarteto tocaría, Pellicer y yo leeríamos nuestros propios versos, y el doctor Ortiz Tirado cantaría lo que le pidieran.

El *Poeta de América* razonó que, desveladas las familias, tendríamos que dirigir nuestros poemas al mobiliario antiguo del Ángela Peralta. Nos resignamos a que así fuese y, como dicen, cuál no sería nuestro asombro al llegar a un teatro repleto.

Entre bastidores, observamos que el público no era, desde luego, tan adusto como el del viernes. Esto es, que lo componían chicos y familias dispuestas a divertirse un poco, y no a guardar la compostura ni el silencio que reclaman la música elevada y la poesía descendida. Nuestro susto fue máximo al enterarnos de que el doctor Ortiz Tirado nos había, con perdón, tirado a lucas, y ya se hallaría en México. Pensamos que la gente habría ido, sobre todo, a oírlo a él, a pedirle *La barca de oro,* o a que le tocaran *El quelite,* y Carlos propuso que no se advirtiera al público de esa falla, a fin de conjurar hasta lo último la lluvia de huevos y tomates.

Yo disentí, y el público supo desde un principio que el embajador lírico de la canción había mudado de embajada. Si lo lamentó, no lo expuso en la forma temida. Durante una hora, aquel público heterogéneo, desvelado, carnavalesco, festivo, otorgó a Haydn, a Pellicer y a mí, la más generosa, ferviente, comprensiva atención, y el más grato e inolvidable, espontáneo, cariñoso aplauso.

YUCATÁN, BUEN VECINO

I

INVITACIÓN AL VIAJE

TUVE, hace meses, el honor de comer con el licenciado Véjar Vázquez. A la sazón exhibían sus surtidas habilidades en Mérida los artistas proporcionados a la península de Yucatán por Educación, y al hablar de eso, el ministro descubrió que yo no había ido nunca a Mérida. Él tendría que ir en mayo a las fiestas del centenario de Valladolid, y tuvo la gentileza de invitarme a acompañarlo. Había yo olvidado esa invitación cuando, hace dos semanas, su secretario particular me comunicó que, de acuerdo con ella, saldríamos el 26 de mayo para Yucatán.

Sonaba tan remoto como imprevisto. Pero lectores y columnistas tienen un ocasional derecho a descansar, y me dispuse al viaje; a un viaje que los aviones han vuelto fácil, pero cuya artificiosa facilidad confiere *a priori* una idea errónea sobre la verdadera vinculación de aquel territorio con el resto de la República.

Durante mi prehistoria burocrática, yo había hecho varios viajesgiras con ministros de Educación. Si bien el doctor Puig no era muy afecto a emprenderlos, y dejaba en manos de Moisés Sáenz la vocacional obligación de observar de cerca la marcha de las escuelas rurales, Moisés solía llevarme consigo, y a esas excursiones debo grandes sorpresas

geográficas. Pero quien más martirológicamente gustaba de trepar cerros, montar caballos, interrogar a maestros rurales y apostrofar a sus dolientes compañeros de viaje era Bassols. Con él, y en la bochornosa condición de un “fardo animado”, recorrí en 12 días, y sobre todos los medios de transporte y tortura conocidos en aquella remota edad, todo Jalisco y todo Michoacán.

Del dinamismo excursionista del licenciado Véjar tenía yo alarmantes noticias. Sabía que, contrariamente a la prudencia desplegada por el propio Benemérito de las Américas, quien una vez contraída la civilizadora levita y el sombrero de copa no volvió nunca a su terruño, había emprendido en fecha memorable el viacrucial ascenso a la montaña de Guelatao en que vio la primera luz el Benemérito de las Américas; que había realizado otra hazañosa gira por el norte, y que en los viajes no se fatigaba nunca.

Aniversario y reivindicaciones

Mérida había celebrado en 1942 el cuarto centenario de su fundación. Esto es, no había podido celebrarlo. El gobernador en turno profesaba ideas personales sobre la tradición, y guiado por ellas, consideró que celebrar la fundación de Mérida equivaldría a regocijarse retrospectivamente por la derrota de los mayas. De suerte que prohibió los festejos que los meridanos, razonablemente temerosos de no alcanzar a sobrevivir para ver el quinto centenario de la fundación de su ciudad, se disponían a organizar el año pasado. Hubo protestas, por supuesto; pero el gobernador las desafió, y amenazó con reanudar la guerra de castas si los blancos insistían en festejar el advenimiento de los presumibles antecesores del gobernador. Era muy capaz, como lo advirtió, de congregar a los mayas, armarlos de hachas y dirigir la decapitación general de las familias. Ya había dado muestras de su aversión por los conquistadores. Aunque todo el mundo sigue llamándole Paseo Montejo al Paseo Montejo, el gobernador Canto impuso a aquel Paseo de la Reforma sin hotel Reforma el nombre de Nachi Cocom —especie de venerable Cuauhtémoc yucateco— por el que nadie lo conoce.

En esas nerviosas circunstancias llegó a Mérida, el año pasado, el secretario Véjar Vázquez. El gobernador, airado, se retiró a una de sus fincas, instruyó a un ayudante y se tendió, supuestamente enfermo, en una hamaca. Hasta allá fue a buscarlo el tenaz ministro, y explicó su insistencia diciéndole que le traía un saludo del presidente de la República, y que no podía partir de Mérida sin dárselo personalmente. Como la conversación se prolongaba más allá de los límites previstos, el instruido ayudante penetró en la habitación para notificar al doliente que había llegado la hora de su inyección, y el ministro no tuvo más remedio que despedirse. “No se vayan —otorgó el gobernador— antes de cenar. Que les den de cenar, y luego se van.” Así lo hicieron, mientras el enfurruñado gobernador se balanceaba en su hamaca.

De suerte que este viaje del secretario Véjar a Yucatán tenía, en cierta medida, el sentido de una reivindicación. Ya que no pudo celebrar el centenario de Mérida, el presidente de la República enviaba a un representante personal suyo a las fiestas con que se celebraba el de Valladolid.

Las escalas en Veracruz, Minatitlán, Villahermosa, Laguna del Carmen, Campeche, van

restituyendo a los pasajeros arrancados de su prudente altiplanicie la olvidada facultad de sudar, y lo hacen de un golpe que se agrava y que desconcierta. Dejadas atrás las eminencias de la Malinche, de Perote; el espectáculo de las tierras cultivadas de Veracruz, se empieza a volar sobre el infierno verde y lleno de pantanos, de lagos, de ríos perezosos e inmóviles, de Tabasco. No se descubre una carretera, ni una vía férrea, ni casi un pueblecillo ni un caserío. Apenas si al aterrizar, y mientras suben o bajan bultos de *express* y hay tiempo de devorar un refresco como quien carga gasolina para sudarla instantáneamente, se apercibe el pequeño camino que ha de llevar a la ciudad, y aparece en toda su magnitud el gobernador, de quien, en teoría, debe esperarse que encauce las energías de los habitantes por la explotación inteligente de los recursos y logre así, en un santiamén, la felicidad de sus paisanos. El gobernador de Tabasco se acercó al ministro, nos dispensó al resto un saludo eminente y se alejó con su huésped transitorio. Su visión fue demasiado fugaz para inducirme a formular las teorías sobre los gobernadores y los gobiernos que más tarde pude meditar, y la importancia de su persona demasiado violentamente contrastada en mi espíritu con la grandeza salvaje del paisaje tabasqueño para inducirme a tomar a su gobernador tan en serio como a Tabasco.

Volvimos a ajustarnos los cinturones y partimos hacia Campeche. Abajo, la quietud congelada de un mar de vidrio perfilaba las playas. Y cuando descendimos, y el grupo oficial se apoderó del ministro y escuchó la promesa de una visita a su retorno, volví a sentir el contraste entre la naturaleza y no el hombre quizá, pero sí el gobernante.

Entre toque de corneta y muchachos uniformados desfilamos hacia los automóviles. Pero yo no veía nada sino aquellos árboles gloriosos, cuajados de llamas, que no había tropezado nunca: los *flamboyants*, de que me informaron proceden de la Martinica. Espero que su ausencia de México no se deba a que no hayan tratado, sino a que no hayan podido aclimatar, como sí lo lograron al fin con las jacarandas, los estupendos *flamboyants* que imparten a Mérida su cálida, prolífica belleza.

II

ESTAMPA DE VALLADOLID

Tendríamos que conocer Mérida al regreso de Valladolid. Apenas instalados en el hotel de su nombre, fuimos transportados al tren especial que el gobernador Novelo Torres tenía dispuesto para ir a Valladolid. Un tren que en mil ochocientos y tantos debe de haber constituido la quinta maravilla y el más moderno y espantable terror de los mayas, con su chimenea en forma de embudo. Cinco horas de baño turco en vía angosta. El gobernador y el ministro conversaban lejos de nuestra audición, privados a su vez de la copia de “bombas” que los demás nos dedicamos a versificar para matar el tiempo mientras panneábamos, de vez en cuando, las pequeñas estaciones en que el tren no se detenía. El verdor intenso de la maleza se adornaba de trecho en trecho con el rojo alarido de los *flamboyants,* o con los ramos de la nicté o flor de mayo que yo había admirado también en Tepoztlán, en donde llaman *xacalaxóchitl* a este árbol que envuelve en hojas grandes y duras nacidas de troncos lisos y

lácteos sus fragantes flores de cinco pétalos geométricos. En Veracruz, en donde este árbol adorna el gracioso cementerio de los pobres, le dicen súchitl, y a mí me llamaba mucho la atención porque hace más de un año que corté en Tepoztlán unas ramas, deseoso de poseer uno de esos árboles en mi jardín. Todos vaticinaron que no prendería. Es una planta tropical, y no resiste el frío de México, ni plantar una rama cortada a hachazos es la forma de propagarlo. Y sin embargo, mi nicté, mi xacalaxóchitl, mi flor de mayo, mi súchitl tiene hojas nuevas; y aunque no ha florecido, ya está completamente logrado su trasplante y su aclimatación.

Yucatán me entró por los ojos, por sus árboles. Su nicté es más grande que la de otros lugares, y de mayor variedad de colores. Aquel suelo duro y árido, en que a 60 centímetros de tierra arable siguen capas estériles de cal, es un reto a la vida fácil. No puede darse allí otra cosa que el henequén, que se propaga por hijos, y que no requiere un riego imposible a causa de la ausencia de ríos, ni una lluvia rarísima, para implorar la cual los mayas entregaban a sus dioses el sacrificio de sus vírgenes en el seno solemne de los cenotes. Es la selva heroica, erizada de árboles magros de madera durísima; pero no es el trópico plácido y fértil que alimenta fácilmente al hombre. Hay que sorber el agua de las entrañas duras de la tierra a ocho metros de la delgada capa de tierra vegetal. Mayab —Ma-ya-há— significa “lugar de poca agua”. Los mayas admirables la recogían en “aguadas”, presas rudimentarias que conservan la de las lluvias para mucho tiempo. Todavía el viajero se asombra de ver en ciertas casas el aviso de que “se vende agua de lluvia”.

¡Las habitaciones indígenas! Una barda de piedras nítidamente blanqueadas ciñe cada heredad y desborda hacia el camino o la calle sus árboles de verde fogoso. Al centro, la barda se retrae en curva para abrazar la entrada de la choza ovalada de una sola puerta, con techo altísimo de “guano” o palma bien grueso, piramidal, graciosamente recortado en su base como una peluca. A la puerta hay siempre una mestiza con ese *hipil* sin cintura que facilita, a la vez, el confort y la temprana y constantemente reincidente maternidad. Adentro las hamacas y los cacharros, y en el interior de la huerta, el pozo, cenote particular. Exactamente iguales, después de todos estos siglos, a las habitaciones mayas perpetuadas en los frisos de Uxmal; lo cual deja a la elección de los observadores decidir si es de lamentar que las habitaciones modernas de las sucesivas redenciones colonial y revolucionaria no hayan llevado su confort a los pobladores del Mayab, o si (como parece más probable) los mayas dieron, desde antes del advenimiento de la “civilización”, con el hogar perfecto, funcional, insuperable para el clima y para el paisaje, que son las chozas yucatecas.

No pude menos que advertir la ausencia de animales domésticos: ni un gato, ni un perro en las calles, ni en las casas. Supuse que el calor excesivo impediría la vida de los perros, o desataría su hidrofobia; pero me equivocaba. La extinción de la especie canina obedece a razones que podrían llamarse de Estado. El mismo gobernador que en su época se opuso a la celebración del centenario de Mérida; el que trocó a Montejo por Nachi Cocom, devanó sus sesos para llegar a la conclusión, fundamento filosófico del decreto relativo que vio la luz de la vigencia lega en el *Diario Oficial*, de que los perros son animales antisociales, parásitos de la comunidad, que se nutren con lo que merman a la alimentación de los proletarios, y que en consecuencia merecían el exterminio. Sólo los ricos, los que demostraron una holgada capacidad económica, podrían tener perros, embozalados y atados, en el interior de sus casas. Todo otro perro sería aniquilado. El decreto reconocía, sin embargo, que puede haber perros

capaces de desempeñar servicios sociales. A éstos se les permitiría transitar por las calles, pero embozalados y atados, y mientras se dirigieran de sus moradas a sus labores.

Era un caso, evidentemente, de ofensiva total a la competencia en la mordida.

Valladolid celebraba jubilosamente su cuarto centenario. La mesa del presidente municipal nos dio a gustar las primeras suculencias regionales: el escabeche de pavo, el relleno negro, los tamales, el chocolate en agua. La mejor peinadora de Mérida había ejercitado su destreza sobre las cabezas de las muchachas del lugar, ataviadas para la ceremonia inolvidable de los Juegos Florales. Éstos representaban la culminación de las fiestas. Por la noche de un día transcurrido en rápidas ceremonias oficiales; en la entrega de las llaves de la ciudad al ministro y al gobernador; en la inauguración de la Feria Agrícola e Industrial; en el descubrimiento de las placas conmemorativas en el mercado restaurado y en las escuelas enriquecidas, tuvimos que vestirnos para los Juegos Florales.

El marco de aquella fiesta era el habitual: las damas de honor, la reina, el maestro de ceremonias, los chambelanes, el mantenedor. Pero dos circunstancias la salvaron de ser simplemente unos juegos florales más: en vez del poeta premiado, que no asistió, habló un médico. Con palabras sencillas refirió su propia vida en función de Valladolid: cómo en 1912 su familia huyó, llevándolo niño, para escapar a los horrores de la Revolución, y cómo ahora él volvía a la ciudad que no había olvidado nunca, a enseñar su amor a sus hijos.

Las cifras de la guerra nos han encallecido. Cientos de aviones derribados, millones de soldados muertos, pueblos arrasados, caravanas de fugitivos o deportados, son nuestra cotidiana, indiferente lectura. Aquel provinciano reducía a proporciones humanas y tangibles la guerra y el amor de la patria con sus palabras auténticas y sencillas, con su emoción ingenua que sin saberlo predicaba la paz, que ejemplificaba en su persona y en Valladolid el anhelo último y sagrado de los hombres de buena voluntad de toda la tierra.

El gobernador Novelo Torres, nativo de Valladolid, dijo también un discurso limpio de demagogia, impregnado de emoción lugareña. Y entre las obligadas menciones de Clemencia Isaura y del gay saber, la voz temblorosa del mantenedor, el viejo poeta José Inés Novelo, hablaba de otras cosas. Decía su inconfesada emoción de haber vuelto, en la cima de la edad, en la culminación de una vida rebelde y fecunda, a la Valladolid de su infancia; a las calles serenas de que un día, a los 13 años, huyó para nutrir con el saber la antorcha de su noble existencia.

Salimos del teatro. En la plaza, los fuegos artificiales atronaban el espacio. Disparaban luces alegres, no sembraban la muerte civilizada.

III

IZMAL Y REMEDIO

Llegamos a Izmal en la tarde. Lo primero que en esa antigua ciudad de los mayas llama la atención, es su plaza, cercada de enormes árboles. En seguida, el convento franciscano. Difícilmente habrá en toda la República otro más majestuoso ni más bello. Un patio gigantesco

y nobilísimo, rodeado de arcadas, sirve hoy para juegos deportivos de la comunidad, y aloja en sus grandes celdas, en curiosa convivencia, a la logia masónica, al templo católico y a ciertas oficinas de la presidencia municipal. La vista que desde ese patio se domina, y la que ofrece el fácil ascenso hasta las azoteas del convento, son incomparables. Refieren los historiadores que Izmal fue la ciudad santa de los mayas, el lugar sagrado en que reverenciaban a sus dioses, y el santuario en que se guardaban los restos de Itzamná, patriarca y fundador del Imperio maya. Por cuatro caminos que cruzaban el país, venían peregrinos y penitentes a venerarlo en sus famosos templos. Doce cerros se elevaban sobre la población, y en ellos se le ofrendaban riquezas que el sacerdocio disfrutaba. Era el lugar de reverencia en que *yumiles* y *macehuales,* mercaderes y soberanos, sacerdotes y nobles, ocultaban sus odios y se obsequiaban mutuamente. En Izmal se guardan aún los despojos del dios aborigen, Zammá, "el rocío diario del cielo", en las atrevidas construcciones del Kinich-Kacinó, Papholchac, Kabul e Itzmatul, como una ofrenda al Patriarca, al Soberano, Sacerdote y Dios.

El convento, que hospedó al famoso historiador Diego de Landa, se asienta sobre el cerro sagrado del Papholchac, y ha sido, en las épocas turbulentas, objeto de absurdos escarnios. Como en otras pequeñas iglesias que visité, en ésta faltan imágenes, víctimas de la furia iconoclasta de ciertos gobiernos. En una lóbrega celda se miran siete apóstoles de bulto en torno a Cristo, durante una Última Cena de que la barbarie alejó para siempre a los cinco que faltan.

En esta y en otras iglesias, los vecinos lograron ocultar en sus casas y distraer a la destrucción, algunas imágenes, que posteriormente han restituido a sus altares. La persecución del catolicismo no logró extinguir, entre los indios, ni la fe, ni unas prácticas mixtas de paganismo y cristianismo. En cierta fecha, cuando se celebra en el Convento de Izmal la fiesta de su milagrosa virgen —instalada en un camarín especial del piso superior—, por los cuatro viejos caminos se ve llegar hasta el templo a multitud de peregrinos que una vez cumplido el rito católico, llevan sus velas encendidas y su heterodoxa devoción hasta el templo frontero de su viejo dios aborigen, y le rinden un culto tan fervoroso como el que acaban de otorgar a la virgen del convento franciscano.

Abandonamos el edificio, al que habíamos ascendido por su costado, desde la escalinata del frente. Un friso de cabezas mayas nos contemplaba, mudo y extático, desde arriba, curiosos de nuestra curiosidad. Y vi entonces el más reciente ultraje hecho a la historia inerme por la torpeza poderosa. Sobre la hermosa, proporcionada piedra labrada que refiere el origen del convento, la estulticia ha empotrado una placa de mármol como el que se utiliza en las lápidas: así de feo, con igual tipo largo. Esa placa blasfema que "sobre las ruinas de la civilización opresora, se avista el ejido social, siendo presidente Lázaro Cárdenas" y siendo importantes una serie de subnombres que preferí no retener en la memoria.

¿Por qué ese afán de sobreponer la obra propia a la ajena; de asentar la afirmación arbitraria de un poder inepto sobre un pasado que no aspira a resucitar, pero que no merece que se profane su eternidad concluida? Se reprocha, con justicia, a los conquistadores la destrucción de la arquitectura indígena, su suplantación por la importada cuando se supone que bien pudieron respetar las ciudades precortesianas y construir otras coloniales. Pero después de todos estos siglos, se perpetra idéntica barbaridad cuando se profana una arquitectura colonial en que no se advierte ni se medita que hay mano de obra indígena, y que el espíritu de

la nueva, perdurable, definitiva raza, tiene en ella su más inteligible tradición y su más auténtica cuna.

Sí, por acá anduvo el general Cárdenas. La última vez que vino ha de ser realmente la última, a menos que le guste mucho violentar sus regresos como se vio en la necesidad de hacerlo esta última vez.

Había resuelto redimir al proletariado yucateco mediante el habitual expediente de repartirle el cocido pastel de la riqueza henequenera. Sin embargo, de Michoacán a Yucatán hay una distancia inexorable de experiencia y de conocimiento que el poder no logra salvar. El agave se distingue de los frijoles, y aun el algodón, en muchos pequeños detalles interesantes. No puede comerse; no se siembra con semilla; su cultivo y su elaboración son muy peculiares y, finalmente, no existen en el país fábricas ni cordelerías suficientes para aprovechar en elaboraciones la producción henequenera de Yucatán.

Supongamos, sin embargo, que hubiera modo de elaborar el henequén en la República: que los emprendedores regiomontanos, por ejemplo, montaran una cordelería. ¿Cómo iba a llegarles la fibra? ¿Cuándo, en todos los lustros que lleva de existir el ferrocarril, se ha preocupado el gobierno del centro por tender una mano, una comunicación sólida, a su estado de Yucatán?

¿Se ha pensado alguna vez, incidentalmente, en el efecto psicológico que obligadamente ha de causar en el espíritu de los yucatecos el hecho de sentir, de saber, que lo que los une con su país, México, es aquello mismo que los une o que los comunica con los Estados Unidos, con Cuba o con Europa; esto es, el mar, y no la tierra? No puede razonablemente asombrar que haya alentado en ellos alguna vez un sentimiento separatista fundado en todas las más legítimas razones psicológicas de quien se sabe y se siente desvinculado, separado, de un país al que ama sin pruebas de correspondencia. En cierto sentido, y desde el momento en que lo único que parece vincular a Yucatán con el centro es en frase famosa el 15% de impuesto federal puntualmente cubierto, más que un estado dueño de los beneficios federales que sus más favorecidos hermanos disfrutan, Yucatán viene a ser una rica colonia de México.

Y en cierta memorable época, en la época en que “sobre las ruinas” de Izmal se avistó el ejido social, aun esa riqueza colonial zozobró, sin que el centro acudiera a compensar su despojo y la desorganización impuesta a su estructura económica con, siquiera, la atención del hambre proletaria que sus experimentos michoacanos desataron en Yucatán.

En su folleto sobre *Yucatán y los agaves*, Enrique Cáceres Baqueiro nos condensa estos datos sobre las peculiaridades del cultivo del henequén:

La producción de hojas de un agave fluctúa entre 21 a 24 hojas en el año, debiéndose cortar éstas a razón de siete u ocho hojas cada cuatro meses. Después de cada corte deben ponerse otras marcas para continuar explotando las plantas a razón de tres cortes en el año. Para dar tiempo a que la fibra se sazone, es necesario dejar en cada planta un promedio de 30 a 35 hojas. La vida de un agave oscila entre 10 y 25 años, según el cuidado que se hubiera tenido para con la planta.

Una planta de agave, henequén, o sisal de Yucatán bien desarrollada y cuidada, puede producir de 250 a 300 hojas o pencas durante su vida. Cada hoja o penca de planta mide entre uno y dos metros de largo por unos ocho a 16 centímetros de ancho.

Las pencas de la planta, de color verde grisáceo, presentan en sus laterales unos espinos

en forma de dientes garfeados con un largo de tres a cinco milímetros, guardando una distancia cada uno del otro de 10 a 30 centímetros, y terminando la punta de la hoja en una espina fuerte y puntiaguda de 20 a 24 milímetros de largo por cinco a siete milímetros de espesor.

El agave es una planta monocarpia, es decir, que florece una sola vez y luego muere. El bohordo, o quiote floral que brota de en medio de la erizada roseta que forman las pencas de la planta, crece de cinco a ocho metros de altura y produce de trecho en trecho, alrededor de sí mismo, hermosas y pintorescas ramas dotadas de flores amarillas. Estas flores, al caer, tienen la propiedad de manchar con sus mieles las pencas de los agaves sembrados a su alrededor, perjudicando grandemente la calidad de la fibra.

Por cada millar de pencas, según el terreno, cultivo y calidad de la planta, puede obtenerse, generalmente, una cantidad de fibra que oscila entre 18 y 30 kilogramos.

Las pacas producidas en Yucatán no tienen un peso *standard* en vista de que son empacadas en distintas clases de prensas. El peso de las mismas tiene un promedio de 135 a 200 kilogramos.

La originalidad climatérica de la península yucateca ha dotado a sus agaves de una fibra de insuperable calidad. Lo calcáreo de sus terrenos, lo poco de agua y lo mucho de sol, parecen ser las características climatológicas principales y necesarias para la vida y crecimiento de los agaves.

El promedio anual de precipitación pluvial en la península yucateca es de 725 a 750 milímetros como máximo, y la temperatura al descubierto oscila entre 15.5 y 41°C. En la República de Cuba, donde el agave se produce con más semejanza al de Yucatán, el promedio de precipitación pluvial en el año es de 1200 a 1400 milímetros y la temperatura al descubierto oscila entre 12 y 38 grados centígrados.

El número de años que viven los agaves en Yucatán, que son de 20 a 27, es mayor que los cultivados en los diversos lugares de nuestro planeta, y la fibra producida por ellos es de calidad continentalmente superior.

El estado de Yucatán, que fue el primero en el mundo en cultivar y explotar el agave en forma comercial, comenzó a exportarlo irregularmente desde el año de 1850, llegando a exportar en el año de 1880 su primera remesa seria, que ascendió a 112911 pacas con un valor de $1177577.00.

En 1917, Yucatán exportó la cantidad de 1000000 de pacas con un valor de cerca de $178000000.00, pero de aquí en adelante la industria entró en un lamentable estado de descenso y decadencia, estando a punto de abandonarse en su totalidad, pues en el año de 1940, con grandísimos esfuerzos y a más de casi no ser costeable la producción, sólo llegaron a exportarse 480000 pacas. Durante estas épocas el pueblo de Yucatán atravesó por una etapa de indescriptibles miserias y dolores, pues los campesinos llegaron al grado de alimentarse con raíces y mezclar sus alimentos, para aumentarlos, con la corteza de un árbol producido en la península y nominado bonete.

IV

DECADENCIA Y GRANDEZA

Los yucatecos escarmentaron en cabeza propia; en una cabeza de turco en que la suya se vio convertida cuando ocurrió el experimento cardenecio. Es cierto que aquel mismo dominio internacional arbitrario e imprevisible que impuso a Bolivia, en la posguerra pasada, un descenso en el precio de su estaño y un colapso económico, obró sobre el mercado mundial del henequén, y abatió sus precios, desde los 19 centavos de dólar que llegó a valer la libra, hasta una cifra ruinosa. Pero no lo es menos que la puntilla de semejante grave situación, incontrolable por internacional, se la infirió una expropiación henequenera que lejos de resolver el problema yucateco, lo agravaba al sumirlo en confusiones insolubles.

Parece haberse hallado, después de niño ahogado, la fórmula para tapar el pozo. Con todas las formalidades convencionales que el decoro decorativo exige, la administración de las fincas henequeneras ha vuelto a manos de quienes la conocen bien porque su conocimiento, el de los mercados mundiales, el del cultivo, el de las elaboraciones, es hijo de una experiencia secular y de un espíritu de empresa amplio y que no se doblega ante ningún obstáculo. Las viejas familias yucatecas acostumbraban a enviar a su primogénito a un extranjero del que ellas no tenían la culpa de que contara con institutos tecnológicos y científicos de que carecía, y aún carece, la Universidad de México. Ello no implicaba, de manera alguna, su descastamiento ni su extranjerización, ni acarreaba el "pochismo" de que suelen ser víctimas irredimibles los niños ricos de otros estados que se educan en el extranjero. En parte alguna del país existe, como existe en Yucatán, una vinculación efectiva y sólida del hombre con su tierra, y de una clase con la otra.

En cuanto ocurre un matrimonio, la nueva pareja adopta a una nana maya para su primer chico. Esta nana recibe el obsequio de un enorme rosario de filigrana de oro, y entre sus obligaciones, asume la de enseñar "la maya" al niño, que lo aprende verdaderamente como su lengua materna. El advenimiento del segundo hijo, que cría la misma nana, se celebra con el obsequio a ésta de nuevas joyas que engarce en su rosario de filigrana de oro. Las familias son muy prolíficas. A los 14 hijos, la nana es dueña de un verdadero tesoro, ha acabado por incorporarse a la familia, y aquella familia por continuar la hermosa tradición de saber el maya, de entenderse en ese idioma con sus trabajadores, y de amar en ellos a la raza cuya leche materna ha nutrido a sus recios hijos.

De aquí el peculiar e inextinguible "acento" con que los yucatecos hablan el castellano. No se debe tanto al clima, como ocurre con los jarochos, cuanto al hecho de que el castellano viene a ser en realidad su lengua adoptiva, en tanto que su lengua materna es un hermoso idioma monosilábico y gutural en que la elongación de un sonido altera el significado de la palabra (bac-baac). Pedir que un yucateco enuncie el castellano como un metropolitano comevocales, y sin "acento", es tan insensato, y por las mismas razones filológicas, como esperar que un inglés, un francés o un alemán se hallen libres de "acento" cuando, por bien que lo dominen, hablan castellano.

Los yucatecos escarmentaron, y la segunda Guerra Mundial que les ofrece un nuevo, relativo auge económico, los encuentra advertidos y alerta contra sus deslumbradores espejismos. De las ruinas experimentales del anterior sexenio, empiezan a resurgir en concordia de patrones y trabajadores, en la concordia bien arraigada en el lenguaje y la convivencia que la disolución trató en vano de cercenar.

Visitamos la finca de San Francisco, de la que se nos dijo que es la más grande del estado,

y que se encuentra en plena, febril producción. Ha vuelto a la administración de sus dueños originales, los Manzanilla. Su fábrica ha crecido en torno a la pequeña instalación original de su abuelo, que conservaron con veneración. A diferencia de otros henequeneros, afectos a dispersar su esfuerzo en fincas y planteles desconectados, los Manzanilla han concentrado el de su numerosa y activa familia en aumentar su finca en la misma región. Reciben cordial, señorialmente, y responden al clásico modelo de las prolíficas familias yucatecas que especializaban a cada uno de sus hijos en un aspecto definido de sus intereses para que todos trabajasen mucho y con eficacia.

Cuando les fue restituida la finca, después del experimento ejidal y reparticionista, la hallaron prácticamente en ruinas. De sus tres desfibradoras, una faltaba y otra había sido inutilizada. Las dificultades bélicas para la importación de maquinaria los mantiene maniatados en apreciable medida.

Pero reconocen que, después de todo, los ejidatarios hicieron —claro está que sin proponérselo— una cosa buena: asentaban en sus libros, y cobraban religiosamente por ello, el derribo, digamos, de 100000 pencas; pero en realidad no habían laborado más que 60000. Estafaron así mucho dinero, ciertamente; pero la cosa buena que de esa manera hicieron consiste en que dejaron sin derribar las 40000 plantas de este ejemplo. Al volver a administrar esa finca quienes no estaban interesados en engañar ni engañarse, tuvieron la gratísima sorpresa de encontrar intactas e inmediatamente aprovechables las 40000 pencas por cuyo derribo imaginario ya habían cobrado los administradores políticos.

El *New Deal* henequenero dispensa intervención proporcional a los antiguos hacendados, al gobierno y a los trabajadores organizados. El viejo Partido Socialista del Sureste, que vio llegar a Salvador Alvarado en 1915; que recibió el impulso soñador de Felipe Carrillo Puerto, abraza ahora en su seno al 80% de los trabajadores organizados de Yucatán, y vela por los intereses de 125000 ejidatarios. Le pertenece la Liga de Trabajadores de Productos Henequeneros, alma de las cordelerías que elaboran, de las 500000 pacas anuales que en la actualidad representan la producción yucateca, las 125000 que la capacidad fabril del estado permite sustraer a la exportación. La noche que visité una cordelería gigantesca, que enlaza tres turnos de labores y que mediante máquinas milagrosas mezcla la rubia fibra, la peina, la tuerce y enlaza para rendir desde el más fino cordel hasta el calabrote más rollizo, los acogedores obreros que me la mostraron disponían el adorno local de su liga, la celebración de cuyos 26 años de fundada festejarían al día siguiente con un baile y una “vaquería”. Y trabajaban contentos, alegres, satisfechos de sus percepciones, que en el auge acarreado por la guerra, son tan suficientes para ellos como favorables para una fábrica cuyas ganancias netas diarias, según me informaron, son de 18000 pesos.

Quizá los trabajadores yucatecos, dentro de sus experimentos socialistas auspiciados por Alvarado y por Carrillo Puerto, escarmentados en el choque con las importaciones agitadoras de otro tipo, van hallando poco a poco la fórmula *sui generis* de la organización del trabajo sin “ismos”. Desde luego, los sinarquistas no han logrado prosélitos en Yucatán. Y un ejemplo extraordinario de la organización peculiar del trabajo lo da la Alianza de Camioneros de Mérida.

Son 110 “guaguas” o camiones, limpísimos, los que sirven a Mérida. Tienen 330 dueños —tres cada camión—. Sus dueños los trabajan ellos mismos —de dos en dos, por turnos—,

cobran y manejan. Un *overall* sencillo y limpio los uniforma. Las reparaciones a una unidad corren por cuenta de todas las demás. Sus cuotas bastan a sostener un hospital-maternidad, la integridad y modernidad de cuyo equipo sorprendió, en su reciente visita al doctor Baz. Anexo a su edificio, sostienen una panadería modelo, un comedor para todos sus miembros, de uso opcional, y una escuela perfecta para sus hijos.

Pero ay del que se embriague. La primera borrachera le cuesta 20 pesos de multa, que ingresan al fondo de la Alianza; la segunda, 40; 60 la tercera, y una reincidencia continua, que no ha llegado a registrarse, la expulsión.

¿Cooperativa? ¿Sindicato? Esta alianza ejemplar no es ni una ni otra cosa. Es una organización modelo, de responsabilidades parejas, en que el interés y el esfuerzo convergen en la meta común del bienestar creciente de todos sus miembros y de sus felices familias.

Por cuanto a la intervención del gobierno en la producción henequenera, ha dejado de consistir en un obstáculo a su desarrollo para trocarse por el deber de fomentarlo. Dentro de la nueva forma de organización del trabajo, Henequeneros de Yucatán admite o presupone la colaboración gubernamental, que el experimentado Ernesto Novelo Torres ha prestado en la forma eficaz que consiste en haber firmado con la Corporación de Abastecimiento de Estados Unidos para la Defensa un contrato de venta de henequén a nueve centavos de dólar la libra. Este contrato producirá $183330000.00 por cada millón de pacas, de las que al ritmo actual se produce medio millón al año.

El precio de nueve centavos de dólar la libra puede parecer bajo si se recuerda, por una parte, que durante la guerra anterior alcanzó el de 19; o si se olvida que como ocurre en otros renglones, es en definitiva el comprador norteamericano quien lo fija. Pero no parecerá bajo, sino muy conveniente, si se toman en cuenta todas estas otras circunstancias: el cambio (al dos por uno en la guerra anterior, y hoy al 4.85, lo que deja los nueve centavos muy cerca de los 19), y el hecho de que el gobierno de Haití vende su henequén a la misma corporación que Yucatán, a sólo siete y medio centavos la libra; así como el detalle de que la British Hemp Controller contrató con ella misma la venta de henequén africano a seis y medio centavos la libra.

V

SÁLVESE QUIEN PUEDA

El culpable, el inexplicable torpe aislamiento en que México ha mantenido a Yucatán, frustra en la actualidad las ventajas mutuas que podrían, en otras condiciones, derivarse del auge acarreado a su monocultivo henequenero por la guerra.

Este aislamiento es real y doloroso. Si puede hablarse de “separatismo”, no será para culpar a Yucatán, cuando el verdaderamente separatista ha venido siendo un México que no se ha preocupado por unirse a Yucatán, o por vincular a Yucatán consigo, mediante comunicaciones terrestres de ningún género. El ferrocarril del sureste no ha pasado de ser un proyecto, y las carreteras dejan a Yucatán fuera y lejos de su mínimo beneficio.

Los efectos de la desvinculación se palpan ahora en el punto más álgido de la economía yucateca: en el renglón de las subsistencias. Inadecuado para otros cultivos, impropio para la ganadería, el suelo henequenero es incapaz de alimentar por sí solo a sus pobladores. Un mapa económico del estado nos muestra su más grande región consagrada al henequén, y la de importancia inmediata, al maíz. De sus demás limitados productos agrícolas (higuerilla, caña de azúcar, zapote, frijol, cocos, piña, sandías, ciruelas, calabaza, naranjos, jícamas, yuca, mangos, melón, aguacates, papas, camote), fronteros del chicle campechano y de Quintana Roo, ninguno rinde un volumen capaz de emancipar el consumo local de la apremiante necesidad de la importación. Como en todas partes de la República, el maíz es el artículo de consumo indispensable para el pueblo, y la base de su alimentación.

Los yucatecos engullen en tamales, pibiles, pozole, panuchos o simples tortillas, 7000 toneladas mensuales de maíz, que representan una erogación diaria de 50000 pesos en ese grano. Hubo una época en que sembraban su maíz y se comían sus tortillas. Pero un día sobrevino la langosta. Según unos informes, duró siete bíblicos años su plaga; según otros, los dos últimos, y en todo caso, nada se hizo por combatirla. Acabó por extinguirse de una muerte que pudiera llamarse natural, o de hambre, cuando ya no le quedó nada por devorar. Si existe o ha existido un sello postal adicional destinado a combatir federalmente la langosta, nadie sabe a qué se hayan aplicado sus rendimientos. A esta horrenda época de la plaga se refiere la historia de un indio estoico que vio asolar su milpa; no se desalentó por ello, vendió sus animales y volvió a sembrarla. Nuevamente aterrizó la langosta y otra vez, con sus últimos recursos, el indio sembró su terreno. A la cuarta reincidencia de la maldición, y cuando ya no le quedaba nada en la tierra por vender ni por qué luchar, el indio se ahorcó.

Fue por eso un sarcasmo cruel leer en el *Diario de Yucatán* que el secretario de la Economía, desde allá en México, acababa de decretar que en Yucatán había sobra de reservas y subsistencias, el mismo día en que ni los ricos ni los pobres pudieron conseguir un solo gramo de la carne que antes Tabasco les proporcionaba, pero que ahora Tabasco manda al Norte; y el mismo día en que al visitar una escuela rural, el secretario Véjar Vázquez tropezó con el número fuera de programa de una mujer maya que a gritos le dijo que no podía nadie conseguir maíz. El poco que llega a Progreso no viene de Veracruz, sino de Nueva Orleans, a un precio bastante mayor que el que alcanzaría el mexicano si pudiera obtenerse.

Pero no se puede. En sus buenas épocas, un Yucatán tan práctico como decepcionado del centro y su indolencia comunicativa adquirió su propia flota mercante, tres barcos que llevaban hasta sus playas las subsistencias que su suelo no puede producir. Pero esos tres barcos, que aparte el actual *Uxmal* eran el *Tabasco* y el *Puebla*, le fueron arrebatados por el centro, a causa o a pretexto de contribuciones. Más tarde, Yucatán volvió a comprar su propio *Uxmal;* pero hasta mi salida de Mérida, ese único posible transporte de comestibles a un estado que el nuevo auge henequenero amenaza trocar en el reino de Midas, se hallaba congelado e inútil, preso en la urdimbre torpe y burocrática de una Secretaría de Marina que aún disputaba su dominio, que no entendía la urgencia de su servicio, que no lo entregaba a su más apremiante utilidad, centuplicada desde que los barcos americanos han suspendido sus viajes y desde que la langosta ha colaborado tan eficazmente en el hambre de un Yucatán aislado y nunca autárquico.

Fue un sarcasmo cruel leer que el secretario de Economía había encontrado telepática,

mágicamente, grandes reservas alimenticias en un Yucatán que bebe leche de lata, que importa cebollas de los Estados Unidos, que apenas si suele comer carne de venado; en que se dan casos de pelagra por avitaminosis, y en que se ha visto que los indios llevan el trozo de tortilla a humedecerla en el pedazo de carne como se hace con el furioso chile habanero, para que le sepa a ese raro tesoro que es la carne. Los residentes que leyeron el descubrimiento abundante del secretario de la Economía, no hallaban si indignarse o reír. Luego, pensándolo mejor, creyeron descubrir el origen de semejante burla sangrienta. Hace unos meses que, enviado por el presidente, llegó a Yucatán el señor Amado Trejo, cabeza de la Nacional Distribuidora o de algunas de esas panaceas, a estudiar sobre el terreno los problemas de abastecimiento de Yucatán. En vez de lo cual, halló grato entregarse a la política, y emitir cotidianas declaraciones destinadas a subrayar su personal importancia. No faltó quien autorizadamente le llamara la atención sobre la disparidad evidente entre la teoría de su servicio y la práctica de su nocividad politiqueadora, y entonces el ofendido señor Trejo regresó a la metrópoli, desde la cual declaró la guerra a Yucatán. Los residentes indujeron que la absurda, insostenible aseveración del secretario de la Economía sobre la jauja alimenticia de Yucatán se habría documentado en el resentimiento del informador sin informes que es el señor Trejo.

Una vez más este ejemplo de la política injusta, lejos de contribuir a la pregonada unidad nacional, robustece el desilusionado escarmiento de los yucatecos. Su experiencia con la política es vieja y triste. Los yucatecos fueron los primeros en simpatizar con la Revolución, en ayudar al triunfo de sus primitivos postulados que pedían el sufragio efectivo y la no reelección. Creyeron ciega, fervientemente, en la sinceridad de aquel movimiento, y recibieron jubilosos el advenimiento de Madero. Pero cuando ellos eligieron a un gobernador probo y suyo a quien, Delio Moreno Cantón, y el centro les deparó ya “electo por los yucatecos” a otro muy distinto, Pino Suárez, dejaron de creer en los cuentos de hadas de la Revolución, y comprendieron, también quizás más pronto que otros estados de la República, que era inútil esperar de la política un auxilio que el trabajo tiene que darse todo, y solo, cuando aspira a realizar la felicidad y la prosperidad de todos los ciudadanos.

De Salvador Alvarado, los yucatecos, en cambio, guardan excelentes recuerdos. Este extranjero inteligente y honrado, recio y enérgico, comprendió bien las singularidades raciales, geográficas, económicas, de Yucatán, y estableció en la vieja Comisión Reguladora del Mercado del Henequén un mecanismo semioficial y eficaz que aún hoy perdura, transformado por la experiencia en Henequeneros de Yucatán. Rama importante de este tronco de sustentación vigorosa de la economía peninsular es otro organismo, fruto de la experiencia del hambre, hijo del escarmiento aislacionista y aspiración hacia la autarquía y la emancipación de los males implícitos en el monocultivo henequenero. Fomento de Yucatán se propone resueltamente lograr que el estado produzca lo que consume, y se mire por ende libre de la angustia de depender para su alimentación de las difíciles importaciones marítimas, de las inexistentes terrestres, de las limitadas aéreas. Impulsa, mediante el crédito bancario, el establecimiento y la refacción de tres renglones principales de producción: la agricultura, la ganadería y la apicultura.

En otras palabras, Fomento de Yucatán, institución dirigida por hombres de empresa expertos y competentes, va logrando integrar una estructura económica *sui generis*, como es

sui generis y como es sensata la estructura de la Alianza de Camioneros de Mérida y por la misma razón de que despoja de promesas y de palabras la realidad. Mientras se cumplen —*if and when*— las que anuncian comunicaciones, unidad nacional, jauja posbélica y un litro de leche para todos, los yucatecos que fomentan a Yucatán quieren siquiera maíz, y se van a poner a sembrarlo; quieren que no haya paludismo ni pelagra, y se ponen a combatirlos; quieren caminos y escuelas, y se aplican a construirlos.

De vez en cuando, una visita importante del centro se asoma a sus problemas: el presidente Ávila Camacho, el secretario de Asistencia, el secretario de Gobernación durante sus recientes vacaciones, el de Educación durante el centenario de Valladolid. Todos ellos encuentran una mano tendida que da, y que tiene derecho a recibir; que espera, hace mucho tiempo, y que se abre como el agave sobre la tierra seca y bajo el sol abrasador de aquella fiel y olvidada tierra mexicana.

En 1941, cuando Yucatán se asomaba al precipicio de la ruina acarreada por la torpe saña del sexenio anterior, llegó a estudiar sus problemas el nuevo secretario de Agricultura. Su discurso de Tixcocob, en donde los ejidatarios clamaron la abolición del experimento que los hambreaba, contiene palabras muy dignas de recogerse y muy simbólicas de la actitud crónica del centro para con Yucatán: "Yo no he venido a salvarles. Ustedes son quienes han de salvarse con su esfuerzo y su conocimiento, progresivamente adquirido".

Esfuerzo y conocimiento; escarmiento, más bien, progresiva y reincidentemente adquirido, sustentan la actualidad de Yucatán, y procuran su fomento y su autarquía. Las lecciones de la guerra anterior y de las escaramuzas interiores de origen extrayucateco han sido bien duras, y los descendientes de los mayas estoicos las han aprendido. Ahora ya saben, aun desde los labios del secretario de Agricultura, que "ustedes son quienes han de salvarse". Y en eso están, con muchas gracias por el consejo.

VI

RETRATO DE UNA MATRONA

Mientras conversaba con Rosita, cerca del vestíbulo del hotel Mérida, un criado respetuoso ayudó a instalarse en el más cómodo sillón de la estancia a una dama como de 60 años, con firme pelo gris en torno a una blanca, enérgica frente vivificada por dos ojos penetrantes. Se apoyaba en muletas, y vestía un traje sencillo y fino de seda negra con flores blancas.

Pronto entablamos una conversación que ella inició con un cortante interrogatorio. Yo había venido a Mérida por primera vez. Con el ministro Véjar Vázquez, a eso del gobernador y del centenario de Valladolid. Yo era, digamos, entre escritor y periodista. Escribía en *Excélsior.*

Entonces aquella dama cortó mi confusión: "En ese periódico le tiran mucho al gobernador. Son injustos. Yo lo conozco desde chico. Lo está haciendo muy bien. ¡Ya hubiera visto a otros!"

No dejó de asombrarme, tanto el hecho de que aquella señora estuviera más enterada que

yo de que en nuestro periódico hubieran aparecido ataques al gobernador, cuanto el de que una dama cuya clase se adivinaba en su porte, defendiera tan vivamente a un gobernador de la serie de la Revolución. Pero no me interesaba mucho que digamos la política. Recordé, ciertamente, que yo mismo había sidecarizado numerosas veces a los yucapoetas, a los yucatercos, o alguna primera piedra colocada por un gobernador al que nunca imaginé que llegaría a conocer, y quien, al tropezarme entre la numerosa comitiva del ministro, se refirió con buen sentido del humor sin resentimiento a aquellas bromas profesionales mías, desafiándome a certificar que sobre aquella primera piedra habían crecido muchas en forma de escuelas y de las carreteras que jalonearon a nuestra caravana de una en otra escuela visitada complacidamente por el ministro. No puede ignorarse la evidencia de que el prototipo presidencial tan *paterfamilias,* tan *bonhomme,* se refleja, dichosamente para los periodistas, en mandatarios diversos ya de aquellos cuyo complejo de inferioridad desataba reacciones tempestuosas sobre sus críticos. Lo que ahora ocurre con los gobernadores es que aquellos de quienes más autorizadamente se esperan muestras de civilización, retroceden al tipo cavernario del ensoberbecido mandón de otras épocas, en tanto que aquellos que han vivido de cerca la barbarie y sus consecuencias, se advierten transmutados y afines al prototipo presidencial de tolerancia y cortesía. El contraste entre un Noé de la Flor Casanova que procede postizamente como un viejo cacique con los transitorios fugaces huéspedes del aeropuerto de su feudo; y un Novelo Torres que no obstante haber participado administrativamente en el gobierno de su turbulento antecesor se muestra cortés, solícito, dispuesto a permitir el examen de su año y medio de esfuerzos; que no guarda resentimiento alguno contra nadie, y que se gana el afecto y el partido aun de la clase que representa mi interlocutora, no puede dejar de sentirse.

Pero yo había preferido quedarme en el hotel, precisamente, a no visitar más escuelas ni más obras públicas de las que en copia infatigable recorrían el ministro y el gobernador. Me había quedado para visitar el museo, que custodia desde las más admirables esculturas mayas, hasta la bala que mató a Guty Cárdenas, pasando por la galería de gobernadores de los que hay uno que apenas tomada posesión de su encargo, huyó del lugar; para buscar hamacas, huaraches que llaman "alpargatas"; para comprar guayaberas y ropa nueva que cubriera el déficit de lavandería de un hotel impreparado para servir a tanta gente repentina y sudorípara y para adquirir, en lo posible, alguna antigüedad al alcance de mi previsión monetaria. De suerte que mi conversación con aquella señora se apartó del rumbo de la política para intimar en el cariño común por las cosas y por las casas viejas. "¿Quiere usted —me dijo— conocer una casa vieja de Mérida? Vamos a la mía."

Mientras me mostraba cuarto por cuarto su hermosa casa de amplios corredores, cada árbol de su huerta, cada planta de su jardín, yo presentía, pero no adivinaba, que en el encuentro casual con doña María Cervera mi buena fortuna me había deparado el feliz contacto con el carácter más admirable de la ciudad de Mérida. Madre de siete varones, doña María había enviudado a los 37 años. Su fortuna ancestral se cifraba en aquella época en tres grandes fincas henequeneras contiguas y apenas distantes 16 kilómetros de la ciudad. Una noche ardieron las tres fincas, y la viuda se quedó sin cinco centavos. Otra mujer cualquiera no habría hallado qué hacer. Doña María trabajó, vendió chocolate, hizo cuanto sabía y educó a sus siete hijos. Su lucha con la vida tiene que haber sido tan dura como merecido y

grandioso el premio de ver que sus hijos rehacían y superaban su perdida fortuna, y la satisfacción de que heredan su temple y sus virtudes.

De su casa, de la que me explicó que no ha permitido que sus hijos la alteren ni modernicen, me llevó a la de su hijo Pepe. Una residencia magnífica entre Colón y Montejo, al centro de toda una manzana de precioso jardín, llena de hermosos candiles, de muebles chinos, de antigüedades del mayor gusto. A diferencia de los ricos —nuevos y viejos— de la capital, que cifran su opulencia en una casa llena de baños de colores, los millonarios yucatecos viven señorial, tradicionalmente, sin estridencias hollywoodescas. Si el viajero se asombra al ver que sus pisos, sus columnas, sus muros, suelen ser del más limpio mármol italiano, debe recordarse, para entenderlo, que los barcos que venían a Progreso por maderas o por henequén llegaban lastrados con mármol. Si advierte que en México no había visto sino donde los anticuarios muranos y bohemias como aquéllos, tengan en cuenta que el mobiliario y decoración no procedían para los yucatecos de nuestra vecina San Antonio, Texas, sino de su vecina Europa; de lo cual, otra vez, tiene la culpa, o merece el elogio el hecho de que entonces, como ahora, el separatista México se hallara desvinculado de un Yucatán que zarpaba.

Ya ahora los anticuarios Márquez y Barbachano conocen, y aun suelen exagerar, el valor de lo que todavía consiguen en los pueblos o entre las familias extintas o arruinadas. Pero hace apenas unos años, el estado fue víctima de un verdadero saqueo de los hermosos objetos que decoraban las residencias yucatecas. De acuerdo con una versión, algún extranjero descubrió en una casa pueblerina abandonada por sus dueños al cuidado de unos indígenas un candil de 20 luces. Mañosamente preguntó si encendía, insinuó que no servía para nada, y acabó por llevárselo mediante el pago de 20 pesos. Aquella hazaña fue el principio de un saqueo sistemático y organizado de candiles de Bohemia que llevaron a cabo un general y Paco el de la Granja de México, al mayoreo y por las sumas ridículas que en el pánico de la depresión expropiatoria, y en el desconocimiento del valor de sus cosas, aceptaban por ellas las familias yucatecas o sus representantes.

Nexo menudo entre los anticuarios de México, los locales y la dispersa fuente de abastecimientos es el israelita que ha castellanizado su nombre en Enrique Godínez. A su diligencia debo la adquisición de algunos hermosos objetos y a su indiscreción el conocimiento de su habilidad para la fabricación insospechada de muebles y marfiles antiguos. Llegó a Mérida en una misión cultural, y se quedó. Enseña escultura en la secundaria y trafica en antigüedades. Todo el mundo lo conoce y lo quiere.

Volví a encontrar a doña María con Rosita, a quien va a ver todas las mañanas. Rosita es su lejana pariente política, y ha instalado en el hotel Mérida un salón de belleza de muy agradable temperatura. Me preguntó doña María cuáles guisos regionales ya había comido, y en nuestras cuentas, faltaba el pipián de venado. “No se marche sin probarlo”, dispuso doña María.

Tomaba el tercer inútil baño del día cuando me avisaron que doña María me invitaba a comer, porque al llegar a su casa había descubierto que servirían justamente pipián de venado. Su coche vendría a recogerme en seguida.

En la mesa de todos los días, y sin embargo para el hábito solitario de mis comidas tenía a mis ojos todo el suntuoso encanto de una fiesta familiar. Doña María me sentó a su izquierda, y

en torno a aquellas viandas deliciosas que una criada vieja iba dejando en la mesa, conversaban animadamente los hijos de doña María, la esposa de uno de ellos, una tía y un amigo de la casa. Aquella sopa inolvidable, con trocitos de limón cocidos; aquel salpicón frío, aquella ternera deliciosa, eran apenas el preludio al pipián de venado que apareció triunfal y abundante junto al tamal de frijoles negros molidos, en la compañía de aquellas tortillas tiernas y breves como hostias de consagrar que sólo es posible alcanzar en Mérida, y antes de toda clase de frutas tropicales heladas, de una papaya cuya pariente miserable saboreamos en México; de una sandía que no hace daño; de piña pálida, de caimitos, de mangas y mangos, de un dulce celestial y de un café de éxtasis.

Pero mientras saboreaba aquellas suculencias, observaba en la plenitud de sus hijos la obra admirable de esa matrona ejemplar a quien todos ellos adoran: Pepe, el cosmopolita, viajero del mundo, instruido, elegante, mundano; Julio, el muchacho "bien" de la provincia, un poco lento, glotón, a gusto en su Mérida, y Eduardo, el mocetón fornido, rubio, parlanchín: el que está pegado a la tierra y emprende negocios de cultivos de semillas, de terrenos. Toda la gama escalonada de la custodia personal y apta de intereses que el celo y el temple de una madre viuda supo restituir a su grandeza y mantener en ella.

Ya hace años, sin duda, que doña María entregó en manos de sus hijos el manejo de su patrimonio. Pero todavía se encuentra al tanto de todas sus empresas. En una libreta que lleva siempre consigo, apunta los ingresos de cada uno de ellos, sus nuevas mejorías, lo que cada uno le da mensualmente para sus pobres. Con certero instinto los aconseja; no se equivoca nunca en el diagnóstico a primera vista de los bribones que suelen acercárseles con proyectos. Sus hijos lo saben, y siguen siempre sus indicaciones. Cuando sintió que la aviación aproximaba su inminente predominio, consultó con sus hijos la oportunidad de regalar terrenos de sus fincas para que en ellos se construyera el aeródromo de tres pistas en que ahora se trabaja febrilmente, y así se hizo. De aquellos enormes terrenos, los Patrón no conservan sino El Siskal, garganta fresca en maya: una finca colonial que, desde niño, Pepe soñó con reconstruir, y de cuyas escalinatas enormes, de cuya capilla de triple campanario, ha hecho un Shangri-La de ensueño, con sus grandes salones, sus terrazas, su molino, su alberca, su maravilloso jardín y sus muebles, candiles, espejos, de verdadera colección. Una larga avenida de *flamboyants* llevaba a El Siskal desde Mérida. Ha sido derribada para construir el aeródromo, y aquel retiro que abre la puerta de siglos mejores, guardado por un viejo criado maya, ha quedado aislado y soberbio, señorial y eminente como un santuario.

La familia Patrón ama a su Mérida con amor entrañable, cultivado con el ejemplo por doña María. Cuando estalló la Revolución, todos los ricos huyeron. Menos doña María. ¿Por qué había de huir? Se enfrentó resueltamente a Salvador Alvarado: "Usted va a ahorcarme —le dijo— pero antes me va a oír", y le soltó cuantas realistas claridades temían todos exponer. Y acabaron amigos.

Hace algún tiempo, doña María sufrió dos accidentes sucesivos: la fractura de una cadera primero, luego la de un brazo. Pero a diario visita a sus pobres, ve a sus hijos y a sus nietos, va a la iglesia, se informa de cómo anda el negocio de Rosita. "¿Para qué me dio Dios estas buenas muletas? —dice—: ¡Para andar por todos lados!"

La víspera de mi regreso, doña María me llevó al hotel una maceta con una planta extraña de su jardín, que yo había admirado particularmente. Cerca de donde ahora escribo estos

recuerdos, siento que en esa planta vigorosa alienta un soplo precioso de la vida misma de esa matrona ejemplar cuyo encuentro casual y cuya amistad son para mí un raro y un alto privilegio.

VII

PLACAS VELADAS

Debo dar fin a esta serie de impresiones de un viaje lego a Yucatán. No escapará a los lectores la reflexión de que un cuadro completo de aquella región es tema para libro y libros, y ocupación cautivadora para toda una vida, ya se oriente la investigación por el rumbo de una arqueología que no tiene rival, ya por el de la historia colonial o la independiente de esa provincia siempre atenta y solícita para lo que ocurriera en una República a la que, por encima de las ocasionales apariencias y distanciamientos, se ha sentido siempre profundamente vinculada; ya, en fin, se elija definir el perfil de sus próceres, o ya se procure valorizar las refracciones que en ese suelo cálido y recio impactó el movimiento revolucionario. Cualquiera de estos apasionantes caminos, y aun muchos otros, se hallan abiertos al investigador de una región que, acaso como ninguna otra, disfruta de una personalidad en que a trechos se funden, y a trechos simplemente conviven en senda pureza, los ingredientes indígenas y los elementos europeos ya tan amenguados en el resto de nuestro complejo mestizaje.

Una visita a Chichén Itzá no es solamente una de las más gloriosas aventuras; sino la clave para entender de un golpe muchos rasgos sorprendentes de Yucatán. Cinco horas de tobogán depositan a las ruinas humanas que emprenden la excursión, frente a la solemne revelación de la Grandeza. En el silencio absoluto de la noche, siglos de piedra yerguen su inmortalidad por encima de las chozas falsificadas en que aguardamos ansiosamente el amanecer para contemplar su milagro. Nuestra pobre cenestesia, habituada a los ascensores, zozobra al ascender los 91 escalones de la pirámide; la vergüenza, la inferioridad de los compradores de sajonias y sevres hechos a máquina en Falfurrias, nos invade frente al chac-mol y frente al tigre con uñas de concha nácar que preside el salón interior del monumento.

El buen señor Eroza nos explica: debajo de la pirámide que vemos, se ha descubierto otra. Los mayas habían construido la suya, su montaña, allí donde la naturaleza las escatimó. Vinieron más tarde los toltecas: Quetzalcóatl, el Kukulcán de los mayas, y sobre su pirámide, erigieron la que ahora vemos, restaurada por el profesor Morley, gracias al dinero de la Carnegie.

Pero, adviértase, no destruyeron la primitiva pirámide. La cubrieron con una especie de argamasa que ha conservado su integridad, y que ha hecho posible que recientemente se emprendan lentos trabajos para el rescate de sus corredores y de sus salones. Kukulcán, el hombre-dios blanco, impuso su superioridad, pero no a costa de la destrucción de lo que era verdaderamente valioso; sino mediante la definición de jerarquías mutuamente respetadas y respetables, cuya sensata traducción a la vida moderna de Yucatán denuncia su próspera

perdurabilidad en el hecho de que en lo social, en lo económico, subsistan aquellas distancias que logran la armonía del conjunto, porque cuando se rompen arbitrariamente, lo que producen es la ruina y la confusión.

Estas jerarquías se evidencian desde la indumentaria. Piénsese que no ocurre de otro modo en cuanto pueda recordarse de bien organizado, como la religión o como el ejército. Son conocidas las implicaciones simbólicas, psicoanalíticas, del pie, y en el pie, calzado por preciosas “alpargatas” que un blanco considera tabú incorporar, no obstante su lógica y su comodidad, a su indumentaria, por todo lo demás muy semejante a la de éstos, puede reconocerse a los mestizos. Las “alpargatas chilladoras” son su lujo y su distintivo. Son también su lenguaje amoroso. La mestiza, que aguarda a su novio mientras lava, advierte su proximidad por el chirrido peculiar de sus alpargatas, y a su vez, responde a este anuncio con el “nihil obstat” o con el “peligro” cuyas señales transmite por el tronido peculiar, telegráfico, que imprime al blanco chicle que mastica mientras trabaja.

A todo lo largo de un día afanosamente empleado en sorber refrescos y en paladear “sorbetes” de guanábana y de marañón (la culta dama habría experimentado el bochorno de haber estado en el error de que aquella fruta era un escritor español), blancos y mestizos conservan sus distancias. Los primeros llenan el café Express, o se desbordan a charlar y a limpiar su calzado en la pequeña plaza frontera. Los segundos arrastran sus alpargatas por la molicie de la Plaza de Armas afrontada por la arquería del Palacio de Gobierno, y depositan su ocio en las bancas, cabe los árboles que tienden sus raíces superficiales y sedientas como lagartos que revientan el pavimento.

Pero unos y otros comparten el recato del traje blanco. Los *slacks* policromos de nuestros autoturistas no los han contagiado. Siguen vistiendo nítidas guayaberas de capaces bolsillos a mano de inexistentes *pick-pockets*, como han de ser inexistentes los rateros a cuyo alcance dejan las sombrías residencias de Montejo sus canceles y sus puertas francos.

Incapaces de un abastecimiento “pesado” y suficiente, el avión ha logrado mucho, sin embargo. Es, en cierto sentido, el ferrocarril con alas, el kukulcán que provisionalmente vincula a los hombres emprendedores de Yucatán con los hombres emprendedores de México. Y sirve también, en apreciable medida, al tráfico comercial.

El infortunado durangueño Sarabia parece haber previsto la importancia de la aviación comercial en la península cuando fundó con heroicos esfuerzos la línea que lleva, o que llevaba, su nombre, para comunicarla toda dentro de sus posibilidades. Muerto su fundador, esa línea corría el peligro de pasar un buen día a manos extranjeras, y fue muy afortunado que algunos hombres de empresa de la capital establecieran contacto con capitalistas de Mérida y entre todos cerraran la operación de compra de la Compañía Sarabia por una suma que ha sido el cheque más gordo que me haya tocado, en el momento en que acudía al Banco de México a descontar un pequeño giro telegráfico que me tranquilizara, presenciar cuando lo recibían la viuda de Sarabia y su administrador el ex chofer Élfego Cabrera.

El licenciado Véjar Vázquez había complacidamente concluido su gira por Yucatán, y se marchó a Campeche. No dejó de contristar a los meridanos su revelación de que a su ciudad le faltaba vida espiritual. La Liga de Acción Social, que lo había invitado a una de sus tradicionales sesiones, de las que se sabe que sus programas reiteran un orden inalterable de: *1*, pieza de música; *2*, discurso; *3*, refrescos, procura mantener vivo el espíritu y al día la

cultura, y se esfuerza, en apreciable campaña, porque a la flamante América Latina se le llame Hispanoamericana, por amplias razones que explaya en circulares y señales de libro.

Por cuanto a la educación moderna y científica, un detalle me impresionó durante la gira por las escuelas. Un joven médico escolar mostraba orgulloso las tarjetas que lleva de cada alumno. En una leí este espantoso diagnóstico: "Complejo de Edipo", y este tratamiento: "Alejarlo de las mujeres de su casa, y proponerle un arquetipo masculino, pues corre el riesgo de desarrollar un latente homosexualismo".

Busqué alarmado la edad del sujeto: seis años. Si se piensa que esas pruebas psicopedantes han sido elaboradas para niños de la ciudad, los seis años del mayita en cuestión habrá que retrocederlos a una edad psicológica de tres o de cuatro. Y aun a los seis, puede pensarse que un edipismo que no ofrece peligros aberrantes ni a una edad más tardía, es absolutamente inocuo y natural. Pude admirar la ciencia de aquel médico joven, quizá; pero no dejó de aterrorizarme el pensamiento de que fueran a traducirle a las más crudas definiciones, a sus padres, el diagnóstico de su pequeño maya; y la posibilidad de que, menos eruditos que el joven médico, resolvieran arrojar a la criatura al cenote sagrado.

Me gustaría profundizar en el tema de los indios. Cualquier aspecto de su actualidad o de su tradición en que se medite, ofrece los mayores atractivos, y conduce a conclusiones que desenmascaran y echan por tierra la superioridad de que con respecto a ellos se jactan los blancos.

Los españoles los hallaron salvajes, víctimas de un canibalismo organizado. Periódica, sistemáticamente, sacrificaban jóvenes y prisioneros, y aun doncellas, a sus dioses. Los sacerdotes bebían su sangre, masticaban sus palpitantes entrañas. Las calaveras mondas de los sacrificados se exhibían en los rudimentarios escaparates del Templo Mayor.

Hace unos cinco siglos, pues, nuestros antepasados los indios eran unos bárbaros. Los civilizados europeos se santiguaron al presenciar tamañas iniquidades.

Cinco siglos después, podía haberse esperado que hubiera desaparecido de sobre la tierra todo rastro de crueldad, de canibalismo y sacrificios humanos. Cabe suponer, por ejemplo, que si hubieran dejado solos a los indios, ellos habrían acabado por abandonar poco a poco esas prácticas, para cuyo ejercicio no habían descubierto instrumentos sino de inflicción personal de la muerte individual, y por razones sólidamente arraigadas en sus creencias, voluntariamente aceptadas por la generalidad de las víctimas. Eran los europeos quienes ya para entonces se encontraban a tal admirable extremo civilizados, que aplicaban a deparar una muerte a distancia la pólvora que los chinos habían descubierto para alegrarse con su gratuito estruendo. Y cinco siglos después son todavía los europeos quienes han progresivamente superado su propio récord inicial del mosquete y el arcabuz, con el diseño y la construcción de máquinas abrumadoramente mortíferas, capaces de destruirse una a la otra por miles, de arrasar ciudades desde la seguridad del aire, de multiplicar la crueldad y un canibalismo pudoroso que se abstiene de engullir las vísceras de prisioneros y de jóvenes, y de sacrificar doncellas a los dioses abolidos; pero no de desgarrar las de novias, hijos y madres, en cifras y en frecuencias frente a las cuales nuestros bárbaros antepasados del teocalli y del cuchillo de obsidiana no resultan ser otra cosa que unos malos aficionados.

Sería curioso e instructivo comparar el saldo de una sola batalla moderna con la totalidad de las muertes registradas en el más sangriento de los sacrificios aztecas. Hacerlo, nos daría

la medida en que aquellos indios se hallaban atrasados, si se prefiere verlo desde ese ángulo, o la medida en que sus civilizadores se han superado, superándolos, en el progresista decurso de cinco escasos siglos de ciencia, técnica, humanitarismo, cultura, abolición del paganismo y fomento de la Moral cristiana.

Los historiadores, ¿habrán averiguado los medios de que se valieron los instauradores de los sacrificios humanos entre los indios? La "propaganda" de la época no puede haber sido muy complicada. Los complementarios instintos de la muerte y de la inmortalidad funcionan con mayor pureza en los hombres más puros, más primitivos, más hombres. Su sociedad se encuentra, individual y colectivamente, más dispuesta a vincular su existencia con los fenómenos dialécticos de la naturaleza de que es más auténtica parte, y brinda sus jóvenes a la muerte, y bebe (y anticipa con ello la opoterapia) su sangre, por creencias de general validez, que no requieren para su ejercicio mayor incitación que la religiosa.

Es bien distinto el gigantesco y civilizado caso de los blancos. No los mueven, o no confiesan que los mueven, los irrefrenables, legítimos instintos de la inmortalidad y de la muerte que gobernaron a los primitivos. Profesan una religión superior, que abjura del cainismo, que condena el asesinato; pero su civilización los ha hecho aptos a relegarla durante la vigencia de otros "ideales" que dentro del complejo esquema de sus razonamientos, implican la restaurada, pospuesta salvación de sus principios. La labor de sus dirigentes es por ello más ardua, más meritoria y más compleja que la de los sacerdotes aztecas. Tiene que hurgar en los instintos más bajos de los hombres, cuando lleva siglos de simular que ha tendido a sublimarlos; que alimentarlos, que hacerlos servir a sus fines, y que acudir a todos los sofismas de la propaganda para emprender el aniquilamiento científico del hombre, en nombre de su salvación.

TEPIC

I

UNA cinta de asfalto conduce a las afueras de Guadalajara, hasta Tequila. Los magueyes de que sale este "vino", como le llaman en la región, untan de jade las laderas desiertas. Pronto el petróleo nuestro nos abandona también en un asfalto que se trueca en terracería y emprende el ancho trazo de la carretera a Tepic. Teóricamente, son cuatro horas de viaje de Guadalajara a la capital del estado de Nayarit. En Ixtlán del Río, sin embargo, los viajeros se detienen un poco. Mientras los choferes buscan gasolina, los viajeros se asean el calzado, y escuchan la conversación de los limpiabotas. La noticia del día consiste en que acarrearon muerta a *la Güera,* mujer considerable y liviana, que no tuvo empacho en compartir la insospechadamente última noche de su robusta existencia con un ranchero desconocido. Como ladraban los perros, aullaban los más agoreros, y los zopilotes efectuaban vuelos de reconocimiento, las autoridades sospecharon la existencia de un cadáver en las cercanías. No se equivocaron las autoridades. Ahí estaba *la Güera,* con tamaño cuchillote metido en las carnes, toda amoratada.

La ataron y la depositaron en una camilla. La autoridad, representada por el policía, la despojó de un anillote que ciertamente ya no iba a servirle. “Este anillo me lo trinco”, sentenció el policía.

Si algo semejante había ocurrido en Tepic, que mereciera los honores de la primera plana oral de estos periódicos locales que ignoran la lucha de Cassino, los viajeros no tuvieron ocasión de averiguarlo. Les sobrecogió la pobreza de la plaza pública, del muerto comercio, de las casas semidestruidas. A la salida de Tepic admiraron la fábrica de ladrillos de un estadio con otro estadio más pequeño a su lado: el primero destinado a las olimpiadas locales, y el segundo a los juegos de *baseball* de la región. Les sorprendió también ver que todas las calles se hallaban excavadas, retiradas sobre las aceras las bonitas piedras que antes las hacían transitables. Era evidente que el gobernador Candelario se preocupaba por modernizar su capital, por acrecentar su capital. Las calles iban a ser asfaltadas, por mucho que algunos vecinos previsores, o demasiado exigentes, murmurasen que el drenaje instalado era notoriamente deficiente, y que muy pronto habría que volver a excavar las calles para instalar otro más capaz; que sería preferible instalar ahora uno bueno y suficiente, que tomase en cuenta el crecimiento previsible de Tepic, antes de cerrar la losa del asfalto sobre sus calles.

Por cuanto al estadio con su estadito, murmuraban que ese dinero se podría mejor haber empleado en otras obras de mayor utilidad inmediata. Olvidaban, o dejaban de advertir, que cerca del estadio, el gobernador Candelario construye una granja particular de muy buen aspecto, destinada evidentemente a emular, a estimular a los nayaritas a imitar su ejemplo y modernizar sus granjas, con notorio embellecimiento de sus alrededores.

SANTIAGO IXCUINTLA

De Tepic a La Presa, teóricamente también, se hacen dos horas de camino. Nunca faltan circunstancias imprevistas que alarguen el placer de la contemplación de un paisaje hosco, la angustia de la experiencia de un chofer argonauta que desbarranca a medias el coche entre aquellos vericuetos que desafían su pericia. Ya tarde se llega a La Presa, un pueblecillo de ejidatarios a la orilla del Lerma. Su mayor riqueza pública estriba en cuatro sinfonolas que valen 6000 pesos cada una, y que perforan los oídos a varios kilómetros de distancia.

Unas “batangas” transportan los coches a Santiago desde La Presa. Son balsas instaladas sobre canoas, y remadas por nativos que hunden su pica a una profundidad no mayor de tres metros. El Lerma, que algún día va a darnos agua en la capital, suele desbordarse. En octubre del año pasado lo hizo, desató la alarma, ahogó a dos mujeres, humedeció los techos de las casas insensatamente construidas a su orilla, arrastró un poste con todo y su base de cemento.

A modesta semejanza de los norteamericanos en la capital, el periodista mexicano fue entrevistado por sus colegas de Santiago Ixcuintla. *La Voz de Santiago* es el órgano de su opinión. Por costumbre, sus entrevistadores resultaron entrevistados. Le informaron de la excelente labor que desarrolla la misión cultural a cargo de su ocasional editorialista, el profesor Terán Tovar. Este profesor considera un triunfo haber convencido a los habitantes de la utilidad de servirse de los excusados que ha hecho construir. En una población tan

despilfarrada, la adquisición de esta costumbre puede, ciertamente, anunciar el advenimiento de una tendencia hacia el ahorro que anticipe la disposición a la banca. Por añadidura, el profesor enseña a los habitantes de los ejidos a trazar a cordel sus pueblos y a construir sus jacales con un sentido geométrico de su disposición correlativa que si en cierto modo combate la belleza de su romántica dispersión pintoresca, en otro cierto modo los prepara, también, para la época en que hayan de abandonar su romántica convivencia y la privacía de sus jacales, por el orden urbano y por la felicidad indescriptible de una casa de apartamientos. En una palabra, el profesor los prepara para la civilización, *damn him.*

Que la población es de suyo despilfarrada, lo prueba el hecho de que ganan mucho dinero todos, y andan sin embargo muy mal vestidos. Cuando la compañía de tabaco que imparte vida económica a la región les entrega su gorda raya, se "empistan", como dicen, y alquilan una orquesta. Esta orquesta les sigue por toda la población, ejecutando, sin piedad alguna, las piezas que sabe, o aquellas que prefiere su mecenas. Esas piezas son siempre las mismas: el periodista las clasificó en dos especies: las que llamó "tequila espiritual", canciones rancheras fabricadas en la ciudad de México, del tipo de *Soy puro mexicano, Así se quiere en Jalisco, El mariachi coculense* o *Traigo mi 45;* y aquellas otras que prefiero no denominar, porque ya están suficientemente descritas con su nombre, tan adecuado, de boleros. Las primeras son el complemento del tequila; las segundas, de la delicuescencia lánguida, pervertidamente libidinosa; imparten un ritmo afeminado, cultivan la cursilería en sus palabras.

Y son todo lo que el centro envía a la República; vicio y degeneración. Para el tequila, para el alcohol, siempre hay carros de carga; para la música infame, siempre existe el doble conducto del radio, y de las sinfonolas.

La medida en que pueda culparse a los vecinos de Santiago Ixcuintla de gastar su dinero, su buen dinero, en tequila y canciones; de organizar durante el mes de mayo verdaderas farras colectivas en la plaza pública, de las cuales se tienen que esconder las familias, es la misma medida en que podría culparse a las niñas escolares del lugar porque entonen *La cita,* o *La noche es nuestra,* y pidan que las besen más y más, que hundan sus dedos entre su pelo, y que reciten, un poco a la manera de las guacamayas de los contornos, toda la letanía de insinuaciones libidinosas que son el contenido de las canciones que saben. En los hombres de Santiago existe la demanda y el poder adquisitivo latentes; en las niñas, la disposición infantil para el canto. Ambas demandas, la capital las satisface con una oferta única: para los hombres, de alcohol; para las niñas, de canciones de cantina y lupanar.

Es perfectamente claro que si la oferta se multiplicara, la demanda respondería a ella. Que si les enseñaran a vestir mejor, a comer mejor, a alojarse más higiénicamente; y si hubiera tiendas y sistemas por los cuales fuera tan fácil adquirir comodidades como los hay para adquirir canciones y tequila, los santiaguenses que son todos los habitantes de la dispersa República elevarían de grado y rápidamente un nivel de vida que al capitalino le parece tan bajo.

CONTRAPUNTO

El periodista mexicano, huésped de México Ixcuintla, se entregó a módicas meditaciones en la plaza pública de Santiago. Sus costillas adoloridas por varias noches de un lecho duro, le inducían a añorar su Simmons muelle. La contemplación de la azotea de su alojamiento, y desde ella, del crepúsculo indescriptiblemente bello del Lerma, con el poblado de La Presa a la distancia; con los grupos de garzas, gallinetas, patos, a la distancia; de las mujeres morenas que lavaban, inclinadas sobre aquel Nilo; de los remeros rítmicos y descalzos, a pensar en lo hermoso que sería dotar a aquella azotea y a aquella playa de cómodos sillones de descanso.

Pero luego pensaba, también, que como nada se obtiene a costa de nada, la introducción del *confort* le costaría a toda aquella gente su gloriosa animalidad. A él el *confort* de una cama muelle le era indispensable. Pero no a los ágiles indios de las canoas. A las familias degeneradas de la ciudad les sería indispensable la fuga individual del cine, del radio, y un comedor, y una "estancia", y un baño de azulejos; pero no a aquellas familias patriarcales, bíblicas, que podía el periodista contemplar desde la azotea, con la abuela inmortal, los muchachos grandes apaciblemente sentados en espera de que la madre acabara de hacer con sus manos las tortillas, los chicos jugueteando con los puercos y el burro.

A él le hacía falta el calzado, porque sus pies degenerados no soportaban el desafío del lodo ni de las piedras. Pero si alguna prueba apetecía de la ridiculez de calcetines y zapatos, la tuvo cuando en el pequeño teatro de la localidad, un grupo de muchachas del ejido cercano bailó con sus huipiles regionales y sus rebozos, hieráticas y hermosas, morenas y ataviadas con insuperable, simple elegancia… y en un momento dado, en vez del pie descalzo o del pie adornado con una sandalia de cuero tejida por don Luis, que habría completado la finura de su aspecto, las muchachas recogieron sus faldas, y dejaron ver un par absurdo de pies forrados con calcetines colorados, y metidos en un par de horribles zapatos de esos que los civilizadores del hombre se empeñan en deparar a su fealdad.

EL ESCAPARATE

Recordó el periodista que uno de los clichés más gastados con que la Revolución se complace en justificarse, y se atarea en denostar al porfirismo, consiste en la acusación de que durante el porfirismo, la ciudad de México llegó a ser un escaparate postizo y desvinculado del resto del país. Según esta teoría, los científicos de México, alojados en casas francesas del Paseo de la Reforma; lectores de libros europeos, admiradores del Duque Job, clientes del Café de la Concordia, no tenían nada que ver con un pueblo al que a causa de que lo tenían olvidado, fue fácil despertar de su marasmo a la rebelión, e inducirlo a acabar con aquellos parásitos.

Según las consecuencias de esta teoría, las cosas habrían cambiado desde entonces, y la ciudad de México se habría convertido, de parásita y de escaparate, en servidora y en pilmama amorosa del resto del país.

Y el periodista se preguntaba si su ciudad de México, la actual, tenía algo que ver con Santiago Ixcuintla, con los cientos de Santiagos Ixcuintla que son el país; si una función de gala del Palacio de Bellas Artes tenía alguna relación con las cuatro sinfonolas que divierten a los ejidatarios de La Presa; si las casas de Polanco tienen algo que ver con los jacales de palo

de llano y de palma en que se alojan los santiaguenses de toda la República; si, en una palabra, la ciudad de México no sigue siendo, después de todos estos años de Revolución redentora, el mismo escaparate de que las acusaban los revolucionarios que la han vuelto un escaparate más ostentoso y más desvinculado del resto del país.

Recordó que durante el porfirismo, las familias "científicas" vivían de sus haciendas, y no sólo en un sentido económico, sino también en un sentido afectivo, y aun sanguíneo. Las visitaban, llevaban de ellas a una servidumbre que formaba parte real de su familia. Se interesaban, en consecuencia, vivamente por los problemas del campo, de un campo que les convenía mucho cuidar.

Este nexo se ha roto. Los nuevos amos, los revolucionarios, aun salidos del campo, se olvidan de él por completo. Nada vuelve a ligarlos con el país. En su nombre, lo gobiernan desde una capital poblada por parásitos que nada le devuelven de cuanto le succionan, si no es tequila y canciones obscenas.

En su nombre, también, contraen compromisos graves, que atañen a la gente explotada ya por mil modos del campo. Presa en las redes inmaturas de sus *rackets* de toda especie, le infiltran a esta gente un sindicalismo indigesto, que congela la explotación pesquera de San Blas, en donde una "cooperativa" ni pesca ni deja pescar a nadie.

El periodista mexicano regresó, lleno de apuntes su cuaderno de notas, deseoso de volver a sumergirse en el corazón de su país, lejos de su vientre pletórico que es la capital. Por el camino tropezó con un tren que arrastraba 12 furgones de un ganado humano que el centro había incitado a abandonar sus campos, con su abandono.

II

No sabría decir si es mi xenofobia lo que agrava en el tren mi complejo de inferioridad, manifiesto en la huraña actitud con que afronto a los pasajeros, en su mayor parte yanquis tumbados en el fumador, instalados en las mesas a consumir estos horribles fiambres del *pullman*. Están en nuestras venas, las recorren estas americanas viejas que nos miran con desconfianza, se comunican precauciones monetarias cuando liquidan a los cargadores, regatean las propinas y acaban por hundirse en la lectura de sus magazines.

Viene en el grupo, aunque no con el mismo destino, un muchacho, Mariano Rivera, que produce programas en la estación de don Enrique Contel. Ha sido marino antes que hombre del radio en que ahora se encuentra metido por completo. Conversando con él, presa de esa nerviosa locuacidad que acomete a los pasajeros de los trenes, siento que aún no he salido de la ciudad. Por sus palabras desfilan los compositores, los artistas, su novia Consuelito Velázquez, que ha ganado tanto dinero con una canción puesta en boga en los Estados Unidos. Su compañía es mucho más apacible que la de ese argentino que anoche desveló a mis compañeros de viaje aminorando su carga de dinero en el póker hasta por más de mil pesos.

El tren llegó, naturalmente, con varias horas de retraso a Guadalajara. El proyecto consistía en salir inmediatamente para Tepic, a bordo de automóviles y camiones de nuestro anfitrión. Pero no contábamos con que el petróleo demostraría ser nuestro escaseando la gasolina hasta el extremo de que no la hubiera. Para conseguir un poco, era necesario un

permiso de Economía; sin él, se podía obtener, pero a 2.50 pesos el litro. Mientras comíamos en una Copa de Leche llena de muros surrealistas y comida sin carácter, adquirieron la gasolina necesaria, y por fin partimos hacia Tepic.

El asfalto termina pronto, y luego continúa una carretera muy bien trazada, pero de terracería, apenas en unos cuantos de cuyos tramos se trabaja. Teóricamente, son cuatro horas de Guadalajara a Tepic. Como rige una hora distinta de la de México, se consuela uno pensando que es más temprano. La ilusión perdura, y se acrecienta, en Tepic. La hora del Pacífico hace ganar otra con respecto a México. Eran apenas las seis y minutos de la tarde cuando descendimos en la plaza de este Tepic, tierra de Nervo en proceso de pavimentación, frente a su iglesia descuidada de torres moriscas, cerca de esta estatua que debe de ser de Juárez.

No hay pueblo ni ciudad de la República que carezca de su calle, su avenida, su plaza y su estatua de Juárez. Es claramente previsible que dentro de unas cuantas generaciones, las mismas razones que produjeron el permanente y múltiple homenaje del Benemérito se rindan al canciller Padilla en la adopción de su nombre para calles, avenidas y plazas, y a su figura en la erección de sus bustos.

Dos horas más, de camino bastante más accidentado, que desciende bruscamente al nivel del mar, nos llevan hasta Santiago Ixcuintla. Los coches llegan hasta La Presa, un pueblecito al borde del Lerma, que hay que cruzar hacia un Santiago que da la impresión irrefutable de una isla. Se cruza a bordo de "batangas", especie de grandes balsas que cargan con los coches y atraviesan el río.

Apenas instalados en la enorme casa, les ocurre que visitemos, esta misma noche, algunos hornos de tabaco. Es un espectáculo misterioso y magnífico, que velan hombres embozados, encargados de alimentar el fuego que ha de secar, entre temperaturas de 85 a 200 grados, las hojas de tabaco que se doran por el aire caliente que circula entre gruesos tubos.

Mientras don Pedro y don Leopoldo fraguan el itinerario de mañana, me tiendo en esta cama un poco dura, bajo este pabellón de velo nupcial no destinado —*¡hélas!*— sino a alejar a los mosquitos de mi dudosa suculencia.

La primera sorpresa es el desayuno. Anoche pude pensar que esta gastronomía astronómica se debiera a la creencia de que no hubiéramos comido en el camino. Pero un menú que empieza por frutas, sigue con café con leche y prosigue con dos guisados de carne, huevos, frijoles, tortillas, vaso de leche y calabaza, plátanos gigantescos y bizcochos, parece asumir que no va uno a comer otra cosa en todo el día.

Y sin embargo, tres o cuatro horas después, ya nos aguarda una comida indescriptible. La señora de la casa está resuelta a que no regresemos a México sin haber recorrido todo lo posible de su gama de guisos regionales que incluyen patos, borregos, gallinas, mariscos, venados. De todas las regiones vastísimas en que la Compañía Nayarita tiene tierras sembradas de tabaco, u hornos, o cualquier otra sucursal de sus trabajos, vienen a avisarle a don Pedro que nos aguardan con lo que elijamos: un desayuno o una barbacoa.

Vamos al Nuevo, que está a cargo de un Wallace Beery regional, llamado cariñosamente don Pifas a causa de que su nombre es don Epifanio. Vemos ahí cómo trabajan las mujeres en "encujar" las hojas de tabaco, atándolas en manojos de tres hojas cada uno, hasta 24 manojos en cada cuje destinado a los hornos. Por el campo, vemos el trabajo de las sartas, que

desarrollan lo mismo hombres que mujeres, o muchachitos. Ganan de 40 a 50 centavos por unidad, y suelen ensartar hasta 10 pesos diarios en ocho horas de este rápido, automático trabajo. No podría sospecharse, de su indumentaria miserable, tan buen presupuesto de ingresos. Pero ocurre que todo se lo gastan en alcohol.

Y en escuchar las sinfonolas. Son el lujo de estos pequeños pueblos. Suenan todo el día y toda la noche. Y como el alcohol, las manda el centro para acá. No parece capaz de mandar otra cosa.

El puerto de San Blas tuvo, dicen, una gran importancia durante la dominación española. Todavía se miran los restos de una aduana erigida en lo alto de un cerro devorado hoy por la jungla que recorremos para llegar a una playa magnífica y desierta: África. Una naturaleza voraz, lujuriosa llena de las serpientes vegetales de las lianas, de las ceibas que lanzan desde sus ramas nuevas raíces que se hunden en la tierra y fabrican arcos increíbles.

Pero el espectáculo más asombroso es el de los esponsales de las palmeras y los camichines. De repente, en el tronco de una palmera nace otra planta, enraíza en ella. Es un camichín. Luego va escurriendo sus raíces por el tronco de la palma hasta la tierra, en la que las hunde mientras acaricia y envuelve el tronco de la palma, con dedos y con brazos lúbricos. Una vez aposentado en la tierra, el camichín ahoga, abraza por completo a la palma, la arranca de la tierra y la eleva sobre sí, para nutrirla con su savia y erguirla sobre el paisaje. Todas las etapas de esta seducción, de este rapto asombroso, son visibles en el camino del monte que lleva a San Blas: desde el nacimiento del parásito en la palma, hasta la transformación de la palma en parásito y prisionero del camichín.

Llegamos a San Blas a mediodía, a un rato de oleajes limpios sobre nuestros cuerpos, y luego a comer en la casa de unas viejecitas que, desde sus 80 años, confiesan coquetamente 70. Nos refieren que en enero murió una amiga suya muy querida, que había nacido en San Blas cuando el pueblo se hallaba en el monte, donde la aduana, y que había dejado este ingrato mundo a la edad de 110 años. El menú, que recuerdo bien, consistió en lo siguiente: ostiones en su concha; ostiones cocidos en un jugo color violeta, parecidos a los ostiones a la Novo que come uno en Manolo; arroz con ostiones; ostiones en escabeche, y chiles rellenos de ostiones. Debo haberme comido, en total, unos 200 ostiones.

Vinieron a “entrevistarme” dos chicos que hacen aquí el periódico *La Voz de Santiago*, que aparece dos veces por semana. Debiera quizás halagarme, pero el hecho es que me abochorna un poco comprobar, al charlar con ellos, que este diario mantiene a personas insospechadas al corriente de toda clase de mis intimidades, mis proyectos y mis *faits divers*. Ya se habían enterado de que pensaba venir a Santiago, y así pudieron anunciarlo en su periódico oportunamente. Saben tanto de mí, que la entrevista casi no tiene objeto, y yo me dedico a entrevistarlos a ellos. Averiguo que ellos escriben, paran, forman e imprimen su periódico, del que hacen 1500 ejemplares. No es una mala circulación para un pueblo de menos de 200000 habitantes. Se conforman con sacar los gastos. Viven de los trabajos comerciales que hacen en su imprenta, pero alientan una férvida ambición de servir a su pueblo y de ser unos “verdaderos periodistas”, para lo cual creen que les serviría mucho aprender literatura. Los trato con una legítima simpatía que no parecían esperar. Siempre ocurre que decepcione yo a los desconocidos, por exceso o por defecto. Animados, en fin, me piden colaboración que me advierten que no podrían pagarme, y les entrego con mucho gusto

unas líneas que aparecerán mañana en su primera página.

Nadie se lo esperaba, pero hoy amaneció lloviendo a mares. Las batangas dejaron de acarrear visitantes a Santiago, de transportar coches. Los tabaqueros se muestran preocupados. Al maíz le hace bien que llueva, pero al tabaco lo perjudica mucho el agua. Si mañana sigue lloviendo, se perderán muchos miles de pesos. Al parecer, un cierto cura de Guadalajara ha dado en la censurable idea de pronosticar lluvias inoportunas que siempre obedecen a su inconveniente conjuro. No me atrevo a sugerirlo, pero creo que con matar a este horóscopo, todo podría quedar arreglado.

Y sin embargo, después de mediodía, la lluvia cesó con la misma rapidez inesperada con que empezó a caer esta mañana. El cielo aclaró por completo, y pudimos abordar una canoa y realizar por el Lerma una inolvidable excursión al más bello crepúsculo. Grupos de patos, gallinas, otras aves desconocidas para mí, garzas de todos colores, incitaban a mis compañeros a una cruel cacería de la que rescataron aquella parte de la copiosa cena que mis principios morales me impidieron probar.

Fuimos después al teatro Lux, en que trabaja una compañía de cuatro personas. Dieron *La media manta*, drama sentimental que hace tiempo acaricio el deseo de escenificar en honor del doctor Baz y su Hospital de Incurables, y luego variedades a cargo de "aficionados de esta localidad": Rosita Modatl y otros niños cantaron, por partes iguales, esas canciones asquerosas que el radio infiltra insensatamente desde la capital, canciones lánguidas y torpes, boleros; y esas otras que las películas de chinos poblanos han llevado, tequila espiritual, a la garganta de todo el mundo: *El mariachi de Cocula, Soy puro mexicano, Así se quiere en Jalisco*, y otros tales horrores.

En ese teatro dirimimos una pugna burlesca nacida entre don Enrique Contel, Paco Rubio y yo, del hecho de que en la nota de *La Voz de Santiago* yo les robara el *show* cuando sus redactores me dieron el primer lugar e ignoraron su condición eminente. En el teatro, el primer actor reveló la presencia del gerente de XEQ "en busca de artistas para su estación", y la de Paco Rubio, en busca de ambiente para la venta de la Enciclopedia Espasa.

Nos levantamos demasiado tarde para una última misa que se celebra a las 10 de la mañana. Fuimos pues al mercado, bien abastecido de verduras robustas y sanas, y en él me cercioré de que mis hermosos huaraches, hechos ayer a la medida, son realmente auténticos de la región. Lamenté mucho que la dificultad de los transportes me impidiera llevarme unos cuantos de estos equipales de carrizo y sillas de tule que cuestan tan poco y son tan cómodos y bonitos.

Solucionado el conflicto de los cines con resolver que sea el público el que pague la suma que el gobernador ha decretado necesitar, esta noche el dueño del salón de cine al aire libre nos invitó a su primera función. De manera que bajo estrellas auténticas, y después que el andarín brasilero que anda por aquí, con un ojo horrible, recitando poesías y recogiendo dinero de la gente que conmueve al hablarle de Hidalgo y de su madre personal, presencié —¡quién me lo hubiera dicho!— *No matarás*, con Sara García y Emilio Tuero.

Mis compañeros se marcharon temprano a Tuxpan. Yo preferí quedarme a poner cierto orden en mis apuntes, y a adelantar en lo posible un trabajo que, enfilados ya hacia el regreso, que emprenderemos mañana, amenaza recibirme agobiador cuando el miércoles salga por fuerza de este sueño de paz.

Son muchos apuntes y muchas observaciones. Ignoro qué tan útiles. Ya irán surgiendo en el contraste y la depuración natural del recuerdo, para nutrir lo que escriba con una materia más auténtica que la habitualmente extraída de la sola meditación sin estímulo real.

Ayer por la tarde, desde una azotea que haría la más perfecta terraza, me asomé a la escena bíblica de una humilde casa próxima. Los animales convivían con las gentes tranquilas; la mujer, la anciana, el hombre, los muchachos, los niños; el pozo, la lumbre, la tierra, las plantas. Los yanquis nos critican esta aptitud de convivir con los animales. Olvidan, entre otras cosas, que así vivía Maquiavelo.

Sentado en la plaza, llena de rancheros endomingados, con sus arcos clásicos, su iglesia, su reloj municipal y su kiosco encendido, recordé el cargo que se le hacía al México porfiriano de no ser más que un escaparate divorciado del país, lleno de científicos y de arquitectura francesa.

¿Pero es que ahora sí tiene algo qué ver la ciudad de México con México Polanco y su arquitectura con Santiago Ixcuintla y la suya? ¿Ciro’s y Minuit con los mexicanos que rumian su carne y sus tortillas instalados en las mesas de los portales de cualquier pueblo? ¿El Palacio de Bellas Artes en una noche de gala con una noche cualquiera de domingo en la plaza pública de cualquier pueblo de la República?

Pienso que siquiera, entonces, los ricos mexicanos de la capital lo eran porque tenían haciendas, a las que iban, de las que traían a su servidumbre; por cuyo medio establecían y mantenían una corriente sanguínea nacional que ha acabado por paralizarse para divorciar, ahora sí, a una ciudad poblada por extranjeros, que lo son aun los mexicanos que la habitan, de un país del que sólo toman todo, sin darle en cambio más que licores y sinfonolas.

Miro a estos hombres provincianos, serviciales y discretos, que se ayudan mutuamente sin interés tarifado; esta tierra en que todo está por hacer. Y pienso con tristeza en que sus hombres la dejan por la aventura de los braceros.

Cuando ya no sean necesarios, habrán de despedirlos. Es posible que algunos de ellos hayan contraído hábitos americanos, y aun que puedan sembrarlos aquí a su regreso. No lo es menos que extrañen los *corn flakes* y la coca cola y que lleguen a sentirse tan lamentablemente desgraciados, si carecen de ello, como los yanquis con el racionamiento.

Su tierra los rechazará, tanto como la ajena. Y en el mejor de los casos, si vuelven y se adaptan a su país, habrán perdido esta gratitud del servicio y de la conducta que hoy es su más noble patrimonio. Habrán aprendido a medir en pesos y centavos, en conveniencias tabuladas, la ayuda a sus semejantes, el saludo que les deparen, el cigarro que les brinden.

Se habrán “civilizado”. Pero, ¿vale la pena civilizarse? O bien, mientras vuelven, o al final de la guerra, aquí donde todo está por hacerse lo harán los extranjeros que vengan al paraíso, dueños de un equipo perfeccionado de ambiciones y de instrumentos negados a los mexicanos.

III

Cierta tarde, desde una azotea de Santiago Ixcuintla, me asomé al patio de una casa modesta y primitiva.

Estaban ahí los animales que Adán bautizó, y que han nutrido y acompañado su destino; los corderos cándidos, las diligentes gallinas, el burro levemente nevado, el cerdo, alcancía y refunfuño, con la interrogación de su rabo. Había un pozo, desde el fondo del cual el ojo cristalino del agua discurriría y brindaba su frescura incomparable mientras copiaba un trozo remoto de cielo cruzado por las golondrinas del crepúsculo, en busca de su alero. En la sombra cada vez más acentuada del anochecer, esplendía el fogón, e iluminaba a destellos rojos, amarillos, azules, las figuras hieráticas de aquella escena muda.

Sería la abuela aquella mujer anciana, sentada en una piedra, envuelta majestuosamente en su rebozo. Era el patriarca aquel anciano situado en un extremo del patio, inmóvil. La mujer atizaba el fogón y acariciaba la masa de que hacía las tortillas. Con maíz cultivado por los muchachos que aguardaban su cena; con agua extraída del pozo en que la providencia escondía su ojo. Otra mujer cruzó el patio, con pies desnudos y silenciosos, al ritmo de un paso que ondulaba su falda larga de insuperable elegancia, su manto-rebozo tendido desde su cabeza, con la tinaja de agua al hombro sostenida por el brazo moreno.

Los muchachos, dos o tres, callaban, sentados. Los chicos jugaban con la tierra y con los animales. Iba a caer la noche. Cenarían, y luego las estrellas velarían su descanso, hasta que el gallo anunciara la aurora; hasta que el sol, el rocío, los pájaros, escenificaran para ellos el maravilloso espectáculo de un nuevo día. Dormirían por la noche, como es justo; con la noche, con el mundo en descanso; como los animales, como las plantas, y abrirían los ojos con el sol, con la vida, como es glorioso.

Ahora callaban; porque las palabras se han inventado para llenar los huecos de los espíritus carcomidos. Luego dormirían; soñarían, acaso. Pero no irían al cine, ni encenderían el radio, ni empuñarían un libro. No se fugarían por ninguna de las puertas que hemos abierto hacia nuestro civilizado cautiverio.

La casual, estupenda contemplación de aquella escena me llenó de emoción. Era la Biblia, en 1944. La vida patriarcal, en un rincón del mundo hasta el cual no llegaba ni siquiera la noticia de que en las orgullosas cimas de la civilización que son las capitales del pensamiento, de la Ciencia y del Arte, el “progreso” había llevado a los hombres a un acelerado abandono de la simplicidad; había arrebatado sus cuerpos al contacto directo con la vida universal, las plantas, la tierra, los animales, el aire, el sol y las estrellas, la noche y el día; les había enseñado a trocar eléctricamente la noche en día; había complicado sus manjares y sus costumbres, su indumentaria y su descanso, su convivencia y su fraternidad.

Hasta aquel hogar ejemplar de Santiago Ixcuintla, que sin duda florece por millares en el resto de México, no llegaba ni el eco de una civilización que ha inventado o adoptado el chicle, la coca cola, el cine, el radio, los calcetines, las corbatas, el manicure, la depilación de las cejas, los billetes de banco y los cheques, las vitaminas en píldoras, el masaje, los *cocktail parties,* las crónicas sociales, el *tuxedo,* la decoración interior, las tarjetas de visita, servir la mesa por la izquierda, el *bridge,* las bibliotecas, los *soufflés,* y que ha tenido necesidad de adoptar los “deodorantes axilares”.

No llegaba tampoco la noticia de que en aquellas capitales en que todo eso se inventó, y su disfrute constituye una gloria, o un motivo de lucha su recuperación y su falta, Caín, el hijo malo que abandonó la casa patriarcal, da a diario muestras de su poder y de la superioridad a que su ciencia le ha permitido llevar a la elemental quijada de asno con que es fama que

perpetró su primer *raid* aéreo, cuando multiplica sus daños desde el aire, cuando encarna en los monstruos prehistóricos de hierro de los tanques, cuando vomita el fuego de sus ametralladoras y sus cañones, porque a este extremo de poder destructor lo ha elevado el vértigo de su carrera de insaciable progreso, la acelerada fuga desde sí mismo hasta el espejismo de un Dios, mantenerse la imagen del cual, el hombre olvida que implica la sumisión al ritmo lento, pero eterno y dotado de una armonía universal, que preside su obra.

Frente a aquella revelación; aquel tesoro limpio de convivencia familiar, mi grande amor por México se fortaleció. El valor ignorado de nuestro “atraso”, que ha despertado en propios y extraños compasión o desprecio; que ha convocado durante siglos una atención gubernamental dichosamente inútil para adulterarlo; para uncirnos a la civilización; para trocar al hombre en maniquí, el hogar en estufa, el pan en *cake,* la pierna en automóvil, la agilidad en arterioesclerosis, el agua en refresco, el silencio en charla, la noche en día, la compañía de los animales en club, el paisaje en tarjeta postal, los pájaros en mujeres-hechas-canción, Abel en un Caín motorizado; el valor magnífico y pleno de nuestra ignorancia, aparición ante mis ojos arrobados en la convicción de que es esa invalidez lo que ha de salvarnos, esa miseria nuestro tesoro, esa derrota nuestra victoria. Porque mientras los otros se disputan lo accidental, nosotros nos conformamos con lo esencial.

IV

En Santiago Ixcuintla —como acontece en los cientos de Santiagos desterrados de la República— no hay teatro. Existe, como en todas las ciudades y pueblos del país, el local de teatro; uno de esos solemnes locales porfirianos, de cuya construcción deben de haberse enorgullecido en su época las ciudades que les daban nombres eminentes y los dotaban de palcos para las familias distinguidas, de “cazuela” para el populacho; en que se habrán representado *Don Juan Tenorio* y *Flor de un día* o *Espinas de una flor,* en la era precinematográfica en que no era dable ver equivalencias angloparladas de los mismos conflictos sentimentales. Hay, pues, teatro, pero vacío y sin uso; como en Mérida, como en Guadalajara, como en San Luis, como en Chihuahua, o, venido a ver, como en la propia ciudad de México. Como en ella, en peligro inminente de verse convertido en un cine más, porque en cambio sí hay uno o dos cines.

Por una rara casualidad estaba en uso el teatro Lux. Daba en él funciones una compañía formada por cuatro personas, dos mujeres y dos hombres. Su repertorio de pequeños sainetes españoles, de *sketches* mal recordados de los teatros de revistas de la ciudad, y de canciones más o menos en boga, era insuficiente a sostener toda una función que el apetito de su público pedía prolongada. Habían acudido entonces al sagaz expediente de organizar un concurso de aficionados locales que muy gustosos llenaban el tiempo del programa con su actuación. El joven peluquero tocaba la guitarra y entonaba trozos selectos de la *Suite española* de Agustín Lara; la precoz niña Rosita Modatl cantaba el repertorio de *La mujer hecha canción.*

Había, pues; se manifestaba patentemente, un gusto activo y pasivo por esa transitoria y entusiasta sustitución de la personalidad, de la persona por el personaje, que es la esencia del teatro. Rosita era una niña que apetecía ser una cupletista, y realizaba su sueño en la escena. El

peluquero se olvidaba de las abundantes cabelleras locales para encarnar a un Pedro Vargas aplaudido por su repentinamente doble clientela. A su vez, el público se olvidaba de las faenas del tabaco para vivir un modesto sueño.

¿De dónde, pues, surge y se expande la tesis negativa de que México es un país negado para el teatro? En toda apariencia, semejante afirmación carece de otro sustento que el que podría otorgarle el hecho de que se ha resignado al cine. Quien prefiera filosofar con frialdad, al hecho consumado de nuestra resignación popular frente al cine, añadirá para encontrarlo tan inexorable como legítimo la consideración de que el séptimo arte, este arte, este arte científico e industrioso, es más el instrumento eficaz de nuestro tiempo que el liquidado, limitado, difícil, y poco lucrativo, teatro.

Y nadie ha de regatear la razón a quien así piense. Nadie, por supuesto, que pertenezca a la extendida masonería de los que ven en la mecanización deshumanizada la meta última de toda civilización; de los que estarían muy contentos si todo el mundo consumiera latas, vistiera ropa hecha, pensara como está dispuesto y funcionara, en fin, con la perfección uniforme de una máquina eléctrica.

Pero quien anhele para su país un progreso contenido a la medida del hombre y de la salvación de sus valores personales, no será tan premioso en su sentencia de merecida, inexorable y buena conmutación del teatro por el cine. Buscará en defensa del teatro argumentos que le ofrece, nutridos y válidos, la realidad de su pueblo.

La Iglesia católica conocía bien el valor persuasivo, convincente y catártico del teatro. Independientemente del insuperable espectáculo, de la representación máxima que es la misa, trajo con los españoles el mejor instrumento de catequización en los autos y en las pastorelas que reprodujeron entre los indios el milagro de conversión de los misterios medievales. Aquel en que la excelente semilla obraba, no era un terreno estéril. Los indios conocían y empleaban la máscara. Es decir, que gustaban de sustituirse a sí propios por un personaje. Es decir que el teatro les fue natural, seductor y grato. Pasados todos estos siglos, todavía es dable presenciar en los pueblos más escondidos las supervivencias, los restos aún vibrantes de aquel legado teatral conferido por los españoles y los misioneros, en las “morismas” y en las pastorelas.

Lo que ha ocurrido es que a partir de la Independencia, un Estado atareado en dirimir las guerras civiles se olvidó, o ignoró, ese mecanismo, ese instrumento insuperable de penetración popular, de diversión útil, de ejemplo vivo, de espejo de costumbres y de cuanto el teatro puede hábilmente ser, y dejó al azar de las compañías trashumantes la nutrición espiritual de su pueblo. De suerte que cuando advinieron el cine y el radio a satisfacer una demanda inmortal, un público congelado en la etapa preindependiente se vio en el caso irremediable de aceptar lo que le daban.

Pero el gusto por el teatro está ahí, vivo, y el teatro imperecedero perdura en todos sus valores, ambos en espera de que alguien —el Estado, como una de sus obligaciones de educación estética y extraescolar, por ejemplo— los despose, y con ello, tonifique una nacionalidad que aún puede salvar sus valores humanos de la mecanización.

Viajes y ensayos, I, de Salvador Novo, supone un recorrido más allá de la poesía pero sin perder de vista la característica sensibilidad del autor. El presente volumen reúne los textos ensayísticos que, al paso del tiempo, Novo reconoció y compiló en libros, así como las crónicas que escribió durante sus frecuentes viajes.

Novo fue un lector amplio y plural en sus aficiones y así lo muestra su prosa, inmersa en el vaivén entre la erudición y el juego. Los textos que aquí se presentan revelan la necesidad del autor de conversar para, en cierta forma, instruir, ilustrar y revelar a sus lectores su visión —una imagen en el espejo—, que es a la vez crítica y moderna. Partícipe de la fundación de una nueva cultura urbana en México, Salvador Novo se descubre como un observador incansable y prolijo de su ciudad, de su país y del mundo en ebullición que le tocó vivir.

"Salvador Novo —afirma Sergio González Rodríguez, compilador de la obra— construirá una personalidad pública hecha de palabras y acciones" donde la divulgación desempeñó un papel preponderante por su incansable labor de lector y traductor pionero de obras y autores ignorados en México. El hombre público con una opinión sobre todo, o casi todo, busca incluirse en el avance de su tiempo a la velocidad que el progreso marca, y demostrar su presencia con una prosa siempre viva.

Además de los textos de Novo, la presente obra, editada en dos volúmenes, comprende notas introductorias de Sergio González Rodríguez, Antonio Saborit y Mary K. Long; la hemerografía (1923-1940) de Salvador Novo estuvo a cargo de Lligany Lomelí, y la cronología fue preparada por Antonio Saborit. Todo ello hace de esta edición una excelente muestra del pensamiento y el sentir de un hombre, un poeta, figura ya central de la literatura mexicana del siglo XX.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA